


BT21
M8



1080014802

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2100

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

O SEA

CURSO SEGUIDO DE INSTRUCCIONES PASTORALES
SOBRE LOS FUNDAMENTOS DE LA RELIGION, LOS DOGMAS DE LA FE,
LOS PRECEPTOS DE DIOS Y DE LA IGLESIA,
LAS VIRTUDES, LOS PECADOS, LOS SANTOS SACRAMENTOS, LA ORACION Y LAS REGLAS
DE LA VIDA CRISTIANA
ESCRITAS PARA LOS FIELES DE SU DIOCESIS

Por el Licenciado

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA,

OBISPO DE MICHOACAN

Contiene la doctrina sobre los fundamentos de la Religion y los dogmas de la fe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Central y Taller

MEXICO.
IMPRENTA DE VICENTE SEGURA ARGUELLES,
Calle de San Agustin numero 14.
1859.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
20007

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT21
M8

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla sin su expreso consentimiento.

CAPILLA ALFONSINA
FONDO LITERARIO VALVERDE Y TELLEZ
VALVERDE Y TELLEZ

CARTA PASTORAL

DEL

OBISPO DE MICHOACAN

A LOS

FIELES DE SU DIOCESIS

ANUNCIANDOLES

UNA SERIE DE INSTRUCCIONES PASTORALES SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA, HABLANDOLES DE LAS DISPOSICIONES CON QUE DEBE ESCUCHARSE, Y MANIFESTANDOLES EL ORDEN Y METODO QUE SE PROPONE SEGUIR EN SU EXPOSICION.

Clemente de Jesus Munguía, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su Diócesis.

CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

OBLIGADO todavía, despues de dos años de destierro, á permanecer fuera de mi Diócesis y sujeto á la penosa privacion de asistiros inmediatamente y atender á vuestras necesidades espirituales, procedo á suplir en la parte posible la falta de mi presencia en medio de vosotros, continuando la tarea comenzada desde mi separacion, y es, la de instruiros por medio de cartas pastorales en la doctrina santa de Nuestro Señor Jesucristo. Mi primer trabajo fué, como bien lo sabéis, exponeros el dogma de la Iglesia católica, mostraros su constitucion divina, su accion permanente, sus objetos varios y sus sagrados derechos: porque siendo estos los puntos mas combatidos en aquella época, era nece-

002619

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

BT21
M8

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla sin su expreso consentimiento.

CAPILLA ALFONSINA
FONDO LITERARIO VALVERDE Y TELLEZ
VALVERDE Y TELLEZ

CARTA PASTORAL

DEL

OBISPO DE MICHOACAN

A LOS

FIELES DE SU DIOCESIS

ANUNCIANDOLES

UNA SERIE DE INSTRUCCIONES PASTORALES SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA, HABLANDOLES DE LAS DISPOSICIONES CON QUE DEBE ESCUCHARSE, Y MANIFESTANDOLES EL ORDEN Y METODO QUE SE PROPONE SEGUIR EN SU EXPOSICION.

Clemente de Jesus Munguía, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su Diócesis.

CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

OBLIGADO todavía, despues de dos años de destierro, á permanecer fuera de mi Diócesis y sujeto á la penosa privacion de asistiros inmediatamente y atender á vuestras necesidades espirituales, procedo á suplir en la parte posible la falta de mi presencia en medio de vosotros, continuando la tarea comenzada desde mi separacion, y es, la de instruiros por medio de cartas pastorales en la doctrina santa de Nuestro Señor Jesucristo. Mi primer trabajo fué, como bien lo sabéis, exponeros el dogma de la Iglesia católica, mostraros su constitucion divina, su accion permanente, sus objetos varios y sus sagrados derechos: porque siendo estos los puntos mas combatidos en aquella época, era nece-

002619

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

sario prescindir de mi primera idea, que fué la de exponer la doctrina católica punto por punto, para ocuparme de toda preferencia en lo que de pronto era mas indispensable. Pero habiendo concluido ya mis instrucciones acerca de la Iglesia, no hai embarazo ninguno para continuar y seguir hasta su conclusion, segun el órden mas conveniente, la exposicion de la doctrina católica.

2. En esta se hallan contenidos todos los dogmas de la religion, todos los preceptos de la lei, todas las máximas de la moral, todo lo conducente á conservar nuestra union con Dios en la tierra y á preparar nuestra bienaventuranza en el cielo: ciencia sublime, amados hijos, excelsa cuanto mas no cabe; porque despues de Dios no hai cosa mas grande que el conocimiento y la posesion de los medios de amarle y servirle en esta vida y de verle y gozarle en la otra. Por esto nuestro Señor Jesucristo fundó en la profesion de la fe los derechos á la bienaventuranza, y decidió que no se salvaria el que no creyese; y como para creer en la palabra divina es necesario conocerla, y para conocerla es necesario escucharla, instituyó la predicacion, eligiendo apóstoles que predicasen el Evangelio, mandándoles enseñar esta doctrina celestial á todas las naciones, prometiéndoles una asistencia constante hasta la consumacion de los siglos, y otorgándoles la facultad de darse sucesores, que son los obispos, para que el apostolado, que habia de conservar ileso y distribuir en abundancia el sacro depósito de su doctrina, nunca llegase á faltar de la tierra. "*Id*, les dijo, *instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado: y estad ciertos que yo mismo permaneceré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*" Math. Cap. XXVIII, vv. 19 y 20.

3. Fieles á este divino mandato, los apóstoles se extendieron por el mundo, llevando á todas partes la palabra evangélica, explicando á todos los pueblos la doctrina del Crucificado, y dilatando prodigiosamente por donde quiera el imperio santo de la Cruz. Primeros operarios evangélicos, no perdonaron medio alguno para el desempeño de su augusta mision. Sus trabajos difundieron la fe, extendieron el conocimiento de la lei, formaron las virtudes cristianas y afirmaron con sus palabras y sus ejemplos la religion y la moral en las naciones. Ellos viven, amados hijos, en todos sus sucesores, que son los obispos de la cristiandad, no solamente por la sagrada ordenacion, que trasmite con el carácter el poder mas sublime que se conoce en la tierra, sino tambien por la permanencia de su accion, fielmente conservada en la Iglesia católica, la cual camina sin cesar por las huellas que dejaron estampadas los apóstoles.

4. Regenerar el entendimiento con la fe, reparar el edificio arruinado de la inocencia con la gracia, sostener las virtudes con los sacramentos, conservar en activo comercio á la tierra con el cielo mediante la oracion, y salvar á la humanidad por todos estos medios: tal ha sido el grande objeto de esta institucion que designamos con el nombre de *Iglesia*, cuyos miembros domiciliados en el reino de Cristo por medio del Bautismo, no son ya, para valernos de las palabras de San Pablo á los Efesios, unos huéspedes ó advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y los Profetas, cuya piedra angular es Jesucristo. (Cap. II vv. 19 y 20).

5. La enseñanza de la doctrina católica, donde se contienen las verdades que debemos creer, la manifestacion de los bienes que debemos esperar, los preceptos divinos y eclesiásticos que deben servir á nuestra conducta de regla, la oracion que debemos dirigir á Dios para hacérnosle propicio, y los santos sacramentos, que nos sanan y justifican por medio de la gracia, es incontestablemente lo mas importante que puede proponerse al hombre, siendo claro que á Dios se sirve con obras de fe, esperanza y caridad, objetos de la doctrina católica, y que, si no se sirve á Dios en esta vida, no se le ha de ver y gozar en la otra, sino al contrario, perderle para siempre y padecer las penas mas terribles por toda la eternidad.

6. No me detendré pues, amados hijos, á encareceros aquí la suma importancia de la doctrina, pues ninguno de vosotros ignora las relaciones íntimas que ella tiene con nuestra eterna felicidad. ¿Mas por qué causa, siendo tan generalmente conocida la importancia de la doctrina cristiana, se oye su predicacion con tan poco fruto, y se esteriliza con demasiada frecuencia en el alma? He aquí una cuestion, amados hijos, que debemos proponernos ante todo: porque, supuesto el convencimiento en que nos hallamos de la suprema ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

celencia de esta doctrina y de sus relaciones con nuestra felicidad eterna, nada es tan importante como el conocer, para contrariarlas eficazmente, las causas mas comunes de que sea tan estéril para muchos cristianos. Fuertemente conmovido por esta idea, me propongo prevenir mis instrucciones con la manifestacion de las causas dichas y de los medios mas oportunos para contrariarlas, puntos que se dirigen á disponeros á todos del mejor modo posible, para escucharlas con aprovechamiento; y hablaros tambien del órden y método que en el curso de ellas me propongo seguir. Tal es el objeto de esta carta.

PRIMERA PARTE.

7. Jesucristo nuestro Señor nos ha dado en una sentencia, brevísima en verdad, pero insondablemente profunda, una idea cabal así de la mui alta importancia que en sí misma tiene la doctrina de salud que trajo á la tierra, como de las disposiciones con que debe ser escuchada, para que rinda los abundantes y preciosos frutos que de ella emanan. Elogiado por una mujer del pueblo con motivo de su predicacion en estos términos: "dichoso el vientre que te portó y los pechos que te alimentaron," la respondió de esta manera: "Bien-"aventurados los que oyen y guardan la palabra de Dios:" *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* El oir la palabra de Dios como palabra de Dios es adquirir la ciencia de todas las ciencias, la de la perfeccion y bienaventuranza; y el guardarla es dar á esta ciencia un carácter práctico, haciéndola servir de norma para la conducta, y un carácter provechoso, adquiriendo por su medio la bienaventuranza eterna. Pues bien, así como de nada le sirve al hombre hacerse dueño de todo el mundo, si pierde su alma, como lo enseñaba Jesucristo, del mismo modo nada puede importarle perder el mundo con cuanto tiene, si adquiere la perfeccion moral y la vida eterna: porque ésta, segun el mismo Oráculo divino, debe ser el objeto de nuestra solicitud y el blanco de nuestros deseos y de nuestras acciones: "Buscad ante todo, decia, el reino de Dios y la justicia:" *quærite primum regnum Dei et justitiam ejus.* (Math. Cap. VI, v. 33.)

8. Estas breves reflexiones bastarian, amados hijos, para sentir plenamente la importancia suma de la doctrina de la religion, pues que nadie se salva sino por ella, creida y guardada, y todo lo que no sea gozar de Dios eternamente no vale la pena de ocupar al hombre, ni merece otro título que el de vanidad, como se explicaba el Sabio: "Teme á Dios, decia, y guarda sus preceptos, porque esto es todo el hombre." Pero, á mayor abundamiento, y para que los fieles tuviesen un conocimiento cabal, no solo de la importancia de la doctrina, sino de las causas desgraciadas que la esterilizan, ya en el entendimiento ya en el corazon, el mismo Jesucristo Señor nuestro, se dignó ponernos de bulto, mediante una parábola bien significativa y á la luz de una explicacion la mas precisa y la mas clara, cuáles son los obstáculos que hemos de vencer para que su palabra no se esterilice, sino ántes bien, se haga fecunda en cada uno de nosotros: esta es la parábola del sembrador. Figura el Señor que salió éste y esparció por la tierra toda su semilla: nota que una parte de esta semilla cayó á un lado del camino, y allí fué trillada y devorada tambien por las aves del cielo; que otra parte de ella cayó en pedregales, y por consiguiente no pudo prender por falta de jugo; que otra parte de ella cayó entre las espinas, las cuales la cogieron entre sí, no permitiendo que germinase; y por último, que otra parte de ella cayó en una tierra buena, prendió allí y dió por cosecha ó fruto al sembrador el ciento por uno.

9. Tal es, amados hijos, la parábola de Jesucristo: Sus discípulos, altamente interesados en comprender su significado y atinar con su aplicacion, le preguntaron al Señor lo que queria decir aquella parábola. "La semilla, les dijo, es la palabra de Dios. Ahora "bien: la que cayó á un lado del camino, representa bien á los que "oyen, pero despues viene el diablo y arrebata la palabra de su cora-"zon, para que no se salven creyendo. La que cayó sobre la piedra, "representa á aquellos que reciben con gozo la palabra, pero sin que "ésta eche raices en ellos, los cuales por lo mismo creen durante al-"gun tiempo, mas en viniendo la tentacion, se apartan de su fe. La "que cayó entre espinas, representa á aquellos que oyeron, pero ce-"diendo á las pasiones, deleites y codicia de las riquezas, la sofocan "é impiden que dé fruto. Mas la que cayó en buena tierra, es la imá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"gen de aquellos que oyendo con su corazon bueno y excelente la di-
"vina palabra, la hacen fructificar con su paciencia."

10. Hai pues, tres grandes peligros que evitar, á fin de que la palabra de Dios, cuando viene á nuestras almas, obre nuestra justificacion, y no desaparezca del todo como sucede al que pierde la fe, ó permanezca infecunda y moralmente muerta para la virtud y la felicidad, como sucede al que, conservando la fé, no la representa en su conducta, sino mas bien la contradice con sus obras. ¿Cuál es el primero de estos peligros? La divagacion de la mente, esa especie de enfermedad, la mas terrible de todas; porque, no permitiendo al espíritu fijarse, abandona sus pensamientos al viento que pasa, por explicarme de esta suerte. Divagarse es lo mismo que andar fuera del camino, y en consecuencia correr todos los riesgos de un extravío. La palabra de Dios, cuando viene á un espíritu divagado, es lo mismo que la semilla que cae fuera del camino. Un espíritu divagado es un espíritu que no tiene precaucion, vigilancia ni cuidado alguno consigo mismo, y que por tanto, se halla expuesto de continuo á la sorpresa, al engaño y al trastorno mas absoluto. Ahora bien: el Apóstol San Pedro encarga la vigilancia para que no caigamos en las redes del demonio, el cual, como leon rugiente, anda dando vueltas al rededor de los cristianos en acecho de víctimas que devorar. ¿Cuál será, pues, la suerte de un espíritu divagado? La de esas almas infelices que vienen á ser presa del demonio. Por esto dice Jesucristo, aludiendo á la semilla que cae fuera del camino y representando en ella esa distraccion criminal con que muchos oyen la divina palabra, que despues viene el diablo, y se las arrebata del corazon para que no se salven por medio de la fe. ¿Qué precaucion emplear útilmente contra este primer peligro? Una, hermanos carísimos, y esta es precisamente la primera disposicion con que debe escucharse la palabra evangélica; penetrarse de lo que es esta palabra, reflexionar sobre su divino Autor, atender al objeto con que la hubo revelado é instituido, que es enseñarnos la ciencia de la salvacion, y escucharla con un espíritu verdaderamente cristiano, es decir, con un espíritu de fe que la oye como la palabra infalible de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos, con un espíritu de abnegacion que humilla el entendimiento humano ante los augustos oráculos del Señor,

con un espíritu de solicitud que la busca, como el ciego la luz, como el caminante la senda, como el débil el apoyo que sostiene y fortifica.

11. El segundo mal que debe huirse como una causa del ningun fruto que sacan muchos de la predicacion evangélica, es la superficialidad con que se conserva la doctrina católica en el alma. Nada importa oir con gusto su explicacion, si no echa profundísimas raices en el espíritu. La ciencia del cristiano resplandece tánto, se manifiesta con tales caractéres de perfeccion, es tan sublime y hermosa, que no puede ménos de producir en el alma un verdadero gozo; y por esto Jesucristo nuestro Señor, cuando usa de la palabra *piedra*, no es para denotar la insensibilidad, pues ántes bien, supone que aquellos en quienes cae la palabra como semilla entre piedras, la reciben con gozo; *(cum gaudio)* sino la impenetrabilidad, que no permite á la semilla de la palabra divina echar hondas raices en el alma. Sigamos, pues, amados hijos, todavía la comparacion. ¿Habéis visto esas plantas que suelen nacer en la piedra? Decidme pues: ¿qué se necesita para arrancarlas? un ligerísimo impulso: ¿Y sucede lo mismo con los encumbrados cedros ó los robustos robles? No: ellos resisten al embate de los vientos, burlan muchos esfuerzos, y aun cuando estos por ser superiores los derriban, quedan todavía las hondísimas raices ramificadas en las entrañas de la tierra. ¿Qué precaucion pues, deberémos tomar contra el segundo peligro? Una mui segura, y esta es la segunda disposicion con que debemos asistir á la predicacion evangélica: escucharla con un espíritu de esperanza bien formada, es decir, con la persuacion íntima de que la doctrina que se nos enseña es precisamente la gran ciencia de nuestra suprema felicidad. Este convencimiento, unido con el deseo que todos tenemos de ser felices, y serlo no solo en esta vida sino tambien en la otra, dispone santamente al espíritu no solamente á oir con gusto, sino tambien á conservar con esmero, meditar con atencion y guarda con solicitud la palabra evangélica. Entónces esta divina semilla echa profundas raices en el alma, y no solo prende, sino tambien crece y fructifica.

12. El tercer peligro que debemos evitar, el mas terrible de todos, aquel en que sucumbe frecuentemente la inocencia, aquel que ha hecho caer á los robustos cedros, es decir, á hombres doctísimos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la doctrina, despues de una vida de estudio y meditacion, está representado, amados hijos, en las espinas de la parábola. ¿Qué espinas son estas? Jesucristo lo explica diciendo, que son las pasiones, los deleites y la codicia de las riquezas: porque todo esto opaca la mente, sofoca los gritos de la conciencia, tuerce la rectitud del sentido y no permite que la divina palabra dé fruto ninguno en el corazon del hombre. Contra este peligro no hai mas que una precaucion, y es el espíritu de caridad que nos hace fieles y solícitos en guardar los preceptos de la lei. Entónces nuestra misma eficacia, nuestro mismo amor á esta lei sacrosanta, nos hace mas y mas sabios en Dios, mas y mas hábiles para conocer las astucias de nuestros enemigos, mas y mas fuertes y poderosos para vencer la impetuosa furia de nuestras pasiones. El Profeta Rei, en uno de sus salmos (118), nos da sobre este punto una elocuente demostracion. Muéstrase amante continuo de la lei de Dios, y para estimularnos á nosotros con este ejemplo, narra los maravillosos efectos que este amor y estudio de la lei divina produjo en su alma. ¡De qué manera, ¡oh "Señor! he amado vuestra santa lei!, exclama. "Esta es, dice, mi "meditacion continua en todo el discurso del dia." Ved, aquí, amados hijos, en primer lugar, cuál debe ser nuestro amor á la doctrina de Jesucristo: no un sentimiento pasajero, no un placer instantáneo, sino una atencion sostenida, una meditacion constante, como os lo acabo de decir. ¿Y cuáles deben ser los resultados infalibles de esta conducta? Escuchad aún á David. "Me habéis hecho, dice di- "rigiéndose al Señor, prudente contra mis enemigos: mi razon é in- "teligencia se han elevado sobre mis maestros: he comprendido mas "que los ancianos por mi solicitud en guardar tus mandamientos." Es decir, amados hijos, que los preciosos frutos de la doctrina evangélica, bien meditada y guardada, consisten: primeramente en un poder irresistible que se nos otorga contra nuestros enemigos: *super inimicos meos prudentem me fecisti;* en segundo lugar, en una ilustracion de inteligencia que nos eleva sobre nuestros mismos maestros: *super omnes docentes me intellexi;* en tercer lugar, en una madurez de razon y fondo de doctrina que suple con ventaja el saber y la experiencia de los ancianos: *super senes intellexi.* Ahora bien: los enemigos representan el conjunto de los obstáculos que se oponen á nuestra eterna salud, ya oscureciendo nuestra razon, ya tentando nuestra fe, ya solicitando con los deleites nuestra carne, ya desencadenando contra la virtud toda la fuerza de las pasiones: los maestros representan los tesoros y el poder de la ciencia, y por último, los ancianos la copia de noticias, la suma de la prudencia, la experiencia que nos hace entendidos y cautos. Si pues, segun el testimonio del Profeta Rei, la doctrina escuchada, no solo con fe y con esperanza, sino tambien con amor, guardada con fidelidad, meditada constantemente con solicitud, practicada en la conducta, nos hace superiores á nuestros enemigos, á nuestros maestros y á los ancianos, ¿qué mas se necesita para que comprendáis, amados hijos, sobre la irrecusable autoridad de David, que la mas alta perfeccion y el mas encumbrado poder son los frutos que debéis esperar de unas disposiciones tan felices? Por esto nuestro Señor Jesucristo, despues de presentar y explicar los tres casos desgraciados de la semilla que cayó fuera del camino, la que cayó entre piedras y la que cayó entre espinas, dice, aludiendo á la última, esto es, á la que cayó en buena tierra, que prendió allí, dando al sembrador por cosecha el ciento por uno de lo sembrado.

13. ¿Y qué se necesita para obtener unos resultados tan plausibles en el santo aprendizaje de la doctrina evangélica? ¿Es acaso este provecho una reserva propia de las grandes capacidades y talentos distinguidos? No por cierto: es la de los sencillos y pequeños, la de aquellos que buscan en la humildad el principio de las virtudes, que se niegan á sí mismos y se muestran constantemente dóciles á la palabra celestial que los ilustra y que los salva.

14. "En las escuelas de los hombres cada discípulo necesita contar primero con sus talentos, discurrir acerca de sus aptitudes y tambien tener á la vista los talentos y las aptitudes del maestro, para venir, y no sin mucho trabajo, á conjeturar mui remotamente los conocimientos que habrá de adquirir y los adelantos que haya de hacer. Mas no sucede lo mismo en la escuela de Jesucristo, las cosas acá se gobiernan de otra manera: los talentos del orador y los talentos del auditorio, si bien se estiman como dones gratuitos, nunca figuran, como unas condiciones indispensables, ó como bases primeras del edificio de la sabiduría. Es decir, católicos, que respecto

de mí no debéis preguntar si tengo talento, sino investigar si tengo mision, si en efecto soi sacerdote, si he sido enviado de parte de Jesucristo á predicaros el Evangelio. ¡Desdichados de vosotros y de mí tambien, amados hijos, si los frutos de la palabra santa estuviesen vinculados en los talentos del predicador! ¡Qué incertidumbre entónces! ¡qué confusion! ¡qué tinieblas! No debéis preguntar, si me he hecho notable en las juntas de los sabios por la penetracion y el ingenio, por los hechizos de la imaginacion, por el prodigio de la memoria y por la fuerza de la elocuencia; sino ántes bien, si prescindiendo enteramente de mí mismo, me ocupo solo en los intereses de vuestra eterna salud, si amo á Dios, y en él os amo á vosotros. "Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras." Bien os entenderia á cualquiera de vosotros, que me dijese: no puedo ayunar, no puedo vender cuanto tengo y darlo á los pobres; pero yo le responderia con San Gerónimo: "¡y no podéis amar!" ¡Ah, hermanos mios! podéis y mucho amar á Dios y amar á vuestro prójimo; y esto bastará, no lo dudéis, sin necesidad de los talentos y de las otras cualidades semejantes, para que la palabra de luz y de vida, descendiendo á vosotros, caiga como la semilla robusta en una tierra dócil y fecunda, y germinando allí, brote y crezca, y multiplique sin fin en pro de vuestra eterna felicidad sus frutos de salud y bendicion. Esto bastará tambien, tenedlo por seguro, para que me veais inesperadamente trasformado en medio de vosotros de tinieblas en luz, de ignorancia en sabiduría, de debilidad en poder, y por último, para que me encontréis y sintáis mui elocuente contra todas las previsiones y todos los cálculos puramente humanos: porque tened presente, que la palabra es de Dios, el ministerio es de Dios, el designio es de Dios, y Dios es la sabiduría y el poder por esencia. ¡Qué importan pues mis talentos y mi poco saber, cuando lo que yo os conduzco por mis lábios ha venido del cielo, y cuando Dios ha mandado expresamente que yo venga á salvaros con la predicacion de su doctrina!"

15. "¡Cuántos motivos de confianza en el Señor, amados hijos, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, que hace crecer este número prodigiosamente con la difusion liberalísima de su palabra, de esta palabra viva, fecunda, eficaz, como dice el Apóstol San Pablo, y que la extiende y difunde sin otra condicion que la docilidad y el conocimiento íntimo de nuestras tinieblas, y que demasiado zeloso de que la razon humana vaya á atribuirse su poder, quiso y anunció desde un principio que las altas revelaciones de su doctrina, léjos de caer bajo el dominio presuntuoso de los grandes, fuesen el exclusivo patrimonio de los sencillos y pequeños! ¡Quién no hallará razon para tenerse por tal en la presencia de Dios! ¡quién de vosotros, hermanos carísimos, de todos los que existen y de cuantos han de venir despues á la vida, no tendrá á disposicion suya este requisito que pide Jesucristo Nuestro Señor, para comunicar su sabiduría con la palabra de sus ministros!"

16. Os he hablado, amados hijos, de los obstáculos que se oponen al fruto de la divina palabra, y de los medios para vencerles, que se reducen á escucharla con las disposiciones debidas. Mas como el provecho de la enseñanza depende tambien en gran parte del órden y método que en ella se siga, he querido hablaros tambien aquí de los medios mas adecuados y eficaces, despues de las santas disposiciones del espíritu, para que saquemos, vosotros un gran provecho, y yo un abundante fruto de mi predicacion. Tal es el objeto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

17. "Estos medios miran todos al método, y el método, como bien sabéis, es el sabio concierto, el órden en todo lo que pensamos y todo lo que hacemos. El órden, hermanos, es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera veréis brillar el órden, constantemente iréis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la lei de la unidad, á esta lei que pone un sello divino sobre todas las cosas que han salido de sus manos. Yo quiero pues, que vosotros pongáis en práctica, cuanto es dado á vuestra respectiva capacidad, esta discrecion de pensamientos, este órden,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este concierto precioso, que debe hacer mas abundantes y perfectos los frutos de vuestra constante aplicacion.

18. Pues que voi á enseñaros, supongo que no conocéis, á lo ménos con la extension, claridad y perfeccion debidas, los oráculos sublimes de la fe, las promesas divinas de la esperanza y las condiciones celestiales de la caridad. Maestro de vosotros en Jesucristo, voi á conduciros pues á lo desconocido; pero ministro suyo, debo acomodarme en todo al pensamiento, al plan de regeneracion intelectual y moral que vino á producir en la tierra, trayendo acá su gracia, no para que la naturaleza humana durmiera el sueño de la pereza, ni para que la vida del hombre corriese en la inaccion de todas sus facultades, sino para ayudar á la primera y dirigir la segunda, á fin de que el hombre ganara la perfeccion y la felicidad eterna con el sudor de su rostro. Yo bien sé que á nuestro Creador y Salvador, al Dueño de la naturaleza y Arbitro de la gracia bastaria un simple querer para transformar al hombre y producir en él instantaneamente su felicidad; yo bien sé, que dirigiéndose acá en la tierra nuestros pensamientos y nuestras obras á pagar por medio de la expiacion la inmensa deuda del pecado, rescatando nuestra inocencia por medio de una penitencia sincera, bastaria que Dios lo mandase, para que quedáramos libres de trabajar por nosotros mismos: bien sé, que el sacrificio del Salvador del mundo, lo hizo todo, y que para redimirnos de la pena eterna nos bastarian los méritos de Jesucristo; pero sé tambien, que Jesucristo, ganando con su muerte nuestra libertad, estableció un reino que habia de gobernar por las leyes de su voluntad soberana, que nos puso condiciones para medrar con su gracia y utilizar sus tesoros, que sometió la naturaleza á la lei de un continuo trabajo; la razon á la fe, pero sin descargarla del deber de cultivarse; el pensamiento humano al pensamiento divino, pero sin proscribir la accion de las causas segundas: que pudo relevarnos de merecer por el egercicio de nuestras virtudes y por las continuas victorias sobre nuestras pasiones; pero que lo dispuso de otra manera, y para servirme de las palabras de nuestro manual catecismo, os diré, que los méritos de Jesucristo nuestro Señor bien nos bastarian, pero no exclusivamente, porque el mismo Salvador del mundo *quiere que satisfagamos con él nosotros*. Si pues he de llevaros á lo desconocido por medio de la predicacion de la doctrina cristiana; si á fin de conseguirlo debo concertarme con Dios en su plan de sabiduría; si en este plan entra el desarrollo franco y ordenado de los elementos de la naturaleza; si este desarrollo supone un punto de donde partir y por tanto un punto conocido, claro es, hermanos mios, que mis instrucciones han de seguir fielmente á la misma naturaleza, y yo caminar de lo que mejor conocéis á lo que mas vehementemente deseáis por un sendero que acaso tiene algunas tinieblas para vosotros.

19. Lo que mejor conocéis es ese precioso libro que manejáis desde los primeros dias de vuestra infancia católica, lo que mas íntimamente deseáis es esa felicidad eterna para la que habéis sido creados: entre estos dos puntos está el sendero de la vida cristiana, el grande objeto de vuestra continua solicitud, la fecunda materia que Dios ha colocado bajo la influencia sublime del sacerdocio. En este dilatado camino podéis hacer la última pérdida, si desgraciadamente os extraviáis ú os detenéis: se extravía el que se divaga á otros senderos; se detiene quien corta sus pasos para quedarse en la tierra. La falta de luz ocasiona el extravío; la falta de vigor espiritual causa ese detenimiento penoso que podriamos llamar la triste parálisis de la virtud. Contra este doble escollo hai un doble y eficacísimo poder, que sirve á su turno para prevenir ó reparar el extravío y la paralizacion: el poder de la luz que nos dirige, y el poder de la gracia que nos sostiene. Hé aquí, vuelvo á decir, cómo el cultivo de la doctrina cristiana, de donde fluyen ambas cosas, debe conducir á su perfeccion la grande obra, guiando vuestro entendimiento y vuestra voluntad de lo mas conocido á lo desconocido, del conocimiento general de vuestro catecismo y el gran deseo de vuestro fin, al exacto conocimiento de la doctrina cristiana, que cuando llega á ser una instruccion práctica, es lo que llamamos palabra de Dios entendida y observada: es todo por lo mismo, pues con esto solo se han llenado las condiciones eternas de nuestro destino, siendo claro, infalible y de fe, que la felicidad eterna está reservada para los que entienden y guardan la palabra de Dios, como desde el principio tuve cuidado de advertir.

20. No os propongo pues, ya lo véis, esas gravísimas y penosas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

dificultades con que los sabios de este mundo intimidan el talento y alarman la razon en sus escuelas: os propongo una cosa bien sencilla, estudiar con meditacion y esmero vuestro manual catecismo, como un libro donde están contenidos íntegramente los preciosos elementos de todo el saber cristiano, y atender con la mayor solicitud á la santa predicacion que voi á haceros, en el concepto de que pienso sujetarme al mismo catecismo. Todas las grandes nociones que deben aguardarse de la predicacion acerca de los dogmas, de los preceptos y de la moral serán para vosotros lo mas fácil y sencillo, si yo las desenvuelvo sobre el texto de ese libro, tan pequeño en su volúmen como inmenso en su comprension.

21. Yo, como vosotros, le tengo y estudio desde mi infancia; medito diariamente en él, y á deciros la verdad, le posco como un tesoro. Puedo aseguraros, que este libro ha sido para mí un gran maestro, y que nunca he ocurrido á su texto sin descubrir nuevos espacios, sin hallar nuevas instrucciones, sin descender con mi entendimiento á mayor profundidad. Esta es mi constante lectura; este es mi amado libro. ¿Cuál será pues mi deseo respecto de vosotros, sino que le estudiéis como yo le estudio, le respetéis como yo le respeto, y le améis como yo le amo!

22. Grande es ¡oh católicos! inmensa la ciencia del verdadero sacerdote, fecunda y sublime, cuanto mas no cabe, la doctrina que corre bajo su pluma, ó sale de sus lábios, infinita la luz que sale de cada página de la Santa Escritura, vivísimo el reflejo que de ella dan sobre el mundo con sus escritos y lecciones los apologistas y los doctores del cristianismo. Pero en esta ciencia hai sus grados, como en el precepto de saberla sus limitaciones relativas al estado y destino de cada hombre. A vosotros os toca saber y entender vuestro catecismo; á mí me basta podérosle explicar. Siento en mí la escasez de conocimientos de cierta gerarquía; pero no los desearé, católicos, sino cuando Dios me los haga necesarios para otro ministerio. Dejo pues allá en las regiones mas elevadas proseguir su magestuoso y sublime vuelo á las primeras antorchas de nuestra Santa Iglesia, y me contento mucho con poseer la doctrina de este catecismo en el grado que se requiere para su edificante explicacion.

23. Quede pues entendido entre vosotros, que el primero de los

medios para asistir con aprovechamiento á estas santas instrucciones, es el estudio constante y esmerado de nuestro manual catecismo, y la atencion cuidadosa, sostenida y siempre fija en la explicacion que de él se os haga.

24. El segundo medio es metodizar en el seno de vuestras familias tan importante estudio, desempeñándome en vuestras casas con el egercicio de ese magisterio doméstico que honra tanto á la religion. ¡Oh padres de familia! este carácter os da en el mundo una representacion divina. Llamados como sois á vuestro turno á la mision augusta de conservar la fe, afirmar la esperanza y celar incesantemente la caridad en ese pequeño mundo que la Providencia ha puesto bajo vuestro inmediato gobierno, sois en cierto modo los subalternos del sacerdocio en la grande obra de la santidad, unos ministros de la religion en el gobierno de vuestras familias, los magistrados católicos en el recinto de vuestras casas. Y vosotros, á quienes la naturaleza y la religion han colocado bajo el poder tutelar y dulce de la paternidad, vosotros ¡oh jóvenes! que sois llamados para obedecer, y ser felices, y vivir muchos años sobre la tierra, (*Exod. cap. XX, v.* 12.) nunca olvidéis que tendréis una gran parte en la obra santa de vuestra felicidad propia y la de todos los otros á quienes debéis amar como á vosotros mismos, si sois dóciles y atentos á la voz de vuestros padres, maestros y superiores. Estudiad con esmerada solicitud este libro; asistid con el empeño mayor á las piadosas distribuciones que se fijen en medio de vuestras familias para su enseñanza. Esta enseñanza os brinda con el mayor bien. Vuestro cuerpo está subordinado á vuestra alma, y por vuestra alma sois todos entendimiento y voluntad: doctrinas y máximas, verdades y virtudes; hé aquí todo el hombre segun Dios: un hombre segun Dios; hé aquí al ser mas dichoso y grande que puede presentar la tierra. ¿Queréis ser grandes, deseáis ser felices? Aprended vuestro manual catecismo. ¿Queréis hacer bien este importante aprendizaje! No os limitéis nunca al solo mecanismo de la memoria, porque este mismo catecismo os enseña que cada uno de vosotros está rigurosamente obligado á *saber* y *entender todo esto*, siendo claro que *no podemos cumplir sin entenderlo*.

25. La inteligencia pues de esta doctrina se ayuda con la gracia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero se consuma por la naturaleza, y la naturaleza está encerrada en el ejercicio de vuestra razon y la razon de vuestros padres; porque ni ellos podrán conseguir nada, si no cuentan con vosotros, ni vosotros por cierto adelantaréis cosa considerable si no contáis con ellos. Por mui felices que sean las disposiciones que os haya concedido el Señor, por mui despierta que esté vuestra razon, y claro que sea vuestro talento, necesitáis de maestro. ¡Tendréis mas razon, mas experiencia y mas talento que el mundo! Pues habéis de saber, oh jóvenes, que el mundo estaba en las tinieblas, y no pudo por sí saber la doctrina: hubo menester de uno que se la enseñase: Jesucristo bajó del cielo á ejercer este nuevo cargo á fin de preparar los hombres á la redencion, y por esto sus oficios mas principales, como dice nuestro libro, fueron los de *Salvador* y *Maestro*, y regeneró al mundo con las doctrinas. ¿Y qué doctrina enseñó? La misma que vosotros estáis aprendiendo, la doctrina cristiana. Subiendo al cielo, dejó en la tierra quien enseñara en su nombre, una maestra para todo el mundo; esta maestra es la Iglesia: maestros para toda la Iglesia, para reinos, naciones, provincias, diócesis, parroquias, aldeas y simples familias; es decir: los sumos pontífices, los patriarcas, primados, arzobispos, obispos, curas, simples sacerdotes, maestros particulares y padres de familia. Ved pues en ellos á vuestros maestros, y estad seguros que correspondiendo á sus instrucciones, prestándoos á su voz, seréis sabios y tambien felices. Réstame tan solo, hermanos é hijos carísimos, deciros la parte que yo me propongo tomar en estos medios, hablaros del órden que pienso seguir en estas santas instrucciones.

26. No sé cuánto ganaria ó cuánto perderia el método considerado independientemente de vosotros, si yo prescindiese del camino que nos traza nuestro manual catecismo; pero sí sé, que todo seria perder, si cayera en la tentacion peligrosísima de adoptar un plan enteramente nuevo. Vuestro catecismo, hermanos mios, referido á vuestra razon, es infinitamente mas de lo que á primera vista aparece considerado en sí mismo. Dado que hubiese otro mejor por su método, pues no puede haberle mejor por su doctrina, nunca deberia sustituirse, y os voi á decir luego por qué. Este manual catecismo que todos tenemos, no es el libro de una sola familia, de un

solo pueblo, de una sola generacion: es el libro de muchas naciones, de cuantas hablan nuestro propio idioma; ha sido el de muchas generaciones, de cuantas contamos en la cadena dilatadísima que corre hasta nosotros desde su primera publicacion: él representa, hijos mios, la ciencia comun de nuestros pueblos en materia de doctrina: su contenido forma ya una parte de nuestros hábitos intelectuales: su idioma está puesto al nivel de lo que nos es mas familiar: sus ideas corren á la par en la misma distancia que las que tenemos acerca de las necesidades mas ordinarias de la vida. ¡Qué empresa tan difícil, pues, la de cambiar el texto! ¡Qué ventajas podrian compensar la penosa violencia de tantos hábitos! ¿Con qué reemplazaríamos esa incontrastable firmeza con que se radican en el alma las ideas que reposan sobre los hábitos intelectuales de algunos siglos? No: mis instrucciones irán fundadas sobre vuestro libro, y esta es la primera condicion de mi plan. [1]

27. Mas aunque me servirá de texto nuestro catecismo, no por esto le seguiré tan absoluta y exclusivamente, que deje de suplir algunas nociones en ciertos casos, y de colocar en un órden mas conveniente sus declaraciones. El método rigurosamente catequístico es, digámoslo así, la progresion de una duda metódica, para facilitar mas el aprendizaje de la doctrina; pero el de una serie ordenada de instrucciones es la progresion de verdades explicadas, lo cual exige á veces seguir un órden inverso. Yo pienso acomodarme hasta donde sea posible á este texto; pero me propongo así mismo hacer, en obsequio de la integridad de mi plan y de la distribucion de la materia, las variaciones necesarias, pero de modo que no perdáis vosotros, ni yo tampoco, las ventajas que nos proporciona el conocido texto de nuestro catecismo.

28. Comenzaré pues por explicaros los puntos contenidos en su primera declaracion; pero haciendo preceder ciertas nociones acerca de la naturaleza del hombre, de su causa, de su destino y de su último fin, para que se comprenda mejor todo lo que es el hombre en calidad de cristiano.

1 Todo lo que se ha colocado entre comillas sin una cita especial en esta carta, lo he tomado de mi primera Plática doctrinal *sobre la importancia de la predicacion catequística, disposiciones con que debe asistirse á ella, y medios para oirla con aprovechamiento.*

29. Concluidos estos preliminares, que os habrán dado las ideas que caben en esta clase de instruciones sobre nuestro ser, la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, la existencia de Dios, sus relaciones con nosotros como Creador, Legislador y último fin del hombre; sobre la perfeccion de nuestra primitiva naturaleza, su decadencia y corrupcion por el pecado, su restauracion en Jesucristo como Salvador y Maestro; sobre la doctrina que enseñó y mandó predicar á toda creatura, y cuyo conocimiento y práctica son indispensables para conseguir nuestro último fin, ya podré sin inconveniente alguno, hijos carísimos, entrar en los pormenores de ese gran conjunto que constituye el fondo de la doctrina.

30. La division mas comun, mas generalmente sabida, y la que enseña el mismo catecismo del Padre Ripalda, consta de cuatro partes ó miembros, que son: las verdades que debemos creer, los preceptos que debemos guardar, los sacramentos que debemos recibir, y las reglas de la oracion y demas puntos que demandan la permanencia de nuestra union con Dios en la tierra. Yo seguiré la misma pauta, dividiendo mi exposicion en cuatro series correspondientes á las cuatro partes indicadas.

31. Nuestro manual catecismo abraza en dos de sus declaraciones, que son la del Credo y la de los Artículos de la fe, toda la parte dogmática. Pero si el Credo es el símbolo católico, y éste no es mas que un resúmen sucinto de los artículos de la fe, ¿cómo es que aquel sabio catequista introdujo una distincion entre el credo y los artículos, y aun destinó á cada cosa una declaracion separada? Porque hai en este punto, como en todo, una doctrina comun á todos los artículos de la fe y una especial para cada uno de ellos, y el Padre Ripalda, partiendo de aquí, declaró primeramente el orígen del símbolo, su objeto, el por qué de su repeticion por los fieles, la certidumbre de los dogmas revelados y la necesidad de creerles, como puntos que deben tenerse ya mui sabidos ántes de considerar particularmente cada dogma, y que se refieren tambien á cada artículo de la fe considerado con separacion. Despues de esto viene bien la enseñanza especial de cada una de las partes de nuestro símbolo católico.

32. El mismo camino seguiré yo, amados hijos, pero dando mayor extension á los preliminares del símbolo, por los motivos que ya dije hablando de la primera declaracion del catecismo. Para que vosotros no seáis presa del sofisma, la impostura y la seduccion, conviene mucho que conozcáis la fe, no solo en su modo de ser y en sus objetos intrínsecos, sino tambien en sus relaciones con la ciencia y la razon: es necesario daros una idea de la naturaleza, existencia, objetos, garantías y especies de la verdad; mostrar lo que es la razon para la fe y viceversa, lo que es la verdad en sus relaciones con la lei; la necesidad, posibilidad, existencia y objetos de la revelacion, y la certidumbre de los motivos que fundan en la evidencia extrínseca la plena seguridad y razon de nuestro asenso á los dogmas católicos: es preciso hablaros despues, de la naturaleza de la fe, su necesidad, la obligacion que produce, el merecimiento que comunica, la autoridad que la deposita, conserva, extiende, explica y defiende de todo ataque; y por último, echar una ojeada rápida sobre todos los dogmas, para estudiar las relaciones que tienen, ya unos con otros, ya todos con el pensamiento de Dios, el orígen, vicisitudes y destinos de la humanidad. Con estos antecedentes, os habré dado suficientísima luz para estudiar uno por uno los artículos de la fe, que explicaré inmediatamente, segun el órden con que los presenta nuestro Símbolo.

33. En la segunda serie debo hablaros de los preceptos de Dios y de la Iglesia; mas como en esto sucede lo mismo que con el símbolo, conviene á saber: hai puntos generales cuyo conocimiento precede al de cada uno de los preceptos dichos, yo procuraré daros á este propósito los antecedentes indispensables. Antes pues de proceder á la exposicion de los preceptos, procuraré haceros entender cómo ellos son y deben ser necesariamente la consecuencia práctica de nuestra fe; cómo ésta prepara los caminos por donde ha de andar la lei de Dios en en el corazon de la humanidad, y cómo en el cumplimiento de aquellos están cifradas nada ménos que la plenitud, la consumacion y la vida celestial de nuestra fe. El hombre todo, tratándose de su excelencia y de su fin, viene á reconcentrarse en su alma: correrá por lo mismo la suerte de su alma: será perfecto, si su alma es perfecta; será feliz, si su alma es feliz. Ahora bien, el alma es toda entendimiento y voluntad; y ésta necesita de aquel, por-

que no abraza ó desecha sino lo que conoce. El entendimiento representa la luz, la voluntad representa el camino que conduce á la vida; la luz es la verdad, el camino es la conducta, la vida es la bienaventuranza. El entendimiento, cuando cuenta con la fe, vive con la luz y la verdad; la voluntad, cuando anda con la lei de Dios, adquiere la virtud y sigue siempre el verdadero camino; el hombre que anda segun la fe y segun la lei de Dios, gana la vida eterna, que es una consecuencia práctica de los principios y de la conducta; y como Jesucristo es *la verdad, el camino y la vida*, el símbolo y los preceptos son los estrechísimos y eternos lazos que nos han de unir con Jesucristo. Hé aquí, hermanos mios, las ideas con que debo introducirme á la segunda serie de mis pláticas, á fin de que tengáis una idea mas perfecta de la lei de Dios y de su Iglesia. Despues de esto seguiré por su órden los mandamientos divinos y eclesiásticos, acomodándome al texto de nuestro catecismo. Mas como en éste hai una declaracion de las Obras de misericordia, las cuales tienen con la lei relaciones mas íntimas que lo que se supone, pues obligan de justicia, como dice nuestro catecismo, en necesidad grave, será mui conveniente concluir mi exposicion de los preceptos con un breve repaso de dicha declaracion, á fin de suplir lo que no se haya dicho en materia de obligacion, ó cuando ménos, recordar lo dicho para establecer las diferencias entre lo preceptivo y consultivo acerca de las Obras de misericordia.

34. De la exposicion de los preceptos debo pasar á la de los sacramentos, y como éstos son los medios instituidos por Jesucristo nuestro Señor para difundir la gracia en toda la extension y con toda la plenitud correspondiente al designio que le trajo á la tierra, yo debo prevenir esta importante explicacion con el desarrollo de una grande verdad, conviene á saber: que todo el poder de la naturaleza sin el socorro de la gracia no es nada ciertamente ni para conseguir nuestra perfeccion moral, ni para llegar á poseer nuestro último fin: y viceversa, que la adquisicion, conservacion é incremento de la gracia nos comunica cierta especie de omnipotencia moral, esto es, todo cuanto se necesita para practicar la virtud y conquistar el cielo. Como la gracia toca igualmente al dogma y á la moral, haré un recuerdo de lo que haya dicho en la primera parte acerca de la gracia,

ó expondré toda la doctrina de ella si al hablar de los dogmas la hubiese pasado en silencio. Una vez conocidas la existencia, la naturaleza, la necesidad, y la fuerza poderosa de la gracia, tendréis la instruccion competente para escuchar con mayor provecho la doctrina de los santos sacramentos, á la cual seguirá la de los sacramentales ó medios de purificacion para las culpas leves.

35. La cuarta serie podia reducirse á dar una idea de la necesidad preceptiva ó consultiva, caractéres propios, condiciones precisas y efectos de la oracion, y á exponer la divina fórmula de ella que nos enseñó Jesucristo y conocemos con el nombre de *Padre nuestro*. Sin embargo, yo me propongo dar mayor amplitud á esta serie, comprendiendo en ella la exposicion de todas las reglas prácticas de la vida espiritual, ó sea el arte de la perfeccion cristiana. Mi punto de partida deberá ser enteramente análogo al gran principio con que me introduje á la exposicion de toda la doctrina cristiana: si allí comenzámos por el último fin del hombre, aquí comenzarémos por las bienaventuranzas, que son el fin puesto en accion, ya en su parte final, ya en el sistema de sus medios. Esas bienaventuranzas van acompañando á una idea comun, que es la promesa de la vida eterna, los caractéres diversos de perfeccion y santidad durante el curso de la vida. Estudiando estos diversos caractéres, se ve que no son mas que la caridad en accion, lo cual basta para comprender que la esencia de la perfeccion cristiana consiste toda y sola en la caridad; que de ella se animan, y en ella se forman, y con ella crecen, y fructifican, y se ameritan las virtudes todas; porque sin ella nada existe aceptable para Dios ni digno del hombre. Luego debemos referir á esta perfeccion todo lo que somos, esto es: nuestra naturaleza, y en consecuencia, cuerpo y alma, sentidos y potencias, pensamientos, acciones y palabras. Este será el lugar propio para tratar de las potencias del alma, de los sentidos del cuerpo, de las virtudes así teológales como cardinales, examinar cuáles son los obstáculos que impiden la perfeccion, los medios de vencer estos obstáculos, el camino que debe seguirse y la vida que debe llevarse, para ser perfecto como Dios es perfecto, ser santo como Dios es santo, y pasar por la vida presente sin declinar á diestra ni á siniestra del sendero único que conduce á los cielos. El medio principal, ya para triun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

far de nuestros enemigos, ya para inclinar en favor nuestro la bondad y la misericordia divina, ya para sostenernos en la práctica de la virtud y conseguir el don de la perseverancia, consiste sin duda en la oracion: ella por lo mismo debe figurar en alta escala tratándose de nuestra perfeccion espiritual; y como para conseguirla se nos comunican los dones del Espíritu Santo, y quien la alcanza y aprovecha, prueba sus deliciosos frutos, en esta cuarta serie van á tener lugar sin faltar una sola, todas las otras declaraciones de nuestro manual catecismo.

36. He concluido amados hijos esta carta que, lleno de solicitud por vosotros, os dirijo, con el objeto de anunciaros mis nuevas instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana. He tocado en ellas dos puntos del mas grande interes: las disposiciones de espíritu con que debéis presentaros á la casa de Dios, cuando se os explican estas verdades católicas, para entenderlas, meditarlas y sujetar á ellas vuestra conducta; y el órden y método que me propongo seguir en esta santa y delicada tarea. No resta ya sino que, reuniendo en un punto de vuestra alma tan preciosos documentos y guardando con cuidado en vuestra memoria estos antecedentes, os preparéis mas y mas para una obra tan santa. Dios nuestro Señor, de quien viene todo don perfecto, se digne, por su infinita bondad, comunicárnosla en abundancia, para que yo tenga la luz y la uncion que hace fructificar en el alma la divina palabra por parte del que la enseña, y vosotros tengáis la inteligencia, la fe, la solicitud y el amor que se requieren para escucharla con aprovechamiento, y para obrar segun ella, practicando la virtud en esta vida, y preparando por este medio á vuestras frentes las futuras é inmarcesibles coronas de la eternidad. México Julio 12 de 1858.

Clemente de Jesus
Obispo de Michoacan.

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRELIMINARES

Ó

INSTRUCCIONES SOBRE LA NATURALEZA DEL HOMBRE, EL SOMBRE, CARACTER Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO, EL PRIMER PRINCIPIO Y ULTIMO FIN DEL HOMBRE, LOS MEDIOS DE ALCANZARLE Y LA NECESIDAD E IMPORTANCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

INSTRUCCION PRIMERA.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL HOMBRE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

far de nuestros enemigos, ya para inclinar en favor nuestro la bondad y la misericordia divina, ya para sostenernos en la práctica de la virtud y conseguir el don de la perseverancia, consiste sin duda en la oracion: ella por lo mismo debe figurar en alta escala tratándose de nuestra perfeccion espiritual; y como para conseguirla se nos comunican los dones del Espíritu Santo, y quien la alcanza y aprovecha, prueba sus deliciosos frutos, en esta cuarta serie van á tener lugar sin faltar una sola, todas las otras declaraciones de nuestro manual catecismo.

36. He concluido amados hijos esta carta que, lleno de solicitud por vosotros, os dirijo, con el objeto de anunciaros mis nuevas instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana. He tocado en ellas dos puntos del mas grande interes: las disposiciones de espíritu con que debéis presentaros á la casa de Dios, cuando se os explican estas verdades católicas, para entenderlas, meditarlas y sujetar á ellas vuestra conducta; y el órden y método que me propongo seguir en esta santa y delicada tarea. No resta ya sino que, reuniendo en un punto de vuestra alma tan preciosos documentos y guardando con cuidado en vuestra memoria estos antecedentes, os preparéis mas y mas para una obra tan santa. Dios nuestro Señor, de quien viene todo don perfecto, se digne, por su infinita bondad, comunicárnosla en abundancia, para que yo tenga la luz y la uncion que hace fructificar en el alma la divina palabra por parte del que la enseña, y vosotros tengáis la inteligencia, la fe, la solicitud y el amor que se requieren para escucharla con aprovechamiento, y para obrar segun ella, practicando la virtud en esta vida, y preparando por este medio á vuestras frentes las futuras é inmarcesibles coronas de la eternidad. México Julio 12 de 1858.

Clemente de Jesus
Obispo de Michoacan.

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRELIMINARES

Ó

INSTRUCCIONES SOBRE LA NATURALEZA DEL HOMBRE, EL SOMBRE, CARACTER Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO, EL PRIMER PRINCIPIO Y ULTIMO FIN DEL HOMBRE, LOS MEDIOS DE ALCANZARLE Y LA NECESIDAD E IMPORTANCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

INSTRUCCION PRIMERA.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL HOMBRE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

INSTRUCCION PRIMERA.

CONSIDERACIONES

GENERALES SOBRE LA NATURALEZA, CAUSA, TERMINO Y ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

1 Queriendo el sapientísimo Padre Ripalda, comenzar su explicacion catequística de la doctrina, de una manera digna de sus grandes objetos y acomodada tambien al intento de instruir y edificar á los fieles con su enseñanza, comienza su preciso catecismo con una declaracion sucinta pero conceptuosa *del Nombre y señal del Cristiano:* porque ningun medio hai mas eficaz para inspirar el mas vivo interes hácia la doctrina católica en el ánimo de un cristiano, que el de poner á su vista la nobleza de este título, la fuerza de esta insignia; las dos claves de la ciencia del hombre, la que versa sobre el gran sistema de los medios para conseguir la suprema felicidad. Discurre primero sobre la filiacion que cada uno de nosotros tiene en Jesucristo, Dios y hombre verdadero; pasa de aquí á tratar de la Santa Cruz, considerándola como el signo de nuestra redencion, la bandera del cristianismo, la divisa de la Iglesia militante, la fuerza y el poder moral contra nuestros enemigos, y concluye mostrando al hombre su fin en el eterno goce de su Dios, y los medios para alcanzarle en la posesion de la fe, la esperanza y la caridad; virtudes infusas por Dios, pero virtudes al mismo tiempo enseñadas por la Iglesia en el cuerpo de su doctrina. Toda la importancia de ésta resplandece como el sol en aquellas verdades fundamentales que explica el sabio catequista en su primera declaracion, y que por lo mismo son tan á propósito para figurar en un libro como el suyo como la espaciosa y profunda base de la ciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2. Este nombre de cristiano, esta enseña divina, este fin último y excelso, son en alto grado sublimes, para que pudieran pasarse desapercibidos en el empeño interesantísimo de inculcar á los fieles las verdades augustas de la fe católica. Cada una de estas grandes ideas encierra documentos preciosos; es un tesoro comun de verdades para la inteligencia, de sentimientos para el corazon; es un antecedente feliz para formar en el espíritu aquellas disposiciones que requeria Jesucristo en la parábola del sembrador para que su doctrina fructificase entre los hombres. Es muí difícil meditar con detenimiento en el nombre de cristiano, sin que el alma se eleve á la contemplacion de esta nobleza sin par de que nos ha revestido Jesucristo, bajando á tomar nuestra naturaleza, subiendo á colocarla á la diestra de su Padre, dándola parte de sus merecimientos para santificarla en la virtud y recompensarla en la gloria: es muí difícil fijar toda la mente sobre ese madero sagrado que ha venido á ser la bandera de la milicia cristiana, sin recordar todo lo que de nosotros exige la consecucion de la última victoria que con ella procuramos, sin sorprender en la doctrina del Salvador toda la ciencia de la Cruz, así como en ésta todo el resúmen de la doctrina: es difícil, por último, meditar sobre nuestro último fin sin aspirar á la posesion de los medios, buscando en la doctrina de la fe, la esperanza y la caridad, el principio, el medio y la consumacion de nuestros destinos eternos.

3. Segun esto, deberia yo comenzar mis instrucciones hablando del Nombre y señal del cristiano. Mas como uno y otra presuponen el conocimiento del hombre, conviene á saber: de su naturaleza, de su causa y aun de su restauracion moral en el Bautismo; como estas nociones no exigian ántes una explicacion catequística ó doctrinal, pues no habia llegado á nosotros esa contaminacion de racionalismo, duda é incredulidad, que hoi nos aqueja tánto, pudo mui bien entónces comenzarse simplemente por la idea dogmática del cristiano, al paso que hoi, por la triste necesidad de los tiempos, es necesario prevenirla con los conocimientos previos de la naturaleza, causa, destino y fin último de la existencia humana. Tal debe ser, pues, el objeto de la instruccion presente, dirigida solo á prevenir vuestros ánimos contra cualquiera sorpresa, llamando vuestra atencion hácia vosotros mismos y conduciéndoos por las luces naturales de la razon á los misteriosos caminos de la fe.

I.

4. Hai ciertas verdades, amados hijos, tan sólidamente establecidas, con tal evidencia manifiestas y tan fuertemente impresas en el alma, que detenerse á demostrarlas, seria en cierta manera oscurecerlas: porque, léjos de haber menester de alguna luz que las descubra, son ellas, cada una de por sí, un torrente de esplendor que baña, por explicarme de esta suerte, los horizontes de la inteligencia. Estas verdades han vivido siempre, y por lo mismo han encabezado en todos los tiempos cuanto cae bajo el dominio del pensamiento; la historia, la filosofía, las ciencias todas, la legislacion, las artes, &c. Hánse llamado por tanto, primeros principios: principios, porque son puntos de partida, fundamentos del saber, sobre los cuales descansa el edificio de los conocimientos humanos; y primeros, porque ántes de ellos no hai otros, y porque ciertas verdades de segundo órden que á su turno suelen figurar como principios de algunas ciencias, vienen de aquellas primeras verdades. Entre éstas debe contarse para la ciencia del hombre, la de su existencia. ¿Quién duda, quién puede dudar de que existe? "Yo existo:" hé aquí una verdad á que me adhiero con toda la fuerza de mi naturaleza, con el irresistible impulso de mis instintos, con el absoluto asenso de mi razon. Si alguno viniese á negarme esta verdad, le tendria, ó como un extravagante sofista, ó como un loco. No siendo pues, amados hijos, la existencia humana una verdad expuesta á los peligros de la seduccion y la impostura, de ella puede partirse con toda seguridad para entrar en el estudio de nuestra propia naturaleza.

5. Este estudio es fundamental, porque conocer nuestra naturaleza es conocernos á nosotros mismos, penetrar en la economía de nuestro ser, descubrir el por qué de nuestra existencia y alcanzar el fin último de nuestra creacion. Sobre este punto ha dado siempre ideas exactas la filosofía, no solo en los tiempos modernos, en que ha tocado á su mas alta perfeccion bajo el influjo de los principios cristianos, sino aun en los tiempos antiguos, en que los filósofos, desprovistos de la luz de la fe, no contaban con otra que la de la razon. Sin embargo, en todos tiempos la verdadera ciencia del hombre ha tenido enemigos diversos que combatir, los cuales, ya siguiendo el extremo de lo espiritual, ya reduciéndose al órden de la materia, no han perdonado medio para falsear el conocimiento de la naturaleza humana. Mas por una singular providencia de Dios, estas verdades no han quedado vendidas á los artificios del error, al influjo de los sistemas y á los amaños de los sofistas, pues con solo entrar en sí mismo de buena fe, sin prevencion alguna, basta el sentido comun para que nos formemos una idea de lo que somos, de lo que debemos ser y de lo que nos espera segun el sistema de nuestra conducta. Penetrad si no cada uno de vosotros en vos mismo, recorred y examinad una por una las cualidades esenciales de vuestro ser, ó lo que es lo mismo, las cosas que os constituyen tales como sois: inquirid vuestro orígen, buscad vuestras diversas relaciones, y no tardarés en penetrar en el conocimiento de vuestro ser considerado en sí mismo, en su causa y en sus relaciones con esta primera. "Yo pienso, puede decirse cada uno de vosotros á sí mismo, recogiéndose en el fondo de su alma, "yo pienso, hablo, me muevo, obro, existo en suma. Tengo una parte visible y palpable que me pone en contacto con todas las cosas que me rodean, un cuerpo organizado que vive, que se mueve con libertad, que dura cierto tiempo y que ha de morir. Lo que veo en mi cuerpo es mui semejante á lo que veo en los otros cuerpos: figura, color, peso, &c. &c.; mas no todos los cuerpos son como el mio, pues muchos hai entre ellos que teniendo las mismas cualidades, no pueden por sí ni moverse ni permanecer quietos contra la decision de una causa inteligente: luego las simples cualidades de mi cuerpo no son el principio de mi accion. Hai pues en mí una cosa que no es cuerpo, una sustancia simple, espiritual, inteligente, libre, activa, la cual dirige todos los movimientos de mi cuerpo, determina mi direccion y gobierna mis pasos; en suma, una *alma racional*. Hé aquí lo que me constituye *hombre;* hé aquí la *naturaleza humana* que debo reconocer en todos mis semejantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

6. "Pero, ¿de mí ha dependido acaso mi nacimiento? ¿dependerá de mí por ventura mi muerte? No: yo tengo pues un superior, una causa de donde procedo y á la cual estoi enteramente sometido, y todos los seres se encuentran en este mismo caso: los seres racionales, los seres animados y los seres inanimados; porque todos ellos son contingentes, puesto que existen y pudieron no haber existido jamas, existen y pueden dejar de existir: existen, porque tuvieron una causa productora; pueden dejar de existir, porque están sometidos á la accion libre de su causa. Si la razon decisiva que yo tengo para suponer la existencia de una causa primera, es la naturaleza contingente de todos los seres que conozco y de cuantos estén y puedan estar en su mismo caso, es claro que la causa primera de todos ellos no ha de ser como ellos, porque de otra manera necesitaria causa: si no ha de ser como ellos, tampoco estará sujeta á las leyes del nacimiento y de la muerte: luego será *necesaria* y *eterna*: no estará sometida á otro ser; luego será *independiente* y *soberana*: tendrá, por último, segun la medida de su propia naturaleza, todas las cualidades que reconozco y admiro en mí y en los demas seres. Estas cualidades están colocadas en la escala de la perfeccion relativa y contingente; mas aquella causa primera no tiene dimensiones; no puedo tenerlas, porque entónces tendria causa, tendria principio, tendria superior: lo que no tiene dimensiones es infinito; luego esa causa, que posee segun la medida de su naturaleza todas las perfecciones que yo admiro en los seres, posee por la necesidad de su naturaleza misma una *perfeccion infinita*. Esta primera causa es DIOS. Hai pues un Dios, Ser necesario, eterno, infinito, inmenso, perfectísimo en suma, principio, causa y soberano de todos los seres, un *Dios omnipotente, creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles e invisibles*.

7. "He comprendido lo que soi: no me sorprende ya mi nacimiento ni tampoco mi muerte. Vengo de Dios, estoi entre mis semejantes y me hallo colocado tambien entre muchos seres de naturaleza diferente, que no se parecen á mí, pero que conmigo y mis semejantes constituyen la *creacion*, y por lo mismo han venido y penden exclusivamente de Dios.

8. "Pero yo, colocado en el centro de esta multitud de relaciones, ¿existo al acaso, vivo sin motivo, he de morir sin resultados? Consultaré á mi propia razon, á mi propia experiencia. Una y otra me enseñan que cuando produzco algo de mí, (porque tambien soi causa, aunque limitada y contingente), me determino por algun motivo, sigo algun objeto, me propongo algun fin, y esto es lo que me da la idea de mi superioridad en la escala de los seres: por esto domino al bruto, y dispongo soberanamente de la materia inerte que me está sometida. La creacion es pues la obra de Dios, supone el pensamiento de Dios, el designio de Dios, la voluntad de Dios; y por lo mismo yo, como todos mis semejantes y todos los seres que constituyen la creacion, he venido á la vida para ser algo, existo con ciertas condiciones, y tengo consiguientemente un fin.

9. "¿Cuáles son pues las condiciones y el fin último de mi existencia? Yo pienso para obrar, obro para estar contento, para estar bien, para ser feliz: la actividad es pues mi elemento, el trabajo mi destino, la felicidad mi vocacion.

10. "Y bien, ¿he sido, soi feliz? Yo me lo pregunto, me lo he preguntado mil veces á mí mismo, y no he recogido sino desengaños y experiencias que irresistiblemente me

persuaden de lo contrario. He buscado la felicidad en los goces físicos, y de ordinario no encuentro sino por un lado la saciedad y el fastidio, por otro lado el arrepentimiento y el dolor: he oido discurrir al opulento, al magnate, al hombre de las selvas y al hombre de las cortes, y veo que á todos les pasa lo mismo que á mí, que todos buscan irresistiblemente y ninguno encuentra la felicidad. Si esto es así, no solo yo, sino todos los otros, no solo el individuo, sino toda la sociedad, no solo un Estado, sino todas las naciones, no solo este ó aquel hombre determinado, sino la humanidad entera, están representados en mi pensamiento; y por lo mismo, todos tienen por principio á Dios, por elemento la actividad, por destino el trabajo y por vocacion la felicidad: todos la aman irresistiblemente, la procuran con solicitud, la buscan con afan, y sin embargo, no la encuentran.

11. "¿Será pues, que la felicidad no exista, que no se haya hecho para nosotros, ó que por nuestra naturaleza seamos incapaces de alcanzarla? ¡Católicos que me oís! ved aquí el gran problema, es decir, el nudo de todos los tiempos, el nudo que por espacio de cuatro mil años ocupó inútilmente á los antiguos filósofos, el que despues acá no ha dejado de ocupar á todos esos *espíritus fuertes* que, persistiendo en su perdurable manía de no contar para nada con Dios y debérselo todo á sí mismos, han querido y no han podido nunca desatar este nudo: porque no le desatará, católicos, sino el que es verdadero hijo de Dios, el que conociéndose y conociéndole, se abaja y atiende en su soberana presencia, el que no acordándose que tiene talento, que tiene poder ó virtud, sino solo de que es pequeño y miserable, se hace digno de que venga sobre él aquella bendicion de Jesucristo, llegando á saber aquellas cosas que han de ignorar los *grandes* y los *sabios* y constituir acá en el mundo la ciencia exclusiva y única de los *sencillos* y *pequeños*. (Luc. cap. X. v. 21.)

12. "La condicion mas humillante de la razon humana, cristianos, es que, no pudiendo negar la creacion, la actividad del espíritu, la necesidad del trabajo y la vocacion á la felicidad sin atraer sobre sí la burla y el desprecio, y habiendo envejecido en buscar ese fantasma de felicidad tras de que anda, confiesa sin embargo, que no ha podido hallarla, y cree irresistiblemente que exista, pues continúa constantemente buscándola. Y en verdad, hermanos mios, que tiene razon en seguir; porque si no ha de conseguirse el bien, si no ha de ser uno feliz, si ha de andar uno viviendo entre deseos brillantes y desengaños tristes, ¿de qué sirven, decidme, el cuerpo y el alma, la razon y la voluntad, las ciencias y las artes, el poder y las riquezas, la admiracion, el prestigio, la fama, la celebridad y la gloria del mundo? ¿De qué? de hacer mas intenso el sentimiento de la miseria, de cubrir las llagas profundas del corazon con las magníficas ilusiones de una vida pasajera, de engañar con un esplendor aparente los unos á los otros acerca de su propio estado, haciendo morir así hasta la compasion agena, último rasgo del infortunio.

13. "Saco de aquí, hermanos mios, una consecuencia de primer órden; y es, que no hai nada tan importante en el mundo para cada uno de vosotros y todos cuantos existen, como tener ideas exactas acerca de sí mismo, de su destino, de su fin y de su vocacion, poseer un conocimiento práctico de que hemos nacido para la verdadera felicidad, y que esta felicidad existe, saber por último que hai medios infalibles para conseguirla,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y descubrir y poseer estos medios. Este es el objeto por excelencia, lo único que valoriza y da estimacion á cuanto vemos y cuanto somos, el asunto mas importante que puede ocupar vuestras meditaciones diarias." 1

II.

14. Ved pues, amados hijos, cómo sin necesidad de largos discursos, y con solo entrar uno en sí mismo con la luz de su propia razon, descubre las verdades necesarias que debe tener acerca de su naturaleza, su orígen, su mortalidad corporea é inmortalidad espiritual, y su último fin, que es Dios. Este solo estudio nos hace comprender claramente que el hombre es un animal racional: es un animal, porque tiene un cuerpo organizado que nace, se nutre, crece, se debilita, enferma y muere, como el de todos los animales; y una alma cuyas facultades todas presuponen un principio simple, indivisible, activo, causa motriz de todo nuestro ser, una alma dotada con el noble privilegio de la razon, que no tienen los brutos, y mucho ménos los cuerpos inanimados de la naturaleza: que esta alma es inmortal, pues no puede perecer, porque siendo simple, es incapaz de disolucion que la trasforme en cosa diversa, ó de composicion que la refunda en otro ser: que siendo el hombre un ser contingente y debiendo por lo mismo haber tenido principio, porque no puede haber ser contingente sin principio, viene de Dios, Ser necesario, inmenso, omnipotente, perfectísimo, infinito en suma: que viniendo de Dios, está sujeto en todo y por todo á El como Creador y Señor Supremo de todas las cosas: que siendo Dios un Ser infinitamente sabio é infinitamente bueno, todo lo creó con un designio digno de su sabiduría y para un fin digno de su bondad: que siendo el hombre libre, y pudiendo en consecuencia obrar de mui diverso modo, y aun bien ó mal, debió tener una ley que le sirviese de regla, para obrar conforme al designio y al fin de su creacion: que dió en efecto Dios esta ley, y por lo mismo vinculó en su fiel observancia durante esta vida el concedernos en la otra su vista, posesion y goce por toda la eternidad.

15. Os he hablado, amados hijos, de aquello que puede ser conocido por el recto uso de la razon natural; mas no es esto lo que basta para colocaros en la puerta donde abre nuestro catecismo la explicacion de la doctrina, que es el nombre del cristiano. Es necesario pasar de los raciocinios á los hechos, y entrar en el fondo de esta grave cuestion: ¿Por qué la simple naturaleza del hombre no basta hoi para que consigamos nuestro último fin? ¿Por qué para ganar el cielo es insuficiente que seamos hombres, y del todo necesario que seamos cristianos? Ilustrando esta idea, en que la historia se toca con el dogma, ninguna dificultad envuelve para ser bien comprendida la primera pregunta y respuesta de nuestro catecismo. Es necesario convenir en que la naturaleza humana salió perfecta de las manos de Dios, y bien provista de cuanto era necesario para cumplir su destino y alcanzar su fin. Luego, si llegó un tiempo en que la naturaleza fuese impotente, necesario es admitir la interposicion de un mal que la hubiese degradado, pervertido é imposibilitado para la gloria. Os diré pues, á lo ménos en general, pues me reservo dar mayor amplitud á todas estas ideas en las siguientes instrucciones, lo mui necesario para el complemento de la idea general que me he propuesto daros en ésta.

1 Tomado á la letra de mi "Plática *primera sobre la importancia de la predicacion catequística, disposiciones con que debe asistirse á ella, y medios para oirla con aprovechamiento.* Parte primera.

16. Antes de ser cristianos hemos sido hombres, es decir, criaturas compuestas de un doble elemento, el del cuerpo, que ha salido de la tierra, y el del espíritu, que ha bajado del cielo en el aliento de Dios que le infundió á este cuerpo mismo. El ser humano tiene para la historia, para el dogma y para la ciencia dos puntos cardinales, el del principio, que es Dios, y el del fin último, que tambien es Dios. Estos dos puntos, situados, el primero en los bordes de la nada y el segundo en los quicios de la eternidad, dejan en medio de la cuna y del sepulcro una línea que mide nuestra vida física, intelectual y moral; línea que el hombre recorre entre su libertad y la ley, que será una recta si la primera va siempre subordinada á la segunda, ó será una curva, si obedeciendo á los impulsos de la concupiscencia, se extravía de su punto de partida. Como no entraba en la intencion del Altísimo que el hombre fuera imperfecto ni desgraciado, no le creó sino puro, santo y feliz. Hé aquí el primitivo estado del hombre. Su creacion fué el primer hecho histórico; sus relaciones con la Divinidad, el primer principio filosófico; su destino á la bienaventuranza, el primer principio moral; la regla tirada de Dios á Dios, como de principio á fin, la primera de todas sus leyes. Historia, dogma, filosofía, legislacion; todo párte de aquí, y todo manifiesta que el fin del hombre ha debido ser, y de hecho ha sido, el primer objeto moral para la ciencia y para la doctrina.

17. Si el hombre hubiese obrado siempre consecuente con su Dios, no habria debido pasarse de aquí; pero sucedió de otra manera: abusó de su libertad, quebrantó la ley, pecó; rompió los lazos que le ataban á Dios, se emancipó del cielo: perdió la caridad, y entró en la esclavitud del demonio; perdió la gracia, y cayeron sobre su mente las tinieblas de la ignorancia, sobre su voluntad los impulsos frenéticos de la concupiscencia, sobre su corazon las pesadas cadenas de las pasiones: la virtud miró abrirse su sepulcro, y el vicio, principal distintivo de su estado moral, entró á figurar en las regiones del ser. El fin del hombre desapareció ante su primer pecado, y habria desaparecido por siempre, si para reparar el inmenso estrago y la tremenda ruina, no hubiera podido contarse sino con los tristes recursos de la naturaleza. Impotente del todo para el bien, solo podia explotar el asqueroso mineró de su corrupcion y de sus vicios. Infinito habia sido el mal de la culpa, pues consistia en la privacion de Dios, que es un bien infinito: infinito habia de ser el remedio, y este remedio, vinculado en la reconciliacion del hombre con Dios, traia como una condicion esencial que el hombre fuese perdonado, al paso que este perdon demandaba por una razon de consecuencia y de justicia, que Dios quedara satisfecho. No satisfará por sí mismo el hombre á Dios, porque es limitado, es débil, está envuelto en la universal contaminacion, destituido de la posibilidad del merecimiento y de la virtud. Hai mas, ni aun concebir hubiera podido el hombre un plan de la reparacion que necesitaba; porque la satisfaccion de condigno estaba exigiendo el sacrificio de una víctima de infinito precio. ¿Quién será esta víctima? No lo será la humanidad, porque es finita, limitada, corrompida; no lo será la Divinidad, porque es impasible. Hasta aquí podia llegar la humana ciencia con todos sus esfuerzos; esto es,

á formular en una enunciacion simple, con toda la seguridad de su demostracion y con toda la énfasis de su poder lógico, la imposibilidad de una reparacion cual era necesaria, y por consiguiente la destruccion de toda esperanza para el hombre. Dios empero, que ve desde la eternidad la triste historia de sus creaturas, concibe en su mente divina un plan de reparacion universal, la víctima que es necesaria, que dé á la humanidad cuanto necesita para merecer, y dé á la Divinidad el medio de un sacrificio infinito sin perjuicio de su impasibilidad. Esta víctima lo será todo: será hombre para padecer, será Dios para dar al sufrimiento un mérito infinito: abrazará en una sola persona las dos naturalezas, para que pueda decirse sin violencia que Dios padeció y murió por el hombre, y que el hombre satisfizo digna y cumplidamente á Dios por su pecado. Hé aquí la Encarnacion del Verbo; hé aquí á Jesucristo Dios y hombre verdadero prometido por Dios al hombre como un Redentor, y ofrecido por el hombre á Dios como una víctima desde el instante mismo en que vió brotar la esperanza, con la promesa del Salvador, de entre las espinas del remordimiento al misericordioso *fiat* pronunciado por la clemencia infinita de un Dios ofendido.

18. Al nombre de Jesucristo debemos el nuestro cuantos vivimos de su ley; y al de *hombre*, resúmen completo de nuestra primitiva historia, vino á suceder el de *cristiano*, que quiere decir hombre de Cristo, *hombre que tiene la fe de Cristo, profesada en el Bautismo*, como dice nuestro catecismo, y para comprenderlo todo en una breve fórmula, *hombre restaurado en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo*: triple enunciacion que manifiesta claramente las promesas, la venida y los derechos del Hijo de Dios, y por parte del hombre el principio, el medio y el fin de su restauracion moral.

19. Veis pues, amados hijos, cuáles son las verdades con que la misma razon bien dirigida y la historia de la humanidad nos introducen á la ciencia del cristiano. Sabéis ya lo que es el hombre, cuál es su orígen ó causa, cuál su destino y último fin, cuál su historia desde la creacion hasta Jesucristo, y cómo, para recuperar las luces y fuerzas perdidas en su naturaleza, reanudar sus relaciones con Dios cortadas por el pecado original, reconquistar sus primitivos títulos á la gloria eterna, satisfaciendo á la justicia, y mereciendo plenamente su expiacion y sus obras, necesitaba de un Redentor, Dios y Hombre verdadero, que viniese á salvar al mundo con su muerte y á *enseñarle con su vida y ejemplo el camino del cielo*. Con solo esto podéis entrar al estudio de vuestro ser y carácter de cristianos sin inconveniente ninguno: pues aunque los diversos puntos que abraza esta instruccion primera, exigen cada uno mayor desenvolvimiento para quedar bien comprendidos, lo dicho basta para introduciros en el fondo de la doctrina con suficiente luz, sin echar de ménos antecedente ninguno. Por lo demas, el dar sobre cada uno de los puntos enunciados toda la explicacion que exige su perfecto conocimiento, solo es cuestion de tiempo, pues abrazando la doctrina en su totalidad la esencia de Dios y del hombre, turno tendrá en mi siguientes instrucciones cuanto deba decirse con mayor amplitud, y he tocado aquí solo de un modo general.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE EL NOMBRE PARTICULAR QUE RECIBIMOS EN EL BAUTISMO, Y LA DEVOCION QUE DEBEMOS TENER AL SANTO DE NUESTRO NOMBRE.

1. La primera pregunta de nuestro catecismo, hermanos é hijos mui amados, tiende á ilustrar nuestra razon con una idea mui importante, y que por desgracia suele pasar entre muchos desapercibida. ¿Cuál es esta idea? La del nombre particular que lleva cada uno de nosotros y que, unido con el apelativo de familia, basta por lo comun para distinguirnos de todos. Como este libro contiene los primeros rudimentos de la doctrina, supone su autor dirigirse á los niños de familias cristianas, á quienes principalmente le dedica como un texto que deben tener en su memoria para entender y conservar mejor en ella las instrucciones mas amplias de sus párrocos, de sus padres y de sus maestros. *Decid, niño, ¿cómo os llamais?* pregunta, y encarga que cada uno responda su nombre propio, diciendo, por ejemplo: *me llamo Pedro, Juan ó Francisco, Luis* concluye recomendando á todos la devocion con el santo de su nombre, y pasa despues al nombre de cristiano.

2. Es mi ánimo dar principio tambien á mi explicacion del catecismo, con este mismo punto de tan grande interes con el fin de persuadiros cuán conveniente sea que cada uno de vosotros, reflexionando sobre todo lo que importa para su bien espiritual el nombre que recibe en el bautismo, procure adquirir las instrucciones que encierra, penetrarse de los sentimientos que inspira, para corresponder con actos de verdadera devocion al designio que ha tenido nuestra santa Madre la Iglesia en sus disposiciones acerca de esto. Tal es el asunto que me propongo tratar en esta instruccion segunda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

3. En todos tiempos han procurado los hombres tener alguna designacion propia que les dé á conocer y les distinga de los otros, y por tanto el nombre de cada uno es tan antiguo como el hombre. Fué natural, y en efecto sucedió así, que el nombre representase los vínculos de la familia, sin que esto quitase que alguna vez tuviese otra representacion. En el órden puramente natural el nombre de cada uno debia ser por lo comun vínculo, recuerdo y sentimiento; vínculo, porque emanaba del padre ó los antepasados; recuerdo, porque conservaba la memoria de otros que habian llevado la misma ó semejante designacion, y sentimiento porque, tratándose de las conexiones naturales, representaba en cierto modo todas las afecciones de la familia.

4. Mas la religion, que todo lo consagra y engrandece, ha encumbrado este uso antiguo del nombre propio hasta la altura de sus grandes objetos: le hace nacer de la gracia, y con solo esto le eleva sobre el mundo, le une con los vínculos de la santidad y le coloca bajo el dominio del amor. Toda la historia de las virtudes, todos los misterios de la religion y todas las glorias del cristianismo están depositadas en esos nombres diversos que llevamos todos los que hemos renacido en Jesucristo y recibimos en el nombre de Dios de los labios del ministro sagrado que derrama sobre nuestras frentes el agua santa del Bautismo. Dios, en el misterio sublime de su Trinidad, se ha dignado concedernos este nombre: Jesucristo, vida nuestra, nos ha dado tambien el suyo: su Santísima Madre y todos los Santos, de quienes es Reina, nos han dejado tambien sus nombres.

5. El nombre de cada uno es tambien vínculo, recuerdo, ejemplar y sentimiento. Es vínculo, porque sin duda alguna estamos ligados íntimamente con Dios como Creador, Legislador y fin último del hombre; lo estamos con Jesucristo como nuestro Salvador y nuestro Maestro; lo estamos con la Purísima María, Madre nuestra; lo estamos con toda la corte celestial, con todos los escogidos del cielo, que despues de su peregrinacion en la tierra gozan la bienaventuranza, que componen la Iglesia triunfante, unida con la que padece en el purgatorio y la que milita en la tierra. Es recuerdo tambien, y no un recuerdo estéril sino altamente provechoso para nosotros, puesto que representa, ó un suceso de la religion, ó un misterio de Jesucristo, ó un beneficio particular de la gracia por la intercesion de María, ó una vida pasada en el heroísmo de la virtud y terminada en la consumacion de la santidad. Por otra parte, todo se anima, en tan ilustres y santos recuerdos, de esa virtud sublime que honra tanto á la religion; de la caridad, que depura en el crisol de los cielos todos los sentimientos del corazon y todas las virtudes de la tierra. Despues de Dios, uno en esencia y trino en personas, designado con el nombre de *Trinidad*, y que todo lo abraza en sí mismo, pues que es infinitamente perfecto y Creador del cielo y de la tierra; despues de Jesucristo, cuyo solo nombre nos recuerda el gran misterio de nuestra redencion y la institucion de ese magisterio dogmático que nos ilustra y que nos salva; y de la Inmaculada María, relacionada con las tres Divinas Personas, como Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo; la Iglesia nos muestra en la ilustre galería de los santos toda la historia del cristianismo en accion, nos da una escuela práctica de virtudes, un torrente de luz de donde se reflejan al mundo todas las glorias. Los apóstoles nos representan á los primeros obreros de Jesucristo y fundadores de la Iglesia docente; los mártires á los grandes héroes de la fe, atletas de la Iglesia militante, que sellaron su creencia con su sangre, prodigando su vida sobre los cadalsos en honra de la Cruz: los confesores nos dan la idea de los custodios infatigables de la doctrina: dechados perfectísimos de la santidad que consiste en confesar de continuo á Jesucristo, no solo con la palabra, sino tambien con las obras, no se limitaron á confesar que Jesucristo es el Hijo de Dios, sino que aceptaron las condiciones que Su Magestad puso á sus verdaderos discípulos cuando dijo: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame:* una abnegacion absoluta, universal y constante, una vida mortificada y penitente, un desprendimiento de todo para no ver, ni buscar, ni poseer sino solo á Jesucristo: hé aquí su grande y esclarecido carácter. Las vírgenes, estas hijas de la soledad, estas flores de los desiertos, que alejándose del mundo, renunciando á todas las conexiones de la carne y de la sangre, negando á su propia voluntad y entregándose á una vida toda de espíritu, de oracion y penitencia, guardaron entre espinas para su Divino Esposo la preciosa flor de su pureza, y que practicando las obras mas admirables y al parecer mas incompatibles con su sexo tierno, débil y tímido, han arrastrado la admiracion de los unos y han fecundado la fe de los otros, haciendo resplandecer los prodigios de la gracia; y aquellas mujeres fuertes que, habiéndose santificado en el matrimonio como lo habian sido en la virginidad y lo fueron en la viudez, manifiestan toda la espansion de la gracia y de la santidad: hé aquí amados hijos, los coros que encierran la inmensa galería de los santos, de esos felices habitadores de la Jerusalen celestial, que nos han dado sus nombres como designacion propia, vínculo de la santidad, recuerdos de virtudes, modelo de perfeccion, excelencia de sentimientos, socorro y ayuda para sostener nuestros vacilantes pasos en la espinosa y delicada carrera de la vida cristiana.

6. Despues de esto, ¿necesitaré yo, amados hijos, detenerme mucho en persuadiros cuánto se interesan vuestro bien espiritual y salvacion eterna en el cultivo de las relaciones que os ligan con el Santo de vuestro nombre? ¡Ah! la mas leve reflexion basta para excitar vivamente vuestro espíritu y avivar vuestros sentimientos en este punto. Figuraos, amados hijos, á un hombre para quien el nombre que lleva sea un objeto de meditacion, estudio y amor. No escogeré nombre, porque sea cual fuere, representa un bienaventurado, un héroe de la religion, un viador perfecto y dichoso, que recorrió su camino sin declinar á diestra ni á siniestra; un guerrero que domeñó la ferocidad de sus enemigos, enfrenándoles y sometiéndoles al yugo de la ley. ¿No es cierto que esta vida es para nosotros una escuela práctica de virtud y santidad? ¿No es cierto que un santo es un amigo íntimo de Jesucristo, templo vivo de Dios, objeto de sus complacencias y miembro de su corte? ¿No es cierto que en él vive para nunca morir la caridad que se interesa por el bien de nosotros? ¿No es cierto que los inflamados ruegos dirigidos por él al Árbitro Supremo de los cielos y la tierra, le hallarán siempre propicio y deben fecundar nuestra esperanza? Sin duda alguna. Luego incalculable debe ser el provecho de un cristiano que no pierde nunca de vista al Santo de su nombre. El viene á ser un

especial abogado suyo por la dedicacion particular del Bautismo, una santa compañía con el recuerdo de sus virtudes y la presencia de su intercesion, un estímulo poderoso para el bien, un socorro eficacísimo para las mas grandes necesidades.

II.

7. Mas ¿cuál debe ser esta devocion al Santo de nuestro nombre para conseguir los grandes bienes que á ella se prometen? ¿acaso un recuerdo fugitivo, un rezo precipitado y distraido, una reverencia pasajera es lo que basta, para mostrarnos dignos de una proteccion tan elevada? No, amados hijos: la devocion verdadera se anima de la caridad como todas las buenas obras, ejercita la esperanza y reposa en la fe.

8. "Si los santos constituyen, hijos carísimos, la parte mas escogida de la Iglesia; si se conservan inalterables las relaciones entre ellos y nosotros; si la superioridad de su condicion nos garantiza la constancia y la pureza de su amor; si sus sentimientos todos respecto de los que quedamos en la tierra se hallan constante y exclusivamente dirigidos á nuestro bien y felicidad; esto basta para comprender, que los santos constituyen al mismo tiempo un objeto de la caridad. Esta caridad nos identifica de tal suerte con ellos, que debemos participar de sus sentimientos é imitar su conducta. Entre estos sentimientos tiene el primer lugar el culto de la gratitud, es decir, aquella adoracion que dirigimos á nuestro Dios, en reconocimiento de esa felicidad de que le somos exclusivamente deudores, esto es, la felicidad de los santos. Nuestro reconocimiento por ella debe ser igual al que tendriamos por la nuestra, y esta circunstancia nos basta para comprender que debemos alabar, bendecir y dar gracias á Dios por la gloria de sus escogidos. Efecto propio es de la caridad amar lo que Dios ama, querer lo que Dios quiere, y por tanto, amar á los santos; pues que Dios les ama con esa predileccion eterna que constituye la condicion venturosa de los justos. Dios les ama, porque guardaron su ley; y les hizo felices, para coronar el triunfo de las virtudes que practicaron en la tierra. Nos les propone pues como unos modelos que imitar, y el testimonio mas brillante que podemos ofrecer á Dios de nuestra caridad para con los santos, es y será siempre el imitar sus virtudes y recorrer nosotros el camino que ellos anduvieron."

9. Este culto, estos homenajes de nuestra devocion á nuestros hermanos los que habiendo salido de la tierra ciñen las coronas inmarcesibles de la gloria, no es, amados hijos, otra cosa que el mismo culto que debemos á Dios y á Jesucristo Dios y hombre verdadero, considerado bajo cierto punto de vista, y en él se ejercitan como al principio decia, todas las tres virtudes. En primer lugar ejercitamos la fe, porque creemos en la palabra de Dios al reconocer la existencia de los santos, acatamos la voz de la Iglesia cuando los canoniza y estamos ciertos de que en el cielo hablan en favor nuestro: en segundo lugar nuestra esperanza, cuando consideramos que, siendo miembros de un mismo cuerpo con nosotros y ocupados todos en nuestro bien, presentan á Dios nuestras heridas, para que sean curadas, y nuestros santos deseos, para que sean correspondidos: finalmente ejercitamos tambien la caridad, porque les amamos como la parte mas escogida de nuestra Iglesia, porque debemos entrar en sus sentimientos de amor y gratitud

por su propia felicidad y reconocerles como unos modelos perfectísimos cuya imitacion habrá de incorporarnos con ellos en esa plenitud de goces que constituye la bienaventuranza."

10. Los homenajes que debemos al Santo de nuestro nombre, amados hijos, no son pues de diversa naturaleza que los que debemos á todos los santos; pero ellos bastan para satisfacer perfectamente á las condiciones de nuestra devocion particular. Hai empero, en lo relativo á instrucciones, aquellas diferencias que nacen de la vida y virtudes propias de cada Santo; pues en ellos, como en todo, hai cualidades comunes y cosas características: las primeras son lo que constituye la santidad, las segundas son aquellas virtudes que mas particularmente ejercitaron. Ahora bien: como todo contribuye á reanimar nuestro espíritu, una de las cosas mas importantes que deben recomendarse á los fieles, y os recomiendo yo mui eficazmente á vosotros, es el instruirse bien, ya con la lectura de los libros, ya pidiendo noticias á las personas que les han leido, en la vida y virtudes propias del Santo del nombre de cada uno. Mas no debe ser este, amados hijos, un estéril conocimiento, sino una escuela práctica de perfeccion; escuela, porque la vida de un Santo encierra especulativamente cuanto es necesario, no solo para salvarse, sino para subir á grados de altísima perfeccion; y práctica, porque son documentos vivos y animados, lecciones que hablan á los sentidos lo mismo que á las potencias, nobles y eficaces estímulos para un corazon bien formado. ¡Cuántos se habrán hecho santos obedeciendo á las inspiraciones de una lectura de esta naturaleza! Así pues, como la vida de los santos es una escuela práctica en sí misma, así tambien nuestro conocimiento sobre ella no debe por cierto estacionarse en el entendimiento, sino mover el corazon y gobernar la conducta. De esta suerte no perderémos nunca de vista ese ejemplar de virtud que Dios nos ha dado con el Santo de nuestro nombre, le tendrémos en nuestro entendimiento con una meditacion bien dirigida; le tendrémos en nuestra voluntad con una resolucion decidida de imitarle, le tendrémos en nuestras obras, procurando asemejarlas á las suyas, y nunca les acreditarémos nuestro amor de una manera mas propia y mas grata para ellos, que cuando nos mostremos sus verdaderos discípulos en la imitacion de sus virtudes.

11. Sed pues, hijos mios, mui solícitos en atender á estas exhortaciones que os hago, mui empeñosos en adquirir un conocimiento pleno de la vida y virtudes de vuestro Santo, mui constantes en meditar acerca de ella, mui decididos á imitar en todo tan ilustres y santos ejemplos, y de esta suerte podéis estar seguros de que un ejercicio de esta naturaleza, una devocion tan bien acreditada os dará la virtud y la paz en el tiempo, y el puro, sumo y perdurable gozo en la eternidad.

1 Esto lo he tomado, con mui accidentales variaciones, de una obra mia que se intitula: *Exposicion de la doctrina católica sobre los dogmas de la religion.* Lib. XI. Art. II, cap. II, § III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TERCERA INSTRUCCION.

SOBRE LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA DEL NOMBRE Y CARACTER DEL CRISTIANO.

Deus . . . donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur.

Dios . . . le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre Jesus se doble toda rodilla.

Epist. de S. Pablo á los Philipenses, cap. II, vv. 9 y 10.

1 Acaso de instruiros, aunque de un modo general, amados hijos, acerca del nombre particular que recibimos en el santo Bautismo, y explicaros en consecuencia las relaciones que cada uno tiene con el Santo de su nombre, y lo que debe practicar para sacar de ellas el mas copioso fruto. Pero yo no debo detenerme aquí: porque esta filiacion particular que cada uno de nosotros tiene con el Santo de su nombre, viene á refundirse y engrandecerse en esa otra filiacion general, en esa designacion católica que representa con un solo signo al inmenso pueblo redimido con la Sangre de Jesucristo, ora milite en la tierra contra los enemigos de su alma, ora se halle de paso por el lugar misterioso de la purificacion, ora finalmente viva y reine con Dios en la Jerusalen de los cielos. ¿Qué signo es este, católicos? El nombre augusto de *cristiano*. De éste precisamente voi á hablaros ahora. La serie de mis instrucciones han de ser colocadas entre dos puntos extremos; uno que establece la excelencia de nuestra condicion, otro que sanciona la imperecedera gloria de nuestro fin. Se os pregunta, si *sois cristianos;* y respondéis con toda la sencillez de la verdad: *si por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.* Se os pide que expliquéis la significacion de esta palabra *cristiano;* y respondéis, que *cristiano* quiere decir *hombre*

de Cristo, esto es, *hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en su santo Bautismo.* Hé aquí en cuatro palabras encerrada toda la ciencia que nunca pudieron conquistar en tantos siglos los primeros sabios de la antigüedad; la ciencia de la humanidad regenerada en su naturaleza, ennoblecida en su carácter, santificada en su carrera y glorificada en sus destinos. Pero todavía esto parece como la superficie del gran todo, y no sirve, digámoslo así, sino para comprometernos mas y mas en la investigacion de la excelencia incomparable del carácter con que nos presenta este nombre divino.

2. ¿Cómo formarnos pues acerca de éste una idea tan grande cual corresponde y quisiéramos tener? Procurando tomarla del mismo Jesucristo: porque, si *cristiano* quiere decir hombre de Cristo, sabiendo quién es Cristo, conoceremos lo que es el verdadero cristiano. Pues bien, Jesucristo es Dios y Hombre verdadero, porque es el Unigénito del Padre, ó como dice nuestro catecismo, el *Hijo de Dios vivo*, y porque se revistió de nuestra naturaleza en las entrañas de María, ó como dice nuestro catecismo: *porque es tambien Hijo de la Vírgen María.* Veamos pues en primer lugar, cómo Jesucristo es verdadero Dios, cómo sin dejar de ser Dios es verdadero Hombre, y por qué lleva el nombre de *Cristo;* y en seguido, lo que es para nosotros *como Salvador* y *Maestro.*

I.

3. El Evangelista San Juan, justamente representado en el águila, parece desdeñarse de posar en la tierra: remonta su vuelo hasta los cielos, y en los espacios infinitos de la eternidad busca la primera idea que se propone darnos sobre la historia de Jesucristo.

4. En los primeros versículos del primer capítulo de su Evangelio desprende del seno mismo del Padre y desde la eternidad el principio de esta Persona divina destinada para vestirse en el tiempo de nuestra misma naturaleza. *En el principio era el Verbo*, dice, y *el Verbo estaba en Dios*, y *Dios era el Verbo.* Ved aquí claramente señalada la divinidad y eternidad del Verbo. Si queremos tomar aquí la palabra *principio* por el orígen de todas las cosas creadas, por el instante primero en que comenzaron á desfilar los siglos y existir el tiempo, vemos que el Verbo existia ya. No se dice que entónces nació, que entónces comenzó; sino que el Verbo era ya, existia ya cuando todavía no comenzaba la creacion. Si pues la creacion nos da las ideas del espacio y el tiempo, y cuando ella no habia comenzado aún, el Verbo existia ya, ¿dónde estaba pues el Verbo? *El Verbo estaba en Dios*, dice San Juan. ¿Cómo comprenderémos esto? ¿cómo, no existiendo aún creatura ninguna, podia estar en Dios ese Verbo? Porque el Verbo no es creatura; y por lo mismo que ántes de haber creaturas no podia estar en Dios cosa que no fuese Dios, el Evangelista termina su primera enunciacion con una palabra que derrama un torrente de luz sobre la inteligencia y da toda su plenitud al concepto: *Dios era el Verbo*, dice. Si el Verbo es Dios, ¡qué relaciones tiene con lo existente! *Todo ha sido hecho por él*, nos dice el Evangelista, y *sin él nada hai: en él estaba la vida y esta vida era la luz de la humanidad.*

5. Habéis visto ya cómo esta luz eterna, resplandeció sin eclipse sobre la mente de nuestros primeros padres durante los momentos fugitivos de su inocencia, y cómo ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biendo decaido de aquel grado de perfeccion á causa del pecado la humanidad, quedó convertida en tinieblas y muerte, segun se explicaba Zacarías. Mas como aquella luz divina jamas dejó de difundir sus rayos por el mundo, y á medida que los tiempos marchaban á su plenitud hacia sentirse mejor, el Evangelista nos dice que la luz del Verbo resplandeció en medio de las tinieblas, y sin embargo, éstas no la comprendian: *Lux in tenebris lucet et tenebræ eam non comprehenderunt.* ¿Qué se necesitaba para recibir esta luz que al cabo de tantos años habia venido resplandeciendo sin disipar las tinieblas donde caia? Un testimonio inmediato, un profeta del momento, un precursor, que sin ser la luz, se mostrase como testigo de ella. Hé aquí al Bautista, que vino con este objeto expreso, como dice el Evangelista, no como la luz de Dios, sino como el que habia de dar testimonio de ella: *non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.* Todos estos caractéres designan á un Dios; esta Luz es el esplendor eterno del Padre, este Verbo es la segunda Persona de la Trinidad Augusta, es Dios.

6. Al testimonio del Evangelista podré añadir yo el que dió á la divinidad de Cristo el Apóstol de las gentes. "Teniendo, dice, la naturaleza de Dios, se anonadó tomando la forma de siervo," esto es, la naturaleza humana. Ultimamente, cuando Jesucristo dijo, segun leemos en el capítulo décimo, versículo treinta de San Juan: *Yo y el Padre somos una misma cosa*, dió con solo esto un testimonio el mas autorizado de su divinidad.

7. Mas Jesucristo es no solamente Dios, sino tambien verdadero Hombre. En la sangre purificada desde la eternidad por el decreto de un Dios, nacida de la estirpe de Adan pero sin la contaminacion de la culpa, el Verbo encarna por obra del Divino Espíritu, y de esta suerte el que ántes era solo Dios, quedó hecho juntamente Dios y Hombre; y aquella verdad fundamental que ocupa el primer lugar en el Símbolo católico, anunciando la existencia de un solo Dios, es luego seguida de este otro dogma, bendito y feliz millones de veces que proclama la Encarnacion del Verbo, inclinando la fe del universo ante un Dios y Hombre verdadero. Todas las páginas de la Sagrada Escritura están penetradas, digámoslo así, de la Santa Humanidad de Jesucristo. Este divino Personaje aparece donde quiera figurando, no solamente como Dios, sino tambien como Hombre. Designale el Génesis en el cap. III vers. 15 como el vástago de la muger, y en el cap. XII. vers. 3, dice que ha de descender de los patriarcas. Los profetas le anuncian pintándole de antemano con los caractéres mas espléndidos; los personajes mas ilustres de la antigua alianza, lo mismo que las instituciones del pueblo escogido, son las figuras que le representan, como lo han reconocido los Padres y lo tiene decidido la Iglesia. El sacerdocio levítico y el sacrificio antiguo son unas profecías monumentales, digámoslo así, del Hombre Dios que habia de redimir al mundo. Si del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, encontramos á la Humanidad de Jesucristo narrada como un hecho incontestable. San Mateo y San Lúcas hacen su genealogía humana, miéntras que San Juan en el cap. I, vers. 14 de su Evangelio ata las dos generaciones, la divina y la humana, une las dos líneas, la de la eternidad y la del tiempo, en esta expresion sublime: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." El mismo Jesucristo tuvo especial cuidado de inculcar á sus discípulos el dogma de su Santa Humanidad sirviéndose de los argumentos mas palpables y materiales: en el cap. XXIV,

vers. 39 de San Lúcas, leemos que les decia: "Tocad y ved: los espíritus no tienen carne y huesos como veis que yo tengo." "El Hijo de Dios, decia San Pablo á los romanos en el cap. I. vers. 3 de su epístola, es descendiente de David segun la carne," y San Juan en la suya, cap. IV, vers. 3, enseña que "todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, viene de Dios."

8. "Ya veis, hermanos mios, cómo Jesucristo Nuestro Señor es Dios y hombre verdadero, cómo es el Verbo eterno, la sabiduría increada, el Unigénito del Padre, ó como dice nuestro manual catecismo, cómo *es natural Hijo de Dios vivo;* y habéis visto tambien, cómo es hombre, sin dejar de ser Dios, *porque es tambien Hijo de la Virgen María.* Llámase *Cristo*, y por esto nosotros nos llamamos *cristianos.* ¿Mas qué debemos entender por esta palabra *Cristo?* "Esta palabra, dice Lactancio, no es un nombre propio; sino un título que designa el poder y la dignidad réal; y por esto los judíos llamaban *Cristos* á sus reyes. Este nombre, derivado de una palabra griega que significa *ungir* ó hacer una uncion, sirvió despues para nombrar una persona consagrada por la uncion santa. Estaba prevenido á los judíos por su ley hacer y consagrar un perfume para ungir á aquellos que eran elevados á la dignidad real. Por esto nosotros llamamos *Cristo* al que ellos llamaban *Mesías*, como si dijéramos *ungido ó rei consagrado:* porque este augusto Personaje, concluye el escritor citado, posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno." Elevando pues esta palabra hasta el grado mas sublime de que fuera capaz, la consagra la Iglesia para designar con ella al Hijo de Dios vivo, al Verbo encarnado que reunió en su Persona la dignidad de rei, de sacerdote y de Profeta." Hé aquí pues, cómo este Cristo es el Mesías verdadero, porque es el *prometido en la ley y en los Profetas*, como dice nuestro manual catecismo.

II.

9. Al esplendor vivísimo de estos dogmas, que ponen de manifiesto así la Divinidad como la Humanidad de Jesucristo, volvamos, hijos carísimos, una mirada reflexiva sobre nosotros con el fin de considerar lo que somos por el mismo Jesucristo Dios y hombre verdadero bajo el carácter de cristianos.

10. "Fundar un imperio eterno, para que los hombres fueran eternamente felices y gloriosos, era ya mucho; pero concebir y ejecutar la idea de que una Persona divina se uniese con la naturaleza humana, á fin de que todo se correspondiese en esta nueva y admirable economía, y que pudiese haber un hombre digno de ser el soberano único y eterno de todo el género humano, el gefe supremo y absoluto del imperio que debe resultar de las ruinas de todos los imperios del universo, es una idea, una concepcion, un plan que no pudo salir mas que de la mente divina, y por lo mismo que no pudo nacer de las ideas de los hombres, trae consigo un indeleble carácter de verdad: plan celestial, que al tiempo que nos muestra la alteza de su sabiduría, nos manifiesta su amor y la felicidad que nos espera."

11. "Jesucristo tiene nuestra alma, nuestros ojos, nuestros órganos y nuestras en-

trañas. Para que le amemos se hizo como nosotros, adoptó nuestra naturaleza, la unió con la suya divina, y por esta union la elevó al mas alto grado de grandeza." [1]

12. Y como este Jesucristo es Dios, nosotros participamos de su Divinidad, porque en virtud de su santa humanidad es nuestro hermano, y por consiguiente, la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en su Augusta Persona nos hace hermanos verdaderamente de un Dios.

13. ¿Y qué importa para nosotros, hijos mios, el que Jesucristo, sin dejar de ser Dios, sea verdaderamente hombre? ¡Ah! esto es lo que ninguna lengua podria nunca encarecer debidamente: pero oigamos todavía las reflexiones que hace á este propósito el autor citado. "Para vencer, dice, la desproporcion que sujeta todas sus creaturas á los confines limitados, y que las tiene tan distantes de ese Dios infinito, cuyo trono está situado en las alturas de una luz inacesible, es menester que un carácter sobrenatural venga á mudar en cierta manera el de su moral constitucion, que aumente el precio de su existencia y de sus obras, y que dé á su adoracion, á sus sacrificios, á su amor de Dios y á sus demas buenas acciones un valor que no pueden tener en sí mismas, pues en las facultades que nos son propias todo es pobre, débil y caduco. Es menester que un rasgo del infinito las prepare, para que puedan alcanzar su vista y posesion; que un rayo de la Divinidad resida en ellas de antemano, para que pueda adquirir la eternidad y la gloria de Dios. . . . . .

14. "Por estos principios, (y el hecho de la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María,) debemos conocer que el carácter de la gracia que recibimos por Jesucristo, es comunicarnos en cuanto somos capaces su consustancialidad y su igualdad con el Ser infinito, y establecer entre el Hombre-Dios y los cristianos que su gracia ha purificado, una union, ó para decirlo mejor, una unidad tan estrecha, que los méritos de Jesucristo se hagan suyos. El precio de su sangre y de su sacrificio es la propiedad de cada uno de los hijos de su santa adopcion, y nosotros nos trasformamos á los ojos de su Padre, como en otros tantos Cristos del Dios vivo. El Padre reconoce en nosotros las imágenes de su gloria, y nos ve en cierto modo como repeticiones de su Verbo hecho carne."

15. "Desde entónces nuestros suspiros y gemidos adquieren á su vista un valor infinito y divino. Cuando no quedara en el mundo mas que un hombre solo, si este hombre estuviera en la sociedad de la alianza evangélica, su existencia en el universo fuera bastante para glorificar á Dios con cierta dignidad, y para que hallara en la obra de la creacion un objeto proporcionado á la infinita gloria que se da á sí mismo eternamente en el abismo de su propia inmensidad."

16. "¿Qué mortal se hubiera atrevido jamas á dar esta interpretacion á los designios del Omnipotente? ¡Quién hubiera podido imaginar que la idea de Dios, concediendo á Jesucristo todos los dones que ha traido á la tierra, era hacer participar á los hombres su divina y soberana excelencia, si el mismo Hombre-Dios no nos hubiera revelado este gran secreto de su Padre celestial con tanta claridad, que no puede dejar de conocerlo el corazon mas endurecido?"

1 Olavide, el Evangelio en triunfo, carta XXV.

17. "Jesucristo nos ha dicho en los términos mas claros y positivos, que por él, y en virtud del parentesco que contrajo en su Encarnacion con el género humano, nos hemos incorporado en la sociedad inmortal y gloriosa de que él gozaba en el seno de Dios ántes de la creacion del mundo; que estamos enlazados con él, y con lazos de fraternidad tan fuertes y tan indisolubles, que nos reconoce en presencia de su Padre como carne de su carne y hueso de sus huesos."

18. "Nos ha dicho tambien que si no nos separamos de él, todo lo suyo nos pertenece; que gozarémos con él la propiedad y posesion de todos los tesoros que contiene el divino esplendor con que existe ántes de la aurora; que él es la incorruptible vid en que estamos ingeridos por un modo inefable; que comunicamos con él íntimamente y sin interrupcion, como las ramas comunican con el tronco vivo á que están unidas, y de que sacan todo su jugo, su calor y su fecundidad. ¿Es posible concebir una pintura mas hermosa y mas enérgica?

19. "Despues de esto es fácil concebir la grande estimacion que hace el Hombre-Dios de los que reciben su palabra, y no se debe extrañar nos manifieste una ternura tan viva, tan ardiente y tan inalterable, y de que no hai ejemplo en la tierra. ¡Qué sentido tan profundo! ¡Qué amor tan expresivo se manifiesta en el lenguaje que le inspiraba su tierno corazon cuando queria consolar á sus discípulos de las tribulaciones que les harian sufrir sus enemigos!

20. "¡Con qué amoroso estilo les decia: "Amada grei, que el Padre ha querido confiar á mi vigilancia, no temas la contradiccion de las creaturas, ni la malignidad de los inicuos; porque este gran Dios, que os conoce y os ama, tiene su mas dulce complacencia en prepararos tronos en que juzgueis conmigo á los prudentes del siglo y á los dueños del mundo! No os dejéis intimidar por los que solo pueden atormentar los cuerpos: el que cree en mí es indestructible, no puede morir, y vos vivireis, como yo vivo. En el gran dia de la manifestacion de mi gloria conoceréis este grande misterio de unidad; entónces veréis cómo yo estoi en mi Padre, mi Padre en mí y yo en vosotros." [1]

21. "San Pablo encierra de tal modo nuestro destino en el del Hombre-Dios, que nos apropia todos sus triunfos y ya nos ve resucitados, glorificados y sentados con él en la mansion celeste; esto es, que por derecho y en virtud de los misterios que ya se han cumplido en él, que es nuestra cabeza, todos los que le pertenecen son el fruto precioso de su sangre, y están en posesion de sus mismas prerogativas; que el estado de Jesucristo es con cierta proporcion el de todo hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltacion ya está concluida; y que si nos mantenemos firmes en su alianza, nuestra asuncion y residencia eterna á la diestra de su Padre solo las suspende la tardanza de la muerte." [2]

22. ¡Qué podria yo añadir, amados hijos, á los profundos y bien sentidos conceptos del sabio y piadoso autor cuyas palabras acabo de trascribir! "Muéstranse aquí en toda su luz la excelencia del carácter del cristiano, lo infinito de la gracia que nos revistió de

1 Joann. XIV, 16, y XVII, 21.

2 Olavide. Evangelio en triunfo, carta XXV.

este carácter, el rico tesoro de bienes que con él nos fueron comunicados, los títulos inmortales de gloria que recibímos al caer sobre nuestra frente la agua santa del Bautismo. En la sagrada fuente donde renacimos para Jesucristo nos despojámos de la antigua vestidura, triste reliquia del primer pecado, y nuestro entendimiento, y nuestra voluntad, y todo nuestro ser, muertos ántes, revivieron con la vida del espíritu, entraron en el glorioso reino conquistado por la Cruz, recibieron con ésta el escudo para la defensa, la insignia para el combate, y todo el poder de Jesucristo que murió en ella. El carácter de cristiano es indeleble, y con solo haberle recibido, no se le perderá jamas. En los cielos, en la tierra, en los abismos aparece el hombre con este carácter de su regeneracion en Cristo. Puede perderse la fe, la gracia, la gloria; puede precipitarse el hombre de abismos en abismos, y abandonando así los caminos de Dios al impulso frenético de sus pasiones, descender al sepulcro entre las maldiciones del cielo y las imprecaciones de la tierra; mas no por esto perderá el carácter de cristiano: le llevará siempre delante de sí, y con él se distinguirá perfectamente, aun cuando quisiera confundirse con todos los pueblos del universo.

23. ¡Ah, hermanos carísimos! "si tuviésemos aquella fe vivísima que hacia de los primeros fieles un pueblo de santos, ¿cómo repasaríamos dia y noche este título excelso y sublime, este nombre que hemos heredado del espíritu y no de la carne, esta designacion santa que nos presenta como verdaderos hijos de Dios, herederos del cielo, socios de los ángeles y ciudadanos predilectos de la celestial Jerusalen! Sí hermanos mios, en calidad de cristianos hemos vuelto á adquirir el bello título de hijos de Dios, y por consiguiente el derecho á la bienaventuranza. Porque, si somos hijos, dice San Pablo, somos tambien herederos, herederos verdaderamente de Dios, coherederos de Cristo. [1] Si somos coherederos de Cristo, tenemos por gracia lo que él tiene por naturaleza, y somos sus hermanos: pues con nosotros hablaba tambien, tenedlo por cierto, cuando anunció á sus discípulos su regreso de la tierra para el cielo con estas palabras perdurablemente dulces para la esperanza y para el amor: *Asciendo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.*" [2]

24. "Tal es, oh católicos, la excelencia de este nombre santo y divino. Meditadle todos los dias y amadle sin cesar; llevadle con decoro, sostenedle con firmeza, conservadle con constancia, poseedle con provecho y conducidle con gloria hasta el seno mismo de Aquel que, habiéndoos creado para sí, reserva la bienaventuranza eterna para el que haya sabido vivir y morir como cristiano." [3]

1 Epist. á los Rom. cap. VIII, v. 17.

2 S. Joann cap. XX, v. 17.

3 Todo lo que va entre comillas sin una cita especial en esta instruccion, está tomado de mi *Plática segunda: sobre la excelencia del carácter del cristiano.*

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LAS OBLIGACIONES QUE NOS IMPONE EL CARACTER Y TITULO DE CRISTIANOS.

Ego sum lux mundi: qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.

Yo soi la luz del mundo: el que me sigue, no anda en tinieblas: ántes bien, le alumbrará la luz de la vida.

San Juan. cap. VIII, v. 12.

1 Los deberes que tenemos en la clase de cristianos, nacen amados hijos, de los vínculos estrechos que nos unen con Jesucristo, y su gerarquía en la escala general de nuestras obligaciones ocupa el mismo lugar que Dios en la indefinida escala de los seres. Por esto la ley divina encabeza sus preceptos con el que nos prescribe amar á Dios sobre todas las cosas con todo el corazon, con toda el alma, y por esto nuestro Señor Jesucristo, preguntado al propósito en cierta ocasion, respondió que "este es el primero y mas grande precepto de la ley"

2. Amar á Dios sobre todas las cosas es querer ántes perderlas que ofenderle, como se explica tan sábiamente nuestro catecismo: es decir, que nada de cuanto puede caer bajo la mirada de la inteligencia, mover la voluntad ó afectar los sentidos, debe ocupar un lugar, no digamos ya preferente, pero ni aun siquiera igual al que ocupa en la ley divina el culto plenísimo que debemos á su Autor.

3. Ahora bien, Jesucristo nuestro Señor, en calidad de Maestro del género humano, vino á dar á esta ley sacrosanta una nueva promulgacion con su Evangelio; y léjos de que hubiese perdido algo con su venida, recibió de sus mismos labios una nueva san-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion cuando dijo: "Yo no he venido á quitar la ley, sino á cumplirla," [1] como si hubiese dicho: "Mi presencia en la tierra es la un Dios-Hombre que ha venido á revelar la ley en toda su integridad, derramando sobre ella en abundancia infinita la luz de la fe, que muestra la divinidad de su orígen, y el influjo de la gracia, que somete á la ley todo el hombre sin destruir con esto su libertad. La mision que yo he traido, es la de restaurarlo todo con mi doctrina, con mi ejemplo y con mi sacrificio."

4. Tales son hijos mios, los grandes objetos que trajo al mundo el Cristo de Dios, cuyo nombre llevamos, y con él un título de honor, un poder sublime, una especie de iniciacion de inmortalidad. En este triple órden figuran tambien nuestras relaciones con él en clase de cristianos. Las que hai entre maestro y discípulo, entre el tipo y la copia, entre el libertador y el redimido, estas mismas son las que tenemos con Jesucristo cuantos hemos recibido su nombre con el agua que cayó sobre nuestras frentes cuando entrámos en su Iglesia. El mismo no los muestra suficientemente cuando dice: "Yo soi el camino, la verdad y la vida." [2] Siendo la verdad, no podemos ni debemos buscar en otra parte ni la luz que la manifiesta, ni la palabra que la trasmite, ni la doctrina que la contiene: siendo el camino, no podemos encontrar fuera de su imitacion ni la virtud, ni la gloria; y siendo la vida, es claro que, desprenderse de Jesucristo, vale tanto como precipitarse sin remedio en los abismos de la muerte, y al contrario, seguirle será siempre andar á plena luz, no apartarse del camino y alcanzar la vida eterna. Por esto, al manifestarse como la luz del mundo, dice claramente: "El que me sigue no anda en tinieblas; ántes bien, le alumbrará la luz de la vida." *Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.*

5. Ved pues, hermanos carísimos, cómo en esta triple relacion están íntegramente contenidos todos los deberes del verdadero cristiano. Creer todo lo que enseñó, hacer todo lo que mandó con sus palabras y con sus ejemplos, someternos á la ley de la explacion que sancionó con su muerte en una Cruz: he aquí el magnífico resúmen de todos los deberes que nos ligan en calidad de cristianos; y hé aquí lo que yo debo al presente demostraros con argumentos que hablen á la inteligencia y con ejemplos ilustres que interesen la voluntad.

I.

6. Cuando Jesucristo subió á una pequeña montaña de Galilea para entregarles á sus apóstoles el triple depósito de su doctrina, de sus ejemplos y de su Sangre, con el fin de conducir á la eterna felicidad á todos los hombres, pronunció estas palabras solemnes: "A mí se me ha comunicado todo poder en los cielos y en la tierra: id, pues, "instruid á todas las naciones, bautizándolas en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del "Espíritu Santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado; y estad se"guros de que permaneceré constantemente con vosotros hasta la consumacion de los si-

1 Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Math. cap. V, vers. 17.

2 Ego sum via, veritas, et vita. Joann. cap. XIV, vers. 6.

"glos." [1] Mas detengámonos un poco á reflexionar sobre estas palabras: procurémos penetrar el profundo sentido que en sí contienen y encierran, y sin divagarnos á otro punto, tendrémos lo que basta para medir cuanto cabe la órbita de nuestros deberes cristianos.

7. ¿Por qué motivo, hermanos carísimos, recuerda Jesucristo su plenísimo y universal poder al instituir en la tierra el santo magisterio de la enseñanza? ¡Oh insondable profundidad de los caminos de Dios! ¡Cuán diferentes son ellos de las oscuras y tortuosas sendas del hombre! ¡cuán inaccesibles al poder de la invencion humana los planes que concebia, para ilustrar nuestro entendimiento lleno de tinieblas, el Autor supremo de la verdad! Esta debia descansar en bases mas sólidas y sobre mas profundos cimientos que la verdad simplemente humana, y para esto no debió partir del raciocinio al convencimiento como la verdad filosófica, sino de la autoridad á la creencia, como la verdad católica. Mas, para obrar este prodigio en el mundo, era impotente la demostracion, y de todo punto necesaria la fuerza de un poder infinito. Por esto Jesucristo inculca este poder soberano, le muestra residiendo en su Persona, y reviste con él á sus lugartenientes en la tierra, para que sean los custodios, los defensores y los ministros únicos de la verdad revelada.

8. Nacen de aquí varias consecuencias que será mui conveniente manifestar: primera, que en la predicacion de Jesucristo se restauró toda la doctrina de la fe tocando á su plenitud; segunda, que esta doctrina tiene una institucion en la tierra para enseñarla y hacerla guardar; tercera, que esta institucion descansa toda en el poder de Jesucristo en los cielos y en la tierra; cuarta, que está toda cifrada en el cuerpo de los pastores sometidos al Papa, cuerpo representado en los apóstoles, á quienes N. S. Jesucristo se dirigia en esta vez, y los cuales reconocian á San Pedro como á su cabeza; quinta, que este cuerpo ministerial, que es la misma Iglesia docente, obra con todos los poderes de Jesucristo sobre los fieles en materia de doctrina y de moral, y por consiguiente tiene el derecho de dar cuantas reglas conduzcan á tan importante objeto; sexta, que como estas reglas constituyen la disciplina, la santa Iglesia tiene una plenísima autoridad sobre el dogma, la moral y la disciplina; sétima, que es continuamente asistida de Jesucristo, y lo ha de ser hasta la consumacion de los siglos, y en consecuencia, que posee, no solamente la plenitud del poder, sino tambien la infalibilidad dogmática y moral. San Márcos, al hablar de esta mision de Jesucristo á sus apóstoles y en ellos á todos sus sucesores, añade que sancionó la suprema ley de la doctrina y enseñanza, diciendo: "El que creyere se salvará, y el que no creyere será condenado," [2] y de aquí resulta la última consecuencia, y es que fuera de la fe de la santa Iglesia católica, no hai salvacion.

10. De esta suerte vemos progresar la idea fundamental de la moral verdadera, la que nos muestra cuál es nuestro fin último y cuáles tambien son los medios de alcanzarle, desde la creacion hasta la Iglesia; y esta verdad moral, esta regla fundamental

1 Math. cap. XXVIII, vers. 18, 19 et 20

2 Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit, qui vero non crediderit, condemnabitur. Marc. cap. XVI, vers. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de conducta, nació pura como el hombre, se afectó necesariamente del pecado, vivió en la esperanza del Mesías durante los cuatro mil años que discurrieron entre Adan y el nacimiento de Jesucristo, fué magníficamente restaurada con su predicacion, y por último, radicada toda en la santa Iglesia.

11. Saquemos, pues, la última consecuencia: "no hai cristianismo fuera de la Iglesia de Jesucristo; porque en ella y no en otra parte se encuentran la verdad, el poder y la santidad que restauró é instituyó divinamente."

12. Ahora bien, como por una desgracia lamentable muchos que habian vivido en el seno de esta santa Madre se separaron de ella desde principios del siglo XVI, y viven fuera sin renunciar por esto al título de cristianos; este título ha venido á formularse en este otro que todo lo comprende, y con el cual nos distinguimos, no solamente del infiel, que no conoce á Jesucristo ni ha recibido el bautismo, y del hereje que ha negado alguno de sus dogmas, sino de todas esas sectas cismáticas que viven fuera de la Iglesia de Dios, y sin embargo se llaman y por sí solas quieren formar Iglesia, como sucede á los protestantes. ¿Cuál es esta plena designacion? El ser y llamarse *católico, apostólico, romano;* porque el que es todo esto, es un verdadero cristiano, pero no así el que no lo es.

13. Estas sencillas observaciones bastan para conocer que la fe de la Iglesia es la fe de Jesucristo, el gobierno de la Iglesia es la autoridad de Jesucristo, su accion permanente es la del mismo Jesucristo, y por esto decimos que la Iglesia es una, santa, católica, apostólica, romana, y por esto se dice con tanta verdad, que está regida por Cristo y el Papa su Vicario.

14. En la Iglesia es pues donde viene á probarse la fe del verdadero cristiano. Esta fe debe ser la de un católico á una sociedad católica, y esta es una fe universal; debe ser, no la aceptacion de una verdad por el camino de la demostracion, sino el vasallaje completo de nuestra razon á la voz definitiva de la Iglesia: nada debe reservarse á nuestro juicio, nada debe sujetarse á nuestro exámen, sobre nada tenemos la libertad de elegir: una fe de esta clase es una fe absoluta y humilde; absoluta, porque tiene por última razon la palabra de la Iglesia; humilde, porque es un tributo de obediencia. Por último, no basta creer las primeras verdades; es necesario además aceptar sus consecuencias legítimas y obrar de una manera conforme á lo que se cree.

15. La consecuencia entre la fe y la conducta está cifrada toda en el exacto cumplimiento de la ley de Dios; y por esto se manifestó Jesucristo á los hombres, no solo como la verdad, sino tambien como el camino; por este motivo predica y obra, para ser al mismo tiempo nuestro Maestro y nuestro Modelo. Es tan indispensable la consecuencia referida entre ambas cosas, que sin ella no hai verdadera vida moral. La fe sin las buenas obras nos asemeja, segun la expresion de San Pablo, al bronce que suena y á la campana que retiñe: [1] es una fe muerta, como dice Santiago. [2] En cierta ocasion, queriendo Jesucristo manifestar toda la ventura del hombre que cree en su palabra, expresando al mismo tiempo las calidades propias de esta fe, dijo: "Bienaventu-"rados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan." Oir esta palabra santa es tributarla todos los homenajes de la fe; guardarla es obrar conforme con lo que se cree: oir esta palabra divina es reconocer en Jesucristo la verdad misma; guardarla es seguirle como el camino único que conduce á la felicidad: oir esta divina palabra es tener la fe de Jesucristo; guardarla es cumplir exactamente con su divina ley. Si pues cristiano vale tanto como hombre que tiene la fe de Cristo, y esta fe, cuando justifica, es precisamente porque está unida con la caridad, y supone por lo mismo el cumplimiento de la ley, es claro clarísimo que el carácter del cristiano trae consigo la obligacion indispensable, no solo de creer en el santo Evangelio de Jesucristo y prestar un asenso humilde y absoluto á las decisiones de su Iglesia, sino de observar todos los preceptos. Por esto el mismo Jesucristo dijo á sus discípulos, segun leemos en el capítulo XIV, versículo 15 de San Juan: "Si me amáis, guardad mis preceptos." Esta es la piedra de toque, este es el crisol en que se prueba la verdadera caridad. Es la caridad una virtud y no un sentimiento, y por consiguiente, para conocer si existe, no hemos de buscar los afectos puramente sensibles, sino el concierto de nuestras facultades con la Ley divina. De otra suerte nada importará que nuestra palabra publique nuestra fe: creerémos en Dios, pero no le obedecerémos, y con solo esto quedarémos comprendidos en aquella terrible sentencia en que Jesucristo, citando á Isaías, reprendió la hipocresía de los fariseos: "Hipócritas, les dijo, con razon profetizó de vosotros Isaías diciendo: es-"te pueblo me honra con los labios; pero su corazon está léjos de mí." [1] El apóstol San Juan, queriendo dar á sus discípulos una regla segura para conocer si tenian á Dios aquel amor que constituye al verdadero cristiano, les dijo terminantemente: "Todo "aquel que cree que Jesus es el Cristo, es Hijo de Dios. Y quien ama al Padre, ama "tambien á su Hijo." En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos á "Dios y guardamos sus mandamientos: por cuanto el amor de Dios consiste en que ob-"servemos sus mandamientos." (I Joann. cap. V, vv. 1, 2 y 3.)

II.

16. De todo lo que os llevo dicho, hijos mios, se infiere rectamente que la forma legítima de la vida cristiana consiste nada ménos que en guardar en todo y por todo la fe de Jesucristo en aquel grado en que la supone poseida el apóstol San Pablo cuando dice que "el justo vive de la fe," [2] en aquella plenitud con que la muestra el apóstol San Juan, cuando dice que "la victoria que vence al mundo es nuestra fe," [3] en aquella correspondencia feliz de nuestra razon sometida á la palabra de Jesucristo, y de nuestra voluntad y libertad estrechadas suavísimamente con el vínculo de su divina Ley; es decir: en entender con su palabra, sentir con su santísima humanidad, querer con su voluntad soberana, obrar con aquel celo de la gloria de Dios y de la felicidad del hombre

1 Si linguis hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens. I Cor. cap. XIII, vers. 1.
2 Fides, si non habeat opera, mortua est. Jacob. cap. II, vers. 17.

1 Math. cap. XV, vers. 7 et 8.
2 Manifestum est: quia justus ex fide vivit. Gal. cap. III, vers. 11.
3 Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra. I Joann. cap. V, vers. 4.

que fueron los dos caractéres principales que hizo admirar durante su travesía por la tierra, por este valle de tribulacion que recorrió *haciendo el bien*, como dice profundamente el libro de los Hechos Apostólicos. Una fe universal, que cree sin vacilacion cuanto Dios dice y la Iglesia enseña; una fe humilde, que abatiendo el entendimiento ante la palabra revelada, nada escudriña, nada contradice, nada exceptúa, y á todo se somete con la docilidad bellísima de la infancia; una fe absoluta, que sin reservas, sin condiciones y sin mas motivo que la veracidad infinita de Dios y la infalibilidad de la Iglesia, cree y profesa su doctrina; una fe consecuente, que por una parte abrace en sus homenajes las consecuencias rectas de las verdades católicas, y en que por otra se junten el querer de la voluntad y el obrar de la libertad con la fe misma en la ley de Dios: hé aquí el carácter moral que constituye y distingue al perfecto cristiano. ¿Será extraño que quien así corresponde á tan digna y santa vocacion se identifique en cierto modo con el mismo Jesucristo? ¡Ah! si él es la verdad misma, la verdad por excelencia, el Verbo eterno de Dios, la figura de su sustancia, el espejo purísimo de su sabiduría increada, la razon única y exclusiva del ser, pues por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no ha sido hecho nada de cuanto existe; si es el camino recto y único para la bienaventuranza, pues nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se digna revelárselo; [1] si no es posible absolutamente hacer nada sin él en el sentido de la virtud y la felicidad; es claro clarísimo que quien cree en su palabra, guarda su ley y le imita con sus obras, vive, no ya segun la carne, sino segun el espíritu: no vive en sí mismo, sino en aquel de cuya dignacion y gracia recibió y posee el nobilísimo carácter de cristiano; no en los sentidos y en las criaturas, sino en la santidad y en el Creador. A estos se dirigia el apóstol San Pablo con aquellas dulces y tiernas palabras que dijo á los romanos en el versículo 11, capítulo VI de su epístola: "Considerad que estáis "muertos al pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo." Así es como, por una ley de forzosa consecuencia, goza plenamente de Jesucristo como vida quien ha caminado por Jesucristo despues de haber abrazado su fe. Hai en esta vida un carácter de santidad y al mismo tiempo de gozo tan único en su género, que nada tiene de comun con lo que mas admira el mundo en el tristísimo esplendor de sus grandes, en los mentidos placeres de aquellos á quienes llama felices: esta vida inefable se halla como de tránsito en la tierra, pero su residencia habitual está en los cielos; yace como aprisionada en los sentidos, y clama por que la muerte la arrebate de estas prisiones para volar hácia Dios. No lo hemos dicho bien todavía: el apóstol San Pablo nos ha dado en sí mismo el concepto, el carácter y la imágen mas perfecta de esta vida feliz, animada toda y solo por Jesucristo: "yo vivo, decia en aquellos tiempos á los fieles de Galacia, como leemos en el versículo 20 del capítulo II de la epístola que les dirigió, "yo vivo *ahora*, ó mas bien "no soi yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí." ¡Concepto profundo, expresion dignísima de su grande objeto!

17. Despues de San Pablo, que recogió en estas pocas palabras la gran ciencia de

1 Nemo scit quis sit filius, nisi Pater; et quis sit Pater, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Luc. cap. X, vers. 22.

la vida cristiana, pudieron repetirlas, para encarecer su ventura, cuantos han vivido con la vida de la fe. La historia fecundísima y para siempre ilustre de los héroes del cristianismo, de aquellas almas que no aspiraron á otra ciencia que á la de Jesucristo crucificado, ni buscaron otros goces que las penalidades de la cruz, las amarguras de la tribulacion y las tan espontáneas como severas aflicciones de la penitencia, nos han dejado con su vida y con su gloria una brillante prueba práctica de las verdades que os acabo de exponer. Su fe descansando en basos mas firmes que las que sostienen los elevados montes y su esperanza burlando al mismo tiempo todos los prestigios y todos los temores del mundo, forman el asunto de esta brillantísima historia donde vemos sucederse unas á otras las generaciones de las virtudes, como las generaciones de los hombres. El heroísmo cristiano sostuvo con gloria las terribles pruébas del fierro y del fuego, sentándose con magestad en los cadalsos y en las hogueras, durante esos tres célebres siglos, cuya carrera, para servirme de la frase de uno de los antiguos Padres, quedó señalada con una huella de sangre. El triunfo de la fe, al cabo de tan tremenda lucha, se anunció por fin desde los palacios de los Césares: la conversion de los príncipes, sucediendo á la fe ya mui extendida de los pueblos, vino á ser, digámoslo así, la señal infalible de que todo el mundo pagano, vencido por las palabras de los apóstoles y animado por la constancia de los mártires, habia por fin humillado su frente, como estaba predicho, ante la Cruz del Salvador.

18. Mas la Iglesia no descansa: la misma paz alzó á sus piés una nueva carrera de combates, aquellos en que el vicio, al abrigo de toda persecucion, tienta con las comodidades de la vida, con el orgullo de la ciencia y con los deleites de la carne, á la abnegacion, á la fe y á la virtud: guerra mas empeñada y terrible que la que acababa de pasar, en que la heregía por una parte y la inmoralidad por otra parecian disputarse el dominio pleno sobre la sociedad cristiana. Entónces, á nuevos combates suceden tambien nuevas victorias: el mundo sufre, digámoslo así, una desercion inmensa: los fieles verdaderos, semejantes á la paloma, todo lo abandonan, de todo prescinden, huyen del mundo á la soledad para guarecerse contra los vicios, establecen su domicilio en los desiertos, habitan en las entrañas de los bosques y respiran con mas libertad, y con mas gozo que el opulento en sus palacios, en las ignoradas grutas de los yermos. Este espíritu lleva las virtudes al desierto, que cultivado por ellas, exhala de tan privilegiados seres el buen olor de Jesucristo, el suave y delicioso aroma de la santidad.

19. ¡Qué bello es, al pasar la vista por este cuadro sublime de los confesores, de las vírgenes, de los anacoretas y de tantos y tantos héroes que traspasan con mucho los límites del humano poder, decir aquí lo que á este propósito enseñaba y ponderaba, como es debido, á los fieles de Roma el apóstol de las gentes! "Si Dios está por nosotros, dice, ¿quién contra nosotros? . . . ¿Quién puede acusar á los escogidos de Dios? "Dios es el que los justifica . . . . ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? "¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso el hambre? ¿acaso la desnudez? "¿acaso el riesgo? ¿acaso la persecucion? ¿acaso el cuchillo? . . . En medio de to"das estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoi segu"ro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" sente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hai de mas alto ni de mas profundo, ni " otra ninguna creatura podrá jamas separarnos del amor de Dios que se funda en Je- " sucristo Señor nuestro." *(Rom. cap. VIII.)*

20. Hé aquí los gloriosos timbres con que el cristiano fiel, que no satisfecho con profesar la fe, vive segun ella guardando en todo la lei de Dios y penetrado siempre del espíritu de Jesucristo, se manifiesta constantemente como un objeto que fija con respeto la atencion de los cielos, y atrae sin sentirlo la admiracion de la tierra. Hé aquí las señales ilustres que distinguen al pueblo escogido, á la dichosa grei de los predestinados, á los que, no desmereciendo nunca el título santo que les dió su bautismo, tampoco pierden jamas la posesion de aquellos títulos que adquirieron á la bienaventuranza desde su feliz entrada en la santa Iglesia de Dios.

21. Contra este inapreciable tesoro de merecimientos y de gloria conspiran en la tierra todos los enemigos de nuestra eterna salud; el demonio con sus delicadísimas, astutas y peligrosas sugestiones, el mundo con sus depravados ejemplos, y la carne con sus mortales estímulos. Dos potencias, una en frente de otra, como dos formidables ejércitos, se levantan dentro de nosotros mismos para disputarse la posesion absoluta de nuestra alma: la de sus enemigos propios y la de Dios con sus socorros y con su gracia. Con ésta seremos invencibles, como de sí afirmaba el Apóstol. Pero, ¡ay de nosotros, si nos damos alguna tregua en tan espantosa lucha! ¡Ay de nosotros, si volvemos atrás la vista ó nos detenemos en el camino de una cantelosa fuga! ¡Ay de nosotros, si en el inmundo afan de la soberbia sacrificamos la humildad, y olvidando lo que somos, desconocemos los caractéres de la fe, los derechos de la Iglesia que la enseña, el precio de la sumision á esta santa Madre, los inminentes riesgos de una razon presuntuosa é independiente! Nuestro naufragio será inevitable, nuestra ruina será infalible.

22. No creo necesario, hijos mios, deber añadir nada para poner en vuestro ánimo una prudente cautela contra estas tentaciones que no pocas veces traen á nuestra fe, ya los ejemplos, ya la circulacion de doctrinas perversas, ya el estímulo de los intereses terrenos, ya el embate de las pasiones. Pero, si es en alto grado necesario salvarse de los peligros que tienden á desnaturalizar la fe; no lo es ménos ponerse á cubierto de los ataques del demonio, del mundo y de la carne, que se esfuerzan por destruir la gracia y la caridad en el alma. Verdad es que el que se conserva en la fe, aunque haya perdido la caridad, no ha hecho el último naufragio en la noble y santa carrera de la esperanza, no lucha con tantas dificultades para volverse á Dios: porque puede aún asirse con el arrepentimiento de la tabla de salud que le ofrece la penitencia; pero debe temer mucho, porque al fin está moralmente muerto para Dios. ¿De qué sirve profesar la fe de Cristo, si no ha de cumplirse la lei de Cristo? ¡Qué importa tener la mas esplendente luz sobre la ciencia de la felicidad eterna, si no se andan sus caminos, poniendo en práctica los medios de alcanzarla?

23. Congratulémonos, pues, hijos mios, por haber sido regenerados en el Espíritu Santo por medio del Bautismo y recibido con el baño sagrado un carácter indeleble y eterno; demos á Dios las debidas gracias por no haber caido en las redes de los incrédulos ni desnaturalizado nuestra fe: pero no quedemos satisfechos con esto, no nos olvidemos de que la fe tiene una parte práctica, una vida moral, un requisito de perfeccion última en la posesion de la caridad; de que en calidad de cristianos debemos tener la fe de Cristo y vivir con la vida de Cristo; de que aquella fe, cuando se anima de la caridad y se manifiesta en las obras, produce maravillosos portentos en el hombre, siendo como es, no solamente luz para el entendimiento, sino tambien fuego para el corazon: disipa las tinieblas, descubre la verdad, enfrena las pasiones, cria la virtud, enjuga todas las lágrimas, atrae todos los bienes, santifica la tierra y diviniza la humanidad. La fe de Cristo, vista en toda su perfeccion, es pues, como lo tengo demostrado, no solo el vasallaje de nuestra razon á los dogmas revelados que la santa Iglesia nos enseña, sino la completa restauracion del hombre, su trasformacion absoluta, su permanencia en estado de santidad: es la pureza que se abriga en el candor de la virginidad, y el valor que se infunde en el corazon de los mártires, y el vigor secreto que forma el carácter de los confesores, y la causa motriz, el agente invisible que dirige los pasos del apóstol; es la expresion dulce y tierna de religion y de piedad que tanto nos encanta en los labios del niño, y es, por último, esa resignacion sublime con que, al sonar ya la última hora del tiempo, el verdadero cristiano que ha vivido en ella, obrando siempre segun ella, se recogerá en su Dios para entrar con sosiego en las vias de la eternidad. [1]

1. A esta instruccion podria preceder ó seguir una que tuviese por objeto explicar á los fieles detenidamente los caractéres propios del verdadero cristiano, para distinguirle de muchos que, llamándose tales, piensan y obran de muí diverso modo que lo harian si estuviesen bien penetrados de lo que importa este carácter, de la unidad con que deben profesarse todos los dogmas católicos, y entendiesen cómo, sin la debida sujecion á la Santa Iglesia, falsean con su pensamiento y su conducta todo el magisterio de la doctrina. Mas no he querido incluir aquí una instruccion con tal objeto, por haberlo hecho ya la vez pasada, encabezando con ella la que dirigí á los fieles acerca de la Iglesia. Los Señores Curas, que tienen en su poder aquellas instrucciones, deben, al llegar aquí, leer y explicar la que acabo de citar, y tiene por título: *Sobre los caractéres del verdadero cristiano.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

QUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA SANTA CRUZ CONSIDERADA COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.

Léjos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Ad Galat. cap. VI, v. 14.

1 Cuando la fama, hermanos mios, habia ya conducido á mui prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios habia suscitado mui especialmente para la conversion de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponia la celosa envidia en el ánimo de los judíos y las mas terribles alarmas en el corazon de los gentiles, porque aquella presencia traia consigo la representacion tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad: se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria. "Léjos " de mí, decia, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios me ha en- " viado, escribia tambien á los fieles de Corinto, á predicar el Evangelio, sin valerme " para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz de Je- " sucristo. (I Cor. I, 17.) El Santo apóstol, hijos mios, no queria dar un solo paso sino llevando la Cruz delante de sí, ni pronunciar una palabra sola, sino á fin de que en ella y por ella fuese bendecida, y honrada, y glorificada esta señal sublime de nuestra redencion: porque "la palabra de la Cruz que aparece como una necedad á los ojos de quienes se " pierden, viene á ser para los que se salvan, continuaba diciendo, es decir para noso- " tros, el poder y la sabiduría de Dios." (*V* 18.) Hé aquí la razon porque el Apóstol no queria gloriarse en otra cosa, y por qué cada uno de nosotros, á ejemplo suyo, debemos decir continuamente con la palabra y con las obras: "léjos de mí el gloriarme sino en la

Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. *Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

2. Pero ¿cuál será, decidme, la causa ó el secreto principio de esta consagracion tan absoluta del Apóstol al sagrado madero de la Cruz? La misma, hermanos mios, que tiene el soldado invencible, inspirado por el honor y por la gloria, para rendir los homenajes mas grandes y mas dignos á las banderas que le conducen al combate y á la victoria. Soldados de Jesucristo, la Cruz *es* nuestra señal y nuestra bandera, y en ella honramos y damos gloria á ese Rei Supremo, que muriendo sobre la Cruz, triunfó de la muerte, salvó á la humanidad y encadenó al pié de este signo sagrado á todos los enemigos de su reino.

3. ¿Qué asunto pues mas importante, hermanos mios, pudiera yo elegir para vuestra propia edificacion, que el llamar vuestro entendimiento y vuestra voluntad hácia la contemplacion y culto de este signo misterioso! Como que él es vuestra enseña, vuestra guia y vuestro apoyo, tiene relaciones íntimas y esenciales con vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestra conducta. Descubrir y fijar estas relaciones; hé aquí la obligacion que hoi me impone mi santo ministerio: pensar, sentir y obrar segun ellas; hé aquí los preciosos frutos que debeis sacar vosotros de la palabra divina. Para lo primero, necesitáis instrucciones, para lo segundo vuestra voluntad exige sentimientos, para lo tercero, vuestra conducta ha menester de reglas. Es mi ánimo, por lo mismo, proveeros hoi competentemente de todo, considerando la Santa Cruz: primero en las instrucciones que contiene; segundo, en los sentimientos que inspira; tercero y último, en la conducta que prescribe.

I.

4. Considerada la Cruz en sí misma, fué ántes de Jesucristo un instrumento de que se servian las autoridades para dar muerte á los malhechores, fué una especie de patíbulo ó suplicio. Con este mismo carácter la emplearon los judíos cuando ya resolvieron el dar muerte á nuestro Redentor, y por esto los dos ladrones que juntamente con su Divina Majestad fueron ejecutados, murieron tambien cada uno de ellos en su respectiva cruz. Pero desde el instante mismo en que el Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor fué clavado en ella, cambió, amados hijos, enteramente su significado y su destino, pasando á ser trono en vez de cadalso, fuerza en vez de debilidad, luz en lugar de tinieblas, honor en lugar de infamia, bandera de triunfo en lugar de signo de muerte, objeto anhelado por todos en lugar de signo afrentoso de que todos huian, monumento de una regeneracion sublime, egida poderosa de la virtud, terror de sus enemigos y precursora de la inmortalidad. ¡Y todo esto por qué, hermanos mios! *Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

5. ¡Ah! mi alma se siente profundamente conmovida, cuando retrocediendo con su meditacion hasta el triste y glorioso dia en que comenzó á tener una historia de resurreccion y de vida este instrumento de muerte, se detiene allí á contemplar la Cruz, y desde allí párte considerándola en su vasta carrera, y acompañándola hasta el presen-

002619

te dia. *Cuando yo hubiere sido exaltado de la tierra*, decia Jesucristo, *lo he de atraer todo hácia á mí.* [1] Dijo, murió en la Cruz: y ¿qué veis desde entónces, amados hijos, sino la sorprendente y magnífica puntualidad de esta cita profética! Las generaciones y los siglos parecieron apresurarse con inaudita espontaneidad á obedecer este precepto soberano. Un soldado que estaba allí presente exclamó, á la vista de Jesucristo muerto: *Verdaderamente este era hijo de Dios.* [2] Esperad un tanto y ya veréis cómo el eco del centurion, mui pronto se reprodujo en el corazon de los pueblos, para dar á la Cruz del Salvador el testimonio mas brillante de su poder. Apénas los apóstoles empiezan á pasear, digámoslo así, la sagrada insignia del Calvario, y ya los pueblos caen á sus piés. Alármanse los príncipes, como estaba escrito, (Ps, II, 2.) y en odio del Crucificado se reunen todos para estirpar hasta sus últimas memorias. Fuego y sangre decretan contra la nueva familia; por tres siglos turbieron levantado su brazo sacrílego: á millares perecen las víctimas; pero esta sangre preciosa, vertida en la defensa de la Cruz, burlaba mas y mas, como tambien estaba escrito, (V 4.) el furor de los magnantes, porque "la san-"gre de los mártires, dice un padre de la Iglesia se convertia en una semilla de cristia-"nos." La saña de los perseguidores no deponia su furor; pero la Cruz parecia multiplicar, como las estrellas del cielo, los adoradores en espíritu y en verdad; y despues de haber rendido á los pueblos, rindió á los reyes, viniendo á encontrar su trono en la corona de Constantino. ¡Y todo esto por qué, hermanos mios? *Por que es figura de Cristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella.*

6. Desde entónces todo fué para la Cruz una carrera de victorias: no pasaba un año sin que la dejase un ilustre trofeo; no pasaba un siglo sin que la colocara en las páginas de la historia como el orígen de nuevas conquistas. Arruínanse los templos del paganismo, levántanse aquí y allá soberbias basílicas en honor de Jesucristo á expensas de los potentados del mundo, y estos nobles santuarios elevan prodigiosamente sus cúpulas para encumbrar hasta las primeras alturas el signo sublime de nuestra redencion. Desenvuélvese rápidamente la civilizacion de los pueblos, llevando siempre delante de sí la sagrada Señal, poniéndola igualmente en los palacios y en las chozas, en las escuelas del gentio, en los talleres de las artes y sobre esos aparatos magníficos que surcando los mares estrechan las naciones, esparciéndola por las aldeas, colocándola en los caminos y asentándola sobre las altas montañas. La Cruz vino á ser el signo de la civilizacion, y para encontrar los asilos de la barbárie, bastaba descubrir algunas regiones donde no estuviese puesta una Cruz. La Cruz iba delante de los ejércitos innumerables, volvia exaltada entre los conciertos de la victoria, venia formando la divisa de honor, y cuenta ya muchos siglos de ser la mas insigne y gloriosa recompensa y el mas estimable obsequio en los Estados mas cultos de la Europa: ha sido exaltada por el genio de las artes, y ha llevado las primicias en la voz de los poetas. Y todo esto ¿por qué, hermanos mios? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

1 Joann. cap. XII, v. 32.
2 Math. cap. XXVII, v. 54.

7. "¡Qué mucho, sácro y augusto madero, que la Iglesia te encumbre en sus cánticos hasta la altura de la gloria, cuando tienes el rango de la nobleza entre todos los árboles, cuando has merecido que de tí penda el precio del mundo con la Gran Víctima, cuando ungida, por último, con la divina Sangre del Cordero, has venido á ser la arca y el puerto para el mundo todo que iba á naufragar! [1] Estas son, hermanos é hijos carísimos, las primeras instrucciones que nos da con sola su presencia y sus recuerdos la Cruz del Salvador. ¡Cuán grande es nuestra dicha de que sea ella nuestra señal, nuestro apoyo y nuestra esperanza! Cuán alta parece á mis ojos nuestra nobleza cuando veo que á tanto se ha extendido la munificencia del Señor, que nos ha permitido y aun mandado por su Iglesia formarla con dos de nuestros dedos, para que esté siempre pendiente de nuestra voluntad, y nos acuda con el socorro en las mas grandes necesidades y los peligros mas terribles de la vida! Pero al mismo tiempo, católicos, ¡cuán esmerada y exquisita, cuán reverente y atenta debe ser vuestra solicitud al formar con vuestros dedos, llevar á vuestra frente, traer á vuestros labios y conducir hasta vuestros pechos este sagrado signo! Cuando extendiendo vuestras manos, y haciéndolas pasar primero desde la frente hasta la cintura y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para encerrar en una grande cruz las tres pequeñas de que acabo de hablaros, ¡quién de vosotros, decidme, podrá ya en adelante mantenerse frio é indiferente, si al formar esas tres pequeñas cruces, que es lo que quiero decir *persignarse*, ó la Cruz mas grande, lo que damos á entender con la palabra *santiguarse*, considera detenida y atentamente la magnífica representacion del signo, y las innumerables gracias y bienes infinitos unidos á su empleo? Pero si esto no basta, atended aun, pues voi á haceros nuevas revelaciones: voi á manifestaros la intencion que debéis tener en el uso de la Cruz, haciéndoos ver los bienes que pedís y los misterios que profesáis.

8. Todas las necesidades que pueden referirse á nuestra vida moral están cubiertas con el uso que hacemos de la Santa Cruz, como vais á verlo. Al formar la primera cruz sobre nuestra frente, decimos estas palabras: *Por la señal de la Santa Cruz:* al formarnos la segunda sobre nuestros labios, decimos estas otras: *de nuestros enemigos:* al formar la tercera sobre nuestro pecho, pronunciamos estas otras: *líbranos Señor Dios nuestro:* y al formar la cruz mayor con que nos santiguamos, invocamos á toda la Trinidad Augusta, pues poniendo nuestra mano derecha sobre la frente, decimos: *En el nombre del Padre*, poniéndola sobre la cintura, decimos: *y del Hijo*, y trayéndola del hombro izquierdo al derecho, decimos: *y del Espíritu Santo.*

9. Ahora bien, hermanos mios, despues de habernos asegurado mediante el uso de la Cruz con el poder de la divinidad y con el de la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué podriamos temer? Cerradas quedan para todos nuestros enemigos las avenidas todas de nuestra alma. Bien sabéis que á ésta no pueden entrar aquellos sino por una de tres puertas, digámoslo así; ó por la puerta del pensamiento, ó por la puerta de la palabra, ó por la puerta de la accion. La alma es una, simple, indivisible; pero su comercio con el mundo exterior se abre por los sentidos, como el de un Estado

1 Véase el himno *Vexilla regis prodeunt*

por sus respectivos puertos. Miéntras vive en este mundo, se afecta y obra por los sentidos; miéntras vive en este mundo pelea con sus adversarios: miéntras vive pues en este mundo debe estar siempre vigilante sobre sus sentidos, para no ser invadida por esa multitud inmensa de contrarios que de continuo la asaltan, turban y persiguen: ¿Y cuál será la arma poderosa á que haya de recurrir, para luchar con ellos continuamente sin ser nunca derrotada? La Santa Cruz. Pues qué! *¿la Cruz tiene virtud para librarnos de ella?* No lo dudéis, católicos, tiene virtud y mui grande; pues desde que Jesucristo murió en la Cruz, todos vivimos en ella, nadie vive sino por ella; y al contrario, muere infaliblemente el que no cuenta con ella: porque, lo digo y lo repetiré mil veces, con ella y solo con ella podremos infaliblemente triunfar de nuestros enemigos. ¿Por qué? *¡Por haberlos vencido Jesucristo nuestro Señor con su muerte en ella.*

10. Conocéis pues, hermanos mios, las necesidades de vuestra alma, reducidas á una fuerza competente para triunfar de vuestros enemigos; conocéis la virtud omnímoda y suprema de la Cruz; sabéis que el pensamiento, la palabra y la accion resumen todos los objetos del combate; sabéis que en estas tres líneas el alma está afectada y obra por los sentidos: sabed ahora, que en los sentidos están íntegramente representados tres objetos, pues en la frente se representa el pensamiento, en los labios la palabra, y en el pecho las acciones. Sellad pues estas tres puertas representativas, y tendréis bien segura, no lo dudéis, la bella Jerusalen de vuestra alma. Nos signamos, pues, en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos; nos signamos en los labios, para que nos libre Dios de las malas palabras, y nos signamos en el pecho para que nos libre Dios de las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra; el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo pues todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la Persona de Jesucristo, concluirémos la grande obra encerrando en una gran cruz las tres pequeñas cruces, esto es, cubriéndonos con la Encarnacion del Divino Verbo en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion, que voi á haceros desde luego, pues que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

11. "Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *el de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacémos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo, *en el nombre* (lo cual manifiesta la unidad de Dios) *del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas; por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos*, abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos;* por que, siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas: *el de la Encarnacion*, en el hecho mismo, pues confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvacion eterna: *el de la Pasion*, en la accion de hacer la Cruz, por que en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo Crucificado: *el de la Redencion*, en la misma cruz que

formamos; pues este Hijo, que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado: *y el de la Resurreccion*, en llevar la mano desde el hombro izquierdo, al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia figurado en el derecho, concediéndonos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos." [1]

12. La última instruccion que me propongo daros mira, hermanos mios, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad, os diré, que son cinco los mas principales: aliarnos bajo la bandera de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del Demonio, y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles, y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

13. Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, hijos mios, si á lo que el entendimiento concibe no está contínuamente unido lo que siente el corazon. No basta pues hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz, porque él es práctico, fecundo, santificante: ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña."

II.

14. Imaginad, hermanos é hijos carísimos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el órden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, resume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalen antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo Templo se despedazan; álzanse las soberbias basílicas que denuncian al orbe el reinado del Redentor; y el Redentor del mundo se presenta, entre los éxtasis de los ángeles y las adoraciones de los hombres, no ya como un delincuente que espira en un patíbulo, sino como el Rei eterno que domina desde el sacro Madero: *regnavit a ligno Deus.*

15. Podéis considerar esta santa señal: primero relativamente á Jesucristo que la dividió; segundo respecto de vosotros á quienes purifica y al mismo tiempo sostiene; tercero, en órden al mundo, que no vive para la felicidad, sino precisamente por la Cruz; y esta triple consideracion, hermanos mios, abre tres espaciosos senderos al indefinido curso de vuestros sentimientos cristianos, dando al corazon por morada la ciudad santa del amor divino, aun durante su mansion en la tierra.

1 Catecismo de Astete y Ripalda.

16. Considerada bajo el primero de estos tres aspectos la Santa Cruz, nos engolfa todos en un piélago de amor; *porque es figura de Cristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella.* En efecto, hermanos mios, la Santa Cruz es el soberano resúmen de la pasion del Señor. Nos es imposible verla sin trasladarnos al Calvario, sin andar con los recuerdos y un corazon reconocido las calles de Jerusalen por donde la llevó sobre sus hombros el mismo Jesucristo. Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento, creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la Víctima, presenciar el insolente clamoreo de las turbas que se revelaban contra su Salvador divino, contrastando con la paciencia sublime del Hombre Dios presto á morir; oir aquella dulce plegaria que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; sentir el tránsito á la inmortalidad otorgado espontáneamente á la suplicante voz de un ladron arrepentido. Nuestro espíritu se riude á la admiracion al contemplar la consumacion de la grande obra, y nuestro ojos se llenan de lágrimas al ver entregado al Padre el espíritu de Aquél que es desde la eternidad, que se hizo hombre para poder morir por nosotros, y que muriendo, como canta la Iglesia, destruyó nuestra muerte para reparar luego nuestra vida con su resurreccion gloriosa: *qui mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit.* He aquí, hermanos mios, el primer órden de sentimientos que nos inspira el misterio de la Cruz, este misterio que incorpora nuestras lágrimas en el reino de los cielos, santificando la tribulacion, elevando el dolor al rango de la felicidad, y haciéndonos despreciar la muerte ante la imágen siempre viva de un reino que no acabará jamas, para el cual hemos sido creados, y en el cual vivirémos por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor que la ha comunicado un valor infinito con su muerte en ella.

17. Considerada la Cruz relativamente á nosotros, que somos cristianos, se nos presenta naturalmente como la compañera inseparable de toda nuestra vida: durmió con nosotros el sueño de la infancia; entrará con nosotros en la carrera del sepulcro. Este signo sagrado fué el dulce objeto de las primeras conversaciones que tuvimos con los autores de nuestros dias: nuestra madre nos persignaba en la cuna, y parecia imprimirnos ese carácter de la educacion religiosa que suele salvar al hombre en la borrasca de las pasiones. La Cruz se nos representaba siempre en el hogar doméstico, nos tenia pendientes de las alturas de nuestros templos; se nos hacia presente en todas partes, en las ciudades lo mismo que en las aldeas, y no la hemos perdido de vista en todo el curso de nuestra vida sino solo en aquellos momentos desgraciados en que nos hallamos fuera de nosotros. La Cruz viene á consolarnos en medio de los trabajos, subrogándose en lugar de ellos y haciéndonos socios de Jesucristo en su pasion. ¿Qué mas os diré? Nada, sino solo producir en vosotros un recuerdo, el de aquellos sentimientos inexplicables que experimentáis á la vista de un Crucifijo en el silencio de las pasiones, en la soledad de la conciencia, cuando os encontráis solos con vuestra iniquidad, vuestra esperanza y vuestra religion, sorprendidos por el desengaño y vencidos ante Dios por el arrepentimiento. La Cruz entónces os consuela, os exhorta, os fortalece, os habla un idioma que no se parece á ninguna lengua, un idioma que excede á todos los libros, un idioma que encadena las pasiones y vence el corazon para el cielo. Nace de aquí un

segundo órden de sentimientos: la resignacion, la confianza, y sobre todo, el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos, y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la conviccion sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave y mi carga es ligera.*

18. Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la Historia para recibir todos los tributos de admiracion, de reconocimiento y de sumision. A ella nos convertimos cuando, á la vista de esta inmensa transformacion que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¿Queréis, hermanos mios, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntadlo á la Cruz. ¿Queréis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rei, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvacion. ¿Por qué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegacion cristiana? Por la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos mios, donde veais enjugada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veais curadas las heridas del cuerpo y las todavía mas terribles heridas del alma, encontraréis la Cruz; donde veais crecer, desarrollarse y llegar á su perfeccion las insignes virtudes, encontraréis la Cruz: así comprenderéis cómo la santa Cruz no solo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende tambien el manantial inagotable de las mas altas virtudes, de los afectos mas puros, de los sentimientos mas elevados para el corazon. ¿Cuál debe ser pues vuestra conducta, hermanos mios, para con esta insignia divina? ¡cuán grande vuestra solicitud sobre los deberes sublimes que os impone! He aquí lo que tenia reservado para cerrar esta santa instruccion acerca de la insignia y señal del cristiano.

III.

19. Los deberes que nacen, amados hijos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razon del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos, en fin, y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el órden de nuestra razon, en el órden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

20. San Pablo decia frecuentemente: *Yo no quiero saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.* ¡Sublime leccion, que nos da el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la

Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razon á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo la bandera de los sencillos y pequeños, para que se nos comuniquen los profundos y sublimes dogmas, las radientes y divinas luces, que no quiere conceder el Señor á los grandes, á los prudentes y sabios segun el mundo. Esto quiere decir, que la contemplacion de los misterios y de los preceptos representados en la Cruz debe tener el primer lugar en el curso de nuestras ocupaciones mentales. Esto quiere decir, que todos los fieles tienen obligacion de sellar con la Cruz todos los atributos y todas las producciones del talento y de la razon.

21. ¡Qué no podria deciros, hermanos mios, si descendiendo á la region de los sentimientos mas íntimos, al asilo impenetrable donde se recogen las emociones mas vivas del corazon, intentara descubrir el tabernáculo que debéis levantar á este signo sagrado? Ah! poco tendré que añadir á lo que no ha mucho acabo de exponeros, y cuando sabéis mui bien, que un verdadero cristiano tiene siempre la Cruz en su corazon. "*Estáis ya muertos*, decia San Pablo, *y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.*" ¡Sublime pensamiento, (Col. III, 3.) alta y profunda revelacion, que solo comprenden las almas verdaderamente consagradas á la Cruz! Pero ¿de qué manera hemos de llenar este deber! Primero, amando los padecimientos interiores; segundo, rehusándonos á los placeres delincuentes; tercero, produciendo en nosotros sentimientos verdaderos de una conveniente abnegacion. En el curso de estas instrucciones catequísticas se me presentarán varias oportunidades para explanar mas estas ideas. Pasémos al órden exterior, que es el principal objeto de esta instruccion.

22. *¿Por qué nos signamos tantas veces?* pregunta nuestro manual catecismo, y responde: *porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos.* Si en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos, visto es, hijos mios, que andamos la carrera de la vida en medio de una deshecha tempestad, y no hai para qué maravillarnos de que diga el apóstol San Pablo, que la existencia humana es una contienda no interrumpida, es un combate que no ha de acabar sino hasta el sepulcro, es una arena que nos recibe desde el nacer, para que ejercitemos en ella, como atletas de Jesucristo, las fuerzas de la naturaleza y de la gracia en la empeñada y peligrosa lucha con el demonio, con el mundo y con la carne: lucha empeñada, sí, porque no ha de ser coronado, dice el mismo Apóstol, sino el que haya sostenido bien los combates del Señor, no sentirá su rostro inundado con el esplendor de la gloria sino solo aquel que haya salido victorioso en la noble contienda. *Non coronabitur nisi legitime certaverit.* (II Tim. II, 5.)

23. ¿Qué hacer, pues, para conquistar ese bien supremo al través de tantos obstáculos! ¿cómo lisonjearse de la victoria en medio de tantos y tan enconados enemigos, y cuando el mas temible de todos ellos es nuestro propio corazon! ¿Cómo! con el uso constante de la Cruz. Apoderaos de la Santa Cruz, y todo es hecho: tomad esta egida, y seréis inexpugnables: presignaos continuamente en vuestros pensamientos, en

vuestras palabras y en vuestras obras, y la gloria será vuestra. Quien está bajo la proteccion de la Cruz, tiene á Dios de su parte. En este caso, hermanos mios, os preguntaré con San Pablo: "*Si Dios está por nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? ¿Si Dios nos justifica, ¿quién habrá de condenarnos?*" Tened presente de continuo que la Cruz y solo la Cruz contiene y encierra toda la luz, todas las armas, toda la fuerza, todo el poder necesario para que triunfemos de nuestros enemigos. ¿Porqué? *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.*

24. Mas no porque os he hablado con tal estrechez de esta necesidad continua de la Cruz, debéis figuraros que os propongo un ejercicio no interrumpido. No: ¡ojalá pudiéramos estar siempre tributando nuestros homenajes á este sagrado Madero! ¡ojalá no pasara un instante solo sin que estuviésemos actualmente abrazados de la Cruz! pero en la vida humana todo se halla perfectamente combinado, así en el órden de la naturaleza como en el órden de la gracia, y si yo debo apiadar la devocion en la escala de la vida mística, debo tambien ser mui discreto y sobrio cuando hablo del deber. Fijo en esta idea, me limito á indicaros la ocasion, el caso y las circunstancias en que debéis apelar á este recurso.

25. *¿Cuándo es bien usar de la señal de la Cruz?* pregunta nuestro manual catecismo, y responde: *siempre que comenzáremos alguna buena obra, ó nos viéremos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentacion ó mal pensamiento.*

26. Esta respuesta de nuestro manual catecismo, hermanos mios, encierra grandes y profundas instrucciones. Si bien la meditáis, descubriréis en ella todo el secreto de la vida cristiana. Ya sabéis que en la Cruz está representado Jesucristo con todo su poder; que cubriéndonos en la Cruz, nos cubrimos con el mismo Jesucristo; que portando la Cruz, portamos al mismo Jesucristo; que caminando con la Cruz, caminamos con el mismo Jesucristo; que viviendo con la Cruz, vivimos con el mismo Jesucristo; y que muriendo en la Cruz, morimos en Jesucristo. El uso pues de esta sagrada señal, cuando se verifica en espíritu y en verdad, es el ejercicio práctico de nuestra fe en Jesucristo; y el ejercicio práctico de esta fe nunca dejará de ser en cada uno de los que viven en Jesucristo una señal infalible de esa especie de omnipotencia cristiana que conquista todos los bienes y aleja de sí todos los males.

27. ¿Qué se infiere de aquí? que haciendo cada uno de los que vivimos su carrera para el último fin por entre el bien que nos brinda con la felicidad y el mal que tiende á precipitarnos en la eterna desgracia, nada es tan conveniente y necesario como poner la Cruz de Jesucristo al frente de este bien y al frente de este mal: porque habéis de saber, hermanos mios, que á la vista de este Madero sagrado, descienden sobre nosotros para inundarnos todas las gracias que nos hacen santos y felices, y huyen medrosos hasta el abismo todos los enemigos de nuestra alma: enemigos terribles, pero impotentes contra la Cruz; enemigos tenaces, pero que desaparecen ante la Cruz: enemigos de que la Cruz nos libra perfectamente, *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.* He aquí por qué tenemos necesidad suma de la Cruz con tanta frecuencia, y mui principalmente debemos usar de ella: primero, *siempre que comenzáremos alguna buena obra;* segundo, *cuando nos viéremos en algun peligro,* principalmen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te cuando somos acometidos por las tentaciones, ó solicitados al mal por el pensamiento.

28. Pero qué, ¿basta para conseguir unos bienes tan preciosos, para salir triunfantes de los mas terribles encuentros, hacer sobre nosotros la señal de la Cruz? ¡Ah hermanos mios! si así fuera, no seria tan rara la virtud ni tan comun el mal sobre la tierra! Apenas hai cristiano que no acostumbre signarse y santiguarse; y sin embargo, son pocos poquísimos los que pueden con su experiencia misma dar un testimonio al poder sublime de la Cruz. ¿De dónde proviene esta desgracia, hermanos mios? De que usando este sagrado signo, estamos de ordinario muí léjos del espíritu con que debemos hacerlo; ni tenemos la exactitud y eficacia debidas, ni ponemos la atencion correspondiente, ni ménos procuramos unirnos con la Santa Iglesia y Jesucristo vida nuestra en la intencion con que se debe emplear este divino escudo por todos los cristianos: en suma, porque ó no procuramos adquirir las instrucciones que encierra; ó teniéndolas, apartamos el corazon de los sentimientos que inspira; ó aun poseidos algunas veces de tan elevados y dignos sentimientos, nos limitamos á ellos, esterilizándoles en nuestra conducta, por no llenar cumplidamente los deberes que nos impone el Evangelio respecto de la Cruz.

29. ¿Qué resta pues, hermanos mios? No resta ya, sino que atentos á todo con aquella empeñosa vigilancia que nos mandó tener Jesucristo Señor nuestro y nos predicaron los apóstoles, principalmente San Pablo, os apliquéis á comprender la Cruz, á amar la Cruz, á usar frecuente y dignamente de la Cruz, conservando las instrucciones que encierra, entrando en los sentimientos que inspira, y observando con inviolable fidelidad la conducta que propone. ¡Dichosos mil veces vosotros, si correspondiendo á la gracia que os invita, os previene, os ilustra y os conforta, encerráis en vuestra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz! Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande apóstol, que no queria saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazon esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos, y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles combates, en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es de cir, católicos, que seréis sábios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

30. Sea así: llegue ese dia perdurable, ese dia siempre claro, ese dia sin noche, en que recojáis el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA,

SEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA OBLIGACION QUE TENEMOS DE BUSCAR EL ULTIMO FIN PARA QUE FUIMOS CREADOS.

Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia.—Math. cap. VI, v. 33.

1 La idea de la creacion, hijos mios, donde vemos en primer término á Dios, Ser necesario y eterno, y en segundo término al hombre creado á su imágen y semejanza, ser contingente, limitado, dependiente bajo todos respectos de su causa; el conocimiento de nuestra naturaleza espiritual, que tiende á la verdad suma y al bien infinito, que no pueden encontrarse en la tierra; todo esto nos manifiesta: primero, que el hombre ha sido creado para un fin; segundo, que este fin consiste en la posesion del mismo Dios; tercero, que hai medios necesarios y suficientes al mismo tiempo para alcanzarle; cuarto, que estos medios están cifrados todos en la union del hombre con Dios por medio de la fe que nos hace creer en su palabra, de la esperanza que nos hace confiar en sus promesas, y de la caridad que nos hace obedecer su divina Ley. Por esto nuestro manual catecismo sienta como la primera de nuestras obligaciones la que tenemos todos de buscar el último fin para que fuimos creados, fija este fin en la vista y goce eterno de Dios, mira en amarle y servirle durante nuestra vida mortal la condicion esencialísima para poseerle y gozarle despues de la muerte; dice que á Dios se sirve con obras de fe, esperanza y caridad, y concluye de todo la necesidad suma de la doctrina que nos enseña á creer, esperar y pedir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2. Tales son, amados hijos, los principales puntos que abraza el conocimiento de nuestro último fin, y que son propuestos por nuestro manual catecismo. Es mi ánimo tocárles todos en varias instrucciones, pues para comprenderles en una sola sería preciso darla una grande extension. Dedico pues la presente á inculcaros la obligacion que todos tenemos de buscar ante todo el último fin para que fuimos creados: obligacion tan indispensable, que sin ella no podria comprenderse otra ninguna; pues ante todo debemos buscar el reino de Dios, que es nuestro último fin; y la justicia, con cuya práctica se alcanza, como lo inculca Nuestro Señor Jesucristo en las palabras de mi texto: *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus.*" Entremos pues en materia.

3. *¿A qué está obligado el hombre primeramente?* pregunta nuestro catecismo, y responde: *á buscar el último fin para que fué creado.* Hé aquí un concepto explicado en términos mui breves y precisos, pero de un sentido profundo y una comprension vasta, pues que abraza todo nuestro ser intelectual y moral, todo cuanto debe pensar y practicar el hombre, y el camino que debe seguir en todo el curso de su vida para lograr la bienaventuranza eterna. Esta pregunta y su respuesta tienen tal fuerza demostrativa en sí mismas y descansan en tan sólidos fundamentos, que ni aun los mismos filósofos impíos, ni los mas encarnizados enemigos de la fe pueden esquivarla.

4. Todas las cosas tienen un fin. ¿Por qué? porque todas las cosas han sido hechas precisamente para algo, y este algo para que han sido hechas es lo que constituye su fin. Al tocar este punto, preciso nos es volver á la primera causa, pues que sin ella nada se comprende, y con ella todo se explica. Dirigid una mirada al rededor de vosotros: ¡qué veis! al hombre y el universo físico. ¡Qué descubrís en todo el sistema de causacion del universo físico? causas físicas y efectos necesarios. Todos los cuerpos siguen aún las mismas leyes con que comenzaron á ser, los mismos movimientos; los astros giran sobre sus órbitas; los animales se reproducen, obedecen á sus instintos, se conservan y mueren; las plantas vejetan, cae la semilla en la tierra, brota la planta y sirve á su objeto. Pero si examinais una por una todas estas cosas, no encontrarêis en ninguna pensamiento y libertad: estos son atributos exclusivamente del hombre, residen en su alma y son los únicos que nos dan la idea de un designio ó un fin en la produccion de las cosas. Síguese de aquí rectamente que solo en Dios está el designio de todas las cosas que existen fuera de nosotros: solo Dios que las ha creado las dió una naturaleza propia, y prescribió reglas fijas para que obrasen conforme á sus designios. El hombre recibió á su turno del mismo principio naturaleza y leyes; pero siendo un agente libre y no necesario, pues que fué dotado de libertad, él, usando ó abusando de sus facultades, se propone algun designio conforme ó contrario á su verdadera felicidad; pero siempre un designio. Como agente y agente libre, dispone de la materia bruta y de los mismos animales; trasforma en objetos que su imaginacion dibuja y su inteligencia dispone las producciones de la tierra: somételas al arte y produce esa multitud de maravillas que nos encantan y admiran: hace que el arado le alimente, el telar le vista, la piedra y tierra le den un albergue para vivir á cubierto de las inclemencias del tiempo: baja de las montañas al animal alzado y feroz, para que viva en su casa y le sirva: construye aparatos para viajar por el cielo, seguir la carrera de los astros, estudiar sus leyes y predecir sus vicisitudes y movimientos. De esta suerte, amados hijos, el hombre, usufructuario del universo como plugó á Dios establecerle desde el principio, dispone de todo, y esto con el poder de su pensamiento.

5. Estas nociones sencillísimas bastan para comprender lo que se entiende por fin de las cosas, y la importancia y necesidad de este fin. Estudiad al hombre por lo que á cada uno de vosotros pasa, y pronto comprenderéis cómo nada existe sin una razon suficiente y un verdadero designio, y cómo esta razon explica los motivos y este designio el fin de las cosas. Ya os he dicho que consiste el fin en aquello para que las cosas han sido hechas, y que habiendo una relacion íntima entre el modo con que han sido hechas y el para qué han sido hechas, basta estudiar la naturaleza de las cosas, para tener una idea de su fin. Si pues aun tratándose del hombre, siempre obra con algun motivo, y siempre se propone algun fin en el obrar, ¡qué diremos de Dios, infinitamente perfecto, bondad suma, altísima sabiduría! que dejaria de ser Dios, si obrase sin razon suficiente y sin un fin digno de su sabiduría y de su bondad.

6. Examinad uno por uno los muchos y diversos objetos que están á vuestra vista ó sirven de objeto á vuestro pensamiento, no hallarêis uno ciertamente que no tenga su fin. En los objetos mas materiales y comunes encontrarêis esta misma verdad: "todo tiene un fin." Un granero sirve para encerrar la semilla, una casa para alojar á los hombres, una puerta para comunicar la casa con la calle ó unas piezas con otras, una llave para abrir y para cerrar, los alimentos para comer, &c., &c. Pasando de aquí á un órden mas elevado, y sea por ejemplo el de nuestra alma, veréis lo mismo en todas sus potencias: la memoria es para acordarnos de lo pasado, el entendimiento para entender y llegar al conocimiento de la verdad; la voluntad para querer ó no querer, y así todas las cosas. Si pues cada objeto tiene un fin, es claro clarísimo que lo primero que en él debe buscarse, como un requisito fundamental, es su capacidad para este fin, porque, si tal capacidad no tiene el objeto, no sirve. No comprarêis una vasija quebrada, porque no sirve para contener el agua; un manjar dañoso ó corrompido, porque no es bueno para comerse; un caballo sin pié ni mano, porque no es bueno para andar, y así respectivamente con todo. Esto, y la verdad olvia que en sí contiene, ha creado ese proloquio vulgar que todo el mundo comprende, y que no es en sustancia sino la enunciacion popular aunque genérica de la verdad que al presente os explico. ¿Cuál es este proloquio? Veâlle aquí: "*Si para lo que eres no eres, ¿para qué eres?*" Hé aquí, amados hijos, un axioma ó principio evidente que gobierna el juicio de cualquiera en la calificacion que hace de las cosas: las ve, las examina, las compara con su fin, y si á él no corresponden, dice sin vacilar: "*esto es malo, esto no sirve, esto no puede interesar ni ocupar á nadie.*" El conocimiento del fin es tambien la base de las ciencias y de las artes. Un arquitecto que no sepa el uso propio de cada construccion ó edificio, no es arquitecto; un pintor que no sepa el uso de los colores y el objeto particular de cada figura, no es pintor, y así sucesivamente se puede ir discurriendo sobre todo.

7. Pero hai fines subalternos y fin último. ¿Cuáles son los primeros? aquellos que se encaminan á otro todavía. ¿Cuál es el último? aquel que cierra la cadena de los fines, y mas allá del cual no hai otro fin. El labrador que surca la tierra, se propone

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por inmediato fin disponerla bien para la siembra; pero no se contenta con esto, pues bien dispuesta, deposita la semilla y emprende nuevos trabajos para que esta nazca, crezca y fructifique: ved aquí un segundo fin. Mas no se contenta con ver y contemplar la semilla en sus graneros, pues se sirve de ella, ó para otros giros que van formando nuevas cadenas de fines subalternos, ó para alimentarse él mismo. Pero el alimento y la conservacion del cuerpo no es lo que al hombre hasta, porque el cuerpo sirve al alma, que es la parte mas noble de su ser. Contemplemos al alma con sus facultades: el entendimiento tiene un fin, que es el conocimiento de la verdad; pero este fin no es el último, pues que tiene despues de sí otro, y es regir la voluntad y dirigir la libertad en la práctica del bien, con el cual se realiza nuestra perfeccion intelectual y moral. Mas esta perfeccion, que consiste en el conocimiento de la verdad y práctica del bien, tampoco es el fin último, pues mas allá de ella existe la felicidad á que se dirige. La felicidad no puede estar en la tierra, porque en la tierra andan mezclados el placer con el dolor, están muí limitados los goces y sujetos á la ley de la muerte: luego la felicidad que puede tenerse en la vida tampoco es el fin último; y como despues de la vida no haí para una alma inmortal cosa capaz de llenar la inmensidad de sus aspiraciones fuera de Dios, resulta que Dios es el último fin.

8. Sin pretenderlo, he anticipado, aunque de un modo muí general y por via de ejemplo, una idea que no es de aquí; pero no me pesa, pues esta nueva luz debe serviros para percibir con mayor claridad la obligacion esencialísima que todos tenemos de buscar el último fin para que fuimos creados.

9. ¿Qué mas os diré para comprobar esta verdad importantísima? Si el hombre despues de todos los trabajos y vicisitudes de la vida concluye su carrera mortal sin conseguir á Dios que es su último fin, es el ser mas desgraciado que imaginarse pueda, porque una inmortalidad sin goces y con penas es el mas terrible mal que se pueda temer. Ahora bien: esta necesidad moral en que nos pone la eternidad feliz ó desgraciada con que Dios ha sancionado su ley, en cuya observancia consiste el mérito para ser eternamente feliz, nos estrecha, sin destruir nuestra libertad, á obrar consecuentes al designio y fin de nuestra creacion; y como esta necesidad moral que la ley nos impone de hacer ó de dejar de hacer alguna cosa por temor de sus castigos y esperanza de sus premios, es lo que constituye la *obligacion*, mayor y mas grande y mas estrecha es, en porporcion que es mayor y mas grande el premio ó el castigo. Demos un paso mas. ¿Qué importa conseguir el último fin? *Ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.* ¿Qué importa no conseguir el último fin? No verle jamas, aborrecerle sin término y padecer un tormento infinito por toda la eternidad. ¿Y haí acaso, ni concebirse puede un premio mas glorioso, un castigo mas grande? No: luego si el premio y el castigo miden la fuerza de una obligacion y determinan su grado en la gerarquía de todas, ya comprenderéis la razon que ha tenido nuestro catecismo para dar el primer lugar entre todas á la de *buscar el último fin para que fuimos creados.*

10. Si á estas reflexiones quisiese añadir yo los argumentos que ministra la Santa Escritura y los Padres de la Iglesia, mucho tendria que deciros y me veria por tanto en la necesidad de extenderme demasiado. Mas, para no dejar de tocar algo de lo mucho que se ofrece, citaré un lugar del Antiguo Testamento, uno del Nuevo y un texto bien significativo del Padre San Gregorio.

11. Todo el Sagrado libro del Eclesiastés puede considerarse como una demostracion sublime de la verdad que os predico. Contiénese aquí un resúmen de todo lo que haí grande, delicioso y atractivo en la tierra, y todo se califica de vanidad, tormento y afliccion de espíritu: los trabajos de los hombres, las riquezas, los honores, los placeres, la dominacion, la magnificencia de los palacios, la hermosura de los prados, la belleza natural y artística de los jardines, la elevacion del ingenio, la sabiduría mundana; en fin, todo cuanto el hombre sobre la tierra desea, busca, solicita y procura con toda la accion de su pensamiento y con todos los impulsos de su corazon. Despues de haber hecho este resúmen de todas las cosas humanas, para calificar de vanidad hasta los pensamientos del hombre, pone fin á sus discursos con esta sentencia sublime: *Teme á Dios y guarda sus preceptos, por que esto es todo el hombre.* Luego lo único que debe retraernos en el curso de la vida es el incurrir en el desagrado de Dios, y lo único que debe ocuparnos es el guardar sus preceptos: *Deum time, et mandata ejus observa.* ¿Y por qué así, hermanos mios? porque esto es todo el hombre: *hoc est enim omnis homo.* ¿Qué quiere decir esta palabra? Que en esto está cifrado el objeto y fin de la existencia humana, que aquí es donde se alcanza y consigue aquello sin lo cual todo es perdido; es decir: que la sentencia del Eclesiastés viene sustancialmente á probar que la primera obligacion del hombre consiste, como dice nuestro catecismo, *en buscar el último fin para que fué creado.*

12. Vengamos al Santo Evangelio. Todas las lecciones de Jesucristo á sus discípulos en los versículos 19 y siguientes del capítulo VII de San Mateo, vienen á terminar en una sentencia que puede ser vista como el resúmen de todas sus instrucciones. No quiere que se amontonen tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, los ladrones los desenterrarán y roban, sino en el cielo donde no haí ninguno de estos peligros: predica un desprendimiento absoluto de todas las cosas terrenas, y para prevenir las vanas excusas de aquellos que apelan á la necesidad de la subsistencia para cohonestar su perdurable afan de amontonar tesoros, pone á la vista esa Providencia que de nadie se olvida, y arguye irresistiblemente con el ejemplo de las aves del cielo, que viven de la Providencia y visten con tal hermosura, como no se vistió jamas ni el mismo Salomon en toda su gloria. ¿Cómo se olvidaria del hombre, su creatura predilecta, quien así cuida de las yerbas de los campos, de las bestias de la tierra y de las aves del cielo? *Buscad pues, primero*, les dice, *el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura.* ¿En qué consiste el reino de Dios? Durante la vida, en la union del hombre con su Magestad mediante la gracia en que permanece quien obra la justicia; y despues de la vida, en su vista, goce y posesion eterna. Siendo pues esto lo que constituye nuestro último fin, se infiere rectamente de la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo que la primera obligacion que todos tenemos en esta vida, consiste, como he dicho y repito, en buscar el último fin para que fuimos creados.

13. ¿Será extraño, amados hijos, que los Padres de la Iglesia, estos intérpretes inspirados de la Santa Escritura, estos maestros prácticos de la vida cristiana se hayan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empeñado siempre tánto en persuadirnos esta misma obligacion, instilando nuestra voluntad con el hermoso cuadro de los goces que se preparan á los justos? "Si conside-
" ramos, dice San Gregorio, cuáles y cuan grandes son las cosas que nos están prome-
" tidas en los cielos, aparecen vilísimas al alma todas las cosas que se poseen en la
" tierra. La sustancia terrena, léjos de ser un socorro, parece mas bien un gravoso pe-
" so, comparado con la dicha suprema: la vida del tiempo es muerte y no vida, compa-
" rada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendi-
" miento que sea parte á comprender toda la grandeza de los goces de aquella ciudad
" celestial? ¿Cómo describir lo que será mezclarse entre los coros de los ángeles, asis-
" tir con los espíritus bienaventurados á la gloria del Creador, estar mirando frente á
" frente el rostro del Dios vivo, dilatar la vista por aquella Luz que baña los horizontes
" infinitos, no afectarse jamas por el temor de la muerte, y poseer el don de una incor-
" ruptibilidad sempiterna? ¡Ah! el alma se enardece con solo escuchar estas cosas, y
" se siente poseida de los inflamados deseos de asistir allí donde espera gozar sin fin."
Tal es, amados hijos, la recompensa prometida por Dios al dichoso que le busca en la tierra como fin último, sometiéndole su entendimiento, voluntad y libertad y ajustando su conducta en todo y por todo á su divina ley. Si pues, como no ha mucho decia, la grandeza del premio mide el tamaño y calcula la fuerza de una obligacion, la que tenemos de buscar ante todo el último fin, es la primera en el órden, la mas fuerte en la intensidad y la mas plena en su comprension.

14. Basta hijos mios: no era necesario tánto, para que vosotros todos, que en clase de cristianos poseeis los inapreciables dones de la fe, la esperanza y la caridad y sois del número de aquellos á quienes fué dado conocer claramente el reino de Dios por la predicacion del Evangelio, os persuadáis íntimamente de la suma importancia y fuerza de esta obligacion fundamental que nos liga estrechamente á todos á buscar el último fin para que fuímos creados. Las simples luces de la razon natural, el sentido comun, la voz de los sabios, el ejemplo de los santos y los mismos instintos de la naturaleza lo persuaden. Despendeos pues, os diré aquí, sobre testimonios tan autorizados, de todo cuanto puede apartaros á vosotros de este fin, pues que todo lo que no es Dios, viene á ser en sustancia vanidad, tormento y afliccion de espíritu: "buscad ante todo el reino de
" Dios y su justicia," como dice Jesucristo, y cuando los trabajos, penalidades y aflicciones de la vida, el ímpetu feroz de las tentaciones, la rabia de los enemigos de vuestra alma, todos los tormentos, dolores y tribulaciones os asalten y quieran abatir, considerad que la vida pasa en un instante, y clavad los ojos en aquella patria feliz, donde no hai dolor que punze, ni zozobras que agiten, ni penas que atormenten, ni lágrimas que corran; donde todo es gozo, todo paz, todo dicha, y dicha sin mezcla, y dicha sin límites y dicha inmortal y eterna.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE DIOS, CONSIDERADO COMO EL PRIMER PRINCIPIO Y AL MISMO TIEMPO EL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

Ego sum alph. et om. principium et finis, dicit Dominus.

Yo soi el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor.

Apoc. cap. I, v. 8.

CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

1. NUESTRO manual catecismo, despues de la pregunta y respuesta que sirvió de objeto á la instruccion precedente, es decir, despues de manifestar que la primera obligacion del hombre consiste nada ménos que en buscar el último fin para que fué creado, hace una segunda pregunta, y da la correspondiente respuesta con el objeto de hacer progresar naturalmente las ideas, proponiendo lo que debe seguir despues de sabida la importancia de aquella primera obligacion. *¿Para que fin fué creado el hombre?* pregunta, y responde: *para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.* Esta pregunta, que al parecer debia limitarse á solo su segunda parte, que es propiamente lo que se llama último fin, el cual no puede alcanzarse sino en la otra vida, comprende tambien la carrera mortal de la humanidad, extendiendo á ella la idea del último fin. Sin embargo, el amar y servir á Dios en esta vida es poner en práctica los medios que infaliblemente conducen á su vista, goce y posesion eterna; y como estos medios son el blanco de la existencia humana, los requisitos de nuestra perfeccion moral y una señal infalible de nuestra union con Dios, pueden figurar tambien como un fin en toda la extension de la palabra. En efecto, si tan dependiente se halla una cosa de otra, que sin amar y servir á Dios en esta vida, no se le ha de ver

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empeñado siempre tánto en persuadirnos esta misma obligacion, instilando nuestra voluntad con el hermoso cuadro de los goces que se preparan á los justos? "Si conside-
" ramos, dice San Gregorio, cuáles y cuan grandes son las cosas que nos están prome-
" tidas en los cielos, aparecen vilísimas al alma todas las cosas que se poseen en la
" tierra. La sustancia terrena, léjos de ser un socorro, parece mas bien un gravoso pe-
" so, comparado con la dicha suprema: la vida del tiempo es muerte y no vida, compa-
" rada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendi-
" miento que sea parte á comprender toda la grandeza de los goces de aquella ciudad
" celestial? ¿Cómo describir lo que será mezclarse entre los coros de los ángeles, asis-
" tir con los espíritus bienaventurados á la gloria del Creador, estar mirando frente á
" frente el rostro del Dios vivo, dilatar la vista por aquella Luz que baña los horizontes
" infinitos, no afectarse jamas por el temor de la muerte, y poseer el don de una incor-
" ruptibilidad sempiterna? ¡Ah! el alma se enardece con solo escuchar estas cosas, y
" se siente poseida de los inflamados deseos de asistir allí donde espera gozar sin fin."
Tal es, amados hijos, la recompensa prometida por Dios al dichoso que le busca en la tierra como fin último, sometiéndole su entendimiento, voluntad y libertad y ajustando su conducta en todo y por todo á su divina ley. Si pues, como no ha mucho decia, la grandeza del premio mide el tamaño y calcula la fuerza de una obligacion, la que tenemos de buscar ante todo el último fin, es la primera en el órden, la mas fuerte en la intensidad y la mas plena en su comprension.

14. Basta hijos mios: no era necesario tánto, para que vosotros todos, que en clase de cristianos poseeis los inapreciables dones de la fe, la esperanza y la caridad y sois del número de aquellos á quienes fué dado conocer claramente el reino de Dios por la predicacion del Evangelio, os persuadáis íntimamente de la suma importancia y fuerza de esta obligacion fundamental que nos liga estrechamente á todos á buscar el último fin para que fuímos creados. Las simples luces de la razon natural, el sentido comun, la voz de los sabios, el ejemplo de los santos y los mismos instintos de la naturaleza lo persuaden. Despendeos pues, os diré aquí, sobre testimonios tan autorizados, de todo cuanto puede apartaros á vosotros de este fin, pues que todo lo que no es Dios, viene á ser en sustancia vanidad, tormento y afliccion de espíritu: "buscad ante todo el reino de
" Dios y su justicia," como dice Jesucristo, y cuando los trabajos, penalidades y aflicciones de la vida, el ímpetu feroz de las tentaciones, la rabia de los enemigos de vuestra alma, todos los tormentos, dolores y tribulaciones os asalten y quieran abatir, considerad que la vida pasa en un instante, y clavad los ojos en aquella patria feliz, donde no hai dolor que punze, ni zozobras que agiten, ni penas que atormenten, ni lágrimas que corran; donde todo es gozo, todo paz, todo dicha, y dicha sin mezcla, y dicha sin límites y dicha inmortal y eterna.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE DIOS, CONSIDERADO COMO EL PRIMER PRINCIPIO Y AL MISMO TIEMPO EL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

Ego sum alph. et om. principium et finis, dicit Dominus.

Yo soi el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor.

Apoc. cap. I, v. 8.

CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

1. NUESTRO manual catecismo, despues de la pregunta y respuesta que sirvió de objeto á la instruccion precedente, es decir, despues de manifestar que la primera obligacion del hombre consiste nada ménos que en buscar el último fin para que fué creado, hace una segunda pregunta, y da la correspondiente respuesta con el objeto de hacer progresar naturalmente las ideas, proponiendo lo que debe seguir despues de sabida la importancia de aquella primera obligacion. *¿Para que fin fué creado el hombre?* pregunta, y responde: *para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.* Esta pregunta, que al parecer debia limitarse á solo su segunda parte, que es propiamente lo que se llama último fin, el cual no puede alcanzarse sino en la otra vida, comprende tambien la carrera mortal de la humanidad, extendiendo á ella la idea del último fin. Sin embargo, el amar y servir á Dios en esta vida es poner en práctica los medios que infaliblemente conducen á su vista, goce y posesion eterna; y como estos medios son el blanco de la existencia humana, los requisitos de nuestra perfeccion moral y una señal infalible de nuestra union con Dios, pueden figurar tambien como un fin en toda la extension de la palabra. En efecto, si tan dependiente se halla una cosa de otra, que sin amar y servir á Dios en esta vida, no se le ha de ver

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y gozar en el cielo; si el goce eterno de Dios viene á ser en cierto modo una continuacion de su goce temporal mediante nuestra fiel consagracion á su servicio, mui bien ha podido decirse que ha sido creado el hombre para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.

2. Hai mas todavía: el sabio catequista quiso elevarse hasta esa altura que todo lo domina, llamando al hombre hácia Dios, no solo para la eternidad sino tambien en el tiempo. Dios es el fin del hombre: ved aquí una verdad absoluta, evidente, simple, infraccionable: es el fin del hombre desde que el hombre existe, lo es durante todos los instantes de su existencia: en suma, Dios es el fin del hombre en esta vida y en la otra vida tambien. ¿Cómo lo es en esta vida? como el objeto de nuestro culto, el Supremo Legislador á quien debemos cumplida obediencia, y el infinito bien que debe ocupar exclusivamente nuestro corazon en sus deseos, en sus tendencias, en sus mas inflamadas esperanzas: Dios es el fin del hombre en la otra vida, como su porcion, su merced, su recompensa, su corona, su gloria, su felicidad pura, suma é inamisible. Todavía mas: Dios es el fin del hombre en esta vida, como nuestro primer principio, nuestro Creador, nuestro Soberano, como el Ser á quien debemos estarle sometidos; y lo es en la otra como nuestro fin último: Dios es en la vida fin inmediato y próximo, y es despues de la vida fin último, fuera del cual no hai ni puede haber otro fin.

3. Estas breves reflexiones, amados hijos, están poniendo de manifiesto que la gran ciencia de nuestro último fin párte de Dios y en Dios termina; y debemos comenzar á estudiarla considerando nuestro primer principio, porque es claro clarísimo que con solo saber de dónde venimos y cómo hemos sido hechos, basta para descubrir á dónde vamos y con qué fin hemos sido creados: estudio importantísimo que podemos hacer á la doble luz de la razon y la revelacion, pues que la una nos dirige y encamina y la otra nos perfecciona. Siguiendo pues, esta idea, dedico la instruccion presente á manifestaros en primer lugar que Dios es nuestro primer principio, y á enseñaros en segundo cómo es al mismo tiempo nuestro último fin: ideas comprendidas ambas en las palabras de mi texto: *Ego sum. . . . . principium et finis.*

I.

4. Por mucho que se fatigase la inteligencia para buscarle al hombre otro principio que el mismo Dios, nunca podria desprenderse de ese aguijon contínuo que la conciencia, la humanidad y el universo ponen á su discurso para buscar siempre una causa única del ser ilimitado, del ser que nace y muere. Si consulta á la historia, ella le presenta un primer hecho, un principio del ser, obligando á la razon misma por la fuerza de la demostracion á una de dos cosas, ó á buscar en el Ser increado la causa de las existencias todas, ó á replegarse tontamente, digámoslo así, en los abismos de la nada, para volver, despues de tantas investigaciones y trabajosas conjeturas, á establecer como principio de la ciencia la duda universal. Hai un hecho antiguo como el mundo, constante como lo mas palpable, un hecho que ha estado á la vista de la ciencia incesantemente desde el principio de las cosas. ¡Cuál! que todo lo que se ve, oye y palpa, esto

es, el universo físico y el mundo moral, han tenido principio, y por consiguiente han tenido causa; porque todo ser que comienza es un efecto, y todo efecto supone una causa. Yo no me puedo concebir sin mi padre, ni á mi padre le puedo concebir sin el suyo; hé aquí dos eslabones, pero eslabones que forzosamente han de repetirse hasta llegar á un primer hombre que haya venido de una causa diferente de la mia, de un principio que no haya tenido otro principio; porque si la causa de donde hubiese venido el primer hombre tuviera principio, estaria tambien en mi caso de nacer y morir, y esto me pondria en la necesidad de caminar mas adelante, para buscar ó descubrir ese principio sin principio, esa causa sin causa, esa esencia del ser ó Ser por esencia, por el cual clama incesantemente la ciencia para sacudir sus trabas, marchar con luz y establecer la realidad en el cuerpo de sus demostraciones, al cual suben una tras otra las existencias antiguas, ó mas bien la inteligencia que las estudia, como á una fuente indispensable, como á un punto de partida que necesariamente suponemos y por precision hemos de hallar so pena de ignorarlo todo. Dios es por lo mismo el Ser necesario: necesario en sí por su esencia; necesario en las existencias creadas, como causa; necesario en la razon, como principio y como luz; necesario en todo, como pensamiento, como poder, como Providencia. El nombre de este Ser eterno está escrito en todas partes con caractéres indelebles: en la superficie de la tierra, en las profundidades de los mares, en las bóvedas del cielo, en la inteligencia del hombre, en el corazon de toda la humanidad. En él comienza todo, y solo él no empieza jamas; con él se explica todo, y sin él nada se comprende; en él vive todo, y sin él todo volveria á la nada. Contad con Dios, y la historia será para vos el trasunto de la realidad, y la filosofía la luz que descubre las relaciones de los seres, y la ciencia el fanal que ilumina los horizontes de la inteligencia, y la lei una fuerza superior que mantiene las armonías constantes del universo físico, y un poder eficaz que, sometiendo al hombre sin encadenarle, concierta la libertad con el órden en el vastísimo y variado conjunto del mundo moral. Prescindid empero de Dios, y entónces se convertirán infaliblemente la historia en fábula, el universo en quimera, la ciencia en ficcion ó conjetura, la lei en fuerza brutal, el órden en tiranía, la libertad en desenfreno, el hombre en un enigma, y el vastísimo cuadro de las existencias en un caos mil veces mas impenetrable y profundo que el primero.

5. Esta primera verdad sirve al alma de un punto de partida, para comprenderse á sí misma, concebir de su naturaleza las mas nobles ideas, hallar la forma de su vida moral, conocer su destino y sorprender asimismo su último fin. "Hai un Dios, se dice á sí misma: no puedo dejar de haberle; porque sin él no me comprendo, ni comprendo nada de lo que existe; porque yo le necesito en mi razon, en mi memoria, en mi discurso, en mis instintos, en mis sentimientos, en mis aspiraciones, en mi presente, mi pasado y mi porvenir; no le veo, porque mis sentidos no pueden levantarse á su esencia; pero le siento en mí misma: no le oigo hablar, pero conozco su palabra, la creo sobre cuanto los sentidos pudieran enseñarme. En él está mi fuerza y el objeto exclusivo de mi amor: es la verdad infalible, y por lo mismo le rindo el vasallaje de mi razon: es la omnipotencia y la bondad, y por lo mismo descanso plenamente colocando en sus manos mi destino: es el bien infinito, y por tanto haré mi travesía por la tierra, y no me detendré

nunca sino hasta que descanse en él. Yo soi luz de su luz, ser de su Ser, concepcion de su inteligencia infinita, efecto de su poder, objeto de su amor. Vengo de Dios: él es mi principio. Si vengo de Dios, á él pertenezco: si es mi principio, es tambien mi fin."

II.

6. De esta suerte, amados hijos, con solo atender á lo que somos, basta para descubrir la economía de nuestro ser, la cual á su turno, mostrándonos bien cómo hemos sido hechos, nos conduce como por la mano al conocimiento del fin para que fuimos creados. Todo tiene un fin, porque todo presupone una razon y un designio. Entre cada uno en sí mismo, llame á la revision todos sus actos, y no encontrará uno solo sin razon y sin objeto. Esta razon que á todo preside, este objeto que siempre manifiesta el por qué de lo que hacemos, nos dan la idea de nuestra superioridad en la escala de los seres creados que habitan este globo sublunar: por esto el hombre domina al bruto y dispone soberanamente de la materia inerte que le está sometida; por esto, para servirme del bello pensamiento de un autor, "anima el mármol y hace respirar el bronce con un cincel en la mano, y bajo el pincel del artista se trasforma el tosco lienzo en una perspectiva encantada." No sería el hombre soberano de la creacion, como le llama el Génesis, si el pensamiento que concibe, no se concertara con la prevision en el gran sistema de las causas y de los efectos creados. La creacion, pues, este inmenso cuadro donde el hombre figura en el lugar mas excelente, siendo la obra de todo un Dios, presupone un designio concebido en su mente infinita, una voluntad representada en el sublime *fiat* que todo lo produce, y por consiguiente, un fin digno de su pensamiento y de su accion, un fin digno del mismo Dios. Busquemos este fin en la vastísima escala de lo creado. ¿Cuál es el fin de todas las criaturas que no están dotadas con el alto privilegio de la razon? El hombre. "Todo lo habéis puesto á sus piés, dice David, los rebaños de ovejas, los "ganados todos, el no domado bruto de los bosques, y los mansos animales de los cam- "pos, y las aves del cielo, y los peces de la mar." Si las otras criaturas han sido hechas para el hombre, el hombre habrá sido creado para Dios. La consecuencia no puede ser mas recta. Dios, pues, como causa primera de cuanto existe, tiene incontestablemente sobre el hombre un dominio esencial, supremo, absoluto, universal, eterno, irresistible: esencial, porque es el Ser necesario, y el hombre el ser contingente, y como no puede ni existir, ni aun siquiera concebirse el ser contingente sin el Ser necesario, el dominio de éste sobre aquel es un dominio esencial: dominio supremo, porque nada hai ántes de Dios, nada sobre Dios, nada sino por Dios: dominio absoluto, porque ni aun imaginarse puede límite ó restriccion alguna que mengüe ó circunscriba los derechos de Dios sobre sus criaturas. "¡Oh hombre, dice el Apóstol, en el cap. IX, v. 20 de la epístola que escribió á los romanos, ¿quién eres tú para reconvenir á Dios? Un vaso de barro "dice acaso al que le labró: ¿por qué me has hecho así?" dominio universal, pues no tiene por cierto el hombre, ni en los elementos constitutivos de su ser, ni en el espacio que ocupa, ni en el tiempo que mide su carrera, nada que no pertenezca y que no esté sujeto á Dios: dominio eterno, porque los derechos del Altísimo, esenciales como su ser, no

tienen principio ni término tampoco; y porque, habiendo hecho al alma inmortal, nunca dejará de tenerla sometida; dominio, en fin, irresistible: véamos con qué noble magestad hace palpar el dominio de Dios sobre el hombre bajo este respecto el Profeta-Rei:

¿De tu mirada penetrante á dónde
Escaparme pudiera yo, Dios mio?
¿Dónde esconderme de tu faz augusta?
Si á los cielos me encumbro, allí estás tú;
Si al abismo desciendo, allí te encuentro;
Si al rayar de la aurora, en el espacio
Con las alas del ave me perdiera,
O si, rompiendo, como pez, las ondas
Bájo al asiento de la mar profunda,
En todas partes por tu mano excelsa
Sorprenderíame siempre conducido,
En todas partes por tu mano excelsa
E irresistible me vería estrechado.
Las tinieblas tal vez, yo me decia,
Ocultarándme con su denso velo:
¡Vano esperar! la oscura, triste noche,
Cual espléndida luz, en mis placeres,
Que intentará cubrir, á tí me muestra.
No hai velos que detengan tu mirada:
Es para tí la noche como el dia:
De éste la luz, de aquella las tinieblas
Por igual resplandecen para tí.—Ps. CXXXVIII.

7. Tal es el dominio de Dios sobre nosotros, tan absoluta la dependencia en que nos hallamos de su voluntad. Resulta de aquí, como un consiguiente preciso, que el hombre es todo para Dios, y en consecuencia que Dios es el último fin para que fuimos creados; pero estudiemos con mayor detenimiento esta importantísima verdad.

8. Ora consultemos á la razon, ora preguntemos á las criaturas, ora reflexionemos en nuestra experiencia misma, ora finalmente prestemos un oido atento á los sublimes oráculos de la fe, todo nos manifiesta con signos evidentísimos que Dios es, no solamente nuestro principio como causa omnipotente de todas las cosas creadas, sino tambien nuestro último fin como centro único de todas las relaciones consiguientes á la creacion. Verdades son estas que se manifiestan por sí mismas; porque el mas sencillo uso de la razon basta para conocer: primero, que el hombre ha sido creado para un fin; segundo, que el conocimiento de este fin se identifica en cierto modo con el conocimiento de nuestra naturaleza; tercero, que el exámen de la naturaleza humana, donde vemos dos potencias, una para conocer, que se llama entendimiento, otra para amar, que se llama voluntad, nos manifiesta claramente que ha nacido el hombre para la felicidad, puesto que la adquisicion de la verdad objeto del entendimiento, y las aspiraciones al bien objeto de la voluntad, vienen á refundirse todas en el deseo de la felicidad; cuarto,

que esta felicidad no ha de tener mezcla de pena, porque la pena es contraria al goce; no ha de tener límites, porque el corazon humano es insaciable; no ha de tener término, porque el alma es inmortal: quinto, que una felicidad pura, exenta de todo mal, una felicidad suma que abrace todo el bien, una felicidad sin término que no se tema perder, no puede encontrarse por cierto ni en lo que la tierra contiene, ni lo que el tiempo mide, ni en lo que la muerte acaba; no se halla ni en el talento mas agigantado, ni en el saber mas profundo, ni en las riquezas mas cuantiosas, ni en el poder mas extenso, ni en los placeres mas delicados, ni en la celebridad mas prodigiosa, ni en la humana gloria mas ilustre. Débiles destellos de aquella luz que no tiene nacimiento ni ocaso, ruines figuras de aquella magnífica realidad que descansa en los cielos, remotísimos términos de analogía, que han menester, para servir de algo, de perder sus límites y cuanto tienen de imperfecto, todas estas cosas no merecen el nombre de felicidad. "Yo ví al "impío, exclama David, encumbrado mas allá que los soberbios cedros del Líbano; dí el "paso, y ya no existia." "El hombre, nacido de la mujer, decia Job, vive poco tiempo, "y está siempre henchido de miserias." Salomon, aquel soberbio monarca que acertó á poner al pié de su trono todos los poderes, todas las grandezas y todas las glorias, que buscó, encontró y apuró todos los placeres, que hizo al Oriente tributario de su sabiduría, y al mundo entero admirador de su prosperidad y de su gloria, quiere resumir en una palabra todas estas cosas, quiere abarcar en un solo término cuanto por mas ilustre, grandioso y deleitable codicia el hombre y encarece el mundo, y despues de haber paseado una mirada sobre todo, pronuncia esta palabra que es al mismo tiempo el nombre y el juicio de la felicidad de la tierra: "Vanidad de vanidades y todo vanidad."

9. De estos desengaños párte el hombre para buscar esta felicidad, que se le escapa, en otra parte que no sea él mismo, ni los otros hombres, ni la tierra: vuelve á su primer principio, vuelve á Dios que le creó á su imágen y semejanza, y en él encuentra todos los caractéres únicos de esta felicidad para la que ha sido hecho, en él encuentra la verdad suma y sin eclipse, la verdad que todo lo comprende y en la cual se ven el principio, el medio y fin de todas las cosas: allí descansa el entendimiento y se anima contemplando aquella relacion misteriosa que abraza lo presente, lo pasado y lo futuro, lo existente y lo posible, y que puede mirarse como el secreto de la verdad: allí la voluntad humana descubre lo único que puede fijarla para siempre, lo único que la hará pronunciar el hasta aquí de sus aspiraciones, el goce que nunca se interrumpe, la satisfaccion plena y tranquila de cuanto pudiera desear, la vida por excelencia, el bien que no tiene límites de compresion ni término alguno de duracion.

10. Así es, hijos mios, como la razon con sus discursos, la experiencia con sus lecciones, el corazon con sus sentimientos, conducen como de la mano al hombre á mirar en Dios su único y último fin. Entónces comprende cómo todo lo hizo Dios para sí mismo, segun dice el Sábio, cómo él es el principio y el fin como se nos anuncia por la boca de San Juan en el misterioso libro del Apocalísis; y de esta primitiva verdad moral mira desprenderse la misteriosa cadena de las leyes divinas, que viniendo de Dios para llegar al hombre, comienzan en la tierra y en el tiempo la union de dicha perdurable que ha de consumarse en el cielo y en la eternidad.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

OCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE EL MODO CON QUE DEBEMOS SERVIR A DIOS EN ESTA VIDA PARA VERLE Y GOZARLE EN LA OTRA COMO NUESTRO ULTIMO FIN.

Nunc autem manent fides, spes et charitas: tria hæc. Major autem horum est charitas.

Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad: pero de las tres, la caridad es la mas excelente de todas.

I. Cor. cap. XIII, v. 13.

CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

1 No basta saber que la primera obligacion del hombre consiste en buscar el último fin para que fué creado, ni tampoco adquirir el conocimiento de este fin sabiendo que es Dios, tanto en esta vida como el objeto de nuestra sumision y nuestro culto, cuanto en la otra como el centro de nuestros deseos y la esencia de nuestra felicidad. Es necesario descender á la parte práctica, indagando escrupulosamente de qué modo ha querido Su Magestad que le sirvamos, qué homenajes debemos tributarle y de qué manera debemos conducirnos. Por esto nuestro manual catecismo, sin abandonar un punto el órden mas natural de las ideas, despues de haber inculcado la fuerza de la primera obligacion, y enseñado que fué creado el hombre para amar y servir á Dios en esta vida y despues verle y gozarle en la otra, pregunta: "*¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?*" y responde: "*con obras de fe, esperanza y caridad,*" dando á conocer en seguida que el precepto de la fe nos manda que "*creamos en Dios como en infalible verdad,*" el de la esperanza, "*que esperemos en Dios como en poder infinito,*" y el de la caridad, "*que le amemos sobre todo como á bien sumo.*"

2. Es tan grande la importancia de esta doctrina, que sin ella seria muy incompleta, podria ser errónea en su parte práctica y aun monstruosa tal vez, la ciencia de nuestro

fin último. Todos los pueblos de la antigüedad han tenido alguna idea de Dios, han sentido en cierto modo su existencia, se han empeñado en estudiarle, le han erigido templos, le han tributado culto; y sin embargo de todo esto, ¡qué errores tan groseros! ¡qué prácticas tan absurdas! ¡qué cultos tan abominables! Cosa es para maravillarse, reconocer que los que anduvieron mas cuerdos en las escuelas de los antiguos filósofos fueron aquellos que unieron en una expresion compendiosa la enunciacion de la certidumbre con la reserva de la duda, dirigiendo sus tributos al Dios desconocido: *Ignoto Deo*. Esto es como si hubiesen dicho: "hai un Dios, en esto no cabe duda; esto se percibe, se siente, se demuestra: es preciso no tener el uso de la razon, es preciso no contar ni aun con una chispa de inteligencia, para negar que Dios existe. Pero quién sea este Dios, en qué consista su esencia: hé aquí el arcano, hé aquí las santas tinieblas del misterio. Hai un Dios; pero no sabemos quién es, un Dios existente y al mismo tiempo desconocido para nosotros: *Ignoto Deo*.

3. ¡Qué mucho, amados hijos, que desprovistos de las primeras ideas acerca de Dios aquellos pueblos entre quienes no habia brillado todavía la luz de la revelacion, y sumergidos en las mas espesas tinieblas acerca de las relaciones entre Dios y la naturaleza humana, y de la historia de esas relaciones en el curso de los siglos, no atinasen con la ciencia del culto y de la obediencia, no supiesen el modo con que Dios habia de ser servido como nuestro primer principio ni las condiciones para verle y gozarle como nuestro último fin? Pero ya, gracias á Dios, estas tinieblas se disiparon, y cuatro palabras de la doctrina católica nos dan la clave de toda la ciencia, como acabáis de verlo en las cuatro preguntas de nuestro catecismo sobre las obras con que se sirve á Dios principalmente. La simple enunciacion de estas ideas da toda la luz que se necesita; pero á mayor abundamiento, yo debo manifestaros aquí, y tal es el objeto de la instruccion presente, cómo se sirve á Dios principalmente con obras de fe, esperanza y caridad.

4. Habéis visto que Dios es nuestro primer principio, pues de él venimos por creacion, y tiene un derecho incontestable á nuestros homenajes, á nuestra obediencia y á nuestro servicio por el dominio correspondiente al hecho de habernos dado el ser, y que es tambien nuestro último fin, porque no nos hizo semejantes á sí, sino con el intento de hacernos para sí, dándonos á un mismo tiempo una naturaleza limitada en sus facultades como todo ser finito, y una alma inmensa en sus aspiraciones como un ser inmortal. No resta, pues, sino indagar los medios para llenar la condicion de servir á Dios en esta vida, puesto que solo así se le ha de ver y gozar en la otra. Conocimiento es este de la mas grande importancia, como desde luego se percibe, y por tanto desciende hasta aquí nuestro catecismo cristiano. Estudiemos bien su respuesta, que encierra un gran sentido, y con solo esto nos colocarémos en el camino real de la bienaventuranza.

5. Sírvese á Dios principalmente, dice, *con obras de fe, esperanza y caridad*. Hé aquí lo que hizo decir á San Pablo, que ahora, esto es, durante la presente vida, permanecen aquellas tres virtudes en el hombre: porque despues de la muerte no queda ya sino únicamente la caridad, pues consistiendo en el amor de Dios, no puede terminar con la vida, y por lo mismo es la mas excelente de todas: *Nunc autem manent fides, spes, charitas: tria hæc. Major autem horum est charitas*. Veamos, pues, cómo las obras de

estas tres virtudes se necesitan y bastan para servir á Dios como quiere ser servido, y adquirir los derechos de gracia que con esta condicion quiso concedernos para la vida eterna.

I.

6. He dicho en primer lugar, que se necesitan estas tres virtudes en ejercicio, porque sin fe no hai salvacion, sin esperanza no hai salvacion y sin caridad no hai salvacion.

7. *¿Qué nos enseña la fe? que creamos en Dios como en infalible verdad.* ¿Qué es la fe en nosotros? *Una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.* Si pues no creemos en Dios como en infalible verdad, y carecemos de esta luz infusa que someta nuestra razon ilimitadamente al dominio de su palabra, resulta: en primer lugar, que negamos con nuestras obras la veracidad infinita de Dios; en segundo lugar, que renunciamos á la verdad revelada y quedamos reducidos á los recursos limitadísimos de la razon; en tercer lugar, que no conocemos á Dios como quiere ser conocido. ¡Y podrá, hijos carísimos, servir á Dios en esta vida el que niega su veracidad infinita, ó el que confesándola, desmiente su palabra, pues esto quiere decir no creer lo que Dios revela? ¡No seria negar á Dios el negarle uno solo de sus atributos, y por consiguiente apartarse de Dios? ¡No seria levantar un impenetrable muro entre su entendimiento infinito y el nuestro limitado! Luego con solo atender á la primera de las consecuencias dichas, basta para convencerse de que no sirve á Dios en esta vida el que rehusa el homenaje de su asenso á su divina palabra.

8. ¿Y os parece poco el renunciar á las verdades reveladas? No lo creo así; porque la revelacion es la verdad en su ser infalible, en su gran plenitud, en su mayor universalidad. Si en el órden puramente natural tenemos un criterio seguro para adquirir la certidumbre de cierto género de verdades, esto mismo, hijos mios, es una gracia de Dios; porque si no nos hubiese dado las facultades y potencias que se requieren para discernir la verdad del error, adheriríamos á la una con firmeza y repeler el otro, no tendriamos por cierto ni la mas pequeña luz para salir de nuestras tinieblas, ni el mas remoto medio para conocer las verdades naturales. Con que si esto sucede tratándose de ese círculo que la razon domina, ¡qué se dirá cuando se trata de la verdad en su esencia, de aquellos supremos é inaccesibles arcanos depositados *ab æterno* en la mente de Dios y colocados tan léjos de nuestra pobre inteligencia, como lo está el cielo respecto de la tierra y la eternidad del tiempo? ¿Quién conoceria nunca la naturaleza de Dios, si Dios mismo no se hubiese dignado manifestarse á los hombres? Díganlo si no aquellos monstruosos inventos de la antigüedad pagana, que andando entre una luz y una oscuridad impenetrable, conociendo por una parte sin la menor duda que hai un Dios pero no sabiendo quién fuese, divinizó la naturaleza toda, se prosternaba delante de un cocodrilo, inmolaba sus víctimas á un buei, y erigió altares á las pasiones mas vergonzosas y á los vicios mas abominables. De esta suerte vemos á la razon vagar sin sendero y sin rumbo cuando no cuenta con la luz de la fe. ¿De qué podria servirnos pues, conocer

que Dios existe, si por otra parte ignorásemos su naturaleza y no tuviésemos la menor noticia de sus designios y voluntad acerca de nosotros? Luego, en segundo lugar, el solo hecho de renunciar á la luz de la fe que nos comunica estas verdades, importa nada ménos que una separacion absoluta de Dios y una imposibilidad de servirle.

9. La tercera consecuencia de la falta de fe consiste en no conocer á Dios como quiere ser conocido. Ahora bien: conocer á Dios como quiere ser conocido es, como luego se advierte, someter nuestro entendimiento limitado á su entendimiento infinito, unirnos á Su Magestad con la primera de nuestras potencias, rendirlo dóciles y sumisos el vasallaje de nuestra razon. ¿Qué se infiere de aquí, amados hijos? que por una razon contraria el negarnos á conocer á Dios como quiere *ser conocido*, importa oponer nuestro limitado entendimiento al suyo infinito, separarnos de Su Magestad con la primera de nuestras potencias, é insultar su soberanía con la rebelion de nuestro entendimiento. Luego la tercera consecuencia de la falta de fe importa un rompimiento con Dios por el lado de la inteligencia, una guerra impía del orgullo de la razon á la palabra infalible del Altísimo.

10. Si á estas reflexiones quisiésemos añadir los fuertes argumentos que nos ministran las sagradas Letras, yo pudiera citaros muchísimos lugares de ellas que lo comprueban; pero en obsequio de la brevedad, os hablaré de lo que ha decidido la Santa Iglesia católica por el órgano de sus concilios. "El Santo Concilio de Trento dice en tres palabras cuanto pudiera apetecerse para tener evidentemente reconocida y dejar incontrastablemente sentada la necesidad de la fe en su mas grande extension y latitud. *La fe es el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion:* [1] hé aquí en su traduccion literal el texto á que aludo. Se trata pues de nuestra justificacion; y con decir esto, se ha dicho todo: porque nuestra justificacion es nuestra plena felicidad, y nuestra felicidad es, no diré que el primero y principal, sino el único y total objeto de nuestra existencia. Ya consideremos pues al hombre en el órden de sus facultades naturales, ya en el órden superior en que le coloca la Iglesia, no hai para él una necesidad mas preciosa, mas urgente ni mas universal, que la de adquirir esa virtud que hace nacer, que apoya y consolida por último su justificacion. La fe pues, es absolutamente necesaria, como lo es para todas las cosas el gran principio de su ser, el elemento de su conservacion y el requisito de su perpetuidad. Pero oigamos á este propósito á uno de los primeros sabios de estos últimos tiempos, á cuyo talento analítico debemos el siguiente desarrollo que ha hecho del texto citado.

11. "La fe es el principio de nuestra justificacion. Ella es la que con su antorcha en la mano conduce al hombre por los caminos de la perfeccion, le hace recorrer la serie gloriosa de todas las virtudes cristianas, abriéndole la puerta del sagrado recinto donde residen. Allí le introduce, se las hace conocer, y derramando sobre ellas todo su esplendor, las hace brillar igualmente á la vista del hombre con la luz que les es propia y con la claridad que ella les comunica.

12. "La fe es el fundamento de nuestra justificacion: porque sobre ella está estable-

1 Sess. 6ª doctr. de justif. cap. VII.

cida y en ella reposa y se afirma el edificio de nuestra salud. Sacudid esta base fundamental, y veréis desmoronarse inmediatamente y caer deshecho en ruinas el edificio todo: pero que su base permanezca sólida, el edificio entónces con facilidad será conservado, ó si experimenta alguna degradacion, será reparado con toda prontitud.

13. "La fe es la raiz de nuestra justificacion, de este árbol de vida que debemos cultivar con un esmero continuo: raiz profunda que comunica á todas sus ramas y hace circular por todas ellas el jugo vivificador: raiz firme que sosteniéndole con seguridad y fijándole con fuerza, le hace desafiar las borrascas y las tempestades: raiz fecunda que le enriquece con saludables y abundantes frutos, y que á causa de esto la llama el Sabio [1] *raiz de nuestra inmortalidad*. [2] Pasemos á la esperanza.

14. Esta consiste, como lo enseña nuestro catecismo, en *esperar la bienaventuranza y los medios de ella*. Esta confianza que nos anima, y sostiene los pasos del cristiano en la vida presente, tiene su fundamento en la fe. ¿Por qué? Porque el *creer en Dios como en infalible verdad* nos da una seguridad plena de que puede y quiere cumplir las promesas que nos hace. La revelacion divina contiene, hijos carísimos, no solamente verdades que debemos creer, sino tambien promesas de gracia y gloria que debemos esperar. Si pues el conocimiento de un Dios nos basta para dar á la verdad que nos enseña, mas crédito que á lo que vemos y tocamos; la confianza en su bondad infinita funda competentemente la seguridad que nos inspira con sus promesas, de que socorrerá nuestra naturaleza con su gracia para cumplir su divina ley, y recompensará con el otorgamiento de la gloria nuestra fidelidad en observarla. Aplicad ahora estas nociones de incontestable verdad y profunda solidez á nuestro asunto, y quedaréis plenamente persuadidos de que no sirve á Dios el que no espera en Dios. Si Dios nos ha hecho promesas de que nosotros tenemos conocimiento, ¿cómo podria excusarse nuestra desconfianza, ni cómo desconfiando de Dios podriamos obtener lo que promete solo al que confia, y cómo careciendo de esta promesa, que es la gracia, podriamos cumplir la ley divina, poseer la virtud y conquistar el cielo? "¡Ay de vosotros, decia el Señor por la "boca de Isaías, hijos rebeldes y desertores que formáis designios sin contar conmigo: "y urdís una tela, y no segun mi deseo, para añadir pecados á pecados!" (Cap. XXX v. 1º) Si el hombre, amados hijos, no ha de poner su confianza en Dios, ¿en dónde la pondrá? ¿En otro hombre? "Maldito sea el hombre que confia en otro hombre, y no en "Dios, dice el Señor por la boca de Jeremías, (cap. XVII vv. 5 y 6) y se apoya en un "brazo de carne miserable, y aparta del Señor su corazon. Porque será semejante á los "tomariscos ó retamá del árido desierto; y no se aprovechará del bien cuando venga, "sino que permanecerá en la sequedad del desierto, en un terreno salobre é inhabitable.

15. "Estos lugares de la Santa Escritura muestran con toda claridad los designios de Dios con respecto á los hombres, y al mismo tiempo el gran zelo que tiene de que se le reconozca é invoque, como el centro único de la esperanza. ¿Qué diremos de aquellos que colocan su esperanza en sí mismos? *Obra con impiedad*, dice el Sabio, *quien*

1 Sap. cap. XV. v. 3.
2 LA LUZERNE. Considérations sur divers points de la morale crétienne. SUR LA FOI. Núm. 1.

pone su confianza en sus propios pensamientos: [1] *llegará el dia en que su espíritu salga y él vuelva á la tierra, y entónces perecerán todos sus pensamientos.* [2]

16. Seria necesario escribir un libro, si quisiéramos recopilar cuanto Dios nos ha revelado sobre esta importante virtud: baste decir, que la esperanza es el espíritu que anima, explica y desenvuelve todos los acontecimientos del antiguo pueblo, y la que presidió á la mision augusta que Jesucristo consumó en la tierra: es el principio de todos los grandes y nobles sentimientos que nos hacen superiores á nosotros mismos, es el vínculo que ata la fe con la caridad. La fe, disipando todas las tinieblas de las pasiones y de la razon, nos muestra al mismo tiempo nuestro destino y los medios de alcanzarle; y la caridad nos hace amar con ternura y sobre todas las cosas ese bien supremo, que la esperanza nos dice está destinado para nosotros.

17. Es la caridad el amor de Dios sobre todas las cosas: este amor es la consagracion de todo nuestro ser al cumplimiento de su ley, y esta ley no está circunscrita á nuestros deberes religiosos, sino que se extiende á nuestros deberes individuales y sociales: porque quien á estos deberes falta, no sirve á Dios, quebranta su ley y muere para la caridad. Ahora bien, amados hijos, pues que trato de probaros que sin caridad no se sirve á Dios, os recordaré lo que dice á este propósito nuestro manual catecismo, y tened presente que la santidad en el alma es el estado de su perfecta union con Dios. *¿Quién es ante Dios el mayor y mas santo?* pregunta, y responde: *el que tiene mayor caridad sea quien fuere.* Luego el que tiene menor caridad es menor y ménos estimable para Dios, y el que no tiene ninguna es un ser maldito, abominable, condenado á la muerte eterna. La consecuencia no puede ser mas exacta. Una alma sin caridad es una alma en pecado, una alma sin Dios, una alma sin gracia, y en consecuencia sin poder ninguno para el bien; una alma sin paz y sin gloria, presa de los torcedores crueles y objeto destinado á las llamas. ¿Por qué así, amados hijos? porque el pecado en el alma *la quita la caridad y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y la condena al infierno.* ¿Queréis saber lo que es la caridad en sus relaciones con nuestro último fin, y cómo sin ella no somos nada, no merecemos nada, no hemos de gozar de nada? Escuchad al apóstol San Pablo: "Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres, dice á los "Corintios en los tres primeros versículos del cap. XIII de su Epístola primera, y el "lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que "suena ó campana que retiñe. Y cuando tuviese el don de profecía, y penetrase todos "los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fe *posible*, de manera que trasladase los montes de una parte á otra, no teniendo caridad, soi nada. "Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregase mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada."

18. No pasaré de aquí, amados hijos, tratando de probaros que sin fe, esperanza y caridad no se sirve á Dios en esta vida, y por consiguiente no se le ha de gozar en la otra. Estas tres virtudes, pues, son, en primer lugar necesarias. Réstame probaros que son suficientes.

1 Prov. cap. XII, v. 2.
2 Ps. CXLV, v. 4.

II.

19. Ora consideremos estas virtudes en sus relaciones con la perfeccion moral del hombre, ó bien como los vínculos que le unen con su Dios, encontrarémos en su conjunto una verdadera plenitud. ¿Cuáles son las facultades del alma? Dos: el entendimiento y la voluntad; y por cuanto en esta se halla la simple facultad de amar ó aborrecer, y la libertad, podrémos considerarlas todas como tres, para discurrir sobre el punto que nos ocupa con mayor método, conviene á saber: el entendimiento, la voluntad y la libertad. ¿Cuál es el fin del entendimiento? conocer la verdad. ¿Cuál es el objeto de la fe? la verdad. Pues bien: el entendimiento sin la fe podrá contar cuando mucho con la verdad natural, y como fuera de esta queda otra, claro es que sin la fe no toca el entendimiento á su plenitud: el entendimiento con la fe posee la verdad natural y la verdad revelada; y como fuera de estas no queda otra verdad, resulta que el entendimiento con la fe toca exactamente á su plenitud.

20. ¿Cuál es el objeto de la voluntad? el bien. Verdadero ó aparente, siempre el bien es de hecho el objeto de la voluntad. Sus tendencias al objeto se manifiestan, como ya he dicho, por el amor ó el aborrecimiento; pero siempre que ama, tiene como un bien el objeto amado aun cuando no lo sea; viceversa, cuando aborrece, le tiene como un mal aun cuando no lo sea. Determínase por el instinto, la necesidad ó la razon; pero como hai necesidades facticias, creadas tal vez por hábitos viciosos, como hai preocupaciones, tinieblas y otros obstáculos para el buen uso de la razon, claro es que no siempre lo que ama es un bien, ó lo que aborrece es un mal. Pero sea de esto lo que fuere, hai un concepto en que no cabe duda ninguna: si la voluntad nada ama sino bajo la razon de bien, ni aborrece ó repele nada sino solo bajo la razon de mal, clarísimo es que en la adquisicion del bien está la perfeccion de la voluntad. Observemos ahora que para poseer el bien se necesitan dos cosas; una que proporciona el entendimiento cuando enseña dónde está y en qué consiste; y otra de que la voluntad ha menester precisamente, y es un medio eficaz para conseguir el bien que se conoce y desea. Esto segundo es tan indispensable, que si no lo hubiese nos desesperaríamos. ¿A qué conduciria el conocer el bien y saber dónde estaba, si viéndole y deseándole con vehemencia no pudiésemos alcanzarle? La luz del entendimiento en este caso seria una funesta luz, que no brillaria sobre nuestra alma sino para hacer mas intenso el tormento de la necesidad. Es pues necesario contar con medios eficaces y seguros para llegar á la posesion de este bien positivo y sólido que nos muestra y señala el entendimiento ilustrado por la fe. ¡Y basta, hermanos carísimos, la voluntad para conseguirle? No, porque si en Dios querer es poder, pues en esto consiste su omnipotencia, siendo cierto, como nos le inculca nuestro catecismo, que Dios es todopoderoso porque *con solo querer hace cuanto quiere;* no sucede lo mismo con la voluntad humana, la cual solo es querer. Luego para que la voluntad consiga el bien que conoce y quiere, necesita quien se le dé, quien le proporcione los medios de alcanzarle, quien auxilie sus fuerzas en la noble y difícil tarea de poseer la virtud y conquistar la gloria. ¿Y quién es el único que puede dar el bien y los

medios para alcanzarle? ¿de quién depende la adquisicion de la virtud y la conquista del cielo? De Dios, porque solo en El querer es poder. Ahora bien: ¿qué nos enseña la esperanza? *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* ¿Qué es lo que debemos esperar? Que se cumplan en nosotros sus promesas. ¿Qué es lo que nos ha prometido? La bienaventuranza y los medios de ella, y por esto dice nuestro catecismo que esperar la bienaventuranza y los medios de ella, es lo que constituye la virtud de la esperanza. ¿Cuáles son los medios para adquirir esta bienaventuranza? Los que conducen eficazmente al hombre á satisfacer y merecer con su conducta; y como el hombre no puede con solos los recursos de la naturaleza ni satisfacer á la justicia divina por sus pecados, ni ameritar sus obras para el cielo, necesita contar con un ser divino que le introduzca en esta noble carrera que abrió Jesucristo Señor nuestro para restablecernos en la dignidad de hijos de Dios y reponernos en la posesion de los títulos para adquirir la bienaventuranza. ¿Cuál es este Ser divino? La gracia: porque gracia es, como lo enseña nuestro catecismo, *un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria.* Observad ahora, para formaros una idea completa de la accion de la gracia sobre la voluntad, cuáles son sus efectos. *¿Qué bienes,* pues, *nos vienen con esta gracia? El poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias.* Síguese de aquí rectamente que sin la gracia no hai bien en esta vida ni bien en la otra; y como el objeto de la voluntad es el bien, es claro que miéntras aquella no cuente con la gracia, es impotente para su objeto. Luego una voluntad sostenida por la esperanza tiene toda la perfeccion, pues cuenta con el poder para conseguir el bien que el entendimiento ilustrado por la fé le propone; luego la esperanza es la plenitud y perfeccion de la voluntad.

21. Pero, si no basta conocer para querer, ni querer para poder, como he tenido cuidado de advertirlo, tampoco basta, hijos carísimos, poder para querer, y en este punto el hombre muestra mui al vivo su semejanza con Dios. Dios lo puede todo, pero no lo quiere todo: así es que lo que puede, existirá ó no, segun que quiera ó no, porque es infinitamente libre. El hombre no lo puede todo, porque es limitado, sino solo algo; pero este algo que puede, no precisamente lo quiere, y por esto él tampoco quiere todo lo que puede: un rico puede dar todo ó parte de sus riquezas; mas no porque lo puede, lo quiere. Luego no nos basta conocer el bien y poderle hacer, sino que es necesario que le queramos practicar: luego para la perfeccion del hombre no basta la plenitud de un entendimiento que conoce la verdad y la de una voluntad que conoce el bien y puede alcanzarle: es necesario, por ser libre, que pudiendo quiera, es decir, que se determine á practicar el bien que conoce con la fe, y puede alcanzar con la gracia. Véamos, pues, cómo en la caridad está la plenitud absoluta de la libertad humana.

22. ¿Qué cosa es caridad? Una divina virtud que nos hace *amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.* Es virtud, porque se sostiene á fuerza de vencimientos, constituye un hábito intrínsecamente bueno y se practica con mérito: es divina, por que tiene á Dios por causa, por medio y por fin; por que solo él puede infundirla, solo su gracia puede sostenerla, y solo su union con la creatura puede consumarla. Por ella amamos á Dios y le amamos sobre todo. Lo primero la distingue de las otras virtudes, lo segundo la distingue de las otras especies de caridad. Se

ha dicho tambien que amamos por ella al prójimo como á nosotros mismos, para que se entienda, que ni el amor de nosotros mismos ni el que tenemos á los otros reconocen otro principio ni otra causa eficiente que el amor de Dios. ¡Admirable sabiduría! Todo se encuentra aquí en su número exacto, en sus relaciones esenciales y en su unidad perfecta. Nuestros semejantes no pueden aspirar á mas que nosotros mismos; nosotros mismos no podemos rehusarles los títulos que tenemos á la felicidad; pero ellos y nosotros, seres contingentes, limitados, imperfectos, sujetos á las leyes de la creacion, subalternos en la escala de los seres, debemos inclinarnos, en cuanto somos y podemos, bajo la superioridad y perfeccion infinita de aquel, á quien exclusivamente tocan y pertenecen el ser, la gloria, la magestad, la independencia, la felicidad. Ahora bien, amarnos á nosotros mismos en el órden de la gracia; amar como á nosotros al resto de los hombres; amar á Dios sobre nosotros mismos, sobre todos los hombres, sobre todo lo creado, sobre todo lo posible: he aquí la lei universal, la caridad en su esencia, la legislacion en su fuente, la felicidad en su principio, en su medio y en su fin.

23. Estas breves reflexiones manifiestan que la caridad no es un sentimiento natural del corazon, sino una virtud infusa, y sus obras están representadas en la plena conformidad de nuestra conducta con la lei divina. Esto solo bastaria para que conocieseis lo que os anuncié al principio, y es, que la caridad es la perfeccion de nuestra libertad moral. Pero demos algunos pasos todavía. Os he dicho en primer lugar, que la voluntad tiende espontáneamente al bien; en segundo, que nada abraza sino bajo la razon de bien, nada repele sino bajo la razon de mal; en tercero, que por lo mismo ni el bien que practica es siempre un bien verdadero sino solo aparente, ni el mal que detesta es siempre un mal verdadero, sino solo aparente; en cuarto lugar, que para practicar el verdadero bien, necesita conocerle, poderlo y quererlo. Conoce el bien y el mal por la lei; le quiere y puede por la gracia; mas como la gracia no destruye la libertad, es necesaria una regla para que la libertad se decida por el verdadero bien. Y como la regla del bien es la lei divina, la perfeccion de la libertad está cifrada en el cumplimiento de esta lei. Recordad ahora que el cumplimiento de la lei es la residencia y dominio de la caridad en el hombre, porque *¿quién tiene mayor caridad? El que mejor guarda los mandamientos.*

24. Os he demostrado en esta octava instruccion dos cosas: primera, que las obras de fe, esperanza y caridad son necesarias; segundo, que son suficientes *para amar y servir á Dios en esta vida* como quiere y debe ser amado y servido. Réstame solo haceros un oportuno reparo, para impedir cualquiera oscuridad que pudiera disminuir los efectos de esta doctrina.

25. El Padre Ripalda, en la pregunta que ha servido de asunto á esta instruccion, usa de una palabra que acaso podria dar motivo para creer que si la fe, esperanza y caridad son necesarias, no por esto son suficientes. ¿Cuál es esta palabra? El adverbio *principalmente: ¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?* pregunta, y responde: *con obras de fe, esperanza y caridad.* Luego estas tres virtudes, podria replicar alguno, son lo principal pero no el todo, y como para Dios no hai estas divisiones, y para gozarle todo es necesario servirle en todo y con todo, podria creerse que quien posee las

tres virtudes dichas no sirve á Dios en todo, por todo y con todo, sino solo en lo principal; y como en la gloria no puede separarse una parte principal, habria el inconveniente que desde luego se palpa. ¿Cómo explicar pues la palabra de nuestro catecismo! ¿Arguyendo acaso de error al maestro sapientísimo que le compuso? ¡Dios me libre! Seria esto, no lo dudéis, una injusticia. ¿Sosteniendo por ventura que la fe, la esperanza y caridad no son suficientes para servir á Dios y ganar la vida eterna! ¡Léjos de nosotros un error tan grosero y tan hupío! No: la explicacion es otra, vedla aquí. La fe, la esperanza y la caridad pueden considerarse bajo dos aspectos; uno general en toda su extension y comprension, y otro especial en sus determinados objetos. Vistas las cosas en general, puede y debe decirse que las tres virtudes son el todo, y aun una sola de ellas en toda su fuerza y con toda su vida moral, es el todo: la fe, por ejemplo, cuando está representada en nuestro entendimiento, que cree la doctrina de Jesucristo, en nuestra voluntad que quiere y puede practicarla, y en nuestra libertad que de hecho la practica, ella es el todo, y en este sentido decia el Apóstol que "el justo vive de la fe;" pero estrictamente tomada consiste solo en creer; y como puede uno creer sin esperar y sin amar, puede haber fe sin esperanza y caridad. La esperanza es perfecta y formada cuando no solo se espera, sino se obra conforme á la ley para esperar con título; en este caso la esperanza representa las tres virtudes: pero como puede esperarse sin amar y sin cumplir la ley, puede haber esperanza sin caridad, aunque nunca sin fe, pues en ningun caso puede esperar el que no cree. La caridad es el amor á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, y se manifiesta en la fidelidad del hombre para cumplir la ley de Dios: y como mal podria decirse que ama á Dios el que no cree en su palabra ni espera sus promesas, como ya os lo manifesté en el número 17, claro es que la caridad en esta vida supone de tal suerte la fe y la esperanza, que sin ellas no puede existir; luego la caridad en esta vida representa las tres virtudes. Digo en esta vida, porque en la otra la caridad no necesita y de hecho no trae consigo la fe ni la esperanza. ¿Por qué? Por que la fe y la esperanza son virtudes de la tierra y no del cielo. Fe es creer lo que no se ve, y en el cielo se ve todo, pues que se ve á Dios en sí mismo, que es el objeto de la fe: esperanza es aguardar lo que no viene todavía, pero se cree que vendrá, y en el cielo ya nada se espera, porque todo se goza. La caridad es amar á Dios sobre todo; y como el amor divino cuando no puede perderse vive tanto como el objeto amado, y Dios á quien se ama es eterno, la caridad en el cielo vive por toda la eternidad sin los velos de la fe, sin la espectativa y los temores de la esperanza. Ved pues, cómo en esta vida la sola caridad supone todas las virtudes, porque todas se animan de ella, y con ella se prueban y en ella se contienen. El apóstol San Pablo explicó perfectamente este mismo concepto á los fieles del Corinto en el capítulo décimo tercio de la primera epístola que les dirigió. "La caridad nunca fenece, dice: "en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la "ciencia. Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto.... Mas, llegado que sea "lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto .... Al presente no vemos *á Dios* sino como en "un espejo y bajo imágenes oscuras: pero entónces le verémos cara á cara. Yo no le "conozco ahora sino imperfectamente: mas entónces le conoceré *con una vision mas cla-*

"*ra*, á la manera que yo soi conocido. Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la "esperanza y la caridad: pero entre ellas la caridad es la mas excelente de todas." Ved pues aquí, amados hijos cómo en esta vida mortal deben permanecer, es decir practicarse todas estas tres virtudes, á pesar de ser la caridad mas excelente: ved cómo la excelencia de la caridad consiste en que ella en esta vida supone precisamente las otras dos virtudes, y que en la otra las sobrevive, por ser eterna miéntras que las otras dos solo pertenecen al tiempo. Mas no porque la caridad suponga las otras dos virtudes durante la vida, se dice que la caridad es fe, ni porque la fe viva se extiende á las otras dos se dice que sea esperanza ó caridad. Luego cuando nuestro manual catecismo usa de la palabra *principalmente*, refiriéndose á la fe, esperanza y caridad, toma estas virtudes estrictamente y no en la totalidad de su extension, y esto lo hizo discretísima y muí acordadamente, porque dirigiéndose no á los teólogos, sino á los niños é ignorantes, debia prevenir cualquiera dificultad como lo habria sido el hablar de un modo absoluto. En efecto, si no hubiese usado de la palabra *principalmente*, la gente ruda hubiera creido, ó que las virtudes morales no tienden al servicio de Dios, ó que tendiendo á este santo servicio, no por esto habia el deber de practicarlas. Yo espero he generalizado la idea: he tomado las virtudes con todo lo que suponen y en toda su extension; y hablando en tal sentido, no solo he podido sino que he debido decir: en primer lugar, que las obras de fe esperanza y caridad son necesarias; y en segundo, que son suficientes.

26. Explicado pues, lo que me proponia enseñaros, amados hijos, y puesta de manifiesto la conformidad y armonía que tiene mi explicacion con la pregunta del catecismo, solo me resta exhortaros vivamente, como lo hago lleno de solicitud por vuestra eterna felicidad, á que nunca perdáis de vista la necesidad estrecha que tenemos todos de obrar consecuentes con nuestra vocacion de cristianos, no solo creyendo lo que Dios dice, ni solo esperando lo que promete, sino amándole sobre todas las cosas y amando á nuestro prójimo como á nosotros mismos: en suma, sirviendo á Dios con obras de fe, esperanza y caridad, único medio de servirle como se debe, para conservarnos unidos con Su Magestad Santísima durante la carrera veloz de nuestra vida, y tener la incomparable dicha de verle cara á cara, verle como es en sí mismo, amarle sin cesar, poseerle y gozarle por los siglos de los siglos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

NOVENA INSTRUCCION.

SOBRE LA NECESIDAD DE SABER
Y ENTENDER LA DOCTRINA CRISTIANA, PARA PRACTICAR LAS OBRAS DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD CON QUE DEBEMOS SERVIR A DIOS EN ESTA VIDA.

Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.

La fe entra por el oido; mas el oido la recibe con la palabra de Cristo.—*Rom. cap.* X, v. 17.

1 En mi penúltima instruccion, amados hijos, hablé de la dependencia esencial, absoluta y eterna en que estamos de Dios como criaturas suyas, por el dominio esencial, absoluto y eterno que tiene sobre nosotros, siendo como es nuestro Creador. De aquí se deduce naturalmente la obligacion que todos tenemos de estar constantes y siempre fieles en su servicio durante nuestra vida mortal: y como tal es la condicion que nos ha puesto para que la gozemos despues en la eterna, resulta que servirle en esta es, no solo el cumplimiento de un deber, sino una condicion esencial para salvarnos.

2. Siendo pues, absolutamente necesario para conseguir nuestro último fin servir á Dios en esta vida, nada es tan importante como saber cuáles son las obras con que se sirve á Dios principalmente. Movido por esta necesidad, os expliqué en seguida y tal fué la materia de mi precedente instruccion, cómo el modo de servir á Dios en esta vida es tener y conservar las tres virtudes divinas, ó como dice nuestro manual catecismo, practicar obras de fe, esperanza y caridad. Al efecto procedí á manifestaros, en primer lugar, cómo estas tres virtudes son de todo punto necesarias, y en segundo, cómo son suficientes para servir á Dios durante la presente vida conforme á su voluntad soberana, y para gozarle despues en la otra por toda la eternidad.

3. Pero de nada en verdad nos serviria el adquirir este conocimiento, si no poseiamos otro, que es la plenitud de la ciencia en materia tan importante. ¿Cuál es este otro conocimiento? el que nos enseña con suficiencia y claridad á practicar bien y exactamente las obras de aquellas tres virtudes. Por esto nuestro manual catecismo, siguiendo el órden natural y exacto de la ideas, despues de manifestar que á Dios se sirve con obras de fe, esperanza y caridad, porque solo así creemos en él como en infalible verdad, y esperamos en él como en poder infinito, y le amamos como á bien sumo; procede á buscar la doctrina de estos tres homenajes, y en efecto la propone toda en tres de sus respuestas. Preguntando: *¿Cómo sabrémos bien creer?* Responde: *entendiendo bien el Credo y los artículos de la fe.* Preguntando: *¿Cómo sabrémos esperar y pedir?* contesta: *entendiendo bien el Padre nuestro.* Preguntando: *¿Cómo sabrémos obrar?* responde: *entendiendo bien los mandamientos que hemos de guardar y los Santos Sacramentos que hemos de recibir.* Ahora bien: como el credo, los mandamientos, los sacramentos y la oracion componen la doctrina cristiana, el sabio catequista infiere muí rectamente de sus tres preguntas y respuestas la obligacion estrechísima, imprescindible que tenemos todos de saber y entender esta doctrina: por lo cual termina su declaracion con el concepto siguiente: *¿Luego obligados estamos á saber y entender todo esto? Si estamos, porque no lo podemos cumplir sin entenderlo.*

4. Ninguna consecuencia, hijos mios, mas rectamente inferida puede apetecer la razon humana para poseer una plena certidumbre. El procedimiento metódico de nuestro catecismo nos proporciona por lo mismo el conocimiento claro y distinto de esta verdad, y la toma justamente como un principio cardinal, especulativo y práctico de toda la ciencia cristiana.

5. El apóstol San Pablo inculca la misma verdad en todo el capítulo X de la Epístola que dirigió á los Romanos. Comienza estableciendo la necesidad de la fe de Jesucristo para practicar la justicia de Dios, que consiste en servirle segun su ley, pues el fin de la ley es Cristo. "Es necesario, dice en el versículo 10, creer de corazon para justificarse, y confesar la fe con las palabras ó obras para salvarse. Por esto dice la Escritura: "cuantos creen en él, no serán confundidos." Advierte que en este punto "no hai distincion de judío ni gentil: por cuanto uno mismo es el Señor de todos, rico para todos aquellos que le invocan. Porque todo aquel que invocare el Nombre del Señor será salvo. (*VV* 12 y 13).

6. Esta es la doctrina concerniente á la necesidad en que estamos de servir á Dios en esta vida con obras de fe, esperanza y caridad, que todo ello contiene y encierra la invocacion bien caracterizada del Nombre de Dios. Esta invocacion es un acto de fe, porque importa el reconocimiento de un Dios como Creador y Árbitro Supremo de todas las cosas; es un acto de esperanza, porque se dirige á solicitar para nosotros todo su favor y su gracia; es un acto de amor, porque supone que se le busca como el sumo bien. Pero no basta esto, así como no basta ni saber que debemos servir á Dios en esta vida, ni conocer en general que se le sirve con obras de fe, esperanza y caridad: es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesario saber creer, esperar y amar; y como todo esto se enseña en la doctrina de la revelacion, resulta de todo que hai una necesidad de parte de Dios, de darse á conocer por medio de la predicacion, y de parte del hombre de oir, aprender y entender la doctrina que se predica. Por esto el Santo Apóstol, notando que no podrán invocar á Dios si no creen en él, ni creer en él si no han oido hablar nada de él, ni oir hablar de él si no se les predica, ni haber predicacion si no hai predicadores enviados y autorizados expresamente por Dios para predicar su doctrina, deduce como consecuencia forzosa de todo lo dicho, que la fe viene del oir, y el oir depende de la predicacion de la palabra de Jesucristo. *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.*

7. Ved pues la conformidad absoluta que hai entre las dos consecuencias, la de nuestro catecismo y la de San Pablo. El Apóstol dice que sin predicacion hecha, oida y entendida no hai medio para practicar la fe, la esperanza y la caridad; y nuestro catecismo dice, que sin saber y entender la doctrina de esta predicacion, no puede cumplirse con la lei de amar y servir á Dios en esta vida como su Magestad quiere que se le ame y se le sirva.

8. Estas indicaciones aunque mui breves dan, hijos mios, tanta luz al entendimiento para persuadirse de la necesidad y obligacion que, para practicar las obras de fe, esperanza y caridad, tenemos todos de saber y entender la doctrina cristiana, que podria yo, en cierto modo prescindir de haceros al propósito una explicacion mas detenida: sin embargo, como este punto es tan cardinal, y como por otra parte se nota desgraciadamente tal indiferencia respecto de él, tal desidia para conocer á fondo esta doctrina celestial, creo mui del caso extenderme un poco mas acerca de este punto, á fin de mostraros cómo sin el conocimiento é inteligencia de ella nunca podrémos practicar ninguna de las obras correspondientes á las tres virtudes que abraza. Tal es el objeto de esta instruccion, en la cual trataré separadamente de cada una de las tres cosas.

I.

9. *¿Cómo sabrémos bien creer? entendiendo bien el credo y los artículos de la fe.* Luego si no entendemos esto, no sabrémos creer absolutamente nada, ó si creemos algo, será mal; y como nuestras obras, para ser aceptas á Dios, no han de resentirse del mal por ninguno de sus aspectos, es claro que sin la doctrina de la fe, no haremos en su línea lo que es necesario para salvarnos.

10. Pero qué, ¿la razon natural es incapaz de darnos los conocimientos que se nos inculcan en el credo y los artículos de la fe? Sí, amados hijos, es incapaz, es mucho, y tánto, que si reuniésemos en un punto las luces de todos los entendimientos mas esclarecidos del mundo y las doctrinas de todos los filósofos mas célebres, todo ello, respecto de la verdad plenísima de nuestro símbolo católico, no es nada ciertamente: sería como una simple arenilla respecto de todas las que llenan todas las playas y riberas, como una pequeña gota respecto de todo el oceano, como la luz de una bujía la mas tenue respecto de toda la claridad del sol. Cierto es que la verdad en el órden puramente natural puede ser y es de facto una conquista de la razon humana, pues conocemos

muchas verdades de este órden y tenemos acerca de ellas plena certidumbre; pero lo es asimismo que estas verdades nada son para satisfacer á la necesidad, en cierto modo infinita, de la fe.

11. Es notorio igualmente, que los sabios y filósofos del gentilismo llegaron, por las privilegiadas dotes de su genio y el maravilloso esfuerzo de sus investigaciones, á columbrar, digámoslo así, algunos puntos luminosos de la verdad inaccesible; pues con solo examinar con atencion los objetos creados, pudieron elevarse á cierta clase de conocimientos, tuvieron certidumbre plena de la existencia de un Dios, de su perfeccion infinita, y del hecho de ser la primera causa y el Creador de todo; y aun en fuerza de su contemplacion encumbraron su mente á un órden de ideas en todo sentido maravilloso; pues afirmaron que Dios es un espíritu, que no admite mezcla ni composicion alguna, reconocieron en su esencia la perfecta virtud, el bien sumo y la inagotable fuente de cuanto hai en la tierra de mas grande, perfecto y delicioso. Pero en primer lugar, hijos mios, estos conocimientos eran mui raros, y en segundo lugar mui incompletos.

12. Eran mui raros, porque pertenecian á ciertos filósofos, los mas eminentes que conoció toda la antigüedad. Si quisiésemos contar el número de los que mas adelantaron entre ellos en este linaje de nociones, tal vez no llegaríamos á treinta. Reflexionad ahora cuántos millones de seres racionales contaria toda la antigüedad en las vastas regiones que ocupaba y durante el período larguísimo de dos mill doscientos cuarenta y tantos años que trascurrieron desde la torre de Babel, en que se dispersaron los pobladores del mundo, hasta la predicacion del Evangelio. Pues bien, todos tenian alma, todos tenian entendimiento, todos podian conocer la verdad natural, todos tenian alguna idea de Dios; en todas partes habia templos, altares y sacrificios; y sin embargo, ninguno alcanzó lo que aquellos filósofos alcanzaron: al contrario, los errores mas crasos, los absurdos mas inconcebibles, las prácticas mas abominables componian el triste cuadro de las convicciones y las creencias de todos aquellos pueblos. ¿De qué podia servir á la Grecia contar entre sus ilustraciones literarias á sus siete sábios, si ellos ni podian extender al pueblo sus conocimientos, ni representaban la parte intelectual de su patria? Ved pues cómo lo que ellos hayan podido entender acerca de las verdades fundamentales, nada era si atendemos al estado de aquellos pueblos.

13. Pero dado caso que los trabajos y brillantes conquistas hechas por los sabios y filósofos del paganismo en el espacioso campo de la investigacion hubiesen podido servir de algo para mejorar el estado intelectual de las masas, ¿qué recurso podria ser este, cuando los conocimientos adquiridos por ellos eran en sí mui reducidos, estaban incompletos y andaban siempre mezclados con errores?

14. "Tan opuestos en sus sistemas como exclusivos en sus pretensiones, no pudieron jamas hallarse de acuerdo; y en vez de un dominio universal á que cada uno aspiraba, solo vemos reinar allí la anarquía del pensamiento, peor mil veces que la anarquía de las armas. Es mui triste ver ese afan perdurable venir á concluir por último en errores y absurdos, y nada consolador el recuerdo de un filósofo cuyo genio se admira y con justicia por solo haber columbrado de un modo imperfectísimo algunas de aquellas verdades que la revelacion positiva hizo despues penetrar en otros pueblos, en su integridad

y luz, hasta las chozas miserables de la gente rústica. Pero el hecho es que un filósofo á quien toda la antigüedad llamó divino autorizaba con su filosofía la comunidad de las mugeres; que otro filósofo fundó la teoría del mundo en el fortuito concurso de los átomos, otro levantó sobre el deleite de los sentidos el templo de la virtud, otro buscaba en el orgullo una garantía para conservar la severidad de sus máximas: estos predicaban el suicidio, aquellos el desafío; quienes confundian el bien y el mal moral, quienes por último, á la vista de tantas inconsecuencias y tantos errores, iban á buscar un asilo á la duda general, negando la existencia y hasta la posibilidad de la certidumbre.

15. Tal es, hijos mios, aunque mal rápidamente bosquejado el cuadro que representaban la sociedad y la ciencia durante las épocas mas ilustres del paganismo. La primera pasaba por legítimas las abominaciones mas palpables en su religion y en sus costumbres: la segunda vivió siempre en el país de las conjeturas y abrió sus puertas á todas las contradicciones de una razon extraviada, á todos los sofismas de una razon orgullosa y á todas las quimeras de una razon ilusa. Cierto es que se conocian algunas verdades; pero eran unas verdades reducidas en su número como los restos miserables que pueden recogerse despues de un naufragio comun, alteradas en su esencia como se ofrece á la vista un edificio cualquiera tras del prisma que analiza la luz, monstruosamente confundidas en sus combinaciones como el hermoso y puro rocío que baja de los cielos, al precipitarse en un estanque fangoso.

15. ¿Cuál podia ser el resultado de estos conocimientos incompletos y mezclados con tantos errores, de estas contradicciones tan constantes, de esa lucha perdurable y estéril trabada por unos cuantos filósofos en el seno de toda la sociedad gentílica? "El dogma de la unidad de Dios quedó reemplazado por el politeismo: subieron al cielo los vicios de la tierra, y el odio, la venganza, el zelo, la rivalidad, la envidia, la prostitucion &c., &c., circulaban en las moradas inaccesibles con la misma abundancia y mayor ímpetu que entre los hombres. Reyes y pueblos se postraban delante de un buei ó un cocodrilo en las fértiles comarcas donde se mecieron las cunas de la humana sabiduría. En la antigua Babilonia se levantaban aquellos altares inmundos en que Venus de Milita recibia los holocaustos infames del pudor. Los Dioses encendian en el cielo los mortales odios que asolaban la tierra, y los crueles resentimientos de estos personajes divinos hicieron suspirar tristemente al melancólico cisne que cantó con la gloria de Eneas la grandeza romana. El sacerdocio de aquellos pueblos era tan bárbaro y prostituido como el culto á que presidia, y de esta manera todo el sistema religioso del paganismo era un monstruo de abominacion.

17. "Si descendemos á las costumbres autorizadas por las leyes, si buscamos aquellos primeros principios que son vistos y con razon como el apoyo, la garantía y la esperanza de una sociedad, ¡cuán reducidos y que miserables no son los vestigios que hallamos de las primitivas reglas! Aquí vemos autorizados igualmente el infanticido y el parricidio, allí exagerada la patria potestad hasta los derechos de vida y muerte, de libertad y esclavitud sobre los hijos: en un pueblo se ministra la cicuta para hacer morir por preocupaciones religiosas al primer sabio de la Grecia, en otro escuchamos lira de Horacio, ó presenciamos el entusiasmo general, consagrando en una especie de culto el

suicidio de Caton. ¡Y qué diré de la sobriedad y la continencia? Recordar las fiestas de Baco y el infame culto de Vénus. La sola celebridad que ganó Scipion por su continencia basta para comprender la corrupcion estupenda del paganismo. ¿Qué se necesitaba, en efecto, para consignar un monumento sublime en la historia á este ilustre caudillo por una accion tan comun en los tiempos del cristianismo como respetar el pudor de una cautiva? Se necesitaba nada ménos que un pueblo encenagado en el fango de la mas horrorosa prostitucion." [1]

18. No, hijos mios, sin la doctrina de la fe toda la humana ciencia no vale nada. ¿De qué se trata? De conseguir el último fin. ¿Quién es llamado á éste? La humanidad entera. ¿Qué se necesita para formar á toda la humanidad en la gran ciencia de nuestro último fin? Una doctrina una, infalible, universal. Ahora bien: ¿es capaz la razon de establecer la unidad de la doctrina? No; porque no pudiendo alegar otros derechos que los del convencimiento, la es imposible librarse de la ley de la discusion y dejar de estar siempre dividida. ¿Podrá la razon dar una doctrina infalible? No; porque solo la verdad suma, solo Aquel que no puede engañarse ni engañarnos posee las dotes y tiene los derechos de la infalibilidad. ¿Podrá la razon dar una doctrina universal? No; porque su via es la discusion y el convencimiento, su accion por naturaleza es individual, y las masas no pueden ser uniformadas por este medio. A las masas se liga con la creencia, y para ligarlas con la creencia se necesita uno de dos poderes; ó el de la autoridad divina sobre la verdad, ó el de la seduccion y la impostura sobre la credulidad de las masas. ¿Quereis ver un pueblo regido por el segundo poder, es decir, por el de la seduccion, la impostura y las preocupaciones diversas? Elegid á vuestro arbitrio cualquiera de los muchos que formaban la antigüedad gentílica. ¿Quereis ver un pueblo regido por el segundo poder, poseedor de una verdad perfecta y sin temor ninguno de ser engañado? Pasad vuestra vista por toda la sociedad cristiana: tiene un símbolo, una razon católica, una autoridad dogmática, una doctrina instituida.

19. Ved pues, hijos mios, cómo para saber creer necesitamos entender bien el credo y los artículos de la fe. Pasemos al segundo punto.

II.

20. Las verdades que debemos creer, dan á nuestro entendimiento aquella plenitud á que puede llegar en la tierra, pues conociendo la verdad natural por medio de la razon y la otra por la revelacion que de ella nos hizo Dios, nada ciertamente le queda que desear. Mas el alma es no solo entendimiento que conoce, sino voluntad que quiere ó no quiere, y que ya lo uno, ya lo otro, lo verifica necesaria sino libremente. Así pues como el entendimiento sin la luz de la revelacion estaria casi á oscuras en materia de verdades, del mismo modo la voluntad sin una regla divina se extraviaria con de-

1 Lo que está entre comillas lo he tomado á la letra con una ligeras variaciones de los capítulos XII y XIII de mi obra intitulada: *Exámen filosófico sobre las relaciones del Orden natural y sobrenatural*. Parte primera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

masiada frecuencia en sus objetos, y en lugar de alcanzar su fin propio, que es el bien, sería presa del mal.

21. A la creacion de un ser inteligente y libre, cual es el hombre, correspondia sin duda y era del todo necesario el que Dios le diese una regla fija para obrar, y sancionase esta regla con premio y pena eterna para obligar al hombre á practicar el verdadero bien y apartarse del mal. No faltó el Señor á cubrir esta inmensa necesidad del hombre, pues desde el principio le hizo una manifestacion de su lei eterna. Ved aquí, amados hijos, por qué nuestro catecismo preguntando: *¿Cómo sabrémos obrar?* responde: *entendiendo bien los mandamientos que hemos de guardar.*

22 ¿Sería pues posible que sin el conocimiento de esta divina lei estuviésemos unidos perfectamente con Dios, poseyésemos la caridad y no fuésemos presa de aquello que nos degrada ó corrompe? No por cierto. Sujetos al influjo de los errores, al extravío de los sentimientos, á los impulsos terribles de la carne, nada sería tan fácil como formarnos una conciencia falsa, una conciencia carnal, una conciencia cómoda, y buscar el bien donde no se halla, teniendo el mal por bien ó viendo el bien como mal. Si pues la reforma del hombre intelectual estaba exigiendo la revelacion de una verdad divina, la reforma del hombre moral, que demanda la sujecion de su libertad á una regla infalible, capaz de conducirle al verdadero bien, exigia imperiosamente la manifestacion de una lei divina.

23. Por otra parte, las verdades que la fe nos enseña, no son unas nociones puramente especulativas, estériles y sin trascendencias á la conducta, sino verdades prácticas dirigidas á todo el hombre, y que si están en el entendimiento, pasan á la voluntad y rigen la conducta. ¿Cómo están en el entendimiento? como lo que nos da el conocimiento de Dios, de Jesucristo Dios y Hombre verdadero, y del hombre en todas las relaciones que tiene con su Dios, en la historia de sus vicisitudes morales y de su restauracion en Jesucristo. ¿Cómo están en la voluntad? como la manifestacion de un bien sumo que debe fijar sus deseos, de un bien prometido que debe formar su esperanza, de un bien cuyo goce depende del bien obrar que debe someter su libertad á la lei.

24 Pero qué, ¿la misma razon natural, me diréis, no podria suplir al estudio de una lei escrita? Si el hombre, hijos mios, se hubiera conservado como salió de las manos de su Creador, aquella luz infusa ó aquella manifestacion externa que le hizo el Señor para que supiese y enseñase á toda su posteridad el modo de conducirse, habria sido bastante, no hai que dudarlo, para excusar la necesidad que despues vino de una lei escrita. Mas el primer pecado corrompió de tal suerte la naturaleza humana y ofuscó tánto el espíritu, que la lei primitiva, llamada *natural*, fué alterándose poco á poco hasta el extremo que habéis visto, en las naciones. Aun el pueblo escogido, depositario de la historia, de la tradicion, de la religion verdadera, necesitó sin duda de una lei escrita, y esto lo prueba el hecho de habérsele dado en tablas de piedra por la mano de Moysés. Y si esto sucedia con aquel pueblo-modelo, digánoslo así, pues que Dios le habia formado para que su pensamiento y voluntad pasasen al través de los siglos sin la mas leve confusion hasta la plenitud de los tiempos, ¿qué diremos de todos los otros pueblos de la tierra? Ya os lo he manifestado al explicaros el primer punto; ya os he dicho hasta qué deplorable extremo de corrupcion llegó el hombre y la sociedad: los mismos filósofos que tanto se distinguieron por haber conocido ciertas verdades, cayeron en los mas extraños absurdos, y en ninguna parte fué mas vilipendiada con las costumbres y aun la legislacion la primitiva lei de la naturaleza, que en aquellos pueblos gentiles donde tuvo mas admiradores y mas elocuentes panegiristas. El culto de Dios debia ser sin duda verdadero, pleno y universal; pero pueblos que multiplicaron las deidades y aun divinizaron los vicios, pueblos que hacian correr la sangre humana, inmolaban la virginidad y sacrificaban la templanza en el altar de los Dioses, claro es que no tenian ya casi restos ningunos de la lei de la naturaleza: principios abstractos, máximas estériles; he aquí todo.

25. No necesito, pues, amados hijos, de ampliar mas estos conceptos para demostraros que sin el debido conocimiento de los preceptos que hemos de guardar, no podrémos absolutamente practicar las obras á que nos obliga el servicio de Dios. Y no me digáis que, tratándose de un tiempo en que la doctrina revelada es conocida, malamente aplico las reflexiones que sugiere el estado del gentilismo: porque se trata del conocimiento de la lei, en cuyo caso un cristiano que no la conoce, viene á ser para su objeto lo mismo que un gentil. Creerá, tendrá la fe; mas como para salvarse no le basta la fe sola, sino que ha menester de la caridad y buenas obras, no conociendo la lei, mal podria cumplirla, mal podria lisonjearse de tener la caridad y practicar las obras perfectas. Todos pues necesitamos, para tener el verdadero amor de Dios, guardar sus divinos preceptos. "Si me amáis, dice Jesucristo, guardad mis mandamientos." Todos necesitamos guardar estos divinos preceptos, para conseguir la vida eterna, es decir, para alcanzar nuestro fin último. "Si quieres entrar á la vida eterna, dijo en otra ocasion, "guarda los mandamientos." Para guardar los mandamientos nos es absolutamente necesario conocerles y entenderles, pues malamente podríamos guardar aquello de que no tenemos noticia, ó si tenemos alguna, fuese vaga y sin inteligencia. Resulta pues de lo dicho la necesidad y la obligacion que tenemos de entender bien los mandamientos que hemos de guardar, para servir á Dios dignamente con nuestras obras.

III.

26. Sin duda alguna, hijos carísimos, que con solo cumplir la lei de Dios en todas sus partes basta para ser santos y perfectos en esta vida y bienaventurados en la otra: porque, abrazando ella todos nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo, y entrando en los primeros la fe y la esperanza, claro es, que quien cumple los preceptos de Dios, posee las tres virtudes; y como éstas, segun os he demostrado en la instruccion precedente, bastan para conseguir nuestro último fin, cumplida la lei, no queda otra cosa que desear. ¿Por qué pues, nos diréis, si basta guardar los mandamientos para salvarse, se extiende tambien la doctrina de Jesucristo á la oracion y á los sacramentos? ¿Por qué, hijos mios? Porque, si el guardar los mandamientos basta para salvarse, el saber los mandamientos no basta para guardarlos: el conocimiento de la lei constituye sin duda un requisito indispensable para poder cumplirla, así

como el saber cuál es el camino de un lugar es necesario para llegar á éste; pero ni uno ni otro es suficiente. Se necesitan medios, y no como quiera, sino medios eficaces, es decir, propios, adecuados é infalibles para conseguir el objeto. Supuesto pues el conocimiento de la ley, ¿bastan los recursos de la naturaleza para cumplirla? Tal es, hijos mios, el verdadero estado de la cuestion. Si bastan, no hai necesidad de otra cosa, y bien podria haberse reducido á ellos la doctrina cristiana; pero si no bastan, se necesita otra cosa con la cual es indispensable contar. Pues bien, hijos mios, para cumplir la divina ley, no basta la naturaleza, sino que se necesita la gracia. ¿Dónde está la gracia? En Jesucristo, porque él es verdad, camino y vida, como lo dijo terminantemente y tuvo ya cuidado de explicároslo. ¿Y qué mas dijo á este propósito? Cuatro palabras, no mas; pero que lo abrazan todo: "Sin mí nada podéis hacer." *sine me nihil potestis facere.* Luego nada podemos absolutamente sin la gracia. Y con la gracia, ¿qué sucede? Todo lo podemos: rendir á nuestros enemigos en la contienda, salir victoriosos y ser santos. ¿Queréis una prueba? Jesucristo nos la proporciona y mui robusta y sólida cuando dice: *Quien me sigue no anda en tinieblas, sino antes bien, poseerá la luz de la vida.* Y cuando Pablo, acosado por la tentacion y cual si temiera sucumbir en ella, levantó su voz al Señor para que se la quitase, la doctrina de la gracia para libertarnos del mal y conservarnos en el bien, tuvo una decision la mas explícita que apetecerse pudiera. "Mi gracia te basta, Pablo, le dijo Dios;" *sufficit tibi, Paule, gratia mea.*

27. Fundado en esto nuestro manual catecismo, explica los efectos de la gracia, diciendo que nos vienen de ella el *poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias.* ¿Cuáles son estas obras? Las que abraza el cumplimiento de la ley divina. Luego de la gracia nos viene el querer y poder cumplir esta ley: de lo cual se infiere que, despues de saber los preceptos divinos, necesitamos medios eficáces para guardarles, es decir: medios de conseguir, conservar y aumentar en nosotros la gracia, pues á ella debemos la voluntad y el poder para cumplir la ley. Pregunto ahora: *¿por qué medios se alcanza y crece la gracia?—Con oraciones, sacramentos y ejercicio de virtudes,* responde nuestro catecismo. Luego lo tercero que debemos saber y entender, es el modo de orar, y lo cuarto, el de recibir dignamente los santos sacramentos. Véis, pues, aquí, amados hijos, por qué la doctrina cristiana enseña, no solamente las verdades que debemos creer y los preceptos que debemos guardar, sino tambien la oracion que debemos hacer y los santos sacramentos que hemos de recibir.

28. Es la oracion, como bien sabéis, el acto de levantar á Dios el alma y pedirle mercedes. Este acto es natural hasta cierto punto, porque supuesto el conocimiento que se tiene de la existencia del poder y la bondad del Ser Supremo, así como de su presencia en todas partes, nada mas natural que ocurrir á él por todos los remedios y socorros para nuestras necesidades muchas y diversas. Pero en este punto sucede lo mismo que respecto de la verdad y de la ley: la naturaleza es insuficiente por sí misma para comunicarse dignamente con Dios. Hé aquí por qué la oracion, para ser lo que debe, ha menester en primer lugar tener las luces de la fe, y en segundo un deseo de cumplir la ley que se conoce. Debe asimismo ordenar sus peticiones con total arreglo á la excelencia infinita del Ser Supremo y á la gerarquía que guardan entre sí todos los preceptos de la divina ley. Tambien es un requisito pedir lo que se debe y como se debe, esto es, ordenar nuestras peticiones á los designios de Dios sobre nosotros, y hacerlas con el recogimiento, fe, confianza, humildad, solicitud y resignacion que corresponde. Pues bien, amados hijos, nuestra pobre naturaleza no podia llegar á tanto, y por eso Jesucristo, que vino á llenarla de gracia, no se contentó con darle á conocer las verdades divinas y mostrar en toda su plenitud la ley santa, sino que quiso enseñarla el arte celestial de la comunicacion del hombre con su Dios. Hé aquí por qué nos dió acerca de la oracion cuantas luces podian ser suficientes para comprender su espíritu y objeto, y no satisfecho todavía con esto, aun compuso y recitó una fórmula tan perfecta, como mas no podia imaginarse: esta fórmula es la oracion del *Padre nuestro.* En ella todo está felizmente concertado con el dogma y con la ley, todo puesto en un órden maravilloso, todo adecuado para poner en comunicacion íntima la tierra con el cielo. ¿Cuál es el primer objeto del dogma? Dios considerado en su esencia y en sus perfecciones infinitas. ¿Cuál es el primer objeto de la ley? La honra y culto que á Dios debemos. ¿Cuál será pues la primera demanda de la oracion? La reverencia y alabanza universal, constante y perpetua de Dios. Por esto, así como de los diez mandamientos, los tres primeros miran á Dios y los otros al hombre, así tambien de las peticiones del Padre nuestro, las tres primeras se dirigen á Dios, y las cuatro últimas al provecho del hombre. No es de mi propósito al presente haceros una explicacion pormenorizada sobre el contenido del Padre nuestro, sino solo inculcaros la necesidad que tenemos de una enseñanza divina para orar, y la obligacion en que estamos de aprender y entender bien la doctrina que nos dejó nuestro Señor Jesucristo y nos enseña nuestra Madre la Iglesia sobre la oracion, y creo que para esto he dicho lo bastante.

29. Dios nuestro Señor, que es infalible en sus promesas, nos tiene ofrecido en los términos mas claros y explícitos que atenderá á nuestras súplicas. El cielo faltará primero que la palabra del Señor. "Pedid, nos dijo, pedid y recibiréis; buscad y halla-"réis; tocad y se os abrirá." Ved aquí las promesas divinas hechas á la oracion humilde, solícita y constante. ¿Mas de qué modo cumple Dios á sus hijos la palabra que les ha dado? De un modo, hijos mios, maravilloso, magnífico, estupendo: seria nunca acabar el emprender aquí la tarea de poner á vuestra vista la historia de los efectos producidos por la oracion en el mundo, y por lo mismo, sin hablar aquí de ese órden de gracias preventivas y particulares que cada uno recibe, quiero hablar únicamente, para no salir de los límites de mi asunto, acerca de la institucion que Jesucristo Señor nuestro hizo en su Iglesia para distribuir entre todos sus miembros la gracia divina. ¿Cuál es esta institucion? La de los santos sacramentos.

30. Son estos, como dice nuestro catecismo, *unos remedios espirituales que nos sanan y justifican.* Son remedios, hijos mios, porque el hombre, como bien lo sabéis, nace enfermo: abre apenas sus ojos á la vida, y ya trae consigo la inmensa lepra de que cubrió el pecado á nuestro primer padre, y trasmitió éste con la sangre de sus venas á toda su posteridad. ¿Qué seria del hombre sin una medicina eficaz que le curase de esta lepra? moriria sin remedio. Mas la gracia nos recibe desde que la naturaleza misma nos produce, y el niño pasa del regazo de su madre á la sagrada fuente donde renace

en el Espíritu Santo. Ved pues aquí el primer remedio. ¿Cómo nos sana? quitando el pecado original y cualquiera que haya.

31. Esta gracia primitiva se pierde con el pecado; mas el Señor ha dejado otro remedio para que su creatura no perezca: la penitencia, por la cual se nos perdonan los pecados cometidos despues del bautismo. Lo dicho basta para conocer cómo los sacramentos de nuestra santa Madre la Iglesia son unos verdaderos remedios que nos sanan. Mas estos remedios no son como aquellos que se dirigen á curar las enfermedades del cuerpo: son remedios del alma, y, como ella, *espirituales*. La salud que ellos producen, es la vida de la justicia y por consiguiente la vida de la fe profesada y guardada, de la fe que cree, que espera y obra, de la fe que nos otorga la eterna salud: porque, como dice San Pablo, "el justo vive de la fe," y no de la fe muerta sino de la fe viva, que se anima de la caridad. El estado de salud en que nos ponen pues los santos sacramentos, es un estado de justicia, es decir: estado de gracia, de satisfaccion y merecimiento. Por esto los sacramentos, en el hecho de sanarnos, nos justifican. *¿Y de qué manera nos justifican?—Dándonos gracia interior por señales exteriores.* Luego los santos sacramentos vienen á ser como depósitos perennes y constantes de gracia; unas fuentes de donde la gracia corre para regar el inmenso campo de Jesucristo, unos surtidores de donde cada fiel toma en abundancia cuanto necesita para la conservacion de su vida espiritual. Mas, *¿cómo pueden darnos gracia las señales exteriores?—Por los méritos de Jesucristo nuestro Señor, aplicados en ellas.* Estos méritos, hijos mios, son los de un Dios que se hizo hombre para salvarnos, y en consecuencia infinitos como él; son el todo para la humanidad redimida y regenerada, y por lo mismo, comunicándosenos por los santos sacramentos las gracias de estos méritos infinitos, nada tendríamos avanzado con saber las verdades de la fe, conocer los preceptos de la ley y estar instruidos en la doctrina de la oracion, si la gracia de los santos sacramentos no viniese á consumar la obra de nuestra salud espiritual, de nuestra justificacion y merecimiento, que vienen á ser los fines de toda la doctrina revelada, de la Encarnacion del Verbo, de la Pasion y muerte de Jesucristo. Concluyese de todo esto la necesidad estrechísima que la humanidad tiene de sacramentos, y la obligacion consiguiente de poseer la doctrina que nos los explica y enseña el modo para recibirles dignamente.

32 ¿De qué serviria saber que por el bautismo se nos perdona el pecado original y cualquiera otro si le haya, si se ignorase lo que es este sacramento y el modo de administrarle y recibirle? ¿De qué serviria estar en la inteligencia cierta de que la confesion sacramental, cual otro bautismo, nos alcanza el perdon de los pecados, volviéndonos á la gracia y la justicia, si no supiésemos cuál sea este sacramento, qué disposiciones exige, y por esta ignorancia no le recibiésemos dignamente? Lo mismo pudiera, hijos mios, iros diciendo acerca de todos los demas; pero lo expuesto basta para convenceros plenamente de la necesidad y obligacion que tenemos todos de saber y entender la doctrina de los santos sacramentos en el grado que á cada uno corresponde.

33. Tales son, hermanos é hijos carísimos, las reflexiones que me han sugerido las tres preguntas y respuestas de nuestro catecismo, que indican el único modo que hai para saber creer, esperar y amar. Si es necesario de todo punto practicar las obras de

estas tres virtudes, por ser ellas el natural y único medio para conseguir nuestro último fin, como ya os lo he inculcado en mi precedente instruccion, estrechísima es la necesidad y por consiguiente la obligacion, de aprender á practicar estas obras. Ahora bien: como hai una doctrina que lo enseña con toda perfeccion, y á lo cual precisamente se dirige, conviene á saber: la doctrina cristiana, compuesta de credo, mandamientos, oraciones y sacramentos; como entendiendo bien el credo y los artículos de la fe sabrémos bien creer, entendiendo bien el Padre nuestro sabrémos bien esperar y pedir, y entendiendo bien los mandamientos y sacramentos sabrémos bien obrar, resulta que el conocimiento y la inteligencia de la doctrina cristiana es necesario para practicar las obras que exige el buen servicio de Dios en esta vida, y en consecuencia para lograr nuestro fin último, que consiste, como bien sabéis, en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.

34. No perdáis, pues, nunca de vista las lecciones que os he dado en la instruccion presente: nunca olvidéis que el conocimiento de la doctrina cristiana es la primera base de nuestra perfeccion y felicidad. Pero ¿este conocimiento es una simple noticia, una simple memoria de lo que la doctrina contiene? ¿basta poder recordar y referir á la letra su contenido para conseguir el provecho y cumplir la obligacion? No, hijos mios: es necesario entender esta doctrina, tener luz acerca de ella, saber no solamente lo que dice, sino lo que quiere decir, y ponerse en aptitud competente de aplicarla; porque de otra manera de nada serviria, teniendo como tiene, una inteligencia propia y un objeto práctico. Por esto nuestro manual catecismo concluye su declaracion primera, que os he venido explicando en estos preliminares, sacando por consecuencia de cuanto llevo dicho, la obligacion que tenemos de saber y entender esta doctrina; porque sin la debida inteligencia de ella no cumpliríamos nuestros deberes en el caso. *Luego*, dice nuestro catecismo, *obligados estamos á saber y entender todo esto?* y responde: *Sí, porque no podemos cumplir sin entenderlo.* Se trata nada ménos de un deber estrechísimo, cuya omision bastaria para perdernos; de una necesidad imprescindible, que si no se atiende, estaríamos como la humanidad entera enérgicamente pintada por Zacarías, hundidos en las tinieblas, sentados en las sombras de la muerte: se trata de un conocimiento que ilumina é inflama, que nos muestra la obligacion, los medios de cumplirla y los efectos de su cumplimiento: se trata de ir al cielo por el único camino que allá conduce. Dedicaos pues al estudio y meditacion de esta doctrina celestial; dedicaos con aquella solicitud práctica del que quiere seguir la regla que se le propone y alcanzar el bien que conoce. Aprended, entended, practicad la doctrina santa de Jesucristo, y entraréis á la par con sus verdaderos discípulos en la posesion inamisible de su reino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA VERDAD CONSIDERADA EN SI MISMA, EN SUS DIFERENTES OBJETOS Y EN SUS RELACIONES CON EL ENTENDIMIENTO HUMANO.

Dicit ei Pilatus: Quid est veritas?
Dícele Pilato: ¿Qué es la verdad?
Joann. cap. XVIII, v. 38.

1 La primera parte de la doctrina cristiana, hermanos ó hijos carísimos, cuya explicacion pastoral pudiera comenzar aquí, tiene por objeto, como varias veces os lo he repetido, la enseñanza de las verdades que debemos creer y que se llaman por lo mismo *dogmas católicos ó artículos de la fe.* Los principales de ellos fueron recogidos en un brevísimo resúmen llamado *credo*, formado por los apóstoles para mas informarnos en la fe. Podria pues dar principio desde luego á explicaros el contenido de este símbolo sin mas antecedente que los contenidos en mis nueve instrucciones precedentes, en lo cual iria conforme con lo que se acostumbraba en otro tiempo al explicar al pueblo fiel esta parte de la doctrina. Sin embargo, como vivimos en una época llena de peligros para la fe, pues ya se encuentran muchos que han declarado á esta divina virtud una empeñada guerra, con el fin de sobreponer los pretendidos fueros de la razon á los derechos divinos de la verdad y á la autoridad soberana de la Iglesia, debemos los pastores andar muí precavidos al distribuir á nuestras ovejas el saludable alimento de la palabra evangélica, de manera que ni dejen de gustarle y nutrirse con él, ni le mezclen otro capaz de corromperle, no en sí mismo ciertamente, por ser incorruptible, pero sí en el alma. Esta consideracion, bastante fuerte sin duda, me ha obligado á detener mis pasos ántes de tocar en el primer umbral de la fe con el objeto de proporcionaros todas

las advertencias y explicaciones que ésta demanda, para ser mejor conocida y mas provechosa.

2. La fe, considerada en su objeto, es la verdad revelada; considerada en el entendimiento, es el asenso absoluto á esta verdad; pero como, ademas de la verdad revelada existe otra que llamamos natural por ser conocida sin mas auxilio que la luz de la naturaleza, y fuera del asenso á las divinas verdades hai otro asenso á las verdades naturales, ya porque se vean en sí mismas con la inteligencia, ya porque se las dé crédito en fuerza del testimonio ageno; como seria muí peligroso confundir estas dos verdades y estos dos asentimientos, y muí fácil confundir unas y otros si no se tuviese conocimiento de lo que es la verdad en sí misma, en sus objetos varios, en sus orígenes diversos con respecto á su conocimiento, y en sus diferentes modos de ser en el alma, me ha parecido muí conveniente y hasta cierto punto necesario daros ante todo ciertas nociones generales acerca de la verdad considerada bajo estos puntos de vista; pues ya con ellas sabréis perfectamente cuál es el carácter de las verdades de la fe, cuál es la fuerza divina y humana del asenso que se las tributa, en qué se distinguen de las verdades naturales, y todo lo demas que conduce á derramar la luz sobre esta parte fundamental de nuestra adorable religion.

3. Cuando Jesucristo Señor nuestro fué conducido á la presencia de Pilato, este magistrado gentil, que no tenia contra su Magestad las prevenciones feroces de los judíos, entabló una conversacion en que se tocaron los puntos fundamentales acerca de la venida de Jesucristo al mundo, y en que se mostró muí claramente cómo de esta venida se hallaban pendientes los destinos de la verdad. Preguntóle si era Rei, y Jesus contestó afirmativa y terminantemente á esta pregunta general, mostrándose de facto como Rei; mas, á fin de que no se confundiesen las cosas mas diversas, fijó el carácter de su reino, manifestando que no era de este mundo. ¿Qué reino era pues el de Jesucristo? El reino de la verdad; porque el reino de la verdad es el de Dios, que es la verdad eterna, es el del cielo, es el de la justicia, que es la verdad en la ley lo mismo que en las obras, es el de la felicidad, que es la verdad en lo puro, sumo é imperecedero de los goces. Por esto Jesucristo, queriendo reducir á una breve fórmula todo lo necesario para dar á conocer el orígen, el carácter, el objeto y las condiciones de su reino, dijo al magistrado gentil: "Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de "la verdad: todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz." Jesucristo, hijos mios, no podia ser mas explícito. Si habia venido á dar testimonio de la verdad, fué porque la verdad no era conocida, y porque para serlo habia menester de un testimonio divino. Si el creer á este testimonio debia ser una prueba de pertenecer á la verdad, esta no podia saberse despues acá sino por la boca de Jesucristo. Sin embargo, el magistrado gentil pasa desapercibido este concepto, y queriendo decir algo que respondiese á Jesus y representase al mismo tiempo sus convicciones y sus sentimientos, pronunció una palabra que en su género tenia una gran representacion. "¿Qué es la verdad," le dijo? *Quid est veritas?* y sin aguardar la respuesta, dejó á Jesucristo para hablar con los judíos.

4. Esta pregunta de Pilato bien entendida, es la voz de la razon humana cuando

se halla en frente de la razon divina sin conocerla. La verdad, hijos mios, tenia dos enemigos cuando Jesucristo se presentó en la tierra: las pasiones del pueblo que poseia la revelacion, y las tinieblas del pueblo que no la conocia. Necesitaba por lo mismo, para triunfar de los unos y de los otros, enfrenar á los primeros con el poder soberano de su magisterio, disipar las segundas con la claridad extrínseca de su revelacion. Jesucristo dió el testimonio, predicó, murió, resucitó: la fe quedó instituida y enfiló su marcha por el mundo bajo la enseña de la Cruz. Esta enseña fué vista por el dogmatismo judío, y quedó calificada de escándalo, lo fué tambien por la filosofía presuntuosa del gentilismo, y fué calificada de locura: el escándalo atrae el castigo, y los judíos pedian á grito herido que Jesucristo fuese crucificado; la locura excita el desprecio y la risa, si querés pero no enciende el odio en el corazon, y Pilato, que allí representaba el racionalismo pagano, hizo dos cosas, volver á Jesus en cambio de su oráculo una pregunta irónica *quid est veritas?* y decir claramente á los judíos: "Yo no hallo culpa en este hombre."

5. Pues bien, amados hijos, tomemos aquí la pregunta de Pilato considerada como el punto de partida para la enseñanza de la fe; digamos lo que es la verdad en sí misma, lo que es la verdad en sus diversos objetos, y lo que es relativamente al conocimiento que de ella tenémos, para que, cuando llegue su turno al dogma católico, se vea cuán conciliables eran la preexistencia de la verdad natural con las convicciones que produce y la necesidad de la verdad revelada satisfechas por Jesucristo con la creencia que habian de formar. Para esto debemos andar una escala. Naturaleza de la verdad; objetos de la verdad, relaciones de ella con el entendimiento, modos de estar sus objetos en el alma. Entónces veremos que la verdad es una, inmutable y eterna; que abraza todo lo existente y posible; que reside esencialmente en Dios; que deja caer al mundo una parte de su luz para acreditarse y se acreditó de facto ante la razon humana en su orígen y carácter infalible, cuando vino á la tierra para manifestar aquella luz que el mundo no conocia; que despues de esta manifestacion á los hombres reunió en el entendimiento humano sus dos luces, formó la razon católica, sobreponiéndola en todo á la simple razon filosófica y comunicando á la fe un poder inmenso para depurar la verdad en todos los órdenes, fecundarla, instituirla, concretarla en las costumbres, establecerla en las leyes y unir, digámoslo así, en la razon católica, moral católica é institucion católica, la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, la naturaleza con la gracia y al hombre con Dios. Mas, no debiendo dar á cada una de mis instrucciones mas latitud que la que vuestra atencion me permite, me limitaré aquí, amados hijos, á considerar la verdad: primero, en sí misma; segundo, en sus diferentes objetos; tercero, en sus relaciones con el entendimiento humano.

I.

6. Los puntos que debo tratar aquí para deciros lo conducente acerca de la verdad considerada en sí misma, son, amados hijos, precisamente dos, conviene á saber: los atributos propios y su existencia: los primeros, son aquellas cualidades tan esenciales á la verdad, que nunca pueden faltarla, ora sean los que la constituyen, ora, que es lo mas

cierto, las consecuencias necesarias de su ser. Vista la verdad bajo el primero de estos aspectos, es el ser mismo, vista en las consecuencias que de aquí nacen, es inmutable, eterna y reside necesariamente en Dios.

7. Hai cosas tan claras y perceptibles por sí mismas, que detenerse á demostrarlas seria en cierto modo oscurecerlas, y tal sucede precisamente con la naturaleza y existencia de la verdad. Todo el mundo pronuncia esta palabra, y la pronuncia no con la vacilacion de la ignorancia, sino con la firmeza de la conviccion, cosa que ciertamente no sucederia, si la naturaleza y existencia de la verdad no estuviesen al alcance de todos: desde el sabio que en el secreto de sus meditaciones encumbra su pensamiento á los espacios inaccesibles para seguir la carrera de los astros, indagar sus leyes, prever sus movimientos y estudiar sus vicisitudes mismas, hasta el humilde aldeano que ha pasado sus dias en una comarca desierta, en una miserable choza, todos hablan de la verdad, todos la buscan y todos en general saben lo que es ella. Pues bien, amados hijos: si quisiésemos dar una definicion de la verdad en sí misma y con independencia del alma, bien haríamos con decir que la verdad en sí misma es el ser existente ó posible. Mas allá de la posibilidad no encontraréis sino la nada; mas acá de la existencia no hallaréis sino el movimiento y la carrera del ser con todas sus modificaciones. Si la verdad consiste, como he dicho, en la existencia ó posibilidad del ser, bien comprenderéis al gran Padre de la Iglesia San Agustin, cuando definiendo la verdad, nos dice: *La verdad es lo que es.* Todas las cuestiones relativas á la verdad, pueden reducirse consiguientemente pues á esta simple forma: *¿Es, ó no es?* Tendéis la vista por un campo, percibís á lo léjos un gran edificio que se os figura una Iglesia, y queréis inquirir la verdad. ¿cuál es vuestra pregunta interior? "Es Iglesia, ó no es Iglesia?" Percibís á un hombre, y queriendo saber la verdad preguntáis: "¿Quién es?" Corre una noticia mas ó ménos interesante que excita vuestro interes ó provoca vuestra curiosidad: ¿qué preguntáis entónces? "¿Es verdad, ó no, lo que se dice?" conviene á saber: "¿es un suceso que realmente haya pasado, ó no es?" De esta suerte podria yo ir discurriendo sobre cada una de las cosas, para venir al mismo resultado; mas no es necesario detenerme ya en este punto, pues los ejemplos propuestos bastan para conocer la exactitud de la definicion de San Agustin.

8. Si la verdad es *lo que es*, conviene á saber: el hecho de la existencia y la posibilidad, y si al una y otra dependen del hombre, pues quiera el hombre ó no, ni lo que es dejará de haber sido, aunque despues deje de ser, ni lo posible dejará de ser posible, bien claramente se manifiesta que la verdad en su esencia está en Dios, y no puede estar en otra parte. Los principios constitutivos de las cosas, aquello por lo cual ellas son posibles, base de toda la ciencia, antecedente indispensable del ser y esencia del ser mismo; esto, amados hijos, es tan esencial, tan necesario, que nunca puede dejar de ser. El que una cosa sea posible, es una idea, una entidad, un pensamiento eterno: porque lo que no puede dejar de ser, es por toda la eternidad. Ahora bien: el que una cosa exista ó no, depende de la voluntad divina, y por lo mismo fuera de Dios todo lo que existe ha tenido principio; mas el que una cosa sea ó no posible esto no depende de nadie, esto no puede alterarse, esto es inmutable y eterno; y como el principio del ser está en su posi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bilidad, está en su esencia, y esta posibilidad y esencia es eterna, ya comprenderéis, amados hijos, que la verdad es eterna, y por tánto, que ella puede ser vista, entendida y enseñada por el hombre, mas nunca venir primitivamente del hombre. Vuelvo á decirlo, para que adelantémos un poco mas la idea: la verdad es *lo que es*. ¿Y qué dijo Dios, hablando de sí mismo? *Yo soi el que soi*. Luego la verdad está esencialmente en Dios, y Dios es la verdad misma. Luego sin Dios no habria verdad, y sin verdad no habria Dios. Porque si no existiese la verdad, ¿en qué podriamos fundarnos para afirmar que Dios existe? y si Dios no existiese, ¿qué podria servirnos de apoyo para proclamar la existencia de la verdad?

9. Pero qué, ¿la verdad existe? Hubo antiguamente, amados hijos, dos sectas enemigas de ella; una que negaba toda verdad, y otra que la llenaba de tantas trabas y la rodeaba de tantas sombras, que imposilitaba realmente su adquisicion. Tan absurdos eran estos sistemas, que á pesar de la celebridad de sus autores y de la énfasis y pompa con que proclamaron sus teorías y del empeño y solicitud con que se procuraban adeptos, jamas llegaron á predominar en la sociedad, y sus sistemas absurdos bien pronto fueron á dormir el último sueño en el archivo de los siglos.

10. Si la verdad es el ser, como hemos dicho, para negar la existencia de la verdad seria necesario borrar la palabra *ser* del catálogo de las lenguas, y por lo mismo acabar con ellas; sacarla del pensamiento, y por lo mismo destruir las ciencias; hacerla salir de la carrera de los siglos, y en consecuencia destruir la historia, que no es mas que la narracion del movimiento del ser: en suma, seria preciso acabar con todo, quitando al verbo *ser* del mundo de las ideas, de la region de los sentimientos y del teatro vastísimo de las cosas, lo cual es un imposible, ó importa una incompatibilidad absoluta con la subsistencia de la razon.

11. Para negar la existencia de la verdad, es indispensable proscribir al verbo *ser* del mundo de las ideas, del mundo de los sentimientos, del mundo de las cosas: proscripcion imposible para todo el que tenga libre y expedito el uso de la razon. El hombre siente la verdad en su pensamiento: habla, revelando así la verdad de su pensamiento en su palabra; obra, y anuncia la verdad de su existencia en su conducta: colocado en la sociedad, afirma en su porte la verdad de los otros seres con quienes vive; sírvese de las cosas que proveen á su alimento y vestido, y afirma con esto solo la verdad del universo físico; quéjase, y afirma la verdad de su deber; consuélase, y afirma la verdad de su esperanza; ora, y afirma la verdad de un Ser infinito y poderoso que dispone de su existencia: la verdad es luz, es sentimiento, es vida: negad la verdad, y forzarcis la existencia y la posibilidad á las condiciones de la nada; violencia imposible aun de concebirse siquiera, y prueba concluyente de la existencia de la verdad.

12. Despues de lo que os acabo de manifestar acerca de la verdad considerada en su esencia y existencia, poco tengo que añadir para daros á conocer sus cualidades propias, es decir, aquello que necesariamente hai en ella, y nunca la puede faltar. Si la verdad es lo que es, la verdad es una. ¿Por qué? Porque la calidad de ser abraza en un punto las existencias todas. ¿Cuál es este punto? La conveniencia de todos los atributos constitutivos de las cosas entre sí; pues el que de facto existan ó no, es punto que

no altera en lo mas mínimo su esencia: hé aquí por qué la esencia ó esencialidad de las cosas tiene una existencia necesaria, está en el Ser que existe por sí mismo, está en Dios, y por esto dijo Dios á Moisés: "Yo soi el que soi." ¡Véis, hijos míos, esa multitud de objetos que hai en la naturaleza, y su diversidad tan marcada que no nos permite confundirles! pues todos ellos tienen una cosa comun, el ser; tienen una cosa inmutable, la esencia. Luego si hemos de buscar en ellos lo que hai de radical, de perpetuo, de indefectible, de necesario, será su esencia, su posibilidad. De este modo todo viene á recogerse en la verdad eterna como en un punto, y por esta causa el primer carácter y atributo de la verdad considerada en sí misma es la unidad. Si por acá en la tierra ponemos en plural lo que es; si hablamos de verdades muchas, diversas, &c., &c., esto se refiere al modo con que nosotros conocemos la verdad, esto nace de la limitacion propia de nuestras facultades, esto se deriva de las modificaciones y límites del ser; pero la verdad en sí misma, en su esencia y naturaleza, es una, solo una, nada mas que una.

13. Si la verdad es una, la verdad es indivisible, simple, simplicísima, no puede fraccionarse en sí misma: porque, hijos míos, ¿qué podria representar cada una de sus fracciones? ¿Acaso una verdad aparte? luego entónces no era una sino muchas, y tendriamos que cambiar de supuesto, dando por nada la demostracion que precede. ¿Acaso cada fraccion representaria la parte y no el todo? entónces habria media verdad, tercia, cuarta, quinta, milésima parte de verdad, y esto seria un absurdo. Pero dejemos la prueba de inconveniente; tomémos un punto de partida para venir á la demostracion directa. La verdad es lo que es. ¿Dónde está pues la verdad? En la idea representada en estas dos letras *ES*. Pues bien: estas dos letras representan un acto simplicísimo del alma, tratándose de la percepcion: yo no puedo reducir á dos mitades lo que quiero dar á entender cuando digo: "es de dia, es de noche, es tarde, es temprano, es hombre quien viene, &c." La idea representada por la palabra *es* no puede fraccionarse: ó toda, ó nada, no hai medio. Si se trata de la existencia misma, es decir, del acto de ser, decidme si podriais concebir siquiera una mitad, ó un tercio, ó un cuarto de ser ó existir: si se trata todavía de lo que hai mas fijo, que es la esencialidad ó el acto de convenir entre sí los atributos constitutivos de las cosas, la imposibilidad crece, por explicarme de esta manera, pues acá todo es intelectual, y seria preciso para fraccionar la idea tragar con gusto los mayores absurdos. Convengamos pues en que la verdad es simplicísima.

14. Siendo una y simplicísima, es inmutable y eterna; porque decidme, hijos míos, ¿qué mutacion es capaz de padecer aquella unidad que no se divide? Ninguna. Mudarse es dejar de ser para ser otra cosa; pero si la verdad es lo que es, ¿cómo concebir que dejase de ser, ni ménos para ser otra cosa, cuando dejar de ser es negacion del ser? Luego la mutacion de la verdad seria su muerte. ¿Y cómo concebir muerta la verdad, y vivo el ser? El entendimiento se pierde, se abisma, se confunde, no puede soportar ya el dar otros pasos en esta carrera de suposiciones. La verdad es pues, no solo simple, sino tambien inmutable; y si por inmutable nunca puede faltar, es infalible y eterna. Demos el último paso. La verdad, absolutamente hablando, necesita donde estar; porque ó está y en este caso está en algo, ó no está y en este caso la verdad es la nada. Pues bien: si la verdad es una, simple, inmutable, indefectible y eterna, no estará

en ninguno de los seres creados, que son muchos, compuestos, variables, defectibles y temporales. ¿Dónde está pues? En el Ser que ha dado á todo lo creado la existencia, en Dios, hijos mios: Ser, uno, simple, inmutable, indefectible y eterno. Luego la verdad está esencialmente en Dios; y como no hai ser esencial fuera de Dios, la verdad en su esencia es Dios. Dios es la verdad misma.

II.

15. He considerado la verdad en sí *misma*: paso á tratar de ella considerada en sus objetos. Aquí, amados hijos, el uno se nos vuelve múltiplo, la verdad parece una reunion de objetos, y á primera vista pierde sus atributos esenciales. Mas no nos engañemos, no nos dejemos fascinar por una ilusion de la mente; la verdad, que reside por esencia en el Ser infinito, tambien se deja ver del hombre, tambien está en el alma; pero su modo de ser es diverso, no porque cambie de naturaleza, sino por la diferencia que hai entre Dios y el hombre relativamente á la verdad. Voi á poneros un ejemplo, porque deseo ser muí explícito, muí claro y darme bien á entender. ¿Véis el sol? Sí, le véis, le seguís en su carrera, os aprovechais de sus influencias, hablais con frecuencia de él, decís que le conoceis y decís bien. ¿Y cuál es vuestro lenguaje respecto del sol? Este: "ya salió el sol, ya se puso el sol, ya se escondió el sol, ya va muí léjos el sol, ya no tarda el sol." Pues hijos mios, todo esto es cierto, respecto de vuestra vista y posicion en la tierra, pero no lo es respecto del sol: porque este astro ni sale, ni se pone, ni va léjos, ni tarda; en suma, no hace nada de lo que decís. ¿Qué sucede, pues? Que colocados encima de la tierra, la cual se mueve continuamente al rededor del sol, no es él, sino nosotros los que estamos léjos, estamos cerca, salimos, nos ponemos, &c., &c. Ved aquí dos cosas verdaderas; la fijeza del sol y su movilidad objetiva, esto es: su movilidad relativa á nosotros. Pues así sucede con la verdad: ella es una, ella es inmutable, ella es eterna; pero para nosotros es múltiplo, comienza, desaparece, se oscurece, se aclara, &c., &c., y las dos cosas son ciertas. No pudiendo pues durante nuestra vida mortal contemplar la verdad en sí misma, hablamos y discurrimos sobre ella como se ha manifestado á nuestra razon. ¿Cómo se ha manifestado? En la existencia de esa multitud de objetos que componen el universo todo; y como en la existencia creada encontramos principio, sucesion, movimiento, diversidad, &c., &c., la verdad objetivamente, convengo á saber: en los objetos que existen, admite para nuestra inteligencia una cierta clasificacion, sin que por esto deje de ser una, simple, inmutable y eterna. ¿Qué debo, pues, deciros yo cuando considero la verdad en sus varios objetos? Manifestar el órden en que está distribuido el ser; esto es todo.

16. La verdad es lo que es: luego donde hai ser, hai verdad. ¿Cuál es la mas grande clasificacion del ser? Hela aquí: el Ser increado, el Ser necesario, infinito y eterno, es decir, Dios; y el ser creado, contingente y finito. El Ser increado no admite clasificacion, porque es uno y simple, no puede admitirla tampoco nunca, porque es inmutable y eterno. Lo contrario sucede con el ser creado, por ser múltiplo, diverso y sucesivo. ¿Qué clasificacion admite el ser creado? La mas exacta es esta: el espíritu y la materia: porque fuera de uno y otra no hai nada. Mas como Dios mismo está en esta escala, pues es espíritu puro, la clasificacion general de los seres puede reducirse á esta mas metódica: *espíritus* y *cuerpos*. Los primeros comprenden á Dios, al ángel y al alma humana, los segundos abrazan cuanto es material, extenso, divisible, impenetrable y afecta nuestros sentidos externos. Hai pues dos grandes manifestaciones de la verdad: la primera es aquella que nos hace conocer la existencia y las cualidades de los cuerpos; la segunda, la que nos enseña la existencia, naturaleza y categoría de los espíritus. Hai tambien una palabra que designa todo el primer conjunto, y aunque científica, es muí repetida: os la diré, porque nada cuesta ni explicarla ni entenderla; esta es la palabra *Física*. Física quiere decir, materia, cuerpos, cosas corpóreas. En la categoría de los seres lo espiritual está sobre lo corporal, el espíritu está sobre la materia, es decir: es mas excelente, mas eminente, mas digno, *más* en todo sentido que los cuerpos. Luego el órden representado en el conjunto de los espíritus demanda una palabra que manifieste su gerarquía. Hai esta palabra y cumple con su objeto, la palabra *Metafísica*, compuesta de lo que ya os he definido, y de *meta* que quiere decir *sobre, ó encima*. Luego si la palabra *física* explica el conjunto de los cuerpos y sus modificaciones propias, la palabra *metafísica* explicará el conjunto de las sustancias que por su excelencia y naturaleza están sobre los cuerpos, es decir, son superiores á la materia.

17. Si el hombre, amados hijos, fuese ó solo espíritu ó solo cuerpo, tendriamos concluida la clasificacion de la verdad con solo repartirla entre el órden físico y metafísico. Pero sucede de otra manera: es el hombre, no solo cuerpo ni solo espíritu, sino las dos cosas, cuerpo y alma: se halla en relaciones con Dios y con todo el universo: comercia con el mundo físico con sus sentidos, con el mundo espiritual creado, con la palabra, vehículo del pensamiento, con Dios con su razon misma. Este ser está sujeto en su pensamiento, en su palabra y en sus acciones á la voluntad divina; mas la sujecion del hombre no es un hecho necesario como la de la materia, sino libre. Si el sol nunca dejará de hacer lo que hizo desde el principio, pues necesariamente cumple la voluntad de Dios, no sucede lo mismo con el hombre, porque hallándose dotado de libertad y pudiendo abusar de ella, cumplirá ó no la voluntad de Dios, segun que use bien ó abuse de su albedrío. Mas Dios quiere el órden en todas partes y en todos los seres: luego le establecerá, no solo en el universo físico que obedece á leyes necesarias, sino tambien en la especie humana dotada de razon y libertad. ¿Cómo se establece el órden entre los seres libres? Por la ley, convirtiéndola en regla de conducta y proponiendo á la voluntad humana los mas fuertes motivos para seguirla. Esto hizo Dios, hijos mios, con el hombre: le dió una ley, es decir, una regla invariable de conducta; sancionó esta regla con un premio eterno para el que la cumpla, y un eterno castigo para el que la quebrante. Tenemos pues un órden emanado de los otros dos, pero que no debe confundirse: el del hombre, ser compuesto de cuerpo y alma, en sus relaciones con la ley divina. Como el hombre bajo estas relaciones se estudia en sus actos deliberados, es decir, conocidos y ejecutados con libertad, y estos actos son sus costumbres, el hombre en sus relaciones con la divina ley, constituye el órden moral, pues *moral* viene de la palabra *mos*, que significa costumbre. Pues bien, hijos, este órden, lo mismo que los otros dos, necesita

verdad, representa verdad, vive de la verdad. ¿Cuáles son los elementos de la moral? La ley, la conducta, la conciencia: verdad de la ley, verdad ó existencia de los actos verificados con conocimiento y eleccion libre, verdad en el juicio práctico de la bondad ó malicia de los actos humanos. Ved aquí la verdad moral en sus tres puntos cardinales: la ley, la conducta y la conciencia.

18. Tenemos pues, hijos mios, clasificada la verdad por sus objetos en tres órdenes generales, el metafísico, el físico y el moral; pero no lo he dicho todo: queda un último paso que dar, y de la mayor importancia: voy á explicarme.

19. Aplicando nuestra razon á las diferentes ideas que hemos recibido, ya de los cuerpos y sus cualidades por el conducto de los sentidos externos, ya del espíritu y sus potencias por el sentido íntimo y la reflexion, ya del hombre como un ser compuesto de cuerpo y alma, descubrimos con toda claridad ciertas verdades, ó sean ciertas ideas generales y abstractas; generales, porque abrazan á todos los seres, y abstractas porque se consideran como separadas de ellos y solo existentes en el alma. Tales son la idea del ser ó ente, la de la esencia y posibilidad, la de causa y efecto, la de propiedades y accidentes, y por último, la de tiempo, duracion, principio y término. Ya veis, hijos mios, que estas son ideas, pues no lo serian si no tuviesen objeto, y que no subsisten fuera del alma, pero en ella tienen una realidad. Pues bien, la verdad, considerada bajo este nuevo aspecto, debe ser colocada en alguna categoría. ¿Cuál es esta? No el órden físico, porque nada de lo que ellas representan es un cuerpo; no en el órden moral, pues que no representan precisamente al hombre, ni á su albedrío, ni á la ley, ni á la conciencia. Luego es necesario colocarlas en el órden metafísico. Síguese de aquí que la verdad por razon de sus objetos abraza tres grandes conjuntos, el de lo físico, el de lo metafísico y el de lo moral: que el órden físico, todo material, comprende á los cuerpos y sus cualidades; el órden moral al hombre como ser compuesto de cuerpo y alma, dotado de libertad, sujeto á la ley y regido por la conciencia; en fin, el metafísico comprende: primero, á todos los espíritus; segundo, al ser abstracto, cuya existencia está en el espíritu y no fuera de él. Visto pues lo que es la verdad en sus diferentes objetos, pasémos á considerarla relativamente á nosotros, ó para mejor decir, á examinar los diversos estados del entendimiento con respecto á la verdad.

III.

20. Si Dios nos ha dado un entendimiento capaz de conocer, y la verdad en todos sus órdenes es capaz de ser conocida, no basta, hijos mios, considerar la verdad en sí misma y en sus diferentes objetos: es necesario verla en sus relaciones con el alma. Estudiar la verdad en esta relacion es lo mismo que examinar los diversos estados que relativamente á ella tiene nuestro entendimiento, ó indagar los medios propios y eficaces para que sea bien conocida.

21. De que tenga el hombre una facultad para conocer, no se sigue precisamente que conozca, bien así como de que uno tenga sed ó hambre, no se infiere que beba y coma. El conocimiento pues de la verdad supone tres cosas: primera, la existencia de ella; segunda, la facultad nuestra para conocerla; y tercera, el ejercicio bien dirigido de esta facultad. Hai pues, cuatro estados del alma con respecto á la verdad: primero, la simple inexistencia; segundo, la sustitucion; tercero, la vacilacion; cuarto, la posesion efectiva. La primero se llama *ignorancia*, pues consiste ésta precisamente en no conocer ni saber: lo segundo constituye el *error*, el cual consiste en afirmar como verdadero lo que es falso, y al contrario, tener por falso lo verdadero; lo tercero constituye la *duda*, que es la suspension del ánimo entre dos razones contrarias; lo cuarto forma el conocimiento y produce la *certidumbre*. Cuando la duda no tiene razones iguales, hai *probabilidad* por el lado donde las razones pesan mas en el juicio.

22. Síguese de aquí, que el entendimiento, para conseguir su fin, ha menester aplicarse á adquirir conocimientos para salir de la ignorancia, depurar bien sus conocimientos adquiridos para librarse del error, empeñar su discurso en lo que no es claro para disipar la duda, y conocer las reglas que dan á conocer infaliblemente la presencia de la verdad, para lograr la certidumbre.

23. Cómo salir de la ignorancia? meditando, estudiando, aprendiendo. La meditacion es la aplicacion de nuestras facultades intelectuales á un objeto con el fin de entenderle; el estudio es la repeticion que hacemos de las verdades entendidas, para que se graben en el alma, como un depósito de conocimientos que nos deben servir para el uso comun de nuestra vida moral. La meditacion empeña, como se ha dicho, todas nuestras facultades intelectuales: empeña la *atencion*, para que no se nos escape el objeto y ni se divague la mente; la *reflexion* para volver de unas ideas á otras, de unas cosas á otras, á fin de indagar sus verdaderas relaciones; el *juicio*, para fijar los resultados de la reflexion, y el *discurso* para progresar de unas verdades á otras. El estudio ejercita: en primer lugar, las facultades dichas, porque la meditacion es una especie de estudio; y en segundo, la *memoria*, para fijar en el alma las verdades conocidas y hacer de ellas el uso y aplicacion convenientes cada vez que se ofrezca.

24. Mas en la economía de todos esos trabajos va corriéndose un riesgo, como bien lo comprenderéis. ¿Cuál es este riesgo? El de caer en error por una mala direccion de nuestras facultades, ya sea este error parcial, ya total; porque puede suceder muí bien que los conocimientos adquiridos por la meditacion y el estudio sean, ó todos verdaderos, ó todos falsos, ó unos verdaderos y otros falsos. En el primer caso, el entendimiento ha tocado plenamente á su objeto, no tiene que retroceder, sino solamente que conservar, fecundar y convertir en provecho de todo el hombre los conocimientos adquiridos: en el segundo, tiene que volver hasta el punto de partida, limpiar, digámoslo así, el campo de la inteligencia de todos los escombros que en él deje el edificio del error que se debe destruir, y comenzar de nuevo á levantar el de la verdad. Este estado del alma es por mil veces que la ignorancia, ya por ser tan difícil purificarla de todos los vestigios que deja el error, ya por las preocupaciones que engendra éste, las cuales oponen una vigorosa resistencia cuando se trata de destruirlas, ya finalmente porque la salida del error á la verdad importa un doble trabajo para la inteligencia. El tercer estado, es decir, aquel en que los conocimientos son una mezcla de verdades y errores, es acaso peor que todos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

25. Resulta de aquí, amados hijos, que nada es tan importante para el hombre, supuesto que la verdad es el fundamento de todo, como ponerse á cubierto del error, garantizar de todo peligro sus conocimientos y estar seguro de poseer la verdad. ¿Cómo adquirir tan precioso bien! ¿cómo salvarse de todos los peligros con que á cada paso lucha la inteligencia! De un modo mui sencillo, amados hijos; aprovechando los medios que el mismo Dios nos ha concedido para libertarnos del error. Dios no podia dejar imperfectas sus obras, y es claro que habiendo hecho el entendimiento para la verdad, le dió medios seguros para conocerla y distinguirla del error, y sentimientos de ella tan fijos, que no pudiesen engañarle.

26. Cuando el alma conoce la verdad, y sabe que conoce la verdad, y está segura de que la verdad que conoce no es un error, se adhiere á ella con tal fuerza interior, que nada puede separarla de esta adhesion; entónces se dice á sí misma: "lo que yo sé, lo que conozco, lo que actualmente medito, existe, es una verdad." Ahora bien; este fuerte asentimiento de nuestra alma, este adherirse á una verdad conocida se llama *certidumbre*. Síguese de aquí que la verdad considerada en sí misma con independencia del entendimiento humano, es lo que propiamente se llama *verdad*; pero considerada ya en el entendimiento conocida y sentida como tal, se llama *certidumbre*. Tratar pues de la verdad en el alma es discurrir sobre la certidumbre de nuestros conocimientos ó nuestros juicios.

27. Es tan necesaria la certidumbre, que sin ella de nada podria servirle al hombre la verdad; pues para el gobierno de su conducta no le basta que la verdad exista, necesita conocerla, estar seguro de que la posee, relacionarla con todo su ser, aprovecharla en el sistema de su vida. Saquemos otra consecuencia: los medios que Dios nos ha dado para conocer la verdad y asegurarnos de su posesion, son *motivos de certidumbre*: siendo esto así, no nos resta que saber sino solo esto: ¿hai motivos para juzgar de las cosas con tal acierto, que cuando ellos nos dirijan, nos den una plena seguridad de nuestros juicios? Sí los hai, amados hijos, y tan adecuados y propios, que nada dejan por apetecer; tan evidentes é infalibles, que parecen dejar á nuestro arbitrio poseer ó no la verdad: son como las llaves de todas las puertas del alma, ó mejor dicho, como sentineles vigilantes apostados en ellas para no dejar entrar nunca el error, y abrirlas única y exclusivamente á la verdad.

28. ¿Cuántos y cuáles son estos motivos de certidumbre? cuántos son los conductos por donde llegan los conocimientos al alma. ¿Por cuántos conductos nos llegan los conocimientos? Por cuatro: dos externos y dos internos; dos que tenemos siempre dentro, y dos que siempre están fuera.

29. ¿Qué hai siempre fuera de nosotros? El mundo físico y la humanidad. ¿Cómo se comunica el primero con nosotros? Por *los sentidos*. ¿Cómo la segunda? por *el testimonio*. Dentro de nosotros tenemos un testigo constante de cuanto pasa en el alma, conviene á saber: el sentido interior, la *conciencia*, aquello que nos advierte de lo que actualmente pensamos. Las ideas que nos vienen por los sentidos, las noticias que nos vienen por el testimonio de otros, los hechos internos que nos acredita nuestra conciencia, no son, amados hijos, cuadros inmóviles expuestos al alma únicamente para ser vistos, sino un material inmenso que la naturaleza, el hombre y la conciencia ofrecen de contínuo á nuestra actividad interior, al ejercicio de nuestras facultades mentales. Desde los primeros juicios que formamos para depurar de todo error y extraña mezcla la verdad en estos tres órdenes diferentes, hasta el vasto conjunto de las ciencias que forma el hombre usando de su razon, hai, amados hijos en el alma un trabajo contínuo de atencion, de reflexion y de discurso. Podria suceder mui bien que, adquirido cierto número de verdades, al dar el paso á compararlas entre sí, al sacar unos conocimientos de otros conocimientos, padeciésemos algun error. En este caso ¿de qué serviria la seguridad primitiva, si no tuviésemos la secundaria? ¿qué podria importarnos saber con toda evidencia que un objeto que tenemos á la vista, es un casa y no una colina, si al habitarla se habia de venir encima de nosotros y aplastarnos, ó nos habia de comunicar un contagio, ó hacer perecer al filo de la espada de algunos malhechores allí ocultos! Al pasar á la vida práctica, al aplicar nuestros conocimientos á la conducta, todo se mezcla, y andan reunidas la relacion de los sentidos, el testimonio de los hombres, la conciencia; y como esta reunion no puede verificarse sino por la accion de nuestras facultades sobre nuestros conocimientos, es evidente que andaríamos á tientas, como suele decirse, y á cada paso caeríamos en el precipicio, si no tuviésemos, para calificar la exactitud de nuestros discursos y depurar de todo error la verdad de nuestros juicios, medios tan infalibles como los que tenemos para lo demas. Pero Dios nuestro Señor, que á todo ha provisto competentemente, nos ha dado estos medios, y son ciertas reglas infalibles en que podemos probar la rectitud de nuestros juicios, la exactitud de nuestras deducciones y salvar de todo peligro de error el ejercicio de nuestras potencias. Este conjunto de reglas forma el *Arte de raciocinar ó discurrir*.

30. Hai pues, hijos mios, reglas fijas y seguras para no engañarnos ni en lo que recibimos por los sentidos, ni en lo que sabemos por el testimonio de los hombres, ni en lo que nos advierte nuestro sentido íntimo, ni en los conocimientos que adquirimos por el buen uso de la razon, y por tánto no me detendré á demostraros la existencia de estas reglas, ni á explicároslas una por una, y tánto ménos, cuanto que adelante tendré que volver á este punto, al hablar de las pruebas de la revelacion.

IV.

31. Os he manifestado, amados hijos, en esta instruccion que la verdad considerada en sí misma, es *lo que es*, lo que existe ya materialmente, ya esencialmente: es decir, la existencia y la esencia de las cosas en sí mismas: que considerada en sus objetos, comprende al Ser increado y al ser creado; que estos dos seres por razon de su naturaleza, están distribuidos en dos categorías, la de los cuerpos y la de los espíritus ó cosas puramente espirituales; que la verdad, acerca de los cuerpos y sus cualidades se llama *verdad en el órden físico;* que la verdad espiritual y mental, aquella que no representa cuerpo ni cualidad corpórea, se llama *verdad en el órden metafísico*, pues metafísico quiere decir cosa sobre los cuerpos ó sobre lo corpóreo: que siendo el hombre un ser compuesto de cuerpo y alma, comprendeen su naturaleza los dos órdenes dichos; y estan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do sujeto á una ley que regla su conducta, norma sus costumbres y constituye el órden moral, hai tambien *verdad en el órden moral:* que considerada la verdad en nosotros, ó mas bien en los diversos estados que puede tener nuestro entendimiento con respecto á la verdad, hai un estado de conocimiento de ella, un estado de no conocimiento y un estado de tener por verdadero lo que no es, ó por falso lo que es verdadero; que el primero constituye el *conocimiento* propiamente dicho, y en escala plena la *sabiduría;* el segundo, la *ignorancia,* ya absoluta si nada se conoce, ya respectiva si se conoce algo y algo se ignora, y el tercero representa el *error;* que habiendo sido hecho el entendimiento para conocer la verdad y librarse del error, y no pudiendo faltarle modo para conseguir uno y otro, pues el entendimiento es obra de Dios, y Dios nada deja incompleto, hai medios seguros y eficaces para conocer la verdad y salir de la ignorancia; conocerla clara y distintamente, para no confundirla con lo que no es ella y librarse de caer en error, ó echarle fuera del alma, si en alguno se ha incurrido: que estos medios, enteramente análogos á los varios objetos de la verdad, son: para los cuerpos y sus cualidades, esto es, para la existencia, partes constitutivas y fenómenos del *órden físico,* la relacion de los sentidos corporales; para las cosas que no han afectado nuestros sentidos corporales, ya por el lugar, ya por el tiempo en que han sucedido, el *testimonio de los hombres;* para las cosas que pasan dentro de nosotros mismos, el *sentido íntimo,* y para elevarnos de estas primeras verdades al conocimiento de otras que de ellas nacen, la *exacta deduccion,* ó sea el discurso y la razon humana.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

UNDECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LOS TRES DIVERSOS MODOS

CON QUE LA VERDAD ESTA EN EL ALMA, SEGUN QUE VIENE DE LA CIENCIA, DEL TESTIMONIO HUMANO, O DE LA REVELACION DIVINA.

Ex parte enim cognoscimus, et ex parte prophetamus.... Videmus nunc per speculum in ænigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte; tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.

Ahora nuestro conocimiento es imperfecto é imperfecta la profecía.... Al presente no vemos sino como en un espejo á *Dios,* y bajo imágenes oscuras: pero entónces le veremos cara á cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente: mas entónces le conoceré á la manera que soi yo conocido.

I. Cor. cap. XIII, vv. 9, 12.

1 He considerado la verdad en la instruccion precedente, amados hijos, bajo tres puntos de vista muí principales, conviene á saber: en sí misma, en sus objetos y en el alma: he fijado los tres órdenes generales en que se halla distribuida por razon de sus objetos, y son: el órden metafísico, el físico y moral: he manifestado cuáles son los diferentes estados del entendimiento respecto á la verdad, y se designan con los nombres de conocimiento cuando ésta se sabe, de ignorancia en el caso contrario, de error cuando se tiene lo verdadero como falso y viceversa, y de duda cuando el ánimo está suspenso entre dos razones contrarias sin percibir clara y distintamente las cosas. He concluido de aquí la necesidad que hai de medios eficaces para estar seguro de poseer la verdad, y manifestado por último en general cuáles son estos medios y cómo ellos nos aseguran de que conocemos la verdad, cuya seguridad se llama *certidumbre.*

2. Hai empero una nueva luz con que considerar este mismo punto, y es, el diver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so modo con que la verdad ya conocida se encuentra en nosotros, cualquiera que sea el órden á que pertenezca. Esta diversidad nace de los motivos de nuestro asenso, los cuales varían segun el modo con que conocemos cada verdad. El apóstol San Pablo, en las palabras que acabo de citar de su epístola primera á los fieles de Corinto, distingue con mucha oportunidad entre el conocimiento natural que tenemos de las cosas, vistas y palpadas por nosotros, y aquel que se funda solo en la revelacion divina. Supone muí bien el santo apóstol que nuestro asenso á la revelacion es tan cumplido cuanto mas no cabe; pero en cuanto al objeto mismo revelado manifiesta que no le vemos á plena luz como es en sí, pues no lo permiten las leyes de nuestra naturaleza: dice que esos arcanos augustos no están en el alma sino como imágenes imperfectas dibujadas en un espejo, como representaciones oscuras y en cierto modo impenetrables: *Videmus nunc per speculum in ænigmate.* Mas como esto se refiere solo al tiempo de nuestra presente vida, señala inmediatamente aquella otra perdurablemente iluminada por el sol de justicia, donde no pueden existir sombras ni tinieblas, porque todo se ve como es en sí: *tunc autem facie ad faciem.* No se contenta con esto el apóstol; quiere darnos alguna idea de lo que será ver en sí misma la verdad revelada, por lo que mas claro aparece para nosotros durante la presente vida, y escoge de intento la existencia propia, tal vez porque no hai cosa percibida con mayor claridad ni sentida con mayor fuerza por el hombre. "Entónces dice: conoceré como yo soi conocido:" *tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.* Mas como el conocimiento natural está fundado, ya en nuestras percepciones claras é inmediatas, ya en las noticias ciertas y seguras que tenemos de las cosas, hai tres conductos ó vías de conocimiento; conviene á saber: la ciencia propia, el testimonio humano y la palabra divina. En los tres casos conocemos la verdad, en los tres casos podemos estar seguros de poseerla, en los tres casos nos adherimos fuertemente á la verdad conocida y la damos todo nuestro asenso; pero tanto éste como el conocimiento de la verdad son diversos y nunca deben identificarse. Voi pues á considerar la verdad bajo estos tres nuevos aspectos, hablando en primer lugar, de la ciencia propia; en segundo, del testimonio humano; y en tercero, de la palabra divina.

I.

3. Entiéndese por ciencia propia la vista clara y distinta de las cosas, ora se trate de la percepcion bien calificada de los sentidos, ora se considere la accion interior de nuestro discurso. Tener ciencia propia es saber las cosas por uno mismo, y no porque otro se las refiere. Llega, por ejemplo, un gran personaje á cierto lugar, y todos los del pueblo saben esto muí bien, sin que les quepa duda. Pero entre ellos unos hai que le vieron con sus propios ojos llegar, le conocieron personalmente; y otros que lo saben por noticias. Pues bien: los primeros tienen ciencia propia, y los segundos conocimiento cierto, mas no ciencia propia. Este ejemplo sirve para todo y en todas líneas, y basta para darme bien á entender cuando hablo de la primera forma con que la verdad está en el alma. En el órden metafísico, en el órden físico y en el órden moral podemos conocer la verdad bajo cualquiera de las tres formas, es decir: ya por ciencia propia, ya por testimonio humano, ya por una revelacion divina. El conocimiento de Dios y el del alma humana pertenecen á la verdad metafísica: pues bien, hai tres modos de conocer ésta: el primero es el uso recto de nuestra razon, que nos hace ver por nosotros mismos, no con nuestros sentidos sino con nuestra alma, lo que puede conocerse naturalmente acerca de estos dos seres; en este caso tenemos una ciencia propia; mas puede suceder que no nos hayamos ocupado por nosotros mismos en esto, y que aquellas verdades que forman esta ciencia las aprendamos de la boca de los sabios, teniéndolas por ciertas, por el concepto que ellos nos merecen; en este caso conocemos la verdad en el órden metafísico por el testimonio humano: finalmente, la fe católica nos enseña la verdad revelada sobre Dios, el alma humana y demas cosas espirituales, y nos adherimos á esta verdad, porque viene de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; en este caso conocemos la verdad metafísica por la revelacion divina.

4. Pero qué, ¿sucede lo mismo con la verdad en el órden físico? Sí, amados hijos, tambien sucede: veamos cómo. Ya sabéis que la verdad en el órden físico versa sobre los cuerpos y sus cualidades propias: pues bien, de esto tenemos una ciencia propia cuando vemos, ú oimos, ú olemos, ó gustamos, ó palpamos los cuerpos, pues entónces nos consta que ellos existen, estamos viendo de qué color son, qué tamaño tienen, si son duros, si son blandos, si saben agradablemente ó saben mal. Pero cuando no estamos en contacto con los cuerpos, ora por su distancia, ora por la incapacidad de algun sentido, ó bien por cualquiera otra causa, entónces sabemos las mismas cosas porque otros nos las cuentan. Una persona, por ejemplo, nos dice que en cierto lugar hai muchas montañas; que las frutas son extraordinariamente grandes, pero muí desabridas, &c., &c.: en este caso sabemos la verdad en el órden físico, no por ciencia propia, sino por el testimonio humano. Por último, el conjunto de los cuerpos que se designa con el nombre de *universo físico*, tuvo un orígen, una disposicion primitiva &c., que ningun hombre vió, porque Adan y Eva, cuando empezaron á existir, ya encontraron hecho el mundo. ¿De dónde nos ha podido venir este conocimiento? No de ciencia propia, pues no le vimos hacer; no de testimonio humano, pues ningun hombre le vió hacer: luego solo pudo venirnos de revelacion divina.

5. Pasando al órden moral, ya os he dicho que sus tres elementos son la ley, la conducta y la conciencia. Sobre la ley tenemos ciencia propia en tanto que nos imponemos por nosotros mismos de lo que contiene, ciencia provenida del testimonio humano en cuanto se nos ha trasmitido á nosotros como publicada por Moysés por el antiguo, constante y perpetuo testimonio de los pueblos judío y cristiano; y tenemos por último conocimiento de la revelacion en cuanto nos consta por pruebas ciertas, que Dios mismo la dió á Moysés para que la publicase. Acerca de la conducta agena en el órden exterior tenemos ciencia propia cuando vemos de que manera obran los hombres y hablan: tenemos ciencia provenida del testimonio cuando no habiendo nosotros observado nada, sabemos el modo con que otro se conduce por la relacion que nos hacen los testigos, y tenemos conocimiento por testimonio divino, cuando sabemos por las Sagradas Letras el comportamiento, el juicio y el premio ó el castigo de algunas personas.

6. Véis pues, amados hijos, cómo en todos los objetos de la verdad, es decir: en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

órden metafísico, en el órden físico y en el órden moral, puede hallarse la verdad en el alma, ora bajo la forma de la ciencia propia, ora bajo la forma de la fe humana, que se funda en el testimonio del hombre, ora bajo la forma de la fe divina, que se apoya solidísimamente en la infinita veracidad de Dios.

7. Cada una de estas tres formas de la verdad es susceptible de mas ó ménos, lo cual quiere decir que podemos tener una ciencia propia mui reducida, mediana ó extensa; un conocimiento histórico ya limitado y superficial, ya extenso y profundo; un saber cristiano ya reducido á lo mui preciso para salvarnos, ya tan amplio como puede suministrarle el conocimiento de las Sagradas Letras, de las obras de los santos Padres y de la Teología en todos sus ramos. Trayendo pues á mi propósito estas tres formas y comenzando por la de la ciencia, voi á examinar cuál es el carácter propio de ella relativamente á la vida comun y moral de los hombres.

8. Ya he dicho que la ciencia consiste en la percepcion clara y distinta de la verdad; que pueden percibirse pocas ó muchas verdades, percibirse solo la verdad capital, y no sus legítimas consecuencias: en suma, puede tenerse una ciencia mui limitada, porque se reduzca solo á ciertas percepciones, y una ciencia mas amplia que abrace por entero el conocimiento claro y distinto de una materia por sus primeros principios, sus exactas consecuencias y acaso tambien sus adecuadas y propias aplicaciones. En ambos casos hai ciencia, pero en diferente grado; porque quien solo percibe clara y distintamente las primeras verdades, tiene menor ciencia que el que ha podido elevarse al conocimiento de otras muchas por el buen uso de la razon. Esto ha hecho reservar generalmente el nombre de ciencia para designar con él un conjunto de verdades deducidas de los primeros principios y extendidas al conocimiento perfecto de un objeto. El que sabe, por ejemplo, que dos y dos son cuatro, que tres y dos son cinco, que dos mitades hacen un todo, tiene ciencia de ello; mas no por esto tiene la ciencia total de los números, pues para ello seria necesario que conociese bien todas sus relaciones y fuese capaz de explicar y demostrar las diversas operaciones que se hacen con los números. Esta explicacion brevísima basta para que conozcáis dos cosas: primera, de qué modo y en qué grado puede hallarse la verdad bajo la forma de la ciencia en todos los que han llegado al uso de la razon; segunda, en qué grado se ha de poseer y con cuál extension la verdad que pertenece al raciocinio, para que su conocimiento constituya una ciencia propiamente dicha. No me detendré mas en explicar este punto, pues para mi propósito basta darle á entender así en general. Veamos pues ahora si la verdad bajo la sola forma de la ciencia es bastante para atender á todas las necesidades del hombre.

II.

9. Comencemos por las ciencias propiamente dichas, esto es, consideradas como sistemas perfectos de conocimientos. Decidme, amados hijos, ¿qué son los que saben una ciencia respecto de los que la ignoran? Lo que podria ser una gota respecto de un caudaloso torrente. Vosotros mismos podéis dar testimonio de esto: en una gran poblacion de muchos miles de habitantes, tal vez no hai dos que sepan medicina, ni otros tantos

jurisconsultos, filósofos, matemáticos, naturalistas, &c.; el resto de la poblacion lo ignora todo. Demos otro paso. ¿Cuántos hai en toda una nacion que posean todas las ciencias? Tal vez ninguno, y aun en el mismo mundo se veria como una cosa mui rara un sabio universal. Saquemos, pues de aquí una consecuencia. La ciencia tiene un carácter excepcional, porque no pertenece á todos, porque solo llegan á ella esos poquísimos que reunen á una buena capacidad y una inteligencia clara un estudio contínuo, largo y laborioso. Ahora bien: como la excepcion no es la regla, sino al contrario, la ciencia no puede ser la norma comun del individuo y de la sociedad para gobernarse en el sistema de la vida.

10. ¿Lo será por ventura la ciencia en su menor grado, es decir, en esas verdades obvias que todos perciben? Yo os haré una pregunta: vosotros pasáis durante el dia por una serie de pensamientos; habláis y oís algunas palabras, practicáis cierto número de acciones; decidme pues, amados hijos: de todas estas cosas ¿cuántas hacéis por la ciencia, y cuántas por solo el testimonio? Las primeras vienen á ser casi nada respecto de las segundas. Os levantáis, saludáis á vuestro padre y vuestra madre: ¿quién os ha dado á conocer esta primitiva relacion de la naturaleza? ¿La ciencia propia? Cierto que no, porque no visteis cuando os engendraron, sino el testimonio. Se os presenta el desayuno y le tomáis: ¿quién os inspira la seguridad necesaria para tomar esto sin recelo? ¿La ciencia? No le habéis visto hacer: luego el testimonio. Sois comerciante y queréis hacer algun contrato; necesitáis conocer el valor de las cosas, su escasez ó abundancia; tener seguridad de adquirir efectos legítimos y de que se os cumpla lo pactado: ¿á qué apeláis, á la ciencia ó al testimonio? De esta suerte podria yo ir discurriendo, y no acabaria nunca; pero lo dicho basta para que vosotros, reflexionando atentamente sobre lo que os pasa y sobre lo que á todos sucede por lo comun en el uso ordinario de la vida, quedéis persuadidos íntimamente de que, aun en el órden meramente natural y humano es imposible dar tres pasos en la carrera sin el apoyo del testimonio ageno. ¿Habéis visto dar las leyes? No. ¿Por qué pues las obedecéis? por el testimonio ageno. ¿Habéis visto todos los sucesos que diariamente acontecen en vuestra patria? ¿habéis conocido y tratado personalmente á todos los hombres que figuran en la dilatada escala de los empleos civiles y militares? ¿habéis viajado por todo el territorio de vuestro pais y aun por todo el mundo? No. ¿Pues por qué habláis con tanta seguridad de guerras, de caudillos, de soberanos, de magistrados, tribunales y juicios? ¿porqué nombráis tantas personas desconocidas para vosotros y habláis de tantos lugares donde no habéis estado, pero con la seguridad de que existen? No por la ciencia; luego por el testimonio ageno.

11. Síguese de aquí, amados hijos, que aun en el órden puramente natural y humano, no es la ciencia, sino la fe aunque humana, la norma comun de las sociedades. ¿Qué juicio formar pues acerca de la fe humana ó sea del segundo aspecto bajo que conocemos la verdad? Que ella tiene una grande importancia en sí misma, y para la ciencia, y aun para la fe divina. La tiene, hijos míos, en sí misma, por el mayor número y extension de los objetos que abraza, puesto que, segun acabáis de ver, lo que se sabe de ciencia propia no es casi nada respecto de lo que se adquiere por el testimonio humano;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque solo ella domina todos los tiempos, todo el espacio y todas las generaciones, pues la verdad no pasa de tiempo á tiempo sino por el testimonio humano, no circula en toda la superficie de la tierra sino por el testimonio humano, no se trasmite de unas generaciones á otras sino por el testimonio humano. La tiene tambien para la ciencia, porque ¿qué cosa es la ciencia? el conocimiento de las cosas por sus causas. ¿Sobre qué descansa? sobre los hechos, pues primero es conocer y apreciar el hecho que analizarlo hasta convertirle en objeto de toda una ciencia. ¿Cuál es su punto de partida? los principios: ¿Con qué se prueban los principios que no pueden demostrarse á priori? entre otras cosas, con su antigüedad, perpetuidad y universalidad. La antigüedad pertenece al tiempo, la perpetuidad á la sucesion continua, la universalidad al número y por consiguiente á las generaciones y al espacio. Luego, siendo el testimonio humano el único testigo de la antigüedad, perpetuidad y universalidad, pues que domina el tiempo, el espacio y las generaciones, sirve á la ciencia comprobándola extrínsecamente la fuerza y el poder de primeros principios.

12. Hai más todavía, hijos mios: la ciencia tiene dos faces; conviene á saber: el aparato intelectual de sus demostraciones y el conjunto de sus resultados especulativos y prácticos. Bajo el primer aspecto retiene su nombre de *ciencia*, pues quien considera por sí mismo este aparato demostrativo, ve la demostracion, posee la verdad por ciencia propia. Considerada empero bajo la segunda, se trasforma de ciencia en doctrina, pues que trasmite, vulgariza y circula como verdades adquiridas las consecuencias del estudio, los resultados de la demostracion. Esto quiere decir que aun la misma ciencia, para penetrar en las masas y extender los conocimientos, procede, no demostrando pues esto es para pocos, sino enseñando, único medio de circular los conocimientos entre muchos. ¿Y qué necesita la ciencia para acreditar sus verdades entre la multitud? El concepto de quien las trasmite, ó el sentido comun que las recibe; pero ya éste ya el otro presuponen el testimonio. Si yo creo un teorema de matemáticas por el concepto que me merece aquel de quien le oigo, la verdad matemática está en mi entendimiento bajo la forma de la fe. Si yo descanso en una verdad por ser de sentido comun, no puedo comprobarme tal motivo, si no es por el testimonio humano que, enseñándome lo que todos piensan, me demuestra que tal verdad está comunmente recibida. Mas no debemos parar aquí: el testimonio humano, que tanto sirve á la ciencia, como se ha visto, no es ménos importante para la fe divina.

13. Esta es la verdad revelada y el asenso á esta verdad. ¿Cómo trasmite Dios su verdad al hombre acerca del órden sobrenatural? por el órgano del hombre. Habló á los Patriarcas, y estos eran hombres; habló á Moyses, y Moyses era hombre; inspiró á los Profetas, y estos eran hombres: los Apóstolos que trasmitieron la palabra de Dios, eran hombres; Jesucristo que autorizó á los Apóstoles, llenó la esperanza de los Patriarcas, dió su plenitud á la ley de Moyses y realizó los oráculos de los Profetas, es no solamente Dios, sino tambien Hombre. Pues bien: se necesita el testimonio humano para la revelacion divina, porque Dios la trasmite al hombre por el órgano del hombre. Hai sin embargo en esta comunicacion de verdad una prueba indispensable que hacer.

14. ¿Cómo persuadirnos de que la doctrina que nos comunica el hombre como revelada por Dios, es en efecto una revelacion divina y no una invencion humana? Por la naturaleza de las obras que practica para acreditar su mision, y por los caracteres de la doctrina que enseña. ¿Cuáles son aquellas obras? Las profecías y los milagros. ¿Cómo comprueban una mision divina? porque solo Dios puede cambiar las leyes de la naturaleza, que es lo que constituye el milagro, y dar á conocer el porvenir, que es lo que constituye la profecía. Entónces creemos al que nos dice: "Lo que os enseño, Dios lo ha revelado por mi conducto á vosotros;" pues no podemos rehusar nuestro asenso á la vista de una ciencia que solo Dios posee, cual es la del porvenir, y de un poder que solo en Dios está, cual es el de suspender ó contrariar las leyes de la naturaleza. Pues bien: la profecía habla á los sentidos y se trasmite por el testimonio humano, ya en sí misma, ya en su cumplimiento. Si en el siglo XII hubiese dicho alguno "Cristobal Colon descubrirá un nuevo mundo, y Hernan Cortés hará la conquista de México," hoi tendriamos necesidad de acreditar con el testimonio de los hombres el anuncio, como sabemos por la historia el descubrimiento de las américas y la conquista de México. Mas, una vez cerciorados de estos dos hechos, muí naturales cada uno como lo vés, nuestra razon juzgaria de ambos, veria una profecía cumplida y sacaria por consecuencia la intervencion directa de la Divinidad. Pues bien, hijos mios, esto sucede precisamente con la religion. Todo en ella es histórico: la historia nos da el conocimiento de Moysés y lo que hizo para comprobar su mision; de los Profetas, de sus anuncios y del tiempo en que los hicieron; de Jesucristo, sus milagros, su doctrina, su vida y su muerte, y por consiguiente, de la plenitud de la ley y cumplimiento de las profecías. Examinando pues todos estos hechos, estudiando sus relaciones, vemos que los milagros fueron verdaderos milagros; que las profecías se cumplieron; que la doctrina tiene una perfeccion sobrehumana, y entónces decimos con toda seguridad: "existe una revelacion hecha por Dios á los hombres; esta es:" y cómo sabemos que Dios no puede engañarse ni engañarnos, creemos en esta palabra sin vacilar y con cuanta fuerza cabe en nuestro ser. Ahora bien: ¿quién nos ha trasmitido los hechos? el testimonio humano. ¿Quién ha calificado este testimonio y percibido clara y distintamente que hai una revelacion divina? La razon humana. ¿Cómo se llama la percepcion clara y distinta que tiene nuestra razon acerca de las cosas? *ciencia*. Luego el humano testimonio que sirve á la ciencia con sus hechos, con sus tradiciones y su poder expansivo, necesita de la ciencia misma para ser calificado, inspirar plena seguridad y producir la certidumbre. Luego la revelacion, divina fundada toda en hechos, necesita: en primer lugar, el testimonio humano que trasmita los hechos; en segundo, la razon humana con su ciencia que califique el testimonio, examine los hechos atestados y establezca como consecuencia infalible la divinidad de la revelacion. Ved pues, amados hijos, lo que es la tradicion humana para las ciencias, y ambas para la fe divina.

15. Procedamos, despues de lo dicho, á definir y calificar el asenso de nuestro entendimiento á la verdad bajo esta triple forma. En los tres casos nos adherimos fuertemente á la verdad ya sabida; pero la adhesion es diversa. Cuando se funda en la percepcion clara y distinta de la verdad en sí misma y por nosotros mismos, la vemos, digámoslo así, con los ojos del alma, lo mismo que un objeto exterior con los del cuerpo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando no percibimos por nosotros las cosas sino que las sabemos por la relacion agena, pero llegamos á persuadirnos de que tal relacion es verdadera y exacta, nos adherimos á lo que no vemos pero tenemos por cierto, y esta adhesion se llama *fe*. Fe por lo mismo es creer lo que no se ve; el asenso á la verdad que vemos por nosotros mismos, se llama *ciencia, evidencia, certidumbre;* el que damos á lo que no vemos pero tenemos por cierto, se llama *creencia*. Si el testimonio es humano, el mismo carácter tienen la fe y la creencia; si es divino, sucede lo mismo. *Fe humana* es creer lo que no vemos, porque lo dicen los hombres; *fe divina* es creer lo que no vemos, porque lo dice Dios.

16. La ciencia, evidencia, certidumbre, son cosas naturales, la fe humana es tambien una cosa natural; mas no sucede lo mismo con la fe divina, y esto merece una explicacion.

III.

17. La fe divina, hijos mios, es bajo todos aspectos una cosa sobrenatural, pues ya se considere como la verdad que se cree, ya como la creencia de esta verdad, no es natural sino sobrenatural en el hombre. Nuestro manual catecismo nos dice, definiéndola, que es *una luz ó conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone*. Si lo que creemos es lo que Dios dice, la fe considerada en su objeto, esto es, en la verdad revelada, es divina y no humana, sobrenatural y no natural, y por lo mismo no debe confundirse ni con la vista de la ciencia, ni con el asenso que prestamos al testimonio del hombre. Si la luz que nos manifiesta esta verdad es, como se ha dicho, sobrenatural, desde luego se comprende que nuestro asenso á la verdad revelada y nuestro conocimiento de ella no son cosas naturales, sino sobrenaturales. Esta palabra *creo* representa por lo mismo en el símbolo católico una cosa mui diversa de lo que significa, ya en la ciencia, ya en la historia. El creer viene á nosotros de Dios y no del hombre, no de la naturaleza, no del entendimiento con sus facultades; esta palabra *creer* en el idioma de la religion, no es el pensar del alma, ni el sentir del juicio, ni el opinar del hombre, sino el ejercicio de una virtud divina que si Dios no nos la hubiese infundido, jamas la tendriamos; no nos la darian todas las ciencias con sus luces, toda la historia con sus noticias, ni todos los hombres con su experiencia y testimonio. La fuerza de esta palabra es tal, que no puede compararse con otra fuerza alguna. El asenso á la palabra de Dios es mas intenso, es mas firme, es mas sólido, es mas seguro que el que prestamos á nuestra ciencia propia y al testimonio humano: nos adherimos á las verdades reveladas con todas las fuerzas de la naturaleza y con todas las fuerzas de la gracia. ¿Por qué lo primero? Por la dedicacion de todas nuestras facultades intelectuales á las verdades de la fe: las creemos, las meditamos, las fecundamos con nuestra reflexion, vivimos de ellas, por decirlo así: ademas, como las verdades de la fe se acreditan ante la razon con todas las luces de la evidencia, no intrínseca sino extrínseca, es decir: como la razon humana percibe clara y evidentemente que hai una revelacion divina y sabe del mismo modo cuál es, tiene acerca de este punto, es

decir, del hecho de haber hablado Dios, cuanta evidencia pudiera desear. Sabe tambien por sí misma que Dios existe, y alcanza que es un Ser sumamente perfecto, infinitamente veraz, que no puede engañarse ni engañarnos. Con estas dos luces, naturales y evidentes ambas, el asenso de la creencia tiene, como decia no ha mucho, todas las fuerzas de la naturaleza. Tiene tambien todo un poder sobrenatural. ¿En qué consiste? primero, en el poder supremo de la palabra divina sobre toda otra palabra; segundo, en la infinita supremacía de la ciencia divina sobre toda otra ciencia; tercero, en la infalibilidad del testimonio divino, que no puede compararse con ningun otro testimonio; cuarto, en la fuerza intrínseca de la virtud que se nos infunde para creer; quinto, en el incremento que por la gracia, correspondida de la naturaleza, recibe á cada paso y constantemente aquella santa virtud: incremento tan grande, antaños hijos, tan maravilloso, que Jesucristo Señor nuestro no dudó proponer á la gran fe los mayores portentos; y él mismo recompensaba con sus dones la fe de los que se le acercaban, ya dándoles la salud para sus deudos como al Centurion, ya curando á quien tocaba sus vestidos como á la muger que padecia el flujo de sangre, ya dispensando los bienes materiales como el vino milagroso que á la postre se sirvió en las bodas de Canáa, y los panes y peces multiplicados que alimentaron á la multitud en el desierto, ya trasformando los vasos de ignominia en vasos de eleccion, como sucedió con la Magdalena y con Pablo, ya otorgando el cielo á los criminales arrepentidos, como lo hizo con el buen Ladron. Ved pues, todas las ventajas que lleva la fe divina sobre la fe y la ciencia humana, ya se considere su objeto, ya su orígen, ya la fuerza del testimonio.

18. He concluido, amados hijos, esta undécima instruccion. Sabéis, aunque mui en general, lo que son, ya cada una de por sí, ya unas comparativamente con las otras, ya todas en sus relaciones con la vida comun y vocacion de la humanidad, la ciencia propia, la fe humana y la fe divina. Gran bien, por lo mismo, es el que ha hecho Dios á los hombres, dándoles á conocer su verdad inaccesible é infundiéndoles una virtud para creerla con tanta firmeza: incomparable dicha es la de un cristiano; pues para tener la fe se necesita estar marcado con este carácter, de que nos reviste Jesucristo Señor nuestro por el Santo Bautismo, en que se nos da el ser de gracia é infunden por el mismo Dios la fe, la esperanza y la caridad: virtudes divinas, cuyas obras se necesitan para servir á Dios como quiere que le sirvamos, y bastan para alcanzar nuestro fin último, que es verle y gozarle por toda la eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DUODECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA POSIBILIDAD DE UNA REVELACION DIVINA.

Et dixerunt: non videbit Dominus, nec intelliget Deus Jacob. Intelligite insipientes in populo: et stulti aliquando sapite. Qui plantavit aurem non audiet? aut qui finxit oculum, non considerat?

Y dijeron: no verá el Señor, ni lo sabrá el Dios de Jacob.—Entended insensatos del pueblo y vosotros, necios, entrad una vez en cordura. ¿El que plantó la oreja, no oirá? ¿ó el que formó el ojo, no verá?

Salmo XCIII. vv. 7, 8 y 9.

1 En mi precedente instruccion, amados hijos, he hablado de la triple forma bajo que se halla en el alma la verdad en cualquiera de sus tres objetos mas generales; conviene á saber: la forma de la ciencia propia, la de la fe humana y la de la fe divina: manifesté asimismo la necesidad y los medios de adquirir la certidumbre, para estar seguros de ser una verdad la que percibimos clara y distintamente, ó á la que asentimos por el testimonio de los hombres, ó la que creemos por la palabra de Dios: comparé la fe divina con la humana y ésta con el convencimiento de la ciencia propia, para que pudiesels percibir las relaciones diversas y el influjo recíproco de estas tres formas de la verdad y nuestro asenso á ella. Sin entrar en pormenores, indiqué tambien la existencia é infalibilidad de los medios que tenemos para cerciorarnos bien de la verdad en el órden natural, es decir: de la verdad de la ciencia y de la de la fe humana; pues viniendo ésta del testimonio de los hombres, y aquella, ya del sentido íntimo, ya de la relacion de los sentidos, hai reglas mui seguras para calificar la procedencia de la verdad que los hombres nos trasmiten acerca de los hechos que no hemos presenciado, de la existencia y cualidades de los cuerpos que conocemos por la relacion de los sentidos, de lo que pasa dentro de nosotros, atestiguado por nuestro sentido íntimo, y por último, de la verdad y exactitud de nuestros juicios y discursos, para lo cual sirve competentemente el arte de raciocinar.

2. Hai, pues, medios competentes y seguros para obtener la certidumbre acerca de la verdad cuando se conoce, ya por ciencia propia ya por testimonio humano. Pero, ¿sucede lo mismo tratándose de la fe divina? ¿puede probarse la existencia y divinidad de la revelacion con la misma evidencia con que se prueba lo que atañe al órden puramente natural, y puede ser demostrado? Los incrédulos han dado á esta cuestion una solucion negativa, llegando hasta decir que ni aun es posible una revelacion divina. ¿Qué diremos de este último? Si toda revelacion es la manifestacion externa de un pensamiento, para negar su posibilidad seria preciso sostener, ó que Dios no piensa, ó que pensando no puede manifestar á nadie lo que piensa, ó que pensando y pudiendo manifestar su pensamiento, el hombre no es capaz de oirle y entenderle. Ya veréis, hijos mios, que cualquiera de estas tres hipótesis es inadmisible: pensarlo seria un delirio, decirlo seria un absurdo, como lo hace palpar el Profeta Rei con tanta fuerza como gracia en las palabras de mi texto. Arguye á los que niegan á Dios la inteligencia y la vista sobre las cosas que pasan en la tierra: les llama necios y locos, porque afirmar tal cosa es ignorarlo todo y aun perder el juicio; y para hacer palpar esta necedad y esta locura, pregunta: "¿El que plantó la oreja, no oirá? ¿ó el que formó el ojo, no verá?" *Qui plantavit aurem, non audiet? aut qui finxit oculum non considerat?* Esto mismo y con la misma razon puede contestarse á los que niegan la posibilidad de una revelacion divina sin embargo de que Dios es la verdad por esencia, Creador del hombre, y Autor supremo de la razon humana: porque, en efecto, negar esta posibilidad, teniendo aquellas ideas por otra parte, vale tanto como sostener los mayores absurdos. Bastaria pues la simple indicacion que acabo de hacer, explicando y aplicando la palabra del Profeta Rei, para excusarme de tratar con mayor detenimiento sobre la posibilidad de la revelacion divina. Sin embargo, entro en el fondo de esta cuestion, y pienso manifestaros que Dios puede revelar á los hombres una doctrina; y los hombres pueden conocer la verdad, la divinidad y el contenido de la doctrina revelada. Tal es el asunto de esta instruccion.

I.

3. ¿Qué se necesita de parte de Dios para que pueda revelar á los hombres una doctrina? Tres cosas, hijos mios: que conozca esta doctrina; que pueda comunicarla inmediatamente á un enviado, y que pueda acreditar esta mision ante los hombres. De intento me he fijado en estos tres puntos, porque de hecho el medio de que Dios se ha valido para revelar sus divinas verdades á los hombres, es este. Hizo á los patriarcas las promesas de un Redentor, reveló á Moysés la historia de la creacion y le comunicó la ley que habia de promulgar en su pueblo: inspiró á los profetas para que anunciasen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los acontecimientos relativos al nuestro Señor Jesucristo: envió á este Divino Maestro, no solo para que padeciese por el hombre, sino para que le enseñase la verdad; y Jesucristo envió á los Apóstoles, para que enseñasen la doctrina del Evangelio á todos los hombres, é instituyó su Iglesia, dándola plenísimos poderes y dotándola de infalibilidad, para que fuese Maestra de la verdad, regla de las costumbres y gobierno suyo en la tierra. Esto quiere decir que, cuando yo señalo como puntos de prueba la comunicacion de la verdad á un enviado y los caractéres de que reviste á este enviado para que todo el mundo se persuada de su mision divina entre los hombres, no excluyo todos los otros medios que hubiera podido emplear el Señor para el mismo fin. ¿Quién es capaz de conocer todo lo posible fuera de Dios? Nadie. Luego cuando se habla de una posibilidad determinada, no se excluye por cierto la otra. Mas, conviene mucho reducirse á los puntos indispensables para no divagar el espíritu en una multitud de objetos posibles pero no necesarios. La Iglesia enseña cómo reveló Dios la doctrina á los hombres; los incrédulos niegan la posibilidad de esta revelacion: luego el camino mas directo para la demostracion es probar que lo que se hizo, pudo hacerse.

4. Ahora bien: ¿Dios conoce la verdad? ¡Qué pregunta! La misma razon humana parece retraerse de hacerla. Si Dios no conociese la verdad, ¿quién la conoceria? ¿ni dónde estaria esta verdad, ni cómo comprender una verdad existente y desconocida para Dios? Este Ser Supremo no solo conoce la verdad, sino que es la verdad misma, siendo el Ser necesario, el Ser por esencia, como ya os lo manifesté con algun detenimiento en la primera parte de mi precedente instruccion. Dios dejaria de ser Dios, si no fuese infinitamente perfecto; no seria infinitamente perfecto, si no fuese omnisciо, es decir: si no lo supiese todo, si no fuese infinitamente sabio, si hubiese algo que no estuviera en su mente divina, si no conociese todo lo existente y todo lo posible. Luego Dios, hijos mios, posee la verdad, la posee de un modo esencialísimo, en grado sumo, por una necesidad absoluta de su Ser, y por tanto se ha dicho con toda certeza y exactitud, que Dios es la verdad misma.

5. Pero los incrédulos, que no admiten lo que no pueden alcanzar por la via de la razon humana, huyen el cuerpo á la dificultad, confesando que Dios existe y conoce toda verdad; pero negando al mismo tiempo que existan ó puedan existir verdades superiores á la razon: este es otro delirio no ménos absurdo que el primero: tanto valiera que un ciego negase la existencia de la luz y sus muchos y maravillosos efectos porque no ve, que un sordo negase la melodía ó el estruendo porque no oye, que un cobarde negase el valor porque no le siente en sí mismo, y así todo lo demas. Decidme, amados hijos, si la limitacion del ser contingente pudiera probar que fuera de los límites de su naturaleza, del alcance de su comprension, nada existe ni aun es capaz de concebirse, ¿no equivaldria esto á un argumento contra la misma existencia del Ser necesario? Sin duda que sí, y entónces todo lo tendriamos al revés, y la humana inteligencia volveria necesariamente al caos. Porque, en efecto, ¿cuáles son los medios de que se sirve la razon natural para demostrarse á sí misma la existencia de un ser infinito? Ya os lo he dicho: los límites y el carácter de simples efectos que tiene el hombre y todas las cosas creadas: puntualmente porque así el uno como las otras han comenzado á ser,

se dice y con razon que ha de haber un ser que nunca haya comenzado, un ser en que todo sea infinito, en que todo se contenga esencialmente, porque de otra suerte no podia ser causa de todo. Luego, si la extension de la inteligencia, del saber y del poder está en razon directa de la naturaleza de cada ser, la sabiduría de Dios tendrá el depósito de una verdad infinita, como la del hombre tiene la posesion de una verdad limitada en el número de sus objetos, en la claridad con que se ven y en el sistema de sus relaciones. ¿Cómo, pues, atreverse á negar aun la posibilidad de que existan verdades superiores al entendimiento creado, cuando hai un entendimiento increado y una sabiduría infinita? Por otra parte, ¿cómo combinar la buena fe de tales aserciones, referidas al órden sobrenatural, cuando en el fondo de la misma naturaleza creada y aun en lo mas visible y palpable se encuentran verdades superiores con mucho á la capacidad humana? "Todo el universo, dice el Señor Arzobispo de Leon, en su célebre Pastoral, todo está lleno de verdades indubitables y al mismo tiempo incomprensibles. La luz, tan admirable en sus movimientos; el aire, este fluido tan activo y tan terrible en la mayor parte de sus fenómenos; el fuego, tan espantoso en sus efectos y tan oculto en su esencia; los principios de los elementos, la variedad de sus combinaciones; el vínculo que en nosotros une dos sustancias tan diferentes; y tantas otras maravillas de la naturaleza, deben reprimir la presuntuosa confianza del espíritu humano, y convencerlo siempre de su debilidad. Mas, si en el órden de la naturaleza nos detienen á cada paso barreras que todos nuestros esfuerzos reunidos serian incapaces de salvar, ¿cómo sorprendernos de que en un órden mas elevado, cual es el de la revelacion, aparezcan verdades superiores á nuestra débil inteligencia?"

6. "¡Qué locura, pretender circunscribir en la razon humana el círculo que abraza las verdades! La verdad es infinita como Dios; su círculo es inmenso, no tiene límites, porque es eterna. ¿Qué importa, pues, negar la existencia de verdades que traspasan los límites de nuestra capacidad? Arrastrar á nuestra condicion débil y miserable la Esencia divina, pues solo de este modo podria sostenerse que no hai otra cosa que saber fuera de lo que el hombre comprende."

7. Ved, pues, amados hijos, satisfecha la primera de las condiciones que de parte de Dios ha de haber para que la revelacion sea posible; existencia de verdades superiores á la razon humana en la mente divina. Veamos ahora demostrada la segunda, es decir, que Dios puede comunicar estas verdades al hombre. Los deistas, es decir, aquellos incrédulos que afirman la existencia de un Dios pero niegan la doctrina revelada con todas sus consecuencias religiosas y morales, cuando se ven derrotados en el primer ataque y sujetos á confesar que hai verdades superiores á la razon humana, ó por lo ménos, reducidos á la ignominia del silencio, no por esto descansan, sino que, cambiando de objetos y armas, vuelven al ataque. "Si Dios dicen, puede comunicarse con el hombre, no hai mas que un medio, la razon misma: luego no puede venir de Dios lo que la razon natural no demuestre. "He aquí otro delirio de la misma clase que el primero, pues hablando de Dios, es tan absurdo é impío menoscabar su sabiduría, como destruir su omnipotencia. La idea que tenemos de este atributo, nos manifiesta que Dios puede tanto en el órden de la creacion como en la escala indefinida de la perfec-

cion de los seres. Ha podido crear al hombre, es decir, sacarle de la nada, ¿y no puede perfeccionarle? Ha podido perfeccionarle relativamente, introduciendo tal diversidad y tan maravillosa desigualdad en los entendimientos sin salir del órden natural, ¿y no es capaz de aumentar esta perfeccion, haciendo reflejarse de lo exterior al interior del alma algunos nuevos destellos de su luz infinita? Bastan pues las nociones que tenemos sobre la Omnipotencia, para desechar la pretendida falta de medios de comunicacion externa entre Dios y los hombres. Ya se anuncie clara y distintamente como á Moises desde la zarza encendida, ya por el espectáculo sublime de los prodigios y los milagros, ya por la palabra interior inspirada, como á sus Profetas y á sus Apóstoles, ya por otros medios infinitos en número que nuestro entendimiento no puede descubrir pero que nuestra razon se ve obligada á suponer, Dios puede manifestar lo que le agrade, en virtud del supremo dominio que tiene sobre todas las inteligencias que ha creado.

8. "¿Qué nueva dificultad puede oponerse para sostener la imposibilidad referida? Algunos han sostenido que no puede revelarse lo que no puede creerse, ni creerse tampoco lo que la razon es incapaz de comprender. Yo convendré sin dificultad en esto, hijos mios, cuando los deistas, hablando de buena fe, me digan por una parte, que no creen ó que comprenden la causa de la electricidad y del magnetismo, y por otra, que un ciego de nacimiento comprende ó no cree los colores, la figura, la existencia misma del sol, y finalmente, cuando un célebre filósofo, que de tantos modos y tan furiosamente ha combatido la revelacion, me explique de otra suerte, que por la ninguna imposibilidad que hai en creer lo que está sobre la razon, este bello y grande pensamiento que se escapó de su pluma sobre las páginas del Emilio. "Dios: cuanto mas me esfuerzo en contemplar su esencia infinita, tanto ménos la comprendo; cuanto ménos la comprendo, tanto mas le adoro.... el uso mas digno que puedo hacer de mi razon, es anonadarme en su presencia."

9. No hai, pues, hijos carísimos, inconveniente de ninguna clase, ni en admitir que hai en Dios muchas verdades inaccesibles á la razon humana, ni en persuadirse de que Su Majestad puede muí bien manifestarlas á una persona para que las anuncie y predique entre los hombres. ¿Qué resta, pues? un punto no mas, aunque de la mayor importancia, pues que se trata del modo con que Dios revela su doctrina. ¿Cuál es este punto? el que Dios puede asimismo revestir de tales caractéres á sus enviados, que nadie, sin renunciar á su propia inteligencia, pueda poner en duda ni la existencia de una mision divina, ni la divinidad de la doctrina predicada por el enviado. "Cuando Dios quiere manifestar explícitamente su voluntad á los hombres, es muí conforme á este designio el que revista su revelacion de unos caractéres tan claros y sencillos, y dé á conocer el orígen divino de la doctrina con signos tan esplendentes, tan obvios y tan accesibles, que arrastren indefectiblemente la conviccion de todos aquellos que no quieran cegarse contra la luz, y obstinarse contra el poder incontrastable de la verdad. Una doctrina que tiene por objeto ligar á todas las generaciones, en todos los siglos; que ha de regir todos los pensamientos, todos los discursos y las acciones todas; que ha de obligar bajo unas mismas penas y recompensas al habitante de la aldea y al personaje de la corte, al eminente genio del sabio y á la tosca razon del hombre rústico; que se in-

giere en todos los sexos, edades y condiciones de la vida; una doctrina de esta clase debe anunciar su orígen de una manera tal, que no necesite el hombre para reconocerle, sino los mismos medios de conviccion de que ordinariamente se sirve en la conducta de su vida. Bastaria pues reflexionar simplemente sobre el sugeto, objeto y fin de la revelacion divina, para confesar ingenuamente que el hombre no necesita de recursos sobrenaturales para conocerla en el todo y en sus partes. Mas, puesto que los incrédulos nada perdonan sobre este punto, descenderé, hijos mios, á ciertos pormenores, procurando al efecto servirme de sus propias armas contra la prostitucion de su juicio y la temeridad estupenda de su pluma. Procuremos pues manifestar los medios sobrenaturales de que Dios puede servirse con el fin de atestiguar la revelacion, y para fijar estos medios, oigamos á uno de los adversarios mas terribles que ha tenido la religion cristiana.

10. "El primero, el mas importante, el mas cierto de sus caracteres, dice, se saca "de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su hermosura, de su san- "tidad, de su verdad, de su profundidad y de todas las otras cualidades que pueden "anunciar á los hombres las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de "la suprema bondad."

11. "El segundo carácter consiste en el de los hombres que Dios elige para que "anuncien su palabra; su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y "sin mancha, sus virtudes inaccesibles á las pasiones humanas, son, con las cualidades "del entendimiento, es decir, con la razon, el saber, el espíritu y la prudencia, otros "tantos indicios respetables, cuya reunion, cuando no se halla desmentida por ninguna "cosa, forma una prueba completa en favor de ellos y manifiesta que estos son mas que "hombres."

12. "El tercer carácter de los enviados de Dios es una emanacion del poder divi- "no, capaz de interrumpir y cambiar, al arbitrio de aquellos á quienes ha sido comuni- "cado, el curso de la naturaleza."

13. "Es claro que cuando todos estos signos se reunen, bastan para persuadir á "todos los hombres, á los sabios, á los buenos, al pueblo, á todos en fin, si exceptuamos "á los locos, que son incapaces de razon, y á los malvados, que no quieren ser conven- "cidos de cosa alguna. Estos caractéres son pruebas de la autoridad de aquellos en "quienes reside, son razones en cuya virtud estamos obligados á creerles. Cuando con- "curre todo lo dicho, la verdad de su mision queda establecida; y en consecuencia pue- "den ellos desde entónces obrar con derecho y poder, en calidad de Enviados de Dios." [1]

14. Queda, pues, demostrado que hai verdades superiores á la razon; que Dios puede comunicarlas á los hombres y revestir á sus enviados de un poder divino que persuada la legitimidad de su mision y convenza de la divinidad de la doctrina revelada. ¿Pero el hombre es capaz de conocer esta revelacion? Sí, amados hijos, y para esto no necesita sino de poner en ejercicio sus facultades naturales.

1 Treizième lettre écrite de la Montagne, pág. 90 et suiv.

II.

15. Habéis visto que son cuatro, regularmente hablando, los medios que sirven á Dios, para revelar á los hombres una doctrina superior á la naturaleza humana, conviene á saber: la excelencia sobrenatural de la doctrina que se predica, la santidad extraordinaria del enviado que la anuncia, el divino poder que prueban los milagros, y la ciencia celestial que denuncian las profecías. Veamos, pues, cómo para conocer con toda evidencia estos cuatro medios de comunicacion extraordinaria entre Dios y el hombre, no necesita éste de mas que poner en ejercicio y dirigir bien sus facultades naturales.

16. "Comenzando por la excelencia sobrenatural de la doctrina que se predica, debemos confesar que para reconocer su orígen, es suficiente poder inferir, á vista de su exámen, que ella no ha podido venir de los hombres. Si tenemos pues recursos abundantes para hacer este exámen, y por otra parte datos suficientes para conocer que la doctrina de que se trata, no ha podido venir de los hombres, nadie negará que contamos con los medios necesarios para llegar á la certidumbre de la divinidad de la doctrina. Ahora bien, estos medios como veremos luego, se contienen íntegramente en la exacta deduccion.

17. "La exacta deduccion nos eleva al conocimiento de otras naturalezas mas excelentes que la nuestra, nos suministra las ideas de una perfeccion que no tiene el hombre. El filósofo debe al rigor de su crítica y á la exactitud de sus deducciones la idea de Dios, el conocimiento de sus atributos, las nociones sobre la verdadera felicidad, sobre lo infinito, lo eterno; objetos todos que no han podido ser una creacion del entendimiento, un fantasma de la imaginacion, una impostura del genio; ideas que se representan, porque tienen un objeto fuera del alma. Así pues como el hombre, sin necesidad de potencias sobrenaturales, de medios de investigacion milagrosos, sin ser Dios, sin ser infinito, sin ser perfecto, sin poseer la verdadera felicidad miéntras está en la tierra, llega á adquirir el conocimiento de aquellos objetos por solo el uso de su razon natural, así tambien puede llegar sin otros recursos á reconocer el carácter celestial de una doctrina revelada. No es la doctrina mas perfecta que la perfeccion misma, mas infinita que el mismo infinito, mas eterna que la eternidad misma, mas misteriosa y elevada que su Autor, mas útil, mas buena, mas poderosa, mas pura, mas excelsa ni mas santa que su causa. ¿Qué faltaria pues á la exacta deduccion para reconocer el carácter divino de la doctrina revelada, cuando tiene lo que necesita para elevarse al conocimiento y descubrir los atributos inefables de Dios? Todos los filósofos, todos los hombres de mediano sentido toman á cada paso en sus labios estas palabras: *Dios, Ser perfectísimo, Omnipotente, infinitamente sabio, último fin, bienaventuranza, santidad infinita, &c., &c.;* y todos hablan de un modo que parecen entender lo que dicen; mas no se sabe que todos tengan, ademas de los recursos mentales y comunes de la naturaleza, algunos otros extraordinarios que se les hayan dado aparte, para entender estas cosas y mencionarlas. ¿Qué resulta de aquí? Una consecuencia forzosa que por precision debemos admitir: ó nos bastan los medios naturales de que ya hemos hablado, para reconocer los caractéres divinos de una doctrina revelada, ó los sabios y los ignorantes hablan lo que no entienden ni perciben, cuando traen á propósito en sus escritos ó discursos esas diferentes palabras que corresponden á las ideas de los objetos sobrenaturales.

18. "¿Se dirá que lo limitado no puede contener lo ilimitado, ni lo finito lo infinito, ni lo imperfecto lo perfecto? Este es un antiguo sofisma, que los incrédulos no dejan de repetir para minar los cimientos del edificio augusto que reune á todos los que viven de la fe. No confundamos dos ideas que deben estar separadas: una cosa es producir ó crear objetos superiores á nuestra naturaleza; y otra mui diversa el ser capaces de conocer y distinguir estos objetos cuando se ofrecen á la inspeccion del espíritu. Seria ridículo pretender que el pobre no tiene idea de la riqueza, ni el cobarde del valor, ni el ignorante de la sabiduría; y no lo seria ménos, por lo mismo, suponer que la razon, por limitada, finita y humana, no puede conocer lo ilimitado, lo infinito y lo divino. Uno de los deistas mas célebres, el mismo Rousseau, encarece, es verdad, la dificultad que hai para reconocer los caractéres divinos de la doctrina revelada; pero de ninguna manera supone que se necesite otra cosa para este fin, sino el estudio, la reflexion y los conocimientos, es decir, los medios intelectuales de un entendimiento cultivado y una razon expedita. "Este carácter, dice, esto es, el de la divinidad de la doctrina, es el mas seguro y el mas infalible, pero el ménos fácil de fijar la certidumbre; porque exige, para hacerse sentir, el estudio, la reflexion, los conocimientos, las discusiones, que no convienen sino á los hombres instruidos y prácticos en el arte de raciocinar." [1]

19. "Si de las cualidades de la doctrina pasamos á examinar el carácter propio del enviado que la anuncia, nos basta formar este raciocinio: "Es mas fácil conocer las cualidades ostensibles de un hombre, que las relaciones profundas de una doctrina revelada: si pues el criterio natural nos basta para lo segundo, con mayoría de razon debemos inferir que nos basta para lo primero. ¿Cuáles son los caractéres que debe presentar un enviado del cielo? De parte del entendimiento, la razon, el saber, el espíritu, la prudencia; de parte de la voluntad, la santidad en las acciones, la veracidad en los discursos, la justicia inalterable, la pureza de las costumbres, las virtudes inaccesibles á las pasiones humanas. Todos estos objetos son accesibles, hieren los sentidos, fecundan la experiencia, admiten la comparacion, sostienen el exámen, y pueden por lo mismo ser competentemente calificados y puestos en el rango que les toca, sin otra diligencia que atender á ellos y á los obstáculos invencibles que la naturaleza humana opone á la perfeccion moral cuando no tiene mas luz que su luz ni mas fuerza que su fuerza. Este signo, es decir, el que se busca en el carácter propio de la persona enviada, "es, dice Rousseau, el que hiere de preferencia á las almas buenas y rectas que reconocen la verdad donde ven la justicia, y no oyen la voz de Dios sino cuando se anuncia por los labios de la virtud." Concluyamos pues, sobre el testimonio de un deista, que el carácter de las personas enviadas por Dios para anunciar su palabra, es mas accesible á la razon que el carácter mismo de la doctrina que anuncian."

1 Troisième lettre écrite de la Montagne.

20. Una doctrina que abraza la verdad en toda la extension de sus objetos, que traspasa con mucho la órbita de la inteligencia, que revela misterios inaccesibles pero no contrarios á la razon, que hace admirar la unidad mas perfecta entre la inmensa variedad de las cosas que contiene; tan universal, que ha penetrado hasta los últimos confines de la tierra; tan pura, que no tiene mezcla ninguna de error; tan constante, que nunca se ha desmentido á sí misma ni en la mas mínima de sus partes; tan fecunda, que ha podido trasformar la razon humana dilatando indefinidamente los horizontes de la inteligencia; tan provechosa, que ha instituido y multiplicado, y conducido hasta el heroismo las virtudes en la tierra; tan ilustre, que ha cubierto con los rayos de su luz y encumbrado maravillosamente á los talentos mas agigantados y á los ingenios mas esclarecidos; tan irresistible y fuerte, que ha reducido á polvo por diez y ocho siglos á sus enemigos mas encarnizados; y tan sentimental, que derrama todos los consuelos en el corazon, era imposible que fuese un producto de la tierra. Un predicador que al enseñar esta doctrina descubre cualidades y prendas que arrebatan, admiran y atraen irresistiblemente la veneracion; lleno de zelo por la verdad hasta el extremo de sellarla con el testimonio de su sangre; desprendido de todo interes terreno, sin buscar honores, riquezas, influjo y dominacion; sencillo y tranquilo al emitir sus oráculos; rígido sobre todo encarecimiento en el gobierno de su conducta; entregado á los intereses de Dios y en comunicacion constante con Su Majestad; amigo de los hombres y poseido profundamente del amor á su felicidad; es un carácter tan elevado, augusto y santo, que no puede tener su tipo en la simple naturaleza, ni ménos en su decadencia original y cuando marcha de contínuo entre las tinieblas de la ignorancia, las creaciones del error y la impostura por una parte, y entre las depravadas inclinaciones de la voluntad, el ímpetu de las pasiones y la contaminacion de los vicios por la otra. Sin embargo, hijos mios, no son estas las únicas credenciales de su celestial orígen que muestra la revelacion á los hombres: preséntales el testimonio de la misma naturaleza rendida y avasallada bajo el poder que sobre ella ejercen los enviados de Dios, cuando ejecutan esas obras estupendas que se llaman *milagros*. ¿Qué es un milagro? Santo Tomás le define: "una cosa hecha fuera del órden de la naturaleza creada." Un teólogo de nuestros dias, concertando en su definicion todas las que han dado los filósofos y teólogos mas distinguidos, le llama "una obra sensible, asombrosa, contraria al órden acostumbrado de la Providencia y á las leyes de la naturaleza. Excusado me parece probaros la posibilidad de estas obras; ridículo fuera negar al Creador y Supremo Legislador del universo el poder de derogar libremente las leyes que le impuso. Lo que importa es, y esto me propongo, manifestar que el hombre, para estar cierto de que un milagro existe, no necesita mas que servirse de su razon.

21. Si como se ha visto, el milagro es una cosa sensible, claro es que afecta los sentidos, y que estos bastan para demostrar la existencia del hecho milagroso; esto se palpa con un ejemplo. Figuraos, hijos mios, cualquiera de los milagros que nos enseñan las Sagradas Letras, y luego comprenderéis que, para tener conocimiento de ellos por ciencia propia, basta presenciarles, y para tener certidumbre de su existencia cuando no se han presenciado, basta el testimonio de los hombres en los mismos términos

que nos trasmite la noticia de cualesquiera otros hechos naturales ó acontecimientos humanos. Milagro seria detener el curso del sol: pues bien, para certificarse del hecho basta tener ojos y verle quieto, basta dirigir bien el sentido de la vista, de manera que nos dé una plena seguridad de no ser engañados. Puedo tomar un reloj en la mano al tiempo de ver pasar el sol, y al ponerse reconoceré el tiempo: si por una parte sé la hora fija en que se pone, y por otra mi reloj me advierte que se ha puesto tres horas despues, ninguna duda puede caberme del hecho: la estacion del sol es una verdad; mi vista no me ha engañado. La resurreccion de un muerto despues de cuatro dias de sepulcro y cuando ya el cadáver es presa de la corrupcion, como sucedió á Lázaro, es un milagro. ¿Qué se necesitaba para saberlo? Identificar la persona del muerto con la del resucitado: los ojos que vieron enterrar á Lázaro, que le vieron depositado en el sepulcro cuando se levantó la loza, y el olfato que sintió la pestilencia de la muerte, bastaron para poner de manifiesto que aquel era un cadáver; y los mismos ojos que le vieron levantarse vivo á la voz de Jesucristo, bastaron para persuadir que aquel muerto habia resucitado. Esto es bastante claro y en consecuencia no necesito ni de ampliar explicaciones, ni de multiplicar ejemplos. Luego el hecho en que consiste un milagro, no necesita, para ser conocido naturalmente, nada mas que lo que basta para conocer la existencia y cualidades de los cuerpos en el órden físico: sentidos bien dirigidos, esto es todo.

22. Pero qué, ¿solo ver, ó oir, ó sentir basta para conocer que lo que se ve, oye ó siente es un verdadero milagro? No, hijos mios: es necesario tener un medio para persuadirse de que el hecho es contrario á las leyes de la naturaleza y al órden comun de la Providencia, y para esto se necesita y basta el uso de la razon. Esta por sí misma puede saber y de facto sabe cuáles son las leyes que rigen al universo físico: esto es tan cierto, que tan elevado la teoría de estas leyes á la categoría de una ciencia en cada género: el conjunto de todas se llaman *ciencias naturales*. Pues bien, el buen uso de los sentidos nos da la certidumbre del hecho, si es que le hemos presenciado, y el calificado testimonio de los hombres nos trasmite su noticia con entera seguridad en el caso contrario: entónces nuestra razon juzga el hecho por las leyes que conoce, y si va conforme á ellas, por estupendo y maravilloso que sea, dice resueltamente con la seguridad de la mas profunda conviccion: "esto no es milagro." Ved pues, hijos mios, cómo nuestros sentidos y nuestra razon bastan para tener el conocimiento de los milagros en clase de tales, y persuadirnos que quien los ejecuta ha recibido la comunicacion de un poder divino, y prueba con ellos el orígen celestial de la mision que ejerce, y el carácter sobrenatural de la doctrina que enseña.

23. "En vano se ha querido confundir la sorpresa de algunos descubrimientos científicos que suelen aparecer sin revelar su causa, con lo que llamamos milagro: ninguno de estos descubrimientos presenta oposicion con las leyes de la naturaleza; los milagros sí la presentan: ninguno de los fenómenos naturales deja de reproducirse, al arbitrio del sabio, desde el momento en que se analiza; mas ninguno de los milagros ha obedecido jamas al *fiat* que pronuncian el talento y la sabiduría humana: los fenómenos naturales se siguen observando y reproduciendo sin que llegue á descubrirse su causa; los

hechos milagrosos, siempre raros, presentan desde luego su oposicion, sin necesidad de que se reproduzcan. ¿Y por qué presentan desde luego su oposicion? porque no necesitan para descubrirla sino el conocimiento prévio de las leyes naturales. "Los brillantes fenómenos de la electricidad, dice Duvoisin, á pesar de su novedad misma, no pueden ser milagros, sino para los ignorantes: porque el observador que los advierte, no puede, sin embargo de su impotencia para descubrir la causa, dudar que esta existe en la naturaleza. Mas por muchos descubrimientos que se hagan en las ciencias físicas, la súbita curacion de todo género de enfermedades, la resurreccion de un muerto, serán siempre milagros, porque entre estos fenómenos y las leyes conocidas de la naturaleza se percibe desde luego una directa oposicion." [1] Vengamos á las profecías.

24. "Siendo la profecía, la prediccion infalible de un acontecimiento futuro, contingente y remoto, supone, para ser conocida, dos cosas: el conocimiento de la prediccion, y el de su cumplimiento. Las predicciones, si son actuales, ó pasan á nuestra vista y entónces nos basta oir y entender lo que se anuncia; ó han pasado en lugares léjos de nosotros, y entónces podemos adquirir la certidumbre de ellas segun las reglas que se han establecido para calificar el testimonio humano: si son pasadas, podemos cerciorarnos perfectamente de su existencia, poniendo en ejercicio las reglas de crítica que sirven para calificar la tradicion oral, la historia y los monumentos. No creo necesario probar esto; porque una prediccion, cualquiera que sea, no exige, para ser entendida, nada mas de lo que exige un hecho sensible: nada tiene que altere la naturaleza de los hechos con relacion á los conductos por donde se trasmiten. Un profeta, cuando predice lo futuro, siempre anuncia ciertas ideas por medio de ciertas palabras. El que tiene pues ojos para ver al profeta, oidos para escucharle, y entiende la lengua de que se sirve, tiene lo necesario para conocer con certidumbre la existencia de la prediccion; y como para ver, oir y entender un idioma, no se necesitan recursos sobrenaturales, clarísimo es que, para tener certidumbre de una prediccion, bastan los medios comunes de la crítica.

25. Lo que os he dicho de la prediccion en cuanto á los medios de conocerse, puede aplicarse á su cumplimiento, pues éste no es otra cosa que un acontecimiento, un hecho mas ó ménos importante, mas ó ménos extraordinario; natural, comun ó milagroso; pero siempre un hecho, es decir: una cosa que se ve, que se oye, que se palpa, que se conoce por los sentidos si está presente, por la tradicion, la historia ó los monumentos si es ya pasado; un hecho de que podemos tener certidumbre ó simple probabilidad, ó resistencia absoluta para creer, no por la naturaleza del acontecimiento, sino por el número y la calidad de los testimonios, por el concurso, la insuficiencia ó la absoluta falta de los datos en que se funda el juicio de su existencia. En efecto, ninguna diferencia de criterio vemos que haya entre la ruina de Jerusalen profetizada y la conquista de las Galias no profetizada. La venida de Jesucristo, su predicacion, sus milagros, su vida, su pasion, su muerte, su resurreccion, &c.: todo estaba profetizado; mas esta circunstancia no impide que todas las cosas dichas sean unos objetos sensibles, adaptados á la inteligencia comun, expuestos á la pública espectacion. Para saber que en cierto tiempo apareció en Palestina un hombre extraordinarísimo, que se llamaba Hijo de Dios, que profirió tales ó cuales discursos, que hizo estas ó aquellas cosas, que compareció á tales ó cuales tribunales, que sufrió ciertas persecuciones, que murió de esta ó de la otra manera, que fué sepultado en tal parte, &c., &c., no se necesita mas, que para saber que en cierta época un hombre llamado Alejandro Magno hizo tales conquistas y murió en tal parte; ó que á fines del pasado siglo se levantó del seno de la revolucion francesa un incomparable caudillo que sucesivamente fué pasando por una serie de ascensos, hasta llamarse emperador de los franceses; que fué por mucho tiempo árbitro de la victoria, que llevó las águilas francesas hasta las pirámides de Egipto, hasta llegado aquel dia, en que ya siniestra la fortuna, le hizo prisionero de la Gran-Bretaña; que fué relegado á Santa Helena, donde se le abrió por fin su sepulcro. Siendo pues, á pesar de la diversidad de su carácter, enteramente iguales los hechos profetizados ó no profetizados en cuanto á los medios que les llevan al conocimiento de la multitud, es evidente que para saber con certidumbre la realizacion de un acontecimiento profetizado, nos bastan las reglas establecidas para calificar la relacion de los sentidos ó el testimonio de los hombres." [1]

1 Demonstration évangélique, § 1º Notions sur les miracles.

26. Las breves reflexiones que acabo de haceros, hijos mios, acerca de la posibilidad de la revelacion, bastan sin duda para que todos vosotros ponderéis como es debido la cegnedad ó mala fe de los incrédulos que la niegan: he manifestado que la revelacion puede ser hecha por Dios y recibida de los hombres; pues Dios es la verdad misma, es la omnipotencia, y por consiguiente puede comunicar las verdades que le parezca al género humano, instituyendo enviados que de su parte las muestren y revistiéndoles de caractéres que produzcan toda certidumbre acerca de su mision, con la excelencia sobrenatural de la doctrina, la santidad de su vida, el portento de sus obras y el cumplimiento de sus profecías: y que el hombre no necesita sino solamente de sus sentidos y razon para conocer la existencia de tales caractéres, y persuadirse plenamente de la verdad y divinidad de la doctrina revelada por Dios á los hombres. No era necesario, bien lo sé, haber emprendido el trabajo de comprobar esta verdad, pues ninguno de vosotros dudaria jamas ni de la sabiduría ni del poder de Dios, y todos sabéis muí bien lo que es un milagro, que un milagro afecta los sentidos y es conocido por la misma razon natural como una obra divina. Pero hai mucha zizaña mezclada con la buena mies: nada se perdona para combatir la verdad revelada y extirpar la fe, para sorprender los ánimos sencillos, introduciendo en ellos el veneno de la duda, y es por lo mismo en gran manera conveniente que tengáis, hijos mios, las debidas nociones para estar mas y mas firmes en la profesion y práctica de la doctrina cristiana. No déis oido ninguno á las cavilaciones de los impíos: guardad como una delicadísima esencia el tesoro de vuestra fe, imprecisable sobre todo encarecimiento, incapaz de adquirirse por los recursos de la naturaleza: don precioso, virtud infusa que nos eleva constantemente hácia Dios, como el Ser por esencia, el que todo lo puede, y el único capaz de llenar la inmensidad de nuestro corazon.

1 Todo lo que se ha puesto entre comillas sin una cita especial, lo he tomado en extracto de mis *Estudios fundamentales sobre el hombre*, Lib. 6º y de mi obra *Del pensamiento*. Part. 3ª Secc. 2ª Lib. 2º

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE LA NECESIDAD DE UNA REVELACION DIVINA Y LA IMPORTANCIA QUE SIN EMBARGO DE ELLA TIENE LA RAZON HUMANA.

¿Unde ergo sapientia venit? ¿et quis est locus intelligentiæ? Abscondita est ab oculis omnium viventium..... Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius..... Et dixit homini: Ecce timor Domini, ipsa est sapientia: et recedere à malo intelligentia.

¿Pues de dónde viene la sabiduría? ¿y cuál es el lugar de la inteligencia? Escondida está á los ojos de todos los vivientes..... Dios entiende su camino, y él es el que sabe el lugar de ella..... Y dijo al hombre: he aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse de lo malo, la inteligencia.

Job. Cap. XXVIII vv. 20, 21, 23 et 28.

1 He probado, amados hijos, en mi precedente instruccion, que hai verdades superiores á la razon humana, existentes en la mente divina desde la eternidad, y que no llegarian al conocimiento nuestro, si Dios no las manifestase de una manera extraordinaria, es decir, fuera del órden comun con que llegamos á conocer las verdades puestas al alcance de nuestra inteligencia: que Dios puede sin duda comunicar las primeras á los hombres por medio de representantes suyos, divinamente instruidos y suficientemente autorizados: que puede hacer manifiestas para todo el mundo la divina inspiracion de sus enviados, con solo la excelencia sobrenatural de la doctrina que ellos enseñan, y su autorizacion con la santidad de su carácter, su poder sobre la naturaleza y su ciencia del porvenir: finalmente, que el hombre, sin mas recurso que sus sentidos y su razon, puede conocer á los enviados y persuadirse de su mision divina, convenciéndose del carácter sobrenatural de la doctrina, de la santidad admirable del que la enseña y del hecho de los milagros que ejecuta ó de las profecías que hace; pues todo esto se

sabe, ya por los sentidos, ya por el testimonio humano, y la divinidad que presuponen la doctrina, el milagro y la profecía se manifiesta claramente al espíritu sin otra luz que la del entendimiento humano. Mas no basta probar que la revelacion de una doctrina divina es posible: porque si Dios es omnipotente, no es omnigerente, digámoslo así; todo lo puede, mas no lo hace todo, sino solamente lo que quiere. Es necesario ver si pudiendo revelar á los hombres una doctrina sobrenatural, quiso hacerlo en efecto: porque si con solo querer hace cuanto quiere, de la voluntad de Dios se deduce bien su cumplimiento. ¿Cómo inferir que Dios quiso lo que podia en este punto? Varios argumentos podrian proponerse; pero hai uno visto generalmente por los teólogos y los filosófos como decisivo en el caso, la necesidad; mas no cualquiera, sino solo aquella que manifiesta de antemano un designio de Dios, porque entónces hai esta alternativa de la cual no puede salirse: ó Dios hizo en efecto cuanto era necesario para el cumplimiento de sus designios, y en este caso con solo probar la necesidad se prueba la existencia de la cosa necesaria; ó no lo hizo, y en este caso, queriendo el fin no puso los medios, y habria imprevision, ó falta de poder, ó inconsecuencia en el obrar, lo cual no puede decirse, creerse ni aun imaginarse tratándose de Dios. Queriendo pues, amados hijos, no dejar descubierto ningun punto de los que abraza la demostracion católica, voi á hablaros aquí de la necesidad de la revelacion, despues de haber probado su posibilidad.

2. El Santo Job consagra un capítulo de su libro al orígen exclusivamente divino de la sabiduría y la inteligencia: discurre sobre la procedencia y lugar de todas las cosas materiales, manifestando cómo la plata, el hierro, tienen su procedencia marcada, cómo hai lugar donde nacen las piedras preciosas, &c., &c.; pero en viniendo á la sabiduría y la inteligencia, pregunta en vano dónde residen á todas las creaturas, pues todas le responden que no está en ellas. Vuelve á preguntar, y contesta que se halla escondida á los ojos de todos los vivientes. La perdicion y la muerte dijeron que habian oido su fama; y el Profeta concluye de todo, con tanta verdad como exactitud, que solo Dios entiende su camino y él es el que sabe el lugar de ellas. Recuerda la manifestacion que hizo al hombre de la sabiduría, que consiste en el temor de Dios, y de la inteligencia, que consiste en apartarse de lo malo. *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius. Et dixit homini: Ecce timor Domini, ipsa est sapientia: et recedere à malo, intelligentia.* Esto mismo ponderaba el Profeta Rei recordando tiempos mas felices, cuando habia recibido una comunicacion de luz para ver los arcanos de la sabiduría de Dios: *incerta, et occulta sapientiæ tuæ manifestasti mihi.* Esto es, mis amados hijos, lo que pudo decir de sí la humanidad entera con relacion al tan feliz como fugitivo periodo de su estado primitivo; mas el pecado puso una venda en el espíritu y depositó el veneno de la muerte en el corazon, y esta pérdida trajo por consecuencia precisa que al cabo de algunos siglos llegase casi á faltar del todo entre los hombres la sabiduría y la inteligencia. Era pues necesario que Dios retocara su obra, digámoslo así, comunicando al hombre otra vez la sabiduría y la inteligencia, es decir: revelándole toda la verdad y disponiendo su alma para que la creyese. Tales son los principios en que se funda la necesidad que tenia el hombre de una revelacion divina.

3. No es esta la primera vez que toco este punto, porque tampoco la verdad que

él contiene es una verdad aislada: refleja su luz por todas partes; mézclase en todo, por decirlo así: no podemos tratar del hombre sin encontrarnos luego con su limitacion ó impotencia, y sentir la necesidad de un recurso extraordinario que llenara estos inmensos vacíos de la naturaleza. En mi primera instruccion, parte segunda, emití bastantes ideas, que con solo darlas una aplicacion podrian figurar aquí; en la cuarta manifesté que la verdad en el entendimiento y la virtud en la voluntad, grandes objetos de la doctrina, fueron restauradas por Jesucristo; luego la doctrina restauradora de ambas cosas era una necesidad imprescindible para toda la humanidad. En la octava probé que no podemos alcanzar nuestro fin último sino con las obras de fe, esperanza y caridad, y en la novena, que no podriamos ejercitar estas obras sin el conocimiento prévio de la doctrina revelada que las enseña: lo cual, como estáis viendo, equivale á una demostracion mas ó ménos directa de la necesidad que habia de una revelacion divina. Sin embargo, como se trata de un punto cardinal de altísima importancia, creo mui conveniente dedicar á solo esto una de mis instrucciones, y me he determinado á ello, á pesar de lo dicho, por tres graves motivos: el primero es lo mucho que importa manifestar por sí sola esta verdad en su mayor amplitud: "la humanidad entera necesitaba una revelacion divina:" el segundo es que he hablado hasta aquí de la necesidad de la doctrina, supuesta su revelacion, pues así se habla cuando se dan por sentados los principios de una ciencia, y ahora debo demostrar estos principios, probando que es necesario, no el saber una doctrina ya revelada, sino el que Dios revelase una doctrina para que la humanidad pudiese adquirir la perfeccion y el sumo bien á que Dios quiso destinarla: el tercero es, manifestaros para vuestra mayor instruccion las relaciones que médian entre la razon y la revelacion, para que ni la primera se considere como inútil por ser necesaria la segunda, ni ésta como exclusiva de aquella desde que fué manifestada á los hombres.

4. El tercero de estos motivos manifiesta cuál es el plan que debo seguir para tratar el punto con mejor método. Una revelacion divina era necesaria; hé aquí lo primero: mas no por esto la razon humana es inútil; hé aquí lo segundo.

I.

5. La razon humana, hijos mios, ha tenido tres estados mui diversos, que nunca deben confundirse: el de su pureza primitiva, el de su decadencia moral y el de su restauracion en Jesucristo. Estos tres estados tienen caractéres tan propios cada uno en sí mismo, que con solo estudiarles bastaria sin duda para dejar bien demostrada la necesidad de una revelacion divina.—¿Pero *cómo* suponer, podria decir alguno, que una facultad perfectible sea mas perfecta en su principio que en su desarrollo? ¿No es la razon el distintivo de una alma que Dios ha creado? ¿sus facultades no tienden á la perfeccion? ¿cómo pues al desenvolverse, cómo al aplicarse, cómo al tocar su objeto entrarian en decadencia? Luego es necesario suponer ó que la razon basta por sí al objeto con que nos fué dada, ó que Dios se faltó á sí mismo al dotar con este noble atributo á la humanidad.—Este es el fuerte de los deistas, y mas todavía el del moderno racionalismo. Sin embargo, la historia mejor comprobada nos habla de un hecho que

todo lo explica, el pecado original. Este vino del hombre y no de Dios, y por lo mismo deja intactas estas dos verdades: "la razon, como toda obra de Dios, fué perfecta en su creacion; la razon decayó por el pecado que fué obra del hombre." Luego bien se concibe un estado de perfeccion primitiva, y uno de decadencia moral. Un estado de decadencia sirve á su turno, por una razon contraria, para comprender un estado de restauracion.

6. Debilitada pues la naturaleza por el pecado, todo el órden de cosas cambió: por consiguiente, la carrera de la humanidad siguió en decadencia, bien así como sin la interposicion del pecado habria tenido una marcha progresiva de perfecciones. Luego era necesario un medio extraordinario que restaurase el poder natural de la razon, y este medio no podia ser otro que el de una revelacion divina.

7. Pero qué, ¿el pecado original no es un dogma, un objeto de la fe, un punto de los contenidos en la misma revelacion? Sí. "¿Cómo pues, argüir con un hecho comprendido en el hecho mismo que ha de probarse? Esto es en buenos términos un círculo vicioso," replican los deistas. A esto se les podria contestar, y mui bien: la razon humana tiene idea y debe tener convencimiento de la pureza primitiva, porque la tiene de Dios, y está convencida de que nada impuro y mal dispuesto sale de sus manos. Si pues andando el tiempo ve oscurecida y debilitada esta primitiva luz de la naturaleza, y al hombre dominado por los errores, y no gobernado por la verdad, necesita una causa para explicar el hecho, porque no se da efecto sin causa, tiene que atribuir á Dios ó al hombre los errores y los vicios de la humanidad, y no puede referirles á Dios sin desmentirse á sí mismo, porque siendo infinitamente veraz é infinitamente santo, no puede ser causa eficiente ni del error ni del mal. Hé aquí un apriето tremendo para la razon, una situacion tal, que ó se queda sin explicar los errores y los males, ó tiene que suponer en el hombre una perversion primitiva de su libertad moral capaz de oscurecer su mente y corromper su corazon. Podrá llamarle como quiera, esto no importa; pero el hecho es el mismo. Luego la razon puede por sí adelantarse mucho á la suposicion de aquel dogma, y el filósofo cristiano no anda tan fuera del mas estricto discurso cuando deduce del pecado original del hombre la decadencia de su razon, y de aquí colige la necesidad estrecha de una revelacion divina. Sin embargo, respetemos los escrúpulos de los deistas y racionalistas, cosa que nada nos cuesta; pues por un camino que ellos andan tambien y han andado siempre, podemos llegar al mismo resultado, sin tomar en cuenta el pecado original.

8. Ya os he dicho que hai verdades mui superiores á los alcances de la razon, y tales son: en primer lugar, los misterios de la fe, y en segundo los sublimes arcanos de la naturaleza. Dios ha querido sin duda que el hombre dentro del mismo círculo que domina con su razon hallase verdades incontestables y al mismo tiempo incomprensibles, para que no tuviera el menor pretexto para negar su asenso á los misterios augustos de la religion. El hombre, sin salir de sí mismo, se halla colocado en medio de dos océanos, digámoslo así, uno de luz y otro de tinieblas. No puede negar su cuerpo, pues le palpa, le ve, le oye, tiene sobre él toda la evidencia de un hecho perfecta y constante-

mente percibido por los mismos sentidos: no puede negar su alma, ni confundirla con el cuerpo, siendo notorio que siente su pensamiento y nada encuentra en él que sea material; tampoco puede poner en duda la íntima union, el recíproco influjo y constante comercio de su cuerpo y alma, porque todo esto lo percibe con la evidencia de hecho, la de sentimiento y la de razon. Pero ¿cómo están unidas estas dos sustancias tan diversas? ¿cómo se corresponden? ¿cómo se influyen sin que ninguna de ellas sufra ningun cambio en su naturaleza? Hé aquí el arcano; hé aquí las tinieblas, el caos impenetrable, el *non plus ultra* de la razon humana. Hai pues misterios en la religion, dogmas inaccesibles á la naturaleza, y cuya existencia no puede chocarnos, como no nos chocan los arcanos de la misma naturaleza. Si los misterios no pueden ser descubiertos por la razon, tampoco pueden ser conocidos sin ser revelados: luego se necesitaba una revelacion sobrenatural y divina, para que el hombre pudiera conocer esta clase de verdades. Primera prueba sacada de la existencia é inaccesibilidad de los misterios.

9. Pero ¿para qué, necesitaba el hombre saber los misterios para perfeccionar su naturaleza y conseguir los fines que se propuso Dios al crearle? No digo tanto, hijos mios: la necesidad de creer los misterios y su carácter de obligacion viene del hecho de haber sido revelados; que á no haberlo sido, no habria por cierto necesidad ni obligacion. "Las verdades de primer órden, dice un teólogo eminente de nuestros dias no pueden servirnos para probar la necesidad de la revelacion divina, porque está reconocido que estas verdades no nos son necesarias mas que de una manera hipotética y en tanto que ha querido Dios dárnoslas á conocer y creer para asegurar nuestra salvacion. Así estas verdades, que mas bien suponen que prueban la revelacion, no entran en la demostracion que me propongo."

10. "Restan las verdades de segundo órden; y como éstas son del patrimonio de la razon, la cual puede conocerlas por sí misma, es evidente que no puede tener intencion de probar la necesidad absoluta de su revelacion, sino solo la necesidad moral; y en efecto, en este último sentido asiento que es necesaria su revelacion.

11. "En primer lugar, para salir de las innumerables objeciones de nuestros adversarios, deistas y racionalistas, que nos acusan de desconocer las fuerzas de la razon y ultrajar la dignidad del hombre para fundar la necesidad de nuestra revelacion sobre su abatimiento; y ademas para evitar la apariencia de una peticion de principio, y de que se quejan de nuestra parte cuando suponemos que la flaqueza humana es el triste fruto del pecado de nuestro primer padre; para evitar, digo, todas estas dificultades y declamaciones, nos ha parecido mas cómodo, seguro y breve partir en nuestros raciocinios de un hecho conocido, público, universal, constante y de que nadie puede apelar como dudoso.

12. "Dos cosas resultan evidentemente de todos los monumentos de la historia: la primera, que el genero humano entero, abandonado á sí mismo, se apartó mas ó ménos vergonzosamente de los caminos de la verdad en lo que mira á la religion, á las costumbres y á los deberes: la segunda, que ninguna industria ó sagacidad humana ha podido jamas atraer los pueblos á los verdaderos principios. De donde tenemos el derecho de inferir que es necesaria al hombre una revelacion sobrenatural, tanto para hacerle entrar

en aquellos verdaderos principios, cuanto para mantenerle en ellos una vez que ha entrado." [1]

13. La primera de estas proposiciones, amados hijos, está probada por la historia: he dicho poco; la historia toda es una prueba de ella. ¿Quién de todos los que viven ignora que el género humano ántes de Jesucristo estaba desprovisto de una doctrina revelada, si exceptuamos tan solo al pueblo judío? ¿Quién ignora que aquella multitud innumerable de naciones por el espacio de veinte y tantos siglos profesaban los mas crasos errores y se entregaban sin recelo á vicios abominables? Sin duda que la simple razon natural basta para conocer que existe un Dios, y es infinitamente perfecto. Sin embargo, ¿qué fué del conocimiento en Dios en todo el paganismo? Acabó á pedazos, por explicarme de esta suerte, quedando tan solo en pié una verdad presupositiva. Dios es esencialmente uno, y aquellos pueblos multiplicaron prodigiosamente sus dioses: ved pues aquí destruida la unidad. Dios es infinitamente perfecto, y aquellos pueblos admitieron en materia de perfeccion una repugnantísima escala de mas á ménos y de ménos á mas en la gerarquía de sus divinidades: ved aquí destruida la perfeccion infinita. Dios es espíritu, incapaz de mezcla y composicion, y aquellos pueblos adoraron la materia bruta, la materia organizada, ídolos de piedra, animales, hombres: ved aquí destruida la simplicidad infinita de Dios. Dios es omnisciente, es decir: todo lo sabe, todo lo ve; mas aquellos pueblos admitian ignorancia y oscuridad relativa en sus dioses. Unas deidades sabian lo que otras ignoraban: ved aquí destruida la omniscencia é infinita sabiduría de Dios. Dios es omnipotente, y los paganos hablan de dioses mas ó ménos poderosos: ved pues aquí destruida la omnipotencia. Dios es impasible, pero el gentilismo encontró á sus dioses dominados por las pasiones, heridos del dolor: ved aquí destruida la impasibilidad divina. Dios es santo; pero el gentilismo encontró en el empíreo á todos los vicios entrando en la categoría de sus deidades: ved aquí destruida la santidad infinita de Dios. ¿En qué quedó pues, amados hijos el conocimiento de Dios, el de su culto y toda la doctrina religiosa en los tiempos antiguos? en nada: todo volvió al caos. Ved pues, cómo la razon humana, léjos de progresar en el conocimiento de Dios, sus atributos y el verdadero culto que se le debe, cayó en los mas lamentables errores, descendió á los últimos abismos.

14. En cuanto á las costumbres, ya dije lo bastante para un simple recuerdo de lo que nadie ignora, en los números 16 y 17 de mi novena instruccion, y no insisto en ello, porque abominaciones tan repugnantes y horrorosas no son para repetidas. ¿Qué diré de las máximas? ¿qué de lo que podia llamarse y llamaron de facto *moral* aquellos infelices pueblos? Haced, hijos mios, una sencilla reflexion: si la religion de los gentiles divinizó á los vicios; si Baco consagraba la embriaguez, Vénus la prostitucion, y todos ellos el odio y la venganza, ¿cuáles podian ser en la tierra las reglas de las costumbres? No hai que extrañar por lo mismo ver autorizados por la moral pagana tantos crímenes, cuando la contaminacion general no perdonó entónces ni á los moradores del Olimpo.

15. ¡Y á qué atribuir, hijos mios, una ceguedad tan extrema, una corrupcion tan general y una decadencia tan absoluta? ¿Será que el estudio de la verdad se hubiese

1 *Perrone.* Tratado de la verdadera religion, Parte primera, cap. II.

condenado al desprecio en aquellos siglos? No: al contrario, tal vez nunca se trabajó mas que entónces por disipar las tinieblas de la razon. El vulgo y la ciencia deben á la Grecia una palabra bien significativa y altamente histórica, la palabra *filosofía*. ¿Qué significa esta palabra? Amor de la sabiduría. Seriamos pues mui injustos acusando de incercia é indolencia mental á un pueblo que inventó hasta la palabra misma representativa de todos los esfuerzos humanos para conquistar la sabiduría. ¿Será que hayan faltado entónces capacidades de primer órden y agigantados talentos? No, hijos mios: los hubo, y tánto, que si hemos de reducirnos á lo que da de sí la simple naturaleza, deberémos reconocer que los ilompos modernos no han podido sobrepujar á los antiguos en este punto.

16. La divina revelacion ha dado á la inteligencia tanta luz aun acerca de las verdades que pueden conocerse por ella, que un niño de nuestras escuelas cristianas entraria en materia sin desventaja con el mismo Platon: luego por una razon contraria, si privamos á nuestros talentos modernos de esta luz adquirida, de esta expansion del sentimiento, de estos tipos de la mas alta virtud, tal vez nuestros diez y ocho siglos y medio figurarian una escala decadente ó plano inclinado que nos impidiese, no solo sobrepujar, pero aun igualar por lo ménos á los filósofos, historiadores, oradores y poetas del gentilismo. Hubo pues, hijos mios, en aquellos tiempos grandes capacidades, talentos de un órden supremo, laboriosidad é industria como nunca, espíritu de investigacion constante, estímulos para el talento nunca vistos: todo lo habia, ménos dos cosas: doctrina verdadera en los pueblos, verdad completa y pura en los sabios. Luego de nada sirvió aquella imponente galería de talentos célebres, aquel esfuerzo inconcebible de los filósofos, aquella gran celebridad de los hombres mas esclarecidos por su saber, su penetracion, su elocuencia; porque los pueblos iban de mal en peor, porque todo habia concluido, y la verdad aun en ese órden en que parece subalternada á la inteligencia, no podia reaparecer ni ménos extenderse por todas las clases de la sociedad sin una revelacion positiva, sobrenatural y divina.

17. No me detendré mas, hijos mios, en explanar estos argumentos, ya porque versan sobre puntos generalmente conocidos, ya porque en mi novena instruccion toqué varios puntos que conducen á lo mismo, y debo dar por supuestos. Recomendándoos, pues, lo que allí os expliqué sobre la verdad en la primera parte, sobre la moral como regla en la segunda y sobre la conducta en la tercera, paso á tratar el segundo punto, esto es, á demostraros que si la revelacion era necesaria, como es incuestionable, no por esto se ha de decir que la razon humana ó simplemente natural sea hoi, ni haya sido nunca superflua ó inútil.

II.

18. No, hijos mios, léjos de nosotros caer en los extremos, léjos de nosotros el imaginar cosa alguna, en vista de lo dicho, contra este noble distintivo con que se manifiesta el hombre como el rei del universo físico, la razon; este poder incalculable, este rasgo de nuestra semejanza con Dios. Al contrario, veamos cómo ella es de la mayor

importancia, ya por la que en sí tienen sus objetos propios, ya por lo que de ella necesitaba la revelacion misma.

19. ¿Qué es la razon natural? Si la consideráis elementalmente, os diré, que representa todo el poder intelectual del hombre, toda su fuerza de concepcion y discurso, todo lo que puede dominar con su pensamiento: si la considerais en sus efectos, la razon humana es la suma de los conocimientos que debe la humanidad á los trabajos de la inteligencia, la suma de todos los conocimientos estrictamente humanos; pero para que me entendáis mejor, os llamaré á vuestro individuo. Entre cada uno de vosotros en sí mismo y hágase la misma pregunta: "¿Cuál es mi razon, considerada como una facultad? Es mi capacidad para recibir ideas, mi aptitud para examinarlas, reflexionando sobre ellas, comparándolas entre sí, juzgando de su conveniencia ó discrepancia, descubriendo ciertas verdades, sacando sus consecuencias, haciendo sus aplicaciones á la conducta; reconociéndolas cuando vuelven á presentarse; recordándolas cuando yo quiero; revistiéndolas interiormente de colorido y forma; en fin, mi razon es *idea* cuando me represento en mi alma los objetos que están fuera; es *atencion*, cuando me detengo á considerar las ideas; es *reflexion*, cuando las voi recorriendo una tras otra y vuelvo á las primeras; es *comparacion*, cuando las cotejo para ver en qué se parecen y en qué se diferencian; es *juicio*, cuando pronuncio aquella palabra interna que declara la conveniencia ó discrepancia de las ideas que yo he comparado; es *raciocinio*, cuando de una verdad conocida paso á descubrir otra desconocida; es *discurso*, cuando, repitiendo esta operacion, paso de verdades á verdades, como el viajero que recorre un camino; es *método*, cuando dispongo el ejercicio de mis facultades intelectuales con cierto órden y regularidad para trabajar con mas descanso y mayor aprovechamiento; en fin, mi razon, elementalmente considerada, consiste en todo el conjunto de las facultades de mi entendimiento. Pasando adelante, veo que el ejercicio de estas facultades, su desarrollo, su accion constante, su progreso regular, el órden con que las empleo, &c., &c., me han proporcionado una suma de conocimientos, cuyo conjunto forma mi riqueza intelectual. Pues bien: este conjunto de conocimientos es mi razon considerada en sus efectos, son los frutos de mis trabajos intelectuales. Aplicad ahora esta observacion á todos los hombres, y os formaréis una idea de la razon comun; prescindid luego del tiempo, para comprender no solo á los hombres que hoi viven, sino á cuantos han existido, y os formaréis una idea de la razon de toda la humanidad, ó sea de la razon humana. Pasemos, pues, á indagar la importancia de la razon.

20. El hombre tiene dos vidas intelectuales, por explicarme así, una simplemente natural, que representa su vida física, y otra que es la accion de su inteligencia sobre lo que naturalmente conoce, su comercio puramente humano con todos sus semejantes. Pues bien: en este círculo el hombre necesita de tal suerte contar con la razon, que si así no fuese, tendria la vida del bruto. "Pero, ¿qué acabáis de decir? me replicaréis vosotros: ¡la vida del bruto un ser que, aunque destituido de razon, cuenta con la revelacion!" De intento me propongo esta dificultad, hijos mios, porque ella debe conduciros á reconocer la necesidad de la razon aun para la revelacion misma. Si esta es manifestacion de verdad, necesita un ser que la reciba, una inteligencia que la entienda,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una razon que la conozca. Si no hubiese razon, ¿á quién se haria y para qué la revelacion? A nadie y para nada: á nadie, porque sin capacidad para conocer, toda manifestacion es inútil: para nada, porque siendo la revelacion comunicacion de verdad para realizar en toda su plenitud el objeto del entendimiento, que, como ya os he dicho y bien lo sabéis, es el conocimiento de la verdad, si no hubiese entendimiento, tampoco tendria objeto ni razon alguna la revelacion de la verdad.

21. Más todavía: la razon es una necesidad de la fe. ¿Por qué? porque la fe es creer lo que no se ve, dar asenso á lo que Dios dice, y darle, no como quiera, sino bajo el concepto de que dice la verdad y no puede decir el error; porque un Ser infinitamente veraz como es Dios, no puede engañarse ni engañarnos. La fe supone por lo mismo tres cosas: primero, conocimiento natural de Dios como la suma verdad, y á este conocimiento llega por sí sola la razon humana; segundo, conocimiento pleno de que ha revelado tal ó cual cosa, y á este conocimiento llega por sí sola la razon humana; tercero, sumision absoluta y omnímoda del entendimiento á lo que Dios ha revelado, ó lo que es lo mismo, sumision de la razon á la fe. Suponed, pues, que la razon faltase: ¿qué se seguiria de aquí? Que no habria conocimiento prévio de la infinita veracidad de Dios, y por consiguiente, se confundiria lo falible con lo infalible, lo histórico con lo hipotético, lo que es verdadero con lo falso, y esto seria un monstruo: tampoco habria medios para cerciorarse bien de si una doctrina era en efecto revelada por Dios, ó una invencion humana, y en este caso faltarian los motivos de credibilidad, la certidumbre de la revelacion, y por explicarme así, la ciencia de la fe: sucederia, por último, que no habria el asenso á la verdad revelada; porque el asenso es una funcion de nuestro entendimiento, es una obra de nuestra razon, y tratándose de los dogmas, es un vasallaje de la razon á la fe. Para creer, se necesita cosa que creer y quien crea la cosa: con la revelacion habria lo primero; pero sin la razon faltaria lo segundo: luego la razon es una necesidad de la fe para que ésta exista en el alma.

22. No nos detengamos aquí: la razon importa mucho para los triunfos de la fe. ¿Cómo? de tres maneras: primera, porque comparando sus conocimientos con los de la revelacion, se ve todo lo que estos exceden á lo puramente natural; y segunda, para fecundarse y extender sus dominios mediante el conocimiento de las verdades reveladas; tercera, para hacer triunfar en los debates filosóficos que suscita el racionalismo, los derechos de la fe sobre las usurpaciones y extravíos de la razon humana.

23. "Aunque la revelacion contiene verdades infalibles, que descansan igualmente en la certidumbre de los motivos que la determinaron y en el profundo convencimiento de que Dios no puede ni engañar ni ser engañado, léjos de excluir el uso de la razon, invita al entendimiento, así para ser enteramente comprendida, como para ponerle en el camino de las consecuencias legítimas que puede inferir de sus principios y dogmas tanto para perfeccionar al individuo como para mejorar la condicion de toda la especie humana. La revelacion contiene sin duda verdades que salen mucho de la esfera de nuestra inteligencia; pero no exige sin garantía el humilde vasallaje de la razon humana. Esta, sin mas auxilio que sus propias luces, puede columbrar donde quiera la presencia de un Dios y formarse una idea de su perfeccion infinita. Cierto es que todos sus esfuerzos serán inútiles, si aspira á comprenderle del todo, si pretende mirarle como es en sí mismo; pero sus investigaciones acerca de esta primera causa le bastan, como se ha hecho ver, para reconocerla como el centro de toda perfeccion, para comprender su infinita veracidad y para someterse á su palabra, sea que se digne mostrar alguno de sus arcanos, sea que proponga leyes á nuestra voluntad. En este caso la razon, para someterse, se ocupa exclusivamente en la investigacion del hecho, pues con solo saber de un modo inequívoco, que Dios ha hablado, reconoce el *hasta aquí* de su infatigable marcha, y hace la profesion mas explícita de todas las verdades que se proponen á su creencia.

24. "Hai mas: las verdades reveladas forman un conjunto que abraza sin duda la universalidad de los seres y todas sus relaciones, que miran igualmente al individuo y á la sociedad, que siguen al hombre en todos los pasos y en todas las situaciones diversas de su vida pública y privada; pero este conjunto no abarca tantos pormenores cuantos son los casos que pueden ocurrir en el sistema indefinido de nuestros actos. Son conocimientos mui generales, son principios universalísimos, y por tánto reducidos en el número: En ellos todo está previsto y por consiguiente todo está comprendido; pero esta comprension es implícita, digámoslo así, y ha menester, en consecuencia, del influjo directo de un raciocinio bien aplicado." [1] Descubrir la recta serie de consecuencias que en sí contiene cada uno de los dogmas y preceptos divinos: hé aquí el vasto imperio del entendimiento aun tratándose de los dogmas, y lo que puede y debe hacer una razon ilustrada y sostenida por el principio revelado.

25. Ved, pues, amados hijos, cómo la razon misma sirve: primero para dejar bien sentada la revelacion, derramando la luz de la evidencia sobre los motivos de credibilidad; segundo, para determinar las diferencias importantes entre lo que Dios ha puesto bajo su dominio y lo que ha colocado sobre ella; tercero, para deducir las consecuencias del dogma y la ley revelada, y hacer las aplicaciones que corresponden á la conducta; cuarto, para exaltar como es debido la perfeccion y excelencia de una doctrina que se eleva sobre la ciencia humana cuanto el cielo sobre la tierra y Dios sobre el hombre. Sirve tambien para tomar á su cargo los derechos de la fe y hacerles triunfar contra los incrédulos y contra los herejes, haciendo ver á los primeros la evidencia extrínseca de la revelacion y la consecuencia lógica de la fe, y mostrando á los segundos la necesidad, existencia é infalibilidad de una institucion dogmática que es la Iglesia, y de su derecho consiguiente para someter á sus decisiones todos los espíritus. Así es como la necesidad que habla de la revelacion, deja en pié la grande importancia y expedita la accion laboriosa de la razon humana. ¡Tal es el concierto y armonía en que Dios ha querido que ambas estén para sus grandes fines! Sírvese de la razon para dar á la fe una base científica; sírvese de la fe, para perfeccionar el entendimiento y extender los dominios de la razon.

1. Tomado en extracto y con mui ligeras variaciones de mi opúsculo intitulado: *Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y el sobrenatural.* Part. I, Cap. II, § 4º

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LAS SANTAS ESCRITURAS CONSIDERADAS COMO EL DEPÓSITO DE LA REVELACION DIVINA.—AUTORIDAD DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.

Si á Moysés y á los profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito.

Luc. Cap. XVI. v. 31.

1. Aunque la posibilidad y necesidad de una revelacion sobrenatural forman de por sí un argumento por lo ménos presuntivo de su existencia, no se reducen á ellas únicamente los apoyos firmísimos en que descansa la doctrina que nuestra santa Madre la Iglesia nos enseña; porque, dejando á un lado las pruebas meramente inductivas, demuestra con razones incontestables que de hecho existe una revelacion positiva, sobrenatural; manifiesta los libros en que lo principal de ella está contenido; comprueba la tradicion, que viene á ser como su complemento, y no perdona medio alguno para que la doctrina revelada muestre su procedencia divina, sus caractéres sobrenaturales, su integridad sustancial, &c., no solamente á los fieles para unas afirmarles en la fe, sino tambien á los infieles para llamarles á ella, y á los incrédulos para defenderla de sus antiguos, constantes y empeñados ataques. Penetrado bien de los motivos que gobiernan en todo la conducta de esta Madre santa, solícita y piadosa, debo yo inculcaros, cuanto lo permitan las leyes de esta clase de instrucciones, aquellas verdades fundamentales que sirven de luz al entendimiento para penetrarse de la existencia de una revelacion divina, y adquirir por este medio aquella plena certidumbre que hace de nuestra fe un obsequio racional, segun la expresion de San Pablo.

2. La revelacion está depositada casi toda en la Biblia, es decir, en el Libro de todos los libros, Libro por excelencia, Libro todo verdad y santidad, Libro escrito en el tiempo, pero relativo á un pensamiento que vive de toda la eternidad, escrito por hombres pero dictado por Dios. Este Libro se llama por lo mismo *Escritura Sagrada:* abraza todos los tiempos, se dirige á todos los hombres, trata de todas las cosas que directa ó indirectamente atañen á la religion y á la moral, á la virtud legítima y á la gloria verdadera. He dicho que en estos Libros está casi todo, porque no todo lo revelado quedó escrito: algo falta para completar el conjunto; pero este algo que no se escribió en el principio, vino á nosotros trasmitido por la palabra hablada, y por lo mismo se llama *tradicion.* Mas como esta se comprueba del mismo modo que aquella, no siendo necesario para encargarse de su verdad sino solo aplicarla las mismas reglas con que se prueba la verdad y divinidad de las Santas Escrituras; y como estas constituyen casi todo el fondo de la doctrina y son unas que bastantes para poseerla mui bien, pues ellas mismas van llamando á la tradicion en los puntos necesarios, reduciré mis pruebas á la Santa Escritura.

3. Sus *Libros* están distribuidos en dos grandes categorías: una que se designa con el nombre de *Antiguo Testamento,* y comprende los escritos sagrados anteriores á la venida de nuestro Señor Jesucristo; y otra llamada *Nuevo Testamento,* el cual abraza lo que escribieron los Evangelistas y otros discípulos del Salvador acerca de su vida, de su sacrificio, de su doctrina y de su reino. La autenticidad, verdad, divinidad é integridad de estos Libros sagrados se han considerado siempre como el fundamento de toda la doctrina católica, los títulos primordiales de la Iglesia, el diploma legítimo de la autoridad universal y divina que ejerce; y por lo mismo todos los que explican la ciencia de la religion y de la Iglesia, comienzan su obra por dejar bien establecida la autoridad de los Libros sagrados. Esto mismo debo yo hacer, segun mi propósito de daros alguna luz acerca de la certidumbre racional de la doctrina, como un antecedente mui natural de su metódica exposicion. Mas no siendo posible ni conveniente abrazar en un solo discurso ambos Testamentos, pues para esto seria preciso darle una extension mui vasta, reservo para despues hablaros de la Lei nueva, y me reduzco por hoi á tratar solo del Antiguo Testamento, designado en todas sus citas extensivamente con las palabras de *Moysés y los Profetas,* pues el primero tuvo la mision de instituir y gobernar primitivamente al pueblo de Dios, y consignar por escrito la historia del mundo, la doctrina y lei reveladas, la administracion del sacerdocio y la economía del gobierno civil del pueblo escogido, y los segundos fueron divinamente inspirados para predecir al Mesías, dotados del don de ciencia y consejo, encargados de anunciar al pueblo la voluntad de Dios, y edificarle con el ejemplo de una vida inmaculada. ¿Cuál es pues la autoridad de los Libros y mision de Moysés y los Profetas, es decir, de todo el Viejo Testamento y la Lei antigua? La misma de Dios, hijos mios, pues que contiene su verdad, sus promesas y sus preceptos. Por esto, aun para el mismo Jesucristo durante su vida mortal, aquel gran depósito de doctrina fué siempre un lugar de cita para explicar la verdad y declarar la lei á los pueblos. Cuando se le preguntaba el arte de ganar el cielo, decia: "¿qué está escrito en la lei? ¡De qué manera comprendes esta lei?" *In lege*

quid scriptum est? ¿quomodo legis? Por esto hacia con frecuencia mui cumplidos elogios de aquel caudillo: por esto se hizo acompañar de él y Elías, como los dos grandes representantes de la Lei antigua, cuando se trasfiguró en el Tabor á la vista de sus discípulos, y por esto finalmente, queriendo darnos una idea de todo el crédito que merecen los libros del Antiguo Testamento por su verdad, y Moisés y los Profetas por su mision divina, puso en boca de Abrahan, cuando refería la parábola del rico avariento, un concepto que puede ser visto como el resúmen de cuanto debiera enseñarse sobre la autoridad de estos Libros sagrados. Como el rico avariento clamase desde el abismo en que yacia, porque saliese un muerto á instruir á su familia, para escarmentarla, sobre los tormentos infinitos que sufria, creyendo que este prodigio seria mas eficaz para moverla que la palabra escrita y la mision instituida de Moysés y los Profetas, Abraham le contestó: "Si no escuchan á Moysés y los Profetas, ten por cierto que aun cuando uno de los muertos resucite, no por esto le darán tampoco el menor crédito." *Si Moysen et Prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, crederent.* En efecto, hijos mios, milagrosa hubiera sido la aparicion de un muerto; pero tal testimonio deberia reputarse por nada, comparado con el de aquella institucion antigua, aquella mision tan sólidamente establecida y con tan espléndida luz manifiesta. Véamos pues, en prueba de lo dicho, cuál es la autoridad de los Libros comprendidos en el Antiguo Testamento y cómo todos ellos reunen las cualidades de autenticidad, verdad y divinidad, y han llegado íntegros hasta nosotros. Mas, á fin de proceder con algun método, hablaré: primero, de los Libros de Moysés, llamados *Pentateuco* por ser cinco; segundo, de los de los *Profetas;* tercero, de los demas, llamados *Agiógrafos.*

I.

4. "Son conocidos bajo el nombre de Pentateuco los cinco primeros libros del antiguo Testamento, á saber: *el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio.* Estos cinco libros, escritos por Moysés, contienen la historia del universo y del género humano, desde la creacion hasta que el pueblo de Dios entró en la tierra prometida. El Génesis refiere la creacion, el orígen del mundo y el admirable gobierno de Dios, hasta la muerte de José, que se verificó el año del mundo 2369. El Exodo, refiere cómo Moysés y los hebreos salieron de Egipto despues de una dura y larga persecucion, las plagas de Egipto, los prodigios extraordinarios obrados en favor de la libertad de los judíos, y la promulgacion de la lei sobre las cumbres del Sinaí. Este libro contiene pues la historia de la nacion judía, desde la muerte de José hasta la erección del Tabernáculo, verificada el primer año despues de la salida de Egipto, que es el año de 2514 del Mundo. Habia entre las tribus una exclusivamente consagrada al Sacerdocio, la tribu de Leví; y las leyes relativas á las ceremonias y al oficio de los Levitas constituyen el objeto del tercer libro del Pentateuco, llamado el *Levítico.* Moysés, legislador de los judíos, y Aaron su hermano, Sumo Sacerdote, hicieron por precepto del Señor un censo general del pueblo, distribuyéndole por sus tribus ó linajes; esta enumeracion de las tribus, así como tambien los acontecimientos y las leyes que á esto se refieren, forman el contenido del cuarto libro del Pentateuco, que por lo mismo se designó con el título de *Libro de los Números.* Comienza desde el segundo mes del segundo año de la salida de Egipto, y acaba en el undécimo del cuadragésimo año, encerrando por lo mismo la historia de treinta y nueve años poco mas ó ménos.

5. "La palabra *Deuteronomio* está compuesta de dos palabras griegas que quieren decir en castellano *segunda lei.* Llámase pues así el quinto libro del Pentateuco, porque trata de la nueva promulgacion que Moysés hizo de la lei, y todo lo acaecido hasta el duodécimo mes del cuadragésimo año, despues de la salida de Egipto. La historia del Pentateuco termina en la muerte de Moysés, año del Mundo 2552." Tales son los libros de Moysés. Véamos ahora las pruebas con que se demuestra que son auténticos, que contienen la verdad, que son íntegros y fueron divinamente inspirados.

6. Como el Pentateuco, amados hijos, es decir: los cinco primeros libros de la Santa Escritura, tienen el carácter de fundamentales, pues que abrazan en su contenido la historia del género humano y del mundo todo, la de la nacion judía en su parte fundamental, la institucion, organizacion y gobierno del sacerdocio y el culto, el censo de todas las tribus, cuyo conjunto formaba el todo de la nacion judía, y por último la historia y el texto de la legislacion primitiva, el principal objeto de la demostracion católica, tratándose del Antiguo Testamento, es el Pentateuco, y lo primero que se demuestra es, que Moysés escribió esos cinco Libros y gobernó á todo el pueblo judío. Pues bien, este pueblo mismo, con su antiguo, constante, uniforme y universal testimonio, y el pueblo cristiano con el suyo, forman la prueba mas concluyente de que Moysés fué legislador de los judíos y autor del *Pentateuco.*

7. "La nacion judía tiene como todas cierto número de caractéres que apoyan y fundan las decisiones de la crítica sobre el valor intrínseco del testimonio humano. Ella se nos presenta bajo el carácter de una multitud inmensa de hombres, que ha venido atravesando por todas las épocas del tiempo, desde el principio del mundo hasta nuestros dias. En esta multitud hai, como en cualquiera otra, inclinaciones diversas, pasiones mui variadas, tendencias contradictorias, intereses exclusivos y particulares. En este pueblo encontramos, como en todos, varias especies de cambiamientos mas ó ménos notables, pero siempre de la mas grande publicidad, que se han ido verificando en el curso de los siglos. Si pues el simple carácter de multitud imposibilita en lo absoluto cualquiera combinacion en favor de una impostura, sea cual fuere el pueblo que se suponga; si solo el ascendiente irresistible de la verdad es capaz de producir el acuerdo simultáneo de toda una nacion; debemos convenir, en vista de lo expuesto, que ninguna entre todas reune derechos mas inconestables á la conviccion del género humano sobre los hechos que afirma de consuno, que la nacion judía. Pues bien, toda ella depone unánime y constantemente sobre la autenticidad de los libros de Moysés y le reconoce como su Legislador; y este antiguo, público y universal testimonio, tanto mas autorizado cuanto mas constante y uniforme á pesar del cisma entre los Samaritanos y judíos, forma la primera prueba de la autenticidad de los libros de Moysés.

8. "En segundo lugar, otro pueblo que cuenta ya diez y ocho siglos de antigüedad, y que forma sin duda mas de dos terceras partes del género humano, el pueblo cristia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no, profesa y ha profesado siempre esta verdad, pagando así cumplidamente su contingente al gran cuerpo de los datos que apoyan el criterio filosófico, para establecer incontrastablemente la certidumbre sobre este mismo punto. El cristianismo es una sociedad universalísima que en sí contiene y encierra una multitud respetable de Estados políticos, y por consiguiente es una sociedad que ha llevado al mas alto punto la diversidad casi infinita de caractéres, de intereses, de pasiones, de leyes, de costumbres, de vicios, de virtudes, que cada nacion presenta de por sí con el solo hecho de la multiplicidad de sus miembros. Esta circunstancia, pues, derrama la luz de la evidencia sobre cualquier hecho histórico que afirme de consuno y haya afirmado constantemente esta sociedad.

9. "Dentro de ella se han visto nacer una infinidad de revoluciones diversas, ordinariamente producidas por la influencia y la controversia de las doctrinas. Desde los primeros siglos de la Iglesia casi no se ha visto una perfecta quietud en los espíritus. Los antiguos cismas de Oriente, las sectas innumerables de los herejes, las excisiones últimas verificadas en el Norte de la Europa con motivo de la reforma de Lutero, y por último, la revolucion de Francia, han dado cierta perpetuidad á la controversia religiosa en todos los siglos del cristianismo. ¿Puede darse ocasion mas eficaz para menguar el concepto de un hecho que no estuviese sólidamente establecido? No sin duda. Pues bien, la Iglesia griega en medio de su cisma, el protestantismo todo á pesar de su constante y antiguo encarnizamiento, y los mismos herejes en su mayor parte, se unen con la Iglesia latina para confesar y sostener que Moysés es el legislador de los judíos y el autor del Pentateuco.

10. Mas, como no basta estar cierto de la autenticidad de un libro, sino que es necesario hallarse plenamente seguro de su verdad, para dar un cumplido asenso á lo que contiene, y esta verdad resplandece cuando cuenta con todas las reglas que caracterizan de infalible segun la crítica el testimonio humano, no se necesita de otra cosa para dejar bien comprobada la verdad del Pentateuco, que demostrar claramente que Moysés no pudo engañarse, ni quiso engañar, ni habria podido conseguirlo aun en caso de pretenderlo. Pues bien, el testimonio de Moysés reune todos estos caractéres, y la verdad del Pentateuco resulta perfectamente demostrada. ¿Por qué Moysés no pudo ser engañado? Porque contaba con todos los datos suficientes, ya de parte de las cosas, ya de parte de su inteligencia. De las cosas que refiere, unas le precedieron; pero sobre ser de grande importancia, podian manifestársela con bastante facilidad; y otras pasaban á su vista. Los primeros sucesos del Génesis no fueron sin duda presenciados por él; mas la cadena tradicional era tan corta, tan bien eslabonada y perceptible por otra parte, que no podia, con solo usar bien de su razon, incurrir en error alguno al relatarlos. Nació Moysés cuarenta y ocho años despues de la muerte de Leví: éste habia vivido ochenta y cinco años con Abraham y cincuenta con Sem hijo de Noe: Sem habia vivido noventa y ocho años ántes del diluvio y tratado á dos personajes que vieron al primer hombre, y son Lamet y Matusalen. Nada os diré de los otros hechos, pues como he dicho, él mismo los presenció. Luego en primer lugar no pudo engañarse.

11. ¿Y será necesario que yo gaste mucho tiempo para demostrar que Moisés pudo

seia todos los medios intelectuales que se requieren y bastan para no engañarse acerca de los sucesos que refiere? Bossuet le llama el mas antiguo de los historiadores, el mas sublime de los filósofos y el mas sabio de los legisladores; y basta saber el eminente papel que representa en la historia, y no echar en olvido que sus libros dieron la materia prima para todo el saber del mundo, en términos que hasta las mismas ficciones fabulosas de todos los pueblos son chispas desprendidas de aquel inmenso foco de luz, aunque como tales incapaces de salvar á la antigüedad gentílica de todos los errores y absurdos de que adolece su historia. Moysés, por tanto, contaba con datos suficientes y con talentos extraordinarios: no podia pues engañarse. ¿Querria empero engañar? Tampoco: porque así lo persuaden evidentemente su carácter histórico, su conducta moral y política, su notorio desinteres y decision por la verdad. Un impostor borra las huellas de los pasos que dió su pensamiento para no ser descubierto; Moysés aproxima las distancias, multiplica los medios de investigacion, se pone todo, digámoslo así, ante el tribunal de la crítica: un impostor busca para sí las riquezas, el descanso y el regalo de la vida; Moysés pasó la suya entre las mas borrascosas agitaciones de su gran magistratura y las prácticas mas austeras de su piedad: un impostor, ya que no puede sustraerse al dominio de la muerte, quiere por lo ménos prolongar sus goces en la brillante suerte de una larga posteridad; Moysés abandona sus hijos en el seno de la Providencia, y pone las riendas del Estado en las manos de Josué: Moysés por lo mismo no quiso engañar. Mas tampoco lo habria logrado aun en caso de pretenderlo, pues en verdad que tal empresa rayaba en lo imposible. La magnitud, el interes de primer órden, la notoriedad altísima y la estrecha concatenacion de los mismos hechos, sus relaciones con la historia de los otros pueblos, el carácter de las tradiciones judías y las mismas épocas de la naturaleza se habrian levantado en masa para dar un mentís histórico é inmensamente tradicional á la narracion artificiosa de un fascinador. No, Moysés no pudo engañarse, no quiso engañar, no habria podido conseguirlo aun en caso de quererlo, Moysés dijo la verdad.

12 Pero qué, ¿sus libros, habiendo pasado por tantos siglos, al través de tantas vicisitudes como ha padecido la humanidad, y por entre las diversas turbas de sofistas que se han levantado con el intento de hacer prevalecer sus opiniones, para lo cual han tomado empeño en apagar esta luz que ilumina la inmensa carrera del tiempo, estos libros, digo, habrán llegado ilesos y sin la menor alteracion hasta nosotros? Sí, amados hijos, han llegado inalterables; pues ni los judíos, ni los gentiles, ni los cristianos han tenido por cierto una coyuntura favorable para proteger con buen éxito la empresa de una total ó parcial impostura. Bien comprenderéis que no hai impostura sin objeto, y en consecuencia, que la alteracion del Pentateuco, hecha por los judíos, debia ser necesariamente contra los cristianos, quienes al punto la hubieran denunciado ante el tribunal de la crítica; hecha por los cristianos, habrian vendido contra ellos los judíos armados con el zelo de su historia y con el odio de su antigua y constante enemistad. En intereses tan opuestos no habia mas punto de contacto que dejar pasar la verdad inalterable. Hai pues en el Pentateuco, no solo la autenticidad de orígen y la verdad del historiador, sino tambien la integridad con que ha pasado hasta nosotros.

13. He probado, amados hijos, aunque de un modo mui sucinto la autenticidad, ver-

dad é integridad del Pentateuco. Pero no basta esto: porque la doctrina encerrada en estos libros sagrados es de Dios y no del hombre; y como no se necesita de una inspiracion divina para que un libro haya sido auténtico, pues para esto basta probar que le compuso el autor que le suscribe, ni que haya sido verdadero, pues que el hombre puede tratar verdad &c., es necesario pasar de aquí á demostrar que la doctrina contenida en estos libros es verdaderamente inspirada por Dios. ¿Cómo se acredita esta inspiracion? Ya os lo he dicho: con la irrecusable prueba de los milagros, las profecías y el carácter moral del enviado. Veamos por tanto, para nuestro intento, el poder sobrehumano de Moysés y la santidad de su vida.

14. "La primera mision de Moysés fué cerca de Faraon, para que libertase al pueblo escogido. Desde entónces manifestó Moysés aquella resistencia que es natural cuando se trata de ciertas empresas que traspasan con mucho los límites de la posibilidad personal de los hombres. Abrumado con el profundo sentimiento de su ineptitud, lo hizo presente al Señor; mas entónces Dios le dijo: "¿Quién ha hecho la boca del hombre, y quién ha formado al sordo y al mudo? ¿quién ha dado vista al que ve, y quién ha privado de ella al que no ve? ¿No soi yo?" Moysés insiste; y el Señor entónces, asociándole á Aaron, le dijo: "Háblale, é instrúyele de lo que te he dicho; yo estaré "en tu boca y en la suya." [1] Hé aquí una promesa infalible que dará el mismo carácter á los discursos del caudillo. Ya desde entónces los pensamientos y las acciones de Moysés estarán cubiertos con la egida de un poder divino, ó lo que es lo mismo, tendrán los caractéres infalibles de una mision celestial. Todo corresponde á esta idea: acciones sobrenaturales, conducta irreprensible y escritos eminentes.

15. "Intimó Moysés al Rey de Egipto las órdenes de Dios; pero, no habiendo cedido el monarca, se vió precisado Moysés á desenvolver el poder sobrenatural que llevaba consigo: sirvióse de su vara; y al simple impulso de su voluntad, se fueron produciendo sucesivamente las célebres plagas de Egipto, que no fueron sino una serie inaudita de tremendas calamidades, que asolaron el país y derramaron por todas partes el dolor y la muerte. El Nilo convertido en sangre, los insectos acosando hasta el último individuo, la peste destruyendo á los hombres y á los animales; las úlceras carcomiendo hasta los huesos y radicando el dolor en todas las partes del cuerpo; el granizo, los truenos, el fuego del cielo arrebatando las esperanzas de los agricultores y buriando toda la ciencia de los astrónomos; la langosta talando los campos, esterilizando las mieses y arrastrando al sepulcro á los hombres consumidos del hambre; las mas esposas tinieblas arrebatando el aspecto de aquellas hermosas comarcas; los primogénitos, en fin, muriendo en la mitad de la noche: hé aquí una cadena no interrumpida de portentosas calamidades, que asentaron en aquella opulenta nacion, al solo impulso de la voluntad de Moysés, la consternacion, el dolor y la muerte.

16. "Pero no pararon aquí los prodigios; pues que si habian de realizarse unos para hacer sentir á un monarca obstinado el peso de la Omnipotencia ofendida; tambien se habian de producir otros, para mostrar que los Israelitas formaban un pueblo amado, tierno objeto de la predileccion de su Dios. Nada importa que Faraon persista: habia-

1. CALMET. *Historia del Antiguo y nuevo Testamento. Lib. 2.°, cap. 2.°*

rá el Señor por la boca de Moysés, y los hebreos saldrán de su cautiverio antiguo, para ir á tomar posesion de la tierra prometida. Todo sucedió así: una inmensa capa de niebla protegió la fuga del pueblo oprimido, derramando la luz delante de sus ojos durante la noche, y cobijándoles durante el dia con su benigna sombra, para libertarles de los rayos de un sol abrasador. Vano fué que Faraon y sus caudillos formasen un ejército de persecucion, cuyo aspecto solo hiciese temblar á los Israelitas. Acércase Moysés á las márgenes del mar bermejo; tiende su milagrosa vara, ábrense las ondas, y pasa el pueblo fugitivo; miéntras animándose á la vista de este portento el arrojo de los perseguidores, se entran por este mismo sendero, para quedar muí pronto sumergidos en los abismos y entregados todos á la muerte. Los Israelitas llegan al desierto, donde un maná que baja diariamente del cielo les suministra por el espacio de cuarenta años el alimento y la vida. Finalmente, habiendo salido del desierto, y situados al pié del Monte Sinaí, donde permanecieron por espacio de un año, fueron testigos oculares de los mayores portentos con que Dios quiso consagrar la mision de Moysés, al elegirle para que anunciase á su pueblo la alianza que con él intentaba renovar, y promulgase la ley que dictó al caudillo desde la cumbre de la montaña.

17. "Baste lo expuesto; pues en materia de milagros, no es la multitud, sino el carácter sobrenatural de cada uno de ellos, lo que señala su orígen y comprueba la mision celestial á que se aplica. Mas lo que importa á este propósito es dejar bien establecida la certidumbre de estos hechos sobrenaturales de manera que se conozca que milagros propiamente dichos confirmaron la mision divina de Moysés. Esta cuestion envuelve tres cuestiones diversas. ¿Merecen crédito las narraciones de estos portentos que se nos refieren en los libros de Moysés? ¿En caso de merecer crédito, pueden calificarse de verdaderos milagros? ¿Y si lo son en efecto, dan un testimonio irrecusable á la mision divina del hombre que les verificó á nombre de Dios?

18. "La primera de estas cuestiones está resuelta muí de antemano: pues demostrada la autenticidad, verdad é integridad del Pentateuco, estamos en el caso de suscribir sin réplica á cuanto en él se contiene, y por tanto, á creer que pasaron efectivamente los hechos extraordinarios que allí se mencionan. El pueblo todo se presenta á dar testimonio de su existencia, y nada falta de cuanto puede apetecerse para dejar sólidamente fija la certidumbre de los hechos. "En cuanto al segundo punto, no me detendré, hijos mios, en una especial demostracion; pues con solo mencionar estos hechos, cualquiera de vosotros palpará que, siendo manifiestamente contrarios á las leyes de la naturaleza, pues ninguno de ellos podria explicarse naturalmente, son sin género de duda unos verdaderos milagros.

19. Mas no se reducen á esto solamente las divinas credenciales de aquel caudillo ante los hombres, pues dió testimonio tambien al celestial orígen de su mision con el sistema de su conducta y algunos sucesos muí notables de su vida. "Un hombre que continuamente se agita por llenar sus deberes, sin perdonar ningun género de sacrificio; que siempre se muestra inclinado á los intereses de la virtud, é inflexible castigador del vicio; que conduce á su pueblo, por entre las situaciones mas críticas que superan al poder humano, á los destinos que Dios le tenia señalados; que no obra sino en nombre

de Dios y segun las inspiraciones de su voluntad soberana; que nunca se deja fascinar del brillo del poder para consultar á sus intereses individuales, al capricho de sus pasiones, ó al hábito de los deleites; que salva los principios tutelares de la religion y la sociedad en un pueblo ignorante, versátil ó inclinado á la idolatría; que mantiene intacto el culto del verdadero Dios entre una infinidad de naciones idólatras, entre pueblos gentiles, entre los horrores del politeismo: un hombre de esta clase, os lo repito, da en su persona y conducta una grande seguridad en favor de sus doctrinas y de sus obras, cuando profiere las unas y practica las otras en testimonio de la mision que ha recibido del mismo Dios. Tal era Moysés, amados hijos. Si á esto quisiese agregar las robustas pruebas que suministra su carácter de profeta, los elogios que mereció á los hombres mas eminentes por su saber y santidad, no acabaria nunca. Tampoco me detendré á presentaros, porque esto requeriria mucho tiempo, esa prueba monumental y sublime que la historia ofrece á la mision divina de este personaje con la legislacion del pueblo judío. Una ojeada rápida sobre ese primitivo cuerpo de leyes con particular atencion á su objeto, al tiempo en que fueron publicadas, "á las circunstancias locales y políticas, de la nacion judía, y al modo con que la Providencia regula el curso natural de los acontecimientos humanos, basta para convencernos de que Dios fué el Legislador de los judíos, y Moysés su primer Ministro, y para convenir, en consecuencia de la magnífica economía de la legislacion mosaica, en que léjos de ser ésta contraria bajo ningun aspecto á la sabiduría infinita de su Autor, "se ve resplandecer en ella, como observa" el célebre Jacquelot, esta divina sabiduría, aunque proporcionada siempre á las debilidades de los israelitas, al estado del mundo y al gusto de la razon." [1]

II.

20. He hablado hijos mios, de los libros de Moysés: voi á daros ahora una noticia de los Profetas, con el objeto de probaros que reunen los mismos caractéres que los de Moysés.

21. "Con el nombre de *Profetas* se designan en la Sagrada Escritura, no solamente aquellos hombres que anuncian por divina revelacion cosas futuras, sino tambien algunos otros singularmente privilegiados por las eminentes cualidades de su espíritu, ó por otros dones del Espíritu Santo, distintos de aquel que en extricta significacion se conoce con el de Profecía: el hombre dotado con conocimientos superiores en las cosas divinas ó humanas; el que manifestaba penetracion de las cosas ocultas; aquel á quien Dios hacia hablar, sin que entendiese lo que hablaba el que hablaba en nombre de otro, como Aaron en el de Moysés; el que componia ó cantaba en honor de la Divinidad himnos sublimes, que anunciaban una inspiracion sobrenatural; y por último, el que obraba alguna maravilla ó milagro. todos estos se designan á su turno con el nombre de Profetas [2]. Es necesario tener esto presente, porque de otro modo se daria márgen á mil

1 JACQUELOT. La conformité de la foi avec la raison. Part. I, chap. II.

2 BERGIER *Diccionario teológico*, *Artículo* PROFETA. (Extracto.)

dificultades excusadas y muchos errores de trascendencia. Esta es táctica mui antigua de los incrédulos, quienes "confundiendo, como observa Amat, las diferentes signi-" ficaciones, suelen presentar el oficio de Profeta como un arte que se aprendia como " los demas; á cuyo fin, dicen ellos, habia escuelas y colegios de Profetas entre los ju-" dios, como se lee en la misma Escritura: arte, (añaden) que conocian tambien las otras " naciones. Distinguiendo, pues, las varias acepciones del nombre Profeta, se responde " tácitamente á los frívolos argumentos de los enemigos de la religion, que á falta de " razones sólidas, echan mano de sofismas compuestos con cierta sal y agudeza para " fascinar á los sencillos é incautos lectores." [1]

22. "Cuando hablamos pues de los Profetas, tomamos esta palabra en su sentido mas estricto, entendiendo por tales aquellos hombres á quienes Dios ha revelado cosas futuras que no puede prever la sabiduría humana, para que las anunciasen á los hombres. Hai diez y seis Profetas, á cada uno de los cuales corresponde en el Antiguo Testamento un libro que lleva su nombre bajo la designacion comun de profecía. Son pues los siguientes: La profecía de Isaías, la de Jeremías y su discípulo Baruch, la de Ezequiel, la de Daniel, los cuales se llaman Profetas mayores, y las de Oséas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Habacuc, Sophonías, Ageo, Zacarías y Malaquías, que son Profetas menores. Tales son los libros proféticos.

23. Visto pues lo que significa la palabra *profeta*, quiénes fueron los eminentes personajes que figuran con este carácter en el Antiguo Testamento, y cuáles fueron sus libros, solo resta probar la autoridad que tienen en sí mismos estos libros, por el hecho de ser auténticos y haber llegado íntegros hasta nosotros. Cuando se trata de los Profetas hai que distinguir dos cosas; la profecía y su cumplimiento, del cual precisamente pende la prueba de la inspiracion divina que ellos tenian. Lo segundo no es de este lugar, pues refiriéndose las predicciones á Jesucristo, debo reservar, para cuando ya os hable de la mision divina del Hombre Dios, el mostraros cómo en él se cumplieron al pié de la letra todas las profecías. ¿Existieron los profetas? ¿Escribieron los libros que se les atribuyen? ¿Los escribieron en el tiempo sucesivo que indica su cronología? ¿Dieron con su conducta un testimonio ilustre á la divinidad de su mision? He aquí lo que al presente debo mostraros.

24. No me ocuparé, amados hijos, en ir demostrando particular y sucesivamente la existencia de cada Profeta y su respectiva profecía; pues aunque abundan pruebas mui concluyentes para todo, no por esto me seria fácil hacerlo aquí, por los estrechos límites á que me sujeta esta clase de instrucciones. Mas no imagineis que tal procedimiento sea necesario para dejar bien sentada esta verdad fundamental; porque para el intento de comprobar que los libros de los Profetas pertenecen á los personajes que les suscriben, como á sus legítimos autores, y encierran la verdad profética, basta demostrar que las predicciones precedieron con mucho á los acontecimientos, que no pudieron ser efectos de una prevision natural, y sin embargo fueron exactamente verificadas las cosas que predijeron los Profetas. Voi pues á reducirme á esta prueba general.

1 *La sagrada Biblia nuevamente traducida*. Advertencia sobre los Profetas en general.

25. Entre los sucesos anunciados por los Profetas, hai varios que precedieron á la venida de Jesucristo. Podria yo mui bien, hijos mios, tomar desde allá las pruebas del punto que me propongo demostrar, pues abundan los testimonios de la preexistencia del anuncio y su verificativo despues. Mas prefiero á todo reducirme á puntos de la mas alta notoriedad, puntos comprobados por la historia y la tradicion de diez y nueve siglos, y que basta simplemente mencionarlos para que cada uno perciba con toda claridad que los anuncios precedieron con mucho á los acontecimientos profetizados. ¿Cuáles son estos puntos? Tres principalmente: la vida y muerte de Jesucristo Señor nuestro, el establecimiento del cristianismo y la reprobacion del pueblo judío. Es un hecho palmario que los dos segundos acontecimientos vinieron despues de nuestro Señor Jesucristo. La palabra *cristianismo*, estrictamente derivada, manifiesta su procedencia de Jesucristo, y significa nada ménos que su reino en la tierra. Luego es claro clarísimo que su establecimiento es posterior á su Fundador. En cuanto á la reprobacion del pueblo judío, es cosa manifiesta, no solamente por la historia sagrada y eclesiástica sino aun por la profana, que sobrevino á los anteriores sucesos; porque ambos habian pasado ya cuando Tito y Vespasiano destruyeron á Jerusalen. ¿Qué resulta de aquí? Que siendo la vida y muerte de Jesucristo Señor nuestro el mas antiguo de los tres acontecimientos profetizados, no necesito de otra cosa, para demostrar evidentemente la preexistencia de la profecía, que referirme á este solo punto, haciendo ver que el nacimiento, vida y muerte del Mesías fué mui posterior á los anuncios proféticos.

26. Ahora bien: la cronología histórica en este punto, ó sea el órden y tiempo de los acontecimientos, es una cosa en que se hallan de acuerdo con los cristianos los judíos y los gentiles. Estos no han desmentido jamas á los primeros en este punto, y sus historiadores se hallan enteramente de acuerdo acerca del tiempo del nacimiento del Mesías y demas, sin que aparezca en parte alguna supuesta la coexistencia de los Profetas. Pero el mas irrecusable de todos los testimonios es el del pueblo judío, y tánto, que no se necesita de otro alguno para conducir al mas alto punto de claridad y evidencia la verdad histórica en el caso.

27. El cristianismo, hijos mios, ha tenido siempre y nunca dejará de tener enemigos: es militante por su destino durante su mansion en la tierra. Pregunto ahora: ¿cuál ha sido el mayor de todos sus enemigos? El judío. ¿Por qué? por su carácter, multitud, unidad, constancia y pertinacia; por su carácter, porque es enemigo radical, primitivo, enconado como pocos, intransigible como ninguno; se convierte el infiel, cede el hereje, vuelve al redil el apóstata, entra en materia el filósofo incrédulo; pero el judío ni confiere, ni disputa, ni cede jamas: por su multitud y unidad, porque es un pueblo entero, y aunque disperso, no discrepa en lo mas mínimo acerca de su oposicion al cristianismo, y este distintivo, único en su género, no ha dejado de tenerlo durante los diez y ocho siglos y medio que lleva de establecido el cristianismo. ¿Quién pues mas interesado en desmentir á la Iglesia católica, principalmente cuando se trata de los libros que constantemente han poseido los judíos y veneran como sagrados, como son los de los Profetas, y cuando precisamente la Santa Iglesia recurre á ellos para probar la divinidad del Mesías? ¡Habria cosa mas fácil, para combatir este dogma, que contrariar la

prueba tomada de los Profetas, ya negando la preexistencia del anuncio, ya explicándole con la prevision natural? Sin embargo, hijos mios, nada de esto han hecho ni hacen los judíos, y en consecuencia queda probado: primero, que el nacimiento, vida y muerte del Hijo de Dios, el establecimiento de la Iglesia y la reprobacion del pueblo judío fueron mui posteriores á sus anuncios; segundo, que estos no pudieron hacerse por las luces de la razon ni los datos naturales. En cuanto á lo tercero, es decir, al cumplimiento de las profecías, es punto que queda demostrado en general por la notoriedad histórica de los tres acontecimientos, y que lo será en particular cuando hable de la mision divina de Jesucristo.

28. Mas los profetas dieron á la suya no solamente la prueba de sus anuncios, sino tambien la santidad de su vida y el carácter de sus escritos. ¿Qué os diré de su vida? ¿Cómo pintar aquella fe, aquel zelo por la verdad, aquella fidelidad santa en cumplir la mision que Dios les habia confiado? ¡Ah! Una vida toda de oracion y retiro; una aplicacion incesante á meditar en la ley santa del Señor y cumplirla; un juicio tan recto y un consejo tan sabio y prudente, que les hacia escuchar como verdaderos oráculos; una consecuencia maravillosa entre su conducta y su doctrina; costumbres puras y santas; ejemplos llenos de edificacion; una austeridad sobrehumana; una solicitud extrema por instruir y moralizar á los pueblos, catequizando á los niños, rodeando á los jóvenes de precauciones eficaces, gobernando con su consejo la edad madura, mostrando los oráculos de la verdad y las terribles amenazas de la justicia de Dios ofendida, no solo al pueblo, sino á los reyes en sus cortes y á los potentados en sus palacios; una muerte digna de tal mision y de tal vida..... hé aquí, amados hijos, un imperfecto resúmen de aquellas vidas ilustres y santas.

29. Pero vengamos á sus escritos, puesto que la doctrina contribuye á su turno á multiplicar, digámoslo así, á la vista de los hombres, las credenciales divinas que muestran en testimonio de su mision los enviados del Altísimo. Leed los Profetas, ponderad la esencia y carácter de su doctrina, y decidme si podéis atribuir á la razon humana este prodigio de concepciones, con que nunca se honraron los mas esclarecidos timbres del saber humano. "Jamas se leen sin admiracion las santas Escrituras, observa mui á propósito un apologista moderno, "pues se distinguen por la sublimidad, y se manifies-
" tan superiores á todas las obras mortales; pero esta hermosura, esta elevacion se ob-
" servan particularmente en los escritos de los Profetas, que nos dicen las cosas mas
" magníficas y mas sublimes, empleando los términos y las expresiones que competen á
" la grandeza del asunto. En todas sus páginas se encuentran descripciones magestuo-
" sas; una nobleza, una solidez y una vehemencia que la impostura jamas pudo imitar.
" Lo que admira es que, á pesar de la sublimidad de su estilo, se acomodan á todos los
" entendimientos, y se explican con sencillez cuando hablan de lo que se ha de creer y
" practicar. La idea que dan de Dios es de las mas grandiosas: la pintura que hacen
" de su providencia, de su poder, de su eternidad, de su justicia y de su misericordia,
" eleva el espíritu y llena el corazon. ¿Qué cosa, por ejemplo, mas hermosa que el pa-
" saje del Profeta Amós, (capítulo IX verso 5 y 6) sobre el poder del Ser Supremo?
" *El Señor Dios de los ejércitos toca la tierra, y queda seca: ha establecido su morada*

" *en lo mas alto de los cielos: llama las aguas del mar, y las derrama sobre la haz de* " *la tierra: el Señor es su nombre.* Todos estos Profetas no tiran en sus obras, sino á " inspirar amor hácia la virtud, y á guiar á los hombres hácia Dios. Ellos hablan siem- " pre con autoridad y sin temor alguno, como están seguros de lo que dicen: no se ven " en sus discursos ni lisonjas ni disimulos; el carácter de rectitud y de sinceridad que se " nota en ellos, la energía, la vehemencia con que se explican cuando se trata de los " intereses de Dios, prueban que estaban animados de su espíritu. Todos tienen el mis- " mo lenguaje; lo que el uno dice en un tiempo, es repetido y confirmado por el otro, de " suerte que no se puede tener al uno por sospechoso, sin recusarles á todos." [1]

III.

30. Os he hablado, hijos mios, de los cinco Libros de Moysés, que son los primeros de la Biblia y llevan el nombre de *Pentateuco*, y de los Libros de los *Profetas*, manifestando que tanto unos como otros pertenecen á sus autores, contienen la verdad y son los mismos que hoi poseemos. Réstame deciros algo sobre los otros Libros del Antiguo Testamento, que forman la tercera clase y se designan con el nombre genérico de *agiógrafos*, palabra compuesta de dos, que corresponden al verbo castellano *escribir* y al adjetivo *santo*, por lo cual *agiógrafos* quiere decir lo mismo que *escritores santos*. Estos Libros están divididos en dos clases generales: una comprende los *históricos*, y otra los *morales ó sapienciales*. Los Libros históricos son: primero, el de *Josué;* segundo, el de los *Jueces;* tercero, el de *Ruth;* cuarto, los Libros de *Reyes;* quinto, los dos del *Paralipomenon;* sexto, los dos Libros de *Esdras* declarados canónicos; sétimo, los Libros de *Tobías, Judit, Esther* y *Job*. Llámanse históricos, porque todos ellos refieren sucesos pertenecientes á la historia del pueblo de Israel: narran la sucesion, y administracion, y acontecimientos principales de sus gobiernos, la genealogía de sus reyes y la vida de algunos personajes eminentes y de gran representacion como aquellos cuyos nombres llevan.

31. Los libros *morales*, llamados así, porque se dirigen principalmente al conocimiento, práctica y perfeccion de las virtudes, á la union del hombre con Dios mediante la observancia de la divina lei, ó *sapienciales*, nombre que tambien llevan, pues la moral y la virtud son hijas de la verdadera sabiduría, pues esta consiste en el santo temor de Dios, así como la inteligencia en apartarse del mal, como terminantemente lo enseñó el mismo Dios, y leemos en el libro de Job (XXVIII, 28), son seis, conviene á saber: el de los *Salmos*, cuya mayor parte fueron compuestos por David; el de *los Proverbios* y *el Eclesiastés*, que fueron escritos por *Salomon;* el *Cantar de los cantares*, que segun la mas fundada opinion, le pertenece tambien, así como el de la *Sabiduría*, que consta de máximas sacadas de este mismo Rei, y por último, el *Eclesiástico*, llamado así para no confundirle con el *Eclesiastés*, que como he dicho escribió Salomon, pues el *Eclesiástico* fué escrito por Jesus hijo de Sirác.

32. Tales son los libros que forman la tercera clase de los del Antiguo Testamento,

1 Pontbriand. El incrédulo desengañado. Lib. II, cap. XII.

y la razon del órden en que están distribuidos. Mas no porque se llamen y sean los unos históricos y los otros morales, dejan de tener en parte el carácter de proféticos, pues todos ellos están llenos de anuncios, figuras y representaciones del Mesías: el de Josué, por ejemplo, en sus maravillosas conquistas, en la serie no interrumpida de sus triunfos, en los vanos esfuerzos de los cananéos y de tantos reyes ligados en su contra, representa bien claro la maravillosa propagacion del cristianismo á pesar del triple poder conjurado en su contra, cual es: el del demonio con todo el infierno, el del mundo con sus reyes, ejércitos y seducciones, y el de la misma carne con sus fuertes alicientes y repugnancia mortal á la doctrina sublime de la abnegacion y del sacrificio. Los Salmos de David están llenos tambien de profecías; designan á cada paso á Jesucristo, y este mismo Divino Maestro confundió á los doctores de la Lei, reduciéndoles á la ignominia del silencio con solo pedirles la explicacion del primer versículo del Salmo CIX que designa manifiestamente al Mesías.

33. Mui largo seria, y ageno por lo mismo de esta clase de instrucciones, detenerme, hijos carísimos, en daros noticias mas pormenorizadas de estos Sagrados Libros. Vengo pues á mi propósito, es decir, al principal objeto de esta instruccion, que como ya os he dicho, es el manifestar la autoridad que ellos tienen por su orígen, su materia y su carácter, este es: probaros que ellos, como los de Moysés, están revestidos del triple carácter de auténticos, verdaderos y divinamente inspirados, y han llegado sin alteracion hasta nosotros.

34. Poco tendré que deciros para confirmar este aserto, pues descansa en el fundamento mismo que los libros de Moysés. Los argumentos que allí aduje, aunque de un modo mui general, sirven aquí, sin mas que aplicarles al presente caso, para demostrar que los libros pertenecientes á la tercera clase del Antiguo Testamento, llamados *agiógrafos*, son, como todo el Pentateuco y los proféticos, auténticos, verdaderos, divinos é íntegros en todas sus partes. El mismo pueblo judío y el pueblo cristiano, que son, digámoslo así, dos multitudes inmensas, dos antigüedades prodigiosas, están enteramente de acuerdo en este punto, á pesar de ser enemigos el uno del otro, y de que el primero tuvo, como ya os hice notar, un cisma que le dividió. No falta, hijos mios, en consecuencia, prueba ninguna en favor de estos libros: tradicion judaica, monumentos, testimonio de los mismos gentiles; fe pública, constante y perpetua de toda la Iglesia cristiana; testimonios de los mismos gentiles; argumentos sacados del exámen de los mismos personajes que suscriben tales libros; fondo de doctrina en ellos contenida, cuyos caractéres de verdad intrínseca, justicia y santidad les denuncian como bajados del cielo: todo, todo contribuye á demostrar evidentemente la autenticidad, verdad, divinidad é integridad de los diversos agiógrafos.

35. Por otra parte: se hallan estos libros, ya por la representacion religiosa ó política de sus autores, ya por los hechos que refieren, ya por los documentos que encierran, ya por las reglas que inculcan, ya por las máximas que propagan, ya por sus mismos rasgos proféticos, tan íntimamente ligados con los otros, que forman con ellos un todo, y que no podrian suprimirse sin dejar trunca la historia del antiguo pueblo y el imponente cuadro que por quince siglos mas ó ménos estuvo representando bajo el triple aspec-

to de la religion, la marcha social y el gobierno civil. Mas al contrario, supuestos ellos, todo se explica, todo se comprende, todo se desarrolla con prodigiosa naturalidad, sin que una interrupcion ó hueco alguno precipite, digámoslo así, los hechos incontestables en el piélago de las conjeturas, como de otra suerte sucederia. Así es, hijos mios, como el concatenamiento mismo de los hechos, la necesidad de los tiempos, las leyes de la analogía, las reglas de la induccion, los mas fuertes apremios de la necesidad histórica y moral, vienen á ponerse de parte de estos libros, difundiendo sobre ellos un torrente de luz, para dar á conocer su orígen en lo humano, su solidez en cuanto contienen, la inspiracion divina que dirigió la pluma de sus autores, y su tránsito de siglo en siglo, sin alteracion de ninguna especie, hasta llegar á nosotros. Pero oigamos las excelentes reflexiones que trace á este propósito mismo uno de los apologistas de la religion. Dice así:

36. "Elegid en el curso de esta historia judía la época que queráis, y veréis desde luego cómo todos los acontecimientos anteriores se hallan de tal suerte ligados con los posteriores, que estos últimos no han podido verificarse, sino porque habian sido precedidos ya de los primeros, y que éstos mismos á su turno no pudieron suceder, sino porque habian de arrastrar necesariamente los siguientes sucesos. Los que se remontan desde la época del segundo templo hasta el principio de la historia, van descubriendo á cada paso varios hechos semejantes que han sido causa de los hechos siguientes. La historia misma de otro templo supone la existencia de uno primero, y nos conduce por una serie de hechos no interrumpida hasta el tiempo de Salomon; así como el zelo de los samaritanos contra los judíos supone la division del reino comun. La paz que reinó en los tiempos de Salomon y David no pudo ser producida sino por combates y victorias, y estas victorias nos llevan como de la mano hasta el tiempo de los Jueces y hasta la época de Josué, el cual á su turno nos conduce hasta la salida de Egipto. A la vista de un pueblo entero que sale de esta monarquía, buscamos la causa de esto, y viendo que aquel es extrangero en Egipto, preguntamos naturalmente ¿cómo entró allí? Entónces se presentan los doce Patriarcas y toda la nacion, que nunca se ha visto sino como una sola familia, y que por una genealogía no interrumpida sube á un solo orígen, es decir, á Abraham. Si quitáis del Pentateuco uno solo de los libros principales que allí están contenidos, los libros de los Salmos, que no se escribieron ántes de David, no podrian subsistir, pues casi todos aquellos hechos se vuelven á encontrar aquí. Toda la religion, todos los hechos de los judíos no tienen mas relacion con la ley mosáica que con la historia del Génesis. ¿Qué quieren decir la circuncision, la fiesta de los Tabernáculos y tantas otras fiestas instituidas por los judíos? ¿Qué significa la ley que les prohibia el nervio del pié de los animales, la sangre y la vianda sofocadas? ¿Qué significan aún tantas otras ceremonias innumerables? . . . . . Si en la época del segundo templo parece mas racional y ménos inclinado á la idolatría, este es un efecto natural del tremendo castigo que habia sufrido en su largo cautiverio de Babilonia, así como el castigo era una consecuencia precisa de sus precedentes faltas. Si vemos despues convertida en aristocracia la monarquía de los judíos, bien comprendemos, á la vista de este cambiamiento, que la autoridad de la dinastía de David habia sido en extremo debilitada por un mal gobierno. Anímase todo el esfuerzo de los macabeos con la memoria y ejemplos de sus mayores; y entre los mas grandes infortunios se conserva siempre viva la esperanza que el pueblo tenia puesta en las promesas que estaban hechas á Abraham, y aun á él mismo por Moysés." [1]

37. No creo necesario, hijos mios, detenerme ya mas en este punto: porque las reflexiones que acabáis de oir, y sobre todo, las del sabio apologista citado, ministran toda la luz y todos los datos para persuadirse de que los Libros históricos y los Libros morales designados con el nombre de *agiógrafos*, no son ni ménos auténticos, ni ménos verdaderos, ni ménos manifiestos como divinamente inspirados, que los de Moysés y los Profetas. ¿Dirémos que han padecido alteracion alguna en su tránsito hasta nosotros? Tampoco, hijos mios. Las mismas razones que demuestran la integridad del Pentateuco y los Profetas, concurre de parte de los otros Libros del Antiguo Testamento: magnitud estupenda de la materia que contienen, siendo como es la verdad histórica, religiosa y moral; importancia de los acontecimientos relatados, tan grande como la que pueden tener el desarrollo de todo el Pentateuco y la marcha religiosa, moral y política de todo un pueblo, el mas celoso de sus tradiciones y de su historia durante quince siglos; la pureza de la doctrina; el apoyo de la creencia; las profesiones públicas y morales zeladas con igual solicitud por la magistratura civil y del sacerdocio judaico: son argumentos de tal naturaleza, que cada uno basta de por sí para dejar solidísimamente comprobada la integridad de estos Libros. No hai medio, hijos mios: ó todo ó nada; ó admitir todos los Libros del Antiguo Testamento como auténticos, verdaderos, divinos, ó íntegramente llegados hasta nosotros, ó desecharles todos; pero esto de elegir, esto de reconocer tales y cuales Libros, y desconocer otros, no es cosa que pueda pasar, despues de lo dicho, ni en el criterio del testimonio, ni en las leyes severas é infalibles de la deduccion. Los Libros pues del Antiguo Testamento en sus tres grandes clases, conviene á saber: los cinco de Moysés llamados *Pentateuco*, los *Proféticos* y los diversos *agiógrafos* distribuidos en *históricos* y *morales ó sapienciales*, fueron en la realidad escritos por los autores cuyos nombres llévan, contienen la verdad en todas sus partes, fueron divinamente inspirados, y han hecho su travesía sin mengua, mezcla ni lesion alguna, por el dilatado curso de tantos siglos: son pues auténticos, verdaderos, divinos, íntegros; tienen la mas grande autoridad que imaginarse pueda; y deben ser vistos como el edificio histórico, dogmático y moral de la Iglesia católica, que hunde sus bases en insondable profundidad, y está sentada, como San Pablo decia, sobre el fundamento de los Apóstoles y los Profetas, cuya piedra angular es Jesucristo. [2]

1 Stattler. Carácter de la religion revelée, cap. VIII, § 309.

2 Todo lo que se ha puesto en esta instruccion bajo comillas sin hacer una cita especial, ha sido tomado, aunque en extracto, y con algunas variaciones, de mi obra intitulada: "*Estudios fundamentales sobre el hombre, considerado bajo el triple aspecto de la religion, de la moral y de las leyes*, Libro 7º en diferentes lugares. Allí están desarrolladas con la debida extension todas las pruebas filosóficas de la existencia de la revelacion, autenticidad, integridad, verdad y divinidad de las Santas Escrituras y cada uno de sus libros. El lector que quiera doctrina mas amplia, puede consultar esta obra en el citado libro, así como el precedente donde se habla de la posibilidad y necesidad de la revelacion.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA AUTENTICIDAD, VERDAD É INTEGRIDAD DE LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO.

Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ: et vita manifestata est..... annuntiamus vobis.

Lo que fué desde el principio, lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplámos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida: vida que se hizo patente..... esto es lo que os anunciamos.—*I. Joann. Cap. I, ve.* 1, *y sig.*

1. En mi precedente instruccion, hermanos é hijos carísimos, procuré daros una idea de los Libros sagrados comprendidos en el Antiguo Testamento, distribuyéndoles en tres clases que son: el *Pentateuco*, los *Profetas* y los diversos *Agiógrafos*, con el fin de manifestaros los principales argumentos con que se prueba que todos ellos fueron escritos por los autores que les suscriben y en el tiempo á que se refieren; que contienen una doctrina verdadera y divina, y han llegado íntegros hasta nosotros. Esos libros, anteriores con mucho á nuestra Era cristiana, son el fundamento histórico y dogmático de la santa religion que tenemos la dicha de profesar. Ellos contienen proféticamente al Mesías en las promesas que hizo Dios á los hombres de enviarles á su Hijo unigénito, y venia renovando de tiempo en tiempo, á fin de sostener la esperanza de los antiguos justos; en las representaciones ilustres ó figuras históricas de Jesucristo, emblemas lejanos que le dibujaban en el porvenir, para que al llegar la plenitud de los tiempos fuese reconocido; en las instituciones del sacerdocio judío, magnífico bosquejo del sacerdocio cristiano; en la Ley antigua, cuya parte moral esperaba una plenitud de espíritu, de letra y de gracia, que le habia de dar el Santo Legislador del cristianismo; y en las predicciones terminantes ó profecías que de mucho tiempo atrás le habian venido anunciando. Todo pues allí tiene un carácter fundamental, pero al mismo tiempo incompleto,

pues al paso que preparaba unánimemente la venida y mision augusta del Hombre Dios, estaba pendiente de una y otra parte para tocar á su mas perfecta plenitud.

2. Ya comprenderéis por aquí la suma importancia que tienen esos otros Libros divinos, cuyo conjunto se llama *Nuevo Testamento*, y contiene la historia de la Encarnacion, Nacimiento, vida privada y pública, predicacion, milagros, predicciones, pasion, muerte, resurreccion, ascencion gloriosa, residencia en el cielo á la diestra del Padre, futura venida y demas dogmas relativos á Jesucristo. De estos libros voi á hablaros ahora. Ellos están distribuidos en cuatro clases; conviene á saber: *Libros legales*, *Libros históricos*, *Libros morales* y *Libros proféticos*. Los primeros son los cuatro Evangelios, escritos: el primero, por San Matéo; el segundo por San Márcos, el tercero por San Lúcas y el cuarto por San Juan. Estos libros, que tambien pudieran llamarse históricos, ya por su contenido que es la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo, ya por su forma que es la narrativa, se llaman por excelencia *legales;* porque lo que Jesucristo Señor nuestro dijo ó hizo es una ley para todos nosotros que tenemos la dicha de llamarnos cristianos, y porque son ellos los que contienen el Evangelio que se llama tambien *Ley nueva*, *Ley cristiana y Ley de gracia*. La parte histórica del Nuevo Testamento está en la obra que sigue inmediatamente á los Evangelios y tiene por título: *Hechos de los Apóstoles*. Su objeto es referir lo que estos fundadores de la Iglesia, enviados de Jesucristo, primeros doctores de la nueva Ley, verificaron en cumplimiento de lo que su Divino Maestro les habia mandado que hiciesen. Es la historia del establecimiento del cristianismo en el mundo, de la predicacion del Evangelio, de las primeras conversiones: es, digámoslo así, el magnífico exordio de la historia de la Iglesia. A este Libro siguen los *Libros morales*, que son: las Epístolas de San Pablo, la de Santiago, las dos de San Pedro, tres que se atribuyen á San Juan, y una de San Júdas Tadéo. Llámanse *morales*, no porque dejen de contener puntos dogmáticos y recuerdos históricos, sino porque su principal objeto es formar las costumbres de los fieles, haciendo que ellas correspondan en todo á la fe que acababan de abrazar. Finalmente, la parte profética del Nuevo Testamento, y en la cual termina toda la Santa Escritura, es el *Apocalipsis*, libro escrito por San Juan el año 91 de nuestra Era en la Isla de Pátmos. "Contiene, dice San Gerónimo, tantos misterios como palabras:" es todo una profecía continua, y aun pudiera decirse la profecía por excelencia.

3. Tal es, hijos mios, el conjunto de los Libros del Nuevo Testamento: cuerpo doctrinal verdaderamente divino, en que todo resplandece con las luces de la mas alta perfeccion, y á donde reconocen todos los tiempos; pues en él entran de lleno, como un rio en el oceano, todos los cuarenta siglos que precedieron al Mesías, y á él se refieren todos los siglos posteriores en el órden de la religion y de la Iglesia: foco inmenso de luz, que ha inundado los siglos antiguos y los siglos nuevos: fecundidad prodigiosa de influjo, que no reduciéndose á la simple manifestacion de los dogmas, ha deparado la luz de la naturaleza, creado una nueva razon, una filosofía nueva, una legislacion nueva, una sociedad nueva, un órden enteramente nuevo.

4. Cual sea la autoridad de estos libros, aun solo considerados bajo el punto de vista simplemente histórico, bastante nos lo manifiestan sus mismos autores. San Matéo co-

mienza dando por supuesto el conocimiento de su mision; San Márcos manifiesta que su narracion es el Evangelio de Cristo; San Lúcas inicia su narracion manifestando que aprendió los acontecimientos de los mismos labios de aquellos que fueron testigos de vista y ministros de la palabra; y San Juan, recogiendo en una expresion brevísima todas las condiciones del mejor criterio, muestra la incontestable verdad y el carácter divino del Evangelio en estas palabras que lo dicen todo: "Lo que fué desde el principio, (es decir, *desde la eternidad*), lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplámos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida; vida que se hizo patente, que vimos nosotros, de la cual damos testimonio, la cual os evangelizamos, la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros: esto que vimos y oimos, es lo que os anunciamos." *Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ: et vita manifestata est, et vidimus, et testamur, et annuntiamus vobis vitam æternam, quæ erat apud Patrem, et apparuit nobis: quod vidimus, et audivimus, annuntiamus vobis.*

5. Ha sido sin duda necesario que unos libros que son á un mismo tiempo la cima de todo el edificio antiguo, el cimiento y la base de todo el edificio nuevo, tuviesen tal fuerza demostrativa de su autenticidad, verdad y demas caractéres correspondientes, que no pudiera rehusárseles el asenso sin mentir á la razon misma. He aquí por qué, aunque no han cesado ellos de ser ferocísimamente atacados, y con todo género de armas, han salido siempre victoriosos, dando nuevos lustres á la Iglesia y nuevos realces al talento y al ingenio humano. La demostracion católica de todos los caractéres dichos respecto de estos libros llena volúmenes enteros, sin que por esto haya redundancia ni superfluidad: tan vasta es así la materia. Ya comprenderéis, por lo mismo, que no puedo daros acerca de ella mui amplias explicaciones; pero es tanta la luz que despide cada una de sus partes, digámoslo así, que con solo introduciros en ella, basta para que tengáis un torrente de claridad.

6. Cuatro cosas deben probarse para dejar bien demostrada la verdad católica en este punto: primera, que los libros del Nuevo Testamento son auténticos, es decir: fueron escritos por los autores que les suscriben y en el tiempo á que se refieren; segunda, que contienen la verdad; tercera, que han llegado íntegros hasta nosotros; cuarta, que han sido inspirados por Dios. No trataré sin embargo aquí, sino solamente los tres puntos primeros, pues el cuarto demanda explicaciones mas detenidas y por tanto una instruccion separada. Reduciéndome pues aquí á lo dicho, pienso manifestaros: en primer lugar, que los Libros del Nuevo Testamento son auténticos; en segundo, que son verdaderos, y en tercero, que son íntegros.

I.

7. Ya os he dicho, hijos mios, en qué consiste la autenticidad de un libro: luego la del Nuevo Testamento quedará demostrada con solo probar que sus libros diversos fueron escritos efectivamente por los autores que les suscriben. Pues bien, entre otras pruebas que omito para no difundirme, hai dos que un apologista de merecida celebridad ha recogido en una de sus obras: el testimonio de los escritores eclesiásticos, y el de los enemigos de la Iglesia. Veamos la primera.

8. "Remontándonos de siglo en siglo hasta el tiempo de los apóstoles, hallamos un número infinito de escritores que citan, traducen, explican ó comentan los Libros del nuevo Testamento. No hablamos ya de los escritores posteriores al siglo tercero de la Era cristiana; porque no hai incrédulo que no convenga en que de entónces á esta parte no ha sufrido contradiccion alguna la autenticidad del nuevo Testamento. Mas retrocediendo desde el siglo citado, hallamos desde luego en él á Orígenes que menciona *los cuatro evangelios*, como venerados en toda la Iglesia; y á Tertuliano, que recurre á las epístolas auténticas que el apóstol San Pablo habia dirigido á las Iglesias de Roma, de Corinto, de Efeso, de Tesalónica &c., acusando al hereje Marcion de haber alterado el Evangelio de San Lúcas, y produciendo, á fin de convencerle de su fraude, los ejemplares recibidos en todas las Iglesias apostólicas y reconocidos por el mismo Marcion cuando no habia comenzado aún á dogmatizar.

9. "A mediados del siglo segundo veo á San Justino hablando en un escrito, que presentó al emperador Antonino, de la costumbre que habia entre los cristianos de leer en sus congregaciones religiosas los escritos *de los Profetas y de los Apóstoles*.... San Ireneo discípulo de San Policarpo y martirizado en Lion en el año de 203, refiere como un hecho constante, que los cuatro evangelios fueron escritos sucesivamente por San Matéo, por San Márcos, discípulo de San Pedro, por San Lúcas, discípulo de San Pablo, y últimamente por San Juan."

10. "En las cartas que nos quedan de San Policarpo, obispo de Smirna, martirizado en 166, de San Ignacio, obispo de Antiochía, martirizado en 114, y del Papa San Clemente que gobernaba la Iglesia de Roma el año de 70 y habia vivido largo tiempo con San Pedro, se encuentran muchos pasajes de los evangelios y epístolas del nuevo Testamento, citados como pertenecientes á la Escritura santa: lo cual prueba en primer lugar que los Libros del nuevo Testamento existian desde entónces; y en segundo, que eran respetados de los primeros fieles, como obra de los apóstoles."

11. "No hai hueco ninguno en esta cadena de testigos que deponen en favor de la antigüedad de los Libros del nuevo Testamento. Una sucesion conocida, una tradicion escrita de edad en edad, nos conduce hasta el siglo de los apóstoles, y hé aquí lo que distingue los monumentos primitivos del cristianismo de tantas piezas apócrifas que han seducido largo tiempo á favor de los nombres mas respetables. Estas producciones del falso zelo, acogidas por la ignorancia, jamas han podido sostener las miradas de la crítica; pero miéntras ésta es mas ejercitada en nuestros Libros santos, mas pruebas incontestables ha descubierto en ellos de su antigüedad." Pasémos á la segunda prueba.

11. "En ese grande número de herejes, que se manifestaron casi inmediatamente despues de la muerte de los apóstoles, los unos admitian, los otros desechaban la autoridad del nuevo Testamento: pero todos, aun los de la última clase, reconocian su autenticidad. Taciano, discípulo de San Justino, y despues gefe de los encratitas, compuso una especie de concordancia de los *cuatro evangelios*. Heracleon, Tolomeo, Valentin, establecieron sus sistemas filosóficos y religiosos sobre pasajes del nuevo Testa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mento, que ellos interpretaban á su modo. Los Ebionitas tenian un evangelio que ellos llamaban el *Evangelio segun los hebreos*, el cual, segun refiere San Gerónimo, que lo habia visto, no era otra cosa que el evangelio de San Matéo, ligeramente alterado."...

12. "Las diferentes sectas conocidas bajo el nombre de *Gnósticos* jamas llegaron á disputar la autenticidad de los escritos apostólicos; pues al paso que negaban la autoridad de estos Libros, confesaban que eran obra de los autores que los suscribieron. En suma, fuera de los maniqueos, no puede citarse una sola secta que haya negado la autenticidad de los evangelios; y es muí digno de notarse que basta leer las objeciones de aquellos, expuestas por San Agustin en su Libro contra Fausto, para convencerse de que estos heresiarcas no apoyaban su negativa en ningun principio de crítica, en ningun testimonio de la antigüedad, ni alegaban otro motivo que la oposicion de su doctrina con la de los evangelios. "Tal es, concluirémos con San Irenéo, la certidumbre de nuestra creencia del evangelio, que se halla confirmado por los mismos herejes, quienes al separarse de la Iglesia, buscan en él la prueba de su doctrina.

13. "Por último, puede alegarse como una prueba el testimonio de los judíos, que como todo el mundo sabe, jamas han negado la autenticidad del nuevo Testamento, y aun el de los paganos. Contrayéndonos á estos últimos, muí sabido es que los filósofos combatian el cristianismo en sus libros, miéntras que los emperadores le proscribian por sus edictos. Nos quedan diversos fragmentos de Celso, de Hiérocles, de Porfirio y del Emperador Juliano, y poseemos las obras de Orígenes, de Eusebio de Cesaréa, de San Gerónimo y de San Cirilo de Alejandría, que les refutaron. Así las objeciones de los primeros como las respuestas de los segundos, bien claramente nos descubren cuáles son los puntos disputados: mas la autenticidad de los evangelios no entra para nada en esta controversia: y no quiere decir esto que los filósofos no tuviesen conocimiento de nuestros evangelios; porque Celso, que escribió cien años despues de Jesucristo, cita muchos pasajes de ellos, y léjos de pretender que fuesen supuestos, reprocha á los cristianos el haber alterado su texto primitivo: acusacion desnuda de pruebas; pero que por lo ménos supone que reconocia un texto primitivo de nuestros Libros santos." [1]

14. Hé aquí, pues, á los herejes, á los judíos y á los paganos deponiendo en favor de la autenticidad del nuevo Testamento. ¿Qué pueden, hijos mios, oponer contra ella los mas enconados enemigos del cristianismo, cuando es evidente que tal controversia está terminada desde los primeros siglos de la Iglesia de la manera mas solemne y victoriosa, con pleno conocimiento de los datos, y con la aquiescencia mas absoluta de los mas insignes contradictores. Nada ciertamente; y ha sido necesario en consecuencia toda la mala fe de los incrédulos y su odio enconado contra la religion, y todo ese descaro con que insisten los enemigos de la verdad en su tarea, reproduciendo incesantemente los mismos errores y los mismos absurdos, para que se hayan suscitado de nuevo las mismas controversias ya terminadas. ¿Qué no pudiera, deciros todavía, si quisiese dar toda su latitud y extension á las pruebas que demuestran evidentísimamente la autenticidad de los escritos de los evangelistas y apóstoles? ¿No es una demostracion monumental, digámoslo así, la fe actual de toda la Iglesia cristiana? ¿Podria explicarse ni aun concebirse sin la autenticidad de todos los Libros sagrados, este cuadro imponente de la creencia cristiana? Otra prueba de la mas grande importancia, que aducen los apologistas del cristianismo en pro de la misma verdad, es la consideracion misma de los Libros cuya autenticidad se prueba. En ellos están representados al vivo los tiempos, los caractéres, las costumbres, usos, &c., con tanta propiedad y exactitud, que cada uno de los Libros, puede decirse, segun la bella expresion de Tertuliano, lleva delante de sí el retrato de su autor. *Sonantes vocem, et representantes faciem suimcujusque.* Mas no puedo extenderme ya, por lo mucho que llevo dicho y que juzgo suficiente en clase de prueba y por lo que voi á decir, pues que tenemos pendiente aún el exámen de la verdad é integridad de estos Libros sagrados.

1 Duvoisin. Demonstration evangélique. Chap. II, §§ II et III. *(Extracto.)*

II.

15. Para demostrar que estos son verdaderos en todas sus partes, basta, hijos mios, aplicar á sus autores las mismas reglas de crítica de que nos servimos para comprobar la verdad del Pentateuco, conviene á saber: que sus autores no pudieron engañarse, ni quisieron engañar, ni aun lo habrian conseguido aun en caso de pretenderlo. La narracion evangélica es toda de sucesos que presenciaron sus historiadores, á que asistieron constantemente; de sucesos cuya importancia es tan grande, que ya mayor no puede concebirse; cuya publicidad fué extraordinaria, pues pasaron á la vista de los judíos y los gentiles; cuyas trascendencias no podian ser mayores, pues se trataba de una religion para el mundo, y de una religion cuyo templo se habia de levantar sobre las ruinas de la Idolatría y los escombros de la Sinagoga. Si se considera pues el carácter de los sucesos referidos, y la circunstancia de haber sido presenciados, no es de suponer ciertamente que hubiese cabido engaño en aquellos que tomaron á su cargo el referirles.

16. Grande sin duda, sublime sobre todo encarecimiento, es lo que narran los Evangelistas en su historia, pues ya se consideren los milagros de Jesucristo, ya la celestial doctrina que repartia de sus labios, ya su pasion, muerte, resurreccion, &c., todo ello sorprende, arrebata, subyuga y enagena el ánimo. Un Dios hecho hombre: un ignorado Niño reclinado entre pajas, y recibiendo allí el triple homenaje de los pastores, de los ángeles y de los reyes: un personaje que, sin haber pertenecido ni á las escuelas ó academias, ni á los potentados del mundo, sino siempre retirado y humilde, rinde y avasalla el saber de los Doctores, el talento de los filósofos, el poder de los magnates; que predica la abnegacion, la austeridad y el aborrecimiento del mundo y de la carne para ganarse adeptos; que muere para reinar, resucita cuando le place, y sube á los cielos, dejando en la tierra una cita para volver á juzgarla en el último dia de los tiempos; que padeció el hambre, y sacó de la nada un cuantioso alimento para sustentar á la multitud que le seguia en el desierto; que llora, y enjuga todas las lágrimas; que sorprende los pensamientos del corazon y se deja tentar con insidiosas preguntas; que cura enfermedades y resucita muertos, y se deja matar: todo esto, hijos mios, forma un conjunto de pensamientos, discursos, obras y sucesos, tan maravilloso y único, tan sublime

y misterioso, que apénas se puede concebir despues de sabido. ¿Cómo pues, suponer que los historiadores de esto hubieran sido los órganos de una fábula compuesta para seducir á la multitud? ¿Quién podia ser engañado sobre este punto, siendo al mismo tiempo testigo?

17. Pero qué, me diréis, ¿el mismo carácter de los acontecimientos, no demandaba para asegurarse de su bondad, un talento de primer órden, una instruccion vastísima, una versacion profunda, una crítica incomparable? ¡Sí! Luego bien pudieron engañarse los apóstoles que, como el mismo Evangelio relata, fueron hombres sin letras, influjo, poder ni cosa alguna de las que sirven para el caso. ¡No! Luego no tenian importancia ninguna los acontecimientos que refieren. De intento, hijos mios, he querido proponerme esta objecion, la cual, en lugar de embarazarme, me abre camino para dejar mas bien comprobado mi aserto.

18. Comencemos por los milagros. ¿Qué se necesita para su conocimiento? Tener sentidos y razon, ser hombre; porque no se os olvide que los evangelistas, limitados á referir, se abstienen siempre de calificar. Ellos dicen: "pasó esto ó aquello;" mas nunca se adelantan á formar la crítica de lo que refieren. Pues bien: para ver lo que relatan y escribir lo que vieron, bastan como he dicho sentidos, atencion y fidelidad. Poneos vosotros en lugar de cualquiera de los evangelistas, por mui escaso que sea vuestro talento, y decidme: ¿qué necesitabais para estar seguros de la verdad de que Jesucristo alimentó con cinco panes á miles de hombres en el desierto? Ver que no habia mas de cinco panes, que á una palabra de Jesucristo se multiplicaron, que comieron todos y sobró mucho. ¿Qué necesitabais para estar seguros del milagro de la resurreccion de Lázaro? Verle muerto por espacio de cuatro dias, corrompido ya, y luego levantarse vivo á una palabra de Jesucristo. Y para ver esto y todo lo demas, que omito por no ser largo, ¿se necesita el talento de Platon, ó para referirlo sin comentarios ni reflexiones, la pluma de Tácito? No. Ved, pues, cómo sin embargo de ser tan estupendo, sublime y elevado el hecho que se refiere, no por esto se necesita mas que de tener sentidos para presenciarlo y palabras para referirle. Mas la importancia del hecho sirve para fijar mucho la atencion de cualquiera, y por lo mismo he dicho que, atendida la que tienen los sucesos que narran los Evangelistas, y la circunstancia mui notable de que los mas de ellos fueron testigos presenciales, como San Mateo y San Juan, y los otros escribieron bajo la inspeccion y con la aprobacion de todos los apóstoles, los evangelistas no pudieron engañarse; y ménos todavía si se reflexiona que tuvieron larguísimo tiempo para rectificarlo todo, que hubo muchos testigos oculares, muchos mas contemporáneos, todo lo cual multiplicaba los medios de averiguacion, y no permitia que los historiadores de tales sucesos fuesen engañados.

19. ¿Se dirá que quisieron engañar? Hijos mios, los impostores, esos que especulan con la credulidad del vulgo, se proponen siempre algun fin al pretender fascinar con sus tramas fabulosas á la multitud: ó bien tratan de adquirir riquezas, ó bien de elevarse á los primeros puestos, ó bien de ejercer un influjo en la sociedad para asegurarse á sí y á los suyos un porvenir brillante, siempre dejan traslucir, por mucho que quieran disimular, un designio de esta naturaleza. Para llevar á efecto sus miras, buscan las sombras del misterio y á nadie confian su secreto, ni hai entre ellos quien aduzca testimonios ni apele á la prueba de notoriedad: el artificio es el alma de sus palabras y sus acciones, medios todos indispensables para no ser descubiertos. Notad ahora cómo proceden los apóstoles: recordad su conducta, su porte, sus palabras, sus acciones, su posicion en la sociedad y su muerte misma, y ya veréis cómo su veracidad moral, es decir, su conciencia de la verdad para exponerla sin mezcla y sin artificio, está mejor probada que la de todos los historiadores profanos que mas autoridad ajercen con sus obras. La conducta de los apóstoles es irreprensible: sencillos, ingenuos, llenos de candor y sin el mas ligero doblez, nada ocultan, ni aun sus mismos defectos. Porque ya sabéis, hijos mios, que los apóstoles tuvieron dos épocas: una en que anduvieron al lado de Jesucristo como discípulos á quienes formaba con su doctrina, íntimos y presenciales testigos que le seguian donde quiera, y otra en que, habiendo recibido al Espíritu Santo con sus dones, emprendieron su carrera apostólica, mostrándose á la faz del mundo como los depositarios de la verdad revelada y maestros infalibles de la doctrina. Pues bien, durante la primera época se presentan en toda la sencillez y con las debilidades propias de la naturaleza: ignorantes, pues de vez en cuando manifestaban á Jesucristo que no le entendian; débiles, tímidos y cobardes, pues le abandonaron cuando su pasion; deseosos de preminencia, pues los hijos de Zebedéo fueron el objeto de una solicitud de primacía que para ellos hizo su Madre á Jesucristo. Reflexionad ahora cómo todos estos defectos entran lisa y llanamente en su narracion. ¿Procede así quien se propone engañar? ¡Hai impostores de tan mal gusto, que precisamente mientan y engañen para ser tenidos por ignorantes, débiles, cobardes é inconsecuentes? Pues el hecho es que ninguno de ellos disimula sus defectos; que Matéo dice, que era publicano y fué llamado por Jesucristo desde su telonio; que Juan y Santiago no le desmienten cuando refiere que su Madre pidió á Jesucristo para uno de ellos el asiento de la derecha y para otro el de la izquierda; que Pedro, príncipe de los Apóstoles, ratifica y aprueba el Evangelio en que se narra su cobardía é infidelidad para con su Divino Maestro; que Pablo se muestra indigno de ser apóstol, por haber perseguido á la Iglesia de Jesucristo; y que todos, en fin, aparecen allí con sus defectos naturales. No es así como se engaña, hijos mios, vuelvo á decir. Ademas, entre los defectos de los apóstoles referidos con tanta puntualidad, no hallaréis por cierto ni uno solo de aquellos que entran á formar el carácter de los impostores: mentira, disfraz, disimulo, artificio, suspicacia, &c., nada de esto entraba en los defectos de aquellos doce pescadores: segunda prueba de su veracidad moral. Por último, sus mismos defectos, todos de candor, sencillez y otras cosas semejantes, y aun su misma cobardía, son otras tantas pruebas de su veracidad.

20. Pasemos al segundo tiempo, al de los apóstoles enriquecidos ya con los dones y robustecidos con la fuerza que les comunicó el Espíritu Santo cuando descendió sobre ellos. ¡Qué trasformacion! ¡qué mudanza! ¡Cuán otros aparecen de aquellos ciegos que pedian la explicacion de las parábolas, é éstos que derraman por el mundo todo el esplendor de la verdad! de aquellos ignorantes, que sobre todo necesitaban ser aleccionados, éstos cuya palabra, semejante á un rayo de luz que se multiplica, se trasfor-

ma en tantos idiomas cuantas naciones están representadas en su auditorio, cuyos discursos sorprenden al Areópago en Aténas y reducen á la ignominia del silencio á los doctores de la ley! de aquellos que pedian asientos preferentes en el reino de Cristo, éstos que no aspiran á otra cosa que á participar de su cáliz y vivir de su cruz! de aquellos tímidos que huyen cuando la turba se apodera de la persona del Hombre Dios, éstos que lanzan su palabra de verdad sobre los errores, que ocupan el trono, la magistratura, la sinagoga, que llenan los calles y las plazas públicas y que se agitan donde quiera con indómita furia contra la nueva doctrina! de aquellos que le pedian, sin duda para creer mejor, les mostrase á su Padre, y que aun viéndole despues de resucitado exigieron tocar su cuerpo y meter el dedo en la llaga de su costado para identificar su persona, éstos que marchan al cadalso con toda la tranquilidad de la virtud y toda la fe de la inmortalidad para sellar con su sangre su testimonio! No, hijos mios, no es así como se engaña: y es preciso convenir en que si los apóstoles hubiesen querido engañar, no habria por cierto un solo historiador que pudiera estar libre de esta nota, y vendria por tierra sin duda todo el criterio del testimonio humano. Pascal decia con tanta profundidad como gracia: "Yo creo á testigos que se dejan degollar."

21. Por otra parte, hijos mios, si los Evangelistas y demas autores á quienes me refiero hubiesen querido engañar ó podido ser engañados, ¿creeis fácil que su relato hubiese pasado sin contradiccion en una sociedad inmensa y al través de tantos siglos! ¡Ah! esta seria tal maravilla, que superaria con mucho á los mas estupendos milagros, á todas las profecías y á cuanto mas admira y arroba en las páginas de la historia. Estos doce pescadores levantan una bandera de verdad, virtud y felicidad en favor y en contra de todo el mundo conocido: en favor, porque se trataba de regenerar el entendimiento humano con la luz de la revelacion, de regenerar la voluntad con la gracia, de someter la libertad á la ley y franquear de esta suerte á los hombres las avenidas de la felicidad; y en contra, porque la luz resplandecia en las tinieblas, porque el ministerio salvador, como su divino Instituyente, se hallaba entre los suyos y éstos no le recibian; porque la verdad revelada tenia contra sí la pertinacia del judío, la incredulidad del gentil, y en consecuencia la razon del mundo; porque la gracia encontraba donde quiera la resistencia de una naturaleza viciada por la falsa conciencia de los judíos y por el exceso de corrupcion de los gentiles. Tal era la empresa de los apóstoles, y sin embargo, sin riquezas, sin poder natural, sin representacion mundana, sin influencia social, sin ingenio y al frente de tantos enemigos, vencieron, triunfaron, y colocando la Cruz en los palacios de los Césares, en los templos que erigian, y en las moradas de los hombres, anunciaron de la manera mas espléndida que imaginarse pudiera, que el universo era ya tributario de esta enseña divina: el mundo cambió, y este cambio, hijos mios, verificado por la narracion de los evangelistas y la prediccion de los apóstoles, habla mas alto que todos los discursos y todos los libros, para persuadir esta verdad: "Los autores de los libros, cuyo conjunto forma el Nuevo Testamento, no pudieron engañarse, no quisieron engañar, ni lo habrian conseguido aun en caso de pretenderlo, como lo prueba esa sociedad inmensa que cuenta ya casi diez y nueve siglos, y que, sin embargo de componerse de todo lo que ha tenido y tiene de mas ilustre la tierra, de talentos agigantados, raros ingenios, erudiciones portentosas, númenes altísimos, filósofos eminentes, tronos y magistraturas ilustres, caudillos afamados, &c., &c., léjos de haber opuesto ni el embarazo mas leve á la autoridad de aquellos Libros, les mira y venera, y estudia como el depósito de la verdad revelada.

III.

22. He dicho tambien, amados hijos, y este es el último punto de mi presente instruccion, que los Libros del Nuevo Testamento, no solamente son auténticos y verdaderos, sino que tambien han llegado hasta nosotros en toda su integridad moral: y digo *en toda su integridad moral*, para que tengáis entendido que no ha sido mi ánimo jamas el afirmar que estos libros, al pasar de unas manos á otras y al ser copiados, no hayan sufrido absolutamente ninguna variacion accidental. No; esto no seria posible, ni es tampoco necesario. La ortografía, la forma, la distribucion de los períodos, pueden sufrir con el trascurso del tiempo algunas variaciones accidentales: esta es una ley comun de que nada se halla exento, pero que no altera en lo mas mínimo las sustancias de las cosas. Lo que aquí se trata de probar es, que todos los mencionados Libros, al ir pasando de tiempo en tiempo, no han sufrido ninguna alteracion sustancial para llegar á nosotros.

23. "Si es constante, dice Duvoisin, que los Libros del Nuevo Testamento son obra de los apóstoles y de los discípulos de Jesucristo, no lo es ménos, que nos han sido trasmitidos en toda su pureza, y sin padecer ninguna esencial alteracion. Esta segunda proposicion puede probarse con los mismos raciocinios que han demostrado la primera.

24. "La veneracion que han tenido siempre los cristianos á este depósito sagrado de nuestra fe, nos responde asimismo de su celo por su integridad. Durante la persecucion de Diocleciano se creian los fieles obligados á exponer su existencia, con el fin de sustraer las Escrituras á la maligna solicitud de los paganos. Miráhase como una especie de apostasía el entregárselas: y los que habian incurrido en semejante debilidad, á causa del temor y los tormentos, no fueron reconciliados con la Iglesia, sino despues de una larga y austera penitencia."

25. "En todas las religiones se han puesto siempre con el mayor empeño los Libros sagrados á cubierto de cualquiera contacto pernicioso, no ménos por el respeto que inspiran que por su misma publicidad. ¿Y qué libros se han visto nunca ni mas respetados, ni mas universalmente extendidos, que los escritos apostólicos? Sus ejemplares se multiplicaban prodigiosamente; eran traducidos en todas las lenguas; se les leia públicamente en las concurrencias religiosas; servian de texto á todas las instrucciones. Los pastores y los simples fieles, los ortodoxos y los herejes, todos ponian el mayor interés, todos velaban con la misma solicitud en la conservacion de estos preciosos monumentos: la mas ligera interpolacion en unos libros tan conocidos, tan importantes y venerados hubiera producido un levantamiento universal. Cuenta Sozomeno que un obispo causó un grande escándalo en su Iglesia, por solo haber sustituido una expre-

sion del Evangelio, que le parecia baja y trivial, con un término sinónimo pero mas elegante. El mismo San Gerónimo, al emprender una nueva traduccion de la Escritura, prevela los clamores que se iban á levantar de todas partes, si le acontecia el separarse, aun en lo mas pequeño que fuese, del texto original, ó de las antiguas versiones. Seria pues el mayor absurdo suponer en estos Libros alguna alteracion sustancial; pues no podria señalarse nunca ni el motivo, ni el objeto, ni la época, ni el autor de esta pretendida falsificacion."

26. "Pero si el incrédulo no puede oponernos sino hipótesis que por sí solas se destruyen, yo puedo agovíarle con una prueba de hecho que tiene á su vista todavía. Recorred, le diria, los innumerables escritos de los Padres de la Iglesia, quienes han trascrito en cierto modo todo el Nuevo Testamento en sus comentarios, en sus homilías, en sus tratados dogmáticos; y allí encontraréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Libros santos: de suerte que si por un imposible llegaran estos á desaparecer repentinamente, seria fácil reponerles todos con solo recoger las citas esparcidas en los autores eclesiásticos: prueba demostrativa de la integridad de los Libros del Nuevo Testamento: pues de ella resulta que nuestros ejemplares de hoi son de todo punto conformes á los de la mas remota antigüedad." 1

27. No me detendré mas en este punto, amados hijos, pues las breves reflexiones del sabio escritor que he citado son mas que suficientes para demostraros que todos los libros del Nuevo Testamento, no solo fueron escritos en efecto por los mismos autores cuyos nombres llevan, y contienen la verdad en todas sus partes, sino tambien que han llegado hasta nosotros, merced al cuidado y esmeradísima solicitud religiosa de nuestra Santa Madre la Iglesia, sin la mas leve alteracion sustancial. No resta ya, para completar la demostracion católica sobre las santas Escrituras, sino probar, como se hizo tratándose de los Libros de Moysés y los otros del Antiguo Testamento, que son tambien divinos, es decir, que fueron inspirados por Dios: asunto vasto, que no puede formar parte de una sola instruccion sino que exige varias, y que por lo mismo reservo para la siguiente.

1 Demonstratica evangélique, chap. II, art. VI.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASEXTA INSTRUCCION.

LA DIVINIDAD DE LAS SANTAS ESCRITURAS PROBADA POR LA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.
Tus testimonios se han hecho creibles en gran manera.—Ps. XCII, § 5.

1 Despues de haberos manifestado, hijos mios, que todos los libros del Nuevo Testamento fueron escritos por los autores que les suscriben y en el tiempo á que se refieren, que contienen la verdad en todas sus partes y han llegado sin ninguna alteracion sustancial hasta nosotros, solo me resta el probar que son divinos, como lo hice hablando del Antiguo Testamento, para completar la demostracion católica sobre la autoridad divina de las Santas Escrituras. Esto es lo que me propongo hacer aquí, dando como una prueba total de la divinidad no solo del Santo Evangelio sino de toda la Escritura Sagrada, que Jesucristo es Dios. Por esto he dicho que la Divinidad de Jesucristo prueba la de la Santa Escritura. En efecto, como toda ella tiene por objeto á Nuestro Señor Jesucristo, el Antiguo Testamento con un carácter profético y el Nuevo con un carácter histórico; como Jesucristo tuvo especial cuidado de dar su testimonio al primero, reconociendo la mision divina de Moysés y los Profetas y la inspiracion celestial de los otros autores, al paso que su venida, sus acciones, su vida, su muerte y cuanto á su mision pertenece forma el objeto del segundo, claro es que con solo probar que Jesucristo es Dios, la autenticidad, verdad y divinidad de toda la Escritura resplandecen con todas las luces de la evidencia en el fondo de nuestra alma, y los motivos de credibilidad constituyen por sí una ciencia cierta y estrictamente demostrativa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sion del Evangelio, que le parecia baja y trivial, con un término sinónimo pero mas elegante. El mismo San Gerónimo, al emprender una nueva traduccion de la Escritura, prevela los clamores que se iban á levantar de todas partes, si le acontecia el separarse, aun en lo mas pequeño que fuese, del texto original, ó de las antiguas versiones. Seria pues el mayor absurdo suponer en estos Libros alguna alteracion sustancial; pues no podria señalarse nunca ni el motivo, ni el objeto, ni la época, ni el autor de esta pretendida falsificacion."

26. "Pero si el incrédulo no puede oponernos sino hipótesis que por sí solas se destruyen, yo puedo agovíarle con una prueba de hecho que tiene á su vista todavía. Recorred, le diria, los innumerables escritos de los Padres de la Iglesia, quienes han trascrito en cierto modo todo el Nuevo Testamento en sus comentarios, en sus homilías, en sus tratados dogmáticos; y allí encontraréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Libros santos: de suerte que si por un imposible llegaran estos á desaparecer repentinamente, seria fácil reponerles todos con solo recoger las citas esparcidas en los autores eclesiásticos: prueba demostrativa de la integridad de los Libros del Nuevo Testamento: pues de ella resulta que nuestros ejemplares de hoi son de todo punto conformes á los de la mas remota antigüedad." 1

27. No me detendré mas en este punto, amados hijos, pues las breves reflexiones del sabio escritor que he citado son mas que suficientes para demostraros que todos los libros del Nuevo Testamento, no solo fueron escritos en efecto por los mismos autores cuyos nombres llevan, y contienen la verdad en todas sus partes, sino tambien que han llegado hasta nosotros, merced al cuidado y esmeradísima solicitud religiosa de nuestra Santa Madre la Iglesia, sin la mas leve alteracion sustancial. No resta ya, para completar la demostracion católica sobre las santas Escrituras, sino probar, como se hizo tratándose de los Libros de Moysés y los otros del Antiguo Testamento, que son tambien divinos, es decir, que fueron inspirados por Dios: asunto vasto, que no puede formar parte de una sola instruccion sino que exige varias, y que por lo mismo reservo para la siguiente.

1 Demonstratica evangélique, chap. II, art. VI.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASEXTA INSTRUCCION.

LA DIVINIDAD DE LAS SANTAS ESCRITURAS PROBADA POR LA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.
Tus testimonios se han hecho creibles en gran manera.—Ps. XCII, § 5.

1 Despues de haberos manifestado, hijos mios, que todos los libros del Nuevo Testamento fueron escritos por los autores que les suscriben y en el tiempo á que se refieren, que contienen la verdad en todas sus partes y han llegado sin ninguna alteracion sustancial hasta nosotros, solo me resta el probar que son divinos, como lo hice hablando del Antiguo Testamento, para completar la demostracion católica sobre la autoridad divina de las Santas Escrituras. Esto es lo que me propongo hacer aquí, dando como una prueba total de la divinidad no solo del Santo Evangelio sino de toda la Escritura Sagrada, que Jesucristo es Dios. Por esto he dicho que la Divinidad de Jesucristo prueba la de la Santa Escritura. En efecto, como toda ella tiene por objeto á Nuestro Señor Jesucristo, el Antiguo Testamento con un carácter profético y el Nuevo con un carácter histórico; como Jesucristo tuvo especial cuidado de dar su testimonio al primero, reconociendo la mision divina de Moysés y los Profetas y la inspiracion celestial de los otros autores, al paso que su venida, sus acciones, su vida, su muerte y cuanto á su mision pertenece forma el objeto del segundo, claro es que con solo probar que Jesucristo es Dios, la autenticidad, verdad y divinidad de toda la Escritura resplandecen con todas las luces de la evidencia en el fondo de nuestra alma, y los motivos de credibilidad constituyen por sí una ciencia cierta y estrictamente demostrativa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una vez probado que Jesucristo es Dios, todo está hecho y queda establecido; porque, siendo infinitamente veraz, nada es ni puede ser tan seguro como su testimonio para afirmar nuestra creencia, como exclama el Profeta-Rei en las palabras de mi texto: "Tus testimonios, dice, se han hecho en gran manera creibles:" *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.* Todo pues depende, vuelvo á decir, de probar la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo.

2. Para esto, hijos mios, contamos ya con un punto de partida mui seguro, y es la demostracion previa que ya se ha hecho de la verdad é integridad de ambos Testamentos: pues para demostrar su divinidad, no tenemos que hacer sino únicamente apreciar como es debido, ya los hechos que allí se refieren, ya la doctrina que en ellos se explica. Voi pues á demostraros que Jesucristo es Dios, no con aquella superabundancia que lo hacen los apologistas del cristianismo, pues para ello seria indispensable de todo punto escribir un grueso volúmen, sino con aquella limitada medida que se reduce á dar lo estrictamente necesario: pues que mi principal objeto es, como ya os he dicho, explicaros la doctrina como á un pueblo creyente, y no demostrárosla como á un auditorio de incrédulos. Mas como en esta materia la verdad resplandece toda, no solo en el vasto conjunto de sus pruebas, sino en cualquiera de ellas tomada con separacion, estoi en la inteligencia de que lo poco que os diga, basta para daros una demostracion convincente.

3. El Antiguo Testamento con sus promesas, emblemas ó figuras, instituciones religiosas y civiles y profecías; el Nuevo Testamento con sus relatos exactísimos y fieles, con los caractéres sublimes y únicos de su doctrina, y la historia de la Iglesia con los grandes hechos concernientes á su milagroso establecimiento, á la rápida propagacion de la doctrina y á su perpetuidad, pueden considerarse, amados hijos, como tres repertorios ó depósitos inmensos de pruebas victoriosas para la ciencia católica. Yo elegiré una sola prueba de cada género, para concertar aquí la economía del discurso con la amplitud de la materia: el Antiguo Testamento me dará sus profecías, y con ellas una prueba de que Jesucristo es Dios, y esta será la primera parte; el Nuevo me dará la noticia cierta de los milagros con que Jesucristo Señor nuestro confirmó su mision, y esta será la segunda; la historia de la Iglesia me proporcionará la robusta prueba que nace de su misma insitucion y la propagacion de su doctrina, y esta será la tercera.

4. Ya os he dicho que la palabra *Profeta*, tiene varias acepciones que la Santa Escritura distingue perfectamente, como sucede con otras palabras aun en el lenguaje comun; mas yo no hablo aquí sino de una sola clase, de aquellos á quienes conviene la palabra *profeta* en su sentido propio y estricto, de los hombres inspirados de Dios que por esta luz sobrenatural conocieron cosas que no habian sucedido aun, ni podian preverse para lo futuro con todas las luces de la razon humana, y las anunciaron en términos y con el concierto y órden mas á propósito para conocer la preexistencia y el cumplimiento del anuncio, descubrir el don sobrenatural que aquella suponia y convencerse de la mision que con la profecía debe probarse. Véamos pues cómo sus profecías fueron puntualmente cumplidas y por lo mismo, prueban que Jesucristo es Dios.

5. El Génesis nos dice (cap. XLIX, v. 10.) "*No será quitado* de Judá el cetro, ni

" de su muslo el caudillo, *hasta que venga el que ha de ser enviado*, y él será la expec-
" tacion de las gentes:" hé aquí la profecía. ¿Y qué nos dice la historia? que "cuan-
" do hubo nacido Jesus en Bethlem de Judá en tiempo del Rei Heródes, unos Magos
" vinieron del Oriente á Jerusalen," segun la narracion de San Matéo (cap. II v. 1). El Profeta Isaías, en el capítulo cuadragésimo, versículo tercero anuncia cual si la tuviese presente, una misteriosa voz que interrumpiria el silencio del desierto, para que todos preparasen los caminos del Señor: *Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini, rectas facite in solitudine semitas Dei nostri:* hé aquí la profecía. Venid ahora á la plenitud de los tiempos, ¿dónde resuena esta voz? Escuchadla, hijos mios. En el capítulo I, v. 23 del Evangelio de San Juan. El Bautista, preguntado por los Sacerdotes y Levitas sobre quién fuese, respondió: "Yo soi la voz del que clama en el desierto: en-
" derezad el camino del Señor, como lo dijo Isaías Profeta." Daniel, hablando en el capítulo noveno de la vision que tuvo en la oracion, dice: que Gabriel le instruyó y habló acerca de todo lo que habia de suceder con relacion al Mesías, y entre otras cosas le dijo: "Sabe pues y nota atentamente: desde la salida de la palabra, para que Jeru-
" salen sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas: y setenta y
" dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempos de angustia.
" Y despues de setenta y dos semanas será muerto el Cristo: y no será mas suyo el pue-
" blo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el
" santuario; y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decre-
" tada:" (vv. 25, 26 y 27) Tal es la profecía. ¿Dónde está su cumplimiento? Estas semanas son de años y segun el cómputo formado por los intérpretes de la Santa Escritura, forman la suma de cuatrocientos treinta y cuatro años, que se cuentan desde la restauracion de Jerusalen hasta el año décimoquinto de Tiberio, en que Jesucristo fué bautizado, como leemos en el capítulo III, v. 21 de San Lúcas. Profetízase tambien aquí la muerte de Jesucristo narrada por los mismos evangelistas y descrita proféticamente con la mas estupenda minuciosidad por el Profeta Isaías. Anúnciase aquí tambien que Jesus habia de ser negado por su pueblo, y el Evangelista San Juan dice: que "á los suyos vino, y los suyos no le recibieron," (cap. I v. 11), con lo cual véis en perfecta concordia el anuncio y el suceso. Predice tambien el Profeta la reprobacion de aquel pueblo ingrato y descreido (*no será mas suyo el pueblo que le negará*), la destruccion de la ciudad y el templo, y por consiguiente la proscripcion absoluta del pueblo judío. ¿Y qué véis, amados hijos? ¿qué vió entónces el mundo, que ha sabido siempre y hoi mismo está presenciando? El exactísimo, puntual y espantoso cumplimiento de aquella profecía. El mismo pueblo judío apartó á Jesus de su creencia y de su amor, ó para mejor decir, ni un momento le creyó, y á fin de que no quedase ninguna duda, terminantemente dijo: que no queria que reinase sobre él, ni reconocia otro rei mas que á César, y que la sangre del Cristo derramada cayese sobre él y toda su posteridad. Esta nacion salió pues ya de sí misma, por decirlo así, dejando de ser el pueblo escogido, depositario de la verdad y heredero de las promesas: dió un paso el tiempo y no quedó piedra sobre piedra ni del templo ni del muro: acabó la ciudad antigua, reina de las naciones, como la llama Jeremías, bajo los golpes exterminadores de una legion enemiga; y un pue-

lilo vivo, sin verdad, sin código, sin gobierno, sin instituciones, sin patria, vaga por el orbe diez y ocho siglos há, como un testigo inmortal, digámoslo así, de la verdad histórica y divina que negó y niega todavía, de la mision celestial del Hijo de Dios, á quien rehusó admitir y no quiso reconocer, y de la religion instituida, perpetua, soberana, cuyos títulos entre otros están representados en la condicion y suerte de este pueblo proscrito.

6. Si de aquí pasase á los otros rasgos proféticos perfectamente bien marcados en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, tendria cuidado de advertiros que aquel vástago de la raiz de Jessé, que habia de hacer lucir en sus extremidades la flor, como se explica Isaías en el primer versículo del capítulo undécimo, es aquel Dios Hombre de quien habla Pablo en el Libro de los *Hechos apostólicos* (cap. XIII v. 23), que aquel descendiente de la mujer, de quien habla el Génesis (cap. III v. 15) anunciando que quebrantaria la cabeza del dragon, que habia de nacer de la estirpe de Abraham, y en quien serian benditas todas las generaciones, (Génes. XVIII, 18,) es aquel de quien habla el Príncipe de los apóstoles en el capítulo tercero del libro de los *Hechos apostólicos:* que aquel Profeta semejante á Moysés, mencionado en el versículo 15, capítulo XVII del *Deuteronomio*, es el mismo Jesucristo: que aquel rei suscitado por Dios de la sangre de David, que habia de hacer triunfar la justicia sobre la tierra, y que por excelencia se habia de llamar el *Justo*, segun leemos en el capítulo XXIII vv. 5 y 6 de la profecía de Isaías, es el mismo de quien habla San Juan en el versículo 45, capítulo I de su evangelio, cuando dice: "*hallado hemos á aquel*, de quien escribió Moysés en la lei y los "Profetas, á Jesus hijo de José el de Nazaret."

7. Cuando el Rei Profeta contemplaba en espíritu al mas hermoso entre los hijos de los hombres, cuyos labios rebosaban la gracia, en cuyo corazon estaba el amor de la justicia y el aborrecimiento de la iniquidad (Ps. XLIV vv. 3 y 8): cuando Isaías descubria en el fondo de los siglos un personaje sobre quien habia de reposar el espíritu del Señor, á quien habian de ceñir como una faja la justicia y la fe, que habia de apacentar su rebaño como un pastor, juntando los corderos con la fuerza de su brazo y conduciéndoles sobre su pecho: cuando Zacarías le designa (cap. IX, v. 9) como el Rei que viene, justo por excelencia, portador de la salud, notando que es pobre y monta en un jumento, ¿no véis, hijos mios, que están pintando faccion por faccion á Jesucristo? El mismo decia: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* se muestra como el buen pastor: su mision es toda de gracia; predica una moral que observa estrictamente, invita al arrepentimiento y reprueba la iniquidad; es aclamado bendito en el Nombre del Señor y reconocido como Rei, cuando penetra en Jerusalen; pero va pobre como nació y habia vivido, montado sobre un jumento.

8. Si de aquí pasase á dibujar el cuadro de su pasion y de su muerte, yo pudiera, hijos mios, daros como historia el anuncio, pues todos los pasos de la pasion han sido predichos con tal minuciosidad por los Profetas, que sus narraciones mas parecen una historia que una profecía. Su entrada en Jerusalen en humilde triunfo sentado en una vil cabalgadura, y luego la entrega y sacrílega venta de Su Majestad en treinta dineros están referidas proféticamente por Zacarías; (XI, 12 y 13) su flagelacion sangrienta é

infinitamente ignominiosa; las salivas que arrojaron sobre su venerable y hermosísimo rostro; sus piés y manos clavados en la cruz, sin que por esto hubiese quedado roto ninguno de sus huesos; la hiel y vinagre que le dieron á beber; el reparto de sus vestiduras santas, y la rifa ó sorteo de su túnica: todo lo hallamos cantado por el Ponta Rei. (Ps. XXI.) como en Isaías menudamente referido su género de muerte y sepultura con la mas prolija minuciosidad. (LIII., 9.)

9. Ved pues hijos mios con que maravillosa puntualidad se corresponden aquí las profecías y los acontecimientos: ved este enlace de los dos Testamentos; ved cómo todo parece venir á recogerse, como los radios á un centro, en la Persona de nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo dudar, en vista de todo, que él es el Mesías verdadero, el Redentor prometido á los hombres, el Unigénito del Padre, un verdadero Dios! Por mucho que la sofistería de los incrédulos cavilase, no encontraria en todo el universo ni en todos los siglos uno á quien pudiesen convenir tan señaladas y características predicciones; y es necesaria toda la pertinacia inconcebible del pueblo judío para estar aguardando al Mesías que él se ha figurado, sin embargo de haber sido testigo presencial de su venida. Jesucristo, pues, es Dios, y á esta divinidad da un testimonio cumplido el Antiguo Testamento con sus profecías. Pero no nos detengámos aquí; veamosle á él mismo mostrarse un verdadero Dios al través de su Santa Humanidad, no solamente con la doctrina sobrenatural que predica, y las virtudes que le distinguen, y los rasgos verdaderamente divinos de su carácter moral, puntos que reservo para otra parte, sino en ese poder verdaderamente divino con que domina la naturaleza en toda su escala y se muestra como el Árbitro Supremo de la vida y de la muerte, en la serie de sus milagros; pero tal es la materia del siguiente punto.

II.

10. No esperó Jesucristo estar en la plenitud de su edad y en la carrera de su vida pública para mostrar la naturaleza divina que habia unido con la humana: niño todavía, obra un portento verdaderamente admirable: penetra en el recinto que ocupan los Doctores de la lei; preséntase á ellos; habla, y la doctrina celestial que se desprende de sus labios arroba y confunde á los primeros sabios de Israel. Pero dejémos esto, ni toquemos tampoco aquellos prodigios que habian precedido, acompañado y seguido inmediatamente á su nacimiento, para venir al cuadro de sus milagros. Es excitado por su Madre para que socorriese con vino á los convidados en las bodas de Caná, por haberse acabado enteramente el que habia, y sin embargo de no ser llegado aun el tiempo que tenia destinado para hacer sus prodigios, convirtió en vino seis tinajas de piedra que contenian agua destinada para la purificacion de los judíos, y todo esto con solo la fuerza de su palabra. Sana con solo un acto de su voluntad al hijo de un cortesano que habitaba en Capharnaum: "Señor, le decia éste, ven ántes que muera mi hijo; y Jesus le respondió: "Ve, que tu hijo vive." La eficacia de estas palabras surtió en el acto mismo su efecto; pues al dia siguiente que aquel volvia para su casa, vinieron á encontrarle sus criados, anunciándole que su hijo habia sanado á las siete horas del prece-

dente dia, es decir, en la hora misma en que Jesus le habia dicho: *tu hijo vive.* Arroja, en la ciudad mencionada, el espíritu inmundo de un hombre á quien poseia. Sosiega las tempestades con el imperio de su palabra: vuelve el movimiento á los paralíticos, la limpieza á los leprosos, la salud á toda clase de enfermos, y por último, resucita á los muertos, como lo hizo con el hijo de la viuda de Nain y con su amigo Lázaro. En fin, os diré lo que él mismo mandaba decir al Bautista en ocasion en que éste, desde la cárcel en que le tenia preso Herodes, habia enviado á dos de sus discípulos á preguntarle, "si él era el Mesías ó debian esperar otro," pregunta motivada por las noticias que constantemente estaba recibiendo en su misma prision, sobre los muchos, notorios y portentosos milagros de Jesus. "Id, les dijo el Divino Maestro, y contad á Juan lo que "habéis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los "sordos oyen, los muertos resucitan." Ved aquí, hermanos carísimos, un magnífico resúmen hecho por el mismo Jesus de todos los milagros estupendos que con harta frecuencia obraba, para dar testimonio de su mision.

11. Pero el milagro de los milagros, el prodigio por excelencia, la obra maestra, digámoslo así, del poder divino de Jesucristo es el de su resurreccion gloriosa, predicha por él mismo con mucha anticipacion y la mas grande notoriedad. Reúnese aquí la profecía y el milagro para manifestar á todo un Dios. Nada mejor comprobado que este prodigio á que dieron un testimonio constante los apóstoles y mas de quinientos hermanos que habian visto á Jesus elevarse á los cielos; y notad, hijos mios, cuánto precio tiene por el conjunto de sus circunstancias la solemne, repetidísima y autorizada declaracion de los Apóstoles. Es el tema de su predicacion, es una verdad que confirman ellos con los milagros que hacen á su turno, como sucedió al tullido de nacimiento que pedia limosna en la puerta del templo llamada *Especiosa*, y que á la voz de Pedro, que le restituyó la plena salud á nombre de Jesucristo, se levantó en el acto y echó á andar suelto y espedito en presencia de una numerosa multitud: testimonio memorable, pues que salia de los labios de aquellos hombres dechados de todas las virtudes, acreditados en todas las pruebas, templos vivos de santidad: testimonio ilustre, pues que atrajo en multitud á los judíos y gentiles á profesar la religion de Jesucristo: testimonio heróico, exhibido con la santa libertad apostólica en presencia de los Reyes y potentados del mundo, rabiosamente conjurados contra la verdad: testimonio irresistible pues que sellado con la sangre de sus autores, que murieron por esta verdad en los mas crueles suplicios, deja mui atras á cuanto mejor probado tiene la crítica y mas caracterizado la historia.

12. ¡Cuánto pudiera deciros aún, amados hijos, si los límites de un discurso como el mio no me obligaran á ser excesivamente sobrio! Pero esta sencilla manifestacion de los portentos obrados por el mismo Jesucristo en prueba de la mision divina que trajo de su Padre, bastan sin duda para que os formeis una idea de toda la fuerza demostrativa que tienen ellos para convencer y persuadir á todo hombre sensato de que Jesucristo es Dios. Sin embargo, hagamos todavía ciertas reflexiones para poner mas en claro tan importante consecuencia.

13. Os he demostrado la doble posibilidad que los milagros suponen: una de parte de

Dios, que como Autor de la naturaleza puede contrariar cuando le plazca sus leyes generales y constantes, para sus grandes designios, á fin de llamar fuertemente la atencion del hombre que no admira lo que ve continuamente, y sí lo extraordinario; y otra de parte del hombre, para conocer estas obras por medio de sus sentidos y descubrir su carácter sobrenatural con el buen uso de su razon. Tambien os dije lo bastante para que comprendiescis la grande utilidad ó importancia suma de los milagros, siendo como son de lo mas á propósito para imprimir un sello divino sobre la verdad y la ley que Dios quiere comunicar á los hombres para su perfeccion y felicidad, y producir por sí solos una plena certidumbre acerca de la fe, para que no deje de ser ésta, sin embargo de su oscuridad intrínseca y considerada como un asenso, *un obsequio racional*, segun la sábia calificacion de San Pablo. Observad ahora cómo la Divinidad de Jesucristo queda evidentemente demostrada por la fuerza que comunican á esta verdad los robustísimos apoyos en que descansan los milagros que la comprueban. Consignados estos en los libros del Nuevo Testamento, cuya autenticidad, verdad é integridad os he demostrado en mi precedente instruccion; constantemente visibles en esa cadena tradicional que forma la liturgia sagrada en las grandes festividades de la Iglesia; prodigiosamente fecundos en tantas conversiones ilustres como han producido; maravillosamente atestiguados por los mismos enemigos de la religion, ya con el silencio hipócrita que guardaban respecto de unos á pesar de la constancia, frecuencia y publicidad con que les anunciaban los apóstoles, ya con las explicaciones mas ridículas á que apelaban como un último recurso contra la evidencia de los hechos, los milagros, hijos mios, descansan en los mas robustos apoyos: historia, monumentos ilustres, amigos y enemigos; un mundo civilizado por la fe que ellos confirman, una razon católica victoriosa durante diez y ocho siglos de combate: todo esto viene luego á confirmarnos mas y mas en la irresistible fuerza demostrativa que tienen de su parte los milagros de Jesucristo, ya para resplandecer á los ojos de la crítica con todas las luces de la evidencia, ya para poner de bulto, digámoslo así, á la faz del universo y de los siglos, la Divinidad del Redentor del mundo. Jesucristo es Dios: así lo prueban las profecías que en su Persona se cumplen, los muchos, importantísimos y notorios milagros que ejecuta. Mas no nos detengamos: un paso más, y nuevas luces, si esto cabe, vienen á decorar la gloria de esta mision, atestiguando por sí solas, con independencia de las ya dichas y otras muchas pruebas, que solo un Dios podia comunicar á su designio tal eficacia que se realizase cumplidamente á pesar de todos los esfuerzos humanos. Poco pues, hijos mios, á la historia de la Iglesia: tercera prueba de la Divinidad de Jesucristo, y objeto del siguiente punto.

III.

14. Pocos dias ántes de su dolorosa Pasion habló Jesus á sus discípulos con el objeto de prevenirles suficientemente acerca de los grandes acontecimientos que iban á tener lugar en su adorable Persona, y de las consecuencias que traerian ellos en el dilatado curso de los siglos: anuncia su pasion bajo los emblemas de la gloria. "Venida es la

hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre," les decia: esto es, en que su muerte producirá la vida, su aparente debilidad instituirá el poder, sus ignominias la gloria, y su sacrificio derramará por todas partes la felicidad. Desde las alturas del cielo su Eterno Padre responde á una plegaria sobre que glorifique su Nombre: *Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía:* declara luego que aquella voz desprendida del cielo habia venido á la tierra, no por Jesus, sino por los hombres: nota que se aproxima el juicio del mundo y la proscripcion del príncipe infernal que le subyuga, y concluye con estas palabras, que habrian quedado sin comprenderse, si ese torrente de luz de diez y ocho siglos de victorias han reflejado sobre ellas, no las hubiese puesto hasta el nivel de las inteligencias mas limitadas: "Cuando yo sea levantado en alto de la tierra, todo lo he "de atraer á mí, dijo: *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia trahem ad me ipsum.*" (Joann. XII, 32.) ¿Qué es esto, amados hijos? ¿Cuál es el sentido de estas palabras misteriosas? ¿Qué daba á entender el Redentor al pronunciarlas? Bien comprendemos que el ser levantado de la tierra significaba su muerte de Cruz, pues que clavado de piés y manos en ella, fué levantado en alto y colocado sobre su mismo patíbulo en la cumbre del Calvario. ¡Pero cómo de este hecho se hallaria pendiente un sin fin de acontecimientos gloriosos? ¿Qué virtud incomprensible quedaba encerrada en aquel madero de ignominia, capaz de reunir en su torno á todas las generaciones, de atar á su pié la cadena de los siglos, de encerrar en sí los futuros destinos de la humanidad? Si un conquistador acreditado en cien rudos combates y conducido hasta los términos del orbe sobre las alas de la fortuna, despues de haber sometido muchos pueblos me dijese: *voi á reinar;* si una sociedad compuesta de los mas ricos del orbe me anunciase grandes empresas de mejoras y adelantos; si hombres que hubiesen ganado mui extendida fama en la tierra por su alta posicion en la sociedad, me hablasen de influjo en la suerte política de los Estados, yo los comprenderia sin duda; porque nada fuera mas natural que sus anuncios. Pero que una persona nacida entre las pajas de un pesebre, ignorada por cerca de treinta años, no solo del mundo, sino casi de las comarcas mas inmediatas al lugar de su residencia; que no cursó las escuelas de los filósofos ni visitó las academias de los sabios, ni habia recorrido el mundo con el espíritu investigador del viajero; reducido á la miseria última, no teniendo como estaba profetizado, ni aun donde reclinar su cabeza; que abre su carrera pública pobre como siempre, retirado como siempre, sin variar en lo absoluto de condicion; que no se hace seguir sino de doce pobres pescadores, rudos, ignorantes, despreciados; que anda entre la envidia de unos por la santidad de su vida y la firmeza de sus oráculos, el odio de otros y el desprecio de muchos; que aparece como el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe, y pronto va á ser condenado á muerte de cruz: que una persona tal, repito hijos mios, diga, con tanta seguridad y firmeza, refiriéndose á este último suceso de su vida mortal: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo he de atraer hácia mí:" esto no se comprende; es un enigma para la inteligencia, un arcano para la razon, un decir inconcebible, un anuncio de todo punto irrealizable en el órden de la naturaleza.

15. Si pues todo sucede como se predice; si los dos brazos de ese madero pesan los destinos del mundo, como canta la Iglesia, y representan el precio de su felicidad; si en

torno de ese patíbulo van á congregarse unas despues de otras, para formar una inmensa cadena, todas las eminencias históricas que han de descollar en el curso de los siglos; monarcas poderosos, príncipes ilustres, célebres guerreros, talentos agigantados, sabios insignes, esclarecidos ingenios; todas las luces de la inteligencia, todos los triunfos del carácter, todos los sentimientos del corazon, todos los poderes, todas las grandezas y todas las glorias: esto solo, amados hijos, ¿no prueba evidentísimamente que quien espiró en una Cruz sobre la cima del Gólgota, bajo el gobierno de Pilato y con el nombre de *Jesus Nazareno*, era no solo un hombre, sino al mismo tiempo un verdadero Dios? Aquel soldado que habia sido actor en tan terrible tragedia, no necesitó que trascurriesen los siglos; bastóle presenciar el sentimiento de la naturaleza, para decir sin vacilar: "Verdaderamente que éste era Hijo de Dios." *Vere filius Dei erat iste.* Con que nosotros, hijos mios, nosotros que ya nos acercamos al último eslabon de una cadena de veinte siglos; nosotros que poseemos la historia de todos los triunfos de la Cruz; que la vemos resplandeciente en los cadalsos por espacio de tres centurias, soberana de los tronos y reina de las potestades supremas de la tierra desde la conversion de los Césares, maestra que ilustra á los mas insignes doctores, timbre que condecora extraordinariamente á los personajes mas ameritados é ilustres, bandera de una milicia inmensa que ha sostenido todo linaje de combates y ha dejado señalado su tránsito por una línea de trofeos; nosotros que sabemos el establecimiento del cristianismo, la inauguracion de la Iglesia, la predicacion del Evangelio, la conversion del mundo, la inmensidad y perpetuidad del reino de Jesucristo en la tierra; nosotros instruidos por la voz de la historia en toda esa ciencia que abarcan estas palabras: "Cuando yo haya sido levan"tado de la tierra, todo lo he de atraer á mí:" ¿no tenemos en los fastos mismos de la Iglesia un torrente de luz para descubrir la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, un inmenso arsenal para surtirnos de poderosas armas que esgrimir en los combates del Señor, á fin de rendir y avasallar á los enemigos de este dogma? Sin duda alguna. Luego el establecimiento del cristianismo, la propagacion del Evangelio y la perpetuidad de la Iglesia son, cada cosa de por sí, una incontrastable prueba de la Divinidad de Jesucristo; pues cada una tiene por sí misma el robusto apoyo de un hecho cierto, sobrenatural y constante, cual es la conversion del mundo. Hecho cierto, hijos mios, que no necesita probarse. Si alguno en la tierra viniese á pedirme sus pruebas, le diria con tanta razon como aquella persona que hablaba de la resurreccion de Jesucristo: "¡Tú solo eres peregrino en Jerusalen!" La conversion del mundo está en el mundo de hoi, en el mundo de ayer, en el mundo de ántes de ayer; es decir, hijos mios, en el universo católico, que no es de hoi, que no es próximo, que no es reciente, sino que remonta su orígen hasta Jesucristo muerto, resucitado y glorioso.

16. Ya sabéis, porque es un hecho universalmente notorio, que ántes de Jesucristo habia dos mundos, ó para decirlo mejor, el mundo presentaba dos faces ó estaba dividido en dos porciones mui desiguales: el judaismo, porcion pequeña que era el pueblo escogido, y el gentilismo, que componia el resto de la humanidad. Pues bien, hijos mios, ¿dónde está el judaismo? Como pueblo, como nacion, como sociedad constituida, en ninguna parte: individualmente repartido, como un pequeño vaso de agua dividido en go-

tas que aparecen aquí y allá salpicando un espacio inmenso, está en todas. ¿Dónde está el gentilismo? Moralmente hablando, en la historia. Luego lo que ántes habia no representa el cuadro de los tiempos modernos. ¿Qué veis en su lugar? El cristianismo instituido, universal, inmenso, dominante: el cristianismo en la razon católica, que es la razon moderna; el cristianismo en las virtudes cristianas, que santifican al hombre; el cristianismo en el culto católico, que inmola todos los dias, en todas partes y hasta en las últimas extremidades de la tierra la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada; el cristianismo en la familia, que representa la mística union de la Iglesia y Cristo, que se inaugura en su templo y que vive de su gracia; el cristianismo en la sociedad civilizada por la Cruz; el cristianismo en el Derecho, modelado y garantido en aquella lei de plenitud predicada por su Divino Fundador; el cristianismo en las instituciones políticas, que le deben su constitucion divina, su administracion moral; el cristianismo en las ciencias de la mas elevada gerarquía, que se han formado sobre principios infalibles, y difundido con el ascendiente moral del sacerdocio; el cristianismo en las artes, que han encontrado tipos, inspiraciones únicas en esta escuela divina; el cristianismo en los caractéres mas perfectos que presenta la historia, y en el heroísmo sublime y admirable que solo él ha podido infundir en el corazon; el cristianismo en todo, hijos mios, hasta en los herejes que le truncan, en los cismáticos que lo desmontan, en los incrédulos que le niegan, en los racionalistas que le volatilizan. ¿Habéis visto, católicos, alguno de esos seres degradados, que asentados en los abismos de la prostitucion, repugnan y alejan á todos? ¿No os ha sucedido el tener noticias acerca de algunos, saber que tienen una ascendencia ilustre, que se mecieron en opulentas cunas, y en otro tiempo gozaban del influjo y acatamiento que otorga el mundo á las primeras categorías de los hombres? Al través de sus tinieblas se columbran algunos rayos de luz; su fisonomía descubre su orígen; su lenguaje manifiesta su educacion, y hasta sus mismos modales vienen á ser para él unos testigos importunos que le denuncian y traicionan cuando mas empeño tuviera en confundirse. De esta manera, hijos mios, esas mismas luces de que han abusado los enemigos de la verdad católica, esas mismas armas de que se sirven con tan escandalosa maldad, esos mismos conocimientos que con tal sollicitud emplean para difundir el error, les denuncian en su orígen, en su creencia primitiva, en el saber mismo de que son deudores á la fe, y de esta suerte sirven á su pesar como pruebas forzadas de la verdad que combaten, de la Divinidad que desconocen. Verdaderos hijos pródigos, comprueban con sus mismos desórdenes el cuantioso precio de un patrimonio malogrado, y atestiguan, volveré á decirlo, con la herejía, el cisma, la incredulidad, el racionalismo y hasta la gangrenosa indiferencia, la verdad que combaten, la moral que desmienten, la Divinidad que niegan.

17. Sí, amados hijos, cuando vemos el cuadro que presentaban en los principios de su empresa y presentan hoi los propagadores del Evangelio; cuando les vemos comenzar la grande obra de la conquista intelectual, moral y religiosa de la tierra con solo el poder de su palabra; cuando les vemos despedir en la unidad de un sonido hácia las turbas una muchedumbre de idiomas, para que toda palabra se declare tributaria de la Cruz, y á estas turbas rendidas ante el poder irresistible de aquella voz milagrosa, caer ante

el Madero sagrado en señal de creencia y vasallaje; cuando á la voz de Pedro, que recogia para su Divino Maestro el tributo de admiracion que la multitud atónita le rendia cuando curó al cojo de nacimiento, vemos caer á sus piés cinco mil creyentes y formar con los anteriores las bellas primicias de la santa Iglesia de Jesucristo; cuando á pocos pasos del tiempo vemos progresar este pueblo nuevo con asombrosa rapidez, y se ofrece á nuestra admiracion inaugurada como Cabeza de un reino inmenso aquella soberbia Roma que habia sido ántes la Señora del mundo, y esto, sin embargo de ser por espacio de tres siglos el centro de la mas terrible persecucion, y consideramos el estado que guarda hoi la obra de aquellos doce discípulos presididos por el pescador de Galilea; entónces, hijos mios, nuestra razon vencida con tantas maravillas, tantos prodigios y tan incomprensibles victorias, no puede ménos de reconocer la obra de un Dios y de solo un Dios en el establecimiento del cristianismo, propagacion del Evangelio y perpetuidad de la Iglesia.

18. En efecto, nada mas sorprendente que este cuadro: doce hombres se multiplican maravillosamente con la comunicacion íntima de su mision y de su espíritu; se enseñorean del mundo por la predicacion del Evangelio, la fuerza del ejemplo y el espectáculo de sus milagros; ganan las convicciones, para establecer la creencia, é inclinan delante de un madero, que sirvió de patíbulo, la frente sumisa de todas las naciones. ¿Cuál era su enseña? una Cruz. ¿Cuáles fueron sus armas? la palabra y el ejemplo. ¿Cuáles eran sus recursos? la pobreza, la desnudez, el hambre. ¿Cuáles eran sus máximas? la vanidad de las cosas humanas, el aniquilamiento del amor propio, guerra abierta á todas las pasiones, humildad profunda, negacion de sí mismo. Sin embargo, ellos conquistaron al mundo, le conquistaron en Nombre de Jesucristo, le conquistaron á despecho de la filosofía, á despecho de la política, á despecho del poder armado de los Césares. ¿Qué consecuencia debe inferirse de todo esto? Que Jesucristo es Dios."

19. Sin haber hecho mas, hijos mios, que tomar mui de encima, digámoslo así, algo de lo inmenso que abarca en su conjunto, ya el Antiguo Testamento, ya el Nuevo, ya la historia de la Iglesia para demostrar la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, creo haberos dicho lo bastante, acomodándome á la inteligencia comun, para que todos vosotros quedéis persuadidos plenamente de que las evidencias todas se reunen aquí, para presentar en toda su luz este dogma sublime y consolador del cristianismo, esta verdad fundamental de su doctrina, esta base inmensa y profunda en que descansa el edificio augusto de la Iglesia. Jesucristo es Dios: así lo prueban los libros de Moysés, revestidos de todos los caractéres que producen la mas plena certidumbre. Jesucristo es Dios: así lo manifiesta ese vasto conjunto de predicciones que los Profetas dejaron escritas en sus libros. Jesucristo es Dios: así lo declaran los milagros que precedieron, acompañaron y siguieron inmediatamente á su nacimiento. Jesucristo es Dios: así lo persuaden su vida sin mancha, su carácter sin tipo ni copia, sus virtudes verdaderamente divinas. Jesucristo es Dios: así lo proclama la prodigiosa muchedumbre de sus milagros, afirmados con testigos irrecusables, sostenidos con la cadena de una tradicion continua, confesados por la fe pública y constante de la Iglesia durante diez y ocho siglos. Jesucristo es Dios, como lo demuestran los caractéres únicos de su doctrina celestial: Je-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sucristo es Dios, como lo acreditan el milagroso establecimiento del cristianismo, la rápida propagacion del Evangelio, la constancia y perpetuidad de la Iglesia. Jesucristo es Dios: luego los Libros de Moysés son divinos, pues cuentan con el testimonio del Mesías. Jesucristo es Dios: luego los Libros de los Profetas fuéron inspirados, pues que con su palabra y con sus obras les dió una solemne ratificacion, y lo mismo sucede con todos los otros del Antiguo Testamento. Jesucristo es Dios: luego todos los Libros del Nuevo Testamento son igualmente divinos; luego el llamamiento de los apóstoles es una vocacion divina; luego el establecimiento de la Iglesia es una institucion divina; luego la doctrina católica es una doctrina divina. ¡Qué dogmas, hijos mios! ¡Qué consecuencias! ¡Qué institucion! ¡Qué pensamiento! ¡Qué doctrina! ¡Cuánta luz sobre toda la humanidad! ¡Dichosos nosotros, amados hijos, que fuimos llamados á formar parte del inmenso pueblo que cree y adora á Jesucristo; que poseemos la doctrina de luz y santidad que reveló Jesucristo; que por ella confesamos la fe de Cristo, estamos sujetos á la ley de Cristo y vivimos de la gracia de Cristo; que por el carácter de que nos revistió el Bautismo, hemos recobrado la excelsa dignidad de hijos de Dios, y en consecuencia el título de herederos suyos y coherederos de Cristo; y que tenemos una seguridad plenísima de llegar, mediante la creencia y observancia de esta doctrina de salud, á esa Jerusalen de los cielos, bañada con los esplendores eternos del Padre, morada de la paz y del contento, recinto amado donde los escogidos disfrutan sin mezcla, sin medida y sin zozobra el goce del Sumo Bien por los siglos de los siglos.

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRIMERA PARTE.

LOS DOGMAS DE LA FE.

INSTRUCCION PRIMERA.

SOBRE LA FE, CONSIDERADA COMO DOCTRINA, COMO VIRTUD Y EN SUS ACTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sucristo es Dios, como lo acreditan el milagroso establecimiento del cristianismo, la rápida propagacion del Evangelio, la constancia y perpetuidad de la Iglesia. Jesucristo es Dios: luego los Libros de Moysés son divinos, pues cuentan con el testimonio del Mesías. Jesucristo es Dios: luego los Libros de los Profetas fuéron inspirados, pues que con su palabra y con sus obras les dió una solemne ratificacion, y lo mismo sucede con todos los otros del Antiguo Testamento. Jesucristo es Dios: luego todos los Libros del Nuevo Testamento son igualmente divinos; luego el llamamiento de los apóstoles es una vocacion divina; luego el establecimiento de la Iglesia es una institucion divina; luego la doctrina católica es una doctrina divina. ¡Qué dogmas, hijos mios! ¡Qué consecuencias! ¡Qué institucion! ¡Qué pensamiento! ¡Qué doctrina! ¡Cuánta luz sobre toda la humanidad! ¡Dichosos nosotros, amados hijos, que fuimos llamados á formar parte del inmenso pueblo que cree y adora á Jesucristo; que poseemos la doctrina de luz y santidad que reveló Jesucristo; que por ella confesamos la fe de Cristo, estamos sujetos á la ley de Cristo y vivimos de la gracia de Cristo; que por el carácter de que nos revistió el Bautismo, hemos recobrado la excelsa dignidad de hijos de Dios, y en consecuencia el título de herederos suyos y coherederos de Cristo; y que tenemos una seguridad plenísima de llegar, mediante la creencia y observancia de esta doctrina de salud, á esa Jerusalen de los cielos, bañada con los esplendores eternos del Padre, morada de la paz y del contento, recinto amado donde los escogidos disfrutan sin mezcla, sin medida y sin zozobra el goce del Sumo Bien por los siglos de los siglos.

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRIMERA PARTE.

LOS DOGMAS DE LA FE.

INSTRUCCION PRIMERA.

SOBRE LA FE, CONSIDERADA COMO DOCTRINA, COMO VIRTUD Y EN SUS ACTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

PRIMERA INSTRUCCION.

SOBRE LA FE CONSIDERADA COMO DOCTRINA, COMO VIRTUD Y EN SUS ACTOS.

Fides est humanæ salutis initium, fundamentum et radix omnis justificationis.

La fe es principio de la salvacion del hombre, fundamento y raiz de toda justificacion.

Conc. Trid. Sess. VI, Cap. VIII de Justif.

1 He concluido ya, hijos mios mui amados, mis instrucciones preliminares acerca de la doctrina. En la primera os dí algunas ideas sucintas y generales acerca de la naturaleza, causa, término, inmortalidad y fin último del hombre, en cuanto estas verdades pueden ser conocidas con la luz de la razon. En la segunda os expliqué lo que debemos considerar acerca de nuestro nombre propio. En la tercera os manifesté cuál es la dignidad y cuán grande la excelencia del nombre y carácter del cristiano. En la cuarta procuré daros á conocer en general aquello á que estamos obligados todos en fuerza del carácter que imprime sobre nosotros el santo sacramento del Bautismo, y de las relaciones íntimas que por tan sagrado carácter tenemos con Jesucristo Señor nuestro. En la quinta os hablé de la Santa Cruz, considerada como la insignia y señal de cristiano, explicándoos con la debida separacion las instrucciones que encierra, los sentimientos que inspira y la conducta que prescribe. En la sexta comencé á tratar del fin del hombre de un modo mas especial que lo habia hecho en la primera, y acomo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dándome al texto de nuestro catecismo: por lo mismo quise dedicarla toda exclusivamente á inculcaros que la primera obligacion del hombre consiste nada ménos que en buscar el último fin para que fué creado. En la sétima os demostré cómo, siendo Dios nuestro primer principio, por habernos dado el ser, tiene sobre nosotros un dominio esencial, soberano, absoluto, universal y constante, y es en consecuencia nuestro fin último. Como la consecucion de nuestro último fin exige que le amemos y sirvamos en esta vida, procuré inculcaros en la octava instruccion cómo las obras de fe, esperanza y caridad son los medios necesarios y suficientes para servir á Dios en esta vida como quiere que le sirvamos, y en consecuencia, para conseguir nuestro último fin, cifrado todo en verle y gozarle en la otra. Siendo tan necesarias, como se ha visto, las obras de fe, esperanza y caridad, y no siendo ellas naturales al hombre, exigen un conocimiento especulativo y práctico sobre el modo de hacerlas: por esta causa dediqué mi novena instruccion á inculcaros detenidamente la necesidad y obligacion estrechísimas que tenemos todos, en calidad de cristianos, de entender bien la doctrina del *credo* para saber creer, la del *Padre nuestro* para saber esperar y pedir, y la de los *Mandamientos* y *Sacramentos* para saber y poder obrar bien. Mas, teniendo la verdad que nos enseña la doctrina cristiana, caractéres que la distingan de cualquiera otra, y una procedencia comun, era muy conveniente manifestaros lo que es la verdad en sí misma, en sus diferentes objetos y en sus relaciones con el entendimiento humano, y tal fué la materia de mi décima instruccion. En la undécima di un paso mas y de grande importancia, manifesté la doble forma de la verdad en el alma, conviene á saber: la forma de la ciencia y la forma de la fe, notando cómo, teniendo esta última por fundamento ya el testimonio humano, ya la palabra divina, reside bajo muy diversa forma: pues la primera es el ejercicio de una facultad natural, miéntras la otra es una virtud infusa, que nunca debe confundirse ni con la vista propia de la ciencia, ni con el asenso que damos al testimonio de los hombres. Esta doctrina trala consigo necesariamente estas cuestiones: ¿Por qué una revelacion divina? ¿Era ella posible? Siéndolo, ¿era necesaria? En el caso de serlo, ¿la hizo Dios á los hombres? La fe divina, sin embargo de su oscuridad intrínseca, tiene motivos evidentes de credibilidad, que la ciencia se demuestra á sí misma, y que yo debia, consecuente con mi propósito, manifestaros: dediqué pues á la primera mi duodécima instruccion, probando en ella que hai verdades superiores á la razon humana; que Dios puede revelar estas verdades á los hombres, y éstos conocerlas, una vez reveladas: resolví en la décimatercia la segunda, dando las pruebas en que se funda la necesidad de una revelacion divina positiva, no solo respecto de aquellas verdades que nunca puede alcanzar la razon humana, sino aun de aquellas otras que se habian oscurecido casi universalmente. En la décimacuarta os hablé del depósito de esta revelacion divina, que son las Sagradas Escrituras, probando la autenticidad, verdad é integridad del *Antiguo Testamento*. En la décimaquinta enumeré segun su clasificacion los Libros del *Nuevo Testamento*, demostrando asimismo que todos son auténticos, es decir, escritos por los mismos autores que les suscriben, verdaderos en todas sus partes, é íntegros, esto es, llegados hasta nosotros sin la mas leve alteracion. Finalmente, así para probar la divinidad del Nuevo Testamento, como para corroborar la divina autoridad de todos

los Libros Sagrados, demostré con pruebas tomadas de las profecías, de los milagros obrados por nuestro Señor Jesucristo, de la propagacion del Evangelio, establecimiento del cristianismo y perpetuidad de la Iglesia católica, la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo; pues ella sola basta, como á propósito lo manifesté, para probar la de toda la Santa Escritura, la de la Iglesia y su doctrina, la de la tradicion y cuanto es objeto de nuestra fe.

35. Llegando aquí, amados hijos, estamos, por explicarme de esta suerte, colocados en el umbral de la doctrina, y no tenemos ya sino que comenzar á recorrerla por el órden de sus partes, que son, como ya se ha dicho, el credo, los mandamientos, la oracion y los sacramentos. Dios nuestro Señor, que me ha concedido por su bondad el disponer con estas instrucciones previas vuestro entendimiento para la mejor inteligencia de la doctrina, prepare santamente vuestro corazon para oirla, entenderla y guardarla; pues de esta suerte vuestra perfeccion espiritual y vuestra eterna salud serán el resultado feliz de esta enseñanza pastoral.

2. Comienzo pues mis explicaciones doctrinales por las tres primeras preguntas y respuestas que trae nuestro manual catecismo en su declaracion del Credo. *¿Quién compuso el Credo?* pregunta, y responde: *Los apóstoles:*. Aquí muestra al autor de este resúmen de las principales verdades de nuestra fe, para que sepamos cuál y cuan grande autoridad tiene este símbolo. Pasa de aquí á exponer los motivos que tuvieron para componerle, y lo enuncia preguntando: *¿Para qué?* es decir: ¿para qué compusieron los apóstoles su símbolo? A lo cual responde: *Para mas informarnos en la fe.* Luego en la formacion de este símbolo católico se interesaba la ordenada y segura propagacion de las verdades católicas en todos los fieles. Finalmente, no satisfecho con esto el sabio catequista, quiere manifestar el gran provecho que á éstos acarrea la cuidadosa, meditada y atenta recitacion de este símbolo, y esto es lo que declara en su tercer pregunta y respuesta: *¿Y nosotros,* pregunta, *para qué le decimos? Para confesar la misma fe,* responde, *y confirmarnos mas en ella.*

3. Todo pues, hijos mios, se refiere á la fe; todo tiende á extenderla en el mundo, á conservarla ilesa entre los fieles. El Símbolo contiene las principales verdades de la fe; los apóstoles compusieron este símbolo para mas informarnos en la fe; los fieles cristianos le recitan y estudian para confesar la misma fe y confirmarse mas en ella. Yo debo pues comenzar mis instrucciones, acerca de la primera parte de la doctrina cristiana, tratando de la fe: objeto rigurosamente cardinal, por ella comienza, sobre ella se establece y en ella se afirma la grande obra de nuestra perfeccion espiritual y nuestra salud eterna; y por esto el Santo Concilio de Trento ha declarado dogmáticamente, como habéis visto en las palabras de mi texto, que la fe es el principio de la salvacion del hombre, el fundamento y raiz de toda justificacion. *Fides est humanæ salutis initium, fundamentum, et radix omnis justificationis.*

4. El Apóstol San Pablo comienza el undécimo capítulo de su Epístola á los Hebreos, en el cual da una idea magnífica y sublime de la fe, diciendo; que ella es el fundamento de las cosas que se esperan y un convencimiento de las cosas que no se ven: definicion enteramente conforme á la de nuestro manual catecismo, tan sabida de voso-

tros y repetida por mí. La fe pues debe ser vista, ya como una verdad revelada, ya como una verdad conocida, ya como una verdad á la cual damos un cumplido asenso; pero como la revelacion es de Dios, el conocimiento de ella y el asenso que la prestamos son tambien de Dios, ya véis como la fe, considerada bajo todos sus aspectos es una cosa divina, que no debe confundirse ni con el convencimiento y asenso naturales de las cosas que vemos por nosotros mismos, ó que sabemos por el testimonio de los hombres, ni con las verdades que son el objeto de tal conocimiento. Todo aquí es de un órden superior: verdad revelada, convencimiento de ella y asenso de nuestra parte. Hai pues dos cosas que explicar acerca de la fe, ó para mejor decir, esta debe ser considerada bajo dos puntos de vista: primero, como doctrina que se ha de saber y creer; segundo, como el conocimiento y creencia de esta doctrina. Tal será la materia y el órden con que procederé á tratarla en la instruccion presente.

I.

5. Si la fe, hijos mios, como nuestro catecismo explica, "es una luz ó conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone," desde luego se percibe con toda claridad que tiene por materia y objeto una doctrina divinamente revelada, divinamente conservada, divinamente enseñada. ¿Dónde está la revelacion divina? En el decir de Dios; en lo que Dios dice y nosotros creemos. ¿Dónde está la doctrina conservada y enseñada? En el definir, defender y explicar de la Santa Iglesia de Dios; pues cuando creemos por la fe lo que la Iglesia nos propone, reconocemos á esta Santa Madre como la depositaria, custodia y Maestra de la doctrina revelada por Dios. Conviene mucho notar la diferencia que va del decir de Dios al proponer de la Iglesia, para que tengamos ideas exactas y fijas, y percibamos con toda claridad y distincion. ¿Qué se nos enseña con esto? Dos cosas, hijos mios: primera, que el orígen, procedencia y fuente del dogma revelado es Dios nuestro Señor, y no la Iglesia; que la Iglesia no revela, no instituye dogmas, ni estos comienzan jamas, sino solo enseña, define y comunica la verdad católica; segunda, que ésta necesita precisamente, para no correr las contingencias de la razon con sus errores, de la voluntad con sus apetitos y de la libertad con sus abusos, de ser propagada con autoridad y profesada con sumision, de que haya un magisterio instituido por el mismo Dios que reveló estos dogmas, dotado de autoridad soberana y privilegiado con una plena infalibilidad, para que muestre á los fieles cuáles son las cosas que se deben creer, y de qué modo han de entender los dogmas, y cómo han de profesarles interior y exteriormente para cumplir en este punto sus deberes de cristianos. Esta es la fe, hijos mios, considerada como doctrina; esta es la doctrina considerada como la palabra que Dios dice para revelarla, y la que la Iglesia pronuncia para propagarla en el mundo, conservarla en su seno, explicarla y definirla: esto es lo que decimos todos cuando profesando la fe, mostramos entera sumision de nuestro entendimiento á lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. Ahora bien: como esta doctrina, ó verdad revelada, viene inmediatamente de Dios, es divina en su orígen; como el poder soberano de la Iglesia para predicarla, definirla y defenderla viene inmediatamente de Dios, es divina tambien en su enseñanza católica. Luego el primer carácter de la fe, considerada como doctrina, es la divinidad de su orígen y magisterio.

6. Os he manifestado la doctrina de San Pablo y del Santo Concilio Tridentino sobre el carácter fundamental de la fe: pues el primero dice ser ella el fundamento de las cosas que se esperan, y el segundo la presenta como el principio de nuestra eterna salud y el fundamento y raiz de toda nuestra justificacion. ¿De dónde le viene á la fe un carácter semejante? De que todo estriba en ella tratándose de nuestro último fin, y nada puede conseguirse fuera de ella. Sabéis que la doctrina cristiana contiene cuatro partes principales que son: el *credo* los *mandamientos*, la *oracion* y los *sacramentos:* veí ahora cómo en todas ellas está contenida y como infiltrada de tal suerte la fe, que sin ella ninguna de las otras existiria. Nada os diré de los dogmas, porque ellos son el objeto especialísimo de la fe. ¿Qué os diré de los preceptos? una palabra no mas, pero que lo explica todo. ¿Qué son los preceptos? Las leyes impuestas por Dios á los hombres. ¿Qué se necesita para reconocerlas como tales? que en efecto Dios nuestro Señor las haya promulgado; que nosotros las hayamos conocido con este carácter, y que creamos que son la manifestacion expresa y efectiva de la voluntad de Dios acerca de nosotros. Y todo, esto, ¿qué viene á ser? Fe, y nada mas que fe: fe como doctrina, pues los preceptos son palabra de Dios; fe como virtud, pues el conocimiento que tenemos del carácter divino de la ley es obra de la fe; fe como creencia, pues el asenso que tributamos á la verdad que nos muestra los preceptos como impuestos por el mismo Dios, es acto de fe. La oracion, hijos mios, esta elevacion de nuestra mente á Dios, reconociéndole como nuestro Padre, nuestro Sumo Bien y la fuente de todo lo que hai de perfecto y grande así en los cielos como en la tierra, está fundada toda en la fe. ¿Cómo explicar sin ella ese maravilloso comercio del hombre con su Dios? Cómo entender esas efusiones tiernas de un corazon reconocido á su bondad, de una alma llena de tribulacion y amargura demandando su consuelo? De ninguna suerte, hijos mios: si alabamos á Dios, es porque le creemos; si exaltamos su magnificencia y su gloria, es porque le creemos; si buscamos en él remedio para los males, consuelo para las tribulaciones, luz para el conocimiento, fuerza para la virtud, camino recto y seguro para la inmortalidad, es porque creemos en él. La oracion pues, como todo lo de este órden maravilloso, estriba toda en la fe. Lo mismo precisamente os digo, porque así es la verdad, acerca de los santos sacramentos. Son ellos, como ya os he dicho y vosotros lo sabéis por vuestro catecismo, "remedios espirituales que nos sanan y justifican:" Si pues la salud ó sanidad tiene su principio en la fe, y la justificacion su fundamento y raiz en la fe, como lo enseña el Santo Concilio de Trento, visto es que los santos sacramentos presuponen indispensablemente la fe y descansan en ella como un vasto edificio sobre sus profundos cimientos. Los sacramentos son una institucion de Cristo, y en consecuencia constituyen una doctrina revelada por Jesucristo; luego son fe como doctrina. Ha de creerse en ellos para sus efectos: el ministro del Bautismo pide al infante, por el órgano de sus padrinos, una profesion de fe; la penitencia, que es un segundo bautismo, tiene por fundamento un dogma católico, el perdon de los pecados; la Eucaristía tiene por fundamento la fe

de un Dios Hombre realmente presente al mundo bajo las especies eucarísticas consagradas. De esta suerte, hijos mios, nada existe que no tenga por base la fe, no solamente en los dogmas, sino tambien en los preceptos divinos, en la oracion y en los santos sacramentos de la Iglesia. ¿Qué se infiere de aquí? una consecuencia rectísima; y es que la fe, considerada como doctrina y en su mayor extension, abraza todo lo que creemos, todo lo que obedecemos, todo lo que pedimos, todo lo que recibimos en este órden, ó para mejor decir: los dogmas, los preceptos, la oracion y los sacramentos. Este es un sentido lato que todo lo comprende, y por lo mismo abraza el conjunto de la doctrina. En este sentido se toma la fe cuando se dice que profesamos la fe de Cristo; que predicamos la fe de Cristo; que obedecemos á la fe, y aludiendo á los apóstatas é incrédulos, que reniegan de la fe, combaten la fe, &c., &.

7. Mas la fe, considerada siempre como doctrina, tiene un sentido propio y especial, pues significa el conjunto de los dogmas ó verdades reveladas, y en este sentido forma el objeto de la primera parte de la doctrina. No hai en esto inconveniente ninguno, hijos mios, pues como habréis notado en mi explicacion precedente, aunque la fe se mezcla en todo, pues que todo en ella se funda, nunca se trasforma ni como doctrina ni como virtud; y cuando la tomamos en su significacion mas extensa, para comprender toda la doctrina, esto sucede por su carácter fundamental y no porque indistintamente pueda tomarse ni el dogma como el precepto, ni éste como el dogma, y así de lo demas. ¿Cómo pues nos entenderémos? ¿De qué manera explicarme, para daros una idea clara y distinta sobre el particular? De un modo mui sencillo: todo en la doctrina tiene una parte dogmática: luego en todo está la fe sin cambiar de naturaleza; luego en todo está la fe como dogma revelado, conocido y creido. Está en el precepto, porque la fe nos enseña que Dios reveló la lei, lo cual es un dogma propio de la fe: está en la oracion, porque la fe nos enseña que Dios es nuestro Creador, nuestro Padre, nuestro último Fin, y este es un dogma de la fe; está en los sacramentos, porque la fe nos enseña que Dios es Salvador, pues da su gracia y perdona los pecados; que esta gracia nos ha sido dada por Jesucristo como Redentor del género humano; que Jesucristo instituyó los sacramentos para comunicarla; y todos estos son dogmas de fe, consignados en el símbolo católico, donde creemos y confesamos á Dios como el Creador de todo, como nuestro Padre, y á Jesucristo como el Unigénito del Padre y el Redentor del mundo, confesamos un bautismo, la remision de los pecados, &c. No creo necesario adelantar mas mis explicaciones para daros á entender cómo la fe, sin cambiar de naturaleza, tiene un sentido lato y extenso que abraza toda la doctrina, y sin perder esta extension virtual, tiene un sentido especial y propio que se refiere solo á los dogmas.

8. Hai otros dos puntos de vista bajo que considerar la fe en su significado de doctrina, ó lo que es lo mismo, como depósito de la verdad revelada. ¿Cuáles son estos? primero, una claridad extrínseca tan refulgente y plena, que basta el mas ligero uso de la razon para conocer la existencia de la verdad y sentir la seguridad que inspira para ser creida: segunda, una oscuridad impenetrable cuando ya se trata de su fondo, pues no es dado á nuestra limitada razon descubrir estos arcanos misteriosos que revelan al Dios escondido: *Deus absconditus*. Estos dos caractéres, hijos mios, son reales, efectivos y

ciertos y al mismo tiempo necesarios. En cuanto á lo primero, bastante os dije ya en mis instrucciones preliminares, y no solo como una simple noticia, sino con su respectiva demostracion: en la décima os hablé de la verdad considerada no solo en sí misma y en sus varios objetos, sino tambien como es percibida por nosotros, poniendo á vuestra vista los medios seguros é infalibles con que contamos para conocerla: en la undécima os manifesté de qué manera se encuentra la verdad en el alma bajo la forma de la fe divina, cómo el asenso propio de esta virtud tiene motivos ciertos y evidentes que le aseguran, y para lo cual se necesita y basta, ya la ciencia propia, ya el testimonio humano: en la duodécima os manifesté que residiendo esencialmente en Dios toda verdad, puede comunicar de ella lo que quiera y á quien quiera, pues para esto le basta ser omnisciо y omnipotente; y que el hombre, sin necesidad de otro medio ni recurso que sus propios sentidos y razon, tiene lo que basta para saber que Dios ha revelado una doctrina, y cuál sea la doctrina revelada: todo lo cual se dirigió á probaros con razones claras y evidentes la posibilidad de una revelacion positiva: en la décimatercia me adelanté á demostraros que aquella fué no solo posible, sino necesaria tambien, así para que el hombre pudiese conocer las verdades superiores á su razon, como para volver al de muchas que, absolutamente hablando, podrian alcanzarse por el entendimiento, pero que por las tinieblas de la razon, influencia de las pasiones y los vicios, limitacion de la capacidad comun, &c., &c., fué ya moralmente imposible que volviesen á ser conocidas por medios puramente naturales. Esto era ya mucho, pero no todo; pues para el completamento de la demostracion fué indispensable probar que una revelacion positiva divina era, no solamente una necesidad posible de satisfacer, sino asimismo un hecho incontestable y plenamente comprobado. A este fin os dirigí mis tres últimas instrucciones, en las cuales os hablé de las Santas Escrituras consideradas como el depósito de la revelacion divina, y os demostré con razones claras y evidentes que todos sus libros tienen el triple carácter de auténticos, verdaderos y divinos, y han llegado íntegros hasta nosotros. Este conjunto de pruebas derrama tanta luz acerca de la revelacion considerada como un hecho posible, necesario y existente, que nos da una seguridad plenísima para creer cuantas verdades contiene, y esto es precisamente lo que forma el primer carácter de los dogmas, es decir: su claridad extrínseca, ó sean los motivos evidentes de credibilidad.

9. Pasando al segundo carácter, os he dicho que los dogmas católicos, considerados en su fondo, tienen una oscuridad impenetrable y al mismo tiempo necesaria. En este sentido hablaba el Apóstol á los fieles de Corinto en su primera Epístola, cuando decia: "Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio; sabiduría escondida que predestinó "Dios ántes de los siglos para gloria nuestra: sabiduría que ninguno de los príncipes de "este siglo ha entendido.... y de la cual está escrito: "Ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni "pasó á hombre por pensamiento." (II: 7, 8, 9): Esto admiraba tambien cuando, hablando á los romanos, (XI, 33.) de la ceguedad misteriosa de las gentes, exclamaba: "¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios!" y á esto aludia el Profeta Rei cuando, hablando con Dios le decia: "Me habéis revelado Señor los misteriosos arcanos de vuestra sabiduría." (Ps.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I, *F.* 7.) No necesito, pues, de detenerme mas en este punto: el carácter misterioso ó incomprensible de nuestros dogmas en su fondo es un hecho que todos conocéis; y los mismos incrédulos que les desechan por no estar al nivel de su inteligencia, dan testimonio de ello. Lo que importa es que comprendáis, hijos mios, el *por qué* de esta oscuridad esencial. Si Dios ha revelado ciertas verdades, sabéis ya los motivos: si entre estas verdades hai muchas que, absolutamente hablando, no habria podido el hombre nunca descubrir, es incontestablemente porque son de suyo superiores á la razon humana y en consecuencia obscuras é impenetrables en su fondo. Mas no por esto deben tenerse como inútiles. ¿Por qué? Primero, porque aunque incomprensibles, no por esto son ininteligibles, como falsa y malignamente pretenden los incrédulos: una cosa es no comprender y otra muí diversa no entender. Comprender es ver y poseer interiormente un conjunto en todas sus partes, descubrir clara y distintamente la economía de este todo; en suma, dominarle con la razon: entender es formarse una idea de las cosas, saber lo que se quiere decir cuando se habla, y esto se consigue con el simple uso de la razon, aun tratándose de aquellas cosas que son superiores á ella. Sin duda alguna que no es dado al hombre, por mui penetrante y sabio que sea, ver con claridad que Dios es Uno en esencia y Trino en Personas, descubrir el maravilloso modo con que en Jesucristo están reunidos dos naturalezas, la divina y humana; mas no se sigue de aquí que no podamos entender lo que se habla cuando se dice que Dios es Trino y Uno, y Jesucristo Dios y Hombre: porque esto lo entendemos y mui bien. Notad ahora, hijos mios, que lo que entendemos de nuestros mismos misterios basta para inundarnos en un torrente de luz, encumbrar nuestro entendimiento á una region ántes desconocida y hoi mui frecuentada, y dilatar nuestro corazon, ávido de sentimientos é insasiable con lo que es finito, en ese piélago inmenso de hermosura, de felicidad y de amor. Ved aquí toda la utilidad de los dogmas aun considerados con respecto á sus tinieblas: notad que estas ameritan el asenso que les tributamos, ya por ser éste obediencia de una lei divina, ya porque trae consigo un sacrificio de la razon humana, y os formaréis el debido concepto acerca de este último carácter, de la oscuridad propia de la fe como doctrina. Mas al descubrir la ventaja del merecimiento, empiezan á borrarse las líneas que dividen la verdad y su creencia, y por lo mismo me impelen á considerar la fe como una virtud, que es el objeto del segundo punto.

II.

10 La fe considerada bajo el segundo de sus aspectos es como ya os dije, hijos mios, la creencia de las verdades que contiene, ó lo que es lo mismo, la doctrina cristianamente conocida y creida. En efecto, cuando consideramos la verdad católica en el alma, tenemos que distinguir entre su conocimiento y su creencia: porque puede suceder mui bien que se conozca la verdad católica y no se crea, y tambien que se crea en general y no se conozca debidamente. Sin duda alguna que muchos herejes é incrédulos han leido las Santas Escrituras y multitud de obras teológicas y apologéticas de la religion, y por lo mismo conocen la doctrina; pero sin embargo, no tienen la fe de lo que creen, porque los unos la niegan en parte, y los otros la contradicen en todo. Por esto el conocimiento de que yo hablo, para representar la luz de la fe, no es un simple conocimiento natural, sino cristiano. La fe considerada en el alma es conocimiento, pero no puramente natural sino sobrenatural, y por esto nuestro catecismo definiéndola, dice: *que es una luz y conocimiento sobrenatural.* Qué conocimiento sea éste, cómo se explique y de qué manera se distinga del otro, es cosa que cada uno de vosotros puede sentir y todos entender, con solo reflexionar sobre lo que os pasa y fijar vuestra atencion en lo que acabo de decir respecto de los herejes é incrédulos. El conocimiento cristiano identifica el saber y la creencia, pues lo mismo es saber que creer lo que Dios dice y la Iglesia nos propone, es decir: es conocimiento debido á la sumision de una razon que aprende á una autoridad infalible que enseña, y por tanto, conocimiento de una verdad enseñada, entendida y creida con mayor firmeza que todo. Por esto nuestro catecismo, preguntando: *¿Veis vos que sea Dios Trino y Uno, ó cómo es Jesucristo Dios y Hombre?* responde: *No, pero créolo más que si lo viese.* Este saber de la fe sigue á la docilidad del espíritu, á la humildad del corazon, y por lo mismo Jesucristo Señor nuestro, dirigiéndose á su Padre, le dice que escondió los altísimos arcanos á los sabios y prudentes del siglo, y les reveló á los pequeñuelos. *Abscondisti hæc á sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. (Math. XI. 25)*

11. Visto pues en qué sentido la fe, considerada como doctrina en el alma, es conocimiento, vengamos á estudiar lo que caracteriza de sobrenatural á este conocimiento, que es precisamente la creencia. Ya os he dicho que creer es dar asenso á lo que no vemos; que si el fundamento de nuestro asenso es lo que nos dicen los hombres, la fe que tenemos es humana; pero si el fundamento de nuestro asenso es la palabra de Dios y autoridad divina de la Iglesia, tenemos fe divina. Os manifesté asímismo que la fe simplemente humana es el ejercicio de una facultad natural, y no pasa de aquí; pero que la fe divina es cosa mui diversa: su esencia está en una virtud que Dios nos infunde; y si bien es cierto que al ejercitar esta virtud entran en accion nuestras facultades mentales, y esto porque Dios exige la cooperacion de nuestra naturaleza, no viene ni puede venir de ellas la fe. Tendrá un hombre entendimiento tan privilegiado, que llegue á ser la admiracion de su siglo; una memoria tan prodigiosa, que abarque multitud de noticias, retenga lecturas mui amplias, asombre con una inmensa erudicion; un ingenio tal, que penetre con su agudeza las mas altas dificultades de las ciencias y forme vastas combinaciones: suponed á este hombre, hijos mios, pródigamente agraciado con todos los dotes de la naturaleza, con todos los conocimientos del estudio, con toda la versacion de la práctica: pues yo os digo que, sin embargo de tanta luz, de tantas noticias, de tantos conocimientos, de tanta versacion, &c., &c., no es capaz de producir la fe, no es capaz de adquirirla para sí, no es capaz de acomodar su asenso con tal firmeza y seguridad como aquel humilde, ignorado y rústico habitador de la campiña cuando dice con su pobre inteligencia, sencillo corazon y sincero lenguaje: *Creo en Dios.* ¡Ah! ¡qué riqueza de sabiduría, qué fuerza de asenso, qué tesoro de bien representa esta sola palabra en aquel cristiano! Tentadle, si queréis, con la ciencia, con la seduccion, con las pasiones, con los bienes ó los males de la vida, y él irá comentando esta pala-

bra con la expresion sencilla de todas las virtudes que son consiguientes á ella. ¡Oye discursos? Le pregunta á su Párroco lo que debe creer. ¡Disfruta bienes! Dice: *¡Gracias á Dios!* ¿Es privado de ellos, acosado de miseria y henchido de tribulacion? Dice: *Hágase la voluntad de Dios.* ¿Es llamado al estudio de los acontecimientos humanos ó de los fenómenos de la naturaleza? Dice: *No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.* ¡Qué palabras tan propias! ¡qué ideas tan exactas y precisas! ¡qué verdad tan pura! ¡qué sabiduría tan caracterizada! ¡qué ciencia tan profunda!

12. No iré mas adelante: hablo de caractéres que teneis bien conocidos, de ideas que os son mui familiares, de sentimientos que han ocupado vuestro corazon: estoi seguro de ser bien entendido. ¿Qué se sigue de aquí? Que así como la fe, considerada como doctrina, viene de Dios y es por lo mismo divina en su orígen, así tambien la creencia, es decir, la fe considerada como el asenso de nuestro entendimiento á la palabra de Dios, es divina en su orígen y en su esencia: en su orígen, porque Dios la infunde, y en su esencia, porque Dios la forma y la sostiene. La fe pues, hijos mios, es una virtud teologal, es decir, divina: la recibimos inmediatamente del mismo Dios desde aquel dichoso dia en que, conducidos á la fuente bautismal, recibimos con el agua consagrada que el ministro de la religion vierte sobre nuestra cabeza en el nombre de la Trinidad Augusta, el carácter excelso de cristianos. No viene pues de la naturaleza, no viene de la razon, no viene del testimonio de los hombres, ni puede venir sino solo de Dios que la infunde.

13. Mas, como al infundirnos esta virtud, no nos priva Dios de nuestra libertad natural, tampoco aquella subsiste necesariamente en el alma con independencia de nosotros. ¿Somos libres, aun poseyendo la fe? Luego podemos dejar de creer, perder este rico tesoro. Este es un hecho, hijos mios, que no puede disputarse, pues el mundo está y ha estado lleno de apóstatas, es decir, de hombres bautizados y creyentes algun tiempo, y que despues renegaron de la fe. Siendo pues el hecho altamente notorio, y habiéndole explicado con la existencia y abuso de la libertad moral, no resta mas que fijar las consecuencias de esta doctrina. En primer lugar, la fe considerada en su permanencia es un hábito, y considerada en su ejercicio es un acto. Luego la fe se distinguen: primero, en *habitual* y *actual*. Llámase *fe habitual* aquella virtud interna residente dentro de nosotros, por la cual podemos, cada vez que nos parezca, confesar interior ó exteriormente las verdades de la fe. Llámase *fe actual* el ejercicio de esta virtud, ó sea el acto de hacer una profesion de nuestra fe.

14. Os he manifestado que la fe, considerada como virtud ó hábito, ha sido divinamente infundida en nuestra alma; pero que, subsistiendo con ella nuestra libertad, podemos, ó bien disminuirla y aun perderla, ó bien conservarla y aumentarla. ¿Cómo se disminuye ó pierde un hábito? Por la inaccion, pereza ú oposicion de actos contrarios. ¿Cómo se conserva y aumenta? Por la solicitud, empeño y repeticion de sus actos propios. ¿Qué se sigue de aquí? Que el hábito de la fe puede ser considerado bajo dos aspectos: primero, como una virtud que Dios nos ha infundido y conserva con su gracia, y en este sentido se llama *fe habitual infusa:* segundo, como una virtud que nos

hemos hecho familiar por nuestra solicitud en conservarla, la frecuencia de su ejercicio y la repeticion de sus actos propios, y en este sentido se llama *fe habitual adquirida.*

15. Hablando de la fe, hijos mios, considerada como doctrina, os manifesté que tenia dos acepciones: una lata y general que comprende bajo la forma de la creencia, no solamente los dogmas, sino tambien los preceptos, la oracion y los sacramentos, en cuanto ella es el fundadento de todo, y otra particular y especialísima que se refiere únicamente á los dogmas. Pues bien: del mismo modo la fe considerada como virtud tiene dos sentidos análogos: uno general que abraza todas las virtudes, y otro especial que se reduce únicamente á creer, y se considera y puede subsistir con independencia y aun en ausencia de las otras: es decir: hai una *fe viva*, y es aquella que se anima de la caridad y posee el hombre cuando se halla en estado de gracia, pues entónces hai consecuencia plena en todo nuestro ser moral, siendo así que se cree lo revelado, se espera lo prometido y se cumple lo mandado; y una *fe muerta*, y es aquella, segun la expresion de Santiago, que no anda junta con las buenas obras, que se limita solo á creer las verdades reveladas; pero no pasa de aquí, no espera ni obra, ó aun cuando espere, no cumple la ley. Fe viva y fe muerta: hé aquí los dos aspectos bajo que puede considerarse aquella virtud, segun que abrace las otras dos, ó esté separada de ellas.

16. Considerando ahora la fe como *actual*, es decir: no en la virtud que nos da el poder de practicarla, sino en su ejercicio, en sus actos, en las obras propias de ella, no me detendré á manifestaros la obligacion que tenemos de practicar estas obras, creyendo lo que Dios dice y la Iglesia nos propone, pues ya os lo demostré con amplitud en los números 7 y siguientes hasta el 13 inclusive de mi octava instruccion preliminar, y nuestro catecismo claramente dice, que sin obras de fe no podemos salvarnos: tampoco me detendré en inculcaros la estrecha necesidad y consiguiente obligacion de saber y entender las verdades que la fe nos enseña, porque ya os lo dije tambien en la primera parte de mi novena instruccion. Dando pues aquí por supuestas aquellas nociones, voi á considerar la fe actual bajo dos formas con que suele aparecer en nuestras obras. ¿Cuáles son estas dos formas? Una que comprende íntegra y nominalmente los dogmas católicos y sus consecuencias dogmáticas, y otra que los comprende íntegra, pero no expresa y nominalmente. Estas dos formas diversas han dado lugar á una distincion de la fe actual en *explícita* é *implícita*, segun que el acto de fe se verifique bajo la primera ó bajo la segunda de las formas dichas. ¿Qué es acto de fe explícita? aquel en que vamos mencionando cada dogma uno tras otro hasta recorrerlos todos y sus consecuencias dogmáticas. ¿Qué es acto de fe implícita? aquel en que, sin mencionar los dogmas uno por uno, se abrazan todos en una enunciacion general, como cuando decimos: *creo todo lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.*

17. Cuando hablé de la fe considerada como doctrina, os manifesté, hijos mios, que tiene dos caractéres, conviene á saber: una claridad extrínseca que consiste en las pruebas de la revelacion divina, tan evidentes que convencen á la razon humana, y una oscuridad intrínseca, es decir, en su fondo, que las hace impenetrables para el entendimiento; pues aunque éste entienda lo que representan las expresiones enunciativas de un dogma, no por esto comprende el fondo del dogma. Pues bien, hijos mios, el asenso

que damos á esta verdad se afecta precisamente de este doble carácter. ¿La doctrina tiene pruebas evidentísimas de que Dios la reveló? Luego la creencia tiene motivos ciertos é infalibles de credibilidad, y por tanto el homenaje que rendimos á la palabra divina, creyéndola sin vacilar, es, como San Pablo enseña, un *obsequio racional*. ¿Los dogmas católicos tienen un fondo tenebroso, inaccesible, impenetrable para la razon humana? Luego el tributo que á Dios rendimos con creer á su palabra, no por ser un obsequio racional, deja de ser un acto meritorio. ¿Qué se sigue de aquí? Que la fe, considerada como creencia, es al mismo tiempo cierta y segurísima en sus motivos, y moralmente meritoria en sus actos. Hai pues en la fe una certidumbre y al mismo tiempo un merecimiento. ¿De dónde viene el merecimiento? De dos partes, hijos mios, conviene á saber: del cumplimiento de la lei y del sacrificio de la razon. Toda lei trae merecimiento cuando se cumple, pues merece os hacerse digno de un premio, y la lei divina ofrece la vida eterna como recompensa á los que la cumplen; y como ella nos manda creer, pues nos manda amar y servir á Dios sobre todas las cosas, lo cual se cumple con obras de fe, esperanza y caridad, resulta merecimiento de conservar la fe y obrar segun ella. Hai tambien sacrificio en los actos de la fe, porque nunca dejará de serlo, hijos mios, dar á lo que no se ve ni aun comprende un asentimiento tan cumplido, que aun está uno dispuesto á sellarle con su sangre. Ved, pues, en qué consiste y de dónde resulta el mérito propio de la fe.

18. Una palabra y voi á concluir. Si el creer es por una parte un acto práctico de la lei, por otra un acto libre de la voluntad, y por otra un acto costoso á la naturaleza, claro es, hijos mios, que la fe supone indispensablemente la gracia, y la supone en su principio, en su medio y en su fin. ¿Cuál es el principio de la fe? El hábito mismo que Dios nos infunde para creer. ¿En virtud de qué obra Dios tal bien en el alma? ¿Acaso está obligado á ello? No, hijos mios, Dios no está obligado á nada: toda obligacion supone lei, y una especie de sumision del que está obligado al que reporta el provecho de la obligacion: Dios ni tiene legislador ó lei sobre sí ó fuera de sí mismo, ni está sujeto por aspecto ninguno á sus creaturas. Os pregunto ahora: ¿un bien que se nos hace libremente y sin obligacion, cómo se llama? *Gracia*. Luego la fe, considerada como una virtud que nos infunde Dios, es un don gratuito: pasemos adelante. El hombre, como al recibir la fe no pierde su libertad, es claro que necesita medios eficaces para conservar la fe y practicar sus actos á pesar de la guerra que los errores y las pasiones han suscitado siempre y nunca dejarán de suscitar contra ella. ¿Y bastan, hijos mios, los recursos de la naturaleza para conservar á paz y salvo tan rico tesoro? No por cierto: el hombre nada puede sin la gracia. Ya os inculqué en la segunda y tercera parte de mi novena instruccion esta verdad, la necesidad suma de la gracia, y cómo sin ella no podemos cumplir la lei, ni practicar sus actos, entre los cuales están los de la fe: ésta necesita precisamente de la gracia en su ejercicio. Tendréis mui presente que nuestro catecismo dice que de la gracia nos viene el querer y poder hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias: luego, si la fe es una obra meritoria, necesita la gracia, y en consecuencia es obra suya, ora considerada como virtud infusa, ora considerada como virtud adquirida, ora por último, en su ejercicio y en sus actos.

19. He concluido, hijos mios, esta instruccion preparatoria con que doi principio á mi explicacion pastoral del Símbolo católico. En ella os he manifestado que la fe divina puede considerarse como la verdad revelada por Dios, ó como la creencia de esta verdad; que considerada bajo el primer aspecto, es divina en su orígen, pues viene de Dios; divina en su enseñanza, pues el magisterio de la Iglesia fué instituido por Dios; divina en su objeto, que es Dios; que se toma en dos sentidos, uno lato y extenso que abraza todas las partes de la doctrina por ser el fundamento de todo, y otro especial y estricto que comprende solamente los dogmas; que la doctrina de la fe tiene dos caractéres propios: una claridad *extrínseca* representada en la evidencia con que se acreditan la posibilidad, necesidad, existencia y caractéres de la revelacion divina, y una oscuridad *intrínseca* en el fondo de los dogmas. Pasando al segundo punto, hablé del conocimiento propio de la fe, distinguiéndole del simplemente natural y caracterizándole con la creencia de lo que se conoce; hice ver que la creencia es divina en su orígen, lo mismo que la doctrina, siendo una virtud infusa por Dios al hombre cuando éste recibe el sacramento del Bautismo; que hai una fe plenísima y *viva*, y es la que anda junta con la caridad, y una fe *muerta* que, limitada solo á creer, se desentiende de las obras que santifican, como sucede á los fieles ligados con pecado mortal; que la fe como virtud puede considerarse ya en sí misma, ya en sus actos, y por tanto es *habitual ó actual;* que la fe habitual considerada en su procedencia y primitivo modo de ser es *infusa*, y en cuanto el hombre la conserva robustece y aumenta por su solicitud, empeño y ejercicio frecuente, es *adquirida:* que la fe actual es, ya *explícita* cuando abraza y menciona expresamente todos los dogmas y sus consecuencias dogmáticas, ya *implícita*, como cuando se abrazan todos los dogmas en una expresion general: que la fe tiene certidumbre de credibilidad, que nace de la claridad extrínseca de los dogmas, y un mérito consiguiente al cumplimiento de la lei que manda creer, y al sacrificio de creer los dogmas á pesar de su oscuridad intrínseca.

20. Tales son las ideas contenidas en esta carta, y que deseo, hijos mios, procuréis grabar en vuestra memoria, meditarlas bien y no perderlas de vista, pues que son ellas el fundamento de la doctrina, y á ellas me he de referir en todo el curso de mis siguientes instrucciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE EL SIMBOLO
DE LOS APÓSTOLES, EL DE NICEA Y EL CONOCIDO POR DE SAN ATANASIO.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit, condemnabitur.

Predicad el Evangelio á toda creatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará: mas el que no creyere, se condenará.

Marc. cap. XVI, vv. 15 y 16.

1 Estas palabras, hijos mios, que salieron de los labios de Jesucristo Señor nuestro, cuando ya resucitado y triunfante de la muerte se preparaba para subir á la diestra de su Padre, fuéron dirigidas: en parte á los apóstoles para imponerles la obligacion de propagar el Evangelio por toda la tierra; y en parte á los pueblos que habian de oir esta predicacion, para inclinarles y decidirles á entrar en el seno de la Iglesia. Trátase pues aquí, como estáis viendo, de la fe, y precisamente considerada bajo los dos puntos de vista que os he dado á conocer en mi precedente instruccion, esto es, como doctrina y como creencia. El Evangelio encierra toda la doctrina: es, como Jesucristo lo dijo y la Iglesia lo enseña, la Ley de gracia y de plenitud: Ley de gracia, porque se dirige á restablecer en ella plenamente á toda la humanidad contaminada por la culpa; porque tiende á la salvacion de los hombres, y se otorga por un movimiento libre y espontáneo de un Dios bueno y misericordioso: Ley de plenitud, porque en ella se explica, consolida y perpetúa en el conocimiento de los hombres la ley moral antigua; porque se refiere á la realizacion y cumplimiento de todo lo que aquella figuraba y prometia; y porque, siendo la palabra, la voluntad y la gracia de Aquel que es el camino, la verdad y la vida, encierra cuanto es preciso para regenerar la naturaleza humana, poseer la virtud y alcanzar la gloria eterna. A este inmenso bien fuéron llamados todos los hombres, y á

fin de que tal vocacion fuese eficaz y ninguno quedase fuera de ella por falta de noticia, el primer cuidado de Jesucristo, cuando ya resucitó de entre los muertos y ántes de subir al Cielo, fué mandar que su Evangelio se anunciase á todas las naciones, á todos los hombres. Hé aquí por qué, llamando á sus apóstoles á una montaña de Galilea, les dijo estas palabras: "Predicad el Evangelio á toda creatura." Mas, como podia suceder muí bien que los hombres, al oir esta predicacion, imaginasen que podian creer ó no, sin que de no creer se siguiese inconveniente alguno, dijo á los pueblos: "El que creyere, se salvará; el que no creyere se condenará." *Prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit, condemnabitur.*

2. Ved pues aquí dos personalidades bien distintas: una que enseña, y otra que aprende: una que predica, y otra que escucha: el apostolado y la humanidad entera. Ved tambien dos obligaciones: una que se impone á los apóstoles de predicar el Evangelio á toda creatura, y otra que se impone á todos los hombres de creer la verdad predicada, para salvarse. Ved tambien dos grandes intereses: el que tenian los apóstoles de proporcionarse medios eficaces para predicar con fruto, y el que han tenido las gentes de aplicarse á retener y entender la doctrina predicada. ¿Qué hicieron aquellos para conseguir su objeto? Componer un símbolo. ¿Qué hacen los segundos para lograr el suyo? Aprender, meditar y repetir el símbolo compuesto por los apóstoles. Este símbolo es el *Credo* y lo que debe recitarse cuando nuestro catecismo lo manda en estas palabras: "Decid el *credo*, y lo que se recita cuando contestamos: *Creo en Dios Padre, &c.*; y por esto mismo se nos enseña que el *Credo* fué compuesto por los apóstoles "para mas informarnos en la fe, y es repetido por nosotros "para confesar la misma fe y confirmarnos mas en ella." Despues de haberos hablado de la fe considerada como una doctrina, debo pues tratar del Símbolo, que contiene sus principales dogmas. Tal es el objeto de esta instruccion segunda.

I.

3. Ya sabéis bien, hijos mios, que la doctrina revelada por Dios á los hombres está contenida en las Santas Escrituras y en la tradicion católica, y esto basta para comprender lo mucho que abraza, ya en el órden de sus dogmas, ya en el de sus preceptos y máximas, ya en el de la oracion, ya en el de los santos sacramentos. Si los apóstoles hubiesen querido propagar la doctrina tal como se halla en estas fuentes, habria sido imposible que llegasen á generalizarla en tantos pueblos y naciones, y más todavía poner la creencia de las verdades que contiene á cubierto de toda mezcla extraña, oscuridad y confusion. La multitud no es capaz de tanto: necesita que se le reduzca notablemente lo que ha de aprender y saber, porque solo de este modo podia extenderse y uniformarse la creencia de las verdades reveladas. Hé aquí por qué los apóstoles, á fin de llevar á efecto la mision divina que les habia encargado Jesucristo nuestro Señor, comenzaron su obra extrayendo, digámoslo así, de aquella fuente inmensa todo lo que pudiera llamarse *capital*, los principales dogmas de la fe, enunciando cada uno de estos con una breve fórmula, y reuniendo todas la fórmulas enunciativas de los principales dogmas

en un cuerpo que fuese como el resúmen de la fe católica. Hé aquí, amados hijos, el orígen del Símbolo comun, es decir, del *Credo* que todos aprendemos desde nuestra infancia y recitamos frecuentemente en el curso de nuestra vida. El credo consta de doce partes, cada una de las cuales enuncia un artículo de fe, y tuvo por autor, se entiende de la simple enunciacion del dogma, y nunca de éste, pues viene directamente de Dios, á un apóstol: de manera que, segun la tradicion, todos los doce apóstoles contribuyeron á la formacion del símbolo, enunciando cada uno su artículo. Bergier en su Diccionario de Teología refiere, que en un antiguo sacramentario galicano se halla el símbolo de los apóstoles formado de las palabras de cada apóstol. Segun este documento el primer artículo: *Creo en Dios, Padre Todopoderoso*, es de San Pedro: el segundo: *Creo en Jesucristo su único Hijo, Dios y Señor nuestro*, es de San Juan; el tercero: *que nació de la Vírgen María, por obra del Espíritu Santo*, es de Santiago; el cuarto, donde leemos: *que padeció bajo Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado*, es de San Andres; el quinto enunciado con estas palabras: *que bajó á los infiernos*, es de San Felipe; el sexto, donde se dice: *que resucitó al tercero dia*, es de Santo Tomás; el sétimo, en que se lee: *que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso*, es de San Bartolomé; el octavo, concebido en estos términos: *desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos*, es de San Matéo; el noveno, que dice: *Creo en el Espíritu Santo*, es de Santiago hijo de Alfeo; el décimo, en que decimos *Creo la Santa Iglesia católica*, es de San Simon Zelótes; el undécimo, enunciado así: *creo por el santo Bautismo la remision de los pecados*, es de San Júdas hermano de Santiago; y el último, en que leemos: *Creo la resurreccion de la carne para la vida eterna*, es de San Matías.

4. Ya os he dicho que esta noticia es meramente tradicional; pero lo que es rigurosamente histórico, rigurosamente canónico, reconocido y enseñado por la Iglesia, es que este símbolo llamado *credo* viene de los apóstoles y fué enseñado por ellos á los fieles. Nada nos importa saber quién de ellos fué componiendo cada artículo, si fué formado por uno ó mas y aprobado por todos, si se dieron al pueblo simultánea ó sucesivamente todos los artículos del Símbolo; nada de esto importa: lo que nos basta saber es que el *Credo* fué compuesto por los apóstoles, enseñado por ellos y revestido de su autoridad.

5. Si no hubiese pues otro símbolo que éste, tan sabido y conocido de vosotros, no pasaría de aquí en mis explicaciones; pero habiendo en la Iglesia otros dos símbolos, el uno llamado de *Nicea*, que es Credo que se reza y canta en la Misa, y otro conocido por de San Atanasio, no porque le hubiese compuesto este Santo, sino por haber sido sacado íntegramente de sus obras, creo muí conveniente manifestaros los motívos que tuvo la Iglesia para componer el primero y recibir el segundo.

II.

6. La unidad de Dios y Trinidad de sus Personas; la creacion que confesamos despues de nombrar á la Persona del Padre, la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María; el Nacimiento de Jesucristo; su Pasion dolorosa, muerte y sepultura; su descenso á los infiernos; su Resurreccion al tercero dia; su Ascencion á los cielos y sesion á la diestra de su Padre, y su futura venida en el último de los dias como Juez de vivos y muertos; la Divinidad del Espíritu Santo; la Iglesia católica; la comunion de los santos; el perdon de los pecados; la resurreccion de nuestros cuerpos el dia del juicio, y la vida eterna: he aquí las verdades que se hallan comprendidas en el *Credo* que sabemos todos y rezamos, y es el símbolo que compusieron los apóstoles. Todo está pues contenido aquí sin faltar nada, y este mismo, ni mas ni ménos, hijos mios, es lo que contienen y encierran los otros dos símbolos de que os he hablado ya. Ni podia ser de otra manera: pues tratándose de la verdad, que es eterna y fué revelada por Dios, no podia ser inventada; y tratándose de una verdad que no se puso á cargo de la Iglesia sino para que la propagase y enseñase toda, tampoco podia ser omitida. Luego el símbolo de Nicéa y el de San Atanasio, ni contienen verdades nuevas, ni omiten ninguna: luego son el mismo Símbolo católico y encierran precisamente lo mismo que en el Credo formado por los apóstoles se contiene. Mas me preguntaréis vosotros, ó mejor dicho, me replicaréis: "si el símbolo de Nicea y el de San Atanasio no contienen sustancialmente mas que el de los apóstoles, ¿qué necesidad habia de formarles? He aquí una dificultad que debo proponerme, no porque lo sea en realidad, sino para fijar mejor vuestra atencion en lo que voi á decir. La Iglesia tuvo motívos y muí fuertes para formar el símbolo de Nicea y recibir el que se llama de San Atanasio: á lo primero la estrechó la necesidad en que se vió de levantar un dique contra el torrente de las herejías; á lo segundo se determinó por la notoria utilidad consiguiente á una explicacion clara, precisa y muí sucinta.

7. A principios del siglo cuarto se levantó Arrio, famosísimo y tremendo heresiarca, combatiendo con un esfuerzo infernal el artículo relativo á la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, con lo cual, como fácilmente lo veis, echaba por tierra todo el edificio de la religion y de la Iglesia. Este dogma sagrado está comprendido en el símbolo de los apóstoles y enunciado por estas palabras: *Creo en Jesucristo Hijo único de Dios, y Señor nuestro.* Pretendia el heresiarca explicar este artículo de manera que Jesucristo fuese, no un Dios, no el Verbo engendrado del Padre desde la eternidad, sino una creatura de Dios. Fué necesario, pues, que la Iglesia católica diese mayor extension explicativa á la fórmula que acabo de citar, de manera que nadie en lo sucesivo pudiese suponer lo que Arrio defendia. Por esto se reunió el concilio de Nicea en número de trescientos diéz y ocho obispos, y dió al símbolo de los apóstoles, es decir, al Credo que rezamos, una mayor amplitud, pero como he dicho, simplemente explicativa.

8. Mas tarde el mismo *símbolo de Nicea* tuvo que recibir una nueva ampliacion tambien explicativa sobre el dogma del Espíritu Santo en el concilio de Constantinopla; pero que vino á ser el mismo símbolo de Nicea. Pues bien, amados hijos, en este símbolo que, como ya os he dicho, es el Credo de la Misa, se contienen, sin mas que la mayor explicacion, los mismos dogmas del de los apóstoles, ó sea nuestro Credo comun. Comparemos: éste dice: *Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra;* aquel dice lo mismo, añadiendo estas palabras: *y de todas las cosas visibles é invisibles.* ¡Esta añadidura es un dogma nuevo? No; porque las cosas visibles é invi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sibles están comprendidas todas en el cielo y la tierra. El símbolo de los apóstoles dice: *Creo en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro;* y el de Nicea dice: *Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre ántes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas.* ¿Hai acaso en estas palabras dogmas diversos del que contienen las del Símbolo apostólico? No, hijos mios: es el mismo dogma de la Divinidad de Jesucristo perfectamente definido y debidamente explicado, para poner un dique al desbordado torrente del arrianismo.

9. El símbolo de los apóstoles dice, hablando de Jesucristo; *que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María Vírgen:* concepto igual en todo al que expresan las siguientes palabras del símbolo de Nicéa: *que por nosotros los hombres y por nuestra salvacion bajó de los cielos, y tomó carne de la Vírgen María por obra del Espíritu Santo, y se hizo Hombre.* Véis aquí el mismo dogma sin diferencia ninguna en los dos símbolos, pues la diferencia de las palabras no importa diversidad ninguna en la idea. Lo demas sigue lo mismo hasta el dogma del Espíritu Santo en uno y otro símbolo. Mas tratándose de la tercera Persona, el de los apóstoles simplemente dice: *Creo en el Espíritu Santo;* y el de Nicéa añade: *Señor vivificante, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es adorado y conglorificado, que habló por los Profetas.* Ahora bien, amados hijos: todo esto profesa é implícitamente abraza en su profesion quien dice *Creo en el Espíritu Santo;* pues es Divinidad, es procedencia del Padre y del Hijo, &c., &c. No necesito por tanto extenderme mas en comprobacion de la identidad sustancial que hai en uno y otro símbolo, y por lo mismo paso á deciros algo acerca del llamado de *San Atanasio.*

III.

10. Este símbolo es mas bien una metódica y sucinta explicacion de los misterios, que la fórmula de un acto explícito de fe como los otros. Comienza estableciendo la necesidad de la creencia y comprobando esta necesidad con la sancion eterna que trae consigo la fe. "El que quiera salvarse, ha menester ante todo el tener y profesar la fe "católica: porque el que no la guardare íntegra é inviolablemente, perecerá sin duda "alguna."

10. Establecida esta necesidad, se fija el dogma fundamental, el de Dios Trino y Uno, como primer objeto de la fe. "Esta es la fe católica, dice, que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la Unidad, sin confundir las Personas ni "separar la Sustancia.

11. Hasta aquí el símbolo de San Atanasio ha fijado el dogma fundamental. Pero no limitándose á esto, contiene aun el desarrollo sucinto de este mismo dogma, discurriendo por todos los atributos y perfecciones de Dios y aplicándoles á este misterio.

12. Explicado el dogma fundamental concerniente á sola la Divinidad, procede á fijar el de la Encarnacion del Verbo divino, comenzando, como en el anterior, por definir la necesidad absoluta que todos tienen de creer este santo misterio para salvarse." "Es

"necesario tambien para la eterna salud, continúa diciendo, el creer fielmente la Encar-"nacion de nuestro Señor Jesucristo." De aquí procede á fijar la esencia del misterio, continúa explicándole, y concluye enumerando todos los otros dogmas correspondientes á nuestro Señor Jesucristo, é inculcando la necesidad absoluta de creer todas las verdades contenidas en el Símbolo para conseguir la bienaventuranza.

14. Ahora bien, amados hijos, lo que de todo esto se colige rectamente y de los principios cardinales de la santa fe es, que estos tres símbolos y cualquiera otra fórmula de profesion que se componga, sacan todo su valor y reciben toda su fuerza de la autoridad soberana y el magisterio infalible de la Santa Iglesia católica; porque á solo ella fué cometida la mision de propagar y defender el Evangelio, y solo ella por lo mismo es depositaria de la verdad y tiene el derecho de formar el Símbolo católico. Hai mas, y esta es la segunda consecuencia que se infiere: aunque nuestro Credo comun fué compuesto inmediatamente por los apóstoles, y el de Nicea por un Concilio general que lleva este nombre, y el otro simplemente autorizado por la Iglesia, todos ellos tienen la misma fuerza y valor; pues la facultad que tuvieron los apóstoles para componer el Credo, es la misma que tiene la Iglesia para todo lo dogmático. Por último, el contenido de los tres símbolos es uno mismo sin la mas ligera variacion sustancial, ni hai otra diferencia entre ellos que la mayor ó menor latitud de las explicaciones.

15. Véis pues, amados hijos, lo que es el Símbolo católico; cómo aunque hai tres en la Iglesia y pudiera haber otros, ni éstos podrian contener ni aquellos contienen, refiriéndose á los mismos puntos, cosa diversa: una misma verdad, un mismo dogma, un mismo orígen. Habria podido muí bien pasar de aquí á considerarle relativamente á nosotros, para demostrar la necesidad que tenemos y el provecho que sacamos de saberle, meditarle y repetirle; pero no lo he creido necesario, pues habiendo dedicado mi novena instruccion á inculcaros la necesidad que tenemos, y su obligacion consiguiente, de saber y entender la doctrina cristiana para practicar las obras de fe, esperanza y caridad, no tengo ya que tratar este punto, y he debido limitarme á lo dicho acerca del Credo, para que supieseis el motivo con que le compusieron los apóstoles, el que tuvo la Santa Iglesia para darle el desarrollo y explicacion que recibió este mismo símbolo apostólico en el Concilio de Nicea y en el de Constantinopla, y para admitir y autorizar el que lleva el nombre de San Atanasio. No me resta pues, hijos mios, sino exhortaros mas y mas, porque las exhortaciones de los pastores nunca son excesivas ni excusadas por mas que se repitan, á repasar con atencion, detenimiento y esmerada solicitud este resúmen de nuestra santa fe, á repetirle y rezarle, no con esa ligereza que no deja ninguna impresion en el alma, sino con atencion á lo que contiene, é intencion de profesar estas santas verdades. Así conseguiréis, hijos mios, ofrecer al Señor un tributo digno cuando toméis este símbolo en vuestros labios, haceros habitual el ejercicio de la fe, robustecerla y afirmarla en esta santa virtud, y andar el camino que Dios abrió á la humanidad entera con la predicacion del Evangelio.

—

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TERCERA INSTRUCCION.

SOBRE LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA PARA ENSEÑAR LA DOCTRINA.

Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes: baptizantes eos in nomine Patris et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis: et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.

A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues é instruid á todas las naciones: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado: y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

Matth. cap. XXVIII, vv. 18. 19 et 20.

CARÍSIMOS HERMANOS E HIJOS:

1 Siendo la fe católica el fundamento de todo, era necesario sin duda establecerla en el mundo sobre los mas firmes apoyos, para que todos los embates de una razon pervertida, todas las borrascas suscitadas contra la Iglesia por las pasiones y los intereses, no pudieran jamas minar en un solo punto el augusto edificio de la religion cristiana. Podria la razon, exagerando derechos que no tiene, aspirar al dominio pleno y universal de la verdad, reservarse el derecho de acreditarla ante los hombres y excluir del teatro de la inteligencia cuanto de ella no emanase como descubierto por su inventiva ó formado por sus combinaciones. Ni hubiera sido extraño esto, cuando el inmenso fulcro en que apoyó el tentador la palanca funestísima con que precipitó desde las cumbres de la felicidad hasta los mas insondables abismos á toda la humanidad en las personas de sus progenitores, fué precisamente la ciencia y la promesa de que su adquisicion podria elevar al hombre hasta el rango mismo de la Divinidad: *Eritis sicut Dii.* Era pues necesario prevenir de tal suerte los ataques de la razon contra la profesion comun de la verdad, que no pudiese jamas rehusarla su asenso, sin

declinar al escepticismo ó aparecer dañada en sus intentos ante el comun sentido de los hombres. Por esto, amados hijos, no quiso Dios que su verdad apareciese de incógnita en el mundo: señalóla con un sello divino, y quiso acreditar su orígen é infalibilidad ante la razon misma de sus creaturas. He aquí el por qué de esa claridad extrínseca con que figura en la tierra el dogma católico: basta una chispa de razon para persuadirse al mismo tiempo de su necesidad absoluta, posibilidad plena y existencia incontestable, y vosotros habéis visto demostradas estas cosas en mis instrucciones precedentes, lo cual os da bastantante luz para comprender toda la fuerza demostrativa con que nuestro Catecismo, preguntando: *¿qué tan ciertas son las cosas que la fe nos enseña?* responde: *como verdades dichas por Dios que no puede engañarse ni engañarnos.*

2. Pero qué, ¿los motivos extrínsecos de credibilidad, la posesion y simple lectura de las Sagradas Letras serian suficientes, amados hijos, para asegurar á la doctrina de la fe una conservacion íntegra y pura, una difusion universal experimentada en la unidad de la creencia, un reino inaccesible, digámoslo así, á todos los abusos de la razon humana? No por cierto. Las Santas Escrituras serian sin duda reconocidas por todos como el depósito de la doctrina y la palabra de Dios, en virtud de las robustas pruebas con que se demuestra y convence la autenticidad, verdad ó integridad de los Sagrados Libros, y la divinidad incontestable de lo que contienen; mas al dar los primeros pasos empezarian á dividirse los hombres, y no discurriria mucho tiempo sin que las verdades reveladas quedasen envueltas en las tinieblas de la discusion, en el torrente de las opiniones diversas hijas de la inteligencia privada. ¿Quién es capaz de imaginar ni el número, ni el carácter, ni las trascendencias incalculables de los errores que de aquí habrian nacido, y la suerte que habria corrido al fin de toda la doctrina revelada? Nadie por cierto. Si á pesar del establecimiento de la Iglesia, de su infatigable y constante celo por la propagacion, conservacion y pureza de la fe, del esmero y solicitud con que ha tenido cuidado de enseñarla á todos los pueblos desde el tiempo de los apóstoles, se han levantado en diferentes siglos tantas herejías, han existido tantos cismas, hasta el grado de haber naciones enteras fuera de la comunion católica, como se ve aun hoi dia en los pueblos protestantes; ¿qué habria sucedido sin el establecimiento y autorizacion plenísima de ese magisterio supremo de verdad? No lo dudéis, amados hijos, la revelacion habria corrido la misma suerte que la primitiva Lei en las dilatadas regiones del paganismo. Para llevar pues la certidumbre de nuestra fe hasta un grado que renueva todo peligro, no bastaban ciertamente los motivos de credibilidad, ni aun la misma formacion del Símbolo, aunque ya esto fué y no podia dejar de ser obra de una institucion correspondiente á la predicacion y perpetuidad de la doctrina: era precisa una institucion tan sólida, que nada fuese capaz ni aun de minarla; tan autorizada, que nadie pudiese disputarla su poder; tan bien acreditada en su orígen, que nadie pudiese poner en duda sus títulos: una autoridad permanente y perpetua que fijara el sentido de las Santas Escrituras, que formara el Símbolo de la fe, que definiese los dogmas católicos, que sacase y ordenase sus legítimas consecuencias, que instituyese una enseñanza universal en que las lecciones que se recibieran en todos los pueblos de la tierra, partiendo siempre de un centro comun, hiciesen reconocer y admirar en todos los siglos la unidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la fe, una autoridad que saliese al frente de todos los errores, para dirigir la defensa en el teatro de la controversia, y enfrenar á los heresiarcas con la reprobacion y el anatema. Pues bien, amados hijos, esta autoridad existe, y es la Iglesia católica: su poder dogmático, su luz inmensa, su sabiduría incomparable son tales, que cuando no tuviese, para inclinar todos los espíritus á sus decisiones, los derechos de una asistencia divina, bastaríanla sus medios de investigacion, su poder tradicional, los grandes genios que se han ilustrado bajo su magisterio y esas instituciones que ha creado, para depurar la verdad en todos sus órdenes, para inclinar ante su palabra la razon del universo. Ved pues, hijos mios, y sondead, si es posible, la profundidad que encierra la respuesta de nuestro manual catecismo cuando, despues de haber manifestado que la certidumbre de la fe ha de medirse por la veracidad infinita de Dios que ha revelado las verdades dogmáticas, y preguntando en seguida: *¿De dónde sabéis vos haberlas dicho Dios?* contesta sin vacilar: *de nuestra Madre la santa Iglesia regida por el Espíritu Santo.*

3. ¡En qué se funda, me diréis, esta autoridad infalible, inexpugnable de la Iglesia de Dios! En las palabras y en las obras de Jesucristo; en las palabras, porque se identificó con la Iglesia, cuando dijo á sus apóstoles: *El que os oye á vosotros, me oye á mí; mas el que á vosotros os desprecia, me desprecia á mí,* y cuando excluyó de ella como gentil y publicano á todo el que no la diese crédito y asenso: *Si ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus:* hé aquí las palabras. Mas Jesucristo no se contentó con hablar, sino que obró tambien, instituyendo la Iglesia docente. ¿Qué requeria esta institucion? Tres cosas: nombramiento de los miembros que habian de componerla; segunda, comunicacion de poder; tercera, mision. Pues bien: Jesucristo llamó á sus apóstoles, eligiéndoles para que fuesen á dar frutos de vida eterna: "Os he elegi-"do, decia, para que caminéis, y deis frutos y vuestros frutos permanezcan. *Ego vos elegi, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*" Véis pues el nombramiento. ¿Cuál es la comunicacion de poder! Habéis visto la que contienen las palabras que al principio cité concernientes á la obligacion de oir á la Iglesia, es decir: de creerla y acatarla; pero ved una cosa todavía mas expresa: "Todo lo que desataréis sobre "la tierra, será desatado en el cielo; y todo lo que atareis en la tierra, será atado en el "cielo"; y para que ninguna duda quedase ni sobre el hecho ni sobre la extension del poder que Jesucristo dejaba en su Iglesia, dijo estas palabras al Príncipe de los apóstoles: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y yo te daré las llaves "del reino de los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo; "y todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo." Véis, pues, amados hijos, á los apóstoles componiendo un cuerpo cuya cabeza es Pedro, y recibiendo del mismo Jesucristo el mas grande poder sobre los destinos de la humanidad. No resta, pues, para mi propósito, sino comprobar la mision que estos mismos apóstoles y con ellos toda la Iglesia docente recibieron, para enseñar la doctrina con tanto derecho para sujetar la razon como si la enseñara el mismo Jesucristo. Mas, como á la autoridad que la Iglesia nuestra Madre tiene para enseñar la fe, corresponde precisamente la obligacion que todos los fieles como hijos sumisos tenemos de creerla, me propongo tratar los dos puntos en la instruccion presente, manifestando en el primero los fundamentos dogmáticos de la autoridad de la Iglesia sobre la doctrina, y comprobando en el segundo la obligacion moral que todos tenemos de someternos al magisterio divino de la Iglesia.

I.

4. Mucho podria deciros, amados hijos, si me propusiera exponer aquí todos los fundamentos demostrativos en que descansa la verdad que sirve de asunto á esta primera parte; pues la historia, la tradicion, el mismo discurso natural, la voz de los Padres, y el testimonio de las Santas Escrituras; todo encierra documentos bastantes y tan competentes de por sí, que cada uno forma una demostracion. Mas habiendo hablado largamente sobre la institucion y autoridad de la Iglesia en las otras instrucciones pastorales que os dirigí, me limitaré únicamente á la prueba mui robusta y sólida que se saca de las palabras mismas de mi texto. Estudiémosle, pues, atentamente; porque no se necesita de otra cosa para ver brillar en todo su esplendor ese magisterio divino é infalible sobre que descansa todo el edificio de la fe.

5. Comienza Jesucristo Señor nuestro inculcando el soberano poder que le es propio y ejerce sobre los cielos y la tierra, como el fundamento del edificio que iba á levantar; tan sólido, que no prevalecerian contra él todos los poderes infernales, y tan permanente, que habia de conservarse hasta la consumacion de los siglos: la Iglesia católica, el magisterio de la verdad y de la doctrina. Pero ¿cómo es, amados hijos, que la trasmision de la verdad se funda en el poder, cuando no se trata sino de dirigirse al entendimiento? Porque en el hombre, ser limitado y falible, no hai mas derecho para exigir el asenso de los otros, que el valor efectivo y real de su pensamiento: este valor se examina por la razon, y en consecuencia de tal exámen, se admite ó desecha lo que el hombre propone, segun que sea verdadero ó falso: como el hombre no tiene infalibilidad ninguna ni autoridad dogmática por su naturaleza, necesita ser calificado para arrastrar el asenso. Suponed, amados hijos, que un filósofo, un sabio, ó todos los filósofos y sabios del mundo se juntan en vuestra presencia y os dicen: "creed esto:" vosotros responderéis: "¿por qué?" "Porque nosotros lo decimos," os replicarán; y entónces les diríais, y con razon: "no creemos al hombre sobre la palabra del hombre; porque esta palabra es falible, puede representar el engaño que se padece, ó el que se quiere producir. Decid vuestro pensamiento, le examinarémos, y si nuestra razon le encuentra verdadero, darémos asenso á él, y si no, le desecharémos." La palabra del hombre no tiene, pues mas derechos que los que le pueda reconocer la razon del hombre: sus motivos son el criterio, su forma el conocimiento.

6. Mas Dios no es el hombre. Dios es la verdad misma en su esencia, y por consiguiente tiene todo el derecho pleno de la verdad esencial, infalible y eterna, que es el someter á la lei de creerla y acatarla al entendimiento creado por el mismo Dios. Dios, que es el Autor, el Creador y por lo mismo el Señor y Legislador del entendimiento, es el único en quien la trasmision de la verdad es obra del poder, y el asenso á la verdad expresion del deber, en cuyo cumplimiento figuran la naturaleza y la gracia. ¿Quién podria nunca, hijos mios, disputar á un labrador el dominio sobre el fruto que ha reco-

gido de su siembra, ó á un artífice aquel que tiene sobre la obra que ha concebido y formado? Nadie. Cosque si esto sucede respecto del hombre, ¿qué dirémos respecto de Dios, que como Creador de todo es el Soberano de todo? Ahora bien: ¿quién creó al entendimiento? Dios. Luego el entendimiento está sujeto á Dios. ¿Cuál es el objeto del entendimiento? La verdad. ¿Qué es la verdad de la fe? La manifestacion que Dios hace de ella al entendimiento humano. ¿Cómo hace tal manifestacion? como el Ser infinito al ser creado por él. ¿Para qué? para someter nuestro entendimiento á la verdad revelada. Todo acto de someter un superior á un súbdito es acto de poder: luego la manifestacion de la verdad al hombre para que la crea, es en Dios un acto de poder.

7. Ahora bien; ¿con qué carácter anunció Jesucristo la verdad á los hombres? Con el de Maestro; pero no maestro humano, sino divino y humano; pues tal es quien enseña cuando es, como Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Si pues la comunicacion divina de la verdad importa un deber, y es obra del poder, Jesucristo muestra la verdad é instituye su enseñanza, no como un propagandista humano que necesita convencer ó seducir á la razon; sino como un Ser infalible y divino, que cuando dice lo que sabe para que se conozca, manda que se crea: porque si en el hombre la voluntad es el querer, en Dios la voluntad es el poder. Todo acto de la voluntad divina es poder; todo envuelve la expresa intencion de que se cumpla lo que se quiere; todo importa un deber para el hombre, porque emana de un poder necesario y absoluto á quien el hombre se halla sometido. Ved pues el motivo que tuvo Jesucristo Señor nuestro, cuando instituyó el magisterio católico, para comenzar inculcando el poder supremo que tiene en los cielos y en la tierra, y derivar de este poder la mision que iba á comunicar á su Iglesia, representada en los apóstoles, para enseñar su doctrina á todas las naciones.

8. Siendo Dios nuestro Señor la verdad suma, infalible y eterna, y teniendo sobre el entendimiento un poder supremo para imponerle leyes y someter su asenso, y pudiendo además otorgar á quien le plazca la mision de enseñar la verdad revelada y someter la razon á esta verdad, una doctrina enseñada por quien tiene la mision divina para ello, encierra tanta fuerza como si el mismo Dios inmediatamente la enseñase. Un enviado de Dios es un sub-delegado de Dios, representante de Dios: los poderes que ejerce, son, dentro de los límites de su mision, los mismos que Dios tiene. Ahora bien: Jesucristo es el enviado del Padre, y los apóstoles son los enviados de Jesucristo. *Así como mi Padre me ha enviado á mí*, decia este Divino Maestro á sus apóstoles, *así tambien yo os envio á vosotros*. ¿Para qué fué enviado Jesucristo? Oidle: *Yo para esto he nacido*, dijo, *y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad*. ¿De cuál verdad, hijos mios? ¿de la verdad natural? No: ésta no necesitaba de enviado: habia sentidos y potencias, habia entendimiento, habia razon, y esto bastaba. Luego era la verdad divina, era la verdad de la fe. Y como Jesucristo era el Mediador, y en clase de tal, el único por donde podiamos llegar al conocimiento sobrenatural de Dios, dijo que *El era el camino*. ¿Camino para dónde? para conocer á Dios con la luz de Dios, para amar á Dios con la gracia de Dios, para conocer y guardar la doctrina revelada.

9. Pero ¿dónde está esta verdad de Dios á la cual se ha de llegar por Jesucristo como camino? ¿Dónde, amados hijos? En el mismo Jesucristo, porque él es la verdad.

¿De dónde lo sabemos? De su misma boca, pues allí donde dijo que era el camino, añadió que era la verdad, y concluyó diciendo que era la vida: *Yo soi el camino, la verdad y la vida*, son sus palabras. ¿De dónde mas sabemos que Jesucristo es la verdad? De lo que nos manifiesta el conocimiento de su Persona. ¿Quién es Cristo? *Dios y Hombre verdadero*. Ahora bien: ¿cómo es Dios? *porque es natural Hijo de Dios vivo*. Es decir, católicos, porque es la segunda Persona de la Santísima Trinidad. ¿Cuál es aquel atributo especial del Hijo, es decir, aquello que pertenece á las tres Divinas Personas, pero que mui especialmente se atribuye al Hijo? La Sabiduría, es decir, la verdad eterna en toda su plenitud. Por esto se llama el *Verbo*, es decir, Palabra esencial; y como esta palabra encierra un pensamiento, y en Dios nada hai por partes, nada dividido, nada sucesivo, sino todo uno, simplicísimo é inmenso en su misma simplicidad, no hai en Dios mas que un pensamiento y una sola palabra; pero pensamiento que todo lo abarca, y palabra que todo lo representa, y por eso se dice que el Hijo es el esplendor de la gloria del Padre; pues así como el pensamiento se manifiesta en la palabra, así aquel esplendor divino está representado en su Verbo. Ahora: ¿para qué sirve la palabra? para manifestar un pensamiento ó declarar una voluntad. ¿Cómo Jesucristo representa el pensamiento de Dios? como la palabra representa el pensamiento del hombre, y por esto, á fin de que el hombre pudiera recibir por sus sentidos la palabra eterna simplicísima é inaccesible del Verbo, este Verbo encarna, *Verbo caro factum est:* conviene á saber: se reviste de nuestra naturaleza misma, para poderse comunicar con nosotros y trasmitirnos de un modo natural una doctrina sobrenatural. Ved pues, la mision de Jesucristo, como una comunicacion de verdad, y en Jesucristo al Divino Maestro del hombre: ved cómo no solo es enviado como Dios y Hombre verdadero á enseñar á los hombres, sino que es al mismo tiempo el camino para la verdad, la verdad en su esencia y el fruto supremo de la verdad que es la vida eterna.

10. Mas, Jesucristo cuando reunió á sus apóstoles y les dijo las palabras que tomé por texto, estaba ya para irse de este mundo, estaba ya para subir al Cielo, como en efecto subió; y aunque es cierto que quedó y aun permanece entre nosotros real y verdaderamente bajo las especies eucarísticas; pero no está visible, palpable, no afecta nuestros sentidos, no está como cuando vino, que hablaba materialmente, oia materialmente &c., &c., sino de un modo misterioso. De esta suerte no se eximia de suplir, para los efectos de la enseñanza, conservacion y defensa de la verdad, su presencia material entre nosotros. ¿De qué manera en el órden comun y natural suple su presencia uno que se ausenta? Nombrando persona que le represente de tal suerte y con tal seguridad para todos, que lo que haga el sustituto, tenga la misma fuerza y valor que lo que haria el mismo que le nombra. Este es, amados hijos, el modo con que los hombres nos entendemos; esto nos explica el por qué de las autoridades que nombra el Soberano, de los apoderados que nombra cualquiera que no quiere ó no puede tratar por sí sus negocios, &c., &c. Estos ejemplos materiales dan bastante luz para conocer perfectamente dos cosas: primera, que teniendo que ausentarse de la tierra nuestro Señor Jesucristo, y queriendo que la revelacion, la doctrina santa que habia enseñado y predicado no faltase nunca de entre nosotros, sino que se predicase, conservase pura y

defendiese bien de todo ataque, necesitó dejar en la tierra quienes le representasen con tal eficacia, que lo mismo fuese oir á éstos, que oir á su Majestad. El hombre debia ejercer, sin dejar de ser hombre, aquella mision que desempeñó en la tierra un Dios Hombre. ¿Qué se necesitaba para esto? La autorizacion expresa y la asistencia continua. Ved aquí, amados hijos, la luz clarísima que nos da la inteligencia de las palabras del sagrado texto. ¿Quiénes son las personas designadas y autorizadas? Los apóstoles y todos aquellos que habian de sucederles en la serie de los siglos: es decir: los obispos reconociendo como á la cabeza de su cuerpo al Sumo Pontífice. ¿En virtud de qué se les envía, ó mejor dicho, con qué derecho? Con el que da el poder soberano de Jesucristo sobre los cielos y la tierra. ¿A quiénes se les envía, y para qué? á todas las naciones, y para instruirlas. "Id, instruid á todas las naciones:" *Euntes docete omnes gentes.* ¿Qué es lo que les habia de enseñar? ¿acaso lo que ellos discurriesen con su entendimiento, ó lo que ellos eligiesen con su voluntad? No hijos, no, sino aquello que el mismo Jesucristo mandó que se creyese y practicase, es decir: la doctrina que nos enseñó como Maestro, y en la cual todo se contiene como ya os lo he dicho: "enseñándolas, continúa nuestro Señor Jesucristo, á guardar todas las cosas que os he mandado:" *docentes eos servare quæcumque mandavi vobis.* Hasta aquí habéis visto el nombramiento de sustitutos, su expresa autorizacion, el objeto con que se les nombra y el depósito que se les confia. ¿Qué resta ya? La asistencia continua de Jesucristo. ¿Y concurrió tambien este requisito en la institucion del magisterio supremo de la Iglesia? Si concurrió, como lo manifiestan las palabras con que termina el texto repetido: "Hé aquí, les dice, que yo estoi continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos." *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.* Ved aquí profundamente representada la asistencia continua de Jesucristo Señor nuestro á su Iglesia. De intento dice, *estoi*: un hombre habria dicho *estaré*, pero para Dios no hai pasado ni futuro; y como Jesucristo es Dios, aquel *estoi* significa la permanencia continua sin ninguna interrupcion, y las otras palabras circunscriben y determinan el sentido de tal suerte, que solo por una mala fe sin excusa ó la mas grande cegueda podia disputarse la asistencia continua de Jesucristo nuestro Señor á su Iglesia. *Yo estoi con vosotros*: luego Jesucristo habla y obra por el órgano de aquellos que ha instituido en su Iglesia, preside á sus pensamientos, les abastece de luz y de verdad, sostiene constantemente su palabra y su conducta, y no permite jamas que la doctrina divina que trajo á la tierra sufra ni una leve alteracion en la pureza con que la dejó depositada en su Iglesia. *Yo estoi con vosotros*: luego la Iglesia de Dios ve las Santas Escrituras con los ojos de Jesucristo, las entiende con el entendimiento de Jesucristo, y su explicacion es la palabra del Verbo trasmitida por el órgano de su Iglesia.

11. Esto bastaba sin duda para producir en el alma una entera seguridad; mas nada quiere dejar que suplir á la razon, nada que discutir al entendimiento. Los apóstoles, á quienes entónces se dirigia, eran hombres, debian vivir pocos años y bajar al sepulcro: circunstancia que habrian aprovechado bien los enemigos de la autoridad de la Iglesia para disputarla esta asistencia divina. Mas Jesucristo cierra y condena todas las puertas del error cuando á su palabra *estoi*, de tan profundo sentido, añade las palabras *to-*

dos los dias hasta la consumacion de los siglos. Los apóstoles no habian de vivir todos los dias hasta la consumacion de los siglos: luego la promesa de esta asistencia fué, no á los apóstoles sino al apostolado; no al primer cuerpo formado por ellos, sino al cuerpo permanente y perpetuo, al cuerpo que no perece, á la Iglesia.

12. Ved pues, amados hijos, cómo, sin salir de las palabras de mi texto, vemos y palpamos esta autoridad divina, infalible, constante y perpetua que Dios comunicó á su Iglesia sin límites ni restriccion alguna sobre la verdad revelada y aquellos que habian de creer en ella. Véis aquí todo cuanto se necesita para tener el mas perfecto convencimiento de esta verdad fundamental: vocacion, mision, espacio, tiempo, forma, &c., &c. *Id;* he aquí la mision: *á todas las naciones;* hé aquí los oyentes y el espacio: *enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado;* hé aquí el fondo, comprension y extension de la doctrina, la institucion de un gobierno espiritual y moral, de un magisterio infalible: *estad ciertos que yo estoi continuamente con vosotros, hasta la consumacion de los siglos;* hé aquí la asistencia divina de la Iglesia, cómo ella está asistida de Jesucristo, y nunca dejará de estarlo hasta la consumacion de los siglos.

13. ¿Y qué importa, hijos mios, este poder supremo, este magisterio divino, esta infalible autoridad de la Iglesia relativamente al cuerpo de los fieles? La obligacion estrecha de obedecerla en todo y por todo, pues toda autoridad tiene un objeto enteramente análogo á ella misma. Si hai una Iglesia docente, discípulos y oyentes ha de tener; si hai una autoridad que manda, súbditos que obedezcan debe haber. Luego á la autoridad divina de la Iglesia corresponde la sumision completa de sus hijos, y en consecuencia la obligacion que tienen los fieles de acatarla y obedecerla en todos los órdenes que abraza: pero esta es la materia del segundo punto.

II.

14. Nuestro manual catecismo, despues de haber manifestado que toda la seguridad de nuestra creencia descansa en la palabra de Dios, que ha revelado la verdad, y en la voz de la Iglesia, que en cumplimiento de la mision de Jesucristo la propone, trae dos preguntas y sus correspondientes respuestas, con las cuales cierra y termina la declaracion del Credo. *¿Qué tan necesario es,* dice, *creer las verdades que la Iglesia nos propone?* y responde: *Tánto, que sin fe de ellas nadie puede salvarse.* Ved aquí, amados hijos, la consecuencia práctica de la autoridad infalible de la Iglesia católica. Si esta es el órgano divinamente instituido por Jesucristo para comunicarse con nosotros; si por ella nos trasmite su palabra, nos expresa su voluntad, nos comunica su gracia y recibe nuestros homenajes, debemos inferir de la doctrina expuesta que en materia de fe, santidad y salvacion la Iglesia es todo, en la Iglesia está todo, y solo en la Iglesia, y nada mas que en la Iglesia. En la Iglesia verdad, y fuera de la Iglesia error; en la Iglesia ley, y fuera de la Iglesia desórden; en la Iglesia moral, y fuera de la Iglesia desconcierto; en la Iglesia enseñanza, y fuera de la Iglesia extravío; en la Iglesia salvacion, y fuera de la Iglesia condenacion. Por esto es una verdad incontestable y os la demostré, amados hijos, en la tercera de las instrucciones pastorales que os dirigí hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo para explicaros la institucion, régimen y derechos de la Iglesia católica, que fuera de ella no hai salvacion; y por esto la historia del hombre moral regenerado en la religion cristiana, viene á terminar toda en la Iglesia católica. Desde las primeras páginas del Génesis, hasta la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, hai una cadena no interrumpida que comprueba esta verdad. Peca el hombre, rompe con su Dios pierde los títulos al cielo, es reo de pena eterna; Dios empero le mira con misericordia, y si pronuncia contra él y su posteridad una sentencia de condenacion para satisfacer á su justicia, en el acto mismo le promete un Salvador para que no desespere. Desde entónces, amados hijos, Jesucristo fué la esperanza y la salvacion del mundo: creyendo en su futura venida, se salvaron los justos de la antigua Lei; creyendo en su venida ya verificada, se han salvado, salvan y salvarán los justos de la Lei nueva.

15. Eso pasado medido por el trascurso de cuarenta siglos encierra una historia inmensa; pero toda preventiva, figurativa y profética. ¿A quién esperaron los Patriarcas en fuerza de las promesas que les hizo Dios? á Jesucristo. ¿A quién anunciaron los Profetas? á Jesucristo. ¿A quién representaban los antiguos justos? á Jesucristo. ¿Quién habia de dar la plenitud y consumacion á la Lei antigua? Jesucristo. ¿Cuál era el sacerdocio perfecto que representaba como en líneas y bosquejo el de Leví? el sacerdocio de Jesucristo. ¿Y dónde se recogian ántes para la fe, la esperanza y el amor, para recibir la santificacion y la gracia los Patriarcas, los Profetas, los Magistrados y los Sacerdotes? en la Sinagoga. Y bien, hijos mios, ¿qué fué la Sinagoga? la figura de la Iglesia católica. Luego en ésta, como decia poco há, se han venido á recoger todas las cosas, lo antiguo y lo nuevo, Moysés y los Profetas, Jesucristo y los apóstoles. Tan cierto es esto, que si las mismas cosas que santificaban ántes en la Sinagoga desapareciesen de la Iglesia, moririan sin duda, como una planta sin tierra y sin jugo. ¿Queréis hijos mios, una prueba de lo dicho? Ved ese pueblo errante que por espacio de diez y ocho siglos anda paseando por el mundo una historia sin objeto, un sacerdocio sin carácter, una arca vacía, una doctrina sin verdad, una lei sin sancion, una esperanza sin motivo, un culto sin correspondencia, un órden sin base, una naturaleza sin gracia y un templo sin Dios: pueblo disperso á pesar del poder de las riquezas, del poder del orgullo, del poder de los siglos, para cumplir su condena y dar testimonio á la mision de Jesucristo y á la divinidad de su Iglesia.

16. Jesucristo derramó su Sangre por el mundo; pero esta Sangre quedó toda depositada en la Iglesia: luego nadie fuera de la Iglesia puede aprovecharse de ella. Jesucristo regeneró la razon humana con la doctrina divina que predicó en persona y confirmó con su ejemplo; mas dejando en su Iglesia esta doctrina para que solo ella pudiese predicarla y enseñarla, claro es que no hai doctrina ortodoxa fuera de la Iglesia. Jesucristo instituyó los sacramentos, desde el Bautismo, que nos abre las puertas de su reino, hasta la Extremauncion que nos da vigor y fuerza para pasar el sepulcro; mas no hai sacramentos fuera de la Iglesia. La Iglesia es la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su Vicario: *fiel*, quiere decir miembro legítimo, hijo sumiso y leal; mas el que busca la doctrina fuera de la Iglesia, reniega de su madre como luz; el que busca la virtud fuera de la Iglesia, reniega de su madre como apoyo; el que busca la

lei religiosa y moral fuera de la Iglesia, reniega de su madre como poder. Luego Iglesia, ó nada: es poco: Iglesia, ó error; es poco todavía: Iglesia, ó muerte y condenacion eterna.

17. Ya sabéis, y con especial intento lo he dicho en mi primera instruccion pastoral, que toda la ciencia de nuestra naturaleza recibe su valor y rinde su provecho en la de nuestro último fin, porque si el hombre no toca el fin para que fué creado, todo en él es por demas, todo es perdido: que este fin último es el goce y la posesion eterna de Dios, donde el entendimiento halla en toda su plenitud la verdad á que aspira, y la voluntad alcanza sin límites, mezcla ni recelo de perderle, aquel Bien infinito que anhela, y la libertad conquista su libertad absoluta, pues en aquella patria bienaventurada se le cae, digámoslo así, el triste poder de extraviarse y perdernos. Visteis asimismo que, siendo la consecucion de nuestro fin último la expresion absoluta de nuestra felicidad, el buscarle constituye la primera de nuestras mas estrechas obligaciones, verdad que os inculqué tambien en la instruccion sexta. Como este fin subsiste sin tocar en lo mas mínimo nuestra libertad, hai medios de conseguirle y peligros de perderle. Cuáles sean estos medios, os lo manifesté igualmente en mi octava instruccion. Servir á Dios en esta vida, servirle con obras de fe, esperanza y caridad; hé aquí las condiciones para ser felices, los requisitos indispensables para ganar el cielo. Luego la primera de todas las ciencias debia ser, como es de facto, la que nos enseña bien á creer, á esperar y á amar; esta ciencia es la doctrina, como tambien os lo he dicho, y esta doctrina se halla toda, y está solo en la santa Iglesia católica: luego nuestra obligacion de escuchar á la Iglesia, de acatarla en todo, es tan estrecha y fuerte, amados hijos, que sin cumplirla no tendrémos la fe de Jesucristo, no escucharémos á Jesucristo, no contarémos con la gracia de Jesucristo, no pertenecerémos al reino de Cristo, é infaliblemente nos condenarémos.

18. ¡No lo permita Dios, hijos mios! Antes bien: que su Divina Magestad nos conserve siempre obedientes y sumisos á su Iglesia militante en la tierra, para que seamos despues miembros de su Iglesia triunfante y gloriosa en los cielos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LA PRIMERA PALABRA DEL SIMBOLO.—CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA CREENCIA CATÓLICA.

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fe.

Joann. cap. V, v. 4.

1. Hemos hablado, amados hijos, en mi precedente instruccion, acerca del Símbolo de la fe considerado en su orígen y en su objeto. Tiempo es ya de entrar en sus pormenores, explicando con detenimiento cada uno de los puntos que contiene. Lo primero que se nos presenta es la palabra con que da principio y explica el asenso que damos á todas las verdades católicas, la palabra *creo*. Esta palabra no ha sido inventada por la Iglesia, ni comenzó á usarse desde que se instituyó su magisterio divino: su orígen se pierde sin duda en el comun de todas las lenguas, pues representando en general un asenso dado á lo que no se ve, pero se tiene como verdadero, atendido al valor del testimonio, es claro que habrá existido ella desde que tal asenso existe, y en consecuencia que es contemporánea del hombre. Mas, cuando el asenso representado en esta palabra es el que damos á los dogmas de la fe, su significado la saca, digámoslo así, del dominio de la razon: ella entónces nos inicia en un órden enteramente nuevo, nos conduce á reflexiones de un carácter sobrehumano, encumbra nuestro pensamiento hácia la residencia eterna de la verdad, y dilata su mirada y su accion por las regiones inaccesibles del misterio. Apoyado sin duda en este carácter excepcional que tiene la palabra *creo* en la doctrina católica, el Catecismo del Santo Concilio de Trento tiene mucho cuidado de inculcar, y quiere que se inculque á todos los fieles, cuál sea la significacion dogmática de esta palabra y cuál el carácter del acto interior representado en ella, ó lo que

es lo mismo, del asenso que, al pronunciarla ya dentro ya fuera de nosotros, prestamos á las verdades reveladas.

2. El concepto representado en esta palabra es tal, hijos carísimos, que nos arrastra necesariamente desde el individuo hasta la sociedad, pues que relativamente al primero es conocimiento sobrenatural, y en órden á la segunda es unidad de profesion, base del órden, elemento fecundo de civilizacion. El apóstol San Pablo, hablando de la virtud que ella representa, dice á los Hebreos "que por la fe entendemos cómo todas las cosas han sido hechas y dispuestas por la palabra del Señor," y el apóstol San Juan no duda referir á esta divina virtud lo que hai de mas admirable y sublime sobre la tierra, pues asegura que la verdadera victoria, la que pone á nuestros piés el mundo entero, es nuestra fe: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

3. Esta primera palabra de nuestro símbolo católico, *creo*, como designativa de nuestro asenso á las divinas verdades, debe ser vista, pues, como una palabra histórica y monumental en la marcha de la razon, objeto de las lenguas y destinos de la especie humana: pues por una parte recoge la verdadera historia del hombre, manifiesta su restauracion intelectual y moral, y por otra declara la revolucion inmensa producida por el cristianismo en las monstruosas creencias que profesó el mundo pagano por espacio de muchos siglos, y la depuracion é institucion de la verdad, el conjunto de los principios de una nueva ciencia, las trascendencias de la verdad al bien: en suma, cuanto hai de mas verdadero, de mas perfecto, de mas santo y feliz en el cuadro intelectual, moral y aun político de las naciones. Ora la consideremos como el signo representativo de un acto mental ó una profesion externa, ora estudiemos las relaciones de este acto con lo que representaba en un órden simplemente natural, ora nos elevemos hasta su orígen y causa para saber el por qué y cómo de la nueva representacion que recibió de la doctrina católica, preciso es reconocer toda la exactitud de los conceptos que os acabo de expresar. Sin embargo, para comprender cuanto ella representa, no solo como significacion de una verdad divina, sino tambien en sus efectos universales, veamos aquí lo que ha importado la creencia católica, ya en la razon, ya en la conducta, ya en la sociedad. Tal es el objeto de la instruccion presente.

I.

4. Para conocer, amados hijos, lo que ha influido la creencia católica en los destinos de la filosofía, ó lo que es lo mismo, en el progreso y perfeccion de los conocimientos humanos, es necesario y suficiente considerar por una parte lo que habia sido la razon en su marcha miéntras no contaba con la fe, y lo que despues que la revelacion divina y la creencia cristiana vino á extender el círculo de su accion, ya sobre la verdad en sí misma, ya sobre los pueblos.

5. La filosofía, es decir, el conocimiento natural de las cosas por sus causas, se ha mezclado hasta hoí y nunca dejará de mezclarse, bien ó mal, en cuanto puede ser objeto del pensamiento ó de la inteligencia humana. En los tiempos antiguos formó una ciencia de investigacion para el hombre intelectual, analizando escrupulosamente las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

facultades y potencias de su alma, explicando su naturaleza espiritual y afirmando con la triple fuerza de la deduccion, el sentimiento y la intuicion su inmortalidad; hizo una ciencia del hombre moral, toda de consecuencias prácticas y formuló tambien otra para el hombre social y político, toda de aplicaciones. Cuatro mil años de trabajos, de investigaciones exquisitas y profundas, en que tanta multitud de sabios se hizo admirar, no tuvieron mas objeto que perfeccionar la ciencia del hombre intelectual, moral y social. Sin embargo, amados hijos, esta triple ciencia no dejó nunca de estar trunca en su comprension, tenebrosa y confusa en sus caminos y mezclada constantemente de errores y verdades. Vino empero la creencia católica, la palabra salida de Dios, hecha visible á los hombres, é instituida como un poder en la tierra, y entónces aquella triple ciencia tuvo, cuanto cabe, su perfeccion absoluta: el hombre intelectual quedó bien comprendido en el dogma, considerado en su naturaleza, principio, vicisitudes morales y restauracion completa mediante Jesucristo: el hombre moral vió venir un torrente de luz y tendió su marcha sobre una línea rectísima tirada de Dios á Dios, dibujada en la Ley divina, hecha practicable por la gracia y custodiada siempre por la Iglesia: la sociedad alianó con su origen y su tipo, adquirió sus principios legítimos, comprendió su destino y encontró en las aplicaciones de la creencia y de la ley todas sus garantías. Extendamos empero un poco estas primeras ideas, comenzando por el hombre intelectual, para comprender hasta donde sea dado la revolucion inmensa producida por la creencia católica en el reino de la razon humana.

6. "Hablando en rigor, la razon es la facultad de percibir clara y distintamente los hechos y sus relaciones, y de combinar unos y otras para extender los conocimientos humanos. La razon, por lo mismo, tiene su vida en el juicio, porque la razon obra juzgando. El movimiento del juicio considerado simplemente en la línea que describe, se llama *discurso;* en sus aplicaciones se llama *raciocinio.* El raciocinio es pues el instrumento, y el discurso el camino de la razon. Esto supuesto, procuremos observar lo que ha ganado la razon con la creencia; mas para ello debemos tener presente que la razon tiene un objeto que es la verdad, un inmediato fin que es la conducta, y un fin último que es la felicidad. La creencia en su línea tiene los mismos objetos, y los mismos fines." Ahora bien, ¿qué puede la razon por sí sola en este triple sentido? Ya os lo he indicado bastante, amados hijos, en mis instrucciones precedentes, sobre todo en lo que os dije hablando de la doble forma que tiene la verdad en el alma, y demostrando la necesidad de la revelacion. En efecto, "la razon por sí sola no alcanza sino algunas verdades incompletas en el órden puramente natural: algunas, porque lo cierto, comparado con lo probable, lo dudoso y lo erróneo, es casi nada en la historia de la filosofía puramente racionalista de los tiempos antiguos; y verdades incompletas, porque fuera del Cálculo, que puede considerarse como una verdad facticia y meramente instrumental, todos los otros objetos de la investigacion parecian conocerse solo por medio lado. La metafísica, la física, la filosofía moral, &c. &., dieron el ser á un sin número de hipótesis y conocimientos conjecturales entre los sabios, miéntras que la masa de los pueblos ni aun con esto contaba: absurdos, supersticiones; fanatismo hé aquí el resúmen del espíritu y el carácter dominante en la razon comun de la antigüedad pagana.

7. "No podia ser de otra suerte: faltábanle puntos cardinales, esto es, hechos y principios incontestables radicalmente fijos en la inteligencia: faltábale pues todo, porque donde no hai un punto de partida ni un término seguro, el camino será tortuoso, vago y tenebroso. Estos puntos cardinales no podian ser la obra de la razon, porque ella nada inventa en materia de hechos y verdades: su capacidad está limitada solo al conocimiento de lo que existe y á la percepcion de sus relaciones: su poder es rigurosamente lógico, esto es, un poder deductivo que se funda en las consecuencias y obra en el sistema de las aplicaciones. No habiendo esta facultad primordial para crear principios y suplir hechos, claro es que todo sistema científico y toda tradicion de una cosa meramente humana en el órden espiritual y moral debia ser hipotético en la mayor parte; y ya se ve que sobre tales cimientos no podia levantarse á la verdad y á la virtud un sólido y grandioso monumento entre los hombres.

8. "Al contrario, supuestos aquellos principios cardinales, la razon parece cambiar de luz, de fuerza y de poder; porque poseyendo el principio, el fin y el medio, su accion quedó regularizada; y miéntras no se apartase de los puntos extremos y de la línea recta, su movimiento debió ser seguro, su accion fecunda, sus resultados felices. Hé aquí lo que sucedió precisamente con la creencia. Apoderada del Símbolo, poseyó de un golpe todos los dogmas fundamentales, adquirió una luz que le disipaba las tinieblas de la historia y de la filosofía antiguas, comprendió el bien y sus medios, y sorprendió en sí misma el secreto de la verdadera felicidad.

9. "El Símbolo pues, no solamente da las ideas netas y precisas de Dios y de la Iglesia, lo que bastaba ya por sí para encumbrar á tan eminente altura la razon del cristianismo, sino que nos instruye con tanta claridad y suficiencia, con tan admirable perfeccion y exactitud acerca del hombre y del mundo, que los conocimientos de un simple aldeano bastan para avergonzar á cualquiera de los antiguos filósofos. "Para apreciar toda la sublimidad hasta donde se eleva la sencillez del Símbolo católico, dice un escritor moderno, observad con qué caractéres tan distintos, tan espléndidos y prominentes traza la historia del hombre y del mundo; observad cómo cada uno de sus artículos pulveriza infinidad de sistemas absurdos, imaginados por los filósofos paganos acerca de Dios, del hombre y del mundo, y reproducidos con tan poca vergüenza por los impíos modernos; en fin, cómo cada palabra de este símbolo es un rayo de luz que disipa una parte de las tinieblas en que habia estado envuelta la razon humana desde el pecado original; y cómo la reunion de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad, en cuya presencia desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del dia. Nosotros preguntamos á todo hombre de buena fe, si es posible hallar una cosa mas venerable, mas útil, mas sublime, mas consoladora que el Símbolo católico: á él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres." [1]

10. "Miéntras el hombre se ocupa en la investigacion de las primeras verdades, contando con el elemento de la duda por via de método, su carrera es incierta y penosa, se

1 I. *Gaume.* Catechisme de Perséverance ou exposé historique, dogmatique, moral, liturgique, apologétique, philosophique et social de la religion, depuis l'origine du monde jusqu'á nos jours. Deuxieme part. Leçon XVIII.

mueve siempre con sus principios, y al cabo de mucho discurrir, de mucho hablar y de mucho escribir, viene á sorprenderse por último en la infancia de la verdad. Tal es la calificacion que pudiera hacer de la escuela racionalista moderna y de la filosofía antigua un sabio católico. El movimiento de la razon considerado en la línea que describe, se ha de calcular no por las fuerzas impendidas en moverse, sino por la distancia recorrida de punto á punto. Si el de partida es movedizo, esto es, si es objeto de investigacion y de duda, se vendrá siempre atras de la razon, y al cabo de mucho andar, el filósofo volviendo atras la vista, verá con sorpresa que no ha dado todavía ni el primer paso. Al contrario sucede con el filósofo católico: profundamente poseido de las verdades fundamentales, no solo las conserva inaccesibles al contacto de la duda, sino que nada conoce mas profundamente cimentado ni radicado con mas fuerza que estas primeras verdades. Entónces, aplicándose á estudiarlas mas y mas, para percibir sus relaciones, sacar sus consecuencias y fecundarse en este provechoso trabajo, cada movimiento de su razon es un descubrimiento mas, cada paso un conocimiento cierto; y de esta suerte, cuando vuelve atras la vista, observa con placer que sus puntos de partida están muí léjos, pero siempre bajo su mirada; que no se ha extraviado de su camino; que sus relaciones están fijas en ellos, sus consecuencias forman una cadena indefinida, pero atado su primer eslabon en los principios cardinales. Posee pues la filiacion de los conocimientos que tiene, de una manera que al mismo tiempo es histórica, dogmática y filosófica. Su razon no es la simple razon humana; es la vista interna de la verdad bajo la forma de la ciencia y la forma de la fe; tiene expedito su recurso á la autoridad y al raciocinio; á la primera para ilustrar á los creyentes, al segundo para vencer á los incrédulos. Con esta doble palanca mueve todo el mundo intelectual, moral y político. Hé aquí la filosofía católica.

11. "La filosofía racionalista y la pagana son rigurosamente excepcionales en su género; no las alcanza nunca la razon comun: todo en ellas es extraño para el pueblo. No acontece así con la filosofía católica: extendéndose toda por la humanidad entera, y aunque sin las fórmulas estrictas de una dialéctica demostrativa, figura en el espíritu de las masas, y figura como filosofía; figura en el sistema de las consecuencias y en el órden de las aplicaciones. Esta filosofía en la region de la ciencia es el dogmatismo demostrativo de los sabios católicos que, asociando la razon y la revelacion, poseen la verdad íntegra, pura y práctica: en el pueblo es el buen sentido hecho visible en el órden, en el discurso, en la conducta: finalmente, en el movimiento espiritual y moral de todo el género humano, es la civilizacion producida por el cristianismo.

II.

12. Mas no nos detengamos aquí, amados hijos; hai que dar otros pasos, pues la verdad de la fe no es una mera especulacion, sino tambien una escuela de virtud y de santidad. La fe, como ya os dije, tiene un significado estricto en cuanto representa solo nuestro asenso á la palabra divina, y un sentido de amplísima comprension en cuanto significa tambien la consecuencia plena, constante y absoluta de nuestra conducta

con nuestra creencia. Entónces la fe simboliza á todo el cristianismo, abraza todo el designio y la accion de Dios en la regeneracion y restauracion completa de la humanidad: su historia es la de las promesas, representaciones y anuncios de un Redentor venido, perseguido, crucificado y muerto por el hombre, la de la Iglesia erigida sobre el ancho y profundo cimiento de los apóstoles y profetas por el mismo Jesucristo, como su piedra angular, la de esta Iglesia misma desde su orígen hasta hoi, y la de sus mas ilustres hijos que han venido á manifestar un heroísmo que no conocía la tierra.

13. "El apóstol San Juan, hijos carísimos, con una profundidad verdaderamente divina, dejó escrito: *La victoria que vence al mundo es nuestra fe.*" Estudiad atentamente estas palabras, pues no necesitáis de otra cosa, para saber lo que ha sido, es y será la creencia del cristiano en el sistema de la conducta. "El hecho es notorio: la fe ha vencido al mundo, porque el cristianismo es el reino de la fe, y el cristianismo ha cambiado la faz de la tierra. "La moral evangélica, dice Chateaubriand, razon divina, apoya á la razon humana en sus progresos hácia un término al cual no ha llegado todavía, y el cristianismo, despues de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, constituye en los pueblos modernos la perfeccion misma de la sociedad." [1] ¡Mutacion verdaderamente divina, pero inexplicable sin la fe, que ha encarnado en el hombre gobernando sus sentimientos y dirigiendo su conducta!

14. Ya os he dicho que la creencia católica no es un mero convencimiento especulativo, mucho ménos una opinion: es el depósito humano de la palabra divina en toda su extension intelectual y moral. El creyente cree para vivir de su fe, cree para asegurarse de su felicidad, cree con relacion á la otra vida. Por esto la fe, considerada en toda su perfeccion, entraña la caridad y por lo mismo la esperanza: por esto, cuando no se anima de la caridad, es una fe muerta. Cuando la creencia vive en el hombre, anima á todo el hombre, domina todas sus facultades, se hace visible en su pensamiento y sensible en su accion.

15. Verdad es que el hombre, sujeto al influjo de sus pasiones, está expuesto á sufrir con demasiada frecuencia la muerte de su fe, y á mostrarse en su conducta inconsecuente con su creencia. Este es un hecho, un hecho de todos los siglos; pero un hecho que todavía merece ser observado. En el naufragio de la virtud no acaba la esperanza, y todos los elementos espirituales y aun externos parece que siempre esperan en una reaccion moral. Hé aquí por qué la inclinacion al bien y el arrepentimiento son tambien contemporáneos del hombre. Lo que importa observar pues á este propósito, no es por cierto si la vida moral de la fe debe ser perpetua para que el hombre no renuncie á su esperanza; sino mas bien, hasta qué punto influye, para la reaccion moral de la virtud en las buenas inclinaciones y el arrepentimiento, la presencia de la fe, aun cuando, habiendo sufrido la muerte moral, solo tiene la vida dogmática en el alma.

16. Antes del cristianismo, en los pueblos gentiles, esta reaccion solo contaba con las fuerzas de la naturaleza generalmente hablando, y por lo mismo el hombre no podia contar con una esperanza fundada, en las crísis diversas de su vida moral; pero en el cristianismo, basta creer para esperar; basta obedecer al impulso de la esperanza y

1 Discours prononcé devant le Conclave.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corresponderle con las fuerzas de la naturaleza, para dar á la inclinacion al bien una accion maravillosa, y al arrepentimiento del mal un poder decisivo. El creyente, no solo siente la presencia de la verdad, sino que cree tambien en la existencia y accion de la gracia. Esto le basta para buscar la segunda, y buscarla le basta para obtenerla; porque "el que pide recibe, y el que busca encuentra." Hé aquí, pues, cómo la vida moral de la fe cuenta, no solo con un primer nacimiento, sino con una resurreccion instituida en el perdon de los pecados. Resulta de lo expuesto que la creencia entraña un doble elemento, el de la produccion y el de la reaccion. Con el primero instituye las virtudes gobernando santamente la conducta; con la segunda reanima los cadáveres, esto es, hace aparecer de nuevo en el alma la vida moral de la fe con la reaparicion de la caridad mediante la gracia.

17. "Infiérese de lo dicho, que la creencia reune cierta especie de omnipotencia moral en favor de la virtud, y esto no sucede, sino porque su existencia en el entendimiento no es la de una simple conviccion; es la de toda la felicidad comprendida, esperada y amada con la doble fuerza de la gracia y de la naturaleza. Observemos ahora, para concluir, los prodigios de la creencia en la historia del pueblo católico. Estos prodigios brillan en todas las gerarquías de los Santos, á las cuales corresponden todas las de aquellas almas justas, que sin haber sido inscritas en el catálogo de los primeros, son objetos agradables á los ojos de Dios, venerables y maravillosos á los ojos del mundo. Los apóstoles, los mártires, los confesores, los doctores, las vírgenes, &c., &c., presentan, como en una bella galería, todos los triunfos de la creencia en la historia de la conducta, y vienen á servir como de un desarrollo práctico al sublime pensamiento del Evangelista con que abrí este discurso.

18. "Doce pobres pescadores creyeron en Jesucristo y le siguieron, porque su creencia les hizo ver en él el camino, la verdad y la vida. Entónces Jesucristo les destinó para propagar la fe por todo el mundo. De hecho, apénas el Espíritu Santo descendió sobre ellos, su creencia se hizo sentir en su alma bajo el triple carácter de la luz, del amor y de la fuerza. Limitados, miserables y débiles, fuéron despues los depositarios y distribuidores de las eternas verdades, los maestros de la moral y las columnas sobre las cuales habia de apoyarse todo el edificio de la fe. Sufrieron todos los embates con una firmeza sobrehumana; predicaban á Jesucristo con un celo divino: no les arredraban ni la inclemencia, ni la distancia, ni las dificultades; no les detenia el hambre ni la sed; no les imponia temor ni el furor de las turbas, ni el armado brazo de los tiranos. De esta suerte los apóstoles quedaron á la faz de los siglos, no solamente como los primeros heraldos del Evangelio y las primeras víctimas inmoladas por los enemigos de Jesucristo, sino tambien como el mas sublime de los Coros que habian de aparecer en el gloriosísimo panteon de los Santos. ¿Cómo explicar todo esto? Con una sola palabra: *creyeron:* no se necesita mas.

19. "Los apóstoles dejaron en sí todos los ejemplos, todos los modelos, las experiencias todas á los futuros adoradores de la Cruz y propagadores de la palabra divina. Sigue pues á ellos el innumerable ejército de los mártires, de esos nobles y gloriosos atletas de la verdad que convirtieron al mundo con su sangre, que introdujeron la creencia

con el sacrificio de su vida, que hicieron caer pueblos enteros convertidos ante sus cadalsos, que hacian rendir cada uno de ellos con su muerte el ciento por uno al reino de Jesucristo, pues que "la sangre de los mártires, dice Tertuliano, era una semilla de cristianos." Ahora bien: ¿cómo explicar este predominio sublime sobre todos los sentimientos de la naturaleza, que anonada el temor de la muerte ante la perspectiva espiritual de los cielos; que humilla pueblos y reyes con el santo desprecio de una vida que no es la eterna, de una vida cuya pérdida deja intactos los fueros del espíritu y los últimos destinos del hombre? ¿Cómo explicar aquel santo entusiasmo que se sobreponia tantas veces á la edad y al sexo, para que los futuros siglos venerasen en las catacumbas del niño, de la tierna doncella, del robusto jóven, del hombre maduro, del anciano achacoso, una fuerza que por esta universalidad con que triunfa en todas las edades y en todos los sexos, denuncia un vigor, un poder que no pertenecen á la tierra! ¿cómo explicar todo esto, repito! con una sola palabra: *creyeron*.

20. "Pasemos ahora nuestra vista por ese pueblo inmenso, compuesto de aquellos que, dejándolo todo por Jesucristo, no quisieron vivir sino para él: de aquellos que bien penetrados de la eterna verdad que creian, convirtieron su vida toda en una profesion continua y universal de su creencia, mereciendo así que la Santa Iglesia les colocase en la excelsa categoría de los confesores. Sus palabras eran un homenaje constante á su creencia; su conducta era su fe toda en movimiento y en accion: aunque no derramaron su sangre, dispuestos estuvieron á hacerlo, y muchos de ellos descendieron á la tumba con el sentimiento de no haber sido inmolados en el martirio. Consecuentes en todo al espíritu de la doctrina que profesaron, declararon abierta guerra á todas las pasiones, peleando siempre al lado de la moral: su vida es un pasmo de abnegacion y de penitencia; un fenómeno si se quiere, pero inexplicable por sola la naturaleza, y cuya última razon viene á encontrarse en el poder irresistible de la gracia. Estos hombres, pasando su vida en los desiertos despues de haber renunciado al mundo, á la comodidad, al brillo, á los placeres, &c., &., no piensan, no hablan, no obran, sino para dar la gloria, el honor y la alabanza constantemente á Jesucristo. ¿Cómo explicar este conjunto de maravillas que en sí contiene y encierra la vida moral de los confesores? Con una sola palabra: *creyeron*.

21. "Entre estos figuran cubiertos de un esplendor perdurable aquellos hombres que atesoraron y distribuyeron sin cesar entre los pueblos la doctrina católica: ya sosteniendo victoriosamente ruidosas polémicas contra los herejes é impíos, ya mereciendo con la lógica mas estrecha y el estilo mas bello las glorias del cristianismo, ya ilustrando las mas graves cuestiones de la ciencia para inculcar y desenvolver sus principios, eran el pasmo de su siglo, y merecieron apellidarse luminares de la doctrina y doctores de la Iglesia. Vedles hijos mios, cómo por una parte mantienen humillada su razon ante la fe, miéntras por otra se encumbran á las mas sublimes concepciones y adquieren en la region de la ciencia y en el poder de la razon misma el céntuplo de lo que renunciaban, haciéndose pequeños y sencillos para merecer las altas revelaciones del Hijo de Dios, y fecundándose en estas revelaciones excelsas, para dar un testimonio perdurable al poder universal de la doctrina católica. Eran talentos clarísimos, pero nun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ca pretendieron emancipar su razon; eran génios de primer órden, pero nunca intentaron atraer hácia su pensamiento las miradas y los tributos que buscaban tan solo para los dogmas; eran sapientísimos, pero hacian profesion de no querer saber otra cosa que á Jesucristo crucificado. ¿Cómo explicar este arcano de abnegacion, la mas difícil que puede darse, la de la razon y de la inteligencia, la del talento y el genio ante los misteriosos velos de la fé? Con una sola palabra: *creyeron*.

22. "Las vírgenes presentan un cuadro tan tierno al mismo tiempo que tan sublime, que por sí solo bastaria para opacar todo el esplendor que pudieron tener los siglos anteriores al cristianismo. Desde aquellos tiempos felices en que llevaban al desierto la bella flor de la mas encantadora virtud, para que creciese entre las espinas y viviese en la soledad, hasta la época presente, en que los desposorios místicos de la virginidad con Jesucristo han sido elevados á una institucion en que la vida monástica presenta á las vírgenes cultivando todas las virtudes y elevando contínuamente hácia Dios el incienso de la oracion en el retiro de los claustros, el alma se extasía contemplando el poder de la gracia sobre el corazon en la historia de la virginidad cristiana. Tres cosas hai en el hombre que le arrebatan sin cesar: el instinto de la comodidad, el movimiento del albedrío y los impulsos de la naturaleza: para renunciar á cualquiera de estas cosas, es necesario ser mas que hombre. Pues bien, no los ánimos mas varoniles, no los carácteres mas esforzados é intrépidos, sino las tiernas vírgenes, estas criaturas delicadas, son las que presentan en un solo sacrificio el cuadro de todas las abnegaciones. Pronuncian sus votos, y á un golpe decisivo de su voluntad lo dejan todo para siempre por Jesucristo. Profesan la pobreza, renunciando á todas las comodidades de la vida y cambiándolas con la mirra de la mortificacion y de la penitencia: profesan el claustro, y dejan para siempre al padre, á la madre, al hermano, á todas las conexiones inocentes de la vida, el hogar doméstico con todas sus memorias, con todos sus atractivos, con todas sus esperanzas: profesan castidad perpétua, y en las primicias mismas de su vida inmolan ante una cruz de madera, las gracias de la edad y del sexo, las tendencias de la naturaleza y las miradas apasionadas del mundo: profesan la obediencia, y con solo esto renuncian á su libertad y á su albedrío, y no parece sino que, al pronunciar este voto sublime, recogen todas las fuerzas de la voluntad y de la libertad para herirlas, matarlas y sacrificarlas para siempre en el altar del Cordero. ¿Cómo explicar este sacrificio sublime adonde no alcanzarian jamas con la suma de su poder todos los recursos de la naturaleza? ¿Con qué luz contaremos para comprender el por qué de esta inmolacion heróica? Con la que despide hácia la razon católica esta sola palabra: *creyeron*."

23. Tales son los efectos de la creencia en la conducta, y tales al mismo tiempo las gerarquías históricas que el pueblo de los santos ofrece á la edificacion y á la admiracion en esa galería celestial donde aparecen en su respectiva escala los apóstoles, los mártires, los confesores, los doctores de la Iglesia y las vírgenes cristianas.

24. Mas os dije al principio que la creencia católica restauró, no solamente al hombre intelectual con su ciencia propia, no solamente al hombre moral con su código legítimo, sino tambien al hombre social; y este es el último punto de vista bajo que me propuse

considerar la primera palabra de nuestro Símbolo, para daros á entender hasta dónde han llegado las influencias poderosas y felices de la creencia católica.

III.

25. No me detendré mucho sin embargo en explanaros esta prueba, pues para mi propósito, que es llamar vuestra atencion hácia el influjo social de la creencia, basta fijaros en lo que de mas notorio presentan la familia y el Estado.

26. Sin duda alguna que la naturaleza, impulsando la union de los sexos para la propagacion de la especie humana, deposita los elementos primitivos de esta sociedad fundamental que llamamos *familia*, y la lei natural bien atendida la dió á su turno reglas y preceptos para constituirse y conservarse bien. Mas pervertida la naturaleza humana y oscurecida la lei natural en consecuencia del pecado, la familia sufrió las consecuencias precisas de tan inmenso mal, no contando con otras garantías que las efusiones ó sentimientos recíprocos del corazon, y eso que se llama opinion pública. Mas el sentimiento, hijos mios, cuando no tiene otro apoyo que la simple naturaleza, es un recurso impotente para conservar ilesa esta institucion, asegurando la mutua fidelidad entre los esposos y el empeño comun de conservar la paz doméstica. La simple naturaleza es impotente, ya lo sabéis, contra lo que parece estar en el sistema de sus mismos hábitos, y por lo mismo, sin una fuerza superior á la de un sentimiento simplemente natural, es muí difícil, por no decir imposible, que prevalezca en la familia la lei del espíritu sobre la lei de la carne, y se sostenga no solo material sino afectuosamente la union que formó la voluntad y perpetuó la lei. No ha faltado, es verdad, enteramente del mundo, la lei de la naturaleza; pero se oscureció tánto y sufrió tal confusion con la mezcla de opiniones extrañas, hijos mios, que sus preceptos parecieron mas bien consejos de la ciencia que sanciones de la Divinidad: circunstancia que, influyendo en las costumbres y pasando á las leyes, desnaturalizó enteramente la familia, instituyó el despotismo doméstico, reduciendo á la mujer á una palmaria esclavitud y condenando á los hijos no pocas veces á una condicion que hace estremecer: la poligamía llegó á ser general, y en consecuencia todo manifestó que el órden, la conservacion y el objeto moral de la familia habian desaparecido casi totalmente. Mas el cristianismo restablece con la gracia esta union de la naturaleza, la inaugura con un sacramento, la regla con su moral divina, y la sostiene con la fe. Los esposos toman un carácter mui elevado: el varon ejerce un poder, todo de benevolencia y amor, obedece á Dios gobernando á su familia: la muger vuelve á ser su compañera, y los hijos unos objetos de la mas tierna solicitud, cuya felicidad se procura formando su entendimiento y santificando su corazon. De esta suerte, hijos mios, la familia se restableció por la fe: la gracia fortalece el carácter moral de los esposos: la fe les habla de una vida y una muerte eterna que somete la voluntad á la lei, dignifica el amor, perpetúa el sentimiento, ennobleco los afectos, garantiza los deberes y conduce al hombre á la felicidad como esposo y padre; á la mujer como madre y esposa, y á los frutos de la union conyugal, como hijos y hermanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

27. Reformada de esta suerte la familia por la creencia, se adelantaba mucho la restauracion moral y política de la sociedad civil, puesto que ésta tiene sus elementos y primer tipo en aquella. En efecto, no podia constar de elementos moralizados un todo, permaneciendo inmoralizado: esto seria inconcebible. Pero hai más: la sociedad civil ha recibido de la creencia católica no solo aquellas ventajas que nacen de la moralidad de la familia, sino grandes medios é inmensos recursos de organizacion, régimen y estabilidad. La creencia pone á Dios constantemente á la vista de los gobiernos y de los pueblos, sometiéndoles á entrambos á la Lei divina. ¿Qué debia resultar de aquí? Tres consecuencias importantes: primera, dar á los pueblos una legislacion eminentemente moral que ántes no conocian; segunda, establecer una garantía recíproca de los unos hácia los otros, pues en el solo hecho de estar sometidos igualmente á la Lei de Dios, los pueblos contaban con la garantía de la religion contra los abusos del poder, y los gobiernos con la influencia poderosa de la moral contra el desenfreno de las masas; tercera, fundar la política en la moral, y ésta en la religion: cadena estrechísima y la única, dígase lo que se quiera, que ha podido consolidar en el mundo las instituciones sociales. Verdad es que sin embargo de la creencia con sus inmensos recursos, la sociedad civil no está exenta de trastornos y conmociones, efecto inevitable de la condicion humana; pero tambien es cierto que tan terribles sacudimientos en el cuerpo social son ménos desastrosos hoi que en los tiempos antiguos. La religion cristiana, que á veces no puede ganar el primer lugar para sofocar el incendio al nacer, queda siempre como en expectativa de una coyuntura favorable para restablecer la concordia, extinguir los odios y reconstruir el edificio social, haciendo servir su creencia y su código de justicia para volver á poner en armonía el mando y la obediencia, mediante la moralidad de los magistrados y los pueblos, y la justicia de las leyes.

28. La vida moral del individuo puede servirme aquí de un término excelente de comparacion, amados hijos, para comprobar mi aserto. Sucede con demasiada frecuencia que un hombre no solo pierde la virtud, sino que se abandona de tal suerte á los excesos de las pasiones, que parece morir del todo para la esperanza. Pues bien, amados hijos, figuraos en este caso á dos hombres; uno que todavía crec, y otro que no crec nada: estas dos individualidades representan bien los dos objetos que aquí comparo; las sociedades anteriores al cristianismo, que carecian de una revelacion y solo contaban con la razon natural, y las sociedades modernas, cuando en medio de sus conmociones políticas conservan todavía el tesoro inapreciable de la fe. ¡Qué sucede con el primer individuo! que su pérdida es irreparable. ¡Qué sucedia en las sociedades antiguas! que el mal progresaba siempre, y nunca tuvieron en la realidad una verdadera restauracion. Si á veces parecian sosegarse las borrascosas olcadas, era mas bien la tregua del cansancio que el efecto de la concordia y el maduro aprovechamiento de los desengaños. Considerad ahora, hijos mios, al pecador del cristianismo: hallaréisle figurado magníficamente bien en el Pródigo del Evangelio. La fuerza del dolor, el poder de los remordimientos, las miserias del crímen, la postracion del vicio suelen formar allá en el fondo del alma un sentimiento indefinible: suponed que este sentimiento se encuentra casualmente con la esperanza, y diréis: "este hombre se halla extraviado, este hombre

llegó á la última degradacion, mas no está del todo perdido, pues le queda una esperanza." Y es así, católicos: la fe viene á ser una reserva inmensa para la restauracion del hombre moral: la fe sabe que hai una piscina eficaz, y que se brinda para cuantos de ella viven; tiende una mano, digámoslo así, al hombre de la última desgracia, y al tendérsela, le da una triple voz de alarma, de esperanza y de consuelo. Ahora bien: este hombre figura las sociedades cristianas: agítanse fuertemente; trábanse las mas sangrientas luchas; precipítanse todas las pasiones arrasando todos los diques, y el cuerpo social parece que va á morir. Sin embargo: ¡hai una creencia comun, profesa este pueblo la doctrina de Aquel que vino á traer la paz á la tierra! No desesperéis: llegará el momento señalado por la Providencia: cada uno volverá sobre sus pasos, y el órden social resparecerá bajo el influjo de la creencia religiosa. Si quisiese yo confirmar esta doctrina con los ejemplos, necesitaria tal vez escribir un libro. Pero hai uno de inmensas proporciones, uno que levanta mas en el dilatado campo de la historia; la revolucion francesa del pasado siglo: inmensa erupcion que agitó al mundo y arrojó sus lavas hasta las últimas extremidades de la tierra: fermento inaudito de pasiones, que no dejó nada por destruir: historia, tradiciones, creencias, instituciones, intereses; todo lo acabó, sobre todo descargó sus golpes de muerte. ¿Quién, á la vista de aquel estrago, de aquellas múltiplas é inmensas locuras, de aquellas furias vomitadas del averno, que recorrian con la tea y el puñal por todas partes, y penetraban hasta los últimos asilos del hogar doméstico, no habria predicho el exterminio absoluto de aquella nacion ilustre? No fué así empero; terminóse la crísis; calmóse aquella fiebre social, y á poco la creencia pasea su vista y su corazon por aquel campo de ruinas, reanima sus miserables restos, y hace aparecer á la nacion ilustre con una nueva juventud y una nueva gloria.

29. Tal es la fuerza restauradora de la creencia, tal es el influjo que ejerce sobre la misma sociedad. Esta necesita leyes, y aquella le da un código perfecto; necesita costumbres, y aquella le da una moral pura; necesita garantías, y aquella consagra la magistratura civil como un ministerio, é inscribe los actos de la obediencia en el catálogo de los deberes y de las virtudes. En fin, la creencia católica es el mas poderoso elemento del órden público y de la prosperidad social: encierra cuanto necesario es para que los pueblos se constituyan, se conserven, se engrandezcan. Es luz para la razon, regla para la conducta, perfeccion para el individuo, constitucion definitiva, órden permanente, y eficaz garantía para la sociedad, felicidad para el individuo, la familia, la nacion y la humanidad entera.

30. Ved pues, amados hijos, todo lo que hai que considerar cuando como cristianos, como verdaderos católicos pronunciamos con atencion y reflexion esta palabra *creo:* ved el gran tesoro de conocimientos que representa; pues nuestro asenso es á la palabra divina, á esa manifestacion de verdad, de poder y de amor que hizo Dios á los hombres, como nos lo enseña la Escritura Santa: ved todo lo que dicen los labios al pronunciarla con relacion á la fuerza de nuestro asenso; cómo este asenso es el mas firme, el mas fuerte que se puede tener; cómo reune todas las fuerzas de la naturaleza y todas las fuerzas de la gracia, siendo una virtud infusa que poseemos y ejercitamos con libertad: ved cómo esta creencia, por el conjunto de caractéres que la constituyen, ha venido

á ser para el hombre toda una plenitud; plenitud de verdad para su entendimiento por las altísimas revelaciones que posee, plenitud para la voluntad por las promesas inefables que espera, plenitud para la libertad por las infatigables reglas y eterna sancion de la Lei divina que la sujeta y el gran poder de la gracia que la fortalece; ved cómo este *creo* que un cristiano hace pasar de su corazon, á sus labios, expresa la conciencia mas plena de la verdad, la confianza mas tranquila en las promesas; cómo la creencia es no solo verdad reconocida y confesada por el individuo, sino vínculo estrechísimo de toda la sociedad católica y distintivo de todos los hijos de Dios en la dilatada carrera del tiempo. Habéis admirado sin duda esa transformacion maravillosa producida por la creencia católica en toda la humanidad, esa regeneracion de la inteligencia, cuyos horizontes se iluminan y se dilatan; del corazon, transformado en santuario de la Divinidad y conducido hasta un heroismo de virtud que la tierra no conocia; de la libertad, encumbrada con el doble poder de la naturaleza y la gracia hasta la altura sublime de una abnegacion universal; de la sociedad, repuesta en sus bases primitivas, moralizada en su legislacion, consagrada en su gobierno, santificada en la obediencia. ¡Cuántos bienes, hijos mios! ¡Cuán liberal es este Dios que así se ha portado con sus creaturas! ¡cuán magnífico en sus dones! ¡cuán amoroso en sus designios! ¡Ah! ¡Por mucho que el alma se dilate y extasíe, nunca podria, tenedlo por cierto, llegar á comprender toda su grandeza, apreciar debidamente los tesoros de su fe! ¡Sea Dios, amados hijos, bendito y alabado por los siglos de los siglos! Nunca dejéis de elevar vuestro corazon á Su Majestad y presentarle sentimientos correspondientes al inmenso beneficio de la fe: pedidle sin cesar que os conserve, que os afirme en ella para siempre, que os la dé tan universal como la presenta el Apóstol, cuando dice que el justo vive de la fe, tan viva y santa que recoja en vosotros el triple homenaje de la creencia, de la esperanza y del amor. 1

1 Todos los párrafos colocados entre comillas en esta instruccion sin una cita especial, los he tomado en extracto de mi obra intitulada *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion*, Libro primero, capítulos VII, VIII y IX.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

QUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.
Dijo el necio en su corazon: "No hai Dios."
Ps. XIII, v. 1.

1 En la precedente instruccion, amados hijos, procuré daros una idea clara y precisa de todo lo que representa la primera palabra del Símbolo católico *creo*, con el fin de que entendiescis bien cuál es el verdadero carácter de este asenso que tributamos á las verdades que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos propone, y cuál tambien el influjo de la creencia católica en el desenvolvimiento y marcha de la razon humana, en la perfeccion de la conducta individual, y en la constitucion, firmeza y órden de toda sociedad. Ahora debo entrar en la exposicion de estas verdades mismas, hablando de cada una de ellas en el órden con que las presenta el símbolo de los apóstoles. ¿Cuál es la primera verdad que profesamos en este símbolo? La de un Dios perfectísimo, eterno, inmenso, soberano y Señor de todas las cosas. Esta es en efecto la verdad por excelencia, porque sin ella no habria verdad ninguna; es la verdad primitiva, puesto que representa la primera causa, sin la cual ningun conocimiento tendriamos de los efectos, y por consiguiente quedaria nuestro entendimiento sumergido en el caos; es la verdad fundamental, porque sobre ella se levanta el noble y grandioso edificio de la sabiduría, decorado con la doble luz de la inteligencia y de la fe; es la verdad mas íntima para el hombre, pues que representa su primer principio, rige todos los pasos de su vida física y moral, y encierra el conocimiento, las promesas y la seguridad infalible de conseguir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á ser para el hombre toda una plenitud; plenitud de verdad para su entendimiento por las altísimas revelaciones que posee, plenitud para la voluntad por las promesas inefables que espera, plenitud para la libertad por las infatigables reglas y eterna sancion de la Lei divina que la sujeta y el gran poder de la gracia que la fortalece; ved cómo este *creo* que un cristiano hace pasar de su corazon, á sus labios, expresa la conciencia mas plena de la verdad, la confianza mas tranquila en las promesas; cómo la creencia es no solo verdad reconocida y confesada por el individuo, sino vínculo estrechísimo de toda la sociedad católica y distintivo de todos los hijos de Dios en la dilatada carrera del tiempo. Habéis admirado sin duda esa transformacion maravillosa producida por la creencia católica en toda la humanidad, esa regeneracion de la inteligencia, cuyos horizontes se iluminan y se dilatan; del corazon, transformado en santuario de la Divinidad y conducido hasta un heroismo de virtud que la tierra no conocia; de la libertad, encumbrada con el doble poder de la naturaleza y la gracia hasta la altura sublime de una abnegacion universal; de la sociedad, repuesta en sus bases primitivas, moralizada en su legislacion, consagrada en su gobierno, santificada en la obediencia. ¡Cuántos bienes, hijos mios! ¡Cuán liberal es este Dios que así se ha portado con sus creaturas! ¡cuán magnífico en sus dones! ¡cuán amoroso en sus designios! ¡Ah! ¡Por mucho que el alma se dilate y extasíe, nunca podria, tenedlo por cierto, llegar á comprender toda su grandeza, apreciar debidamente los tesoros de su fe! ¡Sea Dios, amados hijos, bendito y alabado por los siglos de los siglos! Nunca dejéis de elevar vuestro corazon á Su Majestad y presentarle sentimientos correspondientes al inmenso beneficio de la fe: pedidle sin cesar que os conserve, que os afirme en ella para siempre, que os la dé tan universal como la presenta el Apóstol, cuando dice que el justo vive de la fe, tan viva y santa que recoja en vosotros el triple homenaje de la creencia, de la esperanza y del amor. 1

1 Todos los párrafos colocados entre comillas en esta instruccion sin una cita especial, los he tomado en extracto de mi obra intitulada *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion*, Libro primero, capítulos VII, VIII y IX.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

QUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.
Dijo el necio en su corazon: "No hai Dios."
Ps. XIII, v. 1.

1 En la precedente instruccion, amados hijos, procuré daros una idea clara y precisa de todo lo que representa la primera palabra del Símbolo católico *creo*, con el fin de que entendiescis bien cuál es el verdadero carácter de este asenso que tributamos á las verdades que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos propone, y cuál tambien el influjo de la creencia católica en el desenvolvimiento y marcha de la razon humana, en la perfeccion de la conducta individual, y en la constitucion, firmeza y órden de toda sociedad. Ahora debo entrar en la exposicion de estas verdades mismas, hablando de cada una de ellas en el órden con que las presenta el símbolo de los apóstoles. ¿Cuál es la primera verdad que profesamos en este símbolo? La de un Dios perfectísimo, eterno, inmenso, soberano y Señor de todas las cosas. Esta es en efecto la verdad por excelencia, porque sin ella no habria verdad ninguna; es la verdad primitiva, puesto que representa la primera causa, sin la cual ningun conocimiento tendriamos de los efectos, y por consiguiente quedaria nuestro entendimiento sumergido en el caos; es la verdad fundamental, porque sobre ella se levanta el noble y grandioso edificio de la sabiduría, decorado con la doble luz de la inteligencia y de la fe; es la verdad mas íntima para el hombre, pues que representa su primer principio, rige todos los pasos de su vida física y moral, y encierra el conocimiento, las promesas y la seguridad infalible de conseguir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su último fin: es una verdad sentida en lo mas profundo del alma, reconocida por todos los pueblos de la tierra, manifiesta en el inmenso y sublime cuadro de la creacion, encontrada en el fondo de todas las ciencias, demostrada por el humano discurso, y enseñada igualmente por la fe.

2. Por esta razon, amados hijos, no podemos considerar ningun objeto creado sin encontrar allí la existencia de Dios; ni hallar pueblo que no la reconozca, ni tiempo alguno en que haya sido ignorada, y por esto vemos á los mas claros ingenios de la antigüedad gentílica explayar su pensamiento en la idea de un Dios, y formar con solo las luces de la razon humana una ciencia de Dios y de sus atributos, que se ha llamado *Teología natural*. Mas cuan suficiente ha sido y es la razon del hombre para conocer que Dios existe, ha sido tenebrosa y del todo insuficiente para explicar quién es. Hé aquí porqué los catequistas del pueblo fiel han pasado por alto regularmente la existencia de un Dios, ó mejor dicho, la han dado por supuesta sin necesidad alguna de explicarla, para venir directamente á la nocion de Dios, esto es: á manifestar quién es, cuál sea su esencia y naturaleza, cuáles sus atributos y perfecciones. Por esto nuestro manual catecismo comienza preguntando, no si Dios existe, sino: *¿Quién es Dios?*

3. Grato fuera para mí, caríssimos hijos, seguir el mismo ejemplo, desentendiéndome de probaros la existencia de Dios, y comenzando desde luego por explicaros quién es. Mas acabó ya el dichoso tiempo de pasar en silencio la explicacion de ciertas verdades, porque no hai una sola que no sea objeto de cavilaciones y disputas: hasta ésta, que proclama la naturaleza entera, que hallamos escrita en el fondo de nuestro corazon y en las bóvedas del cielo, ha tenido contradictores. Será pues muí conveniente hablaros de ella, manifestando cómo, siendo rigurosamente fundamental, así para la razon en cuanto cae bajo su dominio, como para la revelacion, tiene pruebas de todo género que la demuestran y corroboran.

4. En mi undécima instruccion preliminar os hablé de los tres diversos modos con que la verdad está en el alma; pues unas veces la percibimos por nosotros mismos, otras la sabemos por el testimonio de los hombres, y otras por la revelacion divina. Os hice ver asimismo, que estas tres formas de la verdad tienen lugar en todos sus objetos, es decir, en el órden metafísico, físico y moral. Ahora bien: la existencia de un Dios es una verdad tan manifiesta, tan constante y universal, tan esencial en todas las cosas, que para negarla se necesita nada ménos que toda la ceguedad de una alma envuelta en el cieno de la corrupcion. Por esto el Profeta-Rei, queriendo fijar el orígen de un error tan craso y en cierto modo incomprensible como el ateísmo, hace salir el grito de *no hai Dios*, del fondo mismo de un corazon corrompido, y califica de *necio* al hombre que se atreve á proferir esta herejía. "El necio dijo en su corazon: No hai Dios." "*Dixit insipiens in corde suo: "Non est Deus."*" Ninguna calificacion mas propia, en efecto, merecen los ateos, que la de necios é insensatos; pues para negar á Dios, es necesario renunciar no solamente á la fe, sino tambien á la vista que nos le manifiesta en todas partes, á la historia que nos muestra la creencia de esta verdad en todos los siglos, á la razon que nada puede sin ella explicar ni concebir. La existencia de Dios es una verdad que se manifiesta donde quiera, siempre y bajo la triple forma con que reside en

el alma: la descubrimos por ciencia propia, la sabemos por el testimonio humano, y la conocemos por la revelacion divina. Esto es precisamente lo que vel á probaros ahora, demostrando en primer lugar, que la existencia de Dios es una verdad que se descubre por el simple uso de la razon; en segundo lugar, que la existencia de Dios ha sido en todos tiempos y lugares la creencia del género humano, lo cual se prueba con el testimonio de los hombres; en tercer lugar, que la existencia de un Dios ha sido revelada por el mismo Dios á los hombres.

I.

5. ¿Cómo podemos tener ciencia propia de la existencia de un Dios? Por el simple uso de la razon, hijos mios; pues con solo atender á lo que existe y pasa, ya dentro ya fuera de nosotros, podemos persuadirnos de que hai un Ser Supremo, principio universal de todo, Creador y conservador de cuanto existe; perfectísimo, infinito, es decir: un Dios. ¿Qué es la ciencia? Conocimiento de las cosas por sus causas. ¿Cuál es pues su principio? El que todo tiene una causa, esto es, un ser de donde haya provenido, ó una razon suficiente para existir. Esto es tan claro, obvio y manifiesto, que pasa como un principio evidente, que no necesita probarse, y ántes bien sirve para probar las otras cosas. ¿De qué manera la ciencia nos demuestra clara y evidentemente que hai un Dios? De una manera muí sencilla: considerando que tanto nosotros como todo lo que conocemos, ha tenido un principio, y por consiguiente una causa. En mi primera instruccion pastoral números 4, 5 y 6, os he dado la prueba científica y general de la existencia de un Dios, manifestando que, con solo atender á lo que pasa en nosotros mismos y en los seres que conocemos, basta para convencerse de la existencia de un Dios. En mi sétima instruccion preliminar probé dos cosas: primera, que Dios es nuestro primer principio; segunda, que Dios es nuestro último fin. Para demostrar lo primero, probé que sin la existencia de un Ser Supremo, nada de cuanto existe podria explicarse ni concebirse: manifesté que la existencia de Dios es una verdad fundamental, demostrada igualmente por la conciencia, la humanidad y el universo; que en Dios comienza todo, y solo él no empieza jamas; que con él se explica todo, y sin él nada se comprende; que en él vive todo, y sin él nada existiria. Sin volver pues á tocar aquellas pruebas generales, que se reducen á un simple raciocinio, cual es el que todo ser que comienza y puede concluir, que es limitado y contingente, supone un Ser que no comienza nunca ni puede dejar de existir, un Ser infinito, un Ser necesario, me limitaré aquí á dos pruebas especiales; una fundada en las necesidades propias de nuestra alma y en el carácter de nuestra vida moral, y otra que resulta de la simple inspeccion del universo.

6. Hai en nosotros una alma racional que quiere, piensa y es libre; consta de dos facultades, cada una de las cuales tiene su objeto propio, esto es, del entendimiento que busca la verdad, y la voluntad que tiene por objeto el bien. El entendimiento conoce por las fuerzas de su razon la verdad relativa, y tiene idea de que existe la verdad absoluta, y de que en clase de tal, es inmensa y no puede ser abarcada por él. Hai mas: aun la verdad relativa es muí desigualmente conocida entre los hombres; unos co-

nocen mayor número de verdades que otros, algunos alcanzan poquísimo, y muchos tienen por verdades una multitud de errores. Ahora bien: existe la verdad absoluta, inmensa y pura, y no existe en el hombre. ¿Dónde está pues? ¿En la materia? No piensa ¿En la nada? La nada es nada, y en la nada nada puede haber; porque haber y nada se excluyen; poder haber y nada, se excluyen tambien. Luego la verdad absoluta, inmensa y pura está en Dios: luego nuestro mismo entendimiento con su objeto es una prueba robusta de la existencia de un Dios, en quien reside la verdad absoluta, inmensa, pura.

7. La voluntad quiere y rechaza, porque querer y rechazar es su oficio. ¿Qué quiere? el bien. ¿Qué rechaza? el mal. ¿Y algunas veces no quiere lo que en sí es un mal? Sí; pero lo quiere como bien: luego el bien es el objeto de la voluntad. ¿Y la voluntad en la tierra consigue el bien? No: y esto sucede, ó porque no le conoce; ó porque conociéndole, prefiere otra cosa cediendo á los sentidos y á las pasiones; ó porque, aunque le conozca y quiera, no le consigue; ó porque, aunque le conozca, quiera y consiga, le pierde ó teme perderle, y esto la perturba; y siempre sufre algunos males, y nunca posee el bien absoluto, inmenso y puro, y padece las agitaciones consiguientes á la certidumbre infalible de la muerte del hombre. Luego hai un bien que el entendimiento concibe, la voluntad quiere y el hombre no posee durante la vida. ¿Dónde está este bien? No en el hombre, como acaba de verse; no en la materia, como todo el mundo lo percibe: luego en Dios. Luego la misma voluntad con su objeto prueba la existencia de un Dios.

8. La voluntad es libre, y usa ó abusa de su libertad; se decide frecuentemente por el mal, cuando debiera fijarse solo en el bien. Un paso mas: la libertad en sí es una facultad buena, noble, una cosa que prueba la excelencia de la naturaleza humana sobre la naturaleza física; pero el hombre abusa de ella. Si esta facultad preciosa no estuviese contradicha por el abuso, sería perfecta y fecunda siempre para el bien. Yo concibo una libertad así, pues lo imperfecto no es ni puede ser nunca el tipo del ser. ¿Dónde está esta libertad absoluta, esta libertad nunca pervertida, siempre recta, cuyos efectos están representados en el bien y nunca en el mal? Busquémosla en otra parte, pues que no está en el hombre. ¿Estará en la materia? No, porque es inerte: luego está en otra parte, está en el Ser perfectísimo, está en Dios.

9. He dicho asimismo que la existencia de Dios es una verdad que se infiere de nuestra misma vida moral: el corazon la necesita en sus sentimientos, las costumbres han menester de ella para su moralidad, la sociedad demanda imperiosamente para sus fines la creencia de esta verdad importante. ¿Por qué razon esta creencia es en primer lugar una necesidad para el corazon? Porque este vive del sentimiento. El sentimiento es, ya de placer ya de dolor, y en consecuencia necesita el uno de retentiva para no avasallar al hombre y cerrar su pecho al desgraciado, y el otro de una fuerza poderosa contra la desesperacion: la retentiva del primero, en la doctrina de la religion, es el temor de perderle para siempre, y el consuelo y lenitivo del segundo es la esperanza de alcanzar el bien que ha prometido el Ser infinito á los que lloran y padecen. Suprimid á Dios con su culto, su ley, su eternidad, y la opulencia insultará de continuo á la desgracia, y la miseria se lanzará ó en el fango de los vicios, ó en la última desesperacion.

10. Por otra parte, hai en el corazon una especie de inmensidad que no puede llenar

en lo absoluto ninguna de las cosas que tienen, ó un límite ó término: vaga entre una infinidad de impresiones la mayor parte desagradables: es víctima de la ceguedad y ligereza de los hombres, que le calumnian y persiguen, ya porque no le conocen, ya porque le detestan: necesita de un testigo infalible que registre sus mas profundos senos, de un bien sumo que abastezca sus necesidades de amor, de un juez infalible que le otorgue la justicia.

11. ¡Qué triste es, amados hijos, esa doctrina desoladora que pugna por borrar á Dios del inmenso catálogo de los seres, tan ávida por estudiar los efectos como inerte y desdeñosa para elevarse al conocimiento de las causas. ¿Cómo explicar el ateismo, esa negacion absoluta de Dios, verdadera gangrena del alma, sino con la postracion y ruina de todas las fuerzas morales, con el empeño en destruir la eternidad para entregarse á todos los abusos del tiempo, con el orgullo que nada escucha, y la soberbia que á todo quiere sobreponerse? El ateismo corrompe el entendimiento, deprava la voluntad, nivela al hombre con el bruto, y es un seguro precursor de la desgracia. El ateismo, que tan monstruosos efectos causa en el individuo, no sería ménos ruinoso para la sociedad; pues la desquicia destruyendo sus principios cardinales, y la coloca entre tiranías y rebeliones, dejando á la autoridad sin freno y á los súbditos sin costumbres: es el último grado de la impiedad, como ésta el último extremo de la malicia humana. En fin, negando á Dios, de quien todo pende, con quien todo se explica, y sin el cual nada se concibe, mata el ser, y en consecuencia destruye la filosofía; mata las reglas del ser, y en consecuencia destruye las leyes que gobiernan el órden físico, intelectual y moral.

12. ¡Qué os diré de las costumbres? Concebid, si podéis, lo que sería del hombre moral sin la conciencia, sin este tribunal que trae siempre consigo, que juzga sus acciones por la ley, y le hace sentir los efectos de este juicio, ya con el contento que sigue á la práctica de la virtud, ya por los crueles torcedores, resultado preciso de los vicios y los crímenes. Sin conciencia, hijos mios, no hai balanza que pese al hombre moral, ni regulador para su conducta, ni garantía contra sus excesos. Pero, sin la creencia de un Dios, ¿cuál será la naturaleza, el carácter y el poder moral de la conciencia? Ninguno, hijos mios: todo quedaría reducido á la nada; faltaría el fundamento de la imputacion que es la creencia de una ley divina; el estímulo para practicar el bien, que es la creencia de una vida inmortal y dichosa; el retraimiento del vicio, que es el temor de una eternidad desgraciada: los remordimientos no existirian, ó serian inexplicables y aun inconcebibles.

13. En cuanto á la sociedad, os pregunto: ¿qué sería de ella sin religion? ¿qué sería de ella sin Dios? Todo estaria vendido al influjo de las pasiones, á la preponderancia de una fuerza brutal, el mando y la obediencia. ¿Cuál podria ser la eficacia de las leyes, si estuviesen reducidas únicamente á la sancion temporal? Nada tan fácil como eludirlas, nada tan insignificante y precario como la estabilidad que prometen y los bienes que procuran. El débil sería jugete del fuerte: el órden duraria tanto cuanto un resorte material miéntras subsiste la fuerza que le comprime. Contad empero con Dios, con su religion, con su ley, con su moral, y entónces el cuadro se trasforma: la sociedad se constituye, la concordia se asegura, el órden se consolida, el mando se dulcifica, la obedien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia se suaviza: efectos magníficos de una ley suprema, que no puede ser disputada por nadie; de una ley perfecta, que no tiene hueco ni lunar; de una ley eterna, que preexiste á los siglos, de una ley universal, que á todos obliga; de una ley fecunda, que moraliza toda legislacion; de una ley, en fin, cuyas consecuencias están representadas en la eterna felicidad ó en la eterna desgracia?

14. Veis pues, hijos mios, cómo sin salir de nosotros mismos y del círculo de nuestra vida moral y social, encontramos probada la existencia de un Dios como necesidad del corazon, necesidad de las costumbres, necesidad del estado. Vengámos al universo físico.

15. El órden físico es el conjunto de los cuerpos, es decir: de esos seres materiales que percibimos con nuestros sentidos externos; que vemos, oimos, olemos, gustamos ó palpamos, ó todo junto; es la universalidad de las cosas que están fuera y á la vista del hombre, y cuyo conjunto se llama *mundo*. Pues bien: el mundo no puede ni aun concebirse sin Dios: un mundo sin Dios sería la contradiccion mas monstruosa: pues siendo un ente contingente ó reunion de los entes contingentes, ni le puedo concebir sin causa, ni como causa de sí mismo. Esto es tan claro, que los mismos ateos lo confiesan, y por tanto, para combatir la existencia de Dios desembarazándose de esta dificultad, sostienen, ¡absurdo inaudito, empresa ridícula sobre todo encarecimiento! sostienen, digo, que el mundo es necesario y eterno. ¿Qué diremos á esto? Reflexionad, amados hijos, sobre un hecho de la mayor importancia, y es que el mundo y cuanto contiene no es un ser universal, un ser general, sino un conjunto de seres individuales, y no como quiera, sino de seres que existen, y pudieron no haber existido, y pueden dejar de existir, esto es: de seres contingentes y no necesarios, seres que comenzaron y han de acabar, ó pueden acabar, y por consiguiente no eternos. Haced la prueba. ¿Qué hai, decidme, de mas noble y grande en la naturaleza? El hombre. ¿Y qué decís del hombre? Dos palabras que lo expresan todo: "ayer no era; mañana no será." Cien años hace, ó mui poco mas, que no existia ninguno de los que hoi ocupan la superficie de la tierra: dentro de igual tiempo no existirá, tenedlo por cierto, ninguno de los que hoi viven. Haced la misma experiencia con cualquiera de los otros objetos de la naturaleza. ¿Dónde están todos los sembrados del año anterior? En ninguna parte. ¿Dónde estarán los de ahora el año que sigue? En ninguna parte. Habrá semillas en las trojes, pero no existirá la sementera; y estas mismas semillas se consumen y dejan de existir: ley general á la cual se halla todo sujeto; ley de la cual nada está exento. Sígueso de aquí rectamente que todo en el mundo físico tuvo principio, nada es eterno, y por lo mismo, que la existencia del universo prueba la de Dios. Tomad al arbitrio cualquier objeto; una piedra, el tronco de un árbol; en fin, lo que queráis: ¿no es cierto que todo esto lo podéis concebir como si no hubiera existido, y comprendéis que sin inconveniente alguno puede dejar de existir, y todo esto sin que se altere el órden general del universo? Sin duda que sí. Pues bien: lo que se dice de un objeto, puede afirmarse de todos; lo que se concibe y afirma de un solo cuerpo, se puede concebir y afirmar de todo el universo. Desengañémonos: el mundo no puede concebirse como necesario, por lo que llevo dicho; ni como eterno, por lo mismo y porque la ley de todo el universo es la de

la sucesion en la duracion, es decir: la del tiempo, que no puede ni debe confundirse nunca con la eternidad; ni como infinito y absoluto concebirse puede, pues todo en él es limitado, todo respectivo.

16. Pasando al cuadro de la naturaleza física, se ofrecen á nuestra razon, en la multitud innumerable de objetos que contiene, en las relaciones maravillosas que hai entre todos ellos, en la sábia distribucion de las partes, en la impresion sublime que nos causa el conjunto, en la fiel correspondencia de cada objeto á su destino, y por último, en las invariables y constantes leyes á que está sujeta la obra divina del Universo, señales infalibles de la Omnipotencia, de la Sabiduría infinita, de la Bondad suma, y en una palabra, de la Providencia benigna, que todo lo arregla y dispone para el bien de los hombres y la gloria del Ser Supremo. Este Dios, escondido á los ojos del ateo, se anuncia con caractéres espléndidos en el bello y magnífico espectáculo del universo.

17. Ved, hijos mios, esa boveda azulada que llamamos *cielo;* contemplad por una parte la hermosura, por otra la grandeza, por otra la antigüedad, y por otra las maravillas de todos los objetos que plugo á Dios colocar allí á la vista del hombre. Ved el sol, que cuenta ya casi seis mil años de abastecer con su luz á toda la creacion: no le falta un solo punto á su esplendente riqueza, no ha sufrido la mas leve alteracion, y hoi dia se muestra tan bello, tan nuevo, digámoslo así, como aquel en que por la primera vez mostró al Padre del género humano su radiante faz en el paraiso: ved esa luna, que no ha faltado á su destino de dar su luz á la noche, conforme á las mismas leyes que ha observado desde su creacion: ved esas estrellas que parecen representar la corte lucidísima del primero de los astros, tan bellas, que una sola basta para arrobarnos, y tan múltiplas, que no parecen, para servirme aquí del bello pensamiento de un escritor, sino brillante polvo arrojado por la mano del Ser Supremo en el espacio. Observad el órden, la permanencia y el desembarazo con que cada uno de estos globos verifica sus movimientos, hace su carrera en el espacio sin embarazarse ni confundirse: ved esa sucesion de siglos, de años, de dias y noches, tan constante, que no han llegado á sufrir una sola excepcion: ved ese tiempo, idea la mas clara y la mas oscura, que se siente y no se define, que nos envuelve á todos y no se deja tocar, el cual nos da la medida de todas las existencias, traza el camino á todos los acontecimientos, y parece destinado á distinguir todo el órden contingente, donde no hai mas que sucesion, de todo el órden eterno donde no hai noches ni dias, horas ni siglos, donde no hai ni puede haber tiempo. Venid luego á la tierra, recorredla toda: sus erguidos montes coronados de robustos árboles, sus valles extendidos, que lucen aquí y allá diferentes trages, digámoslo así, con la verde y menuda yerba, extendida por la liberalidad de la naturaleza, ó las ricas sementeras, en que la virtualidad de la naturaleza está correspondida por la mano del hombre: visitad el reino animal, esa su varia é indefinida escala, en las aves que pueblan el espacio, los brutos que habitan la tierra y los peces que residen en la profundidad de los mares. Contemplad el reino vegetal, depositario de maravillas sin cuento, de incontables tesoros: ved luego la correspondencia en que todo se halla con el hombre, considerado como un ser compuesto de cuerpo y alma: ved esa maravillosa armonía, esa obediencia pasiva de la materia, ese predominio supremo del espíritu: ved en

todas las cosas impreso un sello que no es de aquí, un sello divino, que manifiesta la obra de un ser que no es ninguno de los que componen el universo físico y el género humano.

18. No acabaría nunca, hijos carísimos, si haciendo alto en cualquiera de los muchos objetos que componen el universo físico, me propusiera examinarle con el mayor detenimiento en el vasto sistema de sus relaciones, á fin de conduciros por una cadena de raciocinios hasta el Ser infinito que ha podido crearles. Pero cediendo á la precision en que me coloca el carácter de este discurso, paso á mi segundo punto, que es el carácter tradicional de esta creencia, ó sea la existencia de Dios probada por el testimonio de los hombres.

II.

19. En efecto, no ha habido una sola nacion que no haya creido la existencia de Dios. Los historiadores, los filósofos y los poetas, á quienes recurrimos para conocer las ideas, las instituciones y las costumbres de toda la antigüedad, todos á una voz nos atestiguan que la existencia de Dios ha sido en todos tiempos la creencia del género humano: que el culto del Ser Supremo fué primero que todo, precedió constante y universalmente á la formacion de las sociedades, á las instituciones políticas, á los gobiernos civiles, á la formacion de las ciencias y al nacimiento de las artes. Verdad es que no faltó en la antigüedad filósofo y poeta que negasen á Dios; pero estas rarezas nada prueban, hijos mios, contra la subsistencia del hecho. En todas partes hubo altares, templos, sacrificios, tributos piadosos, cánticos sagrados y creencias relativas al dogma de la Divinidad. "Dirigid á todas partes la vista, decia Plutarco, filósofo é historiador gentil; veréis ciudades sin fortificaciones, ciencias, instituciones civiles, &c.; pero no hallaréis una sola que no haya tenido alguna idea de la Divinidad." Ciceron establecia la firme creencia de esta verdad sobre el fundamento de la historia: "No hai una nacion tan bárbara, dice, ninguno tan falto de sentido, que no haya tenido alguna idea de los dioses: muchos han juzgado con demasiado absurdo acerca de ellos, cosa que suele suceder á causa de usos viciosos; pero todos asimismo reconocen de comun acuerdo la existencia de una fuerza y naturaleza divina. Ni se crea que el comun lenguaje ó consentimiento de los hombres, ó las instituciones ó las leyes hayan producido esta opinion: porque en todas las cosas el universal consentimiento de todas las naciones ha de reputarse como una ley de la naturaleza." Esto mismo que dice el filósofo en sus *Cuestiones tusculanas*, ó inculca tambien en su libro *De las leyes:* esto mismo habia notado Sócrates, y despues de Tulio enseñó Séneca: mas no me detendré, amados hijos, en citar autoridades, pues necesitaria sin duda llenar muchas páginas, y no por esto acabaria.

20. Ahora bien: ¿cómo explicar la antigüedad, universalidad, constancia y perpetuidad de esta creencia, sino por la existencia del objeto mismo á que se refiere? "Yo no tengo, dice á este propósito el Ilustrísimo Frayssinous, necesidad de discutir los motivos que han arrastrado al género humano á esta creencia. Importa poco saber si ha

sido el sentimiento ó la razon, el espectáculo de la naturaleza, ó todo esto reunido y fortificado por la educacion; ¿pero no es indispensable que para subyugar de este modo á todos los hombres, estén pegados estos motivos por sus raices al fondo mismo de nuestro ser, y que sean inseparables de nuestra naturaleza? No tratamos aquí de una opinion especulativa, indiferente y abandonada á las disputas de los ociosos; sino de una doctrina comun á todos, ligada á la conducta del hombre, que no puede mirarse sin el mas vivo interes, continuamente discutida y combatida mas de una vez, pero siempre triunfante. Su orígen debe, pues, estar, ó en las preocupaciones y pasiones comunes á todos los hombres, ó en una razon igualmente comun á todos: por aquellas podrán explicarse los errores que han desfigurado el fondo de esta doctrina; pero la doctrina en sí no puede explicarse sino por la razon.

21. "Es pues cierto que el género humano ha creido siempre, cree todavía en Dios, y que esta creencia se halla en el fondo mismo de la naturaleza racional;" que todas las explicaciones que los ateos tratan de darle son insignificantes; que sus sistemas pasarán, y que la fe en un Dios, Arbitro Supremo de todas las cosas, no dejará de perpetuarse entre los hombres." [1] Mas no nos detengamos aquí, porque se trata de una verdad, no solo demostrada por la ciencia y atestiguada por la historia, sino tambien creida con fe divina. Mas, ¿qué pruebas elegiré para comprobar tal aserto? Ninguna, hijos mios, sino solo esta: "Leed las Escrituras, leed el Símbolo católico. Hai dogmas cuyas pruebas consisten en uno ó muchos textos de las primeras, en una ó mas decisiones de la segunda; pero tratándose de la existencia de Dios, debe decirse que el texto escritural es toda la Biblia, y el texto canónico es toda la Iglesia. Abrid la primera, recoged vuestra mirada en la línea ó renglon con que comienza: ¿qué véis aquí? Todo el dogma de Dios. "En el principio, dice, creó Dios el cielo y la tierra," Luego hai un Dios, pues primero es existir que obrar; este Dios es ántes que todo, pues el cielo y la tierra creados por él, comenzaron, y él era ya. Luego este Dios es uno, ya porque así lo expresa el sagrado texto, ya porque, si es ántes que todo, no puede ser mas que uno. Luego este Dios es eterno, pues como he dicho, no tuvo principio: luego es inmenso, pues que abraza la creacion: luego es infinito, pues que de él emana, como de causa sin causa, en él comienza como el principio sin principio, y á él se encaminan y enderezan como á fin último sin término, todas las cosas creadas. Seguid vuestra lectura: donde quiera veréis á Dios: Dios dando el ser, Dios conservando lo que cria; Dios trazando la línea que han de recorrer todos los cuerpos; Dios dando su ley á todos los hombres; Dios manifestando su infinita Sabiduría en la economía particular, concierto recíproco y espectáculo general de la creacion; Dios manifestando su Omnipotencia en el hecho de sacarlo todo de la nada; Dios manifestando su Bondad en el hecho de proveer á la subsistencia y conservacion de todos los seres, de crear el universo visible para el hombre, y destinar el hombre para Sí; Dios manifestando su justicia cuando castiga en Adan y su posteridad la primera rebeldía del hombre; Dios manifestando su misericordia cuando condolido de aquella desgracia inmensa, promete un Redentor para que salve al mundo; Dios manifestando su diligente solicitud,

1 Conferencias.—La existencia de Dios probada por la fe del género humano.

cuando para libertar la esperanza de las consecuencias del olvido ó el cansancio de una expectativa dilatada, renueva de tiempo en tiempo esta promesa feliz, y aun quiere que el Mesías sea figurado y representado en los personajes, las instituciones y los grandes acontecimientos del pueblo escogido; Dios comunicándose con el hombre por medio de sus enviados, estableciendo y renovando alianzas con sus criaturas; Dios comunicando su Divino poder á Moysés, inspirando á los profetas, derramando la gloria sobre el Mesías, manifestándose, al través de su Santa Humanidad, en la excelencia de su doctrina y en el portento de sus obras; Dios en todas las líneas de la Escritura Santa, en todos los acontecimientos de la historia de la religion, en las esperanzas de los patriarcas, en la voz de los profetas, en la vida y muerte de Jesucristo, en los hechos de los apóstoles, en la propagacion del Evangelio, en la institucion y perpetuidad de la Iglesia; Dios en los dogmas, Dios en los preceptos, Dios en la oracion, Dios en los sacramentos; Dios siempre, Dios en todo. He aquí lo que puedo deciros acerca del testimonio que dan las Sagradas Letras á la existencia de un Dios.

22. Si de aquí pasamos á la Iglesia, me sucederá lo mismo que tratándose de la Escritura Santa. ¿Cuál es, decidme, su primera obra dogmática? El *Credo*, el símbolo de los apóstoles. ¿Cuál es la primera enunciacion de este símbolo? *Creo en Dios.* Ved pues aquí el dogma de la existencia de Dios encabezando en el símbolo de los apóstoles todos los dogmas de la fe. ¿Qué símbolo sigue al de los apóstoles? El de Nicea, es decir, el Credo que se reza y canta en la Misa. ¿Cuál es la primera profesion de este símbolo? "Creo en un solo Dios:" *Credo in unum Deum.* De esta suerte, amados hijos, pudiera yo conduciros por toda la historia de la Iglesia, y constantemente os manifestaria la enseñanza de esta verdad fundamental. ¡Propaga el Evangelio? Es en el Nombre de Dios. ¿Recibe á un hombre en su gracia por el bautismo? Es en el Nombre de Dios. ¿Encamina sus oraciones al cielo? Habla con Dios. ¿Perdona los pecados? Es con la autoridad de Dios. ¿Define los dogmas? Es con la infalibilidad de Dios. ¿Anatematiza la heregía? Es con la justicia de Dios. En fin, Dios en el principio, Dios constantemente, Dios para todo, Dios en todo: hé aquí lo que halláis en la Iglesia.

23. Concluyo pues, amados hijos, esta instruccion pastoral, en que me ha sido necesario extenderme mas de lo que quisiese, exhortándoos vivamente á que no apartéis nunca vuestra consideracion de esta verdad primitiva, fundamental, fecunda: de esta verdad en que se prueba toda verdad, y sin cuya luz nada podria concebirse, ni ménos explicarse. Hai un Dios; luego yo vengo de él; luego yo estoi sujeto á él; luego yo vivo por él, y en él está mi esperanza y temor, pues recompensa la virtud y castiga el vicio. Hai un Dios; luego yo debo ser justo, debo ser santo: hai un Dios; luego puedo ser eternamente feliz, ó eternamente desgraciado: hai un Dios; luego existe una religion, una moral, un órden eterno. De esta suerte nuestro pensamiento, nuestra palabra, nuestra conducta, siempre bajo el influjo de su presencia, andarán por el camino recto de su lei, y alcanzarán en consecuencia la posesion dichosa de la gloria.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA NATURALEZA Y PERFECCIONES INFINITAS DE DIOS EN CUANTO SON CONOCIDAS POR LA RAZON Y POR LA FE.

Invisibilia enim ipsius, a creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta, conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus, et divinitas.

Las perfecciones infinitas de Dios, aun su eterno poder y su dirinidad, se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas.

Rom., Cap. I, v. 20.

1. En la precedente instruccion, amados hijos, he procurado el daros á conocer, aunque de una manera mui sucinta las principales pruebas con que se demuestra la existencia de un Dios. Mas no basta esto, es necesario ver aún hasta dónde puede conducirnos la simple razon natural en el conocimiento del Ser Supremo: porque una cosa es el saber que Dios existe, y otra cosa mui diversa el saber quién es.

2. Las mismas pruebas de que nos hemos servido para convencernos de lo primero, bastan sin duda para persuadirnos en general de que el Ser necesario, como causa de todo, es infinitamente perfecto. Toda perfeccion nos da la idea de una cosa positiva, y en tanto la reconocemos en los seres creados en cuanto existen en la realidad. Estudiando estos, nos formamos una idea de la perfeccion, que consiste por una parte, en la sábia disposicion con que se combinan todos los atributos constitutivos de cada ser, y por otra en lo adaptado y propio de cada cosa para su propio fin. Mas, como en todos los objetos creados encontramos límites ó imperfecciones, efecto consiguiente al carácter de contingente que tienen, concluimos con toda certeza de nuestras meditaciones y estudios, que todas las cosas creadas tienen solo una perfeccion relativa. De aquí nos elevamos á otra idea, y es á la de la perfeccion absoluta. ¿Por qué? Porque sin ésta

ciertamente que aquella no existiria. Hai mas: si el ser contingente supone á un Ser necesario que le haya producido: la perfeccion relativa, que es un efecto contingente, supone una perfeccion absoluta de donde haya emanado. Luego un Ser necesario es un Ser absoluta é infinitamente perfecto.

3. Si podemos pues, amados hijos, con solo atender al carácter propio de las cosas que conocemos y seguir con fidelidad los pasos del raciocinio, tener idea de la perfeccion absoluta, no necesitamos de otra cosa, para formárnosla de cada una de las perfecciones en particular, ó sea de cada uno de los aspectos bajo que puede ser considerada la perfeccion infinita. En todos tiempos ha tenido el hombre caminos para llegar á este conocimiento, como lo prueban las ideas que alcanzaron acerca de los atributos de Dios muchos filósofos de la gentilidad. Dios ha querido manifestársenos en sus obras, y no solo como el Ser que existe, no solo como la perfeccion infinita en general, sino tambien como el tipo de cada una de las perfecciones infinitas de Dios: aun su eterno poder y su divinidad se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus creaturas: *Invisibilia enim ipsius á creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta, conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus, et divinitas.*

4. Mucho se disputa entre los filósofos sobre la precedencia ó subsecuencia de las ideas de lo infinito y perfecto en el sistema de nuestros conocimientos respecto de todo lo creado, que de suyo es finito, y cuya perfeccion es simplemente relativa. Mas yo dejo á los filósofos en sus disputas; pues cuando San Pablo me abre como un espacioso camino con toda la creacion, para llegar con la luz natural hasta el conocimiento de las perfecciones infinitas del Ser Supremo, no tengo, amados hijos, inconveniente alguno en elevarme desde el hombre hasta Dios, manifestándoos cuáles son sus perfecciones infinitas con solo descubrirlas en las que se ha dignado comunicarnos. Somos imágen suya en la tierra: luego tenemos de todo lo suyo en nuestro propio ser. Somos cuerpo y alma, y en lo creado no hai mas que espíritus y cuerpos: luego tenemos en nosotros mismos á toda la creacion: luego con solo estudiarnos atentamente, podemos conocer cuáles son las perfecciones que Dios tiene, de qué modo y en qué grado las posee. Tal es el objeto de la instruccion presente.

5. No haré, sin embargo, aquí una prolija enumeracion de todos los atributos divinos, dando á cada cual de ellos su explicacion correspondiente, pues para esto necesitaria extenderme demasiado, lo cual no debe ser. Mas procuraré hablaros de puntos que lo encierren todo, para que sin ser yo prolijo, vosotros con vuestra meditacion, vuestras lecturas, ú otros medios que no faltan, lleguéis al conocimiento de lo que cada uno de ellos comprende.

6. Os he dicho que el hombre, ser compuesto de cuerpo y alma, no necesita salir de sí mismo para encontrar los principios constitutivos de todas las cosas creadas: su cuerpo resume al universo físico, donde, como sabéis, no hai mas que cuerpos: su alma resume de algun modo el órden espiritual, pues ella basta para dar á conocer lo que es el espíritu, y distinguirlo bien de la materia: os he dicho tambien con el Apóstol que las cosas invisibles de Dios pueden ser conocidas, y lo son de facto, por medio de las cosas

creadas. Luego de nosotros mismos podemos partir para buscar aquello que principalmente caracteriza y distingue, aun á la vista misma de la razon, á este Dios cuya existencia os he demostrado. Pues bien: el hombre nos manifiesta en primer lugar la pluralidad ó muchedumbre; mas Dios es uno: el hombre nos manifiesta en su naturaleza la union de dos sustancias, el cuerpo y el espíritu; mas Dios no es mas que espíritu: el hombre nos manifiesta la limitacion, la imperfeccion, &c.; mas Dios no tiene límites de ningun género y reune todas las perfecciones posibles, lo cual quiere decir que es infinito. Veamos, pues, en esta instruccion: en primer lugar la unidad de Dios; en segundo lugar, su espiritualidad ó simplicidad; y por último, cómo es infinito, y qué importa este carácter en el conocimiento de su naturaleza.

I.

7. Aunque la existencia de un Dios haya sido, amados hijos, una verdad conocida y profesada unánimemente de todos los pueblos y en todos los siglos, no por esto han tenido la misma uniformidad las ideas del hombre acerca de la naturaleza de Dios. Hé aquí el orígen de aquellas monstruosas fábulas del paganismo y de algunas herejías que se levantaron contra la misma Iglesia despues de la predicacion del Evangelio ó institucion de la doctrina. El primer error, ó mas bien el primer conjunto de errores acerca de Dios, fué relativo á su unidad. Los dualistas enseñaban que habia dos Dioses presidiendo al mundo; uno causativo del bien y otro productor del mal. Tuvo esta herejía por autor á Manés, que nació el año 240 de nuestra Era; mas no porque él inventara este error, pues ya le habian propalado los filósofos desde la antigüedad mas lejana, sino porque le renovó en los tiempos del cristianismo. Otra herejía contra el mismo dogma fué la del *triteismo*, es decir: la que enseñaba que habia tres Dioses; y esto nació del empeño necio y ridículo de someter al exámen de la razon el dogma de la Santísima Trinidad en su fondo. El otro error, que fué, como ya sabéis, el de todos los gentiles, contra el mismo dogma de la unidad de Dios, fué el *politeismo*, es decir, muchos Dioses. Contra estos errores vino la verdad católica manifestando que hai un solo Dios, y no puede haber mas que uno: veamos la prueba de esto.

8. Hai un enlace tan estrecho entre la existencia y la unidad de Dios, que sin ésta no podria sostenerse aquella ciertamente. ¿Por qué? Porque las pruebas demostrativas de la existencia de Dios no pueden aplicarse mas que á uno solo: de suerte que, si admitiesen aplicacion á dos ó mas, ya no probarian nada. ¿De qué principios hemos partido para probar que hai un Dios? De los que se refieren á los efectos y sus causas: todo efecto es una cosa hecha, producida, creada: la misma palabra lo está diciendo. Efecto viene de *effício*: esta palabra está compuesta de otras dos que equivalen á las nuestras castellanas *hacer de*: luego el efecto es una cosa hecha de otra ó por otra, una cosa nacida de otra, producida por otra, una cosa que indispensablemente supone un agente. ¿Y en qué se conoce que una cosa es efecto? en que no existe necesariamente. ¿Qué regla tenemos para saber que una cosa no existe necesariamente? que haya podido no existir. Ahora bien: todo lo que hai, todo lo que somos y cuanto conoce-

mos de lo creado pudo no haber existido y puede dejar de existir, y tan cierto es esto, que nosotros mismos no solo pudimos no haber existido, sino que de hecho no existiamos ántes de ser engendrados, y estamos sujetos á la lei de la muerte. De aquí resulta que somos efectos, y que cuanto existe en la naturaleza es efecto. Ahora bien, como todo efecto supone una causa, á todas las cosas les vamos buscando su causa: causas de los efectos, causas de sus inmediatas causas, causa de todo aquello cuya existencia no es necesaria. Así va pasando y corriendo nuestro discurso por esa larga cadena de efectos y de causas, y no pára, hijos mios, sino hasta llegar á un Ser que, por existir esencial y necesariamente, por existir de modo que no puede concebirse sin existencia ni ántes ni despues, aparezca con los caractéres de un Ser necesario, que existe por sí mismo y no puede llamarse *efecto*. Reflexionad ahora que un ser de esta naturaleza es único, no admite otro: no puede haber dos, ni tres, ni muchos: el dos, el tres, la pluralidad está en los efectos, en las cosas creadas; mas nunca pueden estar en la causa primera. Suponed que hubiese dos Dioses. ¿Cómo los concebís? ¿como seres necesarios? No. ¿Por qué? Porque, consistiendo la necesidad ó esencialidad del ser en la que suponen todos los efectos para venir de su causa, con un solo Ser necesario basta y sobra para explicarlo todo, basta y sobra para producirlo todo, basta y sobra para conservarlo todo, basta y sobra para regirlo y gobernarlo todo: y si esto es así, ¿para qué se necesita el otro? Para nada. Y si no se necesita para nada, ¿cómo puede ser necesario? Y si él no es, ¿cómo lo sería el otro, pues que se suponen iguales? Luego es tan repugnante la suposicion de que hubiera dos Dioses, que con ella sola basta para que no haya ninguno; pues que, declarados ambos necesarios y uno suficiente, con esto solo desaparece la razon de lo necesario, y en la suposicion de dos claro es que no queda uno.

9. Hai mas: si, como lo acabo de demostrar, basta un Ser necesario para causarlo, mantenerlo y explicarlo todo, ya el otro puede concebirse sin existencia, y por tánto deja de ser necesario. Observad ahora, y fijad en esto mucho vuestra atencion: todas las cualidades de los efectos ó cosas creadas suponen una cosa positiva, son relativas y por lo mismo comparables. Figuraos, por ejemplo, el entendimiento humano: la luz de un entendimiento no es la misma del otro: uno penetra, sabe, combina, discurre mas que el otro, ménos que el otro, ó igual al otro; pero la igualdad no identifica: un peso es igual á otro peso, pero no son el mismo peso. Si el que tiene uno adquiere otro igual, ya tiene dos, tiene como dos, tiene doble caudal. Luego se concibe mui bien que si una persona reuniese las luces de su entendimiento y sus conocimientos respectivos con las de otro, tendria respectivamente más; pero no por esto lo tendria todo. Mas si llegase á reunir el entendimiento de todos, ó mas bien, si tuviese un entendimiento necesario, absoluto, infinito, ya no era capaz de aumento, y su entendimiento seria de tal suerte uno, que no admitiria otro igual, porque otro igual seria otro todo. Ahora bien: ¿era un mismo todo? Luego no habia dos. ¿Eran dos todos diversos? Luego dos juntos harian mas que uno solo, y entónces ninguno representaria el entendimiento necesario, absoluto, infinito. Ved pues otra prueba concluyente de que no puede haber mas que un solo Dios.

10. El conocimiento de Dios es para nosotros el de la causa de todo: pues bien, fijaos en la naturaleza y continuad suponiendo que hai dos Dioses. ¿Uno solo de ellos lo ha producido todo? Entónces el otro está por demas, y su existencia seria tan inexplicable y aun inconcebible como la del efecto sin la causa. Hai mas: todos los efectos reconocen á su causa, y ésta ejerce sobre ellos aquel dominio consiguiente á la creacion ó produccion. El hijo reconoce, y acata, y obedece á su padre; tributo que no rinde á otra persona; y las criaturas reconocen por lo mismo á su Creador. Tenemos pues dos Dioses: uno que todo lo puede; pero solo uno que todo lo hace, solo uno á quien todo reconoce, solo uno que á todo gobierna. Ved aquí una desigualdad inmensa; ved aquí destruida la suposicion de dos Dioses. ¿Supondrémos que cada uno ha hecho su creacion? Luego cada uno tiene su imperio; luego ninguno lo tiene todo; luego ya queda destruida la suposicion de dos seres necesarios, infinitos é iguales.

11. No nos cansemos ni perdamos el tiempo en andar buscando argumentos contra una suposicion tan palpablemente absurda como singularmente monstruosa y evidentemente imposible. La unidad de Dios, amados hijos, es una cosa demostrada por la misma razon natural, y tan necesaria para ella, que de otro modo andaria siempre hundida en el mas tenebroso caos. Por lo demas, la unidad de Dios es una verdad, no solo evidente para la razon, sino firme para la creencia. El Génesis nos dice: que en el principio creó Dios el cielo y la tierra: luego fuera de la tierra y el cielo, es decir, del conjunto de los efectos ó cosas creadas, no hai mas que un Dios. El mismo Dios, interrogado por Moysés, le dijo: "Yo soi el que soi." Este cantillo, segun leemos en el capítulo CI, v. 4 del Deuteronomio, dijo á su pueblo: "Escucha, Israel: el Señor nuestro "Dios *es un solo Señor:*" concepto que despues tuvo un eco sublime en la voz de nuestro Señor Jesucristo, como lo manifiestan estas palabras suyas que leemos en el capítulo XII, V 19 de San Márcos: "Escucha Israel; el Señor tu Dios *es un solo Dios.*"

12. Los apóstoles comenzaron su Símbolo por la unidad de Dios: *Creo en Dios;* y mas tarde aquel dogma quedó enunciado con la última exactitud por la voz de la Iglesia y el órgano del Concilio Niceno en estas palabras: *Creo en un solo Dios.*

II.

13. Mas no basta saber que hai un solo Dios, y en consecuencia, que Dios es único, no pudiendo haber ni concebirse otro: preciso es adelantarnos á investigar cuál es su naturaleza. Hemos visto que en el conjunto de los seres hai dos clases: espíritus y cuerpos: que el hombre reune las dos en su ser, pues consta de cuerpo y alma: veamos ahora lo que Dios es. Nuestro manual catecismo satisface á esta cuestion en una pregunta con su respuesta. *¿Tiene Dios,* dice, FIGURA CORPORAL *como nosotros?* y responde: *No* en cuanto Dios, *porque es Espíritu puro.* Mui á propósito ha empleado nuestro catecismo las palabras *en cuanto Dios,* porque hablando encarnado el Hijo, que es Dios, en las entrañas de María, resultó que quien de ella nació y se llamó *Jesus ó Jesucristo,* fué al mismo tiempo Dios y hombre verdadero. Sígnese de aquí que Dios es Espíritu puro solo en cuanto Dios, mas no en cuanto Dios y Hombre, y en consecuencia que

cuando hablamos de la naturaleza de Dios, para demostrar que es un Espíritu puro, no suponemos la Encarnacion del Verbo, sino que consideramos únicamente á la Divinidad.

14. Un espíritu, hijos mios, es una sustancia simple, que no admite composicion ni separacion de partes, y esta simplicidad es por sí un carácter de excelencia y un signo de nuestra superioridad sobre la materia. El hombre sin duda es superior á los cuerpos; porque piensa, quiere, obra por sí, tiene en sí mismo el principio de su accion: los cuerpos son inferiores al hombre; porque no piensan, ni quieren, ni obran por sí, ni llevan en sí mismos el principio de su accion. Dos clases de obras ó de movimientos hai en los cuerpos: las de la naturaleza y las del arte. La accion y el movimiento natural de los cuerpos es el efecto de una lei que Dios les impuso y ellos necesariamente siguen, es decir: la siguen sin conocerla, porque no piensan; sin aceptarla ni resistirla, porque no tienen la facultad de querer ó no querer; sin ponerla por sí mismos en accion, porque no piensan ni quieren. El movimiento, y la accion, y las combinaciones, y las formas de la materia en fuerza del arte, representan el pensamiento, la voluntad, libertad y poder del hombre. ¿Por qué un reloj se mueve y obra con tan maravillosa exactitud, que divide perfectamente el tiempo hasta en sus últimas fracciones? Porque el hombre le ha inventado y hecho aparecer, le ha concebido en su pensamiento y ejecutado con sus manos. Resulta, hijos mios, de lo dicho, que la mas excelente y perfecta de las naturalezas creadas es la espiritual; que lo de mas baja condicion en esta línea es el cuerpo. El cuerpo se divide, y con esto se menoscaba; mas el espíritu es indivisible: el cuerpo se combina con otro, mediante la composicion, y con esto se altera y confunde; mas el espíritu es incombinable: el cuerpo tiene determinados límites de extension, determinada cantidad de peso, necesidad de un determinado vacío para estar, pues donde está uno, es imposible que al mismo tiempo esté otro; mas el espíritu no tiene peso ni extension, ni necesidad de lugar; domina toda la extension con su pensamiento, los tiempos pasados con su memoria, los futuros con su prevision; se eleva desde todo lo limitado y relativo hasta el Ser absoluto, inmenso, infinito. Si el hombre muere, ved aquí las consecuencias, no de una alma que acaba, sino de un cuerpo que se destruye: si el hombre sufre el dolor, las enfermedades y achaques de la naturaleza, es con motivo de su cuerpo, naturalmente alterable. ¿Qué se infiere de todo esto, hijos mios? Que un ser esencialmente perfecto debe ser esencialmente espiritual y absolutamente simple. Por esto la misma razon con sus luces nos manifiesta que Dios es Espíritu. ¿Queréis empero una prueba histórica de esta misma verdad? ¿Queréis ver cómo nos la manifiesta no solamente la razon con su ciencia propia, sino el humano testimonio con sus noticias? Pues habéis de saber que antiguamente y entre los gentiles, es decir: donde no habia revelacion y donde solo se gobernaba el hombre por las luces de su razon natural, hubo filósofos que, considerando la Naturaleza divina, no pudieron concebirla corpórea, y en consecuencia la reconocian y demostraban como espiritual. Xenófanes, hablando del Dios Supremo, como él le llamaba *(Maximus in genere Deum, Deus unus)* dice que no tiene cuerpo. Platon ya le reconoce como inmutable, ya como inmóvil, lo cual manifiesta su espiritualidad. él y Sócrates, segun el decir de Plutarco, afirmaban que Dios es uno, que no tiene principio, y sobre todo, que es *espíritual*, libre de toda materia y agenero de toda cosa pasible. Aristóteles dice que "Dios es una sustancia eterna, inmoble, separada de cuanto puede ser percibido por los sentidos; que no tiene ninguna extension, y por consiguiente que es indivisible, y esto mismo enseña Plutarco en una de sus obras morales. Y todo esto, amados hijos, ¿no está probando palmariamente que la espiritualidad esencial y simplicidad infinita de la naturaleza de Dios es una verdad que no habia menester de revelacion divina para ser conocida del hombre? Si la razon natural no fuese bastante para elevarse á este conocimiento sublime, ¿tendria él unos testimonios tan señalados como el que le dieron aquellos esclarecidos filósofos! No hai mas que dos medios para conocer la verdad; la razon ó la revelacion: luego si aquella verdad fué conocida por filósofos gentiles, que absolutamente no contaban con la revelacion divina, es claro que llegaron á ella únicamente por las luces de razon.

15. Pero estos conocimientos, que aunque naturales fueron mui raros entónces, porque demandaban talentos de primer órden, meditaciones contínuas, un pensar profundo, una vasta observacion, &c., &c., cosas que no podian suponerse en el comun de los hombres, han venido á ser hoi vulgarísimos, universales en toda la especie humana por la doctrina de la revelacion. Jesucristo terminantemente dijo, como leemos en el capítulo IV, *N.* 24 del Evangelio de San Juan, que Dios es Espíritu: *Deus Spiritus est.* Esto mismo explicaron constantemente los Padres de la Iglesia, y esto mismo ha entendido y creido siempre la sociedad católica.

16. Pero, si Dios es Espíritu y es al mismo tiempo causa de todo; si por otra parte, la causa debe contener de algun modo las perfecciones del efecto, y si la materia es un efecto é importa en sí alguna perfeccion aunque relativa, y en consecuencia debe contenerse de algun modo en Dios, que es su causa:" ¿cómo se hallan en él, me diréis, las perfecciones de la materia?" De intento, hijos mios, me propongo esta dificultad, y para contestarla, no os diré que la materia existe por creacion y no por produccion, modos mui diferentes de ser y que todo lo explican en el caso: no os diré que, cuando una cosa es producida por otra y salida de ella, participa de su naturaleza y está físicamente contenida en su causa, y cuando aparece por un solo acto de la voluntad, no hai necesidad ninguna de identificar la naturaleza del efecto con la de la causa: porque basta el que la materia sea un ser y un ser positivo, para que sus perfecciones estén contenidas en Dios de alguna manera. Os diré pues, que lo están, porque esta es una verdad, pero como deben estarlo, y no como en ella figuran; de una manera esencial, absoluta, infinita: lo están en lo positivo del ser, y no en la limitacion del ser: lo están en su inmensidad, porque en la inmensidad cabe cuanto se mide, cuanto se limita en sus extremos, cuanto se divide y separa. La perfeccion de un cuerpo en cuanto es extenso, consiste en su extension, y no en sus límites, y así podria irse discurriendo sobre todo. "¿De dón-
" de viene, pregunta el sabio Fenelon, Arzobispo de Cambray, que estando en Dios la
" extension, &c., no quiera yo llamarle extenso y corporal?" "Hai, responde, una extre-
" ma diferencia entre atribuir á Dios todo lo positivo de la extension, y atribuirle la ex-
" tension con algun límite ó negacion. Quien pone aquella sin límites la cambia en in-
" *mensidad:* quien la establece con algun límite, constituye luego la naturaleza corpórea.
" Destituid á la extension de sus límites, y le quitáis en el mismo hecho la figura, la

" divisibilidad, el movimiento y la impenetrabilidad; la figura, porque resulta nada más
" nos que de los límites de una superficie; la divisibilidad, porque lo infinito no podria,
" sin perder su esencia, ser disminuido, ni por consiguiente dividido, ni por consiguien-
" te compuesto y divisible; el movimiento, porque si suponéis un todo destituido de par-
" tes y de límites, no puede moverse mas allá de su sitio, pues no hai sitio mas allá del
" verdadero infinito, ni cambiar la colocacion y situacion de sus partes, pues no tiene
" partes ningunas que le compongan: en fin, la impenetrabilidad, puesto que ella no
" puede concebirse sin concebir dos cuerpos limitados y diversos, cada uno de los cua-
" les no puede ocupar á un mismo tiempo el mismo espacio que el otro ocupa: es así
" que no pueden suponerse dos cuerpos de la manera referida en una extension infinita
" é indivisible; luego en ésta no hai ni puede haber impenetrabilidad." [1]

17. "De las ideas que os acabo de exponer, se infiere claramente que Dios tiene en un grado eminente la parte positiva de las perfecciones de la materia, sin tener nada de corpóreo: y esto es tan evidente, que se halla íntimamente ligado con las primeras verdades. Para negar lo primero, seria preciso sostener el absurdo de que hubiese un efecto sin causa; para negar lo segundo, seria indispensable quitar á Dios lo infinito, y precipitarse en el ateismo. ¿Qué mas se necesita? Asegurada la razon con la evidencia de estas primeras verdades, no deben inquietarla por cierto los sofismas y cavilaciones de un entendimiento orgulloso. Si queriendo pasar de aquí, persistiendo en explicarlo todo, intentamos analizar á Dios, y nos empeñamos en hacer entrar su inmensidad en el pequeño círculo de nuestra inteligencia, decididos á no creer nada miéntras no le comprendamos todo, nuestra locura es irremediable y nuestra condicion en extremo lastimosa. Contentémonos con lo que se nos ha dicho, y no aspiremos á lo que no se nos quiere revelar: seamos dóciles á la inspiracion benigna de una razon exenta de preocupaciones, y esto nos basta para entender con claridad y triunfar de todos los sofismas." Vengamos al tercer punto.

III.

18. He reservado para este lugar manifestaros, que Dios nuestro Señor es, no solamente único, no solamente espiritual y simplicísimo con toda clase de simplicidad, sino infinitamente perfecto: porque, hijos mios, quien dice *perfeccion infinita*, lo dice todo.

19. "Cuando decimos que Dios es perfecto, advierte muí oportunamente Bergier en su Diccionario de Teología, entendemos que es el Ser por excelencia, que existe por sí mismo, que no tiene defecto, cuyos atributos no pueden aumentar ni disminuir, puesto que son infinitos. Por consiguiente todos estos atributos son perfecciones absolutas. Al contrario, entre los seres creados no hai ninguno que sea absolutamente perfecto, ninguno cuyos atributos no sean susceptibles de aumento ó disminucion, puesto que son limitados." Esto quiere decir, amados hijos, que un ser infinitamente perfecto tiene la perfeccion absoluta, suma y pura. Una perfeccion absoluta no es comparable con otra ninguna, no admite el mas ni el ménos, no supone otra; es toda y sola: tal es la perfeccion de Dios. Una perfeccion suma reune actualmente las perfecciones todas: es decir, ninguna cualidad, ninguna prenda, nada de lo que acá llamamos perfecto, aunque relativamente, deja de estar en aquella perfeccion infinita. ¿Por qué? Porque cuanto es efecto supone una causa de donde venir, y no solo en algo, sino en todo aquello que le constituye: porque si algo hubiera que no emanase de su causa, ya se daria efecto sin causa, ó si teniendo causa no viniese de Dios, ya Dios no seria el Ser necesario y supremo y la causa de las causas. ¿Qué hai en lo creado, hijos mios? ¿qué son las perfecciones de las creaturas? ¿El ser, aunque contingente? Pues en Dios está el Ser necesario: "Yo soi el que soi, dijo á Moysés." ¿La permanencia del ser, ó sea la duracion y la vida? Pues Dios es la vida por excelencia como Eterno. ¿La inteligencia, la sabiduría, la ciencia? Pues Dios es inteligencia infinita, ciencia infinita, sabiduría infinita. ¿La voluntad? Pues Dios es voluntad suprema, irresistible, libertad perfecta y absoluta. De esta suerte pudiera yo ir discurriendo, y no acabaria nunca: porque, dando la vuelta, digámoslo así, al cuadro de lo existente, habria menester de remontarme hasta la region de lo posible. Pero no es necesario esto; pues el simple uso de la razon basta para persuadirse de que Dios dejaria de ser Dios, si alguna perfeccion le faltase; de que no podria existir ni aun siquiera concebirse una perfeccion que Dios no tuviese; de que, viniendo de él cuanto existe y ha existido, en él están sin límite ninguno y en grado infinito las perfecciones de todo lo creado; y pudiendo hacer pasar á la existencia lo que solo es posible, hai en él todas las perfecciones posibles: de donde se infiere que Dios es la perfeccion suma. Finalmente, una perfeccion pura es una perfeccion sin mezcla de imperfeccion: entendimiento sin sombras, conocimiento sin límites, voluntad sin obstáculos, libertad sin abusos, poder sin resistencia, bondad sin la mas leve malicia, &c. Pues bien: así están en Dios todas las perfecciones existentes y posibles: porque, si nada perfecto puede explicarse ni concebirse sin Dios, nada imperfecto puede suponerse ni aun imaginarse en Dios. Luego Dios es infinitamente perfecto. De esta verdad, hijos mios, pudiera yo traeros aquí, como lo hice hablando de la simplicidad de Dios, muchísimos testimonios de los filósofos gentiles, como una nueva prueba de que la perfeccion infinita de Dios es una verdad que se manifiesta, no solo á la creencia por una revelacion divina, sino al entendimiento natural por el discurso. Habéis visto ya la definicion de Aristóteles: ved ahora una descripcion magnífica de Plutarco, y valga ella por cuanto pudiera citar de los otros filósofos: dice así: "Dios es y existe, no segun alguna medida de tiempo, sino por toda una eternidad inmudable é inmoble, no medida por tiempo, ni sujeta á alguna alteracion: en la cual no hai pasado, ni futuro, ni mas nuevo, ni mas antiguo, sino una perpetua y real existencia presente, que con un *ahora* llena toda la eternidad: y ninguna cosa tiene real existencia, sino él solo, sin que se pueda decir: fué ó será; sin principio ni fin." [1] Todas estas palabras manifiestan que este filósofo, con solo meditar atentamente acerca de Dios, conoció por la luz natural que es infinitamente perfecto; pues á esto equivale cuanto dice, principalmente en aque-

1 Fenelon. De l' existence de Dieu: 2ª part. chap. V, art. 4º

1. Plutarch. de Delph. tom. 2, pág. 393. Véase á DUTENS en su obra intitulada: *"Reflexiones sobre el orígen de los descubrimientos atribuidos á los modernos:"* Part. IV, cap. 26. De él he tomado estas citas, y trae otras muchas muí dignas de verse.

llas palabras que lo abrazan todo: "ninguna cosa tiene real existencia sino él solo:" es decir: toda perfeccion, cualquiera que sea, está en Dios y solo en él es real y esencial, como si dijéramos, absoluta, necesaria, infinita, eterna.

20. ¿Qué se sigue de aquí, amados hijos? Que Dios es el Ser necesario, simplicísimo, inmutable y libre, infinito, eterno, inmenso; que posee una ciencia infinita de todo lo existente y lo posible; que es infinitamente sabio, infinitamente santo, infinitamente veraz, infinitamente justo; que en él se hallan por esencia todas las perfecciones existentes y posibles.

21. Habéis visto en toda esta instruccion que la razon natural basta, no solo para descubrir la existencia de Dios, sino tambien para conocer algo de su naturaleza: que bien dirigida, nos conduce á reconocer con toda luz que Dios es uno, y no puede haber mas que uno; que es un Espíritu puro, simplicísimo en todo y por todo, y por último, que es infinitamente perfecto; y como estas verdades por medio de la revelacion han sido manifiestas con la mayor claridad, perfectamente bien explicadas por la Iglesia y difundidas por todo el mundo, puede y debe decirse de ellas, como de la existencia de Dios, que hoi dia y entre todos nosotros los que tenemos la dicha de poseer la fe, residen en nuestras almas bajo la triple forma de la ciencia propia, la fe humana y la fe divina. Demos á Dios infinitas gracias, hermanos é hijos carísimos, porque, siendo un Ser incomprensible, inefable, incapaz de ser expresado con palabra ninguna, como nota San Gregorio de Nicéa; porque siendo mas fácil decir lo que no es, que explicar lo que es, como dice San Agustin; porque no pudiendo ser definido, como dice San Hilario, ni entendida ni explicada de modo alguno su esencia por la naturaleza humana, como advierte San Basilio: se haya dignado darnos, á pesar de todo, tanta luz para elevarnos á Su Majestad; tal conocimiento como el que representan las ideas que tenemos de su existencia, unidad, simplicidad y perfeccion infinita; tantos estímulos para vivir de su presencia, digámoslo así, unirnos con él en la tierra y caminar por esta union al goce y posesion eterna que promete á los justos en los cielos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO ALTISIMO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Fides autem catholica hæc est: ut unum Deum in Trinitate, et Trinitatem in unitate veneremur: neque confundentes personas, neque substantiam separantes.

Esta es la fe católica: que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad, no confundiendo las Personas ni separando la sustancia.

Symb. S. Athanasii.

1 En mis dos precedentes instrucciones, hermanos é hijos carísimos, os he hablado de Dios en cuanto puede ser conocido no solamente por la fe, sino tambien por la razon; pues tanto la una como la otra manifiestan al alma como verdades incontestables la existencia, unidad, simplicidad y perfecciones infinitas de Dios. Mas no es esto lo único que debemos saber y entender acerca de Su Majestad Divina: porque se ha dignado darnos de su esencia y naturaleza nociones elevadísimas á que no podia llegar nunca la razon humana. Estas pertenecen exclusivamente á la fe, no pueden ser conocidas sino por ella, son esencialmente oscuras, y por lo mismo se llaman *Misterios:* porque *misterio* quiere decir, en su significacion mas estricta, cosa oculta, verdad incomprensible, y á ellos aludia el apóstol San Pablo, cuando escribiendo á los fieles de Corinto, les decia de esta manera: *Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio.* El primero, el mas elevado y sublime de todos los misterios de la fe católica es el de la Santísima Trinidad; porque trata de Dios en su esencia y naturaleza, y funda toda verdad, lo cual hacia decir á San Juan: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres no son mas que uno:* y por esto final-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llas palabras que lo abrazan todo: "ninguna cosa tiene real existencia sino él solo:" es decir: toda perfeccion, cualquiera que sea, está en Dios y solo en él es real y esencial, como si dijéramos, absoluta, necesaria, infinita, eterna.

20. ¿Qué se sigue de aquí, amados hijos? Que Dios es el Ser necesario, simplicísimo, inmutable y libre, infinito, eterno, inmenso; que posee una ciencia infinita de todo lo existente y lo posible; que es infinitamente sabio, infinitamente santo, infinitamente veraz, infinitamente justo; que en él se hallan por esencia todas las perfecciones existentes y posibles.

21. Habéis visto en toda esta instruccion que la razon natural basta, no solo para descubrir la existencia de Dios, sino tambien para conocer algo de su naturaleza: que bien dirigida, nos conduce á reconocer con toda luz que Dios es uno, y no puede haber mas que uno; que es un Espíritu puro, simplicísimo en todo y por todo, y por último, que es infinitamente perfecto; y como estas verdades por medio de la revelacion han sido manifiestas con la mayor claridad, perfectamente bien explicadas por la Iglesia y difundidas por todo el mundo, puede y debe decirse de ellas, como de la existencia de Dios, que hoi dia y entre todos nosotros los que tenemos la dicha de poseer la fe, residen en nuestras almas bajo la triple forma de la ciencia propia, la fe humana y la fe divina. Demos á Dios infinitas gracias, hermanos é hijos carísimos, porque, siendo un Ser incomprensible, inefable, incapaz de ser expresado con palabra ninguna, como nota San Gregorio de Nicéa; porque siendo mas fácil decir lo que no es, que explicar lo que es, como dice San Agustin; porque no pudiendo ser definido, como dice San Hilario, ni entendida ni explicada de modo alguno su esencia por la naturaleza humana, como advierte San Basilio: se haya dignado darnos, á pesar de todo, tanta luz para elevarnos á Su Majestad; tal conocimiento como el que representan las ideas que tenemos de su existencia, unidad, simplicidad y perfeccion infinita; tantos estímulos para vivir de su presencia, digámoslo así, unirnos con él en la tierra y caminar por esta union al goce y posesion eterna que promete á los justos en los cielos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO ALTISIMO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Fides autem catholica hæc est: ut unum Deum in Trinitate, et Trinitatem in unitate veneremur: neque confundentes personas, neque substantiam separantes.

Esta es la fe católica: que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad, no confundiendo las Personas ni separando la sustancia.

Symb. S. Athanasii.

1 En mis dos precedentes instrucciones, hermanos é hijos carísimos, os he hablado de Dios en cuanto puede ser conocido no solamente por la fe, sino tambien por la razon; pues tanto la una como la otra manifiestan al alma como verdades incontestables la existencia, unidad, simplicidad y perfecciones infinitas de Dios. Mas no es esto lo único que debemos saber y entender acerca de Su Majestad Divina: porque se ha dignado darnos de su esencia y naturaleza nociones elevadísimas á que no podia llegar nunca la razon humana. Estas pertenecen exclusivamente á la fe, no pueden ser conocidas sino por ella, son esencialmente oscuras, y por lo mismo se llaman *Misterios:* porque *misterio* quiere decir, en su significacion mas estricta, cosa oculta, verdad incomprensible, y á ellos aludia el apóstol San Pablo, cuando escribiendo á los fieles de Corinto, les decia de esta manera: *Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio.* El primero, el mas elevado y sublime de todos los misterios de la fe católica es el de la Santísima Trinidad; porque trata de Dios en su esencia y naturaleza, y funda toda verdad, lo cual hacia decir á San Juan: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres no son mas que uno:* y por esto final-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente leemos en el símbolo de San Atanasio que este adorable misterio es la fe católica, como si dijéramos, la esencia de la fe, el fondo de la fe, el fundamento de la fe. Este adorable misterio no solamente contiene la nocion mas perfecta que puede tenerse de Dios miéntras no llega el venturoso dia en que le vea el alma en Sí mismo; sino que abraza elemental y virtualmente toda verdad: porque todo el órden sobrenatural se halla representado en este dogma, y á él se refiere asimismo toda la creacion; siendo así que las verdades que nos manifiestan el orígen é historia de todos los seres creados en el órden de la religion y la moral, van referidándose á Dios Nuestro Señor, como Uno en esencia y Trino en Personas. Esta consideracion nos da bastante luz para conocer el carácter fundamental de este dogma y penetrar mas á fondo el gran sentido que tienen las palabras de mi texto: "Esta es la fe católica: el que veneremos á un solo Dios en "la Trinidad, y á la Trinidad en la Unidad, no confundiendo las personas ni separando la sustancia." *Fides autem catholica hæc est: ut unum Deum in Trinitate et Trinitatem in unitate veneremur; neque confundentes personas, neque substantiam separantes.*

2. Cómo sea Dios al mismo tiempo Uno en su esencia y Trino en personas, de manera que ni puedan éstas confundirse ni aquella separarse, cosa es, hijos mios, que abruma y rinde nuestra inteligencia, que no puede penetrar nuestra razon, que es inaccesible por sí. Siendo superior á la razon, incomprensible, claro es que el entendimiento humano con toda su luz y con todo su poder, es incapaz de demostrar por sí la verdad intrínseca de este misterio, é igualmente de redargüirle de falso. Esto es tan obvio, tan manifiesto y palmario, que yo perderia el tiempo si pretendiese demostrarlo, y por lo mismo doi por sabida y notoria la oscuridad esencial de este dogma, y el hecho de ser un arcano, un misterio incomprensible.

3. Pero qué, ¿tal oscuridad será motivo para introducir la duda, importará la exclusion de toda inteligencia, y hará que tan alto misterio sea del todo estéril para nosotros? No, hijos mios: es un misterio, y el primero de todos, y esencialmente oscuro, y el que se halla cubierto con velos mas impenetrables; mas no por esto deja sin seguridad á la creencia, sin luz á la razon y sin consecuencias á todo el hombre: al contrario, tiene un triple carácter, conviene á saber: un carácter de solidez que todo lo afirma, un carácter de inteligibilidad que á todos es manifiesto, y un carácter de fecundidad que todo lo santifica y perfecciona: tiene pruebas evidentes, para asegurar la creencia; tiene luces extrínsecas, para manifestarse á la razon; tiene influjo esencial en la conducta: puede ser dogmáticamente demostrado, doctrinalmente entendido, moralmente aprovechado. Ved pues aquí, amados hijos, lo que yo puedo y debo deciros, aunque mui suscintamente, para ilustrar vuestras almas acerca de este augustísimo dogma. Demostracion teológica del misterio que asegura la creencia; hé aquí la primera parte; explicacion del misterio, para darle á entender suficientemente á la razon; hé aquí la segunda parte; moralidad del misterio para regir la conducta y santificar al alma; hé aquí la tercera parte.

4. Tal vez, hijos mios, me veré precisado á dar á esta instruccion una extension mucho mas grande que la que hasta aquí habia estado dando á las otras. Pero, si así fuere, tened presente que se trata en ella del primero y mas elevado de nuestros misterios religiosos; de un dogma tenazmente combatido por los herejes é incrédulos desde la mas remota antigüedad, y que por lo mismo exige la manifestacion de aquellas pruebas incontestables que acreditan plenamente su verdad y fundan sólidamente su creencia; de un dogma que, por ser el mas misterioso de todos, debe ser mui escrupulosamente explicado, de manera que ni por falta de luz se le crea ininteligible como pretenden los incrédulos, ni por un excesivo empeño en explicarle se caiga en el extremo de suponerle capaz de una demostracion, como lo han pretendido algunos con tan buena fe como poca cordura; de un dogma finalmente que, relacionado con todos los otros, y ligado con suma estrechez á toda la religion y á todo el hombre, afecta esencialmente el órden religioso y moral, y exige por tanto las concernientes aplicaciones. Determinado por estas razones, y deseando presentar la materia en un solo discurso, para no interrumpirle tal vez con perjuicio de la unidad, no me retraigo por el temor consiguiente á lo mui extenso. El interes propio de la materia sostendrá vuestra atencion; y si el caso demanda mayor detenimiento en cada parte, vuestros párrocos podrán mui bien dedicar á cada una de ellas una atencion particular, leyéndola y explicándola toda en tres dias diversos, y reservándose para él último haceros de todo la conveniente recapitulacion. Estadme pues mui atentos: porque tratándose de tan alto misterio, seria mui peligroso distraerse.

I.

5. Anunciar, hijos mios, la demostracion de un misterio, parece á primera vista una contradiccion y un absurdo. ¿Cómo demostrar un misterio? Si una verdad es demostrable por la razon, deja de estar sobre ella, no tiene ya oscuridad alguna, y en consecuencia ni el carácter de misterio: viceversa, si una verdad es misterio, y como tal incomprensible, no puede ser demostrada por la razon: luego anunciar la demostracion de un misterio es una cosa tan incomprensible como éste. ¿Cómo salir de esta dificultad? De una manera mui sencilla, hijos mios: recordando por una parte lo que os he dicho sobre la oscuridad intrínseca y claridad extrínseca de nuestros dogmas, y determinando por otra el carácter propio de la demostracion que os anuncio. Os dije, á propósito de lo primero, en la instruccion con que di principio á la explicacion de la primera parte de la Doctrina, que la fe, sin embargo de la oscuridad de su fondo, tiene una claridad exterior tan espléndida, que basta para estar seguros con ciencia propia de que los dogmas de la fe son verdades reveladas por Dios. Síguese de aquí que éstas, y en consecuencia los misterios, y por lo mismo el de la Santísima Trinidad, tienen un aspecto demostrativo que la razon puede manifestarse y demostrar con toda la luz de la ciencia. ¿Cuál es éste? Que Dios nuestro Señor ha revelado estos misterios. Esto sí se sabe mui bien, se entiende mui bien, se demuestra perfectamente bien, se ve á la luz de toda evidencia, es objeto de una demostracion filosófica. ¿Por qué? Porque se trata de un hecho, y todo hecho puede ser demostrado; toda demostracion produce certidumbre, y la certidumbre asegura la creencia. La razon humana sabe perfectamente bien que hai un Dios; que este Dios, como infinitamente sabio, todo lo sabe y sobre nada puede en-

gañarse; como infinitamente veraz, no puede absolutamente engañar á nadie; como infinitamente poderoso, puede manifestar la verdad á quien quiera, cuando quiera y como quiera. Sígnese de aquí, que si la razon llega á saber, en efecto, que Dios ha revelado alguna verdad, tiene toda evidencia de que lo revelado es verdad, no por el conocimiento intrínseco que de esta verdad tenga, sino por la íntima persuacion en que se halla de la veracidad de Dios, como la que puede tener de que dos y dos hacen cuatro, de que un círculo es redondo. Ahora bien: Dios hizo una revelacion, y el hombre lo sabe, y no solamente en general, sino tambien en particular: porque sabe, no solo que Dios reveló, sino lo que reveló, cómo y cuándo lo reveló. Ya os dije que las Santas Escrituras son el depósito de la revelacion, y que este hecho, es decir, el que contiene la revelacion divina, es un punto de que la humanidad tiene ciencia propia, y por esto demostré la autenticidad, verdad, integridad y divinidad de todos los Libros sagrados. Os dije igualmente que la Iglesia es una institucion divina, dotada de infalibilidad para enseñar al pueblo católico las verdades de la fe, y este punto, que se demuestra con la misma claridad, fué el objeto de mi tercera instruccion sobre la primera parte de la doctrina. Sígnese de lo dicho, que los dogmas de la fe pueden ser demostrados, no en su contenido, sino en su existencia y procedencia; pero que esto basta para creerles con toda seguridad y sin la mas mínima vacilacion: pues sabiendo ciertamente, como sabemos por ciencia propia, que Dios no puede engañarse ni engañarnos, nos basta estar ciertos de que Dios ha revelado alguna cosa, para estar seguros, muí seguros, infinitamente seguros, por decirlo así, de que la cosa revelada es una verdad infalible. Luego, tratándose de los dogmas y supuesto el conocimiento dicho, lo que debemos probar ya, es, no que los dogmas son verdaderos, sino que en efecto han sido revelados por Dios y enseñados por la Iglesia; y tal es, hijos míos, la demostracion teológica ó dogmática. Esta presupone la primera, es decir, la demostracion filosófica y científica. En materia de misterios hai dos cosas que demostrar: una que pertenece á la razon, y otra que corresponde á la doctrina. ¿Qué dice la razon por ciencia propia? "Lo que Dios ha revelado es una verdad infalible." ¿Qué dice la Teología, para asegurar nuestra creencia? "Este artículo de fe ha sido revelado por Dios; porque consta en las Santas Escrituras y la Iglesia nos lo enseña." Esto supuesto, ¿qué debo hacer yo, para dar el lleno á la demostracion que he anunciado? ¿Acaso lo primero? No, porque ya lo dije, ya lo demostré, ya tengo probada la existencia y la veracidad infinita de Dios, la posibilidad y necesidad de la revelacion, la autenticidad, verdad é integridad de los Libros Sagrados. Luego lo único que me resta, es demostraros que el dogma de la Santísima Trinidad está revelado por Dios en las Santas Escrituras y enseñado por la Santa Iglesia católica.

6. A tres fuentes debemos ocurrir para dejar bien probada la revelacion de este dogma, conviene á saber: al Antiguo Testamento, al Nuevo Testamento y á la Iglesia católica: Recorriendo las páginas del Antiguo Testamento, sería cosa fácil formar con diferentes lugares de él muchas pruebas indirectivas de este dogma sagrado, aunque por otra parte sea notorio que este no se halla consignado allí con toda la claridad y precision que le vemos en el Nuevo. Sin embargo, me limitaré únicamente á la prueba que suministran las primeras páginas del Génesis, aquellas en que se habla de la creacion

del universo y del hombre; y esto lo haré, hijos míos, no porque lo crea necesario, pues para mi propósito bastaria referiros lo que acerca de tan grande misterio nos enseñaron Jesucristo nuestro Señor y sus apóstoles; sino porque la explicacion que debo daros del lugar del Génesis á que me refiero, podrá servirme, no solo como una prueba del dogma, sino tambien como una luz anticipada para mostraros su inteligencia, y aun para deciros algo sobre la moralidad del misterio: lo cual debe sin duda, ser de grande utilidad para vosotros, porque puede considerarse como una excelente preparacion para lo que me propongo explicaros en la segunda y tercera parte. Estadme pues atentos.

7. Cuando Dios nuestro Señor hubo concluído su obra maravillosa de la creacion del universo físico, hizo una especie de pausa, como á fin de prepararse, digámoslo así, para crear al hombre: pareció entrar en consejo consigo mismo, evocar desde su eternidad un concepto que debia pasar á la existencia y coronar dignamente la grande obra de la creacion. Para crear cada cosa, bastóle una palabra que representara el simple querer de su voluntad, y esta palabra, usada impersonalmente, no carece de misterio. ¿Cuál es esta palabra impersonal? HAGASE, *fiat*. "Hágase la luz, y la luz fué hecha:" hágase el firmamento: júnteense las aguas que están bajo el cielo en un solo lugar: germine la tierra: den fruto los árboles: haya dos grandes luminares en el firmamento: haya peces en las aguas, aves en el aire, bestias en la tierra, &c. ¡Véis, hermanos mios, véis esta especie de apartamiento que pone Dios con sus palabras entre su Magestad y los seres que cria? Pues no sucede lo mismo tratándose del hombre: esta criatura está destinada para colocarse entre Dios y la creacion física: hallaráse toda ésta sometida enteramente á su dominio, y el hombre al inmediato de Dios. Cuando se trata pues de que haya no solo seres físicos sino tambien humanidad, es decir: un ser inteligente y libre, Dios cambia de plan, de conducta y de lenguaje: él mismo es el que obra, y al producir la mas perfecta, la mas digna y amada de sus creaturas, la produce de Sí, y la deja unida consigo: "Hagamos, dice, al hombre á nuestra imágen y semejanza: y " presida con dominio á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á " la tierra, y cuanto en ella se mueve."

8. Comenzad, hijos mios, poniendo vuestra atencion sobre la primera palabra: *Hagamos*. ¿Qué entendéis, qué sentís al meditarla? Sin duda alguna todo el gran misterio. ¿Por ventura no es Dios Uno en esencia? ¿Por ventura este Dios Uno en esencia no es quien aquí habla? Sí, amados hijos: Dios es Uno, y este Dios Uno es quien dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*. Si pues Dios es Uno, ¿por qué dice *hagámos*? Porque tambien es Trino en Personas, y este *hagamos* representa la accion comun de toda la Trinidad Augusta. ¿Es esta una interpretacion caprichosa? No, amados hijos: los Padres y Doctores católicos han entendido del mismo modo el por qué de esta palabra: han visto en ella la primera revelacion de la Trinidad. Dejemos que sin embargo el augusto dogma no sea bien entendido desde el principio; dejemos que pase, no solo con la oscuridad propia de su fondo, sino con ciertos velos exteriores que se romperán despues á la voz de Jesucristo, como los del Templo: dejemos que todo el Antiguo Testamento no nos proporcione una enunciacion clara y precisa, sin embargo de que el dogma de la Trinidad se halla como esparcido en todas sus páginas: respetemos

esos cuarenta siglos de misteriosas sombras; porque tal es el carácter de aquel pueblo; de aquellas instituciones, de aquel sacerdocio de aquella ley: emblemas, representaciones, profecías, figuras, sombras en suma. Mas hoi que nuestras almas están bañadas con la luz del Evangelio; hoi que por dicha nuestra conocemos y entendemos bien el sacratísimo dogma, retrocedamos á los tiempos del Paraiso, véamos lo que Dios dijo y lo que hizo, y á la vista de su palabra y nuestra naturaleza, quedarémos pasmados de asombro al ver que el hombre trae consigo no solamente la revelacion, sino una especie de trasunto, aunque limitado y en pequeño, de aquella Trinidad gloriosa. Decidme, hijos mios: ¿podéis nunca confundir vuestro pensamiento con vuestro cuerpo? Sin duda que no, ¿Podéis identificar vuestro cuerpo mismo con la materia bruta, con la materia que vegeta y con los mismos animales? No. ¿Cuál podrá ser pues el motivo? Oidlo, hijos mios. Los otros cuerpos aparecieron al pronunciarse esta palabra: HAGASE, *fiat;* mas el del hombre fué formado por Dios. "Formó Dios al hombre, dice el Génesis, de barro de la tierra." Ya desde aquí empezáis á notar la diferencia entre cuerpo y cuerpo: todos los cuerpos son tierra, todos son materia; mas el del hombre es, por decirlo así, una tierra, una materia que se amolda bajo la mano del Creador. No paremos aquí. ¿Qué hizo Dios en seguida? "Inspiró, dice el Sagrado Texto, en el rostro, *(es decir, el de aquel cuerpo que acababa de formar)* soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente." Ved aquí á Dios, por explicarme de esta manera, haciendo al hombre participante de su naturaleza. Este soplo de vida es una participacion de Dios mismo: luego el ser que este soplo divino anima y constituye, será la imágen, la semejanza de Dios. Este soplo de vida, emanacion misteriosa de una sustancia simple, será el espíritu, simple tambien, incapaz de composicion y de mezcla. Este soplo de vida viene de una sustancia eterna: el alma del hombre será pues inmortal. Este soplo de vida es la vida misma: el hombre pues vivirá por su alma. Este soplo de vida es lo excelente, lo supremo, lo poderoso de la naturaleza: el hombre pues gobernará su cuerpo y la materia toda con su alma. Vengamos á la comparacion. ¿Quién es Dios? Es un Espíritu puro. ¿Quién es el hombre? Un espíritu servido por la materia que forma su cuerpo. Dios es una sustancia; el alma lo es tambien: luego en primer lugar hai en el hombre una unidad de sustancia en su alma, lo mismo que en Dios. ¿Qué hai en el alma inseparable de ella, esencial á ella, y al parecer ella misma? Su pensamiento: mas el pensamiento no es el alma; pero es inseparable del alma, es produccion del alma, es generacion del alma, es hijo del alma. Ved pues aquí una semejanza de la segunda Persona de la Trinidad gloriosa. ¿Qué relaciones hai entre el alma y su propio pensamiento? El amor de este pensamiento mismo como hijo suyo, compañero suyo, produccion suya, palabra interna suya, manifestacion suya de verdad. ¿Hai cosa mas íntima que la union del alma con su propio pensamiento! ¿Hai signo que represente mas al vivo el amor que la union de los objetos que se aman? Ved pues, hijos mios, de qué manera la voluntad con sus actos, como una derivacion comun del alma y su pensamiento, nos dan alguna idea del Espíritu Santo.

9. Ved pues cómo, sin salir del Antiguo Testamento, y precisamente en sus primeras páginas, encontramos la revelacion de este augusto misterio. Pero no nos detengamos aquí, pues cuando Jesucristo Señor nuestro predicó la Doctrina, enseñó claramente el dogma de la Santísima Trinidad y lo mismo hicieron sus discípulos. Vengamos pues á esta segunda prueba.

10. ¿Qué debe probarse, hijos mios, con la doctrina del Santo Evangelio? Dos cosas: primera, que en Dios hai tres Personas distintas; segunda, que estas tres Personas son un solo Dios. Ved aquí ahora, todo lo que á propósito de este dijo nuestro Señor Jesucristo á sus apóstoles, segun leemos en el capítulo XXVIII, *V* 19 de San Matéo: *Id: enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.* Cuando dice *en el Nombre*, habla el Divino Maestro de representacion, y no de designacion: luego el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un solo Dios, y no tres Dioses; puesto que la representacion es una sola y no triple, como lo indica la palabra *nombre* usada en singular. Mas, para que no quedase ni la mas leve sombra, leemos en la primera Epístola de San Juan, capítulo V, *V* 7 estas terminantes palabras: *Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.* Si á esta prueba escritural quisiése yo añadir la de una tradicion excelentemente probada y perfectamente sostenida, me bastaria recorrer con vosotros la historia de la enseñanza de este dogma católico á los fieles, y de su defensa contra los herejes que le han combatido. Desde San Justino y San Irenéo hasta San Bernardo, que cierra la cadena de los Padres, podria formar aquí un tegido perfecto de testimonios tradicionales de este dogma.

11. ¿Qué os diré de la Iglesia católica? Mostraros su Símbolo, y esto me basta. El de los apóstoles propone la unidad de Dios en estas palabras: *Creo en Dios:* enseña la Trinidad de las Personas en estas otras: *Padre Todopoderoso: en Jesucristo su único Hijo: creo en el Espíritu Santo.* El símbolo de Nicea enseña la unidad de Dios en estas palabras: *Creo en un solo Dios,* y predica la Trinidad de las Personas en estas otras: *Padre omnipotente;* hé aquí á la primera Persona. *Creo en Jesucristo Señor, Hijo Unigénito del Padre: engendrado, no hecho; consustancial al Padre;* hé aquí á la segunda Persona: *Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y conglorificado:* hé aquí á la tercera Persona. En el símbolo llamado de *San Atanasio* y autorizado por la Santa Iglesia se enseña esta misma verdad, como lo habéis visto en las palabras de mi texto.

12. Pero no nos detengamos aquí, sin embargo de que lo dicho forma una prueba concluyente de su género. Dirigid una ojeada por todas las instituciones de la Iglesia católica; considerad atentamente cada uno de sus grandes objetos: donde quiera encontraréis escrito, invocado, explicado y profesado este augusto misterio; en sus decisiones dogmáticas, en su administracion espiritual, en su culto. En cuanto á lo primero, ya os he citado los artículos de su símbolo, y solo añadiré que en la historia de los debates que ha sostenido en todos los tiempos contra los herejes, ocupa la parte principal y mayor este dogma santísimo: constantemente ha estado defendiendo, ya la Trinidad y divinidad de las Personas contra unos, ya la unidad de la Sustancia contra otros.

13. Os he hablado en una de mis instrucciones precedentes de la famosa herejía de Arrio, que atacando la Divinidad del Hijo, negaba con solo esto el dogma de la Trini-

dad. Lo mismo sucedió con el célebre Macedonio, que atacaba directamente la Divinidad del Espíritu Santo, y con ella la Trinidad. En cuanto á la Unidad hubo tambien sus herejías, como el Tritoismo que admitia tres dioses, y el Maniqueismo, que establecia dos principios necesarios y eternos; uno para el bien y otro para el mal. Mas la Iglesia, siempre alerta contra estas novedades impías, en el momento de aparecer un heresiarca derramaba en abundancia magnífica el torrente de la doctrina ortodoxa, definia el dogma, condenaba la herejía y oprimia con su anatema la contumacia de sus autores. Vés pues en esta serie de acontecimientos, en estos debates de siglos, á la Iglesia de Dios ocupada toda en la enseñanza y defensa de este dogma fundamental.

14. Si de aquí pasamos á su gobierno espiritual, nos bastará fijarnos en la institucion y administracion de los sacramentos. Desde el Bautismo, que nos purifica del pecado original, y nos da la vida del espíritu, y atrae á nuestras almas las tres virtudes divinas, hasta la Extremauncion, que consagra nuestra partida de la tierra y nos provee de recursos para la otra vida; todo se ejecuta, todo pasa en el Nombre de la Trinidad Augusta. ¿Manda Jesucristo á sus apóstoles que bauticen á las naciones convertidas? Es en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y así lo hace la Iglesia con estas palabras: *Ego te baptizo in Nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* ¿Comunica el Pontífice, con la sagrada uncion del crisma ó imposicion de las manos, un vigor nuevo al ser que nos da el Bautismo? Es en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¿Ejerce la Iglesia el sublime poder de restituir la gracia, desatando las ligaduras del pecado, al penitente arrepentido que le confiesa? Es en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¿Bendice la union conyugal? ¿ordena ministros de sus altares? Es en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De esta suerte, hijos mios, la Iglesia ejerce su poder invocando este Nombre, profesando y venerando este dogma.

15. ¿Qué os diré de su culto? Dos palabras: "venid y ved:" donde quiera es invocada la Trinidad Augusta. ¿Sube el sacerdote al altar del sacrificio para celebrar los tremendos Misterios? Oid pues sus primeras palabras: "En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Cuando anuncia la palabra divina el ministro del Evangelio, comienza signándose, y por lo mismo profesando el gran misterio, como lo sabéis; pues cuando practicamos este acto de religion, recordamos con él y veneramos los misterios de la Unidad de Dios y Santísima Trinidad y el de la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María. Si recita con los fieles el Santísimo Rosario, invoca con demasiada frecuencia el santo misterio: si entona las alabanzas de Dios, cantando los Salmos del Profeta Rei, comienza invocando el gran misterio, continúa dando á cada paso la "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo," y concluye deseando sempiterna alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos á la Sacrosanta é individua Trinidad.

16. En fin, amados hijos, todo lo hace la Iglesia de Dios en este Santo Nombre: á cada paso le invoca; y nada piensa, nada dice, nada ejecuta, que no sea enderezado á su mayor honra y gloria. Esas grandes juntas de la Iglesia, esos concilios en toda su escala se inauguran en el Nombre de la Trinidad Santa, como leemos en el Tridentino, Ses. 3ª sobre el Símbolo de la fe, en estas palabras: "En el nombre de la Santa é individua Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo;" y exigen la profesion de éste y todos los dogmas á cuantos reciben beneficio ó ejercen autoridad. De esta suerte la Iglesia toda con su símbolo, su legislacion, sus sacramentos, su culto y su gobierno es una prueba constante, antigua, incesante de este dogma sagrado: sucediendo, por lo mismo, que la verdad y el reconocimiento de este artículo principalísimo de nuestra santa fe no ha dejado nunca de manifestarse clara y distintamente desde Jesucristo Señor nuestro hasta hoi, y en consecuencia nunca dejará de ser la fe de la sociedad católica.

17. Queda pues demostrado que el misterio de la Santísima Trinidad fué revelado por Dios, pues consta en las Santas Escrituras; reconocido y explicado por los Santos Padres, y enseñado por la Iglesia católica. Luego, aunque oscuro, aunque impenetrable, aunque incomprensible, no por esto deja de estar sólidamente apoyado y dar la mas plena seguridad á la creencia; pues la razon humana con sus naturales luces demuestra que lo que Dios dice es verdad infalible; y la Santa Escritura con la Iglesia nos enseñan que Dios ha revelado á los hombres, como un dogma, que es Uno en esencia y Trino en Personas. Pero he dicho asimismo, que tan alto misterio, sin embargo de las tinieblas augustas que le rodean y encubren su fondo, tiene luces para el entendimiento: y esto es lo segundo que me propongo explicar.

II.

18. Os manifesté ya en mi instruccion sobre la fe, la diferencia que hai entre la palabra *incomprensible* y la palabra *ininteligible*, con el objeto de precaveros contra los sofismas de los incrédulos, que á todo acometen con solo embrollarlo y confundirlo todo. Ellos han confundido ambas palabras, usándolas indistintamente cuando se trata de los misterios, y querido en consecuencia identificar lo que está sobre la razon con lo que es contrario á la razon, á fin de presentar á ésta y la fe como dos potencias enemigas ó rivales, sin acordarse de que la misma naturaleza, como ya os lo advertí de propósito en mi undécima instruccion, tiene misterios impenetrables, que los mismos incrédulos admiten sin escrúpulo sin embargo que no les pueden explicar ni aun comprender. No, hijos mios: por mui oscuros que sean los misterios, no por esto hai contrariedad ni oposicion alguna entre la razon y la fe; sino ántes al contrario, son ellas dos luces que se desprenden de la misma fuente, del esplendor esencialísimo de Dios, de aquel Sol de inteligencia, como le llama el Libro de la Sabiduría, (*V*, 6.) de aquel que es en sí mismo incontrastable verdad, incapaz de desmentirse, como lo enseña el Apóstol á su discípulo Timotéo en su Epístola segunda. (II, 13) No, hijos mios: el apóstol Santiago nos enseña que una dádiva preciosa, un don perfecto, cualquiera que sea, desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. (I, 17) Si pues la razon con su luz es un precioso don, lo mismo que la fe con la suya, clarísimo es, hijos mios, que debemos considerar una y otra, no como potencias rivales ó enemigas, sino como manantiales de una misma fuente, ramas de un mismo tronco, hermanas legítimas, hijas de un mismo padre. Aunque la fe tenga su oscuridad propia, no es toda tinieblas, ni carece de facciones distintas que la manifiesten á la razon: lo cual basta pa-

ra que ilustre la inteligencia, y aumentando el número de sus conocimientos, extienda en cierta manera sus dominios.

19. Veamos pues, hijos mios, las luces que este adorable misterio despide sobre nuestra razon sin embargo de su oscuridad, y para esto no se necesita de otra cosa que de explicarle doctrinalmente. Nuestro manual catecismo nos dice que Dios es la Santísima Trinidad; que la Santísima Trinidad es Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; que el Padre *es* Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; mas no por esto son tres Dioses, sino un solo Dios, Uno en esencia y Trino en Personas. Toda la ciencia de este misterio consiste pues, como leemos en el símbolo de San Atanasio, en saber de tal suerte que Dios es Uno en esencia y Trino en las Personas, es decir: que la unidad es una Trinidad, y la Trinidad una unidad esencial, que ni por la unidad hayan de confundirse las Personas, ni por la Trinidad haya de dividirse la Sustancia.

20. Véis pues aquí el fondo del misterio: la unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad: el hecho de que cada Persona es Dios, y no por haber tres Personas hai tres Dioses, sino un solo Dios. Como el Padre es Dios, cuanto puede decirse de Dios puede decirse del Padre: como el Hijo es Dios, cuanto puede decirse de Dios puede decirse del Hijo; como el Espíritu Santo es Dios, cuanto puede decirse de Dios, puede decirse del Espíritu Santo. ¿Qué se sigue de aquí? Que siendo Dios increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor de todas las cosas, de cada una de las tres Personas divinas puede y debe decirse lo mismo: luego increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor es el Padre; increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor es el Hijo; increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor es el Espíritu Santo. Mas como las tres Personas, aunque distintas, no hacen tres Dioses, sino que todas las tres son un solo Dios, no puede ni debe decirse que hai tres increados, tres inmensos, tres eternos, tres omnipotentes y tres Señores; sino un solo increado, un solo inmenso, un solo eterno, uno solo omnipotente, un solo Señor, un solo Dios. Todo esto, hijos mios, tiende á manifestar que no debemos dividir la Sustancia por la distincion de las Personas, sino reconocer, sin embargo de esta distincion, aquella unidad.

21. Al contrario, el que estas tres Personas aunque distintas, no sean tres Dioses, sino un solo Dios verdadero, no es motivo para confundirlas ó identificarlas; pues todas y cada una, en calidad de Personas, tienen cuanto es consiguiente á su distincion. ¿Qué quiere decir *distincion*? Negacion de *identidad*. ¿Por qué? Porque aquellas cosas se distinguen entre sí de las cuales la una no es la otra. Luego cualquiera pensamiento, cualquiera palabra que destruya esta distincion de Personas, identificándolas ó sustituyéndolas indistintamente la una con la otra, es un error, una herejía; porque ataca el dogma. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo; sino que el Padre solo es Padre, el Hijo solo es Hijo y el Espíritu Santo solo es Espíritu Santo.

22. No imaginéis, hijos mios, que esta distincion de las tres Divinas Personas es meramente nominal ó modal; sino propia, efectiva, real. ¿Por qué? Porque cada una de ellas tiene una cosa tan peculiar, tan propia y exclusiva suya, que no la tienen las otras dos, ni tampoco la pueden tener. ¿Qué tiene el Padre de propio? El ser Padre y engendrar al Hijo. ¿Qué tiene el Hijo de propio? El ser Hijo y ser engendrado del Padre. ¿Qué tiene el Espíritu Santo de propio? El ser, no generante ni engendrado, sino procedente, pues procede del Padre y del Hijo. Luego el Padre no puede dejar de ser Padre, ni puede ser Hijo ó Espíritu Santo; porque tiene esencialmente la facultad de engendrar, y no es ni puede ser engendrado ni procedente: luego el Hijo no puede dejar de ser Hijo; porque es esencial y necesariamente engendrado del Padre; ni puede ser Padre, pues esto implicaria contradiccion con el hecho de ser el Hijo; ni puede ser el Espíritu Santo, pues esta Divina Persona presupone al Padre y al Hijo, de quienes procede. Luego la propiedad exclusiva de la primera Persona es la paternidad; la propiedad exclusiva de la segunda Persona es la filiacion; la propiedad exclusiva de la tercera Persona es la procedencia. Esto, hijos mios, da ya bastante luz; pero sin embargo, voi á explicarme un poco mas, hablando: primero de cada Persona en particular, y despues, de la consustancialidad esencial de las tres, ó lo que es lo mismo, de cómo las tres Personas distintas son un solo Dios verdadero.

23. "*Persona del Padre.* El Padre no ha sido hecho, ni creado; no ha nacido, no procede de nadie: el Padre no tiene principio, no tiene orígen. ¿Por qué? Porque allí donde hai una paternidad exclusiva en el ser, donde no ha existido nunca una filiacion, donde tampoco puede asignarse procedencia, no hai orígen, no hai principio, no hai generacion. La paternidad creada reune las tres ideas, conviene á saber: reune la paternidad, la filiacion, la procedencia. Todo padre creatura fué hijo ántes de ser padre, fué hijo del Padre que le engendró; y como todas las otras creaturas, tiene el orígen, la procedencia comun de Dios, Creador del cielo y de la tierra, causa de las causas, Autor del hombre, &c. &c. Mas la paternidad divina es exclusiva: porque de otra suerte Dios seria como el hombre; Dios vendria de otra parte; no seria Dios, y nosotros tendriamos necesidad de seguir eslabon por eslabon la cadena de los seres hasta llegar á aquella primera y esencial paternidad que no tuviese principio, que fuese solo paternidad, todo paternidad, esto es: ser necesario, ser esencial, ser eterno, ser activo y fecundo, paternidad esencial.

24. "*Persona del Hijo.* Tratándose de esta divina Persona, nuestro pensamiento y nuestra palabra deben variar; porque no debe pensarse ni decirse del Hijo lo mismo que del Padre en calidad de Persona. El Hijo no está sin principio, no está sin orígen; porque el Hijo viene del Padre, y de solo el Padre: hé aquí su principio, hé aquí su orígen. Mas explicándonos, de esta suerte, no queremos dar á entender que el Hijo nació, fué creado, tiene una derivacion temporal, no: porque esto seria un error, seria una herejía, seria un crímen: un error, porque el Hijo es Dios, y Dios es eterno; una herejía, porque la eternidad del Hijo es un dogma de nuestra fe, y decir que ha sido creado, ó hecho, ó que ha nacido ó comenzado en tiempo, es negarle su eternidad; y un crímen, porque la Ley de Dios nos manda, bajo la pena de reprobacion, creer en Dios Hijo coeterno y consustancial al Padre. ¿Cómo viene pues el Hijo del Padre sin dejar de ser eterno como él? Por via de generacion esencial. ¿Qué quiere decir generacion esencial? Aquella sin la cual una cosa no puede existir ni aun concebirse. Y como un Padre no puede concebirse ni mucho ménos existir sin generacion, pues la generacion es la esencia

de la paternidad, el Hijo tiene de ser Hijo el mismo tiempo que lleva el Padre de ser Padre. ¿Y cuánto tiempo lleva el Padre de ser Padre? El mismo que lleva de ser Dios; y como es Dios desde la eternidad, el Hijo tambien es Hijo desde la eternidad. El Padre concibe eternamente en su seno, y de esta concepcion incomprensible resulta eternamente un Hijo, el cual no sale nunca del seno que le engendra. De esta suerte vemos con alguna claridad la distincion de estas dos Personas en la unidad de su sustancia: la paternidad en la filiacion coexistiendo por ser esenciales, y distinguiéndose sin embargo, por ser caracteristicas.

25. "*Persona del Espíritu Santo.* El Espíritu Santo no ha sido hecho, no ha sido creado, no ha sido engendrado; sino que procede del Padre y del Hijo, como de un principio comun. El Espíritu Santo es, pues, procedente y no engendrado; es una *procesion* sin nombre particular. Mas es de fe que procede del Padre y del Hijo, que el Padre y el Hijo le producen como el término de su recíproco amor. Sale pues de las dos primeras Personas, como de una fuente comun; sale de su mutuo amor, perfecto y único en su género, como el Hijo es único y perfecto en su órden de produccion.

26. "Las esplicaciones que hasta aquí llevo hechas miran exclusivamente á la distincion real de las tres divinas Personas; muestran cómo está la Trinidad en la unidad, y cómo finalmente no se han de confundir las tres Personas: son el desarrollo de estas palabras del Símbolo de San Atanasio: "La Trinidad en la unidad, no confundiendo las personas; porque una es la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo." Veamos ahora cómo estas tres divinas Personas tienen una igualdad soberana, una eternidad comun, como se esplica el mismo símbolo: veamos cómo el Ser de Dios está íntegro en cada una de las tres divinas Personas.

27. "El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y por consiguiente, cuanto corresponde á la esencia de la Divinidad corresponde tambien á cada una de las tres Personas. Todo el Ser de Dios; su esencia, su naturaleza, su sustancia, sus perfecciones infinitas están en cada una de las tres Personas divinas. Recordemos lo que es Dios, lo que comprendemos de Dios, lo que alcanzamos de Dios, y esto mismo debemos aplicarlo á cada una de las tres divinas Personas. Dios es infinito, eterno, inmenso, omnipotente, sabio, soberano, señor de todas las cosas. Esto mismo es el Padre, esto mismo es el Hijo, esto mismo es el Espíritu Santo. Por eso leemos estas palabras en el símbolo de San Atanasio: "Mas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo corresponden por esencia y en igual grado la divinidad, la gloria y la soberanía:" *una est divinitas, æqualis gloria, coæterna majestas.* Todos los atributos que están en Dios, que caracterizan á Dios, que esencialmente tiene Dios, todos están igualmente en cada una de las tres divinas Personas; pues como dice el símbolo: "cual es el Padre, tal es el Hijo, tal es el Espíritu Santo. Eterno es el Padre, eterno es el Hijo, eterno es el Espíritu Santo: increado es el Padre, increado es el Hijo, increado es el Espíritu Santo: omnipotente es el Padre, omnipotente es el Hijo, omnipotente es el Espíritu Santo: Dios y Señor es el Padre, Dios y Señor es el Hijo, Dios y Señor es el Espíritu Santo."

28. "¡Mas qué! el hallarse sin diferencia ninguna todo el Ser de Dios, y en consecuencia todas sus perfecciones infinitas y sus atributos soberanos, en cada una de las tres

Personas ¿será motivo para decir que hai tres Dioses? No: y en esto precisamente consiste la naturaleza del misterio: porque, así como la Trinidad de las Personas no quita la unidad de la Sustancia, así tambien el hallarse en cada una de ellas todas las perfecciones de Dios, todo el Ser de Dios, el que cada una de ellas sea Dios no es motivo para decir que haya tres Dioses. No hai pues, como se espresa el citado símbolo, "no hai tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado, un solo inmenso: no hai tres omnipotentes, sino un solo omnipotente: no hai tres Señores, sino un solo Señor: no hai tres Dioses, sino un solo Dios." ¿Por qué? Porque así como, hablando de cada Persona en particular, somos compelidos por el dogma de la fe á reconocerla como Dios y Señor, así tambien, tratándose de las tres Personas, nos prohibe la religion católica el decir que hai tres Dioses ó tres Señores. En esta Trinidad no hai nada anterior ni posterior, nada mayor ó menor: todas las tres Personas son coeternas, coiguales; pues, lo repetimos con el símbolo, hemos de reconocer á la Trinidad en la unidad y á la unidad en la Trinidad.

29. Varias comparaciones han empleado los Padres y Doctores de la Iglesia para hacer entender mejor este santo misterio. Ya lo representan en el arco-iris que se dibuja en los cielos, por los tres distintos colores formados en él con un rayo de luz; ya le comparan con un manantial que á poco forma un arroyo, y despues produce un rio; ya lo asemejan al sol, que siendo una sola sustancia, produce la luz, y del sol y la luz viene el calor; ya con el alma, que piensa y ama su pensamiento; ya con sus potencias mismas. Pero yo las omito, así por no estenderme más, como por haber ya hecho una comparacion tomada de nuestra alma en la primera parte, donde hablé de la prueba tomada de las palabras de Dios, cuando dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.*

30. Las reflexiones que llevo hechas hasta aquí, manifiestan perfectamente bien que hai unas cosas comunes á las tres Divinas Personas, que se pueden decir por lo mismo de cada una de ellas, y otras tan exclusivas de cada una, que no pueden afirmarse de las demas. ¿Cuáles son las primeras? Todas las que convienen á Dios como Dios, todos sus atributos soberanos: la esencia, la existencia, la subsistencia, la omnipotencia, la eternidad, la sabiduría, &c., &c. ¿Cuáles son las segundas? La propia personalidad; y como ésta es distinta en cada Persona, hai tres personalidades en Dios: la Paternidad, que es del Padre y solo del Padre; la Filiacion, que es del Hijo y solo del Hijo, y la Procedencia, que es del Espíritu Santo y solo del Espíritu Santo. Mas, aunque las propiedades absolutas de Dios corresponden, como se ha dicho, á todas y cada una de las tres Divinas Personas, hai sin embargo algunas que, sin perder su carácter de comun á todas, se atribuyen de un modo especial á cada una por su personalidad. ¿Cuáles son estas propiedades? El poder, la sabiduría y el amor. Ahora bien: el Poder se atribuye al Padre, porque es el principio sin principio; la Sabiduría se atribuye al Hijo, porque es el Verbo de Dios, el esplendor de la gloria del Padre y su generacion eterna; y el amor se atribuye al Espíritu Santo, por ser, como ya os lo he esplicado, esta Divina Persona una procedencia de amor. Segun esto, aunque el Hijo es Todopoderoso y el Espíritu Santo es Todopoderoso, solo el Padre se dice Todopoderoso, porque el Poder se atri-

buye al Padre: aunque el Padre es infinitamente sabio y el Espíritu Santo infinitamente sabio, solo al Hijo se le llama *Sabiduría de Dios:* aunque el Padre es amor, y el Hijo es amor, solo el Espíritu Santo se designa con el nombre de *Caridad*, porque al Espíritu Santo se atribuye el amor. Ya comprenderéis por esto, amados hijos, por qué nuestro Símbolo dice: "Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra:" Todopoderoso, porque al Padre se atribuye el poder, y como la creacion es obra del poder, tambien se dice "Creador del cielo y de la tierra." El Eclesiástico llama al Padre *Creador de todas las cosas* (XXXV, 7): Nuestro Señor Jesucristo, segun leemos en el capítulo XIV, *V.* 10 de San Juan, dijo: *El Padre hace todas las obras.* En cuanto al Hijo, no solo se designa con el nombre de Verbo, sino que se le da el título especial de *Sabiduría de Dios*, como leemos en el capítulo XIII de los Proverbios, y en el versículo 1º del XXIV del Eclesiástico. Con igual clase de pruebas se demuestra la atribucion propia del Espíritu Santo, pues en el capítulo IV, *V.* 8 de la Epístola de San Juan, se le llama *Caridad*, como lo han entendido todos los Padres, y el apóstol San Pablo, segun leemos en los capítulos V, *V.* 5º, y XV, *V.* 30 de la Epístola á los Romanos, atribuye al Espíritu Santo la difusion de la caridad en nosotros.

31. Os he hablado tambien de la Mision divina de cada Persona: el Hijo fué enviado á los hombres para salvarles, y á efecto de redimirles con su muerte, se hizo hombre en las entrañas de María; así pues, solo el Hijo encarnó, y no el Padre ni el Espíritu Santo. Esta Divina Persona fué enviada á María como se lo anunció el Arcángel Gabriel, para que se obrase el gran misterio de la Encarnacion, y por tanto decimos que ésta fué obra del Espíritu Santo: finalmente esta misma Persona fué enviada, y descendió sobre los apóstoles en lenguas de fuego el dia de Pentecostes, y esto no se dice de las otras dos Personas, sin embargo de ser cierto, como nota San Próspero, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables y obran de consuno.

32. Esta observacion me conduce á deciros tambien alguna cosa, hijos mios, acerca del modo con que debe hablarse de este sagrado misterio: porque, siendo el mas grande, el mas profundo y el mas incomprensible de todos, seria muí peligroso salirse de aquel lenguaje que ha consagrado ya el uso de la Santa Iglesia, para hablar de él. No se deben pues usar comparaciones indignas, y aun deberian desterrarse las muí materiales, y tanto ménos cuanto que habiendo ya empleado algunas los Santos Padres y teólogos mas eminentes, basta servirse de ellas en lugar de buscar otras.

33. Es necesario que nuestro lenguaje no destruya ni oscurezca ninguna de las dos ideas que constituyen el fondo de este sagrado misterio, que se hable siempre de cada Persona de manera que se vea y entienda que es Dios, y que sin embargo no son tres Dioses. Así, por ejemplo, para indicar cómo viene una Persona de otra ó de las otras dos, no se ha de indicar esto de modo que destruya la eternidad de la Persona, y en consecuencia si se puede y debe decir que el Padre es principio del Hijo, nunca puede decirse que es causa del Hijo: de la misma manera, el Padre y el Hijo son principio y no causa del Espíritu Santo; porque entónces el Hijo y el Espíritu Santo serian á su turno efectos, y no Personas eternas: porque habéis de saber que lo que viene de la causa es *efecto;* que efecto viene de *efficio*, que significa *hacer una cosa de otra.* Si pues el

Hijo ó espíritu Santo fuesen efectos, serian hechos, ó creados, y en consecuencia temporales; y no es así, porque el Hijo no fué hecho ni creado, sino engendrado eternamente en la mente del Padre: el Espíritu Santo no fué hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente del Padre y del Hijo como de un principio.

34. Como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres Dioses, sino un solo Dios, no puede ni debe usarse, para la designacion de las tres Divinas Personas en particular, ninguna de esas palabras que pudieran equivaler á decir tres Dioses: por lo mismo, no debe decirse que hai en Dios tres esencias, tres sustancias, tres naturalezas; porque esto seria tanto como decir *tres Dioses.* En efecto, las tres Personas distintas no son mas que una esencia, una sustancia, una naturaleza. Al contrario, hablando de Dios, no se debe decir nada que destruya la Trinidad de las Personas, aplicando á Dios alguna palabra que equivalicse á una Persona, diciendo, por ejemplo, que no hai en Dios mas que una hypóstase ó una subsistencia; pues con esto se diria que no hai en Dios mas que una Persona, y quedaria destruido el dogma de la Trinidad.

35. Es asimismo necesario, hijos mios, no confundir, al hablar de este santo misterio, ciertas palabras que suele confundir el vulgo; porque de aquí resultaría una falsificacion del dogma. La palabra *distincion* no debe confundirse con la palabra *diferencia:* pues la primera significa *negacion de identidad*, y la segunda *negacion de semejanza.* Para decir que tres cosas son distintas, basta que la una no sea la otra ni la otra, esto es, basta que sean tres, aunque haya entre ellas una perfecta igualdad. Mas la palabra *diferencia* significa negacion de semejanza, y por lo mismo, para decir que dos ó mas cosas son diferentes, es necesario que no sean semejantes, que no se parezcan las unas á las otras. ¿A dónde iriamos á parar si en lugar de decir que hai en Dios tres Personas distintas, dijésemos que hai en Dios tres Personas diferentes? A la herejía mas caracterizada; pues esto seria lo mismo que afirmar que hai tres Dioses. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no solo no son ni pueden ser diferentes, sino que son un solo Dios, una sola sustancia, una sola esencia y naturaleza.

36. Finalmente, aunque la segunda Persona viene de la primera, y la tercera de la primera y segunda, nunca se ha de inferir de aquí ni decir cosa que destruya la idea de que cada Persona es Dios, y por consiguiente, necesaria, infinita, eterna; y como esto sucederia suponiendo dependencia, sujecion de unas á otras, no se ha de decir simplemente que el Hijo *depende* del Padre, y el Espíritu Santo depende del Padre y del Hijo.

37. En fin, hermanos carísimos, el mismo carácter del misterio, los mismos precisos términos en que nuestro catecismo le enuncia, deben ser la luz de nuestra inteligencia y la norma de nuestro lenguaje, pues con solo comparar nuestras expresiones con la explicacion dogmática, podemos hacer la prueba de su exactitud ó inexactitud. Toda expresion que induzca negacion ó duda, ya sobre la Unidad de esencia ya sobre la Trinidad de las Personas, debe proscribirse como mala.

38. Ved pues, hijos mios, cómo este segundo misterio, aunque profundo, impenetrable, incomprensible, tiene sin embargo toda la luz que basta para su objeto, que es, el de saberlo y entenderlo, el de profesarle debidamente. Pero no es esto solo; porque tan augusto dogma no solamente asegura la creencia, no solamente ilustra la razon, sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tambien afecta la voluntad, gobierna la conducta y santifica al hombre. Tal es el objeto de mi último punto.

III.

39. Si el hombre pues, como decia poco há, traia consigo una imágen de la Trinidad en su propia naturaleza, ¿podria nunca este sagrado misterio ser estéril en consecuencias para la conducta? No por cierto. ¿No es la Trinidad la perfeccion infinita, con lo cual está dicho todo? Luego el hombre, con solo meditar este misterio y procurar con su conducta avivar mas y mas en sí mismo la imágen de la Trinidad gloriosa, está colocado sin duda en una vasta, indefinida carrera de perfeccion y felicidad. ¿Dónde está la perfeccion del hombre? En la perfeccion de su entendimiento, de su voluntad y de su libertad. Dónde está la perfeccion de su entendimiento? En la fe, que es la verdad plena y absoluta como doctrina, y la union mas íntima del entendimiento humano con el divino como creencia. ¿Dónde está la perfeccion de la voluntad? En el querer el verdadero bien, el único que es esencialmente bien, que nunca puede ser mal, ni mezclarse con lo que es mal, ni dejar de existir. Este bien, hijos mios, es Dios. ¿Quién nos lo enseña? La Sabiduría de Dios, el esplendor de Dios, el Verbo de Dios, el Unigénito del Padre. Luego la perfeccion de nuestra voluntad está en acercarnos, cuanto lo permiten las leyes de nuestra naturaleza, á la union que el Padre tiene con su Verbo, y por consiguiente, en identificar nuestra voluntad con la de Dios. ¿Cuál es la perfeccion de la libertad? Decidirnos constantemente por el verdadero bien, representar en ella la union de nuestra fe con nuestra esperanza, como el Espíritu Santo manifiesta en su procedencia del Padre y el Hijo el amor eterno, esencial é infinito de las dos primeras Personas. Ved aquí un tipo inmenso de perfeccion, un anchuroso y recto camino de felicidad.

40. ¿Qué os diré de la Trinidad en sus operaciones, y sobre todo, en sus relaciones con nosotros? Toda ella, hijos mios, está ocupada del hombre, y ocupada para llevar á efecto su felicidad suprema. El Padre nos ha dado la existencia con su poder, y nos la conserva con su bondad y su Providencia, y aunque no por naturaleza sino por adopcion, y no del mismo modo sino de otro mui diverso, es Padre no solo de su Unigénito, sino tambien de todos nosotros, y por esto Jesucristo encabezó con esta dulce y tierna palabra *Padre nuestro*, esa fórmula divina con que nos enseñó á orar, y por esto, nosotros nos llamamos sus hijos. Ahora bien: si somos hijos, tambien somos herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo: la consecuencia no puede ser ni mas recta ni mas autorizada: está deducida de la esencia misma de las relaciones que el Padre y el Hijo tienen con los hombres, por el mismo apóstol San Pablo. *Si autem filii, et hæredes: hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi.* (Rom. VIII, 17.)

41. El Hijo bajó á la tierra desde el seno de su Padre, y se hizo hombre en las entrañas de la Santísima Vírgen María "para poder morir por nosotros, y librarnos del pecado, y enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo." Suya es la doctrina que profesamos; suyas las gracias que nos fortalecen, perfeccionan y santifican; suyos los

méritos que nos salvan. Nosotros, mediante la Encarnacion del Verbo, subimos á una dignidad inefable: el Verbo divino se revistió de nuestra naturaleza, haciéndose de esta suerte nuestro hermano, y nosotros en consecuencia de esta union hemos participado de su plenitud: salvacion, regeneracion completa, luz plena, gracia sin límites, merecimiento infinito, apoyo constante, fraternidad inefable, dignidad inmensa; todo, todo esto hallamos en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad relativamente á nosotros.

42. Obra de la Tercera, hijos mios, fué la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María: por esto el Angel de Dios calmó las agitaciones de la Vírgen de Nazareth con estas palabras dulces y misteriosas: "El espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, *ó fecundará*." Dijo: la Vírgen pronunció su *fiat*, y el Verbo de Dios fué hecho hombre. Por esto el Símbolo de Nicéa dice, hablando del Verbo, que "encarnó en el vientre de María por obra del Espíritu Santo:" *et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.* Esta divina Persona es la misma que inspiró á los Profetas para que predijesen á Jesucristo, y por esto el Símbolo dice que "habló por los Profetas:" *locutus est per prophetas.* Esta misma Persona es la que dió el primer impulso á la carrera de los apóstoles, llenándoles de luz y de gracia con la comunicacion de sus Dones divinos cuando bajó en forma de lenguas de fuego y posó sobre todos ellos. Esta misma Persona divina es la que sin cesar derrama en nuestras almas el fuego inextinguible que consume todo lo terreno y hace reinar la caridad en nosotros.

43. Cuando yo repaso, hijos mios, aquel memorable sermon de nuestro Señor Jesucristo en la noche de la Cena, aquellas tiernas instrucciones que daba el Divino Maestro á sus discípulos acerca de los misterios mas profundos de la religion; cuando veo el concierto maravilloso que pone en la doctrina correspondiente al Padre, á sí mismo y al Espíritu Santo, y las relaciones íntimas con que allí aparece toda la humanidad con las tres divinas Personas, un sentimiento indefinible se apodera de mi corazon; y ese gran misterio, colocado en las alturas mas inaccesibles, me parece hallarse todo en el fondo de la humanidad enriquecida con su revelacion, y hallarse, no solo como una simple verdad especulativa, no solo como un objeto augusto de la creencia, sino tambien como una fuente inagotable de afectos los mas puros y de placeres los mas inefables. Aquel Jesus, que con tan tierna solicitud habia traido constantemente consigo á los doce que escogió para fundadores de su Iglesia, prodigándoles á cada paso los tesoros de la doctrina y los nobles estímulos de la santidad, como viese que ellos se afligian con aquellas palabras de una despedida misteriosa, les hizo este discurso, que puede ser visto como la manifestacion de la parte sentimental y moral del gran misterio que os estoi explicando: "No se turbe vuestro corazon. Pues creéis en Dios, creed tambien en mí. "En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones: que si no fuese así, os lo hubiera yo "dicho. Yo voi á preparar lugar para vosotros."... Y como Felipe, uno de sus discípulos, le hubiese pedido que les mostrase al Padre, continuó: "Felipe, quien me ve á mí, ve "tambien al Padre. Pues ¿cómo dices tú: "muéstranos al Padre?" ¿No creéis que yo estoi en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las ha"blo de mí mismo. El Padre que está en mí, él mismo hace *conmigo* las obras *que yo*

"hago. ¿Cómo no creéis que yo estoi en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo "á lo ménos por las obras que yo hago. En verdad, en verdad os digo, que quien cree "en mí, ese hará tambien las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; por cuan- "to yo me voi al Padre. Y cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré, á fin de "que el Padre sea glorificado en el Hijo.... Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Con- "solador para que esté con vosotros eternamente, á saber: al Espíritu de verdad, á "quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le cono- "ceréis, porque morará con vosotros, y estará dentro de vosotros.... Estas cosas os he "dicho, conversando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre "enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo di- "chas." (Joann. cap. XIV.)

44. ¡Qué palabras, hijos mios! ¡qué doctrina tan sublime! ¡qué lecciones tan elo- cuentes y divinas! Todo se encuentra aquí: la revelacion del gran misterio, la luz bas- tante para darle á entender, y sobre todo, la parte moral, la parte práctica, la parte sentimental y afectuosa de este dogma sacrosanto. ¡De qué trata nuestro Señor Jesu- cristo en este discurso! De inundar en un mar de consuelo el alma de sus discípulos. ¿Y solamente de ellos? No; sino tambien de cuantos en el curso de los siglos habian de creer en él y llevar su nombre. No es esta una suposicion mia, sino un concepto vertido por el mismo Jesucristo; pues como leemos adelante, cuando oraba á su Padre por sus discípulos, añadió: (XVII, 20 y 21.) "Pero no ruego solamente por estos, sino tambien "por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion: que todos sean una "misma cosa: y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí, así sean ellos una mis- "ma cosa en nosotros." Ved pues aquí, hermanos carísimos, al Padre y al Hijo, como habéis visto igualmente al Espíritu Santo, en la relacion mas íntima con nosotros los que tenemos la incomparable dicha de creer y venerar este adorable misterio. ¿Qué cosa mas práctica podéis imaginar que este llamamiento hecho á todos los hombres pa- ra que crean en Jesucristo, y para que sepan cómo Jesucristo está en el Padre, cómo el Padre está en Jesucristo, cómo el Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo, y es enviado á los cristianos como luz que enseña todas las verdades, consuelo que enjuga todas las lágrimas, é inextinguible fuego que depura todos los sentimientos y les acri- sola en la caridad? ¿Puede darse cosa mas tierna que esta reciprocidad entre la huma- nidad y Dios Trino y Uno?

45. Jesucristo comienza mencionando á Dios Uno; mas no como un objeto exclusi- vo de la inteligencia, sino como el principio y la fuente de la paz: "*Vuestro corazon no se turbe: creéis en Dios, creed tambien en mí.*" El creer es pues aquí tener paz, con- suelo y todo el goce del espíritu: el creer en el Hijo es tener la garantía mas segura de la eterna felicidad, como lo dice él mismo en estas palabras de inefable consuelo: "*En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones..... Yo voi á preparar lugar para voso- tros.*" Preséntasenos aquí el Padre como el dueño, y el Hijo como el distribuidor de la gloria, de aquella gloria que las tres divinas Personas gozan desde la eternidad, y de la cual han querido hacernos partícipes en el tiempo, para nunca perderla.

46. Y no imaginéis, hijos mios, que á este solo punto se reducen las grandes utili-

dades de este augusto misterio, aunque no se necesitaria de otra cosa para adherirse á él con todo el corazon y toda el alma. Esta primera Persona de la Trinidad Augusta está recibiendo en el cielo las plegarias humildes é inflamados votos de la tierra, la de- manda continua de los bienes que acá se buscan conforme á las reglas de su Providen- cia, y está proveyendo á todo por medio de su Hijo Unigénito: *Cuanto pidiéreis al Pa- dre en mi nombre, yo lo haré*, dice. Ved aquí al Padre unido con los hombres por me- dio de la oracion que ellos le dirigen y él escucha benigno y propicio: ved al Hijo dán- dose á los suyos como la garantía cierta de que todo lo han de conseguir infaliblemente del Padre, y no solo, sino prometiéndoles que él mismo lo dará, y anunciando que en esta liberalidad suma es glorificado el Hijo por el Padre y el Padre por el Hijo. Mas no nos detengamos aquí. Jesucristo va á padecer muerte de Cruz, va á resucitar trian- fante, va á subir al cielo; y para que todos estos misterios se cumplan sin que por ello sus discípulos queden desamparados, para que no les falte aquella luz y fortaleza que su presencia les habia estado prodigando, les anuncia la venida de la tercera Persona de la Santísima Trinidad: *Yo rogaré al Padre*, les dice, *y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente.* ¿Quién es este Consolador, hijos mios? *El Es- píritu de verdad*, nos dice Jesucristo. ¿Y qué objeto ha de traer este Consolador en su venida? Sostener con la luz, la fortaleza y la santidad la grande institucion de la Igle- sia. *Mas el Consolador*, dice, *el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas.* De hecho, hijos mios, este Divino Espíritu bajó á la tierra, como Jesucristo nuestro Señor lo tenia anunciado y prometido, trayendo á la Iglesia el tesoro infinito de sus Dones. ¿Qué Dones son es- tos? Aquellos que le son propios: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la forta- leza, la ciencia, la piedad y el santo temor de Dios: porque, como nos lo enseña Isaías en los tres primeros versículos del capítulo undécimo, él es el "Espíritu de sabiduría y " de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de " piedad, el Espíritu del temor del Señor." *Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis . . . . . Spiritus timoris Domini.*

47. ¿Queréis, hijos mios, una cosa mas positiva, una cosa mas práctica, una cosa mas eminentemente moral, una cosa mas íntima que estos dones del Espíritu de Dios? Todas las luces, todas las virtudes, todos los sentimientos mas profundos y mas dignos están aquí. Por todos estos dones, la Santa Iglesia de Dios ha venido á ser un trasun- to de su gloria: sabiduría divina, ciencia divina, fortaleza divina, poder, santidad, &c.; todo se admira en esta soberana institucion de Jesucristo. Y á tan rico tesoro corres- ponden los preciosos frutos que el alma santificada en este Espíritu Divino recoge para su propia ventura. La paz, aquella que concierta en Dios á todo el hombre; la pacien- cia, que nos hace señores de nosotros mismos, como lo explicaba el Divino Maestro; la liberalidad, que nos hace fáciles y prontos para el bien; la bondad moral, que representa en el alma el estado de gracia y de virtud; la benignidad, que abre el corazon á todos los hombres para cumplir con ellos el precepto del amor; la fe, que nos hace vivir de la verdad eterna, y descansar en las divinas promesas, y adherirnos con todo el corazon al Sumo Bien; la modestia, que echa sus raices en la humildad y hace visible y venerable

el santo retraimiento de la virtud; la continencia, donde se manifiesta todo el poder de la gracia sobre los apetitos sensuales; y la castidad, que trasforma en ángeles á los hombres: hé aquí, amados hijos, los preciosos frutos del Divino Espíritu, la cosecha infinita que recoge el alma favorecida con sus Dones, el cuadro perfecto de sabiduría, santidad y ventura donde vemos lo mas excelente y acabado de la moral evangélica.

18. ¿Qué mas os diré, amados hijos? Toda la Trinidad Santa obra sin cesar en su Iglesia: cuanto hai en ella instituido para sus grandes fines, y nuestra carrera espiritual en ella, pasa en el Nombre de la Santísima Trinidad, como no há mucho he tenido ocasion de manifestároslo. En este Nombre se predica el Evangelio, y el mundo se convierte: en este Nombre se bautiza, y el cristianismo se forma; en este Nombre se confieren los órdenes, y el ministerio sagrado se instituye y perpetúa; en este Nombre se consagra la union conyugal, y la familia queda incorporada en el reino de la fe; en este Nombre se perdonan los pecados, y la humanidad resucita para la gracia, mediante la penitencia: en fin, la Trinidad al principio; la Trinidad en el medio; la Trinidad en el fin; la Trinidad siempre, la Trinidad donde quiera, la Trinidad constantemente; la Trinidad en los dogmas, la Trinidad en los preceptos, la Trinidad en la oracion, la Trinidad en los sacramentos; la Trinidad santificando nuestra vida mortal, dándonos despues de ella el bien supremo, y recibiendo de los bienaventurados el tributo de salud, bendicion, sabiduría, accion de gracias, honra, virtud y fortaleza en estas palabras que giran sin cesar por todas aquellas gerarquías, por los siglos de los siglos: ¡Santo, Santo, Santo! [1]

1 Los párrafos colocados entre comillas en esta instruccion sin una cita especial, están tomados en extracto de mi obra intitulada: *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion;* Libro tercero, Capítulo II. Los lectores que quieran una exposicion mas amplia de esta materia, pueden consultar este libro citado: pues todo él trata de los misterios en general, y del de la Santísima Trinidad en particular.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

OCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE LA OMNIPOTENCIA CONSIDERADA EN SI MISMA, EN SUS RELACIONES CON LOS DEMAS ATRIBUTOS DE DIOS, Y COMO FUENTE DE TODO PODER.

Ego Deus omnipotens.
Yo soi Dios Todopoderoso.
Genes. Cap. XVII, v. 1.º

1 Nuestro manual catecismo, amados hijos, despues de las preguntas y respuestas relativas al misterio de la Santísima Trinidad, que os expliqué últimamente, toca el punto de la simplicidad infinita de Dios, manifestando que en cuanto Dios no tiene figura corporal como nosotros, porque es Espíritu puro. Mas no teniendo yo que tocar aquí este punto, por haberle tratado ya en mi sexta instruccion sobre esta primera parte de la doctrina, donde os hablé de la naturaleza espiritual y perfecciones de Dios, paso á tratar de su Omnipotencia, que es el punto que inmediatamente sigue tanto en el Símbolo como en la declaracion citada de nuestro sabio catequista. *¿Cómo es Dios Todopoderoso?* pregunta, y responde: *Porque con solo querer hace cuanto quiere.* Ved aquí, amados hijos, el divino atributo que os debo explicar despues de haber expuesto el mas alto y profundo de nuestros misterios religiosos: porque nuestro Símbolo despues de considerar á Dios en sí mismo, le considera en sus obras; y como en ellas lo que á primera vista figura, es el poder que las ha creado, natural es preparar el dogma de la creacion con la explicacion de la Omnipotencia divina. Por otra parte, la Omnipotencia presupone los otros divinos atributos, como lo advierte con tanta oportunidad el Catecismo del Santo Concilio de Trento: "porque una vez que confesamos á Dios Todo-Po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el santo retraimiento de la virtud; la continencia, donde se manifiesta todo el poder de la gracia sobre los apetitos sensuales; y la castidad, que trasforma en ángeles á los hombres: hé aquí, amados hijos, los preciosos frutos del Divino Espíritu, la cosecha infinita que recoge el alma favorecida con sus Dones, el cuadro perfecto de sabiduría, santidad y ventura donde vemos lo mas excelente y acabado de la moral evangélica.

18. ¿Qué mas os diré, amados hijos? Toda la Trinidad Santa obra sin cesar en su Iglesia: cuanto hai en ella instituido para sus grandes fines, y nuestra carrera espiritual en ella, pasa en el Nombre de la Santísima Trinidad, como no há mucho he tenido ocasion de manifestároslo. En este Nombre se predica el Evangelio, y el mundo se convierte: en este Nombre se bautiza, y el cristianismo se forma; en este Nombre se confieren los órdenes, y el ministerio sagrado se instituye y perpetúa; en este Nombre se consagra la union conyugal, y la familia queda incorporada en el reino de la fe; en este Nombre se perdonan los pecados, y la humanidad resucita para la gracia, mediante la penitencia: en fin, la Trinidad al principio; la Trinidad en el medio; la Trinidad en el fin; la Trinidad siempre, la Trinidad donde quiera, la Trinidad constantemente; la Trinidad en los dogmas, la Trinidad en los preceptos, la Trinidad en la oracion, la Trinidad en los sacramentos; la Trinidad santificando nuestra vida mortal, dándonos despues de ella el bien supremo, y recibiendo de los bienaventurados el tributo de salud, bendicion, sabiduría, accion de gracias, honra, virtud y fortaleza en estas palabras que giran sin cesar por todas aquellas gerarquías, por los siglos de los siglos: ¡Santo, Santo, Santo! [1]

1 Los párrafos colocados entre comillas en esta instruccion sin una cita especial, están tomados en extracto de mi obra intitulada: *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion;* Libro tercero, Capítulo II. Los lectores que quieran una exposicion mas amplia de esta materia, pueden consultar este libro citado: pues todo él trata de los misterios en general, y del de la Santísima Trinidad en particular.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

OCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE LA OMNIPOTENCIA CONSIDERADA EN SI MISMA, EN SUS RELACIONES CON LOS DEMAS ATRIBUTOS DE DIOS, Y COMO FUENTE DE TODO PODER.

Ego Deus omnipotens.
Yo soi Dios Todopoderoso.
Genes. Cap. XVII, v. 1.º

1 Nuestro manual catecismo, amados hijos, despues de las preguntas y respuestas relativas al misterio de la Santísima Trinidad, que os expliqué últimamente, toca el punto de la simplicidad infinita de Dios, manifestando que en cuanto Dios no tiene figura corporal como nosotros, porque es Espíritu puro. Mas no teniendo yo que tocar aquí este punto, por haberle tratado ya en mi sexta instruccion sobre esta primera parte de la doctrina, donde os hablé de la naturaleza espiritual y perfecciones de Dios, paso á tratar de su Omnipotencia, que es el punto que inmediatamente sigue tanto en el Símbolo como en la declaracion citada de nuestro sabio catequista. *¿Cómo es Dios Todopoderoso?* pregunta, y responde: *Porque con solo querer hace cuanto quiere.* Ved aquí, amados hijos, el divino atributo que os debo explicar despues de haber expuesto el mas alto y profundo de nuestros misterios religiosos: porque nuestro Símbolo despues de considerar á Dios en sí mismo, le considera en sus obras; y como en ellas lo que á primera vista figura, es el poder que las ha creado, natural es preparar el dogma de la creacion con la explicacion de la Omnipotencia divina. Por otra parte, la Omnipotencia presupone los otros divinos atributos, como lo advierte con tanta oportunidad el Catecismo del Santo Concilio de Trento: "porque una vez que confesamos á Dios Todo-Po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" daroso, dice, necesario es confesar tambien que tiene ciencia de todas las cosas, y todas ellas están sujetas á su imperio y dominio. Y no dudando que lo puede todo, legítimamente se sigue tener por mui ciertas todas las demas perfecciones: porque si le faltasen, de ningun modo podríamos concebir cómo fuese Todo-Poderoso. Ademas de esto, ninguna cosa es tan eficaz para confirmar nuestra fe y esperanza, como el estar mui fijos en que no hai cosa alguna que Dios no pueda hacer: pues todo lo demas que despues debe creerse, por grande y maravilloso que sea y aunque sobrepuje el órden y modo de las cosas, luego lo cree sin la menor duda el que sabe que Dios es Todo-Poderoso."

2. Este poder mismo que corresponde á Dios, lo refiere nuestro Símbolo al Padre, y por lo mismo, ántes de entrar á explicarle, debo advertiros lo conveniente; para lo cual me basta recordaros lo que ya os dije en mi precedente instruccion. Hai perfecciones absolutas que, aunque corresponden igualmente á todas y cada una de las tres Divinas Personas por ser propias de Dios en cuanto Dios, se atribuyen sin embargo á una de las tres sin dejar por esto de convenir á las otras, y tal sucede con la Omnipotencia. El Hijo es Dios, y por lo mismo es Omnipotente; el Espíritu Santo es Dios, y por lo mismo es Omnipotente; pero solo el Padre se dice Omnipotente, porque el poder se atribuye al Padre, "por la razon particular de que es la fuente de todo orígen, dice el Catecismo romano; así como al Hijo, que es la Palabra eterna del Padre, atribuimos la Sabiduría, y al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, atribuimos la Bondad; aunque estos y otros semejantes nombres se digan de todas tres Personas segun la regla de la fe católica." Visto pues, hijos mios, por qué ha dado nuestro Símbolo este lugar á la Omnipotencia Divina, y sin embargo de ser ella comun á todas las tres Personas, la predica solo del Padre, voi á daros aquí algunas importantes nociones acerca de este grande y soberano atributo, con el cual se explica toda la creacion: de cuyo dogma debo hablaros inmediatamente despues. Qué cosa sea la Omnipotencia, y cómo ella conviene solo á Dios y es el fundamento de todo poder en los cielos y en la tierra: tales son los dos puntos que abrazará la presente instruccion.

I.

3. Nuestro manual catecismo nos da sin duda la mejor idea de la Omnipotencia divina, cuando, preguntando: *¿Cómo es Dios Todo-Poderoso?* responde: *Porque con solo querer hace cuanto quiere.* Nada en efecto es mas á propósito para conocer el carácter y excelencia de este divino atributo, y ver clara y distintamente lo que va de Dios al hombre, que esto de hacer cuanto quiere con solo el acto de quererlo. Observemos al hombre; estudiemos su voluntad en sus relaciones con su inteligencia y su poder. La razon le da idea de muchos bienes, de muchos goces; la voluntad desea conseguirlos; pero el hombre, siempre conociendo y siempre deseando, está siempre sujeto á la penosa ley de la necesidad: el pobre conoce y quiere las riquezas, que no consigue; el rico conoce y quiere los tesoros, que no alcanza; el débil conoce y desea una fortaleza, que en vano busca; el cobarde admira en otros un valor de que carece; el enfermo conoce y anhela la salud que le falta; el atribulado tiene ideas del consuelo, y le busca por todas partes, y en ninguna le encuentra. ¡Maravilloso contraste! inmensidad en los deseos y limitacion en los goces. No parece sino que Dios ha querido recortar al poder lo que ha prodigado á la razon y á la voluntad, para que el hombre pudiese conocer el Sumo Bien, y dejarlo todo por él en vista de su propia impotencia. Véamos ahora lo que es la voluntad divina. Tan identificado con ella se halla el poder, que casi no acertamos á distinguir ambas cosas, principalmente cuando fijamos nuestra consideracion en la primera, y no consideramos el segundo en su inmensa virtualidad. Dios puede lo que quiere, Dios con solo querer hace cuanto quiere: luego en Dios querer y hacer es lo mismo sustancialmente.

4. Sin embargo, hijos mios, he dicho que no acertamos á distinguir el poder de la voluntad divina cuando nos fijamos en solo esta, porque habéis de saber que Dios Nuestro Señor puede, no solamente lo que quiere, sino infinitamente mas de lo que quiere: voi á explicarme. Dios es infinitamente libre, y en consecuencia obra ó no, segun place á su voluntad soberana; mas cuando no obra, no por esto deja de poder, sino que pudiendo no quiere; pues lo que hace, lo verifica libremente, y en consecuencia entre lo posible hai algo que hace, é infinito que no hace. ¿Queréis formaros alguna idea de la Omnipotencia? Estudiad la simple palabra. *Omnipotencia* es toda potencia, potencia sobre todos, potencia en todo, potencia siempre, poder infinito, dominio pleno y absoluto sobre la posibilidad. Dios puede cuanto es posible: ¿y quién contará lo posible? ¿quién alcanzará lo posible? ¿quién podrá sondear la inmensa region de lo posible? ¿Véis lo existente? ¿Véis ese misterioso espacio poblado de mundos, entre los cuales parece perderse este planeta que habitamos? ¿Véis al hombre con su movimiento físico y moral desde el principio del mundo hasta nuestros dias? ¿Véis cuál se ostenta la fecundidad de la naturaleza en la perenne y constante sucesion de los seres? ¿Véis cómo se anuncia el poder del hombre, ya en su predominio sobre la naturaleza, ya en el sello de inteligencia que imprime sobre las obras del arte, ya cuando tiene sometida la suerte de los pueblos desde un trono, ya cuando con su indómito valor y esfuerzo conquista las naciones, instituye ó precipita los imperios? Pues todo esto, hijos mios, es ménos que un átomo respecto de todas las arenas del mar, ménos que una gota respecto de todas las aguas, ménos que un delgadísimo y casi imperceptible rayo respecto de la luz del sol, si se ha de comparar con el Poder infinito de un Dios. Por aquí podréis columbrar lo que sea la Omnipotencia, cuando en ella se pierde todo lo creado. Dios habria podido y puede multiplicar por miles y millones estos mundos ya existentes, y sin embargo no habria perdido ni un punto su inmenso poder. Ya comprenderéis por lo mismo cómo el poder de Dios excede con mucho á su querer: porque, si es cierto por una parte que puede cuanto quiere, lo es asimismo, como acabáis de ver, que no quiere cuanto puede, sino solo aquello que entra en sus designios, solo aquello cuya existencia se digna decretar.

5. Mas este poder de Dios, hijos mios, es no solamente absoluto, infinito, sino esencialmente santo: lo cual quiere decir que ninguna de aquellas cosas que acá figuran como objetos de la depravacion del hombre, y sin embargo se dicen obra de poder, porque pueden hacerse, como el mentir, engañar, pecar, &c. &c., ninguna de estas cosas, digo,

entran en el poder de Dios. Dios no puede mentir, ni engañar ó ser engañado; porque es infinitamente veraz; no puede ignorar nada, porque es infinitamente sabio; no puede pecar, porque es infinitamente santo. Mas no imagineis que el no poder Dios esto es razon para creer que no es Omnipotente, es decir, Todo-Poderoso; pues ninguna de estas cosas arguye poder, sino mas bien defecto, debilidad, impotencia. Puntualmente, hijos mios, la Santidad esencial de Dios, sin la cual no podria concebirse; la Sabiduría infinita de Dios, que lo es esencial, &c. &c.: todo esto viene á comprenderse en la Omnipotencia Divina. ¿Por qué el hombre no puede lo que quiere? Porque es un ser contingente y limitado, me direis, y direis bien, pues esta es la razon principal, fundada en su misma naturaleza; mas yo preguntaba otra cosa: prescindo de la naturaleza del hombre, para buscar en el pensamiento de Dios que le creó, el por qué de esta desigualdad tan extrema entre su voluntad y su poder: porque, siendo limitado en todo, claro es que su voluntad y su inteligencia lo son por consiguiente; pero entre estas dos limitaciones hai siempre una distancia inmensa, pues lo que el hombre puede casi es nada comparado con lo que quiere. ¿Por qué pues, Dios, dejándolo todo limitado, no igualó por lo ménos el poder con la voluntad humana? Esta era mi pregunta, y á esta pregunta respondo: que rigiéndose la voluntad por el entendimiento y estando sujeta por otra parte á los estímulos de la concupiscencia, ni siempre conoce el verdadero bien, ni siempre quiere el bien que como tal conoce, sino al contrario, se decide por el mal, dejando á un lado el bien. Si pues hubiese igualdad entre el poder y la voluntad humana, casi se destruiria en el acto la humanidad por el desborde infinito de los errores, de las pasiones y de los crímenes. Si aun con tan limitado poder es tan horrorosa la historia de la voluntad humana, ¿qué fuera, hijos mios, si ésta pudiera todo lo que quisiese! Ved pues por qué Dios ha limitado el poder mucho mas que el pensamiento de la razon humana, mucho mas que los deseos de la voluntad humana. Volvamos ahora nuestra consideracion al Poder divino. ¿Por qué Dios puede lo que quiere? Porque nunca puede querer el mal: luego un poder infinito supone una infinita bondad, pues el no poder querer el mal es carácter de una bondad infinita. ¿Por qué Dios no quiere todo lo que puede? Porque es infinitamente libre: y el querer ó no querer, el hacer ó no hacer, es obra de la libertad. Si Dios precisamente hubiese de querer cuanto puede, haria cuanto puede, y no podria dejar de hacerlo; y como esto constituye la necesidad y en consecuencia destruye la libertad, por esto Dios no quiere cuanto puede, y por esto un poder infinito en su perfeccion supone una libertad infinita. Pero, si Dios no quiere todo lo que puede, claro es que puede mas de lo que quiere, infinitamente mas; porque su poder es infinito. Ahora bien: todo poder presupone indispensablemente conocimiento de lo que se puede, porque de otra suerte seria inconcebible: luego el poder infinito de Dios presupone una inteligencia infinita, una ciencia infinita, un conocimiento perfectísimo de todas las cosas no solo existentes sino posibles, no solo presentes sino pasadas y futuras, no solo necesarias sino contingentes y libres.

6. Un poder infinito, es decir, que reune de tal suerte todos los caractéres de la perfeccion, que no pueda concebirse cosa mayor ni mas perfecta, es la garantía de un órden excelente, supremo y perfecto, digno en todo sentido: porque si este poder no anduviese en armonía con las reglas de una razon suprema, y no fuese movido por los impulsos de un amor ordenado, y no se encaminase á un fin correspondiente á los caractéres de una naturaleza perfectísima, ya no seria Omnipotencia. Ahora bien: como la Sabiduría de Dios es una voluntad firme de usar de su Omnipotencia segun las reglas de la inteligencia divina, un amor supremo del órden, que va siempre dirigido al mas perfecto y adecuado fin, es claro clarísimo que la Omnipotencia supone indispensablemente la infinita Sabiduría, la infinita santidad, la infinita Bondad, la Justicia infinita como virtud por excelencia ó reunion en grado infinito de todas las virtudes, y tambien en el sentido de distribuir entre todos los hombres sus gracias y dones con altísima sabiduría y santísimo fin, y tambien sancionar su Lei divina con castigo y recompensa: luego un poder infinito está en concierto inalterable con una justicia infinita. En fin, amados hijos, Dios es infinitamente misericordioso: "no acaba de romper la caña cascada, ni apaga "la paveza que aun humea." Este atributo, dice el Profeta Rei en uno de sus salmos, que es eterno como Dios, *in æternum misericordia ejus:* está en el cielo, y la tierra toda está llena de él. Esta misericordia no se halla, hijos mios, en contradiccion alguna con la justicia, sino en un concierto infinito: obra dando gracia para la conversion, satisfaccion y merecimiento, es decir: viendo á un tiempo mismo por la Justicia divina y por el hombre delincuente, da el perdon á una alma contrita, esto es, á una alma que ha satisfecho á la justicia por el mas sublime de todos los sentimientos, que trae consigo la disposicion para pasar por todos los sacrificios. Ahora bien: ¿de qué manera el Señor nos dispensa su Misericordia? Obrando en nosotros por su gracia, es decir: ejerciendo para nuestro bien su Poder infinito. Ved aquí como este soberano atributo supone aquel, un poder infinito supone una misericordia infinita.

7. Necesitaria yo sin duda, hijos mios, detenerme muchísimo, si quisiese continuar mis reflexiones acerca del Poder infinito de Dios, para darle á conocer de alguna manera. Mas, debiendo sujetarme á los límites propios de esta clase de instrucciones, doi por bastante lo dicho, y paso á mi segundo punto.

II.

8. He dicho que la Omnipotencia es un atributo exclusivamente de Dios, no para tomar esta verdad como un objeto de prueba, sino para demostrar con ella que todo poder emana del de Dios; que todo poder que no está en Dios, es comunicado por Dios, puede ser limitado por Dios, destruido por Dios; que Dios le sostiene y ha de juzgar de él, para pedir al hombre una cuenta estrechísima del modo con que le haya usado. *Ego justitias judicabo.*

9. En efecto, hijos mios: ¿no seria una superfluidad el demostraros que la Omipotencia es un atributo esencialísimo y exclusivo de Dios? Si la Omnipotencia encierra, como he dicho, todos los divinos atributos; si es infinita y no puede haber dos ó mas divinidades, dos ó mas infinitos, como tambien lo he demostrado, pues con solo esto habria dos ó mas Dioses, no habiendo ni pudiendo haber mas que un solo Dios; ¿no es claro clarísimo que quien dice infinito, sea poder, sea sabiduría, sea bondad, sea lo que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuese, dice Dios: porque Dios precisamente es el Ser infinito? Luego no hai necesidad ninguna de ocuparme aquí en una demostracion semejante. Verdad es ésta que se manifiesta á la razon con todas las luces de la naturaleza, y que se halla puesta de bulto en todas las obras de la creacion; pues aunque la obra sea limitada, el crear importa la accion de un poder infinito. El mismo Dios se manifestó como el Omnipotente cuando le dijo á Abraham: "Yo soi el Dios Todo-Poderoso: anda en mi presencia, y sé perfecto." Como si hubiese dicho: Hai un Dios Omnipotente: necesariamente debe haberle, pues que hai un ser limitado, un ser creado, un ser que nace y muere: no puede haber mas que un Dios Omnipotente; porque si hubiese dos ó mas, ninguno seria Omnipotente, ninguno seria Dios. "Pues bien, Abraham, ese Dios Omnipotente soi yo." *Ego Deus Omnipotens.* (Genes. XVII. 1.) Cuando Jacob envió á sus hijos á Egipto para que se presentasen á José, despues de haberles hecho todas las prevenciones y apresto correspondientes, les dijo: "Mi Dios Todo-Poderoso os le haga favorable." Con el mismo título os aclamado en el misterioso libro del Apocalipsis, capítulo 1, *V.* 8°: "Yo soi el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor Dios, que es, y que era y que ha de venir, el *Todo-Poderoso.*"

10. Toda la Santa Escritura está llena de estas expresiones magníficas; toda ella narra y canta el Poder supremo del Altísimo; pero repito, hijos mios, que no se trata de esto, sino mas bien de fijar sus consecuencias.

11. Así se tiene el poder humano al poder divino, como el hombre á Dios, como la creatura al Creador, como el que nace y vive por el querer de un Ser infinito á este Ser mismo. Esto quiere decir que todo lo que hai en nosotros de bueno, de grande y perfecto en su línea, viene de Dios, subsiste por Dios, y acabaria si Dios no lo conservase. Esto hacia decir á San Pablo "que en Dios vivimos, nos movemos y estamos," porque sin aquella vida infinita, no habria vida finita; sin aquella accion permanente del Ser inmutable, no habria movimiento; sin aquella existencia necesaria, no habria existencia transitoria. Luego, si el hombre tal como es viene de Dios, vive por Dios, subsiste por Dios, claro clarísimo es que de la misma procedencia y carácter es cuanto hai en el hombre: inteligencia, razon, voluntad, libertad, poder en suma. Luego en la tierra no hai poder propio, pues todo poder no tiene mas propietario que aquel en quien esencialmente reside: y si no hai poder propio, hijos mios, ni aun este limitado y pequeño que acá se conoce, ¿habria Omnipotencia de ningun género? Esto seria el trastorno absoluto de las cosas.

12. "No hai poder que no venga de Dios," decia San Pablo, y esta verdad que el Apóstol referia entónces al órden público de la sociedad civil, tiene una aplicacion universal. Dirigid los ojos por todas partes, y cuando ya la vista del cuerpo no os alcance, poned el pensamiento donde querais de ese cuadro vastísimo de toda la creacion; buscad en todas partes el poder, y preguntad por su orígen. Comencemos por el mundo físico: ¿véis á sus sabios investigadores aturdirnos con sus declamaciones sobre lo que ellos llaman *poder de la naturaleza?* ¿Véis cómo algunos, pasando desde el entusiasmo hasta el extravío, y de la ponderacion hasta el absurdo, han llegado al extremo de hacer del mundo una eternidad y de la naturaleza un Dios? Pues bien; buscad el orígen

de este poder de la naturaleza, de ese mundo fenomenal, de esa permanente accion de todos los seres físicos. ¿Por qué el Sol nos da el dia, y la Luna disipa dulcemente las tinieblas de la noche? ¿Porqué el agua abastece todas las necesidades de la tierra y cuanto en ella existe y se mueve? ¿Por qué la fuerza de la vegetacion, la reproduccion de las especies, el superabundante abastecimiento de todas las necesidades de la vida física? ¿Por qué, hijos mios? Porque Dios quiere, porque Dios lo ha dispuesto, porque así lo tiene ordenado: no hai mas respuesta; ó ésta ó la nada; ó ésta ó el absurdo; ó ésta ó la contradiccion: en fin, esto nada mas, ó quedarse en tinieblas.

13. Pasando del poder de la naturaleza, ó mas bien del órden permanente que en ella estableció Dios, al poder de la humanidad, y comenzando por el individuo, decidme: ¿por qué podéis lo que podéis? ¿Por qué podéis alimentaros, edificar una casa para vosotros, serviros para vuestros usos de las cosas creadas? Porque Dios os ha dado los medios propios para ello, y os les conserva tambien. Si os quitase los piés, ya no podriais andar; si os quitase las manos, ya no podriais hacer casi nada; si os quitase los ojos, ya no podriais ver; si os quitase los oidos, ya no podriais oir; si os quitase la lengua ya podriais hablar; si os quitase el alimento, no podriais comer: en fin, hijos mios, podéis lo que Dios quiere, y nada mas que lo que Dios quiere.

14. Pasando al poder social, decidme: ¿de dónde viene al padre la magistratura doméstica, sino de Aquel que dijo á todos los que nacen de la mujer: *Obedece á tu padre?* ¿De dónde viene el poder de conservar con derecho el vínculo del matrimonio, sino de Aquel que dijo: *No separe el hombre lo que Dios ha unido?* ¿De dónde nace que el hijo fuerte, valiente, robusto, esté sometido á un padre débil, cobarde y achacoso? No de la naturaleza: luego del Autor de la naturaleza. De esta suerte, hijos mios, véis el poder de Dios en el mismo cuerpo de la familia.

15. La sociedad, amados hijos, como es la reunion ordenada y relacionada de todos los individuos que componen una nacion ó Estado, no puede sin duda tener nada que en sus miembros no se halle contenido, y pues el hombre, ya como individuo ya como familia, no tiene poder propio sino recibido de Dios, tampoco la sociedad humana puede tener poder propio, es decir, poder que de ella emane y á su arbitrio y voluntad subsista: porque decidme: ¿cómo podria venir de ella el poder que la rige, si ella misma existe como efecto, y viene de Dios? Más todavía: el poder es una excelencia, una cosa de grande importancia, y en el mundo lo mas grande que se conoce. Siendo esto así, nada mas natural que el deseo de conservarle ileso, y conservarle para siempre: este deseo existe; á ningun gobierno falta: ¿por qué, pues, el mismo poder público se halla expuesto á tantas vicisitudes? ¿por qué tanto empeño en restringirle? ¿por qué esos nombres de garantías y responsabilidad de una parte, y de represiones, castigos y fuerza física por la otra? Porque el poder no es propio del que le tiene; porque si lo fuese, le conservaria libre de toda traba, de toda insurreccion, y principalmente, que esto es lo mas notable, de toda restriccion política y social. ¿Qué propiedad es ésta que todos disputan, á cada paso combaten y es objeto frecuente de controversia y revoluciones? No nos cansemos, el poder, es decir: la autoridad competente para mandar á los otros, ó no existe sino como un hecho de la fuerza, y en consecuencia violento y precario; ó viene precisa-

mente de Dios. En efecto, hijos mios: todo supone una causa ó una razon legítima para ser ó existir. Dios no tiene causa; pero sí razon de su existencia, pues existe por la necesidad de su naturaleza, y esto se prueba con la misma existencia de todo lo creado; pues lo creado es efecto, y no se da efecto sin causa. En lo creado todo tiene causa, porque todo es efecto.* ¿Hai poder en él? Sí: luego este poder es efecto, y este efecto viene de una causa, y de una causa propia, análoga, del mismo género, especie y naturaleza, y en consecuencia viene de otro poder. ¿Qué poder es este? Aquel que no tenga otro sobre sí, ni ántes de sí, otro de quien haya venido; porque si tuviera otro sobre sí, no sería causa sino efecto, y en consecuencia estaríamos en el mismo caso.

16. Todo poder derivado, es decir, todo poder que no es infinito, es por su naturaleza comunicado con libertad, concedido con restriccion, gobernado por lei, sujeto á la imputacion, esencialmente responsable; y tal es el poder público de la sociedad. Nadie disputa lo primero: dos escuelas hai que difieren sobre el orígen del poder; pero ambas convienen en que no es propia del que la ejerce, sino recibida de otra parte, la potestad pública de los gobiernos: lo mismo sucede con lo segundo; pues por ambas partes está restringido este poder, sin mas diferencia que para unos le restringe la misma sociedad, y para otros Dios. En lo tercero todos están asimismo de acuerdo, sin mas diferencia que la lei regente: pues para unos es la constitucion política, para otros la Lei divina, natural ó positiva. Lo cuarto y quinto son hechos de forzosa consecuencia; pues quien está sujeto á lei, lo está por lo mismo á la imputacion y á la responsabilidad. No habiendo, pues, otra diferencia entre las escuelas políticas que la procedencia del poder, la lei que rige su ejercicio y el inapelable juez que haya de recompensar su buen uso, ó de castigar sus abusos, poco tenemos que andar para fijarnos exclusivamente en Dios; y tan poco, hijos mios, que si no nos fijamos en Dios, nos quedarémos parados sin dar un paso; no hallarémos donde poner la vista; todas serán cuestiones insolubles para nosotros; sustituirá el hecho al derecho, la fuerza brutal á la lei, la nada al ser en la cuestion de la verdad. Porque es preciso no cegarse: donde quiera que se concibe procedencia, límite, sujecion y responsabilidad no hai primacía. Esto supuesto, recorred todo un Estado político, las naciones todas, el tiempo de hoi y los siglos que han precedido, para buscar el poder primitivo que de nada proceda, el poder absoluto que no tenga límites, el poder libre que no tenga lei superior á la voluntad, el poder sin consecuencias morales que no esté sujeto á responsabilidad ninguna, y os fatigaréis en vano; y vuelvo á decirlo: ó os quedáis parados con los ojos abiertos y sin ver nada, ó les quitáis de la tierra para ponerles en el cielo, les quitáis del tiempo para ponerles en la eternidad, les quitáis del hombre para fijarles en Dios. Una vez fijos en Dios, toda oscuridad se disipa, toda confusion desaparece, todo se comprende y se explica; no hai cuestion moral insoluble para el hombre, ni como individuo, ni como familia, ni como sociedad, relativamente al poder. ¿Qué se necesita, para explicar un poder derivado? Un poder sin principio, y este poder es Dios. ¿Qué se necesita para comprender y explicar un poder restringido? Un poder sin límites, universal, eterno, inmenso, es decir, una *Omnipotencia:* pues bien, esta Omnipotencia es Dios. ¿Qué se necesita para explicar y comprender un poder subordinado á una lei superior á la voluntad del que le ejerce?

Un poder absoluto que no tenga lei superior á su voluntad: pues bien, este poder es Dios. ¿Qué se necesita para comprender y explicar un poder exento de toda imputacion é inmune de toda responsabilidad? Un poder infinito, un poder en el cual entren esencialmente cuantas cosas constituyen la perfeccion infinita del poder, y que excluya en consecuencia todo aquello que por acá en la tierra nos hace necesarias la imputacion y la responsabilidad, es decir: los errores, las pasiones, los abusos, el mal. Un poder infinito no yerra, porque tiene la luz infinita de la ciencia y sigue los rectos caminos de la sabiduría: un poder infinito no tiene pasiones, porque entónces estaría dominado y no sería infinito, y porque esencialmente es impasible: finalmente, un poder infinito es incapaz de mal, porque el mal es defecto, debilidad, corrupcion, &c., y en Dios nada de esto cabe. Veis pues, hijos mios, lo diré por la tercera vez, cómo estamos todos en la alternativa indeclinable de reconocer la Omnipotencia como la fuente de todo poder, la vida de todo poder, la subsistencia de todo poder, *(ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia),* ó de quedarnos sin comprender nada, sin explicar nada, sin resolver nada, como un ciego de nacimiento en un torrente de claridad.

17. San Pablo en pocas líneas de su Epístola á los Romanos (cap. XIII.) nos da la doctrina completa del poder público de la sociedad, determinando con maravillosa exactitud los capitales puntos que contiene. "No hai potestad que no venga de Dios, dice, y Dios es el que ha establecido las que hai." (v. 1º) Hé aquí el gran principio, la idea fundamental del poder social; es un poder comunicado por Dios al hombre con los límites propios de su objeto, que es el gobierno temporal, y del sugeto que es una nacion ó Estado. ¿Cuál es la consecuencia que de aquí nace? Que la obediencia y el mando tienen una regla divina. ¿Por qué? Porque si el mando viene de Dios, pues que de él viene todo poder, desobedeciendo á este mando se desobedece á Dios, y en consecuencia, quien tal hace se constituye reo de pena eterna. "Por lo cual, dice el mismo apóstol, (vers. 2º) quien desobedece á las potestades, desobedece á Dios; y en consecuencia, los que tal hacen, son reos de condenacion. ¿Por qué tambien el mando está sujeto á la divina Lei, á la imputacion moral y á la responsabilidad eterna? Porque si este es el ejercicio de un poder comunicado de lo alto á un hombre ó muchos, es decir, á seres inteligentes y libres, los hombres no son dueños del poder que ejercen, puesto que le han recibido; son capaces de abusar de él, puesto que son libres; necesitan por lo mismo regla para obrar y eficacia contra sus abusos. Esta regla es la Lei divina, que ellos conocen como seres inteligentes, que pueden quebrantar ó cumplir como seres libres, con la cual han de compararse sus actos para el premio si la cumplen ó el castigo si la quebrantan. Esta es una regla general de todo el que administra: quien maneja lo que no es propio, maneja lo ajeno, está sujeto á voluntad ajena, tiene de dar cuenta al dueño y de sufrir las consecuencias de su buena ó mala administracion. Bastaba pues el saber que toda potestad viene de Dios, para deducir estas consecuencias. Mas el Apóstol no ha querido contentarse con esto solo: precisa mas y mas sus ideas y en términos claros dice que "el príncipe es un ministro de Dios para el bien; que con este carácter ciñe la espada; que con tal derecho castiga; que sirviendo á los que gobiernan se sirve de Dios,

y en consecuencia necesario es estar sujetos á las supremas potestades, no solo por temor del castigo temporal que ellas imponen, sino tambien por un deber de conciencia."

18. No pasaré adelante, amados hijos; pues me haria interminable, y creo haberos explicado bastante estas palabras de nuestro Símbolo: *Padre Todo-Poderoso*. Habéis visto que la Omnipotencia, sin embargo de ser una perfeccion comun á las tres Divinas Personas, se refiere aquí á solo el Padre, por lei de atribucion; porque al Padre, como primera Persona, se atribuye el poder: que no se ha hecho mencion de los demas atributos divinos, por estar ellos contenidos ó supuestos en la Omnipotencia, y ser la Omnipotencia lo que nos da una idea mas clara y nos inspira un sentimiento mas vivo de la Magestad y Sabiduría de Dios; lo que ejercita la fe y al mismo tiempo funda la esperanza, y mueve, y estimula el espíritu á la caridad, cifrada como virtud en el cumplimiento de la divina Lei: que este atributo es propio de Dios, esencial y necesario en Dios, y de tal manera propio suyo, esencial y necesario, que no hai poder fuera de Dios: que por lo mismo, todo el poder que hai en la creacion, la accion necesaria de la naturaleza y la accion legítima del hombre, ya sobre sí mismo ya sobre los otros, viene de Dios. Estos puntos, aunque reducidos en número son de extension inmensa y comprension profunda; pues bastan á explicar por sí solos, partiendo de la Omnipotencia de Dios, el mundo físico, el mundo moral y el mundo social. No perdáis nunca de vista, hijos mios, este grande y soberano atributo: elevad vuestras almas constantemente á ese Poder soberano sin principio, sin límites, sin restricciones, sin dependencia, sin sujecion, á ese Poder que todo lo hace con un acto de la voluntad, que todo lo sostiene, y en un momento imperceptible puede destruirlo todo. Si vuestro espíritu gime bajo el peso de esas tribulaciones diversas que son el triste patrimonio de la humanidad, decíos para vuestro consuelo, pidiendo á Dios el remedio, lo que el Angel Gabriel á María: "Nada es imposible para Dios:" *Non erit impossibile apud Deum omne verbum* (Luc. I, 37). Cuando el espíritu tentador anuble vuestra mente con la duda, y quiera enflaquecer vuestra esperanza, recordad esta palabra con que el mismo Dios restituyó la tranquilidad á Moysés acongojado por la dificultad suma de mantener á todo un pueblo: "¿Acaso es impotente ó se ha debilitado la mano del Señor?" *Numquid manus Domini invalida est?* (Num. XI, 23). En fin, hijos mios: en vuestros pensamientos, palabras y acciones, en vuestras prosperidades y penas, elevad vuestras almas á ese Dios bueno y suave que cuando aflije y parece desamparar, es para que nos volvamos á él; á ese Ser soberano, á quien ninguno puede decir: "¿qué habéis hecho!" contra cuyo juicio no hai apelacion, ante quien no tendrá defensa el malvado, y á quien nadie podria imputar cosa ninguna aun cuando pereciesen las naciones que hizo; á ese Ser infinito y eterno; único, pues no hai otro; providente y bueno, pues de todos cuida; santísimo en sus fallos, pues nunca se aparta de la justicia; que todo lo dispone en su Sabiduría, cuya virtud suprema es el principio de toda justicia y el apoyo de todo el órden, y en quien está la ciencia, la sabiduría, la bondad y el poder, para que todos andemos por sus caminos, participemos de su santidad, merezcamos bien de su justicia y alcancemos la gloria eterna.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

NOVENA INSTRUCCION.

SOBRE LA CREACION EN GENERAL.

In principio creavit Deus cælum et terram.
En el principio crió Dios el cielo y la tierra.
Genes. cap. I, v. 1.°

1 Si la Omnipotencia de Dios, hijos carísimos, no se manifestase á la razon humana con sus luces propias, ni hubiera sido revelada en la doctrina de la fe, bastaría sin duda derramar la vista por esta vasta multitud de seres que nos rodean, fijarla en el mas imperceptible de sus objetos, y aun reconcentrarla en nosotros, para reconocer con toda claridad la existencia de un poder infinito: porque, si la simple reproduccion de los seres es cosa que se comprende y explica como la accion de las causas segundas, su aparicion, su salida de la nada, por explicarme así, seria imposible de concebirse sin la preexistencia eterna de un Ser necesario á quien bastase declarar su voluntad para que lo que no era, fuese. Por esto el cuadro de la creacion es el argumento vivo de la Omnipotencia, y esta maravilla incomprensible y al mismo tiempo manifiesta, es y ha sido siempre una fuente perenne de las ideas mas elevadas y de los sentimientos mas profundos. Esta independencia, que de nada necesita para producirlo todo, arguye la existencia de la Divinidad, como se explicaba David: "Mi Dios eres tú, porque no tienes necesidad de mis bienes." (Ps. XV, v. 2.) Esas existencias incontables y prodigiosas que nos admiran, salieron de la infinita virtud de una palabra: porque Dios dijo, exclama David, y fueron hechas todas las cosas: él mandó y fueron creadas: con su palabra

"se afirmaron los cielos, y los cielos son obra de sus manos:" *Ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt.* (Ps. XXXII, v. 5.) *Verbo Domini cœli firmati sunt.* (Ps. XXXII, v. 6.) *Opera manuum tuarum sunt cœli.* (Ps. CI, v. 26.)

2. Nada, pues, hijos mios, mas á propósito, despues de haberos hablado de la Omnipotencia de Dios, que tratar de la creacion, obra de este divido atributo. La creacion sigue á la Omnipotencia en el órden con que presenta los dogmas nuestro Símbolo, y por esto nuestro manual catecismo, despues de manifestar que Dios es Todo-Poderoso, "porque con solo querer hace cuanto quiere," afirma que *Dios es Creador, porque lo hizo todo de nada.*

3. Moysés, aquel personaje singular á quien Dios cometió, no solamente la mision elevadísima de gobernar á su pueblo escogido, con la ley que, escrita de sus manos en tablas de piedra, le dió sobre la cumbre del Sinaí, sino tambien el cargo de referir el principio y sucesion de todas las cosas, para que la razon humana tuviese una luz fija, y no anduviese vagando en hipótesis y conjeturas, abre su narracion con este concepto brevísimo pero de insondable profundidad y verdaderamente divino: "En el principio crió Dios el cielo y la tierra:" *In principio creavit Deus cœlum et terram.* El podria decirse que es la noble portada de la sabiduría; pues que por aquí entramos al conocimiento de las cosas, y sin entrar por aquí, andaríamos constantemente fuera de la verdad. Todo empieza en esta primera línea de los Libros de Moysés; todo se ilumina con este torrente de luz, y sin él todo volveria al caos. Reunid, hijos mios, en su expresion mas simple cuanto es y puede ser objeto de la razon humana, y aquí lo veréis todo. ¿Cuál es la gran division de los seres? El Ser increado y el ser creado. El segundo está comprendido en los cielos y en la tierra: luego Moysés abrazó en su primera idea el vasto conjunto de los seres. Despues de esto, ¿qué idea se viene á la mente, si no es la de esa perenne sucesion de seres creados y reproducidos, cuyo movimiento, encerrado en los dos puntos del principio y del término, nos da la idea del tiempo? Pues vedla aquí: Dios, que no tiene tiempo, pues no hai en él punto de partida ni término alguno, y el principio, que pudiéramos llamar generacion del tiempo, encerrados en estas palabras: *Dios, principio.* Despues de esto, ¿á qué atiende la inteligencia sino al vasto conjunto de las relaciones de los seres? ¿y de dónde parten todas ellas sino de la que hai entre Dios y sus obras? ¿y cómo se explican estas sino por la creacion? Ved aquí lo que encierra esta palabra *creavit.* Luego quien dijo: "En el principio crió Dios el cielo y la tierra," hizo una triple revelacion: la del dogma, que liga la creencia; la del orígen, que encabeza la historia; y la de la causa y efecto, que funda la filosofía.

4. Tres cosas hai que considerar, hermanos é hijos carísimos, en el conjunto de los seres que existen fuera de Dios: primera su carácter temporal; segunda su orígen ó modo de ser; tercera su contenido. Pues bien: todo esto se comprende perfectamente bien en el primer versículo del Génesis: lo primero se explica con las palabras *En el principio;* lo segundo con la palabra *creó,* y lo tercero con las palabras *cielo y tierra.* Veamos pues aquí, siguiendo el mismo órden con que se enuncian estas ideas en el texto de Moysés: primero, cómo todo lo que no es Dios, ha sido creado por Dios en el tiempo; segundo, cómo el crear supone que lo creado sea posible, y qué se ha de entender cuando se dice que Dios *sacó las cosas de la nada;* tercero, cómo en las palabras *cielo y tierra* está comprendida toda la creacion. Estadme pues atentos.

I.

5. Hablando de la existencia de Dios, tuve ocasion de inculcaros que, como Ser necesario, es eterno; y la eternidad es un atributo de Dios, tan exclusivo y propio suyo, que de tenerle otro, habria otro Dios; lo cual seria suficiente para que ninguno lo fuese. Luego el primer carácter distintivo entre el Ser necesario y el ser contingente, es el que tienen respectivamente entre sí, para distinguirse bien y no confundirse jamas, la eternidad y el tiempo. Hé aquí la razon por qué la primera palabra de este dogma tiende á inculcar dicha diferencia en el hecho de decir *en el principio.* Notad, hijos mios, con la mayor escrupulosidad estas voces. ¿Qué quiere decir *principio*? El acto de comenzar, el acto de empezar. Luego lo que comienza no existia ántes, no era ántes; porque si ántes hubiera existido, si ántes hubiera sido, tambien ántes habria comenzado; y si siempre hubiera existido, si siempre hubiera sido, nunca hubiera comenzado. Luego comenzar es lo mismo que ser lo que no era. Esto es tan exacto, que los mismos ateos, es decir, aquellos que niegan y combaten la existencia de un Dios, estrechados fuertemente á confesarla en vista del universo, han recurrido á uno de dos medios para evadirse de la dificultad y salir con su intento. El primero de estos medios fué negarlo todo, decir que nada hai verdadero, nada cierto, nada existente ni aun posible: esta clase de hombres, para quitar á Dios, acabaron con todo, y eran sin duda mas consecuentes en su extraña manía, que otro linaje de ateos, porque destruyéndolo todo para negar á Dios, tácitamente confesaban que sin Dios nada se explica ni comprende. Los otros apelaron al arbitrio de darle á la materia una eternidad, afirmando que no tuvo principio; porque de esta suerte se libraban en su concepto de admitir un Dios, ya como un principio indispensable para explicarlo todo, ya como una consecuencia lógica de cuanto existe. No era posible, sin embargo, que subsistiese en el mundo de la inteligencia, ni el pirronismo universal, que todo lo niega, ni el ateismo que todo lo declara eterno para borrar la imágen del único que lo es. Mas como, derrotados en este campo, no abandonaban la idea, los enemigos de Dios fueron á buscar en el sistema de insidiosas concesiones nuevas armas para combatir la verdad fundamental, nuevos medios de ataque. ¿Cuáles son estos? Los principales son dos: primero, decir, "hai necesidad de causa eterna para explicar todo efecto temporal en su procedencia primitiva; pero puede haber y de facto hai dos principios coeternos y necesarios:" el segundo es este: "el mundo es producido, pero no de un ser sustancial y separadamente diverso de él: el mundo es á su autor como el modo á la sustancia: es una emanacion de la sustancia divina." El primero de estos sistemas es el *Dualismo;* el segundo es el *Panteismo.* Un sistema divide al Dios que confiesa, para destruir al Dios que existe; el otro le indentifica con la creacion, para que desaparezca en ese fondo de tinieblas consiguiente á una confusion tan monstruosa.

6. En mi quinta instruccion sobre esta primera parte relaté uno y otro sistema: el

dualismo, probando la unicidad de Dios, manifestando que dos principios iguales y diversos juntos son mas que uno separado, así como cuatro es mas que sus mitades iguales y distintas representadas en dos y dos; lo cual me dió por consecuencia, y es la que han sacado todos los filósofos, que el dualismo destruye no solamente la unidad, sino tambien la esencia del Ser necesario.

7. En cuanto al otro sistema, oid lo que nos dice al propósito un sabio escritor moderno. "Si hai un principio claro en nuestra razon es el siguiente: los modos de una sustancia participan de las cualidades inherentes á ella, puesto que son la misma sustancia modificada de cierta manera. Siendo necesaria é infinita la sustancia divina, todos sus modos deben ser necesarios é infinitos como ella. Apartemos desde luego la idea de que la sustancia divina pueda ser al mismo tiempo finita é infinita; infinita en Dios, finita en el mundo. Apelo á vuestra razon y á vuestra conciencia; ¿podéis concebir que una misma sustancia sea al mismo tiempo limitada é ilimitada, finita é infinita? Contradiccion y absurdo seria afirmar esta simultaneidad de existencias que se excluyen. Si el mundo pertenece á la esencia divina, debe ser rigurosa y necesariamente infinito. Pero entónces es preciso trasladar al mundo todas las nociones y caractéres de lo infinito; es preciso decir que el tiempo es eterno, que lo contingente es necesario, que lo relativo es absoluto, y que la multiplicidad es la unidad. Dejemos pasar todas estas contradicciones que insultan al sentido humano y á la lógica. Es necesario ir mas adelante; es necesario decir que el mundo existe de suyo, que existe por sí y que es su misma causa. Participando de la sustancia divina, posee necesariamente este último atributo. Tenemos, pues, un mundo necesariamente infinito."

8. "Por otra parte, la causa del mundo no puede ser inferior á su efecto, ni menor que su efecto; luego será inevitablemente una, absoluta, eterna, inmutable, infinita. Así llegamos á dos infinitos, á un dios causa, á un dios mundo, á dos dioses, es decir: á una contradiccion monstruosa y subversiva de toda razon." [1]

9. Resulta de lo dicho, hijos mios, que Moysés al escribir estas palabras, *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, no solamente desempeñó el cargo de historiador, sino que derramó toda la luz de la ciencia sobre el vasto conjunto de los seres, y lanzó, digámoslo así, una mirada profética sobre todos los siglos, previniendo y refutando cuantos errores habian de levantarse contra la verdad que asienta y explica en la primera página de su libro. En efecto: ¿hubo un principio? Luego hai un tiempo. ¿Hai un tiempo? luego hubo principio; porque no puede concebirse sin principio el tiempo. ¿El principio es una realidad? luego el mundo comenzó, y ántes no era. ¿Es una quimera? luego no hai principio, no hai tiempo, no hai sucesion, no hai vida, no hai muerte, y entónces el universo, el hombre, el pensamiento no son, vuelven á la nada. Demos otro paso. ¿Dios crió en el principio el cielo y la tierra? Luego ántes de haber principio, cielo y tierra, habia Dios. ¿El cielo y la tierra comprenden los seres que existen, y el principio representa el tiempo? Luego Dios es ántes de toda existencia y de todo tiempo: luego Dios no es la existencia creada, Dios no es el tiempo: luego ni la existencia

1 MANET. Creacion del universo por Dios, deducida por la razon y sacada de la existencia, esencia y perfecciones infinitas.

creada es eterna, ni Dios es el mundo, ni el mundo es un modo de ser de la Divinidad. Luego ni la materia es eterna, ni hai dos principios eternos, ni el mundo es un modo de la sustancia eterna. Luego la creacion, que la fe nos revela como un dogma, es el hecho de haber sacado de la nada el Ser infinito al ser limitado, el Ser eterno al ser temporal, el Creador á la creatura.

II.

10. Mas como para dar á entender la creacion, decimos que es el acto de *sacar de la nada* cuanto existe, los ateos, que de todo se aprovechan, quisieron luego poner al dogma en contradiccion abierta con las verdades mas incontestables y evidentes de la filosofía. Cuenta ésta entre sus primeros principios uno generalmente reconocido: vedle aquí: "De la nada, nada." *(Ex nihilo, nihil.)* ¿Qué quiere decir esto? Que de la nada nada puede salir, nada puede hacerse, nada puede ni aun concebirse; y todo esto, hijos mios, es una verdad: porque la nada no es un ser, la nada no es una idea, la nada no es una posibilidad; la nada es una palabra que está en los idiomas supletoriamente, pero que no representa idea ni objeto directo: es el *no* que niega, es negacion de ser y de posibilidad, es lo que decimos para dar á entender lo que no es, lo que no puede ser: sin el ser y la posibilidad ni aun la palabra *nada* estaria en los idiomas; pues en tanto la usamos, en cuanto conocemos el ser y alguna posibilidad, y queremos explicar el *no ser* y la *no posibilidad*. El axioma, pues, "de la nada, nada," *(ex nihilo, nihil)*, no puede ser ni mas verdadero, ni mas claro, ni mas evidente: le admiten por igual el historiador, el filósofo y el teólogo; porque en historia, en filosofía y en teología se trata de lo existente y posible, y hai necesidad con frecuencia de decir lo que no es existente ni posible, lo cual se explica con la palabra *nada*. Pero lo que no puede ni debe admitirse, bajo respecto alguno, es la falsa interpretacion que los ateistas han dado á las palabras enunciativas del dogma de la creacion. Cuando decimos que Dios creó ó sacó el mundo de la *nada*, no queremos dar á entender que la *nada* sea un ser, sea una posibilidad; no suponemos que le haya servido á Dios la *nada* como de materia para hacer el mundo, del mismo modo que á un carpintero le sirve una viga para construir un mueble, no; nada de esto: lo que queremos dar á entender es que lo que ántes no era, fué por la voluntad omnipotente de Dios; "que Dios, como se explica el Salmista," dijo, y todo fué hecho; mandó, y todo fué creado," *(Ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt)* no pasamos de aquí. ¿Por qué pues nos valemos de la palabra *nada*? Porque es muí usual, muí comun, muí vulgar, muí repetida y entendida de todos, y porque con ella nos damos bien á entender á los fieles cuando les decimos cómo Dios creó todas las cosas, y les explicamos este acto manifestándoles que el crear es hacer que lo que no era, sea; que lo que no existia, exista: esto es todo.

11. Mas, ya que á tanto nos obliga la perdurable sofistería de los incrédulos, no será fuera de propósito probar aquí el medio de darles á entender de algun modo la maravillosa concordia de la filosofía con el dogma, tratándose de la creacion, por medio de algunos símiles ó comparaciones que, aunque imperfectos, dan siempre alguna luz.

12. He dicho que Dios no sacó ninguna cosa de la *nada* en el absurdo supuesto de que la *nada* fuese alguna materia primitiva; porque Dios no hace, ni puede hacer tampoco lo que es intrínseca y esencialmente repugnante, y porque nada mas contrario á la verdadera ciencia, á la verdadera sabiduría y al perfecto poder, que lo que repugna, lo monstruoso, lo chocante, lo contradictorio son al mismo sentido comun: solo un insensato, solo un necio pudiera suponer semejante absurdo. No, vuelvo á repetirlo: cuando decimos que Dios sacó al mundo de la nada, ni creemos que la nada fuese un ser preexistente, ni suponemos que lo creado hubiese dejado de estar en Dios de alguna manera. Si nada quiere decir *no ser;* si nada quiere decir *no* posibilidad; ¿cómo podriamos suponer que la nada fuese una materia prima, cuando entónces al mismo tiempo supondriamos *ser* y *no ser, posibilidad é imposibilidad?* Esto seria un absurdo, un monstruo de palabra y pensamiento; esto nunca podria pasarse. ¿Qué hai pues en la realidad? Que lo que no existia, existió: no pasemos de aquí. Mas lo que existió en el tiempo, ¿empezó á ser conocido de Dios tambien en el tiempo? No, hijos mios: en Dios no hai tiempo, en Dios nada empieza, en Dios todo es eterno. Luego lo que existió en el tiempo, de algun modo estaba en Dios desde la eternidad. ¿De qué modo estaba? ¿como existente acaso? No: porque decir esto, seria una contradiccion. ¿De qué modo estaba pues? No como existente, sino como *existible:* (me permito esta palabra nueva, por su precision.) ¿Cómo una cosa es existible? En sus elementos y atributos esenciales, en su esencia, en su posibilidad. Para que una cosa exista, es indispensable que pueda existir; para que pueda existir, es preciso que haya elementos esenciales que, reunidos y puestos en acto, hagan existencia. Pues bien: nada de lo que existe deja de tener estos elementos, y pues todo lo que existe fuera de Dios ha comenzado, los elementos de las cosas que comienzan, existen ántes de su principio, existen ántes de todo tiempo: y como mas allá del tiempo solo hai eternidad, clarísimo es que las esencias y principios constitutivos de todas las cosas creadas son al mismo tiempo reales y eternas. ¿Dónde estaban, pues, ántes que las cosas existiesen? En donde está lo eterno, es decir, en Dios; porque solo Dios es eterno. Luego, aunque las cosas creadas hayan pasado al ser por la infinita eficacia de la palabra de Dios, no por esto pueden ni deben confundirse de ningun modo con la nada ántes de ser: pues eran vistas de Dios, y por consiguiente, sus atributos constitutivos, su esencia, estaban en Dios; en cuyo caso el acto de la creacion viene á ser el mandato de que existan las cosas que son posibles. Figuraos, hijos mios, que Dios os permite fijar una mirada en su entendimiento infinito tal cual pueda suponerse ántes de la creacion. Este entendimiento no está vacío; lo infinito está en él: allí estaba el mundo, allí estábamos vosotros y yo ántes de nacer. Figuraos un mundo inmenso de posibilidades, un mundo inmenso de esencialidad, millares de mundos; porque nadie fuera de Dios puede alcanzar á medir lo posible. Entre aquellos mundos que allí véis, está este globo que habitamos y cuanto llamamos *universo:* figuraos pues, que en aquel momento, si así puedo decirlo, en que no habia dia, ni tiempo, una palabra desprendida de los labios del Altísimo resuena en el fondo de su eternidad; una palabra que dice, señalando con el dedo, digámoslo así, este mundo, esta tierra, estos cielos, que allí estaban entónces ántes de ser creados, y estaban entre multitud incontable de mundos: *Haya cielos y tierra;* y que al resonar de ella, brotó la creacion. ¿Cómo entender esto? De esta manera, hijos mios; como si Dios, fijando su mirada en una de tantas cosas posibles que desde la eternidad existen en su mente divina, hubiese dicho á este cielo y á esta tierra: *Cielo y tierra, pasad ahora mismo de la posibilidad al ser:* "mandó y todo fué creado:" *Ipse mandavit et creata sunt.* Así entenderéis mejor la creacion. Despues de esto bien me podréis contestar unas cuantas preguntas. ¿El mundo es eterno? No, porque tuvo principio, como lo narra Moysés y lo convence la misma razon. ¿Por qué existe el mundo? Por la voluntad de Dios. ¿Cómo existe? Por su palabra: *Ipse dixit et facta sunt.* ¿Existia ántes? No, porque entónces no habria tenido principio. ¿Y ántes de existir era desconocido para Dios? No, porque Dios lo conoce todo, y lo conoce eternamente. ¿Puede Dios tener un conocimiento sin objeto? No, porque todo conocimiento supone facultad que conozca y cosa conocida por ella. Luego, ¿las cosas que ántes no existian, han estado siempre en Dios? Sí. ¿Como existentes? No. ¿Cómo estaban pues? Como existibles. ¿Qué quiere decir esto? Como capaces de existir, como posibles, en suma. ¿Qué entendéis pues, cuando al preguntar: *¿Cómo es Dios Creador?* se os responde: *Porque lo hizo todo de nada?* Que lo que ántes no era, fué; y que si fué lo que ántes no era, es porque podia ser, por quecra posible; y que, si como existe realmente comenzó en el tiempo, como posible y en su esencia está eternamente en Dios.

13. Pero, ¿cómo comprender este acto de la Divinidad, este sacar las cosas de la nada, ó mas bien, este hacer pasar la posibilidad á la existencia, por la eficacia infinita de una palabra? Esto, hijos mios, es precisamente lo que constituye el arcano, el misterio, el dogma en su impenetrable fondo. Léjos de nosotros el temerario empeño de penetrar en ese abismo sagrado, de querer neciamente descorrer ó despedazar los angustos velos que nos ocultan la eterna claridad de los dogmas. "El escudriñador de la Ma- "gestad, dice las Proverbios (cap. XXV) será oprimido de la gloria." Mas, las tinieblas propias del misterio no disminuyen absolutamente ni en un ápice la evidentísima luz de su verdad; pues él, como todos nuestros dogmas, tiene una claridad extrínseca que nos garantiza su verdad y asegura nuestra creencia.

14. Sin necesidad pues, hijos mios, de dar mayor latitud á mi explicacion, lo que os he dicho basta para fijar exactamente el sentido de este dogma católico. Dios es Criador del mundo en un sentido absoluto y no relativo: crió el cielo y la tierra, no como el hombre y los animales crian á sus hijos, no como un artífice construye su obra, no como el ingenio humano combina sus ideas al producir sus obras, al inventar ó descubrir, no; sino por el poder infinito de su palabra, por la eficacia infinita de su voluntad, y en consecuencia solo Dios, propiamente hablando, es Creador. Veamos ahora cómo lo es de todo, y cómo este todo se halla contenido en las palabras *cielo* y *tierra*.

III.

15. Despues de lo que os llevo explicado, amados hijos, en la primera y segunda parte de esta instruccion, poco tengo que añadir para demostraros cómo en las palabras *cielo* y *tierra* están comprendidas todas las cosas creadas: porque, habiendo co-

menzado por separar á Dios de sus obras al daros á entender en general los tres puntos comprendidos en el primer versículo del Génesis, claro es que, no siendo lo creado ni Dios, pues Dios es Creador y no creatura; ni el principio, pues esto indica el tiempo en que comenzó la creatura, y no significa la creatura misma; ni el acto de crear, pues este es la accion de Dios, y no precisamente el efecto de esta accion, es claro clarísimo que el conjunto de los seres creados ha sido comprendido por el Génesis en las palabras *cielo y tierra*. Pero á mayor abundamiento adelantaré aun algunas explicaciones sobre este punto, para fijar mejor el sentido y determinar mas exactamente la comprension de aquellas palabras.

16. El primer Libro de las Santas Escrituras lleva precisamente el nombre de *Génesis*, porque en él se manifiesta el orígen y procedencia del mundo, el nacimiento del género humano y la historia por excelencia de la creacion. Ahora bien: pues que aquí consta ésta referida como un hecho histórico, y á esta relacion nos conduce la fe con su doctrina cuando nos enseña cómo es Dios Creador, mui natural es suponer que no faltaria Moysés á darnos íntegramente la historia, por lo ménos en general, de todo lo creado; y en consecuencia, que quiso comprenderlo todo en la primera enunciacion con que abre su historia. Por otra parte, todo el Antiguo Testamento se refiere al Génesis cuando se trata del orígen de las cosas: de lo cual se infiere que todas las cosas creadas mencionadas en los Sagrados Libros deben estar de alguna manera comprendidas en el Génesis. Ahora bien: es notorio que en el Antiguo Testamento se habla, no solamente de este mundo material y del hombre, sino tambien de los ángeles como creaturas, lo cual da motivo para suponerlos comprendidos en una de las dos grandes categorías en que Moysés distribuye la creacion. Este era el sentir de Orígenes.

17. En segundo lugar, ¿qué objeto se propuso Moysés al comenzar su historia con estas palabras tan generales: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra?* Oigamos lo que dice á este propósito el sabio Scio, anotando las palabras que acabo de citar. Quiso decir con esto, que "ántes que Dios hubiera hecho ninguna otra cosa, lo primero que crió fueron los cielos y la tierra." Luego de esta nota, perfecta y universalmente bien recibida, se infiere rectamente que las palabras *cielo y tierra* comprenden todo lo criado, porque si ántes de Dios no habia nada creado, y cuanto relata Moysés á continuacion está comprendido en el cielo y en la tierra, clarísimo es que no habia creatura ninguna fuera de los cielos y la tierra. Muestra Moysés, además, por medio de esta expresion *en el principio*, confirma el citado comentador, "que el mundo no es eterno, como pretendieron algunos filósofos antiguos; sino que, no habiendo sido ántes, tuvo principio, y comenzó á ser cuando el Señor, por medio de su sola palabra y solo por el motivo de su libre voluntad, sin que nadie le obligase á ello, quiso sacarle de la nada." Este concepto rigorosamente canónico, pues que se halla consignado en el capítulo *Firmiter* del cuarto Concilio de Letran, prueba tambien la exactitud de mi aserto sobre que todo ha quedado comprendido de alguna manera en el primer versículo del Génesis. Es un hecho que este lugar de la Santa Escritura corta de raíz todos los errores dichos y cuantos de ellos pudieran originarse; y pues ha sido inspirada por Dios para los mas altos fines, es natural inferir que no dejó hueco ninguno que pudiera servir de pretexto á los

enemigos de la verdad histórica. ¿Y sucederia esto, si hubiese quedado fuera, digámoslo así, alguna otra creatura? No por cierto: pues aunque sin la narracion del Génesis no faltarian argumentos para batir á los que pretendiesen eternizar cosa que no fuese Dios; habria sido mui lamentable que no se hubiese comprendido por el historiador sagrado, ya directa, ya indirectamente, ya en general, ya en particular, en alguna de sus expresiones, al enseñar el orígen de las cosas.

18. Observemos qué ahora, con la palabra *cielo*, se significa no solamente lo que hai en las alturas, ese conjunto de mundos visibles que giran en el espacio, sino tambien la residencia de la Magestad Divina y los espíritus creados que allí le dan honra y gloria. Cuando el Profeta Rei, admirando el nombre y la dominacion del Señor dice con tanta verdad como grandeza: "Tu magnificencia se ha elevado sobre los cielos," es como si hubiera dicho, segun la oportuna observacion del autor citado: "Vos habéis puesto el Trono de vuestra Magestad en lo mas encumbrado de los cielos." Aquel cielo donde á Pablo se le manifestó: "lo que el ojo no vió, lo que el oido no oyó, ni pasó á hombre por pensamiento," es, hijos mios, la residencia de Dios: allí es donde entendemos que mas particularmente está, cuando le decimos: "Padre nuestro, que estás en los cielos:" Pues bien, hijos mios, extendiendo hasta acá el significado de la palabra *cielo*, nos persuadirémos mejor de que en el cielo y en la tierra se comprenden todas las cosas creadas. No hai mas que el Ser increado y el ser creado. Ahora bien: Dios está en todas partes; pero en el cielo se manifiesta mas particularmente: los condenados, cuando bajaron al infierno, habian estado en otra parte; los niños del Limbo, ántes de bajar allí, habian estado en la tierra; los que residian en aquel inmenso depósito donde estaban las almas de los justos de la antigua Ley, habian estado ántes en la tierra. Luego, tratándose de las creaturas como creaturas, y no en sus ulteriores destinos, es claro clarísimo que se hallan comprendidas todas en los cielos y en la tierra.

19. Mas para remover hasta el último pretexto de cavilacion, nuestra Madre la Iglesia en el Concilio de Nicéa agregó, no como dogma nuevo, sino con el carácter de mayor explicacion á las palabras del Símbolo de los apóstoles: "Creador del cielo y de "la tierra," estas otras, que fijan perfectamente el sentido de este dogma: *y de todas las cosas visibles é invisibles.*

20. No me extenderé mas, hijos mios, en este punto, porque ya he dicho lo bastante. Mas, para concluir la presente instruccion, será mui conveniente haceros notar las principales consecuencias que se deducen de lo explicado.

21. La primera es, que todas las cosas fuera de Dios fueron creadas por Dios en el tiempo, y que este acto de crear fué el de haberlas sacado de la nada, no como de una materia preexistente, sino en cuanto á que ántes no existian, y si existieron fué porque eran posibles, y por un efecto de la voluntad divina que quiso que existiesen.

22. Lo segundo que se infiere de lo que os llevo explicado, es, que la creacion fué una obra libre de la voluntad divina, de manera que si Dios creó el cielo y la tierra, fué porque quiso, y solo porque quiso; y si lo quiso, fué por un efecto de su bondad infinita, y para bien.

23. Lo tercero que se infiere de la doctrina expuesta, es, que no sacó Dios al mundo

de su propia sustancia, ni el mundo es una emanacion del Ser divino, ni un modo de la sustancia eterna; sino una cosa distinta y diversa esencialmente de Dios.

24. Lo cuarto que se infiere rectamente de lo dicho, es, que todo lo que no es Dios; es decir: todo lo contenido en el cielo y la tierra; los ángeles, los hombres y todos los seres que abraza el universo, han venido de Dios, y no de otro ser, ni de sí mismos: que han venido por creacion propiamente dicha, y no de otra manera; es decir: por un efecto de la voluntad divina que quiso, y con solo esto existieron todas las cosas que ántes no existian.

25. Lo quinto que se infiere de la doctrina explicada, es, que la creacion es obra comun de las tres Divinas Personas; pues es obra de Dios en cuanto Dios, y por lo mismo, como el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, la creacion es obra comun del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Mas como hai cosas que, aunque comunes á las tres Divinas Personas, sin dejar de serlo, se atribuyen especialmente á una; como la creacion es obra de poder, y el poder se atribuye al Padre, por esto se dice de solo el Padre: *Creador del cielo y de la tierra.*

26. Como la creacion representa un pensamiento perfectísimo, un designio excelente, una bondad incontestable y un poder sin límites, lo sexto que se infiere de lo explicado, es, que la sabiduría, el poder y la bondad son el sello de todas las obras de Dios.

27. Mas las cosas creadas no solo necesitaron de esta sabiduría, de este poder y bondad para existir; sino que no pueden ciertamente permanecer, conservarse, subsistir sin Dios; y por esto leemos en el capítulo XVII, V. 28 del libro de los "Hechos apostólicos, que, "en Dios vivimos, nos movemos y estamos."

28. Ved pues, hijos mios, cuán íntimamente ligados nos hallamos con esta causa infinita: cómo somos una obra suya, solo suya y siempre suya; cómo cada momento de nuestra vida y de la vida de todo es una especie de creacion. ¡Cuánto le debemos como Creador del cielo y de la tierra! ¡Qué señalada muestra de bondad y predileccion es la de habernos colocado al frente de todo el universo físico, y hecho que todo sirviese para nuestro bien y comodidad! ¡Cuánto importa en la balanza del reconocimiento la maravillosa economía de nuestro ser, que resume, digámoslo así, á toda la creacion! ¡Y serán estériles estos conocimientos, infructuosas estas nociones, inútiles estos vínculos estrechos que nos unen á Dios? ¡El habernos dotado de libertad será motivo para que volvamos las espaldas, digámoslo así, á ese principio infinito, á ese Soberano de todo, á ese Ser augusto y santo, que nos ha dado el ser y nos conserva, quebrantando su ley y renunciando á nuestra felicidad! No lo permita jamas, no: sino ántes bien, que se apodere con su gracia de nosotros, que nos defienda de toda tentacion, que se nos presente de continuo, y llene todo nuestro pensamiento, y domine nuestra voluntad, y sea el objeto exclusivo de nosotros durante la vida presente, y nuestro perdurable gozo en la eternidad.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CREACION DE LOS ANGELES, SU NATURALEZA, SUS GERARQUIAS Y SUS MINISTERIOS.

Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hæreditatem capiunt salutis!

¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados, para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?

Hebr. cap. I, v. 14.

1 Despues de haberos hablado, hijos mios, de la creacion en general, considerada como un dogma de nuestra fe, debo tratar, si bien con la brevedad que exigen esta clase de instrucciones, sobre la misma creacion en particular considerada históricamente, con el fin de manifestaros las grandes categorías en que se hallan distribuidos todos los seres creados. Hablando del hombre, os he dicho varias veces que puede ser considerado como un resúmen de toda la creacion; pues que siendo cuerpo y alma, tiene de los dos grandes géneros en que aquella se divide, que son espíritus y cuerpos. Hai tres categorías de seres creados: primera, la de los ángeles, que son puros espíritus; segunda, la del mundo físico, compuesto de sustancias corpóreas, aunque distribuidas entre cuerpos sin vida ni movimiento, cuerpos que vegetan como son las plantas, y cuerpos animados, que son los animales; la tercera clase la compone el hombre que, como sabéis, consta de cuerpo y alma, y participa en consecuencia de todas las otras naturalezas. Para seguir, pues, metódicamente la escala que acabo de trazar, debo hablaros: primero de los ángeles; segundo del mundo; tercero del hombre. Este órden sigue el del tiempo, y asimismo el de las ideas; mas no el de la gerarquía. Sigue el del tiempo en razon de que, segun la opinion mas general y el concepto que naturalmente se forma con

de su propia sustancia, ni el mundo es una emanacion del Ser divino, ni un modo de la sustancia eterna; sino una cosa distinta y diversa esencialmente de Dios.

24. Lo cuarto que se infiere rectamente de lo dicho, es, que todo lo que no es Dios; es decir: todo lo contenido en el cielo y la tierra; los ángeles, los hombres y todos los seres que abraza el universo, han venido de Dios, y no de otro ser, ni de sí mismos: que han venido por creacion propiamente dicha, y no de otra manera; es decir: por un efecto de la voluntad divina que quiso, y con solo esto existieron todas las cosas que ántes no existian.

25. Lo quinto que se infiere de la doctrina explicada, es, que la creacion es obra comun de las tres Divinas Personas; pues es obra de Dios en cuanto Dios, y por lo mismo, como el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, la creacion es obra comun del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Mas como hai cosas que, aunque comunes á las tres Divinas Personas, sin dejar de serlo, se atribuyen especialmente á una; como la creacion es obra de poder, y el poder se atribuye al Padre, por esto se dice de solo el Padre: *Creador del cielo y de la tierra.*

26. Como la creacion representa un pensamiento perfectísimo, un designio excelente, una bondad incontestable y un poder sin límites, lo sexto que se infiere de lo explicado, es, que la sabiduría, el poder y la bondad son el sello de todas las obras de Dios.

27. Mas las cosas creadas no solo necesitaron de esta sabiduría, de este poder y bondad para existir; sino que no pueden ciertamente permanecer, conservarse, subsistir sin Dios; y por esto leemos en el capítulo XVII, V. 28 del libro de los "Hechos apostólicos, que, "en Dios vivimos, nos movemos y estamos."

28. Ved pues, hijos mios, cuán íntimamente ligados nos hallamos con esta causa infinita: cómo somos una obra suya, solo suya y siempre suya; cómo cada momento de nuestra vida y de la vida de todo es una especie de creacion. ¡Cuánto le debemos como Creador del cielo y de la tierra! ¡Qué señalada muestra de bondad y predileccion es la de habernos colocado al frente de todo el universo físico, y hecho que todo sirviese para nuestro bien y comodidad! ¡Cuánto importa en la balanza del reconocimiento la maravillosa economía de nuestro ser, que resume, digámoslo así, á toda la creacion! ¡Y serán estériles estos conocimientos, infructuosas estas nociones, inútiles estos vínculos estrechos que nos unen á Dios? ¡El habernos dotado de libertad será motivo para que volvamos las espaldas, digámoslo así, á ese principio infinito, á ese Soberano de todo, á ese Ser augusto y santo, que nos ha dado el ser y nos conserva, quebrantando su ley y renunciando á nuestra felicidad! No lo permita jamas, no: sino ántes bien, que se apodere con su gracia de nosotros, que nos defienda de toda tentacion, que se nos presente de continuo, y llene todo nuestro pensamiento, y domine nuestra voluntad, y sea el objeto exclusivo de nosotros durante la vida presente, y nuestro perdurable gozo en la eternidad.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CREACION DE LOS ANGELES, SU NATURALEZA, SUS GERARQUIAS Y SUS MINISTERIOS.

Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hæreditatem capiunt salutis!

¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados, para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?

Hebr. cap. I, v. 14.

1 Despues de haberos hablado, hijos mios, de la creacion en general, considerada como un dogma de nuestra fe, debo tratar, si bien con la brevedad que exigen esta clase de instrucciones, sobre la misma creacion en particular considerada históricamente, con el fin de manifestaros las grandes categorías en que se hallan distribuidos todos los seres creados. Hablando del hombre, os he dicho varias veces que puede ser considerado como un resúmen de toda la creacion; pues que siendo cuerpo y alma, tiene de los dos grandes géneros en que aquella se divide, que son espíritus y cuerpos. Hai tres categorías de seres creados: primera, la de los ángeles, que son puros espíritus; segunda, la del mundo físico, compuesto de sustancias corpóreas, aunque distribuidas entre cuerpos sin vida ni movimiento, cuerpos que vegetan como son las plantas, y cuerpos animados, que son los animales; la tercera clase la compone el hombre que, como sabéis, consta de cuerpo y alma, y participa en consecuencia de todas las otras naturalezas. Para seguir, pues, metódicamente la escala que acabo de trazar, debo hablaros: primero de los ángeles; segundo del mundo; tercero del hombre. Este órden sigue el del tiempo, y asimismo el de las ideas; mas no el de la gerarquía. Sigue el del tiempo en razon de que, segun la opinion mas general y el concepto que naturalmente se forma con

la lectura del Génesis, las primeras creaturas de Dios fueron los ángeles: despues de ellos vino al ser por la palabra de Dios el universo físico, es decir, el conjunto de los cuerpos con sus diferentes géneros y especies; y despues de todo el hombre. Síguese tambien el órden de las ideas, porque siendo el hombre un ser compuesto de alma y cuerpo, su naturaleza, para ser bien conocida, exige nociones competentes acerca del espíritu y de la materia. Mas no se observa el órden en que estas tres clases deben colocarse por razon de su excelencia; porque siendo el hombre inferior al ángel y superior á la materia, ocupa el segundo y no el tercer lugar en la escala de la creacion.

2. Visto pues, hijos mios, el motivo que tengo para tratar en primer lugar de los ángeles, en segundo del universo físico, y en tercero del hombre, y no pudiendo abarcar estas tres categorías en un solo discurso, me limitaré por hoi á tratar únicamente de los ángeles.

3. *¿Qué cosa son los ángeles?* pregunta nuestro catecismo, y responde: *Espíritus soberanos que están á Dios alabando. ¿De qué le sirven á mas de esto?* vuelve á preguntar, y responde: *De guardar á los hombres y de traer y llevar á Dios recados suyos.* Ved aquí los dos puntos de vista mas generales bajo que pueden considerarse los ángeles. El mismo apóstol San Pablo, aludiendo á ellos se reduce á las mismas ideas: hablando á los Hebreos de Jesucristo Señor nuestro, con el fin de manifestarles su infinita superioridad sobre todas las creaturas, y despues de tocar varios puntos conducentes á lo mismo, dice, para mostrar que Jesucristo es superior á los mismos ángeles, que jamas dijo á ninguno de ellos el Señor: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoi:" ó tambien como leemos en el salmo CIX. "Siéntate á mi diestra, miéntras tanto que "pongo á tus enemigos por tarima de tus piés:" luego continúa diciendo con relacion á los ángeles: "¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de ser- "vidores enviados para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los he- "rederos de la salud!" *Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos, qui hæreditatem capient salutis?* Estas palabras manifiestan: en primer lugar, que los ángeles son unos espíritus creados; en segundo, que han sido creados para ejercer ciertos ministerios; y por último, que su ministerio está distribuido entre el servicio inmediato de Dios y el provecho de los hombres: ideas enteramente conformes con las de nuestro catecismo, donde leemos: en primer lugar que los ángeles son unos espíritus soberanos, es decir, superiores á todas las puras creaturas; en segundo, que están adictos al servicio inmediato de Dios; y en tercero, encargados de guardar á los hombres y conducir á Dios sus oraciones. Voi pues á manifestaros aquí en primer lugar lo que son los ángeles en sí mismos; en segundo, lo que son respecto de Dios, y por último, lo que son para con los hombres.

I.

4. Escusado me parece, amados hijos, empeñarme aquí en demostraros que los ángeles han sido creados por Dios, porque las pruebas que di sobre la existencia del Ser Supremo y su esencialísima Unidad, sobre el carácter del dogma de la creacion, lo esencial que es el ser contingente ó efecto á cuanto no es Dios, basta para concluir de la simple existencia que todo lo que no es él, indispensable y precisamente fué creado por él. No habla Moysés, es verdad, singularmente de los ángeles; pero los comprende sin duda en la primera línea de su historia, cuando dice: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra.* Este versículo, como ya os lo expliqué, reune todo el dogma, toda la historia y toda la filosofía de la creacion. En las palabras *cielo* y *tierra* lo comprende todo. ¿Porqué la segunda? Porque la historia no es mas que la narracion fiel y ordenada de cuanto pasa en el tiempo: tiene un principio, se refiere á hechos, señala su procedencia, y todo esto se halla contenido en el primer versículo del Génesis. ¿Por qué la tercera? Porque la filosofía, como amor de la sabiduría, necesita verdad, y por consiguiente hechos ciertos y relaciones fijas; y la ciencia, que corona los esfuerzos de la filosofía, siendo el fruto de la razon bien dirigida, no es otra cosa que el conocimiento claro y distinto de las cosas por sus causas; mas como Dios es causa de las causas, y la creacion manifiesta la accion de su sabiduría y su poder, y el cielo y la tierra contienen la universalidad de los efectos ó cosas creadas, el primer versículo del Génesis puede ser visto, no solo como la enunciacion de un dogma, no solo como la clave de la historia, sino tambien como la espaciosa, solidísima y profunda base de la filosofía y de las ciencias. Pues bien: si las palabras *cielo* y *tierra* contienen á todos los seres criados, quien ha dicho *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*, comprendió en esta enunciacion á los ángeles, manifestando en su creacion un dogma para la fe, un hecho para la historia, y una relacion importante para la ciencia teológica. Prescindiendo pues de insistir en esto veamos lo que son los ángeles, estudiemos su historia, determinemos sus gerarquías.

5. Son los ángeles: en primer lugar unos espíritus; en segundo, unas sustancias no destinadas como el alma para unirse con otras: tienen en consecuencia lo que hai en el hombre de mas excelente, que es el espíritu, y están libres de lo que tiene aquel de inferior, que es el cuerpo. De lo primero resulta que son espíritus creados; de lo segundo, que son superiores al hombre, y con mayoría de razon al universo: lo cual sin duda sirvió de fundamento á nuestro manual catecismo para calificarles con el esclarecido epíteto de soberanos. Que son unos espíritus, nos lo enseñan claramente la Santa Escritura y la Iglesia católica. En el salmo CIII, vers. 4, leemos estas palabras que dirige á Dios el Profeta Rey: "Haces á tus ángeles espíritus." Y el apóstol San Pablo en su Epístola á los hebreos (I, 7.) declara que por el sentido de esta palabra, se refiere la naturaleza espiritual á los ángeles; de manera que, ora consideremos la palabra *ángel* como representacion de un oficio y no de naturaleza, ó bien queramos designar vulgarmente con ellos los mismos seres que por su oficio llevan tal nombre, siempre aparece que son unos verdaderos espíritus, como se colige de los textos ya citados, y lo explica bien San Isidoro de Sevilla en el Libro primero de las sentencias, cap. XII.

6. Siendo espíritus, ya comprenderéis que tienen todas las facultades del espíritu; y siéndolo para subsistir de por sí, y no para vivir unidos á una sustancia corpórea, no están sujetos á las trabas que nuestro cuerpo impone á nuestra alma, y en consecuencia son creaturas mas excelentes que el hombre, ya por el grado en que poseen las cualidades del espíritu, ya por la circunstancia de no estar sujetas precisamente á las con-

secuencias de la union del alma con el cuerpo. Si esta tiene un entendimiento para conocer, los ángeles son inteligencias puras, inteligencias mas elevadas, enriquecidas con conocimientos mas perfectos, y cuya palabra, representada en los actos de su voluntad, aventaja mui mucho á la lengua de los hombres. Acá en la tierra, hijos mios, llamamos perfeccion á lo que puede llevar este nombre solo en cierto sentido, y tal es el discurso humano; este caminar de lo conocido á lo desconocido, esta carrera entre tinieblas y luz, que recorre nuestra inteligencia cuyos conocimientos son siempre sucesivos, no es para representar ni la luz, ni el saber, ni la accion de las inteligencias angélicas. Los pensamientos de los hombres, que la Sabiduría (IX. 14) llama con tanta profundidad tímidos, y sus providencias inciertas, tienen todas estas desventajas, no solo respecto de Dios, cuyos consejos son impenetrables y cuyos arcanos inaccesibles, sino aun respecto de los ángeles, por lo que va de un espíritu encerrado en un cuerpo, á un espíritu que campea sin ligaduras de ningun género en la region de los cielos. ¿Y esto por qué? Oid la razon de la boca del Sabio: "Porque el cuerpo, dice, (Sap. IX, 15) cor-" ruptible, oprime al alma, y la habitacion terrestre abate la mente que piensa muchas " cosas: *Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem:* es decir, como observa San Bernardo: "que este en-" lace que tiene el cuerpo corruptible con el alma incorruptible, la sirve de grande es-" torbo para entender muchas cosas." Cuando no hubiese pues otra causa que la union del alma con el cuerpo, ella sola bastaria para conocer cuánto aventaja el ángel al hombre por el lado de la inteligencia. Lo mismo respectivamente debe decirse acerca de las otras facultades del espíritu, y esto por igualdad de razon.

7. Como los ángeles ejercen ciertos ministerios, algunos de los cuales consisten en manifestar á los hombres la voluntad de Dios, han aparecido algunas veces al hombre baja una forma humana. Mas esto no es porque tengan cuerpo, sino únicamente para manifestarse á los hombres por medio de sus sentidos, lo cual exige aparecer bajo alguna forma corporal. Por esto el ángel que apareció á Tobías, figuraba un hermoso y gallardo jóven: por esto el que habló á Daniel, le tocó y fué visto, lo mismo que el que apareció á Zacarías, fué visto y escuchado del Profeta. Mas, repito, el aspecto corporal no es mas que forma, pues aquellas inteligencias puras no tienen cuerpo, si bien tienen el poder y la virtualidad necesarias para revestirse de la forma humana y hablar á los hombres.

8. Siguiendo la comparacion entre el ángel y el hombre, conviene hacer notar desde luego la diversa conducta que observó Dios en la creacion de ambos. Como el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y todo cuerpo animado se propaga por la generacion, como lo veis en el hombre y el bruto, no necesitaba Dios de otra cosa, para poblar la tierra, que crear un hombre y una mujer; pues esto bastaba para que se fuesen reproduciendo hasta formar, no solo familias, sino pueblos y naciones. Mas como el espíritu no está sujeto á esta ley, ni es capaz de reproducirse y multiplicarse por sí, es claro que, siendo el ángel un puro espíritu, su creacion debió ser simultánea ó sucesiva, pero no fundamental para buscar el número en la reproduccion de la especie. Parece, por lo mismo, que Dios crió á los ángeles en el número que tuvo el designio de colocar

para su servicio, y en consecuencia, que desde luego crió muchos, ó les crió á todos. Que el número de los ángeles es mui grande, se colige desde luego de los términos en que hablan de ellos las Sagradas Letras, y de los ministerios que ejercen, entre los cuales hai que contar la custodia de los hombres. Oid lo que dice á este propósito el Profeta Daniel, hablando de la asistencia de los ángeles al Señor: "Millares de millares le servian; " y diez mil veces cien mil estaban delante de él" (VI, 10.) Ved lo que leemos á este mismo propósito en el misterioso libro del Apocalipsis: "Ví tambien, y oí la voz de mu-" chos ángeles al rededor del sólio.... y su número era millares de millares. (V, 11).

9. Pero qué, me diréis, ¿los ángeles que hoi sirven á Dios, son todos los que crió? ¿aquel mundo de espíritus pasó inalterable desde su orígen, sin haber tenido ninguna clase de vicisitudes? Aquí toco una circunstancia que importa mucho referir y explicar. ¿Cuál es? La rebelión de una parte de los ángeles contra su Criador. El Libro del Apocalipsis dice: "Se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y sus ángeles pe-" leaban contra el Dragon, y el Dragon con sus ángeles lidiaba con él: pero estos fue-" ron los mas débiles, y despues no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo. (XII, 7 y 8). Esto, hijos mios, manifiesta dos clases de espíritus de la misma naturaleza; pero unos buenos, santos y dichosos, y otros malos, perversos é infelices. Ahora bien, hijos mios: unos y otros ángeles son creaturas, y en clase de tales tuvieron un mismo orígen, fuéron creados por Dios. ¿Y se dirá que ya les crió así? ¿que crió á unos buenos y á otros malos? ¿á unos felices, y desgraciados á otros? No, nunca, jamas: Dios no hace nada malo, porque es la bondad por esencia, sino al contrario, todo lo hace con sabio designio, y cuanto sale de sus manos es bueno: "Vió Dios todas las cosas que " habia hecho, dice el libro del Génesis en el último versículo del capítulo primero, y to-" das eran mui buenas." *Viditque Deus cuncta quæ fecerat; et erant valde bona.* Si pues hubo ángeles malos, ellos fueron la causa de su desgracia, por haberse dejado poseer de la soberbia y rebelado contra Dios. Ved aquí el orígen de los demonios. Los demonios son los ángeles malos rebelados contra Dios y precipitados en el infierno para que ardiesen allí por toda la eternidad.

10. Mas dejemos á estos espíritus justísimamente reprobados por su soberbia é ingratitud, para volver á los otros, cuya fidelidad les mereció recompensa, á los otros que fuéron santificados y glorificados por su Divino Autor. Ellos están distribuidos en nueve coros, que el Papa San Gregorio nombra y nombra en una de sus homilías sobre los Evangelios, y es la trigésima cuarta. Oid sus palabras: Decimos "que hai nueve coros " de ángeles; porque segun el testimonio de la Escritura, conocemos *Angeles, Arcánge-" les, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafi-" nes.*" "Casi todas las páginas de la Santa Escritura prueban que hai *Angeles y Arcán-" geles;* los libros de los Profetas hablan frecuentemente de *Querubines y Serafines:* San " Pablo, en su Epístola á los Ephesios, enumera y designa con sus nombres cuatro órde-" nes, que son: los *Principados*, las *Potestades*, las *Virtudes* y las *Dominaciones;* en su " Epístola á los Colosenses habla de *Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades.* Si " pues á los cuatro que ha enumerado en su Epístola á los Ephesios . . . . . se agregan " los Tronos, resultan cinco órdenes especialmente designados, y estos, unidos á los *An-*

"*geles*, *Arcángeles*, *Querubines* y *Serafines*, hacen evidente que en la Santa Escritura "hai nueve órdenes." En el mismo sentido se explican otros Padres y algunos escritores eclesiásticos.

11. "En cuanto á la interpretacion de estos diversos nombres, los *serafines*, que quiere decir *ardientes*, se llaman así á causa del amor de Dios en que están encendidos, ó bien porque le inspiran á los otros: los *querubines*, que quiere decir *sabios*, se llaman así, porque tienen una profusion de sabiduría y de ciencia: los *Tronos* llevan este nombre á causa de la altura y sublimidad de su estado: las *Dominaciones* gozan de una condicion libre, inmune de toda afeccion servil y sujecion ínfima: las *Virtudes* se llaman así, porque poseen una fuerza varonil inexpugnable y desarrollada en todas sus acciones divinas: las *Potestades* son Espíritus ordenados con una perfecta armonía: los *Principados*, dice San Bernardo, son los espíritus por quienes todo principado es constituido, regido, limitado, trasferido, cambiado y mutilado sobre la tierra con una gran sabiduría y moderacion. Los *Arcángeles* son enviados para anunciar grandes acontecimientos, miéntras los *Angeles* anuncian tan solo las cosas de ménos importancia." [1]

12. Tales son, hijos mios, las nociones mas comunes que nos da la doctrina eclesiástica sobre los ángeles considerados en su creacion, en su naturaleza, en la reprobacion de los malos y en las gerarquías de los buenos. Veamos ahora cómo el objeto inmediato de su creacion es el servicio de Dios y el bien de los hombres como al principio lo indiqué.

II.

13. Ellos asisten inmediatamente, como los primeros cortesanos del cielo, al Rei por esencia, Ser eterno por quien todo vive, el único á quien corresponde la gloria y la magestad. Oid cómo explica Isaías (cap. VI.) esta respetuosa y perdurable asistencia de aquellos privilegiados espíritus al Soberano de los cielos y de la tierra. "Ví al Se- "ñor, dice, sentado sobre un solio alto y elevado, y las cosas que estaban debajo de él "llenaban el templo. Dos Serafines estaban allí: cada uno de ellos tenia seis alas: con "dos cubrian el rostro de él, y con dos cubrian los piés de él, y con dos volaban. Y da- "ban voces el uno al otro, y decian: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, "llena está toda la tierra de su gloria." Habéis visto no há mucho las alabanzas que estos espíritus angélicos ofrecen de continuo al Señor, en aquella inmensa multitud de ellos, que rodeando el trono del Cordero vió en espíritu el Evangelista San Juan como leemos en el Libro del Apocalipsis. Todos ellos, postrados delante de aquel Sólio que llena los cielos, adoran rendidos á la Tremenda y Augusta Magestad que le ocupa. "Ben- "dicion, y gloria, y sabiduría, y accion de gracias, y honra, y poder, y fortaleza á "nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen." Hé aquí la concertada voz de alabanza que llena sin cesar los inmensos espacios de los cielos, y que dando gloria sin fin á Dios nuestro Señor, hace tambien la felicidad de los justos.

1 *O. Videt.* Art. *Ange* en la obra titulada: *Enciclopedie catholique.*

14. Mas no solo asisten al Trono de Dios en actitud rendida de adoracion, alabándole y bendiciéndole, sino que tambien están pendientes de su voluntad para ejecutar sus órdenes. Mensajeros natos de aquella Corte divina, son los que han venido á la tierra con esas diferentes legaciones y encargos de que nos habla la Santa Escritura. Un ángel se presenta á Zacarías y le anuncia el nacimiento del Precursor, otro interrumpe los éxtasis de María, llevándole de parte de Dios la declaracion de su destino y el anuncio misterioso y feliz de ser ella la escogida para dar la naturaleza humana al Unigénito del Padre. Un Angel fué quien cerca de Bethlem, dió esta voz de consuelo á unos humildes pastores: "*Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es que hoi os ha nacido en la Ciudad de David, el Salvador que es el Cristo.* Un ejército de ángeles fueron quienes mui poco despues exclamaron: "¡Gloria á Dios en las "alturas y paz á los hombres en la tierra de buena voluntad." Angeles sirven al Hombre Dios en toda su vida mortal: en medio de ellos está Jesucristo durante su mansion en el desierto: ellos imparten á su Santísima Humanidad la fortaleza de Dios cuando desfallece bajo el peso de su meditacion en el huerto de Getsemaní: ángeles rodean su sepulcro cuando resucita, y se quedan allí para dar esta nueva feliz á sus apóstoles y discípulos: entre los ángeles asciende, y con ellos penetra en el cielo, y de ellos recibe adoracion continua á la diestra de su Padre: millones de ángeles tambien vendrán por delante, llenando todos los espacios el dia señalado en sus decretos para juzgar al mundo.

15. Ellos tambien sirven á la Justicia eterna para vengar los crímenes: Miguel preside al escuadron angélico que combate contra Satanás: un ángel vela en el paraíso, para que no le habite jamas la estirpe delincuente: ángeles precipitan el fuego del cielo, para que consuma en sus llamas á las ciudades prostituidas: un ángel hirió de muerte á Jerusalen; otro en una sola noche hizo perecer gran parte del ejército de Sennacherib; otro arrebató á Zacarías el habla para castigar sus dudas; y por último, los ángeles están destinados para verter á torrentes sobre la tierra delincuente la ira de Dios encendida.

16. Ved pues, amados hijos, de qué manera estos espíritus soberanos sirven inmediatamente á Dios. Mas no es esto solo: ya os he dicho que entre los objetos de la mision que Dios les ha encargado, entra el beneficio de toda la humanidad: último aspecto bajo que he querido considerar el importante asunto de esta instruccion.

III.

17. Déjase ya entender cuán interesado está el hombre en el ministerio de los ángeles, aun cuando se trata de aquellos puntos en que obran como legados de Dios en la tierra. Lo que el ángel comunicaba á Daniel, ¿no derramaba, hijos mios, un consuelo inefable en el corazon de la humanidad? Era nada ménos que la noticia del tiempo en que habia de aparecer el Deseado de las naciones. Cuando se presentó en Nazaret el celestial Nuncio para tratar á solas con María sobre el gran misterio de la Encarnacion, ¿no estaban pendientes de tal anuncio, y del humilde *Fiat* de aquella tierna Vírgen, los destinos de todo el género humano? ¡Qué oido podia ser indiferente á la voz de aque-

llos que, mostrando al Hombre Dios entre las pajas de un establo, cantaban la gloria del Eterno y daban una voz de paz á las generaciones y á los siglos? Pero hai mas todavía: ellos han ejercido con los hombres oficios de inmediata proteccion, como lo encontramos referido en ambos Testamentos.

18. En primer lugar, son maestros que enseñan y advierten al hombre la conducta que debe observar, principalmente cuando se trata de ciertas crisis mui señaladas en la vida. ¿Por qué causa, decidme, Loth y su familia no perecieron consumidos por aquel fuego que devoró la ciudad de Sodoma? Por las advertencias oportunas de los ángeles, que no satisfechos con anunciarles el próximo estrago, les forzaron en cierto modo á salvarse. ¿Por qué causa el Príncipe de los apóstoles dejó burlados los consejos de la iniquidad, saliendo de aquella prision en que le habian puesto con el ánimo de matarle? Porque el ángel del Señor dió una voz irresistible, á cuyo acento cayeron las cadenas, se abrieron las puertas y salió Pedro inmune y libre por entre sus mismos guardas, como leemos en el Libro de los Hechos apostólicos. (XII, 9 y 10.)

19. Aun en aquellos mismos actos en que causan una cierta aflixion, sirven á los designios de la Bondad de Dios en favor de los hombres. Si Jacob tuvo que luchar con un ángel, segun leemos en el capítulo XII, Ν 32 de Oseas, fué precisamente porque Dios quiso probar de esta suerte la justicia de su siervo; pues habiendo vencido al ángel, en lugar de ensoberbecerse, se humilló en presencia del espíritu á quien habia vencido. Si el Profeta Isaías recibió en su labios un toque de fuego con el carbon encendido que le aplicó la mano de un ángel, fué para obtener aquella purificacion celestial con que le disponia el Señor para grandes ministerios. Los ángeles llevan el consuelo al atribulado pecho de los hombres, como lo sabemos de Agar, consolada por uno de ellos, y leemos de Pablo sostenido por la fortaleza angélica en una recia tempestad. Ellos tambien restituyen al hombre la salud del cuerpo, como lo acredita la Probática Piscina que, agitada en sus aguas por el ángel del Señor, adquiria la virtud de sanar á los enfermos; y como leemos de Tobías curado de su ceguera por el ángel Rafael. Ellos presentan á Dios las oraciones de los hombres, y traen á los hombres las bendiciones de Dios. El ángel Rafael, despues de haber sanado á Tobías de su ceguera, libertado al hijo de Tobías de que le tragase el pez, y arrojado al demonio del cuerpo de la muger del hijo de Tobías, dijo al padre: "Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muer-" tos, y dejabas tu comida, y escondias de dia los muertos en tu casa, y de noche los " enterrabas, yo presenté tu oracion al Señor. Y porque eras acepto á Dios, fué nece-" sario que la tentacion te probase. Y ahora me ha enviado el Señor para curarte, y " para librar del demonio á Sara mujer de tu hijo. Porque yo soi el ángel Rafael, uno " de los siete que asistimos delante del Señor. (Tob. XII.) En el capítulo XXVIII, " versículo 12 del Génesis, leemos que Jacob "vió en sueños una escala cuyo fin esta-" ba en la tierra y su remate tocaba en el cielo, y tambien ángeles de Dios que subian " y bajaban por ella." ¿Qué significa, hijos mios, este sueño misterioso del Patriarca? ¿Qué quiso representarle Dios á él, y en él á nosotros con esa escala mística, cuyos dos extremos unian los cielos con la tierra? ¿Qué quiere decir ese tránsito de ángeles que la recorren sin cesar, subiendo y bajando por ella? Que los ángeles son un conducto de

comunicacion entre Dios y los hombres, llevan al Cielo en la oracion de los mortales todas las necesidades de la tierra, y traen á la tierra todas las bendiciones y gracias del Cielo.

20. Mas ¿para qué me detengo en citas especiales de estos y aquellos pasajes de la Historia santa, cuando el ministerio de los ángeles en favor de los hombres figura en la creencia católica como una institucion? Ya sabéis, hijos mios, que cada uno de nosotros desde que nace, tiene un ángel á quien Dios encarga especialmente que le vigile y favorezca. ¿Qué ángel es éste? El santo Angel de nuestra guarda. No le veis, no le tocáis; pero habláis con él, le dirigís vuestra oracion, y tenéis entendido que os ligan con él relaciones mui íntimas. La Iglesia venera á los ángeles custodios, y ha dedicado al culto de estos espíritus protectores nuestros una de sus festividades: honra su presencia y ministerio en la tierra con el sacrificio augusto de los altares, y elogia por la voz de sus predicadores esta solicitud angélica, este ministerio tiernísimo. El Padre San Bernardo, comentando el salmo XC, y refiriéndose mui especialmente á estas palabras: " Mandó á sus ángeles que te custodien en todos tus caminos; llevarte han en sus ma-" nos para que tu pié no tropiece con piedra;" dice lo siguiente, mui digno de atenderse, meditarse y tenerse presente de continuo: "¡Admirable dignacion y verdaderamente " grande predileccion de la caridad.... ¿Quién es el que mandó? ¿De quién son los án-" geles? ¿cuyos son los mandatos que cumplen? ¿cuya es la voluntad á quien obedecen? " Mandó á sus ángeles que te guarden en todos tus caminos, y ellos no vacilan en lle-" varte sobre las palmas de sus manos...." Ahora bien: "¿Quién eres tú? ¿Qué es el " hombre, pregunta el Profeta á Dios, ¿quién es el hombre, que te acuerdas de él, ó el " hijo del hombre, que le visitas, como si el hombre no fuese podredumbre y el hijo del " hombre gusano? Y tú, ¡oh hombre! que crees que cerca de tí ha mandado el Señor " á sus ángeles que te guarden, ¡cuánta reverencia debe poner en tí, cuánta devocion " causarte, y cuánta confianza inspirarte esta palabra del Señor! Reverencia por la " presencia, devocion por la benevolencia, confianza por la custodia."

21. Ved, hijos mios, las consecuencias prácticas deducidas de las palabras del Salmo, para gobernar nuestra conducta, por este Santo Doctor de la Iglesia. Pero todavía no satisfecho, desenvuelve más su pensamiento: quiere que seamos mui cautelosos en el andar, como en la presencia de Aquel á quien sirven estos mismos ángeles encargados de nuestra custodia: quiere que no demos un solo paso sin acordarnos del ángel que nos acompaña, y por lo mismo, que no nos atrevamos á ejecutar en su presencia lo que no haríamos si le viésemos con los ojos del cuerpo. "Amemos pues, os diré á vos-" otros con las mismas palabras de este Padre, amemos en el Señor á sus ángeles, vien-" do en ellos á nuestros coherederos futuros de su gloria, y hoi á los representantes su-" yos y tutores nuestros, á quienes El, como buen Padre nos ha encomendado. ¡Qué " motivo tendriamos de temer, cuando contamos con la proteccion de tales custodios? " No podrian ciertamente ser vencidos ni engañados, ni mucho ménos engañar, estos " que nos cuidan en todos nuestros caminos. Fieles son, prudentes son, poderosos son: " ¡por qué tememos? Una cosa se necesita y nada mas; seguirles, adherirnos á ellos y " descansar tranquilos en la proteccion divina que nos aseguran. Cuando sintáis pues

" la presencia de esas tentaciones terribles que urgen y estrechan al hombre; cuando " una tribulacion vehemente os amenace; invocad vuestro custodio, vuestro guia, vues- " tro protector en todas las circunstancias; clamad á él en vuestra tribulacion, dicien- " do: sálvanos, Señor, que perecemos."

22. He concluido, hijos mios, lo que me propuse explicaros acerca de estos seres augustos, de estas inteligencias celestiales cuyo conjunto forma la primera categoría en el cuadro sublime de la creacion. Ellos, á pesar de la excelencia de su naturaleza, no son mas que creaturas, es decir, seres que existen por la voluntad poderosa de Aquel que con solo querer hace cuanto quiere: son unos espíritus puros, cuyo destino en los designios de Dios fué la felicidad: son el privilegiado mundo de las inteligencias angélicas que, siempre fieles, no se desmandaron jamas, ni corrieron la suerte de aquellos otros ángeles, precipitados por la Justicia eterna en los abismos: son de incontable número; están destinados al servicio inmediato del Altísimo, y entonan sin cesar sus alabanzas, y cantan su gloria en los cielos y en la tierra, y acatan y cumplen su voluntad soberana. Han sido los mensajeros para anunciar en el mundo los mas grandes misterios de la religion. Si por una parte han servido de instrumentos á la justicia de un Dios irritado para castigar los crímenes de la tierra, por otra se han presentado como legados de la misericordia y de la bondad para derramar entre los hombres muchos y diversos beneficios. Finalmente, por una disposicion de Dios viven con nosotros en el mundo, nos acompañan siempre, nos dirigen y guardan para que no tropecemos con las piedras del camino, es decir: para que no por falta de luz, ni por falta de guia, ni por falta de apoyo, caigamos en las redes que de todas y por todas partes nos tienden astuta y alevosamente los enemigos de nuestras almas. Sed pues, hijos mios, mui devotos de estos Espíritus soberanos que están á Dios alabando, de estos órganos puros de comunicacion entre los cielos y la tierra, de estos custodios fieles que nos portan en las palmas de sus manos para que no perezcamos en el camino, y cuyos conatos en la vida presente se dirigen á conducirnos á la otra, libres de toda contaminacion y provistos de merecimientos, para ser sus compañeros en la Jerusalen celestial por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

UNDECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CREACION DEL MUNDO FISICO.

Initio tu, Domine, terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt cæli.

En el principio, tú, Señor, fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos.
Ps. CI. v. 26.

1 Cuando hablé de la creacion, amados hijos, considerándola como un dogma de nuestra fe, tuve cuidado de manifestar cuanto era conducente á fijar el verdadero carácter de esta obra de la Omnipotencia Divina. Allí mostré cómo todo viene de Dios por creacion propiamente dicha, fué creado en tiempo, y no solo en tiempo, sino en el tiempo que dice Moysés en el Génesis. No resta mas sino considerar este punto históricamente, conviene á saber: manifestaros cómo fueron pasando de la posibilidad al ser, conforme Dios lo fué mandando, todas y cada una de las cosas que constituyen el universo físico. Mas á fin de que mi explicacion recaiga sobre el mismo texto sagrado, comenzaré refiriéndoos á la letra lo que leemos acerca de la creacion del mundo en el primer capítulo del Génesis. Oidlo pues.

2. " En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y la tierra estaba desnuda y " vacía, y las tinieblas cubrian la faz del abismo de agua en que la tierra estaba como " sumergida, y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: "Sea he- " cha la luz." Y fué hecha la luz. Y vió Dios la luz que era buena: y separó á la luz de " las tinieblas. Dió á la luz el nombre de dia, y á las tinieblas el de noche: y de la tar- " de y mañana se formó el primer dia. Dijo tambien Dios: "Sea hecho el firmamento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" en medio de las aguas, y separe las aguas de la tierra de las aguas del cielo." E hizo " Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento, de aque- " llas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así. Y llamó Dios al firmamen- " to cielo; y de la tarde y mañana se formó el segundo dia. Dijo tambien Dios: "Júnten- " se las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y aparezca el elemento árido." Y " se hizo así. Y llamó Dios al elemento árido *tierra*, y á las congregaciones de las aguas " llamó *mares*. Y vió Dios que era bueno. Y dijo: "Produzca la tierra yerba verde y " que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto segun su género, cuya simiente esté " en él mismo sobre la tierra." Y fué hecho así Y produjo la tierra yerba verde, y que " hace simiente segun su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene simiente " segun su especie. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y mañana el dia tercero. " Dijo tambien Dios: "Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el dia " y la noche, y sean para señales, y tiempos, y dias, y años; para que luzcan en el fir- " mamento del cielo y alumbren la tierra." Y fué hecho así. E hizo Dios dos grandes " lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al dia: y la lumbrera menor para " que presidiese á la noche; y las estrellas, y las puso en el firmamento del cielo, para " que luciesen sobre la tierra, y para que presidiesen al dia y á la noche, y separasen " la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y mañana el dia cuar- " to. Dijo tambien Dios: "Produzcan las aguas animales vivientes que naden en el agua, " y aves que vuelen sobre la tierra debajo del firmamento del cielo." Y crió Dios las " grandes ballenas y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas segun " sus especies, y toda ave que vuela segun su género. Y vió Dios que era bueno. Y " los bendijo diciendo: "Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar: y las aves " multipliquense sobre la tierra." Y fué la tarde y mañana el dia quinto. Dijo tambien " Dios: "Produzca la tierra ánima vivíente en su género, bestias y reptiles, y animales de " la tierra segun sus especies." Y fué hecho así. E hizo Dios los animales de la tier- " ra segun sus especies, y las bestias, y todo reptil de la tierra en su género. (*Gen.* " Cap. 1.) Y vió Dios que era bueno. Este fué el orígen del mundo cuando Dios lo " crió. (Cap. II ℣ 4.) Así el soberano Poder de Dios, por medio de solo su palabra, " hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todo lo que hai en ellos." (*Act.* Cap. XIV, ℣ 14.)

3. Véis pues, hijos mios, cómo Dios nuestro Señor, aunque pudo haber hecho aparecer el universo en un imperceptible instante con solo mandarlo, no procedió así; sino ántes bien, guardó un órden y siguió una sucesion de tiempo, pues la creacion del mundo es obra de seis dias. El primero de estos fué destinado á la creacion del cielo y la tierra en general, esto es, desnuda y envuelta en las tinieblas, y á la creacion de la luz y su separacion de las tinieblas; el segundo fué empleado en la creacion del firmamento y la division de todas las aguas, las de la tierra de las del cielo: en el tercero fueron separadas las aguas de la tierra y poblado ésta de todo género de árboles y plantas: en el cuarto aparecieron en el espacio por mandato del Señor el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas: en el quinto creó las aves y los peces; y en el sexto los animales y reptiles de la tierra, y finalmente al hombre y á la muger como soberanos del mundo. No hablaré aquí, sin embargo, de la creacion del hombre; porque ella pide una mui especial

atencion, y debe ser expuesta separadamente. Veí pues á limitarme á la creacion del mundo físico, haciendo para vuestra inteligencia y provecho algunas breves reflexiones.

I.

4. En primer lugar, Dios creó todas las cosas contenidas en el mundo de manera que pudieran reproducirse y perpetuarse sin necesidad de una nueva creacion. Hai en la naturaleza, hijos mios, unos objetos que no están sujetos á la lei de la destruccion, y otros que sucesivamente aparecen y desaparecen. Los primeros no se reproducen, pero subsisten obedeciendo aquel primer impulso que recibieron de la mano del Creador: tal sucede, por ejemplo, con esos mundos diversos que giran por el espacio: ellos subsisten lo mismo que aparecieron al principio, verifican sus mismos movimientos y producen sus mismos efectos: el Sol preside al dia como cuando fué creado; la Luna preside á la noche como cuando fué creada; las estrellas resplandecen hoi en el espacio lo mismo que resplandecieron cuando Dios mandó que existiesen; la tierra, considerada como un globo, es hoi lo que siempre fué; y todo, hijos mios, todo seguirá lo mismo miéntras Dios no mande que vuelva á la nada. Mas aquellas otras creaturas que están dotadas de cierta especie de vida, ya vegetativa como las plantas, ya sensitiva como los animales, como nacen, crecen y mueren, era necesario, para que nunca dejase de haberlas en el mundo, que Dios hubiese proveido á esta grande necesidad. Mas Dios proveyó, hijos mios, y con tal superabundancia, que á pesar de esta continua desaparicion de cuanto tiene vida, no ha llegado á faltar en el mundo ninguna de sus especies. ¿Qué hizo Dios, pues, para un resultado de esta naturaleza? Ved aquí lo que nos dice é este propósito el Historiador de la creacion. "Y dijo Dios: "Produzca la tierra yerba verde " y que hace simiente segun su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene su " simiente segun su especie." Ved aquí, amados hijos, explicado perfectamente el reino vegetal: ved cómo se logra la subsistencia de los géneros y especies de todos los árboles y plantas, á pesar de la frecuente destruccion de sus individuos. Cada uno de estos trae consigo un principio de fecundidad, una virtualidad eficacísima para reproducirse y poder acabar sin hacer falta ninguna: esta virtud, como sabéis, está en la semilla ó el retoño, que depositados en la tierra, se trasforman en plantas ó árboles de su especie.

5. En cuanto á los animales, sucede lo mismo aunque de diferente manera: ellos, como las plantas, nacen, crecen y mueren; pero no hacen falta al morir; porque se reproducen y multiplican, llenando cada uno la region á que pertenecen: los peces al mar, las aves al cielo, y las bestias y reptiles y demas animales la tierra: propáganse por la generacion, y de esta suerte cumplen su destino y obedecen constantemente la voz de Aquel que les mandó crear, multiplicarse y reproducirse sin cesar.

6. Esta accion continua de todos los objetos creados, verificada conforme al designio de su Creador, forma, hijos mios, el maravilloso sistema de causacion que hai en la naturaleza. Decimos que Dios es la primera causa, y le llamamos tambien Causa de las causas, porque siendo el Ser necesario, todo ha venido de él, y nada podria existir

sin él; pero con esto mismo damos á entender que hai otras causas segundas dotadas de lo necesario para producir sus efectos. Su aparicion es, como ya os he dicho, el acto de la creacion; porque entónces fué cuando, creando Dios todas las cosas y dándolas á su turno el carácter de causas, estableció ese órden natural con que todo pasa segun el primer designio y conforme á las reglas que Dios impuso á todos los seres. Si así no fuera, sería necesario una continua creacion, un obrar constante de Dios, para que nada faltase; mas habiéndose establecido esta dilatada cadena de causas y de efectos, basta que Dios conserve su primera obra, para que todo subsista y cumpla su destino. Esto es bastante claro; mas para dároslo mejor á entender, me serviré de un ejemplo mui á propósito. Figuraos un reloj, poniendo especial cuidado á todas las partes que le componen; al oficio de cada una de ellas, á la accion de las unas sobre las otras, á las relaciones que tienen entre sí, al órden con que se hallan distribuidas, &c., &c. Esta máquina continúa por años y aun por siglos cumpliendo su destino, representando un órden en su economía y produciendo sin cesar el efecto de dividir y señalar el tiempo. ¿Necesitó por ventura el relojero de hacer cada dia ó cada año una máquina nueva que señalase las horas? No; pues con solo idearla y construirla segun su idea, ya la máquina continúa desempeñando su objeto, y quien la ve cuando anda, creeria, si por otra parte no supiese lo contrario, que aquel era un movimiento propio y no comunicado. Pues de la misma manera, hijos mios, el mundo con todos los seres que le forman, necesitó sin duda de un Supremo Artífice que le concibiera en su mente y le hiciese pasar á la existencia real; pero una vez hecho, subsiste como un reloj, representando un órden, una sucesion de movimientos, &c., &c. ¿Qué necesita un reloj para estar en movimiento y no pararse? Tener cuerda, es decir: necesita de una mano que de tiempo en tiempo le dé cuerda, para que siga moviéndose y señalando las horas; pues el artífice no podia comunicarle un movimiento perpetuo, como causa limitada. De la misma manera el mundo, para continuar sirviendo al pensamiento de su Creador, necesita la permanencia de este principio de accion que recibió cuando fué creado: mas como Dios es un Ser infinito, dió á todas las cosas un primer movimiento, y con esto y su voluntad de perpetuarle bastó y basta, como lo véis, para que todos los seres cumplan su destino.

II.

7. Pero qué! al imprimir Dios este primer movimiento sobre todo el universo, al proveer á la continua reproduccion de los seres, ¿dejó ya, me diréis, de intervenir en este vasto sistema, de manera que subsistiera con independencia suya? No, hijos mios; y á esto mira mi segunda reflexion. Si la existencia de las cosas creadas nos manifiesta el poder de Dios; la ordenada y constante permanencia de ellas da testimonio de esa Providencia infinita, con que lo conserva y gobierna todo: porque, tened por cierto que, para que todo volviese á la nada, bastaria que Dios lo abandonase. Cada cosa tiene sin duda su propio ser y una subsistencia propia, si se considera relativamente á las otras cosas creadas: yo bien concibo y vosotros igualmente, que si faltasen una ó mil estrellas, no por esto faltaria el Sol; que si el maiz tornase á la nada, no por esto acabaria

el trigo; mas nunca podré concebir que sin Dios y su Providencia pudiera subsistir ninguna de las cosas. Todos los objetos que componen el universo, tienen leyes constantes á que Dios quiso sujetar todo el órden de la naturaleza; mas en cada momento están obedeciendo á estas leyes, obrando á la vista de Dios, cumpliendo su voluntad soberana; y esta virtualidad permanente que hai en todo, y esta provision universal de recursos inmensos para que no acabe ninguno de los géneros y especies, y todo subsista, es, vuelvo á decir, una obra de esa Providencia que todo lo conserva, todo lo rige y todo lo concierta en el órden y para el bien. ¿Qué dirémos, pues, de ese pernicioso sistema que todo ha querido explicarlo como el efecto de una ciega fatalidad! Que estos infelices; ó no creen en Dios, ó le suponen tal, que no se cuide absolutamente del hombre ni de lo que pasa en la tierra. No, hijos mios, nada pasa en este órden maravilloso, independientemente del pensamiento y la voluntad de su Divino Autor. Apénas hai una verdad mas claramente enseñada por la razon, é inspirada con mayor fuerza por el sentimiento, que la existencia y accion de la Providencia Divina. El mismo dogma de la existencia de Dios la inculca como su primera consecuencia; la naturaleza y extension de poder que exige la conservacion de cuanto existe, terminantemente nos dice, que este poder ha de abarcar cuanto existe, y un poder tal solo se encuentra en Dios. La grande obra de la conservacion exige una fuerza que neutralice la influencia de ciertos principios destructores, y que fecunde y sostenga los que constituyen el elemento de la vida. Estas ideas son bastante claras, y acaso por ellas el dogma de la Providencia marcha con los progresos de la razon, campea en todos los trabajos de los sabios, brilla en todos los descubrimientos científicos; y este poder combinado de movimiento y de inteligencia, de pensamiento y de accion en todo cuanto cae bajo el dominio del hombre, le impele de continuo y le determina irresistiblemente á reconocer y confesar la existencia de esa prevision infinita, de esa accion incesante y benéfica de un Dios que gobierna todos los seres, que encadena todas las causas, que preside á toda existencia, y que todo lo convierte de continuo á Sí mismo, como al centro comun de la única y verdadera felicidad. ¿Por qué no obraria Dios así? ¿Acaso porque no puede! Es Omnipotente. ¿Acaso porque no quiere! Es la bondad en su esencia. Concluyamos: es preciso renunciar á la razon, para desconocer la Providencia; y renunciar á nuestras esperanzas y á nuestra gloria, para negarla.

8. Ya os he dicho en otro lugar que estas leyes de la naturaleza pueden ser suspendidas en su accion por la voluntad suprema del mismo que las impuso, y que cuando tal sucede, se verifica un verdadero milagro, esto es: una obra ejecutada inmediata ó mediatamente por Dios, pero que manifiesta en su mismo carácter su procedencia divina: porque siendo Dios el Autor de estas leyes, y no teniendo pensamiento, voluntad ni libertad los seres físicos que las cumplen, claro es que, en el hecho mismo de trastornarse el órden de la naturaleza, se manifiesta que así lo ha querido su Divino Autor. Y esto sucede, hijos mios, no porque le hubiese faltado prevision del caso en que tendria que suspender estas leyes, ni sabiduría ó poder para disponer las cosas de suerte que todo pasara sin ostensible alteracion; sino porque, teniendo tal eficacia estos portentos para mover al hombre y manifestársele de un modo mas especial, Dios reservó en los secre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos de su Sabiduría y en los designios de su Bondad, el contrariar de vez en cuando las leyes de la naturaleza, para que el hombre, acostumbrado á presenciar los mayores portentos con indiferencia por ser comunes, no fuese á olvidar á su Dios, y aun á creer que todas estas cosas eran por sí mismas. Por esto para al Sol, oscurece repentinamente al mundo, resucita los muertos, y hace otras cosas que hablan al mas sordo, afectan al mas insensible y fijan al mas indiferente. Dispuso tambien obrar así, para acreditar á sus enviados, confirmar su doctrina y fundar su religion, como igualmente os lo tengo advertido.

III.

9. No me detendré, hijos mios, en ponderar cosa por cosa las que fueron apareciendo en los seis dias de la creacion y constituyen el Universo físico; porque solo esto me ocuparia excesivamente con perjuicio de mi plan, que es reducirme á lo mui necesario, y limitarme sobre ciertos puntos á reflexiones mui sencillas y generales. Podria mui bien hablaros aquí de la maravillosa armonía y de la inmensidad del Universo; pero ya tambien os he dicho algo, pues tal armonía y concierto me sirvió como una prueba de la existencia de Dios en los números 15, 16 y 17 de mi quinta instruccion de esta primera parte. Pongo pues aquí término á la presente, exhortándoos á no ser unos testigos mudos de este cuadro sublime. Al contrario, sea el Universo para vosotros un objeto frecuente de meditacion, un estímulo constante para volveros á su Divino Autor, una fuente perenne de inspiraciones y sentimientos. Si os arroba el esplendor que difunde por toda la tierra el astro de los dias, y adquirís en esta luz la vida de vuestra vista, porque sin ella de nada os serviría, levantad vuestras almas al Esplendor eterno del Altísimo, á la Luz que no tuvo principio, Luz infinita que inunda la eternidad. Si sentís consuelo con el calor que el mismo astro comunica y viene á ser para el mundo como el elemento de la vida, servíos de este pensamiento para contemplar aquel fuego divino de caridad que todo lo ha hecho servir á los designios de su amor; que ha creado todas las cosas materiales para nosotros, y nos ha reservado á nosotros para su Magestad. Si acaso una flor con su gallarda hermosura detiene vuestras miradas, y con su balsámico aroma, que difunde por la campiña, regala vuestro sentido, no os quedéis aquí: contemplad la Sabiduría infinita que la dispuso y el Poder infinito que la dió el ser. De esta suerte, hijos mios, el Universo podrá ser para vosotros, si le contempláis con un espíritu cristiano, un templo inmenso que Dios mismo ha erigido á su gloria: en este templo, tan extenso, que no le domina la vista de todos los hombres, podéis recogeros á cada instante, y encontrar un pábulo continuo para vuestra piedad y vuestro culto. Que la vista de toda la naturaleza, produciendo en vuestras almas los mismos efectos que en los tres niños hebreos, os inspire como á ellos, sentimientos de amor, de reconocimiento y alabanza, y que no haya una sola creatura que no escuche vuestros convites para alabar al Señor.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DUODECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CREACION DEL HOMBRE, SU NATURALEZA Y SUS RELACIONES CON DIOS.

Creavit Deus hominem ad imaginem suam... masculum et feminam creavit eos.

Crió Dios al hombre á su imágen.... macho y hembra los crió.

Genés. cap. 1, v. 27.

1 Cuándo Dios hubo concluido, amados hijos, la creacion del mundo, y ántes de terminar el sexto dia, dijo entre sí: "Hagamos al hombre á imágen y semejanza nues-" tra; y domine á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á las bestias y á toda " la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra." De conformidad con este pensamiento pasó luego á ejecutarle, creando en efecto al hombre á imágen y semejanza suya. Esta creacion fué, por razon del modo con que se verificó, mui diversa de la del mundo y aun de la de los ángeles. ¿Cómo creó pues Dios al hombre? "Formó, dice el Génesis, el Señor Dios al hombre de barro de la tierra, é inspiró en su rostro so-" plo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente." Mas, como fué destinado éste para poblar la tierra con su descendencia, lo cual habia de verificarse por via de generacion, pasó luego el Señor á darle una compañera, manifestando ántes el motivo de este proceder. "No es bueno, dijo, que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él." ¿Y qué hizo Dios para crear la mujer, á fin de que unida con el hombre fuesen entrambos los progenitores de toda la humanidad? "Hizo caer un profundo sueño en " Adan, y cuando éste se hallaba ya dormido, tomó una de sus costillas, llenando de

tos de su Sabiduría y en los designios de su Bondad, el contrariar de vez en cuando las leyes de la naturaleza, para que el hombre, acostumbrado á presenciar los mayores portentos con indiferencia por ser comunes, no fuese á olvidar á su Dios, y aun á creer que todas estas cosas eran por sí mismas. Por esto para al Sol, oscurece repentinamente al mundo, resucita los muertos, y hace otras cosas que hablan al mas sordo, afectan al mas insensible y fijan al mas indiferente. Dispuso tambien obrar así, para acreditar á sus enviados, confirmar su doctrina y fundar su religion, como igualmente os lo tengo advertido.

III.

9. No me detendré, hijos mios, en ponderar cosa por cosa las que fueron apareciendo en los seis dias de la creacion y constituyen el Universo físico; porque solo esto me ocuparia excesivamente con perjuicio de mi plan, que es reducirme á lo mui necesario, y limitarme sobre ciertos puntos á reflexiones mui sencillas y generales. Podria mui bien hablaros aquí de la maravillosa armonía y de la inmensidad del Universo; pero ya tambien os he dicho algo, pues tal armonía y concierto me sirvió como una prueba de la existencia de Dios en los números 15, 16 y 17 de mi quinta instruccion de esta primera parte. Pongo pues aquí término á la presente, exhortándoos á no ser unos testigos mudos de este cuadro sublime. Al contrario, sea el Universo para vosotros un objeto frecuente de meditacion, un estímulo constante para volveros á su Divino Autor, una fuente perenne de inspiraciones y sentimientos. Si os arroba el esplendor que difunde por toda la tierra el astro de los dias, y adquirís en esta luz la vida de vuestra vista, porque sin ella de nada os serviría, levantad vuestras almas al Esplendor eterno del Altísimo, á la Luz que no tuvo principio, Luz infinita que inunda la eternidad. Si sentís consuelo con el calor que el mismo astro comunica y viene á ser para el mundo como el elemento de la vida, servíos de este pensamiento para contemplar aquel fuego divino de caridad que todo lo ha hecho servir á los designios de su amor; que ha creado todas las cosas materiales para nosotros, y nos ha reservado á nosotros para su Magestad. Si acaso una flor con su gallarda hermosura detiene vuestras miradas, y con su balsámico aroma, que difunde por la campiña, regala vuestro sentido, no os quedéis aquí: contemplad la Sabiduría infinita que la dispuso y el Poder infinito que la dió el ser. De esta suerte, hijos mios, el Universo podrá ser para vosotros, si le contempláis con un espíritu cristiano, un templo inmenso que Dios mismo ha erigido á su gloria: en este templo, tan extenso, que no le domina la vista de todos los hombres, podéis recogeros á cada instante, y encontrar un pábulo continuo para vuestra piedad y vuestro culto. Que la vista de toda la naturaleza, produciendo en vuestras almas los mismos efectos que en los tres niños hebreos, os inspire como á ellos, sentimientos de amor, de reconocimiento y alabanza, y que no haya una sola creatura que no escuche vuestros convites para alabar al Señor.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DUODECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CREACION DEL HOMBRE, SU NATURALEZA Y SUS RELACIONES CON DIOS.

Creavit Deus hominem ad imaginem suam... masculum et feminam creavit eos.

Crió Dios al hombre á su imágen.... macho y hembra los crió.

Genés. cap. 1, v. 27.

1 Cuándo Dios hubo concluido, amados hijos, la creacion del mundo, y ántes de terminar el sexto dia, dijo entre sí: "Hagamos al hombre á imágen y semejanza nues-" tra; y domine á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á las bestias y á toda " la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra." De conformidad con este pensamiento pasó luego á ejecutarle, creando en efecto al hombre á imágen y semejanza suya. Esta creacion fué, por razon del modo con que se verificó, mui diversa de la del mundo y aun de la de los ángeles. ¿Cómo creó pues Dios al hombre? "Formó, dice el Génesis, el Señor Dios al hombre de barro de la tierra, é inspiró en su rostro so-" plo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente." Mas, como fué destinado éste para poblar la tierra con su descendencia, lo cual habia de verificarse por via de generacion, pasó luego el Señor á darle una compañera, manifestando ántes el motivo de este proceder. "No es bueno, dijo, que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él." ¿Y qué hizo Dios para crear la mujer, á fin de que unida con el hombre fuesen entrambos los progenitores de toda la humanidad? "Hizo caer un profundo sueño en " Adan, y cuando éste se hallaba ya dormido, tomó una de sus costillas, llenando de

" carne el hueco que ésta dejaba en el cuerpo de Adan, y de esta costilla formó á la " mujer sin mas que convertirla de costilla del hombre en mujer del hombre." y en seguida la presentó á éste, quien, ó por advertencia ó por inspiracion, ó por instinto de la misma naturaleza, reconoció en la mujer á su semejante, ó mejor dicho, á una parte de sí mismo, y en palabras entrecortadas por la viveza del afecto que experimentó á la vista de su consorte, lo dió á entender, diciendo: "Esto ahora... hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta será llamada Varona *(Virago):"* porque de varon fué tomada. Cuando ya estuvieron creados el hombre y la mujer, Dios nuestro Señor les bendijo, diciéndoles al mismo tiempo: "Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgad- " la, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre to- " dos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo tambien Dios: Ved que os he " dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y á todas las aves del cielo, y " á todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hai ánima viviente, para que " tengan que comer."

2. Ved, pues, amados hijos, de qué manera refiere Moysés en el Génesis la creacion del hombre, y notad el fundamento que tuvo desde el principio para manifestar que entre ésta y las que habian precedido hai mucha diferencia. No nos dice la Santa Escritura de qué manera fuéron creados los ángeles; mas siendo unos espíritus puros, que no están sujetos á la lei de la reproduccion generativa como el hombre y los animales, ni vegetativa como las plantas, hai sobrados motivos para creer que Dios nuestro Señor les creó simultáneamente y con solo mandarlo. En cuanto al mundo, habéis visto ya, que sus seres todos iban saliendo de la nada y existiendo, al ir diciendo Dios de cada uno: "Hágase" *fiat*, miéntras que el hombre fué formado por el mismo Dios del barro de la tierra, y recibió del aliento divino la animacion, la vida y el alma, resultando su ser de ménos excelencia que el ángel, y de una incontestable supremacía sobre todas las otras cosas creadas. Nada pues mas natural y necesario, despues de haber hablado de los ángeles y del mundo, que llamar vuestra atencion hácia el hombre; porque esto es fijarla en vosotros mismos, en nosotros todos, en la humanidad entera. Voi pues á llenar este deber, haciendo aquí una serie de reflexiones acerca de la creacion del hombre y su estado primitivo, con el objeto de ponderar cuanto sea posible, no solamente la divinidad de nuestro orígen que está en Dios, sino tambien la excelencia de nuestra naturaleza, la extencion de nuestro imperio y la gloria de nuestros destinos.

I.

3. Comenzando, hijos mios, por la especialidad que Dios quiso tener al crear al hombre, mucho tenemos que admirar desde aquellas palabras *Hagámos al hombre*, con que quiso anunciar su designio ántes de ponerle por obra; y esta admiracion va creciendo mas y mas con todo lo que Dios nuestro Señor siguió manifestando y haciendo relativamente al hombre: porque, si por una parte vemos á este ser con cierta inferioridad relativamente al ángel, por otra nos arrebata la contemplacion de su rango sublime sobre todo lo demas, el esplendor de su gloria y la extension de su dominio; y comprendemos cuánta

razon hai para suponer que el Profeta Rei pensaba en la humanidad y se inspiraba de estos sentimientos, cuando admirado de que Dios se acordase del hombre, decia: "Le ha- " béis hecho, Señor, un poco ménos que los ángeles; mas por otra parte, le habéis llena- " do de honor y de gloria, y establecido como rei al frente de todas las cosas que sa- " lieron de vuestras manos. *Minuisti eum paulo minus ab Angelis, gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum.* (Ps. IX.)

4. Todo en la creacion del hombre, hijos mios, tiene cierta singularidad magestuosa: cuanto Dios habia hecho mostraba la Ommipotencia en accion y daba ideas grandes; pero en el hombre hai cierta inmensidad en la grandeza: aparece lo que ántes no habia, y desde el simple anuncio de su creacion, el gran dogma, el gran misterio, la verdad sublime de la Trinidad se anuncia como para preparar la manifestacion de todo un Dios, no ya pronunciando una palabra para que existan los mundos, sino obrando por sí mismo para que exista el hombre y en él se represente su obra maestra, y exista una especie de trasunto, aunque de mui reducidas proporciones, de su naturaleza y atributos divinos: "Hagámos al hombre á nuestra imágen y semejanza"..... ¡Qué pensamiento! ¡qué designio! "Todo aquí respira magestad y grandeza. Miéntras que para que saliesen de la nada todos los otros seres, se contentó el Criador con pronunciar un simple *fiat*, con decir impersonalmente: *Hágase;* cuando ya se trata del hombre parece detenerse: reasume, por explicarme así, todo su poder, y deja traslucir, aunque mui implícita y misteriosamente, el dogma de su Trinidad. "Hagamos," dice. Esta pluralidad de número funda el concepto de una alusion á su Trinidad gloriosa, miéntras la unidad de la accion indica bien la Unidad de su esencia: *Hagamos al hombre.* Parece que esperaba Dios el concluir todas las cosas. En la tierra estaba ya la materia, pero faltaba el espíritu: estaba la forma, pero faltaba, digámoslo así, la animacion de la inteligencia creada: estaba el espectáculo, pero faltaba el espectador: estaba el edificio, pero faltaba la familia: estaba el reino, pero faltaba el rei. Dios entónces proveyó á esta inmensa necesidad creando al hombre. *Hagamos al hombre:* como si dijese: "Demos la feliz consumacion á la grande obra: produzcamos la obra maestra. *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza:* como si dijera: "El firmamento está; la tierra está; los mares y los peces están; el aire existe ya; los animales de toda especie, la vegetacion toda, cuanto pertenece al mundo material está concluido: pero todas estas cosas, aunque mui á propósito para dar testimonio de mi poder y de mi sabiduría, son incapaces de representar en la tierra la imágen y semejanza de mi Ser. No se me parece el sol, ni la luna se me asemeja, ni las estrellas todas se me pueden comparar: brillantísimos luminares del espacio, están destituidos de sentimiento, no les pertenece la idea, son masas inertes." Era necesario, en efecto, un representante de Dios en la tierra, capaz de interponerse entre Dios y el mundo, que remitiese al cielo los tributos de la creacion y difundiese por la creacion los dones del cielo. Cierto es que toda ella narraria la gloria de Dios; pero sin el hombre, este lenguaje no tendria oyente, sin el hombre este cuadro no tendria admirador, sin el hombre estas armonías no tendrian eco, sin el hombre el mundo todo seria un desierto lleno de seres. Fuera del hombre no queda mas que el ángel entre las creaturas inteligentes; pero el ángel no necesita de los mundos para admi-

rar á Dios: el ángel no es el habitante de la tierra, sino el morador del cielo: bája, es verdad, á la tierra como la gracia de Dios; pero bája para el hombre, bája para ser el custodio de su parte mas noble, de su ser espiritual y moral; bája para traer el socorro y llevar la plegaria; bája, porque hai en el mundo una imágen de aquel á quien tributa sus homenajes por toda la eternidad; bája para concurrir con la inteligencia y la voluntad humana á fomentar, proteger y perpetuar en la tierra el reinado de la virtud; de la virtud, que place al Eterno mas que todos los astros y toda la creacion; de la virtud, que le da tanta gloria; de la virtud en fin, que tiene destinada para vivir con él por los siglos de los siglos. Hé aquí por qué Dios quiso dar tanta solemnidad á la creacion del hombre: éste es la única creatura que en la tierra destinó inmediatamente para Sí: quiso que el hombre resumiera en cierto modo toda la creacion, y por esto lo crió todo para el hombre, y al hombre le crió para Sí.

5. "Sin duda alguna que toda la Trinidad Santa concurrió á la obra de la creacion; porque cada una de las tres Divinas Personas es Dios, y Dios es el Creador del cielo y de la tierra, y porque la misma creacion material denuncia la obra de la Trinidad, y aun hace sensible lo que á cada Persona se atribuye sin embargo de convenir á todas. Manifiesta el *poder* en el orígen del ser: manifiesta la *sabiduría* en el concierto y armonía de los seres: manifiesta el *amor* en el beneficio de la existencia y en el objeto de la creacion. Pero no hai en ningun ser del mundo, fuera del hombre, algo que intrínsecamente lleve la imágen de Dios. Poder manifiestan los mundos; porque son efectos que no pueden concebirse existiendo sin un acto de la Omnipotencia: sabiduría representan los mundos; porque todo está maravillosamente dispuesto, todo está sábiamente concertado en todas las categorías de los seres: amor denuncia el mundo; porque no hai uno solo de todos ellos que no cuente con elementos fecundos de vida, conservacion é incremento. Pero ninguno de ellos tiene los atributos de la sabiduría, porque la materia no piensa; ninguno de ellos tiene el amor espiritual, porque ninguno de ellos tiene alma como el hombre. Ninguno de ellos pues, rigurosamente hablando, es ni puede ser imágen y semejanza de Dios.

6. "¿Y el hombre...? ¡Ah! detenéos: paráos á contemplar esta obra maestra de la mano divina: vedle exceder por la belleza de su forma á todos los cuerpos: vedle dominar por el poder de su pensamiento á todos los seres: considerado bajo el aspecto material, es tan pequeño, que se pierde como un átomo en la inmensidad de la creacion; visto empero bajo el aspecto del espíritu, es tan grande como el espacio mismo: quiere, y todas las armonías del firmamento vienen á recogerse en el fondo de su alma: pasea la vista de su inteligencia por la creacion, y al instante se queda con el inventario magnífico de todas sus riquezas. Desde el pequeño gabinete donde reside el sabio, domina por la inteligencia todos los mundos; clasifica las estrellas, pesa el sol, mide la tierra, sorprende el código de las leyes que gobiernan el mundo físico: la luz, el sonido, los fenómenos todos están escritos en el libro económico de sus memorias: conoce las familias de las plantas y las generaciones del bruto: en fin, el hombre tiene el *poder*, porque su alma es un principio creado de accion; tiene la *sabiduría*, porque es dueño de la palabra interior y exterior; tiene el *amor*, porque se une con el espíritu, se une con todo

su ser, segun el movimiento de su libertad, esto es: unas veces degradándose por la indignidad de los objetos, otras ennobleciéndose por la pureza de los motivos, la sinceridad de los afectos y la excelencia de lo que ama, otras divinizándose por la sublime abnegacion con que suele dejarlo todo, á fin de vivir siempre en Dios, y solo para Dios.

7. "Hé aquí cómo el hombre es la imágen y semejanza de Dios en la tierra, y lo es por la sublime personalidad que le da su alma, por el altísimo rango en que le coloca su pensamiento, por el glorioso poder que tiene su voluntad de dirigirse hasta Dios.

8. "Creado el hombre, recibió inmediatamente un título, pero un título grande, como él era, excelente; un título imprescriptible, porque le recibia del Dueño único de toda creatura, le recibia de Dios: el título de *Rei*. Este título preexistia ya en la mente divina, pues le anunció el Señor al pronunciar las palabras de la creacion del hombre: *Y dominé*, dijo entre sí, *á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra*, &c. Esta dominacion universal está inhíbita, como acaba de verse, en la misma idea de la creacion. Pero despues, es decir, creado ya el hombre, le fué ratificada sin fin, para que la ejerciese miéntras hubiese hombre en la tierra, y la ejerciese en el nombre y con la bendicion de Dios. Veamos la admirable economía con que va narrando Moysés el progreso de la accion divina en este punto.

9. "Tiene que hablar especialmente despues, de los elementos constitutivos de la especie humana; pero sin embargo, anticipa las ideas fundamentales, para que no quede trunca la mision de la humanidad. Es necesario ante todo ver los elementos de propagacion; y el Historiador sagrado, reservándose para despues decirnos cómo fué creada la mujer, se anticipa á decir de una manera general: *Creólos varon y hembra*. Hé aquí pues existiendo los dos seres, cuya mezcla en el órden de la naturaleza es necesaria para la multiplicacion de la especie.

10. "Pero estos dos seres habian de multiplicarse con relacion á un designio sobrenatural, con relacion á un fin divino, conforme á leyes espirituales y morales: no ha de propagarse el hombre como se propaga el bruto, como se reproduce la planta, como la yerba germina, no; el hombre es otra cosa: cada cuerpo lleva el depósito de una sustancia salida del aliento de Dios y creada para la eternidad: cada cuerpo está organizado para servir á la inteligencia y á la voluntad del hombre. Al engendrarse cada cuerpo, repite Dios este acto de su Omnipotencia, de donde resulta el alma, es decir: colóca la noble y divina imágen de su ser en un vaso de barro. Es pues indispensable que la union de los seres se inaugure de una manera solemne, y por eso dice luego el Historiador sagrado: "Echó Dios su bendicion y dijo: *Creced y multiplicados.*" Esta bendicion de Dios á nuestros primeros padres es la figura del matrimonio cristiano: esta union bendita es el primer matrimonio del mundo: esta facultad de crecer y multiplicarse despues de recibida la bendicion del cielo, es la institucion de la legitimidad, la sancion divina de que fuera del matrimonio no hai union lícita entre ambos sexos, no hai propagacion permitida, no hai nobleza moral, no hai otra cosa que una indefinida serie de bastardías.

11. "Despues de benditas en Adan y Eva las futuras generaciones del mundo, dijo el Señor: *Dominad á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á todos los ani-*

males que se mueven en la tierra. Estas breves palabras instituyen la soberanía del hombre sobre todas las criaturas sublunares: su voz será la del mando, su acento será la contraseña de su voluntad, y ésta la vida de su poder.

12. "Mas esta soberanía del hombre no solamente es un mando, sino tambien un señorío: es no solo para regir, sino tambien para usufructar. Los reyes de la sociedad no son por cierto los árbitros de ella; son ministros de Dios para el bien, y pesa sobre ellos con toda responsabilidad la suerte de los pueblos. No sucede lo mismo con la soberanía del hombre sobre la creacion: Dios la concedió en propiedad, para que el hombre fuese dueño en cuanto lo permite su naturaleza. ¿Y de qué modo puede el hombre ser dueño de la creacion? Sirviéndose de ella, pero no disponiendo de su ser: tiene el dominio útil, pero no el dominio directo. ¿Por qué así? Porque no está en las manos del hombre crear ni aniquilar, pero sí está el servirse de lo creado. Por esto Dios les dijo: *Ved que os he dado todas las yerbas....., para que os sirvan de alimento,* &c. Hai además otra razon: el hombre habia de propagarse; las generaciones suceden á las generaciones; en el mismo sentido deben propagarse las demas especies. Es pues necesario que el hombre use, pero no agote. De esta suerte todo se corresponde en el pensamiento, en el hecho y en el designio.

13. Queda pues de manifiesto cómo el hombre viene de Dios por creacion, cómo despues de los ángeles, tiene el primer rango sobre todos los seres creados, cómo ha sido hecho á imágen y semejanza de Dios, instituido soberano de la tierra, rei de la creacion y usufructuario del universo." 1

II.

14. Las reflexiones generales que acabo de hacer, amados hijos, acerca de la creacion del hombre, abarcan en sustancia todos los puntos que me he propuesto tratar en esta instruccion; pues manifiestan cuánto se extiende el imperio que Dios concedió al hombre, y cuánto supera éste por la excelencia de su naturaleza, y aun el modo particular de su creacion, á todos los seres comprendidos en el Universo físico. Mas no he quedado satisfecho con esto: hai cosas que de suyo requieren una consideracion mas detenida, y piden cierta especialidad al ser explicadas. No cuento en este número el imperio material ó físico del hombre, pues le he dado bastante á conocer; pero sí, debo hacer alto en su poder intelectual y moral, consiguientes á su naturaleza, y en aquellas nobles prerogativas con que Dios quiso decorarle durante el fugitivo periodo de su inocencia. Porque habéis de saber que la naturaleza humana, esto es, lo que al hombre le constituye tal, no ha cambiado nada en la esencia: es hoi lo mismo que fué, aunque por otra parte haya resentido en su naturaleza las consecuencias del pecado; pero su estado primitivo, su estado de gracia, su primera nobleza desaparecieron con la culpa. Importa pues mucho considerar separadamente la naturaleza humana en sí misma, es decir, lo que al hombre le constituye tal, y esta misma naturaleza en su primer estado, es decir, en lo que fué miéntras no se apartó de la voluntad divina. Veamos pues aquí lo primero.

1 Tomado literalmente de mi *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la Religion.* Lib. IV, art. 11, Cap. III.

15. Habéis visto que Dios formó de tierra el cuerpo del hombre, y luego arrojó sobre este cuerpo su aliento divino, con lo cual el hombre recibió la vida. Dos elementos pues hai en el hombre: el material representado en su cuerpo, y el espiritual representado en su alma. El cuerpo humano tiene dos puntos de vista bajo que puede considerarse, conviene á saber: como el resúmen de todo el universo físico, y como el mas perfecto y admirable de todos los cuerpos. En efecto, si bien lo considerais, hijos mios, no falta en el cuerpo del hombre ni uno solo de los géneros en que se hallan distribuidos los cuerpos del universo; pues reune los tres reinos de la naturaleza, es decir: los simples cuerpos extensos y figurados pero inertes, que no tienen vida, como la piedra, los que tienen vida vegetativa como la planta, y los animales. El hombre se nutre con los jugos, se desarrolla, crece y decae como la planta; se propaga por la generacion como los animales; tiene líquidos como el agua; tiene una respiracion propia, un calor natural, huesos duros y sólidos como la piedra, y de esta suerte véis recopilados en el hombre todos los objetos de la naturaleza física. Mas pasando de aquí á considerar la economía del cuerpo humano, me haria interminable si pretendiese hacer con vosotros una revista de todas sus partes. Pero contempladlo: notad su figura, su imponente actitud, su accion; y veréis una hermosura que no representa ninguno de los otros seres comprendidos en el universo, una nobleza que descubre luego su rango, una animacion que anuncia por todas partes al espíritu que lleva dentro de sí: es el único entre todos los cuerpos animados que con su frente domina la tierra, y cuyos ojos se extasían en el cielo: es el único que pone á disposicion de su alma, como una vasta materia de pensamiento y accion, cuanto sus sentidos recorren en el campo de la naturaleza: el único capaz de apoderarse de sus fenómenos y de sus primeras producciones, para realizar una segunda naturaleza en las obras del arte: porque si bien es cierto que éstas nacen en el alma que las concibe, lo es igualmente que no serian una realidad sin el ministerio del cuerpo humano. Mas yo no quiero, hijos mios, deteneros mas en la consideracion del cuerpo, sin embargo de lo mucho que en él se admira, porque llama de preferencia mi atencion esa otra sustancia donde reside su nobleza por excelencia; donde está el porqué del rango que ocupa el hombre; donde hai un mundo infinitamente mas grande que el que habitamos; donde se ensancha indefinidamente la esfera de la creacion, y no bastando para satisfacer la sed que el alma tiene de verdad y de bien, parece recogerse y en cierto modo anonadarse, para dejarla pasar á la region de lo infinito, quedándose tras ella, miéntras contempla la naturaleza y las perfecciones del Ser increado, miéntras dilata su mirada en las regiones augustas del misterio, y desdeñando los miserables períodos que acá llamamos siglos, se fija en los años eternos, en esa duracion sin principio ni término, en esa duracion fija que ni comienza, ni acaba, ni se sucede, en esa eternidad. El alma, hijos mios: hé aquí lo que debe arrebatar nuestro pensamiento sobre cuanto hai en el hombre.

16. ¿Qué cosa es esta alma? ¿Cuáles son sus facultades? ¿Cuál será su destino? Yo os lo diré, reduciéndome á mui sencillas indicaciones.

17. El alma es un espíritu, es decir: una sustancia simple que no tiene partes, que

no puede entrar en composicion ni ser trasformada en otra sustancia, ni tampoco ser dividida y en consecuencia deteriorada. El alma es la residencia del pensamiento, es el *Yo* humano. No tiene ojos, y ve; no tiene olfato, y conoce los aromas; no tiene tacto, ó influye en los cuerpos; no tiene oido, y ha elevado á una ciencia y á un arte la melodía: el alma es espiritual. Esta verdad la demuestra el hombre con su raciocinio sin salir de lo que pasa en su interior, la encuentra en su sentimiento, la registra en todas las páginas de la historia, la ve salir de los labios que trasmiten á las naciones la doctrina revelada. El hombre siente dentro de sí mismo su propia personalidad, el *Yo humano*, é irresistiblemente conoce que este *Yo* es una sustancia: le busca en otra parte fuera de sí, pero inútilmente, porque no le halla; fuera de sí no encuentra mas que dos personalidades, una con quien habla y otra de quien habla. ¿Cómo se llaman para él todas las cosas que no son él? Se llaman *tu*, se llaman *él*; pero solo una se llama *yo*, y es la que anda buscando el *Yo* fuera de sí misma. Pues bien: si este sentimiento, esta idea no la encontramos en ninguna parte fuera de nosotros, el *yo* está en nosotros mismos. Pero como nosotros tenemos un cuerpo, necesitamos aun ver si encontramos nuestro *yo* en alguna parte de nuestro cuerpo. ¿Dónde estará pues? ¿En los brazos? No: porque los mancos tienen *yo*. ¿En las piernas? No: porque los cojos tienen *yo*. ¿En los oidos? No: porque los sordos tienen *yo*. ¿En los ojos? No: porque los ciegos tienen *yo*. ¿En el olfato? No: porque los que no huelen y aun han perdido la cubierta exterior de este órgano, tienen *yo*. ¿En el tacto? No: porque hallándose este sentido repartido en todo el cuerpo y desapareciendo de cada miembro cortado, y subsistiendo á pesar de la amputacion el *yo*, es claro clarísimo que el tacto no es el *Yo*. Luego el alma, y no el cuerpo, es el *yo*; y pues el alma conserva la integridad de su accion, de su pensamiento y de sus facultades, á pesar de los defectos naturales y de las fracciones diversas del cuerpo, y de la nulificacion ó pérdida de los sentidos, y esto sin embargo del comercio recíproco entre el alma y el cuerpo, aquella es una sustancia indivisible, sin partes, simple, espiritual. Por este estilo pudiera, hijos mios, ir formando argumentos; pues cada operacion del entendimiento, cada accion de la voluntad, cualquiera de las cosas que en ella pasan, prueba que no es un cuerpo, sino un espíritu. El acto que une las ideas, supone una sustancia simple; la simultaneidad y coexistencia de las ideas, que se sienten en un solo punto sin embarazarse ni confundirse, y representan á todo el tiempo, á todo el espacio, á todo el Universo y más, claramente suponen que la sustancia donde residen es extensa sin ser limitada, es espaciosa sin ser figurada, es capaz sin ser impenetrable; digámoslo en una palabra, nada tiene de lo que constituye al cuerpo, y en consecuencia es esencialmente espiritual.

17. Pero dejando aparte los argumentos filosóficos, y sin hacer alto en el que suministran las creencias constantes de la humanidad y las doctrinas inculcadas por los primeros sabios del mundo en todos los siglos, y aun los mismos filósofos gentiles, vengamos á la prueba terminante que arroja de sí el sagrado texto que refiere la creacion del hombre. Si Dios formó un cuerpo de un poco de tierra, y despues, para dar vida á este cuerpo, le inspiró su aliento. ¿No véis aquí, amados hijos, claramente manifiesta la espiritualidad de nuestra alma? Si el hombre es todo cuerpo, ¿á qué fin hacer algo mas

que crear un cuerpo? ¿Era siquiera necesario que se ocupase todo un Dios en formar este cuerpo, cuando le bastó pronunciar un *hágase* para que existiesen todos los cuerpos? ¿Qué podia representar aquel soplo misterioso con que animó el cuerpo del hombre, sino el acto de crear una alma, es decir, una sustancia semejante á Sí? Porque, hijos mios, todo tiene una razon, un motivo, y alguno habia de tener Dios para arrojar este soplo sobre el cuerpo del hombre. ¿Para qué lo hizo pues? ¿Para que existiese un cuerpo? Ya estaba hecho. ¿Para que este cuerpo tuviese alguna virtualidad? ¿Cuál podria ser? ¿La de nutrirse, desarrollarse y crecer? Habia ya plantas. La de andar, moverse por sí propio, en suma, tener la vida animal? Habia ya brutos en la tierra, peces en la mar y aves en el cielo. Luego sopló Dios sobre aquel cuerpo, no para que fuese cuerpo, no para que vegetase, no para que tuviese vida; sino para infundirle una alma, una sustancia que no habia en todo el Universo criado, y que era necesaria para crearle á su imágen y semejanza é instituirle rei sobre la creacion. Este soplo del Criador es la creacion del alma, y el acto de arrojarle sobre el cuerpo humano el mas solemne de infundir el alma. "No es este el orígen de la especie animal, no," dice Bossuet: Toda ella salió de la materia; y si goza tambien de una vida, no es la vida del hombre, sino una vida bruta y bestial, á la que Dios no comunicó mas accion, que movimientos dependientes del cuerpo. El bruto, tal como es, ha salido del seno de las aguas y de la tierra; pero esta alma cuya vida debia ser una imitacion de la de su Autor, esta alma que habia de vivir, como él, de razon y de inteligencia, que debia estarle unida por la contemplacion y el amor, y que por esta razon ha sido hecha á su imágen, no podia ser en manera alguna sacada de la materia. Haciéndola de la materia, pudo formar Dios un bello cuerpo; mas por mucho que se esmerase en esta obra, era imposible que en ella encontrase nunca su imágen y semejanza. El alma hecha á su imágen, el alma que puede ser feliz poseyéndole, debia por tanto ser el objeto de una nueva creacion, debia venir de lo alto, debia ser un espíritu; y hé aquí lo que significa ese *soplo de vida*, que Dios saca de sus labios, para criarla." [1]

18. Excusado me parece, hijos mios, principalmente despues de lo mucho que os he dicho acerca de la naturaleza humana en todas mis instrucciones precedentes, hablaros aquí con toda especialidad acerca de cada una de las facultades y potencias de nuestra alma. Ya sabéis que hai en ésta un entendimiento para conocer, y cuyo objeto es la verdad; una voluntad para querer ó no querer, y cuyo objeto es el bien; y una libertad para elegir, lo cual hace que la voluntad unas veces abrace un mal verdadero aunque bajo las apariencias de bien, otras deseche el verdadero bien, y otras en efecto le abrace. ¿Para qué hablar del entendimiento? Si fuera necesario, hijos mios, demostraros que tenéis esta facultad, excusado seria el dirigiros la palabra, y no sabria qué decir de ese comercio activo y constante de pensamiento que mantenéis los unos con los otros, poniendo todos en circulacion vuestras ideas por medio de la palabra. Si yo os hablo, estoi convencido de que vuestra inteligencia es un hecho cierto para vosotros y para mí: si vosotros me oís, con esto solo hacéis una manifestacion de vuestra inteligencia; si habláis los unos con los otros, es porque os entendéis. Lo mismo respectivamente di-

1 Prueba extractada del Discurso sobre la historia universal. 2ª parte cap. 1º

go de vuestra voluntad. Estas dos palábras *quiero, no quiero* son el resúmen de toda la vida de la humanidad: la existencia de la accion que ellas representan, está en el sentimiento de cada uno, en la experiencia de todos y en la voz del género humano. Negar la inteligencia, donde residen los conocimientos, es lo mismo que hacerlo volver todo á la nada; negar la voluntad es declarar que no hai nada cierto; negar la libertad es destruir en su esencia todo el mundo moral. En lugar pues de ocuparme aquí en demostraciones excusadas, voi á concluir este punto diciéndoos una palabra sobre la inmortalidad del alma, que es una consecuencia precisa de su naturaleza espiritual.

19. Una creatura tan excelente debia tener sin duda, hijos mios, un destino mas elevado, condiciones mas nobles, que todos los seres del Universo físico. ¿Qué importa en el cálculo del pensamiento la composicion y divisibilidad de los cuerpos? La capacidad para ser alterados y destruidos. Por esto, hijos mios, el Profeta Rei, levantando hasta allá su pensamiento, no se retrae, con todo y la magnificencia y sublimidad de la creacion, de profetizar la destruccion de todas las cosas del cielo y de la tierra en presencia del Ser inmutable y Eterno: "En el principio, Señor, fundaste la tierra: y los "cielos son obra de tus manos. Ellos empero han de perecer; miéntras tú permanece- "rás siempre. Todas las cosas han de envejecerse como un vestido, y como una simple "cubierta las mudarás y serán mudadas: tú empero, Dios mio, siempre eres el mismo, "y tus años no acaban jamas." *Initio tu Domine, terram fundasti; et opera manuum tuarum sunt cæli. Ipsi peribunt; tu autem permanebis. Et omnia sicut vestimenta veterascent, et sicut opertorium mutabis ea, et mutabuntur. Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.* (Ps. CI.) Sí, amados hijos: todo lleva en sí mismo señalado con caractéres indelebles el designio de su Autor, y con solo ver que los cuerpos son divisibles, compuestos, combinables, trasformables, corruptibles, &c., &c., se manifiesta que por su naturaleza son perecederos: *ipsi peribunt.* Mas una sustancia espiritual, simple, incombinable, indivisible, incorruptible, &c. &c., manifiesta en sí misma y en el pensamiento de su creacion la inmortalidad: en sí misma, porque nada tiene que haga naturalmente posible la muerte; y en el designio de su creacion, porque si Dios la hizo imperecedera, es porque tuvo el ánimo de no destruirla. ¡El alma es inmortal! Y acaso aquí resplandece mas que en todo su semejanza con el Creador.

20. Todo, en la razon, en los siglos, en el mundo, se pone de parte de esta sublime verdad. La ha encontrado el hombre, aun sin contar con los recursos de la revelacion, comprobada por su naturaleza, exigida por sus facultades, puesta de manifiesto en sus mas constantes propensiones, convencida por su conciencia, columbrada con su prevision, y aun escrita con misteriosos caractéres en la misma loza de los sepulcros. Su alma, incapaz de division, le dice que no puede naturalmente perecer: su entendimiento, sediento de una verdad que aquí no se le manifiesta toda, se siente invitado para otro mundo en que la verdad no tiene sombras: su voluntad, anhelante de una dicha que sin cesar la conmueve y de continuo se le escapa, siente que no es aquí la patria de un bien cumplido; y conociendo que puede gozar este bien, siente dilatarse su vida mas allá de lo que señalan con su número los años y los siglos. La conciencia, ya regalada con la paz inefable de la virtud, ya atormentada con los remordimientos que siguen al crímen,

proclama con estos dos sentimientos tan diversos una vida futura toda de recompensa ó de castigo. El hombre todo siente concurrir en lo mas profundo de su alma dos sentimientos diversos al parecer, pero que allí quedan confundidos: ese deseo de felicidad que siempre le ocupa, que adonde quiera le sigue y nunca le abandona, y esa adhesion constante á lo que no tiene límite ni término, y cuyo objeto manifiesto y al mismo tiempo misterioso, debiendo existir pues ocupa el corazon, y no encontrándose jamás en la tierra, parece gritarnos á todos, dándonos una cita inmensa desde la region de lo infinito, campo de Dios y asiento de la felicidad. Todos morimos: hé aquí el anatema con que Dios hirió á la naturaleza envilecida por la culpa; mas no todo muere en nosotros. ¿Queréis una prueba de sentimiento y de misterio? ¿una prueba de esas que suelen hablar mas alto que el mismo raciocinio? Contemplad á la humanidad viviente puesta de pié ante el sepulcro de las generaciones que han desaparecido. Detiénese allí con el recogimiento de la meditacion mas profunda, y el respeto mas augusto. ¿Cómo explicar este misterio! Con el sentimiento de la inmortalidad, colocado de lleno en el corazon, que ha unido á todos los pueblos en la profesion de una misma verdad, y convertido en recuerdos de muerte y monumentos de un Ser que nunca acaba los sepulcros de los hombres. De esta suerte la inmortalidad del alma escrita con caractéres indelebles en la naturaleza física, en la mente, en el corazon, creida de todos los pueblos, enseñada por todos los filósofos y mostrada en toda su majestad por la revelacion divina, es la verdad que sirve de complemento magnífico al estudio de la humanidad, considerada en sus principios constitutivos, en su procedencia y en su término. Acabará el cuerpo para que sobreviva el alma; hasta aquí llega la filosofía: este cuerpo reaparecerá, saliendo del sepulcro el último dia de los tiempos: aquí está el dogma.

21. Véis pues cuál es la naturaleza del hombre, la perfeccion de su cuerpo, la espiritualidad é inmortalidad de su alma: solo resta, para concluir este punto, considerar las relaciones que hai entre Dios y la humanidad.

22. Estas relaciones son: primera, la de Creador y creatura; segunda, la de Legislador y súbdito: tercera, la de último fin de la naturaleza humana. Sobre las tres os hablé ya en mi sétima instruccion, deduciendo como consecuencias: de la primera, el dominio esencial, supremo, absoluto, universal, eterno é irresistible que Dios tiene sobre nosotros; de la segunda, nuestra estrecha obligacion de observar en todo y por todo su santa Ley; y de la tercera, la necesidad imprescindible que tenemos de amarle sobre todas las cosas, de dar de mano á cuanto pueda ser obstáculo para su servicio, y de dirigirnos constantemente á él como al Bien Sumo. Esta triple relacion entre Dios y la humanidad es el alma de toda la doctrina: la de Creador y creatura instituye la religion: la de Legislador y súbdito, constituye la moral; la de último fin caracteriza la felicidad verdadera, sostiene la esperanza y atrae el amor. Todo está, vuelvo á decirlo, en esta triple relacion.

23. Hemos visto el cuándo, el cómo y el para qué de toda la humanidad: su orígen divino en el tiempo, su maravillosa creacion y excelente naturaleza, y por último, sus destinos inmortales y eternos. Réstanos ver á esta humanidad en accion y en su bello

dia, considerar su estado primitivo como un punto de partida para la historia y la ciencia del hombre; pero tal es el objeto de la tercera parte.

III.

24. Para conocer, amados hijos, toda la perfeccion y felicidad del estado primitivo del hombre, bastaria solo atender á las palabras con que se nos manifiesta su creacion. "Crió Dios al hombre, dice el sagrado texto, á su imágen y semejanza." El hombre pues aparece aquí: primero como una obra de Dios; segundo, como una imágen suya; tercero, como su semejanza. De lo primero se colige que el hombre, en calidad de criatura, fué una obra perfecta, pues nada imperfecto podia venir de la fuente de toda perfeccion, y en consecuencia, por su misma constitucion tuvo el hombre cuanto era necesario para cumplir su destino sobre la tierra sin dificultad absolutamente ninguna, y sí con esa facilidad y expedicion que admiramos en todas las obras de la naturaleza. De lo segundo se colige que el hombre, animado por el espíritu que Dios infundió á su cuerpo ya que le hubo formado, tenia, si bien como efecto, como criatura y con la limitacion consiguiente, aquellos atributos que hai en Dios: en consecuencia tuvo sabiduría, inteligencia, poder, bondad, &c., &c., y todo recto. De lo tercero se infiere que estaba dotado asimismo de la santidad; porque si bien es cierto que con el espíritu y sus facultades bastaba para que el hombre fuese una imágen de Dios, lo es asimismo que, para ser semejante á él, necesitaba tambien de la santidad. Nada en efecto asemeja mas al hombre con Dios que este sublime estado, esta divina virtud: la santidad es toda sabiduría, es toda discernimiento, es toda fe, esperanza y amor: la santidad todo lo ordena con la prudencia, todo lo acata y conserva en la justicia, triunfa de sus enemigos con la fortaleza y concierta la vida moral con lo vida física en la templanza: la santidad es la mas perfecta armonía entre las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, y por lo mismo la mejor prueba de su semejanza con Dios.

25. Con solo esto bastaria para suponer un principio de decadencia, no en Dios cuyas obras todas son buenas, sino en el hombre, cuya libertad es susceptible de abusos, y explicar con tal principio todas las vicisitudes del hombre y el estado actual de la humanidad, y reconocer que el hombre no fué siempre lo que es hoi, y que aquella palabra de Job, magnífico resúmen de la decadencia de la humanidad: "el hombre nacido " de la mujer, vive poco tiempo y está henchido siempre de miserias," designa una degeneracion, una completa perversidad, un extravío, y en consecuencia presupone un estado perfecto, santo y feliz. Mas no nos limitemos á esto: véamos con documentos sacados de la Escritura Santa cuál haya sido el estado y condicion de la humanidad ántes que hubiese quebrantado la Lei del Señor.

26. El Eclesiastés, hijos mios, que profundizó tánto en la historia de la decadencia moral del hombre, hasta resumirla toda en la palabra *vanidad:* aquel espíritu lleno de la luz de los cielos y divinamente inspirado, despues de todas sus investigaciones, y no sabiendo qué decir á la vista de todos los extravíos de la razon, de todos los desastres del género humano, pronuncia esta palabra del mas profundo sentido: "Solamente hallé es-

" to, que Dios hizo al hombre recto." Estudiad, hijos mios, esta palabra; buscad si queréis su sentido propio con las luces que nos ministra la misma razon natural; y mui pronto quedarés convencidos de que ella expresa el primitivo estado del hombre, y que este primitivo estado fué todo de luz, de fortaleza, de amor, de santidad en suma.

27. Cuando hoi dia queremos caracterizar al hombre puro sobre la tierra, bien ilustrado acerca de sus deberes, siempre fijo en cumplirles, que nada se permite capaz de desagradar á Dios ni causar el menor disgusto á su prójimo; al hombre del buen consejo y del bien obrar; ¿qué decimos de él, hijos mios? "Este es un hombre *recto,*" es decir: regido, morigerado, justo, santo. ¿Sabéis lo que es la rectitud? En nuestras facultades es el buen uso, en nuestros juicios es la verdad, en nuestros deseos el bien propiamente dicho, en nuestras obras la justicia, en nuestros caminos la luz, el movimiento constante y regular hácia Dios. Ved pues aquí cómo el hombre, este ser que hoi dia es presa de las tinieblas, de la ignorancia, de las preocupaciones y errores, de inclinaciones torcidas y pasiones vehementes, no fué así, aun visto por el aspecto de su naturaleza, cuando salió de las manos de su Divino Autor. En aquel tiempo, hijos mios, la rectitud expresaba la forma, la accion, la virtud, el poder y la vida de aquella naturaleza privilegiada; una luz tan clara en el entendimiento, que para conocer y saber la verdad, no habia menester de pasar por las fatigas muchas veces infructuosas de la investigacion; una voluntad adicta de tal suerte al bien por excelencia, que le buscaba, y anhelaba, y poseia sin la menor dificultad; un predominio tan perfecto sobre la parte inferior ó baja, que no sentia, digámoslo así, la funesta insurreccion que el apetito levantó mas tarde dentro de ella misma para derrocar el trono de la virtud. Por esto el Profeta Rei, consideraba la justicia como un efecto preciso de la rectitud, y cifraba en la rectitud el principio y el fundamento de la gloria: "Alegraos justos en el Señor, decia en uno de sus salmos (XXII, 1º), gloriaos todos los que tenéis la dicha de portar un corazon recto." *Lætamini in Domino et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde.* Y ¿por qué hablaba con tal entusiasmo y tanta seguridad el Profeta? Porque la rectitud es el fundamento de la eterna felicidad, siendo claro y de fe, como se explicaba él mismo en otra parte, que el Señor salva á los rectos de corazon: *Qui salvos faciet rectos corde.*

28. Tan privilegiado, hijos mios, fué aquel primitivo estado de nuestra naturaleza, que su memoria quedó para la humanidad entera como el verdadero tipo de toda su perfeccion: nada nuevo se la pide, cuando se trata de su reforma, sino asemejarse á su primer estado, y por lo mismo, cuando se habla de esos golpes felices de la gracia que trasforman al hombre, se dice que éste *se convierte,* es decir: que vuelve á sus primeros caminos, que recobra sus antiguos tesoros, que vuelve á su primer estado. "Renovaos, decia el apóstol San Pablo á los Efesios, (IV, 23 y 24) renovaos pues ahora en el " espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á Dios en justicia y santidad verdadera." ¿Qué quiere decir la palabra *renovar?* Hacer de nuevo, poner las cosas en el estado que tenian cuando eran nuevas. Luego la humanidad en su principio fué mui diversa de lo que hoi es: luego tuvo un estado primitivo. ¿Cómo era este estado? Ya lo habéis oido: era de justicia y de santidad ver-

dadera, era de gracia, era de felicidad: luego el hombre en su primer estado era justo, santo, feliz.

29. Mas no quiso contentarse Dios con que su creatura predilecta gozase únicamente de las ventajas de la naturaleza en su primitivo estado de perfeccion: un entendimiento mas claro, una voluntad bien concertada con la razon, un cuerpo subordinado al espíritu; sino que quiso hacerle sentir su munificencia infinita prodigándole, fuera de las cualidades de la naturaleza, dones mui preciosos de la gracia, coronando de frutos el árbol, digámoslo así, ántes que creciese y madurase, y haciéndoseles probar ántes que les viese aparecer. Sin duda alguna que tenia facultades el hombre para adquirir ciencia y sabiduría; mas Dios nuestro Señor no quiso esperar los trabajos de la naturaleza, sino que se adelantó á infundir en su creatura la ciencia y la sabiduría, para que fuese rica, por explicarme de esta suerte, ántes que comenzase á trabajar. Oid lo que leemos á este propósito en el capítulo XVI del Eclesiástico, porque nada es tan sublime como este cuadro: "Crió en ellos, es decir, Dios nuestro Señor en nuestros primeros padres, " la ciencia del espíritu: llenó de sentido su corazon, y les mostró los males y los bie- " nes: puso su ojo sobre los corazones de ellos, para mostrarles las grandezas de sus " obras, para que alaben el nombre de santificacion, y le glorifiquen en sus maravillas, " y publiquen las grandezas de sus obras. Añadióles la disciplina, y dióles en herencia " la ley de vida. Hizo con ellos eterno pacto, y les mostró su justicia y sus juicios; y " con sus propios ojos vieron ellos las grandezas de su gloria, y las orejas de ellos oye- " ron la magestad de su voz." ¡Qué os diré yo, hermanos carísimos, para ponderar debidamente la magnificencia suma de Dios para con el hombre, cuando ha trazado un cuadro tan perfecto el sublime pincel del Eclesiástico? Poned atentamente la consideracion en cualquiera de sus palabras, y estoi seguro de que quedaréis arrobados, rendidos ante la imponente magestad de su pensamiento. ¡Cómo explicar, cómo dar á entender este crear de la ciencia, este henchir el corazon de sentido, este ojo de Dios en los corazones de los hombres, con que se expresa, no su mirada irresistible, sino el mirar del hombre desde su corazon con el ojo de la Divinidad? ¡Ah! Todo es grave, solemne, inmenso, misterioso. El hombre tuvo pues en su mente una ciencia infusa, es decir: no adquirida, no debida al estudio, sino recibida inmediatamente de Dios; y Adan con solo esta luz infundida tuvo mas inteligencia, mas talento, mas ciencia, mayor sabiduría que todos los ingenios, todos los filósofos y todos los sabios de la tierra: "tuvo el hombre su " corazon lleno de sentido," es decir: tuvo la verdad trasformada en ley, la ciencia convertida en virtud, la virtud representando la unidad, la economía y el bien en todo sentido. Esto quiere decir, amados hijos, que todas las facultades del hombre se hallaban en un concierto maravilloso: el cuerpo sometido al espíritu, y en éste la voluntad y el entendimiento unidos con tal estrechez en su accion, como la verdad en sí misma con el bien. No nacian aún estos soberbios enemigos conjurados hoi contra nuestra felicidad: las inclinaciones que extravían, las pasiones que ciegan, los vicios que degradan y prostituyen: el rubor era desconocido; porque el pecado no habia contaminado aún el corazon, y de esta suerte todo era lucido, todo recto, todo santo, todo feliz.

30. El cuerpo mismo, amados hijos, aunque de naturaleza corruptible y perecedera,

ganó en aquel impulso de la Bondad divina, un privilegio exclusivo sobre todos los seres de su especie. ¿Qué privilegio es éste? ¿El uso libre y fácil de todos sus miembros? ¿el concierto y expedicion de todos sus movimientos? No, hijos mios; sino su conservacion en salud perfecta, su inmunidad completa del dolor, su inalterabilidad en medio de la sucesion de los años, el no estar sujeto, por último, á la ley de la muerte. No es esta una conjetura que yo hago, la cual no fuera violenta: cuando vemos cuerpos tan viejos como el mundo, y tan flamantes y bellos como en su primer dia, natural era suponer que el mas perfecto de todos los cuerpos no seria el ménos privilegiado. No, esta doctrina me la enseña nada ménos que la Eterna Sabiduría: oid lo que leemos en su Libro: (Sap. II, 23 y 24) *Dios creó al hombre inexterminable, y lo hizo á la imágen de su semejanza. Mas por la envidia del Diablo entró la muerte en el mundo.* Esto mismo repite despues el apóstol San Pablo en el capítulo V, vers. 42 de su Epístola á los Romanos: *Por el pecado vino la muerte:* tal es tambien la doctrina de la Iglesia. No citaré aquí todo lo que hallamos en sus decisiones, ni me detendré tampoco á corroborar esta doctrina con la autoridad de los Santos Padres; pues basta para mi propósito referiros el Cánon primero de la seccion quinta del Santo Concilio de Trento. "Si al- " guno, son sus palabras, si alguno no confiesa que Adan, el primer hombre, cuando que- " brantó el precepto de Dios en el Paraiso, perdió inmediatamente la santidad y justi- " cia en que fué constituido, é incurrió por la culpa de su prevaricacion en la ira é in- " dignacion de Dios, y consiguientemente en la muerte con que Dios le habia ántes ame- " nazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder del mismo que despues tuvo el " imperio de la muerte, es á saber, del demonio; y no confiesa que todo Adan pasó por " el pecado de su prevaricacion á peor estado en el cuerpo y en el alma, sea excomul- " gado."

31. He concluido, hijos mios: habéis visto el orígen del hombre, de toda la humanidad: la excelencia de su naturaleza, la supremacía de su rango, la extension de su imperio, la perfeccion natural y sobrenatural de su primer estado. Habéis visto establecidos los primeros principios de todas las instituciones humanas; el culto, la moral; la formacion, constitucion y objeto de la sociedad; el destino del hombre para ella; la consagracion del matrimonio en aquella bendicion divina que santificó la union conyugal de nuestros primeros padres; el orígen divino, integridad completa, perfeccion debida de la humanidad; concierto de la naturaleza y la gracia; carácter, objeto y extension de la ciencia; nacimiento de la virtud y adquisicion de la sabiduría. En fin, habéis visto la obra de Dios. ¡Ojalá no tuviéseis que ver otra! Mas por desgracia nos queda todavía un tristísimo objeto de meditacion y de estudio: hai que contemplar la historia de la ignorancia, del error, de las pasiones, de los vicios, de los crímenes, de todas las calamidades y miserias; buscar en el primer extravío del hombre la funesta causa del mal, y prepararnos con este doble conocimiento á estimar, cuanto es dado á nuestra débil inteligencia, el carácter de esta restauracion que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, produjo en la humanidad con su vida, con su doctrina y con su sacrificio. Mas estos puntos deben ser objeto de las siguientes instrucciones.

—

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE EL PECADO ORIGINAL CONSIDERADO EN SU CARÁCTER, EN SUS TRASCENDENCIAS Y EN SUS EFECTOS.—NECESIDAD DE UN DIOS SALVADOR.

De ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas: in quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.

Mas del árbol de ciencia de bien y de mal no comas porque en cualquier dia que comieres de él, infaliblemente morirás.

Genes. cap. II, v. 17.

1 No contento el Señor, hijos carísimos, con haber creado al hombre á su imágen y semejanza, dádole un cuerpo el mas perfecto de todos, infundídole una alma racional, por la cual pudiese conocer y dominar todas las cosas, instituídole en sociedad doméstica, sacando á la mujer de una de sus costillas, dándosela por compañera y echando sobre ambos su bendicion, puesto bajo su dominio todas las cosas de la tierra para que se sirviese de ellas, y añadido á las cualidades propias de una naturaleza excelente las dotes gratuitas y elevadas de su gracia, la ciencia infusa, el discernimiento del corazon, la justicia y la santidad, y queriendo explicar su amor hasta en las cosas mas menudas, descendió al órden material, dando á nuestros primeros padres una habitacion dispuesta por él mismo. "Habia plantado el Señor Dios, dice el Génesis en los versículos 8 y "siguientes hasta el 15, del capítulo II, un paraiso de deleites desde el principio: en el "que puso al hombre que habia formado. Y el Señor Dios produjo de la tierra todo "árbol hermoso á la vista y suave para comer: el árbol tambien de la vida en medio

"del paraiso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal..... Tomó pues el Señor Dios "al hombre, y púsole en el paraiso del deleite, para que le labrase y guardase.

2. Ved aquí, amados hijos, el palacio del Rei de la creacion. No nacian aun las artes, hijas de esas necesidades inmensas no diré de la civilizacion, sino de la decadencia moral de la humanidad: era el imperio de la naturaleza, y todo debia tener este carácter. Sin duda alguna que no residió aquel soberano como los reyes del mundo encerrado en muros de piedra pulida por el arte, y bajo artesones dorados; mas tenia un rico palacio concebido en la mente y construido por la mano de Dios, un palacio que, respecto del resto de la tierra, era proporcionalmente lo mismo que el cuerpo del hombre comparativamente con los otros; tipo de perfeccion en su línea y epílogo de todo el universo: porque así como en el cuerpo humano hai de todo lo que tiene el mundo físico, así tambien en el paraiso habia de todas las producciones de la naturaleza, pues en él puso su Divino Autor cuanto era hermoso á la vista y suave al paladar, y de él se repartian las aguas que iban á llevar la fecundidad á todas partes. Nada mas significativo, para representar la incomparable magnificencia y la supremacía de aquella primera habitacion del hombre, como la energía de la palabra que la designa: *Paraiso de deleite;* y esto es tan cierto, que ha quedado ella con un carácter monumental en todas las lenguas, para significar lo que hai de mas bello y delicioso: estas producciones agradables al gusto proveian al sustento, y aquel árbol de la vida estaba destinado á perpetuar la juventud.

3. Véis pues al Rei de la naturaleza en su trono, abarcándola toda en su pensamiento, dominándola toda con su albedrío, explicándola toda con su palabra, poseyéndola toda en su residencia, disfrutando de toda, sin que los goces naturales pusiesen obstáculos al amor divino de su corazon, ni perturbasen el íntimo comercio en que se hallaba con su Dios. Pero, al mismo tiempo que el Señor le acababa de poner en posesion de tanta riqueza, y otorgar un ilimitado permiso para que gozase de todo, y para comer el fruto de todos los árboles del Paraiso, añadió: "Mas del árbol de la ciencia "del bien y del mal no comas: porque en cualquier dia que comieres de él, morirás: *De ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas: in quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.*

4. ¡Dichoso Adan, hijos mios, y venturosa la humanidad entera, si fiel á este precepto con que Dios quiso manifestar su dominio sobre el hombre, y condicionar el goce perpetuo de cuantos inmensos bienes le habia concedido, lo hubiese guardado inviolablemente! Pero sucedió de otra manera: tras el cuadro de placer y ventura que os acabo de representar, estaba en acecho el demonio, celoso de un bien que habia perdido, para envenenar aquella fuente de delicias y asociar al hombre á su desgracia inmensa. Tentó la debilidad de la muger, y con la debilidad de la muger la condescendencia del hombre: hízoles comer de la fruta prohibida, y un momento bastó para que todo aquel cuadro de felicidad y ventura se desvaneciese. Pecó el primer hombre, contaminó toda su naturaleza, engendró en esta naturaleza contaminada á sus descendientes, y la humanidad corrió desde allí por todos los años y los siglos, no como una fuente cristalina que lleva sus aguas á todas partes exentas de toda mezcla, sino como una corriente fé-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tida que señala su tránsito con la contaminacion, y mancha, y altera, y envenena cuanto toca. Hé aquí al pecado original: pecado, por ser ofensa de Dios ó infraccion de su lei; original, por haber sido cometido por el primer hombre, y por ser al mismo tiempo el funesto progenitor de todos los otros pecados. El pecado original, hijos mios, es un hecho consignado en la primera página de la historia; es un dogma comprendido en la doctrina revelada, que liga la creencia; es una verdad que, aun sin la historia y la revelacion, necesitaria de suplirse ó suponerse por la ciencia para explicar el mundo moral. Sin embargo, no es mi ánimo ni de mi propósito dar tal amplitud á la materia: porque, dirigiendo mis actuales instrucciones á explicaros los dogmas de la fe católica, no debo considerar el pecado original sino solo bajo su carácter dogmático, como un punto de la doctrina de la fe.

5. Esta comprende al pecado original bajo tres principales aspectos: primero como un hecho histórico referido en las Sagradas Letras; segundo como un mal hereditario y trascendental por lo mismo á toda la humanidad; tercero como la causa única de todos los males y miserias que han afligido hasta aquí, afligen hoi y afligirán siempre á los hombres. Bajo estos tres puntos de vista voi por lo mismo á considerar el pecado original, explicándoos en primer lugar los principios morales de que debe partirse para formar el debido concepto de su malicia; refiriendo en segundo el hecho con todas sus circunstancias; y deduciendo, por último, las consecuencias dogmáticas y morales de tal acontecimiento.

I.

6. Habéis visto ya, hijos mios, que Dios crió al hombre inteligente y libre, lo cual importa sin duda una diferencia inmensa entre él y todos los seres del universo físico. Estos, como carecen de razon, y por lo mismo de inteligencia, voluntad y libertad, son incapaces de conocer, de querer y de elegir: luego el órden y economía con que habian de conservarse todos y cumplir el destino propio de su creacion, es independiente de ellos, y en consecuencia un resultado preciso de la voluntad del Creador: pues no teniendo conocimiento, no siendo capaces de querer ó no querer, dependen de tal suerte de su causa, que por una necesidad y precision absolutas han de hacer indispensablemente lo que Dios quiera. Dotóles pues el Señor de todos los elementos necesarios para su objeto: imprimióles el primer movimiento, y con solo esto han sido, son y serán siempre todo lo que Dios nuestro Señor quiso.

7. Mas el hombre no es así: el hombre piensa; el hombre conoce; el hombre quiere ó no quiere, aborrece ó ama; el hombre obra ó deja de obrar, segun le place; compara los objetos, y los califica, y elige unos desechando otros; puede decidirse por lo bueno en concurso de lo malo, y viceversa. Ahora bien: como Dios lo ha creado todo conforme á los designios de su sabiduría, y éstos tienden constantemente á conservar en todo y por todo el órden eterno, quiso que los hombres pensasen, hablasen y obrasen en todo conforme á este soberano designio, y hubiese entre ellos aquel órden y armonía que demandan para su perfeccion relativa todos los atributos constitutivos de la humanidad.

8. ¿Cómo establecer y conservar el órden entre hombres, es decir, entre seres inteligentes y libres, supuesto que por su libertad pueden obrar ó no obrar, obrar el bien ó el mal, representar en su conducta, ya el órden ya el desórden? Por medio de la Lei. Hé aquí por qué, cuando el hombre vino al mundo, encontró ya establecida la Lei, es decir: descubrió en sí mismo con su inteligencia el tipo de este órden, la regla de este órden, la voluntad manifiesta de que se guardase este órden; y en consecuencia, nunca estuvo la humanidad sin lei. ¿Qué lei es esta? La Lei eterna de Dios, hijos mios, es decir: su voluntad para el bien y contra el mal, para el órden y contra el desórden. Es la Lei divina: "la razon divina ó voluntad de Dios, que manda se conserve y prohibe se perturbe el órden natural." Como este órden, hijos mios, es conocido, querido y amado de Dios desde la eternidad, su Lei es eterna, y nunca por lo mismo ha dejado de existir. Como este órden abraza todos los seres criados, cada género de ellos, y en consecuencia el hombre, tiene su parte en esta Lei divina: los seres físicos están sujetos á esas reglas invariables que necesariamente siguen, y constituyen lo que se llama leyes físicas: el hombre tiene su lei, dirigida nada ménos que á cumplir su destino sobre la tierra y alcanzar su fin último en el cielo. Su destino en la tierra sigue naturalmente á todas sus relaciones, y en consecuencia la Lei de Dios abraza con sus preceptos el conjunto de estas relaciones mismas. ¿Cuáles y cuántas son? En primer lugar, las que hai entre Dios y los hombres, como Creador, Legislador supremo y último fin de ellos, y fundan, como ya os dije, la religion y la moral: en segundo lugar, las que hai entre todos los elementos constitutivos del ser humano, entre la alma y el cuerpo, entre el entendimiento, la voluntad y la libertad, las cuales fundan los deberes que tenemos para con nosotros mismos: en tercer lugar, las que tiene cada uno con los otros en la vasta escala de los prójimos, y estas fundan las obligaciones, ya individuales ya sociales, que nos impone la divina Lei relativamente á nuestros semejantes. Pues bien, hijos mios: esta Lei estaba ya dictada por Dios cuando crió al hombre; pues pertenece al órden eterno, y la misma razon humana basta para descubrirla. Cuando la Santa Escritura nos dice que Dios crió al hombre recto, bastante nos da á entender que le crió con el pleno conocimiento, el amor y la práctica de su divina Lei. Esta Lei divina relativamente á los hombres, ha tenido tres épocas, las cuales han dado lugar á que se designe con tres diferentes nombres: la primera de ellas abraza las tres primeras edades del mundo, es decir, la comprendida entre la Creacion y el Diluvio; la que corre desde el Diluvio hasta la vocacion de Abraham, y la que se mide por el tiempo trascurrido desde la vocacion de Abraham hasta Moysés; y durante todo este tiempo se llamó *Lei natural*. En tiempo de Moysés le dió el Señor á este caudillo de su pueblo su Divina Lei escrita en dos tablas de piedra; y como esta escritura fué el código que gobernó al pueblo escogido desde Moysés hasta Jesucristo, por esto la Lei de Dios en esta época se conoce y designa con el nombre de *Lei escrita*. Finalmente, cuando vino Jesucristo Señor nuestro á la tierra, dió á la divina Lei la mas plena consumacion, la explicó superabundantemente y la dejó toda en su Evangelio, para que fuese predicada y explicada por su Iglesia; y como esta Lei se refiere totalmente á la mision divina de Jesucristo, y esta mision fué toda de gracia, la Lei divina se llamó desde entónces *Lei de gracia*,

por la razon expuesta; *Lei cristiana*, por Jesucristo que la promulgó; *Lei evangélica*, porque su código es el Evangelio, y tambien *Lei nueva* para distinguirla de la Lei antigua, y por ser la última promulgada en la plenitud de los tiempos.

9. El cumplimiento de la Lei divina, hijos mios, une al hombre con Dios, conserva el órden y asegura la felicidad: y por una razon contraria, la desobediencia, infraccion ó quebrantamiento de la Lei divina separa de Dios al hombre, produce el desórden, priva de la felicidad y acarrea la desgracia. Los efectos ya del cumplimiento ya del quebranto de la Lei, guardan la mas exacta proporcion con la Lei misma, y en consecuencia, la union entre Dios y el hombre cuando la Lei se cumple es íntima, estrecha: no hai, digámoslo así, un punto que separe á estos dos seres. Luego la separacion es absoluta, inmensa y en cierto modo infinita, cuando la Lei se quebranta. El órden producido por el cumplimiento de la Lei es perfecto, es constante y perpetuo miéntras ella se cumple: luego el desórden causado por su infraccion es absoluto, universal, constante y perpetuo, miéntras una fuerza superior no hace cesar la causa y neutraliza sus efectos: el bien que asegura el cumplimiento de la Lei es la posesion de Dios, y en consecuencia la perfecta y eterna felicidad: luego el mal que causa la desobediencia de la Lei, es la pérdida completa de Dios, y en consecuencia la total y eterna desgracia. Ahora bien: la infraccion de la Lei en general se llama *pecado*: porque pecado en general es "cualquier pensamiento, palabra ú obra contra la Lei de Dios." Esta infraccion puede ser tan ligera que no destruya la union del hombre con Dios, ó puede ser grave y capaz de destruirla. Esto ha hecho distinguir al pecado, por razon de sus efectos inmediatos, en *venial* y *mortal*. Si el pensamiento, la palabra ó la obra son leves, constituyen un pecado venial; mas en el caso de ser graves producen un pecado mortal, llamado así porque da la muerte al alma, privándola de todos los bienes y precipitándola en todos los males. Por esto nuestro manual catecismo, preguntando: *¿Qué daños hace en el alma el pecado mortal?*, responde: *Quítale la caridad, y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y condénala al infierno.*

10. A la luz de estos principios, hijos mios, volvamos al Paraiso para contemplar aquella escena terrible donde se representa el finestísimo cuadro de la ruina de toda la humanidad, causada por el pecado de nuestros primeros padres. Hallábanse éstos, como acabo de deciros, sujetos á la Lei eterna de Dios, depositada en sus almas, conocida de su entendimiento, amada de su voluntad, observada en su conducta, y por lo mismo ellos estaban íntimamente unidos con su Dios, representaban el órden eterno y poseian una felicidad inefable. Habiáles impuesto el Señor un precepto especialísimo de no comer absolutamente del árbol de la ciencia del bien y del mal, y sancionado este precepto con la amenaza de la muerte: Dióle tambien, dice el Génesis (II, 17) este precepto:... *Del árbol del bien y del mal no comas; porque en cualquier dia que comieres de él, infaliblemente morirás.* Detengamos un momento, hijos mios, á considerar los caractéres de este precepto. Es divino, pues que Dios le impuso: es absoluto, pues no le fijó condicion de ningun género; es constante y perpetuo, pues como negativo siempre obliga; es gravísimo, pues que está sancionado con la pena de muerte. Este precepto, además, ejercitaba las tres virtudes divinas: la fe, porque se trataba del árbol de la ciencia del bien y del mal, la cual provocaba la razon, que naturalmente busca la ciencia, y ameritaba su sacrificio: la esperanza, porque su cumplimiento importaba para el hombre nada ménos que su conservacion en aquel estado de felicidad: el santo temor de Dios, porque llevaba consigo la terrible sancion que acabáis de ver y bastaba ella para retraer á nuestros primeros padres de quebrantarla; la caridad, por último, así porque cumpliendo el precepto se conservaba la perfecta union del hombre con Dios, como porque la vida moral de esta divina virtud consiste precisamente en cumplir la Lei del Señor; pues aquel tiene mayor caridad que mejor guarda los mandamientos, como lo enseña nuestro catecismo, y á Dios ha de amarse, no con la lengua y con la palabra, sino con las obras y la verdad, como lo enseña el apóstol San Juan: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.* Todo pues, hijos mios, quedó pendiente de aquel precepto especialísimo y solemne, con que quiso Dios probar la felicidad del hombre: la gracia, la caridad, la gloria, la felicidad, en suma; pues todo esto habia de conservarse obedeciéndole, y todo esto habia de perderse quebrantándole.

II.

11. ¡Ojalá, hijos mios, no me fuese necesario pasar de aquí! ¡ojalá tuviese que mencionar este precepto como un hecho histórico y como una lei cumplida! Mas ¡ah! el hombre cortó con su propia mano el vínculo estrechísimo que le unia con su Dios, conculcando aquel precepto divino; dió un paso, y se sorprendió hundido en las tinieblas, sentado en las sombras de la muerte. Ved aquí la triste y deplorable escena de nuestra primitiva desgracia, el fatal orígen de todas las tinieblas que circundan á la razon, de todos los vicios que degradan al hombre, de todas las calamidades y miserias que persiguen á la humanidad: ved aquí al ángel tentador asaltar la inocencia que habitaba en aquel paraiso de delicias, y luchar pecho á pecho con la humanidad pura para precipitarla de tan elevado rango á lo mas profundo de los abismos. Elige la figura del animal mas astuto de cuantos habia hecho el Señor Dios sobre la tierra, y en esta figura se presenta á la mujer y le dice: "¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no " comiescis de todos los árboles del Paraiso?"—A lo cual respondió la mujer: "Del fruto " de los árboles que hai en el Paraiso, sí comemos; mas del fruto de aquel árbol que es- " tá en medio del Paraiso, mandónos Dios que no comiéscmos, ni lo tocáscmos, para que " no muramos." Dijo entónces la serpiente á la mujer: "ciertamente que no moriréis." " "Sabe empero Dios que en cualquier tiempo que comiercis de él, se abrirán vuestros " ojos y seréis como Dioses, conocedores del bien y del mal." Vió pues la mujer que el " fruto de aquel árbol era bueno para comer, y bello á los ojos, y de aspecto deleitable; " y cogió el fruto, y comióle; dió tambien de él á su marido, el cual comió. Luego " se les abrieron á entrambos los ojos; y como echasen de ver que estaban desnudos, " cosieron unas hojas de higuera, y se hicieron unos delantales." [1]

13. Hé aquí á nuestros primeros padres, seducidos por la serpiente, consumando el

1. Génes. Cap. III, v. 1 y siguientes.

pecado que ella les sugirió. Detengámonos ahora á contemplar el doble cuadro del hombre ántes y despues del pecado. En ámbas épocas este cuadro presenta los mismos objetos: presenta al hombre entre Dios y el demonio al frente del universo. Mas en la primera el hombre estaba bajo la mano de Dios, sobre el poder del demonio y como rei del universo. En su alma estaba la imágen de Dios: su entendimiento era el reflejo de su luz, su voluntad el asiento de su amor, su vida la expresion de su bondad, su carrera una marcha para el cielo. Serviase de sus sentidos sin sospechar siquiera que podrian llegarle un dia á ser adversos; serviase de sus potencias sin imaginar que podrian ser, ó oscurecidas por la ignorancia y el error, ó degradadas por las pasiones y sojuzgadas por los vicios. Colocado en un jardin de delicias bajo la frescura, lozanía y belleza de los árboles vírgenes, de una tierra nueva regada por limpias y puras fuentes, respirando un aire suave y grato al mismo tiempo, teniendo por palacio el universo, por pavimento la tierra toda, y por cubierta la brillantísima y esmaltada tersura del cielo, vivia sin inquietud y sin zozobra: no nacian todavía en su alma ni las ideas de la desazon, ni las impresiones del dolor, ni sentimiento alguno de cuantos hoi sitian, acechan, persiguen, atormentan y matan al corazon. Aquel privilegiado rei lo conocia todo, sin necesitar de esta ciencia penosa que rinde los esfuerzos de la humanidad entera por conquistar algo de lo mucho que enriquecia el entendimiento de sus progenitores. Aquellos felices habitantes en su primer estado tenian en tal concierto sus facultades todas, que ni aun llegaron á sentir la idea de lo que es una lucha interior, un combate moral de estos que inician la guerra del individuo y acaban por destruir á la sociedad.

14. ¡Qué cuadro! ¡qué perspectiva tan dulce y tan grata! ¡qué porvenir tan lleno de encantos! ¡qué destino tan glorioso! Pero ¡ah! sucedió de otra suerte; y el hombre, con haber comido el fatal fruto, codicioso de esa ciencia funesta que alumbra todas las manchas, todas las vergüenzas, todos los crímenes de la humanidad, perdió aquella divina que alumbraba el santuario de Dios en un corazon puro, y difundia los Dones de su Espíritu en un entendimiento sin mancha. Pero no nos adelantemos al sagrado texto: veamos cómo el hombre cambia de naturaleza, de destino; veamos cómo ese cuadro se trasforma sin variar de personajes, cómo el hombre queda ya bajo el poder del demonio, en guerra consigo mismo y con la naturaleza, y enemigo de su Criador.

15. "Habló Dios al hombre despues de su pecado, y el hombre, al escuchar esta
" voz, se esconde con su mujer entre los árboles del Paraiso, para sustraerse á la vista
" de Dios. Entónces el Señor Dios llamó á Adan, y díjole: "¿Dónde estás?"—El cual
" respondió: "He oido tu voz en el Paraiso; y he temido, porque estoi desnudo; y así
" me he escondido."—Repliéole: "¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo,
" sino el haber comido del fruto de que yo te habia vedado que comieses?"—Respon-
" dió Adan: "La mujer que tú me diste por compañera, me ha dado del fruto de aquel
" árbol, y le he comido."—Y dijo el Señor Dios á la mujer: "¿Por qué has hecho tú es-
" to?" La cual respondió: "La serpiente me ha engañado, y he comido." Dijo asimis-
" mo á la mujer: "Multiplicaré tus trabajos en tus preñeces: con dolor parirás los hijos,
" y estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará."—Y á Adan le dijo: "Por
" cuanto has escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol de que te mandé no no-

" mieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el ali-
" mento en todo el discurso de tu vida."

16. "Este diálogo solemne entre Dios y el hombre, este primer juicio de la humanidad delincuente manifiesta por sí la miserable y espantosa trasformacion que sufrió en consecuencia del pecado. Estudiemos mas profundamente el sagrado texto que acaba de leerse, y no necesitarémos de otra cosa para conocer la naturaleza humana en su estado de generacion.

17. "A la voz de Dios el hombre se esconde, y su primera confesion es la de la vergüenza de que se siente cubierto á la vista de su desnudez. El hombre sentia ya los efectos de su pecado, sin acertarles á comprende; y la primera revelacion que Dios le hizo fué, que desde que pecó tuvieron malicia sus ojos, malicia su corazon. Este fué el primer síntoma de la muerte moral del hombre, la vergüenza de que se cubre viéndose desnudo á la presencia de su Criador. Esta vergüenza entraña todo el mal moral, todos los dolores internos de que habia de ser presa el alma en pecado.

18. "Oyó el Señor las excusas de Adan y de su compañera, y convencidos ya de pecado, pronuncia sobre ellos la sentencia que habia de pasar con las generaciones hasta la consumacion de los siglos: "Yo multiplicaré, dijo á la mujer, tus trabajos y (mise-
" rias) en tus preñeces: con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad (ó mando)
" de tu marido, y él te dominará." El sexo de Eva cambió de rumbo en su destino. Se habia de fecundar entre las delicias de la inocencia y la vida de la felicidad; mas en adelante esta fecundidad será trabajosa y miserable: la mujer concebirá con pena y parirá con dolor. Criada en beneficio del primer hombre y de su propia sustancia y para su compañera y ayuda, destinada estaba á vivir con su marido en ese concierto inalterable consiguiente á un principio puro y á un destino dichoso. Habian de ser en la mente de su Criador dos ángeles en la tierra, dos creaturas privilegiadas; y el sexo débil no tuvo en su principio esta triste dependencia, que solo en consecuencia del pecado ha venido á ser una necesidad de la lei y un elemento preciso para la perfeccion de la sociedad. La mujer quedó pues en un grado inferior con una entera sujecion á su marido, de quien se dijo que la dominaria. ¡Dichosa ella si el hombre no se pervierte, si no se oscurece su razon, si no se deprava su voluntad, si ejerce sobre su cónsorte un dominio de benevolencia y de amor! ¡Dichosa ella si en el curso de una vida regular, aunque laboriosa, no siente esta potestad sino como la regla que la dirige, la fuerza que la sostiene! Pero ¡ah! el hombre abusará de esta dominacion, y la mujer será la presa degenerada de sus apetitos brutales, será la víctima de sus pasiones enfurecidas, será la esclava de su dureza y de su ferocidad: irán pasando los siglos, y las generaciones acrecentando su corriente inicua y haciendo subir con la multiplicidad de sus crímenes, la muchedumbre de penas y dolores de la propia mujer. Estará ella por cuarenta siglos en espera de una doble resurreccion moral y social, en espera de esta Lei de plenitud y de amor, que sin privarla de una justa dependencia, la restituya su rango, su dignidad, y los preciosos derechos que la comunique sobre su marido el Redentor del genero humano.

19. Observemos ahora cómo esta maldicion de la mujer trasciende al hombre por

necesidad, y el género humano tendrá que afectarse, por lei de orígen y de crianza, de los trabajos, penalidades, miserias y dolores de aquella que le dió á luz y que le alimentó con su pecho; miéntras que este antecedente amargo, este orígen doloroso, será el preludio, como dice Job, de una vida corta y miserable.

20. "Veamos ahora el destino á que quedó condenado el hombre á causa de su pecado. "Maldita sea la tierra por tu causa, le dijo Dios: con grandes fatigas sacarás de "ella el alimento en todo el discurso de tu vida." El hombre pues fué ya desde entónces, no el morador de un paraiso delicioso, sino el habitante pasajero de una tierra maldita. El ántes rei de todas las creaturas irracionales, el ántes árbitro del universo visible, siente caer el cetro de sus manos y trocarse su soberanía, desde el instante mismo en que escucha la voz de Dios, en una pugna constante de todos los elementos, en una resistencia de la tierra misma para alimentarle y vestirle, en una rebeldía de los animales indómitos, que le persiguen y dañan en vez de obedecerle. Resumiendo lo que llevo dicho, veia cómo el hombre, despues del pecado, sufrió una triple degradacion en su naturaleza: degradacion física que hizo á su cuerpo esclavo del dolor y presa de la muerte; degradacion intelectual, que dejó caer las mas espesas tinieblas sobre la razon humana; degradacion moral, que pervirtiendo la libertad, avasalló la voluntad á los sentidos; degradacion universal, absoluta, completa.

21. "Pero no es esto todo: el hombre con esta triple degradacion tenia tambien una triple dependencia del demonio, que le aprisionaba su entendimiento con el error, su voluntad con las pasiones y su cuerpo mismo con los engañosos y mortales placeres.

22. "A medida que esta dependencia se aumenta, va retirándose mas la semejanza del hombre con su Dios, y la posibilidad de conocerle, de amarle, de reconciliarse con él, de reconquistar un poder contra la tribulacion, y sobre todo, contra el vasallaje del demonio.

23. ¿Qué será pues de la humanidad en este estado? ¿Qué preludio formar sobre su futuro destino? ¿Qué asiento tomará su alma cuando, desprendida del cuerpo, deje las riberas del tiempo para incorporarse en el seno de la eternidad? ¡Ah! es reo de muerte eterna: su vida temporal se emponzoña con el crímen; su inmortalidad será presa de un castigo sin fin. "En suma, el hombre nace en el seno del dolor, vive en la tribulacion, habita una tierra maldita, todo conspira contra él en el universo, camina sin cesar al sepulcro, y emancipado del cielo y esclavo del demonio, no tiene otra perspectiva mas allá de la muerte, que una eternidad desgraciada." [1]

III.

24. Tal es, hijos mios, el hecho con todas sus circunstancias, como le vemos referido en el Libro del Génesis. Este hecho, como su mismo nombre lo indica, es en primer lugar una verdad histórica; mas como esta verdad histórica forma parte de la revelacion divina, y muestra el segundo estado de la humanidad, y explica la causa de su

1 Esto lo he tomado casi literalmente de mi obra intitulada: *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion.* Libro VI, Art. 1º Cap. 1º

degradacion, y funda la necesidad de un Redentor para salvarse, es al mismo tiempo un dogma de la fe católica. Juzgado el hecho por los principios que os expliqué ya en la primera parte de esta instruccion, aparece como un pecado gravísimo, esencialmente mortal, que rompe del todo la union del hombre con su Dios, destruye la gracia en el alma, priva de la gloria y la condena á padecer en las eternas llamas del infierno. Véamos ahora las consecuencias dogmáticas rectamente inferidas del hecho y enseñadas por la Iglesia católica. Llámanse *consecuencias*, porque se infieren, se deducen y salen naturalmente del mismo hecho; y dícense *dogmáticas*, por ser un dogma el hecho que implícitamente las contiene, y porque ligan en tal virtud nuestra creencia. Estas consecuencias miran: primero, al carácter esencialmente trascendental de aquella primera culpa; segundo, á los efectos causados por ella en la carrera moral de todos los hombres, y por último, á la impotencia total y absoluta de la humanidad para volver á unirse con Dios y salvarse de la pena eterna, sin un Dios Salvador, es decir, sin que Dios por sí mismo la salvase.

25. He dicho que la primera consecuencia dogmática del pecado original es la de que trasciende con el reato y la pena á toda la humanidad. Por esto nuestro manual catecismo, enumerando y refiriendo las diversas especies que hai de pecados, coloca á este primero que todos: *¿Cuántas maneras hai de pecado?*—Tres: *original, venial y mortal.* Por esto igualmente, y para que no se llegase á entender que el llamarse *original* era solo por haber sido el primer pecado, sino principalmente porque, siendo cometido por aquellos de quienes han venido todos los hombres, habia pasado á éstos con sus ligaduras morales, le define como un mal hereditario que se propaga en toda la humanidad: *¿Qué esta es pecado original?* pregunta en seguida, y luego responde: *Aquel con que nacemos, heredados de nuestros primeros padres.*

26. Es pues pecado original por su carácter de trascendencia desde el primer hombre, donde tuvo su orígen, á cuantos de aquel han venido. En efecto, amados hijos: considerad á los padres del género humano tal como quedaron en consecuencia de aquella horrible trasgresion de la Lei divina; reflexionad que tan miserable estado fué obra exclusivamente suya, y no de Dios que les habia criado en gracia, y luego comprenderéis cómo, sin perjuicio de la bondad suma de Dios, trasmitieron esta culpa, ó para mejor decir, este estado y sus consecuencias á toda su posteridad. ¿No fuéron ellos, decidme, la causa de los demas hombres? ¿No vino de ellos toda la especie humana? Antes de Adan, nos dice el Génesis, que no habia en la tierra hombre ninguno que la cultivase: creado Adan estaba solo, es decir: no habia en el mundo otro semejante á él; por lo cual sacó de su mismo cuerpo Dios á la mujer, y se la dió por compañera para que no estuviese solo, como una ayuda semejante á él y á fin de que fuesen los padres de todos los hombres. Ahora bien: si Adan y Eva fuéron los padres de todos los hombres, ¿podrian éstos ser una cosa diferente y aun contraria de su causa? ¿una causa contaminada producirá un efecto limpio y puro? ¿una creatura destituida de gracia, despojada de todos bienes, engendrará hijos en gracia y dotados con tales tesoros? No por cierto, hermanos carísimos: luego el pecado original pasó de sus autores á toda su posteridad, y con él habian de nacer todos los hombres. Mas, haciendo á un lado estos argumentos de sim-

ple razon, vengamos á los de autoridad, que á todos deben preferirse, porque se trata de una consecuencia dogmática. "¿Quién puede convertir, decia Job, (XIV, 4) en limpio lo inmundo, concebido de un gérmen inmundo?" *¿Quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine?* El Profeta Rei, considerando el orígen de su pecado en medio de aquel dolor profundo que desahoga con tanta sublimidad como ternura en su salmo quincuagésimo, no duda explicar, como una herencia, recibida con el mismo ser en la generacion, esta lepra maldita: "Yo fuí concebido en la iniquidad, exclama: mi madre "me ha concebido en pecado." El apóstol San Pablo enseñó esto mismo diciendo: "A- "sí como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así "tambien pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron." Esta es la doctrina que la Iglesia nuestra Madre nos enseña y defiende con su autoridad, condenando como una herejía cualquiera proposicion que la contradiga. En el Cánon segundo de la sesion quinta del Santo Concilio Tridentino, dice: "Si alguno afirma que "el pecado de Adan le dañó á él solo, y no á su descendencia; y que la santidad que "recibió de Dios, y la justicia que perdió, la perdió para sí solo, y no tambien para no- "sotros; ó que inficionado él mismo con la culpa de su inobediencia, solo traspasó la "muerte y penas corporales á todo el género humano, pero no el pecado, que es la muer- "te del alma, sea excomulgado."

27. La segunda consecuencia dogmática del pecado original es, hijos mios, que á él han de atribuirse, y no á otra cosa, la degradacion de nuestra naturaleza, los efectos consiguientes á esta degradacion y todas las calamidades y miserias que pesan sobre la humanidad. Coloco esta consecuencia en el segundo lugar, porque se infiere igualmente del hecho que es el principio comun, y de su consecuencia primera, que viene á ser la causa inmediata de la segunda. De facto, si Adan y Eva murieron, y sin embargo todos los hombres reportan aquella carga de miserias que atrajeron ellos sobre sí por el pecado, esto sucede precisamente porque su pecado pasó á nosotros, que como herederos de la causa, lo somos indispensablemente del efecto. Allí pues, donde está el pecado mortal están sus efectos necesarios. ¿Cuáles son estos? Un rompimiento absoluto con Dios en primer lugar; una pérdida total de la gracia, en segundo; una destitucion completa de los derechos á la gloria, en tercero; y una condenacion á eterno suplicio por último. Luego todo esto viene del pecado original y no de otra parte, y viene, hijos mios, ya por via de consecuencia, ya por via de castigo.

28. ¿Qué bienes disfrutaba el hombre durante su primitivo estado de inocencia? Ya les habéis visto: los de una naturaleza perfecta y los de una gracia liberalísima: luego si unos y otros se habian otorgado al estado y prometido á la conservacion de la inocencia, unos y otros debian forzosamente desaparecer en consecuencia de la culpa; porque á causas opuestas corresponden efectos contrarios. ¿Pero cómo es, me direis, que subsistiendo la naturaleza humana, hubiese perdido el hombre por su culpa los dones propios de esta naturaleza misma? Voi á explicarme. En primer lugar, como lo enseña el apóstol Santiago, (I, 17.) "todo don perfecto viene de Dios," y en consecuencia reconocen al mismo principio los dones de la naturaleza y los dones de la gracia: cuando digo, pues, que perdió el hombre los primeros á causa de su desobediencia, me refiero

á ellos en su perfeccion primitiva, en aquella hermosura y pureza con que se les comunicó Dios al primer hombre, y no hablo en un sentido absoluto; porque subsistiendo la naturaleza humana, claro es que subsisten sus cualidades propias y sus atributos esenciales ó constitutivos: me refiero pues á lo que podia subsistir ó desaparecer sin perjuicio de la sustancia misma; y por tanto, cuando hablé de los dones naturales en los dos tiempos ya dichos, me contraje únicamente al estado de la humanidad, manifestando cómo se hallaban los dones de la naturaleza en su estado primitivo y en el de pecado. Así, por ejemplo, un padre de familia le da un rico vestido á un hijo suyo, cuidando de que todo él esté primorosamente acabado. Mas el jóven, no sabiendo estimar el mérito de la dádiva, cuida poco de su vestido, le arroja donde quiera, se sienta con él en el lodo, &c. ¿No es cierto que el vestido es el mismo? Sí: el mismo género, las mismas medidas, la misma hechura, el mismo objeto. Pero siendo él mismo, ¿está lo mismo? No. Ved pues aquí cómo una cosa es el ser y otra el estado, y cómo la naturaleza humana, sin embargo de haber sido siempre la misma por sus principios constitutivos, no ha sido siempre lo mismo por razon de su estado, y cómo los mismos dones naturales sufrieron una grave lesion y entraron en decadencia por causa de la culpa, como el rico vestido del jóven por su descuido y abandono.

29. En el órden de la naturaleza encontramos en primer lugar al cuerpo humano con sus mismos principios constitutivos como cuando salió de la mano de Dios; pero no en su mismo estado de perfeccion. Este cuerpo no estaba destinado para enfermarse, y hoi se enferma; no habia de debilitarse ó entorpecerse, y ahora se debilita y entorpece; no habia de envejecer, y ahora envejece; no habia de padecer el dolor, y ahora le sufre; no habia de morir, y ahora muere.

30. Lo segundo que hallamos en la constitucion humana es el espíritu; pero ¡cuán diverso es de aquella hermosura y perfeccion primitivas su estado y condicion presente! Antes dominaba sin obstáculo al cuerpo; hoi se fatiga infinito por sujetarle, y de órdinario viene á ser su víctima: ántes los sentidos estaban sujetos á la razon; hoi de continuo se rebelan en su contra, descargando sobre ella todo el ímpetu de las pasiones: ántes habia un maravilloso concierto entre las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, que ponia en la mas feliz correspondencia el órden físico y el órden moral; hoi todo es trastorno, todo guerra, todo presenta caminando juntas la perversidad humana que provoca la ira de Dios, y la Justicia Divina que castiga los crímenes del hombre.

31. Ved, pues, amados hijos, en qué consiste la pérdida de los dones naturales, y cómo ella se refiere, no á los atributos constitutivos del hombre, sino á la integridad que tenia su naturaleza bajo el influjo de la gracia miéntras el hombre permaneció fiel á su Dios; cómo, sin dejar de haber entendimiento, vinieron la ignorancia para degradarle, la impostura para seducirle, y el error para desnaturalizarle; cómo, sin dejar de haber voluntad, dejó ésta de ser fiel á la razon, é inclinándose á los sentidos, quedó envuelta en el torbellino de las pasiones y hundida en el fango de los vicios, y cómo en consecuencia de esto, debemos reconocer y confesar que la ignorancia, el error, la mentira, el desórden producido por las pasiones, los vicios con toda su fealdad, los crímenes con todos

sus desastres, los achaques del cuerpo en su decadencia, en sus dolores, enfermedades y muerte; en fin, que la degradacion absoluta de la naturaleza humana reconoce por su primer orígen y causa eficiente al pecado original.

32. La tercera consecuencia que de éste ha venido mira, hijos mios, á la pérdida de la gracia con todos sus dones; lo cual explica la impotencia absoluta de la humanidad para reconciliarse con Dios y ser salva, si Dios, condolido de tan triste suerte, no hubiese querido remediar tanto mal.

33. No quiero hablar aquí de aquellos altos privilegios perdidos para siempre, que disfrutaba el hombre por dispensacion extraordinaria de su Criador: de aquella ciencia infusa, mayor que toda la ciencia adquirida; de aquella facilidad portentosa de virtud, que la producia y conservaba sin esfuerzo ninguno; de aquel arraigo feliz de inclinaciones, que no se habian levantado á perturbar la paz del alma: bienes preciosos que no han vuelto ni volverán jamas; pues á pesar de haber sido nuestra naturaleza regenerada por Jesucristo y restituida á la vida de la gracia, no por esto se ha reconquistado la ciencia infusa ni ha desaparecido esa lucha interior entre el espíritu y la carne. Hablo, hijos mios, de un punto nada mas: de la renovacion de la alianza entre Dios y el hombre, del retorno del hombre á la gracia de su Criador, de su rehabilitacion para el cielo: hablo del recobro de la justicia, de la santidad, de la esperanza. Pues bien, hijos mios, contrayéndome á esto, digo que la humanidad era de todo punto impotente para lograr tan inapreciables bienes.

34. Es doctrina de fe que el pecado produjo un mal infinito; que este mal alteró infinitamente las relaciones entre Dios y los hombres; que esta alteracion condonó á los segundos á ser infinita y eternamente desgraciados. El mal del pecado, hijos mios, es el rompimiento con Dios, y en consecuencia es un mal infinito; porque Dios, de quien nos aparta el pecado y á quien ofende el pecado, es un Ser infinito. Imaginad ahora esta distancia inmensa, esta separacion absoluta entre Dios y el hombre, y decidme si os es posible concebir en toda la humanidad algun recurso, algun medio para destruir este mal: si él es una consecuencia precisa del pecado, y sigue al pecado, y está donde está el pecado, y permanece miéntras subsiste el pecado, clarísimo es que, para suponer posible una vuelta de la humanidad hácia Dios, deberiamos suponer una de dos cosas, ambas imposibles: ó que la humanidad estando en pecado no hubiese pecado; ó fuese capaz de dejar de haber estado en pecado, despues de haber ofendido á Dios: cosas tan imposibles que casi ni expresarse pueden. ¿Cómo podria la humanidad destruir su pecado? Si este consiste en haber ofendido á Dios, ¿cómo podria ella, despues de cometerle, dejar de haber ofendido á Dios? ¿Qué fuerza ó poder tendria en sí misma para destruir esta ofensa? La ofensa, hijos mios, no se destruye jamas: ó se perdona ó se castiga; pero ni el perdonar ni el castigar es destruir el hecho. Ahora os pregunto: ¿el que ofende puede perdonar nunca? No: puede ser perdonado; pero perdonar, imposible: luego el perdon del pecado no podia salir del fondo de la humanidad. ¿Hablaré del castigo? Yo bien sé que mui bien pudiera la humanidad castigarse á sí misma en consideracion de su culpa; mas nunca podré concebir que pudiera ella, por mucho que se castigase, destruir su pecado, acabar con la ofensa ó neutralizar sus efectos. ¡Por

quél porque esto depende, no del delincuente, sino del ofendido; no del súbdito, sino del Soberano; no del reo, sino del Juez. Luego un castigo provechoso, un castigo satisfactorio, un castigo que restituyese la gracia uniendo de nuevo al hombre con Dios, no podia ciertamente salir del fondo de la humanidad. Luego el tercer efecto del pecado, hijos mios, es la imposibilidad absoluta del hombre para reconciliarse con Dios, y por tanto, que solo Dios, por un impulso de su misericordia, podia salvar al hombre. La última consecuencia rectamente inferida de toda la doctrina expuesta es por lo mismo la necesidad absoluta, indispensable de un Dios Salvador, para que la humanidad no pereciese; porque solo Dios podia salvar al hombre.

35. Viniendo á este punto, el dogma de Jesucristo empieza á despedir sobre nosotros sus primeros rayos; pues precisamente por los merecimientos de Jesucristo Dios ha salvado al hombre. Podia mui bien haber perdonado sin el sacrificio de nadie; mas no quiso ejercer su misericordia sin dejar satisfecha cumplidamente su justicia: quiso perdonar al mundo; mas exigió una satisfaccion plena cual demandaba la culpa en su infinidad objetiva, en toda su intensidad: es decir, hijos mios: para perdonar á la humanidad, exigió de ella un sacrificio de infinito precio, una víctima pura, santa, inmaculada, y cuyo merecimiento pudiera ser infinito. ¿Podria salir una víctima semejante de la humanidad? No, hijos mios: porque estando ella contaminada, era incapaz de dar nada puro; estando ella envuelta en el crímen, era incapaz de dar nada santo; estando ella toda cubierta de la lepra de los vicios, era incapaz de producir nada inmaculado; y siendo sobre toda limitada y finita, era incapaz de un merecimiento infinito. La víctima que se necesitaba no podia por lo mismo salir de la sola humanidad. ¿Podria salir, amados hijos, de la Divinidad sola? Tampoco; pues la Divinidad, como tal, no puede ser víctima, porque es impasible. Si pues la víctima que Dios exige para perdonar al mundo, no puede salir ni de la sola humanidad ni de la sola Divinidad, se necesitaba una persona que fuese al mismo tiempo Dios y hombre. He aquí á Jesucristo, Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre, como ya os lo tengo explicado en la primera parte de mi tercera instruccion preliminar y en toda la decimasexta. El es verdadero Dios, por ser el Unigénito del Padre, la segunda Persona de la Trinidad Augusta; y es verdadero Hombre, porque encarnó en el Vientre virginal de Nuestra Señora la Vírgen María, para poder morir por los hombres y ofrecer al Padre con su sacrificio una víctima pura, santa, inmaculada, capaz de pagar la infinita deuda de la culpa y adquirir un merecimiento infinito para la humanidad delincuente. Por esto nuestro manual catecismo, despues de la pregunta que se refiere á la creacion, hace otra que mira precisamente á la redencion del mundo, y enuncia en pocas palabras este dogma de consuelo y de esperanza. *¿Cómo es Dios Salvador?—Porque da la gracia y perdona los pecados.* Ved aquí en resúmen la impotencia de la humanidad para salvarse, cómo su salvacion requeria que Dios la perdonara sus pecados, y cómo esta obra, toda de gracia, misericordia y salud, nos conduce á reconocer, no solo á Dios Creador porque lo hizo todo de nada, sino tambien á Dios Salvador, porque da la gracia y perdona los pecados. Veis asimismo cómo la concesion de este supremo bien la hizo el Señor de manera que quedase al mismo tiempo satisfecha su justicia, y en consecuencia, que si perdonó á los

hombres y les abrió de nuevo las puertas de su gloria, fué solo por los merecimientos de Jesucristo vida nuestra: veis por último cómo un Dios Salvador nos conduce á reconocer, por lei de forzosa consecuencia, á un Dios Glorificador: porque si perderse vale tanto como quedar privado de la caridad, de la gracia: y de la gloria; salvarse vale tanto como volver á la vida de la caridad, perseverar en la gracia y adquirir la felicidad eterna. Por esto nuestro manual catecismo, preguntando: *¿cómo es Dios Glorificador?* responde: *Porque da la gloria á quien persevera en su gracia.*

36. No me detendré, hijos mios, en explanar estas ideas, porque ya no es necesario despues de haberos explicado la sublime dignidad del cáracter del cristiano por la que hai en Jesucristo como Dios y Hombre verdadero, despues de haberos probado cómo él es el Mesías prometido en la Lei y en los Profetas, y por último, cuando ya os hablé tambien en la tercera parte de mi novena instruccion acerca de la gracia, cuyos bienes consisten, como nuestro catecismo enseña, en *el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias*, y cuya adquisicion é incremento se alcanza con *oraciones, sacramentos y ejercicios de virtudes.*

37. ¡Cuán grande es nuestra dicha con llevar este sagrado nombre que á la faz del mundo nos presenta revestidos del carácter de cristianos, discípulos de Cristo, súbditos de su reino, soldados de su milicia santa, poseedores de sus merecimientos y coherederos suyos de la gloria! ¡Ah! el corazon se rinde bajo el suavísimo peso del amor, é inclina todo ante esa Cruz de madera, figura de Cristo crucificado, y perdurable monumento de nuestra felicidad. El alma se explaya delante de esa historia de la bondad y misericordia divina para con los hombres, y se abandona tranquila en aquellos brazos extendidos para abarcar á toda la humanidad. ¡Cuántos sentimientos, hijos mios, han debido excitar en vosotros estos recuerdos sublimes, esas gracias inefables liberalmente otorgadas por el Altísimo al hombre inocente y puro: este hombre mismo precipitado por su crimen desde las cumbres de la felicidad hasta los mas profundos abismos de la desgracia: ese torrente de iniquidad, que engrosando mas y mas á medida que pasaban los siglos, trala envuelta en sus espesas é inmundísimas ondas á todos los descendientes de Adan, arrastrándoles irresistiblemente hácia el fatal golfo, como ponderaba San Agustin; y por último, Dios, dejando caer una mirada de misericordia sobre esta humanidad delincuente y desgraciada, y enviándole á su Hijo Unigénito para que la redimiese y salvase....! ¡Cuántos sentimientos, vuelvo á decir, cuántos motivos de gratitud y de amor! ¡qué nobles y fuertes estímulos para vivir siempre unidos con nuestro Salvador, vivir de su espíritu, imitarle y acompañarle por fin en sus padecimientos, portando su Cruz, para ser glorificados con él por los siglos de los siglos!

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LAS PROMESAS, FIGURAS Y ANUNCIOS DEL REDENTOR.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.

Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la suya: ella quebrantará tu cabeza.—*Genes. Cap. III, v.* 15.

1 Antes de haber pronunciado el Señor, hijos mios, su sentencia contra nuestros primeros padres, maldijo á la serpiente, y el principal castigo que la impuso fué sin duda el anunciarla que, no obstante sus malvados intentos y á pesar de haber conseguido arrebatarle al hombre su primera dicha, no por esto ejerceria sobre él aquel dominio infernal con que ya se recreaba; sino ántes bien, que seria solemnemente vencida y soberanamente conculcada por una progenie predilecta que descenderia de la misma mujer, de aquella Eva que acababa de ser su primera víctima. "Por cuanto hiciste esto, la " dijo, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: andarás arrastrando " sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Yo pondré enemistades en- " tre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar."

2. Esta sentencia terrible, arrebatando al demonio su triunfo, anticipó el consuelo á nuestros primeros padres, dándoles motivo de esperar que serian juzgados ellos con juicio de misericordia, como en efecto sucedió. Todos los castigos que impuso Dios al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres y les abrió de nuevo las puertas de su gloria, fué solo por los merecimientos de Jesucristo vida nuestra: veis por último cómo un Dios Salvador nos conduce á reconocer, por lei de forzosa consecuencia, á un Dios Glorificador: porque si perderse vale tanto como quedar privado de la caridad, de la gracia: y de la gloria; salvarse vale tanto como volver á la vida de la caridad, perseverar en la gracia y adquirir la felicidad eterna. Por esto nuestro manual catecismo, preguntando: *¿cómo es Dios Glorificador?* responde: *Porque da la gloria á quien persevera en su gracia.*

36. No me detendré, hijos mios, en explanar estas ideas, porque ya no es necesario despues de haberos explicado la sublime dignidad del cáracter del cristiano por la que hai en Jesucristo como Dios y Hombre verdadero, despues de haberos probado cómo él es el Mesías prometido en la Lei y en los Profetas, y por último, cuando ya os hablé tambien en la tercera parte de mi novena instruccion acerca de la gracia, cuyos bienes consisten, como nuestro catecismo enseña, en *el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias*, y cuya adquisicion é incremento se alcanza con *oraciones, sacramentos y ejercicios de virtudes.*

37. ¡Cuán grande es nuestra dicha con llevar este sagrado nombre que á la faz del mundo nos presenta revestidos del carácter de cristianos, discípulos de Cristo, súbditos de su reino, soldados de su milicia santa, poseedores de sus merecimientos y coherederos suyos de la gloria! ¡Ah! el corazon se rinde bajo el suavísimo peso del amor, é inclina todo ante esa Cruz de madera, figura de Cristo crucificado, y perdurable monumento de nuestra felicidad. El alma se explaya delante de esa historia de la bondad y misericordia divina para con los hombres, y se abandona tranquila en aquellos brazos extendidos para abarcar á toda la humanidad. ¡Cuántos sentimientos, hijos mios, han debido excitar en vosotros estos recuerdos sublimes, esas gracias inefables liberalmente otorgadas por el Altísimo al hombre inocente y puro: este hombre mismo precipitado por su crimen desde las cumbres de la felicidad hasta los mas profundos abismos de la desgracia: ese torrente de iniquidad, que engrosando mas y mas á medida que pasaban los siglos, trala envuelta en sus espesas é inmundísimas ondas á todos los descendientes de Adan, arrastrándoles irresistiblemente hácia el fatal golfo, como ponderaba San Agustin; y por último, Dios, dejando caer una mirada de misericordia sobre esta humanidad delincuente y desgraciada, y enviándole á su Hijo Unigénito para que la redimiese y salvase....! ¡Cuántos sentimientos, vuelvo á decir, cuántos motivos de gratitud y de amor! ¡qué nobles y fuertes estímulos para vivir siempre unidos con nuestro Salvador, vivir de su espíritu, imitarle y acompañarle por fin en sus padecimientos, portando su Cruz, para ser glorificados con él por los siglos de los siglos!

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LAS PROMESAS, FIGURAS Y ANUNCIOS DEL REDENTOR.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.

Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la suya: ella quebrantará tu cabeza.—*Genes. Cap. III, v.* 15.

1 Antes de haber pronunciado el Señor, hijos mios, su sentencia contra nuestros primeros padres, maldijo á la serpiente, y el principal castigo que la impuso fué sin duda el anunciarla que, no obstante sus malvados intentos y á pesar de haber conseguido arrebatarle al hombre su primera dicha, no por esto ejerceria sobre él aquel dominio infernal con que ya se recreaba; sino ántes bien, que seria solemnemente vencida y soberanamente conculcada por una progenie predilecta que descenderia de la misma mujer, de aquella Eva que acababa de ser su primera víctima. "Por cuanto hiciste esto, la " dijo, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: andarás arrastrando " sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Yo pondré enemistades en- " tre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar."

2. Esta sentencia terrible, arrebatando al demonio su triunfo, anticipó el consuelo á nuestros primeros padres, dándoles motivo de esperar que serian juzgados ellos con juicio de misericordia, como en efecto sucedió. Todos los castigos que impuso Dios al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre por aquella culpa, fuéron temporales; porque temporales son los trabajos de la preñez, los dolores del parto y la sujecion de la mujer al marido, y temporales tambien son las fatigas y trabajos con que el hombre habia de sacar su alimento de la tierra, así como la muerte del cuerpo á que todos quedámos condenados, pues nada de esto importa una eterna reprobacion. De esta suerte nuestros primeros padres, encadenados con su culpa, conocieron ántes la clemencia y la misericordia que la justicia del Señor, y recibieron el tesoro infinito de la esperanza cuando no escuchaban todavía ninguna palabra de castigo. Dios promete á la humanidad un Redentor en el acto de maldecir al ángel tentador que acababa de perderla; pues aquellas palabras de futura enemistad entre la serpiente y la mujer, y las descendencias de ambas, no son en la realidad sino los primeros anuncios del grande acontecimiento de la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María. Desde aquel momento feliz, la Vírgen sagrada recibió el privilegio de su Concepcion purísima; de ser descendiente de Eva, mas como debia serlo para quebrantar con su planta la cabeza del Dragon; como debia serlo, para que este jurado enemigo de la humanidad no hubiese tenido nunca, ni por un instante imperceptible, bajo su dominacion á la Madre del Mesías, esto es: sin la contaminacion de la culpa, sin la herencia tristísima del pecado.

3. A esta solemne promesa iban siguiendo varias otras, á medida que pasaban las grandes épocas, para sostener las esperanzas de la humanidad y asegurarla contra el olvido. Mas no quiso Dios reducirse á solo esto para mostrar á los hombres tan altos designios y sostener su expectativa del Redentor que habia de salvarles: porque, además de las promesas que de él venia renovando de tiempo en tiempo, quiso que tuviese anuncios de todos géneros y que su venida al mundo, su mision y su sacrificio estuviesen constantemente representados en la historia de su pueblo durante cuatro mil años; y suscitaba, cuando á sus designios convenia, Profetas que le fuesen anunciando gradualmente, hasta llegarle á pintar con todas sus facciones, describir anticipadamente todos los sucesos de su vida, las circunstancias de su Pasion y el género de su muerte.

4. Ved aquí, amados hijos, cómo y por qué el Antiguo Testamento no tiene mas objeto que las promesas, representaciones y anuncios del Mesías; cómo y por qué su futura venida estuvo constantemente sosteniendo la expectativa de los justos, lo que dió lugar á que se le llamase el *Deseado de las naciones;* cómo la fe en el Mesías que habia de venir, fué para ellos una áncora perpetua de salud; y cómo, por último, el cristianismo, la Iglesia y la religion han existido siempre, aunque bajo diversas formas, desde que Dios nuestro Señor hizo su primera promesa en el acto de anatematizar á la serpiente, y nunca dejará de existir; pues el último dia de los tiempos, que pondrá término á los combates de la Iglesia, la dejará inmune gozando de sus triunfos en la eternidad.

5. ¿Qué cosa, pues, mas interesante para ocupar vuestra religiosa atencion, despues de haber considerado á Dios en cuanto Dios, y al hombre en cuanto hombre durante sus dos épocas, de inocencia la una y de pecado la otra, que considerar á la Divinidad misteriosamente unida con la humanidad en la Persona de Jesucristo, Salvador y Maestro de los hombres? Por esto el Símbolo católico, despues de los artículos que os llevo explicados, fija el dogma de Jesucristo Señor nuestro con estas palabras: *Y en Jesucristo su Hijo único,* que leemos en el Credo comun. Por esto el Símbolo de Nicea consigna el mismo dogma en el propio lugar con aquellas palabras: *Creo en un Señor Jesucristo, Hijo Unico de Dios, engendrado del Padre,* &c. Por esto el Símbolo de San Atanasio, despues de haber explicado el misterio altísimo de la Trinidad Augusta, continúa diciendo: "Es necesario tambien para la eterna salud el creer igualmente la Encarna-" cion de nuestro Señor Jesucristo." En fin, por la misma razon nuestro manual catecismo se ocupa en el mismo dogma inmediatamente despues de los ya dichos, preguntando: *¿Cuál de las tres Divinas Personas se hizo hombre?* y respondiendo: *La segunda, que es el Hijo, el cual despues de haberse hecho hombre, es verdadero Dios, como siempre verdadero Hombre Jesucristo nuestro Señor.*

6. Podria pues yo, amados hijos, proceder luego á explicaros el dogma de la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María, y todos los que siguen á él; pero deseando prepararos mejor para esta enseñanza, voi á deciros ántes alguna cosa relativamente á las promesas, representaciones históricas y anuncios del Mesías; en todo lo cual iréis viendo el triple desarrollo de aquella primera manifestacion que hizo Dios de su misericordia para con los hombres, al descargar el anatema terrible de su justicia contra el demonio. "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu raza y la su-" ya. Ella quebrantará tu cabeza." *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.* Vastísima es la materia, pues como he dicho poco há, se identifica en cierto modo con toda la Historia del Antiguo Testamento, y para tratarla en toda su extension habria necesidad ciertamente de escribir un volúmen. Por lo mismo me limitaré únicamente á daros una breve noticia de las promesas que Dios hizo á los hombres de un Redentor, á indicaros brevemente las figuras proféticas de este Redentor mismo, y á daros un breve resúmen de las profecías, sin extenderme á más, por haberos hablado ya en mi décimacuarta instruccion preliminar, segunda parte, sobre los Profetas y los libros en que hicieron sus predicciones, y en la décimasexta sobre las profecías y su cumplimiento en la Persona de Jesucristo.

I.

7. Habéis oido ya, hermanos carísimos, cuál fué la primera promesa del Redentor, y cómo, aunque indirectamente, fué hecha por Dios al hombre, cuando dijo á la serpiente que pondria enemistades entre ella y la mujer. Con esta primera promesa se sostuvo la esperanza de la humanidad en toda la primera edad del mundo, que abraza el período de mil seiscientos cincuenta años, y corre desde Adan hasta Noe. Cain, primer hijo de Adan, mató, como sabéis, á su hermano Abel, por la envidia que le causaba el ver cuan propicio era el Señor para con su hermano, y cuán agradables le eran sus sacrificios. Como Cain fué hijo de ira y reprobado por Dios, y Abel habia sido muerto por Cain, el Señor, en su misericordia, les dió á Adan y Eva un tercer hijo llamado Seth; renuevo feliz, porque habia de ser uno de los ascendientes de Jesucristo segun la carne. De Seth fuéron descendientes: Enós, que glorificó la religion y el Nombre de Dios; y Henoch, que fué trasladado al Paraiso, porque el mundo no le merecia; y Noé, varon

justo que habia de sobrevivir á la grande y universal catástrofe del Diluvio, para ser el reparador del género humano. En efecto, la Santa Escritura nos dice que la *carne habia corrompido sus caminos*, y en varios lugares del Génesis se mencionan las crueldades, homicidios, adulterios, sacrilegios y abominable prostitucion de los hombres, como otras tantas causas que provocaron la justicia de Dios y motivaron su decreto de exterminar á todos los hombres, que llevó á efecto, precipitando del cielo aquellas aguas inmensas que, sobrepujando á los mas elevados montes, hundieron é hicieron espirar en sus abismos hombres y animales, sin que hubiese salvado entre los primeros mas que á Noé y su familia, y entre los segundos otra cosa que lo necesario para que no acabasen los géneros y especies. Habiendo cesado el Diluvio y aparecido la tierra, Noé con su familia salió del Arca para ser el habitante de un mundo ya purificado y enteramente nuevo. Un sentimiento inefable de gratitud ocupó el corazon del Patriarca, y lo primero que hizo, en accion de gracias al benigno Dios que le habia salvado, fué levantar un altar y ofrecer á Dios un sacrificio de buen olor, como leemos en el Génesis (VIII, 20 y 21). Cuan grato haya sido su holocausto á Dios nuestro Señor, se le manifestó luego con señales inequívocas; pues vió en los cielos un arco bellísimo, que fué el signo de la nueva alianza entre Dios y los hombres, y oyó los divinos preceptos, que conservó y trasmitió con la tradicion á su posteridad.

8. Multiplicóse la descendencia de este patriarca en los trescientos cincuenta años que Dios por una singular providencia le permitió vivir despues del Diluvio. Mas creciendo así la especie humana, volvió muí pronto á los antiguos caminos: empezó á mancharse; quiso construir una torre que llegase al cielo; renunció á este proyecto por haber confundido Dios todas las lenguas de sus autores; y no pudiendo estos entenderse ya por tal motivo entre sí, se dispersaron por diferentes paises, formando diversas naciones. Esta circunstancia y el conjunto de causas que á ella precedieron, dieron motivo para que la Ley, la verdadera historia y la primera promesa del Mesías fuesen perdiéndose poco á poco en aquella nueva confusion. Sin embargo, cuando el mundo todo se hallaba hundido en espesas tinieblas y asqueroso fango, existia una familia sobre la cual ponia sus ojos Dios con toda complacencia, por su religion, su virtud y su fidelidad; era la familia de Abraham, descendiente de Sem y elegido para ser el padre del nuevo pueblo de que habia de nacer el Mesías. Habitaba Abraham en un llano de la Caldea, y desde allí le hizo venir el Señor al país de Canaan, que despues se llamó Judea, y Abraham habia de ser uno de sus ascendientes segun la carne. "Sal de tu tier-
" ra, le dijo, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mos-
" traré. Te he de convertir en una nacion grande, y te he de bendecir y exaltar tu
" nombre, y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, y maldeciré á los que te
" maldigan, y *en ti serán benditas todas las linajes de la tierra.* (Gen. XII: 1, 2, 3.)

9. Esta es, amados hijos, la segunda promesa del Mesías: promesa mas determinada y precisa que la otra: porque, si en la primera se habia contentado el Señor con enunciarle como descendiente de Eva, y esto aludiendo á María; en la segunda se dice ya el lugar de su nacimiento, la familia de su procedencia y la universal vocacion de los pueblos al beneficio infinito de la redencion.

10. La tercera promesa del Mesías la hizo Dios á Isaac, uno de los siete hijos de Abraham, nacido de Sara, no esclava como Agar, de quien vino Ismael su hermano de padre, sino libre y milagrosamente fecundada. Ved aquí los términos en que la hizo Dios. Estaba Isaac ya resuelto á separarse del país de Canaan, devorado por una hambre general, cuando el Señor se le apareció y le dijo: "No te vayas léjos, te dice el Dios de
" Abraham; quédate en el país que yo te señalaré, mora en él como extrangero, y yo se-
" ré contigo: te bendeciré, y á tí y á toda tu posteridad daré todas esas tierras en pose-
" sion: multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo, y *serán benditas todas las*
" *naciones y todos los pueblos de la tierra en el que nacerá de tí.*" (Gen. XXVI, 2, 3, 4....) Esta tercera promesa del Redentor es ya mas determinada y mejor circunscrita; pues ántes de ella solo se sabia que naceria de la familia de Abraham; pero como este Patriarca tuvo siete hijos, y dos de ellos eran primógenitos, el uno en Agar y el otro en Sara, quedaba todavía por ver cuál de los dos habia de ser el nuevo tronco, y aquí es designado el que nació de Sara.

11. Teniendo este Patriarca cuarenta años de edad, tomó por mujer á Rebeca hija de Batuel de la Mesopotamia de Siria, hermana de Laban. Como Rebeca era estéril, oró Isaac al Señor para que la hiciese fecunda, y así sucedió en efecto, pues Rebeca concibió, segun su esposo lo habia pedido; mas llevaba dos niños en su vientre, y como esto la mortificase, dijo: "Si así me habia de suceder, ¿qué necesidad tenia de concebir!" y fué á consultar al Señor: el cual la respondió, diciendo: "Dos gentes están en tu se-
" no, y dos pueblos desde tu vientre serán divididos, y un pueblo subyugará al otro pue-
" blo, y el mayor servirá al menor." (Genes. XXV, 20 h. 23.) ¡Qué quiere decir todo esto, amados hijos! que aquellos dos niños habian de ser cabeza de dos pueblos rivales, conviene á saber: de los idumeos y de los judíos. El mayor de estos pueblos está representado en el mayor de aquellos niños, Esaú que nació primero; y el menor en el segundo, Jacob que nació el postrero. Y en efecto, el pueblo judío venido de Jacob, y llamado por tanto pueblo menor, fué el que entró á la tierra de Canaan y á quien estuvieron sujetos los idumeos descendientes de Esaú como leemos en el segundo Libro de los Reyes (VIII, 14). Mas elevando todavía nuestro pensamiento al grande objeto que aquí nos ocupa, encontrarémos prenunciado que Jacob seria el heredero de las promesas á pesar de no haber sido el primogénito, seria el ascendiente de Cristo segun la carne, y en consecuencia el de todo el pueblo cristiano, que como vés, domina al pueblo judío. Este pueblo, al nacer el Mesías, era el mayor comparado con el corto número de los discípulos de Jesus; mas despues fué realmente menor, y quedó reducido á siervo de los cristianos, pues nos traen y guardan los Libros sagrados, para que veamos verificadas en Jesucristo las profecías y figuras que ellos no entienden, como al propósito lo advierte San Agustin.

12. Mas ¿cómo fué, me diréis, que siendo Esaú el primogénito, Jacob y no él heredó con las bendiciones de Isaac los derechos de la primogenitura? Porque Esaú, amados hijos, vendió este precioso derecho á Jacob su hermano en cambio de un platillo de lentejas, como leemos en los versículos 29 y siguientes hasta el 34 del capítulo XXV del Génesis. No sabia esto Isaac: mas Rebeca por medio de un misterioso artí-

ficio logró que el Patriarca bendijese á Jacob; pues habiendo mandado aquel á Esaú que cazase algun animal y con la carne le dispusiese un guisado, Rebeca sustituyó á Esaú con Jacob, para que éste le presentase aquel manjar á su padre, y de esta suerte fuese bendecido por él. Todo esto se facilitó por la circunstancia de hallarse ciego Isaac y por el medio de cubrir á Jacob de pieles de cabritos en la parte desnuda de su cuerpo, porque no tenia vello como Esaú. Presentóselo pues con la vianda Jacob á Isaac, y éste, despues de haber manifestado su sorpresa por la prontitud con que se le habia dispuesto el manjar, y sus dudas sobre Jacob, pues aunque el vello de que artificiosamente iba cubierto le representaba á Esaú, la voz era de Jacob, tomó con mucho gusto dicho manjar, y en seguida bendijo plenísimamente á Jacob. Esta bendicion, que irritó á Esaú, provocó una entrevista de él con su padre, quien ya impuesto de lo que habia sucedido, y sin manifestar disgusto ni arrepentimiento, procuró consolarle. Ved pues á Jacob con todos los derechos de la primogenitura, con todas las bendiciones de su padre á pesar de su minoría, y en consecuencia destinado para ser el ascendiente de Jesucristo segun la carne.

13. Mas tarde, hijos mios, cuando los dos hermanos se habian separado ya, Jacob á la Mesopotamia de Siria con el objeto de tomar por mujer á una de las hijas de Labán, como se lo habia mandado su padre; y Esaú á la familia de Ismael para tomar por mujer á una de sus hijas, sucedió que, habiéndose detenido el primero en un lugar de su tránsito á reposar, y quedádose dormido, "vió en sueños una escala cuyo pié estaba sobre la tierra, y su remate tocaba en el cielo, y tambien ángeles de Dios que subian y bajaban por ella; y al Señor apoyado sobre la escala, que le decia: "*Yo soi el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes te la daré á ti y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra: serás dilatado al occidente, y al oriente, y al septentrion, y al medio dia, y* serán benditas en *ti y en tu simiente todas las familias de la tierra.*" (Gen. XXVIII: 11 h. 14.)

14. Hé aquí, amados hijos, la cuarta promesa del Mesías. Como véis, tuvo el Señor por motivo para hacerla, evitar la confusion que habria resultado de su silencio; pues habiendo Isaac tenido dos hijos de un mismo parto, convenia decir quién de ellos habia de ser el heredero de las promesas, y en cuál de las dos familias ó descendencias habia de buscarse el Mesías.

15. Tuvo doce hijos Jacob, que fuéron cabezas de otras tantas tribus, las cuales llevaban el nombre respectivo de cada uno de los hijos de Jacob. Los mas distinguidos de estos fuéron Leví, Judá y José; el segundo de éstos recibió las bendiciones de Jacob y la renovacion de la promesa del Mesías; ved aquí cómo. "Llamó Jacob á sus hijos y les dijo: "Congregáos, para que anuncie lo que os ha de venir en los últimos dias. Congregáos y oid, hijos de Jacob, oid á Israel vuestro padre. Rubén mi primogénito, tú mi fortaleza y el principio de mi dolor: el primero en los dones, el segundo en el mando.... no crezcas..." Con estas palabras excluyó el Patriarca de los derechos de primogénito á Rubén su primer hijo por haber cometido gravísimo pecado. Fuéle diciendo á cada uno de los otros lo que correspondia, y llamando á Judá, le habló de esta manera: "Judá, te alabarán tus hermanos: tu mano caerá sobre la cerviz de tus enemigos, te

"adorarán los hijos de tu padre... Judá, á la presa subiste hijo mio: reposando te acos-"taste como leon y como leona, ¿quién te despertará? *No será quitado de Judá el ce-"tro y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado,* y él será la "expectacion de las gentes."

16. Estas palabras, amados hijos, que vertió Jacob, no de suyo sino por especial inspiracion de Dios, tienen el doble carácter de una promesa, y es la quinta del Mesías, y de un profético anuncio de su futura venida, visto y con razon, de los Padres é intérpretes sagrados, como una de las profecías mas admirables que se hicieron de Jesucristo. Esta promesa profética, como advierte mui á propósito Gaume, confirma en primer lugar "cuanto las precedentes tenian comunicado acerca del Redentor desde el principio del mundo: dice que será la expectacion y la salud de los pueblos, hecho que se confirma magníficamente por la conversion de los gentiles." En segundo lugar, "este célebre oráculo de Jacob no se limita, como los oráculos anteriores, á predecir un Salvador esperado de las naciones, sino que señala el tiempo en que debe aparecer. Entónces será cuando la autoridad suprema, figurada por el cetro, habrá cesado en la casa de Judá: ¡preciosas palabras que hoi mismo nos hacen ver con nuestros ojos, que Jesus es hijo de María! En tercero: esta promesa nos libra de un grande embarazo. Por las anteriores promesas sabemos que el Mesías nacería de Jacob. Jacob tiene dos hijos; ¿cuál de ellos será el padre del Redentor? La profecía del santo anciano nos saca de la duda: exceptúa las once tribus, y nos advierte que el Mesías deberá buscarse en la tribu de Judá."

17. "La sexta y última promesa del Mesías se hizo, hermanos carísimos, á David: ved cómo la refiere el autor que acabo de citar. "Un dia que estaba enteramente ocupado David en este pensamiento (en el de levantar un templo á Dios), le habló el Señor por medio del profeta Nathan. Aquel momento fué el que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, escogió para renovar la promesa del Mesías. "Ya sabéis, dijo á Da-"vid, que desde el dia en que saqué á los hijos de Israel del cautiverio de Egipto, has-"ta el en que os hablo, he sido viajero como mi pueblo. Le he seguido por todas par-"tes, y no he tenido mas morada que un tabernáculo y una tienda. Sin embargo, no "seréis vos el que me construya un templo; ese honor está reservado á vuestro hijo. "Colocaré sobre vuestro trono á un hijo que procederá de vos. Estableceré su trono "para siempre: seré su padre, y él será mi hijo: vuestra casa subsistirá siempre y vues-"tro trono será eterno."

18. "¿Quién es ese hijo que el Señor promete con expresiones tan magníficas? ¿Es Salomon? No, pues que Salomon no es hijo de Dios y de David á un mismo tiempo, y la eternidad no puede convenir á un puro hombre y á un reinado temporal. ¿Cuál es pues ese hijo de David que el Señor promete aquí? Evidentemente es el Mesías, nuestro Señor. En efecto, solo nuestro Señor es hijo de Dios y de David simultaneamente; solo nuestro Señor es eterno; solo él ha asegurado para siempre el trono de David, pues en su calidad de Hombre-Dios, de Hijo de Dios y de hijo de David, reina y reinará siempre en el cielo y en la tierra."

19. "Esta promesa nos ayuda mucho para descubrir al Mesías. La primera pro-

mesa hecha á Adan nos anuncia un Redentor, sin decirnos ni el tiempo ni el lugar de su nacimiento, ni el pueblo de donde saldria: la segunda, hecha á Abraham, nos dice que naceria de la raza de Abraham: la tercera, hecha á Isaac, nos enseña que nacerá de él: la cuarta, que nacerá, no de Esaú, sino de Jacob: la quinta promesa, hecha por Jacob al morir, nos advierte que saldrá de la tribu de Judá; y en fin, la última promesa nos revela que será de la familia de David. Desde entónces para en adelante todas las naciones del mundo, todas las tribus de Israel, y aun todas las familias de la tribu de Judá, excepto la de David, quedan á un lado; no tenemos ya que buscar al Salvador del género humano mas que en la familia del Santo Rei. Así de grado en grado llegarémos á señalar con el dedo, si nos es permitido expresarnos de este modo, al niño de Belén." 1

II.

20. Tales son amados hijos, las promesas que Dios nuestro Señor, movido por su misericordia infinita, hizo de un Redentor á la delincuente humanidad, para sostener su esperanza con la fe del Mesías que habia de venir. Habéis visto cómo fuéron dispersados los pueblos, multiplicándose y diversificándose los orígenes de las familias, hasta el extremo de formar aquella multitud de naciones, que sin embargo de haber provenido todas de un mismo tronco, llegaron á desconocerse, y aun á odiarse y perseguirse recíprocamente. Para evitar la confusion que de aquí deberia resultar, tomó Dios la providencia de separar de entre todas las naciones una que llamó su pueblo escogido, y destinó para ser el depositario de las promesas, de la verdad tradicional, de la Ley escrita, de los anuncios ó predicciones del Mesías, para que de él naciese segun la carne, y cuya historia pudiera figurar como la gran preparacion de Aquel que habia de aparecer en la plenitud de los tiempos para salvar al mundo. Hé aquí por qué cuanto nos refiere el Antiguo Testamento es universalmente visto como la preparacion del Mesías: preparacion de promesas, preparacion de anuncios, preparacion de instituciones, preparacion de acontecimientos, preparacion universal y plenísima. Nada en efecto se echa ménos aquí, ni para la fe, ni para la esperanza, ni para el amor: aquí está la voz divina que le promete; aquí está la voz inspirada que le anuncia; aquí están los grandes personajes que le figuran con las instituciones y sucesos que anticipadamente le representan. Acabo de hablaros de las promesas, voi á deciros algo sobre las figuras ó la representacion anticipada del Mesías.

21. Esta representacion, amados hijos, "es una especie de profecía, es un anuncio de otro género, pero no ménos cierto que el que se verifica directamente por los oráculos; y como consiste, no en las palabras, sino en los hechos mismos, se conoce con el nombre de *figura*. Estas tienen tal escaractéres de verdad, que no es posible, si se examinan bien, desconocer en ellas á Jesucristo; porque si una ú otra en particular no produciria mas que algunos datos de probabilidad; la perfecta semejanza de cada figura, el enlace histórico de todas ellas, el concepto que formó siempre la nacion judía por espacio

1 *Gaume*: Catecismo de Perseverancia. Parte I, Lec. XXI y siguientes, (Extracto.)

de cuarenta siglos, la puntual correspondencia que se reconoce entre ellas y Jesucristo, las explicaciones satisfactorias que los Padres y los mas esclarecidos sabios del cristianismo han hecho sobre esto; todo nos conduce á la conviccion, haciéndonos reconocer en las figuras un órden diverso de profecías, que atestiguan con la misma fuerza la mision divina del Hombre-Dios á quien se refieren.

22. Esta clase de anuncios consiste, unas veces en ciertas personas célebres, otras en ciertas instituciones. Por esto se reconocen generalmente, ya las unas ya las otras, como figuras del Mesías: Adan, Abel, Noé, Melquisedec, Isaac, el carnero sacrificado por Abraham, Jacob, José, el Cordero pascual, la Columna de fuego, el Maná, los Sacrificios, la Serpiente de metal, Moisés, Abraham, Josué, Gedeon, Sanson, Samuel, David, Salomon, Jonás, Eliacim hijo de Elías, Jeremías, Zorobabel, Jesus hijo de Josedec, son otras tantas figuras del Mesías prometido."

23. ¿Por qué Adan se considera como una figura del Mesías? Porque así como él fué él padre de todos los hombres segun la carne, así tambien Jesucristo lo es de toda la humanidad en el espíritu; pues la regenera para la verdad con su doctrina, para la virtud con su gracia, y para la gloria con su sacrificio. Si Adan, á causa de su primacía como Patriarca de la humanidad, reune en su persona el Sumo sacerdocio y el Sumo imperio; Jesucristo igualmente, como Padre de la humanidad redimida, tiene sobre ella el mas pleno dominio: por esto le aclaman Rei los profetas, y él mismo se llama Rei en la presencia de Pilato, y este magistrado gentil inscribió el título de Rei sobre la Cruz en que Jesucristo murió, y por esto asimismo le profetizaba David como Pontífice Eterno y Sumo Sacerdote segun el órden de Melquisedec. *Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech.* (Ps. C. IX, *V.* 5.)

24. Ya sabéis, hijos míos, porque es mui generalmente conocida, la historia de Cain y Abel: ya sabéis que éste, objeto permanente del zelo, de la envidia y odio de su hermano mayor, por la complacencia con que Dios recibia sus ofrendas, fué alevosamente asesinado por él. ¿Qué notáis en este gran crímen? Tres cosas sin duda: primera; que ambos, asesino y víctima, eran hermanos, y en consecuencia se hallaban unidos con los vínculos estrechísimos de la naturaleza; segunda, que Abel no tenia para Cain otro motivo de odio que su virtud; tercera, que era pastor de ovejas. Pues bien: como Jesucristo Señor nuestro era hermano de los judíos segun la carne; como su virtud, su liberalidad, sus grandes obras, su doctrina santa fuéron el motivo de aquel ódio encomado que les condujo hasta darle muerte, y además se manifestó á los hombres con el dulce y tierno carácter del buen Pastor, por esta causa es visto Abel como una figura del Mesías, y es la segunda.

25. ¿Qué os diré de Noé? Con justa razon es visto como la tercera figura del Mesías, pues todas las circunstancias de ambos concurren para manifestar una semejanza maravillosa. Si considerás el lugar que ocupó aquel Patriarca, ya en el espacio ya en el tiempo, le veréis reuniendo en su persona dos grandes épocas: la de un mundo que acababa de perecer en el Diluvio por su iniquidad, y la de otro que daba principio con él y su familia, y que por su justicia y virtud habia merecido gracia: de esta suerte misma Jesucristo es el centro de las dos mas grandes épocas del mundo, la llamada

vulgar que se cuenta desde Adan hasta su nacimiento, y la cristiana que comenzó en Bethlem y acabará en el valle de Josafat, pues que se halla contenida entre el Nacimiento de Jesucristo Redentor y la última venida de Jesucristo, Juez de vivos y muertos. Noé y su familia se salvaron, y consigo salvaron al mundo que siguió á ellos, en la Arca misteriosa; y la Cruz del Salvador ha sido saludada por la Iglesia como el arca de un mundo que iba á perecer: *Arca mundo naufrago:* la Arca de Noe salvó á cuantos en ella entraron, y solo á éstos, pues cuanto se quedó fuera de ella pereció; la Iglesia de Jesucristo es reino de salvacion, en el cual se entra por el Bautismo, se vive de la fe y de la esperanza, y se triunfa con la caridad, y fuera de la Iglesia, como bien lo sabéis, no hai salvacion. Ved pues algunos de los rasgos de semejanza que presentan á Noé como una figura del Redentor.

26. Cuando Abraham acababa de triunfar de Chodorlahomor y todos los reyes aliados de éste, Melquisedec, rei de Salem, salió á recibirle, presentando pan y vino, porque era sacerdote del Dios Altísimo, y le bendijo, diciendo: "Bendito Abraham del Dios "excelso, que crió el cielo y la tierra; y bendito el Dios excelso, con cuya proteccion "los enemigos están en sus manos." Ved aquí, amados hijos, un encuentro misterioso: Melquisedec, que quería decir: *Rei de justicia y de paz*, aparece allí sin que se conozca su ascendencia, ni manifieste su descendencia, como Jesucristo aparece solo, sin que su generacion como Hijo de Dios se vea con él, pues en la tierra no tiene Padre ni el el cielo Madre: es Rei de justicia, porque satisface por el mundo á la justicia del Padre, y se reserva el juzgar al pueblo que redimió, sobre el uso y abuso que haya de hacer de las gracias: y lo es de paz, pues reconciliando á Dios con los hombres, restituyó la paz á la tierra, como cantaban los ángeles, y la dejó instituida en su Iglesia para bien del espíritu, como tuvo cuidado de advertirlo á los apóstoles en la noche de la Cena; y es, no solamente Rei, sino Sacerdote y Sacrificador que á nadie sucede y á quien tampoco sucede nadie; pues nosotros, en calidad de sacerdotes somos, no sucesores de Jesucristo, sino ministros de Jesucristo.

27. Isaac es tambien una figura del Mesías, y en verdad, amados hijos, que aquel sacrificio en que se probaron igualmente la fidelidad del sacrificador y la mansedumbre y sumision absoluta de la víctima, es uno de los mas bellos cuadros proféticos representativos de Jesucristo. Abraham, á pesar de ser padre, sofoca, digámoslo así, todos los sentimientos de la naturaleza para estar solo á la voluntad de su Divino Autor, y conduce á su hijo para sacrificarle, haciéndole cargar sobre sus hombros la leña que había de arder sobre el altar de la inmolacion. Del mismo modo, aunque guardada la debida proporcion que debe haber entre la figura y el objeto, el Eterno Padre no duda sacrificar á su justicia, para perdonar al mundo, á su mismo Unigénito, enviándole á la tierra, para que revestido de nuestra humanidad pueda padecer y morir; y este Hijo Divino, cuando ya se hizo hombre y llegó la época en que debia ser sacrificado, cargó sobre sus hombros y condujo hasta el Calvario la Cruz en que había de morir, sometiéndose, como Isaac al mandato de su Padre Abraham, sin réplica ninguna á la voluntad de su Eterno Padre, á pesar de aquellos horrores inexplicables con que el cáliz de su pasion se le presentaba en el Huerto de las olivas; pues aquel grito de espanto que arrojó la naturaleza y se manifiesta en aquellas palabras: *"Padre, si es posible, pase de mi este cáliz,"* quedó reemplazado y sustituido con esta voz humilde de una resignacion absoluta: *Mas no, Padre mio, no se haga mi voluntad sino la tuya.*

28. Jacob, descendiente de un padre mui rico, marcha solo, y asaltado del sueño por la noche, se ve obligado á recargar su cabeza en una piedra para dormir: despierta, continúa su camino y se sujeta á las mas terribles pruebas para obtener la mano de Raquel: verifica su enlace bajo los auspicios de un Dios que le bendice, y al través de dificultades inmensas vuelve á su patria y á su padre. Jesucristo, hijos mios, realiza en inmensas proporciones este bosquejo. Hijo de Dios Padre, y á quien esencialmente pertenecen todas las cosas; Palabra eterna de Dios, por quien ha sido hecho cuanto existe; Dios, y como tal Omnipotente y soberano, viene al mundo sin séquito ni comitiva, y hallándose entre los suyos, está como en un desierto, pues nadie le conoce, y aparece tan pobre y desvalido, que no tiene donde reclinar su cabeza: viene á instituir su Iglesia, Esposa suya, y para llegar al grande objeto, se somete á las mas terribles pruebas, sufre todos los dolores, bebe hasta las heces el amargo cáliz; mas, resucitado y triunfante de sus enemigos, atrae todas las bendiciones hácia su Esposa la Iglesia, se recrea en su fecundidad viéndola dar la vida del espíritu á un inmenso pueblo de santos, y concluida su grande obra, torna de nuevo á los cielos, sentándose á la diestra de su Padre. Pero vengamos á José.

29. "Si hai alguna figura cuyos caractéres formen un conjunto cabal para ser una de las mas sensibles representaciones de Jesucristo, es la que nos suministra el Antiguo Testamento en la vida de José. Es necesario reconocer á la vista de ella una recapitulacion anticipada y compendiosa de todos los rasgos que constituyen la verdadera historia de Jesucristo. José es aborrecido de sus hermanos, porque les acusa de un gran crímen, por el singular amor que le tiene á su Padre y porque les hace un anuncio solemne de la gloria futura que él propio debe gozar: Jesucristo reporta el odio encarnizado de los judíos, porque les reprende sus vicios, se les muestra como el Hijo amado de Dios y les anuncia que un dia le han de ver sentado á la diestra de su Padre. Enviado el primero por su Padre hácia sus hermanos, que se hallaban distantes, no encontró en ellos otros sentimientos que los que envuelve la mas negra conspiracion contra su vida; y de hecho es vendido por veinte siclos de plata, y entregado por sus propios hermanos á los extranjeros. ¡Quién no reconoce aquí á Jesus, encaminándose por órden de su Padre hácia las ovejas perdidas de la casa de Israel, hecho el blanco de un designio de muerte que forman los judíos, vendido por treinta monedas de plata, y entregado á los romanos por los judíos? La ropa de José está teñida de sangre, símbolo de la muerte que había de sufrir la Santa Humanidad de Jesus. Sufre el primero sin defensa ni amparo la condenacion que contra él pronuncia Putifar, como el segundo soporta en silencio, sin que nadie se apreste á defenderle, la sentencia de muerte que suscribe Pilátos. Colocado el primero entre dos criminales, anuncia su elevacion al uno y predice su muerte al otro: colocado el segundo entre dos ladrones, abre al uno las puertas del Paraiso y deja morir al otro en su impenitencia. Tres dias permanece Jesus en el sepulcro como José en su prision, y por el sendero de los padecimientos pene-

tra, como aquel por el camino de las humillaciones, hasta el recinto augusto de la gloria. José es establecido gefe sobre la casa de Faraon y sobre todo el Egipto; Jesus, hecho gefe de toda la Iglesia, recibe desde allí los tributos de obediencia de toda creatura. Apellidan á José *Salvador del mundo:* no significa otra cosa la palabra *Jesus.* Al nombre de Jesucristo, como á la presencia de José, se dobla toda rodilla. No hai mas que hambre y desolacion fuera de Egipto, donde José gobierna; no hai verdad ni gracia fuera de la Iglesia, donde reina Jesucristo. Todos los que piden gracia no pueden obtenerla de Faraon, sin haberla obtenido de José del mismo modo que en la militante Iglesia no hai gracia ni salvacion sino por medio de Jesucristo. Todas las provincias vienen á Egipto para buscar el trigo; todas las naciones entran en la Iglesia para descubrir y alcanzar en ella la salud. Los hermanos de José llegan á él, por último, le reconocen, le adoran, se establecen en Egipto: un dia debe llegar en que los judíos, iluminados y arrepentidos, volverán á Jesucristo y le reconocerán por el Mesías, y le adorarán como Dios, y entrarán por fin en el recinto de la Iglesia." 1

30 El Cordero pascual, hijos mios, es otra figura del Mesías: símbolo, por su mansedumbre, de aquel que habia de presentarse como un tipo de esta santa virtud á los hombres: *Aprended de mí, que soi manso y humilde de corazon:* víctima de sacrificio, que aplacaba la justicia de Dios, como Jesucristo, en quien muestra su Precursor al *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo:* vianda comun que habia de comerse en el mismo recinto, como el Cuerpo de Jesucristo, que es Pan de todos los suyos, y le comen en su casa: manjar santo que habia de comerse con panes ázimos, como la Sagrada Eucaristía, que se ha de comer con una conciencia pura, que es el ázimo de la sinceridad y verdad, como se explicaba el Apóstol: manjar de provision que tomaba el pueblo escogido al momento de dejar á Egipto para marchar á la prometida tierra, como el Sacramento de nuestros altares marca el abandono de la Babilonia corrompida y el ingreso á la Jerusalen Santa, y nutre al hombre para pasar de esta vida mortal á la eterna poco ántes de exhalar el último suspiro: aquel Cordero, vuelvo á decir, se ha visto por lo mismo como una de las figuras mas características del Mesías.

31. No os hablaré, amados hijos, de aquella columna de fuego, luz y tinieblas al mismo tiempo; ni de aquel Maná con que alimentaba nuestro Señor á los israelitas en el desierto, sabiendo al gusto de todos, fortificando á los débiles y conservándoles á todos, el cual representa nuestra sagrada Eucaristía, misterioso alimento de los que con la vida del espíritu atraviesan el desierto de este mundo, regalado manjar que satisface á los justos, soberana virtud que robustece y conserva la vida. No os hablaré de aquel altar rodeado de doce columnas, erigido por Moysés para ofrecer el sacrificio despues de haber bajado de la montaña, y rociar al pueblo con la sangre de la víctima, el cual representa mui al vivo el altar cristiano, fundado en los Profetas, sostenido sobre las doce columnas que componen el apostolado, al cual bajó Jesucristo desde el seno de su Padre para sacrificarse por la salud del mundo, y con cuya sangre nosotros sus

1 Este párrafo lo he tomado literalmente de mi Exposicion de *la Doctrina católica sobre los Dogmas de la Religion.* Lib. VI, Art. II, cap. VII.

ministros damos la salud á los hombres á ejemplo de Moysés. No pondré aquí en paralelo aquella Serpiente antigua de metal que de órden de Dios construyó Moysés y colocó en una grande altura, para libertar de la muerte causada por la mordedura de las serpientes á cuantos en ella fijasen su vista, con la Cruz del Salvador, que libera de la muerte á cuantos la ven con fe, la invocan con esperanza, y la llevan con amor; ni continuaré tampoco recorriendo aquella ilustre galería de personajes proféticos que os habia comenzado á mostrar. Un Josué triunfando misteriosamente de los enemigos de su pueblo, como Jesucristo de los suyos estableciendo á pesar de su rabia el cristianismo: un Gedeon, el último de sus hermanos, escogido, aunque débil, para salvar al pueblo de la tiranía de los madianitas, el cual hace preceder un sacrificio religioso á su triunfo, como Jesucristo, que quiso aparecer como el último de los hombres, destituido de toda fuerza y que se ofrece en sacrificio ántes de libertar al mundo: un Sanson, cuyo maravilloso nacimiento bosquejó el de Jesucristo, cuyos veinte años de ignorada y privada vida con sus padres representan los treinta que pasó Jesus con María y José ántes de darse á conocer como el Salvador de los hombres, cuya esposa tomada entre los filisteos representa la Iglesia formada de naciones paganas: un David, nacido en Bethlem como Jesucristo, objeto como él de las complacencias de Dios, elegido para calmar los furores de Saul, como Jesus para desarmar á todos los enemigos del alma, y hacer venir á tierra el imperio del demonio; perseguido por Saul en cuyo favor habia hecho tanto, como el Señor por los judíos tan priviligiados: un Salomon reinando en paz despues de los combates de David, tomando por esposa á la hija de un monarca extranjero, edificando un templo magnífico para cuya construccion rehusaron sus esfuerzos los judíos y los tirios, empleando mas extranjeros que judíos en aquella obra magnífica, atrayendo á su persona la admiracion del Universo; como Jesucristo, reinando glorioso despues de su resurreccion sobre todos sus enemigos, formando á su Iglesia con un pueblo extraño, cual eran los gentiles, sirviéndose de éstos en mucho mayor número que de judíos para la formacion de su reino, y atrayendo al pié de su Cruz la creencia de los pueblos, la ciencia de los sabios y todo el poder de los reyes y de los grandes, como lo habia predicho: un Jonás, desempeñando al mismo tiempo la mision de profeta, y figurando en su persona, por haber sido tragado de una ballena, en cuyo seno permaneció tres dias y de donde salió al tercero lleno de vida, el grande y misterioso suceso de la resurreccion de Jesucristo al tercero dia de su muerte y sepultura: todos estos personajes, y otros muchos que callo, porque no me lo permiten los límites de esta instruccion; ¡qué materia tan vasta no están ofreciendo para comprobar mas y mas que Jesucristo Señor nuestro fué el Mesías prometido por Dios á los hombres como Redentor suyo para salvarles. Mas yo me detengo aquí, porque no he podido entrar en todos los pormenores, y lo dicho basta para mostraros en grande aquella inmensa representacion con que venian figurando y anunciando para despues al *Deseado de las naciones* los personajes mas eminentes, cuya vida y hechos va refiriendo la historia profética de los cuarenta siglos que le precedieron. Todo en aquel tiempo, en aquel pueblo, en aquellos sucesos memorables y misteriosos, estaba designando y esperando al Salvador del mundo: la Lei pronunciaba y aguardaba tambien al que habia de venir, no á abolirla, sino á ponerla en

ejecucion y promulgaria en toda su plenitud: *Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas; non veni solvere, sed adimplere.* Toda la tribu de Leví, aquella porcion escogida por Dios y segregada de su pueblo para ejercer las augustas funciones del sacerdocio, pronunciaba y representaba mui bien el sacerdocio perfecto de Jesucristo; sacerdocio de plenitud que fué y es como la realidad respecto de la sombra, comparado con el de Leví. El templo con su aparato magestuoso y la pompa magnífica de sus ceremonias representaba tambien al templo cristiano, y era en consecuencia una figura profética del Mesías: rasgáronse sus velos al tiempo mismo de espirar el Hombre Dios, como para manifestar que terminado ya su objeto, cedia el campo al altar misterioso en que se habia de renovar todos los dias, por la salud del mundo, aunque de un modo incruento, el sacrificio del Calvario.

III.

32. Os he hablado, hijos mios, de las promesas que de un Redentor hizo Dios á los hombres, y os he presentado, aunque mui en grande, el cuadro figurativo del Mesías en los personajes mas ilustres, los sucesos mas notables y las instituciones especialmente religiosas del antiguo pueblo: réstame deciros algo acerca de las profecías, para dar su complemento á esta instruccion. No pudiendo extenderme, por haberos hablado de los Libros proféticos, de los personajes que profetizaron y del cumplimiento de las profecías en la Persona de nuestro Señor Jesucristo, y porque los límites de un discurso como éste solo me permiten reseñas ó indicaciones generales; pero queriendo hacer mas provechosa esta reseña, voi á copiar el resúmen que hizo de las profecías en su *Símbolo de los Apóstoles* mi venerable y sabio Predecesor. Aquí recogió aquel Pontífice ilustre las instrucciones bíblicas que os estuvo dando constantemente sobre las profecías, y este resúmen que vosotros, hijos mios, escuchásteis tántas veces, ejercerá sin duda sobre vosotros el doble poder de la sabiduría y los recuerdos mas queridos. Oidle pues:

33. "Por todos los siglos en que se vino continuando la religion santa, vino tambien repitiendo Dios su antigua promesa. A Abrahan le dijo: yo te colmaré de bendiciones, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y todas las naciones de la tierra serán benditas en EL QUE NACERA DE TI. Este es nuestro Señor Jesucristo el Redentor prometido. [1] A Isaac, hijo de Abrahan le dijo lo mismo. Lo mismo le repitió á Jacob, hijo de Isaac. Y además, Jacob, inspirado de Dios, cuando poco antes de morir bendijo á sus hijos, vaticinándoles al mismo tiempo el estado futuro de su posteridad, descubrió á Judá que él era el escogido de Dios para ser el padre de los reyes del Pueblo Santo, y el padre del que era la esperanza de las naciones, esto es, del Redentor que habia de venir, y que su tribu tendria la preeminencia ó autoridad sobre todas las demás hasta que viniera el que habia de ser enviado, esto es, el Redentor prometido. [2] Y despues muchos varones santos, que se llamaron Profetas, predigeron inspirados de Dios el lugar y el tiempo en que habia de nacer el Redentor prometido: y

1 Galat. cap. 3. v. 16. Genes. cap. 22. vv. 17. 18. cap. 26. vv. 4. 5. cap. 28. v. 14.
2 Genes. cap. 49, vv. 8, 9, 10.

declararon que seria Dios y Hombre, y que tendria la cualidad divina de ser Hijo de una Vírgen. Todo lo declararon los Profetas muchos siglos antes, [1] su justicia y su verdad, y su poder, y su virtud, y sus milagros, y la sabiduría de su doctrina, y las circunstancias de su vida, y de su pasion, y de su muerte, y su gloriosa resurreccion."

33. "Cada profeta que Dios enviaba en el curso de los siglos, era una antorcha nueva que lucía para dar un conocimiento mas y mas claro del Redentor prometido.

34. "David, dijo: "Dios se prepara para establecer su reino: descenderá, y densas y oscuras nubes debajo de sus piés." *(Ps. XCVI, vv. 1, 2.)*

35. "Isaías, dijo: "Una Vírgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros." *(Is. VII, 14.—Math. 1, 23.)*

36. "Jeremías, dijo: "Dios ha decretado criar una cosa nueva sobre la tierra: una mujer Vírgen llevará y abrazará en su seno al Varon fuerte y poderoso, al Señor, ó caudillo." *(Jerem. XXXI, 22.)*

37. "Miqueas, dijo: "De Belen saldrá el que ha de reinar en Israel (quiero decir, en la Iglesia universal), el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad; y su nombre será conocido, engrandecido y glorificado por toda la tierra." *(Mich. V, 2 y 4.)*

38. "Otra vez dijo Isaías: "Cerca está el Justo que Dios ha de enviar: el Salvador que ha prometido, va á dejarse ver." *(Is. LI, 5.)*

39. "Daniel dejó escritas estas palabras: "Dios ha abreviado el tiempo á setenta semanas (de años), á fin de que venga á la tierra la justicia eterna, y se cumplan las profecías, y el Santo de los santos sea ungido." *(Dan. IX, 24.)*

40. "Ageo dijo: "Aun falta un poco, y el Deseado de todas las naciones vendrá." *(Agg. II, 7 y 8.)*

41. "Zacarías dijo: "Entonad cánticos de alabanzas y alegraos; porque yo vengo, y moraré en medio de vosotros, dice el Señor." *(Zach. II, 10.)* "Dice tambien el Señor: "Yo voi á hacer venir mi siervo, cuyo nombre es Oriente, porque nacerá de sí mismo." *(III, 8.)*

42. "Quieren decir estas palabras de Dios: yo voi á hacer que mi Hijo único se haga hombre, tomando la forma de siervo, ó criatura de Dios, y que nazca en el mundo del seno de una Vírgen, como el sol nace en el Oriente.

43. "Dijo tambien el mismo Zacarías: "Regocíjate mucho hija de Sion, canta hija de Jerusalen. Mira que tu rei vendrá á tí, Justo y Salvador." *(Zach. IX, 9.)*

44. "Jeremías dijo: "Mirad que vienen los dias, dice el Señor, y haré brotar de la familia de David un pimpollo justo, *germen justum*, un pimpollo de justicia, *germen justitiæ*, un pimpollo ilustre, *germen nominatum*; y este es el nombre con que será llamado: el Señor nuestro Justo, el Justo Dios nuestro." *(Jerem. XXXIII, 5 y 6.)*

45. Isaías otra vez, viendo con la luz del Espíritu Santo el nacimiento del Redentor prometido, con tanta claridad como si ya entónces se hubiera verificado, habló así: "Ha nacido un Chiquito para nosotros, y será llamado su nombre Admirable, Consejo

1 Isaías: cap. 11. vv. 1. 5. cap. 35. vv. 4. 5. 6. cap. 42. vv. 1. 7.

ro. Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de paz, y se sentará sobre el solio de David." *(Is. IX, 6 y 7.)*

46. "Baruc, contemplando al Redentor, que habia de venir, tambien con tanta claridad por la luz del Espíritu Santo como si en los dias del Profeta se hubiera verificado la venida del Redentor, habló así: "Este es nuestro Dios, que dió su Lei á los hijos de Jacob, y despues ha sido visto en la tierra, y ha conversado con los hombres." *(III, 36 y 38.)*

47. "Otra vez dijo Isaías: "Saldrá una vara de la raiz de Jessé: y de la vara subirá una flor, y reposará sobre él (sobre el que se significa en esa flor), el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad: y la justicia y la verdad no se apartarán jamas de él." *(XI, 1 y 5.)*

48. "En fin, el mismo Redentor que habia de venir, habló así por boca del Profeta Malaquías: "Yo voi á enviar mi ángel, que preparará el camino delante de mí." Y añadió el Profeta, hablando á los hijos del pueblo escogido: "E inmediatamente vendrá á su Templo el Dominador, el Señor por excelencia, el Mesías á quien vosotros buscáis, el Angel, el Mediador de la nueva alianza, que vosotros deseáis. Vedlo aquí, que viene ya, dice el Señor de los ejércitos." *(Malach. III, 1º.)*

49. "Así cada uno de los Profetas, segun era instruido por el Espíritu Santo, repetía de parte de Dios la promesa de enviar al mundo un Redentor; y todos suspiraban por la venida de ese Redentor. Isaías decia: "Enviad, oh Señor, al Cordero Dominador de la tierra, al Cordero que quita los pecados del mundo." "¡Cielos! decia tambien, enviad el rocío de lo alto, y las nubes llueban al Justo. Abrase la tierra y brote al Salvador, y la justicia nazca con él. Pluguiera á tí, oh Dios, que rompieras ya las cielos, y descendieras!"—"Queria decir el Profeta: descienda ya el Espíritu Santo sobre la Purísima Vírgen María: venga ya al mundo esa Purísima Vírgen, descienda sobre ella el Espíritu Santo, y con su virtud hágala fecunda, para que dé á luz al Justo, al Santo, al Salvador, al Redentor prometido.

50. "Yo el Señor lo crié," le dijo Dios al Profeta. Como si le dijera: buen ánimo, Profeta mio, que yo ya tengo dispuesto enviar ese divino Redentor por quien suspiras, y le daré el ser de hombre, y lo enviaré en el tiempo que fuere de mi agrado. Y el Profeta dijo: esperaré al Señor, y lo aguardaré. *Et expectabo Dominum ..... et præstolabor eum. (Is. VIII, 17.—XVI, 1º—XLIV, 1º.)*

51. "Pasaron todavía siglos despues del último Profeta, que fué Malaquías. Al fin llegó el tiempo señalado por Dios para enviar á su Hijo hecho hombre á que redimiera al mundo. Delante debia venir su Santo Precursor. Ved lo que dispuso Dios.

52. "En los dias de Heródes el grande, rei de Judea, hubo un Sacerdote de la Lei antigua llamado Zacarías, y su muger se llamaba Isabel. Ambos eran justos delante de Dios, caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor. Y no tenian hijo, porque Isabel era estéril, y ambos de avanzada edad. Y sucedió que ejerciendo Zacarías su ministerio de Sacerdote, le tocó ofrecer el incienso. Para esto entró en el Templo, y todo el concurso del pueblo estaba orando afuera en el atrio miéntras él ofrecia el incienso adentro; y se le apareció un ángel del Señor puesto en pié á la derecha del altar del incienso. Zacarías al verlo se turbó, y quedó sobrecogido de temor. Mas el ángel le dijo: "No temas, Zacarías, pues tu oracion ha sido oida, y yo vengo á asegurarte que tú verás al Redentor que pides tan fervorosamente, y tu muger Isabel te parirá un hijo que será su Precursor, á quien pondrás por nombre Juan. El será tu gozo y alegría, y muchos tambien se alegrarán por su nacimiento: porque será grande en la presencia del Señor, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre, y convertirá á muchos de los hijos de Israel al Señor de ellos, é irá delante de él con el espíritu y virtud de Elías, para convertir á los incrédulos, á fin de preparar así al Señor un pueblo perfecto y bien dispuesto á recibirlo."

53. "Zacarías dijo al ángel: "¿Cómo sabré yo que esto ha de suceder? pues yo soi viejo, y mi muger avanzada en dias.

54. "El ángel le respondió: "Yo soi Gabriel, que asisto delante de Dios, siempre pronto á ejecutar sus órdenes, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta feliz nueva. Y mira que en castigo de tu desconfianza quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que esto sea hecho, porque no has creido á mis palabras, que se cumplirán á su tiempo.

55. "El pueblo estaba esperando á Zacarías y se admiraba de que se tardara en el tiempo. Y cuando salió, no les podia hablar; hacia señas, y permaneció mudo. Cumplido que fué su ministerio, se fué á su casa. Y despues de estos dias su muger Isabel concibió. Se le cumplió el tiempo del parto, y dió á luz un hijo. Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor habia hecho resplandecer en ella su misericordia, y la felicitaban. El dia octavo vinieron á su casa á circuncidar al niño, que habia dado á luz, y le ponian el nombre de su Padre Zacarías. Mas Isabel les dijo: "De ninguna manera se ha de llamar Zacarías, sino Juan."—"Nadie hai en tu familia que lleve ese nombre," le dijeron. Entónces preguntaron por señas al padre del niño cómo queria que se le llamase. Y pidiendo con que escribir, escribió así: *Juan es su nombre.* Al punto se abrió su boca, y se desató su lengua, y empezó á hablar bendiciendo á Dios. Y todas estas maravillas se divulgaron por todas las montañas de la Judea. Los que las oyeron, haciendo reflexiones y considerando todas las circunstancias que habian acompañado al nacimiento del niño, decian: "¿Quién pensáis que será este niño? Porque todos estos prodigios del poder de Dios dan á entender que está con él, que lo tomará bajo su divina proteccion, lo llenará de su gracia, y se servirá de él para obrar extraordinarias maravillas. Y Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo:

56. "Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha preparado la redencion que habia prometido por boca de sus Santos Profetas, acordándose de su Santa Alianza, de aquel juramento que hizo á nuestro padre Abraham: que descenderia de él segun la carne un poderoso Redentor, para que le sirvamos, y andemos en verdadera justicia todos los dias de nuestra vida. Y tú, oh niño, tú serás llamado Profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor, para prepararle sus caminos, para enseñar á su pueblo la senda de la salud, única por donde se llega á la remision de los pecados; para alumbrar á los que están de asiento en las tinieblas de la ignorancia de los caminos de la salvacion, y

en la sombra de la muerte del pecado; y para dirigir nuestros pasos por los senderos de la justicia y de la paz." [1]

57. He concluido, hijos mios, esta instruccion, mas extensa de lo que yo quisiera, sin embargo de haberme reducido á presentaros la materia bajo su punto de vista mas general. Ved pues cómo todo el Antiguo Testamento no tiene mas objeto que á nuestro Señor Jesucristo, ya refiriendo las repetidas promesas que Dios vino haciendo á los Patriarcas, de enviarles un Redentor, ya determinando sucesivamente cuanto era necesario para preparar las naciones á reconocerle, ya dando á conocer pormenorizadamente una serie de personajes ilustres que fueron la figura del Mesías, y que á medida que se sucedian unos á otros, hacian crecer mas y mas la semejanza, ya recordando aquellas instituciones, aquella ley, aquellos acontecimientos que venian á ser como el bosquejo del Mesías, ya por último, conservando íntegramente la historia de los profetas y sus libros, en que se contienen todos los anuncios de Jesucristo, hechos de muchos siglos atrás, continuados en un órden maravilloso y exactamente cumplidos. Tal es la conducta de Dios para con los hombres, hijos mios, tal su solicitud y empeño para preparar la grande obra de la redencion, tan sólidas así las pruebas de todo género en que se funda la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, de su doctrina y de su Iglesia. Demos pues á Dios infinitas gracias por los esmeros de su misericordia y de su amor; por su infinita liberalidad, llevada hasta el extremo de darnos como Redentor á su mismo Unigénito; por la prontitud con que previno con sus promesas el corazon de la delincuente humanidad, que de otra suerte se habria desesperado; por su fidelidad en cumplirlas, preparando con tanta sabiduría y realizando la venida de su Divino Hijo; y digamos con Zacarías, inspirados por el reconocimiento y el amor, á fin de dar la bienvenida con todo el corazon al Mesías prometido en la Ley y en los Profetas: "¡Bendito sea el Señor Dios de Israel que ha venido á visitar y á redimir á su pueblo!" *Benedictus Dominus, Deus Israel, quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suæ.*

1 Pastoral del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Gómez de Portugal, dignísimo obispo que fué de Michoacan: obra póstuma que dejó para instruccion de los fieles. Cap. XXVI, Resúmen de las profecías.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA ELECCION QUE HIZO EL SEÑOR DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, Y LAS GRACIAS Y PRIVILEGIOS CON QUE LA HUBO ENRIQUECIDO, PARA QUE FUESE LA MADRE DE SU HIJO UNIGENITO.

Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus.

Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres.—*Luc. cap. I, v. 28*

1 Despues de haberos manifestado, hijos mios, las promesas de un Redentor hechas y repetidas varias veces por Dios á los hombres, fijado vuestra atencion en las semejanzas de muchos personajes ilustres de la antigua Ley con Jesucristo, para que reconocieseis en ellos otras tantas figuras del Mesías, recorrido aunque mui rápidamente los anuncios que vinieron haciendo por una serie de siglos los Profetas, y comprobado así cómo Cristo Señor nuestro es el verdadero Mesías, podia ya venir á la plenitud de los tiempos y mostraros en su exacta realizacion el grande acontecimiento, al Verbo de Dios hecho Hombre en las entrañas purísimas de María, y al género humano poseedor de Aquel que fijó la espectativa de las naciones desde la primera vez que fué anunciado á la humanidad. Repetidas veces os he dicho que el Hijo de Dios, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, fué precisamente quien se hizo hombre, y cómo, no por haberse hecho hombre, dejó de ser Dios, lo cual nuestra en la Persona de Jesucristo á un Dios y hombre verdadero. Parece pues que podiamos ya venir al gran misterio, explicando el concepto encerrado en las siguientes palabras de nuestro manual catecismo: *¿Cómo se hizo hombre Nuestro Señor Jesucristo:—En el vientre virginal de nuestra Señora la Virgen María por obra del Espítu Santo, quedando ella siempre Vir-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la sombra de la muerte del pecado; y para dirigir nuestros pasos por los senderos de la justicia y de la paz." [1]

57. He concluido, hijos mios, esta instruccion, mas extensa de lo que yo quisiera, sin embargo de haberme reducido á presentaros la materia bajo su punto de vista mas general. Ved pues cómo todo el Antiguo Testamento no tiene mas objeto que á nuestro Señor Jesucristo, ya refiriendo las repetidas promesas que Dios vino haciendo á los Patriarcas, de enviarles un Redentor, ya determinando sucesivamente cuanto era necesario para preparar las naciones á reconocerle, ya dando á conocer pormenorizadamente una serie de personajes ilustres que fueron la figura del Mesías, y que á medida que se sucedian unos á otros, hacian crecer mas y mas la semejanza, ya recordando aquellas instituciones, aquella ley, aquellos acontecimientos que venian á ser como el bosquejo del Mesías, ya por último, conservando íntegramente la historia de los profetas y sus libros, en que se contienen todos los anuncios de Jesucristo, hechos de muchos siglos atrás, continuados en un órden maravilloso y exactamente cumplidos. Tal es la conducta de Dios para con los hombres, hijos mios, tal su solicitud y empeño para preparar la grande obra de la redencion, tan sólidas así las pruebas de todo género en que se funda la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, de su doctrina y de su Iglesia. Demos pues á Dios infinitas gracias por los esmeros de su misericordia y de su amor; por su infinita liberalidad, llevada hasta el extremo de darnos como Redentor á su mismo Unigénito; por la prontitud con que previno con sus promesas el corazon de la delincuente humanidad, que de otra suerte se habria desesperado; por su fidelidad en cumplirlas, preparando con tanta sabiduría y realizando la venida de su Divino Hijo; y digamos con Zacarías, inspirados por el reconocimiento y el amor, á fin de dar la bienvenida con todo el corazon al Mesías prometido en la Ley y en los Profetas: "¡Bendito sea el Señor Dios de Israel que ha venido á visitar y á redimir á su pueblo!" *Benedictus Dominus, Deus Israel, quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suæ.*

1 Pastoral del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Gómez de Portugal, dignísimo obispo que fué de Michoacan: obra póstuma que dejó para instruccion de los fieles. Cap. XXVI, Resúmen de las profecías.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA ELECCION QUE HIZO EL SEÑOR DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, Y LAS GRACIAS Y PRIVILEGIOS CON QUE LA HUBO ENRIQUECIDO, PARA QUE FUESE LA MADRE DE SU HIJO UNIGENITO.

Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus.

Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres.—*Luc. cap. I, v. 28*

1 Despues de haberos manifestado, hijos mios, las promesas de un Redentor hechas y repetidas varias veces por Dios á los hombres, fijado vuestra atencion en las semejanzas de muchos personajes ilustres de la antigua Ley con Jesucristo, para que reconocieseis en ellos otras tantas figuras del Mesías, recorrido aunque mui rápidamente los anuncios que vinieron haciendo por una serie de siglos los Profetas, y comprobado así cómo Cristo Señor nuestro es el verdadero Mesías, podia ya venir á la plenitud de los tiempos y mostraros en su exacta realizacion el grande acontecimiento, al Verbo de Dios hecho Hombre en las entrañas purísimas de María, y al género humano poseedor de Aquel que fijó la espectativa de las naciones desde la primera vez que fué anunciado á la humanidad. Repetidas veces os he dicho que el Hijo de Dios, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, fué precisamente quien se hizo hombre, y cómo, no por haberse hecho hombre, dejó de ser Dios, lo cual nuestra en la Persona de Jesucristo á un Dios y hombre verdadero. Parece pues que podiamos ya venir al gran misterio, explicando el concepto encerrado en las siguientes palabras de nuestro manual catecismo: *¿Cómo se hizo hombre Nuestro Señor Jesucristo:—En el vientre virginal de nuestra Señora la Virgen María por obra del Espítu Santo, quedando ella siempre Vir-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gen y verdadera Madre de Dios. Sin embargo, yo quiero detenerme todavía un poco en el camino que vengo recorriendo; y ántes de llegar á la consideracion de tan alto misterio, creo mui debido poner espacio la consideracion en esta Vírgen misma, como el templo santo, el tabernáculo augusto, el excelso y soberano trono preparado, desde la eternidad por la sabiduría, el poder y el amor de toda la Trinidad Augusta, para que fuese la primera residencia y posada del Verbo de Dios revestido de nuestra humanidad. Visitemos ántes el Palacio magnífico que ha de ocupar el Rei de los reyes, y despues de esto, ya podemos asistir á su digna, santa y misteriosa entrada. María es la escogida en la predileccion del Padre ingénito para ser en el tiempo y segun la carne la Madre de su Hijo Unigénito por obra del Divino Espíritu: toda la Trinidad tiene puestos sus ojos en María, desde que la redencion del mundo fué decretada. Vengamos, pues, amados hijos, á considerar á la Reina Madre, Reina de los cielos y de la tierra, Madre del Mesías, y Madre tambien por él de toda la estirpe delincuente.

2. Para llegar á conocer cuanto es dado á nuestra débil inteligencia, toda la perfeccion, toda la excelencia, todo el poder de esta criatura predilecta, ningun medio mas á propósito que fijar nuestro espíritu en aquella salutacion misteriosa que la dirigió en su albergue solitario el Arcángel Gabriel, como Embajador del Altísimo, para mostrarla sus designios acerca de ella. El Santo Evangelio nos dice que este Arcángel, "envia-"do de Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, á una Vírgen desposada con "un varon, que se llamaba *José*, de la casa de David, *cuya Vírgen tenia por* nombre "*María;* habiendo entrado á donde ella estaba, la dijo: "Dios te salve ¡oh llena de gra-"cia! el Señor es contigo: bendita tú entre todas las mujeres: *Ave, gratia plena: Domi-"nus tecum: benedicta tu in mulieribus.*

3. Esta breve salutacion, bien considerada, encierra tal tesoro de doctrina, tal copia de pensamientos, afectos de un órden tan elevado, que ciertamente no necesitamos salir de ella para contemplar toda la grandeza de María. Estas palabras han ocupado en todos los siglos á los mas esclarecidos maestros de la ciencia teológica: estas palabras han inspirado siempre á los oradores mas elocuentes del cristianismo: estas palabras han encendido siempre en un divino fuego el corazon de todas las almas piadosas: estas palabras, por último, son repetidas de un cabo al otro de la tierra, desde que resonaron en ella por la primera vez pronunciadas por el Angel del Señor á los oidos de la tierna Vírgen de Nazaret. A la vista de una creatura en quien se estaban reflejando como en un espejo fidelísimo todas las perfecciones de Dios; de una creatura la mas excelente, la mas santa, la mas perfecta de cuantas habian salido de sus manos; de una creatura que no tenia, como el hombre, la segunda escala, sino que ocupaba el trono de la creacion, como la mas perfecta, la mas querida, la obra maestra y predilecta de todo un Dios; el enviado celestial se detiene absorto, y su primera idea, enunciada en estas palabras, *Dios te salve*, es al mismo tiempo la expresion del deseo mas natural, que es la perpetuidad ó inmunidad absoluta de cuanto nos arrebata y admira, el tributo de vasallaje correspondiente á una Reina, y el acto de reconocimiento y veneracion á una superioridad incontestable. Mas ¿por qué Gabriel, aquel espíritu soberano y feliz que goza ya del sumo bien en la posesion de la gloria, y es uno de los personajes mas caracterizados en la Corte del Dios vivo, pues pertenece á los siete que están de pié asistiendo inmediatamente ante el Trono de la Majestad Eterna, experimentó aquellas emociones tan graves á la vista de María, residente aun en la tierra? Porque divinamente enseñado por el mismo Dios, estaba mirando en ella su obra maestra, y con vista celestial contemplaba sus excelencias, sus grandezas y su rango. En efecto, así me parecen los conceptos de Gabriel, cuando medito en cada una de sus palabras y aun en el órden con que las enuncia. Despues de saludar á María, comienza por reconocerla favorecida con la plenitud de la gracia; ved aquí sus excelencias. Despues de saludarla *llena de gracia*, declara su intimidad estrechísima con Dios, diciendo: *El Señor es contigo;* hé aquí su grandeza. Por último, dando el paso desde la eternidad al tiempo, desde el cielo á la tierra, desde Dios á la humanidad, la contempla en sus relaciones con ésta, y declara sin vacilar que aquella Vírgen es la Soberana de todos los hombres con estas palabras: *Bendita tú entre todas las mujeres.* Ahora bien, hijos mios, como todo en Dios está sábiamente dispuesto y perfectamente motivado, bueno es que busquemos en cada uno de estos tres órdenes la idea mas dominante, y tanto mas cuanto que, debiendo ceñirme á estrechos límites, no puedo recorrer en todos sus pormenores aquel cuadro vastísimo de perfecciones y de gracias. Esto supuesto, digo: que la excelencia principal de María, como una creatura de Dios, consiste sin duda en haber entrado á la vida sin la triste herencia de la primera culpa; esto es, en haber sido concebida sin pecado original, lo cual nos explica bien aquella plenitud de gracia que reconoció en ella el Arcángel: *Gratia plena.* Digo en segundo lugar: que la incomparable grandeza de María, aquella que la mostraba grande á todos los coros angélicos y la contenia grande en el fondo de toda la humanidad, consiste en las relaciones únicas que por su predestinacion para Madre del Verbo encarnado tenia con toda la Trinidad Santísima, y en aquella union estrechísima y dulcísima en que vivió incesantemente con su Dios; todo lo cual declaraba el mensajero celestial con estas palabras suyas: *El Señor es contigo.* Digo, por último, que lo que dió á María un rango supremo sobre toda la humanidad, fué aquel incremento que todas las gracias de Dios recibieron de ella por su eficacísima y constante aplicacion á fecundarlas en su alma; incremento tal, hijos mios, que coloca las virtudes de María sobre todas las virtudes de la tierra; y como la virtud, es decir, los efectos de la cooperacion de la naturaleza con la gracia, es el título con que Dios derrama sus bendiciones sobre el hombre, pues, como bien sabéis, la gracia crece por el ejercicio de las virtudes, clarísimo es que allí, donde haya mas virtudes y mas excelencia en éstas, habrá sin duda, porque tal es el órden de la gracia, mas bendiciones del cielo: esto es lo que manifestaba perfectamente bien el Arcángel Gabriel en aquellas palabras con que terminó su misteriosa alocucion: *Bendita tú entre todas las mujeres.*

I.

4. La Concepcion Inmaculada de María, que por espacio de muchos siglos figuró, amados hijos, en la creencia espontánea de la cristiandad, pues no fué declarada por la Iglesia un dogma de fe sino hasta el ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta

y cuatro, dia perdurablemente célebre en los fastos de la religion y del mundo, en que nuestro Santísimo Padre Pio IX al frente de un gran número de obispos pronunció, como Vicario de Jesucristo, el oráculo del Espíritu Santo, declarando ser un punto de fe católica el que María fué concebida sin pecado original; esta Concepcion, digo, es la primera y mas grande ciertamente de todas las excelencias con que una criatura podia aparecer á los ojos del Santo de los Santos: porque, así como el pecado es el mas terrible mal que se pueda temer, así tambien la exension absoluta, universal y constante del pecado es el mas precioso bien que se puede desear. Bien sabéis, y os lo he repetido varias veces, que por el pecado vino el mal; que el pecado es la causa de todo mal; que el pecado precipitó al hombre desde la altura de su inocencia y de su gloria en el abismo de la mas horrible degradacion, le sometió al tiránico imperio del Demonio, avasalló su noble razon á los mas vergonzosos apetitos, rompió su alianza con el Eterno é introdujo la muerte en el mundo; que el pecado trajo consigo la mas absoluta impotencia para que se restableciesen las relaciones entre Dios y la humanidad, en términos de que habria ésta perecido eternamente, si Dios con tanta liberalidad no hubiese puesto por sí mismo el remedio, concertando los empeños de su misericordia con los derechos de su justicia en la venida y sacrificio del Redentor que quiso enviarla para que la salvase; que el pecado, finalmente, vino á dar á todas las generaciones el carácter que han tenido, tienen, y no habrian tenido nunca sin él. ¿Qué cosa, pues, decidme, mas excelente que la inocencia? ¿Que soberanía mas encumbrada que la exension de la culpa? Una criatura, pues, que hubo arribado á la vida sin traer consigo ni aun la mas pequeña mancha de la enturbiada corriente de su orígen, era por sin duda la mas excelente de todas, y con una excelencia incomparable; porque ¿cuál de los nacidos del varon y la mujer podria lisonjearse jamas de haber estado libre de la contaminacion de la culpa? María sin duda fué, por tan alto privilegio, incomparablemente mas grande que Adan y Eva sin embargo de su inocencia primitiva; pues con haberla ellos perdido, invieron contra sí un cargo terrible y un título de oprobio en aquella gracia, no ciertamente por ella, que era toda hermosura y grandeza; sino por ellos, que arrojándola de sí, la precipitaron en el fango. Por otra parte, nada mas natural en Adan y Eva que la inocencia primitiva, porque siendo una obra de Dios, preciso era que fuesen criados en perfeccion y santidad. Al contrario, nada mas estupendo y milagroso que la primitiva inocencia de María; porque siendo descendiente de Adan culpable, y perteneciendo á la inmensa familia heredera del pecado y sus castigos, necesitaba que Dios decretase especialmente aquella excepcion sublime, para que viniendo de Eva pecadora, no hubiese tenido un momento solo en su purísimo ser aquel distintivo de familia.

5. ¡Mas por qué causa, me diréis, plugo á Dios otorgar á María tan alto privilegio! ¿Qué pruebas hai para convencerse de que tal privilegio es un hecho incontestable! Pasaron, hijos mios, los tiempos en que podian hacerse estas dos preguntas; pues como he dicho, la creencia de este misterio precedió á su consignacion canónica en el cuerpo de los dogmas de la fe; mas estando ligada hoi la creencia con los vínculos consiguientes á tan solemne declaracion, esto dogma no puede ya representar ni la duda de la razon, ni el objeto de una controversia legítima. ¿Habló la Iglesia? Sí: habló por

el órgano de su Cabeza visible, habló por los labios de Pio IX; y desde entónces lo que ántes podia discutirse con los derechos de todo punto no decidido aún, hoi no puede dudarse, ni tenemos qué hacer como verdaderos católicos, sino enmudecer con plena voluntad ante la suprema autoridad de la Iglesia. Sin embargo, para que véais los robustos apoyos que fundaban la piadosa creencia del mundo cristiano ántes de hallarse ligado con una decision dogmática, voi á deciros, no todo, no lo mas, sino algo de lo mucho que sobre este punto hallamos acerca de tal misterio en la historia de la controversia eclesiástica. El eximio Suárez, reputado justamente como una de las primeras antorchas de la Teología, probaba este augusto privilegio de la Vírgen Madre con catorce solidísimos argumentos: otro teólogo aducia mas de cincuenta, y de esta suerte la piedad y el talento se daban la mano para formar de este punto una de las mas fecundas materias de tan elevada ciencia.

6. Si el Angel apellidó á María *llena de gracia*, vosotros conoceréis á primera vista que no la faltó ninguna de las gracias, dones y privilegios con que hasta entónces habia enriquecido el Señor á sus criaturas; y pues en estado de gracia fueron criados los ángeles y nuestros primeros padres, forzoso era convenir en que con las mismas dotes fué concebida la criatura destinada para ser Madre de Dios. Era mui conforme á la dignidad altísima del Verbo, al objeto de su mision en la tierra y al triunfo de su justicia sobre el demonio, que María, en cuyo vientre habia de encarnar, fuese lo mas excelente y puro que pudiese presentar lo criado; que no tuviese el mas leve principio de contaminacion, ni un solo momento, aunque imperceptible, hubiese sido esclava de Satanás. Por otra parte, ¿no es cierto que el destino de María es una obra que empeñaba igualmente la sabiduría, el poder y la bondad de Dios? Luego el plan de su disposicion nada podia tener de deforme, la ejecucion de este plan nada debia dejar que desear, y en todo habia de sentirse íntimamente la caridad infinita de Dios; pues todo esto estaba exigiendo, como luego se advierte, que María fuese concebida sin pecado. Era consiguiente á su Divina Maternidad un predominio sobre todas las criaturas, y por esto es aclamada por la Iglesia como Reina de los ángeles y de los hombres. Ahora bien: como algo se concibe que podria faltar á la plenitud de esta soberanía, si por algun respecto hubiese inferioridad, y la habria respecto de los ángeles que permanecieron fieles, por haber sido criados en estado de gracia y ellos conservádose así, es claro que no faltaria tan alto privilegio á su Reina.

7. Hai más: con la Concepcion inmaculada de la Madre, su Hijo Divino la daba un altísimo lugar entre los redimidos, salvándola á ella de una manera mas excelente que á todos, lo cual sentaba perfectamente bien á la diferencia inmensa de las relaciones de Cristo por una parte con su Madre, y por otra con los pecadores. Era tambien de suponerse la existencia de tal privilegio en vista de ciertas exenciones otorgadas exclusivamente á María, como el no quedar sujeta á los dolores del parto, ni condenada al polvo del sepulcro, ni expuesta en manera alguna al pecado personal. Todo esto fué consecuencia del primer pecado, como bien lo sabéis, y por mi parte os lo he dicho: si pues en María faltó el efecto, ¿no es altamente racional inferir que no existiese la causa? En cuanto al pecado personal, bien sabido es que ninguno de los hijos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Adan quedó libre de cometerle, por lo ménos en grado leve, y esto hacia decir á San Juan que, "si decimos que no pecamos, nos engañamos á nosotros mismos." Si María pues no pecó, si María no cometió falta, ¿por qué fué, amados hijos, sino porque no vino á la tierra con aquel funesto gérmen que trae la culpa?

8. Por último, María tiene una plena é íntima relacion con toda la Trinidad Augusta; relacion de todos conocida, de todos reverenciada; relacion que resume todo el culto de María. Cuando os postrais en su presencia, ¿cómo la saludais? ¿cuáles son los mas bellos títulos que elegis para nombrarla? Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. ¡Qué títulos! ¡qué nombres! ¡qué conexiones! ¡qué parentesco! ¡qué intimidad! ¡qué union! ¡qué todo! ¿Cómo pues, hijos mios, esta criatura santa, predestinada desde la eternidad para tan elevado rango, habria sido envuelta en aquella corriente de pecado precipitada sobre el mundo desde la caida del hombre! Si acabada ésta de suceder, fué María lanzada sobre el Dragon como el anatema personificado del Altísimo, para que, oprimiendo y quebrantando con su planta soberana la criminal cabeza de aquel genio de la perdicion, castigase dignamente su crímen, ¿no véis desde aquí anunciada la Concepcion inmaculada de María? Aquellas *enemistades* que dijo Dios habia de poner entre la mujer y la serpiente, debian sin duda ser tan absolutas, tan plenas, tan intransigibles, tan constantes, que ni un solo dia, ni un momento solo hubieran dejado de existir. Luego la Vírgen Madre fué siempre enemiga y nunca jamas amiga del Dragon, siempre vencedora y ni un solo instante vencida del Dragon; y cómo la mancha del pecado nos hace aliados del demonio, súbditos y esclavos del demonio, víctimas del demonio, y puntualmente el Verbo se hizo hombre para sacar á la humanidad entera de aquella alianza, de aquel vasallaje y de aquella esclavitud, clarísimo es que la Santísima María, cuyo primer anuncio fué como la de una enemiga esencialísima del demonio, ni un instante solo imperceptible habia de ser su aliada, súbdita ni esclava, no, ni un momento; sino al contrario, que en ella ser y odiar al demonio, ser y triunfar del demonio, ser y quebrantar la cabeza del demonio, fuéron siempre una misma cosa. Luego María fué concebida sin la mancha del pecado original.

9. De esta suerte, amados hijos, el misterio de la Concepcion inmaculada nunca dejó de apoyar su creencia con los mas sólidos argumentos. Rindióscle culto de la ciencia, de la piedad y de la grandeza; el corazon de los fieles adivinó este dogma tiernísimo ántes que hablase la Maestra suprema de la fe; el genio de la ciencia tomaba de este dogma brillantes luces que despedia por la tierra, y siglos de controversia no hicieron mas que realzar sus triunfos. La Iglesia de Dios, definiendo el dogma del pecado original, declaró que todos los descendientes de Adan arribamos á la vida cubiertos de tan triste lepra: mas al anunciarse esta verdad por el órgano de los Padres tridentinos, parece que la Inmaculada María se presentó de improviso á las mentes de tantos Pontífices venerables y de tantos sabios ilustres; pues al punto, sin pronunciar ninguna palabra decisiva sobre el misterio, porque no habia sonado aún la hora de que tal sucediese, declararon que la Santísima Vírgen María no entraba en su mente al establecer aquella proposicion general, que no habia sido su ánimo, al decir que todos los descendientes

de Adan traian la mancha de su crímen y el reato de su pena, comprender á la Madre de Dios: 1 ¡sublime reserva, que nunca podrá explicarse debidamente por una lengua humana! Algo hubo allí, no hai que dudarlo, tras de aquellas palabras de tan fácil inteligencia. Desde entónces, hijos mios, quedó iniciada é indirectamente prometida la Declaracion dogmática: el tiempo dió un paso, y la Concepcion inmaculada de María quedó por fin canónicamente inscrita en el catálogo de los dogmas. Este glorioso acontecimiento debia ser el privilegio de nuestro siglo; esta nobilísima corona estaba reservada para ceñir la frente de Pio IX; y todos nosotros, á quienes ha concedido el Señor la dicha de presenciar en cierto modo el regocijo de toda la cristiandad por la declaracion de este dogma, hemos celebrado hace tres años, con cuanta magnificencia nos fué posible, la inscripcion de este misterio entre los dogmas de la fe. En aquellos dias os comuniqué las Letras Apostólicas en que tal hecho se halla consignado, y poco despues os remití mi sexta pastoral de 31 de Mayo de 1855, en la cual os dí las instrucciones y explicaciones convenientes acerca del dogma tiernísimo de la Concepcion inmaculada de la Santísima Vírgen María. Es pues este misterio un dogma de la fe católica que liga nuestra creencia, enseñándonos que esta criatura, destinada por los decretos de Dios para ser la Madre del Verbo encarnado, fué dispuesta para tan alta mision con el privilegio singularísimo y único de no participar, como todos los descendientes de Adan y Eva, de la mancha del pecado que ellos cometieron. Tal es la mas inefable y augusta de todas las excelencias que distinguen á esta criatura y la disponen para su divina maternidad, y aquí es donde principalmente vemos el sentido misterioso de aquella palabra con que la saluda el Arcángel Gabriel: *Llena de gracia*. Excusado me parece advertiros que, siendo esta Concepcion inmaculada la fuente de todas las perfecciones, el objeto de todas las complacencias de Dios, el motivo de su infinita liberalidad, como sucedió á nuestros primeros padres durante el período rapidísimo de su inocencia, la Santísima Vírgen María, por solo el hecho de haber sido concebida sin mancha de pecado, reunió en su persona, y en el mas alto grado, todos los dones sobrenaturales que aquellos recibieron del Señor.

II.

10. Mas no nos detengamos aquí, amados hijos: pasemos á meditar lo segundo que dijo á María el Arcángel San Gabriel en estas palabras: *el Señor es contigo*. Ellas indican, como desde el principio manifesté, que aquella Vírgen predilecta del Señor no solo reunia en su persona todas las excelencias consiguientes al privilegio de su Concepcion sin mancha, sino ademas la mayor grandeza que ha tenido jamas una pura criatura. Esto quiere decir que María es mas grande que los ángeles y que todos los hombres. Mas, ¿en qué consiste, me diréis, esta grandeza, y cómo distinguirla de sus excelencias mismas? Consiste, amados hijos, en la representacion y lugar que ocupa la

1 Declarat tamen hanc ipsa sancta Synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, beatam et immaculatam Virginem Mariam, Dei genitricem. —*Conc. Trid. Sess. V. Can. IV.*

Vírgen Madre entre todas las creaturas de Dios, en el valimiento consiguiente á esta representacion, en el señorío que Dios quiso otorgarla considerando sus excelencias y su destino. Si Dios nuestro Señor, no satisfecho con haber dado al hombre una naturaleza mas excelente que la de todos los seres de que se compone el Universo físico, quiso poner en sus manos el cetro de la tierra y le instituyó rei de todas las creaturas contenidas en el globo que habita, diciéndole expresamente que todas las ponia bajo su dominio; ¿cómo imaginar que María, elevada no solamente sobre la naturaleza física, no solamente sobre la naturaleza humana, sino aun sobre la naturaleza angélica, por las excelencias sublimes é inefables dotes con que plugo al Señor enriquecerla, no recibiria por este mismo hecho un dominio consiguiente á su incomparable superioridad? Le recibió, hijos mios, y tan grande y universal como lo explican estas palabras del Angel: *el Señor es contigo*, y como poco despues lo daban á entender estas otras que salieron de los labios de María en los momentos en que, oprimida, digámoslo así, del sentimiento de su propia grandeza, necesitó para sostenerla, de apoyarse toda en el brazo del Señor. "De hoi en adelante me aclamarán feliz todas las generaciones, pues " ha hecho en mí grandes cosas el Omnipotente:" *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes; quia fecit mihi magna qui potens est.*

11. ¿Pero cómo fundar tan singular grandeza en un motivo hasta cierto punto comun, como es el contar con la compañía de Dios? ¿No es cierto que Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia; que está en nosotros por gracia, como dice nuestro manual catecismo; que se halla unido íntimamente con todos los justos? ¿No es cierto que la caridad es un vínculo estrechísimo entre Dios y el hombre, y tan estrecho, que miéntras ella subsiste, no hai poder capaz de romper esta union, como decia el apóstol San Pablo? ¿No enseñó Jesucristo, Señor nuestro, que por la feliz adopcion que hace de los cristianos, vienen éstos á constituir para Dios y el hombre una permanencia recíproca? ¿Qué otra cosa entender de aquellas palabras: "Yo estoi en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros?" ¿No es cierto que la digna participacion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo importa nada ménos que la mas íntima union entre Dios y el hombre, cuando prometió á quien comiese su Cuerpo y bebiese su Sangre permanecer en él, y viceversa? Sin duda que sí. ¿Cómo pues hacer alto, me diréis, en las palabras, *el Señor es contigo*, dichas por el Angel á María, como significativas de una grandeza singular, cuando esto se concede á tantas almas? Hijos mios, mui de propósito he querido hacerme y esforzarme esta dificultad, pues de aquí tomaré una nueva luz para explicaros la singular grandeza de María.

12. Cuando el Angel del Señor usó de las palabras que quedan dichas, diciéndole á María: *el Señor es contigo*, las empleó sin duda en un sentido singular, las aplicó á María de tal suerte, que ninguna otra creatura pudiera ser comprendida en esta grandeza; se las aplicó á ella en grado eminente; pues aunque Dios está sin duda con todos los suyos, en María lo estaba entónces, como siempre lo ha estado y estará, de un modo mui privativo, de un modo tal, que no puede igualarse con los casos de su presencia comun, aun tratándose de sus escogidos. Hai en el idioma ciertas palabras que, aunque comunes, adquieren singularidad cuando designan su aplicacion en un grado excelente. Así por ejemplo, la palabra *sabio* es comun á todos los que han reunido un gran caudal de conocimientos entre los hombres; pero cuando se dice simplemente el *Sabio*, todo el mundo entiende que se habla de Salomon, porque Salomon es el sabio por excelencia. De la misma manera, cuando se dice que Dios está en el hombre ó con el hombre, que el hombre está en Dios ó con Dios, &c., &c., se vierte una idea que conviene á muchos, á todos los que se hallan en gracia, y por esto nuestro manual catecismo, preguntando: "¿Qué pedís diciendo: *Venga á nos tu reino?* responde: "Que esté en nosotros " por gracia y nos dé despues su gloria." Mas, no damos á entender solo esto, sino mucho más incomparablemente, cuando dirigiéndonos á María con las palabras de Gabriel, la decimos: *el Señor es contigo.*

13. Reconocemos aquí que Dios está por gracia en María: pero ¿con qué gracia? ¿con solo la que difunde en todos sus escogidos? No: pues ninguno de estos tuvo la plenitud de la gracia; á ninguno de ellos pudo decírsele nunca: "lleno eres de gracia;" ninguno de ellos estuvo libre de la contaminacion de la primera culpa: todos debieron decir y dijeron sin duda con David: "Yo he sido concebido en la iniquidad." Mui singulares gracias habia hecho Dios ántes, ó hizo despues, á algunos de sus escogidos: notabilísima fué la de haber mandado purificar á Isaías con el carbon encendido, mui singular la de haber santificado al Bautista en el vientre de su madre, excelsa la de haber confirmado á los apóstoles, haciendo descender sobre ellos á su Espíritu Divino; mas nada de esto basta para establecer aquella misteriosa plenitud encarecida por el Angel. Dios quiso sin duda mostrar á la faz de los cielos y la tierra, en la misma distribucion de sus gracias, como lo advirtió un célebre orador, la inmensa diferencia que habia entre sus favorecidos y su Madre, entre los súbditos y la Reina; y por esto, aunque está por gracia tanto en los unos como en la otra, lo está, hijos mios, en la Vírgen Santísima de un modo mucho mas noble, mucho mas excelente y sublime que en todos los justos, y por esto mandó que se la proclamase por un heraldo del cielo, por uno de los siete príncipes que rodean su Trono, llena de gracia é inmediatamente asistida por el Señor: *Dominus tecum.* De esta suerte véis cómo la plenitud de la gracia es el fundamento mismo de su grandeza; y aquella luz de la Divinidad que se refleja en su alma, no solamente la presenta como un trasunto de la santidad de su Divino Autor, sino que la ostenta rodeada con el esplendor de la magestad. Ella, hijos mios, os he dicho que es mas grande que los ángeles, y esto me está obligando á dar un segundo paso en esta piadosa meditacion.

14. Si los ángeles rodean el Trono del Cordero, si le prestan una asistencia inmediata, si derraman en torno de su Sólio el aroma puro de la alabanza; María, para ser su Reina, necesitaba en verdad una comunicacion de poder, una grandeza superior en todo sentido á todas las gerarquías de los ángeles, y la tiene, sin duda, hijos mios. ¿Pero de dónde nace? De las relaciones mas íntimas de esta Vírgen privilegiada con toda la Trinidad Augusta. Ella es Hija de Dios Padre, y es Madre de Dios Hijo, y Esposa de Dios Espíritu Santo. San Buenaventura, queriendo manifestar lo singular é íntimo de las relaciones de María con Dios Trino y Uno, dice: "Es el Señor Padre, de quien Ma- " ría es la Hija nobilísima; es el Señor Hijo, cuya Madre dignísima es María; es el Se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" ñor Espíritu Santo, cuya justísima Esposa es María: es el Señor Dios Trino y Uno, " cuya rendidísima esclava es María.

15. Sin duda alguna que todos somos hijos de Dios, pues como dice el Evangelista San Juan, debemos al Mesías el poder de llegar á ser hijos de Dios, y nos ha otorgado el permiso de llamarnos sus hijos y reconocerle como á nuestro Padre. Pero María es Hija de otra manera, es decir: es la Hija por excelencia, que fija de continuo todas las delicias de su Padre celestial; Hija única, la cual constituye por sí sola una clase aparte entre todas las hijas de Dios: es Hija suya, no solo por pertenecer al número de los seres creados, no solo por ser Dios Aquel de quien viene toda paternidad en los cielos y en la tierra, sino por su predestinacion eterna y maravillosa creacion para ser en el tiempo Madre de su Hijo Unigénito. Estas relaciones naturales entre María y Dios Hijo, pues como adelante verémos, ella es verdadera Madre de Dios, la entroncan, digámoslo así, con el Eterno Padre de un modo mui diverso y mas excelente sobre toda comparacion que á los ángeles y á los hombres.

16. ¿Y cómo encarecer la grandeza y representacion de María en calidad de Madre? Lo es tan propiamente de Dios, que la Iglesia católica se levantó en masa, digámoslo así, contra los herejes sacrílegos que rehusaban á esta criatura predilecta un título tan elevado y digno como propio suyo. Ahora bien, hijos mios: recorred con vuestro espíritu la dilatadísima escala de los seres; visitad aquellas gerarquías altísimas de los Angeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades; y bajando luego á la tierra, considerad atentamente uno por uno á los Patriarcas, Profetas, personajes insignes y mujeres fuertes de la antigua Ley, á los Apóstoles, á los Mártires, á los Confesores y Doctores, á las Vírgenes y á todos los Santos de la Ley nueva: ¿dónde encontrarêis esta relacion de María como Madre de un Dios? En ninguna parte: solo ella tiene este privilegio; solo ella fué la predestinada para tan alta mision en la tierra; solo ella es verdadera Madre de Dios. ¡Oh qué relacion tan maravillosa! ¡Oh qué vínculo tan estrecho! ¡Oh qué union tan indisoluble! ¡Oh qué grandeza tan incomparable!

17. ¿Pero de qué manera llegó esta excelsa Vírgen á ser verdadera Madre de Dios? ¿Acaso segun el órden de la naturaleza? No, ni pensarlo; léjos de nosotros idea tan absurda. La naturaleza en esto no pasa de María, y con no pasar de María, la naturaleza es excedida en todo y por todo; y María, dando el ser humano al Verbo Divino con la sangre de sus venas, no asoció á creatura alguna, y por lo mismo es Madre de Dios en el misterio. Jesucristo su Hijo es verdadero Hombre, en esto no hai duda: siendo verdadero Hombre, tuvo toda la naturaleza humana, esto es igualmente cierto: habiendo tenido la naturaleza humana, la sacó toda de María, esto es incontestable, porque en las entrañas purísimas de esta Vírgen encarnó. Pero no pasemos de aquí: hasta aquí llegó la naturaleza: más allá el dogma; mas allá el misterio; mas allá lo que el ojo no vió, ni el oido oyó, ni pasó á hombre por pensamiento; mas allá un medio de accion tan elevado, tan excelso, tan sublime, tan esencialmente divino, tan único, que vence á la inteligencia angélica y á la inteligencia humana. ¿Cómo es pues María Madre deDios? Por obra del Espíritu Santo. En el momento mismo en que, pidiéndola Gabriel su consentimiento de parte del Altísimo, se desprendió de sus labios aquel *fiat*, mil veces mas fecundo que el que sacó al mundo de la nada, sucedió á la letra lo que aquel mensajero celestial acababa de decir . . . . . El Espíritu Santo descendió sobre la Vírgen . . . . La virtud del Altísimo la cubrió con su sombra . . . . . La segunda Persona de la Trinidad fué concebida, encarnando en aquellas entrañas santísimas . . . . . El Verbo de Dios pasó á ser Hombre sin dejar de ser Dios, y la Vírgen de Nazaret pasó á ser Madre sin dejar de ser Vírgen. Siéndolo empero, como acabamos de ver, por obra del Espíritu Santo, María fué su Esposa y el objeto de sus complacencias: en ella puso sus delicias: la trajo, digámoslo así, como el regalo de boda, toda la inefable riqueza de sus dones; la mostró con la régia vestidura de sus virtudes, y puso en ella, como otras tantas fuentes, aquellas delicias supremas que hacen probar sus frutos. "El Espíritu Santo, " decia con tal motivo en otro tiempo uno de los Padres de la Iglesia, descendió á la " Vírgen con todas sus virtudes esenciales que le corresponden á causa de su divino " Principado, llenándola de gracia, para que en todas las cosas fuera graciosa." Si Asuero, prendado de las gracias y recomendabilísimas prendas de Esther, la dijo en la embriaguez de su amor: "Esther, ¿qué es lo que deseáis? estad segura de que, si me pi- " diéseis la mitad de mi reino, te seria desde luego concedida;" ¿qué dirémos del Santo Espíritu respecto de María, cuando ninguna proporcion hai entre Dios y el hombre ni por el carácter, intensidad y pureza de los afectos, ni por la distribucion de los dones, ni por los vínculos propios del amor? ¡De qué expresiones podria servirme, ni qué comparaciones pudiera emplear, para daros á entender de algun modo aquella correspondencia de amor y sus felices y maravillosos efectos? Cuanto leemos en el misterioso Libro de los Cantares de mas tierno, de mas íntimo, de mas expansivo y de mas fecundo en el órden de los sentimientos, puede aplicarse á María, verdadera Esposa mística, verdadera Esposa de un Dios, digna Esposa de un Dios, pues que la dignificó para que lo fuese.

18. Ved pues, hijos mios, cómo María es Hija de Dios Padre de un modo mas excelente y noble que los ángeles y los hombres, de una manera mui singular y único; cómo es verdadera Madre de Dios Hijo, y este título, prevenido con todas las excelencias de la naturaleza y de la gracia, la encumbra infinitamente, digámoslo así, sobre todas las creaturas; cómo es verdadera Esposa de Dios Espíritu Santo, y poseedora por excelencia de sus dones y sus frutos como el tierno objeto de su amor: ved pues, os diré, volviendo á mi punto de partida, qué importaban estas palabras del Angel á María: *el Señor es contigo*. Importaban, hermanos carísimos, tal union con el Ser Eterno, tal valimiento con el Ser Omnipotente, relaciones tan íntimas con el Creador del cielo y de la tierra, que ellas mismas estaban indicando la mas elevada grandeza que puede caber en una creatura, y por una lei de forzosa consecuencia el mas extendido poder que somos capaces de concebir en la misma línea. ¿Qué rehusará, decidme, el Padre celestial á esta Hija llena de gracia? ¿Qué rehusará el Hijo á esta Madre llena de santidad? ¿Qué rehusará el Espíritu Santo á esta Esposa preparada en la sabiduría y predilección de un Dios con todas las excelencias que requeria la dignidad altísima de Madre suya? Nada ciertamente: toda la Trinidad, hijos mios, está, por explicarme así, tan dulcemen-

te ligada con el amor de esta Vírgen, que no se concibe ni mal que por su mediacion poderosa no desaparezca, ni afliccion que no consuele, ni gracia que no otorgue. No rehusará escuchar sus rendidas súplicas la primera Persona; porque María es la mas tierna, la mas agraciada y noble de sus criaturas, y su Hija por excelencia: no lo rehusará el Hijo; pues la humanidad que tiene, la sacó precisamente de las entrañas puras de la Madre, y la Sangre que derramó por la salud del mundo, corrió primero por las venas de María: no lo rehusará el Espíritu Santo; pues le ha otorgado sin reserva todos sus dones y todos sus frutos, como prenda de su amor.

19. Y qué, amados hijos, no hai alguna cosa en la historia de su maternidad divina que pueda considerarse como una especie de promesa de otorgarlo todo por la mediacion de María? La circunstancia de estar llena de gracia era bastante para producir la fe de esta mediacion; la circunstancia de estar el Señor siempre con ella, es un fundamento sólido de la esperanza de alcanzarlo todo por su medio: mas cuando sobre todo es apellidada por el Angel: *bendita entre todas las mujeres*, todos nosotros, los que tenemos la dicha de ser y llamarnos hijos de María, tenemos ademas una especie de promesa, pues tal bendicion es un argumento de felicidad. Vengamos pues á este último punto.

III.

20. Las bendiciones de Dios, hijos mios, fuera de su carácter esencial, que es la bondad infinita de Dios, quien sin méritos absolutos de nuestra parte, las otorga sin embargo para mui altos fines, tienen de parte de la humanidad otros dos caractéres que deben ser mui bien meditados. ¿Cuáles son estos caractéres? Primero, la santidad propia de la persona en quien tales bendiciones recaen; segundo, la trascendencia de ellas al resto de los hombres, es decir: los motivos personales que mueven á Dios para bendecir, y los efectos universales de las bendiciones hechas. Bien habréis notado en mi precedente instruccion cómo renovaba Dios á la humanidad sus promesas de un Redentor precisamente bendiciendo á las personas que las habian merecido, y refiriendo sus efectos á toda la especie humana. "Serás bendito, dijo á Abraham, y todas las naciones "del universo lo serán en tí." El mismo concepto está representado en la bendicion de Isaac, de Jacob, de Judá y de David; y la historia nos dice que en las respectivas épocas tales personajes eran mui distinguidos por sus virtudes. Síguese de aquí rectamente, que las virtudes propias son el motivo mas poderoso para inclinar la divina gracia en favor de los hombres, atrayendo hácia ellos las bendiciones de Dios, y que estas bendiciones trascienden al bien de todos los demas. Contrayéndonos pues á María, vemos desde luego que, si ella fué bendita entre todas las mujeres, es porque poseyó en grado incomparablemente mayor que la humanidad entera todas las virtudes, mereciendo por lo mismo una bendicion singular, solemne, gerárquica, única en su género, la cual hubiese de presentarla como la mas santa, la mas poderosa, y por tanto, la Reina de todas las criaturas. Si María fué bendita como Hija del Padre; nosotros estamos asociados á esta bendicion con el vínculo de la fraternidad, pues aunque de diverso modo, reconocemos por Padre á la primera Persona de la Santísima Trinidad: si María fué bendita como Madre de Dios Hijo, sucede lo mismo respecto de nosotros, pues que somos por la naturaleza humana, hermanos de nuestro Señor Jesucristo, y por la adopcion de la gracia y sus efectos, herederos del Padre y coherederos de Cristo, y por el gran Testamento de Cristo en la Cruz, hijos tambien de María: si María fué bendita como Esposa del Espíritu Santo, y ella es nuestra Madre; el rico patrimonio de los Dones divinos que recibió ella en calidad de Esposa, es un tesoro fecundo para toda la humanidad. Ved aquí cómo entiendo yo, y cómo podéis entender esta bendicion otorgada por Dios á María, y estas palabras con que dió término el Angel á su salutacion misteriosa: "Bendita tú entre todas las mujeres:" *Benedicta tu in mulieribus.*

21. Si yo quisiese, amados hijos, ensayar aquí la demostracion del primero de estos conceptos, poniendo á vuestra vista una por una las virtudes excelentes de la Vírgen Madre, no acabaria; asunto es este que ha inspirado á los genios mas ilustres del cristianismo, á los oradores mas elocuentes de la Iglesia, á los mas elevados númenes de la poesía religiosa. ¡Qué podria deciros de su fe, cuando esta divina virtud era la vida misma de aquella privilegiada criatura, y por tal virtud se hallaba de contino en íntima comunicacion con el cielo! ¿Qué os diré de su esperanza, cuando ella misma templó en el divino poder la sublime lira con que cantó su propia felicidad! ¿Qué os diré de su amor, desprendido en masa, digámoslo así, de sus purísimos labios para volar al cielo, en la primera palabra de aquel himno sublime con que quiso expresar su reconocimiento al Dueño único de toda la alabanza? ¿Qué os diré de su prudencia, manifiesta en su conducta misma para con el Angel, en aquella misteriosa reserva con que escucha el anuncio divino? ¿Qué os diré de su justicia, cuando es toda de Dios y es toda para el hombre? ¿Qué os diré de su fortaleza, que sostuvo tan admirablemente la manifestacion de su gloria y el incomparable martirio de la Pasion y Muerte de su Hijo? ¿Cómo encarecer la castidad é inefable pureza de una criatura que no consintió en ser Madre de Dios, sino cuando supo que esto se verificaria por obra del Espíritu Santo, y quedando ella siempre Vírgen? ¿Dónde está el entendimiento capaz de ponderar y la palabra capaz de encarecer la humildad suprema de María! Mirad cómo expresa su consentimiento para ser Madre de Dios. "Ved aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra." ¡Oh rendimiento inefable! ¡oh acto sublime, que asocias misteriosamente la mas alta grandeza y la mas absoluta abnegacion! ¡oh humildad excelsa, nunca presentada hasta entónces en tan alta categoría ni con dimensiones tan inmensas entre los hombres!

22. Ved aquí, amados hijos, los preciosísimos frutos de aquella gracia primera que otorgó el Señor á María, exceptuándola, á ella sola entre todos los hijos de Adan y Eva, de la triste herencia de la culpa: ved aquí á la Eva magníficamente restaurada en la Mujer fuerte, en la Vírgen Santa, en la Inmaculada María: ved á esta Vírgen excelsa levantar su magestuosa frente, como la gallardísima palma entre los lirios de los valles, como la esbelta y agraciada torre entre los edificios de los hombres, como la Reina entre las vírgenes que le hacen su corte, y oprimir y quebrantar con su planta la soberbia cabeza de aquella serpiente maldita que hiciera morir con la inocencia la gracia, la ventura y la gloria en el delicioso Edén: vedla inexpugnable como una fortaleza pode-

rosa, y triunfante, como un ejército fuerte y disciplinado, rendir y avasallar á todos los enemigos del espíritu, y ostentar toda la serie de sus eximias virtudes como gloriosos trofeos de sus victorias, y comprenderéis muí bien cómo el carácter moral de aquella Vírgen era en la tierra y para el cielo un irresistible imán que atraia las bendiciones del Altísimo. ¿Y no mas? Sí: más, mucho más, maravillosamente más todavía: un canal bendito para santificar á toda la tierra; un riego feliz para extender las virtudes por el orbe como otras tantas generaciones de la santidad de María: unas bendiciones, hijos mios, que sin faltar un instante solo ni perder un solo ápice de la Vírgen bendita, pasan á toda la delincuente humanidad para salvarla del antiguo, universal y funesto contagio de la culpa; subsisten en esta misma humanidad ya redimida, pero débil y engolfada en el insondable piélago del mundo, erizado de escollos, para librarla del naufragio. Sí, María es bendita entre todas las mujeres, no solamente por ser la Reina de todas las virtudes, sino tambien la fuente criada por Dios para convertirla en depósito de todas sus gracias.

23. ¿Habéis puesto, hermanos mios, toda vuestra atencion en ese Panegírico mariano, esa obra maestra de la mas inflamada elocuencia y de la mas rica poesía, ese preciosísimo tegido de alabanzas y de gloria consagrado por la Iglesia nuestra Madre al culto de María? Si al rezar la *Letania Lauretana* no habéis hecho alto en la sublimidad de su conjunto y en la maravillosa economía de sus partes, por muchos discursos que hayais oido, puedo aseguraros que no habéis escuchado todavía el verdadero panegírico de la Vírgen Madre. Comiénzase invocando la Trinidad Augusta, profesándose este dogma sacrosanto y el de la Encarnacion del Verbo; ó inmediatamente el nombre de María figura en su lugar propio, para que todos entendamos que, despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre, no existe nada ni mas excelente y digno, ni mas grande y poderoso, ni mas encumbrado y excelso que María. Y pronunciando este nombre tierno, siguen las glorias de tan esclarecida criatura. ¿De dónde parten estas glorias? Del altísimo destino que le asignó desde la eternidad el Señor, de su divina Maternidad: *Sancta Dei Genitrix*. ¿Cuál es el noble distintivo de esta relacion misteriosa y de este augusto rango? Aquello que uno de sus mas tiernos admiradores señalaba como único en su género, diciendo, que al habia tenido semejante, ni tuvo despues imitacion: el ser Madre sin dejar de ser Vírgen: título excelso que la coloca en el trono de la virginidad, en el cual se la saluda como Vírgen de las vírgenes: *Sancta Virgo Virginum;* y que la asocia con el vínculo mas respetable y mas estrecho con el Redentor del género humano: *Mater Christi;* y que la convierte en una fuente de gracia que se fecunda y multiplica, dando á María en este órden divino cierta especie de maternidad: *Mater Divinæ Gratiæ*. Por esto es aclamada por la Iglesia la Madre por excelencia, que ha reunido en el mas alto grado la pureza, [1] la castidad, [2] la inmunidad y exencion de toda culpa, [3] la limpieza original y siempre constante; la ternura y amabilidad en altísimo grado, [4] el portento de todos los portentos, [5] no solamente por sus perfecciones, sino tambien por

1 Mater purissima.—2—Mater castissima.—3—Mater inviolata: Mater intemerata.—4—Mater amabilis.—5—Mater admirabilis.

haber dado el ser segun el tiempo al Criador [1] y Salvador del mundo. [2] La virginidad, que en sí misma reune tantos títulos y atrae tantos respetos, figura en la Madre de Dios con los realces de las mas elevadas virtudes, y todos los esplendores de la gloria. Es María la Vírgen de consumada prudencia, de una prudencia probada en el mas puro crisol, en la ocasion mas solemne, en una situacion única en la historia de las grandezas y de los sentimientos. [3] Es María una Vírgen, no solamente honrada con los respetos debidos á este estado, sino venerada positivamente, aun durante su vida mortal, de los mismos Angeles; pues Gabriel, como habéis visto, la dió con su acatamiento señales de veneracion muí profunda. [4] Es María el objeto por excelencia de la mas grande celebridad y de todas las glorias: ella misma se presiente pasar al través de los siglos entre la admiracion y alabanza de todas las generaciones: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes;* y este concepto, que virtió en presencia de Isabel, tuvo mas tarde un eco sublime en la voz de la Iglesia católica, en aquellas palabras con que presenta como un objeto digno de todos los elogios á la Vírgen Madre. [5] María es una Vírgen, que no solamente atrae con todas las gracias, sino tambien enfrena con su poder á los enemigos del espíritu, y sostiene á todos los hombres. [6] Ella, colocada entre el cielo y la tierra, entre Dios y la humanidad, es aclamada con unos títulos que parecen manifestarla como el mas estrecho de todos los vínculos: para los hombres es toda caridad, compasion, misericordia, clemencia: [7] para Dios es toda fidelidad. [8] En ella se halla el tipo de toda justicia, [9] y está erigido el Trono de la Sabiduría Eterna, [10] y están recopiladas todas las prendas de la naturaleza y todas las virtudes de la gracia. [11] Como la flor hermosa de los campos, atrae con su belleza y regala con el aroma de sus virtudes á toda la Iglesia. [12] Como una elevada torre, sorprendente á la par por las alturas hasta donde se encumbra y por la eburnea tersura de su tez, [13] ó como un palacio magnífico formado de oro puro, representa juntamente todos los primores de la naturaleza, todos los esmeros de la gracia, toda la grandeza del mas alto destino. [14] Encerrando en sus entrañas al Unigénito del Padre, une con indisoluble lazo el cielo y la tierra, la eternidad y el tiempo, la Divinidad y la humanidad, y por este vientre agraciado la saluda la Iglesia toda como la Arca de la Alianza. [15] Por ella entró el Verbo de Dios en el mundo, y este Verbo, como camino, salud y vida, personifica la felicidad y el cielo: María pues fué ya desde entónces el sublime y único pórtico de la inmortalidad. [16] Desde que fué concebida, despidió los resplandores de la Luz eterna, y ella por su doctrina fué sin duda el astro precursor del Astro Eterno, fué el crepúsculo de la Luz del mundo, y por esto la miramos resplandecer, con todas las emociones del júbilo y del consuelo, como la estrella de la mañana. [17] Ella vino á restaurar cuanto por la primera culpa se habia arruinado, y fué la medicina para todas las enfermedades de la humanidad, [18] y el Angel de consuelo para todos los afligidos, [19] y la poderosa egida que cubre á cuantos militan en la tierra bajo el estandarte de la Cruz. [20]

1 Mater Creatoris.—2—Mater Salvatoris.—3—Virgo prudentissima.—4—Virgo veneranda.—5—Virgo prædicanda.—6—Virgo potens.—7—Virgo clemens.—8—Virgo fidelis.—9—Speculum justitiæ.—10—Sedes Sapientiæ.—11—Vas spirituale: Vas honorabile.—12—Rosa mystica.—13—Turris Davidica: Turris eburnea.—14—Domus aurea.—15—Fœderis arca.—16—Janua cœli.—17—Stella matutina.—18—Salus infirmorum.—19—Consolatrix afflictorum.—20—Auxilium christianorum.

24. Ved pues, hijos mios, á María sentada en el trono, y ved postrada al pié de este trono la inmensidad de la creacion en los cielos y en la tierra. Los Angeles la admiran como á su Reina; [1] los Patriarcas la desean como á su esperanza; [2] los Profetas la predicen como portadora de la salud y la gloria; [3] los Apóstoles caminan bajo su magisterio á evangelizar la paz y á evangelizar el bien; [4] los Mártires ponen la vista en su excelso trono, ántes que la garganta bajo la la cuchilla del verdugo; [5] los Confesores la invocan á cada paso como la fuente de toda luz, y el tipo de toda virtud, [6] las Vírgenes colocan en el tiempo, bajo la cubierta de su misterioso tálamo, la delicada flor que han consagrado á Jesucristo; [7] en suma, todos los justos en la tierra y todos los santos en el cielo la llenan de bendiciones y alabanzas, y rinden el mas cumplido vasallaje á su soberanía con las mas vivas efusiones de su amor. [8]

25. ¿Qué mas os diré? Nada, hijos mios: por mucho que yo dijese, me quedaria siempre muí abajo de mi asunto. ¡Ni qué podré yo decir, pobre mendigo, que de todo carezco, en elogio de la Reina? Nada, hijos mios, sino repetir á esta Inmaculada Criatura con el triple acento de la fé, la confianza y el amor, aquellas palabras del Angel, que son al mismo tiempo la excelencia de su gracia, el carácter de su grandeza y el título de su gloria: "Dios te salve María: llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres." *Ave Maria, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.*

1 Regina Angelorum.—2—Regina Patriarcarum.—3—Regina Prophetarum.—4—Regina Apostolorum.—5—Regina Martyrum.—6—Regina Confessorum.—7—Regina Virginum.—8—Regina Sanctorum omnium.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN LAS ENTRAÑAS DE MARIA.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.
El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros.—*Joann. cap. I. v.* 14.

1 Preparada, como lo está con mis tres últimas instrucciones, la explicacion doctrinal sobre la Venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo á desempeñar la mision de misericordia y salud que recibió de su Eterno Padre, para restituir á toda la humanidad á la vida de la gracia, puedo ya, hijos mios, dar principio á esta santísima y provechosísima enseñanza. Habéis visto al hombre salir de las manos de Dios perfecto, limpio, dichoso, poseedor de las gracias del cielo y de las riquezas de la tierra; favorecido con altísimos dones, exento de la corruptibilidad y dotado de una vida constante y perpetua: habéis visto igualmente cómo, cediendo á la tentacion que le puso ángel de las tinieblas, quebrantó el mandamiento de Dios, rompió su alianza con él, fué destituido de la gracia primitiva, decayó lastimosamente en su misma naturaleza, quedando su cuerpo sujeto al dolor y destinado á la muerte, su razon avasallada vilmente al apetito sensual, y todo él precipitado en los abismos de los vicios por el ímpetu feroz de las pasiones. Considerando tan lamentable estado en sí mismo y en sus relaciones con la esperanza, palpasteis en cierto modo la impotencia extrema y absoluta de la humanidad para reconciliarse con Dios, volver á la gracia y reconquistar sus derechos á la gloria; y

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

24. Ved pues, hijos mios, á María sentada en el trono, y ved postrada al pié de este trono la inmensidad de la creacion en los cielos y en la tierra. Los Angeles la admiran como á su Reina; [1] los Patriarcas la desean como á su esperanza; [2] los Profetas la predicen como portadora de la salud y la gloria; [3] los Apóstoles caminan bajo su magisterio á evangelizar la paz y á evangelizar el bien; [4] los Mártires ponen la vista en su excelso trono, ántes que la garganta bajo la la cuchilla del verdugo; [5] los Confesores la invocan á cada paso como la fuente de toda luz, y el tipo de toda virtud, [6] las Vírgenes colocan en el tiempo, bajo la cubierta de su misterioso tálamo, la delicada flor que han consagrado á Jesucristo; [7] en suma, todos los justos en la tierra y todos los santos en el cielo la llenan de bendiciones y alabanzas, y rinden el mas cumplido vasallaje á su soberanía con las mas vivas efusiones de su amor. [8]

25. ¿Qué mas os diré? Nada, hijos mios: por mucho que yo dijese, me quedaria siempre muí abajo de mi asunto. ¡Ni qué podré yo decir, pobre mendigo, que de todo carezco, en elogio de la Reina? Nada, hijos mios, sino repetir á esta Inmaculada Criatura con el triple acento de la fé, la confianza y el amor, aquellas palabras del Angel, que son al mismo tiempo la excelencia de su gracia, el carácter de su grandeza y el título de su gloria: "Dios te salve María: llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres." *Ave Maria, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.*

1 Regina Angelorum.—2—Regina Patriarcarum.—3—Regina Prophetarum.—4—Regina Apostolorum.—5—Regina Martyrum.—6—Regina Confessorum.—7—Regina Virginum.—8—Regina Sanctorum omnium.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN LAS ENTRAÑAS DE MARIA.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.
El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros.—*Joann. cap. I. v.* 14.

1 Preparada, como lo está con mis tres últimas instrucciones, la explicacion doctrinal sobre la Venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo á desempeñar la mision de misericordia y salud que recibió de su Eterno Padre, para restituir á toda la humanidad á la vida de la gracia, puedo ya, hijos mios, dar principio á esta santísima y provechosísima enseñanza. Habéis visto al hombre salir de las manos de Dios perfecto, limpio, dichoso, poseedor de las gracias del cielo y de las riquezas de la tierra; favorecido con altísimos dones, exento de la corruptibilidad y dotado de una vida constante y perpetua: habéis visto igualmente cómo, cediendo á la tentacion que le puso ángel de las tinieblas, quebrantó el mandamiento de Dios, rompió su alianza con él, fué destituido de la gracia primitiva, decayó lastimosamente en su misma naturaleza, quedando su cuerpo sujeto al dolor y destinado á la muerte, su razon avasallada vilmente al apetito sensual, y todo él precipitado en los abismos de los vicios por el ímpetu feroz de las pasiones. Considerando tan lamentable estado en sí mismo y en sus relaciones con la esperanza, palpasteis en cierto modo la impotencia extrema y absoluta de la humanidad para reconciliarse con Dios, volver á la gracia y reconquistar sus derechos á la gloria; y

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os persuadisteis en consecuencia que el remedio para tan inmenso mal solo podia venir directamente de Dios, motivado por su misericordia, ya sin exigir satisfaccion de ningun género, ya contentándose con una satisfaccion imperfecta, ya demandándola plena como lo estaba exigiendo su justicia. Visteis asimismo que Dios quiso perdonar al hombre, pero al mismo tiempo recibir una satisfaccion cumplida de su ofensa; y como tal satisfaccion debia tener un valor infinito, y en consecuencia era imposible que la diese la humanidad, debia tener un carácter de sacrificio, de lo cual no era capaz la Divinidad por ser impasible, concertó el Señor su misericordia y su justicia formando en los consejos de su eterna Sabiduría el plan de una reparacion tan perfecta, tan cumplida y exenta de todo inconveniente, que ninguna cosa dejase que desear. Este plan fué el de unirse la humanidad con la Divinidad en la Persona del Verbo por medio de la Encarnacion, á fin de que apareciese en el mundo una Persona que fuese Dios y hombre verdadero: hombre para padecer y morir, y Dios para que el sacrificio de esta pasion y muerte tuviese un valor infinito. Así lo declara nuestro catecismo en una de sus respuestas; pues preguntando: *¿Para qué se hizo Dios hombre?*, responde: *para poder morir por los hombres, y librarles del pecado, y enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo.*

2. No quiso Dios que pasase largo tiempo ignorado de la humanidad este designio suyo de reparacion y salud, y en consecuencia, tan luego como se dirigió á la serpiente para maldecirla, pronunció una palabra que debia servir al mismo tiempo de castigo al ángel tentador, y de plena esperanza y consuelo para la delincuente humanidad: anunció al demonio una enemistad entre él y los descendientes de la mujer, y predijo que del seno de la mujer habia de salir la Destinada para quebrantar su cabeza. Esta primera promesa de un Redentor, su renovacion de tiempo en tiempo, sus figuras históricas y sus expresos anuncios forman el asunto del Antiguo Testamento, llenan el espacio de cuatro mil años y preparan la Venida del Mesías. Este contraste entre la prontitud del anuncio y el retardo de su cumplimiento es incontestablemente un arcano de Dios; mas discurriendo cuanto es dado en este punto, parece que Dios quiso poner cuatro mil años de por medio entre el primer anuncio y la Venida del Mesías, para que el incremento del dolor y la pena constantemente arrastrada por la estirpe delincuente, fuese haciendo mas y mas vivo el deseo de que se cumpliesen las promesas; para hacer sentir con estos preparativos inmensos y únicos en la historia de la grandeza, la dignidad infinita del Redentor del mundo; y tambien para que un período tan dilatado de profecías, instituciones preparatorias, emblemas lejanos, sacrificios figurativos, &c., &c., fuese un foco infinito de luz que mostrase en Jesucristo al Mesías verdadero, al Hijo de Dios, que se hizo Hombre para salvar al mundo.

3. Os hablé por lo mismo de las promesas, representaciones y anuncios de Jesucristo; y como estaba profetizado que habia de nacer de una Vírgen, concluí con hablaros de María, como del tabernáculo escogido y preparado para la Encarnacion del Verbo. Llega, pues, este momento: el Angel del Señor se presenta delante de la escogida Creatura, la saluda con la veneracion consiguiente á su destino, la reconoce favorecida con la plenitud de la gracia, honrada con la compañía constante del Altísimo y elevada sobre toda la humanidad, no solamente por esto, sino tambien por la sublime categoría en que la colocan sus virtudes. No pudiendo cortar enteramente aquel coloquio, pues todo él era una prueba de las grandezas de María, me adelanté á los sucesos, hablé del consentimiento que dió para que se cumpliese la voluntad del Señor por medio de esta expresion: *Vé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.* Pues bien: al decir esto, al declarar María su consentimiento, el gran misterio quedó consumado; el Verbo estaba ya revestido en su vientre de la naturaleza humana; un Dios Hombre existia ya en la tierra; y la Santísima Vírgen de Nazaret era Madre de Dios. De esta manera se ve cómo el Verbo, que era ya en el principio, que estaba en Dios, que era Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada fué hecho de cuanto existe, destinado y prometido para salvar al mundo con su vida, su doctrina y su sacrificio, lo cual exigia el que se revistiese de la naturaleza humana, lo verificó así, bajando á la tierra, encarnando en las entrañas de la Vírgen, y habitando en medio de nosotros, como se explica el Evangelista San Juan: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.*

4. ¿Pero cómo se realizó este gran prodigio? ¿Hasta qué punto concurrió la naturaleza, y dónde comenzó la obra exclusiva é inmediata de Dios? El símbolo de los apóstoles nos dice: "que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María Vírgen." El símbolo de Nicea vierte con otras palabras el mismo concepto. "Descendió, de los cielos, dice hablando del Hijo: encarnó en la Vírgen María por obra del Es-" píritu Santo." Por último, nuestro manual catecismo, preguntando: ¿"Cómo se hizo hombre nuestro Señor Jesucristo?" declara el dogma católico de la Encarnacion con estas palabras: "En el vientre virginal de nuestra Señora la Vírgen María, por obra " del Espíritu Santo, quedando ella siempre Vírgen y verdadera Madre de Dios." El dogma, pues, de la Encarnacion mira tanto á nuestro Señor Jesucristo, declarando como una verdad católica que el Verbo encarnó en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo, y en consecuencia, es verdadero Dios y verdadero Hombre, cuanto á la Santísima Vírgen María, enseñando que, habiendo encarnado en sus entrañas purísimas el Verbo, no por obra de varon sino por obra del Espíritu Santo, fué Madre de Dios, y lo fué sin dejar de ser Vírgen: todo lo cual constituye un misterio que os debo explicar. Mas de este misterio se deducen varias consecuencias dogmáticas, que ha fijado la Santa Iglesia, y cuya exposicion doctrinal, por ser de suma importancia, no se debe omitir. Voi pues, hijos mios, á exponeros en primer lugar el fondo de este adorable misterio con las verdades que contiene, para lo cual me bastará explicaros el sagrado texto; y á mostraros en segundo sus consecuencias dogmáticas.

I.

5. Con decir, hermanos carísimos, que el Verbo se hizo hombre en las entrañas de María, sin el concurso de varon, está visto que la Encarnacion del Verbo es por sí misma uno de los misterios mas elevados é inaccesibles á la razon humana, un dogma esencialmente oscuro que seria una temeridad pretender sondear. Cuando he anuncia-

do pues una explicacion de este dogma, no he tenido mas objeto que daros acerca de él aquella doctrina que basta para mostrar en qué consiste, qué debemos creer y cual debe ser nuestro lenguaje al hablarse tan augusto misterio. Mas para que mi explicacion siga en todo al texto de la Santa Escritura, comenzaré refiriéndole todo en lo concerniente á este dogma.

6. Ya os dije cómo envió Dios al Arcángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, á una Vírgen desposada con cierto varon de la casa de David llamado *José*, y cuya Vírgen tenia por nombre *María;* cómo habiendo entrado el Angel donde ella estaba, la dijo: "Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú entre *todas* las " mujeres;" y cómo finalmente estas palabras encierran todos los dones y gracias con que Dios quiso favorecer y preparar á María para que fuese Madre del Redentor. Continuemos pues el relato de esta conferencia misteriosa. "Al oir tales palabras, dice San Lúcas en el capítulo I, vv. 29 y siguientes hasta el 38 inclusive de su Evangelio, la " Vírgen se turbó y púsose á considerar qué significaria una tal salutacion. Mas el An- " gel la dijo: "No temas, ¡oh María! porque has hallado gracia en los ojos de Dios: sá- " bete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre *Je-* " *sus*. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios da- " rá el trono de su Padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino " no tendrá fin." "Pero María dijo al Angel: "¿Cómo ha de ser eso, supuesto que yo " no conozco varon?" El Angel en respuesta la dijo: "El Espíritu Santo descenderá " sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa lo San- " to que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Isabel, " que en su vejez ha concebido tambien un hijo; y la que se llamaba estéril, hoi cuenta " ya el sexto mes porque para Dios nada es imposible." Entónces dijo María. *He aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.* Y en seguida el Angel se retiró de su presencia.

7. He aquí, amados hijos, lo que nos dice la Santa Escritura sobre la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María. Recorramos ahora con la consideracion sucesivamente los varios conceptos que aquí se van enunciando.

8. Lo primero que se ofrece á ella, es la sorpresa que aquella salutacion habia causado á María. Sorprendióse la humildad profunda de aquella Vírgen con unos elogios tan estupendos; sabia muí bien que todo lo dispone Dios con muí altos designios, y podia presumir que aquel saludo venia del mismo Dios y traia un objeto digno de su Majestad; mas como no habia declarado aún el Angel el verdadero objeto de su vista, no acertaba á saber cuál fuese, y por lo mismo se detuvo á examinar todo el contenido de aquella salutacion misteriosa, ó para mejor decir, porque así debemos creerlo, guardó un repentino silencio, poniendo toda su mente en el Señor, á fin de que la diese toda la luz necesaria para penetrar el sentido de lo que se la decia, y todo el acierto para conducirse conforme á su voluntad soberana. Atribuyen tambien los Intérpretes aquella turbacion á la circunstancia de haber aparecido el Angel á María bajo una forma humana: porque, al propósito advierte San Ambrosio, cosa natural y propia es de las Vírgenes la timidez en estos casos, sentir pavor á la llegada de los varones, y recelar el conversar con ellos. Pero sea por este sentimiento natural de la modestia del sexo, sea porque se hubiese alarmado su humildad, ó bien porque temiese ser presa de una ilusion, ella sin duda recurrió á Dios en su silencio. Mas el Angel entónces, queriéndola sacar ya de aquella situacion, habla con toda claridad, manifestándola que trata un asunto esencialmente divino, y declarándole la mision que traia, de anunciarle que seria Madre de Dios: con lo primero quiere tranquilizarla, y por esto la dijo: *no temas, porque has hallado gracia delante de Dios;* con lo segundo quiere instruirla, y por esto la dijo: *Concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, á quien pondrás por nombre JESUS.* Mas como todo esto podria suceder muí bien sin que se alterase para nada el órden de la naturaleza, necesitaba darle á conocer mejor el adorable fruto de su vientre, á este *Jesus*, á quien habia de concebir en su seno, y que habia de nacer de ella. Hé aquí por qué, no satisfecho con lo que acaba de decir, añade todavía: *Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor el trono de David su Padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre: y su reino no tendrá fin.*

9. Esto bastaba por cierto para la plena tranquilidad y completa instruccion de María. Ella conocia sin duda las Sagradas Letras, meditaba en ellas de contínuo, tenia en el mas alto grado la fe y la esperanza de un Redentor, y entendió sin duda en aquellas palabras: primero, que quien le hablaba era un Angel enviado de Dios, lo cual se confirma con que ya despues no le inspiró su presencia la mas leve turbacion; segundo, que traia un mensaje divino, y en consecuencia verdadero en todas sus partes, y digno de todo crédito y veneracion, y esto se confirma con la circunstancia de no haber dicho nada que indicase la menor duda sobre el contenido de aquellas palabras; tercero, que el que habia de nacer, no era un mero hombre, un rei como los otros, sino el Mesías prometido, el Redentor del mundo; pues las señas que daba el Angel eran el resúmen de las promesas, las figuras y las profecías; cuarto, que ella era la escogida entre todas las hijas de Adan para ser la Madre del Mesías. Aquí pudo ya comprender aquella plenitud de gracia, aquella compañía constante del Señor, cómo era bendita entre *todas* las mujeres, y lo que significaban aquellas palabras: *habéis hallado gracia en el Señor:* en fin, cuanto era necesario para saber el destino que le habia dado el Señor en los planes eternos de su misericordia para con los hombres. Mas la Vírgen María queria ser ilustrada mas todavía: no satisfecha con lo que pudiera llamarse histórico y moral, deseaba penetrar hasta donde fuese posible en el fondo del acontecimiento. Mas no imagináis que María se hubiese movido á esto por una simple curiosidad ó deseo de saber, no: ella tenia un grave motivo moral que causaba su inquietud: era Vírgen y habia ofrecido serlo siempre, como nos lo enseña una tradicion muí antigua. Por esto replicó inmediatamente al Angel: "¿Cómo ha de ser esto, supuesto que no conozco varon?" *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* Detengámonos, amados hijos, á considerar un tanto estas palabras de María; porque ellas dicen mas de lo que expresan, y envuelven de parte del Señor un intento que caminaba mas léjos que el suyo.

10. Predicho estaba, y esto habria podido ella saberlo, que la Madre del Mesías lo seria sin dejar de ser vírgen; y aun el Arcángel se sirvió de las mismas palabras del Profeta Isaías en el capítulo VII, v. 14, donde dice: "Hé aquí que una Vírgen conce-

birá y parirá un hijo." ¿Cómo pues pudo turbarse, habiéndola sido tan fácil entender que todo habia de suceder sin mengua de su virginidad? Si me es permitido, hijos mios, penetrar hasta este punto, os diré, que yo encuentro tres razones principales para esta sorpresa de María, y esta duda que manifestó al Angel. La primera es declarar la consagracion que tenia hecha ella de su virginidad al Señor, su fidelidad en cumplir este voto y su intencion de no quebrantarle jamas. La segunda, servir á todos de una luz plena para que conociesen la excelencia de la virginidad, y á las vírgenes de un ejemplo del celo con que deben guardar á toda costa una tan preciosa virtud. ¿Podia nunca, hijos mios, ofrecerse alma una cosa mas elevada, mas digna, mas grande, mas gloriosa, que lo que proponia el Angel á María, siendo nada ménos que llegar á ser Madre de Dios? ¿Por qué pues se detiene? ¿por qué vacila? ¿por qué duda? ¿por qué no se apresura á pronunciar un *fiat?* No parece sino que zelaba mas de su fidelidad á lo que una vez habia prometido, de su empeño en cumplir exactísimamente la Lei de Dios, que cuanto podria interesarla el anuncio de su Divina Maternidad. No parece sino que María profetizaba lo que treinta y tres años despues cumplió Jesucristo, y se mostraba maestra por excelencia de la doctrina, dando al mundo una leccion que hasta entónces no habia escuchado. ¿Sabéis, hijos mios, á lo que ahora me estoi refiriendo? ¿comprendéis mi alusion? Recordad lo que el Divino Maestro respondió á aquella mujer del pueblo, cuando conmovida por las lecciones de sabiduría eterna que salian de sus labios, dijo: "Bienaven-" turado el vientre que te portó y los pechos que te alimentaron." ¿Qué respondió Jesucristo? *Bienaventurados los que oyen y guardan la palabra de Dios.* Ved aquí el lugar que ocupan en la cuestion de la felicidad, que es la de nuestro último fin, la Maternidad divina y la fidelidad en cumplir la Lei del Señor. Y no quiere decir esto que el privilegio nobilísimo de María en su calidad de Madre de Dios la hubiese de igualar indistintamente con todos los justos, sino que la Lei es el blanco y fin de todo, y en consecuencia que María, para llegar á tan alta dignidad, tuvo ántes todas las excelencias de la justicia, todas las gracias de la inocencia, todos los méritos de la virtud, y que ántes de concebir á Cristo en su vientre habia concebido su palabra en su corazon. Ved pues aquí el primer motivo de la sorpresa de la Santísima Vírgen, explicada su conducta con las palabras de Jesucristo, é indicado un misterio de doctrina para todos los hombres.

11. La tercera reflexion que me ocurre con motivo del embarazo y reserva de María, es esta. Como ella estaba desposada con José cuando se la hubo anunciado el misterio de la Encarnacion, era muí conveniente que hiciese de su parte una explicacion clara con que destruyese cualesquiera inducciones que se quisiesen formar en vista de su estado. En efecto, siendo casada y no presuponiendo tal estado la virginidad, era necesaria una declaracion de la misma persona, para saber que era Vírgen y al mismo tiempo casada. María la hizo al Angel en la ocasion mas solemne, del modo mas explícito y con el mas elevado fin, es decir: cuando se le anunciaba que iba á ser Madre de Dios, y para manifestar, no solo que era vírgen, sino que en su intento nunca dejaria de serlo, le respondió: *¿Cómo ha de ser esto, cuando no conozco varon?* Luego José aunque verdadero Esposo de María, guardaba como su consorte la virginidad, y nunca

tuvo el intento de fecundar la naturaleza. Luego María jamas debió dejar de ser vírgen; porque decidme: si no es esto lo que daba á entender con sus palabras, ¿no serian ellas excusadas de todo punto, por no decir otra cosa? Lo que le anunciaba el Angel era un suceso futuro: si pues este *no conozco varon* abrazaba únicamente lo presente y lo pasado, aquello no habria tenido objeto; todas las vírgenes que se casan pueden decir como María, "no conozco varon;" mas nunca fundarse en esto para suponer dificultad ninguna en ser madres. Luego María estaba refiriéndose á lo futuro, y hablaba de una virginidad espontáneamente prometida, constantemente guardada y que jamas dejaria de existir.

12. Gabriel entónces la da una respuesta que hace desaparecer la incertidumbre de María, no sobre el suceso mismo, al cual daba crédito, sino sobre el modo de verificarse. "El Angel *pues* la respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud " del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por esto *lo Santo* que nacerá de tí, será lla-" mado Hijo de Dios." María fué con estas palabras plenamente instruida sobre el gran misterio que en ella misma se iba á cumplir: no faltaba mas que su consentimiento. ¡Admirable conducta de la Divinidad! Todo lo puede; y sin embargo aquí hace depender la ejecucion de sus designios, el cumplimiento de sus promesas, la realizacion del plan que tenia concebido pará salvar al mundo, de la anuencia simple, libre y espontánea de una de sus criaturas, de una Vírgen retirada y humilde. Cuarenta siglos de promesas, representaciones, anuncios, emblemas, expectativa universal, ardentísimos deseos, infamadas esperanzas, elevadísimos sentimientos, están pendientes de que esta Vírgen, en el momento que ahora contemplamos, despliegue sus labios purísimos y pronuncie un *fiat:* el mundo *sentado* como el Profeta decia, *en las tinieblas y á las sombras de la muerte,* no tenia mas esperanza de luz y de vida que el desenlace de esta escena misteriosa. Dios lo habia hecho todo de su parte; prometer al Redentor, consintiendo en que lo fuese nada ménos que su Hijo Unigénito; enviar por delante siglos, personajes, héroes, monarcas, instituciones, todo profético; nombrar uno de los Príncipes celestiales que asisten á su Trono, para proponer su voluntad á la tierna Vírgen de Nazaret; dar á esta Legacion angélica un carácter espléndido, magnífico, sublime, único, digámoslo así, en la historia del ministerio de aquellos espíritus. Mas todo esto, aunque muí suficiente para inundar de luz el espíritu de María, exaltarle á la vista de la magnificencia de sus destinos, y decidirla para aceptar el título divino con que se la brindaba, nada tenia por otra parte de apremiante ni violento: quiso Dios que aquella Vírgen tuviese cuanto era necesario para dar un gran peso á su consentimiento; luz, voluntad, deliberacion, libertad plena. Por esto ese diálogo admirablemente misterioso y profundamente significativo que sostiene con Gabriel con una dignidad que sobrepuja á la imaginacion, al discurso, al sentimiento y á la palabra. Vedla, hijos mios: la primera vista de un ser que aparece bajo una forma humana, la intimida y sobresalta; los elogios que escucha, introducen sérias dudas para su humildad y modestia; aquella salutacion la parece absolutamente extraña. Mas el Angel interrumpe su silencio; habla, y María comprende que tiene á la vista un habitante del cielo: y este descubrimiento, que en casos semejantes habia rendido á la pobre naturaleza, penetrado de un santo ter-

por á Daniel, Tobías y al Padre del Bautista, es precisamente lo que á la tierna Virgen la tranquiliza. Nunca mas calmada y segura que con un celestial interlocutor: conciértase perfectamente bien toda en aquella situacion: toma el lugar que la es propia, y su lenguaje y ademan es tan digno, que seria imposible atinar cuál de aquellas dos personas era el Angel, si Gabriel ó María: la libertad de aquella Virgen no podia estar mejor garantida, ni mas claramente manifiesta. Mas no nos detengamos aquí: acaba de escuchar una revelacion divina, pues que se le hacia de parte de Dios; eminentemente comprensiva, pues que abrazaba la historia religiosa y civil del pueblo escogido, de quien descendia ella; esencialmente grande, pues que se trataba nada ménos que de la aparicion en el mundo del *Deseado de las naciones*, del *Príncipe del futuro siglo*, del *Padre de la eternidad*, de la *Luz divina del mundo*, del *Gran Libertador*, de *Aquel* á quien los Profetas habian anunciado con una magnificencia verdaderamente divina. Sin embargo, como Dios quisiese poner la libertad de María á las mas grandes pruebas, permitió que tanta luz, tanta grandeza, tanta gloria ni la causaran sorpresa, ni la dominasen, ni embarazasen tampoco el curso natural de su pensamiento. Todavía con esto no se resuelve la Virgen; y con una tranquilidad sublime quiere que se la manifieste cómo podrá ser Madre, aunque de Dios, cuando precisamente le tiene consagrada su virginidad: *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* El ángel entónces procede á explicarla este *cómo*, segun acabáis de oir; y esta explicacion que dió á María toda la luz que buscaba, bastó para que, abriendo sus labios, pronunciase la palabra salvadora, la palabra de los cielos y la tierra, de la eternidad y el tiempo, de la Divinidad y la Humanidad; la palabra que Dios quiso reservar á María, y cuyos efectos mil veces mas prodigiosos que los del primer *fiat* productor de los mundos, abruma ciertamente toda el alma con la augusta magestad del misterio: habla María, y Dios ve consumada su obra, y el Verbo revestido de nuestra naturaleza reside ya en el mundo, y la humanidad, tendida como un cadáver inmenso en la corriente de los siglos, vuelve otra vez á la vida: la inteligencia recobra su antiguo poder; la libertad recobra su regla; la humanidad vuelve á la pureza de los caminos, que habia corrompido por la carne, recibe una purificacion inmensa y adquiere un rango infinitamente mas elevado que el primero: ¡efecto sublime del consentimiento de María, éxito venturosísimo de la mision de Gabriel! Tan luego pues, como María pronuncia su palabra de consentimiento, el enviado de Dios se retira, y no ya porque hubiese terminado su mision, sino porque aquella misteriosa palabra de la Virgen de Nazaret era la señal infalible de que el Verbo de Dios hacia su entrada en el mundo.

13. Hecha esta exposicion del texto sagrado, poco tengo que añadir, hijos mios, para explicaros en todas sus partes el dogma de la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María. Sin salir de las palabras del Angel, puedo exponeros toda la doctrina de este gran misterio. En primer lugar: el último concepto vertido por el Arcángel San Gabriel, aquel que dió á María cuantas explicaciones deseaba, manifiesta desde luego que toda la Trinidad concurrió á la Encarnacion del Verbo: pues la mencion que aquí se hace de las tres Divinas Personas, es tan explícita, tan característica como sublime. La Persona del Padre aparece con el título mas augusto, con el título de *Altísimo*, con

la accion mas fecunda y magestuosa: *La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.* La Persona del Espíritu Santo está designada con su propio nombre: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí.* La Persona del Hijo aparece nombrada con una expresion indefinida, de significado inmenso, como el fruto de aquel misterio: *Lo Santo que nacerá de tí, será llamado* Hijo de Dios. Veis pues aquí, en primer lugar la concurrencia de las tres Divinas Personas; en segundo el diverso carácter con que cada una concurre, y en tercero las misiones respectivas que nunca deben confundirse.

14. ¿Cuál es pues el dogma en este punto? Todas las operaciones exteriores de Dios son obra de las tres Divinas Personas: la Encarnacion del Verbo es una de estas operaciones exteriores de la Divinidad: luego concurrió á ella ciertísimamente el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Mas como no deben confundirse nunca las misiones de las Divinas Personas, es claro que solo el Hijo encarnó, y no el Padre ni el Espíritu Santo, y que el Padre envió al Hijo á que encarnase. Finalmente, como hai cosas que, sin embargo de ser comunes de la Trinidad, se atribuyen de un modo especial á las Personas; aunque concurrió toda la Trinidad á la Encarnacion, ésta sin embargo se dice obra del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque la Encarnacion es obra de amor, y el amor se atribuye al Espíritu Santo.

15. Pasando al hecho mismo, esto es, á lo que encarnó en el vientre de María, el Angel nos dice dos palabras que abrazan todo el dogma: *Lo Santo, que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.* ¿Qué se sigue de aquí, amados hijos? Dos cosas precisamente: primera, que habia de nacer de María una Persona, y en consecuencia que esta Persona seria *verdadero Hombre*, porque todo el que nace del seno de la mujer es verdadero hombre; segunda, que el que habia de nacer de María seria llamado *Hijo de Dios*, y en consecuencia es verdadero Dios. Notad, hijos mios, la fuerza de esta palabra del Angel: *será llamado.* ¿Por qué usó de ella el Angel, y no dijo mas bien simple y sencillamente: "será Hijo de Dios"? Porque hubiera sido esto suponer que entónces no era, siendo así que el Verbo era desde el principio, estaba con Dios, era Dios, "Dios era el Verbo, como se explica el Evangelista San Juan; y que aquella generacion divina anterior y superior á toda lengua, no es para referirse por ninguno de los hombres, como se explica Isaías. No se trataba entónces, hermanos carísimos, de que el Hijo de María fuese Dios, no: esto ya era, fué, será siempre; porque el Hijo es Dios, y Dios es Eterno. ¿De qué se trataba pues? De que el Hijo de Dios fuera hombre; cosa que no sucedia todavía entónces; que era un verdadero futuro: por esto el Angel, hablando de la humanidad, usa de la proposicion absoluta y sencilla, enuncia un futuro que no es, pero será; dice: *Lo que nacerá de tí.* ¿Qué importaba pues para los designios del Altísimo en este punto? Que la fe del Mesías se propagase interior y exteriormente; que toda inteligencia reconociese y toda lengua proclamase al Hijo de María como un verdadero Dios. Por esto el Angel dice que El que de ella nacerá, será llamado Hijo de Dios, esto es: que aunque verdadero Hombre, todos le reconocerian con la luz divina de la fe, como al Unigénito del Padre; que la Encarnacion del Verbo seria la fe del Universo; que el culto del Verbo encarnado seria la religion en su plenitud. Por esto, cuando el Príncipe de los apóstoles, lleno de la ciencia que baja de lo alto, dijo al

Salvador: "Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo," el Salvador confirmó, caracterizó y recompensó su fe con estas palabras: "Bienaventurado eres Simon, pues lo que acabas " de decir, te lo ha revelado, no la carne ni la sangre, sino mi Padre mismo, que está en los cielos."

16. Así es, hijos mios, como el Angel del Señor previno proféticamente el Símbolo católico, dejando ver en su lenguaje todo el fondo de este misterio, no solo respecto de toda la Trinidad, sino tambien particularmente de Jesucristo. Jesucristo es verdadero Dios, "porque es natural Hijo de Dios vivo," como dice nuestro catecismo; Jesucristo es verdadero Dios, porque como tal fué manifestado á los hombres por el Padre, por sí mismo, por el Espíritu Santo, por los profetas, por los apóstoles, por los mismos enemigos de su reino convertidos por su Cruz. Por esto, fué y es, y será siempre *llamado Hijo de Dios*, como lo predijo el Angel, y al nombre de Jesus, verdadero Dios y Hombre, se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos. No me detengo mas á probar la divinidad y humanidad de Jesucristo, por haber dicho ya lo bastante sobre ámbas naturalezas en algunas de mis precedentes instrucciones, especialmente la tercera, cuarta y decimasexta, entre las preliminares. Mas, cómo se hallan unidas estas dos naturalezas en la Persona de Cristo, y qué consecuencias dogmáticas deben inferirse de tal union; he aquí lo que me propongo explicaros en el segundo punto.

II.

17. Aunque hai, hijos mios, en Jesucristo dos naturalezas, conviene á saber la divina, por ser verdadero Dios, y la humana, por ser verdadero hombre, no por esto hai dos personas, sino solo una Persona, un solo Jesucristo, un solo Hijo de Dios, un solo Hijo de María. Sin duda alguna, que es perfecto Dios y perfecto hombre, pues tiene el ser del primero y la naturaleza del segundo; que como Dios, tiene cuanto constituye la esencia de la Divinidad, segun lo tengo ya explicado, y como hombre, tiene cuanto constituye la esencia de la humanidad, es decir, un cuerpo organizado y una alma racional unida á este cuerpo; que como Dios, es igual al Padre, y como Hombre menor que el Padre: mas no por esto hai dos personas en él, sino solo una, como lo explica el símbolo de San Atanasio, porque tal es el dogma católico. "Este dogma se halla consignado en las Santas Escrituras y terminantemente definido por la Iglesia en sus concilios ecuménicos, principalmente en el de Efeso, que aprobó los anatemas de San Cirilo, entre los cuales se halla el siguiente: "Si alguno rehusa confesar que el Verbo de Dios Padre está unido á la carne por union hipostática, y que es uno solo Cristo, al mismo tiempo Dios y Hombre, sea anatema." Finalmente, así lo han sostenido siempre los Padres de la Iglesia y todos los teólogos católicos.

18. "Mas esta union de naturalezas en la Persona única del Verbo, léjos de traer consigo alguna confusion, las conserva perfectamente distintas la una de la otra. Podria yo citaros en apoyo de esto una multitud de textos de la Escritura; pero ciñéndome á lo preciso, me contentaré con dos, que bastan á mi propósito. En una ocasion dijo nuestro

Señor Jesucristo: *Yo y mi Padre no somos mas que una sola sustancia;* [1] y en otra se explicó de esta manera: *Mi Padre es mas grande que yo.* [2] Notad cómo el *yo* está usado dos veces en un sentido contradictorio; y esta contradiccion claro es que no desaparecería, si la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la Persona única del Verbo fuese tal, que no pudieran distinguirse íntegra y totalmente en ella las dos naturalezas de Jesucristo. En el primer *yo* no puede faltar un ápice á la naturaleza divina, porque esto solo bastaria para que Jesucristo no hubiera podido decir que era igual á su Padre. En el segundo *yo* ni puede entenderse comprendida la naturaleza divina, pues con esto bastaria para que Jesucristo no hubiera podido considerarse menor que su Padre; ni suponerse trunca la naturaleza humana, porque si faltase, por ejemplo, del cuerpo de Jesucristo, sin suponerse animado por sustancia ninguna espiritual, el *yo* era una palabra sin idea, puesto que el *yo* es la palabra del alma, el representante de la humana existencia; no la produccion de la materia, sino el hijo del espíritu.

19. "Demostrado pues, que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, que como hombre verdadero, está hipostáticamente unido á Dios en la Persona del Verbo, y que sin embargo de esta union hipostática, de que no resulta sino una sola persona, se conservan y distinguen perfectamente en Jesucristo sus dos naturalezas, solo me resta establecer las consecuencias dogmáticas de este augusto misterio."

20. Estas consecuencias se refieren, hijos mios, unas á la distincion real de sus dos naturalezas, y otras á la union hipostática de estas en la Persona del Verbo divino.

21. "Existiendo en Jesucristo la naturaleza humana, estuvo por este solo hecho dotado de todas las facultades activas y pasivas del hombre en el estado de mayor perfeccion moral: es decir, que pudo pensar como hombre y sentir como hombre; pero no pecar, porque este es atributo del hombre degenerado. En consecuencia, su cuerpo estaba sujeto á los dolores y á las enfermedades de la naturaleza humana, y su alma, dotada de todas las facultades y susceptible de todos los sentimientos, gozaba de una plena libertad y obraba segun ella.

22. "Para justificar estas consecuencias, que se refieren á la humanidad de Jesucristo, basta recorrer algunos pasajes de la Escritura Santa. Isaías, vivamente inspirado por el espíritu profético, anuncia menudamente muchas circunstancias principalísimas de la Pasion de Jesucristo, á quien llama el *hombre de dolores*, que conoce por experiencia propia las enfermedades de la naturaleza humana. [3] Esta y las otras profecías concernientes á la Pasion y muerte de Jesucristo tuvieron su mas exacto cumplimiento, como lo prueba el Evangelio. No podemos dar un paso en esta santa lectura, sin hallar nuevas pruebas de esta pasibilidad que sometió el cuerpo y alma de Jesucristo á todas las aflixiones, amarguras, tormentos y dolores de la naturaleza humana. No me detendré sin embargo en este punto, por ser de la mas alta notoriedad para todo cristiano la historia dolorosa de Jesus.

1 Joann. cap. X. v. 3.
2 Ibid. cap. 14, v. 28.
3 Isaias cap. LIII, v. 3.

23. "No está ménos comprobado en las Santas Escrituras que Jesucristo tenia una verdadera alma humana, y que ésta gozaba de una plena libertad. *No abandonéis mi alma en el sepulcro*, decia proféticamente David, [1] y esta profecía se refiere á Jesucristo, como lo enseña terminantemente San Pedro. [2] *Yo doi mi alma por mis ovejas*, dijo el mismo Jesucristo: [3] y en otro lugar se explicaba de esta suerte: *Yo dejo mi alma, para volverla luego á tomar.* [4]

24. "Si de aquí pasamos á los sentimientos, hallarémos en San Márcos, que Jesucristo padeció el temor y el pesar. [5] *Mi alma está triste hasta la muerte*, [6] dijo en el huerto de Getzemaní, así como habia dicho en el Cenáculo, para indicar á sus discípulos la satisfaccion pura que experimentaba por lo que habia dado motivo á aquella reunion: *Yo he deseado con deseo vivo comer esta pascua con vosotros.* [7]

25. "En cuanto á la libertad que disfrutaba el alma de Jesucristo, basta recordar aquel pasaje profético donde leemos que Jesucristo se ofreció como víctima, porque lo quiso así. [8] El mismo Jesucristo tuvo cuidado mui especial de inculcar á sus discípulos la plenísima libertad con que se sujetaba á la muerte. Acabáis de ver que les dijo que dejaba su alma para volverla luego á tomar: pues bien, todavía no satisfecho con esto, añadió, como leemos en el cap. X, v. 18 de San Juan: *Nadie me la arranca, sino que yo la doi de mi propia voluntad; y soi dueño de darla y dueño de recobrarla.*

26. Excusado me parece, hijos mios, extender mis reflexiones á la naturaleza divina: porque existiendo ésta íntegra y perfecta en Jesucristo por ser verdadero Dios, clarísimo es que todo cuanto corresponde á Dios en cuanto Dios, corresponde á Jesucristo, y en consecuencia todo lo que os tengo explicado en mis precedentes instrucciones, principalmente al hablar del misterio de la Santísima Trinidad, acerca del Hijo, admite aquí su aplicacion, y es mui fácil hacerla. Baste pues lo dicho acerca de las consecuencias que nacen de la distincion real de las dos naturalezas que hai en Jesucristo.

27. "Si de aquí pasamos, hijos mios, á considerar atentamente "la union hipostática de la humanidad con la Divinidad en la Persona única del Verbo, debemos reconocer, como otras tantas consecuencias dogmáticas: primero, que hai en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones; segundo, que es necesario admitir una comunicacion de idiomas, esto es; aplicar *in concreto* á la Divinidad lo que se dice de la humanidad de Jesucristo; tercero, que hablando en abstracto, ó en particular, de alguna de sus dos naturalezas, no es admisible tal comunicacion, sino que solo debe aplicarse á cada una lo que esencialmente la corresponda; cuarto, que María es Madre de Dios; quinto, que Jesucristo en cuanto hombre, es hijo de Dios por naturaleza; sexto, que la humanidad

1 Ps. XV, v. 10.
2 Act. cap. II, vv. 25, 26, et 27.
3 Joann. cap. X, v. 15.
4 Ibid. v. 17.
5 Marc. cap. XIV, v. 33
6 Math. cap. XXVI, v. 38.
7 Luc. cap. XXII, v. 15.
8 Isaías. cap. LIII, v. 7.

de Jesucristo debe recibir las mismas adoraciones que el Verbo. Procuraré explanar brevísimamente estas seis consecuencias.

28. He dicho, en primer lugar que hai en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones: porque Dios tiene voluntad, el hombre tiene voluntad, y toda voluntad obra: luego si Jesucristo es perfecto Dios, tiene forzosamente voluntad y operacion divina; si Jesucristo es hombre, tiene forzosamente voluntad y operacion humana. El mismo Jesucristo hacia esta distincion: pues cuando dijo, segun leemos en San Juan: (VI, 38) "Yo he descendido del "cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado," manifestó claramente que tenia una voluntad humana, distinta y diversa de la voluntad divina. Cuando en la Oracion del Huerto, despues de haber pedido á su Padre, que si fuese posible, no le hiciese beber aquel amargo cáliz, se retrajo inmediatamente diciendo: "Pero no; no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú;" (XXXVI, 39) bastante dió á conocer la existencia, distincion y diversidad de las dos operaciones que habia en él; pues aquel habla de la humana y la refiere á él, y puesto que es verdadero Dios, supone que tiene la voluntad y operacion divinas.

29. Mas como estas dos naturalezas están unidas de manera que no hai mas que una persona; como son naturalezas de la Persona y esta Persona es divina, pues la razon de persona se toma de la circunstancia de que un ser no esté unido á naturaleza mas perfecta; clarísimo es que la Humanidad en Jesucristo, no es persona como humanidad, pues está unida á la naturaleza perfectísima de Dios; y como esta naturaleza no tiene sobre sí cosa mayor ni mas perfecta, ella constituye la persona, y en consecuencia Jesucristo es la Persona segunda de la Santísima Trinidad hecha hombre. Por esto el símbolo de San Atanasio nos explica este augusto misterio, esta sola personalidad que hai en Cristo, diciendo: "que es un solo Cristo, una sola Persona, no porque la Divinidad se hubiese convertido en carne, sino porque hubo tomado la humanidad para sí: no porque tal misterio importase una confusion de sustancia, sino por la unidad de la Persona." Esto quiere decir, hijos mios, que la distincion de naturalezas no perjudica en nada la unidad de la sustancia y de la Persona: que están unidas con tal estrechez, que no constituyen dos seres, sino uno solo; dos personas, sino una sola, y una persona que, como no es solo Dios ni solo hombre, sino todo junto, Dios y hombre, puede mui bien atribuirse á ella cualquiera de las operaciones de las dos naturalezas de Jesucristo sin inconveniente ninguno, con tal que, al explicarnos, lo hagamos con la debida exactitud, sin dar lugar á que se oscurezca la doctrina de este misterio. Esto es lo que llaman los teólogos *comunicacion de idiomas*, es decir: el hecho de aplicar á la naturaleza divina lo que es propio y peculiar de la humana, tratándose de nuestro Señor Jesucristo, por ser solo una la persona, y recaer sobre ella lo que se dice de cuanto hai en ella. Sin duda alguna que el padecer y morir no es cosa que quepa en Dios, porque Dios es impasible, Dios es esencialmente inmortal, en Dios no cabe nada de esto; pero sin embargo, tratándose de la Pasion y muerte de Jesucristo, decimos que Dios padeció y murió, con lo cual damos á entender, no que la Divinidad padeciese y muriese, sino que quien padeció y murió era, no solamente Hombre, sino al mismo tiempo Dios.

30. Esta union hipostática, hijos mios, da cierto carácter propio á la naturaleza hu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mana en la Persona de Jesucristo Señor nuestro, y es lo que voi á explicar. La naturaleza que hai en Jesucristo es la misma que hai en el hombre; mas no está en Jesucristo lo mismo que está en el hombre; no es en Jesucristo lo que es en el hombre, absolutamente hablando. En el hombre la naturaleza humana se resiente de los vicios consiguientes al pecado de Adan, y esa lucha entre la carne y el espíritu, esa propension al mal, ese funesto poder de cometerle, son la carga que llevamos todos los hijos de Adan. Mas en Jesucristo esta naturaleza conservó sus cualidades pasibles para el dolor y la muerte, porque así era necesario para el objeto de la Encarnacion; mas no retuvo nada de lo que importa debilidad, vicio ó imperfeccion moral: así es que, ni aun por la comunicacion de idiomas puede ni debe decirse jamas todo lo que se dice de la humanidad como está en el hombre; y en consecuencia, no se puede ni debe decir que Jesucristo es falible y pecable, pues tomando el Verbo para sí la naturaleza humana, esta se purificó, engrandeció, renovó, y en cierta manera se divinizó en consecuencia de tan augusto misterio.

31. La cuarta consecuencia de la union hipostática de la humanidad con la Divinidad en la Persona única del Verbo, se refiere, como he dicho, á la Maternidad divina. En efecto: si la humanidad de Jesucristo no existe aislada, sino en la Persona del Verbo, como ya lo he demostrado, es claro que María concibió no simplemente á un hombre, sino al Hijo de Dios revestido de un cuerpo. "Nosotros llamamos con razon, y en "la acepcion propia, Madre de Dios á la Santa Vírgen, decia San Juan Damasce- "no: pues así como el que nació de ella es verdaderamente Dios, así tambien la que "engendró un Dios verdadero, encarnado en su seno, es verdaderamente Madre de "Dios."—*(Liebermann. Inst. theol.)*

32. "El nombre de Aquel que habia de nacer de una Vírgen, segun Isaías, era *Emmanuel*, que significa *Dios con nosotros*.[1] *¿De dónde á mí tanta dicha*, exclamaba Isabel, *que la Madre de mi Señor haya venido á mí?*[2] "Dios envió á su Hijo, formado de una mugur," decia San Pablo á los Gálatas.[3] He aquí algunos de los muchos pasajes de la Escritura Santa, que pudieran citarse en confirmacion de esta verdad; pero lo dicho basta para reconocer, que *la Santísima Vírgen María es con toda verdad y en la extension de la palabra*, MADRE DE DIOS.

33. "Esta exposicion dogmática, que ha consagrado la Iglesia desde sus primeras edades, suministra los datos necesarios para reconocer y demostrar que Jesucristo, aun en cuanto hombre, es Hijo de Dios por naturaleza y no por adopcion. En efecto, la adopcion supone como esencial una idea, y es la carencia absoluta de un vínculo natural entre el adoptante y el adoptado, carencia que no existe en la Divinidad respecto de Jesucristo: pues el modo y forma de la Encarnacion del Verbo bien claramente descubren, en el fondo mismo del misterio, que la Divinidad tomó para sí la humanidad y se unió con ella hipostáticamente, para no formar sino una sola Persona. Ahora bien, esta Persona, que es Jesucristo, es el Verbo hecho carne; y si el Verbo es Hijo natural

1 Isaias. cap. VII, v. 14. Mat. cap. I.
2 Luc. cap. I, v. 43.
3 Ad Gal. cap. IV, v. 4.

de Dios, lo es por tanto el Verbo hecho carne: porque, no pudiéndose admitir aquí dos personalidades, ni suprimirse de la Persona de Jesucristo su santa Humanidad, porque no hai mas que una persona y esta persona es Dios y Hombre verdadero, tampoco puede decirse que Jesucristo es Hijo natural de Dios como Verbo, é Hijo adoptivo como hombre; pues para esto seria necesario suponer dos hijos, y por consiguiente dos personas, y en consecuencia destruir la union hipostática que une á la humanidad con la Divinidad en la Persona única del Verbo.

34. "Si en apoyo de este concepto quisiese añadir aquí el argumento de la Escritura Santa, seria necesario dar á esta prueba una extension extraordinaria: porque á cada paso se designa á Jesucristo con los nombres de verdadero Hijo de Dios, de Dios mismo, de propio Hijo de Dios,[1] de Hijo único de Dios,[2] y de todo cuanto conduce á reconocer que *Jesucristo, aun en cuanto Hombre, es Hijo natural de Dios, y no adoptivo:* quinta consecuencia de la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la Persona única del Verbo." Síguese de aquí rectamente, amados hijos, que debemos reconocer á Jesucristo, aun en cuanto hombre, como Hijo natural de Dios, y no adoptivo."

35. Siendo Jesucristo Hijo de Dios por naturaleza aun en cuanto hombre, siendo el Unigénito del Padre, se infiere desde luego, como una consecuencia precisa, que su santa Humanidad, unida hipostáticamente con el Verbo, debe recibir una misma adoracion con la Divinidad. La razon es clara, supuesta la union hipostática; pero oigamos la prueba que á este propósito da un teólogo de nuestros dias. "La naturaleza del hombre en Jesucristo debe ser adorada con el Verbo; porque esta misma naturaleza es propia del Verbo, y no una cosa extraña. Luego no es debido separarla cuando se trata de culto y adoracion, hallándose, como se halla, hipostática é inseparablemente unida al Verbo. "No adoramos á una criatura, dice San Atanasio en su epístola á Adelfio: ¡no "lo permita Dios! sino al Señor de la criatura, al Verbo encarnado: pues aunque la car- "ne, considerada en sí misma, sea una parte de las criaturas; ella sin embargo, ha venido "á ser aquí el Cuerpo de un Dios. ¿Quién seria bastante insensato, para decir al Señor: "*vétenos de vuestro cuerpo, separaos de él*, para que yo os adore?" [3] No, hijos mios, esto seria un arrojo temerario. ¿Jesucristo es Dios? Sí: Luego le corresponde la misma adoracion que á Dios es debida y llaman culto de *Latría*. ¿A quién tributamos la adoracion? A la persona de Jesucristo. ¿Esta persona es Dios y hombre verdadero? Sí: Luego la santa Humanidad de Jesucristo ha de ser venerada, honrada y adorada como la humanidad de un Dios; última consecuencia que se infiere de la union hipostática de la humanidad con la divinidad en la Persona única del Verbo.

III.

36. Tales son, amados hijos, las verdades que la fe nos enseña sobre este gran misterio y sus consecuencias dogmáticas fijadas por la Santa Iglesia católica. El Verbo

1 Rom. cap. VIII, v. 32.
2 Joann. cap. I, vv. 14 et 18.
3 Lo que va puesto entre comillas, sin una cita especial lo he tomado en extracto de mi *Exposicion de la Doctrina católica* sobre los dogmas de la Religion. Lib. VII, cap. IV y V.

de Dios, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo, que es Dios, y como Dios, infinito, omnipotente, eterno, se hizo hombre en las purísimas entrañas de María, en el acto mismo en que ella manifestó al Arcángel Gabriel su consentimiento, diciéndole: *Ve aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*, no por obra de varon, sino por obra del Espíritu Santo, y en consecuencia sin que María dejase de ser Vírgen. En virtud de este misterio, el Verbo divino, que ántes era solo Dios, quedó ya hecho hombre sin dejar de ser Dios, y por lo mismo Jesucristo, que es el Verbo encarnado, es, como dice nuestro manual catecismo, *Dios y hombre verdadero:* Dios porque es el Unigénito del Padre, engendrado en su mente divina desde la eternidad, consustancial al Padre; hombre porque tomó la naturaleza humana en las entrañas purísimas de María. Pero aunque es perfecto Dios y perfecto hombre, no por esto hai dos seres, ó dos personas, sino una sola persona en Jesucristo. Y como el haber una sola persona no quita que haya dos naturalezas, conviene á saber: la divina y la humana, claro es que hai en Cristo dos entendimientos, uno divino y otro humano; dos voluntades, una divina y otra humana; dos operaciones, una divina y otra humana. Jesucristo en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto hombre es menor que el Padre: en cuanto Dios no puede padecer ni morir; pero como padeció y murió sin dejar de ser Dios, puede decirse por comunicacion de idiomas que Dios padeció y murió. Esta comunicacion empero no se ha de extender á significar cosa alguna que oscureza el misterio ni ménos que dé lugar á dudar de ninguna de sus verdades: así nunca se ha de decir que Jesucristo es solo hombre ni solo Dios, ni que sea pecable ó falible; pues lo primero destruiria el dogma de la Encarnacion, y lo segundo importaria un formal desconocimiento de la perfeccion esencialísima con que se halló en Jesucristo la naturaleza humana desde que el Verbo divino la tomó para sí, porque tal misterio se obró, no ciertamente porque la Divinidad se convirtiese en carne, sino porque asumió ó tomó para sí la humanidad: como lo explica el Símbolo de San Atanasio. Como en Cristo hai una sola persona y él es el Unigénito del Padre, y no se puede separar de él la naturaleza humana, claro se ve que Jesucristo, no solo en cuanto Dios, sino aun en cuanto hombre, es hijo natural de Dios, y no adoptivo.

37. En cuanto á la Santísima Vírgen María, es una verdad de fe, como lo está indicando el mismo misterio, que fué Madre de Dios sin dejar de ser vírgen, y en consecuencia, que es vírgen antes del parto, en el parto y despues del parto: y que es verdadera Madre de Dios; pues Jesucristo, á quien concibió en sus purísimas entrañas, es verdadero Dios y hombre, y una sola Persona, de la cual no se puede separar la naturaleza humana.

38. Finalmente, hijos mios, la Encarnacion del Divino Verbo tuvo un objeto, y fué el poder satisfacer á Dios por la humanidad delincuente, padeciendo y muriendo por ella, supuesto que Dios, aunque pudo haberla perdonado simplemente sin sacrificio de ningun género, no lo quiso así, sino antes bien, determinó en sus altísimos consejos el que se le diese una satisfaccion cumplida, correspondiente á la ofensa, y por lo mismo de un infinito valor: y como tal satisfaccion no podia darla Dios en cuanto Dios, porque es incapaz de padecer y morir, ni el hombre tampoco, fué necesario que Dios se hiciese hombre, á fin de poder padecer en cuanto hombre y merecer como Dios. Por esto nuestro catecismo, preguntando: *¿Para qué se hizo Dios hombre?* responde: *Para poder morir por los hombres, y librarles del pecado y enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo.*

39. ¡Qué beneficio tan inmenso, hijos mios! ¡qué dignacion tan sublime! ¡qué amor para con el hombre! ¡Cuán grande fué ya la naturaleza humana desde que Dios la tomó para sí, revistiéndose de ella para cumplir los designios de salvacion concebidos en favor de los hombres! Desde entónces la humanidad recibió una trasformacion completa, fué universal y completamente regenerada. El entendimiento adquirió la nueva luz que vino á difundir en la tierra aquel que se mostró como la luz del mundo, añadiendo: *El que me sigue no anda en las tinieblas.* La voluntad, llena de la gracia de Cristo, adquirió una especie de omnipotencia moral; pues contando con la fuerza infinita del Hombre Dios, todo lo pudo ya para el bien, como de sí lo predicaba San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat:* el hombre todo volvió á la vida; pues que la Encarnacion reanudó los vínculos que habia roto el pecado, y la Cruz destruyó la muerte con el sublime poder del que murió en ella, que es la vida misma.

40. Meditad pues, hijos mios, constantemente un misterio de tanta sabiduría, de tanto poder, de tanto amor; un misterio que tenia pendientes las esperanzas de los patriarcas y siempre viva la inspiracion de los profetas; un misterio todo de gloria para Dios, todo de paz y ventura para el hombre, como cantaban los ángeles en el establo de Belen; un misterio de luz que disipa todas las tinieblas; de fuerza, que afirma nuestros pasos en los caminos de la vida mortal á la eterna, y sostiene constantemente nuestra esperanza; de caridad infinita que liga dulce y estrechamente nuestro corazon con los vínculos de la gratitud. Sea este, hijos mios, vuelvo á decíroslo, el objeto mas constante de vuestras meditaciones y de vuestros sentimientos: mostraos dignos de un favor tan elevado, correspondiendo con vuestras obras á este designio de santidad y ventura, y estad ciertos que de esta suerte vuestro camino por tierra durante la vida mortal no será sino una gloriosa jornada para la patria celestial y la vida eterna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACION.

HERMANOS E HIJOS CARISIMOS:

1. La Visita que hizo la Santísima Vírgen á su prima Isabel, esposa de Zacarías, es el suceso que siguió á la Encarnacion, pues el evangelista San Lúcas, acabando de referir este misterio, habla inmediatamente del de la Visitacion. Voi, pues, á explicaros en la instruccion presente este grande y tierno misterio, para seguir, cuanto me sea posible, al exponeros los dogmas, el encadenamiento de los sucesos en la historia de la Religion. He aquí los términos con que refiere aquel santo evangelista esta misteriosa visita.

3. "Por aquellos dias partió María y se fué apresuradamente á las montañas *de Ju-*"*dea*, á una ciudad *de la tribu* de Judá; y habiendo entrado en la casa de Zacarías, sa-"ludó á Isabel. Lo mismo fué oir Isabel la salutacion de María, que la criatura, *ó el* "*niño Juan*, dió saltos de placer en su vientre: é Isabel se sintió llena del Espíritu San-"to: y exclamando en alta voz, dijo *á María:* "Bendita tú eres entre *todas* las mujeres "y bendito el fruto de tu vientre. ¡Y de dónde á mí tanto bien, que venga la Madre de "mi Señor á visitarme! Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oí-"dos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada tú que "has creido! porque se cumplirán *sin falta* las cosas que se te han dicho de parte del "Señor."

4. Veis aquí, amados hijos, en un relato breve y sencillo revelados los mas grandes misterios. El evangelista añade que María, despues que hubo concluido Isabel, dijo: *Mi alma glorifica al Señor,*" y todo lo demás que contiene ese himno gratulatorio y profético que designamos con el nombre de *Magníficat*, y es muí generalmente conocido.

5. Tres cosas, pues, debemos considerar atenta y distintamente aquí, para meditar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con provecho este lugar del Santo Evangelio: primera, los motivos de religion y caridad que determinaron la resolucion y la conducta de María; segunda, los maravillosos efectos causados por su visita en la casa de Isabel; tercera, los sentimientos que inspiraron á María todas estas maravillas. De ellas voi á hablaros en la instruccion presente, segun el órden con que las acabo de enunciar.

I.

6. Recordaréis, amados hijos, que cuando la Santísima Vírgen manifestó al Arcángel Gabriel su duda sobre cómo podia llegar á ser madre cuando no conocia ni habia de conocer varon, el enviado celestial, despues de haberla dicho que su maternidad seria por obra del Espíritu Divino, añadió: que su parienta Isabel, á pesar de su ancianidad, habia concebido un hijo, el cual tenia ya cosa de seis meses de estar en el vientre de la madre; pues ninguna cosa seria imposible para Dios. Impuesta María, por la revelacion angélica, del milagro que Dios habia obrado para preparar el advenimiento del Santo Precursor, se ocupó desde luego mui atentamente en la situacion de Isabel; y esta circunstancia unida con las relaciones de parentesco y amistad íntima que con ella tenia, la resolvieron sin duda á emprender un largo viaje para felicitarla por aquella gracia singularísima que de Dios habia recibido y prodigarla los alivios y consuelos de su ternura. El Santo Evangelio no nos dice los motivos particulares que determinaron este paso; pero las relaciones que entrambas milagrosas madres habia, no ménos que entre Jesus y Juan, y los términos con que refiere su visita, dan bastante luz para comprender que aquel viaje habia sido emprendido al doble impulso de la religion y la caridad.

7. El evangelista nos dice que María partió con apresuramiento, *cum festinatione*, y esta circunstancia basta para comprender que un motivo grave y urgente la hubo determinado. Mas no imaginéis que se propusiese llevar á Isabel la nueva de su maternidad, ó inquirir de ella misma el suceso que le habia revelado el Angel, sobre el estado en que se encontraba, no. Lo primero era un secreto profundo que encerraba en el fondo de su corazon de un modo tan absoluto, que ni aun á su mismo esposo José quiso comunicarle; y en cuanto á lo segundo, su fe habia sido tan completa, que no necesitaba ninguna confirmacion de parte de Isabel, y su discrecion era tan alta, que jamas habria tocado el punto inspirada por la curiosidad ni por un simple desahogo. Diversos eran, pues, no hai que dudarlo, los motivos que impulsaron á María.

8. Este apresuramiento con que partió, supone, como he dicho, de parte del objeto, un doble carácter, cual era el de su importancia y el de su estrechísima urgencia; mas de parte de María estaba indicando un impulso de aquellos á que no es dado resistir, un sentimiento activo que ocupaba todo su ser. Ora hubiese sido particularmente ilustrada de Dios acerca de los designios divinos que en aquella visita se propoula, ora sintiese únicamente un impulso irresistible sin comprender su objeto, el hecho es que su apresurada marcha manifiesta que acababa de tener, para emprenderla, una inspiracion divina. Porque decidme: ¿sin ésta, podria nunca explicarse la festinacion de María? Verdad es que sus relaciones con Isabel, de amistad y parentesco, su bondad y benevolencia bastaban para explicar la visita. Esta era, si no del todo necesaria en un órden puramente humano, sí, en alto grado conveniente y provechosa. Mas no pasemos de aquí; porque aquí no hai nada que indique una necesidad de momento, un lance mui ejecutivo, uno de aquellos casos que demandan la prontitud y ménos el apresuramiento. Isabel contaba solo seis meses de su embarazo, y por otra parte ningun otro cuidado tenia que hubiera podido alarmar á la Santísima Vírgen. Luego, si parte violentamente y con una festinacion tan desusada en la reposada y tranquila marcha de su vida, es, volveré á decirlo, porque se hallaba enteramente dominada y poseida de una divina inspiracion. Luego el primer motivo que determinó la visita de la Santísima Vírgen fué su fidelidad absoluta y pronta en cumplir la voluntad del Señor, su correspondencia eficacísima á las inspiraciones divinas; y este es un motivo de religion.

9. El segundo motivo de aquel paso fué la caridad; y digo la caridad, porque en ella se concientan, en ella se perfeccionan y con ella se explican todos esos actos que redundan en favor del prójimo, cuando se dan por Dios y se dirigen á su gloria. Si en la conducta puramente humana usamos directa y principalmente de las palabras *amistad, parentesco, urbanidad, comedimiento, benevolencia, cariño, estimacion*, &c., &c.; en un órden tan elevado, como el que representa la conducta de María, es necesario usar estrictamente de esa palabra representativa de una virtud que consagra y diviniza en cierto modo cuanto se practica y ejecuta en favor del prójimo, la palabra *caridad*. María quiere dispensar á su parienta Isabel todos aquellos cuidados que debian contribuir á aliviarla en una circunstancia que demandaba ciertamente auxilios y socorros; mas al hacerlo, va siempre inspirada del amor de Dios, y debemos creer que se considera como un instrumento suyo para llevar el consuelo á la casa de Zacarías.

10. ¡Y cuántas virtudes no envolvia este paso de la Vírgen Madre! No podia ella desconocer el rango que ocupaba, la altísima dignidad que el Señor se sirvió concederla; mas á pesar de esto, es la primera en dirigirse á Isabel, ninguna consideracion la detiene. Aunque Madre del Altísimo, no quiere renunciar al título que se dió á sí misma en el momento de saberlo, y siempre quiere aparecer y obra de facto como la *esclava humilde del Señor*. Ved aquí la mayor humildad. Su delicado sexo, su edad tierna, no son sin duda para emprender tan dilatado viaje; mas nada la detiene: su caridad es solícita, y su fortaleza grande para llevar á cabo el designio de un paso inspirado por el amor divino. De hecho á todo se sobrepone: emprende su camino en el rigor de la estacion, salva las montañas, penetra en la Judéa, entra en la ciudad y sorprende con su presencia inesperada el ánimo de la esposa de Zacarías. Observemos ahora lo que pasa entre las dos privilegiadas madres en aquel momento feliz, consagrado por la religion y por el amor: contemplemos ese cuadro misterioso; pongamos la consideracion en las maravillas que allí se obran, y veremos aparecer con toda claridad los designios ocultos que motivaron la visita de María.

II.

11. Lo mismo fué presentarse á la casa de Isabel, que saludarla, sin aguardar á que tal cumplido se previniese por parte de ella. La caridad es benigna, la caridad nun-

ca se fija en las consideraciones del amor propio, la caridad es humilde; y María, templo formado por esta santa virtud, olvida su altísima representacion en la tierra, despliega sus lábios, y saluda á su prima Isabel. Mas ¿qué importaba, me diréis, esta circunstancia mínima en los grandes objetos de aquella visita? Importaba, no solo realzar á los ojos de la admiracion las altas virtudes de María, sino tambien, y esto es lo principal, obrar los mas grandes prodigios. No es esta una piadosa conjetura, hijos mios, sino un hecho rigurosamente histórico, un hecho atestiguado con el acento de la abnegacion y la ternísima actitud del reconocimiento por la dichosa madre del Bautista. Oidla, si no; atended á sus palabras; estudiad aquel saludo magnífico articulado en sus labios por el espíritu de Dios, y no paseis desapercibido lo que narra de sí misma con motivo de la voz dulcísima de María.

12. Isabel tenia sin duda con la Santísima Vírgen un trato tan íntimo como el que suponen sus relaciones de parentesco, las virtudes de ambas y la ternura propia de los afectos. No era María para Isabel una persona extraña, no era, como decimos nosotros, una persona de alto cumplimiento; mas en aquel instante todo parece cambiar: se diria que hai al mismo tiempo una destruccion y una aparicion: trasfórmase la tierna Vírgen de Nazareth á los ojos de la Esposa de Zacarías: no es ya la creatura de la intimidad familiar y la confianza; es la señalada desde la eternidad para dar á luz al Verbo que ha tomado carne en sus entrañas purísimas; es la Madre del Omnipotente, y en consecuencia, la Reina de los cielos y de la tierra.

13. Oid, si no, lo que significan las palabras de Isabel: *Bendita tú eres, entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor á visitarme?* ¡Qué palabras, hijos mios! ¡qué sentido tan profundo! ¡qué conceptos tan misteriosos y sublimes! Ya sabeis que la Encarnacion del Verbo Divino era un secreto que no tenia en la tierra mas depositario que el corazon de María, la cual fué tan celosa en guardarle, que ni aun quiso dar parte á su esposo José de la conferencia misteriosa que habia tenido con el Angel. ¿Cómo, pues, la Madre del Bautista, no contenta con apellidarla *Bendita entre todas las mujeres*, y consagrar un tributo de veneracion al fruto de su vientre, se muestra llena de admiracion, altamente sorprendida y arrobada en todo su ser, al verse honrada con la visita de una Vírgen á quien llama con toda su fe *Madre de su Señor*? El Evangelista nos responde satisfactoriamente, cuando dice, que Isabel se sintió llena del Espíritu Santo. Este Espíritu Divino, de sabiduría y de inteligencia, de consejo y de fortaleza, de ciencia y de piedad, como lo predica Isaías, comunicó á Isabel toda su inspiracion, dándola á entender el misterio de la Maternidad divina y encendiendo en su alma todos aquellos afectos que debian ser consiguientes á este celestial conocimiento.

14. Mas no solo tenemos que admirar aquí el que la Encarnacion del Verbo haya recibido un segundo testimonio de los labios de Isabel divinamente inspirada, sino tambien que considerar los maravillosos efectos que obró la presencia y salutacion de María. El Evangelista dice que al instante mismo la criatura que Isabel llevaba en su vientre, dió saltos de placer; y este hecho milagroso es atestiguado por la misma que le sintió dentro de sí, y aun propuesto como un argumento más de la verdad y exactitud con

que acaba de proclamar Madre de Dios á la Vírgen María. "*¿Y de dónde á mí tan-*
"*to bien, que venga la Madre de mi Señor á visitarme?* dijo, y en el acto añadió:
Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oidos, que dar saltos de jú-
bilo la criatura en mi vientre." Ved aquí, no solo un milagro, sino un acontecimiento mui significativo. El hecho basta por sí mismo para comprender el carácter de María como Madre de Dios; pero además, el suceso representa el sentimiento de una señalada merced que Dios acababa de hacer en aquel instante al hijo de Isabel y Zacarías. ¿Por qué este hijo, á pesar de estar en el vientre de la madre, se apercibió de la presencia de María? Porque el Verbo de Dios estaba en el vientre de esta Vírgen; y este Verbo Divino, Sabiduría y Omnipotencia, todo lo ilustra, y los mas grandes portentos ejecuta con un acto de su voluntad. Todo milagro denuncia la intervencion de un Dios; y si aquellos saltos de Juan en el vientre de Isabel constituyen un verdadero milagro, esto prueba que Dios residia en persona en el vientre de María.

15. Pero no nos detengamos aquí: tanto Isabel como el Evangelista, léjos de reducirse á la simple relacion del hecho, se adelantan á expresar sus motivos; no solo dicen que el niño dió saltos en el vientre de la madre, sino añaden que estos saltos fuéron de alegría. Estas manifestaciones de contento prueban dos cosas: conocimiento del bien que se recibe, y expansion de este goce en el alma. Todos los Padres y escritores eclesiásticos están de acuerdo en que las maravillosas agitaciones de Juan en el vientre de Isabel fuéron la manifestacion externa del gozo que le habia causado en su alma la divina infusion de la gracia; y como estas manifestaciones presuponen bien conocido y apreciado el bien que se tiene y que se goza, sobrados motivos hai para deducir del hecho mismo, que Juan recibió en aquel instante dichoso el uso de la razon. Hé aquí por qué el Padre San Bernardo, como al propósito lo nota Scio, "no
" duda afirmar que desde este momento el Espíritu Santo llenó este vaso de elec-
" cion, y le preparó para que sirviese como de una antorcha que debia ir alumbrando
" delante de Jesucristo." Ved pues el efecto por excelencia ocasionado por la visita de María, y notad cuántos misterios encerraba el apresuramiento de su partida y la celeridad de su viaje.

III.

16. María, entretanto, absorta en la contemplacion de tan grandes misterios, guardaba un silencio profundo: su corazon, henchido de los mas nobles y tiernos sentimientos, estaba todo en el cielo. Mas al fin tenia que hablar: sus palabras debieron ser esperadas con impaciencia, porque siendo nada ménos que el Trono de la Sabiduría, era de esperarse que saliesen de sus labios las mas sublimes revelaciones. Desplégalos, en efecto, habla, y en el momento mismo se elevó hasta la Magestad del Altísimo aquel himno de admiracion, de reconocimiento y amor que repetís frecuentemente vosotros, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, y que tiene tantas luces para la inteligencia como sentimientos para el corazon, el cántico *Magnificat*. "Mi alma glorifica al Señor,"
" exclama la tierna y agraciada Vírgen: "y mi espíritu está trasportado de gozo en el
" Señor Dios Salvador mio. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava:

"por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Por "que ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es *Todo* poderoso, cuyo nombre es san- "to: y cuya misericordia *se derrama* de generacion en generacion sobre los que le temen. "Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazon de los soberbios. "Derribó del sólio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los "hambrientos: y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, aco- "gió á Israel su siervo; segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y "su descendencia por los siglos de los siglos."

17. ¡Qué palabras, hijos mios, podrian ser bastantes á encarecer la maravillosa comprension y el celestial contenido de este cántico? El ha sido siempre visto como un prodigio de sabiduría, como una fuente inagotable de sentimientos: él ha fecundado siempre á los mas grandes maestros, ha inspirado á los mas elocuentes oradores del cristianismo y sostenido el espíritu de las almas piadosas. Este himno es al mismo tiempo histórico, profético y místico: porque alude á los mas grandes y señalados acontecimientos del pueblo escogido, anuncia las entónces futuras glorias que la Iglesia de Dios asociaria constantemente al nombre de la Vírgen Madre, y expresa todo lo que tiene de mas íntimo el santo y activo comercio del alma con su Dios. María toma en sus labios las palabras de la alabanza; pero esta alabanza va encaminada exclusivamente al dueño único del honor, de la magestad y de la gloria: *Magnificat anima mea Dominum.* María rebosa en un júbilo inexplicable; su alma toda está llena de consolacion y de gozo; pero guardaos de creer que el mundo y cuanto encierra tengan alguna parte en este sentimiento, no: María siente en Dios, goza en Dios, se regocija solo para Dios, el Señor absorbe todo su ser, constituye la esencia de su felicidad: *Et exultavit spíritus meus in Deo salutari meo.* Pero, si tal es el espíritu de esta Vírgen, si desde el primer instante que fué concebida, su alma estuvo siempre en el Señor, ¿cuál será el objeto especialísimo de estos sentimientos, ó mejor dicho, el singular motivo de este júbilo tan solemne? María sin duda se refiere al altísimo privilegio de su maternidad divina; María goza porque es Madre de Dios; ella misma va á revelarnos el motivo de aquellos inefables trasportes. ¡Oh Vírgen dichosa! ¡Oh privilegiada y excelsa criatura! ¿Por qué vuestros labios se abren para dar paso á la expresion sublime de vuestro gozo? ¿Dónde está esa ventura que en este momento os inspira y os hace entonar ese himno de entusiasmo y de amor? ¿Por qué vuestro corazon rebosa de alegría? "Porque el Señor, decís, "puso sus ojos en la bajeza de su esclava, dando con este don á todas las gene- "raciones que vienen, un perdurable objeto de admiracion y de alabanza." *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* ¿Lo habéis oido, católicos? ¿Habéis comprendido todo el primor inimitable de esta manifestacion de María? Estas palabras que acabáis de escuchar, no significan en sustancia, sino que María es Madre de Dios; pero su humildad se abisma de tal suerte con el peso de tanta grandeza, que ni aun se atreve á tomar en el idioma la palabra propia que le enuncia: no se atreve á decir "soi Madre de Dios:" su espíritu busca una expresion que tenga dos valores, por explicarme así; uno infinito para Dios, y otro moderado y aun pequeño para ella. *Puso los ojos en la bajeza de su sierva,* dijo, y cumplió al mismo tiempo con su piedad y con su modestia: exaltó á Dios, humillándose á sí misma. "Puso los ojos en la bajeza de su sierva." ¡Qué pensamiento! ¡qué palabras! ¡qué finura tan delicada! ¡qué primoroso miramiento para todos los intereses de la virtud! ¡Cuándo se han explicado la elocuencia y la poesía de un modo mas tierno y mas sublime? Apoyada de esta suerte sobre su propia humildad y la Omnipotencia divina, María no teme volar con su prevision por el inmenso campo del porvenir, y contemplar frente á frente su propia gloria: *Ecce enim ex hac beatam me dicent omnes generationes.* No lo teme, no: porque esta gloria, estas generaciones arrobadas en presencia de tanta grandeza, esos siglos tributarios de la tierna Vírgen de Nazareth, no son los efectos de su mérito propio, sino las obras maravillosas del poder del Altísimo. María confiesa en sí misma el don de Dios, sabe apreciar este don en su inmensa valía; pero nada la parece extraño, cuando le mira provenir directamente del poder del Señor: *Quia fecit mihi magna qui potens est.* María se mira pasar con cierta especie de culto al través de las edades; pero reduciendo este culto á sus propios límites, previene toda la ciencia teológica en este punto, manifestándose como un motivo, mas no como un objeto final. Todos la apellidarán bienaventurada; pero encaminarán sus homenajes al Santo Nombre de Aquel á quien exclusivamente corresponde el culto por esencia: *Et sanctum nomen ejus.* Mas no quiere contentarse aquella Vírgen con hablar de su sola felicidad; pues ponderando las maravillas que en ella se obran, canta con toda la expansion de la caridad las esperanzas magníficas y los inmensos bienes del mundo redimido. *Et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum.*

18. Ved, pues, hijos mios, cómo este himno de la Vírgen Madre ha sido rigurosamente profético. Mas no nos detengamos aquí; pues como he dicho, tiene al mismo tiempo un carácter histórico, y no parece sino que esta Señora, queriendo corroborar cuanto predice para el porvenir, vuelve una mirada sobre lo pasado, sobre la historia de su pueblo, cuyas páginas hacen resplandecer con caractéres indelebles el poder, la sabiduría y la bondad infinita del Señor. Habla de las obras de su poder, de los triunfos obtenidos contra sus enemigos; recuerda cómo ha derribado á los potentados del sólio, y fija la atencion sobre la bondad con que quiso exaltar á los humildes. ¿Y no es esto lo que á cada paso leemos en la historia del Antiguo Testamento? ¿No dan un testimonio al irresistible poder del Señor los triunfos de Miguel contra el ángel de las tinieblas, y aquellas ciudades malditas devoradas por las llamas, y aquellos príncipes soberbios terriblemente castigados, y sobre todo, el indomable Faraon con su pueblo y con su historia! ¿No son estos los soberbios burlados en sus miras! *Dispersit superbos mente cordis sui?* No reconocéis aquí á los árbitros del mundo lanzados de sus tronos! *Deposuit potentes de sede?* Volved á otra parte vuestros ojos; ved los prodigios obrados para la defensa, conservacion y engrandecimiento del pueblo escogido, y fácilmente comprenderéis que estos humildes exaltados por Dios *(exaltavit humiles)*, estos menesterosos henchidos de bienes *(esurientes implevit bonis)*, son los judíos libertados del yugo de Faraon y enriquecidos con los despojos de Egipto.

19. María concluye su cántico evocando los recuerdos de los Patriarcas, para exaltar la magnificencia y el cumplimiento de las promesas. Dice que Dios, acordándose de

su misericordia, acogió á Israel su siervo, segun la promesa que habia hecho á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos. Ya os he manifestado en otro lugar cuáles fuéron estas promesas y cómo ellas tuvieron todas su mas puntual y exacto cumplimiento. La predileccion del pueblo judío durante la antigua Lei, y la magnífica liberalidad con que Dios ha favorecido al pueblo cristiano durante la Lei nueva, bastan para comprender cómo en estas palabras con que María concluye su cántico de gracias, compendia en cierto modo la historia de los beneficios infinitos dispensados por Dios á los hombres, y cómo parecen reunirse aquí en la expresion de María lo pasado y lo futuro, para manifestar en el mismo resúmen el carácter histórico y profético de su alocucion misteriosa.

20. Ved, pues, hijos mios, aunque mui brevemente enunciados, los puntos que ofrece á nuestra consideracion el misterio que os acabo de explicar: la visita de la Santísima Vírgen á su prima Santa Isabel; los motivos que la determinaron, que son la religion y la caridad; los maravillosos efectos que su presencia obró en el Bautista y en su Madre, y los sentimientos inspirados en la inmaculada María por todos estos prodigios: hé aquí un objeto de veneracion y de culto, una fuente de instrucciones edificantes y una serie de ejemplos sublimes. Sea, pues, este santo misterio uno de los objetos mas tiernos de vuestra devocion: meditadle frecuentemente; penetrad el sentido de cada uno de los puntos que contiene; admirad los designios de Dios para con la humanidad en cada uno de los sucesos que encierra la historia de la religion; notad el maravilloso encadenamiento de todos ellos y cómo cada uno sirve de preparacion á los otros. Si Jesus, residente aún en el vientre de su Madre, la inspira la visita de Isabel, es para llevar la gracia al niño que esta santa mujer portaba en su vientre, para santificar á su Precursor. Si el niño salta de regocijo en el vientre de la madre, es para comenzar su carrera, dando el primer testimonio de su parte á la Divinidad del Mesías. Si Isabel, revestida del Espíritu Santo, reconoce y admira la felicidad que María conquistó con su fe, *(Beata, quæ credidisti)*, es para profetizar el cumplimiento de cuanto estaba predicho para la grandeza de la Vírgen Madre: *perficientur in te ea quæ dicta sunt tibi á Domino.* Si María, por último, recoge todos sus sentimientos en un himno entonado á la grandeza y gloria del Señor, es para enseñarnos que á él, como á fin último debemos encaminar y referir todos nuestros pensamientos y todas nuestras acciones. Sed, pues, hijos mios, imitadores de nuestra Madre: todo en Dios, todo por Dios, todo para Dios, sea vuestra máxima, y esta máxima la expresion de vuestra conducta. Pensad y obrad de esta manera, y estad seguros que hará en vosotros cosas magníficas el Omnipotente en la tierra, y recompensará vuestras virtudes en el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMAOCTAVA INSTRUCCION.

NACIMIENTO DE SAN JUAN.—CANTICO DE ZACARIAS.—NUEVOS TESTIMONIOS DE LA DIVINIDAD Y MISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

HERMANOS E HIJOS CARISIMOS:

1 El segundo de los acontecimientos que tuvieron lugar despues de la Anunciacion y precedieron á la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, fué el nacimiento del Bautista. El Evangelista San Juan, despues de remontarse hasta el seno de Dios, para manifestar la generacion eterna del Verbo, señalando al mismo tiempo los caractéres con que habia de aparecer en el mundo, nos dice: que este Verbo hecho carne fué precedido de un hombre llamado *Juan*, á quien Dios envió exprofeso para que viniese á dar testimonio de la Luz Eterna, que habia de remitir sus rayos por todo el Universo, á fin de que por este medio todos creyesen, es decir: reconociesen al Mesías como verdadero Dios y Hombre, se penetrasen de su doctrina, y entrasen en su reino, y cumpliesen su divina Lei. *Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum.*

2. Ya comprenderéis por aquí cuál es la importancia de este personaje, y cuán íntimas sus relaciones con Jesucristo Señor nuestro. El nacimiento del Precursor es un suceso altamente prodigioso, porque todo él está lleno de maravillas. Concebido en el vientre de una anciana estéril, pues que no habia tenido hijo ninguno; anunciado por un ángel á su padre Zacarías, que duda en vista de la vejez y esterilidad de su esposa; castigada esta duda con la pérdida del habla durante el embarazo de Isabel; prevenido por divina revelacion el nombre que habia de llevar; dado este nombre contra las ideas reinantes y á pesar de la oposicion de todos; vuelto Zacarías al uso pleno de su habla en el acto de la circuncision de su hijo, é inspirado del Espíritu Santo para cantar la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

futura redencion de los hombres y encarecer la muí elevada representacion de su hijo: todo, todo figura en un órden sobrenatural: cada pormenor es una maravilla; cada cosa es un milagro; y de esta suerte la natividad del Bautista, con todo lo que á ella se refiere, ha sido constantemente uno de los sucesos mas ilustres de la religion. Despues de Jesus y de María, Juan es el único santo cuya natividad se celebra, circunstancia que basta de por sí para elevar nuestro espíritu hasta la altura del objeto. Vel, pues, hijos mios, á explicaros en este lugar la leccion evangélica donde se refieren todas estas cosas, y que á la letra os trascribí en los números 52 y siguientes de mi décimacuarta instruccion, donde hablé de las promesas, figuras y anuncios del Mesías. Sin repetiria pues aquí, la explicaré punto por punto, á lo ménos en sus partes mas principales, dando á esta carta el carácter de una verdadera homilía.

I.

3. Acabando San Lúcas de decir que María, despues de haber permanecido cosa de tres meses en compañía de Isabel, se volvió á su casa, continúa: "Entre tanto le llegó á Isabel el tiempo de su alumbramiento, y dió á luz un hijo. Supieron sus vecinos "y parientes la gran misericordia que Dios le habia hecho, y se congratulaban con "ella."

4. En este sencillo relato, amados hijos, veinos el candor, la santa simplicidad y la piedad propia de un pueblo que no está pervertido con el refinamiento de la falsa política, ni aletargado con los vicios de una sociedad sin sentimientos. Este júbilo simple y amable que sienten en su corazon todos los vecinos de la Judéa en vista del parto de Isabel, nos hace admirar una naturaleza vírgen gobernada exclusivamente por la religion. La benevolencia de un corazon recto, la caridad de una alma justa, la piedad de un espíritu religioso se admiran aquí por igual, y sirven al mismo tiempo de un ejemplo muí propio para gobernar nuestra conducta en el trato con nuestros semejantes. Ya sabéis que el alma de todo es la caridad, que esta virtud tiene á Dios por principio y por fin, y párte de Dios al hombre formado á su imágen y semejanza, y destinado á vivir unido con los otros con los vínculos del amor. Todo lo que hai de mas tierno en los sentimientos está en la caridad. Ella es benigna, como dice San Pablo, y por esto veis cuánto resalta la benevolencia en este sentimiento de alegría que el parto de Isabel difundió entre todos sus vecinos. La caridad jamás busca sus propios intereses ni echa á mala parte cosa alguna: por esto véis que aquel homenaje de los vecinos de Isabel está lleno de rectitud y sinceridad. La caridad predomina sobre todas las virtudes, porque teniendo á Dios por objeto inmediato, y su amor y goce por modo de ser, ha de vivir siempre: ved aquí por qué los homenajes de que os hablo, la alegría de aquellas almas sencillas viene á parar en Dios; pues el suceso que la causa está referido todo á su misericordia: *Quia magnificavit Dominus misericordiam suam cum illa.*

II.

5. Continuando su narracion el evangelista, trata luego de la religiosa ceremonia de la circuncision de Juan. "El octavo dia, dice, vinieron á la circunscision del niño, y

"llamáronle Zacarías, del nombre de su padre. Mas oponiéndose su madre, dijo: no por "cierto, sino que se ha de llamar Juan." Como insistiesen los circunstantes en su primera idea, fundados en la costumbre de dar al hijo el nombre del padre, apelaron á Zacarías, aguardando por ventura una resolucion favorable á su sentir. Pero como éste habia perdido el habla, segun sabéis, en castigo de la duda que manifestó al ángel cuando le anunció el nacimiento de Juan, le preguntaron por señas el nombre que su hijo debia llevar. "Entónces él, dice el evangelista, pidiendo la tablilla, ó sea recado de escribir, escribió así: "Juan es su nombre:" cosa que á todos llenó de admiracion. He aquí las cosas mas notables que pasaron en el acto de la circuncision de aquel niño misterioso: réstanos únicamente notar las lecciones de religion y moral que con su conducta nos dieron en aquella ceremonia los padres de San Juan y el pueblo mismo. ¿No advertís, amados hijos, en el noble y religioso proceder de aquellos ancianos un tipo muí perfecto del hombre en sus relaciones con Dios? Sumision pronta, fácil y absoluta á la voluntad divina; abnegacion completa de la carne y de la sangre; celo exclusivo por la gloria de Dios: he aquí lo que debemos admirar é imitar al mismo tiempo con nuestras obras. Todos los instintos de la naturaleza, todas las inspiraciones del amor, todos los estímulos y alicientes del mundo se ponian de parte de la primera idea, la de dar al recien nacido el nombre de su padre. Este hubiera querido, como sucede á todos los que en su caso se encuentran, reproducirse y perpetuarse en toda su descendencia, haciendo correr por ella, no solamente su sangre, sino tambien su nombre; é Isabel podia imaginarse de esta suerte duplicar en cierta manera sus goces, viendo á su esposo en la persona de su hijo. Mas nada de esto tenia significado alguno para aquellas almas que vivian exclusivamente de la palabra del Señor. Sabian que quien habia dado el ser á Juan, habia prescrito igualmente su nombre; que este nombre era por sí solo una especie de trasunto del gran destino de aquella nueva existencia; que Juan no estaba destinado para los goces de la familia y el amparo de sus ancianos padres, sino para una mision mas elevada, para venir delante preparando los caminos con su palabra y sus ejemplos al Deseado de las naciones; que no daria ni á su padre ni á su madre los placeres domésticos, sino que apénas acabada su infancia, dejaria su hogar y á los venerables autores de sus dias, para llevar sus pasos al fondo del desierto y nutrir su espíritu en la escuela de la soledad con las altas lecciones de la sabiduría; que se desprenderia de la carne y de la sangre, seria el tipo mas acabado de la penitencia y austeridad, sin perder un momento la gracia, para figurar en cierto modo, aunque muí de léjos y en imperfecto cuadro, la imágen del Justo por esencia, que habia de cargar sobre sus espaldas los pecados del universo y purificar con su preciosa sangre á toda la humanidad corrompida. Por esto, pues, Isabel primero y Zacarías en seguida, unísonos en aquella idea misteriosa, pronuncian sin vacilar, no como quien manda sino como quien refiere, que Juan es el nombre del niño que acaba de nacer: *Joannes est nomen ejus.*

6. No es ménos edificante y significativa la conducta del pueblo, en ocasion tan solemne, al saber la resolucion inesperada de Zacarías. Acabáis de ver, amados hijos, el empeño de todos los circunstantes para que el niño recibiese al tiempo de su circuncision el nombre de su padre: empeño tanto mas fuerte cuanto que no habia querido ce-

der ni aun á la firme y resuelta manifestacion de Isabel. Pues bien: notad ahora la trasformacion que se obra en aquel religioso pueblo desde que comprende el carácter sobrenatural de aquel nombre misterioso. "Un *santo* temor se apoderó de todas las "gentes comarcanas, dice el Evangelista, y divulgáronse todos estos sucesos por todo "el país de las montañas de Judéa: y cuantos los oian, los meditaban en su corazon, di-"ciéndose *unos á otros:* ¿quién pensáis ha de ser este niño? Porque *verdaderamente* la "mano del Señor estaba con él." Ved aquí, volveré á decirlo, un ejemplo muí ilustre propuesto á todos los pueblos: ejemplo que si hubiese tenido siempre imitadores, ó para mejor decir, si no hubiese sido visto con indiferencia y aun contradicho por la conducta, la marcha de la sociedad católica habria sido mas expedita y ménos embarazada, y no tendríamos que llorar esas rebeldías de la inteligencia, esos extravíos de la razon, ese orgullo del propio sentido, que no tarda en aliarse con las pasiones, y que á tantos pueblos, ántes florecientes é ilustres, ha sustraido al magisterio sublime de la fe. Aquellos sencillos moradores de la Judéa muestran francamente su sentir, emplean toda su razon para sostenerle miéntras tienen libertad para ello; mas desde el momento en que la voz de un profeta les hace escuchar la palabra de Dios, todos renuncian á su propia opinion, enmudecen todos, y ya no tratan sino de meditar en el suceso, encarecerle y dar por él á Dios la gloria, y al niño un tributo de admiracion. Ya desde entónces temen contrariar en lo mas pequeño lo que Dios ha querido manifestar: *Factus est timor super omnes:* Este temor se difunde por todas partes con la noticia del hecho maravilloso que le ha producido: *Et super omnia montana judææ divulgabantur omnia verba hæc:* no se habla ya sino de la criatura milagrosa, predilecta del Señor, engrandecida con el poder de su brazo; poder que todos sienten, admiran y veneran á la vista de tantas maravillas: *Etenim manus Domini erat cum illo.*

III.

7. Acabáis de oir cómo en el momento mismo de acabar de escribir Zacarías el nombre de Juan, para satisfacer de este modo á la pregunta que por señas le habian hecho los circunstantes, recobró el habla. ¿Y qué dijo entónces el anciano? ¡qué palabras articuló aquella lengua milagrosamente aprisionada y milagrosamente libre! Un himno celestial, gratulatorio y profético, en que canta las misericordias de Dios, los favores inefables dispensados á su pueblo, la visita de amor que acaba de hacerle, para que caigan sus cadenas, por el ministerio de un Salvador poderoso que suscita la casa de David, y cuyos anuncios han venido haciéndo en la serie de los siglos esos personajes ilustres y santos que llamamos *profetas:* [1] un cántico donde el profeta dilata su corazon ante la perspectiva de una libertad prometida, largo tiempo esperada y suspirada, y por fin dichosamente cumplida; libertad de tantos y tantos enemigos conjurados contra la felicidad del hombre, ya del demonio con todas sus sugestiones y peligrosos amaños, ya del mundo con sus encantados prestigios ó sus falsos temores, ya, por fin, de la carne con

1 Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ: et erexit cornu salutis nobis, in domo David pueri sui. Sicut locutus est per os sanctorum, qui á sæculo sunt, prophetarum ejus.

sus impulsos frenéticos, sus tendencias y sus asaltos: libertad anunciada por Dios, en las efusiones de su misericordia desde los tiempos antiguos, á los Patriarcas, y prometida con juramento al justo Abraham para todos sus descendientes. [1] Esta libertad, al paso que nos emancipa del tiránico poder de nuestros enemigos, vivifica nuestras relaciones con Dios, quitando á nuestros homenajes toda zozobra y convirtiéndoles en una servidumbre de amor, en una dulcísima santidad, en una virtud que daria un curso pacífico y grato, á los ojos del mismo Dios, á toda la carrera de nuestra vida. [2] Así se abandona el anciano á las efusiones del júbilo, del reconocimiento y de la esperanza en presencia de Aquel que no tardará en nacer, pero de cuyos pasos se apercibe, y á quien mira ya como presente. Mas, vuelto apénas de esta feliz emocion, convierte sus ojos al tierno niño, y le rinde un tributo de respeto, sin embargo de ser hijo suyo. A la vista del destino de Juan, parece olvidar que es hijo suyo, para considerar únicamente los grandes portentos de su carrera, la santidad de su vida, la grandeza de su mision y la magnífica recompensa de sus virtudes. ¡"Oh niño!, exclama el tierno y respetuoso padre: "tú serás llamado el Profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor á preparar "sus caminos, enseñando la ciencia de la salvacion á su pueblo, para que obtenga el "perdon de sus pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha he-"cho que ese *Sol* naciente ha venido á visitarnos de lo alto del cielo, para alumbrar á los "que están de asiento en las tinieblas y en la sombra de la muerte; para endereczar nues-"tros pasos por el camino de la paz." [3]

8. Tales son, amados hijos, las palabras que vierte Zacarías por sus labios, en el momento de abrirles por la primera vez despues de muchos meses. ¡Qué leccion tan elocuente para nosotros! ¡Cuánto nos ha enseñado el Profeta con esto solo! Aquí vemos en primer lugar la presteza con que debemos consagrar al Señor las primicias de nuestros pensamientos, palabras y acciones: pensemos primero en su Magestad, y despues pensemos en las otras cosas: hablemos primero á su Magestad, y despues hablemos á los otros: cumplamos primero con su Magestad, y despues cumplirémos con los otros. Digno es de notarse, que ni aun para responder á la pregunta de los circunstantes acerca del nombre que habia de ponerse al niño, tuvo habla Zacarías, y que no la recobró sino cuando no podia emplearse ántes en otra cosa que en la gloria del Señor. En segundo lugar vemos la direccion que debemos dar á nuestros sentimientos aun en el órden mismo de las cosas espirituales. De este carácter son todos los conceptos que vierte Zacarías: pero sus primeras palabras cantan la gloria de Dios, en seguida refieren sus designios de misericordia, y por último, se fijan en la mision y los destinos de su hijo. De esta suerte con tal ejemplo se nos advierte, que lo primero, aun en el órden del

1 Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos: ad faciendam misericordiam cum patribus nostris: et memorari testamenti sui sancti. Jusjurandum quod juravit ad Abraham patrem nostrum, datarum se nobis.

2 Ut sine timore, de manu inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi, in sanctitate et justitia coram ipso, omnibus diebus nostris.

3 Et tu, puer, propheta Altissimi vocaberis: præibis enim ante faciem Domini parare vias ejus: ad dandam scientiam salutis plebi ejus in remissionem peccatorum eorum: per viscera misericordiæ Dei nostri, in quibus visitavit nos, oriens ex alto: illuminare his, qui in tenebris et in umbra mortis sedent: ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.

espíritu, es la alabanza de Dios; lo segundo, sus designios de misericordia para con todos los hombres, ó sea el amor del prójimo; y por último, lo que inmediatamente corresponde á nosotros. En tercer lugar vemos resplandecer en este cántico el espíritu de la religion. Jesucristo, en su calidad de Mediador entre Dios y los hombres, de víctima propiciatoria que reconcilia con un Dios ofendido á un mundo delincuente, de sacerdote Eterno, único dueño y propietario del sacrificio, y capaz de santificar toda oblacion y ameritar todas las obras, es y debe ser el centro de nuestro culto, de nuestro pensamiento y de nuestra conducta en el órden de la religion. El por lo mismo es quien llena en cierto modo todo este himno misterioso, inspirado al Profeta por el Espíritu Divino. Aquí el Mesías es tenido como presente, y el Profeta lo alaba y venera como si le tuviese á su vista. Todas las relaciones de su discurso vienen á reconcentrarse en Jesucristo. El es quien ha descendido desde las alturas para visitar á su pueblo; El es este Salvador poderoso que sale de la casa de David; El es el anunciado de los profetas como el futuro Libertador que hará caer de la cerviz oprimida de la humanidad el antiguo yugo, y de sus ligadas manos los pesados hierros. Por esto el Profeta se detiene absorto á la vista de este poderoso Rei, que viene ya con el objeto de avasallar todos los poderes conjurados contra el cielo, y de establecer en la tierra un reino inmortal, y de tender sus brazos como un asilo seguro á toda la humanidad que ya perece.

9. ¡Cuánto seria preciso detenerme, hijos mios, si me propusiese continuar explanando este sagrado texto! Mas mi discurso debe tener un término, y yo le pongo aquí exhortándoos muí vivamente á todos á meditar con provecho estos acontecimientos ilustres que la historia de la religion atesora; á contemplar en bien de vuestras almas el milagroso nacimiento de este niño que cautiva desde su cuna la admiracion y el respeto de los pueblos; á imitar en la abnegacion de Isabel y Zacarías el ejemplo mas visible de la conducta que debemos observar en nuestras relaciones con Dios, así como en el humilde rendimiento del pueblo la sumision que debemos tener á la palabra infalible y decisiva de la Iglesia católica; en la presteza con que dirige sus afectos á Dios el dichoso padre del Bautista en el acto de recobrar el habla, la prontitud con que siempre debemos estar para dirigir á Dios nuestros homanajes, colocando ante todo sus alabanzas, admirando los designios de su misericordia en favor de los hombres y reconociendo en nosotros mismos los prodigios de su bondad. Sea este mundo con todas sus ilusiones y prestigios, un árido desierto para vosotros, para que no domine ni vuestro pensamiento ni vuestro corazon; y entónces el sonido que salga de vuestros labios, semejará la voz del que clama en el desierto, y dirigida únicamente á preparar los caminos del Señor, vuestra carrera será venturosa, y al descender al sepulcro, os encontraréis en sus brazos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA REVELACION QUE EL ANGEL DEL SEÑOR HIZO A JOSE DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.

José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María, tu esposa: porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo.

Matth. Cap. 1, v. 20.

1 El tercer acontecimiento sobre que llama especialmente la atencion el santo Evangelio, refiriéndose al intervalo de tiempo que medió entre la Anunciacion y la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, es, amados hijos, aquella penosísima perplejidad en que José cayó á la vista del estado de embarazo en que se hallaba su purísima Esposa. Ya recordaréis que María Señora Nuestra reservó tan profundamente en su corazon el secreto de su conferencia con el Angel Gabriel, y de haber encarnado en su vientre purísimo el Unigénito del Padre, que no le llegó á comunicar á persona alguna, y en consecuencia, que José su esposo era del todo extraño á tan maravilloso acontecimiento. Sucedió por lo mismo, que cuando la Santísima Vírgen volvió de la visita de Isabel á su casa, como ya manifestase exteriormente su embarazo, causó una sorpresa inexplicable con su presencia en el ánimo de su esposo. Tenia éste un conocimiento tan íntimo, una ciencia tan cierta de la pureza y santidad de María, que no pudiendo desconocer su estado ni atreviéndose á culparla, guardó la profunda pena en su corazon, para pensar en el partido que debiese tomar. Despues del tiempo que se tomó para deliberar acerca de tan grave resolucion, adoptó el medio de dejar ocultamente á su Espo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

espíritu, es la alabanza de Dios; lo segundo, sus designios de misericordia para con todos los hombres, ó sea el amor del prójimo; y por último, lo que inmediatamente corresponde á nosotros. En tercer lugar vemos resplandecer en este cántico el espíritu de la religion. Jesucristo, en su calidad de Mediador entre Dios y los hombres, de víctima propiciatoria que reconcilia con un Dios ofendido á un mundo delincuente, de sacerdote Eterno, único dueño y propietario del sacrificio, y capaz de santificar toda oblacion y ameritar todas las obras, es y debe ser el centro de nuestro culto, de nuestro pensamiento y de nuestra conducta en el órden de la religion. El por lo mismo es quien llena en cierto modo todo este himno misterioso, inspirado al Profeta por el Espíritu Divino. Aquí el Mesías es tenido como presente, y el Profeta lo alaba y venera como si le tuviese á su vista. Todas las relaciones de su discurso vienen á reconcentrarse en Jesucristo. El es quien ha descendido desde las alturas para visitar á su pueblo; El es este Salvador poderoso que sale de la casa de David; El es el anunciado de los profetas como el futuro Libertador que hará caer de la cerviz oprimida de la humanidad el antiguo yugo, y de sus ligadas manos los pesados hierros. Por esto el Profeta se detiene absorto á la vista de este poderoso Rei, que viene ya con el objeto de avasallar todos los poderes conjurados contra el cielo, y de establecer en la tierra un reino inmortal, y de tender sus brazos como un asilo seguro á toda la humanidad que ya perece.

9. ¡Cuánto seria preciso detenerme, hijos mios, si me propusiese continuar explanando este sagrado texto! Mas mi discurso debe tener un término, y yo le pongo aquí exhortándoos muí vivamente á todos á meditar con provecho estos acontecimientos ilustres que la historia de la religion atesora; á contemplar en bien de vuestras almas el milagroso nacimiento de este niño que cautiva desde su cuna la admiracion y el respeto de los pueblos; á imitar en la abnegacion de Isabel y Zacarías el ejemplo mas visible de la conducta que debemos observar en nuestras relaciones con Dios, así como en el humilde rendimiento del pueblo la sumision que debemos tener á la palabra infalible y decisiva de la Iglesia católica; en la presteza con que dirige sus afectos á Dios el dichoso padre del Bautista en el acto de recobrar el habla, la prontitud con que siempre debemos estar para dirigir á Dios nuestros homanajes, colocando ante todo sus alabanzas, admirando los designios de su misericordia en favor de los hombres y reconociendo en nosotros mismos los prodigios de su bondad. Sea este mundo con todas sus ilusiones y prestigios, un árido desierto para vosotros, para que no domine ni vuestro pensamiento ni vuestro corazon; y entónces el sonido que salga de vuestros labios, semejará la voz del que clama en el desierto, y dirigida únicamente á preparar los caminos del Señor, vuestra carrera será venturosa, y al descender al sepulcro, os encontraréis en sus brazos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA REVELACION QUE EL ANGEL DEL SEÑOR HIZO A JOSE DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.

José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María, tu esposa: porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo.

Matth. Cap. 1, v. 20.

1 El tercer acontecimiento sobre que llama especialmente la atencion el santo Evangelio, refiriéndose al intervalo de tiempo que medió entre la Anunciacion y la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, es, amados hijos, aquella penosísima perplejidad en que José cayó á la vista del estado de embarazo en que se hallaba su purísima Esposa. Ya recordaréis que María Señora Nuestra reservó tan profundamente en su corazon el secreto de su conferencia con el Angel Gabriel, y de haber encarnado en su vientre purísimo el Unigénito del Padre, que no le llegó á comunicar á persona alguna, y en consecuencia, que José su esposo era del todo extraño á tan maravilloso acontecimiento. Sucedió por lo mismo, que cuando la Santísima Vírgen volvió de la visita de Isabel á su casa, como ya manifestase exteriormente su embarazo, causó una sorpresa inexplicable con su presencia en el ánimo de su esposo. Tenia éste un conocimiento tan íntimo, una ciencia tan cierta de la pureza y santidad de María, que no pudiendo desconocer su estado ni atreviéndose á culparla, guardó la profunda pena en su corazon, para pensar en el partido que debiese tomar. Despues del tiempo que se tomó para deliberar acerca de tan grave resolucion, adoptó el medio de dejar ocultamente á su Espo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se, para no continuar viviendo con ella, ni exponerla tampoco á las consecuencias de la publicidad. Iba, pues, á poner en práctica esto mismo, cuando un sueño misterioso y divino inundó su alma de luz, le restituyó la paz y derramó un consuelo inefable sobre su corazon. Un Angel de Dios le apareció en lo profundo del sueño, en que sin duda estaba dominado todavía por su pensamiento, y le habló de esta manera: "José, hijo " de David, no tengas recelo en recibir á María tu Esposa en tu casa: porque lo que se " ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo:" *Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*

2. Aunque bastaba solo esto para ilustrar y tranquilizar competentemente á José acerca del misterioso embarazo de María, no quiso sin embargo contentarse con esto el Angel del Señor. La luz que vierte sobre aquella alma escogida es mas copiosa todavía: propónese darle á conocer todo el fondo del misterio, y honrar su persona con una mision gloriosa. Así es que, despues de lo dicho, añadió refiriéndose á María: "Parirá un " hijo, á quien pondrás por nombre Jesus; pues él es el que ha de salvar á su pueblo de " sus pecados." Estas palabras dan á conocer á José cuál seria el fruto del vientre de su Esposa, y cómo ella es la escogida para dar á luz al Salvador del mundo, sin menoscabo alguno de su virginidad, y le otorgan una mui honrosa intervencion, pues que dejan á su cargo ponerle nombre al Salvador del mundo.

3. Ved pues, hijos mios, en este sencillo relato uno de los mas graves puntos que propone la religion á los fieles, y que no debo yo pasar desapercibido en mis instrucciones pastorales. Voi, pues, á explicaros aquí este grande acontecimiento, con el fin de manifestaros cómo esta perplejidad de José, terminada del modo que habéis visto, encerraba de parte del Señor altísimos designios, pues contribuyó á confirmar mas y mas la virginidad perpetua de María, muestra mui al vivo las virtudes de José, y determina claramente la representacion que habia de tener en la historia de Jesucristo.

I.

4. Discurriendo el Padre San Bernardo acerca de las glorias de María, con el objeto de hallar aquel carácter único y exclusivo suyo que la presentase con tal singularidad en la galería de las mujeres mas ilustres en los fastos de la virtud, que no tuviese ninguna semejante, se fija desde luego en su doble carácter de Madre y Vírgen. Y en verdad, hijos mios, que despues de su Concepcion Inmaculada, de este privilegio que ella sola disfruta entre todas las hijas de Adan, no hallarémos por cierto nada mas propio suyo, mas exclusivo y único que el haber llegado á ser Madre, sin dejar de ser Vírgen. Admiremos, pues, en buena hora todas las eminentes cualidades que realzan el carácter histórico de todas las mujeres fuertes de la antigua Ley; rindamos el tributo de nuestro asombro al heroismo de todas las santas de la Ley nueva: en ese panteon inmenso de virtudes y de glorias encontrarémos la virginidad sola, la maternidad ilustrada por la santidad, pero sola tambien; la humildad, la caridad, la fortaleza, &c., &c..; pero en vano buscarémos ni el advenimiento al ser sin el comun contagio de la culpa, ni la maternidad divina, dejando intacta la pureza virginal; porque estos dos laureles enlazados no habian de coronar otras sienes que las puras y gloriosas de la Vírgen de Nazareth. Hé aquí por qué, cuando se trata de estos caractéres propios de María, parecen reunirse al mismo tiempo el poder del Altísimo y la ciencia del hombre ilustrado por la fe, para derramar sobre ellos todo el esplendor de la evidencia. La virginidad perpetua de María, como su Concepcion Inmaculada, interesaba en gran manera la gloria del Señor. Desde el momento sin principio en que la Encarnacion del Verbo Divino fué un hecho resuelto en el plan de regeneracion concebido en la mente del Eterno, María, la criatura destinada para ser el primer templo de Dios Hombre en la tierra, obtuvo dos excepciones sublimes en la índole de la naturaleza y las condiciones de la humanidad. Recibiria de Adan el orígen sin la humillante contaminacion de su pecado; concebiria en su vientre y pariria un Hijo sin concurso de varon ni menoscabo alguno de su virginidad purísima. Cuánto haya convenido lo primero para que el Unigénito del Padre fuese dignamente asociado á la naturaleza humana, es punto que os tengo ya explicado en mi décimaquinta instruccion de esta primera parte: cuán necesario fuese lo segundo, es una verdad que á primera vista se percibe.

5. De hecho, hijos mios, al ejecutar el Señor su plan de misericordia, no quiso, digámoslo así, tomar de la humanidad sino únicamente lo preciso para que el Verbo Divino fuese verdadero hombre. Pues bien: lo que se necesitaba era el cuerpo humano; y éste, que en el órden comun supone el concurso de varon, en el órden sobrenatural y extraordinario podia formarse de otra manera. Así es que le formó de facto en las entrañas de una Vírgen por obra de su Divino Espíritu milagrosa y excepcionalmente, para que fuese digno, bajo todos aspectos, y no trajese consigo ni la mas leve contaminacion. Si este cuerpo, hijos mios, se hubiese formado de la manera comun, ¿qué podrian importar para la realidad de su objeto las incomparables excelencias y prerogativas únicas de la Vírgen Madre? ¿Para qué sacarla del órden comun desde el instante mismo en que fué concebida, y hacerla venir al ser limpia y pura de toda culpa de orígen? ¿No es verdad que todo hubiera sino inútil, si la concepcion del cuerpo, que unido á una alma racional habia de tomar para sí la naturaleza divina, se hubiese verificado segun el órden de la naturaleza, y en consecuencia por concurso de varon? Cierto que sí, pues la limpieza original de María no habria sido parte á preservar de la contaminacion remota del varon aquel cuerpo santísimo. Todo, pues, todo manifiesta cuánto se ha interesado la dignidad y la gloria del Altísimo en hacer brillar constantemente la virginidad perpetua de su Madre. Hé aquí por qué tuvo cuidado de hacerla predecir en términos claros y explícitos por uno de sus profetas, "Una Vírgen concebirá y parirá:" y presentó despues mui señaladas y solemnes ocasiones, para que esta noble prerogativa se manifestase con toda su luz, sin que hubiese ninguna sombra capaz de ofuscarla.

6. ¿Recordáis, hijos mios, lo que os dije no há mucho al exponeros el misterio de la Encarnacion? ¿Recordáis aquella turbacion de María, cuando le anunció el Angel su divina maternidad, aquella misteriosa pregunta que le hizo, diciéndole: "¿cómo sucederá esto cuando no conozco varon?" Pues Dios lo permitió así, para que María, que ya se hallaba desposada con José, hiciese una solemne declaracion de su virginidad, á fin de que todos entendiesen que aquellos desposorios se habian celebrado con fines mui altos,

en los cuales no entraba el de fecundar la naturaleza, sino unir misteriosamente una doble virginidad.

7. Podrian bastar la prueba profética y la prueba histórica fundada en la manifestacion de María para dejarlo todo plenamente comprobado; pero no quiso el Señor contentarse con esto: en los planes de la Sabiduría Eterna todo es magnífico, todo superabundante, todo tiene una plenitud infinita. La virginidad de María debia recibir un testimonio mas en la persona de José: el pueblo de entónces y las generaciones que despues vinieron sabian que María era Esposa de José. La manifestacion que habia hecho ella, prueba que ántes de concebir era Vírgen, y que la virginidad era un voto que tenia intencion de guardar inviolablemente. Era preciso que una prueba nueva, fuerte, irresistible ó incontestable, viniese á juntarse á la revelacion del Angel y á la manifestacion de María. Para esta prueba estaba reservado su castísimo Esposo José. Veamos pues, de qué manera nos han trasmitido el testimonio de este glorioso Santo los Libros evangélicos.

8. "Estando desposada María con José, sin que ántes hubiesen concurrido, se halló "que habia concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. Mas José su Esposo, sien-"do como era justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente." Notad en primer lugar, hijos mios, el alto miramiento y delicadeza incomparable con que inicia el Evangelista la narracion del suceso. Su objeto es manifestar el embarazo de María como una cosa que causa la perplejidad de José; pues ignorando este patriarca todavía el misterio de la Encarnacion ya verificado, no podia considerar aquella situacion de su Esposa con solo las luces de la naturaleza, sin llenarse de turbacion y confundirse: pues á pesar de esto, y aunque un momento despues quedaria todo explicado, no quiso el Evangelista dejar esperar ni este solo momento, sino que al comenzar su relato anticipa el misterio, y en vez de decir simplemente que María estaba embarazada, dijo: "Se encontró que habia concebido por obra del Espíritu Santo." Prosigamos.

9. La profunda ignorancia de José acerca de este suceso, la inexplicable sorpresa consiguiente, la vaguedad de sus pensamientos, el penoso empeño con que delibera y la invariable resolucion que toma, para cumplir al mismo tiempo con su castidad y con su caridad, de dejar ocultamente á María; todo esto, hijos mios, entraba en los designios del Señor, para dar un esplendor indeficiente, no solo á los ojos de la fe sino aun á la vista de la razon, á la integridad virginal de su Madre. Considerad, si no, el efecto moral de todas estas circunstancias. ¿De quién se trata? De José, hijo de David, último vástago de aquella ilustre estirpe. ¿Qué era José moralmente considerado? Un varon justo: epíteto sencillo, y que si en otro lugar podria aparecer comun; en este tiene cierta singularidad, porque es la expresion de todo un carácter, un distintivo por excelencia, una notabilidad en la misma escala de la virtud: *cum esset justus*. Colocado José en una línea que dividia dos eras, dos Leyes, dos instituciones, dos pueblos, terminaba la galería de los antiguos patriarcas, y daba principio á la serie de los santos ilustres del cristianismo. Poseia respecto de la Lei todo el celo de los antiguos justos; pero sin aquella severidad que en el órden de la conducta vino casi á desaparecer en este heroismo de sentimientos, en esta caridad cristiana que todo lo sufre, todo lo espera, todo lo excusa, todo lo perdona. Era permitido en la Lei antigua repudiar la mujer contaminada. José, sin embargo, y á pesar de que no tiene á favor de María sino la conviccion profunda de su intachable virtud, pues ignoraba el misterio de su situacion, renuncia todo derecho, no ve mas que su caridad, espera contra la esperanza misma, digámoslo así, al tiempo mismo que resuelve dejarla secretamente. José pues, aparece con todos los realces de la mas elevada virtud: esclavo de la Lei, celoso custodio de su honra y abrasado al mismo tiempo en el fuego de la caridad. Si pues, toda la ternura de su amor á María, que obró tanto para librarla de todo peligro con la manifestacion pública de su estado, no fué parte á inclinarle á la permanencia de la union con su Esposa, clarísimo es que, si vuelve á ella, no será sino por haber sido divinamente ilustrado sobre los misterios que ignora, por haber quedado plenamente persuadido con argumentos incontestables de que su Esposa no habia dejado de ser Vírgen.

10. ¡Veis, hijos mios, todo lo que importaba en los designios de Dios el que María hubiese guardado el mas profundo silencio, el que José no hubiese tenido ni aun la mas leve luz acerca del misterio que en su Esposa se habia obrado, de que hubiese recibido un golpe mortal de sorpresa con la presencia del embarazo de María, de que hubiese entrado en la mas penosa deliberacion y resuelto por fin dejarla secretamente! Pues bien: oid ahora lo que dice á continuacion el Santo Evangelio: "Estando él *(es decir, José)* "en este pensamiento *(esto es, en el de dejar ocultamente á María)*, hé aquí que un "Angel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas re-"celo en recibir á María tu Esposa *en tu casa:* porque lo que se ha engendrado en su "vientre, es obra del Espíritu Santo." Estas palabras, de mucha mas virtud para José que la que tiene el sol para disipar las tinieblas de la naturaleza, derramaron un torrente de luz en su espíritu y un consuelo inefable en su corazon. Su zelo por la Lei es recompensado con ser el Esposo de la que porta en su vientre al Unigénito del Padre: su prudencia en el juzgar, aquella prudencia que á pesar de lo que le decian sus sentidos nunca le permitió condenar á María, queda recompensada con la realizacion de un milagro, con la manifestacion que Dios le hace por medio de un Angel sobre la inocencia de su Esposa; y por último, su caridad tiernísima, que en él habia formado la resolucion penosa de abandonar secretamente á María para que no padeciese lo mas leve, quedó recompensada y con una magnificencia inexplicable con el cargo, único en su género, de ser el gefe y custodio de la familia que la Madre de Dios y Dios hecho Hombre formaban en la tierra. De esta suerte, amados hijos, José, reunido indisolublemente con María y acompañándola miéntras vivió, vino á dar el último toque de fuerza con su testimonio á la virginidad perpetua de María, nos hizo al mismo tiempo una revelacion indirecta de su castidad propia, de esta virtud que toda la Iglesia de Dios venera en él; y por último, recibió la mision que debia desempeñar en la tierra como Esposo de María y Padre putativo de Jesus: mision de incomparable honor, de gloria excelsa, que me propongo explicaros en el siguiente punto.

II.

11. Despues de haberle dicho el Angel á José que María habia concebido por obra del Espíritu Santo, añadió: "Así es que parirá un Hijo, á quien pondrás por nombre *Je-*

"*sus*, pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados:" y el Evangelista, concluido el razonamiento del Angel, continúa su relato propio, de esta manera: "Todo "lo cual se hizo en cumplimiento de lo que pronunció el Señor por el Profeta, que dice: "Sabed que una Vírgen concebirá y parirá un hijo, á quien pondrán por nombre Em-"manuel, que traducido significa: *Dios con nosotros*. Con eso Joseph, al despertarse, "hizo lo que le mandó el Angel del Señor, y recibió á su Esposa."

12. Este sencillo mandato que Dios le hace á José por el ministerio del Angel, de poner por nombre Jesus al que habia de nacer de María, basta, hijos mios, para comprender que aquel privilegiado mortal, no solo habia merecido la gracia de ser el Esposo de la predestinada Vírgen, en cuyo purísimo seno habia de encarnar el Unigénito del Padre, sino que fué destinado tambien para figurar en el concepto comun y á la vista del pueblo como el Padre de Jesucristo. En las sagradas Letras hai tal sobriedad de expresion para todo, que una sola palabra es la materia de muchos libros, y por esto vemos que los mas grandes elogios que han merecido los hijos de los hombres, están encerrados en las enunciaciones mas simples. Si se trata de María, solo se dice que es Aquella de quien Jesus nació; mas esto basta para comprender que no cabe ya ni una representacion mas elevada entre las puras creaturas, ni un rango mas excelso, ni una superioridad mayor, ni una perfeccion mas grande, ni una gloria mas ilustre: si se trata del Bautista, solo se dice que es mas que profeta; que es el Angel cuyos pasos han de preceder á los del Salvador, y que no ha nacido personaje mas grande que Juan entre los nacidos de la mujer; mas esto solo siempre ha formado el asunto de los mas distinguidos elogios hechos por los oradores evangélicos al Precursor del Mesías, y sin embargo, no ha sido excedida nunca por ellos.

13. Pues del mismo modo sucede con José. ¿Qué ha dicho de este patriarca el Evangelio? Primero, que fué desposado con María: segundo, que fué destinado para ponerle nombre al Mesías, llevarle á Egipto y volverle despues: tercero, que Jesus estaba sujeto á María y á José, *erat subditus illis*. Pues bien, hijos mios: abrid las Sagradas Escrituras; abrid la historia de la Iglesia; imaginad cuanto querais en lo que está por suceder, y decidme, despues de Jesucristo y de su Santísima Madre, que con el hecho de serlo está engalanada con todas las virtudes, encumbrada sobre las gerarquías angélicas, é instituida Reina y Señora de los cielos y de la tierra, ¿encontrareis por ventura nobleza mas ilustre, virtudes mas excelsas, rango mas elevado, poder mas grande y gloria mayor que la de José? No por cierto; y para juzgar de esta manera, no necesitamos dilatar la mente por la indefinida carrera de las hipótesis y conjeturas; basta meditar con atencion lo que de él han escrito los Evangelistas, y deducir las consecuencias lógicas de los hechos.

14. En efecto, hijos mios, ora consideremos á José como Esposo de María, ora nos fijemos en su carácter histórico de Padre putativo de Jesucristo, no necesitamos otra cosa para descubrir en su persona la semejanza mas perfecta con María. Figuraos en el mundo al padre de una hija única en quien hubiese puesto su corazon con todo el afecto de una naturaleza perfeccionada por la mas grande virtud: imaginaos que trata de casar á esta hija única y amada, y que estando en su arbitrio hacerlo con la persona que mejor le

parezca, busca un esposo para su hija: ¿no véis que se agotarán su solicitud y empeño para la eleccion mas acertada? Figuraos todavía más: que Dios concediese á este padre conocer á todos los hombres, disponer libremente de su voluntad y tener á su arbitrio realizar el matrimonio con quien escogiese; si con este conocimiento se os llamase para preguntaros el concepto que formabais del hombre que al fin se habia casado con aquella niña, ¿qué responderiais vosotros? "Este es el mejor de todos los esposos;" y vuestra respuesta seria exacta. Pues bien, hijos mios, por mucho que querais darle de ternura, de amor, de prudencia, de solicitud y aun de santidad á este Padre humano que os estoi presentando por ejemplo, debéis convenir en que no es nada comparado con el Padre celestial de María. ¿Cómo comparar jamas al hombre con Dios bajo aspecto ninguno? Pues bien: Dios nuestro Señor, el Eterno, el Infinito, el Omnipotente ha formado, segun su pensamiento y su amor, á María Santísima para ser la Madre de su Hijo Unigénito. Entra en sus designios darle un Esposo, y elige de facto á José para este destino elevado. ¿Qué diréis entónces de José? No solamente que es el esposo mas perfecto de cuantos existen en su época, sino que predestinado en el plan eterno del Señor para tan glorioso destino, fué dispuesta de antemano su naturaleza por el Criador de tal suerte, que su mejoría, respecto de todos los demas varones avocados á tal estado fuese incontestable, y que ninguno se hallase mas grande y excelente entre todos los hombres. Porque una cosa es, hijos mios, la mejoría que se encuentra entre muchos seres que han ido apareciendo segun el órden de la naturaleza y el comun de la Providencia, y otra cosa es la mejoría que se previene, forma y establece de intento por el Autor de la naturaleza y de la gracia para el destino mas elevado. Pues bien, hijos mios, este raciocinio, que nada tiene de violento, prueba que José fué á los ojos del Señor, no simplemente lo mejor que presentaba la naturaleza humana entre los varones, sino un varon formado á propósito, dispuesto y enriquecido segun el corazon de Dios: porque tal nos parece debia ser el Esposo que destinase para María el Padre tierno y poderoso que podia llenar con solo quererlo todos los designios de su amor.

15. Si de aquí pasamos, hijos mios, á contemplar los destinos de José relativamente al Mesías; si ponemos la atencion en que sus labios articulan aquel nombre ante el cual habia de postrarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, aquel nombre dulce infinitamente mas que la miel, que haria las delicias de todos los escogidos, y que la mision de poner este nombre importa nada ménos que la representacion de Padre de Jesucristo en la tierra: nuestra alma poseida de admiracion á la vista de tanta grandeza, no puede ménos que admirar las eminentes virtudes y excelso rango de José. "Escogióle el Señor, dice un sabio escritor, para Esposo.... y por consiguiente, para cabeza y superior de nuestra Señora la Vírgen María, y juntamente para Padre putativo de su Unigénito y benditísimo Hijo. Escogióle para que guardase aquel graciosísimo templo de Dios, aquel Sagrario del Espíritu Santo, aquella riquísima recámara de la Santísima Trinidad: para que acompañase á la que tenia el Verbo Eterno en sus entrañas, y sirviese á la que sirven los Angeles: para que fuese depositario de Aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios: para que conversase con Dios humanado y con un Niño Dios, y le criase, y regalase, y entretu-

viese, y le llevase á Egipto, y le volviese: y finalmente, para que le mandase como á Hijo, y El le obedeciese como á Padre; porque aunque no lo era en la verdad, éralo en la apariencia y en la opinion de los hombres, y todos le daban este nombre, no solamente los que no sabian la verdad, sino tambien los que la sabian; pues se lo dió la que era verdadera Madre de los Evangelistas. Pues para cumplir con oficios tan altos de Esposo de la Madre, y Padre putativo del Hijo de Dios, ¿quién podrá explicar ó comprender los dones divinos y las virtudes admirables de San José?"

III.

16. ¿Y qué incremento de virtudes, qué riqueza inefable de dones, qué tesoros de gracias no adquiriria este privilegiado Santo con el trato continuo con la Madre de Dios y con Dios mismo! "Si la Sacratísima Vírgen, continúa el autor citado, con las pocas palabras que habló á Santa Isabel, fué medio para que el Señor santificase al gran Bautista en las entrañas de su madre, y de recudida la misma madre, quedase llena del Espíritu Santo; ¿qué espíritu, qué gracia, qué ardor y fuego pensamos que pegaria á su dulcísimo Esposo hablándole tantas veces, tan familiar y amorosamente, tan largos años, de los altísimos é inefables misterios de Dios que pasaban por sus manos? Y pues ella es la puerta del cielo, la tesorera por cuyas manos se reparten y dispensan á todos los divinos dones; ¿para quién habia de procurar que se repartiese con mas larga mano de los dones del cielo, que con aquel que por nudo y union de aquel castísimo matrimonio, era una misma cosa con ella? Y así no se debe dudar que fué mas esclarecido de conocimiento y luz el que estaba mas cerca de la divina luz y mas encendido en amor, el que estaba conjunto con el fuego divino, y que participaba mas de la virtud de la raíz, el que estaba pegado con la misma raíz, y que fué mas rico de tesoros y gracias, el que bebió tantas veces á boca llena de la fuente de la misma gracia, y por cuya mano se descubrió al mundo la vena y minero de todos los tesoros y riquezas de Dios.?"

17. "Todas las virtudes en sumo grado tuvo este Santo Patriarca; gran fe, grande esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, profundísima humildad, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increible paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa, solícita providencia, y un silencio tan extraño, que no leemos en todo el Evangelio palabra que haya hablado San José: porque no era hombre de palabras sino de obras, y estaba tan absorto en la contemplacion del sumo bien que tenia consigo, y tan trasportado de aquella altísima admiracion, que dice San Lúcas, que tenia considerado y rumiando lo que veia en el Niño y oia de él, que estaba como mudo, hablando con solos los sentimientos, afectos y obras, reverenciando con tanto silencio lo que le causaba aquella tan inefable admiracion. Finalmente, fué tan acabado y perfecto San José, que mas se podia llamar varon divino que hombre mortal; y á la medida de su caridad y altos merecimientos recibió el galardon y la corona de la gloria; y así no hai duda, sino que este Santísimo Patriarca está en el cielo en lugar eminentísimo."[1]

1. Rivadeneira. Vida de San José en su obra de *Flos sanctorum*.

1. Sería necesario, hijos mios, extenderme demasiado y traspasar con mucho los límites de un simple discurso, para desenvolver completamente los grandes conceptos que nacen de la leccion evangélica, relativamente al suceso sobre que versa la presente instruccion. Mas no pudiendo pasar en ella mas adelante, dejo lo dicho en el fondo de vuestras almas, para que sirva de asunto á vuestra meditacion frecuente, de objeto á vuestra devocion, de pábulo á vuestro amor y de medio poderoso y eficaz á vuestras virtudes. Recogiendo, pues, en pocas palabras lo que llevo dicho, y agregando en simples enunciaciones lo que he callado y dicen los Santos Padres sobre el misterioso acontecimiento de los Desposorios de José con María, os diré: que aunque Dios nuestro Señor dispuso que el Verbo naciese de una Vírgen, y por consiguiente que María fuese Madre sin mengua ninguna de su integridad y pureza virginal, quiso sin embargo que esta Vírgen fuese casada, y para ello unió á María con José con el vínculo conyugal para varios fines. ¿Cuáles son estos fines? Cuatro asigna San Gerónimo, comentando el lugar evangélico que os he estado explicando. El primero, para que por la generacion de José pudiese manifestarse el orígen de María; el segundo, para que ésta, dando á luz á Jesucristo, no fuese apedreada como adúltera por los judíos; el tercero, para que tuviese un amparo en su fuga para Egipto; y por último, segun San Ignacio mártir, para que el parto de María, ó sea su divina maternidad, se ocultase al demonio; pues que así creeria este espíritu infernal que el que habia nacido de aquel purísimo vientre, venia no de una Vírgen, sino de una mujer en el órden comun. Verdad es que Dios nuestro Señor, absolutamente hablando, no habia menester de tal recurso para conseguir sus fines; mas como en el obrar acostumbra dar cierto lugar á la naturaleza con sus causas segundas, quiso que su Divino Hijo figurase cierto tiempo desconocido en una vida oculta como Dios, y para tal intento cubrió todas las apariencias que en el órden humano exigian la naturaleza, las leyes y las costumbres. No habia en aquel pueblo el uso de contar las generaciones por las mujeres; y por lo mismo la Santísima Vírgen solo siendo casada, podia figurar en una genealogía. El pueblo judío castigaba las mujeres adúlteras apedreándolas; este pueblo debia ignorar por cierto tiempo el suceso de la Encarnacion, es decir, el carácter misterioso del parto de María. ¿Qué deberia esperarse en este caso? Que María fuése víctima de la ceguedad de aquel pueblo, cosa que no podia evitarse fuera de milagro, sino por el matrimonio. Acabáis de ver que María con su Divino Hijo iba á formar una familia en la tierra, y una familia que demandaba todos aquellos amparos y socorros en el caso. Dios no queria proveer con milagros á esta necesidad; y era indispensable un varon en aquella familia. ¿Seria conveniente que María hubiese llamado á un hombre para que la acompañase sin tener con él conexion alguna! No por cierto: ved aquí por qué Dios la desposa con José, para que con este título fuese el custodio, el proveedor y gefe de aquella familia celestial.

19. Ved pues, los misteriosos fines que encierran los desposorios de José con María, las incomparables ventajas de haber ignorado por algun tiempo este Patriarca santísimo el misterio de la Encarnacion, hasta el extremo de caer en una penosa perplejidad por el embarazo de María, pues esto habia de servir de una robustísima prueba de la virginidad perpetua de nuestra Señora, de una manifestacion de la castidad de José y

de una ocasion para que este recibiese por el ministerio del Angel el encargo de aquella mision que habia de desempeñar en la tierra.

26. Sed pues, amados hijos, devotos mui rendidos de este gran santo, admiradores con provecho de sus virtudes y sus glorias; asíos de su proteccion en todas las necesidades de la vida, y en las situaciones mas solemnes de vuestra carrera. Por su mediacion contaréis con María; [1] con la mediacion de María redundará la gracia de Dios en vosotros, y con esta gracia bien correspondida conquistaréis para despues de la muerte las coronas del cielo.

1. Al tomar por base de esta instruccion la circunstancia de haber ignorado José de todo punto el misterio de la Encarnacion, y dar á su perplejidad un carácter penoso, consiguiente á las dos evidencias que luchaban en su alma, cual era el hecho notorio del embarazo de María, y el conocimiento clarísimo y pleno certidumbre que tenia de la incomparable virtud y virginal pureza de su Esposa, no he olvidado que graves autores han dado al Sagrado texto mui diversa interpretacion, suponiendo que José, sabedor de los misterios y penetrado de la mas profunda veneracion hácia la Santísima Virgen, en cuyas entrañas residia en persona el Unigénito del Padre, se juzgó tan indigno de acompañar como Esposo á tan privilegiada criatura, que tomó la resolucion de dejarla ocultamente. Mas esta interpretacion, aunque plausible y en extremo delicada, no es la mas generalmente seguida, como lo nota oportunamente el Padre Rivadeneira en su Vida de San José, y se colige de la lectura del comentario de Cornelio Alápide al versículo 19 del capítulo 1.º de San Mateo. En concepto de este sabio expositor, la interpretacion mas obvia y natural, es la que me ha servido de fundamento en esta instruccion pastoral. Véase tambien al Padre Miguel Mauduit en su obra intitulada "Analyse de l'Evangile, selon l'ordre historique de la concorde," chap. VII.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David.

Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: y es, que hoi os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor.

Luc. Cap. II. vv. 10 y 11.

1. Despues de haberos hablado en mis tres últimas instrucciones, amados hijos, sobre los tres importantes acontecimientos con que plugo á Dios preparar el parto de María, y son, como habéis visto, la visita que esta tierna Vírgen hizo á su prima Santa Isabel, el nacimiento del Precursor y las instrucciones dadas por el Angel á José para recibir á María y poner nombre al Salvador, tiempo es ya de explicaros el Evangelio en que se narra el nacimiento del Hijo de Dios hecho Hombre. Este suceso, el mas grande, el mas prodigioso y el mas fecundo que imaginarse pudiera, fué anunciado primeramente á los humildes y sencillos habitadores de los campos. Estas almas simples y fieles, tierno y constante objeto de la predileccion de Dios, estos pequeñuelos predestinados en su amor para las altas revelaciones de su sabiduría, que no habian de hacerse á los sabios y prudentes del siglo, son los primeros á quienes fué dado saber de boca celestial un acontecimiento que tenia pendientes á todos los habitantes del cielo y debia cambiar toda la faz de la tierra. Un Angel del Señor se desprende de las misteriosas alturas en los momentos mismos en que María da á luz al Salvador en el establo de Bethlen; dirígese á la campiña inmediata, donde unos pastores guardaban su ganado; les inunda de una desconocida claridad que les llena de sobresalto, y les arrebata el temor del corazon con estas palabras de infinito y perdurable júbilo: "Vengo á daros una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es: que hoi ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, Señor nuestro:" *Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David.*

2. Tres cosas me parecen mas principales entre las que nos refiere con este motivo el Santo Evangelio; y son: primera las circunstancias que precedieron y acompañaron al nacimiento del Mesías; segunda las manifestaciones de los ángeles; tercera la conducta de los pastores. De ellas voi pues á hablaros, hijos mios, en la instruccion presente; y concluiré diciéndoos una palabra sobre el silencio de María en medio de tantas maravillas.

I.

3. El Evangelista San Lúcas comienza la narracion de este gran suceso con la manifestacion de una circunstancia que sirve para explicar por qué nació Jesucristo en Bethlen, y precisamente en un pesebre. "Por aquellos dias, dice en los siete primeros versículos del capítulo segundo, se promulgó un Edicto de César Augusto, mandando "empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cyrino, "*que fué despues* gobernador de la Syria: y todos iban á empadronarse, cada cual á la "ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde "Nazareth, ciudad de Galiléa, á la ciudad de David llamada Bethlem, en Judéa, para "empadronarse con María su Esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándo"se allí, le llegó la hora del parto. Y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en paña"les, y recostóle en un pesebre: porque no hubo lugar para ellos en el meson."

4. Estaba escrito, amados hijos, proféticamente, como leemos en el versículo segundo del capítulo quinto de Michéas, que Bethlem de Judá seria la cuna del Redentor, pues allí habia de nacer. Ahora bien: cuando la Santísima Vírgen estaba cerca de su parto, vivia en otro lugar distante, cual era la pequeña ciudad de Nazareth; y como no tenia motivo alguno para salir de allí, sino ántes bien, su estado mismo parecia estar exigiendo la quietud, la era necesaria una circunstancia mui apremiante y ejecutiva para determinarse á peregrinar; y tal necesidad se presentó con el edicto de César Augusto, que mandaba empadronar á todo el imperio: porque debiendo registrarse los dos santísimos esposos en Bethlem de Judá, les fué necesario partir allá para cumplir aquella disposicion de la ley. Notad pues, hijos mios, cómo un emperador gentil, ageno absolutamente de la verdadera religion, por un motivo extraño á ésta, por una razon política, y aun segun algunos pretenden, por un vanidoso motivo, presentó la ocasion y coyuntura de que tuviese su mas exacto cumplimiento aquella profecía; pues como acabáis de oir, al entrar en Bethlem le llegó á la Santísima Vírgen la hora de su parto; y como no hubiese tenido mas posada que el arrimo de un pesebre, allí dió á luz al Salvador del mundo. ¡Admirable concierto de la sabiduría y el poder, que sin menoscabo alguno de la libertad humana, somete á los designios divinos la multipla y variada accion de los seres libres!

5. Lo segundo que aquí debemos admirar, es que el carácter público y universal de aquella ley, pues Augusto tenia sometida casi toda la tierra, vino á suministrar una

prueba pública y constante á la verdad de las profecías que estaban hechas y fuéron exactamente cumplidas acerca de este suceso. Daniel habia señalado el tiempo, dando por contraseña la destruccion de las antiguas monarquías y la extension universal que habia dado á sus dominios el pueblo romano, y esta prueba, corroborada por aquel célebre empadronamiento, quedó depositada desde entónces como una escritura imperecedera en el inmenso archivo de la historia. David habia dicho, aludiendo al Mesías, lo que le prometió el Señor con juramento, segun leemos en el salmo CXXXI. v. 11: "Colocaré sobre tu trono á tu descendencia." *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam.* Ahora bien: los registros públicos del imperio romano, de aquel pueblo idólatra que ningunas conexiones religiosas tenia con el judío, tienen consignados todos los hechos con que se prueba que todas las profecías fuéron exactamente cumplidas en Jesucristo: porque allí vemos que cuando nació, todas las naciones estaban sometidas á los romanos, y César Augusto era el árbitro de la tierra. Sus fechas corresponden exactamente á las semanas de Daniel, y sus atestados comprueban que tanto María como José pertenecian á la tribu de Judá y eran descendientes de la estirpe régia de David.

6. Lo tercero, mui digno de notarse aquí, es la suma pobreza y desamparo con que el Salvador entró en la tierra. Nace en un pesebre, en medio de la estacion mas rigorosa y cruel, en la mitad de la noche, sin tener donde reclinar su cabeza, es decir: sin mas abrigo que el regazo de su tierna madre: es envuelto en pañales, esto es, en unos lienzos humildísimos, que bastaban apénas para cubrir sus carnes. Estas circunstancias, que tiene tanto cuidado en referirnos el evangelista, manifiestan el espíritu de Jesucristo, prueban que inició la carrera de sus padecimientos desde que abrió los ojos de su benditísimo cuerpo á la primera luz, y que sus planes de reparacion para la humanidad corrompida, léjos de asociar los recursos humanos, eran todos de abnegacion y sufrimiento.

7. Ved pues, hijos mios, en qué tiempo, en qué circunstancias, en qué lugar y de qué modo nació el Salvador del mundo. Mézclanse aquí de una manera inseparable, por explicarme de esta suerte, las mas elevadas grandezas y las mas profundas humillaciones. ¡Qué antecedentes históricos los de este gran suceso! El vino preparándose, anunciándose y representándose de mil maneras, á cual mas espléndida, desde el orígen de la humanidad hasta el tiempo señalado con el imperio de César Augusto. Cuatro mil años habian trascurrido ya de una preparacion tan espléndida y majestuosa como la que muestran las páginas venerables de ese libro por excelencia que encierra la historia completa de la humanidad y la misteriosa marcha de sus destinos. Por otra parte, ¡qué silencio! ¡qué oscuridad! ¡qué abandono! La Madre de Dios con su castísimo esposo no hallan posada ni otro arrimo que un pesebre arruinado en Bethlem de Judá: el Verbo de Dios hecho Hombre yace desaparecido entre las pajas de aquel lugar abyecto; aquella familia que tiene arrobados á todos moradores del cielo, no fija la mirada de ningun habitante de la tierra. ¡Oh misterios incomprensibles! ¡Oh arcanos augustos de aquella sabiduría que habia de condenar la sabiduría del sabio y reprobar la prudencia del prudente! La empresa infinita de salvar al mundo, regenerar al mundo, cambiar la faz de la tierra comienza en aquel establo.

II.

8. ¿Y quiénes son, decidme, los intérpretes de aquel desconocido Rei cerca de los hombres? ¿Acaso los personajes mas distinguidos de la tierra? No: la nueva feliz no debia anunciarse por labios humanos..... Es necesario que nada en lo absoluto eclipse la brillante luz que tiene allí su oriente; es necesario que todo sea digno, y por tanto, el Señor emplea con tal objeto el ministerio de los ángeles, y éstos buscan entre los hombres aquellos que por la sencillez y candor de su alma sean los mas á propósito para recibir la venturosa noticia, y á su turno comunicarla. "Estaban velando "en aquellos contornos, dice el evangelista San Lúcas á continuacion, unos pastores, "y haciendo centinela de noche sobre su grei. Cuando de improviso un ángel del Se"ñor apareció junto á ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual los lle"nó de sumo temor. Díjoles entónces el Angel: "no temeis que temer, pues vengo á da"ros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es que hoi os ha nacido en "la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, Señor. Y sírvanos de seña, que ha"llarêis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre."

9. ¡Qué coloquio este, mundos hijos! ¡qué interlocutores! ¡qué lenguaje! ¡qué cuadro! ¡Crepúsculo feliz del gran dia de la restauracion del mundo, si el hombre ciego no se apercibe de tí ó te confunde, dará un paso el tiempo, y el universo convertido te saludará por todos los siglos con el acento de la gratitud y las emociones tiernas y sublimes de la piedad! Si Jesucristo, hijos mios, hubiera sido un filósofo que apareciese con la mira fastuosa de ilustrar al mundo; si hubiera sido un conquistador que acometiese la empresa de someter todas las sociedades á su imperio, sus medios de accion habrian sido á la verdad muí diversos. En el primer caso buscaria las conexiones mas valiosas en el vasto campo de las letras, y señalaria como requisito indispensable de admision á su escuela la claridad de los talentos, el despejo de la razon, las maravillosas dotes del genio: en el segundo haria ostentacion de su poder y de su fuerza entre lo mas poderoso de la tierra, emplearia los tesoros y las armas, buscaria los opulentos y los esforzados, y al iniciar su empresa reconcentraria sobre sí las miradas de los pueblos. ¿No es este el cuadro que hasta entónces habia presentado la vanidad de la ciencia en aquella fastuosa galería de filósofos, y la sed insaciable de dominacion entre aquellos memorables conquistadores? Mas no es así como procede Jesucristo: pretende curar, y esto radicalmente, la enfermedad crónica de un mundo postrado por cuarenta siglos en un lecho de flores, bajo las ricas decoraciones de las artes y con toda la pompa de las riquezas y de los placeres, y por lo mismo necesita echar mano, como de unos verdaderos antídotos, de los medios contrarios á todas las causas de aquella inmensa postracion. El orgullo de la ciencia preparó y el amor de los placeres consumó la ruina de la inocencia primitiva en la dichosa cuna del género humano: un Angel de tinieblas tentó el orgullo de la inteligencia, prometiendo al hombre la ciencia del bien y del mal y el rango de todo un Dios; un Angel de luz buscará lo mas oscuro, lo mas simple, para comenzar la grande obra del remedio. He aquí lo que precisamente sucedió. En los momentos de anunciarse al mundo la inefable nueva del nacimiento del Mesías, el mundo

era tributario de aquella Roma, sabidada por la lisonja del genio como la dominadora sin límites y la ciudad eterna. Este sueño de entusiasmo poético tenia en aquellos momentos las apariencias seductoras de una plena realizacion: Augusto, sentado en el trono de Roma, recibia los tributos de mil pueblos sometidos á su imperio: lucian como trofeo de aquella universal conquista todos los monumentos de las antiguas glorias: la elocuencia vigorosa y varonil de Grecia y Roma en sus épocas mas ilustres parecia ornar las últimas extremidades del pedestal sobre que se levantaba aquel trono; y para que nada faltase á los prestigios de la gloria humana, un conjunto de circunstancias inauditas inspiraron entónces á la vanidad para caracterizar aquella época, con todo el énfasis del orgullo, con el mentido título de siglo de oro. Pues bien, hijos mios; todo aquel aparato de genios, de talentos, de artistas, de poetas, de guerreros, de magnates; todas aquellas magnificencias romanas, cuyos restos aun hoi dia parecen argüir de mezquindad y pequeñez á todas las artes modernas, cuyas ruinas tiradas con cierta especie de dignidad en un campo desierto inspiran todavía y hacen palpitar el corazon de los que solo estudian las obras del hombre; todo esto no mereció entónces al Angel del Señor ni una mirada. Como si nada hubiese habido en el mundo, se fijó exclusivamente en aquellos humildes habitadores de la campiña, en aquellos custodios rústicos de un ganado, en aquellos pastores que, viviendo en el imperio mas grande que presenta la historia, no tenian recuerdos, entusiasmo ni pasiones sobre esta magnífica nada que hacia las delicias de millones de hombres: solo conocian á su Dios, á su familia, su pequeña comarca y su grei; hé aquí toda su ciencia. Ved, pues, ahora cómo en este pequeño círculo de ideas cabe la magnífica revelacion de un Príncipe celestial.

10. Qué importa que estos rústicos pastores no estuviesen favorecidos con la claridad de la ciencia humana, cuando para prepararles á escuchar la gran manifestacion, el Angel les inunda todos en el esplendor de los cielos? "Cercólos con su resplandor una luz divina," dice el Evangelista: *Claritas Dei circumfulsit illos.* ¿No es cierto, decidme, que con solo esto tuvieron aquellas felices almas por el lado de la inteligencia una superioridad incontestable sobre todos los filósofos, sobre todos los sabios que habia entónces en el universo? ¡Oh caminos inescrutables y maravillosos del Señor en sus designios! Pero no nos detengamos aquí. Esta luz, bello símbolo de la gracia que previene, ha menester de una naturaleza dócil y sumisa para producir sus efectos. Pues bien: ¿qué habria sucedido, decidme consultando á vuestras noticias y experiencia, si este fenómeno divino, por explicarme así, en vez de aparecer bajo la mirada de unos humildes pastores, hubiese sorprendido á los sabios? ¿Qué? herir su curiosidad, dar una ocasion de vanidad á su orgullo, inspirar brillantes y mentirosos discursos, entretener la frivolidad de una sociedad ligera. Allí hubiera sido el empleo de los instrumentos, la formacion de las hipótesis, el trabajo exquisito de las conjeturas, la pompa del lenguaje, la ingeniosidad de los discursos, y todo cuanto querais; pero ménos la verdad, ménos la virtud, ménos la fe, ménos la religion. Dejad empero esta clase de espectadores, y volveos á los escogidos para recibir aquella luz celestial. ¡Qué efecto produjo tan rara maravilla en sus almas! "Los llenó de temor, dice el Evangelista: *timuerunt timore magno.*" Ved aquí la mas feliz correspondencia, el efecto mas propio de aquella gracia y el me-

dio mas eficaz para recibir otras nuevas. Ya sabéis que el temor de Dios es un título de ventura: "Bienaventurado el hombre que teme al Señor, decia David; porque es muí solícito en cumplir sus santos preceptos." Y el Sabio dejó escrito que "el principio de la sabiduría es el temor del Señor." De hecho, hijos mios, el Angel, prendado de una disposicion tan feliz, quita del corazon de sus oyentes todo linaje de turbacion y de alarma con estas palabras: "no temáis;" y cuando ya les restituye la mas plena quietud, los da la dichosa nueva, les invita para que vayan á rendir sus tributos al Mesías, dándoles las señas competentes para que le hallen, pues es el único, entre los nacidos en aquellos lugares, reclinado en un pesebre: "Hallaréis al Niño, les dice, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre: *Invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.*

11. Dijo, terminó con esto su alocucion á los pastores y al instante el cuadro toma proporciones inmensas; pues, como dice el Evangelista, "al punto mismo se dejó ver "con el Angel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: "Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena "voluntad." ¡Cómo explicar, hijos mios, cómo pintar la grandeza de esta manifestacion angélica de paz y de gloria! ¡Qué espectáculo el de la naturaleza en aquel momento! Era la media noche, un instante en que todos los hombres, rendidos á las fatigas diversas de la vigilia, tomaban el descanso; el sueño, difundido por todos, parecia dejar al mundo sin habitantes; el objeto que allí se presentaba, no tenia mas espectadores que aquellos custodios de ganado que se alternaban en la vigilia. En los momentos mismos en que el sueño de la naturaleza parecia simbolizar el inmenso letargo de la culpa y la muerte moral de un mundo que yacia en las tinieblas, la concertada voz de millares de ángeles saludó al advenimiento de la gloria y de la paz, con motivo del Niño que acaba de nacer. Aquel nacimiento era sin duda una gloria por entero, una gloria digna de Dios: aquel nacimiento rompe las ligaduras de un mundo atado por cuarenta siglos y sumergido en las prisiones: aquel nacimiento anuncia el desagravio de un Dios de justicia, la reaparicion de la alianza interrumpida por la culpa, la inauguracion del reino de la verdad en la tierra, el noble orígen de una generacion de virtudes que el mundo no conocia. Este nacimiento cierra la puerta del abismo, hace caer de la cerviz abyecta del hombre su antiguo hereditario yugo, descorre los velos para que aparezca y se manifieste la Sabiduría del Altísimo, borra las figuras con la presencia de la magnífica realidad, y viene á dar á Dios el único título que podia faltarle, como lo hace notar un sabio Pontífico, el título de Salvador de los hombres. Mas no se trata solo de la gloria de Dios, no se trata únicamente de iluminar con aquel esplendor nuevo las alturas inaccesibles en que reside; pues el que acaba de nacer, aquel niño reclinado entre pajas, tiene depositada en sus manecitas toda la felicidad del universo: porque aparece, no solamente como el esplendor de la gloria del Padre, sino como el dispensador de la gracia, como el Príncipe de la paz: *Princeps pacis.* Sí, amados hijos, en Jesus está la paz, y solo él podia reconciliar al hombre con Dios, con el prójimo y consigo mismo. Una triple guerra despedazaba á toda la la humanidad: la guerra impía que falseaba con su politeismo, con su bárbaro culto, con sus inmundas deidades, con sus atroces

y vergonzosos sacrificios al único verdadero Dios; la guerra del hombre contra el hombre, que tiranizaba la familia y habia desconcertado y enteramente destruido los principios de la sociedad: la guerra del hombre consigo mismo, arrastrado fatalmente por el torbellino de sus pasiones en el inmundo fango de los vicios y de los crímenes. Guerra con el cielo, guerra en la tierra, guerra incesante, guerra universal, guerra sin esperanza: hé aquí el estado de la humanidad. Pues bien: aquel Niño mal cubierto con unos miserables paños, temblando de frio en la mas cruda noche del invierno, ignorado hasta de los mas inmediatos á su miserable cuna, trae consigo la paz: paz con Dios, cuyo brazo quedará desarmado y cuya alianza con el hombre quedará restablecida; paz con el hombre, que se unirá de nuevo con el suave y estrecho vínculo del amor bajo el influjo poderoso de una Lei de gracia; paz consigo mismo, mediante la reconquista del imperio del espíritu sobre la carne con la doctrina, el ejemplo y el sacrificio del Redentor.

III.

12. Concluido su cántico misterioso y divino, los ángeles desaparecieron de la vista de los pastores. Estos inmediatamente fuéron á postrarse ante aquella pobre cuna, que su fe vió trasformada en un trono de luz y de gloria: "Vamos hasta Be-"thlem, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha "manifestado," dijeron todos, y dicho esto, vinieron á toda prisa: y hallaron á María y "á José, y al Niño reclinado en el pesebre, y viéndole se certificaron de cuanto se les "habia dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron: y tam-"bien de lo que les habian dicho los pastores. María empero conservaba todas estas co-"sas dentro de sí, ponderándolas en su corazon."

13. Así concluye, hijos mios, el evangelista San Lúcas la narracion del Nacimiento del Mesías, de este suceso que dió principio á una nueva Era, á un órden nuevo de acontecimientos, á una revolucion inmensa que iba á producirse en la tierra. ¡Qué no podria deciros de este homenaje de los pastores, de ese primer acto del culto soberano del Mesías ya nacido; de aquel pesebre misterioso, que podemos considerar, en fuerza del grande acontecimiento que se verificó en él, como el primer templo cristiano? ¡Qué lecciones no pudiera sacar yo del ejemplo de aquellas almas sencillas y fieles para ilustrar las vuestras en el gobierno de vuestra conducta religiosa! ¡Qué fe tan viva! la luz de Dios penetra sus almas de un santo temor. ¡Qué docilidad tan maravillosa! las palabras del Angel quitan á este sentimiento todo lo que sobresalta y conturba. ¡Qué amor! en el momento mismo que los ángeles desaparecen de su vista, desaparecen tambien ellos de su campo, y lo dejan todo para ir á adorar al Salvador. ¡Qué espíritu! en lugar de sorprenderse con aquellas apariencias miserables y humildes, reconocen toda la verdad que acaba de anunciárseles; es decir: creen, confiesan y adoran en aquel niño al Hombre-Dios, al Mesías prometido, al Rei Eterno de los cielos y de la tierra: *Cognoverunt de verbo, quod dictum erat illis de puero hoc.* ¡Qué celo! parten á publicar por todas partes la gloria del Señor, y con la circunstanciada noticia del suceso trasmiten sus sentimientos de admiracion á cuantos lo ignoraban: *et omnes qui audierunt mirati sunt.*

14. ¿Y el silencio de María! ¡y aquella presencia callada y recogida de los mas por-

tentosos sucesos! ¡Ah, hijos mios! ¡Qué tipo tan acabado y verdaderamente inimitable de prudencia, de sabiduría y de santidad! ¡Qué no era necesario para enmudecer á la vista de tan grandes maravillas! Ellas, publicando la gloria del Hijo, anunciaban las grandezas de la Madre; y sin embargo, la tierna Vírgen guarda todas estas cosas en lo mas íntimo de su alma: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.*

15. ¡Cuántas lecciones no encierran las pocas líneas empleadas por el evangelista San Lúcas en referir el grande suceso del Nacimiento del Hijo de Dios! Aquí vemos cómo el Señor hace servir á sus designios eternos, á sus planes divinos acerca de la redencion del mundo, los acontecimientos mas libres y al parecer mas accidentales; pues el edicto de un emperador gentil sirve de motivo eficaz para que María se encuentre en la ciudad de Bethlem en los momentos de su parto, y de esta suerte sean cumplidas á la letra las profecías. Este nacimiento en medio de la pobreza, en tan despreciable lugar y con tan absoluto desamparo, manifiesta el espíritu de una religion que levanta sobre la humildad el edificio de la gloria, y destina la bienaventuranza para los pobres de espíritu, los que han hambre, los que lloran y los que padecen la persecucion. Este primer anuncio de la venida de Jesucristo hecho por un ángel á los sencillos habitadores de los campos, es un hecho práctico cuya explicacion quedaba reservada y aplazada para aquel dia en que este mismo Dios-Hombre diese las gracias á su Padre, por haber franqueado á las inteligencias simples de los humildes la revelacion de los arcanos augustos, que habian de quedar encubiertos á la presuntuosa razon de los sabios y prudentes del siglo. Este sentimiento de temor santo de que se muestran penetrados los pastores, así como la fe absoluta que prestan á la palabra del Angel, la prontitud con que acuden á presentarle los tributos de su piedad, y el celo con que publican la gloria de Dios en tan grande acontecimiento, es una escuela práctica de virtud para todos los hombres. Y este silencio de María, testigo de tantas glorias, que no bastan á desplegar sus labios, y que guarda en su corazon para nutrir su pensamiento y su piedad, es un carácter tan singular y único, tan sencillo y sublime al mismo tiempo de aquella Vírgen excelsa, que solo esto basta para para inspirar á todos los sabios y edificar á todos los santos.

16. Sea pues, hijos mios, este santo misterio un tesoro de sentimientos y de afecto, un estímulo de virtudes, un incendio de amor que abrase vuestro corazon. ¡Delices vosotros, si repasando en vuestra memoria esta gloriosísima página de la historia de nuestra libertad, no solamente os ilustráis con la doctrina, sino tambien os fecundáis con el don infinito, mostrándoos reconocidos al Verbo Eterno que tomó para sí nuestra pobre naturaleza con el fin de salvarla de la muerte eterna y de la corrupcion temporal, y cooperáis á esta gracia con vuestra fidelidad en cumplir la divina Ley! Si así fuere, y si nunca interrumpis esta carrera, estad seguros de que, como cumplió sus promesas viniendo por fin al mundo, realizará tambien vuestras esperanzas fundadas en su palabra, coronando vuestras virtudes en la gloria.

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR Y SU SANTO NOMBRE.

Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo priusquam in utero concíperetur.

Llegado el dia octavo, en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre *Jesus*, nombre que le puso el Angel ántes que fuese concebido.

Luc. Cap. II, v. 21.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, el dogma de la Natividad de nuestro Señor, que con el de su Encarnacion divina forma el tercer artículo del símbolo católico, pudiera yo muy bien pasar desde luego á explicaros el misterio de su Pasion y muerte, objeto del cuarto artículo; pues mi principal intento en esta primera parte de mis instrucciones pastorales, ha sido, como sabéis, tratar de los principales misterios de nuestra santa Fe, contenidos en el expresado símbolo. Mas yo he querido, sin embargo, por creerlo así de mayor provecho para vosotros, extender mi exposicion á ciertos puntos de la doctrina católica, que al mismo tiempo sirven para ligar el dogma con la historia y para ilustrar este mismo dogma con la relacion de ciertos hechos que deben ser vistos, ya como los antecedentes ya como las consecuencias precisas de cada uno de los artículos dogmáticos. Así, por ejemplo, en mis cuatro últimas instrucciones habéis visto que las tres primeras, relativas á la Visitacion, nacimiento del Bautista y perplejidad de José, al paso que sirven para unir históricamente la Encarnacion y la Natividad de Jesucristo como sucesos intermedios, derraman una mas copiosa luz acerca de la primera, y magníficamente preparan la segunda. De la misma manera, una vez explicado este misterio, es preciso seguir sus consecuencias, y tanto mas cuanto que, te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tentosos sucesos! ¡Ah, hijos mios! ¡Qué tipo tan acabado y verdaderamente inimitable de prudencia, de sabiduría y de santidad! ¡Qué no era necesario para enmudecer á la vista de tan grandes maravillas! Ellas, publicando la gloria del Hijo, anunciaban las grandezas de la Madre; y sin embargo, la tierna Vírgen guarda todas estas cosas en lo mas íntimo de su alma: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.*

15. ¡Cuántas lecciones no encierran las pocas líneas empleadas por el evangelista San Lúcas en referir el grande suceso del Nacimiento del Hijo de Dios! Aquí vemos cómo el Señor hace servir á sus designios eternos, á sus planes divinos acerca de la redencion del mundo, los acontecimientos mas libres y al parecer mas accidentales; pues el edicto de un emperador gentil sirve de motivo eficaz para que María se encuentre en la ciudad de Bethlem en los momentos de su parto, y de esta suerte sean cumplidas á la letra las profecías. Este nacimiento en medio de la pobreza, en tan despreciable lugar y con tan absoluto desamparo, manifiesta el espíritu de una religion que levanta sobre la humildad el edificio de la gloria, y destina la bienaventuranza para los pobres de espíritu, los que han hambre, los que lloran y los que padecen la persecucion. Este primer anuncio de la venida de Jesucristo hecho por un ángel á los sencillos habitadores de los campos, es un hecho práctico cuya explicacion quedaba reservada y aplazada para aquel dia en que este mismo Dios-Hombre diese las gracias á su Padre, por haber franqueado á las inteligencias simples de los humildes la revelacion de los arcanos augustos, que habian de quedar encubiertos á la presuntuosa razon de los sabios y prudentes del siglo. Este sentimiento de temor santo de que se muestran penetrados los pastores, así como la fe absoluta que prestan á la palabra del Angel, la prontitud con que acuden á presentarle los tributos de su piedad, y el celo con que publican la gloria de Dios en tan grande acontecimiento, es una escuela práctica de virtud para todos los hombres. Y este silencio de María, testigo de tantas glorias, que no bastan á desplegar sus labios, y que guarda en su corazon para nutrir su pensamiento y su piedad, es un carácter tan singular y único, tan sencillo y sublime al mismo tiempo de aquella Vírgen excelsa, que solo esto basta para para inspirar á todos los sabios y edificar á todos los santos.

16. Sea pues, hijos mios, este santo misterio un tesoro de sentimientos y de afecto, un estímulo de virtudes, un incendio de amor que abrase vuestro corazon. ¡Delices vosotros, si repasando en vuestra memoria esta gloriosísima página de la historia de nuestra libertad, no solamente os ilustráis con la doctrina, sino tambien os fecundáis con el don infinito, mostrándoos reconocidos al Verbo Eterno que tomó para sí nuestra pobre naturaleza con el fin de salvarla de la muerte eterna y de la corrupcion temporal, y cooperáis á esta gracia con vuestra fidelidad en cumplir la divina Ley! Si así fuere, y si nunca interrumpis esta carrera, estad seguros de que, como cumplió sus promesas viniendo por fin al mundo, realizará tambien vuestras esperanzas fundadas en su palabra, coronando vuestras virtudes en la gloria.

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR Y SU SANTO NOMBRE.

Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo priusquam in utero concíperetur.

Llegado el dia octavo, en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre *Jesus*, nombre que le puso el Angel ántes que fuese concebido.

Luc. Cap. II, v. 21.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, el dogma de la Natividad de nuestro Señor, que con el de su Encarnacion divina forma el tercer artículo del símbolo católico, pudiera yo muy bien pasar desde luego á explicaros el misterio de su Pasion y muerte, objeto del cuarto artículo; pues mi principal intento en esta primera parte de mis instrucciones pastorales, ha sido, como sabéis, tratar de los principales misterios de nuestra santa Fe, contenidos en el expresado símbolo. Mas yo he querido, sin embargo, por creerlo así de mayor provecho para vosotros, extender mi exposicion á ciertos puntos de la doctrina católica, que al mismo tiempo sirven para ligar el dogma con la historia y para ilustrar este mismo dogma con la relacion de ciertos hechos que deben ser vistos, ya como los antecedentes ya como las consecuencias precisas de cada uno de los artículos dogmáticos. Así, por ejemplo, en mis cuatro últimas instrucciones habéis visto que las tres primeras, relativas á la Visitacion, nacimiento del Bautista y perplejidad de José, al paso que sirven para unir históricamente la Encarnacion y la Natividad de Jesucristo como sucesos intermedios, derraman una mas copiosa luz acerca de la primera, y magníficamente preparan la segunda. De la misma manera, una vez explicado este misterio, es preciso seguir sus consecuencias, y tanto mas cuanto que, te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niendo Jesucristo para nosotros el doble carácter de Salvador y Maestro, no basta, para la plena instruccion en la doctrina, mostrar el dolorosísimo y sangriento modo con que llenó el primero de estos destinos, sino que al mismo tiempo conviene verle aparecer como la luz que disipa las tinieblas de la ignorancia, ya con su doctrina ya con su ejemplo, desde los primeros instantes de su vida.

2. Antes pues de pasar á explicaros el cuarto artículo del Credo, me propongo instruiros acerca de los principales sucesos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, hasta llegado el tiempo de su Pasion. El primero de estos sucesos es el de su Circuncision, con la cual, sometiéndose á la Ley antigua, se mostró como un tipo el mas acabado de obediencia, unió esta ceremonia de la Ley antigua con el Bautismo de la Ley nueva, inició su carrera dolorosa vertiendo las primeras gotas de sangre por la salud del mundo, y recibió, como estaba predicho y mandado, el misterioso, augusto y omnipotente Nombre de JESUS. El Evangelista San Lúcas, inmediatamente que concluye la relacion del Nacimiento del Mesías, continúa su historia refiriendo el suceso dicho en los términos siguientes: "Llegado el dia octavo, en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto "por nombre Jesus, nombre que le puso el Angel ántes que fuese concebido." *Et postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo priùs quàm in utero conciperetur.*

3. Dos cosas pues hai que considerar aquí distintamente: la Circuncision del Señor y el Nombre que en ella recibió; porque, si hablando en general, esta ceremonia lo comprende todo, y no hai motivo para una separacion metódica, no sucede lo mismo con Jesucristo Señor nuestro; pues tanto en el hecho de haberse sometido á la ley de la circuncision cuanto en el nombre altamente significativo, que segun las instrucciones del Angel le puso José, hai grandes misterios que no se deben confundir. Voi pues, hijos mios, á tratar aquí de las dos cosas, hablando en primer lugar de la Circuncision, y en segundo del Santo Nombre de Jesus.

I.

4. Tenia noventa y nueve años Abraham, hijos mios, cuando le apareció el Señor, y despues de manifestársele como el Dios Todopoderoso y mandarle que se portase como siervo fiel y fuese perfecto, le ofreció confirmar su alianza con él, haciéndole padre de muchas naciones: le mudó el nombre de Abram en Abraham, aumento que mostraba la prodigiosa fecundidad de aquel patriarca: hízole cabeza de muchos pueblos y vástago de muchos reyes: aquel pacto del Señor se extenderia por toda la posteridad de Abraham en alianza sempiterna, y éste y sus descendientes serian dueños de toda la tierra de Chanaan. Mas le previno que él tambien guardase su pacto, y añadió: "Este es el "pacto mio que habéis de observar entre mí y vosotros, así tú como tu descendencia "despues de tí: todo varon entre vosotros será circuncidado: circuncidaréis vuestra car-"ne, en señal de alianza contraida entre mí y vosotros. Entre vosotros, todos los infan-"tes del sexo masculino, á los ocho dias *de nacidos*, serán circuncidados, de una y otra "generacion: . . . . . y estará mi pacto *señalado* en vues-

"tra carne para *denotar* la alianza eterna *que hago con vosotros*. Cualquiera del sexo "masculino, cuya carne no hubiere sido circuncidada, será su alma borrada de su pue-"blo: porque contravino á mi pacto."

5. Estas palabras vertidas por el mismo Dios, y que leemos en el capítulo XVII, versículos 10 y siguientes hasta el 14 del Sagrado Libro del Génesis, nos dan cuanta instruccion pudiéramos apetecer acerca del orígen, objeto, sugeto y efectos de la circuncision. Su orígen no podia ser mas santo, pues tiene al mismo Dios por instituyente: su objeto no podia ser ni mas noble, ni mas grato, pues consistia nada ménos que en un perdurable signo de alianza celebrada entre Dios y los hombres. El sugeto de esta santa ceremonia era el varon y no la hembra, porque la incision habia de hacerse en aquella parte del cuerpo viril que sirve á la generacion. Sus efectos están perfectamente marcados, así en las consecuencias de aquella alianza cuanto en el anatema que pronuncia el Señor contra el varon cuya carne no hubiese sido circuncidada. Es decir, la circuncision era en los varones un requisito indispensable para la vida del espíritu y la vida social; pues por ella se cumplian las condiciones puestas por Dios al otorgamiento de aquella gracia que borra el pecado original, y á las promesas que acababa de hacer á su pueblo en los términos que habéis visto.

6. Era la circuncision, ademas de esto, una figura profética, es decir, una ceremonia representativa del santo Bautismo. Así como por aquella el circuncidado quedaba libre de la herencia de la primera culpa, del mismo modo en el Bautismo, quien le recibe queda libre del pecado original. Así como por aquella el circuncidado quedaba inscrito en el pueblo de Dios, gozaba de su pacto y esperaba la consecucion de sus promesas; del mismo modo en el Bautismo recibimos el ser de gracia, nos hacemos discípulos y súbditos de Jesucristo, adquirimos los derechos de la nueva alianza y esperamos la felicidad de la eterna. Mas como la circuncision era una simple forma, y el santo Bautismo es la realidad figurada, no debemos confundir una cosa con otra, y así es muí conveniente hacer notar sus diferencias mutuas. La circuncision no comunicaba gracia por sí, no tenia fuerza intrínseca de purificar: era una cosa mandada, una condicion puesta, pero no una virtud intrínseca. La gracia la daba Dios nuestro Señor á la fe en el futuro Redentor; y por esto en los adultos no bastaba la circuncision para quedar enteramente limpios de todo pecado personal; porque si el que la recibia estaba ligado con culpas graves, necesitaba purificarse con la penitencia, lo cual no sucede en el santo Bautismo; pues como lo teneis bien sabido, quita por su intrínseca virtud, no solamente el pecado original, sino cualquiera otro si le halla. La circuncision obligaba únicamente á los varones; pues como no tenia fuerza intrínseca de comunicar gracia, pudieron salvarse sin ella los justos, ascendientes de Abraham, y podian salvarse tambien las mujeres: mas el Bautismo, como tiene una virtud intrínseca, obliga de tal suerte y con tanta universalidad, que sin él, como lo enseñó el mismo Jesucristo, nadie puede entrar al reino de los cielos. Sea el bautismo de agua, sea el bautismo de sangre derramada por la confesion de la fe, sea el bautismo de fuego, esto es, de esa llama pura que consumiendo todo lo terreno, abrasa el alma en el amor divino y la enciende en vehementísimos deseos de recibir el sacramento, siempre sucede que el Bautismo es la única

puerta por donde puede entrarse en la alianza de Dios, en la vida de la gracia y en la sólida esperanza de la gloria. La circucision habia de hacerse al octavo dia del nacimiento, lo cual se mandó, como lo advierten los intérpretes sagrados, porque siendo una operacion dolorosa, pues consistia en romper, ya con filo de pedernal ya con cuchillo de fierro, la delicada piel de una parte sensibilísima del cuerpo, hubiera sido mui arriesgado practicarla en el acto del nacimiento, por ser la criatura demasiado tierna y mui fácil que muriese de la herida; y no se dejó para mas tarde, por la suma importancia de aquella ceremonia, si no es cuando habia justos motivos para diferirla. No sucede lo mismo en el Bautismo; pues como bien lo sabeis, no tiene, como la circuncision, el término fijo de ocho dias, sino que puede administrarse desde luego.

7. Visto pues, hijos mios, lo que era la circuncision en su orígen, en su objeto, en sus efectos y en sus mismas ritualidades, sus relaciones de semejanza con el santo Bautismo y sus diferencias varias, réstame solo hablar de aquella santa ceremonia con relacion á Jesucristo Señor nuestro.

8. Como ella fué instituida como signo de perdurable alianza, y esto no tenia lugar respecto de Jesucristo, pues como bien sabeis, es el Unigénito del Padre, claro es que por este respecto no estaba sometido á la ley de la circuncision. Tampoco lo estaba en fuerza de la necesidad, pues no participaba su naturaleza humana del reato de la primera culpa. No habiendo pues necesidad ni obligacion de ningun género en nuestro Señor Jesucristo, ¿por qué causa, me dircis, quiso someterse á la dolorosa y humillante ley de la circuncision? He aquí una cuestion de la mas elevada importancia, que por lo mismo no debiló proponerme; pues en su esplicacion está toda la médula de la doctrina y todo el fondo del misterio.

9. Jesucristo Señor nuestro en todo lo que quiso practicar durante su vida mortal en la tierra, no se propuso jamas otra consideracion ni tuvo mas motivos para obrar, que la gloria de su Padre y la felicidad del mundo. Hé aquí por qué nada importaba para su caridad infinita el hecho de no tener absolutamente ninguna obligacion de circuncidarse; pero como si era esto de suma trascendencia en el desarrollo de sus planes de misericordia para con los hombres, del cual habia de resultarle á Dios tanta gloria, se sometió con todo conocimiento, deliberacion y voluntad á la ley de la circuncision. Digo con todo conocimiento, deliberacion y voluntad, porque aunque niño de ocho dias de nacido, poseia la razon con todas sus luces, la libertad en toda su perfeccion en fuerza de la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la Persona única del Verbo: esto supuesto, y siguiendo la pauta que nos han dejado trazada sobre este punto los Santos Padres y sabios intérpretes de la Escritura, voi á mostraros en pocas palabras los principales motivos que tuvo Jesucristo para someterse á la dura ley de la circuncision.

10. El primer motivo fué dar un testimonio solemne, auténtico, legal y público á la realidad de su naturaleza humana, á la existencia de su cuerpo pasible y mortal: cosa que tanto importaba para afirmar en la tierra su institucion divina, y prevenir armas eficacísimas contra los enemigos de su reino. Así es que, cuando el infierno vomitó aquellos herejes que combatieron con tal pertinacia el dogma de la santa Humanidad de Jesucristo, su Circuncision fué un hecho incontestable, la herida de aquella carne divina y la vista de aquella sangre preciosa una prueba física, una prueba material, un argumento palpable contra todo linaje de cavilaciones.

11. El segundo motivo de la Circuncision fué quitar al pueblo judío todo pretexto de incredulidad, y á su ceguedad futura toda excusa. Si Jesucristo no se hubiese circuncidado, habrian dicho los judíos que no pertenecia á su raza, que no traia su orígen de Abraham, ó que, aun en caso de traerlo, estaba segregado del pueblo escogido, y no podia ser objeto de las promesas. Mas al contrario, cuando á todos los rasgos históricos del Mesías, á la bien eslabonada cadena de su ascendencia, al exactísimo cumplimiento de todas las señales con que la futura fe del género humano estaba prevenida para reconocer y adorar al Mesías, se agregaba el hecho importantísimo de la Circuncision, ¿qué recurso pudiera ni pudo haber quedado á la pasmosa dureza é inconcebible pertinacia del pueblo judío?

12. El tercer motivo de la Circuncision fué para Jesucristo el iniciar con su ejemplo el magisterio divino que venia á ejercer en la tierra como Luz eterna de Dios, cuyos rayos habian de disipar en el mundo todas las tinieblas. Pasados treinta años, diria este mismo Niño á toda la humanidad en la persona de sus oyentes: "No imagi-"neis que haya venido yo á destruir la Ley: no vine á destruirla, sino á darla *toda su* "*plenitud*:" y este oráculo recaeria sobre el ejemplo de una vida cuyo primer acto solemne fué un espontaneo tributo á la santidad de la Ley.

13. El cuarto motivo de la Circuncision, fué abrir con una página de sangre su carrera de Salvador del mundo. Escrito estaba que haria este gran bien con una pasion dolorosa y una muerte de cruz; y cual si le hubiese parecido tarde la distancia de treinta y tres años, ó si hubiese querido al impulso de su amor apresurarse á probar el cáliz que mas tarde habia de apurar hasta las heces, quiso aparecer delincuente, ó como dice San Pablo, tomar la forma del esclavo, cargando sobre sí el inmenso peso de la culpa, sufrir la humillacion de aquella ceremonia y dejar caer las primeras gotas de su sangre como la prenda anticipada de su futuro sacrificio.

14. El quinto motivo que tuvo Jesus para someterse á la ceremonia repetida, fué poner un digno término por sí mismo á la Ley profética y figurativa, que llamamos por esta causa, *vieja ó antigua*, y abrir el curso de la Era nueva, de la época de gracia y plenitud, y preparar en esta parte la institucion del Bautismo y demas sacramentos. Jesucristo Señor nuestro es, como bien lo sabeis, el centro único de todos los acontecimientos que abraza la historia de la religion y de la humanidad relativamente á sus últimos destinos. Toda la historia antigua, desde su primera hasta su última página, tiene por objeto al Redentor: ya trasmitiendo las divinas manifestaciones que le prometen, ya recogiendo los magníficos oráculos que le anuncian, ya trazando los caractéres de los altos personajes que le figuran, ya señalando y explicando las instituciones y describiendo la pompa de las ceremonias que le representan, ya por último siguiendo con fidelidad la marcha de las generaciones que le preparan, toda ella se refiere al Mesías. Viniendo el Mesías, desaparece la figura en presencia de la realidad; huye la sombra delante de la luz; el descarnado bosquejo toma sus robustas formas y su propio colorido;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el anuncio desaparece con su carácter profético una vez cumplido, y reserva, solo en calidad de testimonio, su carácter histórico: por último, la Lei puramente figurativa y ceremonial se queda tras de los quicios del antiguo templo, para ceder el campo á la Lei moral, puesta en los últimos ápices de su perfeccion por el ministerio de Cristo. Ahora bien, hijos mios: como en el Divino Mesías habia de tocar á su término toda la Lei antigua, y esta Lei era tan digna, tan santa y augusta, preciso era que tuviese un término digno de su principio, y por esto en todas sus partes vino terminando en la misma Persona del Mesías. El se circuncidó pues, para que cesase respecto de los suyos la lei de la circuncision, y sucediese, como lo predicaba el apóstol San Pablo, á la circuncision de la carne la circuncision del espíritu: circuncision, hijos mios, mas dolorosa, mas difícil y al mismo tiempo mas digna y gloriosa que la primera. "Nosotros, decia, "somos la verdadera circuncision, que servimos á Dios en espíritu y nos gloriamos en "Jesucristo, y no ponemos nuestra confianza en la circuncision de la carne." "En "Cristo sois circuncidados, decia en otro lugar, no con cuchillo material que corta parte de vuestra carne, sino con aquel cuchillo de piedra viva, que es el mismo Cristo, "con el cual estáis sepultados en el bautismo."

15. Esta es, hijos mios, la realidad magnífica de aquella ceremonia antigua, el excelso fin de aquella institucion venerable, la verdadera plenitud de aquella Lei. No hai cuchillo que hiera mas solo de nuestros miembros en el Bautismo; pero hai un triple voto que forma la esencia de nuestro pacto con el Señor, pues que renunciámos al demonio, al mundo y á la carne. El dichoso mortal que habiendo renacido en el Espíritu Santo, quiere vivir siempre en la posesion de la gracia que recibe, pensar y obrar constantemente como discípulo de Jesucristo y no perder los derechos que le otorga su regeneracion espiritual, debe negarse á sí mismo, portar su cruz y seguir á Jesucristo. Castigará sus ojos, para que no entre por ellos la perdicion; castigará sus oidos, para que no le sirvan de ocasion de pecado; castigará su gusto y olfato, para que los placeres no le aduerman en el lecho de los vicios; castigará sus manos, para que no practiquen obras de iniquidad; pondrá grillos á sus piés, cuando quieran dar el paso por el detestable sendero de las pasiones; llevará sobre sí, con el santo gozo del amor y los nobles estímulos de la esperanza, la cruz de las penalidades, aflicciones y tribulaciones diversas de la vida humana, y la de la penitencia expiatoria con que se acreditará como verdadero discípulo de Jesucristo: finalmente, su vida será Jesucristo: *mihi vivere Christus est;* su gloria portar las preciosas señales de su dolorosa pasion: *Ego stigmata Domini Jesu incorpore meo porto:* su sabiduría la santa locura de la Cruz, y fuera de este signo sagrado no habrá nada capaz de recrear su corazon: *Mihi absit gloriari; nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi.*

16. Ved, pues, amados hijos, lo que es la circuncisión para Jesucristo, lo que es la Circuncision de Jesucristo para nosotros, lo que es nuestra circuncision espiritual y cuán excelente sobre la del antiguo pueblo. Ved todo lo que debemos considerar en la primera parte del gran suceso que refiere el evangelista San Lúcas en las palabras de mi texto, en el hecho de haberse sometido el Mesías á la lei de la circuncision: veamos ahora lo que debemos considerar con motivo de su Santo Nombre.

II.

17. Hablar del Santo Nombre de Jesus, amados hijos, es ahismarse en el fondo de los misterios, es tocar un punto en que se reunen todas las humillaciones y todas las grandezas, todos los sacrificios y todas las glorias. Este Nombre, con que el Hijo de Dios es designado ántes de ser concebido en el vientre de María, con que se le nombra cuando el gran misterio es anunciado á *José*, segun lo acabáis de oir, es el que vino á terminar el acto augusto y misterioso de la Circuncision. "Llegado el dia octavo en que "debia ser circuncidado el Niño, dice San Lúcas, le fué puesto por nombre Jesus, nom"bre que le puso el Angel, ántes que fuese concebido." Este es el Nombre que Dios ensalzó sobre todas las cosas, como lo cantaba proféticamente David (Ps. 137); el Nombre nuevo que el Señor mismo profirió con sus labios, segun la expresion de Isaías (XXXVI, 20); el Nombre que, solo articulado, bastaria para que el ministro del Evangelio arrojase á los demonios, como lo prometió y profetizó el mismo Jesucristo Señor nuestro; el Nombre que habia de servir á los apóstoles y discípulos del Salvador para militar gloriosamente por todos los siglos; el Nombre que habia de ser el objeto de todos los discursos y de todas las acciones de los verdaderos cristianos, segun la expresion de San Pablo; el Nombre que bastaria invocarse para producir la salvacion, como el mismo apóstol, haciendo eco á la sentencia del profeta, lo inculcaba á los romanos; el Nombre que habia justificado á los fieles, como él mismo lo enseñaba á los corintios; el Nombre omnipotente que habia de cruzar de polo á polo y atravesar los siglos triunfando de todo y haciendo inclinar ante sí al universo entero; el Nombre, finalmente, que habia de recoger en sí mismo con una comprension maravillosa, los títulos y las glorias del Salvador del mundo. Si buscamos los efectos de este nombre santo en el cielo, se nos manifiesta aplacando la ira de Dios y desarmando su brazo; si le contemplamos en la tierra, él significa todo libertad y salvacion; si vamos con el pensamiento hasta la mansion de los réprobos, este Nombre hace crugir las puertas del abismo y penetra de terror á los demonios. El Nombre de Jesus es una prenda de misericordia, como notaba en el siglo IV San Gregorio de Nicea: el Crisóstomo, le miraba como el inmenso é inagotable depósito de todos los bienes: dulce, delicioso, lleno de virtud para comunicar la fuerza, y de feliz presagio, era para el grande Agustino.

18. Que os diré pues, amados hijos, acerca de tan santo, sublime, tierno y poderoso Nombre para cumplir debidamente mi propósito? Reduciéndome, á los muí estrechos límites á que me sujeta la economía de una instruccion; pero queriendo poneros á vosotros en un camino que podáis recorrer indefinidamente con vuestro pensamiento, consideraré aquí el Santo Nombre de Jesus bajo tres puntos de vista muí fundamentales, que son: el de su propiedad, el de su grandeza y el de su comprension: el de su propiedad, porque es tan exclusivo del Redentor del mundo, que á ningun otro corresponde, ni puede corresponder jamas; el de su grandeza, porque en él están representados los portentos mayores que se admiran en todas las obras de Dios; y el de su comprension, finalmente, porque es en sí mismo un trasunto de todos los misterios de nuestro Señor Jesucristo.

19. *Jesus*, quiere decir *Salvador*. Ahora bien: ¿quién otro que Jesucristo ha merecido ni puede merecer este título? Nadie ciertamente: porque no hai ni puede haber mas que un solo Redentor. Bien está que ántes del Mesías haya llevado éste nombre alguno de los personajes bíblicos, y que despues le lleven todos aquellos que le han recibido en el santo Bautismo; pero ni en el primer caso ni en ninguno de los otros el nombre JESUS es propio del que le lleva, sino simplemente designativo. ¿Por qué? Porque ninguno de los casos dichos designa la persona de un *Salvador*. Este Nombre, señalado desde la eternidad para que le llevase en el tiempo á la faz del mundo el Unigénito del Padre cuando se hiciese Hombre para salvarnos, es eterno; pero dado al Hijo en consideracion á sus merecimientos infinitos por su sacrificio, nunca dejó de ser propio suyo: de lo cual resulta en primer lugar, que el Nombre de Jesus es eterno y propio al mismo tiempo del Mesías.

20. Pero qué! me direis, ¿no conviene igualmente al Padre y al Espíritu Santo lo que sirve de fundamento á este Nombre? Sin duda que sí; pues la fe católica nos enseña que Dios es, no solamente Criador, sino tambien Salvador: porque no solamente ha sacado al mundo de la nada, sino tambien da la gracia y perdona los pecados. Si pues el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, el Padre es Salvador, el Hijo es Salvador y el Espíritu Santo es Salvador. Mas este divino atributo, aunque comun á las tres divinas Personas, se aplica especialmente á la Segunda, por ser ésta la destinada para encarnar y redimir al mundo. Hai mas: aunque Jesus quiere decir *Salvador*, y este carácter sea de las tres divinas Personas, el Nombre de Jesus, significativo del Verbo Encarnado, de un Hombre Dios, es tan propio y exclusivo del Mesías, que no puede aplicarse ni al Padre, ni al Espíritu Santo; porque si el Padre es Dios y en consecuencia Salvador, no es Dios Hombre y en consecuencia no es Jesus; si el Espíritu Santo es Dios y por lo mismo Salvador, no es Dios Hombre y por lo mismo no es Jesus. Luego este Nombre, como designativo de la Divina Persona que se hizo Hombre para salvarnos, no conviene mas que á la Segunda; porque ella es la que encarnó, nació, padeció y murió por nosotros.

21. Ved, pues, hijos mios, cuán propio es del Mesías prometido este Nombre bendito. Es propio suyo, porque á solo él se le dió su Eterno Padre, como lo nota San Pablo. Es propio suyo, porque habiéndole recibido de su Eterno Padre, no por gracia sino por derecho, y consistiendo este derecho en su infinito sacrificio, solo él mereció tal nombre, y ninguno fuera del Mesías ha podido ni podrá merecerle. Es propio suyo, porque la gloria que tal Nombre representa y el goce que funda, es tan peculiar de Jesucristo, que con nadie absolutamente puede dividirle. Los nombres en la tierra, trayendo consigo el recuerdo y reflejando el lustre de los antepasados, hacen partir de estos la gloria y el goce que causa en los descendientes que le llevan. Mas Jesucristo Señor nuestro, léjos de gozarse en títulos de sus progenitores segun la carne, funda con sus méritos y realiza en su Persona la gloria y la felicidad de su Nombre. Este Nombre, pues, hijos mios, que para todo otro que no es Jesucristo, figura como comun, en Jesucristo es propio y exclusivo suyo, con tan admirable y única reciprocidad, que el Mesías es todo y solo del nombre *Jesus*, y este Nombre santo y dulce es todo y solo del

Mesías. Mas no nos detengamos aquí: demos un paso mas en esta consideracion devota, y veamos lo que tal Nombre representa en la categoría de la grandeza.

23. He dicho en segundo lugar, que en él están representados los portentos mayores que se admiran en todas las obras de Dios, y esto es lo que paso á manifestaros. Repasando el Profeta Rei en su mente llena de la inspiracion divina la historia futura del Mesías, aquellos prodigios estupendos que habian de señalar toda su carrera desde el instante mismo de su Encarnacion, y contemplando todas estas cosas encerradas en su nombre santísimo, exclamó: "Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu Nombre "en toda la tierra!" En estas breves palabras está encerrado un concepto del mas profundo sentido; pues nos manifiestan que el Nombre de Jesus es en primer lugar un nombre de universal soberanía; en segundo un nombre de derecho adquirido sobre toda la humanidad, y en tercero un nombre de maravillas estupendas.

24. Dos veces toma David en sus labios la palabra *Señor:* la primera en un sentido absoluto, indefinido, universal; pues dice simplemente *Señor:* la segunda vez agrega la palabra *nuestro*, diciendo, no simplemente Señor, como en la primera, sino *Señor nuestro*. ¿Y qué vemos aquí, amados hijos? Al Profeta Rei representando proféticamente en su persona á toda la humanidad creada y redimida, y por consiguiente los derechos especialísimos de Dios sobre toda ella, como su Criador y su Salvador. Cuando dice "Señor nuestro," quiere acaso aludir principalmente al Mesías prometido y significar sus especiales vínculos con toda la humanidad. Por esto en otro lugar y de una manera mas clara todavía distinguia estos dos dominios, estas dos importantes relaciones cuando exclamaba: "El Señor dijo á mi Señor: siéntate á mi diestra:" *Dixit Dominus Domino meo: sede á dextris meis*. Como si hubiese dicho: El Eterno Padre, Dios Omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, dijo á su Unigénito, que es Dios, Eterno, Inmenso, y fué enviado para tomar nuestra naturaleza humilde, vivir entre nosotros y padecer por nuestra eterna salud: "Siéntate á mi diestra." Ved pues, cómo el Santo Nombre de Jesus es representativo asimismo de un derecho adquirido sobre toda la humanidad con su sacrificio.

25. Mas no es esto solo, sino tambien un Nombre de maravillas y misterios: por lo cual es apellidado por el Profeta Rei "Admirable" con una énfasis sublime: *Quam admirabile est nomen tuum!* Ya sea que repasemos los pensamientos inspirados de los profetas cuando caracterizaban las glorias de este Nombre, ya sea que meditemos las razones ó motivos por que fué comunicado al Mesías, ya escuchemos las lecciones que al mismo propósito nos dejaron escritas en sus libros los apóstoles del Señor; donde quiera nos detendrémos extasiados á la vista de los mayores portentos.

26. El Profeta Isaías, segun leemos en el capítulo nono de su profecía, poniendo su espíritu sin duda en el establo de Bethlem para considerar al recien nacido, admira en él una maravillosa mezcla de lo mas pequeño y lo mas elevado, y canta los atributos portentosos de aquel Niño Divino: oidle. "Un *pequezuelo* ha nacido para nosotros; un "Hijo se nos ha dado, y en sus hombros se inaugura un principado; llamarase su Nom"bre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz." ¡Qué dictados! ¡qué títulos! ¡qué augustas condecoraciones! ¡qué glorias! ¡qué inauditos

portentos! Jesus es un Niño que acaba de nacer; pero un Niño en quien está la Omnipotencia, el Consejo, la Soberanía, el Principado universal y la Paz de los siglos.

27. Poniendo el Rei David en paralelo ese cúmulo inmenso de maravillas que encierra la historia del Génesis con las otras que habian de servir de asunto á los historiadores evangélicos, no duda sobreponer á los portentos de la creacion los de la salvacion del mundo: "Admirablemente habéis criado todas las cosas, dice; pero mas admirablemente las habéis reformado: *Mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti.*"

28. Si de aquí pasamos, hijos mios, á contemplar ese otro cúmulo de portentos que en su misma Persona y ser deposita el que lleva tal nombre, no nos cansarémos de admirarle á cada paso de nuestra meditacion. ¿Quién es Jesus? "Dios y Hombre verdadero," es decir, lo inaudito, lo misterioso, lo incomprensible, lo que detiene, pasma y arroba por sí mismo á los ángeles y á los hombres: ¡conjunto incomprensible y maravilloso, que asocia la humildad y la grandeza, la pequeñez y la inmensidad, lo mortal y lo eterno! Y para que el Hombre Dios apareciese en la tierra, ¿cuántas cosas fué necesario que pasasen ántes? No hablaré aquí de esos años que se cuentan por miles, todos figurativos y proféticos; de esos siglos que miden una carrera santa de misteriosa preparacion; de esos patriarcas en cuyo pecho ardia el fuego de la esperanza de un Redentor; de esos personajes que le venian figurando con mas y mas exactitud á medida que se adelataban los tiempos; de esos Nuncios inspirados que leyendo en el mas remoto porvenir, predecian al Salvador del mundo; de esas instituciones proféticas y cuanto en sí contiene relativamente á Jesus el Antiguo Testamento: hablo de lo que mas inmediato aparece á los momentos de plenitud, de la Vírgen que le concibe, del Angel que le anuncia, del primer pueblo que recibe la nueva de su llegada, y me refiero tambien á todos los misterios de su mision gloriosa. Elige la Madre de quien ha de nacer, y comienza sacándola de la ley comun, eximiéndola de la herencia y resto de la primera culpa: he aquí un portento de sabiduría y de amor, la Concepcion Inmaculada de María para ser Madre de Dios. Fija el modo con que ha de tomar para sí la naturaleza humana, y decreta un portento nuevo, que hace anunciar por Isaías: será verdadero hombre sin el concurso de varon; nacerá de una Vírgen: esta Vírgen, agraciada para darle á luz en el establo de Bethlem, inmune y libre de aquel anatema con que Dios castigó á la madre del género humano, pariria sin dolor. Al rededor de aquel pesebre se juntarian los pastores á otorgar al Mesías las primicias de la adoracion del mundo: los espacios inmediatos á aquella misteriosa cuna resonarian con los cánticos gloriosos de los ejércitos angélicos: los magos del Oriente vendrian despues conducidos por una estrella, burlarian la astucia de Heródes, se postrarian en aquel establo para humillar sus coronas ante la Majestad eterna de aquel Niño; abririan sus arcas para ofrecerle dones, y llenando tan dulces y santos deberes, serian el emblema y las primicias de la vocacion de los gentiles y el tipo de los reyes de la tierra en sus relaciones con el Rei de los cielos: aquel incienso profetizaria la conversion de los príncipes; aquel oro los esfuerzos del catolicismo para decorar los templos y procurar á toda costa la magnificencia del culto; aquella mirra mostraria los misterios de la virtud, porque tambien los tienen

la mortificacion y la penitencia cubiertas con la púrpura, las espinas de Jerusalen ocultas bajo el colorido de la grandeza.

29. No quiero pasar de aquí, pues me haria interminable si me propusiera recorrer esa escala infinita de maravillas; mas tampoco pondré término á esta consideracion piadosa, sin deciros algo de los grandes recuerdos que trae consigo el Santo Nombre de Jesus. Ya os he dicho que en él están representados los misterios de su Encarnacion, de su Nacimiento y Circuncision, lo mismo que todos los relativos á su santa infancia, y estos son los primeros recuerdos. En segundo lugar están representados íntegramente los prodigios todos de su vida mortal; porque ninguno de ellos está fuera de la comprension de tan santo Nombre. Ya en otras instrucciones os he hablado de la vida inmaculada de Jesucristo, de su predicacion divina, de sus milagros estupendos, y por lo mismo me basta recordarlo aquí, para daros un punto que podeis fecundar con vuestra meditacion.

30. Lo tercero que recuerda este Nombre santo, es la Pasion, Muerte, Resurreccion y Ascension gloriosa de Jesucristo á los cielos. Jesucristo padeció, murió y resucitó en su calidad de Salvador del mundo: y subiendo á los cielos despues de resucitado, se mostró como el vencedor de la muerte; y por esto canta la Iglesia que destruyó nuestra muerte con la suya, y restauró nuestra vida con su resurreccion: *Mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit.* Así es como este Santo Nombre aparece figurando siempre en el primer término: en la boca de Gabriel, cuando le anunció á María; en la boca del Angel, cuando reveló á José el misterio de la Encarnacion; en los pasos todos de su vida, y por último, sobre el madero mismo de la Cruz.

31. Este Nombre, finalmente, debe ser considerado, fuera de lo ya dicho, hermanos é hijos carísimos, como un tesoro inagotable de las virtudes divinas para el hombre. La fe se fecunda en él, enseñada por él mismo sobre los misterios relativos al Unigénito del Padre. Por esto el Apóstol decia en la primera de sus dos epístolas á los fieles de Corinto, "que nadie puede decir, con el acento de la fe, *Señor Jesus*, si no es por inspiracion del Espíritu divino." La esperanza se anima de este Nombre, porque es el de Aquel que habia de venir, y de facto vino, á salvar al hombre y otorgarle de nuevo sus títulos á la bienaventuranza. Por esto cantaba el Profeta Rei, inflamado con esta virtud y lleno de confianza en el Señor: "Esperen en tí, ó Señor, los que han conocido tu nombre: bienaventurado aquel cuya esperanza está cifrada en el nombre del Señor." Por esto los Padres de la Iglesia siempre hablan de este Nombre sagrado con el acento de la esperanza, y le consideran como el consuelo por excelencia, y por esto ha sido siempre invocado con seguridad por todos los que militan en las contiendas del espíritu. ¿Qué os diré de la caridad? Si el título del Salvador del mundo es un título todo de amor, y de lo que tiene de mas acendrado este sentimiento, pues nada hai tan grande como la redencion del mundo, nadie puede poner la meditacion en el Nombre tierno y dulce de Jesus sin quedar inundado en el insondable piélago del amor divino. A él se aplica en el misterioso libro de los Cantares la propiedad del oleo, que se desprende y atrae con sus perfumes: *Oleum effusum nomen tuum*, y para él se piden á cada paso por el Poeta Rei en sus cánticos sublimes la admiracion, la alabanza, la bendicion y el amor

en los cielos y en la tierra. Este Nombre tierno, segun la bella expresion de San Bernardo, es miel para los labios, dulce concierto para los oidos y regalado gozo para el corazon de todos los que verdaderamente le aman.

32. Seria necesario, hijos mios, no acabar nunca, si pretendiese deciros lo que representa, lo que obra este Nombre Santísimo. En él parecen recogerse todos los sagrados Libros; á su honra y gloria van encaminadas todas las apologías de la religion: con él se explican los maravillosos triunfos de la palabra evangélica y los milagros todos que el universo admira. Si doce pescadores humillan ante los incomprensibles misterios á todos los sabios, si rinden y avasallan ante una cruz de madera los pueblos y los reyes, y hacen la conquista católica del mundo, es por la virtud sublime de este Nombre. Si millares de mártires burlan con su serenidad para morir el furor de los Césares armados horriblemente contra la Cruz, y hacen caer desde sus mismos cadalsos los templos de los ídolos, es por la virtud soberana de este Nombre. Si Dios otorga liberalísimo á los hombres cuanto ellos le piden para su verdadero bien, es por el valor infinito de este Nombre. Si la Iglesia católica tiene siempre abiertas en pro de la humanidad las fuentes que regeneran y curan, y los depósitos de tantas gracias, es por la soberana virtud é inagotable riqueza de este Nombre. Si las potestades de las tinieblas huyen aterradas ante los verdaderos fieles y abandonan el campo de la lid, es por el poder irresistible de este Nombre santo.

33. Aplicaos, pues, hijos mios, á meditar el misterio de la Circuncision del Señor, y las virtudes de su Nombre Santo: dadle gracias por tantos beneficios como se ha dignado hacernos y pedídselas nuevas y eficaces para corresponder cuanto cabe en nuestra pobre naturaleza á los excesos de su amor. Sea siempre dulce, siempre regalado para vosotros, como lo era para el Agustino, este Nombre bendito: vedle siempre como el remedio mas poderoso para vuestros males y el antídoto mas eficaz contra las zozobras y las penas. "Si teméis la muerte, os diré con el Padre San Ambrosio, El es la vida misma: si anheláis por el cielo, El es el camino: si el ardor de la fiebre os devora, El es la salud: si el hambre os aqueja, El es el sustancioso y regalado manjar: si os agovia el trabajo, El es el reposo: si entráis en los grandes combates, El os espera para ceñir vuestra frente con los laureles de la victoria. Invocad con fe á vuestro Jesus, nacido para vuestro rescate, viviendo para vuestra enseñanza, muriendo para vuestra eterna salud, y todo lo someteréis á vosotros mismos por la fuerza de este Nombre: humillaránse á vuestros piés las pasiones agitadas, calmaránse los ímpetus de la ira, se abatirá la soberbia; todo fuego profano quedará extinguido; no tendrá vuestro corazon aspiraciones para las riquezas, ni obstáculos para la gracia, ni reservas escondidas para la caridad. ¡Qué mas os diré! Nada, hijos mios; militad con este Nombre en la tierra, y estad seguros de que recogeréis los preciosos frutos de esta noble contienda en el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA EPIFANÍA.

1. Continuando, amados hijos, el curso de mis instrucciones sobre los misterios de Jesucristo Señor nuestro, y habiéndoos explicado ya en la precedente la doctrina de su dolorosa Circuncision y santísimo Nombre, voi á tratar en ésta del maravilloso acontecimiento que el Santo Evangelio refiere, y la Iglesia nuestra Madre solemniza el dia 6 de Enero con el nombre de *Epifanía*, palabra que significa *Manifestacion del Señor en el mundo*.

2. Aunque Jesucristo Señor nuestro, atento al fin que le habia traido á la tierra, no quiso mostrarse clara y universalmente á los hombres como el Hijo de Dios, porque entónces no habria podido verificarse la cadena de padecimientos iniciada en las penalidades de Bethlem y consumada en una Cruz de ignominia sobre la cumbre del Calvario, quiso sin embargo manifestarse particularmente á los dos pueblos que entónces dividian al mundo, en cuanto fuese necesario para dar de su Divinidad un conocimiento dogmático. Como El venia, no solamente por un pueblo, sino por todos los hombres, pues desde su venida no hubo ya diferencia de judíos y gentiles en el llamamiento universal que hizo á toda la humanidad, por lo mismo escogió en cada pueblo una pequeña porcion á quien manifestarse como verdadero Dios y Hombre, Mesías prometido y Salvador del mundo; y á cada una de estas porciones escogidas atrajo de un modo análogo al estado de su entendimiento relativamente al órden sobrenatural. Del pueblo judío eligió, como lo habeis visto, á los pastores, que eran judíos; y como éstos profesaban la religion revelada en las Santas Escrituras, se sirvió de un ángel para que les anunciase el Nacimiento del Niño, haciéndoles entender que este Niño era el Salvador

en los cielos y en la tierra. Este Nombre tierno, segun la bella expresion de San Bernardo, es miel para los labios, dulce concierto para los oidos y regalado gozo para el corazon de todos los que verdaderamente le aman.

32. Seria necesario, hijos mios, no acabar nunca, si pretendiese deciros lo que representa, lo que obra este Nombre Santísimo. En él parecen recogerse todos los sagrados Libros; á su honra y gloria van encaminadas todas las apologías de la religion: con él se explican los maravillosos triunfos de la palabra evangélica y los milagros todos que el universo admira. Si doce pescadores humillan ante los incomprensibles misterios á todos los sabios, si rinden y avasallan ante una cruz de madera los pueblos y los reyes, y hacen la conquista católica del mundo, es por la virtud sublime de este Nombre. Si millares de mártires burlan con su serenidad para morir el furor de los Césares armados horriblemente contra la Cruz, y hacen caer desde sus mismos cadalsos los templos de los ídolos, es por la virtud soberana de este Nombre. Si Dios otorga liberalísimo á los hombres cuanto ellos le piden para su verdadero bien, es por el valor infinito de este Nombre. Si la Iglesia católica tiene siempre abiertas en pro de la humanidad las fuentes que regeneran y curan, y los depósitos de tantas gracias, es por la soberana virtud é inagotable riqueza de este Nombre. Si las potestades de las tinieblas huyen aterradas ante los verdaderos fieles y abandonan el campo de la lid, es por el poder irresistible de este Nombre santo.

33. Aplicaos, pues, hijos mios, á meditar el misterio de la Circuncision del Señor, y las virtudes de su Nombre Santo: dadle gracias por tantos beneficios como se ha dignado hacernos y pedídselas nuevas y eficaces para corresponder cuanto cabe en nuestra pobre naturaleza á los excesos de su amor. Sea siempre dulce, siempre regalado para vosotros, como lo era para el Agustino, este Nombre bendito: vedle siempre como el remedio mas poderoso para vuestros males y el antídoto mas eficaz contra las zozobras y las penas. "Si teméis la muerte, os diré con el Padre San Ambrosio, El es la vida misma: si anheláis por el cielo, El es el camino: si el ardor de la fiebre os devora, El es la salud: si el hambre os aqueja, El es el sustancioso y regalado manjar: si os agovia el trabajo, El es el reposo: si entráis en los grandes combates, El os espera para ceñir vuestra frente con los laureles de la victoria. Invocad con fe á vuestro Jesus, nacido para vuestro rescate, viviendo para vuestra enseñanza, muriendo para vuestra eterna salud, y todo lo someteréis á vosotros mismos por la fuerza de este Nombre: humillaránse á vuestros piés las pasiones agitadas, calmaránse los ímpetus de la ira, se abatirá la soberbia; todo fuego profano quedará extinguido; no tendrá vuestro corazon aspiraciones para las riquezas, ni obstáculos para la gracia, ni reservas escondidas para la caridad. ¡Qué mas os diré! Nada, hijos mios; militad con este Nombre en la tierra, y estad seguros de que recogeréis los preciosos frutos de esta noble contienda en el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA EPIFANÍA.

1. Continuando, amados hijos, el curso de mis instrucciones sobre los misterios de Jesucristo Señor nuestro, y habiéndoos explicado ya en la precedente la doctrina de su dolorosa Circuncision y santísimo Nombre, voi á tratar en ésta del maravilloso acontecimiento que el Santo Evangelio refiere, y la Iglesia nuestra Madre solemniza el dia 6 de Enero con el nombre de *Epifanía*, palabra que significa *Manifestacion del Señor en el mundo*.

2. Aunque Jesucristo Señor nuestro, atento al fin que le habia traido á la tierra, no quiso mostrarse clara y universalmente á los hombres como el Hijo de Dios, porque entónces no habria podido verificarse la cadena de padecimientos iniciada en las penalidades de Bethlem y consumada en una Cruz de ignominia sobre la cumbre del Calvario, quiso sin embargo manifestarse particularmente á los dos pueblos que entónces dividian al mundo, en cuanto fuese necesario para dar de su Divinidad un conocimiento dogmático. Como El venia, no solamente por un pueblo, sino por todos los hombres, pues desde su venida no hubo ya diferencia de judíos y gentiles en el llamamiento universal que hizo á toda la humanidad, por lo mismo escogió en cada pueblo una pequeña porcion á quien manifestarse como verdadero Dios y Hombre, Mesías prometido y Salvador del mundo; y á cada una de estas porciones escogidas atrajo de un modo análogo al estado de su entendimiento relativamente al órden sobrenatural. Del pueblo judío eligió, como lo habeis visto, á los pastores, que eran judíos; y como éstos profesaban la religion revelada en las Santas Escrituras, se sirvió de un ángel para que les anunciase el Nacimiento del Niño, haciéndoles entender que este Niño era el Salvador

y Supremo Rei de todo lo criado. De entre los gentiles escogió á los Magos, cautivando su razon con las maravillas de la naturaleza, y hablando á su fe con el portentoso signo de una estrella, para que fuesen las primicias del gentilismo en el reconocimiento y adoracion del Mesías, y le anunciasen á su turno con todo su ascendiente, como al Hombre-Dios venido á la tierra para salvar á toda la humanidad.

3. El Santo Evangelio nos dice, que nacido ya Jesus en Bethlem de Judá en los tiempos del Rei Heródes, vinieron del Oriente á Jerusalem los magos, preguntando por el Rei de los judíos que habia nacido: que se presentaron á Heródes manifestándole su intento de adorar al Mesías: que este monarca, despues de haber reunido á los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo con el objeto de saber dónde habia de nacer el Cristo y recibido de ellos la respuesta de que seria en Bethlem de Judá, y de informarse con los magos acerca del tiempo en que les apareció la estrella, les mandó á Bethlem para que inquiriesen allí el lugar donde estaba el Niño, y les encargó que á su vuelta le manifestasen dicho lugar, pues que tenia tambien intento de ir á adorarle: que con tal respuesta, y conducidos siempre por la estrella, partieron á Bethlem, dieron con la casa donde estaba el Niño con María su Madre, se postraron á adorarle, le ofrecieron por dones oro, incienso y mirra; y advertidos en el sueño de que no volviesen á Heródes, se volvieron por otro camino á su patria.

4. Ved aquí, amados hijos, lo sustancial del relato que hace acerca de este misterioso acontecimiento en los doce primeros versículos del capítulo segundo el Evangelista San Matéo, y lo que debemos considerar atentamente para cumplir los designios de nuestra Madre la santa Iglesia en la institucion de una festividad considerada siempre como una de las mas augustas del culto católico. Tres cosas aparecen aquí con cierta distincion, como los principales puntos de la historia del viaje y adoracion de los magos: primera, el período que comienza en su salida de Oriente y termina en su llegada á Jerusalem y manifestacion á Heródes; segunda, los efectos causados en este príncipe, ambicioso y cruel, por la relacion de los magos y la conducta que con ellos observa; finalmente, la presencia de los magos en Betlehem y sus tributos al Salvador del mundo. Tal será el órden económico de esta carta, que dividiré por lo mismo en tres partes.

I.

5. "Habiendo nacido Jesus en Bethlem de Judá reinando Heródes, dice el Evan-"gelio, he aquí que unos magos vinieron del Oriente á Jerusalem, preguntando: ¡Dón-"de está el nacido Rei de los judíos? Porque nosotros vimos en Oriente su estrella, y "hemos venido con el fin de adorarle."

6. Como el Santo Evangelio no fija precisamente el dia en que los magos adoraron á Jesus, mucho se ha disputado entre los autores acerca de esto, pues unos pretenden que sucedió hasta despues de la Purificacion, y otros que se verificó ántes; mas esta disputa cronológica nada importa para mi propósito, que es el explicaros los misterios de nuestro Señor Jesucristo, y tanto ménos cuanto que, celebrada desde los primeros siglos de la Iglesia el dia seis de Enero la fiesta de la Epifanía, esto mismo parece darnos á entender que, segun la tradicion mejor calificada, es en efecto este dia el señalado con la graciosa y maravillosa dispensacion hecha por el Señor, de su venida y de su Divinidad, á todos los gentiles en las personas de aquellos magos. Dejando pues á un lado esta cuestion, para venir á mi principal objeto, veamos los grandes misterios y portentosas maravillas que se anuncian en estas pocas líneas de la narracion del Evangelista. Se trata de unos magos favorecidos por una gracia singularísima y á la cual ellos corresponden con toda prontitud; de un signo misterioso que les ilustra y les guia; de una carrera llena de prodigios, y de una entrevista en que se admira todo el heroísmo de la fe y del amor.

7. Estos magos, llamados repentinamente á la luz de la fe, conducidos al establo de Bethlem y postrados allí á los piés de un Niño, son, hijos mios, un grande objeto de admiracion y un estímulo noble y poderoso de virtud. ¿Quiénes eran estos magos, y por qué llevaban tal nombre? Algunos Padres, como San Ignacio mártir, San Justino, Orígenes y San Agustin entienden que fuéron unos hombres dedicados al arte de la magia, y por consiguiente manchados con un grave delito contra la religion, y parten de aquí para mas admirar en la gracia de su vocacion la liberalidad infinita de un Dios que quiere la salvacion de todos los hombres. Otros entienden que los *magos* llevaban tal nombre, no porque profesasen un arte diabólico, sino porque se distinguian como sabios astrólogos, concepto que apoyan en la costumbre de algunos filósofos y sabios caldeos que tomaban el nombre de *magos*; y este es el sentir de San Cipriano y San Gerónimo. Mas ya en un caso, ya en otro preciso es admirar en su conversion todas las maravillas de la gracia. ¿Estaban manchados con el crímen de la supersticion, contaminados con el ejercicio de un arte diabólico? Admiremos en su conversion la gracia que les previene, la docilidad con que obedecen al impulso de esta gracia, la prontitud con que obran en el sentido de la gracia que les ilustra. ¡Son empero sabios de primer órden, estudiosos esclarecidos de la naturaleza, profundos investigadores del movimiento, vicisitudes y fenómenos diversos de los astros? Admiremos la accion de esa luz del cielo que opaca las luces de la tierra, la fuerza de esa inspiracion que rompe las ligaduras de la ciencia humana, ó si se quiere, el rendido y pronto vasallaje de esta ciencia á la ciencia del Señor.

8. Dícese tambien, y esta es la inteligencia comun, que aquellos personajes eran reyes, y por esto solémos llamar dia de los Santos Reyes al de la Epifanía, y Santos Reyes á los magos. No consta sin embargo, ni en la Santa Escritura, ni en los Padres este concepto; pero el uso antiguo y comun de representarles con la regia decoracion en la pintura, y las locuciones proféticas de las Sagradas Letras dan bastante apoyo á esta opinion. En el oficio de la Iglesia se aplica á esta festividad aquello de David: "Los reyes de Tarso y las Islas llevarán sus presentes, los reyes de Arabia y de Sabá "presentarán sus dones: andarán las gentes en tu luz, y los reyes en el esplendor de tu "Nacimiento." Mas, cualquiera que fuese la condecoracion de tales personajes, el hecho es que fueron las primicias de los gentiles, milagrosamente llamados al conocimiento de Jesucristo.

9. Cuál haya sido precisamente la patria de los magos, aquella region del Oriente

donde residian y de donde marcharon á Bethlem con el objeto de adorar á Jesucristo, es cosa en que tampoco se hallan de acuerdo los intérpretes de la Santa Escritura: porque unos fijan la Persia, otros la Caldéa, otros la Arabia feliz, y cada uno da sus razones para probar su concepto; mas todos convienen en que su viaje fué largo, pues residian á mui remota distancia, y en que no carece de misterio el hecho de haber salido del Oriente. San Juan Crisóstomo dice: que el principio de la fe viene tambien de donde nace el dia, pues la fe es la luz de las almas; que habiendo tenido su orígen el pecado, la idolatría y la maldicion en el Oriente, convenia mucho que en el Oriente se iniciase tambien la gracia, la fe y la bendicion. Santo Tomás, refiriéndose á Zacarías que da el nombre de Oriente al Redentor, y considerando que no puede venirse á Jesucristo sino de Jesucristo y por Jesucristo, ve personificado este concepto dogmático en la carrera de los magos, que vinieron del Oriente de la naturaleza al Oriente de la gracia.

10. ¿Y qué dirémos de la estrella que les ilustró para reconocer la verdad, y condujo sus pasos en tan dilatada carrera? No fué aquel signo una estrella propiamente dicha, es decir, uno de esos astros lucidos que embellecen el cielo y designamos con tal nombre. ¿Por qué? Primero, por la variedad de su movimiento, pues unas veces se movia del Oriente al Ocaso y otras del Septentrion al Mediodía; segundo, porque brillaba, no solamente de noche, sino tambien de dia; tercero, porque á veces aparecia y á veces se ocultaba sin la interposicion de algun otro cuerpo; cuarto, porque no tenia movimiento continuo, sino que se acomodaba en todo al proceder de los magos, parándose cuando ellos se paraban, y moviéndose cuando ellos se movian: finalmente, porque no permaneciendo arriba, sino bajando á la tierra, mostraba el parto de la Virgen. Estas razones que da Santo Tomás, prueban que la aparicion de aquella luz era un hecho absolutamente milagroso, y por tal motivo hai varios pareceres sobre lo que fuese en la realidad aquel signo: quienes le miran como una invisible virtud que se presentaba bajo el aspecto de una estrella; quiénes como un Angel que habia tomado tal forma; quiénes como al mismo Espíritu Santo que dirigia bajo el aspecto de una estrella el camino de los magos; quiénes, finalmente, como un cuerpo lucido creado en aquel tiempo solo para esto. Mas sea lo que fuere de tales opiniones, lo que aparece claro y á toda luz evidentísimo, es que tal cuerpo lucido fué un signo milagroso, estupendo, el cual por una parte habia de confirmar las profecías y por otra decidir á los magos para volar en busca del Señor, adorarle en su cuna y ofrecerle sus dones. Es comun sentir de los Padres que estos magos fueron descendientes ó sucesores de aquel Balaam que habia predicho de Jesucristo: "Na-"cerá una estrella de Jacob, y se levantará una vara de Israel, y herirá á los caudillos "de Moab." Prevenidos con este oráculo aquellos personajes de Oriente, no tuvieron dificultad en rendirse al acontecimiento que les revelaba la estrella, y mas cuando fueron especialmente dirigidos en este pensamiento por el Espíritu de Dios. He aquí el por qué de la fuerza con que fueron movidos, de la docilidad con que abrazaron la verdad, y de la prontitud con que al aparecer de la estrella volaron en busca del Mesías. *Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare dominum.*

11. Al cabo de esta milagrosa carrera llegan á Jerusalem, penetran en el palacio

de Heródes, y sin hacer alto en que fungia de Rei, le preguntan valerosamente por la cuna del Rei de los judíos: "¿Dónde está el Rei de los judíos que acaba de nacer?" *Ubi est, qui natus est Rex judeorum?* ¡Qué paso, amados hijos! ¡qué resolucion! ¡qué pregunta! ¡cuántos motivos de admiracion! ¡Qué nobles y poderosos estímulos de virtud no halla el espíritu cristiano en esta sola circunstancia de aquel viaje! Ved aquí todo el heroismo de la fortaleza y toda la generosidad de la fe. ¡Qué no era preciso para interrogar de este modo á un monstruo feroz vestido de la púrpura? ¡Preguntar á un rei, y aun rei de esta clase, por el Rei que acababa de nacer! ¿No era esto, decidme, pasar sobre su corona para buscar la única verdadera? ¿No era provocar todo el furor de su envidia, toda la ferocidad de su orgullo, todos los ímpetus de su despecho, preguntarle por el Rei de los judíos? ¡Admirable esfuerzo! Unos hombres venidos de remotos climas, extraños del todo á la ciudad de Jerusalem y sus moradores, desprovistos en lo absoluto de relaciones ó influjo, se presentan á Heródes y le preguntan por el Rei de los judíos! ¿Es este acaso el esfuerzo del hombre? ¿Es este acaso el poder de la simple naturaleza? No, hijos mios, sino el heroismo de la fe. "Estos príncipes, dice San "Juan Crisóstomo, hablando de los magos, vienen á Jerusalem, no por política, sino "por grandeza de alma. . . . buscan á Jesus por Jesucristo mismo." En suma, hijos mios, nada de lo que el mundo teme ó admira, nada de lo que busca y encarece, gobierna la conducta de aquellos personajes: la fe les ha hecho conocer que ha nacido el Mesías verdadero; la esperanza dirige sus pasos; la caridad gobierna su conducta: no ven obstáculo ninguno á la expresion de sus sentimientos, ni hacen alto en el cetro de Heródes, para preguntarle por el Rei de los judíos. ¡Ejemplo sublime, que hace avergonzar á tantos que, llevando el título de católicos, sufren la coyunda del respeto humano, y callan á Jesucristo por el cobarde temor de los males temporales, ó por la negra codicia de los intereses del tiempo!

12. Pero si tan peligrosa era, me dirés, esta entrevista de los magos con Heródes, ¿por qué causa Dios nuestro Señor, que habia señalado con tantos prodigios el camino de ellos, no les condujo directamente á Bethlehem, sino que quiso que entrasen ántes á la ciudad en que aquel príncipe residia? Eso sucedió, amados hijos, para mui grandes fines: en primer lugar, para que los gentiles mismos anunciasen públicamente á los judíos la natividad de Jesucristo, y diesen al mundo, y trasmitiesen á los futuros siglos una prueba espléndida de la ceguedad de aquel pueblo; en segundo lugar, para que los judíos se viesen en el aprieto de dar un testimonio bastante manifiesto y solemne acerca del lugar en que habia de nacer el Mesías, y este testimonio sirviese despues para redargüirlos de impostura en su pertinacia inconcebible. En efecto, sorprendido Heródes con la manifestacion que los magos acababan de hacerle, preguntó á los príncipes de los sacerdotes y á los sabios del pueblo sobre el lugar en que habia de nacer Cristo, y éstos con toda unanimidad le respondieron: "En Bethlehem de Judá: que así está escrito en el Profeta." Ved pues, hermanos é hijos carísimos, cómo aquellas Santas Escrituras, cuyos depositarios únicos eran los judíos, y que hubieran debido servirles para ser los primeros en reconocerle y adorarle, sirvieron solo para dar luz á los gentiles, dejando sumergido en su espantosa ceguedad al pueblo que era depositario de

ellas, y en cuyo seno estaban los doctores de la Ley. De esta suerte "la ilustracion de "los magos, dice San Agustin, es un testimonio de la ceguedad de los judíos, pues aque- "llos, van á buscar á la tierra de éstos al que éstos no quieren reconocer: miéntras aque- "llos viniendo de tan lejanas regiones, adoran á un Niño que todavía no profiere una "palabra; los otros crucifican á este Hombre Dios, á quien han visto hacer tantos mila- gros." Pero volvamos á Heródes, y veamos los efectos causados en este príncipe ambi- cioso y cruel por la relacion de los magos, y la conducta que con ellos observa.

II.

13. El Santo Evangelio nos dice que oyendo Heródes la narracion de los magos, se llenó de turbacion y con él toda Jerusalem; que convocó á todos los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo para preguntarles en dónde habia de na- cer el Cristo; y cuando ellos le respondieron que en Bethlehem de Judá, citándole en prueba de su dicho un lugar de los profetas, "Heródes, llamando en secreto á los ma- gos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció; y enca- minándolos á Bethlehem, les dijo: "Id é informaos puntualmente de lo que hai de ese "Niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso para ir yo tambien á adorarlo."

14. Ya os he dicho cuál fué la respuesta de los príncipes de los sacerdotes y es- cribas del pueblo, y por lo mismo limitaré aquí mis reflexiones á los otros conceptos contenidos en el lugar del Santo Evangelio que acabo de citar. Tres cosas mui nota- bles aparecen aquí: la turbacion de Heródes, el frio disimulo de tan penoso sentimien- to al tiempo de hablar secretamente á los magos, y el insidioso encargo que les hizo de que volviesen á instruirle sobre cuanto hubiesen descubierto acerca de aquel Niño.

15. La turbacion de Heródes, amados hijos, es un sentimiento que revela juntа- mente su ambicion, sus temores y sus designios: su ambicion, porque viendo aquella pena á su pecho del anuncio de un Rei que acababa de nacer, pone de bulto en toda su deformidad esa pasion terrible que ha causado tantos estragos y hecho tantas ruinas en la tierra. No parece sino que los tiernecitos brazos de un Niño que acaba de nacer, iban á derribar en aquel instante su trono, ó que contaba por suya una vida larguísima, pues extiende sus temores hasta los años de la madurez de ese Niño. Toda pasion cie- ga, y por lo mismo Heródes, ambicioso, carnal y sanguinario, no da lugar á ninguna clase de reflexion: siente vagamente que se trata del Mesías prometido; pero sin hacer alto en el objeto de aquella mision y el carácter de aquel reino, imagina que Jesucris- to, semejante á los conquistadores, viene á declararle la guerra con el objeto de arre- batar el cetro temporal de sus manos. De esta suerte vemos la ambicion de Heródes revelada no solo en la sorpresa del anuncio, sino en el temor que le causa la noticia de un Rei que acaba de nacer. Mas no siempre el temor, compañero inseparable de la am- bicion, contiene los ímpetus de la ira, sino que muchas veces la irrita y desencadena del modo mas horrible, y esto sucede precisamente en Heródes. Teme á este Niño, que no puede todavía articular una palabra; mas la debilidad de la infancia comunica á su corazon villano esos impulsos cobardes que se precipitan sobre el débil. Cree que Je-

sus en su cuna es enemigo impotente, jura su exterminio, y no creyendo necesaria otra cosa que descubrirle, á esto dirige sus conatos.

16. No podia ignorar aquel malvado príncipe los sentimientos de piedad y religion que abrigaban los magos y las virtudes que se revelaban en toda su carrera, y com- prendia por lo mismo cuán peligroso seria para su intento el que llegasen ellos á sor- prender en sus palabras ó en su gesto algun indicio del infame crímen que habia con- sumado ya en su corazon. Hé aquí por qué, para lograr de ellos un informe satisfacto- rio sin los inconvenientes de la sospecha, toma sus precauciones, que el Santo Evan- gelio tiene cuidado de notar. Disimula su inquietud, busca el retiro para la confieren- cia proyectada, y finge arder en los mismos deseos que los magos, de descubrir al Me- sías para adorarle. Este disimulo, hijos mios, este arte de sustraer el corazon á la vis- ta de los hombres, es la táctica ordinaria del crímen, y el carácter propio de eso que suelen llamar *alta política* los doctores de la mentira: es la estrategia de la ambicion mas que de los otros vicios: es la alevosía elevada hasta el rango de una ciencia y ad- mirada como un talento de primer órden en las cortes corrompidas. Heródes era un ti- po de esos príncipes infames, de esos insidiosos y astutos políticos, que cubriendo con flores aromáticas los partos de su iniquidad, no se manifiestan sino despues de haber sacrificado sus víctimas. Estos hombres buscan siempre la soledad mas inaccesible, las tinieblas mas impenetrables, exploran solícitos los muros de sus habitaciones, parecen querer con sus precauciones excesivas asegurarse aun de la fidelidad de estos muros: el aire mismo pone recelos en su corazon. ¿Será extraño en vista de esto que Heródes haya comenzado por llamar aparte y hablar á solas á los magos acerca del suceso que habia motivado su viaje?

17. Pasa de aquí á pedirles informes; pero siempre fiel á su carácter falso, huye to- da pregunta directa, y se limita únicamente á ciertos rodeos. Habria podido preguntar- les lo que creian acerca de aquel Niño, inquirir las causas de la fe y el amor con que le buscaban y estudiar los designios de Dios en el misterioso viaje que acababan de hacer; pero nada de esto hizo, y sus preguntas versaron únicamente sobre el tiempo en que la estrella les habia aparecido. Teme á las preguntas directas, porque imagina que ellas puedan confirmarles en su creencia, y pregunta solo acerca de la aparicion de la estrella, como para hacer naufragar aquel hecho milagroso como una quimera en el pié- lago de la duda. Lo mismo habia hecho con los doctores, preguntándoles, no sobre el carácter propio del reinado de Jesucristo, la clase de poder que traia sobre los hom- bres y el objeto divino de su mision, sino únicamente sobre una circunstancia local, cual era el lugar de su nacimiento. Vanamente se le citó una profecía, pues las tinie- blas de su ambicion le ocultan la soberanía propia de la Divinidad: lucha entre la du- da y la creencia, busca explicaciones que le alejen de un órden sobrenatural, y cami- nando de tinieblas en tinieblas, llega por fin á imaginar que el Niño de quien se trata, no es mas que un hombre: concepto que le lisonjea con la facilidad de consumar sin obs- táculo su proyectado crímen.

18. No satisfecho Heródes con los los informes de los magos acerca de la estrella, y queriendo asegurar el golpe, como suele decirse, les tendió una red con el objeto de

aprovecharse de su solicitud, para saber el lugar en que precisamente se hallaba el Niño. Esta red consistió en mostrárseles poseido de los mismos sentimientos que ellos abrigaban, y de los deseos en que ardian por llevar al Redentor los tributos de su piedad: "Informaos puntualmente de lo que hai de ese Niño, les dice; y en habiéndole "hallado, dadme aviso para ir yo tambien á adorarle." ¡Qué carácter tan horrible, amados hijos! ¡qué alma tan negra la de aquel príncipe! ¡qué prodigio de iniquidad encerraba en su corazon! Si la historia no hubiera venido á poner en claro el intento que se abrigaba en aquel hombre al hablar de la suerte que habéis oido, tal vez no habria sido posible conocer toda la iniquidad que tales palabras encubrian. Mas, bien sabéis la horrible matanza de los inocentes, en cuya sangre cebó su furor, lisonjeándose inundar á su víctima; y esto solo basta para comprender que aquella propuesta que hizo á los magos y aquellos deseos que les manifestó respecto de Jesucristo, eran los puñales que afilaba en su mente para hundirles en el corazon del Mesías: "Informaos puntual-"mente de lo que hai de ese Niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso para ir yo "tambien á adorarle." ¡Oh astucia mentida, exclama! San Fulgencio, ¡oh crueldad impía! ¡oh fraudulenta maldad! ¡la sangre que has derramado de tantos inocentes denuncia tus designios é intentos acerca de aquel Niño!"

19. Tales son, hijos mios, los efectos producidos en el ánimo de aquel príncipe ambicioso y cruel, por la narracion que acaba de escuchar de los magos: tales los designios que concibe, inspirado igualmente por su temor y su orgullo. El concibe un proyecto alevoso lleno de iniquidad; pero le disimula: jura en su corazon dar muerte al Salvador del mundo; pero muestra deseos de adorarle: ve con odio la fe solícita de aquellos magos; pero se muestra edificado, les prodiga una benevolencia hipócrita, quiere convertirles en instrumentos ciegos de su crímen. Mas el que reina en los cielos, se burla, dice el Profeta Rei, de estos frenéticos desvarios. Ved, si no, cómo los magos prosiguen su camino, hallan al Mesías, le rinden sus tributos y regresan á salvo de todo peligro, dejando burlada la expectativa de Heródes. Este es mi tercer punto.

III.

20. Continuando su narracion el evangelista, dice refiriéndose á los magos y á las palabras que acabo de ponderar: "Luego que oyeron esto al rei, partieron; y hé aquí "que la estrella, que habian visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando "al sitio en que estaba el Niño, se paró encima. A la vista de la estrella se regocijaron "por extremo. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su Madre, y pos-"trándose le adoraron, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y "myrrha. Y habiendo recibido en sueños un aviso *del cielo*, para que no volviesen á He-"ródes, regresaron á su país por otro camino."

21. Cuatro cosas hai que considerar, hijos mios, en esta última parte de la leccion evangélica; y son: primera, la reaparicion de la estrella que conduce á los magos hasta el establo mismo en que está el Niño; segunda, el acto de su adoracion; tercera, los dones que le ofrecieron; cuarta y última, el diverso camino por donde regresaron á su patria. Hagamos acerca de cada una de ellas algunas breves reflexiones.

22. El estado en que se hallaban los magos al separarse de Heródes para continuar su camino, fué sin duda el de una penosa tristeza. La estrella que les habia conducido hasta cerca de Jerusalem, habia desaparecido á sus ojos al aproximarse á la ciudad, y esta circunstancia debió causarles grande pena: la turbacion de la ciudad de Jerusalem y el desconcierto de Heródes, que á pesar de tanto disimulo no podia ménos de traslucirse en parte, era preciso que les causase una gran desazon, y los artificios de aquel príncipe, que por una parte parecia quererles contaminar con la duda, y por otra no les daba mucha esperanza de conseguir su objeto, pues que se valia de ellos mismos para saber dónde estaba el Niño, eran motivos mas que suficientes para desconcertarles y abatirles. Mas era tan grande su fe, tan firme su esperanza y tan acrisolado su amor, que todos estos obstáculos, en vez de retraerles de su empeño, les estimularon mas y mas, poniendo en su alma una heróica solicitud para continuar en busca del Mesías. Dios nuestro Señor quiso sujetarles á esta prueba, para que tuviesen merecimiento de alcanzar la gracia que pretendian, y sirviesen de ejemplo á los cristianos para no decaer en los caminos de la justicia, para no ceder á las tentaciones y á los obstáculos en la difícil carrera de la virtud. De hecho, hijos mios, cuando aquellos santos personajes continuaron su marcha en medio de tales penas, Dios les sale al encuentro, por explicarme así, para disipar sus tinieblas, afirmar sus pasos y dirigir su camino. La estrella vuelve á resplandecer á sus ojos, va siempre delante de ellos y se coloca inmóvil sobre la gruta humilde que sirve de cuna al Redentor del mundo. El Santo Evangelio nos dice que la vista de este astro benigno inundó de gozo el corazon de aquellos viajeros: *videntes stellam magi, gavisi sunt gaudio magno;* y este gozo grande, intenso, expansivo, este gozo que llenaba todo su corazon, prueba la exactitud de mis reflexiones acerca del estado de tristeza y de pena en que Jerusalem y Heródes habian puesto á los magos. Así es como el Señor corona magníficamente la perseverancia de los justos, multiplicando sus gracias, allanando sus caminos, aliviando el peso que arrastran con pena, y conduciéndoles al dichoso término de su peregrinacion por este valle de lágrimas. Este gozo, hijos mios, que renació al aparecer la estrella, que continuó por todo el camino, y tomó proporciones inmensas á la vista del Hombre Dios en su cuna, es el emblema feliz de las delicias que acompañan á la práctica de la virtud. Así se ve como los justos sirven al Señor en la alegría, y palpitan de regocijo en su presencia, como cantaba el Profeta Rei.

23. Mas, detengámonos aquí para contemplar el espectáculo sublime de esta adoracion incomparable, que ha merecido á los santos Padres el concepto de una incontestable supremacía. Llegan los magos á Betlehem, penetran en el establo..... ¿Qué ven allí sus ojos! Un niño mal cubierto con miserables paños, un pesebre que le sirve de asilo: pobreza, penalidad, inclemencia, oscuridad; he aquí todo. ¿Con qué preparativos habian contado? Con una vaga tradicion, un cuerpo lucido, un relato profético que no habia merecido sino una mirada indiferente al príncipe judío. Y sin embargo, ¿qué hacen? ¿se detienen á examinar los humildes objetos que se presentan á sus ojos! ¿dudan á la vista de tanta pobreza? ¿buscan sabios distinguidos con quienes desahogar una sorpresa é ilustrar una duda? No, hijos mios, no; sino que al instante doblan sus rodillas, humillan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus frentes, y penetrados del respeto mas grande y la veneracion mas profunda, rinden al tierno Niño los tributos de adoracion que solo corresponden á un Dios. ¿No halláis, decidme, en esta adoracion de los magos una fe tan grande, que no la presenta mayor la historia de los justos? Con harto fundamento elogia la Escritura la fe de un Abraham; mas este Patriarca, que habia tenido un comercio tan íntimo con Dios, cuando cree sin vacilar la posteridad numerosa que se le promete, no me parece mayor que estos gentiles en aquel acto de su adoracion misteriosa: ellos no habian sido testigos de sus milagros, eran extraños á la historia de los Sagrados Libros, é ignoraban hasta su Nombre. Confieso que me admira la fe del Centurion; ¡pero no era éste por lo ménos testigo auricular de la doctrina y los milagros de Jesucristo! La fe de aquel felicísimo ladron, que desde su mismo suplicio conquista el cielo, es incontestablemente grande, lo mismo que la de aquella mujer, que esforzando sus ruegos, quiso compararse con el hambriento animal que se alimenta de las migajas que caen al suelo. Mas la fe de los magos me parece mas grande todavía: la Cananéa caminaba en pos de Jesus, cuando con la fama de su Nombre, y la muchedumbre de sus milagros y su divino poder llenaba todas aquellas comarcas; y el Ladron, testigo de la consternacion del universo; de un sol que desaparece, de un cielo tenebroso, de las piedras que se despedazan, y del desconcierto de la naturaleza, tenia bastantes datos para penetrarse de que Jesucristo era, no solamente un Hombre, sino tambien un Dios.

24. Concluida su adoracion, abren sus arcas y sacan de ellas tres cosas que le ofrecen como dones ó presentes, á saber: oro, incienso y mirra. Esta triple oblacion encierra, hijos mios, grandes misterios: tal es el sentir de los Padres de la Iglesia. El oro, es un tributo regio; el incienso, es un acto de adoracion á la Divinidad; la mirra, es una ofrenda que se hace á la santa Humanidad de Jesucristo. Aquel Niño era Rei de los cielos y de la tierra; es Aquel por quien reinan los reyes y decretan las cosas justas los príncipes; es el Supremo Legislador que liga las acciones de todos los hombres, sin distincion de rangos ni personas: era pues mui justo que los grandes del mundo, ilustrados por la fe, le hiciesen una manifestacion de reconocerle como Rei, y esto hicieron los magos. Mas aquel Rei no era como los reyes de aquí, hombres miserables y débiles; sino verdadero Dios y Hombre, y por lo mismo se le debian hacer honores divinos. He aquí por qué los magos, ofreciéndole el incienso, quisieron dar á la Divinidad del Mesías un testimonio práctico de su fe. Cuando por esta virtud no estaban ilustrados todavía, cuando seguian las monstruosas prácticas del paganismo, quemaban el incienso en los templos de mentidas deidades y honraban con él dioses de piedra y de barro. Mas una vez favorecidos con tal gracia, una vez llegados al conocimiento del verdadero Dios, arrojan de su mente las supersticiones del error, se duelen de haber sido presa de la idolatría, dan de mano y huellan con sus piés aquellos dioses forjados por la mano del hombre, y quemando el incienso en la cuna del Salvador del mundo, manifiestan que no harán en lo sucesivo este homenaje sino solo al verdadero Dios. Mas este Dios verdadero se hizo Hombre para salvar al mundo, y la fe no podia ser plena, si reconociendo su Divinidad, no se honraba tambien su santa Humanidad. Por esto los magos ofrecieron la mirra, que, destinada para preservar los cadáveres de la corrupcion del sepulcro, era vista como el símbolo de la muerte. Quien ofrece mirra provee al sepulcro, recuerda la muerte y considera el cuerpo separado del alma. La fe ponia pues á la vista de aquellos personajes la muerte del Redentor, y con esta mirra, que sacan de sus cofres, muestran la continuidad de su amor, y su disposicion para honrar el sepulcro de Jesucristo.

25. De esta suerte, amados hijos, comprendemos cómo el Señor quiso que fuese honrada su Divinidad y su grandeza, reconocida su soberanía, proclamado su poder y exaltada su dignidad, aun en aquellos momentos en que yacia entre las pajas de un pesebre, sujeto á todas las penalidades é ignorado del mundo. La magnificencia misteriosa de aquellos presentes, que aunque comunes al parecer, tomaban un carácter mui singular por su significacion mística; la profusion de gracias con que quiso el Señor recompensar aquellos dones; el misterioso camino que les trazaba la estrella; la turbacion del Rei de la tierra con la simple noticia del nacimiento del Rei de los cielos: todo esto, hijos mios, estaba manifestando que quien residia entre aquellas pajas, era El que habia dejado caer los mundos en el espacio; que quien se mostraba tan débil hacia resonar las bóvedas celestes, daba sus órdenes al rayo y disponia soberanamente de los destinos de los hombres y de la naturaleza. ¡Qué cuadro tan sublime! ¡qué mezcla tan misteriosa de opulencia y de miseria, de oscuridad y luz, de fuerza y debilidad, de nada y gloria!

26. Enriquecidos los magos con tantas gracias, inundados en tantas luces, regalados con tan deliciosos goces, é inspirados por la caridad mas tierna, arden ya en deseos de volver á su patria para dar á conocer al Dios que han descubierto; y por lo mismo, cuando hubieron concluido su adoracion y ofrecido sus dones al Mesías, pensaron ya en volver á su país. Entónces un sueño misterioso les advierte que no vuelvan á Heródes; y en consecuencia, obedeciendo á esta inspiracion, que sin duda les dió un claro conocimiento de la perfidia de aquel príncipe, volvieron por otro camino diferente del que habian traido: *Responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.*

27. Habéis visto, amados hijos, el efecto moral que la presencia y narracion de los magos produjo en el ánimo de Heródes, la turbacion de este príncipe y toda Jerusalem, sus artificiosos disfraces y su empeño por descubrir el lugar donde estaba el Niño con el intento de sacrificarle. ¿Quién á la vista de tal solicitud, y teniendo presentes los recursos con que cuenta un rei para conseguir sus intentos, no hubiera creido seguro que daria efectivamente con la cuna del Salvador? Sin embargo, nada consiguió, y esto precisamente para que todo el mundo viese que toda la sabiduría y el poder humano se estrellan ante los designios del Señor. "No hai sabiduría, dice la Santa Escritu-"ra, no hai prudencia, no hai consejo contra el Señor. El Señor reprueba los pensa-"mientos de los pueblos y los consejos de los príncipes: solo su consejo divino perma-"nece eternamente." Faraon desconcertado en sus planes de exterminio contra los hebreos; José inmune y libre de sus hermanos, que querian perderle; David, á salvo de la envidiosa rabia de Saul; Mardoquéo, escapado de las redes que le tendiera Aman; Susana, triunfante de la calumnia de sus impúdicos perseguidores, manifiestan claramen-

te que nada puede el consejo del hombre contra el consejo de Dios; que los designios del Omnipotente han de cumplirse, sin que nada falte, á despecho de la rabia y del poder de sus enemigos; y esto precisamente sucedió con Heródes, burlado en sus planes y artificios delcidas cuando mayor seguridad se prometia de ejecutarles. ¿No es admirable, hijos mios, que Heródes, tranquilo con el encargo que acababa de hacer á los magos, no hubiese procurado el empleo de otros medios para descubrir al Salvador? ¿No es un prodigio que aquel príncipe todo sospechas, todo desconfianza, todo recelo y todo astucia, no hubiese tenido la menor inquietud acerca de los magos? ¿No es extraño que pudiendo descubrir al Mesías con solo seguir con disimulo los pasos de aquellos viajeros por medio de espías, haya estado tan léjos de todo esto? Pero el hecho es que así sucedió; y una vez perdida la oportunidad, no le quedaba otro arbitrio sino esperar la vuelta de los magos, como en efecto lo hizo; pero en vano, porque aquellos, abandonando el camino antiguo, tomaron otro para su regreso y no volvieron á presentarse á Heródes.

28. Devorado éste por el fuego de la ira desde que se apercibió del regreso de aquellos y perdió la esperanza de descubrir al Hombre-Dios en su cuna, concibió y llevó á efecto el proyecto incomparablemente horrible, tiránicamente cruel, sin ejemplo ninguno en los fastos de la mas sangrienta barbarie, de hacer degollar á todos los niños de dos años abajo, con la esperanza de hacer caer á Jesus en el número de tantas víctimas inocentes. El crímen inmenso fué consumado en todas sus partes; los verdugos sirvieron al ódio de aquel príncipe con la mas bárbara y horrible fidelidad: la segur asesina é impía de aquel magnate pasó sus filos por todas las cunas de Betlehem, y ¡oh prodigio! ¡oh poder! ¡oh misterios de los consejos divinos! en tan inmensa mortandad no faltó mas que uno, y es el que se buscaba, el que aquel bárbaro Rei queria únicamente sacrificar, Jesus: y faltó, porque oportunamente fué sacado para Egypto por José y María, mediante un mensaje celestial. ¿Qué consiguió pues Heródes con aquel atentado funestamente célebre en la historia de la tiranía? Dar un testimonio brillante al Nacimiento, á la Divinidad y al Poder del Salvador; enviar al cielo las flores de los mártires y atraer hácia ellos la veneracion de los futuros siglos. Estos inocentes sacrificados fuéron con su sangre, no solo testigos, sino pregoneros públicos del advenimiento y Divinidad del Señor; y este suceso que el impío rei habria querido por lo ménos condenar al olvido, vino á realzarse con el sacrificio de aquellas criaturas que acababan de abrir los ojos á la primera luz.

29. Pero volviendo á los magos: ¿no halláis igualmente una leccion práctica de virtud en la docilidad y presteza con que abandonaron su primitivo sendero y cambiaron de rumbo? Ni su fe acrisolada en tantas y tan difíciles pruebas, ni la prudencia humana que habria podido inducirles en alguna vacilacion, ni el sentimiento de lo que se llama dignidad, palabra de honor entre los hombres, porque la dieron á Heródes de volver y participarle los resultados de su viaje; nada de esto pudo contenerles: altamente ilustrados por el Espíritu de Dios, sabian que la difícil taréa de la virtud demanda como punto de partida y poderoso medio de accion el conocimiento de la propia debilidad, la desconfianza de sí mismo y la fuga de las ocasiones: atienden al sueño misterioso, y no

dudan que Dios les acaba de hablar en él: entónces dan de mano á todo, á las facilidades de andar un camino conocido, á las exigencias de la urbanidad, á las consideraciones de la prudencia humana; se rinden á la inspiracion, cambian de camino, salvan su fidelidad y burlan los planes astutos de aquel monstruo.

30. Me he extendido demasiado, y esto sin permitirme ninguna explanacion, y sujetándome á reflexiones brevísimas sobre cada punto de esta leccion evangélica. Concluyo, pues, encargando á vuestra religiosa solicitud el meditar con fruto este gran acontecimiento, que tiene tantas luces para la inteligencia, tantos estímulos para la virtud, tantas lecciones para la conducta y tantas pruebas para la religion. De este llamamiento de los magos á la cuna de Jesucristo se hallaba pendiente la mayor parte del mundo compuesta de gentiles. Aquel astro milagroso que resplandeció en el Oriente para traerles á Bethlehem, es la imágen de esa luz de los cielos, de ese Evangelio santo que, naciendo en aquel establo, se levantó á la mayor altura, y desde allí comenzó su triunfante carrera, dando la vuelta al mundo y multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad. Aquellos magos sabios é ilustres, que humillaron su ciencia y su talento ante la magestad de un misterio, profetizaron la conquista de todos los filósofos y de todos los sabios para la fe. Aquel Heródes, empeñado en hacer morir en su Oriente la Luz del mundo, ciego en su astucia, débil en su poder, ridículamente burlado en sus intentos, simbolizaba tantos césares armados inútilmente contra la Cruz, tantos políticos conjurados contra la Iglesia, reducidos al silencio y condenados al olvido. Esos potentados, doblando sus rodillas al pié de un establo y adorando al Niño que tiene todas las apariencias de la debilidad, la miseria y la oscuridad, son la imágen de tantos príncipes ilustres convertidos á la fe, dóciles á la Iglesia y empeñados en edificar con su ejemplo á las naciones. Aquella mirra que los magos ofrecieron al Dios-Hombre, figuraba el reconocimiento social de la Santa Humanidad de Jesucristo, la sumision á estos hombres que con el carácter de ministros habian de ejercer las funciones augustas del sacerdocio, el culto de la Cruz con la vida de penitencia, y la santificacion de la muerte con la esperanza de la resurreccion. Aquel incienso, tributo del hombre á Dios, reconocimiento simbólico de la Divinidad del Mesías y su eterno Sacerdocio, prefiguraba sin duda el culto público y social que decretarian las leyes y sostendrian los príncipes temporales bajo el magisterio de la fe, y su celo por extirpar la heregía, la blasfemia y todo ataque á la religion de Jesucristo. Aquel oro, tributo de un súbdito á un Rei, presentaba en imágen la obligacion de los pueblos y de los reyes en este punto hácia la Eterna Magestad del Dios Hombre y su reino espiritual en la tierra, que es la Iglesia. Con ejemplo tan alto dieron á entender que no deberia ser ella tributaría de los reyes de la tierra, sino ántes bien, vivir de su piadosa munificencia: que se levantarian á este Rei Eterno templos magníficos, superiores con mucho á los palacios de los príncipes; que vendrian las artes á colocar en estos recintos sagrados lo mas escogido de sus concepciones; que la tierra pondria en el tabernáculo lo mas precioso de sus tesoros, y que quien quiso morir en una cruz, despues de una vida pobre, humilde y congojosa para salvar al hombre, veria despues rodeado su Tabernáculo augusto de lo mas estimado que posee la tierra; y por último, que si una voz hipócrita se habia de cruzar de

polo á polo clamando contra las riquezas del santuario, armando la fuerza física de los gobiernos contra el templo del Señor, so pretexto de que su reino es espiritual y no necesita de riquezas; el sensible católico del Universo y de los siglos, apoyado en las manifestaciones explícitas del Señor á los reyes de la antigua Lei, en la conducta de los magos y en el ejemplo de tantos príncipes, los mas ilustres en todo género, lanzaría el anatema de su reprobacion contra esos discursos hipócritas, esos despojos sacrílegos y esas rapacidades impías.

31. Ved, pues, amados hijos, qué tesoro de ciencia, qué arcanos tan augustos, qué grandes ejemplos no está ofreciendo á vuestra conducta cristiana este viaje dilatado, lleno de circunstancias maravillosas, que á la luz de una de estrella emprenden los magos para adorar al Mesías! La misericordia que les escoge, sin embargo de no formar parte del pueblo que cree; la gracia que les previene, sin embargo de no contar con otras luces que las de la inteligencia; la dócil cooperacion de ellos á esta gracia, humillando su razon á la fe: su consecuencia fidelísima con lo mismo que creen, levantándose al instante para buscar al Salvador; su constancia en la prosecucion de aquel viaje tan dilatado como penoso; su valeroso comportamiento con Heródes, preguntándole por el Rei de los judíos, sin hacer alto en los peligros que tal pregunta podia traerles; su solicitud en buscar á toda costa la cuna del Niño; la alegría que sienten cuando la estrella vuelve á lucir á sus ojos; la prontitud y reverencia con que adoran á este Niño en un pesebre, donde se manifiesta como el desecho de los hombres; la devocion con que le ofrecen aquellos misteriosos dones; la docilidad con que cambian de rumbo, desconfiando de sí mismos y confiando en el Dios que les inspira: todo esto, hijos mios, debe ilustrar vuestras mentes, aleccionar vuestra conducta, dirigir vuestros pasos y abrasar en el fuego de la caridad vuestro corazon. Reconoced, pues, y agradeced al Señor las gracias que os ha dispensado como á los magos: corresponded á esta gracia, buscándola en todas partes, buscándola siempre y buscándola á toda costa: confesadle simples y generosos en presencia de los enemigos de su Nombre, aun cuando estén armados con el poder: reconocedle y adoradle como verdadero Dios, á pesar de sus santas humillaciones: ofrecedle el oro de la fe en el vasallaje humilde de vuestro entendimiento, el incienso de la verdadera devocion en el rendimiento absoluto de vuestra voluntad á la suya, la mirra de vuestra piedad, contemplando los excesos de su amor en los misterios de su Pasion y muerte, y abrazándoos con su Cruz: y despues de haber llegado á él por medio del Bautismo, en que fuísteis regenerados, ó de haber vuelto á su gracia despues del pecado por medio de la verdadera penitencia, dejad para siempre los viejos caminos llenos de escollos para la virtud; dejad ese piélago borrascoso, batido á todos vientos por las tentaciones, en que tantas veces ha naufragado la inocencia; y tomad el sendero nuevo que os traza la gracia, volviendo vuestras espaldas al enemigo, caminando con la Cruz, cuyo misterioso peso nos afirma en la gracia, practicando las obras del hombre regenerado en Jesucristo, fiel á Jesucristo y que no vive mas que para Jesucristo. De esta suerte adquiriréis, al fin de este camino de prueba, el perdurable gozo de radicaros por toda la eternidad en la patria de los escogidos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA PURIFICACION.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Cumplido el tiempo de la purificacion de la madre, segun la lei de Moysés, llevaron al niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

Luc. Cap. II, v. 22.

1 Estaba prevenido en la lei de Moysés, amados hijos, que la mujer que diese á luz un varon, permaneciese inmunda por siete dias, y despues del octavo, en que debia circuncidarse el niño, estuviese otros treinta y tres dias en purificacion, no pudiendo en todo el tiempo dicho tocar ninguna cosa santa, ni entrar al templo hasta que hubiesen pasado dichos dias. Ambos términos se duplicaban cuando la criatura era mujer, pues en este caso la madre duraba dos semanas inmunda, y sesenta y seis dias en purificacion. Concluido el término, debia llevar al templo un cordero de año en holocausto y un palomino ó tórtola en ofrenda, y entregarle al sacerdote en la puerta del tabernáculo del testimonio. El sacerdote ofrecia estos dones al Señor, y oraba por la madre, con lo cual quedaba ésta purificada. Cuando no podia llevarse, por causa de pobreza, el cordero, se reducia la obligacion á ofrecer dos tórtolas ó dos palominos, uno por holocausto y otro por el pecado, y el sacerdote hacia las mismas oraciones.

2. Como esta lei presuponia en la generacion y parto el órden comun de la naturaleza, y por lo mismo el concurso de varon, clarísimo era que no comprendia por aspecto alguno á la Madre del Mesías: pues le concibió en su vientre purísimo, no por el con-

polo á polo clamando contra las riquezas del santuario, armando la fuerza física de los gobiernos contra el templo del Señor, so pretexto de que su reino es espiritual y no necesita de riquezas; el sensible católico del Universo y de los siglos, apoyado en las manifestaciones explícitas del Señor á los reyes de la antigua Lei, en la conducta de los magos y en el ejemplo de tantos príncipes, los mas ilustres en todo género, lanzaría el anatema de su reprobacion contra esos discursos hipócritas, esos despojos sacrílegos y esas rapacidades impías.

31. Ved, pues, amados hijos, qué tesoro de ciencia, qué arcanos tan augustos, qué grandes ejemplos no está ofreciendo á vuestra conducta cristiana este viaje dilatado, lleno de circunstancias maravillosas, que á la luz de una de estrella emprenden los magos para adorar al Mesías! La misericordia que les escoge, sin embargo de no formar parte del pueblo que cree; la gracia que les previene, sin embargo de no contar con otras luces que las de la inteligencia; la dócil cooperacion de ellos á esta gracia, humillando su razon á la fe: su consecuencia fidelísima con lo mismo que creen, levantándose al instante para buscar al Salvador; su constancia en la prosecucion de aquel viaje tan dilatado como penoso; su valeroso comportamiento con Heródes, preguntándole por el Rei de los judíos, sin hacer alto en los peligros que tal pregunta podia traerles; su solicitud en buscar á toda costa la cuna del Niño; la alegría que sienten cuando la estrella vuelve á lucir á sus ojos; la prontitud y reverencia con que adoran á este Niño en un pesebre, donde se manifiesta como el desecho de los hombres; la devocion con que le ofrecen aquellos misteriosos dones; la docilidad con que cambian de rumbo, desconfiando de sí mismos y confiando en el Dios que les inspira: todo esto, hijos mios, debe ilustrar vuestras mentes, aleccionar vuestra conducta, dirigir vuestros pasos y abrasar en el fuego de la caridad vuestro corazon. Reconoced, pues, y agradeced al Señor las gracias que os ha dispensado como á los magos: corresponded á esta gracia, buscándola en todas partes, buscándola siempre y buscándola á toda costa: confesadle simples y generosos en presencia de los enemigos de su Nombre, aun cuando estén armados con el poder: reconocedle y adoradle como verdadero Dios, á pesar de sus santas humillaciones: ofrecedle el oro de la fe en el vasallaje humilde de vuestro entendimiento, el incienso de la verdadera devocion en el rendimiento absoluto de vuestra voluntad á la suya, la mirra de vuestra piedad, contemplando los excesos de su amor en los misterios de su Pasion y muerte, y abrazándoos con su Cruz: y despues de haber llegado á él por medio del Bautismo, en que fuísteis regenerados, ó de haber vuelto á su gracia despues del pecado por medio de la verdadera penitencia, dejad para siempre los viejos caminos llenos de escollos para la virtud; dejad ese piélago borrascoso, batido á todos vientos por las tentaciones, en que tantas veces ha naufragado la inocencia; y tomad el sendero nuevo que os traza la gracia, volviendo vuestras espaldas al enemigo, caminando con la Cruz, cuyo misterioso peso nos afirma en la gracia, practicando las obras del hombre regenerado en Jesucristo, fiel á Jesucristo y que no vive mas que para Jesucristo. De esta suerte adquiriréis, al fin de este camino de prueba, el perdurable gozo de radicaros por toda la eternidad en la patria de los escogidos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA PURIFICACION.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Cumplido el tiempo de la purificacion de la madre, segun la lei de Moysés, llevaron al niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

Luc. Cap. II, v. 22.

1 Estaba prevenido en la lei de Moysés, amados hijos, que la mujer que diese á luz un varon, permaneciese inmunda por siete dias, y despues del octavo, en que debia circuncidarse el niño, estuviese otros treinta y tres dias en purificacion, no pudiendo en todo el tiempo dicho tocar ninguna cosa santa, ni entrar al templo hasta que hubiesen pasado dichos dias. Ambos términos se duplicaban cuando la criatura era mujer, pues en este caso la madre duraba dos semanas inmunda, y sesenta y seis dias en purificacion. Concluido el término, debia llevar al templo un cordero de año en holocausto y un palomino ó tórtola en ofrenda, y entregarle al sacerdote en la puerta del tabernáculo del testimonio. El sacerdote ofrecia estos dones al Señor, y oraba por la madre, con lo cual quedaba ésta purificada. Cuando no podia llevarse, por causa de pobreza, el cordero, se reducia la obligacion á ofrecer dos tórtolas ó dos palominos, uno por holocausto y otro por el pecado, y el sacerdote hacia las mismas oraciones.

2. Como esta lei presuponia en la generacion y parto el órden comun de la naturaleza, y por lo mismo el concurso de varon, clarísimo era que no comprendia por aspecto alguno á la Madre del Mesías: pues le concibió en su vientre purísimo, no por el con-

curso de varon, sino por obra del Espíritu Santo, y le dió á luz fuera del órden comun, es decir, sin lesion la mas mínima ni dolor alguno en su bendito cuerpo. ¿Cómo podia reputarse inmunda, ni un instante solo, aquella predilecta criatura en cuyo vientre residia el Unigénito del Padre? ¿Cómo suponer incapaz de tocar una cosa santa á la que tenia en su vientre al Dios de la santidad? ¿Cómo tener prohibida la entrada en el templo la que servia de trono á la Majestad Eterna del Señor? ¿Qué pecado tenia que redimir con material ofrenda la escogida para dar á luz al Salvador del mundo? ¿De qué ruegos habia menester aquella en quien personalmente residia el Dispensador Supremo de todos los bienes, y que fué por lo mismo Madre de la divina gracia? Sin embargo, hijos mios, el Santo Evangelio nos dice que María quiso sujetarse á la ley de Moysés, la cumplió con la mas exacta fidelidad, guardó los dias de la purificacion, partió para Jerusalem con el Niño y le presentó al Señor en el templo. *Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

3. Nada es pues tan importante, supuesta la puntualidad de María en dar cumplimiento á una ley que no la obligaba, como inquirir las causas de este proceder; porque sin duda encierra grandes misterios. El Evangelio nos dice que á la sazon habia en Jerusalem un hombre justo llamado Simeon, el cual vino al templo dirigido por una inspiracion, y al entrar en él con el Niño Jesus sus padres, le tomó en sus brazos y bendijo á Dios, entonando un himno gratulatorio y profético: y habla tambien de una viuda venerable, que era Profetiza y á la vista del Niño, le da el testimonio de su fe como Salvador del mundo. Veamos pues en la resolucion de María para sujetarse gratuitamente á la ley de la purificacion, el cumplimiento de mui altos designios y un gran mereciminto; y en el misterioso proceder y gloriosos tributos de Simeon y Anna, la recompensa con que se dignó el Señor coronar el sublime sacrificio de María.

I.

4. Con decir, amados hijos, que la purificacion de Nuestra Señora constituye uno de los grandes misterios de nuestra religion, está visto que no nos es dado penetrar todo su fondo, ni alcanzar todos los designios que se propuso el Señor en el hecho de sujetar á su Madre á esta humillante ley. Mas como todos los misterios han sido revelados para nuestra enseñanza y provecho, hai en cada uno de ellos una parte luminosa que puede alcanzar nuestra razon. Estudiando este suceso á la luz de ese principio que nos revela el fin con que Jesucristo Señor nuestro quiso revestirse de nuestra naturaleza, descubrimos que el misterio de la purificacion tiene con tan alto fin relaciones mui íntimas y estrechas, las cuales bastan para darnos á conocer sus principales designios en el homenaje que hoi tributa la Santa Vírgen á la ley de Moysés. Bien sabéis que la mision de Jesucristo fué de rigurosa plenitud y una verdadera restauracion, y por lo mismo quiso dar á la ley de Moysés todo aquel obsequio necesario, para ponerla un término digno en la parte puramente ceremonial, y elevarla á la mas alta perfeccion en la parte moral, y por esto dijo "que no habia venido á destruir la Ley, sino á cumplir-"la." Vínose su Madre, y quiere que el mundo vea en ella la mas perfecta semejanza que

pudiera presentar la tierra, la asocia á sus humillaciones y quiere que coopere á sus designios. Ella entónces, secundando en todo los planes de su Hijo, reserva su propia gloria, haciendo servir á esta reserva el ceremonial comun de la Ley, y con este acto, prodigiosamente fecundo, recomienda la mas bella de todas las virtudes, honra el templo, y deja un tipo de perfeccion á la madre cristiana. Entremos en materia.

5. La Ley de Moysés, hijos mios, propiamente dicha, esto es: aquel conjunto de preceptos que miraban al ejercicio de la religion y gobierno político del pueblo, tenia señalado un término, como todo lo figurativo en que ella debiese acabar, y este término, como bien sabéis, era el instante mismo en que Jesucristo Señor nuestro, triunfante y glorioso despues de su muerte, instituyese su Iglesia para que fuese gobernada conforme á la Ley evangélica. Mas como ántes de este momento Jesucristo pasó treinta y tres años en el mundo, quiso Su Majestad sujetarse en todo á la ley judicial y ceremonial de Moysés, pues que en su calidad de profética era una ley santa, y en lo relativo al régimen civil que instituia, era una ley sapientísima. He aquí por qué quiso el Salvador mostrarse como el mas celoso en obedecer la ley mosaica, para darnos con esto un eficaz ejemplo en el sistema de nuestros deberes religiosos y sociales. Queria presentarse aun á los ojos del judío como un israelita perfecto, para quitar hasta el último pretexto á su pertinacia y rabiosa incredulidad. Y como su Madre purísima, unida íntimamente con él en el gran designio que le habia traido á la tierra, no habia de hacer otra cosa que su voluntad soberana, por esto quiere que ella, sin obligacion de ningun género, fuese puntualísima en cumplir la ley de la purificacion, y este fué sin duda el primer motivo que determinó á la Santísima Vírgen á sujetarse á ella. Pasemos al segundo.

6. Explicando el apóstol San Pablo la doctrina de Jesucristo á los Filipenses, les dice, que Jesucristo, siendo verdadero Dios, se anonadó á sí mismo tomando la forma de esclavo, hecho á semejanza de los hombres y mostrándose como tal en su porte. Este concepto, amados hijos, nos da bastante luz para conocer por una parte, que ninguna de las cosas que practicó el Señor eran obligatorias para su Majestad, y por otra, que el haberlas practicado, sin embargo, fué con el grande fin de enseñarnos con su ejemplo y salvarnos con su sacrificio. Si quiso pues que su Madre purísima no apareciese con singularidad ninguna, sino ántes bien, que se sujetase á una ceremonia verdaderamente humillante para la humanidad, fué para que á su turno se la asemejase; pues así como el Hijo, sin embargo de su Divinidad, quiso tomar la humillantísima forma del esclavo, la semejanza de la carne de pecado y el sello del pecador en el hecho de someterse á la ley de la circuncision; de la misma suerte María, sin embargo de ser concebida en gracia y vivir exenta de toda culpa, quiso aparecer con la mancha de las otras madres, y someterse como ellas á la ley de la purificacion. Por esto exclama el Padre San Bernardo, dirigiéndose á esta privilegiada criatura: "¡Oh Vírgen verdaderamente "feliz, no tienes tú, por cierto, ni motivo ni necesidad alguna de purificacion; ¡pero acaso necesitó tu Divino Hijo circuncidarse! Sé pues tú entre las mujeres una de ellas, "ya que tu Hijo no desdeñó de contarse en el número de los niños!"

7. En tercer lugar, ya sabéis que el misterio de la Encarnacion del Verbo era un secreto depositado en mui pocas almas, y María pasaba en el concepto comun del

pueblo como Madre de Jesus segun el órden de la naturaleza, y José como su Padre: sabéis así mismo, que entró en los designios del Señor cubrir su naturaleza divina con las sombras del misterio y reservar su plena manifestacion para cuando comenzara su carrera pública. María, pues, colocada en la alternativa de faltar á este designio con la entónces peligrosa publicidad de aquel misterio, ó de sujetarse á la ley para evitar el escándalo que de otra suerte habria causado la singularidad de su conducta, no vaciló un momento en decidirse por el último extremo, y este es el segundo motivo de su resolucion. Una causa semejante obligó despues á Jesucristo á criar una moneda en la boca de un pez para pagar con ella el tributo que se le exigia. Nada tan importante como evitar el escándalo: "Si escandaliza á mi hermano este alimento, decia San Pablo, no comeré carne jamas:" ¡sentencia llena de luz, que hablaria mui alto en favor de la Ley divina y de la caridad fraternal á todos los cristianos!

8. Pero aun sin este motivo, poderoso en alto grado, la Santa Vírgen daba una bella leccion con tan heróico ejemplo en favor de la mas bella de todas las virtudes. Si aun hallándose libre de toda mancha, quiso sin embargo sujetarse á la ley de la purificacion, bastante manifestó con esto que nunca seriamos demasiado solícitos en el empeño de purificar nuestras almas. Así como la circuncision del cuerpo, á que se dignó sujetarse el Redentor, debia conducirnos á la circuncision del espíritu, mas árdua y mas gloriosa, como lo enseña San Pablo; así tambien la purificacion del cuerpo, á que se sujetaba María, debia conducirnos mas eficazmente á buscar á toda costa la purificacion del alma. Este es el sentir de San Bernardo. ¿Por qué decimos que María se purificó? dice: ¿Por qué decimos que Jesus se circuncidó, siendo así que ni ella necesitaba de purificacion ni el Señor de circuncision? Luego si el Hijo es circuncidado y la Madre purificada, es precisamente para nosotros, pues con esto daban un ejemplo á los penitentes, para que apartándose de los vicios se circundasen primero por esta continencia misma, y purificasen despues de sus antiguas manchas por medio de la penitencia." Este es el cuarto motivo que determinó el proceder de María.

9. En quinto lugar, como en aquella ceremonia los padres presentaban á sus hijos en el templo del Señor, María quiso, haciendo lo mismo con el suyo, honrar y consagrar con la presencia del Mesías en el principio de su vida mortal, aquel templo, con lo cual tendria su mas exacto cumplimiento la profecía de Aggeo: "Vendrá el deseado de "todas las naciones, son las palabras de este Profeta: llenaré de gloria esta casa, dice "el Señor de los ejércitos, y la gloria postrera de esta casa será mucho mayor que la "primera." En efecto, hijos mios, aquel antiguo templo, perdurablemente célebre por su incomparable magnificencia en los fastos de las artes, no tuvo, sin embargo, la gloria del segundo. ¿Por qué? Porque aquel era simplemente dedicado, y éste honrado con la presencia misma del Salvador: porque si allí todo era figurativo, acá fué todo real desde que Jesucristo comenzó á honrarle con su ministerio. Aquí se ofreció al Eterno Padre, aquí habia de predicar su doctrina y obrar sus milagros. Este es el templo á que se referia el Profeta Malaquías en aquellas palabras memorables: "Vendrá á su "templo santo el Dominador á quien buscáis, el Angel del Testamento á quien queréis."

10. Quiso tambien la Vírgen Madre, con su determinacion de cumplir la Ley, ense-

ñar á todas las madres con su ejemplo, á ofrecer al Señor, desde su parto, el fruto de su vientre, y este es el sexto motivo de su proceder. ¡Leccion de altísima ciencia, hijos mios, que derrama una esplendente y copiosa luz sobre el matrimonio cristiano, y desprendiéndonos á su vista de las ideas de la carne, nos muestra cuánto esta union, favorecida con la gracia, consagrada por la religion y elevada por Cristo á la categoría de un sacramento, tiene de respetable, santo y augusto! En sus frutos deben ocupar el primer lugar las almas sobre los cuerpos: el hijo que nace, es un nuevo siervo del Señor: debe ofrecérsele desde su cuna, para que sea enriquecido de gracias, cumpla siempre la Ley divina, viva en virtud y muera en santidad.

11. A imitacion de la Santísima Vírgen, muchas madres piadosas, cuyos nombres están escritos en el catálogo de los santos, guardaron la costumbre de ofrecer al Señor á sus hijos desde el momento de nacer; y estos hijos, favorecidos por Dios con singularísimas gracias, manifestaron en su glorioso destino cuán del agrado del Señor es que la madre se apresure á ofrecerle el fruto de su vientre. Mónica habia ofrecido al Señor á su hijo Agustin; y este hijo, detenido en la mitad de su carrera por una mano invisible, para que no siguiese andando por los caminos de la perdicion, convertido á Dios y formando con su piedad, con su genio y sabiduría una de las mas robustas y hermosas columnas de la Iglesia santa, parece darnos á entender que aquella oblacion que de él hizo su madre, hizo que el Señor le convirtiese. Esta misma práctica seguia la madre de Bernardo: tomaba en sus brazos á cada niño que le nacia, le ofrecia luego al Señor, y ya desde entónces trataba á sus criaturas como si estuviesen consagradas: las veia como un depósito santo que el mismo Dios le habia confiado. Estos ejemplos introdujeron en el pueblo fiel la costumbre de ofrecer las madres sus hijos al Señor, presentándolos en la Iglesia, dando á Dios gracias por haberlas libertado de los peligros del parto, y pidiendo bendiciones para ellos á su bondad infinita.

12. María, pues, cumplió las prescripciones de la Ley, ofreciendo, no un cordero, pues que presentaba en su Hijo al verdadero Cordero de Dios que borra los pecados del mundo; sino un par de tórtolas, ó dos palominos, que era la oblacion de los pobres. Esta ofrenda, hijos mios, encierra un gran sentido, como lo han enseñado los Padres. "La Ley de Dios, dice San Ambrosio, eligió esta ofrenda de una hostia casta: porque "este es el verdadero sacrificio de Cristo, la pureza corporal y la gracia espiritual; la "pureza se simboliza en la tórtola, y la gracia en la paloma." El venerable Beda, explicando la misma oblacion, entiende que la paloma denota la simplicidad, y la tórtola simboliza la castidad; porque la paloma es tan amante de la simplicidad y la tórtola de la castidad, que si acaso pierden su consorte, no buscan desde entónces otro. Luego con mucha razon se ofrecen al Señor la tórtola y la paloma como una hostia, pues el sacrificio acepto á su justicia es un homenaje simple y puro para su Magestad.

13. Ved, pues, hijos mios, lo que nosotros debemos entender, para gobierno de nuestra conducta, de aquella ofrenda misteriosa; y cómo podemos á nuestro turno hacerla á Dios de las cosas que aquella representa. ¿Cómo ofrecerémos al Señor un par de tórtolas ó dos palominos? Con abandonar el pecado, y convertirnos á su gracia; con aborrecer el pecado y abrasarnos en su amor; con nuestro empeño y solicitud en conservar la

pureza de cuerpo y alma, con la piadosa sujecion de nuestro entendimiento á la fe y de nuestra voluntad á la gracia.

14. Hemos visto las razones que tuvo nuestra Señora para someterse á la ley de la purificacion: razones todas que vienen á reducirse á dos grandes ideas: la gloria de Dios y el bien de la humanidad: hemos visto que el haberse sujetado á tal ceremonia la criatura inmaculada que Dios escogió para Madre suya, fué un acto de profunda humillacion é incomparable humildad: virtudes predilectas, tiernamente amadas del Señor, y á las cuales tiene ofrecidas insignes recompensas. "El que se humilla será "exaltado," decia nuestro Señor Jesucristo, y la misma Vírgen Madre, inspirada por los grandes recuerdos de la religion, cantó las glorias de esta virtud, cuando dijo: "que "el Señor exaltó á los humildes: *exaltavit humiles.* No nos limitemos, pues, hijos mios, á considerar la grandeza del merecimiento; pasemos á contemplar la gloria de la recompensa, viéndola resplandecer toda en el singularísimo proceder y la sublime inspiracion de esos ancianos profetas que, penetrando al través de aquellas apariencias comunes la presencia del Mesías, dan un testimonio glorioso á su divinidad y mision.

II.

15. Aunque Jesucristo Señor nuestro, revistiéndose de nuestra naturaleza y sometiéndose á todas sus penalidades, quiso aparecer siempre pobre, atribulado y pues que vino á padecer y morir por el hombre, y en consecuencia despreció todo lo que el mundo tiene de grande, imponente y glorioso, hasta el extremo de aparecer casi desapercibido; tuvo siempre cuidado, segun habéis visto, de manifestar de algun modo su grandeza y dejar trasluc ir, al través de tanta oscuridad, algunos rayos de su Luz divina. Se hizo anunciar por los profetas de manera que los que con espíritu sincero estudiasen por un lado las predicciones de éstos y por otro los pasos de su vida mortal, reconociesen á Dios en las mismas humillaciones, ultrajes, y hasta en la muerte de cruz á que quiso sujetarse. Eligé por Madre á una pobre y retirada vírgen; pero quiere que un ángel de altísimo rango la haga presente de su parte tan glorioso designio. Nace en un pesebre, ignorado de todos y como el desecho de los hombres; pero dispone que un ángel del Señor le anuncie á los pastores, y un ejército de ángeles cante cerca de su cuna y con motivo de su nacimiento la gloria de Dios y la paz de la humanidad. Permite que no se aperciba de él ninguno de los moradores de la privilegiada ciudad en que nace; pero cria un astro y le ordena ir á las remotísimas comarcas de Oriente á revelar su Nacimiento á los magos, y conducirles al establo humilde en que yacia, para recibir sus adoraciones. Consiente en ser circuncidado como los hijos de culpa; mas recibiendo el Nombre de Jesus, parece inaugurarse allí en la tierra solemnísimamente como el Rei de misericordia que viene á salvar á la humanidad: toma un nombre que es sobre todo nombre, ante el cual se rendirian humillados los infiernos, se postraria el mundo y se inclinarian con respeto los cielos. Pues de esta misma suerte quiere que su Madre, purísima desde el instante mismo de su concepcion, se sujete á una ley que no la corresponde, la de la purificacion, y le presente al Señor como uno de tantos niños que nacian; pero allí mismo

prepara espléndidas confesiones de su Divinidad y rendidos tributos á su gloria. Tal es la mision que desempeñaron allí dos ancianos venerables: Simeon, el hombre justo y temeroso de Dios, y Anna la profetiza, hija de Phanuel, y que contaba una larguísima viudez. Ved, hijos mios, el testimonio que uno y otro dan á la Divinidad del Mesías en el acto mismo en que sus Padres penetran en el templo en obsequio de la Ley, con el objeto de presentarle al Señor.

16. El Espíritu Santo, que moraba en Simeon, como dice el Evangelio, le tenia revelado que no habia de morir ántes de ver al Cristo del Señor: *non visurum se mortem nisi prius videret Christum Domini.* Este pensamiento le tenia de continuo tan arrobado, dominaba de tal suerte todo su ser, que ya desde aquella revelacion feliz se dedicó todo á esperar la venida del Mesías. Pendiente se hallaba de cuanto sucedia: buscaba en el fondo de los acontecimientos las señales de esta venida, é incesantemente dirigia las mas fervorosas oraciones al Señor para que coronase su esperanza: su alma llena de la inspiracion divina le representaba constantemente al Mesías, y la imágen del Redentor, presente de continuo á su espíritu, recibia sus mas tiernos homenajes.

17. Un dia, el mas feliz de toda su vida, se siente agitado, poseido de un sentimiento que parece sacarle de sí mismo: un impulso irresistible le conduce al templo: era el misterioso aviso de que habia sonado ya la hora feliz; pues lo mismo fué penetrar en aquel sagrado recinto que ver entrar igualmente á los dos santos Esposos con el Niño á quien esperaba: María y José iban á cumplir la Ley de Moysés, presentando el Niño al Señor. Vió el anciano este Niño, y al instante un sentimiento de aquellos que no pueden explicarse, abrió sus brazos ya decrépitos: extiéndeles para recibirle, y cuando estrechaba sobre su pecho, inspirado por el amor, á Aquel á quien muchos reyes y profetas quisieron ver y no vieron, quisieron oir y no oyeron, al Deseado de las naciones, levanta su espíritu al Señor, y con el acento de la ternura, de la esperanza y del amor, canta su muerte y con ella el dia de su ventura, y el momento de entrar al goce de una perdurable paz, en un himno brevísimo, en verdad, pero tan conceptuoso, tan tierno, tan singularmente bello, que basta por sí para detener con trasporte al espíritu que le medita en presencia de aquel anciano, que pasa de la paz de la virtud á la paz de la felicidad. Oidle, hijos mios, y no perdáis una sola palabra, porque todo es aquí espíritu y vida. "Ahora, Señor, dice aquel venerable anciano, *ahora si que* "sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa. Porque ya mis ojos han "visto al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, expuesto á la "vista de todos los pueblos, sea luz *brillante* que ilumine á los gentiles y la gloria de "tu pueblo de Israel."

18. Esta primera palabra, hijos mios, este *nunc*, este *ahora* con que da principio el himno que acabáis de escuchar, tiene en la boca de Simeon una énfasis sublime. Es como si hubiera dicho, "hasta que por fin," para manifestar la realizacion feliz de un suceso continua y vehementemente esperado: es la expresion de un espíritu que descansa despues de una larga tarea; es la expansion de un goce que ya se siente, y que se habia largo tiempo deseado; es el desahogo de una alma que ya lo posee todo, y nada la queda que desear. "Ahora sí, Señor:" tal es la primera palabra del anciano. ¡Pe-

ro qué acontecimiento es éste relativamente á él? ¿Qué bien suyo encarece aquí con motivo de la venida del Salvador? ¿A qué se refiere cuando habla de un placer, de una dicha inefable para él? ¿A qué, hijos mios? A su cercana é indefectible muerte. El anciano se siente ya salir de la vida; casi no acierta á distinguir si se encuentra en la eternidad ó el tiempo; se complace en su sepulcro cuando todavía no es invadido por el dolor á pesar de su vejez: Simeon canta su muerte, la canta con belleza, la canta en los trasportes del mas grande júbilo, y se muestra desde entónces con un carácter sublime á la admiracion de los hombres. La muerte, este acontecimiento tan terrible como necesario, este suceso que hace correr tantas lágrimas y palpitar tantos corazones, este último trance que á todos nos penetra de terror, es para el viejo Simeon el arribo de su felicidad, el perdurable objeto de su júbilo, el dia de la paz y del gozo: "Ahora sí, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa:" *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.*

19. ¿Pero cuál es, me direis, la causa de este raro júbilo con motivo de una muerte que se apresura? La presencia del Salvador del mundo, que aquel viejo tenia ya en sus brazos. Poned en esto vuestra consideracion; contemplad este cuadro con la luz de la fe, y desaparecerá vuestra sorpresa, y os parecerá todo tan propio y natural, como mas no podia ser. ¿Quién estaba en los brazos de Simeon? Jesucristo. ¿Quién es Cristo? Dios y Hombre verdadero, me direis, y os volveré á preguntar: ¿quién es Cristo para nosotros? y me responderéis, no con vuestros propios conceptos sino con las palabras del mismo Salvador, que es el camino, la verdad y la vida. ¿Por qué se teme la muerte? Por la oscuridad impenetrable de los caminos de la eternidad, por la duda práctica respecto de nuestro propio estado, pues que solo sabemos de ciencia cierta que hemos ofendido al Señor, y finalmente, por el temor terrible de que á la muerte temporal suceda la muerte eterna. Pero si Jesucristo Señor nuestro es el camino, la verdad y la vida, el anciano que le tenia en sus brazos, despues de haberle llevado siempre en su corazon y servido con sus obras, no tiene ni sombra de incertidumbre, porque este Jesus era para su fe una promesa ya realizada; ni teme la perdicion, porque la paz en que habia vivido, le quitaba todo linaje de inquietud al tiempo de morir, y sobre todo, porque tenia en sus brazos á la vida misma. Aquel viejo, que no habia tenido ojos para el mundo, los fijaba entónces en el Salvador, y esta vista sola era para él un presagio de salud y un signo de felicidad: "porque mis ojos han visto al Salvador que nos has dado," dice: *quia viderunt oculi mei salutare tuum.*

20. Desahogado Simeon de estas primeras emociones, retrocede con su espíritu hasta la cuna del género humano, vuelve de allí recorriendo toda la historia profética del Salvador, é inspirado divinamente, mira en el porvenir todas las glorias del Mesías en esos pueblos que, atraidos por su luz, habian de adorarle. Tal me parece aquel anciano, cuando escucho las siguientes palabras de su himno profético dirigidas al Señor, y referidas al Salvador del mundo: "al cual, dice, esto es, á este Salvador, tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los "gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel."

21. Miéntras el Profeta entonaba este cántico de accion de gracias y de gloria, María y José, absortos en la contemplacion de tantas maravillas, no se cansaban de admirar al mismo tiempo su dicha propia en la grandeza del Niño, y la inspiracion del anciano en su actitud venerable, su acento profético y su oracion sublime: "Su Padre y "su Madre," dice el Evangelista despues de las últimas palabras que habeis oido y refiriéndose por tanto á José y María, "escuchaban con admiracion las cosas que de él "se decian:" *Et erat pater ejus et mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo.*

22. Mas no se detuvo aquí, amados hijos, la voz del Profeta; pues dando su bendicion á los dos Esposos, profetiza dos caracteres relativos del Mesías: el que tendria para los que creyesen en él, y el que mostraria para los que le desconociesen, ó confesándole con sus palabras, le negasen con sus obras: deja traslucir los trabajos de su Pasion, y entrever por entre las sombras del porvenir aquella espada de dolor que habia de traspasar de parte á parte el corazon de la mas tierna de todas las madres. "Simeon "bendijo á entrambos, continúa el evangelista, y dijo á María su Madre: Este Niño "que ves, está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel; y para "ser el blanco de la contradiccion *de los hombres:* lo que será para tí misma una espa"da que traspasará tu alma."

23. De esta suerte, hijos mios, vemos destinada, segun parece, la solemnidad legal de la Purificacion de María y Presentacion de su Hijo en el Templo, como para celebrar al mismo tiempo la clausura de las profecías. Allí se verificaron los últimos oráculos de la Ley antigua, y los profetas de aquella memorable noche serian al mismo tiempo doctores que declarasen haberse cumplido ya en Jesus todos los oráculos relativos á su venida y nacimiento, y profetas que anunciasen lo que todavía quedaba pendiente y muí pronto se habia de consumar. Tal es aquel anciano, como lo acabáis de ver, y tal fué tambien aquella viuda venerable que dividió con Simeon el gozo de ver al Mesías ya venido, y la gloria de dar un testimonio á su Divinidad.

24. "Vivia entónces, dice para concluir este punto el evangelista San Lúcas, una "profetisa llamada Anna, hija de Phanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muí "avanzada, y la cual, casada desde la flor de ella, vivió con su marido siete años. Y "habíase mantenido viuda hasta los ochenta y cuatro de su edad, no saliendo del tem"plo y sirviendo *en él á Dios* dia y noche con ayunos y oraciones. Esta pues, sobrevi"niendo á la misma hora, alababa igualmente al Señor, y hablaba de él á todos los que "esperaban la redencion de Israel."

25. Nada os diré, amados hijos, de este último lugar de la leccion evangélica que os estoi explicando, porque ella está manifestando por sí misma toda su luz. Esta profetisa reune dotes muí elevadas: su estirpe ilustre, su ancianidad respetable, su antigua y virtuosísima viudez, su vida religiosa y eminentemente mística, pues no salia del templo, el rigor de su penitencia y el fervor de su oracion, la presentan con todos los atributos de la santidad, y reclaman para ella todos los homenajes debidos á la virtud. Su costumbre de permanecer casi de continuo en el Templo, sin estar fuera de él sino lo muí preciso para atender á las necesidades de la naturaleza, fué magníficamente recompensada por el Señor; pues á ella debió el verle llegar en los brazos de María, el presenciar aquella ceremonia augusta, aquel cuadro tierno y sublime, y es-

cuchar el himno gratulatorio y profético de Simeon, y unir su voz á la del anciano, para celebrar á una con él aquel suceso maravilloso y dar testimonio á la Divinidad del Mesías: recompensa de inestimable precio, hijos mios, ofrecida por Dios á la solicitud constante de los que tienen siempre encendida, no solo en su entendimiento sino tambien en su corazon, la divina lámpara de la fe; para las almas que creen y obran como creen, que oyen y guardan la palabra de Dios.

26. ¡Cuál debe ser, pues, vuestra atencion hácia este misterio de la Purificacion de María y la Presentacion de su Hijo al Señor en el templo! ¡Cuán alto no debe hablar á vuestras almas el ejemplo de una Madre, que siéndolo del mismo Dios, y sin dejar de ser virgen, quiso sin embargo someterse á la humillantísima ley de la purificacion! Cuánto no teneis que aprender en el prudentísimo, sabio y misterioso silencio de aquella criatura, tan heróico y grande, que se somete á todo un sacrificio ántes que romperle! ¡Y con qué empeño no nos debemos apresurar á imitar su celo por la Ley divina, cuando vemos tan magníficamente recompensada por Dios la fidelidad de María en cumplir con una ley ceremonial, sin embargo de no tener ninguna obligacion! Un Profeta recibe tiernamente en sus ancianos brazos á Jesus, le reconoce como verdadero Dios y Hombre, le saluda con sus afectos, como al Mesías prometido, y cual si hubiese sido el representante de todos sus antepasados y de las entónces generaciones futuras, da gracias al Señor por tanto beneficio como á nombre de la humanidad: él mismo encarece su ventura en las palabras mismas con que canta su muerte: derrama inefables atractivos sobre las santas austeridades de la virtud cuando se muestra infinitamente recompensado con tener en su brazos al autor de la vida, y aparece aquí como el mensajero del mismo Dios, para recompensar el sacrificio de María con su testimonio brillante á la Divinidad y gloria de Jesus.

27. Sed, pues, hijos mios, fieles imitadores de esta Madre Santa, expertos discípulos de esta Maestra sabia, testigos aprovechados de este anciano profeta en su vida, toda de virtud y santidad, admiradores prácticos de la constancia de aquella profetisa en vivir consagrada al servicio de Dios; y estad seguros que, como ella y Simeon tuvieron la dicha de ver en los brazos de María al Salvador del mundo, de recibirle el primero en los suyos, y gozar de su presencia la segunda, tambien vosotros, como fieles devotos de María, nunca dejaréis de ver en sus brazos al Autor de la gracia, y al dar el paso crítico del tiempo á la eternidad, recibiréis de ella misma en los vuestros, es decir, en la plenitud de la vista perdurable y posesion inamisible, al Supremo Dispensador de la gloria.

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA OCULTA DE JESUCRISTO.

In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.
En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y *con todo*, el mundo no le conoció.
Joann. Cap. I, v. 10.

1 Hemos recorrido hijos mios, una serie de prodigiosos acontecimientos, de misterios augustos, desde que nos pusimos á considerar la anunciacion que hizo el Angel á María, de las miras que tenia sobre ella el Señor, hasta la noche, para siempre memorable, de su ingreso en el Templo á los cuarenta dias de haber dado á luz en Betlehem al Salvador del mundo, para presentarle al Señor. En esta carrera nos ha venido dirigiendo, como á los israelitas en su peregrinacion, una columna tenebrosa y lucida, por explicarnos así, pues por una parte vemos á la humanidad con todas sus tribulaciones, y por otra consideramos á la Divinidad con todo su poder y su gloria. Una niña, pobre y retirada en la pequeña ciudad de Nazareth, es interrumpida en su profunda meditacion con la presencia de un ángel que le anuncia su divina maternidad: tiene en su vientre al Salvador del mundo, y pártese sola para las montañas de Judéa con el objeto de llevar á Isabel, su prima, todos los socorros y consuelos de la caridad; y cuando imagina ser ella en la tierra la depositaria única del secreto de su gloria, se sorprende con un título que los labios de Isabel, abiertos por el Espíritu Divino, la dan en aquel instante, llamándola Madre del Señor. Dirígese á Betlehem de Judá con el objeto de cumplir la ley de César Augusto, empadronándose con su Esposo; no halla posada, ni aun en un meson, y tiene que ir á guarecerse de la inclemencia en un pesebre arruina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuchar el himno gratulatorio y profético de Simeon, y unir su voz á la del anciano, para celebrar á una con él aquel suceso maravilloso y dar testimonio á la Divinidad del Mesías: recompensa de inestimable precio, hijos mios, ofrecida por Dios á la solicitud constante de los que tienen siempre encendida, no solo en su entendimiento sino tambien en su corazon, la divina lámpara de la fe; para las almas que creen y obran como creen, que oyen y guardan la palabra de Dios.

26. ¡Cuál debe ser, pues, vuestra atencion hácia este misterio de la Purificacion de María y la Presentacion de su Hijo al Señor en el templo! ¡Cuán alto no debe hablar á vuestras almas el ejemplo de una Madre, que siéndolo del mismo Dios, y sin dejar de ser virgen, quiso sin embargo someterse á la humillantísima ley de la purificacion! Cuánto no teneis que aprender en el prudentísimo, sabio y misterioso silencio de aquella criatura, tan heróico y grande, que se somete á todo un sacrificio ántes que romperle! ¡Y con qué empeño no nos debemos apresurar á imitar su celo por la Ley divina, cuando vemos tan magníficamente recompensada por Dios la fidelidad de María en cumplir con una ley ceremonial, sin embargo de no tener ninguna obligacion! Un Profeta recibe tiernamente en sus ancianos brazos á Jesus, le reconoce como verdadero Dios y Hombre, le saluda con sus afectos, como al Mesías prometido, y cual si hubiese sido el representante de todos sus antepasados y de las entónces generaciones futuras, da gracias al Señor por tanto beneficio como á nombre de la humanidad: él mismo encarece su ventura en las palabras mismas con que canta su muerte: derrama inefables atractivos sobre las santas austeridades de la virtud cuando se muestra infinitamente recompensado con tener en su brazos al autor de la vida, y aparece aquí como el mensajero del mismo Dios, para recompensar el sacrificio de María con su testimonio brillante á la Divinidad y gloria de Jesus.

27. Sed, pues, hijos mios, fieles imitadores de esta Madre Santa, expertos discípulos de esta Maestra sabia, testigos aprovechados de este anciano profeta en su vida, toda de virtud y santidad, admiradores prácticos de la constancia de aquella profetisa en vivir consagrada al servicio de Dios; y estad seguros que, como ella y Simeon tuvieron la dicha de ver en los brazos de María al Salvador del mundo, de recibirle el primero en los suyos, y gozar de su presencia la segunda, tambien vosotros, como fieles devotos de María, nunca dejaréis de ver en sus brazos al Autor de la gracia, y al dar el paso crítico del tiempo á la eternidad, recibiréis de ella misma en los vuestros, es decir, en la plenitud de la vista perdurable y posesion inamisible, al Supremo Dispensador de la gloria.

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA OCULTA DE JESUCRISTO.

In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.
En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y *con todo*, el mundo no le conoció.
Joann. Cap. I, v. 10.

1 Hemos recorrido hijos mios, una serie de prodigiosos acontecimientos, de misterios augustos, desde que nos pusimos á considerar la anunciacion que hizo el Angel á María, de las miras que tenia sobre ella el Señor, hasta la noche, para siempre memorable, de su ingreso en el Templo á los cuarenta dias de haber dado á luz en Betlehem al Salvador del mundo, para presentarle al Señor. En esta carrera nos ha venido dirigiendo, como á los israelitas en su peregrinacion, una columna tenebrosa y lucida, por explicarnos así, pues por una parte vemos á la humanidad con todas sus tribulaciones, y por otra consideramos á la Divinidad con todo su poder y su gloria. Una niña, pobre y retirada en la pequeña ciudad de Nazareth, es interrumpida en su profunda meditacion con la presencia de un ángel que le anuncia su divina maternidad: tiene en su vientre al Salvador del mundo, y pártese sola para las montañas de Judéa con el objeto de llevar á Isabel, su prima, todos los socorros y consuelos de la caridad; y cuando imagina ser ella en la tierra la depositaria única del secreto de su gloria, se sorprende con un título que los labios de Isabel, abiertos por el Espíritu Divino, la dan en aquel instante, llamándola Madre del Señor. Dirígese á Betlehem de Judá con el objeto de cumplir la ley de César Augusto, empadronándose con su Esposo; no halla posada, ni aun en un meson, y tiene que ir á guarecerse de la inclemencia en un pesebre arruina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, donde, llegada la hora de su parto, da á luz al Mesías; pero mui pronto ve postrados ante aquella cuna de pajas á los sencillos pastores, y un poco mas tarde á los potentados de la tierra. Siente la pena consiguiente á la Circuncision de su Divino Hijo; pero casi al mismo tiempo se inunda en júbilo al contemplar su Nombre poderoso. Sométese á la ley de la purificacion la que fué concebida sin mancha, y cuyas virtudes purísimas no sufrieron la mas lijera lesion; pero allí mismo escucha la voz inspirada de un anciano profeta, y presencia los homenajes edificantes de una profetisa. De esta suerte no damos un paso en los misterios de Jesucristo, sin admirar esa prodigiosa mezcla de grandeza y pequeñez, de tinieblas y de luz, carácter propio de todos los misterios. Tal se presenta Jesucristo en la tierra, y por esto el Evangelista San Juan, despues de remontarse á las inaccesibles regiones de la eternidad, para mostrarnos la generacion eterna del Verbo y prepararnos á recibir con la nueva de su Encarnacion, la mas indefinible de todas las sorpresas, á entrar en los pensamientos propios de misterios tan elevados y penetrarnos de aquellos sentimientos que la caridad infinita de Dios para con el hombre debe inspirar á nuestro corazon, nos dice, como para resumir en una sola frase todo lo que hai de mas prodigioso en la historia del Verbo Encarnado, que él fué una luz que cayó en el fondo de las tinieblas, y sin embargo, las tinieblas no la recibieron; Luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: y para manifestar hasta qué punto el mundo estaba ciego y pertinaz, vierte este concepto de insondable profundidad para la inteligencia, que pasma á los cielos y confunde á los hombres desde el momento en que sienten la verdad en sus almas: "Estaba en el mundo, y el mundo fué hecho por él, y sin embargo de esto, el mundo no le conoció." *In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.*

2. ¡Y cuándo se manifestó esto mas al vivo, que durante aquel dilatado período de treinta años que mide la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo! ¡Cosa maravillosa, hijos mios! El Creador del cielo y de la tierra, el Verbo eterno, el Unigénito del Padre, un Dios revestido de nuestra naturaleza, vive entre los hombres, y desapercibido de ellos por casi la tercera parte de un siglo, hace una carrera comun con todos los hombres en el órden de la naturaleza, cual si fuese uno de tantos, siendo el mismo Dios: pasa por las debilidades de la infancia, quien tiene en sus manos los destinos del Universo: se somete á dos mortales, prestándoles cumplida obediencia el Autor de la Ley divina, el Soberano de los cielos y la tierra: se dedica personalmente á los trabajos materiales de un taller humilde con José quien ha dado el ser á todos los elementos productores del sustento, del vestido y de todas las riquezas de la tierra. Un Dios está en el mundo, pasa como uno de tantos hombres, acepta las tribulaciones de la humanidad, vive en el retiro y del trabajo de sus manos. De esta suerte vemos cómo Dios estaba en el mundo hecho por él mismo, y sin embargo, el mundo no le conocia: *In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.*

3. ¡Pero qué! ¿así habia de suceder siempre? ¿aquellos treinta años de retirada vida quedarian sumergidos sin distintivo y sin luz en el océano del tiempo? No, hijos mios, este período de la vida de Jesucristo fué, digámoslo así, una reserva momentánea que mas tarde habia de parecer ante los hombres con todo el esplendor de luces que en

sí tiene para disipar todas las tinieblas, con su fuerza poderosa para formar las virtudes, y su eficacia misma para dar testimonio á ese Dios presente y desconocido al mundo por espacio de tantos años. Dió un paso el tiempo, y la vida oculta de Jesucristo fué uno de los mas bellos asuntos para la elocuencia religiosa, una escuela práctica de perfeccion para los escogidos, una fuente inagotable de sentimientos para el corazon. Os he ofrecido hablaros de esta vida preciosa, y voi á cumplirlo ya desenvolviendo, cuanto es dado á nuestra humana limitacion y con motivo de ella, el profundo pensamiento del Evangelista, manifestando en su vida oculta un tipo de la mas alta perfeccion moral, y esta será la primera parte; y haciéndoos ver así mismo en la segunda, cómo al través de las sombras con que quiso cubrirse, dejó traslucir bastantemente su divinidad.

I.

4. Dos grandes escollos, hijos mios, ha tenido, tiene y nunca dejará de tener la virtud en la tierra. ¿Cuáles son estos? Primero, el contacto con el mundo; segundo, el amor desordenado de sí mismo. Cuando nuestros primeros padres gozaban en el Paraíso de la ventura en que fueron criados, un paseo de Eva por los jardines de Edén, una divagacion para conversar con el espíritu de las tinieblas, una indiscreta mitada que dejó caer sobre el fruto de la muerte, un falso atractivo que la sedujo, echó por tierra todo aquel edificio de perfecta felicidad. Brindóles con un rango divino la Serpiente, y esto bastó para que perdiesen la perfeccion juntamente con la dicha. Desde entónces la historia de la decadencia moral de la humanidad, en su cadena de causas y efectos, nos muestra con harta frecuencia esta vida de disipacion y de mundo, en que los sentidos trasmiten al alma todos los elementos del mal, y el desordenado amor de sí mismo, como las causas mas comunes de la perdicion. Jesus vino á curar estas llagas: opuso al comercio con el mundo el retiro misterioso de su vida; y al espíritu de la soberbia que precipitó á nuestros primeros padres, haciéndoles revelar contra la Ley de Dios, la mas perfecta sumision á José y á María. En suma: el retiro y la mas perfecta obediencia fuéron los caractéres distintivos de aquella vida oculta de treinta años en la tierra, la medicina contra todos los orígenes del mal y la prueba práctica de que el hombre en todos sus estados puede mantenerse en retiro, encadenar su voluntad á la Ley, portar la cruz de la mortificacion y los trabajos, y hacer la conquista gloriosa de la bienaventuranza.

5. Recorred, hijos mios, la historia de los santos, de esos personajes que han pasado de las tinieblas de la vida del tiempo al esplendor purísimo del dia de la eternidad: notad, en primer lugar, que hai en esta ilustre galería hombres de todos los estados de la vida: sacerdotes, anacoretas, vírgenes consagradas á Dios en el retiro, mujeres fuertes que se han santificado en el matrimonio, padres de familia, hombres del pueblo, personajes de las cortes, guerreros famosos, príncipes ilustres, sabios de primer órden, hombres opulentos, y pobres tambien: notad en segundo lugar, que ninguno de ellos ha dejado de cumplir el requisito fundamental de la perfeccion cifrado en el retiro; que este ha tenido siempre los mayores encantos para ellos; pues encendidos en el amor divino, nada les era tan grato, nada tan dulce como hallarse mas cerca del Señor, y nunca en-

tendieron aproximarse mas á su Majestad, que cuando mas retirados estaban de la tierra.

6. Este retiro, condicion fundamental de la vida cristiana, tiene á cada paso los testimonios mas ilustres en las Sagradas Letras. Cuando el Señor se quejaba del abandono de los hombres, de la estupenda corrupcion de la humanidad; cuando echando su vista por el mundo, veia que todos habian desertado de su reino, *omnes declinaverunt; simul inutiles facti sunt*, y no encontraba uno solo, uno siquiera que practicara el bien, *non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*, ¿cómo explicaba este inmenso mal? Por la disipacion del espíritu y la falta absoluta de retiro. Unas veces decia que habian abandonado la fuente de agua viva para ir á las cisternas disipadas; otras veces decia que tal desgracia traia su orígen de que nadie se recogia profundamente á meditar en el fondo de su corazon, *nullus est qui recogitet corde*. Cuando señalaba el gran principio de la reforma moral, ya en la conducta del alma verdaderamente convertida, ya en la solicitud de su gracia para sacarla de la perdicion, recurria siempre al retiro y á la soledad: "Yo he huido, decia el Profeta, muí léjos del mundo, y he radicado mi mansion en la soledad: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine*. "Yo la conduciré, decia el Señor refiriéndose al alma, yo la conduciré á la soledad, y hablaré allí á su corazon:" *Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus*. Y para que nada faltase, amados hijos, para la universalidad absoluta de esta prueba, el Espíritu Santo obliga soberanamente al mundo á honrar con su testimonio póstumo el santo retiro de la virtud, poniendo en su boca estas palabras del mas profundo sentido, que él pronuncia en presencia de la felicidad de estos á quienes habia despreciado por su vida retirada y oculta: "He aquí á los que alguna "vez convertimos en objeto de ridículo y de improperio. ¡Insensatos de nosotros, que "habiamos calificado de locura su género de vida, é imaginado que tendrian un oscuro "fin! Mas he aquí cómo ellos han sido computados entre los hijos de Dios, y colocados "por su final destino en la gloriosa categoría de los santos." *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.*

7. Será extraño, en vista de esto, que Jesucristo haya querido pasar en un completo retiro la mayor parte de su vida? El mundo le veia sin hacer alto en él: miradas indiferentes caian sobre su Persona: la altivez del siglo le veia con un fatuo desprecio, por ser el hijo de un artesano: todos creerian que aquella vida pasaria como una sombra por su rapidez y por su oscuridad; porque el mundo, hijos mios, no teniendo mas tribunal que el suyo propio, da por nada una vida que pasa desapercibida de los hombres. El mundo adolece de una enfermedad crónica incurable, cual es la ceguedad: no ve que Dios es el todo, y fuera de Dios no hai nada; que no hai mas justicia que la que Dios reconoce, ni otra gloria que la que Dios dispensa, ni otra felicidad posible, durante la vida del tiempo, que la intimidad con Dios atestiguada por una conciencia pura. Jesucristo Señor nuestro vino á iluminar á este ciego; mas por desgracia quedó siempre lo mismo; y por esto dice el Evangelista que las tinieblas no recibieron la luz del Verbo: *tenebræ eam non comprehenderunt*. Ahora bien: ¿cómo explicar una luz que brilla en el fondo de las tinieblas, y unas tinieblas que sin embargo no reciben esta luz? Con los

misterios. El de aquella vida oculta tenia, es cierto, velos angustos que la cubrian; pero sin embargo, se manifestaba por entre estos velos á los que sinceramente querian meditarla, siendo para ellos claridad y bien. Por esto añade el Evangelista, que los que recibieron á este Dios, es decir, los que creyeron en él, á pesar de la humildad y oscuridad con que apareció entre los hombres, recibieron en recompensa el ser de hijos de Dios: *quotquot autem receperunt eum dedit eis potestatem filios Dei fieri*.

8. Es de fe, amados hijos, que Jesus es Dios y hombre verdadero, y por lo mismo, que durante su vida oculta tuvo cuanto suponerse debe en sus dos naturalezas; todas las luces, todo el poder y toda la gloria de la Divinidad, y todas las necesidades y pasibilidad á que se halla sujeta la naturaleza humana. Siendo esto así, ¿cuánto no nos ha dejado que aprender en aquellos treinta años de retirada vida? ¿Con qué realces gloriosos y méritos tan insignes no presentó el retraimiento del mundo? ¿Quién desde entónces podia encontrar ó inútil, ó estéril, ó fastidioso el retiro? ¿No seria el colmo de la temeridad sobreponer á la historia de aquella vida pacífica la de esas tumultuosas vidas que el mundo apellida célebres? ¿No véis, hijos mios, en esta vida oculta de Jesucristo humillada, destruida y aniquilada en todo sentido la sabiduría y la grandeza del mundo? Aquellos callados dias, aquellos velos que ocultaban á los ojos de la carne al esplendente Sol de la santidad, jeran otra cosa que el soberano símbolo del desprecio con que ve Dios estas riquezas miserables, estos poderes precarios, esta ruín magnificencia, estas vagatelas estrepitosas, brillantes nadas de la tierra? ¿No véis que aquella vida ofreció al mundo la divina personificacion de la doctrina que sobre la vanidad humana dejó á los hombres el mas poderoso y sabio de todos los reyes? Sí, amados hijos: sustrayéndose Jesus á las curiosas miradas de los espíritus mundanos, llevando una vida, la mas comun al parecer, pasada en la oscuridad de un hogar humilde, formando familia con una Madre pobre y un artesano, manifestó que el retiro es el primer requisito de la perfeccion cristiana, una fuente inagotable de gracias, un medio de comunicacion íntima con Dios, un antídoto eficaz contra el contagio del vicio, una fortaleza en que se resisten con el mejor éxito los asaltos del enemigo comun.

9. Mas este retiro, hijos mios, en que el alma, por explicarme de esta suerte, se halla sola con su Dios, debe ser gobernado por la sabiduría, cuyo principio es el santo temor del Señor. Este temor obra en el alma, segun la observacion profundísima del Profeta Rei, una solicitud extrema en cumplir en todo los divinos preceptos, una sumision sin límites de la voluntad humana á la voluntad divina, y en consecuencia, la mas perfecta abnegacion del espíritu propio. Este proceder, esta abnegacion del propio sentido, estas cadenas tutelares que el justo echa sobre su propia libertad, se hallan representadas en la virtud heróica de la obediencia. La obediencia, hijos mios, es la regla mas infalible de la conducta, el sendero mas llano y seguro de la vida, la condicion de la paz interior, la forma de la vida moral y el poderoso elemento del órden público y privado. En ella se encierra todo, como con su ejemplo y sus palabras nos lo enseñó Jesucristo. Vedle en todos los pasos de su vida, siempre observante de la Ley, siempre atento á los designios de su Padre celestial, siempre solícito en cumplir en la

tierra su voluntad soberana. "Teme á Dios y guarda sus preceptos," decia el Eclesiastés, "porque esto es todo el hombre:" David contaba de sí, que se habia elevado en poder sobre sus enemigos, y en sabiduría sobre sus maestros y los ancianos, porque habia siempre sido muy solícito en la obediencia de su Dios, guardando sus preceptos: Jesucristo vida nuestra predica de sí mismo que no habia traido á la tierra mas objeto que cumplir la voluntad de su Padre; y aun en aquella memorable noche de la Oracion del Huerto, cuando se dejó dominar de la naturaleza y apoderar del mas grande terror hasta el extremo de querer apartar de sí el caliz de su Pasion, se retrajo de una manera sublime, diciendo á su Padre: "No se haga mi voluntad, sino la tuya."

10. Ved aquí por qué no quiso este Divino Maestro limitar sus instrucciones prácticas al ejemplo de una vida oculta y retirada, sino que adelantándose á las necesidades del hombre, tuvo cuidado de advertirnos lo que hizo en los treinta años que duró ella. El Evangelista San Lúcas, resumiendo en una brevísima expresion cuanto podia decirse acerca de aquella oculta vida, dice que estuvo sujeto á María y José: *Et erat subditus illis.* ¡Qué concepto, amados hijos! ¡qué inmensidad no contiene para el alma que le medita! ¡Dios á las órdenes del hombre! ¡El Criador del cielo y de la tierra sometido á dos de sus criaturas! ¡El Verbo de Dios pendiente de las palabras del hombre! ¡El Supremo Legislador de los cielos y de la tierra dócilmente sometido á la voluntad de dos mortales! ¡Qué misterio! ¡Qué cuadro! ¡El alma, rendida bajo el peso de tan graves impresiones, parece desfallecer! ¿Cómo explicar, cómo entender esta dependencia tan espontánea y al mismo tiempo tan continua de Jesus á María y á José? Pues el hecho es que así sucedió: durante aquellos treinta años de retirada vida estuvo sometido á ellos. *Et erat subditus illis.*

11. Confieso, hermanos mios, que cuando veo á Jesus en esta vida de tan dócil y absoluta dependencia, me siento mas abismado que en todos los pasos que habia dado hasta entónces para venir al mundo. Resolverse el Verbo increado á tomar para sí la naturaleza humana con toda su pasibilidad física, es un pensamiento que confunde; pero al fin es Dios quien toma su obra para reformarla: quiere restaurar en la humanidad los estragos de la culpa, y dignificarla en extremo elevándola á tan inmensa altura. Elige una vírgen para bajar á la tierra; pero en esto se muestra siempre como el Soberano: decreta las sublimes dotes con que habia de aparecer, la exime de la universal contaminacion, la prodiga en las efusiones de la ternura todos los tesoros de su gracia, y de esta suerte nos da él mismo, con la intervencion de su sabiduría y de su poder, la fuerza necesaria para contemplar este prodigio. Que nazca en un pesebre, quiera estar ignorado de los hombres y expuesto á las inclemencias de la naturaleza, es un portento de humillacion; pero siempre á todo su voluntad preside, y con un mismo querer toma por primera cuna las pajas de un establo, hace resonar el espacio con los regocijados cánticos que entonan á su gloria las potestades angélicas, atrae desde el Oriente á tres potentados con la guia de una estrella, y se hace adorar de ellos en aquella ignorada y humilde cuna. Pero que un Dios resigne su voluntad en la del hombre; que renuncie, por decirlo así, durante algun tiempo á su propia soberanía, para sujetarse á la criatura; que otorgue á dos personas el derecho de mandarle, y se sujete á sus órdenes

con tal docilidad: hermanos mios, esto subyuga, rinde, avasalla, y en cierto modo aniquila todo nuestro ser. Es necesario que un motivo poderoso, gerárquico, se presente para determinar esta conducta; y precisamente le ha de haber, pues en la conducta de Jesucristo resplandecen á la par toda la sabiduría y toda la justicia. Sabio y justo pues era este rendimiento suyo á la voluntad de su Madre y á las disposiciones de su padre putativo. ¿Cuál es pues esta causa?

12. No os diré, hijos mios, que Jesucristo nuestro Señor, estando sujeto á José y á María en los treinta primeros años de su vida, ofreció á su Eterno Padre una obediencia de sacrificio, de sacrificio de un valor infinito, y reparando con este sacrificio el agravio del pecado en su causa, nos dió una idea la mas propia y adecuada para conocer el tamaño de la ofensa que el hombre hizo á Dios al romper con el pensamiento de su desobediencia el yugo de la Ley: pues aunque esta es una luminosísima verdad en el órden de los dogmas, quiero presentaros aquella virtud en el Mesías bajo sus relaciones morales. En esta conducta del Redentor hai una leccion de la mas alta sabiduría, pues ella nos vino á revelar que la forma de la perfeccion, la clave del órden y la condicion definitiva de la felicidad es la obediencia. Poned vuestra mente donde queráis: contempladlo todo con esta suprema luz, y á cada paso hallaréis nuevas pruebas confirmativas de este gran principio. ¿No os admira la esclarecida magnificencia de esos mundos que giran en el espacio inconmensurable, y el maravilloso tino con que todos verifican su curso sin embarazarse ni confundirse? Pues yo os diré que todo este conjunto de maravillas es debido á la fidelidad con que cada uno de tantos objetos cumple la voluntad de su Criador. Todos los portentos del Universo físico son la obra de la obediencia. ¿No se dilata vuestro corazon al contemplar una familia numerosa entregada siempre al trabajo, en movimiento continuo, en un concierto maravilloso y en una paz inalterable? Pues yo os diré, que todo se debe á la obediencia. ¿No es un cuadro que arroba el de una sociedad fuerte, pacífica y opulenta? Pues yo os diré, que reconoce por causa de tanto bien á la obediencia. Los Estados no se turban sino porque los deberes se abandonan, las leyes se conculcan y el freno de la obediencia se rompe. Por esto Jesucristo, que redujo á la caridad la última perfeccion de la virtud en todos géneros, encerró la caridad en la obediencia.

13. "Quien ha recibido mis mandamientos, decia, como leemos en San Juan, (XIV, "21) y los observa, ese es el que me ama:" y nuestro manual catecismo, despues de manifestar que el mayor y mas santo á los ojos de Dios, es el que tiene mayor caridad, sea quien fuere, enseña la leccion de nuestro Señor Jesucristo en una de sus sencillas respuestas. "¿Quién tiene mayor caridad?" pregunta; y á esto responde: "El que mejor guarda los mandamientos."

14. Mas esta virtud, hijos mios, como todas, tiene sus reglas propias, y por tanto Jesucristo, que pasó los treinta primeros años de su vida en la mas espontánea sujecion á José y María, como lo dice el evangelista, les dió á estos mismos Santos Esposos y al Universo entero una leccion de la mas alta importancia, cuando con delicada ternura le extrañaba su Madre por habérseles perdido, ó para mejor decir, quedado en Jerusalem para volver al Templo á conferir con los Doctores de la Ley. Tenia el Niño

doce años, cuando José y María, segun su costumbre, fuéron con él á Jerusalem, y cuando ya se volvian, se les quedó en esta ciudad, sin que lo hubiesen advertido. Mas como hubiesen llegado á su casa, sin que el Niño hubiera venido con ninguno de los de la comitiva, segun lo suponian, volvieron á buscarle á Jerusalem; y "al cabo de tres "dias," dice el evangelista, "le hallaron en el Templo sentado en medio de los Doctores, "que ora los escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oian quedaban pasmados de "su sabiduría y de sus respuestas. Al verle pues, sus Padres quedaron maravillados. "Y su Madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu pa"dre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando." Y él les respondió: "¿Cómo "es que me buscabais? ¿No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al "servicio de mi Padre?" (Luc. II. 46 &c. h. 49).

15. En esta respuesta de Jesucristo se manifiesta el órden con que debe ejercitarse la virud santa de la obediencia. Primero es obedecer á Dios que á los hombres; pues como bien sabéis, debemos amar á Dios sobre todas las cosas, y por esto dijo el mismo Jesucristo: "El que ama á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí." Dios es el Soberano de todo: á su Magestad pertenece el Universo y el hombre; á su dominio reconocen los padres y los hijos: su voluntad es la ley suprema, su honra y gloria el mayor de todos los intereses. Con un gran fin se presentó Jesucristo en el Templo: iba en él á dar gloria, en aquella conferencia misteriosa con los Doctores y sabios de Israel, á su Padre celestial, y por lo mismo dejó volver solos á José y á María, y se quedó en el Templo. Este es el motivo por qué, tomando la actitud de un Dios, responde á las quejas de su Madre las palabras que acabáis de escuchar.

16. Ved pues, amados hijos, cuántas lecciones de sabiduría, cuántas reglas de conducta nos ha dejado el Señor en este período de su vida privada. Ella en sí misma es un tipo de la mas alta perfeccion, es una escuela práctica de virtud, un sendero que nos dejó trazado para que le imitásemos cuanto es dado á la naturaleza humana favorecida por la gracia. Pero no nos detengamos aquí: os indiqué al principio que los velos con que Jesucristo Señor nuestro quiso cubrir su Divinidad en el dilatado espacio de treinta años, no fuéron tan densos que dejase ésta de traslucirse en algunos rasgos de su vida oculta: tal es el punto que he reservado para la segunda parte.

II.

17. Os he manifestado ya el milagroso arbitrio de que se sirvió Dios para libertar á Jesus de la tiranía de Heródes cuando este príncipe cruel decretó el asesinato de todos los niños de dos años abajo que hubiesen nacido en Bethlehem de Judá y sus inmediaciones. Un ángel le manda á José huir á Egipto con el Niño, y permanecer allí hasta nueva órden: ejecutólo así el Santo Patriarca, y de esta suerte no logró aquel bárbaro sacrificar al Mesías en su cuna. Este primer passje de su vida oculta despues de haber sido presentado al Templo, es una luz anticipada que habia de brillar en las tinieblas de aquella oculta vida: porque burlando los intentos de Heródes, triunfó con su poder del poder armado de los reyes. Mas no se redujeron á esto las manifestaciones que hizo de su Divinidad en aquella época de su vida: segun sus designios queria

tambien ostentar su Sabiduría infinita y su filiacion eterna. Para lo primero quiso aparecer, cuando solo tenia doce años, en el respetable cuerpo de los Doctores de la Lei, dejándoles llenos de admiracion; y para lo segundo, hizo á María con motivo de su reconvencion, una réplica misteriosa, en que se manifestaba como el Unigénito del Padre.

18. ¿No es en efecto, contrayéndonos al primer punto, un espectáculo á todas luces prodigioso el que presenta un niño de doce años en medio de los Doctores de la Lei, confundiéndoles con la prudencia de sus preguntas y la sabiduría de sus respuestas? El Evangelista nos dice: "que cuantos le oian, quedaron pasmados de su sabiduría y "de sus respuestas," y añade que "al verle sus padres, quedaron maravillados." *Stupebant autem omnes, qui eum audiebant, super prudentia et responsis ejus. Et videntes admirati sunt.* Este sentimiento universal de admiracion en todos aquellos que se hallaban presentes á la conferencia de Jesucristo con los Doctores de la Lei, supone, hijos mios, que califican el suceso no solo de extraordinario, sino de verdaderamente sobrenatural. ¿Cuál seria el continente de Jesus en aquel acto tan solemne, cuál el poder de su palabra, cuando sus mismos padres, que sabian quién era, se llenaron tambien de admiracion? Aquí, amados hijos, la misma oscuridad y retiro con que Jesus habia vivido, la misma indiferencia con que le habia visto el pueblo, la misma inferioridad que tenia Nazareth respecto de las otras ciudades, vinieron á dar un testimonio irrecusable á la Divinidad de aquel Niño. Notad, si no, estas diversas circunstancias, y veréis que con ellas se remueven hasta las últimas cavilaciones de un entendimiento sofístico para explicar naturalmente aquellos discursos de Jesus.

19. Aunque su vida fué oscura, él no fué desconocido en cuanto hombre; pues la familia que formaba con María y José se hallaba de bulto á la vista de toda Nazareth. Como era ésta una poblacion mui pequeña, sus moradores todos se conocian, lo cual no sucede en las ciudades populosas. Ya sabéis que no es posible vivir de incógnito en una poblacion pequeña: todos conocen á todos, saben la historia de todos, y no parece sino que forman una sola familia. Bien está que los habitantes de Nazareth no supiesen que aquel Niño era un Dios, porque el misterio de su Encarnacion era generalmente ignorado; pero como uno de tantos niños, todos le conocian, todos le habian visto crecer, todos eran testigos de su vida puramente humana. Tenemos, pues, en todo el pueblo de Nazareth un testimonio incontrastable con que se prueba: primero, que Jesus crecia y se educaba en una poblacion de último rango; segundo, que aun allí no asistió á ninguna escuela; tercero, que José, su padre putativo, era un simple artesano que vivia del trabajo de sus manos; cuarto, que como familia pobre, no solo no tenian recursos para dar á aquel niño eso que se llama una educacion brillante, sino que apénas ganaban lo suficiente para vivir. ¿Qué resulta de aquí? Que Jesucristo en medio de los Doctores de la Lei no contaba ni con el roce de cultura que da el solo hecho de vivir en la alta sociedad, ni con los esmeros de una educacion literaria de primer órden, ni con los rudimentos de una escuela comun, ni siquiera con la madurez de la edad, pues no tenia mas que doce años.

20. Pasemos al segundo objeto de exámen, el de las personas con quienes hablaba Jesus y los puntos sobre que versaban sus conferencias con ellas. ¿Entre quiénes esta-

ba? Entre los Doctores de la Ley. ¿En qué lugar? En el Templo. ¿En qué ciudad? En Jerusalem. Todas estas circunstancias, hijos mios, relativas á las dificultades que podia encontrar en una ocasion semejante aquel niño, son contrarias del todo á las que se refieren á sus antecedentes, como habéis visto. Si Nazareth era un lugar tan despreciable, que los mismos judíos, como leemos en San Juan (I, 46), decian que no podia salir de allí nada bueno; Jerusalem era la reina de las ciudades, como con tanta sublimidad la apellida el Profeta: *Domina gentium:* primera dificultad para un compromiso de inteligencia, el tránsito de una sociedad insignificante á la mas alta sociedad. Pero no nos detengamos aquí; pues aquella conferencia se verificó, no en la calle, no en los estrados, puntos que parecen descargar al hombre del deber de esforzar su inteligencia en las materias que trata, pues las conversaciones que allí pasan son de ordinario fugitivas y ligeras; sino en el Templo, en la Casa de Dios, en la Cátedra de la verdad, en un lugar no solo respetable sino verdaderamente santo, en un sitio en que aun el hombre del pueblo recoge su pensamiento, purifica su corazon y mide sus palabras, y en un templo que, por ser el único digno de este nombre, pues fuera del pueblo escogido todo era idolatría, representa no solo el lugar de la adoracion, sino la residencia de la sabiduría: segunda dificultad, el tránsito del hogar doméstico al Santuario. En el templo estaban los Doctores de la Ley, es decir: los sabios de la religion, las antorchas de la ciencia sagrada, los custodios de los Libros divinos, los depositarios de la mas pura tradicion, los instituidos para enseñar al pueblo la doctrina sagrada, y gobernar su conducta religiosa y moral. Pues bien: en medio de estos respetables ancianos se encuentra un tierno niño, vecino de Nazareth, que pasa por hijo de un carpintero y tiene por Madre á María; un niño que no ha visitado ninguna escuela, que no ha tenido ningun maestro, que no ha cultivado mas relacion que la de sus padres, que no se ha distinguido absolutamente en nada, ni aun en aquella pequeña poblacion; un niño que no es enviado por sus padres, sino ántes bien, á quien estos buscan cual si le hubiesen perdido, que no es advertido ni preparado por nadie, sino que se presenta allí de su propio motivo: toma un asiento en aquel respetabilísimo círculo, oye á los doctores y les dirige la palabra: unas veces les pregunta, otras veces les responde, y siempre dejándoles confundidos con el portento de una sabiduría incomparable y en su pequeña edad, sobrehumana. Esto pasa, no en la reserva de un aposento, de donde pudiera salir una especie notable trasformada luego en una maravilla y trasmitida por el vulgo como un portento, sino en el Templo de Jerusalem y en presencia de muchos concurrentes: porque ya sabéis que el templo es un lugar siempre concurrido, y que ninguno lo era tanto como aquel en la solemnidad de la Pascua, pues se dirigian allá de diferentes lugares. ¡Y qué juicio formaron todos estos de aquel niño al oirle sus discursos! No tenian lugar de formar juicio, pues la impresion que tal cuadro les causaba era una de esas que parecen parar el curso del pensamiento y ocupar exclusivamente la admiracion: "quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas cuantos le "oian, dice el texto sagrado: *Stupebant omnes qui eum audiebant.* ¿Y quiénes le oian? Un concurso numeroso, en que debe suponerse habia personas de profundo saber, de gran versacion, de alto criterio. ¿Y quiénes mas le oian? Los Doctores de la Ley, los primeros sabios de Israel. Luego la sabiduría de Jesus, á los doce años de su vida, subyugó á los mas esclarecidos talentos, á los sabios mas consumados, á los hombres mas eminentes. Luego Jesucristo, cuando se hubo presentado en aquel lugar y con tal objeto, llevó la mira de dar un testimonio brillante á su Divinidad con el asomo de algunos destellos de su luz eterna, y como en la manifestacion del Hijo se interesa todo el Padre, Jesus dice á María, respondiendo á su delicada queja: "¿Cómo es que me "buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de "mi Padre?"

28. Pero dejemos ya esta esplendente prueba fundada en su sabiduría, para considerar otra de diverso género, y de no menor importancia, que nos ministra este mismo lugar del Santo Evangelio. Con lo que hasta aquí habia pasado, acababa de ministrar al criterio suficientes datos para que los testigos de su conferencia pudieran decir con sobrado fundamento: "Este Niño es un Dios." Mas faltaba una manifestacion directa, escudriñadora histórica; faltaba que aquel niño dijese quién era; y á esto dió lugar la queja de María. Ella le habia dicho: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nos- "otros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de afliccion, te hemos andado buscando." *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te.* Notad bien estas palabras, hermanos mios, porque ellas determinan perfectamente y fijan las relaciones que en el órden simplemente humano tenia Jesus con María y con José. Esta tierna vírgen es la que habla, dándole á Jesus el título de hijo; luego ella es su madre: he aquí la primera relacion. ¿Y con qué carácter presenta á José? Con el de padre de Jesus; pues aunque no lo era segun la naturaleza, lo era en la representacion doméstica y en la estimacion comun. Como madre de Jesus y á nombre de su esposo como padre de Jesus, le reconviene dulcemente diciéndole: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mi- "ra que tu padre y yo, penetrados de afliccion, te hemos andado buscando." Entónces Jesus les retribuye con una magestad inefable y una dignidad sorprendente aquella tierna reconvencion, diciéndoles: "¿Cómo es que me buscabais?" *¿Quid est quod me quærebatis?* Y para dar mayor peso á su réplica, les añade: "¿No sabíais que yo debo emplearme en "las cosas que miran al servicio de mi Padre?" *Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt, oportet me esse?* ¡Qué respuesta, católicos! Jesucristo motiva su permanencia en el Templo despues del regreso de su Madre y de José con el deber que tiene de ocuparse todo en los intereses de su Padre. ¿Pero qué Padre es éste, hijos mios, de quien habla Jesus? ¿Qué Padre es éste, cuyo servicio es para él una razon suficiente para dejar á José y á María? Claro es que no se trata de un padre terreno; pues puntualmente José, que pasa como padre suyo en la tierra, se duele de la separacion de Jesus, pártese con María su Esposa el sentimiento de haberle perdido, y es representando como padre de Jesus en la dulce reconvencion que le hace María. Luego el Padre de Jesus es otro: no es un primero ni un segundo padre; sino único: no está en la tierra, sino en el cielo. Luego el padre de Jesus, Padre de naturaleza y no de gracia ó adopcion, Padre propiamente dicho, Padre en lo mas perfecto de esta relacion, es la primera Persona de la Trinidad Augusta, es el Padre; y como este Padre no tiene mas que un Hijo natural, engendrado desde la eternidad, y este Hijo es la segunda Persona de la Trinidad San-

tísima, el Niño que allí estaba, el Niño que acababa de disputar con los Doctores, el Niño á quien María y José lloraban perdido, el Niño reconvenido, el Niño que replica á su Madre, como acabáis de oir, es el Unigénito del Padre, la Sabiduría increada, el Verbo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo; y como el Hijo es Dios, aquel Niño, Hijo de María en el tiempo y reputado por Hijo de José, se manifestó en términos misteriosos pero explícitos como verdadero Dios—Hombre: hombre, porque aparece en carne, no desmiente su filiacion de María, ni extraña la representacion de José; y Dios, porque se muestra entregado al servicio de su Padre, de un Padre que no es José, de un Padre, por tanto, que no está en la tierra ni es del tiempo, del Padre Eterno, en una palabra. Luego este segundo pasaje de Jesucristo, designado y conocido generalmente como el del *Niño perdido y hallado en el templo*, es una revelacion que hace por sí mismo de su Divinidad al través de las sombras con que quiso pasar los treinta primeros años de su vida.

29. ¡Y qué! fuera de la luz con que manifiesta su Divinidad á los hombres de una manera tan directa, ¿no hai aquí otra que ilustrándonos sobre nuestros deberes, baste para elevarnos por sí al mismo conocimiento? Sí, amados hijos: lo habéis visto mostrarse un Dios, cuando confunde la sabiduría de los Doctores y cuando se nombra Hijo del Eterno Padre: vedle ahora todo un Dios en las lecciones que salen hasta de las circunstancias mas ligeras de su vida oculta para formarnos en la virtud. Si la Santísima Vírgen y su casto Esposo van al Templo en la solemnidad de la Pascua llevando consigo al Niño Jesus, nos manifiestan por lo que toca á estos dos Esposos, la puntualidad con que debemos asistir á las santas solemnidades de la religion, y el esmero con que debemos guardar los dias consagrados al Señor; y por lo que toca á Jesus, dejaron á los padres de familia un ejemplo vivo de la solicitud con que deben procurar la educacion religiosa de sus hijos. Si el Niño es conducido al Templo á la edad de doce años, quedándose en él para los fines que habéis oido, esto encierra tambien un sentido profundo. Quiso el Señor hacer esto en aquel tiempo, porque entónces le convino manifestar su sabiduría y celo por la gloria del Padre: así como el sol, aunque inmutable en sí mismo, se va mostrando con cierto incremento de luz desde que sale hasta el mediodía, que son las doce horas de su carrera; del mismo modo Jesucristo, aunque es la luz indeficiente, como verdadero Dios, quiso aparecer á la vista de los hombres con cierto incremento progresivo, y ostentar su plena luz á los doce años de su vida. Por esto el evangelista nos advierte dos veces que el Niño iba creciendo en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres. Era tambien este número de histórica y mística representacion; pues señalando con él su disputa con los Doctores, parecia preludiar, en sentir de San Ambrosio, á los doce apóstoles que habian de evangelizar al mundo. A los doce años de reinado fué Salomon favorecido con el don de Sabiduría; y Daniel, á los doce años de su edad, juzgó el crímen de la calumia que los corrompidos viejos levantaron á la casta Susana.

30. Quiso tambien el Señor con este paso de su vida, con la viveza de su contestacion á sus padres, enseñarnos: en primer lugar, que el celo por la gloria del Señor y los deberes santos de la religion, deben ser ante todo; en segundo que la consagracion al

servicio inmediato de Dios, como lo hacen las personas que adoptan el estado religioso ó eclesiástico, no está sujeto á la decision de los padres de familia; en tercer lugar, que sin embargo de esto, y aun en aquellos puntos en que no dependemos de nuestros padres, les debemos siempre dar la razon de nuestra conducta, y por esto Jesus les manifestó, como causa de no haberse vuelto con ellos, la obligacion que tenia de atender á las cosas de su Padre; en cuarto lugar, que solo un deber de obediencia de mayor gerarquía, cual es la que debemos á Dios, nos puede escusar de aquella que debemos á nuestros padres, á los gobiernos y demás bajo cuya dependencia nos hallamos, y por esto los apóstoles, cuando rehusaban cumplir los preceptos que les imponian los príncipes y magistrados para que no predicasen, daban por motivo que no se debe obedecer á los hombres ántes que á Dios.

31. El Santo Evangelio nos dice, despues de referir el pasaje que os he venido explicando, que Jesus "en seguida se fué con ellos y vino á Nazareth, y les estaba sujeto: *Et descendit cum eis, et venit Nazareth: et erat subditus illis.* Es mui digno de notarse, hijos mios, el lugar que escogió el evangelista para manifestar la sujecion de Jesus á María y á José. ¿No pudo haber dicho esto mismo ya en el principio ya en el fin, pues que tal sujecion, léjos de comenzar entónces, habia existido siempre? ¿Por qué, pues, eligo para mencionarla el momento en que se manifiesta el Niño como verdadero Dios? Para darnos á entender: en primer lugar, que sean cuales fueren las cualidades que tengamos, las gracias que hayamos recibido, &c., &c., no por esto quedamos exonerados del deber de honrar á nuestros padres: (porque, si un Dios, despues de manifestarse como tal, continúa su carrera de obediencia y en perfecta sumision á su madre y á José, ¿quién de los hombres puede considerarse con derecho para eximirse de un deber tan tierno y tan sagrado?) en segundo, la discrecion con que debemos proceder en todo, á fin de que el cumplimiento de unos deberes no nos autorice para el menosprecio de otros. Sagrados son los preceptos de la religion; mas no por esto se menoscaba la fuerza de los deberes que impone la moral, y por tanto Jesucristo, cuando citando el primer mandamiento encareció su primacía y le llamó grande por excelencia, dijo que el otro, conviene á saber: el concerniente al prójimo, era semejante al primero. Jesus deja á su Padre y á su Madre para honrar el Templo, conferir sobre la Lei y dar gloria á su Padre celestial; mas cuando ha concluido ya, se vuelve con sus padres á Nazareth, y continúa sujeto á ellos.

32. Finalmente, el evangelista dice, para concluir este punto, que María "conservaba todas estas cosas en su corazon:" *Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.* ¡Qué concepto, hijos mios! ¡qué carácter éste de la Vírgen Madre tan sencillo y al mismo tiempo tan sublime! ¿Cómo encarcelar esta su misteriosa reserva de tantas maravillas, de grandezas tantas, y en las cuales por una dispensacion de la divina gracia tiene tan gran parte! Notad cómo al fin de un suceso grande menciona el Santo Evangelio esta circunstancia misma: ¿Ve María honrada la humilde cuna de su Hijo, con los cánticos de los ejércitos angélicos, con los tributos sencillos de unos aldeanos que van allí por disposicion divina, con el vasallaje y dones de los potentados de Oriente! No despliega sus labios, no se muestra sorprendida, sino que todo lo guarda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su corazon. ¿Escucha en el Templo, á tiempo de presentar á su Hijo, el sublime cántico del Profeta? Todo lo guarda en su corazon. ¿Pasa por una terrible crísis en su amor maternal cuando echa ménos á su Hijo y le llora perdido! ¿siente la mezcla de gozo y de ternura en los momentos de encontrarle? ¿presencia los prodigios de su sabiduría con que arrebata la admiracion de los concurrentes en su conversacion con los Doctores de la Ley! ¿oye de sus mismos labios el motivo por que se quedó allí, que era el servicio de su Padre celestial! ¿siente los efectos del misterio en esta manifestacion misma, cuyo sentido en lo pronto no alcanza á comprender, como nota el evangelista? [1] Pues no despliega sus labios, no se entrega á ninguna clase de emociones: parece encadenar hasta su mismo pensamiento; y cuanto aquí pasa, y cuanto admira y cuanto siente, lo reserva todo como un depósito caro en lo mas íntimo del corazon: *Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.* ¡Maravillosa reserva, hijos mios, con la cual se ostenta la Vírgen Madre, como la fidelísima copia de aquel Hijo Divino en su vida retirada y oculta, y en su dócil obediencia! Sí, toda esta vida oculta del Hijo estaba encerrada en esta reserva maravillosa de la Madre: toda esta obediencia inimitable de un Hijo está imitada, cuanto es dado á la naturaleza favorecida por la gracia, en este silencio de María, en esta docilidad y la sumision con que venera tan grandes misterios.

33. Ved pues, amados hijos, cuan alto hablan á todo corazon cristiano este carácter dominante, estos pasos misteriosos y tiernos de la vida oculta de Jesucristo; cómo admiramos en ella juntamente el tipo mas acabado de altísima perfeccion en la conducta de Jesus, y la copia mas parecida en la santa reserva de María, y despues de ella en ese silencio de José, tan grande, tan heróico, tan único, que no se lee una palabra suya en todo el Evangelio. Ved cuánto vale á los ojos del Señor, y cuán fecundo es para la virtud, el retiro de un espíritu que da de mano á todo el mundo y parece encadenar hasta los mismos sentidos: cuán importante sea y fundamental para todo la obediencia; pues el mismo Dios quiso consagrarla con su ejemplo: cuán superior es la que mira á nuestros deberes religiosos, cuando el mismo Jesus, modelo de sumision y ternura filial, deja á sus padres de la tierra, para atender en el Templo al servicio de su Padre celestial: cuál debe ser el concierto de todas nuestras obligaciones, cuando Jesus, despues de hacer aquellos oficios en el Templo, se vuelve con María y José á Nazareth y continúa sujeto á ellos; y cuál debe ser nuestra solicitud para con la palabra del Señor y sus divinas inspiraciones, á la vista de esta criatura, testigo y partícipe de tanta grandeza y de tanta gloria, guardando el mas profundo silencio y encerrándolo todo en lo mas íntimo de su corazon. Sed pues, hijos mios, discípulos aprovechados de este Jesus en la escuela que abrió á la virtud con su retirada y oculta vida: desprendeos de todos los objetos que, invadiendo el silencio de vuestro espíritu, son capaces de arrebataros vuestra intimidad con el Señor: obedeced sin reserva su Ley divina, y estad seguros de adquirir la perfeccion, morir en santidad, y reinar con Dios en el cielo.

1 Et ipsi non intellexerunt verbum, quod locutus est ad eos. Luc. II, 50.

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA PREPARACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO PARA COMENZAR SU CARRERA PUBLICA.

Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

Tenia Jesus al comenzar su ministerio cerca de treinta años, hijo, como se creia, de José.

Luc. Cap. III, v. 23.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, algo de lo mucho que á la meditacion cristiana y á nuestra imitacion ofrece la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo, parece que debia ya dar paso á la consideracion de su vida pública, ó sea de la gloriosa carrera de su ministerio divino. Mas como Su Majestad, que como verdadero camino, es decir, como ejemplar perfectísimo de conducta para cuantos habian de creer en su Nombre, quiso enseñarnos, no solamente con la luz de su doctrina sino tambien con la eficacia de sus ejemplos, la gran ciencia práctica de la eterna felicidad, no pasó del retiro doméstico al ministerio público sin hacer una grave pausa, digámoslo así, señalando con ciertos pasos de su vida esta transicion; es necesario que yo me detenga un poco, ántes de hablaros de su vida pública, con el fin de llamar fuertemente vuestra atencion hácia las cosas que quiso practicar ántes de comenzar su ministerio divino, como en clase de una preparacion solemne. El evangelista San Lúcas, despues de concluido su relato acerca de la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo, y ántes de pasar á la narracion de su vida pública, se detiene tambien á manifestar lo mismo que yo me propongo explicaros al presente. Mas queriendo señalar de una manera mas clara el punto de esta misteriosa transicion, tiene cuidado de advertirnos dos cosas impor-

en su corazon. ¿Escucha en el Templo, á tiempo de presentar á su Hijo, el sublime cántico del Profeta? Todo lo guarda en su corazon. ¿Pasa por una terrible crísis en su amor maternal cuando echa ménos á su Hijo y le llora perdido! ¿siente la mezcla de gozo y de ternura en los momentos de encontrarle? ¿presencia los prodigios de su sabiduría con que arrebata la admiracion de los concurrentes en su conversacion con los Doctores de la Ley! ¿oye de sus mismos labios el motivo por que se quedó allí, que era el servicio de su Padre celestial! ¿siente los efectos del misterio en esta manifestacion misma, cuyo sentido en lo pronto no alcanza á comprender, como nota el evangelista? [1] Pues no despliega sus labios, no se entrega á ninguna clase de emociones: parece encadenar hasta su mismo pensamiento; y cuanto aquí pasa, y cuanto admira y cuanto siente, lo reserva todo como un depósito caro en lo mas íntimo del corazon: *Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.* ¡Maravillosa reserva, hijos mios, con la cual se ostenta la Vírgen Madre, como la fidelísima copia de aquel Hijo Divino en su vida retirada y oculta, y en su dócil obediencia! Sí, toda esta vida oculta del Hijo estaba encerrada en esta reserva maravillosa de la Madre: toda esta obediencia inimitable de un Hijo está imitada, cuanto es dado á la naturaleza favorecida por la gracia, en este silencio de María, en esta docilidad y la sumision con que venera tan grandes misterios.

33. Ved pues, amados hijos, cuan alto hablan á todo corazon cristiano este carácter dominante, estos pasos misteriosos y tiernos de la vida oculta de Jesucristo; cómo admiramos en ella juntamente el tipo mas acabado de altísima perfeccion en la conducta de Jesus, y la copia mas parecida en la santa reserva de María, y despues de ella en ese silencio de José, tan grande, tan heróico, tan único, que no se lee una palabra suya en todo el Evangelio. Ved cuánto vale á los ojos del Señor, y cuán fecundo es para la virtud, el retiro de un espíritu que da de mano á todo el mundo y parece encadenar hasta los mismos sentidos: cuán importante sea y fundamental para todo la obediencia; pues el mismo Dios quiso consagrarla con su ejemplo: cuán superior es la que mira á nuestros deberes religiosos, cuando el mismo Jesus, modelo de sumision y ternura filial, deja á sus padres de la tierra, para atender en el Templo al servicio de su Padre celestial: cuál debe ser el concierto de todas nuestras obligaciones, cuando Jesus, despues de hacer aquellos oficios en el Templo, se vuelve con María y José á Nazareth y continúa sujeto á ellos; y cuál debe ser nuestra solicitud para con la palabra del Señor y sus divinas inspiraciones, á la vista de esta criatura, testigo y partícipe de tanta grandeza y de tanta gloria, guardando el mas profundo silencio y encerrándolo todo en lo mas íntimo de su corazon. Sed pues, hijos mios, discípulos aprovechados de este Jesus en la escuela que abrió á la virtud con su retirada y oculta vida: desprendeos de todos los objetos que, invadiendo el silencio de vuestro espíritu, son capaces de arrebataros vuestra intimidad con el Señor: obedeced sin reserva su Ley divina, y estad seguros de adquirir la perfeccion, morir en santidad, y reinar con Dios en el cielo.

1 Et ipsi non intellexerunt verbum, quod locutus est ad eos. Luc. II, 50.

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA PREPARACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO PARA COMENZAR SU CARRERA PUBLICA.

Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

Tenia Jesus al comenzar su ministerio cerca de treinta años, hijo, como se creia, de José.

Luc. Cap. III, v. 23.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, algo de lo mucho que á la meditacion cristiana y á nuestra imitacion ofrece la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo, parece que debia ya dar paso á la consideracion de su vida pública, ó sea de la gloriosa carrera de su ministerio divino. Mas como Su Majestad, que como verdadero camino, es decir, como ejemplar perfectísimo de conducta para cuantos habian de creer en su Nombre, quiso enseñarnos, no solamente con la luz de su doctrina sino tambien con la eficacia de sus ejemplos, la gran ciencia práctica de la eterna felicidad, no pasó del retiro doméstico al ministerio público sin hacer una grave pausa, digámoslo así, señalando con ciertos pasos de su vida esta transicion; es necesario que yo me detenga un poco, ántes de hablaros de su vida pública, con el fin de llamar fuertemente vuestra atencion hácia las cosas que quiso practicar ántes de comenzar su ministerio divino, como en clase de una preparacion solemne. El evangelista San Lúcas, despues de concluido su relato acerca de la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo, y ántes de pasar á la narracion de su vida pública, se detiene tambien á manifestar lo mismo que yo me propongo explicaros al presente. Mas queriendo señalar de una manera mas clara el punto de esta misteriosa transicion, tiene cuidado de advertirnos dos cosas impor-

tantes: primera, que cuando Jesucristo iba á comenzar el ejercicio de su ministerio divino, tenia treinta años de edad; segunda, que hasta entónces pasaba en el concepto de todos como hijo de José. De grande importancia me parece esta advertencia del evangelista, pues con ella se nos da bastante luz acerca del tiempo que mide tanto la vida oculta como la vida pública del Redentor, y se nos prepara para verle aparecer de una manera solemne como un Dios por la voz misma de su Eterno Padre, y confirmar esta filiacion divina con cuanto dice y hace en el resto de su carrera. Tenemos pues declarado por el evangelista uno y otro punto, en estas palabras que he tomado por texto: "Tenia Jesus al comenzar cerca de treinta años, hijo, como se creia, de José:" *Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.*

2. Entra pues Jesucristo Señor nuestro á ejercer el ministerio de luz y santidad y la mision de vida eterna que le trajo al mundo, á los treinta años cumplidos de su edad; entra hombre maduro, y no niño; entra en salud y robustez, y no débil; entra con toda la hermosura que de él estaba profetizada por el Poeta Rei, cuando le miraba en espíritu como el mas bello entre todos los hijos de los hombres; entra en presencia de aquellos que le reputaban como hijo de José, y que mui pronto le apellidarian Gran Profeta, Hijo de Dios y Dios mismo, arrobados por la sabiduría de su doctrina y por los portentos de sus obras. Va á aparecer como el Deseado de las naciones, la Luz del mundo, el Restaurador de la humanidad, el Salvador de la estirpe delincuente; y por lo mismo, ántes de dar el primer paso, ántes de abrir por la primera vez sus labios á las turbas, ántes de hacer el llamamiento de los que habian de acompañarle durante su vida mortal y despues de ella ejercer sus poderes en el universo, quiere prepararse con toda la solemnidad que parecia exigir tan augusta mision. Mas, ¿qué necesidad tenia, me diréis, de prepararse para el ejercicio de su ministerio augusto Aquel que es la sabiduría increada, el Verbo de Dios, por quien han sido hechas todas las cosas, y sin el cual nada fué hecho? Si se tratase, amados hijos, de solo Jesucristo, de lo que podia necesitar personalmente para ejercer con toda dignidad sus divinas funciones, os diria, sin vacilar: "Ninguna, porque Dios de nada necesita, ni para concebir sus planes, ni para llevarlos á ejecucion, ni para dignificar su ministerio." Pero si atendemos á que cuanto Jesucristo dijo é hizo fué, no para Su Majestad, sino para los hombres, es decir: no para facilitar ó ennoblecer sus propios actos, sino para dejarnos eficaces ejemplos é iniciar en su propia Persona cuanto quiso que practicasen los que habian de creer en su Nombre, hallarémos mui sabio, mui oportuno y en alto grado conveniente que Jesucristo haya querido hacer esta gravísima pausa, y ántes de comenzar su ministerio, prepararse de una manera solemne con ciertos actos misteriosos y edificantes. Venia este Rei Eterno á establecer en la tierra un reino de tránsito, digámoslo así, por el cual pudieran pasar los hombres al reino eterno. Este reino suyo en la tierra debia tener para los hombres: en primer lugar su inauguracion; en segundo, su carácter moral; y por último, sus combates con el reino de Satanás; y á todas estas cosas debió mirar, como atendió en efecto, su preparacion solemnísima. Sometiéndose á la lei de la circuncision, dió á ella un término digno; mas haciendo sucederla el santo Bautismo, que es la realidad magnífica de aquella institucion profética, quiso ser bautizado por Juan.

dando así en su Persona el primer ejemplo del modo con que habia de inscribirse cada uno en la Iglesia, que es su reino. Vino al mundo para expiar las faltas del mundo, mas quiso que, aprovechándose los hombres de los méritos infinitos de su Pasion y muerte, quedasen sujetos á una vida de continua expiacion, á una vida de penitencia, y por lo mismo quiso dar el primer ejemplo, entregándose á un penoso ayuno por el espacio de cuarenta dias, con lo cual nos enseñó el carácter moral de su reino, que es todo de expiacion, de abnegacion, de penitencia. Por último, aunque con su Pasion y muerte pagaria la infinita deuda de la culpa y purificaria de tal suerte su reino, que nunca pudiera confundirse con el de Satanás; sin embargo, como dejó en poder de los hombres su libertad moral y en beneficio de ellos los tesoros de su divina gracia, con todo lo cual tendrian lo suficiente para conservarse en el estado de su regeneracion, dejó tambien frente á esta libertad el campo enemigo y en accion continua para seducirla y perderla: quedó el hombre provisto por Jesucristo de armas para triunfar, pero no libre de adversarios; y en consecuencia, su reino en la tierra seria siempre militante, y los cristianos estarian en una lucha continua. Esta contienda tan terrible se sostiene bajo la bandera de Aquel que arrulnó á todos sus enemigos, quebrantó con su Cruz la cabeza del Dragon infernal, y por lo mismo Jesucristo quiso ser el primero en luchar con la tentacion, humillándola y destruyéndola. Ved aquí el por qué de las tres cosas, con que Jesucristo quiso prepararse. Preparacion de parte de su Precursor que le precede y bautiza; preparacion de penitencia y recogimiento que hace, retirándose al Desierto y permaneciendo cuarenta dias en ayuno continuo; preparacion de combate y de victoria, permitiendo ser tentado, y triunfando allí del Tentador: he aquí los tres puntos que me propongo explicaros en la instruccion presente.

I.

3. Entre los sucesos que precedieron, hijos mios, al nacimiento del Redentor, entró, como bien sabéis, el de Juan, hijo de Zacarías y de Isabel. Precedió pues, el nacimiento de Juan al de Jesucristo vida nuestra, y esto no por una mera casualidad, sino con un gran misterio, en cumplimiento de un designio divino. Juan era el escogido para preceder al Mesías en su ministerio, para venir delante de él, dándole su testimonio y preparándole sus caminos, como lo cantaba su mismo padre, al recobrar la voz, en aquel himno de gracias que dirigió al Señor: "Irás, le decia, delante del Señor, para prepararle sus caminos:" *præibis enim ante faciem Domini, parare vias ejus.* Tal era el destino de Juan, y tal destino cumplió con tanta fidelidad, que, concebido en el vientre de Isabel seis meses ántes que el Divino Verbo en las entrañas de María, fué el primero entre los hombres que dió testimonio á la Divinidad del Redentor. Isabel, motivando el reconocimiento que hacia de nuestra Señora como Madre de Dios, con la circunstancia de haber sentido al niño Juan, al hablar María, dar saltos de regocijo en su vientre, bien claramente manifestó que el primero en dar testimonio al Mesías fué Juan; pues no significaban otra cosa, segun lo explican los sagrados intérpretes, aquellos saltos misteriosos del mas grande regocijo. Nace Juan ántes del Salvador, y es apellidado, como acabáis de ver, Precursor suyo, por la voz inspirada del Profeta. Será pues Juan

el primero que anuncie á los pueblos la doctrina de salud, y confiriéndoles un bautismo de penitencia, prepare aquel ministerio de plenitud que ha de ejercer mui pronto el mismo Jesucristo, derramando por sus labios la luz de la eterna Sabiduría, predicando la penitencia con su ejemplo y ameritándola con su sacrificio, é instituyendo por sí mismo el gran sacramento de la regeneracion espiritual para la vida eterna, el santo Bautismo. Oid lo que dice acerca de la mision del Precursor el evangelista San Lúcas en los seis primeros versículos del capítulo tercero: "El año décimoquinto del imperio de Tiberio "César, gobernando Poncio Pilato la Judéa, siendo Heródes tetrarchá de la Galiléa, "y su hermano Filippo tetrarchá de la Iturea y de la provincia de Trachonite, y Lisánias tetrarcha de Abilina, hallándose sumos sacerdotes Annás y Caíphás; el Señor "hizo entender su palabra á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. El cual, *obedeciendo al instante*, vino por toda la ribera del Jordan, predicando un bautismo de peniten"cia para la remision de los pecados, como está escrito en el Libro de las palabras ó "*vaticinios* del Profeta Isaías. *Se oirá la* voz de uno que clama en el desierto: Prepa"rad el camino del Señor; enderezad sus sendas: todo valle sea terraplenado; todo mon"te y cerro allanado; y *así* los caminos torcidos *serán* enderezados, y los escabrosos "igualados, y verán todos los hombres al Salvador *enviado* de Dios." Pasa de aquí el evangelista á referir la predicacion del Precursor, exhortando á los hombres á la penitencia y enseñándoles los caminos de la salvacion: dice que bautizaba á los publicanos; que su predicacion, su vida, su celo &c. excitaban de tal suerte la veneracion del pueblo, que éste pareció llegar á creer que Juan era el Mesías: opinion que Juan rebatió en el acto, diciendo públicamente: "Yo en verdad os bautizo con agua, *á fin de excita"ros á la penitencia;* pero está para venir otro mas poderoso que yo, al cual no soi yo "digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará con el Espíritu Santo, y "con el fuego *de la caridad*." Dice á continuacion el evangelista, que Juan anunciaba muchas cosas ademas de estas al pueblo en las exhortaciones que le hacia: menciona especialmente la reprension que hizo á Heródes el tetrarchá por un grave incesto que estaba cometiendo, y por todos los otros males que habia ejecutado; reprension que, irritando mucho á Heródes, le hizo concebir y ejecutar un nuevo crímen, el de arrojar en la cárcel al Precursor del Mesías; y luego concluye refiriendo el bautismo de Jesucristo en los términos siguientes: "En el tiempo en que concurria todo el pueblo á re"cibir el bautismo, habiendo sido tambien Jesus bautizado, y estando en oracion, su"cedió el abrirse el cielo, y bajar sobre él el Espíritu Santo en forma corporal como de "una paloma; y se oyó del cielo esta voz: *Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo puestas "todas mis delicias.*"

4. El extracto que acabo de hacer, amados hijos, del Evangelio relativamente á la vida y ministerio de Juan, basta para que conozcáis perfectamente la primera preparacion del Mesías para comenzar la carrera de su vida pública. Preparacion de tiempo, que muestra el exacto cumplimiento de las profecías; preparacion de lugar, que recuerda hechos mui ilustres del pueblo escogido; preparacion de doctrina, que previene la inteligencia de los pueblos para recibir con mas provecho la predicacion del Mesías; preparacion de testimonio que le predica como el verdadero Dios y Hombre, venido acá

para libertar del antiguo yugo á toda la humanidad; preparacion de ministerio, que nos da la figura mas aproximada del bautismo cristiano, y la idea mas grande del sacercio de Cristo, cuando este Divino Maestro quiso ser bautizado por su Precursor; preparacion, por último, hecha por el mismo Dios, que desciende de los cielos para declarar que Jesus es el Unigénito del Padre, objeto eterno de sus complacencias.

5. Si considerais atentamente todos los caractéres ó señales con que marca el evangelista la época de la predicacion de Juan, y buscáis las relaciones de la época dicha con las profecías, veréis que todo se habia cumplido con la última exactitud, y comprenderéis toda la importancia de esta cita en la solemne preparacion del Mesías relativamente al tiempo. El Heródes que gobernaba entónces, no era ya un rei como el que reinaba cuando nació Jesus; sino un tetrarcha, es decir: un simple subdelegado del gobierno, pues con este nombre se designaba el gefe que mandaba la cuarta parte de un reino sin el título de rei. Conduce tambien la designacion del tiempo con el nombre de los reyes y príncipes que gobernaban, á manifestar toda la gloria del reino de Cristo en la tierra, pues que se inaugura en las circunstancias ménos favorables para la institucion de la verdad y la virtud. El emperador Tiberio fué, no solamente idólatra, sino tirano y cruel: Pilátos era un magistrado corrompido, que se vendia frecuentemente á la iniquidad en su empleo, y ejercia crueldades estupendas: Heródes era adúltero, incestuoso, inicuo, como lo prueba la reprension del Bautista, y el hecho de haber sido éste encarcelado y degollado por mandato de aquel. Designase por último el tiempo, á fin de comprobar la edad en que tanto el Precursor como el Mesías comenzaron el ejercicio público de su ministerio: edad provecta, idónea y adecuada para las graves funciones del Precursor y del Mesías: edad conveniente para poner en armonía el órden natural con el sobrenatural, y que supone todas aquellas transiciones por donde pasa el hombre desde la debilidad de su infancia hasta su completa robustez.

6. Os he dicho asimismo, que el haber escogido el Precursor para predicar las riberas del Jordan, y para bautizar sus aguas, encierra grandes instrucciones, que no deben pasar desapercibidas. El Jordan dividia de las naciones idólatras, de los moradores, árabes y otros, la Tierra Santa. Era pues mui significativo que allí se predicase la doctrina y se administrase el bautismo, que separa á los fieles de los infieles ó introduce al hombre en la tierra bendita, esto es, en la Santa Iglesia de Cristo. Por el Jordan habian pasado los hijos de Israel, de Egipto á la tierra prometida, mediante el estupendo milagro de la apertura y suspension de sus aguas para formar á la nacion viajera una valla milagrosa: de la misma suerte, por la fuente del bautismo pasa el hombre desde las tenebrosas regiones del pecado á la tierra feliz de la gracia, mediante la divina virtud que el Espíritu Santo comunica á la fuente que nos regenera. Por el Jordan pasaron á enjuto pié, como suele decirse, los Profetas Elías y Eliseo cuando aquel fué arrebatado al cielo; como nosotros necesitamos pasar por la fuente del bautismo para entrar en el reino de Dios. En el Jordan fué purificado de su lepra siete veces Nabaman, siro de nacion, como nosotros, al ser purificados en el bautismo, recibimos los siete dones del Espíritu Santo. En el Jordan, por último, fué bautizado Cristo y declarado Hijo de Dios, en presencia del Bautista, por la voz del Eterno Padre; del mismo

modo, en las aguas del bautismo somos regenerados por la virtud de Cristo, y se nos abren los cielos, segun su misma promesa.

7. Ved pues, cómo, así en el tiempo en que comenzó la predicacion y ministerio del Bautista, como en el lugar escogido para una y otro, hai una preparacion manifiesta de la vida pública del Mesías. ¿Qué os diré de la doctrina? La que predicaba el Bautista era, digámoslo así, respecto de la que despues anunció Jesucristo, lo mismo que los bellos crepúsculos de la aurora respecto de los esplendores magníficos del sol en su zenit. El Bautista caracteriza á su auditorio con el apodo de raza de víboras, para manifestar el veneno que el pecado depositaba en su corazon, y declara la impotencia del hombre para escapar de la justicia de Dios, con esta pregunta, que es una fulminante conminacion: "¿Quién os ha enseñado, raza de víboras, que así podréis huir de la ira "del Dios que os amenaza?" Mas como su ministerio era de reparacion y no de ruina, junta con el temor la esperanza, prometiéndola en términos bien explícitos á la conversion del corazon: "Haced frutos, les dice, dignos de penitencia." Cuando á estos sentimientos correspondia en sus oyentes la docilidad, les predicaba la pobreza, la caridad para con el prójimo, la justicia y equidad, y por último todas las virtudes morales. Y para que no siguieran creyendo que tal doctrina era un parto de su entendimiento, ni le diesen una gloria que no le correspondia, refiere su aparicion, su ministerio y la doctrina que acababa de explicarles, al Mesías que estaba para venir, mostrándoles su poder incomparable, humillándose ante su dignidad suprema con decir que no era digno de desatar la cinta de su calzado, y declarando la excelencia del bautismo de Cristo sobre la del bautismo que él administraba. De esta suerte vemos en la predicacion de Juan una preparacion de doctrina para el Mesías, y una preparacion de testimonio, pues le reconoce como al Hombre Dios, á quien estaba reservada la mision de regenerar al mundo, formar su reino, reunir á sus escogidos y arrojar á los contumaces, rebeldes é impenitentes al fuego eterno: "Tomará en su mano el bieldo, decia, y limpiará su era, metiendo el trigo en su granero, y quemando la paja *ó broza* en un fuego inextinguible."

8. Hai tambien aquí una preparacion de ministerio; pues el bautismo que Juan administraba, colocado entre las dos grandes eras de la historia santa, dejando tras de sí á Moysés y los Profetas y precediendo á Jesucristo y los apóstoles, sirvió como de una suave transicion del sacerdocio judío al sacerdocio cristiano. Ya os he dicho lo que era la Circuncision de la Ley antigua en su orígen, objeto y ceremonial, y os basta por lo mismo recordarlo, para conocer que el bautismo que Juan administraba, no era la antigua Circuncision. Réstame pues haceros notar que tampoco fué lo que el bautismo cristiano, manifestándoos, aunque con suma brevedad, sus diferencias sustanciales. No llamaré vuestra atencion sobre la diferencia de la materia, que en el bautismo de Juan era el agua de un rio, y en el de la Iglesia el agua consagrada, pues aun sin este requisito se usa válidamente el agua natural. En cuanto á la forma, Juan, en concepto de algunos, bautizaba en el Nombre del que habia de venir, y en el de otros ninguna forma particular usaba; mas en el bautismo cristiano es forma necesaria suya ésta: "Yo te bautizo en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo." Si hablamos de los efectos, notarémos desde luego, que el bautismo de Juan no remitia los pecados ni infundia la gracia santificante por su propia virtud, miéntras el nuestro, en que se nos da el ser de gracia y la vida de cristianos, quita no solo el pecado original, sino cualquiera otro que haya. Si atendemos á la necesidad, no la habia de precepto para recibir el bautismo de Juan, al paso que la hai tan estrecha y esencial de recibir el bautismo de Cristo, que sin él no puede entrarse al reino de los cielos. Finalmente, aun tratándose del ministro, hai muí notable diferencia entre uno y otro bautismo; pues el de Juan le administraba él únicamente, miéntras el otro le administró Jesucristo por sí mismo, le confirieron á su Nombre sus discípulos, y despues los ministros de la Iglesia. Síguese de todo esto, y se comprende perfectamente, con solo atender á lo que queda dicho, que Juan, confiriendo el bautismo, no hacia mas que preparar el ministerio de Cristo. Luego tuvo el Mesías con esto, ademas de lo dicho, una preparacion de ministerio: preparacion tan importante y que habia de conducir tánto á mostrar la dignidad del sacerdocio, que por esto sin duda Jesucristo mismo, siendo Dios y Hombre, quiso sin embargo ser bautizado por Juan.

9. Finalmente, hijos mios, Jesucristo, en este acto solemne de ser bautizado por su Precursor, recibió de su Eterno Padre un testimonio auténtico, que habia de ser como la preparacion de anuncio, á fin de que, cuando el Mesías entrase á desempeñar públicamente su mision, estuviese dado á reconocer por el Padre Eterno, como su Hijo Unigénito, y el objeto de todo su amor. ¡Qué cuadro! ¡Qué magnificencia soberana! ¡Qué majestad! El cielo se abre á la sazon que Jesucristo, acabando de recibir el bautismo, está en oracion, y á la vista del Precursor arrobado y estático: *Jesu baptizato et orante, apertum est cælum.* Así habia de abrirse sin duda en el curso de los siglos para dar paso á las gracias divinas en los momentos de elevarse á él, con la oracion recogida, las inflamadas y humildes plegarias del espíritu: así se abriria cuando Jesus, declarando consumado el designio que le trajo á la tierra, la regase con su sangre, haciendo florecer todas las virtudes y reflejar sobre su Cruz todas las glorias. Pero no nos detengamos aquí: el cielo abierto no es la única maravilla que allí se obra; pues por esto cielo que se abre, desciende á la tierra el Espíritu Santo bajo la forma corporal de una paloma, y posa sobre Jesus: *Et descendit Spiritus Sanctus specie sicut columba in ipsum.* Detengamos, hijos mios, á contemplar esta escena misteriosa: observad lo que pasa en la ribera de aquel rio perdurablemente célebre en los fastos de la religion y despues de aquel concurso atraido á la penitencia por la voz del que clama en el desierto, y en presencia de este personaje, venido al mundo por una carrera de prodigios, saludado en su cuna como Profeta por su mismo Padre, habitante misterioso de la soledad, donde oculta su carrera de penitencia, celoso propagador de la doctrina y vindicador de la virtud. ¿Quién está postrado allí? Jesus, el Verbo Eterno, Dios hecho Hombre. ¡Con qué motivo! Con el del bautismo que acababa de recibir. ¿Con qué objeto? Con el de orar. ¡Quién más está allí? El Espíritu Santo, que desciende á posar sobre el Unigénito del Padre. ¡Qué falta pues, para poner un digno término á este pasaje augusto de la vida del Redentor! La intervencion directa del Padre. He aquí por qué inmediatamente despues de lo dicho, el Eterno Padre baja con su voz, que resuena desde lo al-

to de los cielos, y con la cual aparece allí toda la Trinidad Augusta: "Se oyó del cie-"lo esta voz, dice para concluir el evangelista: "Tú eres mi Hijo amado; en tí tengo "puestas todas mis delicias:" *Vox de cælo facta est: Tu es filius meus dilectus, in te complacui mihi.* Ved pues, hijos mios, cómo el ministerio público del Salvador es preparado durante la mision de Juan, no solamente por el tiempo, no solamente por el lugar, no solamente por la doctrina del Precursor, no solamente por el bautismo que administra y el que confiere al mismo Cristo, no solamente con la gloriosa y pública manifestacion que de él hizo lleno de humildad, mostrándole á las turbas como el verdadero Mesías; sino tambien por el mismo Dios, por el Espíritu Santo, que desciende sobre él en forma de paloma, por el Eterno Padre, que le declara como su Hijo Unigénito, y por él mismo, que allí aparece como tal. De esta suerte vemos la primera preparacion del Mesías para su vida pública, hecha por su Precursor, por su divino Espíritu y su Padre celestial: veamos ahora la que hace por sí mismo, para prevenir su doctrina de penitencia con su propio ejemplo, entregándose á un riguroso ayuno por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches.

II.

10. Continuando el evangelista San Lúcas la narracion de lo que hizo nuestro Señor Jesucristo ántes de comenzar la carrera de su vida pública, dice: "Jesus pues, lle-"no del Espíritu Santo, partió del Jordan; y fué conducido por el *mismo* Espíritu al "desierto, donde estuvo cuarenta dias, y allí era tentado del diablo. En cuyos dias no "comió nada; y al cabo de ellos tuvo hambre" (IV, 1 y 2.)

11. Tuvo pues dos objetos el Señor para retirarse al desierto: el primero, prepararse con el ayuno, la oracion y la tentacion á que quiso sujetarse, para el ejercicio público de su ministerio; el segundo, darnos el ejemplo de las mortificaciones del espíritu y las del cuerpo, consiguientes al combate de los enemigos del alma y á la vida de penitencia. Veamos este concepto demostrado en la meditacion de las palabras que acabáis de oir del santo Evangelio. Tres cosas hai que considerar aquí, con mui particular detenimiento cada una: primera, el retiro de Jesus al desierto; segunda, el ayuno riguroso á que se entregó; tercera, el número de dias que duró en este ejercicio.

12. Habia pasado Jesucristo, como lo habéis oido en mi precedente instruccion, todo el curso de su vida en el retiro doméstico, en la separacion absoluta del mundo, en la dependencia mas omnímoda de José y de María. ¿Por qué pues no pasar desde luego á la vida pública, sino estacionarse ántes por cuarenta dias en la soledad extrema de un desierto? Hai dos clases de retiros, hijos mios: uno comun en las almas que viven siempre dedicadas al Señor, y otro todavía mas especial, en que cesa todo comercio con las criaturas, parece suspenderse la vida de los sentidos y trasladarse al cielo la residencia del espíritu. El primero es la forma comun de la verdadera vida cristiana; pues cuando recibimos las aguas del bautismo, renunciámos al mundo, al demonio y á la carne, nos hicimos discípulos de Jesucristo y quedámos obligados á obedecer en todo su santa Ley, separar de nosotros cuanto pudiese apartarnos de su servicio, y abrazarnos estrechamente con su Cruz. Esta es la vida cristiana; mas como ella no excluye ni la

dedicacion á los trabajos domésticos, ni la atencion á las necesidades de la vida, ni el comercio lícito con las criaturas, el retiro interior de ella no es tan perfecto como el que miden aquellos dias en que aun de este comercio lícito se prescinde para dedicarse únicamente al Señor. Por mucho cuidado con que se viva en el primero, sucede por lo comun que la accion de los sentidos, el influjo de los objetos, el trato con el prójimo, los trabajos mismos á que se dedica el hombre, van insensiblemente debilitando el vigor del espíritu, multiplicando las faltas aunque leves, aumentando las distracciones, reduciendo el número de los ejercicios piadosos, multiplicando los obstáculos para el recogimiento y fervor de la oracion. Sin hacer pues de tiempo en tiempo alguna pausa en el mas profundo recogimiento, en la mas perfecta soledad, seria mui difícil sostenerse en la fortaleza contra los enemigos de nuestras almas, en la intimidad con Dios y en la práctica de la virtud. He aquí por qué nuestro Señor Jesucristo, aunque no necesitaba ciertamente para sí de nada de esto, siendo, como era, la santidad misma y un verdadero Dios; quiso estrechar todavía mas el retiro que habia guardado en los treinta años de su vida oculta, dejando aun el lugar de su residencia, el techo doméstico, á su Madre y á su Padre putativo, y penetrando en un desierto sin otro compañero que el Divino Espíritu que le llevaba: *Agebatur à Spiritu in deserto.*

13. ¿Y qué fines, me diréis, llevaba en esto Jesucristo, siendo así que no lo necesitaba? Yo os responderé brevemente: que habiéndose hecho hombre, no solamente para redimirnos de la culpa, sino tambien para enseñarnos la perfeccion y santidad con su ejemplo, se propuso: en primer lugar, preparar dignamente su mision de luz y de felicidad para el hombre, dando en cuanto hombre á su Eterno Padre un culto de retiro, un culto de penitencia; y en segundo lugar, consagrar con su ejemplo el retiro absoluto que llamamos espiritual, mostrarle en toda su perfeccion y dar á entender cuál es su eficacia para lograr la perfeccion de la virtud y la posesion de la bienaventuranza.

14. Iba Jesucristo á desempeñar una mision augusta, cual era la de restaurar las ruinas del Paraíso, instituyendo la virtud y salvando á la humanidad. Esta mision era de tal naturaleza, de tan infinita importancia, de grandeza tan incomparable y de tanta gloria para Dios, que desde el momento mismo de anunciarse ocupó constantemente á Su Majestad, y no dejó de estar nunca en el pensamiento y en el corazon de la parte mas escogida del género humano. Habíanla preparado cuarenta siglos con los acontecimientos mas grandes, las instituciones mas sábias, las leyes mas justas, los personajes mas eminentes, las analogías mas caracterizadas y los oráculos mas expresos. Llega el tiempo señalado, el Mesías está en la tierra: van delante de él los testimonios de su Precursor: le ha precedido ya este santo personaje, dando la voz de su feliz arribo á la humanidad entera; y mui pronto el Mesías en persona va á mostrarse á la faz de los pueblos. Es necesario que una carrera tan ilustre y grande, una mision tan espléndida se prepare con tan cumplida perfeccion, que nada en lo absoluto la falte; es necesario que Jesus se manifieste como una especie de aparicion sorprendente; que sustraiga su presencia de las criaturas con tanta universalidad, cual si nunca hubiera estado entre ellas, ó hubiese ya desaparecido de la tierra: es necesario, para el efecto moral de su doctrina y de sus obras, que salga, por explicarme así, de entre las tinieblas espe-

sas del misterio, y haga sentir á cada paso que acaba de conferenciar con el Rei de los cielos y la tierra sobre el gravísimo negocio de la salvacion del hombre, la regeneracion completa de la humanidad. Ved pues, hijos mios, el primer fin que se propuso el Señor al retirarse al Desierto: preparar solemne y dignísimamente, para la honra y gloria de su Padre celestial, el ejercicio público de la mision que le trajo á la tierra.

15. El segundo fin de aquel misterioso paso, fué consagrar con su ejemplo el retiro espiritual, la mortificacion y penitencia, el comercio exclusivo con el Señor en oracion continua, y mostrar cómo este retiro es necesario para nosotros: primero para purificarnos; segundo para ilustrarnos; tercero para fortalecernos. ¿Y por qué, me diréis, ó cómo se alcanzan con el retiro tales bienes? Así porque contamos con la gracia proveniente y concomitante, como porque allí tenemos ménos obstáculos para examinar nuestra conducta, volvernos al Señor y cooperar á su gracia. He dicho que contamos con la gracia prevehiente y concomitante, porque habéis de saber, hijos mios, que la resolucion sincera del alma para dar de mano á todo y retirarse á la soledad á estar en exclusivo comercio con su Dios, no es ni puede ser obra nuestra, sino obra suya, obra de su Divino Espíritu, obra de su gracia. Por esto tiene cuidado el evangelista de advertirnos que Jesucristo, al regresar del Jordan, estaba lleno del Espíritu Santo, y al marchar al desierto fué conducido por el mismo Espíritu: *Jesus autem plenus Spiritu Sancto regressus est a Jordane: et agebatur á Spiritu in desertum:* como Dios nada deja incompleto, en el solo hecho de prevenirnos se muestra dispuesto á acompañarnos: en consecuencia, si el pensamiento de retirarse representa la gracia que previene; la presteza de hacerlo supone la gracia que acompaña. Ved, si no, á una alma en el retiro. ¡Quién la impulsó! El Espíritu de Dios. ¿Quién la condujo? el Espíritu de Dios. ¿Con quién está? con el Espíritu de Dios. ¿Y qué obra este Divino Espíritu en el alma? la comunicacion de sus divinos Dones: con el de entendimiento, pone la eterna verdad á la vista del espíritu: con el de sabiduría, dirige las operaciones del entendimiento en la meditacion de estas verdades: con el de consejo, muestra las obras que son del agrado del Señor: con el de ciencia, fija sus resoluciones, forma sus propósitos: con el de piedad, enciende sus afectos, la intima con Dios: con el de fortaleza, la otorga una superioridad incontestable sobre todos sus enemigos. Ved pues por qué causa y de qué modo halla el alma en su retiro la purificacion de su conciencia moral, la luz para conducirse sin extravío ni tropiezo, y la fortaleza para vencer todos los obstáculos que se opongan á su marcha, y cuán elevado era y provechoso para toda la humanidad el designio que tuvo Jesucristo de retirarse al desierto. Despues de esto, ¿quién podrá excusarse racionalmente de hacer una pausa de tiempo en tiempo en el curso de sus ocupaciones ordinarias, para estar solo con su Dios, purificar su conciencia, ilustrar su espíritu y robustecerse mas, para sostener con buen éxito la contienda con los enemigos de su alma? ¿Cuál pudiera ser motivo bastante, y no un despreciable pretexto? ¿El retiro comun en que se vive? Ninguno comparable con el de los treinta años de la vida oculta de Jesucristo. ¿La regularidad de la conducta? Ninguna comparable con la de Jesus, que era la santidad misma. ¿El inalterable concierto y maravillosa regularidad de la vida doméstica? Ninguna, por mui perfecta que sea, puede asemejarse á la casa de la Vírgen

Madre, de José el justo, á quienes Jesus obedecia. ¿Acaso la importancia de los negocios que se están tratando? Reunid en un punto cuantos han ocupado la mente y la accion de todos los hombres, y desaparecerán, como una pequeña chispa que se disipa, puestos en frente del negocio que trajo al mundo Jesucristo. ¿Acaso una conciencia limpia, una piedad habitual? ¿Qué conciencia podrá compararse con la de Jesus, el único que pudo decir á los pueblos: ¿"quién de vosotros me argüirá de pecado?" ¿Qué vida mas llena de santidad y mas fecunda que la de Aquel de quien quedó escrito: "Pasó "haciendo el bien?" ¿Acaso el silencio de los oráculos divinos en este punto? El ejemplo de Jesucristo es una letra viva, y ademas, está escrito que el que es justo se justifique aún, y el que es santo se santifique todavía: *Qui justus est, justificetur adhuc; qui sanctus est, sanctificetur adhuc.*

16. Mas este retiro del espíritu, léjos de conducir á tan elevada perfeccion y atraer tan grandes bienes, seria muchas veces perjudicial y siempre superfino, si no estuviese acompañado de aquellos ejercicios indispensables para los fines que acabais de oir. Si se trata de purificar la conciencia, es necesario examinar sus actos á la luz de la divina Ley: si se trata de ilustrar la mente, se requiere la meditacion de las eternas verdades: si se trata de vigorizarse y fortalecerse, es necesario debilitar la accion preponderante de la carne, facilitar el predominio del espíritu, y clamar á Dios con la oracion fervorosa y humilde por la fortaleza para resistir á los enemigos. He aquí por qué no se limita el Santo Evangelio á decirnos que Jesucristo, lleno del Espíritu Santo, partió del Jordan y fué conducido por el mismo Espíritu al desierto; sino que luego añade, que estuvo allí cuarenta dias, y en ellos no comió nada. El evangelista San Mateo dice que ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, y despues tuvo hambre: *Cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit.* ¿Cómo entender, hijos mios, este ayuno, que no limitado á carecer de los alimentos durante el dia, se extiende tambien á la noche? Ya sabéis que el alimento de la noche es el sueño, y por lo mismo debemos entender que Jesus, en aquel dilatado espacio de tiempo, negó á su cuerpo el sustento del dia y el sueño de la noche. ¿Qué se sigue de todo esto? ¿Qué importa en los intentos de Jesus esta vigilia constante? que durante dicho tiempo quiso dar al espíritu todo lo que al cuerpo negaba, y por lo mismo, que se mantenia en continua oracion á su Eterno Padre. ¡Y qué quiso enseñarnos con esto! que el retiro espiritual, para ser lo que debe y rendir al provecho del alma los mas preciosos frutos, demanda como requisitos de perfeccion y de necesidad: primero, mortificar el cuerpo, con el ayuno y la penitencia cuanto se requiere para que no sirva de ningun embarazo á la accion del espíritu; segundo, poner á raya los sentidos, para que no nos distraigan, con la presencia de los objetos exteriores, del recogimiento interior; tercero, meditar en las eternas verdades, para adquirir la luz necesaria, inflamarnos en el fuego de la caridad y orar dignamente al Señor. Ved pues cómo Jesucristo con su ayuno, penitencia y oracion, quiso enseñarnos debidamente las cualidades del retiro, para que fuese provechoso á nuestras almas.

17. ¿Y por qué causa, me diréis, quiso reducir el Señor al preciso término de cuarenta dias su mansion en el desierto? Este número, amados hijos, es altamente signifi-

cativo así en la Historia santa como en los grandes misterios de la religion, y habia de serlo tambien despues en la práctica de la Iglesia católica. Si atendemos pues, á estas tres cosas, fácilmente comprenderémos que habia motivos muí poderosos para que Jesucristo le consagrase tambien con su ejemplo. Si abrís las páginas del Antiguo Testamento, allí encontrarés este número midiendo la duracion de los sucesos mas grandes. Vedle en el Diluvio, es decir: en aquellos torrentes que la ira del Señor precipitó sobre la tierra, y estuvieron cayendo por el espacio de cuarenta dias, que bastaron para dar fin al mundo de entónces. Vedle en Ezequiel, que obedeciendo un precepto del Señor, permanece cuarenta dias (IV) acostado sobre el lado derecho para reportar los pecados de la casa de Judá y alcanzar misericordia por aquella misma postura. Vedle en Ninive, herida por un decreto de exterminio que habia de ejecutarse á los cuarenta dias de notificado por el Profeta: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur;* y libre de tan inmenso estrago con haberse entregado por todo este tiempo al ayuno mas rigoroso y penitencia mas humilde, mas austera y mas universal que han visto los siglos.

18. Si de aquí pasamos, hijos mios, á considerar las relaciones misticas de este número misterioso, yo podré deciros con un sabio expositor del Santo Evangelio: en primer lugar, que no sin misterio quiso el Señor, "siendo niño, permanecer cuarenta dias en Bethlem y en el mismo establo que habia elegido para nacer, ántes que su Madre le fuese á ofrecer en el Templo; pues quiso indicarnos tal número como el mas á propósito para la purificacion de nuestra alma: en segundo lugar, que no sin misterio quiso ayunar cuarenta dias y cuarenta noches; pues lo hizo, no solo porque Elías y Moysés habian consagrado con su ayuno este mismo número, sino tambien porque Goliath habia estado de pié firme por cuarenta dias combatiendo á Israel; pues aquel era un tipo del demonio á quien Cristo queria vencer con su ayuno cuadragenario: en tercer lugar, que no sin misterio quiso el Señor demorarse en el mundo cuarenta dias despues de su resurreccion, á fin de confirmar á sus discípulos é instruirlos con sus frecuentes discursos acerca del reino de Dios. Así, donde quiera se nos presenta este número cuadragenario como sagrado y místico."

19. Por esto, hijos mios, vemos lo mucho que honraron este número los apóstoles, la Iglesia católica y muchos santos: los primeros ayunaban, á ejemplo de su Divino Maestro, este mismo número de dias: la segunda instituyó la santa Cuaresma, para que los fieles la pasasen en ayuno, en prácticas de penitencia y en santas preparaciones, á fin de celebrar dignamente la Pascua: en cuanto á los terceros, llena está la historia de estos mismos ejemplos: Santa Catalina de Sena pasaba cuaresmas enteras con solo el alimento de la Sagrada Eucaristía; San Macario Alejandrino pasaba todos los cuarenta dias sin comer otra cosa que una insignificante yerba el dia domingo; nuestro Padre San Francisco tuvo en tanto honor este número, que mereció por su especial dedicacion á la práctica de él, que multiplicaba prodigiosamente, ser agraciado con el especial honor y extraordinario privilegio de recibir en su cuerpo la impresion de las llagas del Redentor.

20. Mas los evangelistas, no contentos con decirnos que nuestro Señor Jesucristo pasó cuarenta dias y cuarenta noches sin alimento alguno, añaden que tuvo hambre: *postea esuriit.* Mas, siendo como es el hambre una consecuencia precisa del ayuno, ¿por qué una mencion especial de ella? Por tres razones principales: primera, para que se vea que Jesucristo Señor nuestro, aunque como Dios podia suspender en esta parte las leyes de la naturaleza y pasar el tiempo que hubiese querido sin la menor necesidad de alimento, y por consiguiente sin tener hambre, no lo hizo así á pesar de esto, sino ántes bien, quiso que su naturaleza humana conservase toda su pasibilidad física, para sentir en toda su intensidad la pena de aquella privacion absoluta de alimento; en segundo lugar, para que nadie pudiera excusarse de cumplir con el deber santo del ayuno, ya en fuerza de la ley que le prescribe, ya por espíritu de mortificacion y penitencia; en tercer lugar, para manifestarse mucho mas ansioso de satisfacer la hambre y la sed que tenia su amor de cumplir su mision para la honra de su Padre y la salvacion del mundo, que de atender á las necesidades del cuerpo, y darnos un ejemplo muí vivo de abnegacion, solicitud y celo en los caminos de la eterna salud.

21. Ved pues, amados hijos, todo lo que significa este retiro de nuestro Señor Jesucristo al desierto, este ayuno penosísimo á que se entregó por espacio de cuarenta dias, y esta hambre vehementísima que en consecuencia le agitaba. Quiso con esto preparar muí digna y solemnemente la gran mision de salud eterna que habia traido al mundo, dedicándose por este largo espacio de tiempo á conferenciar con su Eterno Padre acerca de las cosas que iba á practicar y de la muerte que iba á sufrir, consagrar con su ejemplo el santo retiro del espíritu, la mortificacion de los sentidos, la penitencia corporal, la meditacion y oracion, y enseñarnos que esta clase de ejercicios contribuyen eficazmente á la perfeccion cristiana y son muí necesarios para prepararse á ciertos actos muí solemnes de la vida. Pero no quedó satisfecha con esto la tierna solicitud con que procuraba instruirnos en el camino de la salvacion aquel Divino Maestro: con su primera preparacion habia dado una copiosísima luz al entendimiento para que pudiese reconocer su Divinidad, viendo cumplidas en esta parte las profecías, y formar un concepto elevado del Santo Bautismo; con la segunda consagró la abnegacion, el retiro y la penitencia, dejando á sus padres, yendo al desierto y pasando allí cuarenta dias en los mas penosos y santos ejercicios: mas, poniendo la vista en el carácter de nuestra peregrinacion por la tierra, que, como dice Job (cap. VII, v. 1º) es una milicia, es decir: una guerra continuada y sin tregua, permitió ser tentado, para darnos con esto sábias lecciones y poderosos auxilios. Entremos pues en este último punto.

III.

22. Habiendo dicho el evangelista que al cabo de los cuarenta dias de ayuno, Jesus tuvo hambre, añade: "Por lo que le dijo el diablo: "Si tú eres el Hijo de Dios, di "á esta piedra que se convierta en pan." Respondióle Jesus: Escrito está: "No vive de "solo pan el hombre, sino de todo lo que Dios dice." Entónces el diablo le condujo á un "elevado monte, y le puso á la vista en un instante todos los reinos de la redondez de "la tierra, y díjole: "Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque se me "han dado á mí y los doi á quien quiero. Si tú quieres, pues, adorarme, serán todos tu-

"yos." Jesus en respuesta le dijo: "Escrito está:" Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él so-
"lo servirás." Y llevóle aún á Jerusalem, y púsole sobre el pináculo del Templo, y dijo-
"le: "Si tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Porque está escrito que mandó
"á sus ángeles que te guarden; y que te lleven en *las palmas* de sus manos, para que
"no tropiece tu pié contra alguna piedra." Jesus le replicó: "Dicho está *tambien:* No
"has de tentar al Señor Dios tuyo." Acabadas todas estas tentaciones, el diablo se re-
"tiró de él."

23. A la vista de esta escena, única en los anales del mundo, no podemos ménos de sorprendernos; pues toda la claridad con que se presenta el hecho parece convertirse en tinieblas al querer descubrir sus verdaderas causas. ¿Cómo un Dios ha querido ser tentado, nos decimos, y cómo el demonio ha podido resolverse á tentar á un Dios? En cuanto á lo primero, ¿qué podria significar la tentacion para el impasible, sapientísimo, omnipotente é infinito? En cuanto á lo segundo, si el demonio lleva en todo la mira de trabajar con fruto, y sabe perfectamente que Dios es inaccesible á su poder, ¿no era de suponerse que prescindiria enteramente de la empresa de tentarle, como de una cosa positivamente inútil y en cierto modo ridícula? Tal es, hijos mios, la fuerza de estos dos conceptos, que me creo en el caso estrechísimo de resolver las dificultades que encierran, ántes de fijar vuestra mente sobre el carácter propio, el progreso y los resultados de aquella tentacion. Digo pues á lo primero, que como Jesucristo Señor nuestro era, no solamente un Dios, sino tambien verdadero hombre, y el hacerse hombre fué para someterse á la pasibilidad de la naturaleza humana, y merecer con sus penas y trabajos infinitamente, porque siendo hombre era tambien Dios, ningun inconveniente habia para él en permitir la tentacion; pues es claro clarísimo que tal combate le habia de sostener en cuanto hombre, para que fuese perfecto en su carácter, eficaz en su objeto y fecundo en sus resultados. En cuanto á lo segundo, debo advertiros que el demonio, si bien es cierto que contaba con datos para persuadirse de la Divinidad de Jesucristo, no tenia sin embargo acerca de ella una plena certidumbre, ni mas luz que la que anda mezclada con las tinieblas para formar la duda. Entraba en el plan de nuestro Señor el no manifestarse al demonio en toda su luz, sino solo cuanto bastase para que pudiera servir á sus designios. Esto hizo decir á San Agustin que "Jesucristo fué conocido de los demonios tan solo en el grado que quiso, y que no quiso serlo sino solo en el grado conveniente." *Tantum Christus dæmonibus innotuit quantum voluit: tantum autem voluit quantum oportuit.* No podia ignorar aquel tenebroso espíritu todo lo que habia precedido hasta entónces para dar testimonio á la Divinidad del Mesías; pero teniendo al mismo tiempo á la vista todas aquellas faces que quiso tomar su Magestad, y que tanto alejaban de la grandeza y del poder, sin contar con las luces que explican los motivos de estas apariencias humildes, se hallaba, vuelvo á decirlo, aun en fuerza de los datos, entre las tinieblas y la luz: concepto que percibirés con mayor claridad, hijos mios, con solo atender á las mismas palabras del tentador. Todo lo que propuso el demonio á Jesus, partia de su duda, y se lo exigia como una prueba de que era en verdad el Hijo de Dios: "Si eres Hijo de Dios, le decia, "haz que esas piedras se conviertan en pan;" y con esta fórmula volvia siempre al ataque:

Si Filius Dei es. Luego el demonio estaba muí léjos de creer que lo fuese, y por lo mismo tienta para probar. Vengamos, pues, á los pormenores de este cuadro, al carácter, progreso y resultados últimos de aquella tentacion.

24. Extendiendo Jesucristo su permiso á solo aquello que entraba en sus altos designios, pero queriendo al mismo tiempo encerrar de algun modo en aquella tentacion todas las causas productoras del mal cuando se sucumbe, quiso que nuestra meditacion hallase una cierta universalidad en el estudio de los combates de su espíritu. Si examináis atentamente los principales orígenes del mal en el mundo, descubriréis tres fuentes principales: primera, la preponderancia del cuerpo sobre el espíritu en la conducta humana; segunda, la posposicion de Dios á los bienes temporales en los afectos del corazon; y por último, el extravío de la razon acerca de las relaciones entre Dios y la naturaleza humana. ¿Por qué se perdió el primer hombre y perdió á su posteridad? Por haber comido la fruta del árbol prohibido, que regalando al cuerpo, daria muerte al alma. ¿En qué proporcion se han multiplicado en el mundo todos los crímenes que apartan absolutamente á Dios del corazon? En la misma que guardan todos los falsos bienes de la tierra. ¿Por qué la idolatría, que destruye á Dios multiplicándole; la infidelidad, que no le reconoce; la herejía, que introduce un cisma en su verdad; la apostasía, que saca tantos súbditos de su reino, &c. &c.? Por los abusos y extravíos de la inteligencia en materia de religion y de piedad. Jesucristo vino á reformar al mundo, restableciendo el dominio del espíritu sobre el cuerpo, levantando sobre la abnegacion el edificio de la virtud y asegurando con el magisterio de la fe la permanencia, integridad y pureza de la verdad religiosa, y por esto quiso que la tentacion del demonio le abriese caminos para prevenir con su doctrina y ejemplo los desórdenes de los sentidos, los estragos de las pasiones y los extravíos de las creencias. Para lo primero quiere que se le tiente con pedirle que mande convertir las piedras en pan; pues con tal motivo enseña que el hombre vive, no solo del pan que alimenta el cuerpo, sino tambien de la palabra de Dios, que sirve de alimento al alma. Para lo segundo, quiere que se le propongan todos los reinos del Universo, y ofrezcan en posesion para que queden bajo su poder y le den gloria, en cambio de una adoracion al demonio; pues con tal motivo tiene ocasion de enseñar que nada de esto merece aprecio alguno, si ha de servir de obstáculo para el servicio del Señor; pues está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios y servirás á él solo." Para lo tercero, quiere que se le exija, como una prueba de su Divinidad, el precipitarse desde el pináculo del Templo, y se le citen las Santas Escrituras como para asegurarle de que aquello no tenia inconveniente; pues de esta suerte nos dió la sublime leccion del concierto en que Dios ha puesto, bajo el gobierno de su Providencia, la naturaleza con la gracia en el curso de la vida física y moral, y hecho que en todo resplandezca una prudencia divina y una sabiduría infinita, respondiendo al demonio con la misma Escritura, que no debe el hombre tentar nunca á su Dios.

25. Estas breves indicaciones dan en mi concepto bastante luz para meditar con provecho sobre los tres ataques del demonio á Jesucristo Señor nuestro para tentarle; pero á mayor abundamiento vol á proponeros todavía ciertas reflexiones acerca de lo mismo, tanto mas necesarias, cuanto que nos ha tocado vivir en un siglo, que la va-

nidad mundana califica de progresista y positivo, dando de mano enteramente al espíritu, y limitándose á lo puramente material, á solo aquello que puede servir para la comodidad y regalo del cuerpo.

26. Hoi dia se presenta la Iglesia de Dios á la faz de la tierra con el depósito inmenso de su verdad, con la luz de su historia, el poder de su tradicion, la firmeza de sus principios, la maravilla de su perpetuidad y la gloria de su carrera: se presenta como siempre, dando á los hombres un convite de felicidad y de gloria, llamándoles al estudio de las mas altas doctrinas, para reconquistar los derechos del espíritu sobre la materia, los de la moral sobre los intereses, los de la fe sobre la razon. A su turno el siglo, cuyo carácter fastuoso es la tolerancia y la disension, aparenta no esquivar el combate: ya no sostiene la idolatría como en los primeros siglos, ni las herejías parciales como en los siglos siguientes, ni aun el ateismo descarado como en el siglo XVIII: ya no se muestra indiferente y frio como al dar sus primeros pasos: mas, paseando sus inquietas miradas por la magnificencia de los templos y las rentas de la Iglesia, la dice con atrevida marcialidad: "Está bien, yo reconoceré tu sabiduría, tu munificencia, y si quieres, tambien tu divinidad, si haces servir tu poder al desarrollo de los elementos materiales, si esa multitud de tesoros, tan estériles para la sociedad como las piedras de un desierto, salen de ese sepulcro, y vuelven á la vida, entrando en circulacion, fomentando las empresas útiles, allanando las vias de comunicacion, protegiendo la industria y las artes, y reconociendo como su principio de accion y la garantía de su derecho al poder público de la sociedad civil. De esta manera convertiréis las piedras en pan, y yo seré el primero de tus admiradores." *Dic lapidi huic ut panis fiat.* La Iglesia entónces muestra la prodigiosa fecundidad de estos intereses, no solo en el alimento de las familias pobres, sino en la conservacion del culto, administracion eclesiástica, dotaciones de retiros espirituales, casas de oracion, de educacion y enseñanza; pone á toda luz la superioridad de este órden sobre el puramente material; y haciendo ver, cómo sin rehusar el pan, atiende principalmente al espíritu, y cómo este espíritu provee por motivos sobrenaturales á la misma subsistencia física, responde con Jesucristo: "No vive solo de pan el hombre, si- "no de todo lo que Dios dice:" *Non in solo pane vivit homo, sed in omne verbo Dei.*

27. Podia retraerse de la lucha con esta derrota manifiesta el siglo tentador; mas no desfallece: busca otro flanco, multiplica sus aliados; y poniendo frente á la santa severidad de la Iglesia, á su celo por conservar á toda costa el culto de Dios en espíritu y en verdad y á su doctrina de abnegacion y penitencia, todo el aparato del mundo, el cebo de las riquezas, el atractivo de los honores, el estímulo de los intereses, el poder y la gloria de los imperios, lucha por arrebatarla sus hijos, multiplicar los apóstatas, disminuir su influjo, debilitar su poder y acabar con su existencia religiosa, moral y social; y cual si esto no fuera bastante, como si no estuviese contento con tender una red á los individuos, asalta á la institucion misma, queriendo convertir en tributaria suya nada ménos que á la Iglesia de Dios. Con la promesa de los tesoros y reinos del mundo sacó de sus linderos en el siglo XVI á muchos desgraciados pueblos del Norte de la Europa; y con aquellos gangrenados restos formó un simulacro que quiso llamar Iglesia: dióla de facto los reinos y tesoros del mundo, enriqueciendo á sus ministros, haciendo del cisma

una razon de estado y logrando hacerse adorar á este precio en lugar de Jesucristo. Mas, dándole todos los tesoros del mundo á su mentida Iglesia, la ha quitado el único digno de este nombre, el tesoro de la fe, el tesoro del reino celestial; pues, como bien lo sabéis, fuera de la verdadera Iglesia de Jesucristo no hai salvacion. Esto mismo se repitió un siglo despues con esa persecucion paliada, que sin renegar de la fe ni romper la unidad católica, pretendió encadenar la Iglesia, disputándola sus derechos temporales y queriéndola someter á los tronos. Entonces *el regalismo*, nombre propio de esta célebre persecucion, brindaba con los honores y el influjo al clero y á los fieles, y parecia decirles: "yo os daré todo esto, si me adoráis, es decir: si os sometéis á mí." La Iglesia entónces muestra los derechos que la da su institucion divina, sus tradiciones antiguas y venerables, la uniformidad con que siempre ha sostenido la independencia de su autoridad espiritual y moral; y cuando el poder armado contra ella quiere imponerle la fuerza, dice á los potentados del mundo con las primeras víctimas del cesarismo: "juzgad vosotros si es lícito obedecer á los hombres ántes que á Dios:" ¡magnífica version de la segunda respuesta de Jesucristo al poder de las tinieblas!

28. En pos de estos enemigos vienen filiadas bajo el estandarte de la razon la política y la filosofía: proclaman la emancipacion de la fe; no reconocen otro magisterio que la ciencia, ni otro poder que el temporal; y cerrando los ojos á las brillantes pruebas de la fe divina y robustísimos apoyos del magisterio católico, niegan lo pasado con un cinismo sin ejemplo, es decir, la existencia de los milagros; y no pudiendo negar la consecuencia que se seguiria de admitirles, piden otros nuevos para ceder en la disputa, los piden con el aire de la vanidad y la énfasis del orgullo, les piden tentando á Dios; y no viendo milagros nuevos, porque Dios no se deja tentar, concluyen con el aire del triunfo, que no hai títulos para la fe, apoyos para la autoridad, ni fundamentos para la institucion. Entónces es cuando, mostrándose como el demonio, mui entendidos en las Sagradas Letras, dicen á la Iglesia, como él á Jesucristo: "Precipítate de ahí; pues está escrito que mandará Dios á sus ángeles para que te conserven y te levanten en sus manos, á fin de que tu pié no tropiece contra la piedra." Mas la Iglesia, lo mismo que Jesucristo, contesta la propuesta insidiosa del tentador con la autoridad de la Escritura: "Dicho está, exclama: No tentarás al Señor tu Dios:" *Dictum est: non tentabis Dominum Deum tuum.* Y para dar luz á este ciego, que no cree los oráculos divinos, razona su respuesta y explica el por qué de los milagros. Una nueva filosofía se desprende de la pluma de sus eminentes apologistas, haciendo ver que, si fué mui conforme á la infinita sabiduría de Dios allanar los primeros caminos á su Iglesia con el poder sublime de los milagros; no lo seria en verdad estarles repitiendo al capricho de los necios, para quienes nada significan los triunfos de la cruz, los esplendores de la nueva ciencia, los trofeos del heroismo cristiano, la civilizacion del mundo y diez y ocho siglos de victorias.

29. Ved pues, amados hijos, con qué anticipacion estaban derrotados los enemigos de hoi: el exclusivo progreso material, el protestantismo, el regalismo, la falsa ciencia y todas las cavilaciones de la incredulidad que está pasando por delante de nosotros. Mucho podria deciros aun sobre este lugar del Santo Evangelio, porque á la verdad es

una fuente inagotable de consecuencias; pero he dado á esta carta una latitud mayor que lo que imaginaba, y debo por lo mismo ponerla término. ¡Ved pues cuánto importaba para la gloria de Dios, la luz de la fe y la edificacion de la humanidad esta solemne preparacion de Jesucristo, para dar principio á la mision augusta de luz y de gracia, de verdad, virtud y felicidad que le trajo á la tierra! ¡Con cuánta majestad no se presenta, cuando saliendo de la soledad misteriosa de un desierto, aparece delante de las turbas á enseñarlas el reino de Dios; cuando se ha hecho preceder de un personaje cuya doctrina pura, cuya vida de misterio, cuya santidad extraordinaria penetra de admiracion á las turbas! ¡Qué grande aparece la penitencia, cuando la consagra Jesus entregándose á todas sus asperidades! La tentacion, hijos mios, perdió el poder de amilanar el espíritu desde que Jesus la permitió sobre sí, y el alma entera y generosa que no ha recibido en vano la gracia de Jesucristo, pasa por las fatigas del combate con la serenidad que la inspira la suficiencia de sus armas; acecha las avenidas de sus adversarios, les combate con vigor, rinde sus esfuerzos y les hace caer á sus piés. En pues, hijos mios, dad vosotros una prueba de que no habéis recibido en vano la gracia del Señor: nunca echéis en olvido, para que no seais víctimas de una sorpresa, que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha incesante; pero tened presente asimismo, que pudiéndolo todo en Aquel que nos conforta, vuestra será la culpa si quedáis vencidos. Haced vuestro camino; pero con los ojos fijos en la eternidad: ved esas coronas inmarcesibles de gloria prometidas á los atletas que rindieren á sus adversarios; pero sabed que no ha de recibirlas, sino el que haya salido con gloria en la contienda, como dice San Pablo. El reino de los cielos padece violencia: ¿le queréis conquistar? defended pues ó recobrad la inestimable gracia de vuestro bautismo: negaos á vosotros mismos, para estrecharos con la cruz de la penitencia, y seguid las huellas de vuestro Salvador: sed fuertes con la gracia contra las terribles tentaciones; mas buscad esta fortaleza, no en el pan material que robustece nuestro cuerpo, sino en el Pan de los cielos que vigoriza el espíritu: ved con un santo desprecio los reinos y tesoros del mundo, para no cifrar vuestro amor sino en el Árbitro Supremo de los cielos y la tierra: guardad el tesoro de vuestra fe con el candor de la paloma; pero estad alerta contra el contagio de la falsa conciencia con el santo temor de Dios, esperándolo todo de su bondad, sin tentarle nunca. Este es el camino, en cuyo término veréis levantarse los muros de la ciudad eterna: andadle bien, y no tardaréis mucho en sorprenderos con inexplicable gozo en el número de sus felices moradores.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA PUBLICA DE JESUCRISTO.

Verè Filius Dei erat iste.
Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.
Matth. Cap. XXVII, v. 54.

1 Acabados los cuarenta dias que nuestro Señor Jesucristo quiso pasar en el desierto en retiro, ayuno y oracion, y vencido por Su Majestad el demonio de la manera que acabáis de ver en mi precedente instruccion, amados hijos, dió principio el Hombre Dios á esa carrera pública de predicacion, milagros y padecimientos con que realizó en toda su plenitud el plan de regeneracion y de salvacion que tenia concebido en pro de la humanidad delincuente. Sin perder un solo instante dió paso á tan gloriosa carrera; pues el evangelista nos dice que acabada la tentacion, se retiró de Jesus el diablo, y comenzó aquel Divino Maestro, movido del Espíritu Santo, su carrera, pues "retornó á "Galiléa, y corrió luego su fama por toda la comarca: enseñaba en sus sinagogas, y era "estimado y honrado de todos." Ya desde aquí siguió sin tregua ni descanso aquella carrera de luz y de santidad, aquella mision de gracia y de salud, aquel ministerio divino que unido á su Pasion y muerte, habia de mostrarle á la faz de los cielos y la tierra como el Maestro Divino y Salvador de los hombres.

2. Voi pues, hijos mios, á daros una instruccion pastoral sobre la vida pública del Mesías, no con el ánimo de profundizar con vosotros este abismo insondable de luz y de grandeza, pues tal cosa seria un verdadero imposible para mí; sino á fin de ofrecer á vuestra meditacion un punto de partida para caminar sin tropiezo por un sendero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una fuente inagotable de consecuencias; pero he dado á esta carta una latitud mayor que lo que imaginaba, y debo por lo mismo ponerla término. ¡Ved pues cuánto importaba para la gloria de Dios, la luz de la fe y la edificacion de la humanidad esta solemne preparacion de Jesucristo, para dar principio á la mision augusta de luz y de gracia, de verdad, virtud y felicidad que le trajo á la tierra! ¡Con cuánta majestad no se presenta, cuando saliendo de la soledad misteriosa de un desierto, aparece delante de las turbas á enseñarlas el reino de Dios; cuando se ha hecho preceder de un personaje cuya doctrina pura, cuya vida de misterio, cuya santidad extraordinaria penetra de admiracion á las turbas! ¡Qué grande aparece la penitencia, cuando la consagra Jesus entregándose á todas sus asperidades! La tentacion, hijos mios, perdió el poder de amilanar el espíritu desde que Jesus la permitió sobre sí, y el alma entera y generosa que no ha recibido en vano la gracia de Jesucristo, pasa por las fatigas del combate con la serenidad que la inspira la suficiencia de sus armas; acecha las avenidas de sus adversarios, les combate con vigor, rinde sus esfuerzos y les hace caer á sus piés. En pues, hijos mios, dad vosotros una prueba de que no habéis recibido en vano la gracia del Señor: nunca echéis en olvido, para que no seais víctimas de una sorpresa, que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha incesante; pero tened presente asimismo, que pudiéndolo todo en Aquel que nos conforta, vuestra será la culpa si quedáis vencidos. Haced vuestro camino; pero con los ojos fijos en la eternidad: ved esas coronas inmarcesibles de gloria prometidas á los atletas que rindieren á sus adversarios; pero sabed que no ha de recibirlas, sino el que haya salido con gloria en la contienda, como dice San Pablo. El reino de los cielos padece violencia: ¿le queréis conquistar? defended pues ó recobrad la inestimable gracia de vuestro bautismo: negaos á vosotros mismos, para estrecharos con la cruz de la penitencia, y seguid las huellas de vuestro Salvador: sed fuertes con la gracia contra las terribles tentaciones; mas buscad esta fortaleza, no en el pan material que robustece nuestro cuerpo, sino en el Pan de los cielos que vigoriza el espíritu: ved con un santo desprecio los reinos y tesoros del mundo, para no cifrar vuestro amor sino en el Árbitro Supremo de los cielos y la tierra: guardad el tesoro de vuestra fe con el candor de la paloma; pero estad alerta contra el contagio de la falsa conciencia con el santo temor de Dios, esperándolo todo de su bondad, sin tentarle nunca. Este es el camino, en cuyo término veréis levantarse los muros de la ciudad eterna: andadle bien, y no tardaréis mucho en sorprenderos con inexplicable gozo en el número de sus felices moradores.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA PUBLICA DE JESUCRISTO.

Verè Filius Dei erat iste.
Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.
Matth. Cap. XXVII, v. 54.

1 Acabados los cuarenta dias que nuestro Señor Jesucristo quiso pasar en el desierto en retiro, ayuno y oracion, y vencido por Su Majestad el demonio de la manera que acabáis de ver en mi precedente instruccion, amados hijos, dió principio el Hombre Dios á esa carrera pública de predicacion, milagros y padecimientos con que realizó en toda su plenitud el plan de regeneracion y de salvacion que tenia concebido en pro de la humanidad delincuente. Sin perder un solo instante dió paso á tan gloriosa carrera; pues el evangelista nos dice que acabada la tentacion, se retiró de Jesus el diablo, y comenzó aquel Divino Maestro, movido del Espíritu Santo, su carrera, pues "retornó á "Galiléa, y corrió luego su fama por toda la comarca: enseñaba en sus sinagogas, y era "estimado y honrado de todos." Ya desde aquí siguió sin tregua ni descanso aquella carrera de luz y de santidad, aquella mision de gracia y de salud, aquel ministerio divino que unido á su Pasion y muerte, habia de mostrarle á la faz de los cielos y la tierra como el Maestro Divino y Salvador de los hombres.

2. Voi pues, hijos mios, á daros una instruccion pastoral sobre la vida pública del Mesías, no con el ánimo de profundizar con vosotros este abismo insondable de luz y de grandeza, pues tal cosa seria un verdadero imposible para mí; sino á fin de ofrecer á vuestra meditacion un punto de partida para caminar sin tropiezo por un sendero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que debe incesantemente recorrer. La vida de nuestro Señor Jesucristo no es un asunto que pueda estar encerrado en un discurso ni en un libro: ella ocupa la mente de todos los sabios católicos que han sido la admiracion del mundo: ella es la clave de una ciencia universal y en cierto modo infinita, la base del incontrastable edificio sentado inamoviblemente sobre los apóstoles y los profetas, cuya piedra angular es Jesucristo: ella es luz infinita para la razon, fortaleza incontrastable para la voluntad, inagotable depósito de tiernos afectos y sentimientos sublimes para el corazon: ella baña con sus luces la vasta extension del universo, y ocupa la dilatada carrera de diez y nueve siglos. Un entendimiento regenerado, una ciencia definida y perfecta, una virtud encumbrada hasta el rango de la santidad, un magisterio instituido de verdad y virtud; fuentes inagotables y copiosas vertiendo sus raudales á torrentes, para comunicar á la naturaleza todas las fuerzas de la gracia; una familia modelada sobre el tipo del órden mas perfecto; una sociedad reconstituida por la mano que crió los mundos, reglada por su sabiduría, sostenida por su poder; una legislacion enteramente nueva; caractéres de un órden elevado; artes engrandecidas por concepciones casi sobrehumanas: he aquí algo de lo mucho, de lo incontable é infinito que se desprende, como de un manantial, de la vida pública de nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién abarcar pudiera este conjunto?.... Voi pues, hijos mios, como tengo dicho, no á recorrerle, sino á prevenir su estudio; no á enumerar y explicar sus pormenores admirables, sino á daros una luz, para meditarle. ¿Qué luz es esta? No la de la razon, sino la de la fe; no la del hombre, sino la de Dios. Quiero mostraros el gran principio, cuyo desarrollo práctico fué la vida de Jesucristo, y cuya carrera vastísima de aplicaciones es y será la historia de su Iglesia. ¿Qué principio es éste? Que aquel personaje, presentado á los sentidos del cuerpo como un hombre, no era solo esto, sino tambien un Dios. Apareciendo Jesucristo á la faz de los pueblos, hecho hombre y viviendo entre los hombres, como se explica el evangelista, no necesitaba ciertamente persuadirles de su Santa Humanidad; mas no mostrándose como un Dios á los sentidos, habia menester de manifestar á la inteligencia su Divinidad, para formar la fe, mostrar los caractéres de su doctrina y de su sacrificio y conseguir atraer á su reino adoradores en espíritu y en verdad. Este fué su pensamiento; y por lo mismo véis cómo, al través de los velos y apariencias humildes con que quiso aparecer en el mundo, tuvo siempre cuidado de dejar traslucir suficientemente su Divinidad, á fin de que todos, con solo meditar su doctrina, contemplar sus obras y examinar su carácter, pudiesen decir lo que el Centurion á la vista de su sagrado cuerpo y del sentimiento de la naturaleza: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios:" *Verè Filius Dei erat iste.*

3. Esta es, hijos mios, la verdad que me propongo inculcaros al presente. Una doctrina que hace resplandecer en la tierra la luz de la Divinidad: hé aquí la predicacion de Jesucristo y el objeto de la primera parte de esta instruccion: una conducta que pone de manifiesto á la vista de los hombres el poder infinito y la bondad suma de Dios: hé aquí las obras y el carácter moral de Jesucristo, sobre que me propongo hablaros en la segunda. Estadme atentos.

I.

4. El entendimiento, amados hijos, concedido al hombre para que pudiese conocer la verdad, siempre ha tendido á su objeto, y el espíritu de investigacion es tan antiguo como el mundo. Por esto vemos remontarse hasta las primeras épocas del género humano los orígenes diversos de sus conocimientos naturales, y figurar en todos tiempos con mas ó ménos brillo á los sabios y filósofos. Sin embargo de todo esto, y á pesar de la fastuosa pompa con que la antigüedad gentílica ostentaba la galería de sus sabios, de sus oradores, de sus poetas, de sus insignes artistas, el Profeta juzgaba del mundo con la mas rigurosa exactitud, cuando, refiriéndose al Mesías que estaba ya para nacer, le presentó como una luz que le habia de sacar del caos y de entre las sombras de la muerte: ¿Qué quiere decir esto, amados hijos? ¿qué los hombres no conocian absolutamente nada? ¿qué no tenian ni un rayo de luz en sus mentes? ¿qué habian perdido la vida del sentimiento? No: los hombres pensaban, pero pensaban mal; los hombres conocian, pero conocian mal; los hombres sentian, pero sentian mal. Pensaban mal, porque habian perdido el camino, como el que se extravía, que sin dejar de andar, camina sin provecho. Conocian algo, porque se hallaban en comercio con la naturaleza y tenian la facultad de discurrir; pero sus conocimientos adolecian de tres vicios, conviene á saber: del error, que unas veces sustituia del todo y otras echaba sus tinieblas sobre la verdad; de la limitacion, pues conociéndose algo tan solo, se ignoraba todo lo demas; y por último, de la esterilidad, pues todo aquel aparato de luces, toda aquella tarea de investigaciones, toda aquella pompa de palabras de nada servian á la virtud y á la felicidad. Sentian tambien, pues donde hai corazon con un espíritu que le anime, hai vida sentimental; pero aquella vida, engolfada en los sentidos, en los placeres, en la carne, léjos de ser vida, era una verdadera muerte, pues carecia de esa expansion espiritual hácia los cielos que dirige á una dichosa inmortalidad. Estaban pues, sin embargo del génio, del talento, del saber, hundidos en las tinieblas de la ignorancia é inmóviles en los abismos de la muerte: *In tenebris et in umbra mortis sedent.*

5. ¿Qué se necesitaba pues, hijos mios, en aquella época para la regeneracion intelectual y moral de todos los hombres? Tres cosas: reincorporar su pensamiento en los senderos de la sabiduría; comunicarles una verdad pura y plena, y desprender su corazon del sensualismo elevándole al órden espiritual; se necesitaba camino, verdad y vida. Ahora bien: ¿concebís un hombre capaz de cambiar por sí el camino intelectual y moral de las generaciones? ¿un hombre capaz de sustituir cuarenta siglos de errores y tinieblas con la revelacion instantánea de una verdad suma, de una verdad pura, de una verdad fecunda para el bien? ¿Concebís á un hombre capaz de desprender el corazon de la humanidad entera de todos sus hábitos, de todas sus costumbres, de sus afecciones mas íntimas y de sus objetos mas queridos? No, me diréis: no solo no concebimos á un hombre como este, pero ni aun creemos que sea posible su existencia." Y me diréis bien; porque quien tal hiciese, no podia ser solo un hombre, era necesario que fuese un Dios. Si pues de hecho se presenta un hombre en la tierra, sin riquezas, sin rango mundanal, sin conexiones con ninguno de los grandes poderes que influyen en el mundo; un hombre nacido entre las pajas de un arruinado pesebre de un meson, pasando una vida

oscura y desapercibida casi, sin viajar ni cursar escuelas, ni entablar relaciones científicas, ni incorporarse en la alta sociedad: si este hombre, apareciendo, despliega sus labios, anuncia que con escucharle y seguirle se obrará la gran maravilla de la restauracion intelectual y moral del mundo, y hará el hombre la gloriosa conquista de su eterna felicidad: si habla, y revela una doctrina desconocida, sorprendente, intachable: si cambia en efecto con su doctrina la faz intelectual y moral de la tierra: si levanta la verdad hasta el rango sublime de un reino, y la emite con poder, y la sostiene con autoridad, y la saca siempre victoriosa en todos los combates: preciso es decir á una voz, y decirlo con la fuerza de la conviccion mas profunda y el reposo de la seguridad mayor que cabe en la evidencia: "Este hombre es un Dios." Pues bien, hijos mios: ved aquí la consecuencia que la misma razon, apoyada en el mas alto criterio, deduce de la doctrina de Jesucristo, considerada en las circunstancias de su predicacion, en el conjunto de sus caractéres, en la fecundidad prodigiosa de sus efectos, en la gloriosa carrera de sus triunfos.

6. Preséntase á la faz del Universo este Maestro Divino, del Universo cubierto de las mas espesas tinieblas, ferozmente dominado por todas las pasiones, asquerosamente hundido en el inmundo fango de todos los vicios: abre sus labios, y pronuncia estas palabras perdurablemente célebres en los fastos de la sabiduría, de la virtud y la felicidad; estas palabras en que se resumen todos los designios, todos los medios y todos los resultados de la mision del Verbo Divino revestido de la naturaleza humana; estas palabras que no habia pronunciado ningun orador, y cuyas ideas no se habian presentado jamas á la mente de ningun filósofo: "Yo soi la luz del mundo: el que me sigue, no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida." Vélis aquí á Jesus como una antorcha sublime que franquea las avenidas de la verdad á todo entendimiento, como un dispensador supremo de esta verdad misma y de la felicidad que promete. Pero, queriendo ser mas explícito aún y mostrarse con toda exactitud como el triple remedio que necesitaba el hombre para reincorporar su pensamiento en la buena senda, poseer la verdad sin límite ni mezcla y vivir con la vida del espíritu, dijo en otra ocasion: "Yo soi el camino, la verdad y la vida:" *Ego sum via, veritas, et vita.* ¿Por dónde caminaba el entendimiento humano? por la senda de una naturaleza viciada. ¿Por dónde debia caminar para no perderse? por el sendero de una naturaleza regenerada por la gracia. ¿Dónde está esta naturaleza ennoblecida y regenerada por la gracia? En Jesucristo, y nada mas que en Jesucristo. Dios y Hombre verdadero, encumbró al mas sublime rango la naturaleza humana tomándola para sí, la regeneró con su espíritu, la arrancó de los abismos por donde se precipitaba, y la puso de nuevo en el camino que conduce á la felicidad. "*Nadie viene al padre sino por mí,*" decia; y como nadie es feliz sin ir al Padre, claro es que Jesus es el camino. "*Os llevaré conmigo,* decia tambien, *para que donde yo estoi, estéis tambien vosotros.*" ¿Dónde está Jesus? "*Yo estoi en el Padre,* responde él mismo, y *el Padre está en mí.*" Luego los que caminan por Jesus, estarán tambien en el Padre, serán enseñados del Divino Espíritu y adquirirán la felicidad eterna. ¡Qué palabras! ¡qué ideas! ¿Cabia en el hombre cosa igual, ni aun remotamente parecida? ¡Qué mezcla tan prodigiosa de sencillez y sublimidad! ¡Nada mas simple que

la palabra; nada mas elevado que el concepto! Jesucristo es el camino, y este camino, cuyo término es el Padre, aproxima tánto sus dos extremos, como lo están el Padre y el Hijo. Ved pues cómo Jesucristo, en el primer carácter con que se manifiesta, obliga soberanamente al hombre á reconocerle como un Dios.

7. Pero no se contenta con esto. ¿Qué objeto lleva el entendimiento en su carrera? Conocer la verdad. ¿Qué habia conocido hasta entónces? Poco, mal y estéril. Conocerlo todo, conocerlo bien, conocerlo para ser plenamente feliz, no era obra del hombre ni podia ser otra cosa que la dispensacion de un Dios. Por esto Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, se presenta, no solo como una guia segura para dirigir el entendimiento, sino como la verdad misma: "*Yo soi la verdad.*" ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los filósofos? "Buscamos la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los sabios? "Conocemos la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los controversistas? "Defendemos la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los oradores? "Persuadimos la verdad." Hasta aquí podia llegar la vanidad de la filosofía, la vanidad del saber, la vanidad del ingenio; hasta aquí podia llegar el hombre: pasar de aquí era un imposible; querer pasar de aquí hubiera sido una ridícula quimera. Abrid la historia; registrad minuciosamente todas sus páginas; consultad las tradiciones, y respondedme: ¿Quién habia dicho ántes de Jesucristo: "*Yo soi la verdad?*" Nadie. ¿Quién siquiera quiso ni pensó decirlo? Nadie. Mas Jesucristo dice sin vacilar: "*Yo soi la verdad,*" y con solo esto se revela todo un Dios. ¿Qué dijo el Señor á Moysés cuando este caudillo le preguntaba por su nombre? "*Yo soi el que soi.*" ¿Qué dijo San Agustin para definir la verdad? "*La verdad es lo que es.*" ¿Qué consecuencia infiere toda la filosofía católica de estas dos premisas? *La verdad es Dios, Dios es la verdad misma.* Luego, quien dice al hombre: "*Yo soi la verdad,*" se muestra como un Dios: Luego Jesucristo en esta segunda parte de la sinópsis de su magisterio declara que es un verdadero Dios.

8. Mas ¿qué conseguiria el hombre con solo el conocimiento de la verdad, hermanos carísimos, si absolutamente no pudiese pasar de aquí? Abandonarse á la desesperacion de ser feliz; porque la verdad le manifestaria la residencia y los caractéres del bien, y su parálisis moral le haria sentir la pena consiguiente á la evidencia de su incapacidad para poseerle. Ved aquí por qué Jesucristo, no satisfecho con mostrarse al hombre como la verdad misma, se le presenta como la vida plena, perfecta, única: "*Yo soi la vida.* ¿Cuál era el bien mas precioso que buscaba el hombre? La vida. ¿Qué vida consegula? La del error, la de las pasiones, la de los placeres, la de los sentidos: una vida circunscrita en límites pequeños, una vida que pasa como sombra y que no deja sino confusos recuerdos en el sepulcro. ¿Podia contentar esta vida las nobles aspiraciones de una alma poseedora de la verdad? No: era necesaria otra vida, que no estuviese ni circunscrita por el espacio ni medida por el tiempo; una vida de goces inefables y puros, de expansion inmensa, de perdurable ventura; una vida en el Autor de la vida, una vida en Dios. Pues bien: si fuera de Dios no es posible adquirir una vida tal, ¿qué dirémos de aquel que deja escapar de sus labios estas palabras de ventura: "*Yo soi la vida!*" Que no es un hombre, sino un Dios. ¿Por qué? Porque el hom-

bre ama la vida, quiere la vida, procura conservar la vida, teme perder la vida; pero no es la vida misma: ama, procura conservar y teme perder una cosa que no es él mismo: solo el que existe por la necesidad de su naturaleza, solo el Eterno es la vida. Ved pues, rectamente inferida del tercer aspecto bajo que se presenta el Mesías, su Divinidad esencial.

9. Mas no nos detengamos aquí; pues pasando Jesus á predicar su doctrina, despide una luz infinita y eterna por cada una de sus palabras. Ora fije los caractéres de sus escogidos trazando el sendero de la felicidad, ora determine las cualidades propias de aquellos que habian de evangelizar al mundo con la autoridad de su palabra, ora explique su Ley y dé reglas prácticas á la conducta moral, donde quiera da pruebas irrecusables de que es el camino, la verdad y la vida, de que es un verdadero Dios. Sube á la montaña para explicar los títulos únicos de bienaventuranza, es decir: las condiciones indispensables para la vida eterna, y hace al mundo una verdadera revelacion, mostrándole que la felicidad y la gloria se hallaban en el opuesto rumbo que las habian señalado sus sabios y sus filósofos. Hasta entónces las riquezas habian pasado con tal aparato de grandeza y con tanto brillo, que para señalar á un ser infeliz, bastaba decir: "este es un pobre;" el orgullo habia ganado tanto terreno en el teatro del mundo, que los mansos y humildes eran como el desecho suyo: las lágrimas de la tribulacion repelian tánto, que ni aun la muerte se escapó de llevar un disfraz de mentira en las flores y perfumes con que se tenia cuidado de engalanar la tumba: la venganza pasaba por una virtud, decidia los combates, y mas de una vez habia inspirado á los poetas: las galas espléndidas que cubrian el cuerpo, parecian destinadas á sustraer de la vista de los otros toda la gangrena del corazon: la paz de la conciencia era una cosa desconocida, y las terribles persecuciones, cebándose en sus víctimas, las presentaban ó á la curiosidad ó á la indiferencia como un objeto desgraciado. Tales eran las ideas del mundo, tales las prácticas dominantes, cuando Jesucristo, subiendo al monte para enseñar su doctrina, y queriendo dar las señas mas eficaces para conocer y distinguir con toda seguridad entre todos los hombres á los herederos de su reino y verdaderos felices, redujo el número de ellos á los pobres de espíritu, á los mansos, á los que lloran de atribulados, á los que han hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los de corazon limpio, á los que disfrutan la paz interior, y finalmente, á los que padecen persecucion por la justicia.

10. Una doctrina de esta clase, chocando de frente con todos los elementos intelectuales y morales, con todas las ideas, costumbres, hábitos y propensiones del mundo, no podia establecerse sino forzando todas las posiciones del demonio en una lucha de siglos. Esta doctrina quedaria establecida como una institucion, seria enseñada por un ministerio; mas la institucion y el ministerio tendrian que resistir el furioso embate de la ignorancia, del error y de las pasiones. Jesucristo atraviesa con su vista el tenebroso porvenir; mira la serie de tribulaciones que se esperan á cuantos han de creer en él y predicar en su Nombre; y á fin de fortalecerles para que no sucumban en tan tremendas batallas, se las anuncia, no como un retrasente de temor, sino como un estímulo noble de esperanza y un título de gloria. "Dichosos seréis, dice, cuando los hombres por mi

"causa os maldijeren, y os persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de mal contra "vosotros. Alegráos *entónces* y regocijáos, porque es mui grande la recompensa que os "aguarda en los cielos." ¡Qué prevision! ¡qué promesa! ¡qué arte tan sublime de anticipar con la seguridad del triunfo el heroísmo del combate! Haráse la guerra en todo sentido á los discípulos del Redentor: guerra de tentacion con insidiosas preguntas; guerra de seduccion; guerra de sangre y esterminio: mas esta lucha está prevenida con una promesa de irresistible sabiduría, que habia de confundir en las córtes la presuntuosa razon de los grandes; con un poder de abnegacion que dominaria el de la necesidad y despreciaria toda la magnificencia y los mentidos placeres del siglo; y con una fortaleza sublime, que desde los quicios de la eternidad se reiria de la muerte. Ved, si no, cómo prepara Jesucristo á sus discípulos para triunfar con gloria en esta triple guerra. ¿Se trata de aquella que les tentaria con insidiosos discursos? Pues para ella les asegura con la promesa de respuestas decisivas y triunfantes que dará el Espíritu Santo por sus labios. "Cuando estéis ante los reyes y magistrados, les decia, no os "echéis á pensar lo que habéis de decir y el modo con que os habéis de expresar; "pues en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar, no siendo vosotros quien "hablaréis, sino el Espíritu Santo que hablará en vosotros." ¿Se espera la guerra de seduccion, que tienta las necesidades del tiempo con las magníficas promesas del mundo? Jesucristo se anticipa, mostrando á los suyos que el reino de Dios debe ser el primer objeto de su solicitud, y prometiendo como por añadidura los bienes de la tierra. No os acongojéis, les dice, por el cuidado de hallar que comer, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¡Qué ¿no vale mas la vida, *ó el alma*, que el alimento, y el cuerpo que el vestido?" Y para que no entendiésemos que de esta suerte quedaban reducidos á la mas absoluta privacion aquellos que se dedicaban todos al divino servicio, les asegura con la tierna solicitud de aquella Providencia que, no descuidándose ni de las aves del cielo, atenderia con mayor cuidado á la mas perfecta de sus criaturas: "Mirad las aves del cielo, decia, cómo no siembran, ni riegan, ni tienen gra"neros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más en "comparacion que ellas!" ¿Quién al sentir este golpe reflejo hácia el Criador no descansa en las promesas de Jesucristo? Sin embargo, este divino Maestro descarga el último golpe sobre todo el esplendor y magnificencia del mundo, con ocasion del vestido, haciendo á sus discípulos una cita inefablemente bella, borrando con las gracias vírgenes de la naturaleza todos los falsos brillos de las artes: "Contemplad, les dice, los li"rios del campo cómo crecen y florecen; ellos no labran, ni tampoco hilan. Sin embar"go, yo os digo, que ni Salomon en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor "como uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo, que hoi es y mañana se echa "en el horno, Dios así la viste; ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe?" De una doctrina tan verdadera, de una demostracion tan estrictamente lógica, de un toque tan sublime á la fe, párte Jesucristo para inculcar á sus discípulos la preferente solicitud en buscar el reino de Dios, y desarma con todo esto el poder de la necesidad y el de la seduccion con todos los bienes de la tierra: "Buscad primero el reino de Dios y su "justicia, les dice, y todas las demas cosas se os darán por añadidura."

11. ¿Vé por último venir hácia los suyos amenazante y furiosa esa *guerra de terror y exterminio*, que se levantará para raer de la superficie de la tierra á todos los adoradores de la Cruz? Pronto irá él delante con la suya, trasformando la muerte en vida, y haciendo salir de las tinieblas del sepulcro los esplendores de su eternidad: "No temáis, dice á sus discípulos, "no temáis á aquellos que matan el cuerpo; porque no son capa-"ces de dar muerte al espíritu. Antes bien, temed á aquel que puede precipitar el cuer-"po y alma en los infiernos:" *Nolite timere eos qui occidunt corpus; animam autem non possunt occidere. Sed magis timete eum, qui et corpus et animam potest perdere in gehennam.* Dijo, dió el primer ejemplo espirando sobre la cruz en el Calvario, y confirmó su promesa de inmortalidad, resucitando glorioso y subiendo á colocarse á la diestra de su Padre. ¡Leccion sublime y fecunda, que seria repetida por tres siglos de sangre con el ejemplo de los gloriosos confesores del cristianismo!

12. Ved pues cómo Jesucristo, fortaleciendo á los suyos y afirmando desde el punto de partida los pasos de sus apóstoles y discípulos, confunde al mundo, que arrojara sobre ellos la oscuridad del desprecio, trasformándoles en esplendores divinos que derraman la sabiduría por todo el Universo, en tutelares permanentes de la virtud con los mas ilustres ejemplos. De esta suerte Jesucristo hace resplandecer su divinidad al fijar y hacer existir los caractéres de sus ministros, llamándoles "*Sal de la tierra*," para darnos á entender su magisterio moral; y "*Luz del mundo*," para consagrar con su promesa la autoridad de su palabra.

13. Si de aquí pasamos, hijos mios, á la doctrina de la Ley, no podemos ménos de confesar como un Dios al que se muestra venido para darla toda su plenitud, y enderezar á su cumplimiento los pasos de toda la humanidad. En cuanto á lo primero, nos dice: "No penséis que yo he venido á destruir la doctrina de la Ley ni de los Profetas: "no he venido á destruirla, sino á darla su cumplimiento." En cuanto á lo segundo, pronuncia estas palabras, que son una sentencia anticipada: "El que violare uno de estos "mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare á los hombres á hacer lo mis-"mo, será tenido por el mas pequeño, *esto es, por nulo*, en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos." Esto es bastante expreso, hijos mios; pero el Divino Maestro va mas delante con su prevision y con su celo; quiere hablar en términos bastantes para dar á entender hasta qué punto se habia encumbrado la Ley divina bajo su magisterio, y cuál debia ser la excelencia del carácter moral de sus discípulos sobre los que entónces pasaban por mejores bajo el régimen de la Ley antigua. He aquí sus palabras: "Yo os digo que si vuestra justicia no es mas llena que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

14. Conforme á estos principios traza divinamente la pauta del hombre segun el Evangelio, y extiende las ligaduras de la Ley hasta lo mas íntimo del alma: el sentimiento interior, el pensamiento mismo quedan sujetos á la ley de la santidad: es necesario para cumplirla servir á Dios exclusivamente, porque "ninguno puede servir á dos señores;" respetar de tal suerte su Santo Nombre, que sin un motivo justísimo, no fuese lícito jurar; no quedar satisfecho con abstenerse de matar ó herir, sino arrojar el odio del corazon, la censura de los lábios, preparar la ofrenda, para no verla desechada, con la reconciliacion fraternal; presentar la mejilla izquierda al que hiere la derecha, y otorgar al prójimo, aun siendo enemigo, los derechos del amor. La honestidad, asegurada por la ley que prohibe el adulterio, subirá bajo la Ley de Cristo hasta el rango de una sublime pureza: pondrá el hombre prisiones á sus ojos para no contaminar su alma ni con la mas leve mirada, y arrojará fuera de su pensamiento cuanto sea capaz de empañar el esplendor de tan preciosa virtud. Será el hombre, para seguir su espíritu, no solo benéfico, sino caritativo; esto es: benéfico únicamente por Dios y para Dios: no verá su mano izquierda lo que hace su derecha, pues basta la presencia del Padre celestial. La devocion, la piedad y todas aquellas manifestaciones del espíritu á Dios no serán atractivos de vanidad para el concepto del mundo, sino tesoros guardados en el retiro, flores cultivadas en el desierto. Hablará el hombre con su Dios; pero con tal mesura y suficiencia tanta, que con solo seguir el modelo de oracion que le dejó el Divino Maestro, apartará de sí con su plegaria todos los males, y atraerá con su fervoroso ruego todos los bienes.

15. Ved pues, amados hijos, cómo resplandece aquí toda la sabiduría de un Dios, y cómo Jesucristo con solo mostrarse á los hombres camino, verdad y vida, con solo desplegar sus lábios para enseñar los caractéres de su reino, profetizar las tribulaciones de sus ministros, asegurar á estos y á cuantos creerian en su Nombre contra todo linaje de tribulaciones, hacer ver sus designios acerca de la Ley divina, y trazar las reglas de la conducta moral, se mostró un verdadero Dios. Su verdad vence á la naturaleza por las misteriosas revelaciones que contiene; muestra su orígen divino por lo infinito de su comprension y la pureza de su ser; pues comprende á Dios y al hombre con todas sus relaciones, y no tiene ni falta que la trunque, ni sombra que la eclipse, ni error que la confunda: tocando con sus extremos á lo mas elevado y á lo mas humilde en las regiones del espíritu, conduce los misterios hasta las humildes chozas, y se hace escuchar de todos los hombres: destinada principalmente á producir el sumo bien, se trasforma en camino bajo la prescripcion de la Ley eterna, y se brinda como felicidad en la dispensacion de la gloria. Véis pues la Divinidad de Jesucristo probada por una doctrina que revela la sabiduría de un Dios. Pasemos á verla demostrada igualmente por su conducta misma, donde admiramos igualmente el poder y la bondad de un Dios.

II.

16. Aunque esta doctrina del Mesías, hermanos carísimos, reune tales caractéres de plenitud, santidad y grandeza, que no siendo capaz de inventarla un hombre ni todos los hombres juntos, basta por sí, como acabáis de ver, para dejar plenísimamente comprobada la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo; no quiso, sin embargo, este Divino Maestro reducirse á enseñar con la palabra para formar la fe, sino que á la autoridad soberana de sus discursos quiso añadir el irresistible poder de sus obras. Jesus habia dicho á sus discípulos, y en ellos al mundo cosas tan estupendas, que dejaban á todos en una profunda suspension. Identificábase con su Padre mismo, diciendo: "Quien "me ve á mí, ve al que me envió:" presentábase como la luz eterna que habia de inundar el alma, entrando á ella por la puerta de la fe: mostrábase órgano del Eterno Pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre en su predicacion, diciendo: "El mismo me ordenó lo que debo decir y cómo he de hablar:" aplazaba su muerte para un tiempo, anunciando su resurreccion en seguida, y daba una solemne cita á la humanidad entera para su segunda venida en gloria y majestad á juzgar á todos los hombres: brindaba con los arcanos de su sabiduría infinita á los sencillos y pequeños, arrebatando al mismo tiempo tan esplendente luz de la vanidosa mente de los sabios y prudentes del siglo: levanta sobre la universal abnegacion el edificio de la virtud, y señala, con las espinas de su corona, los trabajos de su Cruz y la santidad de su Ley, el camino de la gloria: no quiere que nos atraiga el mundo, ni nos intimide la muerte, ni nos abata la adversidad, ni nos enconé la persecucion y saña de nuestros enemigos: trasforma en emblemas de gloria la pobreza, el hambre, la tribulacion, el desprecio del mundo, y en fuerza lo que él llama debilidad: acepta como título para el cielo lo que la vanidad del siglo odia ó desprecia: cambia en suma todo el cuadro moral de la humanidad sin otro elemento que su palabra. La empresa, hijos mios, era, no diré ardua, grande, colosal; porque estas palabras están ya mui gastadas por la admiracion que arrastran esos hombres que el mundo llama célebres: la empresa era divina; y si para darla á conocer, se necesitaba toda la sabiduría de un Dios; para llevarla á cabo, era indispensable una manifestacion constante de su poder y una intervencion directa de su gracia. El hombre de Cristo habia de enseñorearse del mundo por la fe, segun la bella observacion de Juan á sus discípulos, y esta fe necesitaba, no solamente la luz de una sabiduría divina, sino tambien la fuerza de un poder infinito, el tipo de una bondad suma. Por esto Jesus, despues de explicar á sus discípulos misterios tan estupendos, máximas tan divinas y preceptos tan severos, exige la fe, que habia de ser la base de nuestra conducta moral, no solamente con la autoridad de una palabra que atribuye al Padre, sino tambien con la admirable prueba de sus obras y la promesa de comunicar á cuantos hubiesen de creer en él, un poder semejante para practicar estas obras divinas. "¿Cómo no creéis, les decia, "que yo estoi en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo á lo ménos "por las obras que yo hago. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese hará tambien las obras que yo hago, y las hará todavía mayores." (Joann. XIV, 11 y 12.)

17. Consecuente con esta manifestacion, Jesucristo confirmó su doctrina con sus obras, obrando milagros que á cada paso admiraban y hacian estremecer de terror á las turbas, y mostrando un carácter moral tan puro, tan tierno, tan elevado, tan sencillo y tan sublime al mismo tiempo, que cuando no hubiese intervenido mas prueba, él solo habria bastado para reconocer en Jesucristo la santidad infinita, la bondad esencial de todo un Dios.

18. Os he hablado, hijos mios, en la segunda parte de mi última instruccion preliminar sobre los milagros de Jesucristo, considerados como otras tantas pruebas incontrastables y magníficas de su poder divino: no les mencionaré pues ahora, sino para darles una aplicacion mas bella todavía; para considerarlos como reflejos augustos de su bondad infinita y prendas anticipadas de su amor á nuestro corazon, á fin de sostener nuestra esperanza. No separaré, pues, el conjunto de los milagros de los rasgos de su

carácter y las manifestaciones de su amor: voi á presentaros á Jesucristo bajo un aspecto moral, atrayendo el amor del hombre con el suyo, mandando á la naturaleza para favorecer á sus hijos, practicando las virtudes para formar las nuestras, dilatando su corazon para ennoblecer y consagrar los sentimientos mas tiernos y las conexiones mas gratas de la naturaleza.

19. Le habéis visto darnos el tipo de la mas perfecta piedad en la fidelidad con que atiende al servicio de su Eterno Padre, mostrarse órgano suyo en la verdad que anuncia para consagrar la fe, asegurarnos que este Padre lleno de bondad acogerá propicio las súplicas humildes que le dirigiéremos en su Nombre, fijando así los caractéres propios, y dando las garantías de la esperanza. Le habéis visto negarse de tal suerte á sí mismo, estrecharse con tal intimidad con las fatigas, congojas y tribulaciones de la vida, someter de un modo tan absoluto su voluntad á la del Padre, que nos dejó con solo esto el tipo mas perfecto de la caridad. Mas no satisfecho con practicar esta divina virtud en el primero de sus objetos, que es el mismo Dios, tuvo particular empeño en hacer palpable de continuo el tierno amor que profesaba á los hombres.

20. Vedle, hijos mios, en la carrera de sus relaciones con ellos durante el curso de tres años: observad la fidelidad con que cumple los mismos deberes que nos impone, la ternura con que consagra las mas tiernas conexiones de la naturaleza, la compasion con que mira y la solicitud con que atiende á los trabajos y las necesidades del hombre, el celo con que santifica la vida doméstica, y la sabiduría con que instituye, regla y sostiene todo el órden social. No hai institucion, no hai estado, no hai vínculo, no hai sentimiento legítimo, no hai prestacion benéfica, que no tenga un tipo acabado en Jesucristo. Asiste con su Madre á las bodas de Caná, obra el milagro de convertir el agua en vino para abastecer el festin, y con solo esto nos da el ejemplo de la urbanidad santificada por la religion, consagra la dignidad del matrimonio, y permite, dentro de los límites de la moral, las manifestaciones de un inocente regocijo. Sana en Capharnaum milagrosamente al hijo de un señor principal, y con este prodigio, que obra para consolar las penas de un padre, se muestra como el tipo de la paternidad doméstica. Arroja del hombre los espíritus malignos que le poseen, liberta de la fiebre á la suegra de Pedro, del naufragio á los que bogan en el mar tempestuoso: restituye la accion corporal y el movimiento á los paralíticos: en fin, cura toda clase de enfermedades, consuela todo linaje de miserias, enjuga con su poder todas las lágrimas, y se muestra de esta suerte, no solo el bienhechor, sino el amigo por excelencia de todos los hombres. Detiénese consternado á la vista de esa Jerusalem ingrata y ciega, que mui pronto va á desaparecer bajo los reiterados y terribles golpes de un sitio destructor que no dejará de la reina de las ciudades piedra sobre piedra: contempla con su corazon aquella especie de agonía, que mui pronto seria seguida de la muerte: sus lágrimas anublan sus ojos, riegan sus mejillas, caen sobre aquella tierra querida y descreida: llora sin consuelo, y este llanto le presenta como el modelo mas perfecto del amor á la patria. Recibe con pena la noticia del fallecimiento de su amigo Lázaro: corre á su sepulcro, llora, le llama, y vuelve á la vida: ved aquí toda la solicitud y ternura de la amistad mas perfecta: ved estas lágrimas que caen sobre un sepulcro, seguidas de esa voz

que resucita á un muerto, presentar un conjunto tan tierno y sublime á un tiempo mismo, tan natural y misterioso por otra parte, que si puede sentirse, no es capaz de explicarse. Vedle con los niños: ¡qué cuadro! ¡qué carácter tan grande, tan bello, tan único en la historia del corazon! La inocencia de la infancia recibe con los cariños de Cristo las primicias de la felicidad. Atiende á estos pequeñuelos, apartando sus miradas del numeroso concurso; reprende á sus discípulos, porque quieren impedirles el llegar á sus brazos; corona esta bella manifestacion de Dios al carácter mas bello que forma la gracia, diciendo que aquellos chiquillos se parecen á los ángeles del cielo y han de ver el rostro de su Padre celestial, y concluye declarando, para la enseñanza de todos los hombres, que no entrará en su reino el que no aparezca como uno de estos niños en su presencia.

21. Ha dicho que los pobres de espíritu son dueños del reino de los cielos, y por esto, siendo el dueño de toda la tierra en su plenitud, como predice el Profeta, nace en un pesebre, vive en la pobreza, muere en una cruz. Ha ofrecido coronar con el mismo goce á los mansos; y él se muestra como la oveja misma bajo el cuchillo del matador, sin resistirse y sin quejarse: sufre con paciencia el embate de las pasiones de sus enemigos, y no tiene para ellos sino palabras de paz. Ofrece los consuelos eternos de una venturosa inmortalidad á las lágrimas del justo atribulado; pero no contento con decirlo, llora primero que todos, llora por todos, llora con todos, para consagrar y ennoblecer las lágrimas de la humanidad. Brinda con las coronas de su reino á los hambrientos y sedientos de la justicia; pero es el primero que tiene hambre y sed: hambre en el desierto para practicar las mas heróicas virtudes: hambre en el pozo de Samaría por consagrarse á la salvacion de una pecadora: sed en la Cruz, de satisfacer á su Padre y multiplicar el número de los dichosos en la tierra. Promete recompensar con la misericordia del cielo la misericordia de la tierra, para destruir en ésta el funesto imperio del odio y la venganza; pero es el primero en dar á tan sublime virtud un modelo verdaderamente divino: Malco golpea con mano sacrílega su divina mejilla á tiempo de aprehenderle; mas Jesus, pegándole milagrosamente la oreja que Pedro irritado le hizo caer con su espada, curó al mismo tiempo dos heridas: la de su enemigo, retribuyéndole con una sanidad milagrosa su sacrílego ultraje, y la de la humanidad dominada por el espíritu de ira y de venganza, enderezando sus caminos á la práctica de la misericordia. Llama bienaventurados á los limpios de corazon, á tiempo mismo que el suyo, trasparentándose, digámoslo así, á la vista de la humanidad con su eterna pureza, reflejaba por todas partes el esplendor vivo de su Padre. Llama bienaventurados á los pacíficos; pero á tiempo de nacer hace anunciar por los ángeles la paz del espíritu á los hombres, vuelve una palabra de paz al pérfido Júdas, y una tranquila mirada al extraviado Pedro, brinda con la paz á sus discípulos ántes de marchar á la muerte, y vuelve saludarles con ella despues de su resurreccion gloriosa. Declara inscritos en el registro eterno de los escogidos y poseedores de su reino á los que padecen persecucion por la justicia; y él vive como el blanco del escarnio, es el hombre del dolor, escucha una sentencia de iniquidad, porta sobre sus hombros el instrumento de su suplicio, y en él espira sobre las cumbres del Gólgota.

22. De esta suerte vemos á Jesus presentar en sí la realidad sublime de todas las virtudes, mostrarse como el tipo de la piedad en las relaciones con su Padre; santificar todas las conexiones de la naturaleza; presentarse como el modelo de la amistad y el hermano de los hombres. Pero no es esto todo; pronuncia una palabra con la cual erige sobre la tierra el reino temporal y el reino eterno, constituye la Iglesia y el Estado, tira la línea que divide á entrambas sociedades, y consagra los respectivos deberes. "Dad "al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios:" palabra suprema, que es la primera ley de toda sociedad; palabra fuerte, que obra su institucion; palabra sábia, que dirige su marcha, palabra fecunda, que se desarrolla sobre ambas legislaciones; palabra eterna, que fijará despues de la vida las consecuencias prácticas de la ley que ha impuesto á los hombres como miembros de la Iglesia y súbditos del Estado. Pero Jesus, no solo instituye, sino tambien practica, mostrándose como un dechado perfecto del ciudadano en sus relaciones con el poder público de la sociedad civil. En presencia del injusto Pilato reconoce la procedencia divina de su poder, diciéndole: "no tendrias poder "ninguno sobre mí, si de lo alto no se te hubiese otorgado;" mas le declara responsable, y anticipa su fallo, añadiendo: "El que me ha entregado á tí, ha cometido un pecado "mas grande que tú." Quiere que los reyes obren como ministros, y no como árbitros del pueblo; y para cerrar al orgullo todos los caminos, lava en el Cenáculo los piés de sus discípulos, y les sirve por sí mismo despues de haber sido anunciado como rei por los profetas, proclamado como Señor por los ángeles, servido como rei y adorado como Dios por los Magos.

23. Pero donde Jesus pareció esmerarse mas particularmente, mostrarse mas solícito y darse á conocer con caractéres mas claros y palpables como el modelo de todas las virtudes, fué, hijos mios, en su conducta para con los pecadores. El mundo estaba enfermo de muerte; Jesus viene á curarle y procede, mas que con el poder de la ciencia, con la eficacia del corazon. Pescador divino de las almas, tiende sus redes por donde abundan los peces, es decir: anda preferentemente solicitando á los pecadores: toda su moral es de misericordia. Vedle con el paralítico: le anticipa el perdon de sus pecados, y reserva la curacion de su enfermedad para responder con este prodigio al escándalo hipócrita de los fariseos en vista del primero. Acepta un convite que le da Mateo en accion de gracias, al cual asisten muchos publicanos y pecadores, y no contento con este paso de tanta eficacia para convertirles, alienta su esperanza confundiendo con una respuesta de misericordia el falso celo de los escribas y fariseos, que le murmuraban en presencia de sus discípulos al verle comer y beber con los publicanos y pecadores. "Los "sanos, les dijo, no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos: misericor- "dia quiero y no sacrificio; porque no he venido á llamar justos, sino pecadores." ¡Qué moral tan dulce! ¡qué ternura tan grande para con los infelices que gimen bajo la esclavitud de la culpa! ¡qué atractivo tan irresistible para el arrepentimiento!

24. Una mujer del pueblo, que con su mal vivir habia adquirido cierta funesta celebridad, movida tal vez por aquel corazon tan tierno, por aquella misericordia magnífica, y en cierto modo pródiga, siente un impulso que la saca de la inmunda y tenebrosa region en que yace: vuela en pos de Jesus, á quien encuentra comiendo con Simon

el leproso, á quien habia curado: entra, se arroja á sus piés, los riega con sus lágrimas, los besa una y muchas veces, los unge con un precioso ungüento, que lleva en un vaso de alabastro: Jesus en tanto deja que aquel corazon contrito se desahogue á sus piés; mas el fariseo que le habia convidado, léjos de moverse con aquel espectáculo, se apoya en él para negarle á Jesucristo en lo interior de su pensamiento el carácter de profeta. "Si este hombre fuera profeta, decia para sí, sabria muí bien quién y cuál es la "mujer que le toca." Jesus entónces, que les con el ojo de su Divinidad aquel pensamiento, cuenta una parabola para significar la maravillosa trasformacion que acababa de recibir bajo el influjo de su gracia aquella célebre pecadora. "Perdonados le son sus "muchos pecados, dijo dirigiéndose á Pedro, porque amó mucho;" y luego convirtiéndose á la mujer, la despide anunciándola su perfecta justificacion: "Perdonados te son "tus pecados."

25. ¿Qué os diré, hijos mios, de la Cananéa? En este cuadro halla la fe un torrente de luz, la caridad un tipo divino, la esperanza una prenda de seguridad. En su conducta con esta mujer quiso sin duda enseñarnos que aun en aquellos lances en que parece sordo á nuestros ruegos, no nos pierde de vista, y si difiere la concesion de sus gracias, es para dar márgen á la incesante solicitud y santa importunidad del arrepentimiento. Pedíale aquella mujer llena de fe, que arrojase de su hija al demonio; y como el Señor la hubiese respondido que "no es bien tomar el pan de los hijos y echar"lo á los perros," por ser ella gentil, su esperanza léjos de intimidarse con esta repulsa, se anima con una humildad sublime, y aceptando el despresivo apodo, replica. "Los "cachorritos comen las migajas del pan de los hijos que caen de la mesa de sus señores." ¡Dialecto feliz de la esperanza mas bien formada! tú arrancarás de aquel corazon, abierto á la fe y á la humanidad, el bien que solicitas! ¡"Oh mujer, exclama Jesus, "movido por aquella instancia, grande es tu fe! Por esto que has dicho, ve, que el de"monio ha salido de tu hija."

26. ¡Cuál resplandecen su sabiduría y su misericordia en el juicio de la mujer adúltera, que con astucia insidiosa le presentaban los fariseos para tentar su fidelidad y su consecuencia! Como la ley de Moysés disponia que las desgraciadas víctimas de este pecado fuesen apedreadas, y ellos por otra parte veian la inclinacion de Jesucristo á la misericordia, le preguntan, dándole el título de Maestro, sobre lo que harian con aquella mujer. ¿Respondia Jesus que la dejasen? Esto les habria dado motivo para argüirle de prevaricador, pues acusaba la infraccion de la Ley. ¿Respondia, empero, que cumpliesen con lo mandado? Esto les habria servido de apoyo para tacharle de inconsecuente y poner en contradiccion con su conducta, toda misericordia, tan riguroso juicio. Jesus entónces condena con su silencio esas ridículas tentativas, inclinándose al suelo y haciendo como que escribe; pero como ellos insistiesen, les dió una respuesta propia de un Dios, una respuesta de juicio y misericordia: "El que entre vosotros, les dice, es"té sin pecado, tire la piedra contra ella el primero." Dijo y se inclinó de nuevo, y continuó escribiendo en el suelo. Detiénese un poco en aquella actitud misteriosa; levanta su frente, y ya no ve allí, sino á la desgraciada mujer. Todos habian huido sorprendidos en los secretos de su iniquidad por la divina mirada de Jesus: entónces este

buen padre, convirtiéndose á la desgraciada, la dice: "Mujer, ¿en dónde están los que te "acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella," y entónces Je"sus le dijo: "Ni yo tampoco te condenaré. Véte y no peques ya mas."

27. Estos hechos palpitantes, estas manifestaciones públicas y solemnes, estas pruebas prácticas y espléndidas de su misericordia podrian bastar á sus intentos; pero el amor, hijos mios, no sabe acabar. Su solicitud sorprende con invenciones prodigiosas: aquel médico de las almas teme todavía no haber hecho lo bastante para dominar con la esperanza el corazon de los pecadores: cree, y con harta razon, que todavía no se le ha comprendido, que todavía no se ha sondeado la profundidad de su misericordia: quiere mostrar hasta dónde llega su solicitud por los pecadores, y en tres parábolas que propone, abre par en par, digámoslo así, ante la delincuente humanidad las puertas de su corazon.

28. Preséntase en la primera bajo la imágen tiernísima de un hombre que tiene cien ovejas, pierde una, y va en busca de ella, dejando las noventa y nueve; y cuando la encuentra, la pone gozoso sobre sus hombros, y al llegar á su casa, convoca á sus amigos y vecinos, pidiéndoles el parabien por aquel feliz hallazgo. En la segunda simboliza su solicitud por convertir á los pecadores con la de una mujer, que habiendo perdido una de diez dracmas que poseia, enciende el candil, y barre la casa, y la busca con cuidado hasta encontrarla; y cuando lo ha conseguido, junta á las amigas y vecinas para pedirlas el parabien. La última es la del Hijo pródigo, que despues de abandonar á su padre, partirse á regiones lejanas, disipar en todo linaje de vicios el rico patrimonio hasta caer en la mas horrible mendicidad, entrar al servicio de un tirano que le ocupa en pacer animales inmundos, y abismarse á tal degradacion que aun llega á envidiar á estos brutos las vellotas que comen; vuelve sobre sí, piensa en su padre, recuerda su amor y suspira por los bienes que disfrutan en su casa hasta sus criados. Resuelve volver á su presencia: se levanta, corre, vuela, traspone los montes, salva las llanuras, columbra el querido asilo donde vió la primera luz, se acelera mas con su corazon que con sus pasos, y al postrarse ante el hogar paterno, se encuentra en los brazos y bañado con las lágrimas de júbilo del venerable autor de sus dias: quiere hablar, quiere desarmar su justicia con una plegaria de arrepentimiento, queda pendiente de los labios de su padre; y cuando espera una voz de perdon, escucha una espansion de júbilo, una invitacion de placer, el anuncio de un rico banquete; sorpréndese de nuevo engalanado con preciosos vestidos, recibe sobre su cuello la estola de honor y porta en su dedo la bella sortija: un paso mas, y se cruzan por todo aquel recinto doméstico los dulces ecos de una música melodiosa.... El anciano rebosa de placer: tiene á la vista, no un hijo ingrato y desleal, sino una mitad querida de su corazon que ha recobrado: aquella aparicion es un segundo nacimiento, y no parece sino que acaba de recibir del Autor de la naturaleza el primer fruto de la union conyugal. Si aquel hijo, feliz en su perdon, tocó á la puerta de su casa con un contrito pequé, no se pronunciará ya mas esta palabra: desaparecieron las tristes memorias, y solo queda la fruicion de una plena felicidad.

29. ¡Ved, hijos mios, de qué artificios tan delicados quiso valerse Jesucristo para ex-

plicar la sed que tenia de salvar á los hombres! ¡Con qué imágenes tan tiernas y atractivas quiso poner á nuestra vista toda la intensidad de su amor! La parábola de la dracma le sirve como para pintar lo mucho que valemos á sus divinos ojos, pues que versa sobre una moneda perdida: la parábola del Buen Pastor muestra su solicitud por buscarnos, encontrarnos y volvernos por sí mismo á su gracia: la parábola del Hijo pródigo parece tender á manifestar que somos la vida de su vida, y una especie de necesidad para su amor. La primera manifiesta los estímulos que su entendimiento pone á su clemencia infinita: la segunda la actividad inefable de esta misma clemencia, que no satisfecha con su disposicion para perdonar, se adelanta, digámoslo así, hasta el extremo de perseguirnos con la gracia y obligarnos en cierto modo á recibirla: la tercera pone de bulto la generosidad sublime de su misericordia; pues todo lo olvida en materia de pecado, para consagrarse á los dulces placeres de la conversion del pecador. En estas bellas imágenes parece reflejarse todo el carácter de Jesucristo: dulzura, benevolencia, amor; y este carácter, que sostuvo siempre inalterable y realzaba de continuo con tantos prodigios de bondad y misericordia, le acompañó, bien lo sabéis, hasta los últimos instantes de su vida. Abre sus lábios por la última vez ántes de espirar, y es para santificar con el suyo el desamparo de sus hijos, manifestar su sed insaciable de nuestra conversion y felicidad, dar á nuestras esperanzas las bellas primicias de su sacrificio franqueando las puertas del Paraiso á un ladron arrepentido, dejarnos en herencia bajo la representacion del discípulo amado á su tierna y querida Madre, y clamar á su Padre por un perdon general para todos sus enemigos.

39. Seria necesario, hijos mios, no acabar nunca, si quisiese repasar con la mente y el corazon la historia divina del Salvador del mundo. ¿Quién es capaz de sondear siquiera uno solo de los numerosos pasajes que contiene? Si se trata de su doctrina, podria señalaros yo la ilustre galería de los ingenios que ha fecundado ella, los monumentos de la ciencia cristiana colocados en las bibliotecas del mundo, los diez y ocho siglos de la civilizacion moderna, lo que hai de mas noble entre los caractéres sociales, de mas firme en las instituciones políticas, de mas sabio en las legislaciones de los pueblos; y deciros: ¿véis? todo eso es apénas un débil rayo de aquel esplendor infinito. Si se trata de los caractéres con que se presenta en el mundo, él es el camino, la verdad y la vida; la sabiduría, el poder y la felicidad; el modelo y generador de la virtud; el Autor, el tipo y dispensador de la santidad; el fundamento de la esperanza y la realidad de la gloria. Todo el heroismo cristiano; todas esas virtudes eminentes que ilustran los fastos de la Iglesia; todas esas revoluciones inmensas que sacando á los pueblos de la barbarie, les han colocado en las cumbres de la prosperidad social; esos grandes caractéres morales que humillan todas las virtudes del gentilismo, atraen la admiracion, fecundan la virtud é inspiran al genio, son delgadísimas venas desprendidas de aquella fuente donde está lo infinito en todas líneas. ¿Qué mas os diré? Nada, hijos mios, sino presentaros la Cruz y mostraros el cielo. Entre ambas cosas no média una línea: estrecharse con la Cruz es vivir con Jesucristo; morir en sus brazos es penetrar infaliblemente á la dichosa vida de la ciudad eterna.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.

Estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

Matth. Cap. XXVIII, v. 20.

1 Habeis visto, hijos mios, en mi precedente instruccion cómo Jesucristo Señor nuestro, que pasó los treinta primeros años de su vida en el retiro doméstico y sujeto á María y á José como el mas obediente de todos los hijos, dedicó los tres últimos, despues de un ayuno rigoroso de cuarenta dias y cuarenta noches en el desierto y de haber vencido la tentacion, á predicar su doctrina, enseñar su Ley, manifestar su poder con los milagros y poner á la vista su carácter verdaderamente divino. Le habéis visto en toda su carrera dar testimonio á la verdad, obsequio pleno á la justicia, nobles estímulos y modelos acabados á todas las virtudes. Le habéis visto en su tierna solicitud para con los desgraciados y pecadores, consolando á los primeros y perdonando á los segundos. Podia su Majestad haber quedado satisfecho con esto; pero aquel fuego de caridad que devoraba su alma, le traia constantemente ocupado en dar á sus hijos nuevas y mas brillantes pruebas de su amor. Llegó por fin el tiempo en que debió dar principio á su Pasion dolorosa; pero no quiso dar el primer paso en esta carrera de oprobio, de ignominia y de sangre, sin haber celebrado con sus discípulos aquella fiesta memorable de la última Cena, donde su amor le inspiró tales discursos y le condujo á manifestaciones de tal carácter, que abisman y confunden á la razon humana, y parecen

plicar la sed que tenia de salvar á los hombres! ¡Con qué imágenes tan tiernas y atractivas quiso poner á nuestra vista toda la intensidad de su amor! La parábola de la dracma le sirve como para pintar lo mucho que valemos á sus divinos ojos, pues que versa sobre una moneda perdida: la parábola del Buen Pastor muestra su solicitud por buscarnos, encontrarnos y volvernos por sí mismo á su gracia: la parábola del Hijo pródigo parece tender á manifestar que somos la vida de su vida, y una especie de necesidad para su amor. La primera manifiesta los estímulos que su entendimiento pone á su clemencia infinita: la segunda la actividad inefable de esta misma clemencia, que no satisfecha con su disposicion para perdonar, se adelanta, digámoslo así, hasta el extremo de perseguirnos con la gracia y obligarnos en cierto modo á recibirla: la tercera pone de bulto la generosidad sublime de su misericordia; pues todo lo olvida en materia de pecado, para consagrarse á los dulces placeres de la conversion del pecador. En estas bellas imágenes parece reflejarse todo el carácter de Jesucristo: dulzura, benevolencia, amor; y este carácter, que sostuvo siempre inalterable y realzaba de continuo con tantos prodigios de bondad y misericordia, le acompañó, bien lo sabéis, hasta los últimos instantes de su vida. Abre sus lábios por la última vez ántes de espirar, y es para santificar con el suyo el desamparo de sus hijos, manifestar su sed insaciable de nuestra conversion y felicidad, dar á nuestras esperanzas las bellas primicias de su sacrificio franqueando las puertas del Paraiso á un ladron arrepentido, dejarnos en herencia bajo la representacion del discípulo amado á su tierna y querida Madre, y clamar á su Padre por un perdon general para todos sus enemigos.

39. Seria necesario, hijos mios, no acabar nunca, si quisiese repasar con la mente y el corazon la historia divina del Salvador del mundo. ¿Quién es capaz de sondear siquiera uno solo de los numerosos pasajes que contiene? Si se trata de su doctrina, podria señalaros yo la ilustre galería de los ingenios que ha fecundado ella, los monumentos de la ciencia cristiana colocados en las bibliotecas del mundo, los diez y ocho siglos de la civilizacion moderna, lo que hai de mas noble entre los caractéres sociales, de mas firme en las instituciones políticas, de mas sabio en las legislaciones de los pueblos; y deciros: ¿véis? todo eso es apénas un débil rayo de aquel esplendor infinito. Si se trata de los caractéres con que se presenta en el mundo, él es el camino, la verdad y la vida; la sabiduría, el poder y la felicidad; el modelo y generador de la virtud; el Autor, el tipo y dispensador de la santidad; el fundamento de la esperanza y la realidad de la gloria. Todo el heroismo cristiano; todas esas virtudes eminentes que ilustran los fastos de la Iglesia; todas esas revoluciones inmensas que sacando á los pueblos de la barbarie, les han colocado en las cumbres de la prosperidad social; esos grandes caractéres morales que humillan todas las virtudes del gentilismo, atraen la admiracion, fecundan la virtud é inspiran al genio, son delgadísimas venas desprendidas de aquella fuente donde está lo infinito en todas líneas. ¿Qué mas os diré? Nada, hijos mios, sino presentaros la Cruz y mostraros el cielo. Entre ambas cosas no média una línea: estrecharse con la Cruz es vivir con Jesucristo; morir en sus brazos es penetrar infaliblemente á la dichosa vida de la ciudad eterna.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.

Estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

Matth. Cap. XXVIII, v. 20.

1 Habeis visto, hijos mios, en mi precedente instruccion cómo Jesucristo Señor nuestro, que pasó los treinta primeros años de su vida en el retiro doméstico y sujeto á María y á José como el mas obediente de todos los hijos, dedicó los tres últimos, despues de un ayuno rigoroso de cuarenta dias y cuarenta noches en el desierto y de haber vencido la tentacion, á predicar su doctrina, enseñar su Ley, manifestar su poder con los milagros y poner á la vista su carácter verdaderamente divino. Le habéis visto en toda su carrera dar testimonio á la verdad, obsequio pleno á la justicia, nobles estímulos y modelos acabados á todas las virtudes. Le habéis visto en su tierna solicitud para con los desgraciados y pecadores, consolando á los primeros y perdonando á los segundos. Podia su Majestad haber quedado satisfecho con esto; pero aquel fuego de caridad que devoraba su alma, le traia constantemente ocupado en dar á sus hijos nuevas y mas brillantes pruebas de su amor. Llegó por fin el tiempo en que debió dar principio á su Pasion dolorosa; pero no quiso dar el primer paso en esta carrera de oprobio, de ignominia y de sangre, sin haber celebrado con sus discípulos aquella fiesta memorable de la última Cena, donde su amor le inspiró tales discursos y le condujo á manifestaciones de tal carácter, que abisman y confunden á la razon humana, y parecen

vencer con el sentimiento toda la capacidad del corazon. El Evangelista nos prepara para escuchar la tierna y sublime historia de lo que pasó en aquella noche misteriosa, con unas palabras de insondable sentido para toda la humanidad. Sabiendo Jesus, dice, que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que vivian en el mundo, los amó hasta el fin." Cuenta en seguida cómo el Hombre Dios, acabada la Cena, se abatió á los piés de sus discípulos, lavándoles y limpiándoles por sí mismo, para que la virtud santa de la humildad erigida sobre tan profundo cimiento, se levantase hasta la grande altura que necesitaba para ser vista y admirada, é imitada de todos los hombres, y desafiar todo el poder de los siglos. Procede luego á referir aquellos coloquios dulcísimos que tuvo con sus discípulos, á fin de manifestarles con los afectos mas vivos el testamento de su amor, aquellas últimas instrucciones con que quiso prepararles para que diesen testimonio de su gloria, enseñando en su nombre y con su autoridad divina el Evangelio á todas las naciones.

2. En lo mas empeñado de esta escena, única, por cierto, en la historia de los sentimientos, sorprende á sus discípulos con la revelacion, institucion y distribucion del gran misterio de su Cuerpo y de su Sangre. El evangelista San Matéo refiere esta institucion en los términos siguientes. "Miéntras estaban cenando tomó Jesus el Pan, y le bendijo, y partió, y dióselo á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: este es mi Cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias y dióseles, diciendo: Bebed todos de él. Porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remision de los pecados." El evangelista San Lúcas añade que Jesucristo, despues de las palabras de la consagracion de su Cuerpo, dijo á sus discípulos: "Haced esto en memoria mia." He aquí la institucion de la Sagrada Eucaristía, de este misterio infinito de sabiduría, de poder y de amor, que admiramos y veneramos con el arrobamiento de la fe, y buscamos con los estímulos de la esperanza y los impulsos del amor en el altar del Santuario. Bajo los velos eucarísticos creemos, con mas fuerza que lo que vemos con nuestros propios ojos, que allí está real y verdaderamente el Hombre-Dios, el Mesías que vino al mundo, el Autor de la doctrina que profesamos, de los sacramentos que recibimos, el Supremo Juez de vivos y muertos, el Sumo Dispensador de la gloria. Si por una parte creemos que cuarenta dias despues de su Resurreccion subió á los cielos y está sentado allí á la diestra de su Padre, y desde allí ha de venir el dia del juicio á juzgar á los vivos y á los muertos; por otra parte confesamos, con toda la Iglesia católica y con toda la fuerza de nuestra fe, que se quedó sacramentado en la tierra; y por tanto no tenemos inconveniente ninguno en referir á tan augusto dogma estas palabras mismas con que Jesus aseguró la infalibilidad de su Iglesia en el acto de comunicar á sus apóstoles el poder sublime de evangelizar al mundo. "Estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.*

3. Nada, pues, hijos mios, mas conveniente que preveniros con la explicacion de este dogma santísimo, que renueva millares de veces todos los dias en el Universo entero la memoria del Sacrificio del Calvario, para que escuchéis con mas inteligencia y mayor fruto la que deba daros en seguida sobre la Pasion y Muerte del Redentor. Voi

pues, á tratar aquí del misterio de la Eucaristía como un dogma católico, dándoos al propósito las instrucciones competentes.

4. Con diversos nombres es mencionado en el idioma de la fe y de la piedad católica este adorable Sacramento. Se le llama *Eucaristía*, palabra que quiere decir accion de gracias, ya porque contiene al mismo Autor de la gracia, que es Jesucristo Señor nuestro, ya porque, ofreciéndole al Eterno Padre, le damos así por sus beneficios infinitos unas gracias dignísimas y del todo correspondientes. Llámasele tambien *Comunion*, que quiere decir union acordada de muchos; porque todos participamos de ella, uniéndonos de esta suerte con el mismo Jesucristo en fuerza de esta participacion divina, y componiendo todos con él un solo cuerpo. Llámase tambien *Viático*, por ser el alimento que sostiene nuestra vida espiritual en la tierra, y el que nos provee de fuerza, cuando salimos de esta vida, para entrar en el camino de la eternidad. Llámase tambien *Santísimo Sacramento*, porque es un verdadero sacramento, y el mas santo de todos; pues miéntras éstos nos comunican la gracia únicamente, aquel nos da en posesion por via de alimento al mismo Autor de la gracia, que en él se contiene. Llámasele tambien *Sacramento del altar*, porque es consagrado en el altar por el sacerdote, constituye la esencia de la Misa, que él celebra, y tiene por habitacion y morada fija en la tierra el altar del Santuario.

5. Mas estas varias denominaciones, limitadas á expresar los diferentes puntos de vista bajo que podemos considerar tan alto Sacramento, no alteran en lo mas mínimo su carácter y su fondo. Bástame pues á mi propósito anticiparos su significado para vuestra inteligencia, y proceder á mi asunto en los términos mas propios para vuestro mayor aprovechamiento. La Sagrada Eucaristía es un misterio, en el cual, como en todos, hai un fondo impenetrable para la luz de la razon, y al mismo tiempo cierta claridad extrínseca mui suficiente para apoyar nuestra fe. En cuanto al objeto de su institucion, es al mismo tiempo un sacrificio y un sacramento: pues con él se renueva todos los dias en la Misa de un modo incruento el Sacrificio del Calvario, y son alimentados los fieles con un pan de vida eterna. No le consideraré aquí principalmente, sin embargo de lo dicho, sino solo como uno de los misterios de nuestra santa Fe católica, cuya explicacion es el objeto de la primera parte de la doctrina, reservando para su debido tiempo el daros explicaciones directas acerca del Sacrificio de la Misa y Sacramento de la Comunion. Considerada la Santa Eucaristía como un misterio, tiene dos cosas que corren á cargo de los pastores: una inteligencia doctrinal que ilustra nuestra fe, y una demostracion católica que la robustece y asegura. Atendiendo, pues, á todo en la instruccion presente, amados hijos, comenzaré por haceros una explicacion clara y sencilla del misterio, y tal será el objeto de la primera parte de esta instruccion; y pasaré de aquí á indicaros algunas de las principales pruebas cuyo conjunto constituye la demostracion católica de este sagrado misterio.

I.

6. La guia mas acomodada para vosotros, que al propósito pudiera yo escoger, es indudablemente el texto de nuestro manual catecismo. Preguntando éste: "¿Quién está

"en el Santísimo Sacramento?" responde: "Jesucristo nuestro Señor en cuerpo y al-"ma gloriosa, así como está en el cielo, tanto está en la hostia, como en el cáliz y en "cualquiera partícula." Estas palabras textuales constituyen el fondo de tan santo misterio, que es la Presencia real del mismo Jesucristo en persona en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Mas como lo que ven allí los sentidos, despues de pronunciadas las palabras misteriosas, es lo mismo que ántes habian visto, pues éstas no han cambiado ninguna de las apariencias, nuestro sábio catequista, despues de haber inculcado el dogma sacrosanto de la Presencia real de Jesucristo Señor nuestro en la Eucaristía, procede á instruirnos en la doctrina católica sobre lo que hemos de pensar y sentir de aquellas especies materiales, que ven los ojos, oyen los oidos, percibe el olfato, tocan las manos y gusta el paladar. "¿Queda pan en la hostia, pregunta, y vino "en el cáliz despues de haber dicho el sacerdote las palabras de la consagracion?" y en seguida responde: "No: porque por virtud de las palabras que el sacerdote dice en "persona de Cristo, el pan se convierte en el Cuerpo y el vino en la Sangre de nues-"tro Señor Jesucristo." En estas dos respuestas se nos enseñan tres cosas, que encierran todo el cuerpo de tan santa doctrina: primera, la Presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía; segunda, por qué virtud y de qué modo se verifica el grandísimo portento que aquí veneramos, y el carácter propio de este Sacramento adorable; tercera, el permanente milagro de las apariencias ó accidentes sin la sustancia misma, cosa única en su género y especie, pues no ha existido ni existe mas que en la Sagrada Eucaristía. Finalmente, para completar nuestro catecismo su instruccion doctrinal acerca de este misterio, considerado en sí mismo, concluye con explicar el significado místico de tan augusto Sacramento, esto es: lo que, segun la mente de su Divino Autor, habia de significar. Abrese paso á la explicacion dicha con la siguiente pregunta: "Pues si "este es el misterio inefable, que por ministerio de solo los sacerdotes se celebra en la "Misa, ¿qué debemos considerar?" A lo cual responde: "Que es una memoria y repre-"sentacion verdadera de la vida, Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo;" por lo cual se llama la Misa juntamente sacrificio, en razon de que, añade, "se ofrece al mismo Señor por los vivos y los muertos:" de donde infiere muy rectamente "que se debe asis-tir á la Misa con mucha atencion y reverencia." Veamos pues algo mas explanada esta doctrina, deteniéndonos más en los tres primeros puntos, por ser ellos, como he dicho, lo que principalmente me propongo explicaros.

7. Lo primero pues, amados hijos, que la fe nos enseña sobre tan adorable Sacramento, y nosotros debemos creer, mas que si lo viésemos con nuestros ojos y palpásemos con nuestras manos, es que en él está real y verdaderamente contenido el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo Señor nuestro bajo las especies del pan y del vino. Tan luego como el sacerdote, tomando el pan en sus manos, pronuncia estas palabras mismas que pronunció el Salvador en la noche de la Cena tomando el pan en sus manos: "Esto es mi Cuerpo," ya no hai pan, sino solamente sus especies ó apariencias; pues lo que hai es el Cuerpo vivo de Jesucristo Señor nuestro, y en consecuencia cuanto Jesucristo es. Desde que el sacerdote, tomando en sus manos el cáliz con vino, pronuncia estas palabras: "Esta es mi sangre que está en este

cáliz, &c.," ya no hai vino allí, sino solo apariencias de vino; pues lo que hai es, la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente, su Cuerpo, Alma y Divinidad. Síguese de aquí que bajo las apariencias de pan está todo Jesucristo en la Hostia: bajo las apariencias de vino está todo Jesucristo en el Cáliz: de manera que, despues de la consagracion, no hai mas ni ménos en la Hostia que en el Cáliz, ni cosa diversa, sino nuestro Señor Jesucristo real y verdaderamente. El que comulga pues, bajo la especie de pan, recibe á todo Jesucristo: el que comulga bajo la de vino, recibe á todo Jesucristo: el que comulga bajo ambas, como el sacerdote al celebrar la Misa, recibe á todo y solo Jesucristo. En consecuencia, ni el que comulga bajo las dos especies recibe sustancialmente mas que el que comulga bajo solo una, ni el que comulga con una sola especie recibe sustancialmente ménos que el que comulga con las dos.

8. ¿Por qué pues, me direis, quiso Jesucristo Señor nuestro instituir tan adorable Sacramento bajo dos especies, y no solo bajo una? Los teólogos asignan, entre otras, dos razones muy principales. ¿Cuál es la primera? Significar su sacrificio cruento; pues que no solo padeció en su cuerpo y alma, sino que derramó su sangre por la salud del mundo. De esta suerte, todos los misterios de su vida, pasion y muerte quedan aquí plenamente representados. Lo primero que vemos es el Cuerpo de Cristo; conviene á saber: á Jesucristo en cuerpo, á Jesucristo Dios y Hombre verdadero, á Jesucristo como estuvo en las purísimas entrañas de María ántes de nacer, como estuvo en el establo de Bethlehem cuando nació y durante el tiempo de su vida mortal, como está en el cielo, glorioso á la diestra de su Padre. Despues, cuando en fuerza de las palabras el vino se convierte en su sangre, nos da á entender que esta Sangre fué derramada por la salud del mundo, nos representa su Pasion y su Muerte. La segunda razon es esta: como tan alto misterio fué instituido para que de él participasen los cristianos, como de un alimento para la vida espiritual y eterna, quiso el Señor que todo lo que mantiene y conserva la vida del cuerpo, estuviese representado en aquel Sacramento, que mantiene y conserva la vida del alma: ahora bien, como para conservar la vida del cuerpo se requiere, no solamente pan que comer, sino tambien agua que beber, por esto Jesucristo quiso que con esta divina institucion tuviésemos comida y bebida: por lo cual dijo clara y terminantemente, sin parábolas ni figuras, para hacerse entender de todos. "Mi carne es una verdadera comida; y mi sangre es una verdadera bebida:" *Caro mea verè est cibus: et sanguis meus verè est potus.* (Joann. VI.)

9. Pero si ha sido tan conveniente, dirá alguno, la institucion de este Sacramento bajo las dos especies, ¿por qué no se distribuye al comun de los fieles sino solo bajo la especie de pan? El evangelista San Lúcas dice que acabada la cena, tomó Jesus el pan, dió gracias, le partió y dió, diciendo: "Esto es mi Cuerpo, el cual se da por voso-"tros: haced esto en memoria mia." Del mismo modo tomó el cáliz despues que hubo cenado, diciendo: "Este cáliz, es la nueva alianza con mi sangre que se derramará por "vosotros." Notad bien, hijos mios, las palabras que acabo de citaros del Santo Evangelio. Cuando Jesucristo dice: "haced esto en memoria mia," vierte sin duda un precepto obligatorio para el sacerdote y para los fieles. "Haced esto." ¿Qué? lo que acababa de hacer Jesucristo, es decir: consagrar y distribuir su Cuerpo: he aquí la obliga-

cion del sacerdote. ¿A quién se habia de distribuir? á los fieles. Luego si el sacerdote tenia un precepto para dar; los fieles, por el mismo hecho, tuvieron otro para recibir: pues claro es que el que manda que se dé, quiere que se reciba: en consecuencia, en la primera parte del sagrado texto se ve que el sacerdote recibió del mismo Cristo el divino poder de consagrar su Cuerpo, y la obligacion estrecha de hacerlo para distribuirle entre los fieles; y éstos á su turno, un precepto de participar de su Cuerpo para la vida eterna. Si pues, las palabras *haced esto* recayeron sobre la consagracion y distribucion del Cuerpo, como acabáis de ver, y tanto, que ni aun era consagrado todavía el Cáliz, clarísimo es que Jesucristo Señor nuestro, no impuso ningun deber, ni á los sacerdotes de distribuir su preciosa Sangre bajo la especie de vino, ni á los fieles de recibirla. Esto, por otra parte, no tenia inconveniente ninguno para los altísimos designios del Salvador; pues conteniéndose en su Cuerpo su Sangre preciosa, quien comulga bajo la especie de pan, participa de uno y otra, come y bebe, se alimenta con la carne y satisface su sed con la sangre de Jesucristo. Ved aquí por qué, á pesar de las gravísimas razones que hai para la consagracion de las dos especies, no por esto inducen ellas necesidad ni obligacion de la comunion bajo ámbas.

10. ¿Por qué, pues, no habiendo necesidad ni obligacion de comulgar bajo ámbas especies, se distribuian ambas á los fieles en el principio de la Iglesia? ¿Por qué, además de esto, subsiste aún hoi dia en la santa Iglesia y ha subsistido siempre inalterable desde el tiempo de los apóstoles la costumbre de consagrar pan y vino? Voi á satisfacer, hijos mios, con la debida separacion á estos dos importantísimos reparos. En cuanto á lo primero, debéis fijaros en que una cosa es no tener obligacion, y otra mui diversa tener prohibicion de comulgar bajo ambas especies. Jesucristo Señor nuestro, como lo acabáis de ver, no impuso tal obligacion. ¿Qué se sigue de aquí? que dejó intacta la libertad de su Iglesia para disponer á este propósito lo que mejor la pareciese. Siendo pues este punto de libertad plena para la santa Iglesia, ya comprenderéis que ni se puede extrañar que haya permitido en el principio á los simples fieles la comunion bajo ambas especies, ni echar ménos su sabiduría en lo que despues mandó y acostumbró. En aquellos tiempos primitivos, en que las reuniones de los fieles eran poco numerosas, en que atendian inmediatamente los apóstoles á la distribucion de los santos misterios, y el fervor era tan grande, ningun inconveniente habia en otorgarles la superabundancia de gozo consiguiente á la distribucion del Cuerpo y Sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino. Mas despues, desde que la sociedad católica está repartida por todo el Universo y la administracion eclesiástica cuenta una escala dilatadísima en su ministerio, y se presentan dificultades del todo insuperables para que el comun de los fieles esté inmediatamente asistido de los obispos, y cuando por una consecuencia precisa de estas y otras muchas cosas que omito, sería en gran manera peligroso administrar el Sacramento bajo la especie de vino al comun de los fieles, es, no solo conveniente, sino en gran manera necesario, limitar la administracion comun de este divino Sacramento á solo la especie de pan, y tanto mas cuanto que, recibiéndose el Cuerpo vivo de nuestro Señor Jesucristo por modo de comida, se participa igualmente de su Sangre, que corre por las venas de este Sagrado Cuerpo.

11. En cuanto al segundo reparo, es decir: al hecho de que siempre se consagra en el altar al tiempo de la Misa y se consume por el mismo sacerdote aquel Sacramento bajo ámbas especies, voi á daros la debida explicacion. Ya os he dicho, hermanos carísimos, y ahora os lo repito, que la Sagrada Eucaristía, es no solamente un sacramento de que los fieles participan, sino tambien un sacrificio incruento que renueva todos los dias en el altar el que hizo de su cuerpo y sangre para salvarnos el Redentor del mundo sobre la Cruz: ahora bien, como nuestro Señor Jesucristo quiso, no solamente quedar en la tierra sacramentado para servir de alimento á sus hijos, sino tambien perpetuar en su Iglesia íntegramente la memoria de su Pasion y muerte, impuso á los sacerdotes el deber, no de distribuir tambien á los fieles, sino de consagrar y consumir ellos en la Misa su preciosísima Sangre. Jesucristo en la noche de la Cena nos presentó dos cuadros en una misma accion: el del ministro que distribuye, y el del sacerdote que sacrifica, y quiso que ámbos quedasen instituidos perpetuamente en su Iglesia. Cuando toma el pan ya consagrado y le parte y distribuye entre sus discípulos, hace lo mismo que un sacerdote cuando toma en sus manos el copon y va distribuyéndole entre todos los fieles que comulgan. Pero cuando Jesucristo, despues de esto, toma el cáliz, y le consagra, diciendo que es su sangre que ha de ser vertida por la salud del mundo, y la distribuye entre aquellos que acaban de recibir el sublime poder del sacerdocio, y añade, refiriéndose á la totalidad de la accion: "siempre que hiciéreis esto anunciaréis la muerte del Señor," instituyó el Santo Sacrificio de nuestros altares, en el cual el sacerdote habia de hacer lo mismo que hizo Jesucristo Señor nuestro en la noche de la Cena, es decir: ofrecer, consagrar, sacrificar, distribuir á los fieles el Cuerpo de Jesucristo, y consumir él tanto la Hostia como el Cáliz. Ved pues, hijos mios, cómo la Sagrada Eucaristía, que bajo la razon de Sacramento no exige la comunion en ámbas especies, la exige sí, estrechísimamente, é importa un deber para el sacerdocio en clase de sacrificio.

12. De los términos en que se explica el santo Evangelio, se colige otra cosa que debemos entender y creer de tan adorable Sacramento, y es, que el Cuerpo de Jesucristo está solo en muchas hostias lo mismo que en una sola; y todo en una sola partícula, lo mismo que en la Hostia entera. Jesucristo consagró pan una sola vez, le dividió y distribuyó sin consagrarle de nuevo, y sin embargo, cada uno de sus apóstoles recibió todo el Cuerpo de Jesucristo. Antes de dividirle ¿qué habia? el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en todo el pan. Dividido y distribuido entre sus discípulos, ¿qué habia? el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en cada una de las partes que se iban distribuyendo. Pues de la misma manera, hijos mios, hai en el Tabernáculo un copon con mil formas: ¿qué hai allí? Un solo cuerpo de Jesucristo, un solo Jesucristo, y nada mas. Se presentan luego en la sagrada Mesa mil personas, entre las cuales se distribuyen mil sagradas formas. ¿Qué recibe cada persona? lo mismo, ni mas ni ménos, en cuanto á la sustancia, que habia en el copon, es decir: á todo y solo Jesucristo: porque el número mil de aquellas formas, lo mismo que su color, olor, figura, sabor, &c., no son mas que accidentes y especies; pues el mismo y único Jesucristo, que está en todas las formas del copon, se halla real y verdaderamente contenido en la que recibe cada

una de las mil personas. Figurémos ahora, no un copon con mil formas, sino una sola forma dividida en infinitas partículas, y os diré que sucede lo mismo: en cada partícula no hai mas ni ménos que en toda la forma ántes de dividirla: si en ésta estaba real y verdaderamente Jesucristo, lo mismo está en cada partícula; de manera que si todas esas partículas se distribuyesen, cada uno recibiria á Jesucristo. Lo mismo respectivamente habéis de decir del Sacramento bajo la especie de vino. Figurémos en la imaginacion que un sacerdote, teniendo á la vista un depósito de vino propio para celebrar, pronunciase sobre él las palabras de la consagracion, y que toda esta cantidad se distribuyese en una muchedumbre extraordinaria de gotas; y os diré, que lo que hai en el Cáliz, por mui grande que sea, esto mismo hai en cada gota separada.

13. Mas no por esto hemos de decir que Jesucristo se multiplica, no; pues nunca hai muchos Jesucristos, sino uno solo. El mismo que encarnó, nació, vivió entre los hombres, murió por ellos, resucitó, subió á los cielos y está sentado á la diestra de su Padre, es el mismo que está en todos los altares del mundo bajo las especies de pan y vino, y se da en alimento á todas las personas que comulgan, desde su institucion hasta el fin de los siglos, sin multiplicarse ni dividirse. Tal es la fe católica; y en esto precisamente se halla lo mas inaccesible y venerable del misterio.

14. ¿Cómo se llama pues, me diréis, este acto de convertirse, por virtud de las palabras que el sacerdote dice en persona de Cristo, el pan en el cuerpo y el vino en la sangre de Su Majestad? Se llama, hijos mios, *Transubstanciacion;* pues una sustancia que era, deja de ser; y por la virtud de las palabras que se pronuncian, deja de ser sustancia de pan, y pasa á ser sustancia del Cuerpo de Jesucristo. Por esto los concilios y especialmente el Tridentino, han condenado todos los errores contrarios. "Si alguno dijere, leemos en el Tridentino, que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía queda la sustancia del pan y vino junto con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, "sea anatematizado." Habéis visto además, cómo los mismos términos en que habló el Señor, manifiestan que hai una verdadera transubstanciacion, y por lo mismo no creo necesario detenerme á explicaros con mayor amplitud este punto. Mas, como en la Sagrada Eucaristía está, no solo el Cuerpo y la Sangre, sino tambien el Alma y Divinidad de Jesucristo, y como cada una de estas cosas está por diferente virtud, conviene mucho, y así nos lo encarga el Catecismo del Santo Concilio de Trento, que os explique cómo estas cosas están en la Sagrada Eucaristía, unas en fuerza de las palabras que el sacerdote pronuncia, y otras por mui diversos motivos. En fuerza de las palabras está lo que ellas dicen, y por otras causas existe cuanto necesariamente ha de haber en lo que está por las palabras. Voi á explicarme.

15. Toma el sacerdote el pan en sus manos; miéntras no dice nada, aquello no es mas que pan; pero abre sus labios, y representando á Jesucristo, dice: "Este es mi "cuerpo." ¿Qué enuncian las palabras? Lo acabáis de oir, el Cuerpo de Cristo. ¿Qué se infiere de aquí? Que solo el Cuerpo de Cristo está en fuerza de las palabras; pues lo único que ellas dicen es, "esto es mi cuerpo." Pero como anuncian el Cuerpo de Cristo en persona, de Cristo vivo, de Cristo tal como estaba en la noche de la Cena cuando tomando en sus manos el pan, dijo: "Esto es mi cuerpo;" el cuerpo que allí aparece, el

cuerpo que está en la Sagrada Eucaristía, el cuerpo en que se convierte el pan en virtud de las palabras misteriosas, es el Cuerpo vivo de Jesucristo. Luego, si en fuerza de las palabras del sacerdote solo está el Cuerpo, por lei de natural union hai otra cosa en la Eucaristía, hai aquello que necesariamente debe haber donde está el cuerpo vivo. ¿Qué hai en un cuerpo vivo? Una alma racional; luego en primer lugar, aunque por fuerza de las palabras solo está el cuerpo, por la union natural se halla tambien el alma: ¿Qué cosa es el cuerpo unido con el alma? El hombre: luego en la Eucaristía está un hombre. Ahora bien: ¿pueden separarse nunca las dos naturalezas que hai en Cristo, la naturaleza divina y la naturaleza humana? No, y mil veces no. ¿Por qué? Porque, aunque en Jesucristo hai dos naturalezas, no hai mas que una persona, y en consecuencia, donde está Cristo-Hombre, está Cristo-Dios; porque no es mas que un Cristo, Dios y Hombre verdadero. ¿Qué se infiere de aquí? Que si en fuerza de las palabras solo está el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía; si por la union natural que un cuerpo vivo supone, solo está el alma unida con el cuerpo, es decir, el hombre; por la union hipostática de la humanidad con la divinidad en la Persona única del Verbo, está en la Eucaristía, no solo el cuerpo y alma de Cristo, sino tambien su divinidad. Véis pues, hijos mios, cómo y por qué se halla real y verdaderamente presente todo Jesucristo en la Sagrada Eucaristía: su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad bajo cualquiera de las dos especies, pan ó vino: aunque cada cosa esté por motivos diversos, todo está necesariamente, no puede dejar de estar. ¿Qué hai en la Eucaristía en fuerza de las palabras? El cuerpo de Cristo en la Hostia, la Sangre de Cristo en el Cáliz. ¿Qué hai por concomitancia inmediata y natural union? La sangre y alma en la Hostia, pues donde está el cuerpo vivo, está la sangre y el alma: el cuerpo y el alma en el Cáliz, pues donde está la sangre de Jesucristo vivo, está su cuerpo y está su alma. ¿Qué hai en la Eucaristía por union hipostática? La divinidad.

16. Habéis oido, hermanos carísimos, lo que nuestra Madre la santa Iglesia propone á nuestra fe y con su doctrina nos inculca sobre el orígen, esencia, objeto y fin de la sacratísima Eucaristía; que ella fué instituida por el mismo Jesucristo Señor nuestro en la noche de la Cena, para perpetuar entre los hombres la memoria y representacion de su vida, Pasion y muerte, permanecer realmente con nosotros y servirnos con su Cuerpo y Sangre de alimento espiritual para la vida eterna: que comunicó á los sacerdotes la potestad altísima de consagrar su Cuerpo y Sangre bajo las especies de pan y vino: que ellos ejercen esta potestad, pronunciando en Persona de Cristo las mismas palabras que Su Majestad en aquella noche memorable: que cuando el sacerdote pronuncia en Persona de Cristo aquellas misteriosas palabras, el pan se convierte en el Cuerpo y el vino en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo: que si bien es cierto que, aun despues de pronunciadas las palabras, nuestros sentidos continúan viendo pan y vino, esto no es mas que una apariencia; porque despues de las palabras dichas no queda ni pan en la Hostia ni vino en el Cáliz, sino solo sus meras especies y apariencias: que no hai mas sustancia en la Hostia, en fuerza de las palabras, que el Cuerpo de Cristo, ni hai mas sustancia en el Cáliz, en fuerza de las palabras, que la Sangre de Jesucristo: que por lo mismo hai en este acto misterioso una *transustanciacion* verdadera y propiamente di-

cha; pues la sustancia del pan se convierte en la sustancia del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y la sustancia del vino se convierte en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo: que por todo lo dicho está Jesucristo real y verdaderamente contenido, real y verdaderamente presente, real y verdaderamente vivo en la Sagrada Eucaristía, tanto bajo la especie de pan como bajo la especie de vino: que aunque en fuerza de las palabras no hai en la Hostia mas que el Cuerpo de Cristo; por otras razones está igualmente, sin que pueda dejar de estar, su Sangre, Alma y Divinidad; su sangre y alma, pues donde hai cuerpo vivo, hai sangre que circula y alma que anima al cuerpo; y su divinidad, por la union hipostática que une á ella desde la Encarnacion esencialmente la humanidad; porque no hai mas que una Persona que es Cristo, y este Cristo es Hombre y Dios: que así tambien, aunque por fuerza de las palabras solo está en el Cáliz la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, por union natural está el cuerpo y tambien el alma, y por union hipostática está la divinidad: que lo mismo se recibe sustancialmente comulgando bajo una sola de las dos especies, que bajo una y otra; de manera que el sacerdote, consumiendo la Hostia y el Cáliz, recibe lo mismo que cualquiera de los fieles con solo la especie de pan: que lo mismo que está Jesucristo en toda la Hostia, está en cada una de sus partículas por mínimas que sean, sin que por esto se divida Jesucristo, ni haya muchos; de manera que es uno mismo y solo Jesucristo el que nació y vivió entre los hombres, el que resucitó y subió á los cielos, el que está en todo el mundo en la Sagrada Eucaristía, el que recibe el sacerdote bajo ambas especies, y el que recibe cada uno de los fieles que comulgan, sin que por estar en la tierra deje de estar en el cielo, ni por estar en un altar deje de estar en todos, ni por entrar en el pecho de cada fiel que comulga, deje de estar Jesucristo en el sagrado Depósito del altar. Tal es el misterio altísimo, augusto, santo é impenetrable que la fe cree y confiesa en la Sagrada Eucaristía; y esto es lo que acerca de ella debemos creer y entender, segun lo instituido por Jesucristo y enseñado por su Iglesia. Veamos ahora cómo este misterio divino, sin perder su carácter propio, ni las majestuosas tinieblas que cubren su fondo, tiene una luz extrínseca bastante para convencerse de su institucion primitiva, de su orígen divino, de su perpetuidad constante, y garantir con una demostracion católica el tributo de nuestra fe.

II.

17. Sí: por mucho que choque á nuestros sentidos y limitada inteligencia este divino arcano, rodeado por todas partes de una santa oscuridad, no por esto, hijos mios, debe disminuirse ni debilitarse nuestra creencia, ni mucho ménos faltar del todo; sino al contrario, debemos ser tanto mas fieles en venerar tan alto misterio cuanto ménos capaces nos sentimos de comprenderle. En efecto: así debe ser, no solamente por el derecho que tiene de ligar con sus preceptos nuestra misma razon el Autor de la naturaleza, sino porque la razon misma, guiada por una luz externa, tiene sobre la existencia real de este dogma divino todo el apoyo de la certidumbre. Ya os he dicho que nuestra fe tiene dos caractéres: el de una oscuridad impenetrable en su fondo, y el de una claridad perfecta en sus motivos: os he dicho tambien lo que nos exige la fe sobre tan

gran misterio, y habéis visto que todo en él es inaccesible á la razon humana. Ved ahora lo que nos dice la razon.

18. No os hablaré, hijos mios, de la gran prueba que se deduce á las profecías y del fondo mismo del culto figurativo y preparatorio del pueblo escogido: no os hablaré de aquellos siervos del Señor á quien miraba en espíritu Isaías cantando y manifestando su gratitud con cánticos de alabanza y regocijo: no os hablaré de aquella comida que mucho tiempo ántes de Isaías habia llenado de admiracion al Profeta Rei, considerándola como un alimento dispuesto por Dios para los que le tomen, en el cual depositaria el recuerdo de sus mas grandes prodigios: no os hablaré de aquel pasto de los escogidos, de aquel vino que engendra vírgenes, que encendia en los mas vivos afectos el pecho de Zacarías: no os hablaré del magnífico sigulficado que aplazaba para el porvenir aquel Maná misterioso que bujaba del cielo para servir de alimento á los israelitas en el desierto: no presentaré á vuestra vista con el dedo de Juan y su inspirada voz, señalandoos este divino pan, al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, como la realidad sublime de aquel Cordero figurativo que el sacerdote sacrificaba para celebrar la Pascua: no mostraré al gran Melquisedec con su sacrificio de pan y vino, figurando mas distintamente al Eterno sacerdote de la nueva alianza, sacrificando su Cuerpo y Sangre para instituir el verdadero sacrificio que él anunciaba. Callaré estos oráculos; pasaré en silencio estas representaciones proféticas, que traidas á la comparacion con la historia de la Eucaristía, despiden bastante luz para producir la conviccion mas profunda en el entendimiento; porque sujeto á mui estrechos límites, debo preferir aquellos argumentos mas directos de que se sirve la ciencia teológica para demostrar este misterio. Os le manifestaré instituido y explicado por el mismo Jesucristo, predicado por los apóstoles, enseñado por los padres, sostenido por la autoridad de la Iglesia, trasmitido sin interrupcion la mas mínima por la mas autorizada tradicion y consagrado por la fe de todo el Universo católico.

19. Sabemos evidentemente que Jesucristo es Dios, pues hai pruebas evidentísimas de esta verdad en el órden mismo de la naturaleza: sabemos con la misma claridad que Dios es infinitamente sabio é infinitamente veraz, es decir: que lo sabe todo, que no puede padecer error ó engaño sobre nada, ni es capaz de engañar en lo que dice: todo esto nos lo asegura la razon. Luego si sabemos con toda certeza que Jesucristo instituyó este Sacramento y reveló acerca de él cuanto la Iglesia propone á nuestra fe, nada importan, por cierto, nuestra oscuridad, nuestra limitacion, nuestra incapacidad para comprender aquello; pues el solo estar ciertos de que existe, nos basta para creer con seguridad. Pues bien: habéis oido al mismo Jesucristo: sus palabras claras, naturales, directas, absolutas, intergiversables; nada de parábolas, nada de figuras, nada de simples analogías. Si despues de lo dicho por el Señor, alguno cavila, duda, interpreta para destruir el dogma, es preciso convenir que viene por tierra todo el Evangelio, toda la Santa Escritura, toda verdad y doctrina; pues nada es tan expreso, ni aun el misterio de la Santísima Trinidad, en las Sagradas Letras, como el dogma de la Sagrada Eucaristía. "Tomad y comed, esto es mi cuerpo: tomad y bebed: este cáliz es "la nueva alianza con mi sangre, que se derramará.—Mi carne es verdadera

"comida, mi sangre verdadera bebida.—Yo soi el pan vivo que he descendido "del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente." ¡Qué conceptos tan explícitos! ¡Qué revelaciones tan manifiestas! ¡Qué ideas tan precisas! Pero todavía el Señor va mas adelante: quiere remover hasta el último pretexto para la vacilacion, y se adelanta por lo mismo á decir en qué sentido habla, cuando se manifiesta como el pan vivo, y promete á los que le comen, la vida eterna: oidle: "El pan que yo daré, di-"ce inmediatamente despues, es mi misma carne." ¡Podia desearse una cosa mas clara! No, por cierto: pues sin embargo, hijos mios, admiraos, rendíos aquí á la prevision infinita de aquel Maestro divino. Prevee las herejías que habian de suscitarse contra este dogma sagrado, el aire de triunfo con que lo habian de combatir los espíritus orgullosos con la sabiduría de este mundo; y queriendo desarmar desde entónces á todos sus enemigos con un elocuente silencio, permitió que se le objetase entónces por los judíos de la manera mas obstinada. Como estos hubiesen escuchado lo que acabáis de oir, "co-"menzaron entónces, dice San Juan, á altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede "éste darnos á comer su carne?" Ved pues lo mas fuerte que ha podido decirse contra el dogma en la énfasis comprensiva de esta tan grave objecion. ¿Y qué responde Jesucristo? ¿Se desentiende de aquello? no; porque es sumamente celoso de la verdad, y tanto, que vino expresamente al mundo para darla testimonio. ¿Desconoce la fuerza de la objecion? ¡Imposible! pues para ello no es necesario ser Dios, y basta el sentido comun. ¿Quiere dejar á los espíritus fluctuando en el agitado piélago de la duda? Tampoco: su intento es que todos conozcan la verdad, vivan de la fe y aprovechen su sacrificio. ¿Calla, empero, contento con lo que acababa de decir? Ménos; pues esto hubiera sido dejar una arma insidiosa en las manos de la herejía ó incredulidad: no calla, sino ántes bien, habla, y no como quiera, sino claro y fuerte. ¿Y qué dice! ¿Pone tan alto misterio al nivel de la razon? No; porque entónces dejaria de ser misterio, seria necesario cambiar la naturaleza humana y destruir el merecimiento. ¿Qué hace pues? Insiste en lo que ha dicho: robustece sus explicaciones, promete á la fe y participio de este misterio la vida eterna, y amenaza con la muerte perdurable á los que no participaren, y por tanto á los que no creyeren. Oid pues su respuesta: "En verdad, en verdad os digo, "que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis "vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le "resucitaré en el último dia. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre "verdaderamente es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo "en él." ¿Véis, hijos mios, toda la claridad y toda la fuerza de estas palabras de Jesucristo? ¿Seria posible, ni cosa mas expresa, ni enunciacion mas precisa, ni sentido mas obvio? Nada dejó por decir, nada por explicar, nada por defender aquel divino Maestro á propósito de tan alto misterio. Los herejes no harian mas que repetir bajo diversas formas la objecion de los judíos. La Iglesia católica en sus concilios, en su antigua tradicion, en la voz de sus doctores y por la de sus ministros no haria otra cosa en su tanto que predicar bajo diversas formas la misma leccion de Jesucristo.

20. Por esto vemos inculcada esta doctrina constante y universalmente por la autoridad de la Iglesia, el magisterio de sus doctores y la palabra de sus ministros

desde el tiempo de los apóstoles. San Pablo en el capítulo X, v. 16 de la primera epístola que dirigió á los fieles de Corinto, les decia: "El cáliz de bendicion que "nosotros bendecimos, ¿no es comunicacion de la Sangre de Cristo? Y el pan que parti-"mos ¿no es participacion del Cuerpo del Señor?" Esto es tan expreso, hijos mios, como no podia serlo mas; pero aquel celosísimo evangelizador de la palabra eterna, aquel Pablo, cuya prevision verdaderamente inspirada, parecia estimularle de continuo á no dejar ni aun la menor brecha por donde pudiera introducirse la cavilacion de los herejes ó incrédulos para minar el edificio de la fe, no quedó satisfecho con esto, sino que, procede á explicar el dogma, inculcando al mismo tiempo la moral sublime de este divino Sacramento relativamente á los hombres. "Yo recibí del Señor lo que tambien os "enseñé á vosotros, dice; que el Señor Jesus, en la noche en que fué entregado, tomó el "pan, y dando gracias, lo partió y dijo: "Tomad y comed, este es mi cuerpo, que será "entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí." "Así mismo tomó el cáliz, des-"pues de haber cenado, diciendo: "Este Cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre. "Haced esto cuantas veces lo bebiéreis, en memoria de mí. Porque cuantas veces comié-"reis este pan y bebiéreis este Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga."

21. He aquí, amados hijos, el dogma de la Eucaristía expuesto por el Apóstol en su mas plena integridad. Invoca la historia de su institucion, como lo estáis viendo, y añade una circunstancia muy notable, cual es el de una inspiracion particular que acerca de esto mismo dice haber recibido del Señor. "*Ego enim accepi á Domino quod et tradidi vobis.*" Aquí está el orígen divino, la materia y forma, el objeto y fin de la Santa Eucaristía, y tambien su perpetuidad en la Iglesia católica; pues no pone Jesucristo á la duracion de este misterio mas plazo que su segunda venida, es decir: mas plazo que el fin del tiempo y consumacion de los siglos. Con estas luces tan espléndidas que derrama sobre el entendimiento, se abre paso aquel Doctor incomparable al corazon de sus oyentes, para que la fe de tan alto sacrificio, siempre acompañada de las obras, tenga una vida plena en el hombre moral. Apresúrase pues á deducir del dogma sus consecuencias prácticas en los siguientes conceptos que inmediatamente añade: "Por tanto, "pruébese el hombre á sí mismo: y así coma de aquel pan y beba del Cáliz. Porque el "que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio: no haciendo discerni-"miento del Cuerpo del Señor:" Esta leccion moral es tan significativa para la demostracion, cual se pudiera apetecer al dar la prueba fundada en la doctrina expresa de los apóstoles: muestra como un delito digno de condenacion eterna la participacion indigna de este pan y de este vino, y caracterizando el delito para que se comprenda su gravedad suma, dice que el que le cometa, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. ¿Queréis cosa mas expresa? La misma prueba que el Apóstol exige haga el hombre por sí mismo para poder participar de este pan y de este vino; aquel exquisito, delicado y escrupuloso discernimiento que cada uno ha de hacer de su conciencia propia, ¿no está manifestando claramente que se trata, no de una representacion ó símbolo, no de una ceremonia, no de un homenaje de culto, sino del verdadero Cuerpo y de la verdadera Sangre de Jesucristo? "El que come y bebe indignamente, dice el Apóstol, co-"me y bebe su propio juicio, porque no discierne el Cuerpo del Señor." ¡Qué sentencia!

¡qué pena! ¡qué causa tan perfectamente caracterizada! ¡qué energía tan suprema de expresion esta de comer y beber su propio juicio! ¡qué horror atrae hácia el delito una palabra que le muestra en su mas torpe ceguedad, cual es no discernir el Cuerpo del Señor! Ved pues, hijos mios, cuál es la doctrina de los apóstoles acerca de tan augusto misterio.

22. Si de aquí pasamos, á consultar los oráculos de los Santos Padres, de estas antorchas esclarecidas de la doctrina y robustas columnas de la Iglesia, encontramos la misma profesion. En el siglo primero, San Ignacio y San Dionisio se explican con toda claridad. "Todo lo que yo apetezco, decia aquel, es el pan de Dios, el pan celestial, que no es otra cosa que la carne de Jesucristo." Hablando el segundo con el Venerable Sacramento, lleno de humildad, de amor y de fe, le pide poder para conocer y descubrir la Majestad Augusta del Señor por entre los misteriosos velos con que plugo á su sabiduría ocultarse en la tierra.

23. Tomemos del siguiente siglo dos testimonios igualmente ilustres. "Como nosotros sabemos, decia San Justino, que Jesucristo nuestro Salvador se revistió de carne y sangre para nuestra salvacion; por lo mismo creemos que el pan y el vino, mediante las palabras de la consagracion, se convierten en la carne y sangre de Jesucristo." San Irenéo, tomando diverso rumbo, enuncia la misma creencia: dirígese á la fe comun de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y concluye de aquí rectamente su divinidad, porque solo un Dios podia cambiar el pan en su cuerpo. En el siglo tercero nos dan el mismo testimonio de este dogma Orígenes y San Cipriano: el primero, presentando al pueblo el ejemplo del Centurion como un modelo de abnegacion completa y humildad profunda, quiere que exclamen á su turno que no son dignos de que éntre en su pecho y les honre con su divina presencia: y el segundo, comparando este misterio con el de la Encarnacion, dice, que así como en ésta la naturaleza divina está como sepultada y oculta bajo los velos de la naturaleza humana, del mismo modo en la Eucaristía, aunque realmente está la Carne, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, se hallan de tal suerte cubiertas con las débiles apariencias, que no se ve, sino únicamente con la luz de la fe, cuanto éstas encierran de grande.

24. "Yo no quiero, decia San Hilario en el siglo cuarto, que os engañeis con las "apariencias: creed ciertísimamente que lo que os parece pan, no es pan, sino el cuerpo "mismo de Jesucristo." En el mismo siglo decia San Ambrosio: "Confieso que el pan "no era sino pan ántes de las palabras del Sacramento; pero luego, despues de la consagracion, creo y confieso que es el cuerpo y la carne de Jesucristo. Oigamos á dos "Padres del siglo quinto: San Juan Crisóstomo y San Agustin. ¿Qué decia el primero, en sus homilías al pueblo sobre el Evangelio, explicando este dogma? "Querriais ver á Jesucristo en la Eucaristía; y se os concede, *no solo verle*, sino tocarle, qué digo! se incorpora con nosotros, y le recibimos, no solo con la fe, sino real y verdaderamente." Explicando San Agustin aquellas palabras del Salmo XXVII "que un hombre era "llevado por sus propias manos," dice que esto sucedió precisamente en la noche de la Cena, "pues teniendo Jesucristo su cuerpo en sus manos, se llevaba á sí mismo."

25. ¿Qué os diré, amados hijos, de las pruebas fundadas en la autoridad de la santa Iglesia? constantemente ha inculcado esta misma doctrina, ya definiendo el dogma, ya condenando por el órgano de sus concilios las herejías que le son contrarias. Seria necesario ciertamente dar á este discurso una latitud prodigiosa para emprender y llevar á cabo la tarea de esta demostracion canónica, monumental y eminentemente histórica. La Iglesia católica siempre ha inculcado esta doctrina, siempre ha definido este dogma, y bastaria para convencerse de ello recorrer algunos de sus monumentos canónicos. Habéis visto la doctrina de los apóstoles, la de los antiguos Padres hasta el siglo V: habéis oido asimismo la decision dogmática del santo concilio de Trento, y esto basta para excusarme de proponeros otras muchas pruebas. ¡Pero cuál otra mas visible, mas palpable, que la fe constante y perpetua de todo el Universo católico? Abrid la historia; recorred los fastos del cristianismo: ved al Evangelio iniciar y proseguir su gloriosa carrera con toda la magestad de un Dios: ved esa Cruz de madera que levantándose como el símbolo de la verdad, de la fortaleza y de la unidad católica, guia por donde quiera los pasos del Apóstol, y sostiene por espacio de tres siglos el nobilísimo esfuerzo de la milicia del Calvario. ¿Véis todo esto, hijos mios? Pues ved tambien, que tal es mi propósito, al Misterio de la Eucaristía salir del Cenáculo anticipando primero y perpetuando despues en los altares el gran misterio de nuestra redencion; consagrando el culto de plenitud con la Presencia real de la víctima que murió en ella, distribuyendo sin fin, como un manantial sus aguas y sin agotarse en su fondo, los tesoros inmensos de luces, sentimientos y gracias de todo género que quedaron vinculados en la Cruz; andando la misma y santa carrera que el Código cristiano y los ministros que le promulgan. Tras una conquista de la fe va la santificacion que instituye Cristo con su Cuerpo y Sangre. El Apóstol despliega sus labios y ostenta juntamente con la doctrina el divino poder del Crucificado: los pueblos y los reyes, cayendo á sus piés, pronuncian una palabra de rendicion absoluta que corona el triunfo de la fe. *Creo:* he aquí la palabra; y la Iglesia entónces realza el esplendor de sus triunfos, mostrando á la vista de los pueblos convertidos al Rei Supremo de los cielos y de la tierra en la radiante Eucaristía; tomando en sus manos este Pan de los ángeles, y diciéndoles con el doble tono de la autoridad y la ternura: "Tomad y comed: es el Cuerpo de Jesucristo vivo, de Jesucristo Dios y Hombre verdadero; es el mismo que desató vuestras cadenas, renovó vuestra alianza, refrendó vuestros títulos perdidos, os abrió el cielo, instituyó la virtud, ennobleció la naturaleza y trujo al mundo la vida de la gracia. Vedle y no solo para adorarle, sino para recibirle en vuestros labios como alimento y bebida, colocarle en vuestros pechos, identificaros en cierto modo con él: comedle; pues quien le come y bebe, permanece en Cristo y Cristo permanece en él. Este cuadro, hijos mios, aparece donde quiera que camina el Evangelio con su estandarte, donde quiera que la palabra *creo* anuncia la presencia de los verdaderos cristianos, Jesucristo con su Cuerpo y con su Sangre recompensa liberalísimo y pródigo el tributo de la fe. Ved pues, la Eucaristía, siempre existente, siempre confesada, siempre creida, siempre adorada: vedla donde quiera, vedla constantemente, vedla reunir al pié de su trono cuanto la humanidad presenta de mas notable en fuerza, lustre y santidad.

26. Sí, amados hijos, os diré para concluir este punto con uno de los predicadores

mas distinguidos de nuestros dias[1]: "desde el orígen de la Iglesia, el Dios de la Eucaristía derramó sobre los fieles gracias de inocencia y heroismo. El era quien con su presencia santificaba las primitivas agapas; él quien con su carne sagrada fortificaba para el martirio á los cristianos que habia alimentado; él, quien se inmolaba en el santuario de los templos subterráneos, en donde por espacio de trescientos años tuvo que esconder su culto; él es quien recibia los incienzos que la mano del solitario hacia humear en los desiertos sorprendidos."

27. "Si: á medida que el Evangelio extiende sus conquistas, toda rodilla se dobla al nombre del Señor Jesucristo, y sobre todo á los piés de sus formidables misterios las frentes se humillan. No hai un templo levantado en gloria suya que no esté consagrado por la oblacion única de su divino Cuerpo y de su preciosa Sangre; no hai una liturgia establecida en la Iglesia, cuyo centro y principal objeto no sea la Eucaristía."

28. "Durante mas de mil años, la Iglesia vive en paz en la fe del santo altar, sin que ninguna voz de contradiccion se haga oir distintamente. Solo Berenger en el siglo XI, se atrevió á proferir una palabra de blasfemia; pero derribado al instante por tres concilios, la tentativa del novador se apagó como una conspiracion abortada que rechaza el espíritu público."

29. "Entónces, como en tiempo de los Arrios, de los Nestorios y de los Eutiches, la Iglesia convoca de todas las partes del mundo los divinos defensores de su fe. Al momento una voz clara y firme, repetida de silla en silla por todos los obispos católicos, proclama en todo el mundo el anatema pronunciado en Trento por el concilio general contra los detractores del dogma eucarístico; la Iglesia de Oriente, á pesar de sus lamentables disidencias, se declara unánimemente sobre este punto en armonía perfecta con todas las iglesias occidentales; la heregía queda desenmascarada, convencida, confundida; la Iglesia justamente alarmada estrecha mas contra su seno el objeto adorable y sagrado de su amor, y el culto de la Eucaristía se hace mas glorioso, mas unánime, mas dilatado que nunca."

30. "He aquí lo que se ha pasado en la Iglesia desde su orígen; he aquí como Dios ha dado al dogma eucarístico esa perpetuidad venerable y esa unidad maravillosa que son el carácter exclusivo de sus obras."

31. "¿Qué se ha pasado, por el contrario, entre los adversarios de nuestra Eucaristía? ¿Se encuentra en ellos algo de esta antigüedad que consolida y de esta fijeza indispensable? No, no hermanos mios, no se encuentra en ellos nada que se le parezca: las opiniones anti-eucarísticas han nacido hace poco; todos nosotros conocemos la época precisa de su nacimiento, y desde que nació ha flotado sin cesar á todo viento de doctrina, de tal suerte que ni sus sectarios ni sus predicantes pueden acercarse ni entenderse."

32. Ved pues, hermanos é hijos carísimos, cómo este augusto misterio, sin embargo de los velos tenebrosos que nos ocultan su fondo, despide una luz inmensa que basta para dar al tributo de nuestra fe aquel carácter eminentemente racional con que la presenta en sus escritos el Apóstol de las gentes. Ved cuánto pesa en la balanza fiel de la

1 Monseñor Parisis, sermon de la Eucaristía.

crítica mas severa esta demostracion católica, deducida, no solo del Santo Evangelio y enseñanza de sus primeros maestros, sino tambien del unánime sentir de todos los Santos Padres, de la autoridad suprema de la Iglesia, de la mas constante y universal tradicion, la mas firme perpetuidad y el asenso de la razon católica en todos los países y en todos los siglos; y admirad la bondad infinita de Jesucristo, no solo en el hecho de habernos enriquecido con tan alto Sacramento, sino tambien con haber hablado por sí mismo y derramado tanta luz exterior, para que la duda no viniese á querer arrebatarnos este divino tesoro, esta fuente de luz y de verdad, esta grandeza incomparable que tanto realza la magnificencia de su reinado en el mundo.

33. ¡Qué dignidad tan grande tiene la santa Iglesia de la tierra con poseer al mismo Dios-Hombre en persona en la Sagrada Eucaristía! Este divino tesoro basta ciertamente para que sea la tierra un verdadero trasunto de los cielos. Nada tienen éstos de mas grande, ni pueden tener tampoco: porque la esencia de la felicidad eterna, la perdurable dicha de los justos consiste precisamente en el mismo Dios; y nosotros poseemos á Dios, supuesto que es Dios y hombre verdadero quien personalmente mora en el Altar del Santuario.

34. ¡Y qué riqueza la nuestra con poseer este adorable misterio! Nos acercamos al altar, y estamos segurísimos, mas que pudiéramos estarlo con lo que vemos y tocamos, de que allí reside personalmente la Magestad eterna de un Dios, que nos oye, y recoge nuestras lágrimas, y atiende á nuestras súplicas! ¡Qué felicidad la nuestra el que haya querido ser nuestro alimento y nutrirnos con su Cuerpo, y hacernos carne de su Carne, sangre de su Sangre, hueso de sus huesos, vida de su vida y santuario de su Divinidad! ¡Qué torrente tan inagotable de gracias no se precipita sobre toda la humanidad por la participacion de este Sacramento! ¡Cuánto se purifica y engrandece el alma feliz de quien dignamente le recibe! ¡Qué puede apetecer ella poseyendo á Jesus? ¿Estaba en tinieblas? Disipáranse al instante, porque es la Luz del mundo. ¿Luchaba con la ignorancia? No la tendrá ya, pues posee á la Sabiduría increada. ¿Tiene hambre y sed de luces, de gracias, de virtudes, afectos, &c. &c.? El es comida y bebida verdadera. ¿Está enfermo? Es la medicina de la inmortalidad. ¿Está atribulado? Porta dentro de sí al Divino Triunfador de la muerte y del infierno. Verdad es que quien participa indignamente de este Pan divino, "come y bebe su juicio," como dice San Pablo; pero lo es asimismo, que quien le recibe como debe, todo lo encuentra en aquel tesoro: luz para el entendimiento, fuerza para la voluntad, pureza para el espíritu, preservativo contra el pecado, incremento de gracia, progresos de virtudes, toda la luz de la fe, todo el apoyo de la esperanza, todos los consuelos de la piedad y todas las delicias del amor.

35. ¡Ah, hijos mios! si en vez de divagarnos en esas brillantes quimeras con que nos fascina este mundo; si en vez de engolfarnos en la vida de los sentidos del cuerpo; si en vez de pasear el pensamiento por la vana ciencia del siglo; si en vez de andar mendigando con el corazon afectos, ó resistentes, ó estériles, ó precarios en las criaturas, viniésemos todos á reconcentrarnos al pié de ese Trono de invisible gloria, que consagra con su presencia el Rei Supremo de los cielos y de la tierra, diésemos á tan santo mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terio los tributos de una fe pura y constante, y volásemos en las alas de un deseo vivísimo y al impulso de un amor ardiente á este sagrado convite; si nos dedicásemos todos á merecer cuanto cabe, con nuestra solicitud, vigilancia, ruegos y preparaciones de todo género, el ser nutridos con este alimento divino, la felicidad rebosaría en nuestras almas, y la gloria de la eternidad se nos anticiparia en cierto modo dentro de las riberas del tiempo: seríamos ángeles de luz, sabios de Cristo, esforzados campeones de su milicia, ornamentos ilustres de su Iglesia, vasos preciosos de su gracia, templos augustos de su espíritu, objetos constantes de sus complacencias, miembros dignos de su Cuerpo místico y una especie de repeticiones suyas en la tierra. Sed pues, hijos carísimos, adoradores en espíritu y en verdad y participantes dignos de este Divino Misterio: buscad este alimento, el único de vida eterna, esta bebida que hace correr por nuestras venas la Sangre de Cristo, este vino que engendra vírgenes: apresláos á la regalada Mesa donde se distribuye á los hombres el Pan de los ángeles: acudid á esta fuente que riega con sus aguas y fecunda el campo de las virtudes: desprendéos de ese órden miserable y rastrero de los sentidos y del mundo, para estar de pié, con la dignidad que comunica la percepcion de este Sacramento, en la casa de vuestro Dios: venid á su Tabernáculo, que en él os espera y para él os convida. Si el peso de las tribulaciones de la vida, de los combates del espíritu, de las debilidades de la naturaleza os acongoja y parece rendiros, no desmayéis, que él es la fuerza; no sucumbáis, que él es la vida; no desesperéis, que ya tiende sus manos para descargaros del penoso yugo y aliviaros del insoportable peso. "Venid á mí, os dice desde sus altares, venid á mí los que trabajáis "y estáis cargados, que yo os aliviaré." ¡Oh lenguaje admirable de la caridad de un Dios! ¡Oh palabras de inefable dulzura! ¡Oh generosidad estupenda del amor divino! Venid. ¿Quién os llama? Jesus, el Hombre-Dios. ¿Para dónde os cita? Para su Tabernáculo augusto, donde os espera. "Venid á mí." ¿Con qué motivo? Con el del yugo que os esclaviza, las cadenas que os entraban, los trabajos y tribulaciones que os oprimen: "Venid á mí los que trabajáis y estáis cargados." ¡Y para qué os llama? Para disipar vuestras tinieblas, destruir vuestra ignorancia, revestiros de fortaleza, aliviar vuestras miserias, remediar vuestras necesidades y enriqueceros con sus gracias: "Yo os aliviaré." Ea pues, hijos mios, escuchad esta voz, venid á este llamado, aceptad este convite, libráos de vuestras desgracias, asíos de la virtud, conquistad la santidad; y entónces acabarán vuestras penas, cesarán vuestras alarmas, se disiparán vuestras ilusiones, vivirís con la vida del amor, tendréis la muerte de los justos, y volaréis á incorporaros en el cielo en el dichoso número de los escogidos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAOCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE EL CUARTO ARTICULO DEL CREDO—O SEA
EXPLICACION DOCTRINAL DEL SENTIDO DE CADA UNO DE SUS TERMINOS ENUNCIATIVOS

Unus enim Deus Mediator, unus Mediator et hominum, homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.

No hai mas que un Dios, y un Medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre que se entregó para ser el precio de la redencion de todos.

I. Ad. Tim. Cap. II, v. 5 y 6.

I Nuestra santa Madre la Iglesia, señalándonos en la cumbre del Calvario á Jesucristo vida nuestra clavado y muerto en una cruz, nos le manifiesta con toda la autoridad de su magisterio divino como el Mesías verdadero, que ha consumado ya la mision que le trajo á la tierra; como el Sacerdote Eterno, que acaba de ofrecer al culto del Señor el único sacrificio digno de Su Majestad; como la Víctima de precio infinito, que inmolada en aquel patíbulo de ignominia, dejaba superabundantemente pagada la deuda de todos los hombres, satisfecha la justicia divina y expedita ya toda la misericordia de un Dios, pendiente de este sacrificio para inundar la tierra en un torrente de gracia. Tal es Jesucristo en su Pasion, tal nos le presentan á un mismo tiempo la fe, la historia y la doctrina. Colocado entre Dios y el hombre, viene á ser el único vínculo posible para estrechar de nuevo á la Divinidad con humanidad despues de la primera culpa; y por esto el apóstol San Pablo, volviendo una mirada reflexiva sobre la historia y las causas del rompimiento del hombre con su Dios y la necesidad estrechísima de un Me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terio los tributos de una fe pura y constante, y volásemos en las alas de un deseo vivísimo y al impulso de un amor ardiente á este sagrado convite; si nos dedicásemos todos á merecer cuanto cabe, con nuestra solicitud, vigilancia, ruegos y preparaciones de todo género, el ser nutridos con este alimento divino, la felicidad rebosaría en nuestras almas, y la gloria de la eternidad se nos anticiparia en cierto modo dentro de las riberas del tiempo: seríamos ángeles de luz, sabios de Cristo, esforzados campeones de su milicia, ornamentos ilustres de su Iglesia, vasos preciosos de su gracia, templos augustos de su espíritu, objetos constantes de sus complacencias, miembros dignos de su Cuerpo místico y una especie de repeticiones suyas en la tierra. Sed pues, hijos carísimos, adoradores en espíritu y en verdad y participantes dignos de este Divino Misterio: buscad este alimento, el único de vida eterna, esta bebida que hace correr por nuestras venas la Sangre de Cristo, este vino que engendra vírgenes: apresláos á la regalada Mesa donde se distribuye á los hombres el Pan de los ángeles: acudid á esta fuente que riega con sus aguas y fecunda el campo de las virtudes: desprendéos de ese órden miserable y rastrero de los sentidos y del mundo, para estar de pié, con la dignidad que comunica la percepcion de este Sacramento, en la casa de vuestro Dios: venid á su Tabernáculo, que en él os espera y para él os convida. Si el peso de las tribulaciones de la vida, de los combates del espíritu, de las debilidades de la naturaleza os acongoja y parece rendiros, no desmayéis, que él es la fuerza; no sucumbáis, que él es la vida; no desesperéis, que ya tiende sus manos para descargaros del penoso yugo y aliviaros del insoportable peso. "Venid á mí, os dice desde sus altares, venid á mí los que trabajáis "y estáis cargados, que yo os aliviaré." ¡Oh lenguaje admirable de la caridad de un Dios! ¡Oh palabras de inefable dulzura! ¡Oh generosidad estupenda del amor divino! Venid. ¿Quién os llama? Jesus, el Hombre-Dios. ¿Para dónde os cita? Para su Tabernáculo augusto, donde os espera. "Venid á mí." ¿Con qué motivo? Con el del yugo que os esclaviza, las cadenas que os entraban, los trabajos y tribulaciones que os oprimen: "Venid á mí los que trabajáis y estáis cargados." ¡Y para qué os llama? Para disipar vuestras tinieblas, destruir vuestra ignorancia, revestiros de fortaleza, aliviar vuestras miserias, remediar vuestras necesidades y enriqueceros con sus gracias: "Yo os aliviaré." Ea pues, hijos mios, escuchad esta voz, venid á este llamado, aceptad este convite, libráos de vuestras desgracias, asíos de la virtud, conquistad la santidad; y entónces acabarán vuestras penas, cesarán vuestras alarmas, se disiparán vuestras ilusiones, vivirís con la vida del amor, tendréis la muerte de los justos, y volaréis á incorporaros en el cielo en el dichoso número de los escogidos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAOCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE EL CUARTO ARTICULO DEL CREDO—O SEA
EXPLICACION DOCTRINAL DEL SENTIDO DE CADA UNO DE SUS TERMINOS ENUNCIATIVOS

Unus enim Deus Mediator, unus Mediator et hominum, homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.

No hai mas que un Dios, y un Medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre que se entregó para ser el precio de la redencion de todos.

I. Ad. Tim. Cap. II, v. 5 y 6.

I Nuestra santa Madre la Iglesia, señalándonos en la cumbre del Calvario á Jesucristo vida nuestra clavado y muerto en una cruz, nos le manifiesta con toda la autoridad de su magisterio divino como el Mesías verdadero, que ha consumado ya la mision que le trajo á la tierra; como el Sacerdote Eterno, que acaba de ofrecer al culto del Señor el único sacrificio digno de Su Majestad; como la Víctima de precio infinito, que inmolada en aquel patíbulo de ignominia, dejaba superabundantemente pagada la deuda de todos los hombres, satisfecha la justicia divina y expedita ya toda la misericordia de un Dios, pendiente de este sacrificio para inundar la tierra en un torrente de gracia. Tal es Jesucristo en su Pasion, tal nos le presentan á un mismo tiempo la fe, la historia y la doctrina. Colocado entre Dios y el hombre, viene á ser el único vínculo posible para estrechar de nuevo á la Divinidad con humanidad despues de la primera culpa; y por esto el apóstol San Pablo, volviendo una mirada reflexiva sobre la historia y las causas del rompimiento del hombre con su Dios y la necesidad estrechísima de un Me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diador entre ambos seres para la renovacion de su alianza, señala á nuestro Señor Jesucristo como el único capaz de serlo en pro de la delincuente humanidad y para la satisfaccion y gloria de un Dios ofendido. "No hai mas que un Dios, dice á su discípulo Timoteo, "y un Mediancro entre Dios y los hombres, que es Jesucristo Hombre, que "se entregó para ser el precio de la redencion de todos:" *Unus enim Deus Mediator, unus Mediator et hominum, Homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.*

2. Ved aquí, amados hijos, el gran misterio, magnífico centro de todos los demas: ved aquí el acontecimiento por excelencia, el objeto y fin de la Encarnacion del Verbo, el por qué de todas las profecías, figuras y representaciones de la Lei antigua, el cumplimiento exactísimo de las promesas, el fundamento de la religion cristiana, la piedra angular de la Iglesia católica, el reservatorio infinito de todas esas gracias que se reparten al pueblo fiel por los siete canales de los Sacramentos en el Universo católico, el precio de nuestra redencion, la reconquista de nuestra plena felicidad, los títulos auténticos, firmados con la sangre del Justo, para entrar en su reino. Hé aquí por qué nuestra Santa Madre la Iglesia ha tenido, tiene y nunca dejará de tener el empeño mas grande por que este misterio sea conocido, entendido y plenamente aprovechado de todos los los fieles, y á fin de facilitarles un medio seguro de meditar con el mayor fruto en la Pasion y muerte de nuestro Redentor, le ha dedicado el cuarto artículo del Credo.

3. Examinando atentamente, amados hijos, los términos enunciativos del dogma que nos enseña la Pasion y muerte del Redentor, vemos que en él descuellan, por decirlo así, tres puntos elevados, sobre los cuales debe ir pasando nuestra consideracion. Jesucristo *padeció bajo del poder de Poncio Pilato;* hé aquí unas palabras que nos expresan el carácter dominante de este gran misterio, que consiste precisamente en la Pasion y muerte de un Hombre-Dios: este es un punto que se dirige á nuestra fe, presentándola el dogma de un Dios que padece y muere, no en cuanto Dios, pero sin que esto destruya la verdad que acabo de enunciar. Este hecho nos conduce á indagar el motivo, la causa, el objeto y fin de tal sacrificio; y la misma fe, mostrándonos que Jesucristo padeció por nosotros, á fin de pagar á su Eterno Padre la deuda infinita de la culpa, funda y robustece nuestra esperanza con la seguridad que tenemos de haber sido perfectamente reconciliados con Dios por Jesucristo para la vida eterna. Por último, estas palabras *fué crucificado, muerto y sepultado*, cerrando la historia de la Pasion de Jesucristo, pues que su término fué la muerte de Cruz y su consecuencia precisa la sepultura, nos muestran mui al vivo toda la intensidad del sacrificio, toda la superabundancia de la satisfaccion, todo el esfuerzo del amor divino en favor de los hombres, y bastan para inflamarnos con este fuego sagrado, y atraer nuestro corazon hácia tan gran misterio reconcentrándole todo en la Cruz del Salvador. Dignidad infinita de la víctima que padece; motivos y causas que determinan este padecimiento; carácter é intensidad suma del sacrificio: he aquí los tres puntos que encierran, como acabáis de ver, los términos enunciativos del cuarto artículo del Credo. Recorramos, pues, estos tres puntos, fijando en cada uno sucesivamente nuestra mas atenta consideracion, y esto bastará, no hai que dudarlo, para corresponder con nuestro aprovechamiento en la inteligencia de este misterio, á la tierna y constante solicitud con que se empeña nuestra Santa Madre la Iglesia en inculcarle.

I.

4. Mas ántes de entrar á explicaros cada uno de estos puntos, creo mui conveniente manifestaros por qué tuvieron tan especial cuidado los apóstoles de consignar en este artículo de nuestra fe la circunstancia particularísima de haber padecido el Mesías debajo del poder de Poncio Pilato, pues de esta suerte podré conducir vuestra inteligencia por mas fácil camino. Tuvo motivos mui graves la Santa Iglesia para no limitarse á la simple cita de una fecha cuando quiso señalar el tiempo en que padeció Jesucristo; pues la designacion del gobierno de Poncio Pilato era de la mayor importancia, por las razones que brevemente voi á manifestaros. En primer lugar, para caracterizar bien la época de la Pasion del Redentor, á fin de que un suceso de tal magnitud estuviese constantemente manifiesto en el gran cuadro de la historia: en segundo lugar, para declarar aun en el Símbolo el cumplimiento de las profecías, y especialmente de aquel anuncio solemnísimo que habia hecho á sus discípulos al partir para Jerusalem. "Mirad que vamos á Jerusalem, les decia, donde el Hijo del hom-"bre ha de ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le con-"denarán á muerte y le entregarán á los gentiles para que sea escarnecido, y azotado, "y crucificado." Pues bien, amados hijos, Pilato era un magistrado gentil: á él se presentaron los judíos entregando á Jesucristo, precisamente para que le escarneciese, azotase y crucificase; y él le escarneció, remitiéndole á Heródes como para divertir su curiosidad y reconciliarse con él, y le mostró al pueblo vestido de rei de burlas, y le mandó azotar atado á una columna, y le sentenció á muerte de cruz. Ved pues, qué profecía tan detallada y qué realizacion tan cumplida: ved cómo aparece aquí armado el poder de las tinieblas para sacrificar al Justo, y lo mucho que importaba mencionar en este artículo del Símbolo que Jesus padeció bajo el poder de Poncio Piláto.

5. Viniendo ahora al punto que me propongo explicaros en esta primera parte, os diré, que con solo buscar las relaciones mas naturales de la palabra *padeció*, tendrémos lo necesario para formarnos una idea de lo que encierra el misterio de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, considerada, como aquí nos proponemos meditarla, bajo un punto de vista mas general. Padecer, hijos mios, es sufrir, sentir pena ó amargura, ó desconsuelo, ó dolor, ó todo junto: padecer es un sentimiento siempre penoso, triste y desconsolador; es la parte enferma, digámoslo así, de la humanidad. Toda nuestra vida física y moral anda por una carrera de vicisitudes diversas que la traen siempre alternando entre el placer y el dolor. Estos dos sentimientos, compañeros nuestros y enemigos el uno del otro, son tan conocidos de toda la humanidad, que no han menester explicarse, porque han recorrido, recorren y nunca dejarán de recorrer todos los países y todas las moradas habitadas del hombre. Pues bien: Jesucristo, que vino á la tierra con una mision de sacrificio, echó sobre sí todo el padecer de la humanidad, todas sus penas; y este conjunto de sufrimientos y dolores en su mayor intensidad y en todos sus extremos es lo que constituye su acerbísima Pasion. Para seguir pues el órden mas pro-

pio en esta meditacion importantísima, debemos comenzar observando que quien padeció es Jesucristo, lo cual debe servirnos para entender en qué sentido se dice con toda verdad que Dios padeció y murió, y penetrarnos, cuanto es dado á nuestra naturaleza, de la dignidad infinita de la víctima sacrificada por nosotros.

6. *¿Quién es Cristo? Dios y Hombre verdadero. ¿Cómo es Dios? Porque es natural Hijo de Dios vivo. ¿Cómo es Hombre? Porque es tambien Hijo de la Virgen María.* ¿Un Dios puede padecer y morir? No, hijos mios, porque Dios es impasible tan esencialmente, que si no lo fuera, dejaria de ser Dios. *Siendo pues inmortal, ¿cómo pudo morir? "Porque junto con ser Dios era tambien Hombre mortal.* Y sujetándose á la muerte, ¿cobró acaso por una inevitable necesidad? La Pasion es una cosa tan libremente decretada como espontáneamente admitida. Ved pues aquí, amados hijos, todo el fondo de este misterio en su carácter esencial. Ved aquí pues lo que debemos entender y creer cuando, refiriéndonos á Jesucristo en este misterio, decimos con el Símbolo: *Padeció.* ¿Quién padeció? Un Dios Hombre. ¿En cuál de sus dos naturalezas padeció? En la humana; pues padeció, no en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre. ¿Puede decirse, sin embargo, que Dios padeció? Sí, por lei de personalidad. ¿En virtud de qué padeció? de una plena libertad con que aceptó el sacrificio. Veamos pues cómo, sin entrar en ese fondo cubierto con las tinieblas de la Majestad, podemos hallar en las mismas luces de la ciencia las que bastan para entender lo que creemos y confesamos al decir: en primer lugar, que quien padeció es un verdadero Dios; en segundo, que Cristo padeció, no en cuanto Dios, sino solo en cuanto hombre; en tercero, que sin embargo de esto, puede y debe decirse que un Dios padeció y murió; y por último, que en este sacrificio hai una plena libertad en el decreto que le manda y en la voluntad que le acepta.

7. No me detendré, hijos mios, á demostraros aquí las dos primeras verdades, pues con haberos instruido ya plenamente sobre los misterios de la Santísima Trinidad y el de la Encarnacion del Verbo en las entrañas purísimas de María, me basta simplemente indicarlas, para dar unidad á la doctrina del misterio de la Pasion y muerte de Jesus. En mi tercera instruccion preliminar, donde me propuse daros una idea de nuestra dignidad y excelencia como cristianos, derivé tan gloriosos títulos, como podréis recordarlo, de los caractéres mismos del Mesías. Allí os manifesté, breve pero competentemente, las pruebas dogmáticas de la Divinidad y Humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Tambien recordaréis que cerré mis preliminares con una demostracion especialísima de que Jesucristo es Dios, exhibiendo las pruebas que se deducen de ambos Testamentos, y por consiguiente, las que forman por sí, ya las figuras realizadas, ya las profecías cumplidas, ya los milagros y doctrina de Jesucristo, ya la propagacion de su Evangelio, ya el establecimiento y perpetuidad de su Iglesia. Si pues Jesucristo es el que padeció y murió, como el Símbolo de la fe nos lo enseña, basta lo que ya estaba explicado, para que veais y entendáis á toda luz cómo quien padeció y murió era un verdadero Dios.

8. En cuanto al segundo concepto, nada me parece haber dejado ni por explicar ni por demostrar con prueba dogmática, en mi décimasexta instruccion de esta prime-

ra parte, cuyo objeto es nada ménos que la Santa Humanidad de Jesucristo en el misterio de la Encarnacion. Allí visteis cómo, para realizar Dios por medio de un sacrificio doloroso y de infinito merecimiento el plan de reparacion que concibió desde su eternidad en pro de los hombres á fin de salvarles, fué de todo punto indispensable que su Verbo increado, su mismo Unigénito se revistiese de nuestra naturaleza: porque no siendo capaz de padecimiento ninguno la Divinidad, era necesario, para que Dios padeciese por el hombre, que uniese á sí una naturaleza capaz de padecer y morir. Si pues tal necesidad habia de la naturaleza humana para semejante sacrificio, claro es que Jesucristo padeció y murió, mas no en cuanto Dios porque esto habria sido imposible, sino solo en cuanto hombre. Allí os expliqué tambien las consecuencias dogmáticas de tan alto misterio, ya en lo concerniente á la distincion real de las dos naturalezas que hai en Jesucristo, ya en lo relativo á la union hipostática de ambas en la Persona única del Verbo Divino; y esta explicacion, al paso que me facilitó el desenvolveros el dogma de la Encarnacion, exponiendo tambien sus consecuencias, me sirvió de ocasion mui oportuna para enseñaros cuál debe ser nuestro lenguaje al hablar de los misterios de nuestro Señor Jesucristo, y en qué casos es admisible la comunicacion de idiomas. Con esta doctrina bastaria tambien para entender la primera verdad que aquí me propongo explicaros; mas no habiendo sido allí acerca de ella tan explícito como conviene, y siendo por otra parte su explicacion tan propia de este lugar, voi á manifestaros cómo sin embargo de haber padecido solo en cuanto Hombre, y no en cuanto Dios, puede y debe decirse que un Dios padeció y murió

9. Jesucristo Señor nuestro, desde que encarnó en las entrañas de María, unia de tal suerte las dos naturalezas, que siendo hombre, ni un solo momento dejó de ser Dios: tuvo su humanidad paciente y en extremo atribulada, pero unida siempre á su Divinidad, y en consecuencia padeció en cuanto hombre quien era un Dios, y sin dejar de ser Dios al tiempo de padecer: por lo cual, aunque la Divinidad no padeciese, con padecer Jesucristo, que es Dios, basta para decir que Dios padeció. Hai más: aunque hai en Jesucristo dos naturalezas, conviene á saber: la divina y la humana, no por esto hai dos Jesucristos, dos personalidades, dos individuos; sino un solo individuo, un solo Jesucristo, una sola persona. ¿Qué persona? ¿la humana por ventura? No, hijos mios: la humanidad en Cristo no constituye persona, como sucede en nosotros. Nuestro ser humano es una persona por no estar unida á superior naturaleza que le perfeccione: si estuviese unido á otra naturaleza mas perfecta, dejaria de tener ya la razon de persona. Jesucristo es un perfecto hombre; pues nada le falta, teniendo como tiene un cuerpo organizado y una alma racional unida á este cuerpo. Si fuera solo hombre, constituiria su humanidad, como en cualquiera de nosotros, una persona; pero como es, no solo hombre, sino tambien Dios, su humanidad está unida con otra naturaleza mas perfecta y por lo mismo ya no tiene la razon de persona. ¿Dónde está pues la personalidad de Cristo? En su Divinidad. ¿Por qué? Porque la Divinidad ni está ni puede estar nunca unida con otra naturaleza mas perfecta; pues ya sabéis que la Divinidad es lo infinito, y que lo infinito es aquello respecto de lo cual no existe ni concebirse puede cosa mayor ni mas perfecta. Luego en Jesucristo no

hai mas que una persona: luego esta persona está en su Divinidad: luego es persona en cuanto Dios, y tánto, hijos mios, que es el Verbo Eterno, la segunda Persona de la Trinidad Augusta. Ahora bien: en la personalidad está el centro de todas las referencias, porque á ella se refiere todo lo que hai en el individuo: luego á la Divinidad de Cristo se refieren los actos de Cristo, aun cuando no sean actos propios de ella. ¿Queréis un ejemplo? Tomadle en cualquiera de vosotros. ¿Dónde está vuestra personalidad? ¿En el cuerpo? No, porque está unido al alma, que es naturaleza mas perfecta. ¿En el alma? Sí, porque no está unida á naturaleza mas perfecta. Ahora bien: ¿cuál es la palabra que recoge todas las relaciones de vuestra personalidad? El *Yo* humano: quien dice *Yo*, dice principio y centro de accion, abraza todo el movimiento de su ser. Cuando vuestro cuerpo, por ejemplo, come, bebe, huele, paipa, &c., &c., ¿no es cierto que tal cosa no es de vuestra alma? Sí. ¿Y que decís? "Yo cómo, yo bebo," y decís bien; pues aunque el alma ni come, ni bebe, ni toca, ni es tocada por ser espíritu, como en ella está vuestra personalidad, á ella lo referís todo. Del mismo modo pues, cuando la humanidad de Jesucristo padece, todo este padecer se refiere á su *Yo*. Jesucristo pudo decir: "Yo padezco, moriré y seré sepultado," sin embargo de que su Divinidad era incapaz de morir, padecer y ser sepultada. Ved aquí, pues, cómo quien padeció fué Jesucristo, cómo padeció en cuanto hombre, y no en cuanto Dios; y cómo, sin embargo de esto, siendo una sola persona, consistiendo esta personalidad en su ser divino, y refiriéndose á la personalidad cuanto pertenece al individuo, puede y debe decirse que Dios padeció y murió.

10. Mas ¿por qué padeció nuestro Señor Jesucristo? La Pasion de Cristo, hijos mios, es un efecto; luego tiene una causa: descubrir esta causa es el saber por qué padeció y murió. He dicho que es un efecto, y debo añadir que es un efecto libre y no necesario: pudo no haber habido pasion. Si pues la hubo, es porque precedió á ella la resolucion de una libertad perfecta. He aquí la última verdad que me proponia demostraros en esta primera parte: atendedme. La Pasion de Jesucristo es el sacrificio del Hijo á la justicia del Padre, es decir: que el Padre quiso sacrificar á su mismo Hijo, entregándole á la Pasion, y que sin embargo, el Hijo quiso que se cumpliese este decreto de su Padre con plena libertad. Que Cristo fué entregado al sacrificio por disposicion directa de su Padre celestial, es un dogma de la fe bien inculcado en las Sagradas Letras. Cuando Isaías dice: (LIII, 6.) "Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas, cada uno se desvió por su camino; mas el Señor puso sobre él las "maldades de todos nosotros," claramente nos inculca esta importante verdad. Este *él*, sobre quien puso Dios las maldades de los hombres, es el Mesías á quien profetiza. Poner sobre uno los delitos de otros, es hacerle personalmente responsable de ellos, y por lo mismo destinarle al castigo: luego el Padre decretó que su Hijo padeciese por los pecados del mundo. Adelante leemos (v. 8.) unas palabras todavía mas explícitas: habla el mismo Dios, y dice: "Yo lo herí por los pecados de mi pueblo." Luego la Pasion de Cristo es el castigo que el Padre mismo le aplicó por la deuda de la culpa. Por esto el apóstol San Pablo, encareciendo la fecundidad prodigiosa del sacrificio del Mesías y su poder para traernos á los hombres todas las gracias de su Padre, dice: (Rom. VIII,

32) "El que no perdonó á su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó á la "muerte, ¿cómo no nos habrá dado tambien con él todas las cosas?" Ved pues, hijos mios, cómo la Pasion de Cristo fué decretada libremente por su Padre: libremente sí; porque Dios es infinitamente libre, porque pudo haber perdonado sin exigir satisfaccion ó con una satisfaccion imperfecta y ligera, y porque pudo haber quedado plenamente satisfecho, sin necesidad de tan dolorosa Pasion é ignominiosa muerte, con un solo suspiro penoso de su Verbo encarnado.

11. Mas no por esto imagineis, hermanos carísimos, que Jesucristo padeciese por necesidad, fuerza ó coaccion alguna; pues el dogma católico nos enseña con la autoridad de la Santa Escritura, que padeció porque así lo quiso, padeció con deliberacion, padeció con plena voluntad. El mismo profeta cuyas palabras acabáis de oir, y en el mismo capítulo donde las vierte, nos inculca en términos bien claros tan importante verdad. "Ofrecióse, dice (v. 7) refiriéndose al Mesías, "ofrecióse porque él quiso: *Oblatus est quia ipse voluit.*" Pero, ¿qué necesidad tenemos de consultar los oráculos de los Profetas, cuando el mismo Jesucristo tuvo cuidado muí especial de inculcar á sus discípulos y en ellos á nosotros la espontaneidad plenísima de su sacrificio? Muéstrase como el buen Pastor, el Pastor por excelencia; caracteriza esta bondad con una doble plenitud, la de un entendimiento que conoce y la de una voluntad que ama; y en consecuencia nos asegura que conoce á sus ovejas todas, y las ama tánto, que da la vida por ellas. "Yo doi, dice (Joann. X, 17 y 18), "Yo doi mi vida *por mis ovejas*..... Nadie me "la arranca, sino que yo la doi por mi voluntad."

12. Siendo pues una cosa tan manifiesta la libertad con que el Padre Eterno entregó á su Hijo á la Pasion y muerte, y la espontaneidad plenísima y absoluta con que este Divino Hijo se resolvió á padecer y morir por nosotros, ¿cómo concertar, me diréis, la libertad del Hijo con el decreto del Padre? Jesucristo, hermanos carísimos, es Dios y Hombre verdadero: voí, pues, á explicaros la dificultad propuesta, de una manera muí clara. ¿El Padre es Dios? Sí. ¿El Hijo es Dios? Sí. ¿Son por ventura dos dioses? No sino uno en esencia. ¿El Padre tiene voluntad y libertad? Sí. ¿El Hijo tiene voluntad y libertad? Sí. ¿Hai por esto dos voluntades y dos libertades? No, sino una sola voluntad y una sola libertad; la voluntad y libertad del Padre es la misma voluntad y libertad del Hijo: luego al decreto de la Pasion concurrió el Padre y el Hijo con una sola voluntad y libertad. Mas, Jesucristo es no solo Dios, sino tambien Hombre, y en este sentido habla cuando se muestra pasible, obediente, sometido. Cuando despues de decir que da la vida de su propia voluntad, añade: "Este es el "mandamiento que recibí de mi Padre," se muestra como hombre, sometido sin restriccion alguna y de todo corazon á la divina voluntad de su Eterno Padre. Pues bien: la obediencia de Jesucristo en cuanto hombre es tambien verdaderamente libre. ¿Por qué? Porque en Jesucristo está la humanidad perfecta: si pues un hombre cualquiera, en el hecho de serlo, es verdadera y moralmente libre, ¿cómo podríamos desconocer esta libertad en aquel de quien estaba escrito que era el mas perfecto y hermoso de los hijos de los hombres? Ved, pues, cómo la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, ya la consideremos en la justicia del Padre celestial que la decreta, ya en el amor infinito de

su Unigénito encarnado, que la sufre para cumplir la voluntad de su Padre, tuvo el pleno carácter de un sacrificio perfectamente libre y espontáneo. Pasemos ahora pues, á considerar las causas extrínsecas de tal decreto y tal sumision: mas este es el objeto de la segunda parte.

II.

13. No basta ciertamente, hijos mios, para conocer en toda su extension las causas del sacrificio del Hombre Dios, el saber que se determinó á él con la misma libertad con que su Eterno Padre le hubo decretado: es necesario adelantarnos á buscar los agentes poderosos que movieron al Padre á decretar el sacrificio de su Hijo, y al Hijo á obedecer con toda libertad el decreto de su Padre. Hai varias especies de causas, como ya os lo tengo dicho, y ahora debo añadir que todas concurrieron á su turno en la Pasion de nuestro Señor Jesucristo. Hai una causa ocasional, es decir: un hecho que sirve de ocasion ó motivo para el efecto; hai una causa motriz, una fuerza eficaz que mueve á la causa eficiente á producir su efecto; hai, por último, una causa final, y es, como lo expresa la palabra, el fin que se propone cada uno al obrar. Veamos pues como concurren á esta obra dolorosísima de la Pasion y muerte de Jesus todas las causas que acabamos de recorrer.

14. ¿Cuál es, me diréis, la causa ocasional de la Pasion y muerte de Jesucristo? Aquel hecho, hijos mios, que sirvió de ocasion y motivo á que la decretase el Padre y la aceptase el Hijo. ¿Y cuál fué, volveréis á preguntarme, este primer hecho que sirvió de ocasion para tal decreto y tal sacrificio? Bien lo sabéis, bien lo sabe el Universo entero: el pecado, todo el pecado, y solo el pecado; el pecado, porque sin él no habria padecido el Señor, no se habria decretado tal sacrificio, y porque él bastó para que uno y otro sucediese: todo el pecado, porque no hai en él nada sin participio en su carácter ocasional, y por lo mismo, todo cuanto en esta palabra se contiene sirvió de ocasion á Dios para decretar un sacrificio tan doloroso: solo el pecado, porque fuera de él todo es bueno, todo es santo, todo es digno, todo atrae dulcemente las miradas de Dios, y contribuye á la dicha del hombre: quitad el pecado, y la tierra será el espejo del cielo; poned el pecado, y un caos inmenso, un abismo infinito dividirá esencialmente á Dios del hombre. Mas hai dos grandes géneros de pecados; el que se hereda y el que se comete; el de la estirpe y el de cada uno; el original y el personal. ¿Cuál pues de ambos sirvió de ocasion al sacrificio de Cristo? Uno y otro, hijos mios; pues ya os he dicho que todo pecado; mas en el órden mismo con que vinieron á contaminar la tierra, el primer acechador de aquella víctima santa, la ocasion primordial de tan inmenso sacrificio, fué el pecado original, aquella primera trasgresion de Adan, que rompió los vínculos entre el cielo y la tierra, que corrompió á toda la humanidad en su fuente, y que se hubo trasmitido al género humano, por lei de forzosa consecuencia, como un legado tristísimo de miseria, de infamia y de muerte; y despues de él vino el pecado personal en toda su escala, en sus varias especies y en todos los hombres. Quiso pues, Jesucristo Señor nuestro padecer y morir, porque el hombre ofendió á su Dios, quebrantó la divina Lei, rompió su pacto y descendió á la muerte.

15. Pero ¿qué es esto, me diréis, de padecer y morir un Dios por el pecado del hombre! Si se dijese que este pecado sirvió de ocasion á la ruina de la humanidad, y de fundamento á la Justicia divina para castigarla eternamente, bien descubriríamos en el pecado una causa ocasional del castigo. Pero esto de que haya dado márgen á la Pasion del Señor, es cosa que no se comprende. Tal es el raciocinio que forma desde luego la razon, y en que permaneceria constantemente firme, si la fe no hubiese venido á ilustrarla. Ved pues ahora cómo la razon misma, sirviéndose de la fe, nos descubre todo el carácter de esta ocasionalidad de la culpa. El pecado, hijos mios, rompió esencialmente los vínculos morales que unian al hombre con su Dios, cambiando así lo mas perfecto y grato que habia en las relaciones de ambos seres. ¿Por qué? Porque el pecado es la rebelion del hombre contra Dios, y esta rebelion que, considerada en su causa, no sale de la esfera de la limitacion humana, vista en su objeto y en sus efectos, toma las proporciones de un mal infinito. ¿Por qué lo primero? porque ataca á Dios, que es infinito. ¿Por qué lo segundo? porque priva de Dios, que es un bien infinito, y atrae hácia el delincuente la accion de la justicia de Dios, que es un castigo infinito. El pecado pues trae dos males, uno para Dios, por explicarme de esta suerte, y otro para el hombre: para Dios, el privarle de su perdurable union con la mas perfecta de las obras que crió despues del ángel, y de la gloria que le daria esta criatura, entrando en la posesion de su reino, por los siglos de los siglos: para el hombre, privarle eternamente de su Dios, y por consiguiente, arrebatarle sin esperanza el fin para que fué criado, lo cual importa una pérdida infinita, y sujetarle, por otra parte, á padecer todo linaje de tormentos eternamente, porque solo de esta suerte seria debidamente castigado. Habia pues una necesidad imperiosa de que el hombre se reconciliase con Dios, para que aquellos dos males desapareciesen. ¿Cómo conseguirlo? El hombre no podia reconciliarse con Dios sin ser perdonado; y si Dios no queria dejar desairada su justicia, tampoco podia perdonar al hombre sin quedar satisfecho. Luego era indispensable un sacrificio infinito capaz de satisfacer á la justicia infinita de un Dios ofendido, y una misericordia infinita capaz de perdonar la deuda infinita de la culpa. Esta necesidad, hijos mios, presupone una cosa que nunca debéis olvidar, y es que Dios, aunque podia mui bien reconciliarse con el hombre, ya perdonándole sin exigirle ninguna satisfaccion, ya contentándose con un pago insignificante, no lo quiso así; mas ántes bien, exigió para concertar los derechos de su justicia con los impulsos de su misericordia una satisfaccion plena y cabal de la deuda, una paga de precio infinito. ¿En qué habia de consistir esta paga? En un sacrificio, en un castigo, en una pena. ¿Dónde hallar este sacrificio, pena y castigo capaz de cancelar una deuda infinita? ¿En la humanidad acaso? No, hijos mios: nada tiene la virtualidad humana capaz de tanto: se requiere una víctima pura, y la humanidad está profundamente contaminada; se requiere una víctima santa, y la humanidad ostenta en su frente un sello de ignominia que demuestra la vida de la culpa y la esclavitud del demonio; se requiere una víctima de infinito precio, y la humanidad pobre y miserable todo lo tiene mui limitado. Si pues de aquí nada puede aguardarse, ¿dónde hallarémos la víctima? ¿En la Divinidad? Hijos mios, ella es pura, santa, inmaculada, infinita; pero no puede ser víctima, porque es esencialmente feliz y gloriosa; no puede padecer, porque es esencial-

mente impasible; no puede morir, porque es esencialmente inmortal. ¿Dónde hallar pues tan necesario recurso para la humanidad atribulada? En una víctima tal, que supla lo que á la humanidad le falta para lo santo é infinito del sacrificio, y á la Divinidad la dé un medio de suplir su falta esencial de pasibilidad: es necesario un Dios-Hombre. Si hai un Dios-Hombre, poseerá la humanidad en su mas grande perfeccion moral, y dignificándola con su Divinidad misma, la dará en todos sus pasos y en todas sus penas un merecimiento infinito. Ved pues, cómo el medio único de reparar en todo y por todo el mal causado por la culpa era la Pasion y muerte de Jesucristo, pues Jesucristo es verdadero Dios y Hombre; y ved asimismo cómo pudo suceder y en qué sentido se dice que el pecado fué su causa ocasional.

16. Mas para esto, hijos mios, era de todo punto necesario que Dios, á la vista de la culpa, se inclinase mas á perdonarla que á castigarla debidamente: era necesario que Dios quisiese salvar al mundo, reconciliarse con el hombre y abrirle otra vez las puertas de los cielos. Luego, si la Pasion y muerte de Cristo reconoce al pecado por causa ocasional, es porque, decidiéndose Dios á salvar al hombre, se sintió movido á esto por su misericordia infinita, y en consecuencia, que la causa motriz de este decreto y su cumplimiento fué precisamente la infinita misericordia del Señor. Ved aquí concurriendo en una las dos causas por motivos mui diversos: el pecado que pone en accion la justicia de Dios, á quien clama por su castigo; y la misericordia, que condoliéndose del hombre, quiere salvarle aunque con un medio tan doloroso.

17. Sin querer he prevenido la cuarta de las causas de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, y es aquella que se refiere al fin que se propuso el Padre para decretarla, y el Hijo para aceptarla entregándose á ella con tanta libertad como sumision. La causa final, ó sea el fin de la Pasion y muerte de Cristo, era pues, hijos mios, la salvacion de los hombres, la restauracion de la virtud en la tierra, la renovacion de la alianza entre Dios y la humanidad, la reconquista para ésta de aquellos preciosos títulos que la serpiente maldita consiguió arrancarle de sus manos desde su misma cuna. Por esto el símbolo de Nicéa, queriendo expresar en un solo concepto el fin de la Encarnacion y la ocasion de la Pasion y muerte de Cristo, dice: "que por nosotros los hombres y para nuestra felicidad eterna bajó de los cielos:" *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelis;* y que por nosotros tambien padeció debajo del "poder de Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado: *Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato, passus et sepultus est.*

18. Pudiera todavía, hermanos carísimos, detener vuestra atencion sobre otro linaje de causas: pudiera mostraros en el ciego furor de los judíos y gentiles para sacrificar al Mesías, la causa instrumental de que se sirvió la Justicia eterna para llevar á efecto su decreto de castigo con la Pasion y muerte de su Hijo Unigénito. Ellos obraron con toda libertad en aquella carrera de furor; persiguieron al Justo porque así lo quisieron, ahogando sus propios sentimientos para dar curso libre á sus mas encarnizadas pasiones: pero no creyeron que aquel á quien perseguian era el Hijo de Dios; porque de otra suerte no lo habrian perseguido, como lo advierte el Apóstol, y en este caso habria faltado un instrumento que pusiese por obra los planes del Eterno Juez. Podria tambien hablaros de la causa ejemplar, es decir: de aquella que sirve de tipo ú ejemplo para producir el efecto, como un original para la copia que saca el artista, y esto, hijos mios, no porque aquel sacrificio hubiese tenido algun otro que imitar, pues fué incomparable, inimitable y único; sino porque Dios dibujó en su mente, por explicarme así, el cuadro de aquella Pasion dolorísima en todas sus partes y desde la eternidad, y tambien porque, á fin de prepararla en el mundo, la quiso ir figurando anticipadamente como en bosquejo, ya en las descripciones que hacian de ella los Profetas, ya en algunos caractéres históricos como el de Job, el de Isaac y otros, que habian de asomar de léjos algunas faces de esta perspectiva inmensa de dolor. Pero me he extendido ya demasiado, y por lo mismo, reduciendo á esto mi explicacion de lo segundo que me he propuesto enseñaros en esta carta, paso á lo tercero, que consiste, como bien sabéis, en el carácter propio de aquel padecimiento de Cristo, en su intrínseca gravedad, en aquella intensidad tan grande que excede á toda ponderacion.

III.

19. Mas, ¿como tratar de esto sin hacer una experiencia inútil, un ensayo infructuoso con el discurso? ¿Dónde está el entendimiento capaz de concebir, ni la lengua capaz de explicar aquel insondable abismo de penas y tormentos que abraza la historia de la Pasion y muerte de Jesus? ¡Ah, hermanos carísimos! el alma se confunde, la lengua se anuda, nuestro ser todo se anonada en vista de este cuadro. Tormentos horribilísimos en el alma, dolores incomparables en el cuerpo, humillaciones inmensas, lo infinito, digámoslo así, en el padecer: he aquí la Pasion y muerte del Redentor del mundo. Verdad es que su alma estaba unida con su Divinidad, y que ésta es impasible; mas no por ello dejó de sufrir, y sufrir sobre todo encarecimiento. Habiendo tomado la naturaleza humana precisamente para padecer y morir, conservó su alma, sin embargo de ser Dios, en la mas absoluta pasibilidad. Criada para padecer y segun sus altos designios, debemos creer que aquella alma fué la mas delicada, la mas tierna, la mas sensible al dolor; debemos creer que ninguna alma es capaz de los padecimientos que el alma de Cristo, pues todo esto y mucho mas, que nuestra pobre mente no alcanza, suponen aquellas palabras de insondable misterio y altísimo sentido con que nuestro Señor quiso dar á entender las penas interiores con que se hallaba atormentado. Y si esto sucede tratándose de su alma, ¿qué diremos de los tormentos horrorosos, intensísimos y en cierto modo sobrehumanos de su bendito cuerpo? Hijos mios, ni las unas ni los otros pueden ser nunca debidamente ponderados. Si se reuniesen en uno todos los caractéres mas sensibles y tiernos y todas las naturalezas mas capaces de dilatar el campo al dolor, tened por cierto que no podrian igualar al inefable padecer de Jesucristo. Ved, si no, lo que su alma padeció al comenzar su Pasion, y luego seguidle desde aquí hasta verle espirar en una cruz.

20. Al dar su primer paso para ir á postrarse en oracion en el Huerto de Getzemaní, dice el Evangelista San Matéo, que empezó á entristecerse y á angustiarse, es decir: á sufrir las mas terribles penas en el alma, y luego añade que, volviéndo-

se á Pedro, Juan y Santiago, les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem.*" Contemplad si podéis, hijos carísimos, toda la energía de esta expresion, esta tristeza del alma hasta la muerte: decid cuanto queráis, y estoi seguro que no conseguiréis explicarla: "Mi alma está triste hasta la "muerte." ¡Qué situacion! ¡qué carácter! ¡qué concepto! ¡Tristeza sola, tristeza toda, tristeza suma, tristeza inconsolable, tristeza constante, tristeza sin término, tristeza hasta la muerte! *Tristis est anima mea usque ad mortem.* ¿Véis, pues, los tormentos de aquella alma santísima referidos por sus discípulos segun lo que ellos presenciaron, y expresados divinamente por él mismo en las palabras que acabáis de oir? Vedles ahora salir de ella misma, sorprender á la naturaleza y mostrarse al mundo en la Oracion del Huerto. Oid cómo la narra el evangelista San Lúcas (XXII 41 h. 44). "Hincadas las rodillas, hacia oracion, diciendo: "Padre *mio*, si es de tu agrado, aleja de "mí este cáliz: no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya. En esto se le apare- "ció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía oraba con mayor intension. "Y vínole un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo." No es posible pintar ni hacer sentir, con las palabras este cuadro del Hijo de Dios repeliendo con todo el horror de que la naturaleza es capaz el cáliz de su Pasion; volviéndole á tomar con un rendimiento que no tenia ni tendrá semejante en los anales de la virtud; agonizando de pena hasta necesitar para no sucumbir que un ángel le socorra, y haciendo patente en su cuerpo mismo todo el carácter de esta pena con un sudor de sangre verdaderamente milagroso. Si las penas del alma, en sentir de los profundos conocedores del hombre, son incomparablemente mayores que las del cuerpo, ¿cuáles serian pues, las del espíritu de Jesucristo en aquella crísis violentísima, en que parecian luchar su Divinidad con su humanidad misma, su horror á la muerte con la sed que tenia de padecer por los hombres! Reunid en un punto las congojas internas, los grandes padecimientos, las aflicciones mas terribles que abraza la historia de la humanidad desgraciada, y os diré sin vacilar, que todo este vasto conjunto, comparado con el padecer de Jesucristo en aquella noche memorable, seria como una imperceptible gota en frente del Océano. ¡Cuánto no dicen aquel retiro solitario, aquella actitud rendida, aquella oracion misteriosa, aquel recogimiento profundo súbitamente interrumpido con esta repulsa de horror: "Padre *mio*, si es de tu agrado aleja de mí este cáliz!"

21. Todos los pecados del mundo, desde el primero que arrojó al hombre del Paraíso hasta el último que habia de cometerse al terminar los siglos, gravitaban en aquel instante sobre el alma del Redentor: toda la ingratitud pasada, presente y futura descargaba sus golpes en aquel corazon tierno: todas las calumnias de sus enemigos, todas las blasfemias contra su nombre, todas las herejías contra su doctrina, todos los discursos contra su religion, todas las profanaciones de su Templo, las participaciones sacrílegas de su Cuerpo y de su Sangre, todos los golpes diversos que la mas encarnada persecucion descargaria contra su Iglesia, vinieron de tropel á su alma, como una conjuracion inmensa. Busca el consuelo, y no le descubre; quiere una tregua, y no se le otorga; considera el curso de los siglos, y no mira sino una corriente inmensa de crímenes y miserias desembocando en los abismos de una eternidad desgraciada: busca la

verdad, y encuentra el error; busca la virtud, y encuentra el crímen; pasea sus miradas por la tierra toda, y la sorprende hundida en un diluvio de iniquidad. ¡Y todo esto carga sobre aquel espíritu! ¡todo esto gravita sobre aquella bendita alma! ¡por todo esto ha de pasar indefectiblemente si acepta el sacrificio....! Esto le agovia, le oprime, le despedaza, le arranca aquel grito de la naturaleza herida por el dolor: "Pase de mí es- "te cáliz: *Transeat a me calix iste.*" Esto le hace desfallecer hasta el extremo de necesitar el socorro de un ángel que le conforte: *apparuit illi Angelus de cœlo confortans eum.* Esto le hace entrar, por solo el tormento de su pena interior, en una verdadera agonía, y esforzar su oracion al Padre: *factus in agonia, prolixiùs orabat.* Esto finalmente causó aquella tan estupenda como triste maravilla del sudor de sangre con que mojaba la tierra: *factus est sudor sicut guttæ sanguinis decurrentis in terra.* Vuelvo á decirlo: todos los esfuerzos de la elocuencia humana serian incapaces de pintar lo que padeció el alma de nuestro Señor Jesucristo, con la suprema energía con que lo muestran sus mismas palabras.

22. Decidme ahora: si el solo pensamiento de esta Pasion causó tan espantosos efectos en aquella víctima inocente, ¿qué seria su realidad? ¡Ah, hijos mios! esto, mui apénas para sentirse, sin duda alguna es incapaz de explicarse. Si consideráis por una parte quien padece, pasáis de aquí á meditar las causas y motivos de aquel padecer, y atendéis, por último, á lo que la historia cuenta de los padecimientos de Jesus, no podréis ménos que desfallecer á la vista de tan inefables tormentos. Aquel cariñoso saludo con que sorprende los designios del discípulo traidor, correspondido con la ejecucion del horrendo crímen; aquella rábia con que se precipitan sobre el Santo de los santos para prenderle las encarnizadas turbas; aquellas tropelías con que le arrastran, mas que conducen, ante los príncipes y magistrados, llenándole de calumnias y de insultos, descargando sobre sus mejillas fieros golpes y declarándole digno de muerte; aquel insolentísimo tono con que le trata el pontífice, apellidándole blasfemo porque se llama Hijo de Dios; aquel rabioso frenesí con que alternativamente le arrastran por todos los tribunales de Jerusalem; aquellos empellones y golpes; aquel escupir á su rostro divino; aquel burlarse sin término de Su Majestad adorable cuando la falsa política de un magistrado corrompido quiere comprar con el oprobio de la víctima la compasion de un pueblo furioso; aquellos azotes; aquella peregrinacion de dolor por la calle de la amargura; aquella sentencia inicua, sobrepujada todavía más por los horrores de su ejecucion; aquel Cuerpo, á quien adoran los ángeles, herido en todas sus partes, bañado en su propia sangre, clavado en una cruz, despedazado al dejarla caer de golpe sobre el hueco de una peña para afirmarle; aquel grito de desamparo correspondido de una insolente burla; aquel no interrumpido insulto á su poder con que se le excita para que baje de la cruz; aquella sed insaciable sacrílegamente apagada con la hiel; aquel perdon generoso que pide para sus enemigos, correspondido con nuevos ultrajes y mas atroces insultos; aquel grito de consumacion que hace estremecer á la naturaleza, y aquella muerte, por último, seguida todavía de nuevos é inconcebibles atentados, pues miéntras la ceguedad judía la pondera como un acto de justicia y una señal de triunfo, un soldado arroja todavía sobre el pecho de la víctima su sacrílega lanza, y le abre profunda-

mente con su terrible golpe; aquella tierna y afligida Madre.... ¡A dónde voi!... Basta, hijos mios: haga vuestro corazon lo que mi lengua no puede; sentid lo que no soi capaz de explicar, y que vuestras lágrimas, desprendidas á torrentes sean el mudo pero elocuentísimo lenguaje que hable dignamente de la Pasion de Jesucristo Señor nuestro.

23. De esta suerte quedó tan plenamente reparado el estrago que hizo en los cielos y en la tierra la primera culpa del hombre con su odiosa fecundidad en esa carrera de crímenes, que aun el instrumento escogido para patíbulo de aquella Víctima santa, sirvió á su turno de una verdadera expiacion. He aquí, amados hijos, por que los apóstoles en su Símbolo, no contentos con decir que Jesucristo padeció, añaden que fué crucificado: *crucifixus*. Era en efecto de la mayor importancia consignar en el artículo donde se profesa el dogma de la Pasion esta circunstancia notabilísima, que da tanto crecimiento á la superabundancia de la paga que hizo Jesucristo á su Eterno Padre por nosotros. Por esto nuestro catecismo, refiriéndose á tan vilipendioso castigo, pregunta: "¿Por qué nuestro Señor escogió muerte de cruz?" y responde con su acostumbrada sabiduría: "Porque cuanto era mas ignominiosa y penosa, fuera mas meritorisa y gloriosa." Y á la verdad, hijos mios: ¿qué ultrajo mas grande pudo haber hecho el hombre á la santidad infinita de su Criador, que pisotear su Ley con el pecado! ¡Y qué suplicio mas ignominioso que el de la cruz cuando murió Jesucristo! Era este suplicio entre los gentiles considerado como el mas abominable, y traia consigo tanto vilipendio y escarnio tánto, que aun en la ley de Moysés es apellidado "maldito el hombre que está pendiente del madero." Queriendo pues el Mesías escoger lo mas propio para reparar los ultrajes del pecado á la santidad de su Padre, se decidió sin vacilar por esta especie de suplicio; y para que nada faltase, quiso aparecer entre dos delincuentes, y que su cruz fuese una de las tres que entónces se prepararon para ellos. ¡Qué mayor mérito que semejante ignominia! ¡Qué gloria mas grande para la justicia del Padre que tan digna reparacion! Ved pues cómo cuanto aquel suplicio tenia de mas ignominioso y penoso, presentaria de mas meritorio y glorioso. Hai más: de un árbol habia sacado el hombre, con la fruta que le sedujo, el veneno de su muerte moral; de un árbol sacaria la eficacísima triaca de su resurreccion espiritual para la vida eterna, y por esto canta la Iglesia que Dios constituyó en el madero de la cruz la salud del género humano, para que de allí, de donde habia nacido la muerte, resucitase la vida: *Salutem humani generis in ligno crucis constituisti, ut undè mors oriebatur, indè vitam resurgeret.*

24. Agregó tambien el Símbolo, hijos mios, despues de decir que Jesucristo fué crucificado, las palabras *muerto* y *sepultado*, para que la realidad de su muerte brillase con toda evidencia. Podria suceder, y sucedió de facto, que algunos pretendiesen que Jesucristo, aunque clavado en la Cruz, no llegó á morir, y esto hubiera sido una fuente perenne de contradiccion, si la Iglesia nuestra Madre, divinamente ilustrada, no hubiese tenido especial cuidado de consignar en su Símbolo que murió, y hasta la circunstancia, redundante al parecer, de haber sido sepultado. Tuvo pues Jesucristo, no solo una dolorosa pasion, sino una verdadera muerte, la cual consiste, como bien lo sabéis, en el hecho de separarse del cuerpo el alma: el alma de nuestro Señor Jesucristo se separó, pues, de su cuerpo, y por lo mismo murió. Y puntualmente porque su muerte fué

un hecho manifiesto para todos, los mismos suyos dieron el paso que era consiguiente procediendo á sepultarle. Fué colocado su Sagrado Cuerpo en un sepulcro nuevo, cubierto este sepulcro con una pesada piedra, y como los judíos temiesen que fuese de allí extraido por sus mismos discípulos, acudieron á la autoridad, quien mandó sellar el sepulcro y les permitió vigilarle, como en efecto lo hicieron. Todos los evangelistas tienen cuidado de referir en términos mui claros y expresos que Jesucristo espiró, y tanto, que aun enuncian este concepto con palabras que explican el verdadero carácter de la muerte: "Entregó el espíritu, dicen: *Tradidit spiritum.*

25. Réstame, para concluir mi explicacion doctrinal del cuarto artículo del Símbolo, deciros una palabra sobre los altos misterios del sepulcro de nuestro Redentor: porque habéis de saber que, si el sepulcro es para toda la humanidad la prueba por excelencia, la prueba calificada y en cierto modo ritual de la muerte, pues ninguna se tiene por mas eficaz para surtir todos sus efectos entre los hombres que la partida de entierro, si además el sepulcro, reduciendo primero á un cortísimo espacio la morada última del hombre, y despues á la confusion del polvo, su propio cuerpo nos manifiesta lo que tiene de mas débil y humillante nuestra naturaleza decaida, y pone á toda luz la vanidad mundana, y por lo mismo fué para Jesus como el resúmen de sus humillaciones; es necesario saber que este sepulcro depositaba en sus tinieblas mismas una divina luz, que mui pronto reflejaria sobre la muerte los esplendores magníficos de la gloria: es necesario saber que aquel sepulcro no solo contenia el cuerpo de Cristo, sino tambien que estaba habitado en persona por su Divinidad, y que aquel sagrado cuerpo no estaba sujeto, como lo está el nuestro, á la corrupcion.

26. Que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo no estuvo sujeto por ningun aspecto ni en parte alguna, ni en lo mas mínimo á la corrupcion del sepulcro, es cosa que nos enseña la Santa Escritura, y aun alcanza la razon misma como una consecuencia del dogma de la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la persona del Verbo. "No permitirás que tu Santo, decia el Profeta Rei con relacion al Mesías, (Ps. XV) "no permitirás que tu Santo vea la corrupcion." Y en efecto, hijos mios, no podia por cierto sufrir aquella Humanidad Santísima, sin embargo de su espontánea pasibilidad, esta consecuencia de la humana depravacion: reduciéndose á lo preciso para sacrificarla en castigo de la culpa, como habéis visto, no aceptó nada que pudiera parecer una consecuencia de la propia contaminacion.

27. En cuanto á la manera con que estaba el cuerpo de Jesucristo en el sepulcro, debemos creer y confesar que aunque separado del alma, no lo estuvo ni un momento ni podia estarlo tampoco de su Divinidad, y en consecuencia, el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo estuvo siempre unido con ella; mas esto, hijos mios, ha de entenderse bien para no sufrir las consecuencias de una confusion perniciosa. La Divinidad estaba unida es verdad con el cuerpo de Cristo en el sepulcro, mas no sepultada, no muerta, no sujeta de ningun modo á semejante humillacion: pues como advierte al propósito el Catecismo romano, así la sepultura como la Pasion y muerte convienen á Jesucristo, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; porque el padecer y morir solo puede tener cabida en la naturaleza humana. ¿De qué modo pues, me diréis, estaba unida con el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuerpo de Cristo en el sepulcro su Divinidad sin mengua ninguna de su impasibilidad infinita! Esto es, hijos mios, lo que forma en este punto la esencia del misterio.

28. Lo último que debemos creer, y menciono aquí por lei de conexion estrechísima es, que el alma de nuestro Señor Jesucristo, despues de la muerte y ántes de la resurreccion, aunque separada real y absolutamente de su cuerpo, pues en esto consiste la muerte, no lo estuvo ni un instante solo, ni podia estarlo de su Divinidad; sino que tan unido estaba entónces á ella el cuerpo de Cristo como su alma. Mas la mayor explicacion de este punto la reservo para la instruccion subsiguiente.

29. Ved pues, hermanos carísimos, lo que debemos creer y entender acerca del augustísimo, tiernísimo é inefable misterio de la pasion y muerte del Redentor del mundo. ¡Qué fecundidad tan infinita la de este sacrificio! ¡cuántos bienes nos ha traido! ¡cuántas riquezas nos prodiga! ¡cuántas glorias nos prepara! Con su Sangre recibimos el baño sagrado de una purificacion infinita y una prenda inefable de su amor: "nos "amó y nos laró de nuestros pecados en su Sangre," dice San Juan en su Apocalipsis (cap. I.) "Os hizo vivir consigo," decia el apóstol San Pablo á los Colocenses, (cap. II) "perdonándoos todos vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que preexistia "contra nosotros, y quitándola de en medio clavándola en la Cruz. Nos arrancó de la "tiranía del demonio, como el mismo Cristo lo tenia pronunciado, segun leemos en San "Juan, (cap. XII) en aquellas palabras: "Ahora se llega el juicio del mundo. Ahora el "príncipe de este mundo será echado fuera." Pagó la deuda infinita de nuestra culpa, reconciliándonos con Dios, volviéndonos al camino de su Lei y poniendo en nuestro pecho la dulce confianza de que ha de abrirnos al fin con su preciosa Sangre la entrada de los santos, como lo ponderaba el apóstol, hablando á los hebreos; atrajo al rededor del madero en que fué clavado, todas las cosas, como señales de su poder y trofeos de su victoria, segun lo habia profetizado él mismo al pronunciar el juicio del mundo.

30. ¡Cuántas luces para la fe, cuánta fuerza y cuán sólida para la esperanza, cuántos estímulos para la virtud y qué atractivos tan irresistibles para el amor contiene, hijos carísimos, este adorable misterio! Meditadle pues de continuo, si es posible: no le apartéis jamas de vuestra memoria: buscad en esa carrera de dolores las señales del camino único que á los cielos conduce: estrechaos con esa Cruz, que ella será vuestra ciencia, vuestra fortaleza y vuestra gloria: vivid con ella en vuestros brazos, con ella en vuestro pecho, con ella en todo vuestro ser, y moriréis en el seno de Aquel que la consagró con su sacrificio: y habiendo llenado así las condiciones que puso á la dispensacion de la eterna felicidad, el instante de vuestra muerte para el mundo será el del nacimiento de vuestra vida para el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CONSIDERADA COMO UN MISTERIO.

Nos autem prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

I Cor. Cap. I. v. 23.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, palabra por palabra el cuarto artículo del Símbolo católico, para daros una instruccion doctrinal acerca de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, creo mui conveniente tocar de nuevo este punto considerándolo bajo su carácter de misterio. Si la historia de la Pasion, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apetecerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda ella, reducido á esta expresion: "Dios padeció y murió," es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una especie de revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de este designio sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento de la doctrina perfecta de la religion, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto el mundo, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases mui diversas relativamente á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuerpo de Cristo en el sepulcro su Divinidad sin mengua ninguna de su impasibilidad infinita! Esto es, hijos mios, lo que forma en este punto la esencia del misterio.

28. Lo último que debemos creer, y menciono aquí por lei de conexion estrechísima es, que el alma de nuestro Señor Jesucristo, despues de la muerte y ántes de la resurreccion, aunque separada real y absolutamente de su cuerpo, pues en esto consiste la muerte, no lo estuvo ni un instante solo, ni podia estarlo de su Divinidad; sino que tan unido estaba entónces á ella el cuerpo de Cristo como su alma. Mas la mayor explicacion de este punto la reservo para la instruccion subsiguiente.

29. Ved pues, hermanos carísimos, lo que debemos creer y entender acerca del augustísimo, tiernísimo é inefable misterio de la pasion y muerte del Redentor del mundo. ¡Qué fecundidad tan infinita la de este sacrificio! ¡cuántos bienes nos ha traido! ¡cuántas riquezas nos prodiga! ¡cuántas glorias nos prepara! Con su Sangre recibimos el baño sagrado de una purificacion infinita y una prenda inefable de su amor: "nos "amó y nos laró de nuestros pecados en su Sangre," dice San Juan en su Apocalipsis (cap. I.) "Os hizo vivir consigo," decia el apóstol San Pablo á los Colocenses, (cap. II) "perdonándoos todos vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que preexistia "contra nosotros, y quitándola de en medio clavándola en la Cruz. Nos arrancó de la "tiranía del demonio, como el mismo Cristo lo tenia pronunciado, segun leemos en San "Juan, (cap. XII) en aquellas palabras: "Ahora se llega el juicio del mundo. Ahora el "príncipe de este mundo será echado fuera." Pagó la deuda infinita de nuestra culpa, reconciliándonos con Dios, volviéndonos al camino de su Lei y poniendo en nuestro pecho la dulce confianza de que ha de abrirnos al fin con su preciosa Sangre la entrada de los santos, como lo ponderaba el apóstol, hablando á los hebreos; atrajo al rededor del madero en que fué clavado, todas las cosas, como señales de su poder y trofeos de su victoria, segun lo habia profetizado él mismo al pronunciar el juicio del mundo.

30. ¡Cuántas luces para la fe, cuánta fuerza y cuán sólida para la esperanza, cuántos estímulos para la virtud y qué atractivos tan irresistibles para el amor contiene, hijos carísimos, este adorable misterio! Meditadle pues de continuo, si es posible: no le apartéis jamas de vuestra memoria: buscad en esa carrera de dolores las señales del camino único que á los cielos conduce: estrechaos con esa Cruz, que ella será vuestra ciencia, vuestra fortaleza y vuestra gloria: vivid con ella en vuestros brazos, con ella en vuestro pecho, con ella en todo vuestro ser, y moriréis en el seno de Aquel que la consagró con su sacrificio: y habiendo llenado así las condiciones que puso á la dispensacion de la eterna felicidad, el instante de vuestra muerte para el mundo será el del nacimiento de vuestra vida para el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CONSIDERADA COMO UN MISTERIO.

Nos autem prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

I Cor. Cap. I. v. 23.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, palabra por palabra el cuarto artículo del Símbolo católico, para daros una instruccion doctrinal acerca de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, creo mui conveniente tocar de nuevo este punto considerándolo bajo su carácter de misterio. Si la historia de la Pasion, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apetecerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda ella, reducido á esta expresion: "Dios padeció y murió," es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una especie de revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de este designio sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento de la doctrina perfecta de la religion, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto el mundo, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases mui diversas relativamente á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religion, conviene á saber: la de los gentiles y la del pueblo judío. Este, como depositario de las promesas, de las profecías y de las tradiciones verdaderas, custodio de los Libros Sagrados y ascendiente del Mesías segun la carne, se presentaba como el poseedor único de la revelacion, pues lo era en verdad; pero ciego y endurecido para reconocer en Jesucristo al Redentor que esperaba la humanidad, y moverse con la perfeccion de su doctrina, las maravillas de su poder y la santidad de su vida, no solo no quiso reconocerle, sino que se adelantó á perseguirle, trasmó su muerte y la obtuvo de un juez inicuo. Como Jesus se habia presentado bajo las apariencias mas humildes, pobre, desvalido, ignorado, y no con la pompa régia del siglo, que ellos aguardaban, le tuvieron desde luego como un impostor; y aquella Cruz consagrada con su cuerpo, y aquella Pasion dolorosa y santa, y aquella crucifixion, que habia hecho estremecer á la misma naturaleza, fuéron para él un objeto de escándalo. Entre tanto los gentiles, que no admitian otra luz que la de la razon, y cuyo culto era el de las pasiones y el de la idolatría, miraron el suceso del Calvario y la doctrina de la crucifixion como una extraña locura. Así respondieron entónces á nombre del mundo la hipocresía y la razon humana, proscribiendo á una, si bien con vario lenguaje, aquel grande acontecimiento que bajo el magisterio de los apóstoles habia de cambiar muí pronto la faz de la tierra. Mas aquellos primeros operarios del Evangelio, en vez de arredrarse con una repulsa tan universal condenando al silencio los apodos lanzados contra la Cruz, les pusieron al frente de sus discursos, como unas víctimas que habian de sucumbir bajo el poder irresistible de la predicacion evangélica. "Predicamos, decia Pablo, "predicamos á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y extravagante locura para los gentiles: *Nos autem praedicamus Christum crucifixum: judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.*

2. Creyóse por de pronto estéril aquella predicacion misteriosa: persistió el judío en escandalizarse, miéntras el gentilismo, pasando del sarcasmo al odio, se encaró frenético á la Cruz, levantando su brazo armado con el poder de los césares. Una lucha de tres siglos, sostenida con el poder invisible de la gracia por parte de los fieles, que morian por la Divinidad de la Víctima del Calvario, proclamando el triunfo de su resurreccion gloriosa; y por parte de los infieles con todas las armas de las pasiones, de la inteligencia en sus extravíos y del poder de los príncipes que habian jurado exterminar hasta los últimos recuerdos de la Cruz; esta lucha, digo, terminada con la conquista de los césares y de los sabios rendidos ante las humillaciones de Jesucristo, puso á toda luz este dogma, reflejando hácia los hombres toda la sabiduría, toda la santidad y toda la bondad de un Dios. Voi, pues, hijos mios, á tocar este misterio en la instruccion presente, como una prueba de ser todo él una obra divina: porque si estudiándole bien en su designio, en sus medios y en sus efectos, vemos aparecer los tres carácteres dichos, todos dirémos á una voz: "es un misterio, y debe serlo, porque la inteligencia humana es incapaz de sondear todo el pensamiento divino; pero en este misterio y al través de sus magestuosas tinieblas estamos viendo al Dios Sabio que le concibe, al Dios Santo que le ejecuta, al Dios bueno que le establece como una fuente perenne de virtud y de gloria." La Pasion de nuestro Señor Jesucristo, considerada en el pensamiento que la concibe, manifiesta la sabiduría infinita de un Dios: he aquí la primera

verdad que voi á enseñaros. La Pasion de nuestro Señor Jesucristo considerada en sí misma, es decir: como el plan de reconciliacion entre Dios y los hombres ya ejecutado, manifiesta en su carácter toda la santidad de un Dios: he aquí lo que debo explicaros en la segunda parte. La Pasion de nuestro Señor Jesucristo considerada en sus efectos, nos manifiesta la bondad infinita de un Dios: tal es el punto que reservo para la tercera parte. Prestadme toda vuestra atencion.

I.

3. He dicho, hijos mios, en primer lugar que la Pasion de Cristo en su pensamiento, en su designio, en sus causas, es un plan digno de la sabiduría de Dios, y agregaré ahora, para mayor fuerza, que es el mas digno que sin duda podia concebirse. ¿Por qué? Por dos razones principales: primera, porque solo él podia concertar en la reconciliacion del hombre con su Dios todos los atributos divinos y todas las necesidades morales del hombre; segunda, porque la Pasion de Cristo vino á dar toda su plenitud á la verdad. Si considerais bien estos dos argumentos, veréis resplandecer la luz de la evidencia sobre el concepto que ellos prueban, y sin esfuerzo alguno tendréis que admirar en la Pasion de Cristo la Sabiduría de un Dios.

4. Nuestro manual Catecismo provoca con dos de sus preguntas, dos respuestas que nos colocan con toda seguridad en el camino que ahora debemos recorrer. Como en el lenguaje de la fe puede y debe decirse que Dios padeció y murió, pregunta para ilustrar: "Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?" Nada mas natural que esta pregunta en una razon que quiere ser ilustrada por la fe: porque teniendo aquella una evidencia de que Dios es impasible, ha menester de una luz sobrenatural para entender el dogma de un Dios que padece y muere. Esta luz resplandece toda en la siguiente respuesta de nuestro Catecismo: "Porque junto con ser Dios era tambien hombre mortal." Hé aquí el dogma de la Encarnacion dando su luz á la razon humana. Pero no es esto bastante. La misma razon, que conoce la impasibilidad divina, tiene conocida igualmente la Omnipotencia, se fija en esa amplitud infinita de recursos y medios, y no acertando á comprender, objeta: ¿cómo, pudiendo Dios llegar á su fin de salvar al hombre sin tan doloroso y extraño medio, sin embargo de esto quiso decidirse por él? El sabio catequista, formulando esta dificultad, pregunta por lo mismo: "¿pues sin morir no hubiera podido Dios hallar otro remedio?" y satisface á esta pregunta con esta sapientísima respuesta, en que se conciertan las luces de la ciencia con las tinieblas de la fe: "Sí; mas convínonos éste mas que otro ninguno." Hasta aquí nos deja nuestro Catecismo; pero en un camino tan recto y plano, que para descubrir nuevos horizontes nos basta simplemente andarle. ¿Por qué, pues, ha convenido este medio mas que otro ninguno? me dirés; y á esto os respondo: porque solo éste podia concertar perfectamente los atributos de Dios en su reconciliacion con la humanidad, y las necesidades de ésta en su carrera de lucha, perfeccion y merecimiento.

5. Sin perdernos con el pensamiento en las regiones insondables de la posibilidad divina, podrémos fácilmente fijarnos, hermanos carísimos, en tres casos posibles, cuyo conjunto en el órden de la humana razon, parece mostrar muí claramente la integridad

del todo. Dios podia reconciliarse con el hombre de tres modos: primero, perdonándole sin exigirle satisfaccion ninguna; segundo, contentándose, para otorgar esta gracia, con una satisfaccion insuficiente á todas luces; tercero, exigiéndole una satisfaccion plena y perfecta, para perdonarle el pecado y reconciliarse con él volviéndole su gracia. Escoged, pues, hijos mios, entre los tres planes. ¿Se decidia el Señor por el primero? Ejercitaba su misericordia, pero dejaba enteramente desairada su justicia. ¿Se decidia por el segundo? Su justicia quedaria casi lo mismo; pues ante lo infinito parecen confundirse y en cierto modo identificarse la limitacion y la nada: una satisfaccion impura, pues no podia dar otra la humanidad contaminada; una satisfaccion indigna, pues no es digno de Dios lo que no es santo; una satisfaccion limitada, pues el hombre lo es en todo para el bien; era lo mismo que nada para pagar aquella deuda infinita. Luego ninguno de estos casos podia concertar, en la reconciliacion del hombre con Dios, la misericordia y la justicia de su Majestad. Demos el paso adelante. Supuesta la necesidad que para tal concierto habia de una satisfaccion infinita, claro es que no podia darla sino solo Dios; mas como una satisfaccion por la culpa debe ser un castigo de la culpa, Dios estaba en la alternativa de proporcionar un castigo de infinito merecimiento, ó de dejar á la humanidad que con una eterna pena pagase á su justicia la infinita deuda de la culpa. Este último extremo habria satisfecho á su justicia, pero dejando, por decirlo así, desairada é inactiva su misericordia, y por lo mismo, le dió de mano buscando, para poder ejercer su misericordia infinita perdonando á la humanidad, una víctima pura, santa, inmaculada, cuyos padecimientos pudiesen merecer infinitamente. Esta víctima no podia ser, como ya os he dicho, la sola humanidad, porque es impura, maldita y limitada, ni la sola Divinidad porque es impasible. Dios pues descenderá del cielo por nosotros los hombres y por nuestra salud, encarnará por obra de su Divino Espíritu en las entrañas de una Vírgen, se hará hombre, padecerá en cuanto hombre y merecerá como Dios. Ved aquí, amados hijos, con qué caractéres tan espléndidos brilla en este plan toda la Sabiduría de un Dios. Jesucristo, muriendo por el hombre, inmoló en el altar del sacrificio á toda la humanidad, la inmoló sin la mas leve contaminacion, y por consiguiente proporcionó una víctima que fuese humana sin la indignidad y contaminacion consiguiente al pecado. Ya sabéis que preparó á su Madre, eximiéndola del reato de la primera culpa: María, concebida en gracia desde el primer instante de su ser, nunca tocada por el yugo que pesaba sobre toda la humanidad, ni un momento solo en la esclavitud del demonio, era, digámoslo así, una carne depurada, una carne escogida, una carne preparada desde ántes de su ser, para que de ella pudiese tomar para sí el Verbo de Dios la naturaleza humana en su mas acrisolada limpieza y su mas alta perfeccion. Ved pues á toda la humanidad sin mancha en la humanidad de Cristo, y pues que Cristo muere, ved en su sacrificio á toda la humanidad inocente, limpia y para inmolada á la justicia del Padre por toda la humanidad pecadora, contaminada y maldita. Pero, aun con todo esto, si aquella humanidad no hubiera sido la de un Dios, la víctima no podria satisfacer á la Justicia Divina; porque habria sido siempre una paga limitada de una deuda infinita; pero siendo la humanidad de un Dios, la paga es no solamente cumplida, sino á todas luces superabundante. ¿Por qué? Porque, siendo la santa Humanidad de Cristo capaz de un merecimiento infinito en todo, habríale bastado verter una sola lágrima, exhalar un solo suspiro de pena, para satisfacer á la Justicia Divina la deuda infinita del pecado; y pues no quiso limitarse á esto, sino que se entregó á los horrores de la mas terrible pasion hasta morir en una cruz, claro es que su paga fué con usura, digámoslo así, superabundante y magnífica, digna perfectamente de un Dios. He aquí cómo la Pasion de Jesucristo nos ha dado á conocer la Sabiduría infinita de Dios, por el concierto que puso en todos sus atributos, especialmente el de su justicia con su misericordia.

6. Pero si es cierto, como no cabe duda, que aun para satisfacer cumplidamente y concertar en la paga la justicia con la misericordia, bastaba que el Hombre-Dios hubiese vertido una gota de su sangre, una lágrima de sus ojos, y aun mostrado en un suspiro las penas de su corazon; ¿por qué quiso ser tan pródigo padeciendo tánto, sujetándose á la muerte, y una muerte de cruz? Si en el fondo de este misterio puedo, hijos mios, buscar alguna luz para daros á entender de algun modo el por qué de un sacrificio tan extremo y por otra parte no necesario para su principal objeto, que era el de satisfacer cumplidamente á la Justicia Divina, os diré que en ello se interesaba toda la vida moral de la humanidad, como lo indiqué al principio. Satisfaciendo Jesucristo por la culpa, no quiso eximirnos de pagar por nuestra parte; y por esto, preguntando nuestro manual Catecismo: "¿pues las penas de Jesucristo nuestro Señor no nos bastan?" responde: "Sí; mas quiere que satisfagamos con él nosotros." Esto supuesto, ya comprenderéis que la vida moral del cristiano es de abnegacion, de sacrificio y de virtud: por esto Jesucristo, señalando el camino que debiamos de andar para llegar á la posesion de su reino, dijo terminantemente: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame." Ahora bien: si Jesucristo Señor nuestro, limitándose á una satisfaccion que á nuestros sentidos hubiera parecido pasajera, no nos hubiese dado el ejemplo de todo lo que mandó practicar á los hombres, éstos le habrian opuesto mil dificultades á su doctrina, habrian creido impracticable su Ley, se habrian formado una falsa conciencia y perdídose casi todos á pesar de la Redencion. Mas, habiéndose sujetado su Magestad á todas las penas terribilísimas é imponderables de su dolorosa Pasion; habiendo sido el primero en negarse á sí mismo, hasta el extremo de parecer el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe, como lo anunciaba el Profeta; el primero en carecer de todo amparo y socorro, trabajando desde niño con sus divinísimas manos en el taller de José para ganar el sustento; el primero en padecer desnudez y hambre; el primero en darse ántes de su Pasion á la mas rigurosa penitencia; el primero en dar el ejmplo, único en su género, de la tentacion que padeció; el primero en sufrir los desprecios, las burlas y los ultrajes, en llorar lágrimas amargas, en sufrir por los tormentos de su espíritu las agonías de la muerte ántes de comenzar su Pasion y en el acto de ofrecerse á su Padre como víctima por el mundo, en aquel retirado huerto que dejó humedecido con su sangre; el primero en sufrir la traicion de un discípulo pérfido, la negacion de otro y el abandono de todos; el primero en ser el blanco de la sacrílega calumnia y la mas odiosa persecucion; el primero en oponer la mansedumbre del cordero al desenfreno de las turbas, á la rabia de los sacerdotes, á la in-

quidad de sus jueces y al furor de sus verdugos: si Jesucristo, vuelvo á decir, se dejó abofetear, escupir, azotar, coronar como rei de burlas; si recibió en sus hombros y condujo hasta el Calvario en procesion dolorosa el instrumento de su suplicio; si permitió que le clavasen de piés y manos en él hasta hacerle morir, y aun despues de muerto, que la lanza de un verdugo abriese todavía su costado bendito....; ¿quién de todos los hombres hallará ni disculpas especiosas para el pecado, que ha sido causa de tanto tormento, ni motivos contra la abnegacion mas completa, ni excusas para la cruz, ni razon alguna para seguir su peregrinacion en el mundo andando el camino que el Redentor dejó señalado con sus dolorosos pasos? ¡Ah, hijos mios! es el hombre tan ciego, tan carnal, tan vendido á los placeres, tan propenso al delito, que habria sin duda esterilizado para sí mismo el beneficio infinito de su redencion, si ella no hubiera sido tan sangrienta. Por esto nuestro catecismo, declarando por qué, sin embargo de haber podido el Señor hallar otro medio para salvar al hombre, escogió el de morir, nos presenta semejante medio como el mas conveniente para nosotros, diciendo: "convínonos éste mas que otro ninguno." Si pues, tratándose de satisfacer á la Justicia Divina, hubiera bastado un suspiro de Jesus, para que la humanidad entera pudiese aprovechar tan grande beneficio, era necesario el empleo de un remedio tan doloroso. Ahora bien: esta consecuencia práctica del sacrificio de Cristo en favor de los hombres muestra en alto grado á su Sabiduría sirviendo con su plan de regeneracion á los designios de su Misericordia.

7. Mas, no debemos detenernos aquí: porque esta Pasion y muerte nos demuestran la Sabiduría infinita de un Dios, no solamente por el concierto de sus atributos divinos en la renovacion de su alianza con el hombre, y por su eficacia para afirmar los pasos de la humanidad en el camino de la virtud; sino tambien porque vino á dar á la verdad toda su plenitud.

8. Cuando Jesucristo, hijos mios, preguntado por Pilato si era rei, despues de haberle contestado afirmativamente, añadió: "*Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad,*" derramó sobre nosotros una espléndida luz que nos hace mirar su Pasion como la verdad en toda su plenitud y en toda su gloria. Dió testimonio á la verdad histórica, uniendo esta página de su Pasion y muerte con la que enseña la creacion del mundo, el orígen de la humanidad y la fuente del mal. Dió testimonio á la verdad religiosa, porque su sacrificio era el alma de la religion judía como lo es de la religion cristiana; pues por la fe en su venida y el anticipado mérito de su sacrificio se salvaron los justos de la Lei antigua, y por la fe de esta venida y la eficacia infinita de este sacrificio ya consumado se han salvado y salvarán todos los justos de la Lei nueva: este sacrificio de Jesus era el figurado en el magnífico ceremonial de la Sinagoga; este sacrificio, que se renueva todos los dias en el altar cristiano, es la esencia del culto católico. Dió testimonio á la verdad moral, explicando con un hecho inmenso, cuál fué su muerte en el Calvario, el orígen y el remedio del mal: aquel sacrificio volvió una luz refleja sobre los cuarenta siglos de la historia que habia pasado, para mostrar la primera culpa en toda su deformidad y en la vasta carrera de sus consecuencias desastrosas, y se presentaba por sí como el único antídoto de aquel veneno y un preservativo eficaz para que despues de regenerados por el bautismo, pudiesen librarse los hombres de tan funesto contagio. Dió testimonio á la verdad profética, pues que habiéndosele anunciado como el hombre de dolor que cargaba sobre sus hombros los pecados del mundo, para inmolarse como víctima á la justicia de su Padre, su Pasion era el hecho esperado para ver cumplidas las profecías. Dió testimonio á su doctrina, haciendo palpable con ella la abnegacion, la penitencia y la vida del espíritu. ¡Véis pues, amados hijos, cuánto brilla en este sacrificio doloroso la Sabiduría de un Dios? ¡Véis cómo solo ella pudo concebir y la Omnipotencia ejecutar un plan de regeneracion, en que se concertasen maravillosamente la justicia y la misericordia para salvar al mundo? ¡Véis la superabundancia de perfeccion de este plan puesta de bulto en su eficacia para proveer á nuestra vida moral? ¡Véis, por último, cómo tal sacrificio conduce la verdad hasta su mayor plenitud? Pues no nos detengamos aquí: consideremos el misterio en sus relaciones con la Santidad infinita del Señor, y veamos hasta dónde se interesaba este divino atributo en aquella carrera de dolores.

II.

9. He dicho en segundo lugar, que el designio de Dios para salvar al mundo hizo resplandecer, al ser ejecutado, su Santidad infinita; y ahora debo añadir, que proveyó de la manera mas propia y eficaz, á establecer y conservar las mas grandes virtudes en la tierra. ¿Cómo hizo resplandecer de la manera mas brillante su Santidad infinita? castigando en su propio Hijo con un rigor inconcebible, todos los pecados del mundo ¿Cómo robusteció la esperanza, afirmó y extendió el reinado de la virtud en la tierra? con la cumplida satisfaccion que el sacrificio de su Hijo dió á su justicia, la espléndida gloria con que le pagó el infinito agravio del pecado, y el estímulo eficacísimo y constante que puso con sus merecimientos á su clemencia y misericordia infinita.

10. Y á la verdad, hijos mios, ¿qué manifestacion mas espléndida pudo habernos hecho de su infinita Santidad el Señor, ni qué pintura mas verdadera, viva y espantosa de toda la gravedad del pecado, que castigarle en su propio Hijo, en el objeto eterno de sus complacencias, en el esplendor de su Sabiduría y la imágen de su sustancia, con tan inflexible rigor como se manifiesta en la dolorosa Pasion de Jesucristo? Si este padecer, único en su especie, este sufrir sin tipo ni imitacion, esta inocencia cargada con el terrible peso de los pecados del mundo, entregada sin piedad á todas las penas del espíritu, á todos los tormentos del cuerpo, á todo el furor de las pasiones desencadenadas, á todo el odio de los mas crueles é implacables enemigos, á todo el vilipendio y la ignominia que puede concebirse; si este Jesus, que es la santidad por esencia como verdadero Dios, el tipo de todas las virtudes como verdadero hombre, arrastrado vilmente por un sendero de tormentos inauditos desde el jardin de las olivas hasta las cumbres del Gólgota, clavado de piés y manos en la cruz, muerto en medio de todos los baldones y rabiosa grita de todos sus verdugos, herido en su costado, aun despues de muerto, por la sed insaciable de sangre que devoraba á sus crueles enemigos; si esta víctima, sacrificada con tan inconcebible severidad por solo haber aceptado como Redentor la deuda

del pecado, no nos da una idea mas clara que cuanto vemos con nuestros ojos, un conocimiento mas perfecto que el de aquello que tocamos con nuestras propias manos acerca de la Santidad infinita del Ser por escucia, y de su horror inmenso, inexplicable y aun inconcebible al pecado, no veo por cierto, amados hijos, ni en lo existente ni en lo posible cosa capaz de ilustrarnos acerca de ambas cosas.

11. Aunque todos los atributos divinos son, en verdad, absolutamente iguales, en el hecho de ser todos infinitos, y no ser en la realidad sino el mismo Dios segun es considerado y le podemos contemplar nosotros con nuestra limitada mente; hai uno que podriamos llamar en cierto modo su atributo por excelencia: ¿cuál? su Santidad. Este es el título con que quiere se le muestre en toda la majestad de su ser: este es el motivo que nos propone para inclinarnos á la virtud: esta es la razon altísima con que exige nuestras adoraciones: la santidad es la aureola de su imágen, el espíritu de su ser, el sello de sus obras, el motivo de su Lei, el objeto de nuestra vocacion y el requisito de la felicidad. "*El Señor es magnífico en santidad*," dice Isaías; "*Ninguno es santo como el Señor*," leemos en el primer libro de los Reyes: adorad al *Señor, porque es santo*," nos inculca el Profeta; y el mismo Dios nos dice, como leemos en el Levítico: "*Sed "santos, porque yo soi santo.*" El rasgo característico de la imágen de Dios en el hombre fué la santidad, y por lo mismo, esta bella imágen se borró casi del todo con el pecado. No nos pide que nos le asemejemos en sabiduría, ni en poder tampoco; lo único en que quiere le representemos nosotros, es en santidad. Y á tanto llega su amor, predileccion y preferencia en este punto, que aun aquel himno de gloria que sus escogidos le cantan en las alturas, versa exclusivamente sobre la santidad. ¡Santo, Santo, Santo! He aquí el concierto magnífico que hace resonar los cielos incesantemente, que complace sobre todo al Rei eterno, y embriaga de placer á todos sus escogidos. Para San Ambrosio, la Santidad encierra todas las perfecciones divinas, pues que de ellas es la razon, la prueba y el ornato. "Dios es feliz, porque es santo; es soberanamente feliz, porque es la santidad misma; es inmortal, porque es santo; es infinitamente sabio, porque es santo: "de esta suerte, concluye un sabio Doctor, "de solo la Santidad sale la prueba de todos "sus demas atributos. Si pues el pecado, hijos mios, hirió con gravedad infinita cada uno de estos atributos soberanos, como bien lo sabéis, es claro que la víctima inmolada, no en sí, porque Dios es impasible; pero sí objetivamente, intencionalmente por el pecado, fué la Santidad de todo un Dios. Ella pues exigia una reparacion igual á la ofensa; y en verdad que solamente podia dársela el sacrificio de un Hombre-Dios. Habia hecho Su Majestad lo bastante para dar á conocer á los hombres su Santidad esencial, pues toda la predica en la creacion: el órden y concierto de todos los objetos del Universo, la inalterable y perpetua docilidad con que la naturaleza obedece sus leyes, las condiciones de la felicidad y los atractivos inefables de la virtud. Las simples luces de la razon humana llegaron á descubrir por sí solas este divino atributo, pues que donde quiera le veian aparecer. Sin embargo, el hombre borró esta imágen de su corazon, y no tardó en desaparecer de su entendimiento. Un mundo entregado en su máxima parte á la idolatría con todas las abominaciones de su culto era una prueba de esta verdad; necesitaba Dios restablecer en la tierra el conocimiento de su Santidad infinita, y

restablecerle por medios tan eficaces, que produjesen por sí lo que ya no alcanzaba la razon, miserablemente hundida en las tinieblas, ni presentia el corazon de la humanidad sumergida en el fango de los vicios y verdaderamente muerta. Hablaban las Sagradas Letras, pero no eran escuchadas; habian hablado los Profetas, pero fuéron perseguidos: era necesario que hablase Dios con un lenguaje que fuese perfectamente escuchado, universalmente comprendido y capaz de contener á toda la humanidad en su carrera de perdicion. Habló Dios en efecto: ¿y cuál fué su lenguaje? el espectáculo divinamente significativo y perdurablemente célebre de la Pasion y muerte de su Hijo Unigénito para pagar la deuda de la culpa.

12. "No perdonó á su propio Hijo, nos dice ponderando la severidad de este castigo, para estimular nuestra confianza, el apóstol de las gentes: "no perdonó á su propio "Hijo; sino que le entregó por nosotros á la muerte:" *Proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum.* Deteneos aquí, hermanos carísimos: poned en estas palabras toda vuestra atencion; meditadlas con la mas esmerada solicitud: no perdáis nada de ellas: contemplad la suprema energía del pensamiento que enuncian: "No perdonó á su propio Hijo." ¿Qué cosa es el perdon? Ya lo sabéis, un acto de la misericordia para no castigar al delincuente. ¿Cuál es la garantía mas grande con que cuenta el hombre para ser perdonado? La generosidad del amor. ¿Quién en la tierra se muestra como el tipo de este sentimiento, ejercitándole sin cansancio y aun sin esfuerzo? El Padre. ¿Y podrá nunca el mas tierno, virtuoso, y perfecto de todos los padres de la tierra, no digo exceder ó igualar, pero ni aun compararse siquiera con nuestro Padre que está en los cielos? Ah! todo lo que haí de mas íntimo en las relaciones, de mas estrecho en los vínculos, de mas delicado en el carácter, de mas tierno en los sentimientos, de mas intenso en los afectos, de mas encendido y puro en el amor, se pierde como una imperceptible gota en aquella ternura inmensa, en aquel oceano de caridad. Y si esto decimos y podemos decir, considerando á Dios en sus relaciones con el hombre; ¿qué diremos considerando al eterno Padre en sus relaciones con su eterno y Unigénito Hijo? Nada, no, absolutamente nada: porque no es para el decir de la humana lengua, ni para el pensar del humano entendimiento aquel amor infinito, eterno, inmenso, aquella ternura única, incomparable y aun inconcebible del Padre celestial.

13. ¿Y qué os diré de este Hijo? El Eterno le pone á su derecha, convierte á sus enemigos todos en escabel de sus piés: es el sacerdote de la eternidad figurado en el gran Melquisedec: engendrado ántes de la aurora, preside sin tiempo á todos los tiempos: por la virtud de su palabra nacieron los mundos, y tornarán de nuevo al caos cuando lo mande: es el Cristo de Dios revestido de nuestra humanidad, pero siempre divino: es el esplendor de la gloria del Padre, luz de luz, Dios de Dios, como le aclama el Símbolo de Nicéa: es aquel sobre quien desciende y posa el Espíritu increado, á tiempo que la voz del Padre le anuncia desde los cielos como á su Hijo Unigénito en quien tiene todas sus complacencias: es aquel que, subiendo al Tabor, se trasfiguró á la faz de sus discípulos, apareciendo entre Moysés y Elías con un vestido de gloria, y cuya generacion eterna vuelve á proclamar el Padre para darle á conocer como el objeto de su amor, y consagrar la infalibilidad de su palabra y la autoridad de su ministerio, di-

ciendo en voz de trueno: "Este es mi Hijo mui amado, en quien tengo cifradas todas mis complacencias; escuchadle: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite:* Hijo verdadero, *Filius:* Hijo único, *Hic est Filius meus:* Hijo predilecto, *dilectus:* amado sobre todo amor, *in quo mihi bene complacui.* Tal es el escogido por su mismo Padre para ser entregado á la muerte.

14. ¿Cómo pues, me diréis, conciliar estos caractéres de perfeccion infinita de tal Padre y de tal Hijo con el castigo terrible que este sufre por disposicion de aquel, y un tal exceso de ternura con tal extremo de severidad? Si un padre de la tierra es dominado siempre mas de la misericordia y dulzura que de la justicia y rigor para con sus propios hijos, aun cuando son delincuentes, ¿cómo entender esto de que el Padre celestial no quiso perdonar á su Unigénito? Es preciso pues ir mas adelante, y buscar en la historia de esto paternidad y filiacion eternas, con el delito del Hijo, el por qué del inflexible rigor con que le trata su Padre. ¡Pero qué digo? ¡Hijo de Dios y delito! ¡Santidad esencial y delito? ¡Inocencia esencialísima y delito? No, hijos mios, no; ni aun en clase de meditacion y de estudio pueden juntarse unas cosas tan opuestas. ¿Qué decir pues de este Hijo amado, para considerarle como una víctima que á su justicia inmola su propio Padre? Solo este Hijo tiene cabal y perfecta idea del sentimiento que aquí se busca; y por lo mismo el apóstol San Pablo no halló para el intento cosa mas adecuada que proponer á la consideracion de los fieles, sino el que procurasen aproximar su corazon al de Jesucristo en esta clase de sentimiento: "Sentid, les decia á los filipenses (II, 5.) sentid vosotros como sintió "Jesucristo." ¡Cómo sintió Jesucristo, hijos mios? Sintió el pecado como podia sentirle la Santidad por esencia; sintió en sí mismo el dolor que castigaba el pecado juntamente con su inocencia divina; se vió cubierto de la humanidad y gravado con todos los oprobios y aflixiones en ella, con la luz eterna de su propia sustancia. Si pues Cristo padeció, no fué por culpable, pues ni lo era ni podia serlo, siendo como era verdadero Dios, y juzgándose igual á Dios, no con usurpacion, como lo advierte San Pablo, sino por nosotros los hombres, por nuestras culpas y pecados, y por esto mismo el apóstol, despues de decir que el Padre no perdonó á su propio Hijo, añade: que por todos nosotros le entregó á la muerte. *Sed pro nobis omnibus tradidit illum.*

15. Ved pues, hermanos carísimos, quién es este Padre que castiga, quién es este Hijo castigado por su Padre, y cuál fué la causa de tan acerba Pasion é ignominiosa muerte. ¿Qué consecuencias inferiríais de aquí, si solo contáseis con la luz de la razon? ¡Qué diríais de la ejecucion de este decreto de castigo verificada por la justicia del Padre contra un Hijo único, predilecto, infinitamente amado y del todo inocente; de un Hijo que acrisola todavía su caridad con su designio de padecer por los hombres; de un Hijo cuyo único delito ha consistido en la generosidad de su amor! Que este crucificado es un escándalo ó es una locura: os escandalizaríais con el celo hipócrita de los judíos, ó os reiríais con la insolente ligereza de los gentiles, como de la mayor extravagancia: *judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* Pero, si esto podia explicarse cuando acababa de pasar la muerte de Jesucristo, ¿sería concebible hoi que su Cruz ha recorrido con la majestad del triunfo la vasta extension del Universo? ¡Sería

tolerable semejante pensar y un tal decir hoi que la historia ostenta en tantos gérlos esclarecidos, talentos colosales, sabios eminentes, el reflejo de aquella luz que despedia el Apóstol con estas palabras de altísimo sentido: "*Yo no quiero saber otra cosa que á Jesucristo crucificado?* No, hijos mios, aquel oráculo: "*Yo condenaré la sabiduria del sabio y reprobaré la prudencia del prudente,*" está cumplido ya: y entre el atelsmo, que representa el caos, y la Cruz, donde se muestra en su zenit el Sol de la verdad, no encuentra la crítica sino ruines figuras, caprichosas y fugitivos meteoros en el teatro de los errores. Todo ó nada, ateismo ó Cruz: he aquí la última sinópsis de la controversia religiosa, moral y social. No siendo pues ya tiempo de escandalizarse como el judío ni de reirse como el gentil, preciso es venerar el misterio y buscar en su espíritu la explicacion de esa severidad con que la justicia del Padre sacrifica en la Cruz la inocencia del Hijo. Pedid para ello, hijos mios sus luces á la fe, y aplicándolas á este misterio, veréis resplandecer en él toda la Santidad de un Dios.

16. Si examináis atentamente, la odiosísima historia del pecado, para buscar aquellos puntos que mas dominan en tan deplorable ciencia, todo lo podréis resumir exactamente en tres palabras. Este desórden inmenso causado en toda la humanidad por la culpa, este ultraje infinito á la Santidad de Dios, que rompió su antigua alianza con los hombres, empezó por la soberbia, medró por el placer de los sentidos, y acabó en la muerte del alma. Comenzó el hombre por quererse encumbrar hasta el rango de un Dios, y esta fué la soberbia; continuó con regalar su paladar con una fruta que provocaba la vista y alhagaba el gusto, y acabó por escuchar aquella sentencia de muerte, digno castigo de su horrible prevaricacion. Debíase pues á la Santidad infinita de un Dios una triple reparacion de estos tres estragos, y una reparacion igual en todo á la ruina; conviene á saber: un vasallaje correspondiente á la insurreccion del hombre, para expiár el crímen de la soberbia; un sacrificio que, castigando todos los desórdenes de los sentidos, restableciese en la tierra el primitivo imperio del espíritu sobre la carne; y por último, á sus derechos como Criador, la restitucion de su obra maestra sin obstáculo ninguno, para que pudiese gozarla por toda la eternidad. ¿Cómo conseguir estas tres cosas? Con un acto de humildad tan valioso para la restitucion como lo habia sido para la ofensa el de la soberbia; he aquí lo primero: con una penitencia corporal superior en intensidad á la de todos los hombres juntos, y de un mérito infinito; he aquí lo segundo: con una muerte temporal de valía tan inmensa, que bastase á destruir la muerte eterna; he aquí lo tercero.

17. Ved ahora, hijos mios, con qué maravillosa exactitud pagó Jesucristo esta triple deuda. ¿Cuál es, decidme, aquel acto suyo que reparó dignamente la insubordinacion del primer hombre? El misterio admirable de su Encarnacion. Adan pecó seducido por una voz que le ofrecia elevarle hasta el rango de la Divinidad; he aquí el delito de un hombre que quiere hacerse Dios para vivir á su placer. ¿Qué se necesita para reparar este ultraje? Que un Dios se haga hombre, solo para padecer. ¿Y será esto posible? ¡Dios mio! ántes de saber vuestros designios, ántes de leer vuestras promesas, mi pobre razon jamas habria columbrado tal remedio; y si por un milagro hubiese podido suponerle, habria desechado tal idea como la mas extravagante locura: pero vos lo dis-

pusisteis, vos lo anunciasteis, vos le condujisteis hasta su última consumacion; y allí, donde mi entendimiento desesperaria del remedio, vuestra fe le aparece, derramando desde el fondo de sus tinieblas una luz de sabiduría que forma la esperanza é instituye la caridad. Sí, amados hijos, un Dios se hace hombre, y haciéndose hombre, se anonada, dice el apóstol, tomando la forma de esclavo: *semetipsum exinanivit formam servi accipiens:* he aquí el primer paso á la grande obra; la humillacion infinita de un Dios, que destruye el desórden de la soberbia del hombre. ¿Y para qué tomó la humanidad? ¿solo para engrandecerla? No, hijos mios: su objeto principal fué cubrirla de ignominia, someterla sin límites al dolor, entregarla á la muerte. De hecho, esta Humanidad santa de un Dios se presenta en el mundo como el desecho del mundo; nace entre las pajas de un pesebre, habita la casa de un pobre artesano, no quiere llamar la atencion de nadie, se entrega á la penitencia, resiste la tentacion, oye la calumnia, es objeto del odio, atrae el desprecio, soporta el baldon, lleva una señal de ignominia, sufre agonías de muerte, es arrastrada por la crueldad á la presencia de sacerdotes hipócritas, envidiosos príncipes y magistrados infames, atraviesa por un camino de espinas y de sangre, sube á un patíbulo, espira en la Cruz.

18. El primer hombre codició los regalos espléndidos de la naturaleza; el Hijo de Dios tiene apénas con que vestirse, padece hambre y sed. El pecado trajo consigo al mundo el reinado de todas las pasiones y sepultó á la humanidad en el abismo de todos los vicios; Jesus, á fin de resucitar este inmenso cadáver, sentido por sentido y parte por parte, porque todo él está gangrenado y muerto, recibirá en su cabeza bendita una corona de espinas ignominiosa y cruel, para pagar la deuda de tantos pensamientos sensuales, tantos designios soberbios, tantos planes ambiciosos y tantos proyectos infames; será puesto en espectáculo de burla con un cetro de caña y un retazo de púrpura, para castigar los desórdenes de la ambicion y el refinamiento del lujo; será escupido y abofeteado, para indemnizar á la Justicia divina del ultraje de aquel rostro que se levantó contra el cielo, como para disputar la soberanía de Dios; será atado á una columna, y recibirá de mano de sus verdugos cruelísimos azotes que desgarren su benditísimo cuerpo, á fin de pagar á la Santidad infinita de Dios con tan vergonzoso y horrible tormento el agravio de la concupiscencia en su asquerosísima é inmensa fecundidad: clavarán se sus piés y manos en una cruz, para contener á la humanidad en su carrera de perdicion, reincorporarla de nuevo por los caminos de la justicia y pagar con una pena, la mas dolorosa, las obras de iniquidad de todos los hombres.

19. Así es, hijos mios, como Jesus pagó la deuda de la soberbia con anonadarse hasta los extremos que habéis visto, los desórdenes del espíritu con sufrir inconcebibles penas en su purísima alma, y los estragos de todas las pasiones y vicios con entregar su cuerpo á los mas horribles tormentos. Pero no se contiene aquí: aun le falta poner término y consumacion á su grande obra, aun le falta que descargar un golpe de muerte sobre la muerte eterna, restaurar cumplidamente la imágen de Dios en el hombre, volverle á la gracia y abrirle paso para la gloria. He aquí por qué no solo padece, sino muere tambien: muere en medio de los mas terribles dolores, hecho un mar de amargura, convertido en el hombre del oprobio y de ignominia, maldito y burlado en su misma agonía, y exhalando entre dos delincuentes ajusticiados el último suspiro. ¡Tal es, hijos mios, y tan admirable y santo este misterio, considerado en su ejecucion, en los medios con que Dios le condujo á su plenitud! Ved cómo brilla su Santidad infinita en esta carrera de dolores, y cuán alto habla para dar á conocer y hacer detestar el pecado ese Hijo divino á quien conduce con terrible severidad por una carrera de tormentos inauditos á una muerte ignominiosa. ¿Quién despues de esto podria pretestar las santas oscuridades de este dogma, no ya para dejar de creerle, sino aun para no detenerse, arrobado de asombro ante la divina sabiduría del pensamiento que le concibe y la santidad infinita del poder que le ejecuta?

20. ¡Cuál será pues, hermanos mios, esta Santidad infinita del Señor? ¡cuán delicada, cuán inviolable, cuán zelosa, cuán severa, cuando el solo tener su mismo Unigénito en la Santa Humanidad con que se reviste, las sombras y apariencias del pecado, basta para que se la deseche y repela, digámoslo así, como un objeto anatematizado por el mismo Dios! ¿Qué será, vuelvo á decir, esta Santidad de Dios, pues lo mismo fué para Cristo el ofrecerse por nosotros, que aparecer maldito á los ojos de su Padre, como lo pondera San Pablo? ¿Cuál será el ultraje que recibe Su Majestad con el pecado, si el haber tomado á su cargo el Divino Salvador satisfacer á la Justicia divina por esta gravísima ofensa, léjos de mitigar el castigo con la dignidad infinita del responsable, con el hecho de ser el objeto de las complacencias eternas, como el Unigénito del Padre, le aumentó hasta un extremo tal, que pudiendo redimir con solo un suspiro millares de mundos, fué condenado á padecer los mas horribles tormentos en su alma y en su cuerpo, como lo muestra la historia dolorosísima de su Pasion? ¡Cuánto pesará pues el pecado en la fidelísima balanza de la Justicia divina? Ah! si esto no os da una idea perfecta, ni os produce un sentimiento profundo, el mayor que cabe en la naturaleza humana, de lo que es la Santidad de Dios, de su horror infinito al pecado, y del tamaño de la ofensa que con esto recibió Su Majestad Santísima, no encuentro ciertamente, ni en la naturaleza visible, ni en los esfuerzos de la razon, ni en las mismas páginas de los Sagrados Libros cosa alguna capaz de ilustraros y conmoveros.

21. Pero no nos detengamos aquí: si la Pasion y muerte de Jesucristo nos hace admirar la Sabiduría de un Dios en su pensamiento, y la Santidad de un Dios en sus medios de ejecucion; démos un paso más, y admirarémos igualmente el amor infinito de un Dios en la prodigiosa fecundidad de sus efectos.

III.

22. Hablar de los efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo, hijos mios, es incorporarse de lleno en la sabiduría, el poder y el amor infinito de todo un Dios; es recordar los maravillosos portentos de la regeneracion del hombre, mayores incomparablemente que los de su misma creacion, como lo cantaba el Poeta-Rei. Esta Pasion y muerte ocupaba desde la eternidad á todo un Dios, mantuvo arrobadas en su presencia todas las potestades angélicas; hacia palpitar de deseos de su feliz llegada, por el espacio de cuarenta siglos, el corazon de todos los justos; dió su plenitud y magnífica ratifi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cacion á todos los oráculos de la verdad; restableció la alianza entre Dios y los hombres; regeneró á la humanidad entera, cambiando la faz del mundo; derribó el poder de las tinieblas, cargándole de prisiones en los abismos, humillándole á cada paso en la tierra, y haciendo desaparecer sus obras, ya con la idolatría cuyos sacrílegos templos fueron anonadados, ya con el error judaico cuyo castigo se ha perpetuado como un monumento superior al poder de los siglos. Las pasiones feroces, encadenadas por la mansedumbre; la vanidad mundana, humillada con la santa pobreza y sublime abnegacion; el sensualismo asqueroso y torpe, aniquilado con la severidad augusta de la penitencia: he aquí los gloriosísimos trofeos de Jesucristo muriendo por los hombres. Esa Cruz, á cuya presencia retrocede con el ademan del escándalo la hipocresía judaica, será el principio, el medio y la corona magnífica de la santidad: ese Hombre de dolores, clavado en ella para redimir al mundo, sobre quien lanzó una burlona y despreciativa mirada la vanidosa jactancia del gentil, será el verdadero sol de la inteligencia, el esplendor del talento, la riqueza de la sabiduría y la gloria del génio; ese madero, centro comun de todas las ignominias, cuya infamia no halló una expresion para darse á conocer en la lengua del orador romano, será de hoi mas el trono de la Majestad, el centro del poder, el carácter de la grandeza y la aureola de la gloria: todo se reunirá en torno suyo, sometido al irresistible poder de esta palabra profética, que se escapa de los labios de la víctima poco ántes de su Pasion: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo "he de atraer á mí mismo:" *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.*

23. Sería imposible ciertamente dar cabo feliz á la tarea de ostentar en su inmensa latitud los magníficos, he dicho poco, los omnipotentes y divinos efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo. Hemos visto restaurada la verdad con este sacrificio y manifiesta la sabiduría de un Dios en su plan de salvacion para el mundo; hemos visto admirablemente reparada la mancilla que la culpa hubiese arrojado hácia la Santidad de Dios, con una explacion universal é infinita, y restablecida su imágen en la tierra con la renovacion cristiana del hombre: veamos ahora una parte siquiera del inmenso cuadro, considerándole bajo el aspecto de los beneficios que ha traido á la humanidad la Pasion y muerte de Jesucristo.

24. Si yo pretendiese, amados hijos, para metodizar mi exposicion, reducir á una fórmula breve los beneficios que debe la humanidad al Sacrificio del Salvador, os diría que esta Pasion y muerte hizo caer de nuestra cerviz el hereditario yugo de la primera culpa, despedazando todas las cadenas con que nos aprisionaba el pecado, sancionó un decreto de libertad para todos los hombres, crió la esperanza, afirmó la virtud, instituyó la santidad, hizo reinar el amor y abrió par en par á todos los hombres las puertas de los cielos.

25. He dicho en primer lugar que Jesucristo Señor nuestro, con su acerbísima Pasion ó ignominiosa muerte, nos libertó del pecado á impulsos de su amor hácia nosotros, quedando así borrado de la humanidad este antiguo sello de su ignominia. Ved cómo explican este maravilloso efecto de aquel sacrificio los primeros evangelizadores del mundo: "Nos amó, dice San Juan en su Apocalípsis, y nos lavó de nuestros pecados

"en su sangre:" "Os hizo vivir consigo, decia el apóstol San Pablo á los Colosenses, "perdonándoos todos vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que estaba contra "nosotros, y la quitó de en medio clavándola en la cruz." ¡Cómo encarecer debidamente, amados hijos, el tamaño de este beneficio! ¿Dónde hallar guarismo para expresar el valor de esta riqueza! ¡El hombre libre del pecado! ¡el hombre renovado en la Sangre de Cristo! ¡el hombre revestido de una pureza mayor todavía que la de Adan, por el valor que recibe del que la restauró en su corazon! ¡el enemigo de Dios hecho de nuevo amigo suyo! ¡el maldito del Paraíso encaminado al cielo! ¡el sentenciado á muerte restituido á la vida! ¡el pestilente abismo de corrupcion y de miseria trasformado en augusto santuario de todo un Dios! ¡Ah, hijos mios! quitado el pecado, desapareció el mal, y vino el bien; murió la muerte, y nació la vida; tornó á la nada la infamia, y apareció la gloria.

26. Pero no esto solo: este sacrificio de Cristo fué, no solo una restauracion de inocencia, sino un decreto soberano de libertad: el hombre, bien lo sabéis, gemia terriblemente bajo la tiranía cruelísima del demonio: su entendimiento cerrado á la verdad, su voluntad envuelta en las pasiones, su cuerpo dominado por los vicios, todo él presentaba el aspecto de un réprobo atado de piés y manos y sojuzgado constantemente por el poder de las tinieblas. Mas Jesucristo muere, y con solo esto encadenó para siempre al príncipe de los demonios. "Ahora se llega," decia, refiriéndose á su próxima Pasion, "el juicio del mundo. Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera." En efecto, hijos mios, el momento de aquella muerte fué la aurora de nuestra libertad: ya desde entónces el oprobio de nuestra esclavitud se trasformó en la grandeza de nuestra adopcion, las cadenas de nuestros enemigos cayeron de nuestros brazos; y donde ántes apareciera el sello de la sujecion al demonio, brilló la luz de una corona inmortal. "Los "oprobios del Hijo de Dios, decia San Gerósimo, borraron los nuestros; sus prisiones "nos hicieron libres; la corona de dolor que atormentó su cabeza, colocó sobre la nues"tra la diadema de su reino; y sus llagas en fin vinieron á darnos toda la salud." "Je"sucristo, dice San Ambrosio, quiso someterse á la muerte, ¡oh hombre! para librarte "de la condenacion eterna." Desde que su Cruz fortalece nuestro corazon, no puede ser dominado por ningun linaje de asaltos. "La concupiscencia no puede reinar," decia San Gregorio, "donde se tiene presente la Pasion del Redentor." Ved pues aquí el segundo beneficio: al hombre libre de la esclavitud horrible del demonio, y afirmando contra todos sus enemigos, y árbitro contra todas las pasiones.

27. ¿Qué os diré de la esperanza! Considerad por una parte la dignidad infinita del Hijo de Dios, recordad por otra el carácter é intensidad de sus padecimientos, y decidme si es posible que muera nunca tan consoladora virtud en un corazon verdaderamente cristiano. La esperanza, como bien sabéis, es el juicio seguro de que podemos, con solo quererlo eficazmente, alcanzar la vida eterna. Este bien infinito pide medios análogos infinitos tambien. El hombre no podria encontrarles y servirse de ellos en solo su naturaleza; pero Jesucristo, tomando para sí esta naturaleza y entregándola toda como víctima universal por el pecado, hizo dos cosas, por explicarme así: dignificar la víctima, limpiándola de toda contaminacion, para que pudiera ser propicia, y sacrificarla toda. La

muerte de Jesucristo es la inmolacion de la humanidad entera, de la humanidad sin mancha, de la humanidad absorbida en lo infinito: fué un sacrificio infinitamente puro, infinitamente doloroso, infinitamente santo é infinitamente meritorio. La deuda quedó pagada, y con tal superabundancia, que ni Dios podia exigir más, ni la humanidad optar un medio mas cumplido para renovarse, dignificarse, é inmortalizarse en la gloria. Cada pena interior, cada suspiro de Jesus bastaba para redimir al mundo; pues padeciendo en cuanto hombre, merecia como Dios. ¿Qué será, pues, aquel tormento del alma, para el cual no hallaba comparacion el Profeta, y que le llama por fin "un mar de tribulacion?" ¿Cómo ponderar todo lo que padeceria la Humanidad santísima de Jesus, cuando los profetas mismos, aun despues de agotar los recursos de la imaginacion y de la lengua, no lo dieron todo! "El azote de vuestra cólera," decia David, representando proféticamente al Redentor, "ha descargado contra mí: todas las olas de tu furor echas-"te sobre mí." ¿Qué diremos del desamparo y desolacion que padeció aquella gran Víctima! "A tu vista están, decia el Profeta representándola, "todos los que me atribulan: "improperio aguardó mi corazon y miseria. Y esperó que alguno se entristeciese con-"migo, y no lo hubo; y que alguno me consolase, y no lo hallé." (Ps. LXVIII, v. 21) ¿Cómo figurarse aquel infinito padecer: padecer en todo, padecer siempre, padecerlo todo, padecer sin interrupcion y padecer sin esperanza! "Me dieron hiel por comida, dice adelante, (v. 22) "y en mi sed me dieron á beber vinagre: sobre el dolor de mis lla-"gas han acrecentado." (v. 27) "Por tu causa he sufrido afrenta," dice Jesus á su Eterno Padre en la persona de David: "cubrió la vergüenza mi rostro: he sido hecho "extraño á mis hermanos, y forastero á los hijos de mi madre. Las afrentas de los que "te zaherian recayeron sobre mí. Y cubrí con ayuno mi alma, y se me convirtió en afren-"ta. Y me puse silicio por vestido:" (como si dijera: me revestí de la humanidad para "padecer,) "y vine á ser fábula para ellos. Contra mí hablaban los que se sentaban en la "puerta," (es decir: los jueces y magistrados de Jerusalem, que tenian sus tribunales junto á las puertas de la ciudad,) "y tañian cantares de mí los que bebian vino," (es decir: conducido por el feroz ejemplo de los hombres de autoridad, el populacho, hasta el populacho mismo descargaba sobre mí todo el furor de su lengua,) "abatiéndome con la "burla y despedazándome con el sarcasmo y el improperio." Esta pintura profética, no solo igualada sino excedida por la dolorosísima realidad, basta ciertamente para comprender lo que fué la Pasion y muerte del Redentor del mundo para la humanidad en la cuestion vitalísima de su esperanza. Esta salió toda, inmensa, infinita y gloriosa, del sepulcro de Cristo, y desde entónces el cielo quedó brindando con sus infinitos goces á cuantos abrazasen la Cruz del Salvador.

28. Mas la esperanza, cuyo fin es la dichosa inmortalidad, exige la intervencion de los medios, y estos medios se resumen todos en la práctica de la virtud, ó lo que es lo mismo, en el exacto cumplimiento de la Ley. "Si quieres entrar á la vida eterna, decia Jesucristo, guarda mis preceptos." Pues bien, hijos mios, aquella Pasion y muerte no solamente realizan el fin, sino allanan tambien los medios de la esperanza. La Ley estaba dada, porque es eterna: estaba promulgada por el órgano de la razon, y como ésta se oscureciese hasta perderla casi de vista, fué tambien escrita por el dedo mismo

de Dios en aquellas dos tablas de piedra que puso en las manos de Moysés, para que la promulgase al pueblo desde las cumbres del Sinaí. Mas la naturaleza estaba enferma y enferma de muerte, y por algunos justos del pueblo escogido, que se salvaban del crímen por la fuerza que les daba su fe en el Mesías, el resto del mundo yacia hundido en el espeso caos de los errores, habia naufagado todo en el piélago de los vicios, agitado por los borrascosos y encontrados vientos de todas las pasiones. Era necesario que la virtud resucitase y se fecundase é hiciese brillar sus esplendores en toda la tierra: he aquí el inmenso desideratum de toda la humanidad. ¿Cómo realizarlo por solo los esfuerzos de la naturaleza? ¡Imposible! La experiencia estaba hecha, y la prueba de la imposibilidad humana robustecida con todos los criterios. ¿Qué demanda la virtud para existir? luz y fuerza. ¿Qué supone? combate y victoria. Pues bien, hijos mios, dos linajes de habitadores dividian entónces la tierra; los judíos y los gentiles. Ahora bien: ni los primeros habrian podido apetecer mayor luz y vigor, en su calidad de espectantes, que la que les otorgaban las Sagradas Letras, las tradiciones venerables, las instituciones sábias, los caractéres eminentes y los ejemplos ilustres de su historia, ni los gentiles esperar ya de la razon y del carácter moral que ella forma, nada mas de lo que hablan adquirido: su historia es la de la filosofía en sus mas admirables esfuerzos, la de las letras en su mas espléndida magnificencia, la del heroismo en sus mayores portentos. Sin embargo, no hubo filósofo que supiera sobre Dios y la felicidad la mitad de lo que sabe el niño cristiano; no hubo orador que formara una sola virtud semejante á la del mas ignorado de los justos; no hubo poeta que produjese con las creaciones de su genio el arrobamiento y admiracion del héroe cristiano; no hubo conquistador que hubiera sido capaz de vencerse á sí mismo. ¿Véis esas fastuosas galerías de luces, bellezas, heroismo y magnificencia con que todavía tientan la admiracion y aun quieren dominar á la edad moderna los recuerdos mágicos del paganismo? pues no hallaréis un verdadero filósofo, un verdadero sabio, un verdadero héroe, un hombre manso y humilde corazon. Venid, empero, á Jesucristo, contemplad su dolorosa carrera, meditad sobre cada uno de sus tormentos, y veréis como con ellos instituyó, radicó y fecundó la virtud en la tierra.

29. La humanidad, hijos mios, que como ya os he dicho poco há, comenzó en el orgullo, medió en el placer y acabó en la muerte, tenia que desandar por sí misma este camino: el nuevo edificio habia de montar sobre la abnegacion, construirse con los materiales de la penitencia y decorarse con los ornatos augustos del espíritu: pero si este plan, que hubiera sido siempre admirado, no habria podido ejecutarse si el hombre hubiese tenido acerca de él solo un conocimiento teórico; fué mui practicable desde que pudo ser aprendido en Jesucristo, y sentirse con Jesucristo los esfuerzos del combate y los placeres del triunfo. Este divino Maestro dió la bella leccion, señaló dos puntos, uno de partida y otro de término, y trazó con sus mismos pasos la línea que de uno al otro debiera recorrerse. "El que quiera venir en pos de mí, decia, niéguese á sí mismo, to-"me su cruz y sígame." Sin la abnegacion, hijos mios, no hai virtud posible, como sin los cimientos no hai edificio de concebible realidad. La abnegacion prepara, dispone y purifica tambien. Mas, este sentimiento se trasforma en acto por el movimiento moral

de la vida: nuestra humanidad, negándose ó envaneciéndose, camina desde que sale de la nada hasta que entra en el sepulcro. Jesucristo se niega á sí mismo al hacerse hombre, revistiéndose de nuestra naturaleza, y muestra su abnegacion en su cuna naciendo entre pajas. Mas, quiere darnos el tema y el tipo de nuestra vida moral, y por esto añade que llevemos nuestra cruz. Esta cruz, emblema significativo de todos los trabajos y penalidades del hombre, le persigue desde que salió del Paraíso; mas habia sido para él un objeto de repulsa. La humanidad no podia vivir sin dolor, pues que la sentencia estaba dada, ni el dolor podia dejar de perseguir al hombre, pues que Dios le habia instituido, para castigar el pecado, con esta triste mision en la tierra; pero el hombre le conjuraba con su pensamiento, con su libertad y con su conducta como el objeto mas detestable. Era necesario para su remedio, que sustituyese el odio con el amor, la repulsa con la solicitud, que se abrazase con sus penas: en suma, no solo que viese, no solo que conociese, no solo que no pudiera destruir, sino que estrechase y llevase con amor la cruz de los trabajos. Esta cruz podia tener, no una existencia, sino un carácter nuevo, desde que la humanidad la hubiese aceptado; mas para hacerlo dignamente debia comenzar por la abnegacion y dar el paso consiguiente á beber el amargo cáliz. La nueva vida de la cruz exigia la espontaneidad y aun el amor, dos imposibles para la humanidad, pero dos cosas prodigiosamente fáciles desde que padeció Jesucristo. El fué el primero en llevar esta cruz: despues de él habria sido vergonzoso rehusarla.

30. Mas aun con todo esto, hijos mios, el hombre no quedaba enteramente provisto: necesitaba fuera del precepto y el ejemplo un medio capaz de vencer las repugnancias de la naturaleza y poder acercarse á este modelo divino. Si la historia nos muestra hombres hechos al hambre y á la sed, endurecidos en las fatigas de la guerra, y aun conserva los recuerdos del estoicismo, que puede considerarse como el último esfuerzo del orgullo humano; el criterio moral no nos muestra por cierto en todo esto sino estátuas magníficas tiradas aquí y allá en el campo de los siglos, que comienzan fascinando y acaban descendiendo al olvido: ni podia ser de otro modo, porque eran estátuas, figuras materiales, sin movimiento, sin vida, sin accion y sin porvenir. Esta estátua muerta de la virtud humana, como el cuerpo que formó Dios para preparar al hombre, necesitaba un soplo divino que la animase, necesitaba espíritu para tener vida. ¿Cuál podia ser el espíritu que animase la resignacion del hombre con sus propios trabajos? el de aquel que brilló en las tinieblas, el espíritu de Cristo. Por esta razon, despues de predicarnos que nos neguemos á nosotros mismos y tomemos nuestra Cruz, añade que le sigamos. El seguimiento evangélico de Cristo tiene un punto de partida que es la abnegacion: *abneget semetipsum;* tiene un apresto para no desfallecer, y es la cruz: *tollat crucem suam;* tiene una forma estrictamente moral, y es su espíritu: *sequatur me.* ¡Qué leccion! ¡qué precepto! ¡qué poder sobre la virtud! Antes de Jesucristo todos los legisladores, comenzando por el Eterno y Supremo, que es Dios, habian dicho á la humanidad: "haced lo que mando;" mas Jesucristo dió á la Ley divina una sorprendente y misteriosa plenitud cuando redujo sus preceptos á su imitacion, diciendo á todos: "haced lo que practico, seguidme."

31. Dicho esto, basta contemplar su vida para comprender la santidad: cada paso

de su carrera es un monumento que queda erigido á una virtud sublime: su carrera toda es el glorioso panteon de la virtud y la santidad. Llamad una por una todas las virtudes imaginables, y á vuestra voz irán correspondiendo los pasos de esta dolorosa historia. ¿Queréis ver la abnegacion? No sorprenderé vuestras almas con la Encarnacion del Verbo, las pajas de Belleem, la sangre de la Circuncision, el retiro y pobreza de Nazareth, el ayuno del desierto, la fuerza de la tentacion, el bautismo del Jordan, no: dejo atrás esta imponente serie de trofeos, para llamaros al Cenáculo. ¿Véis esa reunion? Son los discípulos de Jesus, los hombres oscuros, los pescadores de Galilea; algo más, tambien los publicanos; infinitamente más, tambien el ingrato, pérfido y traidor Judas. ¿Véis ese personaje que se levanta de la mesa, toma un lebrillo con agua en sus manos, cuelga de su brazo una toalla y recorre de rodillas ese círculo de hombres miserables, poniéndose á sus piés, para lavárselos? Es el Unigénito del Padre, el esplendor de su eterna Sabiduría, la figura de su Sustancia, el Verbo que es desde el principio, Dios hecho hombre, es el prometido á la estirpe delincuente, representado en lo mas ilustre y grande de la historia del pueblo escogido, anunciado con los suspiros de los patriarcas, la voz de los profetas, el carácter de los justos, las funciones del sacerdocio, la magnificencia del culto y todas las instituciones de Israel. ¡Buscáis aquel conjunto de virtudes que en sí contiene la contricion del alma, esto es: la detestacion del pecado, el horror infinito al pecado, la pena por el pecado, &c., &c.? Ved á Jesus en el Huerto de Getzemaní desfalleciendo bajo la imágen de los crímenes, cuya responsabilidad ante la Justicia divina tenia aceptada. ¿Queréis ver la lucha de la naturaleza contra el dolor? Vedle alejar de sí con el primer impulso el cáliz que se le presentaba. ¿Queréis considerar el triunfo sobre todas las repugnancias de la naturaleza? Escuchad esa voz que á nombre de la Justicia eterna llama de nuevo á este cáliz mismo que acababa de repeler: "Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la tuya." He aquí á Jesucristo, que despues de repeler la cruz para enseñarnos lo mucho que pesaba, la invoca, la espera, la recibe, la abraza, la acepta con toda la impetuosidad de su amor. ¿Queréis contemplar los primeros pasos de la carrera pública que hace con su cruz, observar los primeros efectos de la virtud con que la habia aceptado? Vedle desfallecer en el Huerto; vedle mojar aquel suelo con un sudor de sangre que provoca el inefable padecer de su espíritu. ¿Queréis un modelo de dulzura, de paciencia y de amor? Vedle consintiendo en recibir sobre sus mejillas el ósculo de Júdas despues de haberle llamado con el dulce título de amigo, consentir en su prision, caminar sin quejarse arrastrado por sus verdugos, sufrir los denuestos de sus jueces y las insolencias de las turbas desenfrenadas; contempladle, finalmente, cuando vuelve á Pedro el extraviado con una mirada que anima con toda la ternura de su amor, la paz, la gracia y la vida. ¿Queréis ver su Justicia? Vedle anunciando la desgracia de Júdas y condenando la conducta de sus jueces. ¿Queréis ver su misericordia, resumiendo, por decirlo así, y excediendo todo el amor que exige de nosotros para nuestros prójimos? Vedle llamando, con una discreta pregunta que hace al que le hiere, las pasiones desfogadas al tribunal de la razon, dando un objeto eminentemente moral á las lágrimas con que inundan sus mejillas las hijas de Jerusalen, y enviando al cielo poco ántes de morir

una plegaria de perdon en favor de sus verdugos. No seguiré adelante: porque si me propusiese continuar hasta su fin esta manifestacion de las virtudes que formó Jesucristo en la escuela de su Pasion y muerte, me perderia ciertamente, no hai que dudarlo, en un oceano sin orilla y sin fondo.

32. Si despues de contemplar el tipo venimos á las copias, y de ver el manantial, seguimos el paso de las muchas corrientes que de allí bajan, tendrémos necesidad á cada paso de tomar un respiro para no desfallecer á la vista de esta fecundidad inmensa que se reproduce de continuo sin agotarse en su fondo, de esas virtudes diversas y todas heróicas, hijas queridas de la Cruz. ¡Véis ese mundo, hundido en sangre bendita por espacio de tres siglos que duraron las primeras persecuciones de la Iglesia, reaparecer con todas las gracias purificado, ennoblecido y cubierto de gloria? Es el primer fruto de la Cruz del Salvador; en su costado nacieron aquel torrente de lágrimas y aquel torrente de sangre. ¡Véis esos desiertos, ántes habitados por serpientes y basiliscos, repentinamente convertidos en inmensos y deliciosos jardines donde se respira todo el aroma de las virtudes? Son las plantas que depositó en la tierra, y regó con su sangre, y conservó con su solicitud la Víctima santa del Calvario. ¡Véis esos muros elevadísimos que en el fondo de las bulliciosas ciudades encierran como en una isla desierta coros de vírgenes que han puesto su inocencia bajo la salvaguardia de su austeridad? Son la obra de la Cruz. ¡Véis esas lágrimas enjugadas por el amor, esas penas dulcificadas por la caridad, esas tribulaciones recogidas con placer en el corazon, esa pobreza voluntaria, ese noble desden hácia el siglo, esa muerte de los sentidos y nobilísima esclavitud de las potencias que nos hace admirar la historia en la vida de los santos? Esta es la obra de la Pasion y muerte de Cristo. Una Cruz que descuella sobre la altura de las espesas montañas, ó junto á las márgenes de los tempestuosos mares, anuncia el asilo que los hijos de Jesucristo abren al extraviado viajero y al navegante náufrago. Una Cruz, mostrándose en las alturas de inmensos edificios, os invita para que visiteis á los enfermos de Cristo que ha recogido en sus hospitales; á los huérfanos, ancianos, desvalidos, y generalmente á todos los pobres de Jesucristo, que ha reunido allí para darles el pan del cuerpo y el pan del espíritu. ¡Véis esas familias de religiosos esparcidas por todo el Universo? No escuchéis al siglo que las desprecia, sino acercáos á estudiarlas por vosotros mismos. Allí están los que se reparten el mundo con su celo, para llevar las luces de la fe, los tesoros de la gracia y los consuelos del corazon á las bárbaras tribus: allí están los que se ofrecen bajo la cuchilla de la austeridad y en el fervor de la oracion como otras tantas víctimas para desarmar la justicia del Eterno: allí están los que se dedican á impartir los socorros de la ternura que consagra el Evangelio para la doliente humanidad: allí están los que se dan á sí mismos por precio de aquellos que sufren los horrores del cautiverio: allí están..... ¡Pero á dónde voi? ¡ni cuándo acabaria si continuase?

33. El hombre, hijos mios, aun despues de redimido, ha continuado enfermo; pero su enfermedad no es ya de muerte: bástale querer con eficacia, para conseguir una curacion radical. El mundo está lleno todavía de llagas, de miserias y de crímenes; mas contempladle por otro aspecto, y veréis que despliega todavía la magnificencia y la

gloriosa pompa de la virtud. Hai en él, y son los más, seres desgraciados que quieren perderse; mas tambien existen caractéres venerables que perpetúan en la tierra, con los nobles atributos de la santidad, los mas bellos prodigios de la Cruz; y por esto dije que la Pasion y muerte de Jesucristo instituyó la santidad, hizo reinar el amor y abrió par en par á cuantos quisiesen aprovecarla las puertas de los cielos.

34. ¡Qué puede importarnos pues, hijos carísimos, que la Pasion y muerte de Jesucristo encubra en su fondo un misterio inaccesible para la razon humana, si por otra parte despide tanta luz, comunica tanta fuerza y prodiga tantos bienes? No vemos el cómo, pero sabemos el por qué de este sacrificio, y sorprendemos en el pensamiento que le concibe, toda la Sabiduría de un Dios. No podemos conciliar estos dos infinitos, el de un ser divino y el de un Dios que padece en su santa Humanidad; pero á la vista de estos padecimientos, que nos hacen estremecer de terror y espanto, sentimos en el peso de la justicia misma la Santidad de todo un Dios; y en la moral de la Cruz venimos á sorprender la virtualidad inmensa y el profundísimo secreto de la cristiana virtud y verdadera grandeza del hombre. Nos confundimos y anonadamos en cierto modo al recorrer las páginas de esa historia donde la humanidad pareció haberse excedido á sí misma en lo que tiene de mas atroz para perseguir á la inocencia; pero mui pronto salimos de este estado de confusion, que parecia tentar nuestra fe, al contemplar esa Cruz, cambiando la faz de la tierra, atrayendo el homenaje de todos los hombres, recibiendo el tributo de todos los siglos, dominando todas las eminencias históricas, dando al entendimiento una luz que refleja, digámoslo así, los esplendores de la Sabiduría increada, á la voluntad una fuerza que reprime los ímpetus de las pasiones, á la libertad moral un poder superior á toda la naturaleza para marchar á paz y salvo de las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne por los rectísimos senderos de la Lei divina, y en fin, al corazon humano, siempre solícito de nuevas impresiones, á este mendigo perdurable de placeres y de afectos, un objeto de infinito bien capaz de llenarle, de pureza infinita capaz de ennoblecerlo, de fuego inextinguible y eterno capaz de arraigarle dulcemente en las deliciosas moradas de Jesus.

35. Contemplad pues, hijos mios, este misterio adorable como un cuadro de luz y de verdad, como un tesoro de gracia y de virtud, como una prenda infalible y tierna de amor y felicidad. Si vuestro entendimiento anhela por la ciencia, buscadla en él, diciendo con Pablo: "No quiero saber otra cosa que á Cristo crucificado," y conquistaréis con solo esto, dicho y cumplido, la verdadera sabiduría. Si el desaliento tienta vuestra esperanza con la pena consiguiente á las debilidades de la naturaleza y á las tribulaciones de la vida, decid con ese Doctor incomparable, considerando las tribulaciones como el fundamento de vuestra esperanza y viéndolas consagradas por la Pasion de Cristo: "Yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesus mi Señor." Si la vanidad os acomete, la ambicion os alhaga, los placeres y pompas del mundo extienden sus redes bajo vuestros piés para aprisionar vuestro espíritu, clamad con este maestro profundamente versado en la carrera de la abnegacion: "Léjos de mí el gloriarme en cosa alguna, que "no sea la Cruz de nuestro Señor Jesucristo." Estrechádos en espíritu con este signo sagrado, llevadle con el intento mismo que Jesucristo le condujo; y cuando la vida os

straiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas rezgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasion de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el augusto, el majestuoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de dia ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está del esplendor augusto del Ser increado por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL DESCENSO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS INFIERNOS.

Tu quoque in sanguine testamenti tui emisisti vinctos tuos de lacu, in quo non est aqua.

Tú tambien por la sangre de tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hai agua.

Zacarías. Cap. IX, v. 11.

1 El sepulcro, amados hijos, esta mansion última del hombre sobre la tierra, este resumidero inmenso á donde vienen las generaciones unas tras otras á hundirse como las aguas que se pierden sin vuelta; este lugar de lágrimas y luto donde la grandeza se anonada y la gloria se eclipsa; este punto crítico, terrible y al mismo tiempo inevitable, del que todos huyen con su corazon y á donde todos vuelan impulsados por su destino: vino á ser para Jesucristo Señor nuestro la consumacion feliz de aquel pensamiento que habia de establecer, como sobre una roca inexpugnable, su trono sobre la tierra, el oriente de aquella espléndida luz que habia de inundar al Universo, el principio de aquel reinado que agruparia en torno de la Cruz á todas las grandezas, y encadenaria para siempre las potestades del abismo, y daria libertad á la inmensa familia de los justos, pendiente de su venida para entrar en su reino.

2. No esperó Jesucristo á resucitar para dar principio á la gloriosa carrera de sus triunfos: porque apénas es colocado su cuerpo en el sepulcro, cuando su alma bendita, unida con su Divinidad, y en consecuencia él en Persona, descendió á lo mas profundo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

straiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas rezgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasion de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el augusto, el majestuoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de dia ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está del esplendor augusto del Ser increado por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL DESCENSO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS INFIERNOS.

Tu quoque in sanguine testamenti tui emisisti vinctos tuos de lacu, in quo non est aqua.

Tú tambien por la sangre de tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hai agua.

Zacarías. Cap. IX, v. 11.

1 El sepulcro, amados hijos, esta mansion última del hombre sobre la tierra, este resumidero inmenso á donde vienen las generaciones unas tras otras á hundirse como las aguas que se pierden sin vuelta; este lugar de lágrimas y luto donde la grandeza se anonada y la gloria se eclipsa; este punto crítico, terrible y al mismo tiempo inevitable, del que todos huyen con su corazon y á donde todos vuelan impulsados por su destino: vino á ser para Jesucristo Señor nuestro la consumacion feliz de aquel pensamiento que habia de establecer, como sobre una roca inexpugnable, su trono sobre la tierra, el oriente de aquella espléndida luz que habia de inundar al Universo, el principio de aquel reinado que agruparia en torno de la Cruz á todas las grandezas, y encadenaria para siempre las potestades del abismo, y daria libertad á la inmensa familia de los justos, pendiente de su venida para entrar en su reino.

2. No esperó Jesucristo á resucitar para dar principio á la gloriosa carrera de sus triunfos: porque apénas es colocado su cuerpo en el sepulcro, cuando su alma bendita, unida con su Divinidad, y en consecuencia él en Persona, descendió á lo mas profundo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la tierra, á aquellos senos misteriosos donde los justos de la antigua Lei iban recogiéndose al morir, para esperar juntos el gran dia de su felicidad aplazado para el advenimiento del Mesías; bajó á aquella residencia de los patriarcas medida por el curso de cuarenta siglos, para llevarles con su presencia la nueva feliz de que habia llegado el dia de su ventura, abrir aquellas puertas con la virtud de su sangre y darles paso para la Jerusalen de los cielos. El profeta Zacarías, leyendo en el porvenir la historia de este Rei divino, y contemplándole ya en posesion de la gloria que acaba de conquistar con su sangre, se dirige á él con estas palabras proféticas, con que parece seguirle desde su sepulcro hasta la residencia misteriosa de aquellas generaciones benditas que le esperaban como á su libertador para entrar en su reino. "Tú tambien, por la sangre de "tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hai agua:" *Tu quoque in "sanguine testamenti tui emisisti vinctos tuos de lacu, in quo non est aqua.*

3. Este es, hijos mios, el dogma que se nos enseña en el Símbolo de la fe inmediatamente despues del misterio que acabo de explicaros en las dos instrucciones precedentes; porque despues del cuarto artículo, en que se nos inculca la Pasion, muerte y sepultura de Jesucristo Señor nuestro, siguen estas palabras que constituyen la primera parte del quinto: "Descendió á los infiernos." Es pues de la mayor importancia para todos los fieles, como á este propósito lo advierte el Catecismo romano, entender los gloriosos triunfos que logró Jesucristo venciendo al demonio y saqueando las sillas del infierno; y por lo mismo voi á daros en la presente carta las instrucciones bastantes sobre esta verdad tan gloriosa para el Redentor, como dulce y consoladora para todos los redimidos.

4. Como los términos enunciativos de este dogma usan de la expresion genérica "bajó á los infiernos," lo primero que debemos saber es: ¿cuáles son estos infiernos, y á cuál de ellos bajó, y con qué objeto, nuestro Señor Jesucristo: y cómo bajó con su alma unida á su Divinidad, y entre tanto quedó su cuerpo en el sepulcro unido con la misma Divinidad, es necesario explicar en seguida estos misterios. Ved pues indicados mui distintamente los dos puntos en que me propongo distribuir la materia de esta instruccion para vuestro mayor aprovechamiento.

I.

5. Las Santas Escrituras, hermanos mios, y los antiguos Padres, para designar los lugares mas bajos de la tierra usaban siempre de la palabra *infer*, que nosotros traducimos *infiernos*. Por esto el Símbolo de la fe, contrayéndose al hecho de haber bajado Jesucristo á la mansion donde estaban los antiguos justos, no usa nombre ninguno particular, sino el genérico de infiernos, para designar que descendió á los mas profundos senos de la tierra, *descendit ad inferos:* y por esto San Pablo, escribiendo á los Efesios, (IV, 9), dice que Jesucristo descendió á lo mas inferior de la tierra, y en el mismo sentido se explicaron los Padres. De este modo de hablar se deduce claramente que las almas tanto de los buenos como de los malos que habian bajado al sepulcro ántes de nuestro Señor Jesucristo, estaban en los infiernos, entendiendo por infiernos, no precisamente lugares de tormento, sino lugares bajos y profundos en la tierra, es decir: que estaban todos en lo mas profundo de la tierra. Pero como era tan diversa y de tal modo contraria la condicion de los unos y de los otros, desde luego se comprende que no podian estar juntos buenos y malos en un mismo lugar, aunque todos estuviesen en lo bajo. Habia pues en aquellos subterráneos misteriosos buenos y malos, y por lo mismo lugares diversos y absolutamente separados para los unos y para los otros. En el santo Evangelio tenemos, de la boca misma de Jesucristo, esta importante doctrina. La parábola del Rico avariento presenta uno y otro lugar con tal separacion, que entre la residencia de Abraham y Lázaro y del infeliz avaro mediaba un inmenso vacío, siendo imposible pasarse de un lugar á otro. De aquí la necesidad estrecha de explicar lo que se entiende por infiernos, manifestando los diferentes lugares que en aquella profundidad se encuentran ó indicando al mismo tiempo el objeto de cada uno.

6. Señálase como el primero de estos cuatro lugares el *Limbo*, el cual está destinado á *los niños que mueren sin bautismo;* y aunque esta palabra no se usó en la Escritura ni aun en los antiguos Padres, pues como ya os he dicho, solo empleaban la palabra *infiernos* para designar los lugares mas profundos de la tierra, y aun difieren mucho los autores acerca del lugar propio en que están los niños que mueren sin bautismo, pues unos creen que este lugar es el mismo que ocupaban los justos de la antigua alianza, y otros entienden que es lugar diverso; nada de esto nos interesa conocer perfectamente para nuestra debida inteligencia sobre el dogma católico; porque solo se trata de saber cuál es en la eternidad la suerte de los niños que mueren sin bautismo. Pues bien: es de fe que tales niños no gozan de la bienaventuranza. ¿Por qué? porque esto se sigue de la doctrina del mismo Jesucristo y de las terminantes decisiones de la Santa Iglesia. En el capítulo tercero, versículo quinto del Evangelio de San Juan, leemos estas palabras del Señor: "Si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no "puede entrar en el reino de Dios." Siendo pues el bautismo este renacimiento del agua y del Espíritu Santo, pues como dice nuestro Catecismo, es el bautismo *un espiritual nacimiento en que se nos da el ser de gracia y la vida de cristianos*, clarísimo es que los niños no bautizados no entran al reino de los cielos. ¿Qué pena sufren pues? La creencia católica les considera privados de la vista de Dios, y en esto párte del dogma que acabamos de ver, pero no incluidos en el número de los que sufren todo linaje de penas en el infierno. De lo cual resulta que las almas de los niños que mueren sin bautismo ni gozan de la bienaventuranza ni sufren los tormentos de los condenados, circunstancia que basta para suponer que ocupan en las profundidades de la tierra un lugar mui diverso los unos y los otros, y por esto se llama *Limbo* la residencia de los niños que mueren sin bautismo.

7. El segundo lugar *es el Purgatorio*, mansion *de los que mueren en gracia, debiendo por sus pecados alguna pena, la cual allí satisfacen y luego van al cielo.* La existencia y destino del Purgatorio, hijos mios, es tambien un dogma católico comprendido por lo mismo entre los objetos de nuestra fe. Oid lo que nos dice á este propósito un sabio catequista de nuestro siglo.

8. "La fe de un purgatorio, dice Duclot y la oracion por los muertos, que la supone evidentemente, están en extremo autorizadas, para que se las pueda desechar y

considerar como abusos introducidos en la Iglesia: porque esta oracion tiene á favor suyo la autoridad de los Libros Sagrados, la costumbre de los judíos, la tradicion apostólica, la práctica universal de los primeros fieles, el servicio público de la Iglesia de los primeros tiempos, y la idea constante que han tenido acerca de ella todos los cristianos ortodoxos en el hecho de reputarla como un dogma, perteneciente á la economía de la fé.

9. "¿Qué nos dice la Escritura en el Libro divino de los Macabéos? *Habiendo recogido* (Judas Macabéo) *en una colecta que mandó hacer, doce mil dracmas de plata, las envió á Jerusalem, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo, como tenia, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurreccion: (pues si no esperara que los que habian muerto habian de resucitar, habria tenido por cosa superflua é inútil el rogar por los difuntos); y porque consideraba que á los que habian muerto despues de una vida piadosa, les estaba reservada una grande misericordia. Es, pues, un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de las penas de sus pecados.*[1]

10. "Pasando del Antiguo al Nuevo Testamento, encontramos en San Pablo, que muchos de los que han de salvarse no habrán de conseguirlo sino pasando por el fuego.[2] En San Lúcas se nos habla de algunos que no han de salir de esta prision, sin que hayan satisfecho hasta el último dinero;[3] lo cual establece terminantemente la verdad del Purgatorio; porque ya se deja entender que aquí no se habla de una prision ordinaria ni tampoco de la del Infierno.

11. "Pero cuando no fueran tan terminantes las autoridades de la Escritura, bastaba esa tradicion constante, universal y antigua de la Iglesia, que San Agustin califica de apostólica,[4] y que Tertuliano propone por ejemplo de esas tradiciones que no han menester de estar autorizadas por la Escritura.[5]

12. "Que se lean las mas antiguas liturgias, las que llevan los nombres de Santiago, de San Basilio, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio; allí se encontrarán oraciones por los muertos. Léase la historia de la Iglesia, y allí se verá cómo en el cuarto siglo Arrio fué condenado como hereje por haber negado la obligacion de rogar por los muertos. Léanse los Padres mas antiguos, San Clemente, San Dionisio Areopagita, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Epifanio, San Juan Crisóstomo, Teodoreto, entre los griegos; Tertuliano, San Cipriano, San Ambrosio, San Gerónimo, San Gregorio el Grande entre los latinos, y una multitud de otros: todos deponen en favor de esta verdad."[6]

13. El tercero de estos lugares profundos en que residen las almas de los que no están en el Cielo, es, hijos mios, *el Infierno*, lugar terrible y espantoso, designado con las expresiones mas formidables en las Sagradas Letras, como valle de fuego, lugar de

1 Lib. 2º cap. XII, vv. 43 y siguientes.
2 I ad Corint. cap. III, v. 15.
3 Cap. XII, v. 59.
4 Lib. de Cura pro mortuis, cap. I.
5 Lib. de Monog. cap. X.
6 Explication historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne et catholique. Discours XLIII. (Extracto.)

llanto y de crujir de dientes, fuego eterno, mansion de los réprobos y precitos, &c. &c. Este es aquel lugar que ocupan los pecadores que mueren impenitentes, es decir: *los que mueren en pecado mortal, y allí son atormentados con fuego y penas eternas.* Esa eternidad desgraciada, que reserva la Justicia divina para castigar dignamente á los que mueren en pecado mortal, es, hijos mios, un dogma de nuestra fe, inculcado por nuestro Señor Jesucristo, predicado por los apóstoles y definido por la Santa Iglesia católica. No me detengo á exponeros estos diversos argumentos, porque mi objeto principal aquí es señalar y distinguir el lugar de los réprobos como uno de los que encabraza la palabra general de *infiernos*.

14. El cuarto de estos lugares es aquel, dice nuestro Catecismo, *en que estaban como depositadas las almas de los Santos Padres, hasta que nuestro Señor Jesucristo bajó á sacarlas para el cielo.* Este dogma envuelve, hijos mios, tres conceptos que debemos saber, entender y atentamente meditar; el primero es, que ántes de la muerte de nuestro Señor Jesucristo ninguna alma de cuantos habian fallecido en el mundo, desde Abel que fué el primer muerto, hasta el buen Ladron, que murió juntamente con Jesucristo y puede suponerse que haya sido el último, y si no lo fué, hasta el que lo haya sido, ninguno, aunque hubiese bajado al sepulcro en justicia y santidad, habia entrado al Cielo, pues nadie habia de entrar ántes de Jesucristo resucitado; sino que todos los justos estaban en uno de aquellos senos profundos, sin padecer pena ni gozar premio, como en depósito y pendientes de la consumacion de aquel Sacrificio que habia de abrir á cuantos muriesen en gracia las puertas de los cielos: el segundo es, que tan luego como Jesucristo murió, bajó, no al Limbo, Purgatorio ó Infierno, sino solo á este seno profundísimo, donde estaban las almas de los Santos Padres: el tercero es que habiendo bajado allí, las consoló con su adorable presencia, y las sacó de aquel antiquísimo cautiverio, para conducirlas consigo á la eterna mansion de los escogidos despues que hubiese resucitado y cuando llegase aquel dichoso dia señalado en su mente para subir triunfante y glorioso á los cielos.

15. He dicho, hijos mios, que ninguna de las almas de cuantos habian muerto desde Abel hasta Jesucristo habia entrado al Cielo y que este es un dogma de fe, porque así nos lo persuade el misterio mismo de la Redencion y lo declaran las Sagradas Letras. Excusado me parece detenerme á probar este concepto relativamente á los condenados ó réprobos; porque ellos, desde el instante de su muerte, bajaron al infierno para arder allí por toda la eternidad: nada tuvieron estos infelices que esperar ya de la venida del Redentor, porque murieron impenitentes, no aprovechándose de la fe de las promesas para salvarse. La cuestion versa exclusivamente sobre aquellos que murieron en justicia y santidad, sobre los justos del viejo Testamento á quienes designamos con el nombre de los Santos Padres de la Ley antigua. Pues bien: estos no subieron al Cielo, aunque habian de subir despues; no gozaron desde luego la bienaventuranza en su plenitud, aunque habian de gozarla despues; sino que por disposicion divina bajaban, como ya os he dicho, á uno de aquellos lugares profundos, y permanecieron allí como de tránsito, pero en una estacion dilatadísima, en espera del Mesías prometido, que habia de bajar á libertarlas, cuando hubiese consumado su Sacrificio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

16. El Sacrificio de nuestro Señor Jesucristo fué tan eficaz, hijos mios, que bastó ser anunciado para que produjese el efecto magnífico, aun ántes de salir de los linderos de la posibilidad, de salvar á los hombres. Desde que aquella palabra bendita fué pronunciada por el Eterno: "Ella quebrantará tu cabeza," ni hubo llaga incurable para el corazon, ni el demonio pudo lisonjearse de un triunfo completo sobre la humanidad: bastaba creer en el Redentor que habia de venir, y obrar conforme á esta creencia, para no ser víctima de la Justicia Eterna por la culpa, para que la penitencia del hombre fuese atendida, y su virtud fuera santificada, y su esperanza fuera cierta, y su salvacion segura. No habia pues de perecer ninguna de aquellas almas justas, aunque todavía no naciese Aquel que las habia de libertar: mas tampoco entrarian ellas desde luego en la gloria, sino hasta que el prometido llegase á la tierra, cumpliese su mision, muriese en la Cruz para salvar al mundo. Ved pues de qué manera obraba Jesucristo sobre los siglos que le precedieron, dando á los justos una seguridad de salvacion y una esperanza de felicidad. La primera se cumplia desde luego que bajaban al sepulcro; pues el solo hecho de no condenarse, de no bajar á padecer por toda la eternidad con los réprobos, era ya para ellos un estado de salvacion. Pero, hijos mios, entre salvarse de la muerte eterna y poseer la bienaventuranza que se disfruta en los cielos, habia una distancia inmensa, la que va de una iniciacion á una plenitud de ventura. Esta plenitud aguardaba de los tiempos la realizacion de las promesas, la institucion de la gracia plena de Jesucristo: esta plenitud vendria, cuando el hecho hubiese ya sucedido á su anuncio, cuando la figura hubiese ya desaparecido en presencia de la realidad, cuando la Sinagoga hubiese legalmente cedido el campo al altar del Cordero que quita por sí mismo los pecados del mundo, cuando el último suspiro del Hombre-Dios diese á la esperanza de los justos de todos los siglos la nueva feliz, pronunciando el hasta aquí de la expectativa y el desde aquí de la perdurable ventura, del bien sumo, del bien puro, del bien eterno, cuyo advenimiento habia estado haciendo palpitar de ardientes deseos el corazon de los antiguos justos.

17. Allí estaban éstos pues, y con el objeto dicho, y de allí no saldrian hasta que Jesucristo bajase á sacarles. Este lugar misterioso era la mansion que esperaba del cielo aquellas nubes que habian de llover al Justo, como se explica Isaías. Cuando leemos en el Eclesiástico aquellas palabras: "Yo penetraré las partes mas bajas de la tierra, miraré á los que duermen, é iluminaré á los que esperan en el Señor," claramente se alude al dogma que ahora os estoi explicando, y se manifiesta en todas sus partes. Este que dice: "yo penetraré las partes mas bajas de la tierra," nos está representando á Jesucristo en la solemne ocasion de que se trata: estos *que duermen*, son los que han bajado al sepulcro, y cuyas almas residian en aquellos lugares ínfimos de la tierra; y éstos *que esperan en el Señor*, únicos, hijos mios, á quienes habia de iluminar Jesucristo, no son los réprobos, porque los réprobos no esperan en el Señor, no son los niños que mueren sin bautismo, porque no habiendo éstos recibido las virtudes infusas, tampoco esperan en el Señor. ¿Quiénes son pues éstos que ya murieron, que no padecen pena, que no reciben todavía la luz del Verbo, verdadero crepúsculo del eterno dia, pero que sin embargo de todo esto, creen firmísimamente como Job que se

han de regocijar un dia con su presencia? ¿Quiénes son aquellos espíritus encarcelados de quienes habla San Pedro, á quienes predicaria el Alma de Jesucristo? ¿Quiénes son aquellos prisioneros residentes en el lago donde no habia agua, los cuales habia de sacar el Mesías con la sangre de su Testamento? ¿Quiénes, hijos mios? Los justos de la antigua alianza, los Patriarcas benditos ascendientes de Jesucristo segun la sangre, los escogidos de su pueblo, aquellas almas que vivieron en justicia y santidad, que se libraron por sus merecimientos de la pena eterna, que residieron por tantos siglos en aquel lugar ínfimo llamado *seno de Abraham*, desde donde levantaban sus ojos á impulso de su esperanza, como para ver si descubrian ya la presencia de Aquel, de cuya venida estaba pendiente la posesion plenísima de su felicidad eterna.

II.

18. Mas no basta, hijos mios, el saber que Jesucristo bajó á este lugar y no á otro, porque á ningun otro tenia que bajar, siendo así que los réprobos cuentan y esencialmente entre sus penas y como la mayor de todas, la de estar privados para siempre de la vista de Dios; no basta saber esto, vuelvo á decir: es necesario inquirir cómo bajó el alma del Señor á los infiernos y cómo quedó su cuerpo en la sepultura. El punto de que debemos partir es la muerte: Jesucristo estaba muerto, muerto en realidad, en toda la extension de la palabra, tan muerto como cualquiera hombre que ha dejado de vivir: hé aquí el dogma fundamental, el antecedente preciso del que consideramos ahora, que Jesucristo fué muerto y sepultado: *mortuus et sepultus*. ¿Qué es la muerte? la separacion de dos sustancias que unidas constituian la vida humana y temporal. ¿Qué sustancias son estas? el alma y el cuerpo. Luego real y verdaderamente separadas estaban estas dos sustancias cuando murió nuestro Señor Jesucristo, su alma y su cuerpo. Pues bien: ¿qué decir de su cuerpo en el sepulcro? ¿qué decir de su alma separada de su cuerpo? ¿qué entendemos al decir que Jesucristo descendió á los infiernos? Oidlo: su cuerpo quedó en el sepulcro incorruptible y unido con su Divinidad, como ya os lo expliqué al hablaros del misterio de la Pasion y muerte del Señor: allí se quedó este cuerpo, de allí no se movió este cuerpo hasta que Jesucristo Señor nuestro resucitó, es decir: que el Sagrado Cuerpo de Jesus no descendió para nada á los infiernos, sino que se quedó en su sepultura.

19. ¿Con cuál pues de las dos sustancias que constituian su Santa Humanidad bajó el Señor á los infiernos? Clarísimo es que con el alma; y esto, hijos mios, no solo porque del ser puramente humano despues del cuerpo no queda mas que el alma, sino porque el alma es la sustancia que no muere nunca: para ella morir es simplemente dejar al cuerpo, sacudir las trabas de los sentidos: lo que propiamente muere es el cuerpo, porque recibe del alma toda la animacion y su vida, y por el alma se mueve, obra, siente, vive; pero sin el alma se trasforma luego en una materia inerte, como bien lo sabéis. No era pues, el cuerpo quien podia llevar la vida y la palabra de libertad y el anuncio de la dicha perdurable á las almas de los justos: no habia en aquella mansion cuerpos ningunos sino solo almas: el alma debia hablar al alma, entenderse con el alma, con sola la alma; y por esto lo que descendió fué no el cuerpo sino el alma de nuestro Señor Jesucristo: este es el dogma. Pero qué, ¿descendió el alma sola? No, hijos mios,

no; descendió unida con la Divinidad; porque esta union, desde el instante mismo de la Encarnacion del Verbo, fué tan esencial é inseparable, que por ningun título podia ya dejar de existir. Véis pues en primer lugar, que el cuerpo de Cristo permaneció en el sepulcro unido con la Divinidad; en segundo, que el alma de Cristo bajó á los infiernos, es verdad, pero unida con la misma Divinidad.

20. Mas no nos detengamos aquí: es necesario considerar bajo otro aspecto la pregunta que nos hace nuestro Catecismo, cuando dice: "¿Cómo bajó? es decir: ¿bajó paciente! ¿bajó humillado! ¿aquel descenso á los infiernos disminuia en algo su dignidad y magnificencia propias! Léjos de que este descenso hubiese traido al Hijo de Dios nada que fuese indigno de Su Majestad, vino, digámoslo así, á figurar como una de las consecuencias de su triunfo. En efecto, hijos mios, ¿cómo habian bajado á aquella mansion las almas de los antiguos justos? como prisioneros ilustres que habian de ser detenidos allí hasta que sonase la dichosísima hora de su libertad. ¡Cómo, empero, bajó nuestro Señor Jesucristo! como triunfante Rei, á fin de poner término á tan larga cautividad con su divina presencia. Por esto le representaba el Profeta Rei, segun leemos en el versículo 6º del Salmo LXXXVII como libre entre los muertos: *inter mortuos liber*. Por esto el Apóstol en la primera de sus epístolas á los Corintios (XV, 55), á la vista de aquella Magestad que se enseñoreaba de su triunfo, exclamaba como enagenado: "¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria! ¡oh muerte! ¿dónde está tu aguijon!" Nada, en efecto, hijos mios, podia quedarle á la muerte de que engullecerse, cuando Jesucristo con solo morir en la Cruz despedazó su trono. Baja pues el Señor libre, triunfante, Arbitro Supremo de la vida y de la muerte, Dispensador de la felicidad; baja, para que á la vista, suspirada dilatadísimo tiempo, de su presencia, le rindan el humilde vasallaje los moradores de aquellos sitios subterráneos y profundos: baja, para que á su Nombre se doble toda rodilla, no solo en la tierra, no solo en el cielo, sino tambien en los abismos.

21. ¡Cuál fué pues el grande objeto que se propuso nuestro Señor Jesucristo al descender allí! Arrebatar á los demonios aquellos despojos que en su orgullo consideraban como propios, haciendo salir de las tinieblas de aquella mansion y conduciendo al esplendor purísimo de los años eternos á las almas de los antiguos justos, las cuales quedaron inundadas de luz y de alegría desde que vieron allí al Redentor del género humano. Entónces fué cumplida literalmente la promesa que habia hecho el Crucificado al buen Ladron en su misma Cruz: "Hoi serás conmigo en el Paraíso:" es decir: "hoi tu alma, desprendida de tu cuerpo, bajará juntamente con la mia unida con mi Divinidad, á la mansion de los justos, y gozará con ellos de mi adorable presencia cuando baje á sacarlas de su antiguo cautiverio." Entónces pudo comprenderse lo que habia querido significar el Profeta Oséas, personificando á Jesucristo en este apóstrofe sublime: "¡Oh muerte! yo seré tu muerte, seré tu mordedura ó infierno." ¡Qué gloria tan grande, hijos carísimos! ¡qué triunfo tan espléndido! ¡Con cuánta magnificencia desfilan hácia los cielos, como venturosos manumitidos de la muerte por la virtud infinita de la Redencion, aquellos justos que por espacio de tantos siglos habian ido descendiendo y permanecieron juntos en el seno de Abraham! El Apóstol San Pablo pinta esta procesion de libertad, que luce á la faz de los cielos y la tierra como glorioso trofeo de la Cruz, con estas palabras que dirige á los Colosenses. "Cancelada la cédula del decreto firmado contra "nosotros, que nos era contrario, quitóla de en medio, enclavándola en la Cruz; y des-"pojando con esto á los principados y potestades infernales, los sacó valerosamente en "público, y llevólos delante de sí, triunfando con ellos en su propia Persona:" (II, 14 y 15.)

22. Ved pues, hijos mios, lo que la Santa Iglesia nuestra Madre ha querido enseñarnos con estas palabras que forman la primera parte del quinto artículo del Símbolo católico: *Descendió á los infiernos:* palabras de revelacion, que nos conducen al conocimiento de la existencia, diversidad y respectivos objetos de esos lugares subterráneos y profundos comprendidos en la enunciacion genérica de *infiernos:* palabras que nos guian para meditar con provecho sobre el Limbo de los niños que mueren sin bautismo; el Purgatorio donde se purifican las almas de los que mueren en gracia y deben por sus pecados alguna pena temporal y transitoria; el Infierno, mansion perdurable de los réprobos que mueren en pecado mortal, donde son atormentados con fuego y penas eternas; y por último, el sitio donde residian las almas de los antiguos justos en espera del Mesías que habia de bajar á libertarlas, cuando ya venido al mundo, hubiese muerto por los hombres. Habéis visto cómo desde que murió, dejando su cuerpo en el sepulcro unido con su Divinidad, su Alma, unida tambien con la misma Divinidad, bajó, no al Limbo, que no habia entónces, pues habia de comenzar cuando fuese instituido el Bautismo, ni al Infierno, incapaz de recibir la presencia de Dios, cuya privacion constituye su pena principal; sino á la mansion de los justos, de aquellos cuyo ingreso á la bienaventuranza plena estaba pendiente de la muerte del Redentor. Habéis visto que este descenso nada tenia de humillante, y sí muchísimo de esplendente y glorioso: que bajó, no como hasta entónces habian descendido las almas de los antiguos justos, cautivos hereditarios, para vivir solo de la esperanza; sino como libre entre los muertos, como triunfante de todas las potestades tenebrosas, como Rei de misericordia, que acababa de conquistar con su sangre la libertad del mundo. ¡Qué amor, hijos mios! ¡qué esmeros de caridad! ¡Bajar en persona el que no necesitaba, para poner término al antiguo cautiverio, sino pronunciar una palabra de *mando*, ¡qué digo palabra! decir, para sí un *yo lo quiero* en lo mas íntimo de su voluntad! Alentáos pues, amados hijos, á seguir, sin apartarnos nunca, la bandera de este Vencedor de la muerte y del Infierno, de este Rei de misericordia, de este Dios-Hombre, cuyo descenso á los infiernos, para llevarse consigo á la eterna Sion las almas benditas de los Santos Padres, es un elocuentísimo lenguaje para sacarnos á todos del cautiverio del pecado, franqueándonos con su bautismo las puertas de su reino, é invitando á los que ya bautizados mancharon la cándida vestidura entrando en el cautiverio del demonio, para que se arrepientan de sus culpas con un corazon contrito y humillado, resuciten á la gracia con una penitencia sincera, y estrechándose con la Cruz en que murió por nosotros, anden á la luz de su doctrina por los caminos que dejó señalados con sus piés, para poder figurar, despues de esta vida transitoria, en el reino eterno como los benditos de su Padre celestial.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Christus resurrexit à mortuis.
Cristo ha resucitado de entre los muertos.
I Cor. Cap. XV, v. 20.

1 El quinto artículo del Credo, amados hijos, cuya primera parte os expliqué ya en mi precedente instruccion, termina con estas palabras: "Al tercero dia resucitó de "entre muertos:" *tertia die resurrexit à mortuis.* He aquí un hecho que vino á poner la última consumacion á la carrera del Mesías en la tierra. Si con su muerte habia consumado la obra de la redencion del mundo, necesitaba resucitar para que todos conociesen que el que habia nacido en el establo de Betlehem, vivido una vida retirada y oculta, sometídose á la ley de la penitencia, predicado una doctrina de abnegacion, padecido tormentos horribles, escarnios inauditos, aparecido como reo en los tribunales de Jerusalem hasta ser sentenciado á muerte de cruz, portado ésta sobre sus hombros hasta el lugar en que no se la quitarian sino para clavarle de piés y manos en ella, muerto entre los mayores dolores, hecho el blanco de la furiosa rabia de los judíos, y bajado finalmente al sepulcro, era, no solamente un hombre, sino un verdadero Dios. De este gran suceso se hallaban pendientes las profecías y figuras de la antigua Ley, para mostrar su divina verdad á toda luz, la expectativa de los apóstoles para consolidarse en la fe del Mesías, y la razon del mundo para inclinarse dócil ante los arcanos augustos de un Dios crucificado. Era este suceso la esplendente luz, que reflejándose sobre la Ley antigua y la Ley nueva, las mostraria despues á la faz del Universo en su misteriosa correspondencia y maravillosa concordia, romperia los sellos para que fuesen debidamente conocidas las Escrituras Santas, haria salir el sol de la verdad eterna de entre las tinieblas del sepulcro, y del cuerpo muerto del Redentor la virtud omnipotente de

la vida. Resucitado Jesucristo, no queda ya ni hecho ninguno por confirmar, ni verdad ninguna por conocer, ni misterio alguno por ilustrar, ni virtud ninguna por consolidar: la fe se afirma, la esperanza se robustece, la caridad se forma y encumbra: cúmplense las profecías, muéstrase á plena luz la sublime realidad que figuraban las antiguas representaciones, y aparece mas espléndida que el sol aquella libertad suprema con que Jesucristo dejó su vida, para volverla luego á recobrar por su propia virtud, como lo anunciaba á sus discípulos.

2. Por esto el Santo Job, aunque representaba en sus inmensos dolores y abandono universal y completa ruina los padecimientos y trabajos de Jesus, le contemplaba sin embargo como vivo, y se regocijaba viéndose á su turno resucitar del seno de la tierra: por esto Isaías muestra el sepulcro de Jesucristo inundado en los esplendores de la gloria: por esto Oséas narra proféticamente que el que muriese por el mundo, seria la destruccion de la muerte; y por esto los apóstoles y evangelistas, los doctores insignes que mas resplandecieron en santidad y virtud, los esclarecidos apologistas del cristianismo y la Iglesia toda levantan el edificio de la religion y de la moral cristiana sobre esta verdad, probada en todos los criterios, resplandeciente con todas las luces de la evidencia y de la fe: "Cristo resucitó de entre los muertos:" *Cristus resurrexit à mortuis.*

3. Aunque la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo puede ser considerada, ya en la certidumbre natural que de ella tenemos por solo las luces de la razon, ya como un objeto de nuestra fe; no me ocuparé sin embargo en demostraros el hecho: porque teniendo ya demostrada con argumentos de razon la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo en mi última instruccion preliminar, y caracterizada la prueba histórica de su Resurreccion milagrosa, ponderando la importancia é infalibilidad completa de los testimonios que la comprueban, debo dedicarme preferentemente á explicaros la doctrina dogmática y moral de la Iglesia sobre este dogma de nuestra fe. Para conduciros pues con el debido método al conocimiento dogmático y moral de tan alto misterio, comenzaré manifestando su carácter, partiré de aquí á instruiros debidamente sobre su objeto, y terminaré mi presente instruccion poniendo á vuestra vista sus maravillosos efectos.

I.

4. El apóstol San Pablo, caracteriza muí bien este misterio en los versículos 21, 22 y 23 del capítulo XV de su primera Epístola á los Corintios: porque bien meditados los altos conceptos que aquí se emmcian, pueden ser vistos como la gran sinópsis de la doctrina dogmática de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo. Oidle: "Cristo ha resu-"citado de entre los muertos y ha venido á ser como las primicias de los difuntos; porque "así como por un hombre vino la muerte al mundo, por un hombre debe venir tambien "la resurreccion de los muertos. Y así como en Adan mueren todos, así en Cristo todos "serán vivificados."

5. Mas, ¿por qué causa es considerado aquí nuestro Señor Jesucristo, en el misterio de su Resurreccion, como las primicias de los difuntos? ¿Fué por ventura el primero que habia resucitado? ¿No habia él mismo hecho volver á la vida, no solo á su amigo Lázaro, sino tambien á otros, con el poder irresistible de su palabra? ¿Cómo pues enten-

der esto? Hai dos especies de resurrecciones, hijos mios: una imperfecta y transitoria, y otra perfecta y eterna. Las dos tienen de comun el hecho simple de volver un muerto á la vida; pero este regreso en ambas es tan diverso como no podia serlo más: en la resurreccion imperfecta el muerto vuelve á la vida, pero lo mismo que nace el hombre, esto es: si el hombre nace para morir; el que una vez muerto resucita, vive de nuevo para volver á morir. Así, todos los que fuéron resucitados por Jesucristo, ya inmediatamente por su palabra, ya por el poder que á sus siervos habia comunicado, volvieron á morir: murió Lázaro, murió la hija de la viuda de Naim, murieron todos los resucitados del Evangelio y cuantos otros han vuelto á la vida de un modo milagroso. Mas la resurreccion perfecta es otra cosa: en ella se vuelve á vivir para no morir nunca; y en este caso bien comprenderéis que, no habiendo habido ántes de Jesucristo quien resucitase para no morir, él es, y no dejará de ser nunca, en todo el rigor de la palabra, el primer resucitado, y pudo por lo mismo llamársele por los apóstoles y predicársele por la Iglesia "el "primogénito de los muertos, las primicias de los difuntos:" *primogenitus mortuorum, "primitiæ dormientium.* Por esto el apóstol San Pablo, escribiendo á los fieles de Roma, "les decia (VI, 9.) que "Cristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez;" y que "la muerte no tendrá ya dominio sobre él;" y por esto nuestro manual Catecismo, preguntando: "¿Cómo resucitó? responde: "Tornándose á juntar su cuerpo y alma glo-"riosa, ya para nunca mas morir."

6. Mas no nos detengamos aquí: que Jesucristo resucitase para no volver á morir, es un hecho incontestable; pero este hecho, no excluyendo, como no excluye, la posibilidad de otras resurrecciones perfectas, da es verdad á la suya un carácter de primacía; pero no una absoluta singularidad. La Resurreccion de Jesucristo seria la primera, pero no la única, puesto que despues de ella y en consecuencia de ella se obrará la resurreccion de la carne, como nos lo enseña el dogma católico, y esta resurreccion será tambien para nunca mas morir. Es pues necesario detenernos todavía más en la Resurreccion de Jesucristo vida nuestra, para buscar en ella lo que la es tan propio y único, que ni tuvo tipo, ni tendrá jamas imitacion: llegar aquí es tener frente á frente lo mas intrínseco y esencial del misterio.

7. La palabra *resucitar*, cuyo sentido en el uso comun y ordinario del idioma expresa el simple hecho de que quien ha muerto vuelve á la vida, tiene, respecto de nuestro Señor Jesucristo, una significacion singularísima y esencialmente única. Usado este verbo como intransitivo, digámoslo así, esto es: como la expresion de un simple hecho ó estado, como cuando se dice: vive, muere, llueve, &c., bien puede convenir á todos aquellos que vuelven á la vida por el solo querer de la voluntad omnipotente; pero usado, hijos mios, como activo, es decir, añadiendo á la significacion de estado la significacion de accion, no puede convenir mas que al Hombre-Dios. Cualquiera que haya resucitado puede decir: "resucité;" pero ninguno puede decir: "me resucité:" esto es propio y exclusivo de Jesucristo. La resurreccion en el hombre no es mas que un efecto cuya causa está en la voluntad divina; mas la Resurreccion en Cristo es obra de él mismo, obra de su querer y libre voluntad, obra de su divino poder, hecho propio en todas sus partes; pues resucita, no por razon extraña, sino por su propia virtud. Nadie

resucitó á Cristo, sino él fué quien se resucitó á sí mismo. Lázaro resucitó, porque le resucitó Cristo; la hija de la viuda de Naim resucitó, porque la resucitó Cristo; resucitaron los otros muertos, porque les resucitó Cristo; resucitarán nuestros cuerpos el dia del juicio, porque les resucitará Cristo: mas Cristo resucita, porque quiere, pues por él han sido hechas todas las cosas, y sin él nada se ha hecho de cuanto existe: volvió á la vida, porque en él estaba la vida, volvió, no en cuanto Dios, porque Dios no muere, sino solo en cuanto hombre; y volvió en cuanto hombre á la luz, porque su vida era la luz de los hombres.

8. Esta verdad, hijos mios, ha sido tan bien inculcada en las Sagradas Letras, que no solamente la vemos anunciada por los profetas, sino enseñada por el mismo Jesucristo, ya en términos claros y precisos, ya con significativas alusiones, ya en imágenes parabólicas. Mostrándose una vez á sus discípulos como el buen Pastor, haciendo consistir esta bondad en el conocimiento recíproco del Pastor y las ovejas y en el celo por cuidarlas hasta dar la vida por ellas, dice: que "él conoce á sus ovejas, que "éstas le conocen á él, y que da su vida por sus propias ovejas," y luego añade: "Doi "mi vida para tomarla otra vez." *Ego pono animam meam, ut iterum sumam eam.* ¿Qué cosa mas expresa querés! ¿Quién de todos los nacidos ó venideros hombres podria decir nunca sin mentirse á sí mismo: "yo doi mi vida para volverla á tomar?" Ninguno ciertamente. Ved pues, aquí mui caracterizadas á un tiempo mismo, en su causa moral, así la muerte como la Resurreccion del Mesías; y ved igualmente cómo esta Resurreccion debia verificarse por la propia virtud de Jesucristo. Y anduvo este Divino Maestro con tanta solicitud para condenar las puertas del error, y no dejarle ni el mas leve resquicio por donde introducirse, que procedió luego á explicar este concepto, diciendo de su vida: "Nadie me la arranca, sino que yo la doi de mi propia voluntad;" y como ya hubiese dicho que la daba para volverla á tomar, pasa luego á establecer el principio fundamental que todo lo abraza y con el cual todo se explica, señalando como causa de ambos portentos su propia y divina virtud: aludiendo á su vida, y para concluir dice terminantemente: "Dueño soi de darla y dueño de recobrarla:" *potestatem habeo ponendi eam: et potestatem habeo iterum sumendi eam.* Jesucristo aquí, amados hijos, habla en términos que nada dejan ya que replicar: se presenta con derecho de dominio sobre su vida. Y ¿quién, fuera de Dios, puede presentarse con semejante derecho? El dominio de la vida sigue á la esencia del ser, y por tanto solo el ser necesario, el Ser por esencia, el Ser eterno, solo Aquel que dijo enfáticamente á Moysés: "Yo soi el que soi," podia mostrarse, ya como Dios y hombre, con derecho de dominio sobre su vida, para dejarla y volverla despues á tomar. Luego si Jesucristo tiene este derecho, Jesucristo es Dios; y viceversa, si Jesucristo es Dios, Jesucristo tiene este derecho: luego si en uso de tal derecho muere como hombre; en uso del propio derecho resucitará tambien: luego la Resurreccion de Cristo es obra de su propia virtud, como él mismo lo predicaba.

9. ¿Qué dirémos pues, cuando las Santas Escrituras dicen que Cristo fué resucitado por el Padre? ¿concluirémos de aquí, por ventura, que Cristo no resucitó por su propia virtud? De ninguna manera, hijos mios: Cristo resucitó por su propia virtud, y

este es un dogma católico. ¡Cómo convenir pues, dos cosas al parecer tan contrarias? Diciendo y entendiendo que en estos casos las Sagradas Letras hablan de Cristo, no en cuanto Dios, sino solo en cuanto hombre. Jesucristo, como bien sabéis, es Dios y hombre verdadero, y por lo mismo, ya en su lenguaje ya en lo que de él hablan las Escrituras, hallamos á cada paso esta diversidad de conceptos correspondiente á la de naturalezas. Siempre que Jesucristo aparece como paciente, sumiso y obediente, ha de entenderse de su Santa Humanidad; pues en cuanto Dios no puede ser paciente, porque es esencialmente impasible; ni sumiso, pues por esencia es independiente; ni obediente, pues por esencia es soberano y Legislador Supremo de los cielos y la tierra.

10. Luego la virtud que tuvo Cristo para resucitarse á sí mismo y que nadie, fuera de él podia tener, corresponde, no á su Santa Humanidad, sino únicamente á su Divinidad: Jesucristo resucitó solo en cuanto hombre; mas resucitó por su propia virtud, solo por ser Dios: este es el dogma. Entendedle bien, y fácilmente comprenderéis cómo así en el cuerpo de Jesucristo cuando estaba en el sepulcro, como en su alma, miéntras de su cuerpo estuvo separada, residia una virtud omnipotente, una virtud eficacísima para resucitar. Esto es claro; porque si tal virtud residia solo en la Divinidad y residia esencialmente, visto es que, donde estaba la Divinidad estaba la virtud para resucitar: si pues la Divinidad estaba en su cuerpo en el sepulcro, pues como ya os lo tengo explicado, su cuerpo estuvo en el sepulcro unido con ella, claro es que en fuerza de esta union hipostática tenia el cuerpo de Cristo en el sepulcro virtud para resucitar: del mismo modo, si como ya tambien lo sabéis, el alma de Cristo, al separarse de su cuerpo cuando murió, quedó unida tambien con la misma Divinidad, evidentísimo es que por lei de la union hipostática tenia el alma de Cristo virtud para volverse á unir con su cuerpo y hacerlo resucitar.

11. ¡Y qué hemos de entender, me diréis, de la circunstancia que se refiere al tiempo de la Resurreccion de Cristo? El Símbolo nos dice "que resucitó al tercero dia:" ¿quiere decir esto que su cuerpo duró tres dias íntegros en el sepulcro? No, hijos mios: no es lo mismo decir: resucitó despues de tres dias, que: resucitó al tercero dia: lo primero supone que Cristo estuvo en el sepulcro tres dias íntegros, es decir, setenta y dos horas; mas lo segundo solo indica que en un dia murió, que todo el dia siguiente permaneció en el sepulcro y que en el siguiente resucitó. Para que esta locucion sea verdadera y exacta, no es necesario que haya estado tres dias íntegros en el sepulcro; basta que haya estado uno cabal ya muerto y sin resucitar, basta que la muerte haya precedido al principio de este dia íntegro, y que la resurreccion haya seguido á su fin con alguna mediacion de tiempo por corta que fuese; y como esto podia verificarse, muriendo al fin del primer dia y resucitando al principio del tercero, y sucediendo así podia decirse mui bien que resucitó al tercero dia, sin que por esto hubiese permanecido tres dias íntegros en el sepulcro, ya veréis lo que hemos de entender en estas palabras de nuestro Símbolo: *resucitó al tercero dia de entre los muertos.*

12. ¡Y por qué Jesucristo, me diréis, no quiso resucitar ántes ni despues del tiempo mencionado? Porque resucitando ántes, el intervalo habria sido tan corto, que hubiera dado márgen á muchos para negar la verdad de su muerte, y tal error habria influido mucho contra el intento de la Resurreccion, que era, como bien sabéis, mostrar espléndidamente y para bien de todos los hombres, que el que habia muerto era un verdadero Dios. Si aun con esta circunstancia de los tres dias hubo herejes que se atreviesen á negar la muerte de nuestro Redentor, ¡qué habria sucedido si hubiese resucitado al instante ó con mui breve trascurso de tiempo? En cuanto á lo segundo, el motivo se manifiesta desde luego: Jesucristo Señor nuestro, que murió por nosotros los hombres, resucitó tambien por nosotros los hombres, es decir: para nuestra utilidad y aprovechamiento: su Resurreccion debia presentarse como la prueba suprema de su Divinidad, reflejando sobre su vida, Pasion y muerte los esplendores purísimos del Verbo eterno. Entónces deberia comenzar á florecer y fructificar la semilla de su doctrina, de sus ejemplos y de su sacrificio entre los hombres, y por tanto convenia mucho á tan sabio plan y elevado intento el no dilatar aquel fecundísimo suceso mas tiempo que el absolutamente preciso para dejar sólidamente sentada la verdad de su muerte y atraernos despues con el milagro de su Resurreccion á su Persona como al Arbitro y Supremo Dispensador de la vida.

13. Si á mas de lo dicho quisiésemos buscar nuevas luces acerca de esta circunstancia, podria deciros que así debia ser, para que fuesen cumplidas en todas sus partes las profecías, pues la Resurreccion de Cristo habia sido predicha por los Profetas, como sabéis. Ya os he hablado de David, cuando señalaba la diestra y el santo brazo de la Divinidad como preparado para resucitar al Mesías, y tambien cuando representándole como ya muerto, decia, dirigiéndose á Dios: "No permitirás que tu santo experimente la corrupcion. Oséas dijo tambien, aludiendo á Cristo: (VI, 3 y 4.) "Nos dará la vida "despues de dos dias; al tercero nos resucitará." Jonás, como ya os lo he manifestado en una de mis precedentes instrucciones, es una figura profética del Mesías muerto, sepultado y resucitado al tercero dia; y esta figura del Redentor tiene tal carácter de verdad, que el mismo Jesucristo la explicó en este sentido, como leemos en el capítulo XII, versículo 40 de San Mateo en estas palabras que dirigió á sus discípulos: "Así "como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así el Hijo del "Hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra." Ved pues cuánto importaba la precision absoluta de semejante circunstancia para el puntualísimo y exacto cumplimiento de las profecías. Pudiera tambien, remontándome á mas alta region, columbrar algunas otras relaciones misteriosas; pero baste lo dicho para dar término á esta primera parte, donde solo he querido explicaros el carácter de este misterio, y pasar á considerar la Resurreccion del Salvador en todo lo concerniente á su objeto.

II.

14. Ya entendamos, hijos mios, por objeto de la Resurreccion el término sobre que recayeron ó donde finalizaron los actos de nuestro Señor Jesucristo en la mision que le trajo á la tierra, ya el inmediato fin que se propuso al resucitar por su propia virtud, ya el intento á donde quiso dirigir y encaminar la ejecucion de tan asombroso milagro, podemos y debemos decir que Jesucristo Señor nuestro resucitó precisamente para una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosa: ¿cuál? para la consumacion plenísima de la grande obra que vino á cumplir en la tierra, cual era el rescatarnos de la esclavitud del demonio pagando á Dios la deuda infinita del pecado, tornarnos á la vida de la gracia y prepararnos al goce de la gloria. Ya os he dicho, y bien sabido lo tenéis, que padeció y murió por nosotros, que al exhalar el último suspiro quedó enteramente consumada la obra de la redencion, como él mismo tuvo cuidado de anunciarlo con aquella palabra que pronunció en alta voz inmediatamente ántes de entregar su espíritu, é hizo estremecer al Universo: "Todo está "consumado:" *Consummatum est.* Pero si esto es así, podriais decirme, si todo habia sido ya consumado, ¿cómo entender esto de que, sin embargo, quedaba todo pendiente de una última consumacion que llevase las cosas á la mas perfecta plenitud? Jesucristo, hijos mios, habló de la consumacion de la obra dolorosa y penosa, de su carrera de humillaciones y padecimientos, de la satisfaccion á la justicia de su Padre por el pecado, de la Redencion de todos los hombres, y de todo aquello que estaba pendiente de su Pasion para tocar á su magnífica realidad: mas no por esto quedó ni plenamente consumada la obra de la justicia, ni plenamente consumada la obra de la Divinidad, ni plenamente consumada la institucion de la fe. Ved cómo, aunque satisfecha la Justicia Divina por el pecado, redimido el hombre y concluida la Pasion, quedaba todavía pendiente una consumacion de justicia para Dios, una consumacion de plenitud para Jesucristo, una consumacion de fuerza para la fe viva del género humano. Expliquémonos.

15. ¿Por qué, estando satisfecha ya y superabundantemente la justicia del Padre con el sacrificio del Hijo, era necesario que éste resucitase para que hubiese una consumacion de justicia por parte de Dios? Porque la justicia, hijos mios, no solamente castiga sino tambien premia, y el concierto de ambas cosas en la sabiduría y en la bondad constituyen su esencia y perfeccion: una justicia que solo premiase no seria justicia, pues careceria de accion para conservar el órden reprimiendo el desórden: una justicia que castigase y no premiase, tampoco seria justicia, porque dejaria á la virtud sin recompensa, lo cual seria una falta manifiesta de equidad. Siendo pues la justicia de Dios divina, esencial, perfecta, clarísimo es que, si por una parte habia castigado los pecados del mundo sometiendo al Hombre-Dios á tan dolorosa Pasion, y mediante esta paga tan superabundante habia perdonado á la humanidad y reconciliádose con ella, quedábala todavía que otorgar á la virtud infinita de la víctima pura, inocente, santa, que voluntariamente se sacrificó por los hombres, una recompensa plena y cumplida. Cuando Jesucristo al morir dijo: *consummatum est*, enseñó clarísimamente que todo se habia concluido por su parte para la salud del mundo; mas como esta era la voz de la víctima, y no la del Sacrificador, no la del Eterno Juez, para que éste pudiese decir á su turno: "todo está consumado," necesitaba sin duda alguna corresponder al acto sublime de tan inmenso sacrificio, con una recompensa digna y proporcionada en todo al merecimiento. ¡Qué recompensa dar al que voluntariamente muere para salvar al mundo! Hacer que resucite por su propia virtud: esta Resurreccion en la esfera del poder es tan grande, hijos mios, como la Pasion misma en la categoría del merecimiento; pues nada puede compararse mejor con la Pasion de Cristo por su magnitud, como la Resurreccion de Cristo por su poder. Ved pues, cómo ésta fué en primer lugar

una consumacion de justicia para Dios, que castiga el pecado con una pena de merecimiento infinito, y recompensa este merecimiento con un premio de infinito valor. Ved aquí los dos extremos, el uno de oprobio y el otro de gloria que, como mérito y recompensa, presentaba en la persona de Jesucristo á los Filipenses en el capítulo II de su Epístola, versículos 6, 7, 8 y 9, el apóstol San Pablo: "Teniendo nuestro Señor Jesu-"cristo, dice, la naturaleza de Dios....., se anonadó á sí mismo sin embargo, tomando la "forma de siervo, hecho semejante á los demas hombres y reducido á la condicion de-"hombre. Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de "Cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó y le dió nombre superior á todo nombre: á "fin de que..... toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre."

16. Ved pues aquí un prodigio de humillaciones por parte de Jesucristo para satisfacer á su Padre, y un prodigio de magnificencia infinita de parte del Padre para recompensar las humillaciones del Hijo. Si éste, revistiéndose de nuestra naturaleza, humilla su Divinidad á la faz de los cielos y la tierra, echa sobre sí todos los pecados del mundo y se somete á una obediencia sin límites hasta la muerte y muerte de cruz; y el Padre pondrá mui luego todas las cosas en claro, haciendo aparecer á su Unigénito, aun ántes que abandone la tierra, con todos los esplendores de su propia gloria. ¡Qué palabra, hijos mios! ¡Quién es capaz de sondear todo su sentido! ¡de quién podia decirse, si no de Cristo verdadero Dios y Hombre, que "está en la gloria del Padre!" Reunid en un punto los coros de los ángeles, la galería de todos los inocentes que pasaron por el mundo sin conocerle y sin sentirle hasta llegar al cielo, el cuerpo de los apóstoles, el de los mártires y confesores, el de las vírgenes y santas mujeres, en fin, á todos los justos de la antigua y de la nueva Ley; ¿encontraréis, por ventura, uno solo de quien pueda esencialmente decirse que *está en la gloria del Padre?* No, hijos mios, no: ellos, como bienaventurados que son, poseen la verdadera y eterna felicidad, ven cara á cara, digámoslo así, al Dios que siempre buscaron en su vida mortal, y embriagados en las delicias de su amor, gozan de él por los siglos de los siglos; pero de ninguno ni de todos juntos puede decirse que están en la gloria del Padre, como lo está Jesucristo Unigénito suyo ya por su naturaleza divina, ya por los merecimientos infinitos de su Santa Humanidad. Pues bien: el Padre celestial quiso que este modo de ser de su Unigénito se manifestase cumplidamente en la tierra con caractéres tan espléndidos, que todo ojo lo viese colocado por su propia virtud en la gloria de su Padre, y esto se verificó maravillosamente mediante la Resurreccion gloriosísima de Jesucristo ya para nunca mas morir. De esta suerte tocó á su infinita plenitud la obra de la justicia eterna, castigando al Hijo inocente por los pecados del mundo, y recompensando este sacrificio espontáneo de infinita valía con la gloria inefable de la Resurreccion.

17. He dicho en segundo lugar que esta fué una consumacion de plenitud para el misterio mismo de la Pasion, y voi á demostrarlo. Como Jesucristo Señor nuestro padeció, no por causa de sí ni para sí, es decir: no porque tuviese necesidad de padecer ni para pagar deuda suya, ni para conseguir algun bien de que careciese; sino precisamente por causa de nosotros los hombres y para nuestra eterna salud, como nos lo

enseña el Símbolo de Nicea, debemos fijarnos aquí para estudiar aquel infinito Sacrificio y conocer al mismo tiempo lo que de suyo exigía para su mas cumplida perfeccion. Ahora bien: Jesucristo padeció, no solamente por nosotros, sino tambien para nosotros: muéstrase padeciendo por nosotros cuando paga la deuda de nuestras culpas, habiendo sido éstas, como ya os lo tengo explicado, la causa ocasional de su Sacrificio: muéstrase padeciendo para nosotros, cuando quiere además que seamos los herederos de su reino. Pagar, hijos mios, no es merecer, pagar es pagar; y por lo mismo, si Jesucristo, limitándose á esto solo, no hubiese querido pasar de aquí, habria padecido por nosotros satisfaciendo nuestra deuda, mas no para nosotros agraciándonos con el tesoro infinito de sus merecimientos. Quiso el Señor empero, no solo pagar nuestra deuda con su Pasion y muerte, sino tambien asociarnos á su gloria, resucitando para nosotros. Esto hizo decir al Apóstol en el último versículo, capítulo IV de la Epístola que dirigió á los Romanos, que Jesucristo Señor nuestro "fué entregado á la muerte por nuestros peca-"dos, y resucitó para nuestra justificacion;" y por esto advierte muí á propósito con su acostumbrada sabiduría el Catecismo romano que, "para que nada faltase á la salud del "linaje humano, así como convino que muriese, así tambien convino que resucitase." Ved pues, cómo la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, que para el Padre fué una consumacion de justicia, fué tambien para el Sacrificio del Hijo una consumacion de plenitud perfecta.

18. Mas para que nosotros pudiésemos aprovechar así la paga como la recompensa, y nos fuese del todo provechosa la Encarnacion del Verbo, la vida y muerte de Jesucristo, era necesario que diésemos gloria á su Nombre, creyendo en él, es decir: reconociendo y confesando su Divinidad; esperando en él, es decir: teniendo una seguridad plena de ser asociados á su gloria; viviendo en él, es decir: amándole, obedeciéndole, imitándole: lo primero, porque sin la fe nadie será reconocido de Cristo; lo segundo, porque sin la esperanza nadie puede aprovechar los merecimientos de Cristo; lo tercero, porque sin la caridad, que consiste, como bien sabéis, en el cumplimiento exacto de sus preceptos, nadie puede entrar en la vida eterna, como él mismo nos lo enseñó. Pues bien, hijos mios; si la vida y muerte del Redentor del mundo habian instituido ya estas tres virtudes en la tierra; si su doctrina fué una manifestacion de la Sabiduría infinita; su vida una manifestacion de la Santidad infinita, su Pasion y muerte una triple manifestacion de la justicia de un Dios que castiga, de la misericordia de un Dios que perdona, y de la bondad suma de un Dios que siempre concierta en sus obras la felicidad de sus criaturas con su propia gloria; todo esto, que descansaba sobre la fe, demandaba para extender, consolidar y perpetuar sus efectos en el mundo, una manifestacion espléndida y gloriosa que hiciese reconocer en Jesus muerto y sepultado, al Verbo Eterno, al Unigénito del Padre, á un verdadero Dios. ¿Y esto solo no está mostrando ya claramente la importancia de la Resurreccion de Jesucristo, como una consumacion de fuerza para la conservacion y perpetuidad de la religion cristiana en el mundo? Si ésta monta, como bien lo sabéis, en la fe católica, ¿no era muí necesario que nuestra fe hubiese tenido la magnífica é irresistible prueba de la Resurreccion de Cristo? Este Divino Maestro habia dicho: "El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán nun-

"ca." habia dicho tambien, despues de inculcar la necesidad de su Pasion, que el Hi-"jo del Hombre, es decir, él mismo, habia de resucitar al tercero dia. He aquí el fundamento de la fe con sus dos caractéres esenciales, la infalibilidad y la prueba del oráculo: con lo primero entendemos que la palabra de Dios es infalible; de lo segundo, una vez anunciado, quedó pendiente la fe del Universo, para reconocer la palabra de Dios en la doctrina de Cristo. Luego la Resurreccion de Jesucristo era, en tercer lugar, una plenitud de fuerza para nuestra fe.

19. Mas no solo vino á comprobar plenísimamente la fe, sino á robustecer nuestra esperanza; pues con el mismo fundamento con que creemos el dogma, debemos esperar la promesa: y si éste que resucita es el que se habia mostrado con los caractéres mas dulces y mas tiernos como el amigo de la virtud, como el Padre de los que lloran y padecen, como el gran Libertador de la humanidad aprisionada por el demonio; su Resurreccion dió tambien á la caridad una nueva y muí vigorosa vida. El mismo que, para tranquilizar á sus discípulos les habia dicho: "Pues creéis en Dios, creed tambien en mí," añadió incontinenti, segun leemos al principio del capítulo XIV de San Juan: "En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones.... yo voi á preparar lugar para vosotros. "Cuando yo habré ido, y os habré preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmi-"go, para que donde yo estoi, estéis tambien vosotros. He aquí la esperanza cristiana considerada en su fin. ¿Qué os diré de los medios que la sostienen? Jesucristo, hijos mios, nos les proporciona muí abundantes y eficacísimos: en primer lugar, manifestándose como el camino, la verdad y la vida; en segundo asegurando que el que guardare sus preceptos permanecerá en su amor; en tercero, diciendo que el que permanece en él y guarda fielmente sus palabras, pedirá lo que quisiere y se le otorgará. Esto era ya mucho, no solo para formar la esperanza, sino tambien para encendernos en el fuego del amor; pero cual si nada hubiese dicho, precisa todavía el paso, del precepto al sentimiento, de la conducta á la felicidad, y rompe los últimos velos, para manifestar cuán estrecha era la union que tendria con aquellos que le reconociesen, confesasen y obedeciesen. Habia llamado *hijos* á sus discípulos; mas como si quisiese borrar todas las líneas, busca en la region de los sentimientos uno que parezca igualar enteramente dos objetos que se aman, busca en los efectos de estas relaciones lo que tienen de mas íntimo, y se decide por la amistad con sus mas puras é inefables expansiones: "Vosotros "sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando, les dice; ya no os llamaré siervos; pues "el siervo no es sabedor de lo que hace su amo: mas á vosotros os he llamado amigos, "porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre." *Joann. XV*, 14 y 15.

20. Tales eran las luces, las aspiraciones y los afectos con que habia preparado Jesucristo el ánimo de sus apóstoles para el gran misterio de sus humillaciones y su muerte. ¿Qué habria sido, pregunto yo, de todo esto, si viéndole bajar al sepulcro, no le hubiesen visto resucitado? No lo sé; pero si atendemos al diverso carácter con que se mostraron los apóstoles y discípulos del Salvador ántes de su muerte, y despues que, ya resucitado y subido á los cielos, envió sobre ellos á su Divino Espíritu en cumplimiento de las promesas repetidas que les habia hecho de enviárseles para que les abriese los tesoros de sus Dones divinos, y consideramos que el fundamento del segundo ca-

ráeter está en la Resurreccion, fácilmente conoceréis que con ésta se propuso el Salvador afirmar las tres virtudes dichas en cuantos le pertenecieseu por la fe y aguardasen sus promesas, y le siguiesen como el sumo bien. Ved, hijos mios, el diverso carácter de estas tres virtudes en las dos épocas mencionadas, y no necesitaréis de otra cosa, que de compararlas en estos dos estados, para reconocer que su plenitud y firmeza se hallaban pendientes de la Resurreccion. Antes de ésta, los apóstoles creian, esperaban y amaban tambien; pero ¿de qué modo y en qué grado? ¿quién olvidará cuánta era la flaqueza de su fe, la debilidad de su esperanza y la imperfeccion de su amor? Mas, despues de resucitado Cristo, ¿qué sucedió? Abrid la historia, comenzando por el Libro de los Hechos apostólicos: ved á los discípulos del Redentor derramar una doctrina divina por el mundo, desafiar con su fe á todos los poderes de la tierra, poner su confianza toda en la Cruz del Salvador, morir heróicamente para dar testimonio á la Divinidad del que predican, á la gloria que esperan y al amor cristiano de que viven: ved á todos los mártires, ved á los confesores y penitentes ilustres, ved á las vírgenes renunciando al mundo y á las conexiones mas lícitas de la sangre, para darse todas á Cristo en la soledad de los claustros. He aquí la obra de la Resurreccion de Jesucristo; he aquí la prueba de que, si ella era para el Padre una consumacion de justicia, y para el Hijo una consumacion gloriosa de perfecta plenitud, fué tambien para la humanidad redimida una consumacion de luz y de fuerza para su fe, su esperanza y amor.

III.

21. Tales son, amados hijos, los grandes objetos de este augusto misterio; mas no debe pararse aquí nuestra consideracion, sino pasar adelante; pues con solo fijarla en los efectos de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, harémos un adelanto prodigioso, viendo cómo toda ella es una fuente inagotable de beneficios para la humanidad. Desde el acto mismo de resucitar el Señor, se manifestó la grandeza de Dios en el tamaño de la recompensa, la gloria del Mesías en el esplendor con que apareció, y la dicha de la humanidad en aquellas almas que recibieron entónces, con la salida de su dilatado cautiverio, la recompensa de su fe y la corona de su esperanza. Cristo resucitado libra nuestro cuerpo de reducirse á la nada en el sepulcro, le otorga las dotes del suyo, las dotes bellísimas de gloria, funda nuestra resurreccion espiritual por medio del Bautismo, nos da un acabado tipo de resurreccion moral á la vida de su gracia, y nos traza un sendero rectísimo á la posesion de su reino. Veamos pues en el desenvolvimiento de estas grandes ideas cuán fecunda fué para nosotros la Resurreccion triunfante del Mesías.

22. ¿El hombre, hijos mios, es miembro del Cuerpo místico de Cristo? Sí. Siendo miembro del Cuerpo místico de Cristo, ¿quedará condenado para siempre á la muerte y corrupcion del sepulcro? No. Luego si resucita la cabeza, resucitarán tambien los miembros: si resucitó Cristo, resucitarémos tambien nosotros. ¡Qué consecuencia! ¡qué dogma tan consolador! Murió Cristo; pero la muerte quedó vencida, quedó clavada en la Cruz: bajará el hombre á la tumba; mas no estará en ella para siempre. Oid, empero, esta consoladora doctrina de la boca misma de San Pablo: "Si se predica á Cristo como resu-

"citado de entre los muertos, dice, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hai resurreccion de muertos?" (I Cor.) Sin duda alguna que los que tal error propalaban, proponian por fundamento una especie de imposibilidad, hallando incompatible la muerte que destruye al cuerpo, con la resurreccion que le vuelve otra vez á la vida: y por esto el Apóstol, queriendo hacerles sentir todo el absurdo de semejante suposicion, les arguye con su propia fe, que confesaba á Jesucristo resucitado, manifestándoles que destruian con aquel decir lo mismo que confesaban con su fe, nulificando de esta suerte la misma predicacion evangélica. "Si no hai resurreccion de muertos, añade, tampoco "resucitó Cristo. Mas si Cristo no resucitó, es por consiguiente vana nuestra predica-"cion, y vana tambien vuestra fe: somos convencidos, á mas de esto, de testigos falsos, "por cuanto hemos testificado contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no ha "resucitado si los muertos no resucitan. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, "pues todavía estáis en vuestros pecados." Pero no, "Cristo ha resucitado de entre los "muertos; y ha venido á ser las primicias de los difuntos. Porque, así como por "un hombre vino la muerte al mundo, así por un hombre debe tambien venir "la resurreccion de los muertos." *Quoniam quidem per hominem mors, et per hominem resurrectio mortuorum.* He aquí la filosofía católica despidiendo una luz inmensa para que todos reconozcan la universal resurreccion de la carne como una consecuencia infalible de la Resurreccion de Jesucristo.

23. ¿Y cuál será, me preguntaréis, la condicion de los cuerpos cuando hayan resucitado? Mui diferente, hijos mios, segun que se trate de los escogidos ó de los réprobos. Toda carne ha de resucitar, pero con destinos mui diversos y opuestos caractéres: una para gozar, y otra para padecer; una triunfante con Cristo, y otra humillada con los demonios; una con la rica vestidura de gloria, y otra con el tenebroso manto de los abismos; exhalando la una los delicados perfumes de la santidad, y arrojando la otra el aliento corrompido y venenoso de los vicios; animada la una con la bellísima expresion de la felicidad, y sellada la otra con el horrible signo de la desgracia. Será pues ésta una resurreccion imperfecta, ó mas bien, una resurreccion mortal, inmensamente dolorosa, horrible, desgraciada; miéntras la otra será una resurreccion perfecta, consumada, gloriosa, feliz. Esta resurreccion del cuerpo de los justos ostentará el esplendor de su cabeza, que es Cristo, mostrando en ellos todas aquellas maravillas que admiraron los apóstoles en el de su divino Maestro, cuando le vieron ya resucitado y triunfante de la muerte; y este es el segundo efecto de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo. Si ésta se manifestó en las dotes bellísimas de gloria é inmortalidad que ostentaba el Cuerpo del Redentor; los nuestros, resucitados en su gracia y para su gloria, serán un trasunto bello de su carne divina, una semejanza, la mayor que cabe atendida la diferencia de los objetos, del esplendor de su santa Humanidad. Por esto el mismo Apóstol, no satisfecho con enunciar en general la resurreccion de los cuerpos, adelanta su raciocinio hasta esta última consecuencia. "Esperamos, dice á los romanos y repite á los filipenses, "esperamos á nuestro Salva-"dor y Señor Jesucristo, quien reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndole se-"mejante al cuerpo de su claridad."

24. La resurreccion espiritual, hijos mios, la mas bella de todas, la mas valiosa y feliz, la que constituye nuestra verdadera trasformacion, es el tránsito dichosísimo de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Jesucristo Señor nuestro, apareciendo con su Pasion y muerte como una manifestacion de la justicia divina y de su amor por nosotros, pues con aquello pagaba la deuda del pecado, nos renovó de tal suerte á los ojos de Dios, que de enemigos que éramos, pasamos á ser amigos suyos reconciliados con Dios por el Sacrificio del Hijo, como lo explicaba el Apóstol. Medianero entre Dios y la humanidad, renovó con su muerte la alianza primitiva: derramando su sangre, nos lavó con ella de todos nuestros pecados. El fundamento pues y causa esencialísima de nuestra regeneracion espiritual es incontestablemente la Pasion y muerte del Redentor. Mas resucitando triunfante y glorioso, ya para nunca mas morir, nos dió con esto una eficaz virtud para resucitar espiritualmente á la vida de su gracia. Estableciendo el Santo Bautismo como un nuevo nacimiento del Espíritu Santo y la agua para la vida eterna, quiso que cada uno de nosotros fuese inundado en este baño de salud, y allí resucitase para la gracia, como él quiso resucitar del sepulcro para la gloria. En el Bautismo pues, amados hijos, es donde cada uno recibe los provechos de la Pasion y muerte de Cristo, se purifica con su Sangre, se renueva en su espíritu y resucita en la gracia y para la gloria. Ved aquí el tercer efecto de la Resurreccion del Salvador, el complemento de su grande obra para nosotros, la restauracion completa de la humanidad por su muerte y Resurreccion: porque si la primera fué por nuestro delito, la segunda fué para nuestra justificacion, como lo inculca el Apóstol.

25. Pero no lo he dicho todo: el pecado, que desaparece por la virtud infinita de aquel Sacramento, se queda como en expectativa y en acecho para invadir al hombre, vencerle y hacerle morir otra vez: entónces éste se perderia sin duda para siempre, si Dios, cuya misericordia es incansable, no hubiese desde un principio acudido á tan inmenso mal con un remedio precautorio, estableciendo en su Iglesia, para bien de aquellos que hubiesen perdido la primera gracia cayendo en el pecado despues de su Bautismo, una resurreccion moral. Esta, hijos mios, debe ser vista como el cuarto efecto de la Resurreccion de Cristo. Su Majestad, que muere tantas veces para nosotros cuantas nosotros morimos para Su Majestad cayendo en el pecado, tambien resucita para nosotros y en nosotros cuantas veces, aprovechando la gracia que nos previene, volamos á los piés del ministro de la reconciliacion, con el dolor del arrepentimiento en el pecho, las lágrimas de la contricion en los ojos, la confusion del pecado en nuestro rostro, á demandar el perdon mediante una confesion sincera. Mas esta conservacion de tan dichoso estado exige de parte nuestra una cooperacion eficacísima. Mucho tenemos que hacer á nuestra vez, no solo para resucitar verdaderamente con Jesucristo, sino tambien para resucitar como Jesucristo: porque bien vistas las cosas y segun la doctrina de la santa Iglesia y sus Doctores mas esclarecidos, la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo es el modelo de la nuestra. No basta pues adquirir la gracia por medio del Bautismo, ni aun recobrarla por medio de la penitencia; es necesario conservarla con toda solicitud, para no llegarla á perder; es necesario que nuestra vida posterior al momento de nuestra conversion sea toda de Jesucristo; una vida de fe sólida, de esperanza bien formada, de ardiente caridad; una vida toda de virtud y toda de espíritu. Si hemos tenido ya la dicha de resucitar verdaderamente de la muerte de la culpa, como Jesucristo Señor nuestro resucitó de la muerte de la pena, menester es que permanezcamos en este nuevo estado y nos manifestemos así á los demás; menester es que nuestra resurreccion sea, no solo verdadera, sino tambien estable y á todas luces manifiesta. ¿Cómo conseguirlo? Convirtiendo en provecho nuestro las circunstancias altamente misteriosas de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

26. ¡Cuánto no nos enseñan, hijos mios, todas estas circunstancias! ¿Por qué motivo, no satisfechos los evangelistas con decir que Cristo resucitó, añaden la palabra *verdaderamente?* Para robustecer nuestra fe con el testimonio de que tal hecho estuvo evidentísimamente comprobado, y para enseñarnos al mismo tiempo cuál debe ser nuestra solicitud por asegurarnos de la verdad de nuestra conversion y procurar en todo que nuestra nueva vida, nuestras costumbres puras, nuestra conducta cristiana, nuestra inocencia, santidad, modestia, justicia, humildad, fortaleza, zelo, piedad, y demás virtudes, nos den su testimonio de que estamos realmente convertidos y trasformados.

27. ¿Por qué se nota igualmente que Jesucristo ántes de despuntar la aurora estaba ya resucitado? Para manifestar cuán prontos debemos estar en obedecer los primeros impulsos de la gracia y convertirnos al Señor, y cuántos peligros encierra el dilatar esta correspondencia.

28. ¿Qué provecho debemos sacar de esto Jesus, que despues de resucitado, permanece cuarenta dias en la tierra, y se muestra frecuentemente á sus discípulos, y les instruye sobre la doctrina del reino celestial, y les autoriza con el magisterio de la palabra, para que la derramen por todo el Universo á fin de salvarle por la fe, y les otorga el sublime poder de abrir ó cerrar el cielo con el de atar y desatar las conciencias? ¡Ah, hijos mios! mucho, mui sabio é infinitamente fecundo se nos enseña en la relacion de todas estas circunstancias. Estos cuarenta dias que corrieron desde la Resurreccion hasta la Ascension de Jesucristo, representan cuál debe ser en la tierra la vida del cristiano, desde que resucita para la gracia por la virtud de Jesucristo hasta que toca el último instante de los que miden su peregrinacion en el mundo. Si Jesucristo se manifiesta resucitado; nosotros tambien debemos manifestarnos á los demás verdaderamente convertidos, para que cuanto nuestro escándalo había cansado de ruina, tanto así rectifique y compense nuestra conversion. Si Jesucristo despues de resucitado se ocupa solo y todo en dar gloria á su Padre y santificar á sus discípulos; nosotros, una vez convertidos, no debemos enderezar nuestros pensamientos, palabras y acciones sino á la honra y gloria y de Dios y bien de nuestro prójimo, cumpliendo la divina Ley. Si Jesucristo entónces se muestra tan libre de todas las humillaciones á que quiso someterse durante su vida mortal, que nada en él hai de sombras, nada de tribulaciones, nada de muerte, sino ántes bien, todo es vida, todo hermosura, todo grandeza y todo gloria; esto quiere decir que nosotros, despues de convertidos al Señor, hemos de seguirle, sin declinar á diestra ni á siniestra: porque si la perseverancia es el sello de los escogidos y la gran prueba de la predestinacion; la inconstancia en los caminos de Dios, las recai-

das frecuentes y ese perdurable andar entre luz y tinieblas, virtud y vicios; todo esto es un terrible dato en la cuestion de nuestra eternidad. Si Jesucristo, finalmente, no termina esta carrera de los cuarenta dias de vivir en el mundo despues de resucitado, sino para subir al cielo y sentarse á la diestra de su eterno Padre; tal debe ser tambien nuestro pensamiento, deseo continuo y solicitud constante durante el período fugitivo de nuestra vida, es decir: el de no salir de ella, sino para subir á reinar con los escogidos en el cielo.

29. Ved pues, amados hijos, cómo no hai circunstancia, por mínima que parezca, en la Resurreccion del Hijo de Dios, que no sea una sublime leccion de alta virtud para gobernar la conducta del hombre, y cómo el resucitar con Cristo y como Cristo es lo mismo que morir enteramente para el mundo, residir con el espíritu en el cielo y vivir con aquel que es la vida misma. Hé aquí un concepto que el apóstol San Pablo recogió maravillosamente con tanta sabiduría como profundidad en estas palabras del tercer capítulo de la Epístola que dirigió á los Colosenses: "Si habéis resucitado con Jesucristo buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de "Dios *Padre:* saboread os en las cosas del cielo, no en las de la tierra; porque muertos es"táis ya, y vuestra nueva vida está escondida con Cristo en Dios." Meditad, hijos mios, estas palabras, sondead cuanto es dado á nuestra limitada razon el profundísimo sentido que encierran, obrad conforme á esta doctrina, y estad seguros que sin mas trabajo habréis adquirido la gran ciencia de la perfeccion moral y conquistado con la verdadera virtud las palmas de la gloria. El hombre, hijos mios, compuesto de dos sustancias mui diversas, conviene á saber: de un cuerpo animal y de una alma que es toda espíritu, tiene dos vidas, por explicarme de esta suerte; la vida de los sentidos del cuerpo y la vida de los pensamientos del alma: rectificad su pensamiento; someted á este pensamiento sus sentidos; haced que esta concordia subsista, y tendréis al hombre formado, al hombre perfecto, al hombre eminentemente moral: al contrario, suponed que el espíritu está esclavizado por el cuerpo, que la razon está dominada por los sentidos, y entónces veréis que el hombre, aunque naturalmente vivo, porque siente y piensa, está moralmente muerto, porque piensa mal, siente mal y vive mal. ¡Cómo impedir esto último y alcanzar lo primero! Dando un blanco seguro á la accion del pensamiento, sacándole de la tierra, donde todo parece conspirar á extraviarle, fijando aun los sentidos en el cielo, donde está la luz, la gracia y la felicidad; en suma, buscando y gustando únicamente las cosas que están arriba: porque arriba está la Luz del mundo, sin la cual éste no sería mas que tinieblas; arriba está la Verdad eterna, sin la cual el mundo no sería mas que un teatro de errores; arriba está la vida, fuera de la cual todo es muerte.

30. ¡Ea pues, amados hijos! Resucitad verdaderamente con Cristo saliendo del pecado; resucitad como Cristo viviendo siempre en su gracia, muriendo para el mundo, poniendo vuestro pensamiento y gusto, no en la tierra, donde todo perece, sino únicamente en el Cielo, donde todo vive, vive para la felicidad y vive por siempre.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS CIELOS.

Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes cælos, ut impleret omnia.

El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas.

Epist. Cap. IV. v. 10.

1. Aunque la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, amados hijos, ofrece á la vista de nuestra fe al Divino Mesías en estado mui diverso de aquel con que se manifestó constantemente durante su vida mortal; aunque desde que sale del sepulcro aparece revestido con las dotes de su propia gloria, y no cual ántes pobre, desvalido, paciente, perseguido y hecho el oprobio de los hombres; aunque refleja de su cuerpo mismo la luz de los cielos y penetra sutil por las puertas del Cenáculo estando cerradas, como habia salido del sepulcro sin levantar la losa, y en todo se ostenta como el Soberano triunfador de la muerte; no por esto acaba en su Resurreccion la historia de su vida, ni á ella se reduce la manifestacion de su gloria en la tierra. Quédanos todavía que seguirle algunos momentos, verle bendecir á sus discípulos, y en ellos á cuantos habiamos de creer en su Nombre, levantarse de la tierra, hender los espacios con su majestuosa marcha y sustraerse á los sentidos del cuerpo, penetrando en las moradas del Cielo.

2. La Ascension de Jesucristo Señor nuestro es el hecho magnífico y glorioso que cierra la historia de su vida en el tiempo, lo que tenia reservado en sus designios para ostentar divinamente su poder, dar al mundo un reflejo de su Majestad, lucir sobre su frente la corona de sus merecimientos infinitos y adelantarse á sus escogidos en cuanto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das frecuentes y ese perdurable andar entre luz y tinieblas, virtud y vicios; todo esto es un terrible dato en la cuestion de nuestra eternidad. Si Jesucristo, finalmente, no termina esta carrera de los cuarenta dias de vivir en el mundo despues de resucitado, sino para subir al cielo y sentarse á la diestra de su eterno Padre; tal debe ser tambien nuestro pensamiento, deseo continuo y solicitud constante durante el período fugitivo de nuestra vida, es decir: el de no salir de ella, sino para subir á reinar con los escogidos en el cielo.

29. Ved pues, amados hijos, cómo no hai circunstancia, por mínima que parezca, en la Resurreccion del Hijo de Dios, que no sea una sublime leccion de alta virtud para gobernar la conducta del hombre, y cómo el resucitar con Cristo y como Cristo es lo mismo que morir enteramente para el mundo, residir con el espíritu en el cielo y vivir con aquel que es la vida misma. Hé aquí un concepto que el apóstol San Pablo recogió maravillosamente con tanta sabiduría como profundidad en estas palabras del tercer capítulo de la Epístola que dirigió á los Colosenses: "Si habéis resucitado con Jesucristo buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de "Dios *Padre:* saboread os en las cosas del cielo, no en las de la tierra; porque muertos es"táis ya, y vuestra nueva vida está escondida con Cristo en Dios." Meditad, hijos mios, estas palabras, sondead cuanto es dado á nuestra limitada razon el profundísimo sentido que encierran, obrad conforme á esta doctrina, y estad seguros que sin mas trabajo habréis adquirido la gran ciencia de la perfeccion moral y conquistado con la verdadera virtud las palmas de la gloria. El hombre, hijos mios, compuesto de dos sustancias mui diversas, conviene á saber: de un cuerpo animal y de una alma que es toda espíritu, tiene dos vidas, por explicarme de esta suerte; la vida de los sentidos del cuerpo y la vida de los pensamientos del alma: rectificad su pensamiento; someted á este pensamiento sus sentidos; haced que esta concordia subsista, y tendréis al hombre formado, al hombre perfecto, al hombre eminentemente moral: al contrario, suponed que el espíritu está esclavizado por el cuerpo, que la razon está dominada por los sentidos, y entónces veréis que el hombre, aunque naturalmente vivo, porque siente y piensa, está moralmente muerto, porque piensa mal, siente mal y vive mal. ¡Cómo impedir esto último y alcanzar lo primero! Dando un blanco seguro á la accion del pensamiento, sacándole de la tierra, donde todo parece conspirar á extraviarle, fijando aun los sentidos en el cielo, donde está la luz, la gracia y la felicidad; en suma, buscando y gustando únicamente las cosas que están arriba: porque arriba está la Luz del mundo, sin la cual éste no sería mas que tinieblas; arriba está la Verdad eterna, sin la cual el mundo no sería mas que un teatro de errores; arriba está la vida, fuera de la cual todo es muerte.

30. ¡Ea pues, amados hijos! Resucitad verdaderamente con Cristo saliendo del pecado; resucitad como Cristo viviendo siempre en su gracia, muriendo para el mundo, poniendo vuestro pensamiento y gusto, no en la tierra, donde todo perece, sino únicamente en el Cielo, donde todo vive, vive para la felicidad y vive por siempre.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS CIELOS.

Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes cælos, ut impleret omnia.

El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas.

Epist. Cap. IV. v. 10.

1. Aunque la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, amados hijos, ofrece á la vista de nuestra fe al Divino Mesías en estado mui diverso de aquel con que se manifestó constantemente durante su vida mortal; aunque desde que sale del sepulcro aparece revestido con las dotes de su propia gloria, y no cual ántes pobre, desvalido, paciente, perseguido y hecho el oprobio de los hombres; aunque refleja de su cuerpo mismo la luz de los cielos y penetra sutil por las puertas del Cenáculo estando cerradas, como habia salido del sepulcro sin levantar la losa, y en todo se ostenta como el Soberano triunfador de la muerte; no por esto acaba en su Resurreccion la historia de su vida, ni á ella se reduce la manifestacion de su gloria en la tierra. Quédanos todavía que seguirle algunos momentos, verle bendecir á sus discípulos, y en ellos á cuantos habiamos de creer en su Nombre, levantarse de la tierra, hender los espacios con su majestuosa marcha y sustraerse á los sentidos del cuerpo, penetrando en las moradas del Cielo.

2. La Ascension de Jesucristo Señor nuestro es el hecho magnífico y glorioso que cierra la historia de su vida en el tiempo, lo que tenia reservado en sus designios para ostentar divinamente su poder, dar al mundo un reflejo de su Majestad, lucir sobre su frente la corona de sus merecimientos infinitos y adelantarse á sus escogidos en cuanto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre, como las primicias de la gloria, cuya herencia les vino á restituir comprándola con el precio de su Sangre.

3. Por esto el apóstol San Pablo, fijando su atencion en los misterios de Jesucristo Señor nuestro, considera esta subida majestuosa del Redentor del mundo á los cielos como una consecuencia forzosa de su venida á la tierra y como un sello de plenitud para sus designios, para su predicacion y para sus obras. "¿Por qué se dice que subió," preguntaba enfáticamente aquel insigne maestro, "sino porque ántes habia descendido hasta los lugares mas ínfimos de la tierra?" Este pensamiento, cuya altura podemos columbrar con la mente del Evangelista, cuando nos predica la eternidad del Verbo, encierra, por decirlo así, en dos misteriosos puntos la vida toda del Hombre-Dios: desde su eternidad baja para revestirse de nuestra naturaleza, y á su eternidad sube cuando ha puesto en su mas grande plenitud la obra de reconciliacion y de salud que le trajo á la tierra. Luego, y esta es la consecuencia que deduce el Apóstol, luego el que descendió es el mismo que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas: *Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes cælos, ut impleret omnia.*

4. Voi pues, amados hijos, á poneros de manifiesto cómo Jesucristo dió con su Ascension á los cielos una magnífica plenitud al designio de restauracion y felicidad que le trajo á la tierra; y para esto me bastará explicaros el octavo artículo del Símbolo católico, enunciado en estos precisos términos: "Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso." ¿Por qué no quiso quedarse en la tierra? ¿Por qué, ya que así lo tenia decretado, no la dejó inmediatamente? He aquí dos cuestiones que figuran como preparatorias, pues que tienden á explicar los antecedentes del hecho, dándonos á conocer toda la importancia de sus motivos. ¿Cuál es el carácter de este misterio, considerado en sí mismo y relativamente á Dios y á los hombres? He aquí lo que nos enseña la doctrina católica, explicándonos el cuadro magnífico de este acontecimiento en toda su extension. Antecedentes del hecho; carácter dogmático y moral del misterio: he aquí los puntos que abraza la materia con que voi á ocupar al presente vuestra religiosa atencion.

I.

5. He dicho, hijos mios, que pienso instruiros ante todo en los antecedentes históricos de este gran misterio, porque, ya le consideréis en el pensamiento que le concibe, ya en el tiempo en que se ejecuta, tendréis que admirar la sabiduría, la justicia y la bondad infinita del Señor. Dos cosas hai que considerar aquí en clase de preparacion para el mejor conocimiento del dogma: primera, los motivos que determinaron á Jesucristo á dejar la tierra, para subir al Cielo; segunda, las razones que tuvo para no subir inmediatamente, sino hasta cuarenta dias despues de resucitado. Esto pues voi á explicaros, manifestando que lo primero era una exigencia imperiosa de parte de Dios para poner el mas digno término á la mision de Cristo en la tierra, y lo segundo, un medio necesario y eficaz para consolidar la institucion de la Iglesia, fundada toda en la fe del Mesías.

6. No quiso este divino Libertador de los hombres quedarse viviendo con ellos en la tierra de un modo natural y sensible; sino al contrario, tan luego como ya resucitado dió á sus discípulos todas las instrucciones y todo el poder que se necesitaba para que fuesen sus representantes en la tierra, se separó de ella y subió á los cielos para colocarse glorioso á la diestra de su Padre. He dicho, hijos mios, que no quiso quedarse viviendo en la tierra de un modo natural y sensible, porque bien sabéis que bajo los velos augustos del misterio, está real y verdaderamente presente en nuestros altares en la Sagrada Eucaristía bajo las especies de pan y vino. Partiendo pues de esta explicacion, os diré, que la permanencia de Cristo nuestro Señor en la tierra despues de resucitado no era necesaria ni conveniente, al paso que su Ascension era una cosa que imperiosamente estaban exigiendo la firmeza y objeto de nuestra fe, la última plenitud de nuestra esperanza y toda la perfeccion de la caridad.

7. Excusado me parece detenerme á probaros que la permanencia de Jesucristo nuestro Señor en la tierra de un modo manifiesto á los sentidos, despues de resucitado, no era necesaria: pues poseyéndole como le poseemos en la Sagrada Eucaristía real y verdaderamente, tenemos á su Magestad en persona, vive con nosotros, nos recibe en su Tabernáculo, nos consuela con su presencia, nos ilustra con su luz, nos sostiene con su poder, nos abre las arcas de sus merecimientos, nos enriquece con el tesoro de sus gracias y se nos da, por último, como un alimento de vida eterna cuantas veces queremos recibirle. Mas he dicho asimismo que no era conveniente que se hubiese quedado en la tierra de un modo natural, porque no lo era, por cierto, ni para su gloria, ni para nuestra fe, ni aun para nuestra esperanza. Cristo resucitado era, hijos mios, Cristo glorioso y triunfante: su Sagrado Cuerpo estaba rodeado con los esplendores de la inmortalidad, y por tanto, no podia ser la tierra una residencia digna de tan augusta magnificencia y de tanta gloria: habria quedado incompleta, digámoslo así, la recompensa de sus merecimientos infinitos; pues faltaba, ciertamente al esplendor de aquel triunfo la magestad del Cielo. Por esto, tan luego como confirma la fe de sus discípulos acerca de su Resurreccion, sube á los cielos, para recibir en su Santa Humanidad la corona que la preparaba su Padre. Mas todavía debemos considerar otra cosa en prueba de lo dicho, y es, que habiendo enseñado pública y solemnemente que no era de este mundo su reino, habria faltado á este oráculo su mas bella confirmacion, si se hubiese quedado en la tierra: al contrario, subiendo al Cielo con su Santa Humanidad, así como habia bajado solo en cuanto Dios á la tierra para revestirse de nuestra naturaleza, ya todos pudimos entender aquel tan misterioso como dulce lenguaje con que habló á sus discípulos en la noche de la cena. "Salí del Padre y vine al mundo: ahora dejo al mundo, "y otra vez voi al Padre." (Joann. XVI, 28)

8. Tampoco era conveniente para nosotros que Cristo se hubiese quedado en la tierra, "porque en este caso, dice muí al propósito el Catecismo romano (Parte primera cap. VII, pág. 77) "todos nuestros pensamientos se fijarian en el aspecto y trato de su "Humanidad, y únicamente le miraríamos como á un hombre que nos hacia beneficios "grandes, y le amaríamos con cierta benevolencia terrena. Pero subiéndose al Cielo, es- "piritualizó nuestro amor, é hizo que al que ahora contemplamos ausente, veneremos y

"amemos como á Dios. Esto en parte se deja entender por el ejemplo de los apóstoles, "los cuales, miéntras tuvieron presente al Señor, parece que sentian de él como de so- "lo hombre: y en parte se confirma con el testimonio del mismo Señor, cuando dijo: "Conviéneos que yo me vaya. (Joann. 16.)" Porque aquel amor imperfecto con que "amaban á Jesucristo presente, se habia de perfeccionar por el amor divino, y esto en "la Venida del Espíritu Santo.

9. A su debido tiempo, cuando os exponga el octavo artículo del Credo, veréis á toda luz cuántos beneficios recibió la humanidad por la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, y, supuesto que ella exigia para verificarse que subiese Jesucristo al Cielo, cuán interesante fué que no hubiese permanecido en el mundo, á fin de que todos los fieles pudiesen alcanzar la gracia de plenitud y los goces inefables que nos trajo consigo el Espíritu increado. ¡Cuán grande merecimiento no recibió nuestra fe despues de la Ascension del Señor á los cielos, cuando sin verle en su presencia natural con los ojos del cuerpo, ni aun en el misterio de su Eucaristía, le creemos y confesamos á pesar de esto, y le rendimos los tributos de nuestra adoracion, sentado á la diestra de su Padre y residente en la tierra bajo los velos eucarísticos! ¡Cuánto se robustece nuestra esperanza con este misterio glorioso! Si Jesucristo cumplió su palabra de anuncio, subiendo en efecto á su Padre como lo tenia predicho, su misma Ascension nos hace esperar infaliblemente el cumplimiento de estas promesas que con tal motivo hizo á sus discípulos: "En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones..... Yo voi á preparar lu- "gar para vosotros." ¿Y quiénes son estos *vosotros?* ¡únicamente los apóstoles y discípulos de Jesus, á quienes entónces hablaba? No, hijos mios, no solo ellos, sino cuantos hubiesen de creer en su Nombre y esperar sus promesas y cumplir su Ley. "Ruego," le decia á su Eterno Padre, "ruego, no solamente por éstos, sino tambien por aquellos que "han de creer en mí por medio de su predicacion: que todos sean una misma cosa; y "que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí, así ellos sean una misma cosa en no- "sotros." (Joann. cap. XVII, vv. 20 y 21.)

10. Aquí, amados hijos, véis el objeto fundamental de la esperanza y del amor en esas habitaciones diversas que Cristo dice haber en la casa de su Padre; véis pasar el oráculo á la categoría de una promesa en ese anuncio de que va Jesucristo á preparar lugar para los suyos; véis que son suyos, no solamente sus apóstoles y discípulos, sino cuantos en él creyesen, y por consiguiente todos los cristianos; véis, por último, que Jesucristo pide á su Eterno Padre para todos nosotros, no solo el fin sino tambien los medios, no solamente la última felicidad sino tambien las condiciones que ha puesto para dispensarla, no solamente la gloria sino tambien la virtud y la santidad. "Santi- "ficalos en la verdad," le dice: he aquí lo que nos procura para la vida presente: "sean ellos una misma cosa con nosotros:" he aquí lo que nos prepara con su oracion para la vida futura. "¡Y qué cosa es la esperanza!" "Esperar la bienaventuranza y los medios de ella." Luego Jesucristo, que con tales oráculos y promesas habia querido preparar su salida de este mundo para que no se conturbara con tal ausencia el corazon de sus discípulos; subiendo á los cielos, robusteció y afirmó nuestra esperanza.

11. ¡Y qué mayor estímulo podia ofrecerse al corazon del hombre, ya renovado por

la gracia, para llenarle y ocuparle todo, que Jesucristo sentado á la diestra de su Padre, brindando á todos los suyos con los tesoros de su gracia y la posesion futura de su gloria! ¿Qué recursos pudieron quedar á los enemigos de nuestras almas, despues de una manifestacion tan espontánea y de un hecho tan glorioso y en relacion tan íntima con todos nosotros? Jesucristo nuestro Señor caracterizó el corazon humano con estas palabras: "Donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon;" le dió un objeto capaz de llenar su inmensidad, con estas otras: "Buscad primero el reino de Dios y su justi- "cia;" y subió al Cielo, para comunicarnos los medios de ser justos en la tierra con la dispensacion de sus gracias, y recompensar nuestra justicia con la promesa de la participacion de su gloria.

12. Ved pues, hijos mios, cuánto se interesaba la dignidad infinita, la gloria suprema del Hijo de Dios por una parte, y el bien de la humanidad redimida por otra, en que Jesucristo Señor nuestro no se hubiese quedado viviendo en la tierra de un modo natural y sensible, como estuvo en su primera venida, sino ántes bien que para poner el mas digno término á su mision en la tierra, hubiese subido á los cielos, como lo enseña el apóstol San Pablo.

13. Pero si era tan importante, me diréis, que Jesucristo no se hubiese quedado aquí, sino ido á su Padre, y si con solo quererlo pudo haber subido al Cielo desde el momento mismo en que resucitó del sepulcro, ¿por qué no quiso verificarlo así, mas ántes bien, permaneció cuarenta dias en el mundo despues de resucitado? Porque en ello, hijos mios, se interesaban igualmente, la verdad evangélica, para triunfar de todo error, disipar todas las tinieblas y no dejar ni el mas leve resquicio á la duda; el poder moral, para robustecer la esperanza con la manifestacion de un suceso bien comprobado acerca de las promesas que habia hecho al mundo su mismo Redentor en Persona, y la felicidad, por último, dominando el corazon con el último convencimiento de que en el Cielo reside y allí nos espera el Supremo Dispensador de la gloria.

14. Si Jesucristo, acabando de resucitar, se hubiese partido para el Cielo, no por esto habria quedado sin efecto la Redencion del mundo, pero sí, su regeneracion intelectual y moral: la incertidumbre y la duda hubieran minado el edificio de la religion; y la Iglesia, no contando con ese inmenso poder histórico y monumental de su magisterio, habria tenido, si no una existencia precaria, sí una lastimosa esterilidad. Si á pesar de haber vivido los apóstoles con el mismo Jesucristo, escuchado sus palabras, recibido de sus mismos labios la doctrina, presenciado los milagros de su poder y admirado la perfeccion infinita de su virtud, se conturbaron tánto en su Pasion, que le negó Pedro y le abandonaron los otros; ¿qué habria sucedido, si viéndole con sus propios ojos morir y bajar al sepulcro, no le hubiesen visto resucitado y con la suficiencia que la severa crítica demanda para fijar incontrastablemente la evidencia de los sentidos y la certidumbre histórica de los hechos? ¡Ah! para saberlo, bastará que consideréis, hijos mios, lo que le sucedió á Tomás el apóstol. Habia éste sabido, á no poderla dudar, la Resurreccion gloriosa de su divino Maestro por el unánime testimonio de sus mismos hermanos y de las santas mujeres; pues tanto éstas como aquellos refirieron tan grato acontecimiento, y no de oidas, sino de ciencia propia, diciéndole: "Nosotros mismos le vi-

"mos ya resucitado, vivo, glorioso; nos ha hablado; ha estado aquí:" sin embargo, él no "cree, no descansa en tan autorizado testimonio; y su desconfianza llega á tal extremo, "que manifiesta no creeria esto ni aun cuando lo viese, sino que pediria inmediatamente para todos sus sentidos, y sobre todo, para aquel que viene á afirmar el testimonio de los otros acerca de la existencia de los cuerpos, una satisfaccion plenísima: quiere ver y oir, pero no se contenta; quiere tocar, mas no queda todavía satisfecho; quiere sondear con su dedo las herididuras que dejaron los clavos. Si Cristo, pues, subiendo al Cielo luego que resucitó, no hubiese permanecido muchos dias en la tierra manifestándose frecuentemente á sus apóstoles y discípulos, éstos habrian comenzado con la flaqueza de la incertidumbre, continuado con las oscuridades y reservas de la duda, y acabado por ventura en una verdadera inseguridad acerca de un misterio cuya desaparicion hubiera arrastrado lenta pero infaliblemente la de todos los otros en su carácter divino; y el mundo, instantáneamente iluminado con la presencia de Cristo, como la lóbrega noche al aparecer un fugitivo meteoro, habria vuelto al primitivo caos: caos de inteligencia por la destruccion de la fe; caos de debilidad por la esterilidad objetiva de la gracia; caos de infortunio por la preponderancia del vicio, el abandono de la naturaleza y la privacion de la gloria.

15. Ved al contrario lo que sucede: ved á este Jesus que resucita, y sin embargo se detiene cuarenta dias en el mundo, aparece frecuentemente á sus discípulos, les habla sobre los grandes objetos de su venida; les manifiesta los misterios altísimos del reino de Dios; les prodiga los medios de asegurarse y confirmarse en la verdad de su Resurreccion y en la fe de su Divinidad, sometiéndose á todas las pruebas que ellos pudieran exigir; les provee de instrucciones competentes y eficaces para el exacto desempeño del alto ministerio á que les habia llamado; les da el plan á que habian de arreglarse para la institucion y gobierno de su Iglesia; les explica el número, la virtud, la eficacia y ritualidad administrativa de los santos Sacramentos; subdelega en ellos el poder que tiene en los cielos y en la tierra, para que autoritativamente prediquen el Evangelio, abran con el Bautismo las puertas de su reino á cuantos creyeren, y gobiernen al hombre moral imponiéndole preceptos para el cumplimiento de la Ley divina, ligando su conciencia, juzgando su conducta y fijando su destino para la eternidad. Puso entónces en la mente de sus apóstoles la inteligencia de las Escrituras, y en sus manos las llaves del Cielo, para que explicasen las primeras, abriesen ó cerrasen el segundo, desatando ó atando las conciencias en ejercicio de un poder divino, con la prerogativa de una infalibilidad dogmática y moral, y bajo la garantía poderosa de su asistencia contínua. Provistos de tanta luz y tan sublime poder, extendido hasta el don de milagros, les da una órden altamente misteriosa para que permanezcan todos en Jerusalem hasta recibir al Espíritu Santo, que les habia prometido desde ántes de su Pasion y ahora les promete de nuevo enviarles cuando haya subido á la diestra de su Padre; y luego, conduciéndoles á fuera y rodeándose de ellos en el monte de los Olivos, pronuncia su paternal despedida, les da la bendicion y sube al Cielo. Ved, hijos mios, ¡cuál quedan entónces los apóstoles y discípulos del Salvador! ¡cuán ilustrados en su razon con la doble luz de la ciencia y de la fe! ¡cuán adheridos á las promesas de aquel que no les deja en la tierra, sino aplazando por un tiempo fugitivo, *modicum*, el dia de la entrada

de ellos á reinar con él en el Cielo! ¡Cuán desengañados de todas las vanidades del mundo, cuán superiores á todos los temores de la naturaleza y cuán pendientes del dia en que deben reunirse con su divino Maestro quedan éstos, viéndole subir despues de haber sido al mismo tiempo los compañeros de su carrera de oprobios y tribulaciones hasta su muerte, y los testigos presenciales de la gloria de su Resurreccion en la tierra! Ved pues cuál resplandecen la sabiduría, la justicia y la bondad infinita del Señor en su determinacion de dejar la tierra y en los preparativos que anticipa durante cuarenta dias para subir al Cielo.

II.

16. Vengamos empero, hijos mios, á contemplar al Redentor del mundo en el acto sublime de su Ascension gloriosa, y sigámosle con la consideracion hasta dejarle allí colocado á la diestra de su Padre, con lo cual quedó consumado el gran misterio. El evangelista San Lúcas nos dice, despues de referir las instrucciones del divino Maestro á sus discípulos, y todos aquellos preparativos de que acabo de hablaros, que "sacó "á sus discípulos afuera camino de Betania; y levantando las manos les echó "su bendicion:" añade luego que "miéntras los bendecia, se fué separando de "ellos y elevándose al cielo:" y concluye diciendo que "habiéndole adorado, "regresaron á Jerusalem con gran júbilo." (XXIV, 50, 51 y 52). Y este mismo escritor, en el primer capítulo, versículo nono de su Libro de los Hechos apostólicos, refiere que "miéntras los discípulos estaban siguiendo con sus ojos á Jesus, á tiempo que "subia, una nube le envolvió, con lo cual ya dejaron de verle." Tal es el relato de los escritores sagrados acerca de tan maravilloso acontecimiento: relato mui sucinto, es verdad, pero de una comprension inmensa. ¿Qué ven aquí en efecto los ojos de nuestra fe, sino al Mesías en toda la gloria de su triunfo? Ora queramos referir este cuadro al suceso de la Resurreccion, ora le contemplemos en sí mismo, ora nos fijemos en su término, que es el acto de ocupar en el Cielo su propio trono, donde quiera se manifiesta con espléndidos caractéres la Divinidad del Mesías.

17. La gloria de Cristo apareció mui claramente á cuantos le vieron resucitar; mas no en su totalidad, no como debia mostrarse para derramar su plena luz sobre todos los misterios de su vida y de su muerte. La historia de la venida de Jesus al mundo en el órden de los tiempos, debia tener perfectamente fijos dos puntos, el de partida y el de término; aquel en que entró á la tierra, y aquel en que volvió á los cielos. Si habia descendido en cuanto Dios, desde el trono de su gloria, para revestirse de nuestra naturaleza y poder padecer y morir por nosotros, era forzoso que, acabada su carrera en el mundo, le dejase para subir al Cielo. He aquí por qué la Ascension de nuestro Señor Jesucristo se ha considerado siempre como una consumacion de plenitud para todos los misterios; pues á ella como á su término van encaminados todos, y de ella reciben asimismo su perfeccion y complemento: "porque así como todos los misterios de nuestra religion, dice el Catecismo romano, "empiezan por el de la Encarnacion del Señor, así tambien en la Ascension se concluye su peregrinacion." Hai más: este misterio estaba exigido como de rigurosa justicia por todos los otros. ¿Por qué? porque los misterios

de la vida y muerte de Jesucristo, son, como bien lo sabéis, de humillacion, de pobreza, de oprobios y todo linaje de sacrificios, lo cual presentaba de parte del Señor lo infinito en la humillacion y abatimiento, y en consecuencia estaba clamando á la justicia de Dios por una recompensa plena y digna. Recompensa fué la Resurreccion y recompensa digna; pero no plena, pues que algo faltaba. ¿Qué faltaba? Un Trono de gloria para aquella Santa Humanidad triunfante. ¿Dónde erigir ese trono? ¿Acaso en la tierra? No, hijos mios, ya os lo he dicho: la tierra no era digna de seguir habitada natural y sensiblemente por Cristo resucitado: esperábale un Trono en las alturas del Cielo, á la diestra de su Padre, una gloria superior á la de todas las criaturas.

18. Pero si la Ascension del Señor debia venir despues de su Resurreccion como el complemento de su gloria y la plenitud magnífica de su triunfo; era tambien indispensable para dar la última prueba práctica de la doctrina que habia predicado acerca de su reino. Así descargó, hijos mios, el último golpe sobre la pertinacia del judío, para que no pudiese tener adeptos con su pretendida expectativa de un Rei temporal y una grandeza mundana. Subiendo á los cielos despues de haber dado en su Persona el ejemplo de todas las abnegaciones, enseña espléndidamente á despreciar todas estas mezquinas glorias de la tierra, todos estos engañosos placeres del mundo, á no buscar en él jamas la felicidad y á no temer la muerte. Entónces nada tuvieron ya de oscuro aquellas palabras del apóstol Santiago, que "Dios escogió á los pobres en este mundo, "ricos en la fe y herederos de su reino;" y todos hemos podido entender en qué sentido habla San Pablo, ya cuando presenta á los justos como peregrinos y huéspedes que buscan la patria, ya cuando dice, que somos conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, ya, por último, cuando inculca que nuestro trato y conversacion está en los cielos.

19. Mas ¿cuál es, me diréis, la causa eficiente de este gran prodigio? ¿Cómo este cuerpo de Cristo se levanta por el aire, sube lentamente con pompa y magestad hasta perderse de la vista de los apóstoles? Hijos mios: Cristo Señor nuestro subió á los cielos por su propia virtud, y no solo por la que tenia como Dios, sino tambien por la que residia en su Santa Humanidad. Si Elías fué llevado al Cielo en un carro de fuego, como leemos en el capítulo segundo del cuarto Libro de los Reyes; si Habacuc, como vemos en Daniel, y San Felipe Diácono segun refiere el Libro de los Hechos apostólicos, fuéron levantados en el aire por divina virtud, andando con este milagroso vuelo á muí largas distancias; Jesucristo subió, no por influjo ageno, sino por virtud propia, y no solo por su virtud como Dios, sino tambien por la que tenia en cuanto hombre. Pero, ¿cómo entender esto, siendo notorio que no es capaz de tánto la naturaleza humana? Con solo reflexionar en el carácter propio del alma y cuerpo de Cristo ya resucitado, ¿Quién duda, por mas que no lo sienta y conozca, que el alma gloriosa de Jesucristo tuviese sobre su cuerpo tan irresistible poder, que lo moviese y gobernase al arbitrio de su voluntad? ¿Quién no advierte asimismo la diferencia que va de un cuerpo mortal á un cuerpo glorioso? Este, como que posee todos los dotes de gloria, sigue sin dificultad ninguna los impulsos del alma, lo cual era suficiente para que Jesucristo Señor nuestro, aun en cuanto hombre, subiese al Cielo por su propia virtud.

20. ¿Y cuál fué la pompa, me diréis, de esta partida de Jesucristo de la tierra para

el Cielo? ¿Subió sin séquito? ¿Entró sin comitiva que le encontrase? No, hijos mios: aunque los apóstoles y demas discípulos que estaban allí presentes, no veian mas que á solo Jesucristo, sabian muí bien ellos, como nosotros lo sabemos tambien, que le seguia un mundo incontable de escogidos y que vinieron á su encuentro los ángeles, arcángeles y demas coros del Empíreo. Ya os tengo explicado el dogma del Descendimiento de Jesucristo nuestro Señor á los infiernos, y cómo bajó allá para sacar á todos los justos de la Lei antigua, con el fin de conducirles á la gloria que esperaban, en cuyo goce no podian entrar ántes que el Hombre-Dios, ya resucitado y triunfante, hiciese abrir las celestiales puertas, adonde no habia penetrado ni podia penetrar ántes de su Magestad ninguno de los nacidos. Ved pues aquí su comitiva: son los escogidos de su pueblo, los herederos de sus promesas, los benditos de su Padre, las generaciones predilectas á quienes habia hecho pasar de la esperanza cumplida de la virtud, á la esperanza de la gloria pendiente del triunfo del Redentor. ¡Qué acompañamiento tan augusto! En él van, segun su rango, todas las eminencias de Israel: los Patriarcas, los Profetas, la tribu del Sacerdocio, los piadosos Reyes, los Magistrados justos, las mujeres fuertes, los inocentes; en fin, los justos de cuarenta siglos. ¡Con qué noble magestad hienden los espacios esta procesion inmensa, siguiendo extasiada la marcha del Rei de los reyes! A la vista de este cuadro, cuya grandeza oprime á toda imaginacion y cuya pompa traspasa con mucho la capacidad de las lenguas criadas, un sentimiento de admiracion detiene con trasporte á los espíritus moradores de la Jerusalem Santa.—¿Quién es este Rei de gloria? se dicen unos á otros. Es el Señor fuerte y poderoso, responden ellos mismos: el Señor poderoso en las batallas, el Señor de la virtud, el Rei de la gloria. "Abísmanse las potestades angélicas en presencia de la Humanidad de Cristo," dice San Cirilo, "viendo llegar de esta suerte al Hijo de Dios, revestido de nuevos ropajes, "cargado de trofeos, engrandecido al parecer, no en cuanto á su naturaleza divina, sien-"do como siempre igual á su Padre, sino en cuanto á su naturaleza humana," segun la bella observacion de San Ambrosio; viéndole llevar una carne victoriosa, gloriosa, in-"mortal." Esto habia hecho exclamar proféticamente á David: "Abrid, oh príncipes, "vuestras puertas eternales, que va á entrar el Rei de la gloria." (Ps. XLVI) Oid el himno de triunfo con que este Santo Rei, divinamente inspirado, acompañaba en espíritu la triunfante marcha del Mesías, cuando hubiese de subir á los cielos: "Naciones to-"das, dad palmadas de aplauso: gritad alegres á Dios con voces de júbilo. Porque ex-"celso es el Señor, y terrible, Rei grande sobre toda la tierra..... Ascendió entre voces "de júbilo al son de clarines..... Cantad, cantad salmos á nuestro Dios: cantad salmos "á nuestro Rei. Porque..... es el Rei de toda la tierra.....; ha de reinar sobre todas las "naciones:..... está sentado sobre su solio *auguste*. Los príncipes de los pueblos se reu-"nirán con el Dios de Abrahan; porque es el Dios protector de la tierra, y en gran ma-"nera ha sido ensalzado." (Ps. 46)

21. Ved, hijos mios, todo el carácter de plenitud que manifiesta este cuadro; pero no nos detengamos aquí; veamos lo que inmediatamente sigue ya en la tierra, ya en el Cielo. En el Libro de los Hechos apostólicos, en el capítulo primero leemos, que estando los discípulos del Salvador "atentos á mirar cómo iba subiéndose al cielo, aparecie-

"ron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: Varo-"nes de Galilea, ¿por qué estáis *ahí parados* mirando al cielo? este Jesus, que sepa-"rándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis "de ver subir allá." "Despues de esto se volvieron *los discípulos* á Jerusalem, desde "el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalem el espacio de camino que pue-"de andarse en sábado." Estos personajes vestidos de blanco, fueron dos ángeles venidos al propósito para hacer una doble manifestacion á los apóstoles, conviene á saber: la de que Jesucristo estaba en el Cielo en posesion de su gloria, y la de que no volveria de nuevo á la tierra, sino en el último dia de los tiempos, en el cual vendria, con la misma gloria y magestad con que le habian visto subir, á juzgar á los vivos y á los muertos: gran ratificacion, hijos mios, de aquel dogma que les habia enseñado Jesucristo sobre su segunda Venida, y con el cual terminan todos los misterios relativos al Divino Redentor. Por esto sus apóstoles y discípulos ya no esperaron allí sino que se volvieron inmediatamente á Jerusalem.

22. ¿Y qué sucedió en los cielos inmediatamente de entrado en ellos Su Magestad? Que tomó posesion de su gloria, sentándose á la diestra de su Padre. He aquí la segunda parte de este sexto artículo del Símbolo, la cual viene á ser como el complemento de todo el misterio: pues en él creemos y confesamos, no solo que Jesucristo subió á los cielos; sino que subió á colocarse á la diestra de su Eterno Padre, donde está sentado, y vive y reina con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Pero es necesario entender bien estas palabras de nuestro Símbolo católico, para no caer en errores groseros por falta de luz acerca de las cosas que pasan en aquella region inaccesible.

23. Cuando este artículo, pues, dice que Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre, no hemos de entender estas palabras en su sentido literal y natural; porque esto seria suponer que el Padre tiene figura corporal como nosotros y por consiguiente mano y lado derecho, mano y lado izquierdo, y ocupa lugar, y en el lado derecho hai alguna silla ó trono donde está sentado Jesucristo: no, hijos mios, no hai nada de esto; sino que, no habiendo en las lenguas humanas medio alguno para hablar literal y exactamente de la naturaleza divina y las cosas del cielo, tenemos que suplir á esta falta con algunas semejanzas, figuras y traslaciones en el mismo lenguaje. Ahora bien: como acá en el mundo el estar sentado en un trono es un signo de magestad y grandeza, y el lado derecho es tenido y reputado como el mas digno, queriendo explicar de algun modo cuál sea la gloria de Jesucristo Señor nuestro en los cielos, nos valemos de lo que hai mas excelente y noble en el idioma de la dignidad y la grandeza, diciendo "que está sentado á la diestra de Dios Padre."

24. ¿Qué debemos pues entender por esta palabra? "Que está en igual gloria con "él, en cuanto Dios, y en cuanto hombre mayor que otro ninguno," responde al propósito nuestro sabio Catecismo. Fijáos pues mui bien en este concepto, y tendréis la debida inteligencia dogmática de la gloria de Jesucristo en los cielos. "¿Quién es Cristo? "Dios y Hombre verdadero. ¿Cómo es Dios? Porque es natural Hijo de Dios vivo. "¿Cómo es hombre? Porque es tambien hijo de la Vírgen María." Pues bien: en cuanto Dios no puede tener mas ni ménos que Dios, más ni ménos que su Padre; pues el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y no por esto son tres Dioses, sino un solo Dios verdadero. Esto supuesto, ya comprenderéis lo que quiere dar á entender nuestro Catecismo cuando dice: que "Cristo en cuanto Dios está en igual gloria con el Padre." Pues yo diré todavía que aun esta enunciacion me parece imperfecta; porque una cosa igual á otra supone dos, y aquí no hai dos glorias sino solo una, y en consecuencia la palabra *igual* equivale á decir *la misma:* porque en realidad, la gloria del Hijo es la misma gloria del Padre, como la Omnipotencia del Padre es la misma Omnipotencia del Hijo. Si pues no hai dos omnipotentes y por tanto ni dos omnipotencias, no hai dos gloriosos y por tanto ni dos glorias: luego la gloria de Cristo en cuanto Dios es la misma gloria del Padre.

25. Mas en cuanto hombre, no es ni puede ser la misma, no, ni tampoco igual; pues una es la naturaleza humana y otra la naturaleza divina, finita la naturaleza humana é infinita la naturaleza divina. Pero la humanidad en Cristo es superior á toda humanidad, es la humanidad reina, la humanidad en cierto modo divinizada. Luego la gloria de Cristo en cuanto hombre es la primera despues de la gloria de Dios; y no hai criatura, cualquiera que sea, ni en la naturaleza angélica ni en la naturaleza humana, puesta en la altura en que resplandece la Santa Humanidad de Jesucristo. Por esto el apóstol San Pablo nos muestra al Padre "resucitando *al Hijo* de entre los muertos," (es decir: á Cristo en cuanto hombre, pues en cuanto Dios no podia morir, ni tenia por lo mismo que resucitar) "y colocándole á su diestra en los cielos, sobre todo Principado "y Potestad, Virtud y Dominacion, y sobre todo nombre por celebrado que sea no solo "en este siglo, sino tambien en el futuro (Eph. I. 20 y 21)." Ya entendéis, pues, cómo la gloria de Cristo en cuanto hombre es mayor que la de todas las criaturas; bien así como en cuanto Dios es la misma gloria de su Padre. Cuando nuestro Símbolo pues, dice que "está sentado á la diestra de Dios Padre," usa de estos términos, no en su sentido literal, sino para darnos á entender, como lo explica nuestro Catecismo "que está en igual gloria con él en cuanto Dios, y en cuanto hombre mayor que "otro ninguno."

26. Así quedó, amados hijos, terminada la misteriosa carrera del Mesías en su primera Venida con el objeto de morir por nosotros y librarnos del pecado, y enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del Cielo. Nada quedó pendiente desde que este hecho, tantas veces anunciado por el mismo Jesucristo, llegó á su magnífica realidad. Los misterios de su vida, de su muerte y triunfante Resurreccion recibieron con él todo el esplendor de su Divinidad y el sublime realce de su gloria. No queriéndose quedar en la tierra, porque no era morada digna de su augusta Persona, nos enseñó que es el Rei excelso del tiempo y de la eternidad: verdadero hombre, que vivió entre nosotros, padeció y murió por nosotros y resucitó por su propia virtud; y verdadero Dios, que llevó consigo al Trono que la preparaban sus merecimientos á su Santa Humanidad. Ascendiendo hácia su Padre para realizar aquella profecía de inefable amor que hizo á Magdalena despues de resucitado, cuando la dijo: "Subo á mi Padre y vuestro Padre, subo hácia mi Dios y vuestro Dios," puso á toda luz, que no hemos nacido para vivir en este mezquino teatro que llamamos *mundo;* pues nada en él hai que

sea digno de esta obra maestra del Criador, de esta criatura donde quiso poner un trasunto de su imágen; que somos en la tierra extranjeros de tránsito y partida que enderezamos nuestros pasos á las moradas eternas. Deteniéndose despues de resucitado y ántes de subir al Cielo cuarenta dias en la tierra, para confirmar á sus discípulos en la fe de su Resurreccion, darles instrucciones amplísimas relativamente á sus designios acerca de los hombres, instituirles delegados suyos con la comunicacion de su mismo poder, para ser las columnas de su Iglesia fundada en él mismo como piedra angular, nos dió á entender bastante que él es la Sabiduría infinita y la Bondad suma. Finalmente, cuando ya concluido todo, reune á sus discípulos, les habla por la última vez, les bendice, se despide de ellos anunciándoles su partida, y levantándose poco á poco majestuosísimamente de la tierra, progresa hácia las alturas con cierta grave lentitud hasta perdérseles de vista, absorbe sus miradas de admiracion, de respeto y amor con este cuadro, en que todo respira magestad y donde viene á terminar la historia de su vida en el tiempo; entónces nos dió la última, la mas bella, dulce y consoladora leccion acerca del gran destino que nos preparó con sus merecimientos, mostrándonos á toda luz cuán indigno es de ocuparnos todo lo que pasa como una figura, y con cuánto empeño y tierna solicitud hemos de caminar para unirnos con él en la sociedad de su gloria.

27. Tales son, hijos mios, las luces que este misterio derrama sobre nuestra fe para consolidarla; los nuevos apoyos que ministra á nuestra esperanza, y los vehementes y poderosos estímulos con que solicita nuestro corazon para que siempre arda en el divino fuego de la caridad. Sea pues Jesucristo Señor nuestro subiendo á los cielos y sentado á la diestra de su Padre un libro abierto de sabiduría para vuestra inteligencia, un tesoro de gracias fecundas, y un bien supremo que atraiga exclusivamente vuestro ser. Si él subió para prepararnos allí una residencia perdurable y gloriosa; si él, como nos enseña el apóstol Santiago, aboga continuamente por nosotros cerca de su Padre y nada anhela tánto como ver extendida la santidad en la tierra y con ella multiplicados los futuros moradores de su reino; levantad hácia él vuestras almas, viviendo en los cielos mas que en la tierra; colocad en él vuestro corazon, para no tener mas objeto que servirle ni otro empeño que gozarle. ¡Dichosos vosotros entónces! pues desprendidos de todo lo que pasa como una sombra, y adheridos únicamente á las promesas que os hizo Aquel cuyas palabras no han de pasar nunca, seréis inscritos en ese Libro divino donde la eterna predileccion de Dios quiso que constasen los felices nombres de aquellos que le han de alabar y bendecir en el seno de su gloria por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DOGMAS CONCERNIENTES AL ESPÍRITU SANTO.

Signati estis Spiritu promissionis sancto, qui est pignus hereditatis nostræ.

Recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia.

Epis. Cap. I. ver. II. 14.

1. Si en esta explicacion pastoral de las verdades que debemos creer, me hubiese propuesto, hijos mios, seguir el órden mismo con que los dogmas de la fe aparecen colocados en el Símbolo católico, ahora deberia tratar de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad para juzgar á los vivos y á los muertos; pues ella figura inmediatamente despues del misterio de la Ascension, y es el sétimo artículo del Credo. Nada mas natural que esta colocacion allí, donde los dogmas son considerados en sí mismos y relativamente á su objeto: porque siendo el objeto de este dogma nuestro Señor Jesucristo, debia sin duda colocarse despues de los pertenecientes al Padre y ántes de los que miran al Espíritu Santo, como lo están en efecto. Mas, cuando la exposicion doctrinal tiene un carácter histórico, un carácter práctico y los dogmas se consideran, no solo en sí mismos y en su objeto, sino tambien en clase de acontecimientos, en el órden sucesivo con que éstos fueron apareciendo y en sus relaciones con la humanidad, entónces debe seguirse otro método, y el mas natural parece ser el que presenta la misma historia. La segunda venida de nuestro Señor Jesucristo no pertenece aun al número de los objetos de ella, porque no se verifica todavía, pues ha de ser el último suceso que ha de dar punto á la carrera del tiempo y preceder inmediatamente á la eternidad.

2. Estas consideraciones y el haber querido ligar cuanto sea posible aquí el dogma,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sea digno de esta obra maestra del Criador, de esta criatura donde quiso poner un trasunto de su imágen; que somos en la tierra extranjeros de tránsito y partida que enderezamos nuestros pasos á las moradas eternas. Deteniéndose despues de resucitado y ántes de subir al Cielo cuarenta dias en la tierra, para confirmar á sus discípulos en la fe de su Resurreccion, darles instrucciones amplísimas relativamente á sus designios acerca de los hombres, instituirles delegados suyos con la comunicacion de su mismo poder, para ser las columnas de su Iglesia fundada en él mismo como piedra angular, nos dió á entender bastante que él es la Sabiduría infinita y la Bondad suma. Finalmente, cuando ya concluido todo, reune á sus discípulos, les habla por la última vez, les bendice, se despide de ellos anunciándoles su partida, y levantándose poco á poco majestuosísimamente de la tierra, progresa hácia las alturas con cierta grave lentitud hasta perdérseles de vista, absorbe sus miradas de admiracion, de respeto y amor con este cuadro, en que todo respira magestad y donde viene á terminar la historia de su vida en el tiempo; entónces nos dió la última, la mas bella, dulce y consoladora leccion acerca del gran destino que nos preparó con sus merecimientos, mostrándonos á toda luz cuán indigno es de ocuparnos todo lo que pasa como una figura, y con cuánto empeño y tierna solicitud hemos de caminar para unirnos con él en la sociedad de su gloria.

27. Tales son, hijos mios, las luces que este misterio derrama sobre nuestra fe para consolidarla; los nuevos apoyos que ministra á nuestra esperanza, y los vehementes y poderosos estímulos con que solicita nuestro corazon para que siempre arda en el divino fuego de la caridad. Sea pues Jesucristo Señor nuestro subiendo á los cielos y sentado á la diestra de su Padre un libro abierto de sabiduría para vuestra inteligencia, un tesoro de gracias fecundas, y un bien supremo que atraiga exclusivamente vuestro ser. Si él subió para prepararnos allí una residencia perdurable y gloriosa; si él, como nos enseña el apóstol Santiago, aboga continuamente por nosotros cerca de su Padre y nada anhela tánto como ver extendida la santidad en la tierra y con ella multiplicados los futuros moradores de su reino; levantad hácia él vuestras almas, viviendo en los cielos mas que en la tierra; colocad en él vuestro corazon, para no tener mas objeto que servirle ni otro empeño que gozarle. ¡Dichosos vosotros entónces! pues desprendidos de todo lo que pasa como una sombra, y adheridos únicamente á las promesas que os hizo Aquel cuyas palabras no han de pasar nunca, seréis inscritos en ese Libro divino donde la eterna predileccion de Dios quiso que constasen los felices nombres de aquellos que le han de alabar y bendecir en el seno de su gloria por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DOGMAS CONCERNIENTES AL ESPÍRITU SANTO.

Signati estis Spiritu promissionis sancto, qui est pignus hereditatis nostræ.

Recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia.

Epis. Cap. I. ver. II. 14.

1. Si en esta explicacion pastoral de las verdades que debemos creer, me hubiese propuesto, hijos mios, seguir el órden mismo con que los dogmas de la fe aparecen colocados en el Símbolo católico, ahora deberia tratar de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad para juzgar á los vivos y á los muertos; pues ella figura inmediatamente despues del misterio de la Ascension, y es el sétimo artículo del Credo. Nada mas natural que esta colocacion allí, donde los dogmas son considerados en sí mismos y relativamente á su objeto: porque siendo el objeto de este dogma nuestro Señor Jesucristo, debia sin duda colocarse despues de los pertenecientes al Padre y ántes de los que miran al Espíritu Santo, como lo están en efecto. Mas, cuando la exposicion doctrinal tiene un carácter histórico, un carácter práctico y los dogmas se consideran, no solo en sí mismos y en su objeto, sino tambien en clase de acontecimientos, en el órden sucesivo con que éstos fueron apareciendo y en sus relaciones con la humanidad, entónces debe seguirse otro método, y el mas natural parece ser el que presenta la misma historia. La segunda venida de nuestro Señor Jesucristo no pertenece aun al número de los objetos de ella, porque no se verifica todavía, pues ha de ser el último suceso que ha de dar punto á la carrera del tiempo y preceder inmediatamente á la eternidad.

2. Estas consideraciones y el haber querido ligar cuanto sea posible aquí el dogma,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la historia y aun la moral, me han determinado á reservar para el fin esta segunda venida del Redentor, haciéndola seguir á todo lo que haya pasado en tiempo, y preceder inmediatamente al dogma de la Eternidad. En el órden histórico lo que inmediatamente sigue, despues de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos, misterio que os he explicado en mi precedente carta, es la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles: hecho importantísimo, de que se hallaba pendiente la humanidad entera, para recibir aquella plenitud que la daria con sus dones y frutos el Espíritu de Dios conforme á los designios manifestados claramente por el Mesías desde ántes de morir. Este Divino Espíritu, vino á dar los últimos toques de perfeccion á la institucion del reino de Cristo en la tierra, que es la Santa Iglesia católica. Fundada ya sobre el cimiento de los Profetas y de los apóstoles, y descansando toda en Jesucristo, como en su piedra angular, esperaba la Venida de este Espíritu vivificador, para vivir de él mismo; de este Señor que procede del Padre y del Hijo, para mostrar el sello de su orígen divino, de toda la Trinidad Augusta, en sí misma y en todos sus miembros. El apóstol San Pablo, dominado profundamente por estas grandes ideas y queriendo trasmitirlas á los fieles en lo que tienen de mas característico, los dice: "Recibísteis el sello del "Espíritu Santo que estaba prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia;" es decir: de nuestra eterna bienaventuranza: *Signati estis Spiritu promissionis Sancto, qui est pignus hereditatis nostræ.*

3. Estas palabras de San Pablo, hijos mios, manifiestan claramente que, quien vino á los apóstoles y discípulos del Salvador, es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, la misma que había hablado por la boca de los Profetas y de quien emanan los preciosos Dones que se nos comunican como una prenda feliz de inmortalidad, y suponen ya realizada su venida en cumplimiento de las promesas de Jesucristo. Para daros pues en la presente carta las principales instrucciones acerca del octavo artículo del *Credo*, comenzaré inculcando lo que debemos creer cuando consideramos al Espíritu Santo en el órden puro y absolutamente dogmático sin salir de lo intrínseco del misterio de la Santísima Trinidad; en seguida os manifestaré cómo este Divino Espíritu inspiró á los autores de los Libros Sagrados; y para concluir, os explicaré el misterio de su Venida sobre los apóstoles, con lo cual dió toda su plenitud á su mision divina.

I.

4. Esta voz *Espíritu Santo*, hijos mios, designa por lo comun especialmente á la Tercera Persona de la Santísima Trinidad; pero algunas veces tambien suele aplicarse indistintamente al Padre y al Hijo: porque tanto del Padre como del Hijo se puede decir esta palabra; pues el Padre es espíritu y es santo, el Hijo es espíritu y es santo, la Tercera Persona es espíritu y es santa, sin que por esto se deba decir que son tres Espíritus ó tres Santos. Suelen tambien nombrarse con esta misma palabra los ángeles; pues como bien sabéis, son santos y espíritus, y aun á las almas de los justos suele dárselas tambien este mismo nombre. No sucede así con el nombre de las otras dos Divinas Personas, porque en éstas el nombre designa una cosa propia y singular, que no

conviene á las otras. El nombre de *Padre* es propio del que engendra, el nombre *Hijo* es propio del engendrado; y como solo el Padre engendra eternamente á su Hijo y solo el Hijo es engendrado eternamente del Padre, solo la Primera Persona puede llamarse *Padre*, solo la Segunda puede llamarse *Hijo*. ¿Por qué pues la Tercera Persona carece de nombre propio? porque no se ha impuesto nombre particular alguno para significar su procedencia. La produccion de la Tercera Persona se llama *Espiracion* y *Procesion*; pero estas palabras, que muestran cómo el Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo, no son el nombre de esta Tercera Persona. Fué cosa fácil hallarle para las otras dos; pues tenemos en la naturaleza las que designan procedencias análogas, cuales son las que vienen de la generacion; pero no hai nada en las cosas criadas que nos pueda suministrar alguna idea cuya palabra fuese á propósito para designar la Tercera Persona de la Santísima Trinidad por el modo con que procede del Padre y del Hijo. Mas con solo atender bien á lo que se dice cuando se usa esta palabra en la doctrina, basta para no confundir las diversas ideas que puede representar. Pero sea de esto lo que fuere, lo que nos importa mucho, á mí explicaros y á vosotros entender, es, que en el Símbolo católico esta palabra *Espíritu Santo* significa la Tercera Persona de la Santísima Trinidad y nada mas. Ya os he dicho que el Espíritu Santo es Dios, así como tambien lo es el Padre y lo es el Hijo, sin que por esto haya tres Dioses: os he explicado tambien como una consecuencia de tal doctrina, que todo lo que conviene á Dios como Dios, conviene á todas y cada una de las Tres Divinas Personas igualmente y en perfecta unidad: de lo cual se infiere que el Espíritu Santo es Omnipotente, Omnisciо, Sapientísimo, infinito en perfeccion, Sumo Bien y Eterno; pues con decir que el Espíritu Santo es Dios, así como el Padre y el Hijo, sin que por esto haya tres Dioses, ya se dijo lo bastante. Que el Espíritu Santo es Dios es un dogma de nuestra fe, enseñado claramente por la Santa Escritura y definido por la Santa Iglesia. El apóstol San Pedro, segun leemos en el capítulo V de los Hechos apostólicos, enseñó claramente esta verdad, cuando castigó á Ananías; pues habiéndole echado en cara el que hubiese mentido al Espíritu Santo, inmediatamente añadió: "No mentiste á los hombres, sino á "Dios:" Luego el Espíritu Santo es Dios. Del mismo modo el apóstol San Pablo declara este dogma en el capítulo XII de su primera Epístola á los Corintios cuando muestra un solo Espíritu en la diversidad de los Dones espirituales, un solo Señor en la diversidad de los ministerios, y un mismo Dios en la de operaciones sobrenaturales. Cuando Jesucristo Señor nuestro manda á sus apóstoles bautizar en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y cuando sobre tan sólido fundamento sienta el apóstol San Juan el dogma de la Trinidad, diciendo que Tres dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y añadiendo incontinenti que estos Tres son una misma cosa ó sustancia; claramente se ve inculcado que el Espíritu Santo es Dios, y con solo esto, sin necesidad de ir en pos de nuevas autoridades y argumentos, queda bien demostrada la Divinidad de esta Tercera Persona.

5. No creo por lo mismo necesario insistir más en esto, ni tampoco en explicaros cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un principio, pues ya todo lo tengo dicho en mi explicacion del dogma de la Santísima Trinidad. Hablé tam-

bien allí de la distincion real de las Personas, declarando que el Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, y que no ha de confundirse como Persona ni con el Padre ni con el Hijo: concepto que pone á toda luz el Símbolo de Nicéa, cuando dice: "Creo en el Espíritu Santo, nuestro Señor, y que vivifica, y que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado." Sería imposible ya confundir las Personas despues de esta manifestacion, desconocer la Divinidad de la Tercera, ó equivocarla con los espíritus creados como los ángeles; pues de ninguno de ellos puede afirmarse aquel Señorío que profesamos, llamando *Señor* al Espíritu Santo, ni ménos decir que es adorado juntamente con el Padre y el Hijo.

6. Tambien os hice ver allí dos cosas muy importantes: primera, que todas las obras de Dios, todos sus Dones que reparte á los hombres, son comunes á las Tres Divinas Personas, como la creacion, la ilustracion interna, la santificacion y demás; segunda, que sin embargo de esto y sin que nunca dejen de serles todas comunes á las Tres Personas Divinas, unas se atribuyen especialmente al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo, conformándose en esto con el carácter que domina en cada personalidad. Así, por ejemplo, como la idea del poder se refiere al Padre por ser el Padre la cabeza y principio de familia ó de sociedad, solo al Padre llamamos *Todopoderoso* aunque lo sean tambien el Hijo y el Espíritu Santo; así como de cada Persona se dice que es eterna y soberana. Esto supuesto, ya comprenderéis que, atribuyéndose al Espíritu Santo el amor, porque su procedencia es toda de amor, á él mismo se refiere por consiguiente cuanto pertenece al amor. El amor es principio de vida, y por esto al Espíritu Santo se le llama *Vivificante*. El amor es fuente de gozo y consuelo, y por esto al Espíritu Santo se le llama *Paráclito*, que quiere decir *Consolador*. La Encarnacion del Verbo en las entrañas de María es obra de amor; y por esto se dice que encarnó por obra del Espíritu Santo. Cualquiera Don es obra de amor, siendo como es una donacion gratuita, y por esto los Dones de Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Piedad y Temor de Dios figuran como *Dones del Espíritu Santo*. Los frutos adquiridos en consecuencia de estos dones, son otros tantos efectos del amor, y por esto les llama la doctrina *frutos del Espíritu Santo*.

7. Establecidos estos antecedentes, hijos mios, puedo ya entrar con bastante luz á considerar á esta Divina Persona en sus relaciones históricas, es decir: en cuanto se ha dignado hacer en la tierra para beneficio de la humanidad. Habiéndoos ya dicho que es verdadero Dios, ya sabéis que todo cuanto debemos á esta Divina Persona, lo debemos á Dios: habiéndoos dicho que sus dones y demás bienes son obras correspondientes á las Tres Divinas Personas, ya sabéis que por todo ello debéis dar las gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: habiéndoos dicho que sin embargo se atribuyen de un modo especial unas cosas á la Primera Persona, otras á la Segunda, y otras á la Tercera, y que á ésta se refieren todas las del amor; lo expuesto basta para que comprendáis que cuanto ha hecho el Espíritu Santo por nosotros, es obra del amor infinito de un Dios.

II.

8. Ya sabéis que la historia universal del género humano está dividida en dos grandes Eras ó períodos de tiempo: una que se cuenta desde la Creacion del mundo hasta la Venida del Redentor, y es la que llamamos *Era vulgar*; y otra que comenzó en el Nacimiento del Redentor, y no acabará sino hasta que venga él mismo segunda vez á juzgar á los vivos y á los muertos, y es lo que entendemos por *Era cristiana*. Para formarnos pues una idea exacta de lo que ha sido para toda la humanidad este Divino Espíritu, debemos tener presente que no ha dejado nunca de asistirla para derramar sobre ella la luz de la verdad y encenderla en el fuego del amor.

9. Comenzando por el tiempo antiguo y fijando nuestra consideracion sobre aquel pueblo escogido de entre todas las naciones de la tierra para ser el depositario de la historia, de la tradicion, de la verdad revelada, de las promesas y de la Ley divina, poseer una religion pura, un ministerio verdadero aunque figurativo, y preparar de esta suerte al que habia de venir en la plenitud de los tiempos á restablecer con su Sangre la antigua alianza entre Dios y los hombres, os diré desde luego sin vacilar, que todos esos Libros sagrados que llamamos *Antiguo Testamento*, fueron inspirados á sus varios autores por el mismo Dios, y en consecuencia por su Divino Espíritu, á quien llamaba por lo mismo el Profeta Isaías "Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios." Esto mismo debemos decir y creer sobre los Libros del Nuevo Testamento, cuyos autores los escribieron guiados por la operacion del Espíritu Santo y divinamente asistidos por él. He aquí la razon por qué todos los Libros de las Santas Escrituras llevan epítetos correspondientes á este divino orígen: por esto se llaman *Libros divinos, Escrituras santas, Escrituras sagradas, Palabra de Dios, Oráculos del Espíritu Santo*; y por esto decimos, aludiendo á sus autores, que Dios habló por la boca de Moysés, de los profetas, de los apóstoles, y que habla por la boca de la Santa Iglesia, y que ésta se halla en todo regida por el Espíritu Santo.

10. Esta verdad se halla tan bien comprobada por las Sagradas Letras, que casi no hai en ellas una sola página que no la demuestre: el mismo modo con que hablan sus autores, manifiesta el orígen divino de los conceptos que enuncian. Si escucháis á Moysés, él mismo tiene cuidado de advertiros que no es otra cosa sino un órgano pasivo de la Sabiduría Eterna, y que su triple mision de cronista de la creacion del mundo, de Legislador del pueblo judío y caudillo para libertarle de la tiranía de Faraon, viene toda de lo alto. Si escucháis á Jeremías, aquella humildad sublime con que le dice á Dios: A, á, á,... no sé hablar," es una preparacion magnífica para que reconozcáis en seguida como un reflejo de la Eterna Luz hácia los hombres aquel portento de doctrina profética y eminentemente moral. Dios habla inmediatamente á sus siervos, y por aquí se comienza cada relacion: habló el Señor á Noé, habló el Señor á Abraham, habló el Señor á Moysés, habló el Señor á Acaz, habló el Señor á Samuel, &c., &c. El Profeta Rei vierte sus conceptos á cada paso, como dichos del mismo Dios, y esto sucede con todos los autores del Antiguo y Nuevo Testamento. Por esto el Santo Concilio Tridentino, despues de enumerar uno por uno sus Libros canónicos, dice que su Autor es Dios, como lo habia dicho en su tiempo el Papa Eugenio IV, lo habia manifestado el tercer Concilio de Cartago y lo han enseñado constantemente los Padres de la Igle-

sia. Por esto el Concilio de Constantinopla consignó estas palabras que leemos en el *Credo* de la Misa, referidas al Espíritu Santo: "Habló por los profetas:" *locutus est per prophetas.*

11. ¡Qué os diré de los apóstoles! Sus Libros, hijos mios, tienen el mismo carácter; pues las pruebas que acabo de daros, y especialmente las que se fundan en la autoridad de la Iglesia y en toda la creencia católica, comprenden ambos Testamentos, y en consecuencia prueban que el Espíritu Santo habló, no solamente por el órgano de los autores de los antiguos Libros, por Moysés y los profetas; sino tambien por los apóstoles y evangelistas. Mas, para que nada faltase á la solidísima prueba de tan importante verdad, el mismo Divino Maestro tuvo especial cuidado de inculcarla, y con tal precision y exactitud, que nada dejó por investigar ni discutir. Habíales prometido, ya con el carácter de Hijo sumiso del Eterno Padre, ya por sí como Dios, enviarles al Espíritu Santo: "Yo rogaré al Padre, les decia, y os dará otro Consolador, para que "esté con vosotros eternamente, á saber: al Espíritu de verdad, á quien el mundo no "puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque mora- "rá con vosotros, y estará dentro de vosotros." He aquí á Cristo haciendo una promesa, cuya cierta realizacion estaba fundada en la eficacia de sus ruegos; pero todavía no satisfecho con esto, habla como verdadero Dios, ofreciendo mandar él mismo en consorcio de su Eterno Padre, al Espíritu Santo, á fin de que este Divino Espíritu le sirva de testimonio. "Cuando viniere el Consolador, dice, el Espíritu de verdad que procede "del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí." Tales son las promesas, tal su objeto.

12. Veamos ahora, hijos mios, elevada esta Divina Mision á la categoría de una imperiosa necesidad por la voz del mismo Jesucristo: necesidad tan estrecha y tan dependiente de su Ascension por otra parte, que léjos de ser ésta un motivo de desconsuelo para sus apóstoles y discípulos, vino á ser el objeto de sus mas ardientes deseos. "Os conviene que yo me vaya, les decia: porque si yo no me voi, el Consola- "dor no vendrá á vosotros; pero si me voi, os le enviaré." Mas ¿qué bienes, me diréis, habia de traer á los apóstoles y discípulos del Salvador este Divino Espíritu, tan grandes que aun debia producir en ellos el deseo y el contento de que Cristo subiese al Cielo á fin de que pudiese mandarle? Mui grandes, hijos mios. A su venida se deberia el triunfo completo de la causa de Cristo contra la oposicion del mundo, y la plena ilustracion, firme santidad é incontrastable vigor del Apostolado, para el solidísimo establecimiento de la Iglesia, la predicacion del Evangelio y la conquista del Universo por la Cruz. En prueba de esto, Jesucristo les dijo á sus apóstoles lo que haria este Divino Espíritu en su Venida, ya respecto del mundo, ya respecto de ellos mismos. ¿Qué haria con el mundo? "Se convencerá, decia el Señor, en órden al pecado, en órden á la "justicia y en órden al juicio." ¡Cuál fué el pecado del mundo! No haber creido en el Mesías á pesar de los oráculos que le anunciaban, de la sabiduría infinita de su doctrina y del soberano poder de sus milagros. Por esto, explicando Jesucristo este primer triunfo suyo, que haria resplandecer el Espíritu Santo condenando al mundo en su pecado fundamental que cometió desconociéndole, dice: "Se convencerá de pecado, por-

"que no creyeron en mí." ¡Cuál fué la injusticia ó iniquidad inconcebible del mundo para con el Hijo de Dios en la tierra! El perseguirle con toda la fuerza del odio, con todo linaje de tormentos hasta condenarle á muerte y ejecutar la sentencia. ¡Cómo resplandeceria el triunfo de la justicia eterna sobre este mundo lleno de iniquidad! Mostrando á la fe la Gran Víctima en la gloria de su Resurreccion, en el triunfo de su Ascension y en el soberano poder que ejerce á la diestra de su Padre. Por esto el Divino Maestro anuncia que el mundo queda condenado respecto á la justicia de su causa con el mismo hecho de subir al Cielo y no dejarse ya ver en la tierra: "porque "me voi al Padre, dice, y ya no me veréis." ¡Cuál fué tocante al juicio el crímen del mundo! El haber juzgado á la Justicia misma, al Señor de los cielos y la tierra, al Supremo Juez de vivos y muertos. ¿Cómo resplandeceria en este caso el triunfo de Dios sobre el mundo! En un juicio supremo, íntegro, absoluto, definitivo, irrevocable. Por eso el Señor, dice para concluir, que el Espíritu Santo convenceria al mundo en lo relativo al juicio, porque el príncipe de este mundo estaba ya juzgado: *quia princeps hujus mundi jam judicatus est.*

13. Ved pues, hijos mios, lo que ha obrado en favor de toda la humanidad el Espíritu Santo; cómo la consoló con la esperanza, inspirando á los autores de los Libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Mas no nos detengamos aquí; porque hasta ahora respecto de los apóstoles he hablado solo de oráculos infalibles y promesas seguras, y nos resta ver el hecho en su magnífica realizacion, y considerar el misterio de la Venida del Espíritu Santo al mundo cincuenta dias despues de la Resurreccion del Salvador.

III.

14. La promesa que Jesucristo Señor nuestro habia hecho á sus apóstoles de mandarles al Espíritu Santo para los altos fines que habéis oido, amados hijos, fué tan puntual como solemnemente cumplida; pues apénas habian trascurrido cincuenta dias desde la Resurreccion, cuando descendió sobre ellos este Divino Espíritu, estando reunidos en el Cenáculo. He aquí la relacion que hace de este misterioso acontecimiento en los seis primeros versículos del capítulo II el autor del Libro de los Hechos apostólicos: "Al cumplirse los dias de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar: cuan- "do de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplaba, y "llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como len- "guas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos: entónces "fueron llenados todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas "las palabras que el Espíritu Santo ponia en su boca: habia á la sazon en Jerusalem "judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones del mundo. Divulgado "pues este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos al ver que "cada uno oia hablar á los apóstoles en su propia lengua."

15. Esta palabra *Pentecostes*, hijos mios, quiere decir *cincuenta*, y por lo mismo la Santa Iglesia se sirve de ella para designar el espacio de cincuenta dias que pasaron desde la Pascua, en que resucitó nuestro Señor Jesucristo, hasta la Venida del Espíritu Santo. Esta fiesta de Pentecostés con que la Iglesia solemniza esta Venida miste-

riosa, era celebrada tambien y con mucha pompa del pueblo judío, aunque con motivo diverso. ¡Cuál era este motivo? El recuerdo de la promulgacion de la Lei del Señor, que se hizo tambien á los cincuenta dias de la antigua Pascua. Esta coincidencia entre el pueblo judío y el cristiano es, no meramente casual, sino acordada con mui altos designios por el Señor; pues la venida del Espíritu Santo fué como la solemnísima promulgacion de la Lei nueva, escrita, no ya en tablas de piedra como en tiempo de Moysés, sino en el fondo del corazon humano, regenerado con la Sangre de Cristo y robustecido para la vida de la caridad con los eficaces Dones que trajo á la humanidad redimida el Espíritu Santo, y era por lo mismo en alto grado justo y conveniente que tal promulgacion fuese mas solemne todavía que la primera. En efecto, ese ruido como de viento impetuoso que se siente bajar de las alturas, y es, digámoslo así, como el terrible y magestuoso crujir de las puertas de los cielos, que se abren para dar paso á la Tercera Persona de la Trinidad Augusta en el instante de bajar á la tierra; ese aislamiento misterioso que reduce al Cenáculo toda la impresion sensible de aquel Descenso divino, pues fuera de los apóstoles y discípulos que allí estaban, nadie oyó el magestuosísimo estruendo; estas lenguas de fuego, que posarán sobre cada uno de los apóstoles, inundaban su entendimiento de luz y hacian arder en un fuego divino su corazon, preparando y profetizando al mismo tiempo la conversion de todos los hombres, la purificacion espiritual y rendido vasallaje de todos los idiomas á la Palabra Eterna; esta plenitud sublime de luz y de gracia que obró el Espíritu Santo en los primeros fundadores de la Iglesia; esta maravilla inefable de unos rústicos pescadores que instantáneamente hablan en un solo sonido todos los idiomas, pues cada uno de los muchos que asistian á su predicacion recibia en su propia lengua cada palabra que salia de los labios de los apóstoles; aquel arrobamiento de la multitud, absorta y espantada en consecuencia de tal prodigio: todo esto dió al acto misterioso de que os hablo, una solemnidad mayor sin duda que cuantas leemos en la historia del antiguo pueblo.

16. Este grande acontecimiento, hijos mios, fué sin duda el que vino á dar toda la plenitud al pensamiento del Mesías en la formacion de sus apóstoles y discípulos, para que con su predicacion pudiesen hacer triunfar la fe sobre todos los errores que envolvian á la humanidad, la esperanza sobre todos los poderes conjurados en la tierra contra la realizacion del bien, y la caridad contra la esclavitud del espíritu, aprisionado por los sentidos, adormecido en los placeres, envuelto en el torbellino de las pasiones y miserablemente hundido en el asqueroso fango de los vicios. Habia sin duda el Salvador adelantado con su inmediato magisterio esta grande obra, pues ya sabéis cuán frecuentemente se ocupaba en instruir á sus discípulos, cuál era el poder de su ejemplo para edificarles, y cuánto podia esperarse de este aprendizaje del hombre, verificado en la escuela de la Eterna Sabiduría. Pero por designios mui altos quiso este Divino Institutor de la fe y de la santidad dejar pendiente la última consumacion de su obra para cuando el Espíritu Santo viniese á cumplir su mision en la tierra. Y de hecho, hijos mios, esta Venida misteriosa da en el acto á los apóstoles y discípulos de Jesucristo una entera plenitud: plenitud intelectual, que abre á su ministerio los reservatorios de la ciencia divina, para consagrar la infalibilidad de su magisterio; plenitud moral de sentimientos y de fuerza, que une sus corazones indisolublemente con su Dios, aun ántes de dejar al mundo, les afirma contra todos los temores y les ofrece á la admiracion como los invictos atletas del Crucificado.

17. ¡Qué trasformacion tan maravillosa obra este Espíritu de luz, de consejo, de ciencia, de fuerza y de virtud en aquellos doce hombres oscuros, que de intento habia querido el Señor escoger de lo mas humilde y bajo, de lo mas inculto y aun grosero, para que ni la sabiduría ni la prudencia del siglo, ni la magnificencia ni el poder de la tierra osasen atribuir á su influjo la renovacion de la inteligencia humana, la perfecion de la virtud moral y el heroismo del carácter cristiano! "Estos hombres rudos, tímidos, vacilantes, á quienes habia sido necesaria la presencia y las palabras continuas de Jesucristo para sostenerse, experimentaron desde luego en todo su ser una revolucion á par maravillosa que divina. No eran los hombres antiguos, sino unos hombres enteramente nuevos. Trasformáronse sus tinieblas en un oceano de claridad, sus temores en ese vigor sublime del alma que sabe sobreponerse á todas las tempestades, y que no se debilita jamas ni á la presencia de la muerte. Cuanto hai de mas profundo en las Escrituras, de mas oscuro en las profecías, de mas elevado en los misterios, vino á ser para ellos una fuente inagotable de recursos intelectuales y morales, no solo para su propia perfeccion y santidad, sino lo que es mas portentoso todavía, para precipitar el escarnio sobre la filosofía del gentilismo, é inclinar hácia la fe de la Cruz las mas altas inteligencias, la prudencia de todos los sabios y la razon de los siglos.

18. ¡Y qué dirémos de la mudanza que obró este advenimiento en el corazon de los apóstoles! "Cuando recuerdo, dice un sabio catequista, lo que eran éstos ántes de la Venida del Espíritu Santo; cuando les observo adheridos á la tierra, interesados, celosos de las menores preferencias, siempre arrastrados á la disputa, llenos de desconfianza á pesar de los mas estupendos y públicos milagros, de que eran ellos testigos; y cuando por otra parte atiendo á lo que son desde que el Espíritu Santo hubo descendido sobre ellos: tan desprendidos, que están dispuestos á sacrificarlo todo, y hasta á sí mismos, por la gloria de Jesucristo, que ni buscan ya sino los últimos lugares, ni se consideran sino como los abortos y los desechos del mundo; tan pacíficos como los corderos, poner su garganta bajo el cuchillo matador: entónces, arrebatado por una trasformacion tan sublime, no puedo ménos de exclamar: ¡qué milagro es éste! ¡qué admirable es el Espíritu Santo, cuando obra tales maravillas!"

19. "Pero los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, no solamente para sí mismos, sino para comunicarle tambien á cuantos habian de creer en Jesucristo por su ministerio, ó por el de sus sucesores. Jesucristo mismo lo habia anunciado, diciendo que *cualquiera que creyese en él, vendria á ser como una fuente de agua viva: lo que entendia*, dice San Juan, *del Espíritu que habian de recibir aquellos que creyesen en él*.[1] Así es como los fieles pueden tener parte en esta efusion del Espíritu Santo sobre los apóstoles: efusion cuyas primicias reciben en el sacramento del Bautismo, y que tiene un incremento mayor todavía en el de la Confirmacion. El Espíritu Santo derrama en todos tiempos en el corazon de los fieles bien dispuestos la

1 Joann. cap. VII, v. 39.

caridad que difundió en el de los apóstoles y los primeros cristianos: él es quien les llena de luz, de fuerza y de virtud; quien inspira el celo á los Pastores, la mortificacion á los penitentes, la castidad á las vírgenes; en una palabra, el Espíritu Santo es aquel de quien viven siempre todos los verdaderos cristianos."[1]

20. Sería necesario, hijos mios, dar á esta carta una extension prodigiosa, para explicar detenidamente cuanto en sí contiene y encierra el dogma que nos inculca la Iglesia en el octavo artículo de su Símbolo. Voi pues á concluirla recapitulando con brevedad los principales puntos que he tocado; pues así podréis retener mejor tan importante doctrina. "En este artículo del Credo profesamos todos en su integridad la fe en el Espíritu Santo, y por tanto debemos creer que él es la Tercera Persona de la Trinidad Santa, que procede del Padre y del Hijo como de un principio; que es Dios y tiene todas las perfecciones de Dios; que sin embargo de ser una Persona distinta, no tiene una naturaleza y una sustancia distinta del Padre y del Hijo, sino que con estas otras dos Personas constituye una sola naturaleza, un solo Dios; que todas las perfecciones que convienen á Dios, convienen al Espíritu Santo; que es eterno, inmenso, omnipotente, Criador, &c., como Dios; que es á quien incumbe especialmente el atributo de la vida, y por eso se llama en el Símbolo *vivificador*; que es el Paráclito ó consolador, porque de él nos vienen los consuelos espirituales en las grandes aflicciones; que es Don del Altísimo, porque nos le da el Padre, nos le da el Hijo, se nos da él mismo, y con él todas las gracias y virtudes que se designan con el nombre de Dones del Espíritu Santo; que inspiró á los autores de los Libros Santos; que habló por la voz de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas; que se explica por la de la Iglesia católica, consagrando de este modo su infalibilidad; que descendió sobre los apóstoles, como estaba prometido; que les comunicó todos sus Dones; que consagró con su inspiracion la palabra apostólica que fué predicada á toda criatura; que es comunicado por la sagrada ordenacion á todos los sucesores de los apóstoles; que lo es á los fieles por la participacion de los Santos Sacramentos; y por tanto, que gobierna y dirige á la Iglesia, ya en el órden de su autoridad, ya en el *gran cuerpo de los que obedecen*."[2]

21. ¡Ojalá una instruccion tan importante no se aparte nunca de vuestra mente, no sea estéril para vuestro corazon, hijos mios; sino ántes bien, que meditando con frecuencia un misterio tan fecundo en riquezas divinas, os ministre constantemente cuanto habéis menester como verdaderos cristianos á fin de llenar en la tierra las condiciones que Dios ha querido poneros para dispensaros en su reino los bienes infinitos y perdurables gozos que tiene prometidos á la perseverancia final de los que le aman y sirven en esta vida, para verle y gozarle en la otra!

1 *Duclot:* Explication historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne. Disc. 32.

2 Toda lo que va puesto aquí entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi obra intitulada: *Exposicion de la doctrina católica sobre los dogmas de la Religion.*

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.

No sabéis vosotros que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?

I. Cor. Cap. III. v. 16.

1 No basta saber, hijos mios, lo que la santa fe católica nos enseña sobre el Espíritu Santo en el adorable misterio de la Santísima Trinidad; no basta saber que esta Divina Persona inspiró á los Autores de todos los Libros que componen la Santa Escritura; que es el principio de la vida por especial atribucion suya; que fué prometido á los apóstoles por el mismo Jesucristo y bajó en efecto sobre ellos, llenándoles de su luz y virtud, para que fuesen las primeras columnas de la Iglesia católica: es necesario no perder nunca de vista la accion del Espíritu Santo sobre toda la humanidad redimida, saber que por él nos comunica Dios sus Dones perfectos, que descendió del Cielo, no solamente sobre los apóstoles, sino tambien sobre los verdaderos fieles, y que esto se verifica, no sólo una vez, sino muchas; de manera que la comunicacion del Espíritu Santo á nosotros es una institucion de Jesucristo en la tierra. Cuando Su Majestad dijo: "Derramaré mi Espíritu sobre ellos," prometia este rico tesoro, no solamente á los apóstoles, sino tambien al incontable número de los fieles. Cuando dijo que no entraria en el reino de los cielos el que no renaciese del Espíritu Santo y la agua, claramente nos enseña que de este Divino Espíritu recibimos en el Bautismo la vida de la gracia y la riqueza de sus Dones. Cuando se administra el Santo Sacramento de la Confirmacion, se invoca al Espíritu Santo, para que descienda sobre los que le reciben, como bien lo sabéis. Por esto el apóstol San Pablo, queriendo ponderar la grandeza de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caridad que difundió en el de los apóstoles y los primeros cristianos: él es quien les llena de luz, de fuerza y de virtud; quien inspira el celo á los Pastores, la mortificacion á los penitentes, la castidad á las vírgenes; en una palabra, el Espíritu Santo es aquel de quien viven siempre todos los verdaderos cristianos."[1]

20. Sería necesario, hijos mios, dar á esta carta una extension prodigiosa, para explicar detenidamente cuanto en sí contiene y encierra el dogma que nos inculca la Iglesia en el octavo artículo de su Símbolo. Voi pues á concluirla recapitulando con brevedad los principales puntos que he tocado; pues así podréis retener mejor tan importante doctrina. "En este artículo del Credo profesamos todos en su integridad la fe en el Espíritu Santo, y por tanto debemos creer que él es la Tercera Persona de la Trinidad Santa, que procede del Padre y del Hijo como de un principio; que es Dios y tiene todas las perfecciones de Dios; que sin embargo de ser una Persona distinta, no tiene una naturaleza y una sustancia distinta del Padre y del Hijo, sino que con estas otras dos Personas constituye una sola naturaleza, un solo Dios; que todas las perfecciones que convienen á Dios, convienen al Espíritu Santo; que es eterno, inmenso, omnipotente, Criador, &c., como Dios; que es á quien incumbe especialmente el atributo de la vida, y por eso se llama en el Símbolo *vivificador*; que es el Paráclito ó consolador, porque de él nos vienen los consuelos espirituales en las grandes aflicciones; que es Don del Altísimo, porque nos le da el Padre, nos le da el Hijo, se nos da él mismo, y con él todas las gracias y virtudes que se designan con el nombre de Dones del Espíritu Santo; que inspiró á los autores de los Libros Santos; que habló por la voz de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas; que se explica por la de la Iglesia católica, consagrando de este modo su infalibilidad; que descendió sobre los apóstoles, como estaba prometido; que les comunicó todos sus Dones; que consagró con su inspiracion la palabra apostólica que fué predicada á toda criatura; que es comunicado por la sagrada ordenacion á todos los sucesores de los apóstoles; que lo es á los fieles por la participacion de los Santos Sacramentos; y por tanto, que gobierna y dirige á la Iglesia, ya en el órden de su autoridad, ya en el *gran cuerpo de los que obedecen*."[2]

21. ¡Ojalá una instruccion tan importante no se aparte nunca de vuestra mente, no sea estéril para vuestro corazon, hijos mios; sino ántes bien, que meditando con frecuencia un misterio tan fecundo en riquezas divinas, os ministre constantemente cuanto habéis menester como verdaderos cristianos á fin de llenar en la tierra las condiciones que Dios ha querido poneros para dispensaros en su reino los bienes infinitos y perdurables gozos que tiene prometidos á la perseverancia final de los que le aman y sirven en esta vida, para verle y gozarle en la otra!

1 *Duclot:* Explication historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne. Disc. 32.

2 Toda lo que va puesto aquí entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi obra intitulada: *Exposicion de la doctrina católica sobre los dogmas de la Religion.*

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.

No sabéis vosotros que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?

I. Cor. Cap. III. v. 16.

1 No basta saber, hijos mios, lo que la santa fe católica nos enseña sobre el Espíritu Santo en el adorable misterio de la Santísima Trinidad; no basta saber que esta Divina Persona inspiró á los Autores de todos los Libros que componen la Santa Escritura; que es el principio de la vida por especial atribucion suya; que fué prometido á los apóstoles por el mismo Jesucristo y bajó en efecto sobre ellos, llenándoles de su luz y virtud, para que fuesen las primeras columnas de la Iglesia católica: es necesario no perder nunca de vista la accion del Espíritu Santo sobre toda la humanidad redimida, saber que por él nos comunica Dios sus Dones perfectos, que descendió del Cielo, no solamente sobre los apóstoles, sino tambien sobre los verdaderos fieles, y que esto se verifica, no sólo una vez, sino muchas; de manera que la comunicacion del Espíritu Santo á nosotros es una institucion de Jesucristo en la tierra. Cuando Su Majestad dijo: "Derramaré mi Espíritu sobre ellos," prometia este rico tesoro, no solamente á los apóstoles, sino tambien al incontable número de los fieles. Cuando dijo que no entraria en el reino de los cielos el que no renaciese del Espíritu Santo y la agua, claramente nos enseña que de este Divino Espíritu recibimos en el Bautismo la vida de la gracia y la riqueza de sus Dones. Cuando se administra el Santo Sacramento de la Confirmacion, se invoca al Espíritu Santo, para que descienda sobre los que le reciben, como bien lo sabéis. Por esto el apóstol San Pablo, queriendo ponderar la grandeza de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los cristianos con el solo hecho de serlo, y toda la majestad de que la gracia nos reviste desde el momento mismo en que recibimos el primero de los santos sacramentos, no duda presentarles á su propia fe como otros tantos templos del Dios vivo, en los cuales habita el Espíritu Santo: *Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.*

2. Ya sabéis, hijos mios, que la bienaventuranza, ó sea el perdurable gozo de Dios nuestro Señor despues de esta vida mortal, es el último fin de nuestra existencia en la tierra; que para llegar á este último fin, es indispensable del todo poner en práctica los medios que á él conducen; que estos medios consisten en el exacto cumplimiento de la Ley de Dios, la cual regla el modo con que habemos de servirle; que á Dios se sirve principalmente con obras de fe, esperanza y caridad; que estas tres divinas virtudes renuevan en cada uno de nosotros al hombre interior, dándole capacidad para conocer y hábito para creer las verdades reveladas, fuerza interior para obrar conforme á la creencia esperando las promesas y guardando los preceptos; que estas virtudes vienen á nosotros, no en consecuencia de nuestras disposiciones naturales, sino porque Dios mismo las infunde. Para renovarnos, pues el Señor, haciéndonos pasar de las tinieblas de la ignorancia y el error á la luz de la verdad, de las debilidades de la naturaleza á la fuerza de la gracia, y de la muerte moral causada por el pecado á la vida de la caridad, tuvo cuidado de suplir cuanto á la naturaleza faltaba con la comunicacion de sus Dones.

3. Nada pues tan importante, fuera de lo que os llevo explicado, como daros á entender los maravillosos efectos de esta residencia del Espíritu Santo dentro de nosotros. Ella se manifiesta, hijos mios, en esas cualidades sobrenaturales que se nos infunden en el alma para nuestra perfeccion y santidad gratuitamente por este Divino Espíritu, y llevan en consecuencia por nombre *Dones del Espíritu Santo:* son dones, porque se nos dan gratuitamente y constituyen un verdadero tesoro; y son del Espíritu Santo, pues á esta Divina Persona se atribuye, como bien sabéis, la inmediata comunicacion de la gracia. Cuando el cristiano sabe aprovechar esta riqueza, comprando con ella y conservando y fecundando las virtudes, adquiere un bienestar inefable, una serie de goces dulcísimos, que por venir de la misma fuente, se llaman *Frutos del Espíritu Santo.* Son siete, como bien sabéis, los Dones del Espíritu Santo, de los cuales cuatro conducen á formar nuestro entendimiento y tres á santificar nuestra voluntad; de manera que todos ellos están acomodados perfectamente á las dos grandes facultades de nuestra alma para ilustrarla, dirigirla y santificarla. Para daros pues acerca de todo esto una instruccion metódica y suficiente, voi á explicaros aquí: en primer lugar, los Dones con que este Divino Espíritu perfecciona y enriquece nuestro entendimiento; en segundo, los que dirige á la perfeccion de la voluntad, y por último, los efectos de unos y otros bien correspondidos en los goces de una alma que se conserva en gracia y santidad.

I.

4. El pecado, hijos mios, no solo corrompe el corazon, sino tambien ciega el entendimiento, debilita el influjo de la razon y avasalla el espíritu á los sentidos y á las pasiones. La reforma del hombre moral debia comenzar por lo mismo con la del hombre intelectual, como el paso hácia el bien presupone la verdad conocida y amada. El hombre ha tenido siempre entendimiento, y por lo mismo ha sido capaz de conocer algunas verdades, de ejercer sobre ellas su propio juicio, de atinar con algunas reglas para su conducta; pero esta disposicion de la naturaleza, resintiéndose de sus vicios propios, no podia extirparles y regenerarse á sí misma sin el concurso de una fuerza superior: porque el entendimiento no tiene capacidad natural para la fe, ni luces propias para elevarse á la region de los misterios, ni criterio para descubrir la voluntad del Señor, ni tino para guardarla en cada uno de sus pasos. Por esto el Señor, no satisfecho con revelarnos las eternas verdades, darnos su Ley y proponernos un ejemplo vivo en la conducta del mismo Jesucristo, quiso disponer nuestro entendimiento para conocer estas verdades, para gustar de ellas, para aplicarlas al órden moral y para servirnos de esta luz en cada una de nuestras acciones. A esto dirigió su Divino Espíritu los cuatro primeros Dones; pues con el de entendimiento nos da la inteligencia de las verdades eternas, con el de Sabiduría dirige nuestro juicio acerca de ellas y nos infunde un gusto en meditarlas y aprovecharlas, con el de Consejo nos guia en el órden moral, facilitándonos en general el conocimiento de lo que mas conduce á su gloria y nuestro propio bien, y con el de Ciencia nos infunde un hábito feliz para descubrir en todo, aun en el órden mismo de lo que es bueno en general, aquello que mas especialmente lo es en cada uno de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y de nuestras obras. Hagámos pues algunas breves reflexiones acerca de estos cuatro Dones que pueden considerarse como las cuatro robustísimas columnas en que descansa el magestuoso é incontrastable edificio de la razon católica.

5. Sirve el Don de entendimiento, dice nuestro Catecismo, "para darnos á entender las verdades." Pero ¿qué ántes de recibir este Don sobrenatural, ó sin contar con él, ¿no es capaz el hombre de entender las verdades? Si se trata, hijos mios, de las verdades puramente naturales, de esas verdades incompletas, mezcladas con errores, dependientes de la alta investigacion y reducidas á un corto número de hombres, os diré que sí; pero si se trata de la verdad en su principio, en su fuente divina, en su inmensa comprension, en su unidad esencial, en su santa fecundidad para el bien: en suma, si se trata de la verdad católica, de aquella que debemos creer para salvarnos, y cuya inteligencia cristiana nos da la la mas alta sabiduría, os diré que no. Ya os he manifestado varias veces cuán estériles fuéron los esfuerzos del hombre para inquirir la verdad por el espacio de cuarenta siglos, y cómo estos esfuerzos inútiles de un mundo tan viejo como laborioso probaban hasta la evidencia, que no alcanzaria la dicha de ser un verdadero sabio, sino aquel que fuese instruido en la escuela de Dios, como decia el Profeta; que el claro conocimiento del reino de Dios estaba reservado á los verdaderos discípulos de Cristo, como él mismo lo enseñaba; y que los tesoros de la alta ciencia, única sabiduría digna de tal nombre, serian dispensados al rendimiento humilde de una razon inclinada bajo el yugo de la fe, y no concedidos á la vanidosa jactancia de los sabios y prudentes del siglo.

6. "¿De qué aprovecha el Don de Sabiduría?" pregunta nuestro manual Catecismo despues de haber manifestado que el de entendimiento sirve para darnos á entender las verdades; y responde: "de hacernos juzgar bien de ellas." De manera que, segun el concepto de este incomparable catequista, la sabiduría es la accion de nuestro juicio sobre las verdades de la religion. El autor del "Catecismo de la Perseverancia" dice que la sabiduría es un Don del Espíritu Santo, que nos hace conocer y gustar las cosas de Dios y cuanto nos conduce á poseerle: añade que este Don engendra en el alma un disgusto de los placeres de los sentidos, derramando no sé que suavidad sobre los bienes de un órden superior, y haciendo sentir al alma todos esos atractivos de la virtud que nos invitan á la inmortalidad. Esta idea es tan conforme á la etimología misma de la palabra, como á propósito para distinguir mejor el Don de entendimiento del Don de sabiduría. En efecto, el verbo *sapere*, que significa *saber* y de donde viene *sabiduría*, reune dos ideas, la del conocimiento de la verdad y la del gusto de lo que se conoce: hai algo que dar al sabor en esta idea; y así como se dice que una cosa sabe bien cuando agrada al paladar, así tambien puede decirse que la verdad religiosa amada y gustada constituye la sabiduría."

7. "Tan cierto es que este Don precioso no se detiene en la inteligencia sino que complica la voluntad, que el mismo Espíritu Santo nos lo enseña, diciendo por la boca del Profeta, que "el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios." Siendo esto así, es claro que la sabiduría, desde que comienza, interesa ya la voluntad, interesa el corazon, potencia y entraña donde tiene su asiento el temor. Si pues el temor es el principio, el amor será su término; y allí tendrá su plenitud y consumacion este Don precioso, donde la caridad sea el primer móvil del hombre. Por esto el Profeta Rei, al hablar de todos los adelantos que hizo en estos conocimientos sobrenaturales, nos hace ver que sus progresos estaban siempre en razon directa del amor. "Señor, decia, ¡hasta qué punto he amado tu Lei? Todo el dia es ella el objeto de mi meditacion;" y por este motivo reconocia en sí mismo haberse elevado en inteligencia sobre sus maestros, y haber excedido á los ancianos en sabiduría."

8. "Este gustar de las verdades eternas es aquel deseo, tan enérgicamente pintado por el Apóstol, de una alma cuya "conversacion, dice, está en los cielos." La verdadera sabiduría eleva juntamente la inteligencia y la voluntad, somete la libertad á la Lei y cifra en su cumplimiento el mayor bien que puede gozarse en la vida. Calcúlese por aquí si su posesion podrá ser nunca la conquista de la inteligencia, el efecto de la aplicacion de nuestras facultades ó el resultado de nuestros simples esfuerzos: para saber las verdades religiosas, basta conocerlas; para tener habitualmente el gusto de las cosas de Dios, es necesario que este gusto se infunda y comunique por el mismo Dios, y he aquí por qué, si es necesario para conocer las verdades de la fe el Don del entendimiento; no lo es ménos, para gustar de las cosas de Dios, y amar estas verdades é inclinarse á su práctica, el Don de sabiduría comunicado por el Espíritu Santo."

9. El Don de consejo, hijos mios, que sirve, como lo enseña nuestro Catecismo, "para consultar las cosas á Dios mas gratas," es, digámoslo así, el tránsito de lo especulativo á lo práctico para la razon católica, forma el conocimiento moral en su mayor amplitud, mostrando cuanto el hombre piensa, dice ó hace bajo sus relaciones con la voluntad divina: no solo discierne la virtud del vicio en general, sino tambien el espíritu de que se animan los juicios y las acciones del hombre; precave los estragos de una falsa conciencia, pues aunque versa en el órden general de la moral y no atañe inmediatamente á un caso dado, nos anticipa la luz necesaria sobre el conjunto, para que no nos equivoquemos en el dictámen práctico de nuestra conciencia sobre cada uno de sus juicios individuales. "Por medio del Don de entendimiento nos hacemos capaces de conocer las verdades de la religion: por medio del Don de sabiduría amamos estas verdades mismas. Despues de juzgar bien de ellas, discernimos la verdadera religion de los falsos cultos, y al mismo tiempo gustamos, preferentemente á todo, de las cosas de Dios. Este gusto hácia las cosas espirituales, este deseo de obrar conforme á la voluntad de Dios, es un fuerte estímulo hácia el bien en la marcha de la conducta; pero en el sistema de las acciones, entre la multitud de objetos que puede tener nuestra voluntad, es mui fácil equivocarnos cuando se trata de hacer en todo lo mas conforme á la voluntad divina. Por esto Dios, queriendo que el hombre contase con todo, que le sobreabundasen los medios para llegar á la bienaventuranza, le comunica por su Santo Espíritu, no solo el Don de entendimiento, que le eleva al conocimiento de las verdades religiosas, no solo el de sabiduría, que le hace gustar de estas verdades mismas, sino tambien el de consejo que, segun nuestro manual Catecismo, sirve precisamente para consultar las cosas á Dios mas gratas."

9. "¿De qué sirve el Don de ciencia? De elegir bien en lo consultado," dice el Padre Ripalda. ¿Qué quiere decir esto? Que él nos da el hábito feliz de aprovechar para la virtud y contra el vicio la inteligencia de las eternas verdades, el juicio y gusto por ellas y el conocimiento práctico de la voluntad divina sobre el órden moral generalmente considerado en cada uno de los pasos ya internos ya externos de la vida moral: es el ojo divino de la conciencia católica, la penetrante y experta mirada del hombre interior, el exquisito discernimiento para no equivocarse ni aun en los últimos pormenores de la conducta. Mas, para conocer toda la importancia de este precioso Don y su altísimo rango en la esfera de la inteligencia, nada mas propio que considerarle en sus relaciones con los tres que os llevo explicados. "El Don de entendimiento, hijos mios, dispone santamente nuestras facultades cognoscitivas á la verdad; pero esta disposicion no es la ciencia: el Don de sabiduría nos da el conocimiento de estas verdades y tambien el amor de su práctica; pero este conocimiento es todavía el principio y no el todo de la ciencia: en el órden especulativo es para nuestras facultades la parte histórica, la parte tradicional, la parte dogmática, parte inmensa sin duda; pero la historia ó el hecho, la tradicion, el simple dogma no es la ciencia: el gusto mismo de las cosas de Dios, la vehemente inclinacion á conocer su voluntad y á practicar su Lei, es incontestablemente un magnífico preliminar, un eficaz preparativo, una condicion precisa para llegar á la ciencia; pero no es la ciencia misma. El Don de consejo sirve para gobernar la voluntad en sus actos, es el sentido práctico que dirige los pasos del hombre en el camino de la felicidad; pero este consejo, que entraña por una parte el conocimiento de la verdad y por otra la eleccion del bien, aunque es cierto que supone la in-

teligencia que conoce, la verdad que se posee, el discernimiento que precede á la deliberacion y la deliberacion misma por lo ménos en general, no es la ciencia misma. ¿Qué es pues la ciencia? Es, hijos mios, la accion continua del Don de entendimiento sobre la verdad que nos comunica el Don de sabiduría, y sobre la conducta para que nos prescribe el de consejo; y sus resultados se representan en esa serie no interrumpida de ilustraciones, de conocimientos sobrenaturales, de aplicaciones felices en la oracion á Dios y en las altas contemplaciones del espíritu. Tal me parece este inapreciabilísimo Don del Espíritu Santo, este Don de ciencia que es entendimiento, pero no solo entendimiento; es sabiduría, pero no solo sabiduría; es consejo, pero no solo consejo: es todo esto; pero todo esto relacionado, fecundado, ampliado, aplicado mediante un Don del Espíritu Santo, que nos hace hábiles para todas estas cosas."

10. Veí pues, amados hijos de qué manera regenera el Espíritu Santo al hombre intelectual con estos cuatro Dones inefables, y cómo le hace andar una carrera maravillosa desde lo mas pasivo de la inteligencia de las verdades reveladas hasta lo mas encumbrado de la ciencia divina. Veamos ahora cómo este Divino Espíritu, no satisfecho con esto, proveyó liberalísimo á la reforma completa del corazon.

II.

11. Si el objeto del entendimiento, amados hijos, es la verdad, y por lo mismo para llegar á él ha menester ante todo la luz de la inteligencia que le muestra el camino y dirige sus pasos: el de la voluntad es el bien, y á fin de alcanzarle necesita motivos que la impulsen, causas que la determinen, objeto que la fije, medios para conservar este bien é impedir cuanto pudiera arrebatársele. Ya sabéis que la voluntad vive del amor y del odio, que nada ama sino bajo la razon de bien, que nada aborrece sino bajo la razon de mal. Pero sabéis así mismo que solicitada por dos fuerzas contrarias: una que la atrae á los sentidos y al pecado, y otra que la llama hácia el espíritu y la gracia, abraza ya el uno ya el otro extremo, segun la fuerza que prevalece sobre los deseos y los sentimientos. El apóstol San Pablo pinta esta lucha interior de la Ley divina contra los sentidos con una energía sublime. "Me complazco en la Ley de Dios segun el hombre interior, dice: mas *al mismo tiempo* echo de ver otra ley en mis miembros, la cual "resiste á la ley de mi espíritu...." ¡Oh que hombre tan infeliz soi yo! ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte? (Rom. cap. VII.) Habia sido este santo arrebatado hasta el tercer Cielo, y visto la gloria del Señor, y tenia por lo mismo todos los Dones del espíritu, todas las gracias, todas las riquezas de la virtud, todos los caractéres de la santidad. Si pues á pesar de esto y sin embargo de tener tales impulsos hácia el bien, de complacerse tánto en la Ley divina segun el hombre interior, siente la ley del pecado dentro sí, la tiranía de sus propios miembros abalanzándose sobre todo su espíritu para dominarle y tiranizarle, y sufre y pena tánto, que desea morir para libertarse de tan tremenda lucha; ¿quién podria lisonjearse, decidme, de tocar la perfeccion y conservar en su alma la paz de la virtud, si hubiese de contar solo con sus propias fuerzas? No, hijos mios: esta obra pide tres cosas: primera, vivir en Dios; segunda, sobreponerse á todos los impulsos de nuestros enemigos en esta lucha interior; tercera, contar con un poderoso elemento de conservacion para esta fuerza contra sus adversarios. Pues bien, á estas tres imperiosas necesidades atendió el Espíritu Santo con los tres últimos de sus Dones. Dándonos el de piedad, nos hace vivir en el Señor: dándonos el de fortaleza, nos otorga el dominio sobre nosotros y nos hace triunfar sobre nuestros enemigos: dándodonos el de temor de Dios, asegura el de fortaleza en el alma, destruyendo todo temor. Con esto el hombre cumple la Ley divina, triunfa en la lucha, muere sin zozobra y conquista sin dificultad el reino de los cielos. Recorramos pues estos tres últimos Dones.

12. Preguntando nuestro manual Catecismo ¿qué obra en el alma el Don de piedad? responde: "Concierta el alma con Dios:" respuesta luminosa, hijos mios, concepto profundamente teológico y moral, altísima idea de este inapreciable Don, que es todo de observancia, de sentimiento y de amor divino. Todas las virtudes que nos unen á Dios; todas las virtudes que nos unen al prójimo, todo lo mas noble y bello que la moral práctica nos presenta en este doble órden de relaciones en que nos hallamos constituidos, está comprendido en la piedad. La piedad es el ejercicio y tambien el hábito de las virtudes; es el mejor nombre con que puede caracterizarse el comercio y aun la intimidad del hombre con Dios. La piedad cree lo que Dios dice; la piedad espera lo que Dios promete; la piedad está siempre dispuesta á hacer lo que Dios manda; la piedad atesora en su memoria los beneficios de Dios para agradecerles, fija su mente en las verdades de Dios para meditarlas, pone sus complacencias en las verdades y Ley de Dios para practicarlas, busca siempre lo que puede serle mas grato, y aun entre muchas cosas que se le presentan como del agrado de Dios, observa, atiende, reflexiona, juzga, discurre hasta llegar á discernir cuál merece la mayor preferencia, para ejecutarla y caminar hácia la perfeccion. La piedad especula con sus facultades todas, no pierde para su amor ni una sola idea, ni un solo sentimiento: si presencia los cuadros de la naturaleza, no gusta de ellos sino en tanto que le manifiestan la sabiduría, la omnipotencia, la bondad infinita de su Dios; si se halla rodeada de los hombres, admira sus virtudes, aplaude sus buenas obras, excusa sus faltas, compadece sus miserias, sufre sus contradicciones y perdona sus injurias: si penetra en el Santuario, todo habla íntimamente á su inteligencia, todo conmueve profundamente su corazon. Tal se me representa este inefable Don del Espíritu Divino, el cual se hace sentir con mas dulzura y con mas fuerza que nunca en el cuadro siempre animado y siempre grato de la verdadera virtud."

13. ¿Qué os diré, hijos mios, del Don de fortaleza? "Sin duda alguna que todos los Dones que llevamos recorridos, ilustran el entendimiento, enriquecen el alma con verdades de un órden superior, forman el juicio práctico de la conciencia, sugieren el desprendimiento de todo lo que no es digno de Dios, y engendran por último esa mocion suave de la piedad cristiana: pero el hombre, no con poseer estos Dones se ha desprendido enteramente de sus enemigos, con quienes á cada paso tiene que luchar, de la libertad que le puede pervertir, y de la flaqueza propia que tiende siempre á abatirle. Con todas sus luces, con las verdades de la fe, con su inclinacion á la virtud, con la misma mocion interna de su piedad puede levantar al Cielo sus clamores, como aquel apóstol que despues de enriquecido con altísimas revelaciones, despues de haber visto lo que el ojo no vió, se siente profundamente abatido con los rudos embates de la carne,

y pide por gracia que este enemigo ya no luche con él, podrá decir: "Siento dos leyes en mí; una que me inclina al bien, y otra que me atrae al mal." El hombre, solicitado á la vez por su razon y por sus sentidos, contempla la verdad, ama la virtud, admira el heroismo de esas almas generosas que en alto grado la practican, experimenta un impulso irresistible hácia el bien; pero apénas da los primeros pasos, cuando el horizonte se oscurece, el ánimo decae, las fuerzas se debilitan, la naturaleza quiere sucumbir, y todo parece querer arrebatar al alma la esperanza de un triunfo: ¡tal es la debilidad humana! Esta debilidad hace al hombre incapaz de la abnegacion, del sacrificio y de todo aquello que anuncia el poder de la virtud; y es cierto que, si no contase mas que consigo mismo, tampoco podria sostener ni los primeros ataques de sus enemigos interiores. He aquí por qué el Espíritu Santo, atento siempre á llenar sus designios de bondad hácia los hombres, añade á los Dones que llevo explicados, y que son todos de ilustracion, de direccion, de conocimientos y de afectos religiosos, el Don de la fortaleza, que nos trasforma tan luego como se nos comunica, sobreponiéndonos á nuestra flaqueza natural, haciéndonos obrar grandes cosas para la gloria de Dios y provecho del prójimo, y vencer los obstáculos todos que se oponen al cumplimiento de nuestros deberes. El espíritu de fortaleza deja luego conocer toda su oposicion al triste espíritu de pereza que, por el tedio del trabajo, rehusa ejecutar varonilmente las obras buenas. En efecto; la pereza, como advierte el sabio Gaume, enerva el alma, la encadena en los lazos de las pasiones, la adueerme en el inmundo fango del pecado, la inhabilita para todo lo que es bien, y la dispone para todo lo que es mal. Al contrario sucede con la fortaleza, la cual da de una grande energía al alma y á todas sus potencias; nos hace emprender con valor y continuar con perseverancia grandes cosas para Dios, para el prójimo, para nosotros mismos, como lo vemos en nuestro Señor Jesucristo, en los apóstoles, en los mártires, en todos los santos, en los misioneros; nos hace repeler con indignacion todas las solicitudes de la carne y del demonio, los escándalos y las máximas del mundo, poner bajo nuestros piés el respeto humano, soportar con una resignacion dulce y pacífica las enfermedades del cuerpo y las penas del alma, las contradicciones, los reveses de la fortuna, la muerte de nuestros prójimos y hasta la nuestra misma."

14. "El temor de Dios, amados hijos, es un Don del Espíritu Santo que imprime á nuestra alma un gran respeto para con Dios, un gran terror de sus juicios y un grande horror al pecado. Fácil es reconocer que este temor saludable es opuesto al orgullo, al cual sirve al mismo tiempo de remedio. ¿Qué hace el orgullo? Nos hincha, nos ensoberbece, nos conduce á la idolatría de nosotros mismos, nos hace presuntuosos, arrogantes, y debilitando en nosotros el temor de Dios, nos hace accesibles á todos los otros temores. El Don de temor al contrario, nos hace pequeños bajo la mano de Dios, humildes, modestos, dulces para con el prójimo. Haciéndonos temer solamente á Dios, nos libera del temor *mundano*, el cual nos arrastra frecuentemente á ofender á Dios ántes que perder nuestra fortuna, nuestros empleos, nuestro dinero; del temor *carnal*, que nos hace caer en el pecado para evitar las incomodidades, la enfermedades, la muerte; del temor *servil*, el cual nos hace tristes esclavos del Sinaí, miéntras que debemos ser los gozosos hijos del Calvario; en fin, regla el temor *natural*, es decir: la timidez, la pusilanimidad, la vergüenza, la cobardía, y da al cristiano ese hermoso carácter de independencia que le constituye rei del mundo, permitiéndole decir con verdad: "temo á Dios, y no tengo otro temor."

15. "Este santo temor auxilia y sostiene en el alma la fortaleza, y entrambos Dones, como se explica nuestro manual Catecismo, producen el cuantioso efecto moral de concertar el alma consigo misma, esto es: de poner en la mas perfecta armonía todas nuestras facultades, todas nuestras potencias, todos nuestros pensamientos, todas nuestras afecciones, haciéndonos verdaderamente espirituales, prácticamente sabios, y aun temporalmente felices." "Bienaventurado el hombre que teme al Señor, exclama enagenado el Rei Profeta, y que toda su aficion la pone en cumplir sus mandamientos! Poderosa será sobre la tierra la descendencia suya; bendita será la generacion de los justos. Gloria y riquezas habrá en su casa, y su justicia durará eternamente." Veamos ahora en los frutos del Espíritu Santo los bienes que aun aquí nos hace gustar cuando correspondemos á su amor.

III.

16. Habéis visto ya como este Divino Espíritu "desciende á nosotros haciéndonos sentir su presencia con la difusion de sus Dones divinos; cómo estos Dones encierran todo lo que es necesario y suficiente para que el hombre perfeccione su naturaleza, restablezca el órden invertido por el pecado, sujetando los sentidos al espíritu y el espíritu á Dios por el cumplimiento de la Ley; cómo son ademas luz para la inteligencia, riqueza para la memoria, sabiduría para la razon, consejo para la conciencia, regla para la conducta, mocion para el corazon, fuerza para el alma, y por último, medios infalibles para triunfar de nuestros enemigos, haciendo que reine dentro de nosotros el amor de Dios sobre todas las cosas, el del prójimo como de nosotros mismos, y por consiguiente, la caridad. La vida interior de estos Dones en el alma no es ni puede ser una vida ociosa, sino una vida de accion y de trabajo. Ellos ennoblecen y afirman el carácter cristiano; pero al mismo tiempo exigen una correspondencia de parte del hombre; son para la naturaleza, no solo gracia que santifica, sino tambien merced y corona que recompensa. No son estos bienes unos objetos estériles ó puramente especulativos; al contrario, parecen encarnar en todo el hombre, y de hecho trasforman su espíritu y trascienden hasta modificar en cierto modo la naturaleza física. He aquí porqué la doctrina católica cuando nos instruye acerca de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad explicándonos el artículo de la fe, "Creo en el Espíritu Santo," no se limita por cierto, ni á manifestar su Divinidad, ni á enumerar sus Dones; sino que se extiende á referir y ponderar sus preciosísimos frutos: argumento nuevo de su Divinidad, y sobre todo, estímulo irresistible para la virtud."

17. "Son pues los frutos del Espíritu Santo; "lo mas suave, último y perfecto de "las virtudes," como se explica el Padre Ripalda, ó si se quiere: las consecuencias morales de sus Dones fielmente correspondidos por la naturaleza, ó los efectos de su reino en el alma, ó los beneficios con que recompensa la fidelidad de aquellos que en todo y por todo corresponden á sus divinas inspiraciones y aprovechan sus Dones celestiales."

18. "El apóstol San Pablo, en el capítulo V, vv. 22 y 23 de su Epístola á los Gá-

latas, enumera estos frutos del Espíritu Santo para contraponerles á los frutos malditos del espíritu de la carne. "Los frutos del Espíritu Santo, dice, son: caridad, gozo, "paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, conti- "nencia y castidad." No entraré aquí en la definicion y explicacion de cada uno de estos frutos: el corazon que les posee y el alma que les desea, son mas hábiles que la palabra para pintar estas satisfacciones inefables que á cada paso disfrutan los que están favorecidos con el Espíritu de Dios; pero sí les recorreré, hijos mios, no para explicarles, sino mas bien para encarecerles."

19. "El primero de estos frutos es la *caridad*, virtud sobrenatural, virtud que el mismo Espíritu Santo nos infunde desde que recibimos el Bautismo, virtud que nos diviniza en cierto modo, penetrándonos del Espíritu de Dios, sometiendo nuestra voluntad á la suya, obedeciendo puntualmente su Ley, celando su honor y su gloria, y buscando en todo y por todo lo que le sea mas acepto. Verdad es que esta preciosa virtud, semejante á la flor que nace entre las espinas, se conserva entre las agitaciones consiguientes al ataque de nuestros enemigos y anda por una carrera de sacrificios; pero la caridad, á medida que progresa con los triunfos, es un tesoro mas y mas inapreciable y, como hemos visto poco há, nada importan, á trueque de poseerla, todas las penalidades de la vida, la pérdida de todos los bienes terrenos y hasta la misma muerte."

20. "Pero la caridad es, no solo la virtud fecunda, sino un sentimiento dulce, expansivo, inefable, fuente de esas delicias que no conoce el corazon carnal, y que están reservadas á las almas fieles que viven en la intimidad de su Dios. Este fruto pues de la caridad trae consigo necesariamente el segundo fruto del Espíritu Santo, el *gozo espiritual:* fruto que es todo dulzura, placer interior, néctar dulcísimo para el alma, fruto que á los dichosos que le poseen, les desprende de la tierra y les tiene fijos en el cielo: gozo feliz, en comparacion del cual todos los otros no son gozos sino tormentos, todas las dulzuras terrenas no son mas que acíbar. Esta es una prenda feliz, una vida de sentimiento que experimenta el alma fiel, que corre deliciosamente al través de las penas y de las pasiones."

21. "¡Será extraño que aquellos á quienes tales frutos son concedidos, léjos de rendirse á la fatiga de esta guerra que continuamente suscitan contra ellos sus enemigos, estén siempre apercibidos al combate, y léjos de resentir las turbulencias, las agitaciones, el desconcierto de sus facultades, descansen tranquilos en la posesion de sus esperanzas y disfruten de aquella paz que anunciaron al mundo los mismos ángeles en el establo de Belen? Esta *paz* interior en medio de la guerra contra nuestros enemigos, es al mismo tiempo lo mas misterioso y lo mas sublime que acaso presenta el hombre moral. No se trata, por supuesto, de esa mentida paz que busca el que anhela por las comodidades de la vida, el que se pone á cubierto de las vicisitudes de la fortuna, el que se deja caer en el lecho, vencido por el sopor del espíritu; no: esta paz no es la de Jesucristo, esta paz es la del mundo, esta paz es aquella de que hablaba el Redentor cuando dijo á los suyos: "No he venido á traer la paz sino la guerra." Vino, en efecto, como se explica un santo padre, comentando este lugar del Evangelio, "á traer una guerra buena, para romper la paz mala." Esta paz es una de las señales con que quiso caracterizar á sus predestinados, cuando dijo: "Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios:" es la paz con Dios mediante el cumplimiento de su Ley, es la paz con nuestro prójimo mediante la caridad que debemos tener para con él, es la paz con nosotros mismos mediante el concierto de todas nuestras facultades en el sentido de la virtud."

22. "Esta paz, sostenida por la caridad y gustada con el gozo espiritual, engendra tal disposicion en el alma respecto de todas las cosas, que las mayores tribulaciones, los tormentos mas vivos, las persecuciones mas desechas la encuentran siempre resignada; porque la caridad, como dice San Pablo, todo lo sufre, y esta disposicion á sufrirlo todo por Dios, es lo que constituye la paciencia, cuarto fruto del Espíritu Santo, y carácter tan señalado de los justos, y condicion tan indispensable de virtud, que el mismo Jesucristo dijo á los suyos: "En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas."

23. "La *benignidad*, ó sea esa accesibilidad, esa suavidad en el trato con los demas, ese facilitarse á ellos en todo lo que puede conducir á su bien; la *bondad*, que determina siempre al alma, no solo á retraerse de cuanto puede ser dañoso, sino á hacer cuanto puede servir de utilidad y provecho á los otros; la *longanimidad*, ó sea la dulzura en el comercio de los demas hombres, la expansion del corazon hácia la felicidad agena; estos caractéres que, aun cuando tienen una simple apariencia, aun cuando no pasan de dotes naturales, cautivan é interesan tánto, ¿qué precio no tendrán, cuando no son los simples efectos de la educacion ó de la experiencia, cuando no son las prendas naturales de un carácter, sino un fruto bendito del Espíritu Santo en el hombre?"

24. "¿Qué os diré de la *mansedumbre?* Trascribir á la letra dos sentencias de Jesucristo, que por sí solas elevan, enternecen y cautivan. "Bienaventurados los mansos," dijo en una ocasion en que explicaba su reino y señalaba las condiciones para poseerle: en otra ocasion dijo tambien: "Aprended de mí, que soi manso y humilde de corazon, y encontraréis la plena quietud, el descanso venturoso de vuestra alma."

25. En cuanto á la *fe*, considerada como un fruto del Espíritu Santo, es la probidad intachable, la primera en cumplir lo que se promete, en guardar los pactos, y tambien, como dice San Ambrosio, "es la fidelidad, esta virtud toda verdad y sinceridad que se opone al fraude y á la mentira."

26. "La *modestia*, esta virtud que pone el concierto y la moderacion en todas las acciones exteriores; tan minuciosa, que atiende hasta los últimos pormenores del porte, que somete á reglas severas el andar, el vestir, el hablar, el reir, &c., &c., y que no es tan cumplida y consecuente, sino porque tiene su nacimiento en el fondo del alma; la *continencia*, ó sea el hábito de refrenar todo lo que puede enagenarnos de la virtud; la *castidad*, que reviste de un carácter angélico la naturaleza humana, que ha poblado los desiertos de anacoretas, los claustros de vírgenes, y que es el mas bello timbre del sacerdocio católico: he aquí los últimos frutos de este Espíritu Divino, que es todo luz para la inteligencia, santidad para el corazon, perfeccion para la conducta, felicidad para el hombre." [1]

1 Todo lo entrecomado sin cita está tomado en extracto de mi *Exposicion de la doctrina católica.*

27. Tal es, hijos mios, la doctrina de la Santa Iglesia sobre la accion del Espíritu Santo en toda la humanidad redimida. Así se comprende bien cómo Jesucristo cuando subió á los cielos, no solamente se llevó cautiva la cautividad, sino que enriqueció á los hombres con sus preciosos Dones: así quedó comprobada la necesidad é importancia que habia de que Jesucristo mandase á este Divino Espíritu para la plena institucion de su Iglesia, la santificacion de los fieles, la incontrastable firmeza de su reino en la tierra. Habeis visto extirpado con estos Dones el imperio absoluto del mundo, provisto el hombre de siete poderosísimas armas contra los siete pecados capitales, y todas sus consecuencias: del de entendimiento, para enfrenar la gula con la sobriedad; del de sabiduría, para destruir el dominio de la carne sobre el espíritu; del de consejo contra el odioso desórden de la avaricia; del de ciencia, para enfrenar los ímpetus de la ira; del de piedad, para hacer morir la envidia en su triple y degradante principio y en su vil y odiosa carrera; del de fortaleza, para reanimar el espíritu contra la pereza, destruir el desaliento, nulificar la desazon, infundir ánimo contra el caimiento y cambiar el tedio en verdadero gozo; del de temor de Dios, contra el ergullo y la soberbia, que hizo caer en el pecado al primer hombre, y para colocarle en el principio de la verdadera sabiduría, en el robusto y sólido cimiento de la virtud. Estas mismas ideas sirven de antecedente para persuadirnos cuán necesarios son estos Dones preciosos para conseguir nuestra eterna salud; cómo ellos, por lei de forzosa consecuencia, se pierden por el pecado y se adquieren ó recobran por la gracia. El carácter de estos Dones manifiesta por sí mismo que ellos han de ser considerados, no como unos movimientos pasajeros, sino como hábitos sobrenaturales y virtudes infusas. Finalmente, la consideracion de los maravillosos efectos que producen ellos en el alma, y la suprema excelencia de los frutos que nos hacen gustar; de estos goces inefables y únicos con que aun durante la presente vida regala este Divino Consolador á las almas justas, poniendo á nuestra vista el último aspecto de tan hermoso cuadro, deben, hijos mios, inclinar de tal suerte nuestras almas á la conservacion del feliz tesoro de la gracia, con la cual se nos dispensan estos Dones y dan á gustar estos frutos, y apartarlas con tal eficacia del pecado, que nuncan dejen de ser el templo vivo del Espíritu Santo.

28. ¡Ea pues, hijos mios! que no sea perdida para vosotros una instruccion tan edificante y eficaz para conduciros á la verdad y á la virtud, para haceros heróicamente fuertes contra los enemigos de vuestra eterna salud, constantemente firmes en guardar los divinos preceptos, eminentemente celosos de buscar en todo y por todo la honra y gloria de Dios, y la verdadera y única felicidad, cifrada en su perdurable vista é inamisible gozo en la verdadera patria.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.

Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.

Ténle por gentil y publicano, si no escuchare á la Iglesia.

Matth. Cap. XVIII. v. 17.

1 Con la doctrina sobre el Espíritu Santo, cuya íntegra exposicion os he hecho, amados hijos, en mis dos cartas precedentes, terminan los dogmas fundamentales relativos al conocimiento de Dios Trino y Uno, considerado en este misterio y en su accion sobre el Universo y el hombre. Mas, como todos estos dogmas nos presentan á Dios concibiendo y ejecutando el designio de salvar á los hombres, mediante la profesion de la fe, la expectativa de las promesas y el cumplimiento de la Lei divina; como para esto se hizo Dios Hombre, padeció y murió por nosotros; como el tesoro infinito de sus merecimientos habia de quedar aquí y permanecer miéntras durase el mundo, y esto demandaba una institucion divina, visible y permanente, á fin de que pudiese distribuir las riquezas de la gracia y ejercer en la tierra el poder sublime de enseñar y salvar á los hombres; Jesucristo Señor nuestro preparó su Ascension á los cielos con la institucion de su Iglesia, eligiendo apóstoles, otorgándoles su poder sobre la doctrina, la moral y la gracia, y ordenándoles que difundiesen la primera y restableciesen la segunda con la oportuna y eficaz dispensacion de la tercera en todo el Universo. Desde ántes de su Pasion habia llamado á Pedro y los demas para que fuesen sus apóstoles, dándoles aquella autoridad que la realizacion de tan alto designio demandaba. Habíales dicho que serian en adelante pescadores de hombres; habíales entregado las llaves del reino de los cielos, prometiendo ratificar en éstos lo que sus ministros hiciesen en la tierra; habíales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prometido enriquecerles con tantos Dones, que en su Nombre harian milagros mas prodigiosos que los suyos; habíales ofrecido enviarles al Espíritu Santo; y aun anticipado una idea del divino poder de su Iglesia, y la necesidad que habia de vivir en ella y obedecerla para salvarse, con esta sentencia sublime: "Tén por gentil y publicano," esto es, por hombre sin fe y sin virtud, por miembro desprendido de mi cuerpo, y arrojado de los linderos de la esperanza y apartado de los caminos de la felicidad, "al que no quisiese escuchar á la Iglesia:" *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.*

2. Esto quiere decir, que "fuera de la Iglesia no hai salvacion:" verdad fundamental, hijos mios, y estrictamente dogmática. En efecto: si nadie puede salvarse sino solo por los merecimientos de Jesucristo; si estos quedaron todos y solo en su Iglesia para ser aplicados; si esta aplicacion demanda el Bautismo, que es nuestro ingreso á la Iglesia, el conocimiento de la verdad dogmática, cuyo magisterio quedó exclusivamente á su cargo, la participacion de los Dones del Espíritu Santo, que no se pueden adquirir fuera de ella; si para resucitar con Cristo es necesario ser parte de su cuerpo místico, fiel cristiano y por lo mismo hijo de la Iglesia; no hai medio alguno entre pertenecer á ella, sujetarse á ella y vivir de su espíritu, ó perderse por toda la eternidad.

3. Nada pues tan importante para el cristiano como estar bien instruido en la doctrina de esta dogma; y por lo mismo, hijos mios, voi á explicarle, no con la extension que lo haria si ántes no os hubiese hablado sobre él, sino con la brevedad que me facilita el haberos ya dado una larga série de instrucciones pastorales sobre toda la doctrina de la Iglesia. Para reducirme pues aquí á lo mui preciso, comenzaré dándoos á entender lo que significa la palabra; pasaré de aquí á manifestaros los caractéres de la institucion, y concluiré dándoos una idea respecto de la autoridad que ejerce la Iglesia.

I.

4. El significado mas lato de la palabra *iglesia*, hijos mios, es el de *llamamiento de muchos á un lugar;* y como para esto no es necesario que los concurrentes sean buenos y santos, sino que pueden ser malos, ya desde los tiempos mas antiguos solia designarse con ella, no solamente una congregacion escogida, sino tambien el concurso de los malvados; y por esto el Profeta Rei, aludiendo á la segunda, exclamaba en uno de sus Salmos: "Aborrecí á la iglesia de los malignos." Tambien los gentiles solian llamar *iglesia* á sus reuniones religiosas, y por esto leemos en el capítulo XIX, v. 39 del Libro de los Hechos apostólicos, que cierto funcionario, á fin de sosegar un tumulto, dijo: "si tenéis alguna pretension, podrá ésta decidirse en legítima iglesia," aludiendo á Efeso que adoraba á la Diosa Diana. Mas la palabra *iglesia* en el sentido católico significa la república cristiana, el pueblo fiel esparcido por el orbe, ó como dice nuestro Catecismo: "la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su Vicario. Solemos dar tambien el nombre de Iglesia á las partes de la Iglesia universal, como cuando decimos: "la Iglesia de México, la Iglesia de España," &c.: pero al hablar así, no significamos el todo de la Iglesia, sino únicamente sus partes; pues todas ellas reconocen y obedecen al Romano Pontífice como centro de la Unidad católica. Los apóstoles llamaban tambien *iglesias* á las casas de los fieles, como la Iglesia de *Aquila ó Prisca*, porque eran miembros de la Iglesia, que se reunian á orar en comun. Tambien se designan con este nombre los templos, como cuando se dice: "la Iglesia de San Pedro, la Iglesia de Loreto, la Iglesia San José, de San Francisco, de la Merced, &c." Pero estas denominaciones diversas no inducen, hijos mios, ninguna confusion; pues luego á primera vista se conoce el sentido en que se habla.

5. Mas así como con la palabra *iglesia* se significan muchas y diversas cosas, así tambien suele nombrarse la verdadera Iglesia de Jesucristo con otras palabras que representan y significan, ya su rango ya sus excelencias, como *casa de Dios, columna y firmeza de la verdad, rebaño de las ovejas de Cristo,* y tambien *Esposa de Cristo* y *Cuerpo místico de Cristo.* Pero todas estas denominaciones corresponden á la misma idea, designan la misma cosa, esto es: la Congregacion de todos los fieles unidos entre sí con los vínculos de la fe, la esperanza y la caridad, la participacion de los mismos Sacramentos, la sujecion á unos mismos pastores y á una misma ley bajo el gobierno del Papa, que es Vicario de Jesucristo.

6. La Iglesia, hijos mios, es tan grande, que no se reduce á la tierra ni al tiempo, sino que va mas allá de la muerte y existe tambien en la eternidad. Cada uno de los que mueren en gracia, ora resida en el Purgatorio, ora goce ya de la bienaventuranza en el Cielo, no por esto deja de ser miembro de la Iglesia y estar en esta comunion de Jesucristo. Por esto se dice que hai tres iglesias, y no para denotar otra cosa; pues los fieles de la tierra, los del Purgatorio y los del Cielo no componen mas que una sola Iglesia. Estas tres tres iglesias, ó para mejor decir, estas tres grandes partes de la Iglesia universal, son: primera, la de la tierra, y se llama *militante*, porque durante nuestra vida mortal estamos en lucha con nuestros enemigos, y necesitamos perseverar hasta el fin en la victoria para no perdernos eternamente; segunda, la reunion de todas las almas del Purgatorio, y ésta se llama *paciente*, porque allí están padeciendo pena temporal que las purifique para el Cielo: la tercera se llama *triunfante*, porque es la reunion de todos los que, habiendo muerto en gracia y sido ya plenamente purificados, poseen con la vista y goce de Dios la corona del triunfo sobre todos sus enemigos.

7. Entrase á la Iglesia por la puerta del Bautismo, y en ella viven y se conservan los fieles por su fe y obediencia. Resulta de aquí que no pertenecen al gremio de la Iglesia los infieles, esto es: los que no han sido bautizados, y que están fuera de él; ni los herejes, apóstatas y cismáticos, porque aunque bautizados, ó se han rebelado contra el magisterio divino de la Iglesia, negando uno ó mas dogmas, y estos son los herejes; ó se han apartado enteramente de la fe, abandonando á la Iglesia, y estos son los apóstatas; ó se han emancipado con rebeldía del Papa como cabeza visible, rompiendo la unidad católica, y estos son los cismáticos. Tampoco están en la comunion de la Iglesia los excomulgados, esto es: aquellos que han sido apartados por sus delitos de su comunion. Pero todos los demás, por mui pecadores y malos que sean, permanecen en el gremio de la Iglesia como miembros suyos.

8. Tal es la instruccion que me ha parecido conveniente daros, ya sobre los dife-

rentes sentidos en que se toma la palabra *iglesia*, ya sobre las varias denominaciones que damos á esta institucion divina, con el fin de mostrar su rango, su dignidad y sus varios objetos, ya, por último, sobre la extension de la idea dogmática contenida en la palabra Iglesia, manifestando todo lo que comprende. Lo que habéis oido hasta sin duda para comprender que no hai ni puede haber mas que una sola Iglesia de Jesucristo; mas como sin embargo de esto han pretendido los enemigos de Cristo hacerla desaparecer entre la confusion consiguiente á muchas falsas reuniones que han llamado tambien Iglesias, es muit conveniente advertir que la Iglesia verdadera tiene caractéres tan reales y positivos, tan propios y únicos de ella, que ni es posible desconocerla, ni es dado confundirla.

II.

9. ¿Cuáles son estos caractéres? Aquellos con que la presenta el Símbolo de Nicéa, llamándola *una, santa, católica y apostólica*, es decir: la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad. Veamos pues en qué consisten estos caractéres, y cómo todos están reunidos en la Santa Iglesia romana.

10. ¿En qué consiste la unidad de la Iglesia? en que todos sus miembros forman un solo cuerpo, cuya cabeza visible es el Romano Pontífice, Vicario de nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Todos estos miembros, hijos mios, tienen una filiacion comun, que es el santo Bautismo; tienen una profesion comun, que son los dogmas sacrosantos de la fe; tienen una luz comun para entender estos dogmas, que es el magisterio del Papa, los obispos y ministros de la palabra evangélica; están sujetos á una misma ley, esperan unos mismos bienes eternos, participan de unos mismos sacramentos, reconocen á un mismo poder, á un mismo centro. Esto es lo que significaba el esposo de los Cantares, cuando decia: "Una es la paloma mia, una es la hermosa mia." Nada importa que esta sociedad se componga de tanta multitud de fieles y esté derramada por todo el Universo; porque teniendo todos esta filiacion comun, teniendo todos una sola cabeza, que es Cristo, un solo espíritu, una sola doctrina, una sola ley, una sola fuente de autoridad y ministerio, un solo régimen y un centro comun, constituyen un todo indivisible. "Uno es el Señor, una es la fe, uno solo el bautismo," decia el apóstol San Pablo á los Efesios. Ved pues toda la importancia y las pruebas incontrastables de este primer carácter de la Iglesia. Buscad fuera de ella unidad, y os fatigaréis en vano: profesiones diversas, doctrinas contradictorias, elementos varios, sucesion constante de alteraciones y vicisitudes en la doctrina, en el régimen, &c. &c.: he aquí las tristes señales de todas esas sectas que, llamándose falsamente iglesias, no son en la realidad sino miembros truncos y cortados, hojas secas arrojadas hácia todas partes por el viento que domina.

11. La segunda propiedad de la Iglesia es, hijos mios, la *santidad*, este carácter divino que resplandece en la divinidad de su orígen, en su constitucion, en su objeto y fin, y en el desarrollo todo de su accion. Nada importa que en este cuerpo místico haya miembros malos; nada importa que en el prodigioso número de los fieles haya pecadores: pues nada de esto destruye el carácter santo de la institucion. La Iglesia en el todo que constituye, en su fundamento, en el carácter de su ministerio, en el objeto de su accion, en la doctrina que inculca, en las leyes que la rigen, en el Sacrificio que ofrece, en los vínculos que la unen, en los sacramentos que administra, en la parte mas noble de sus miembros, en la mas excelsa de sus categorías, y sobre todo, en el espíritu que anima toda su accion, que es Jesucristo, es esencialmente *santa*.

12. El tercer carácter de la Iglesia es, hijos mios, el de ser *católica*, conviene á saber, *universal*: la pertenecen todos los tiempos, abraza todos los lugares, contiene y encierra en su seno á cuantos han renacido en el Bautismo. ¿Véis esa larga historia de cuarenta siglos que llena las páginas del Antiguo Testamento? Allí está la Iglesia figurada, preparada, anticipada, pero existente; porque donde quiera que han existido fieles congregados reconociendo como su cabeza al Mesías, viviendo de la fe, esperando las promesas, obsequiando la divina Ley, acatando al sacerdocio, dando á Dios el debido culto, &c., &c., ha habido Iglesia. El Mesías, hijos mios, colocado en la plenitud de los tiempos, corona los que le precedieron, y encabeza los que le siguen: creyendo en él, esperándole, y amándole, se salvaron los justos de la Antigua Ley, y lo mismo ha ha sucedido y sucederá con los justos de la Ley Nueva.

13. Lo mismo que os he dicho del tiempo sucede con el espacio; pues la Iglesia, como dice San Agustin, se difunde desde el Oriente hasta el Poniente con el esplendor de una fe. A ella referia el Profeta-Rei estas palabras misteriosas que leemos en el segundo de sus Salmos: "Pídeme y te daré las gentes por heredad tuya, y por tu posesion todos los confines de la tierra." Por esto mismo decia el Señor: "Me acordaré de Raab y de Babilonia que saben de mí;" y por esto concluye con tanta verdad como exactitud el Salmista, que "en la Iglesia nació el hombre:" *homo natus est in ea*.

14. Vista la universalidad de la Iglesia bajo el doble aspecto del tiempo y del espacio, no hai para que añadir otra palabra en comprobacion de la que tiene por razon de los individuos que la componen: porque, si en la Ley Antigua, desde Adan hasta el último de los justos, todos se salvaron en Jesucristo, y lo mismo acontece despues de su venida, como varias veces lo he manifestado, clarísimo es que abraza íntegramente á todos los fieles desde el principio hasta el fin de los siglos. Pero hai más todavía: esta divina institucion tiene una virtualidad tan inmensa, que de algun modo comprende hasta á los mismos que no pertenecen á su cuerpo místico. ¿Por qué? Por el carácter de su vocacion, por la extension de su derecho, por la marcha de su ministerio. Llama, hijos mios, con su doctrina, con su Ley, con sus promesas y esperanzas, con su convite de felicidad á todos los hombres; predica el Evangelio á toda criatura; recibe en su seno á los que quieren entrar; no hace distincion de judío ni de gentil; no exceptúa de la visita apostólica de su ministerio ni un solo rincon de la tierra; no hace pausa en su tarea de convertir al mundo ni una sola fraccion del tiempo. Ved pues cuál resplandece y ha resplandecido siempre la universalidad sublime de la Santa Iglesia.

15. El cuarto carácter de ella, hijos mios, su bello título, su genealogía ilustre, es el ser *apostólica*, el serlo siempre, el no dejar de serlo nunca. Los apóstoles, aquellos doce pobres pescadores á quienes llamó Jesucristo para depositar en ellos todo su poder para salvar al mundo, toda su ciencia para ilustrar al mundo, toda su virtud para santificar al mundo; aquellos á quienes convirtió de pescadores de peces en pesca-

dores de hombres; aquellos á quienes hizo los compañeros de su carrera, los confidentes de sus mas íntimos secretos, los delegados de su augusto ministerio, los testigos constantes de su poder, de su vida, muerte, Resurreccion y Ascension á los cielos; sobre quienes envió á su Divino Espíritu para que les enseñase todas las cosas, les confirmase en la gracia, les enriqueciese con sus Dones y les afirmase como robustísimas columnas del edificio de su Iglesia; aquellos á quienes Jesucristo dijo en una montaña de Galilea: "Id é instruid á todas las las naciones, enseñándolas á guardar todas las cosas "que os he mandado, y estad seguros de que permaneceré con vosotros yo mismo to"dos los dias hasta la consumacion de los siglos;" aquellos á quienes dió en la noche de la Cena potestad para consagrar su Cuerpo y Sangre, ministrarle á los fieles y renovar de un modo incruento en los altares el Sacrificio del Calvario; aquellos á quienes, imponiéndoles las manos, dijo: "Recibid al Espíritu Santo; los pecados de aquellos á "quienes los remitiéreis, serán remitidos, y los de aquellos á quienes se los retuvié"reis, serán retenidos:" aquel cuerpo presidido por Pedro, á quien Cristo dijo: "Tú eres "Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: te daré las llaves del reino de los "cielos, y lo que atares en la tierra será atado en el Cielo, y lo que desatares en la tier"ra será desatado en el Cielo:" estos, hijos mios, este cuerpo divinamente llamado, divinamente constituido, divinamente autorizado, es el cuerpo de los apóstoles: sobre él está fundada la Santa Iglesia, y por esto lleva con tanta verdad como exactitud el título de *apostólica*. Los primeros apóstoles murieron, porque eran hombres; pero su ministerio, su autoridad, su poder, su accion viven: el apostolado no muere; el apostolado es perpetuo; el apostolado no puede faltar de la tierra miéntras viva todavía la humanidad. He aquí por que Pablo consideraba, y con mucha razon, á todos los fieles como piedrecitas colocadas todas sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas para componer la Iglesia de Cristo: "No sois, les decia, huéspedes y advenedizos, no; "sino conciudadanos de los Santos, domésticos de Dios, edificados sobre el cimiento de "los apóstoles y profetas, cuya piedra angular es Jesucristo." ¡Qué timbres, hijos mios! ¡qué rango! ¡qué carácter tan sublime! Cuenta ya mas de diez y ocho siglos de instituida en su plenitud la Iglesia de Cristo; hállase derramada por todo el Orbe; ha estado en lucha constantemente con todo linaje de adversarios; ha llorado los extravíos de la razon herética, los escandalosos cismas, las horribles persecuciones; pero ella es hoi la misma que salió de Jesucristo: su institucion es apostólica, su Símbolo es apostólico, su ministerio es apostólico: Pedro, príncipe de los apóstoles, vive en el Papa; los demas apóstoles viven todos en los obispos de la Iglesia católica.

16. Como el Sumo Pontífice es la Cabeza visible de la Iglesia y el Vicario de Jesucristo en la tierra, donde quiera que él resida y ponga su Cátedra estará el centro de la Unidad católica, y será la capital de todo el Orbe verdaderamente cristiano. Ahora bien: como en Roma está establecida la Santa Sede apostólica desde el tiempo de San Pedro, la Iglesia de Roma es la Iglesia Madre, Roma es la gran Metrópoli del catolicismo; fuera de Roma no hai unidad sino cisma, no hai santidad sino depravacion, no hai catolicidad sino ramas dispersas desprendidas del tronco, no hai apostolicidad sino bastardía en el ministerio; y por tal motivo, para designar á la verdadera Iglesia, tanto

por sus caractéres propios, cuanto por la localidad en que se halla instituido su centro, que es Roma, la llamamos tambien *romana*.

III.

17. Mas no basta, hijos mios, conocer las notas ó caractéres de la verdadera Iglesia de Jesucristo; es necesario considerar ésta como una sociedad constituida, y relativamente al poder que ejerce sobre la tierra. La Iglesia es una verdadera sociedad, porque tiene todos los elementos que la constituyen. ¿Cuáles son estos elementos? Congregacion de individuos, relaciones mutuas, lei y autoridad. ¿Quiénes son estos individuos? Todos los fieles cristianos, y por eso se llama la *congregacion de los fieles*. ¿Qué relaciones unen á éstos? Las que unen á los miembros de un mismo cuerpo: la fe que profesan, la felicidad que aguardan, la caridad, en suma. ¿Cuál es la lei? La de Dios y de la Santa Iglesia. ¿Cuál es la autoridad? La de todos sus Pastores bajo la dependencia y gobierno del Vicario de Jesucristo. Observad ahora cómo, estando la Iglesia compuesta de hombres que viven y obran en el tiempo; teniendo un ministerio exterior y visible: templos, altares, predicacion, culto y aun signos exteriores que comunican la gracia interior de los sacramentos, es una sociedad visible, que está en este mundo, aun que no venga de este mundo ni en él tenga su último fin; y esto lo advierto, para que no prestéis vuestros oidos á esas voces malignas é hipócritas que se cruzan por todas partes para privar á la Iglesia de sus derechos temporales y externos bajo el especioso pretexto de que no es de este mundo. Siendo la Iglesia una verdadera sociedad, y sociedad visible, claro es que tiene un gobierno propio para su régimen; y como no hai gobierno sin poder, desde luego se ve que la Iglesia ejerce una verdadera jurisdiccion sobre todos sus miembros, y en toda la extension de sus objetos, y con toda la dignidad de su rango, y con toda la independencia de su institucion divina. Este poder versa sobre la fe y las costumbres, á fin de que ni los dogmas ni la moral estén expuestos ni aun á la mas leve alteracion; y en consecuencia tambien sobre la disciplina, sin la cual nada ó poquísimo conseguiria. Jesucristo prometió á su Iglesia que no faltaria jamas, que nunca prevalecerian contra ella las puertas del infierno, y al otorgar á los Pastores, bajo el gobierno de Pedro, el sublime poder sobre la doctrina y las costumbres, dió por garantía de infalibilidad á ellos la solemne promesa de una asistencia eficaz, constante y perpetua: "Yo mismo estaré con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los "siglos." He aquí por qué es una verdad católica que la Santa Iglesia no puede errar nunca ni en materia de fe, ni en materia de moral, y por consiguiente, que en su magisterio y gobierno descansa todo el edificio de la sabiduría y de la santidad. Si la Iglesia pues no es capaz de errar cuando define y explica los dogmas, ni cuando regla las costumbres, todos nosotros tenemos un medio segurísimo para no errar nunca ni extraviarnos jamas; ¿cuál? el de creer todo y solo aquello que la Iglesia nos propone, y cumplir con fidelidad sus preceptos. Luego en la Iglesia están y solo en ella la fe, la esperanza y la caridad; en la Iglesia está y solo en ella el medio de amar y servir á Dios en esta vida para verle y gozarle en la otra; en la Iglesia está la salvacion, y nunca fuera de ella.

18. No me detengo, hijos mios, á explicaros más ni los objetos sobre que versa ni los fundamentos en que descansa la autoridad de la Santa Iglesia, por haberos anticipado ya en mi tercera instruccion de esta primera parte la doctrina correspondiente. Allí os expliqué los fundamentos dogmáticos de esta autoridad, el carácter histórico de esta institucion, la infalibilidad propia de este magisterio, la necesidad imprescindible y absoluta de someterse á la Iglesia para salvarse. Resumiendo pues brevemente lo que os llevo explicado, véis que hai una verdadera *Iglesia*, cuyos primeros fundadores fuéron los apóstoles, cuyo instituyente fué el mismo Jesucristo: que esta institucion es, no solamente un hecho, sino tambien un dogma de fe; y por lo mismo está consignado en el noveno artículo del Símbolo: que es un dogma de fe, porque en esta institucion figuran elementos estrictamente dogmáticos, pues creemos que su Fundador es Dios y hombre verdadero, que su autoridad es divina, que es depositaria de la verdad, regla de las costumbres, distribuidora de las gracias, condicion del merecimiento y puerta de la gloria: que su potestad lo mismo que su orígen viene de Dios y no puede venir de otra parte: que esta potestad es universal, constante y perpetua, y no puede ser desconocida sin renunciar á la filiacion católica, y por tanto á la eterna salud: que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, y como solo reune tales caractéres aquella que mira en Roma el centro de la unidad católica, no hai otra Iglesia que la romana: que siendo el objeto de su institucion propagar la fe y conservarla, sostener la esperanza con la distribucion de los Sacramentos y afirmar la caridad proveyendo al exacto cumplimiento de la Ley divina, y habiendo encaminado Jesucristo á esto su mision en la tierra, la Iglesia es la depositaria de su poder y de sus merecimientos: que estando regida constantemente por Jesucristo é iluminada siempre por el Espíritu Santo, no puede engañarse ni engañar tampoco en la doctrina de la fe y de las costumbres: que ella es por tanto la regla de nuestra fe, la intérprete de la revelacion, la maestra de la verdad y el camino único para la vida eterna.

19. ¡Qué mas pudiérais apetecer, hijos mios, para sentiros excitados vivamente á considerar la grandeza de esta institucion, á descansar tranquilos en la infalibilidad suprema de este magisterio, á colocar vuestra esperanza en vuestra íntegra sumision á este poder instituido en la tierra para abrir á los verdaderos fieles las puertas de los cielos! Sed pues unos verdaderos hijos de esta Madre Santa; sed unos discípulos aprovechados de esta Maestra divina; sed unos miembros dignos de ésta que es la Esposa de Jesucristo: guardad siempre una entera subordinacion á ella, teniendo presente que en su voz escucháis á Jesucristo, que de su mano recibís los tesoros de Cristo, que en su espíritu tenéis la vida de Cristo, y que si créeis su palabra, y veneráis su autoridad, y aprovecháis su ministerio, y cumplís su ley, la muerte misma, quitándoos de la tierra, no será capaz de apartaros de su seno: dejaréis solamente de pertenecer al número de los fieles que aun militan; pero, ya bajando al lugar de la purificacion y acabando allí de satisfacer, ya partiendo rectamente sin hacer esta posa, vendréis por último á colocaros en el escogido y predilecto cuerpo de la Iglesia triunfante.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA COMUNION DE LOS SANTOS.

Sicut enim corpus unum est, et membra habet multa, omnia autem membra corporis cum sint multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus.

Porque así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros con ser muchos, son un solo cuerpo: así tambien el *Cuerpo místico* de Cristo.

1 Cor. Cap. XII. v. 12.

1 El noveno artículo del Credo, hermanos mios, que dice: *Creo la santa Iglesia católica y la comunion de los Santos*, contiene, como véis, dos partes; una que consigna el dogma de la Iglesia en su totalidad, y otra que expresa el de la comunion de los Santos. He dedicado la precedente instruccion al primero de ellos, y ahora debo tratar del segundo para dar cabo á mi explicacion doctrinal del mencionado artículo. Hállanse reunidos en éste ambos dogmas, porque, aunque distintos entre sí, están enlazados, por explicarme de esta suerte, como el principio lo está con su inmediata consecuencia; siendo cierto que esta comun y recíproca participacion de bienes espirituales, expresada con el nombre de *comunion de los Santos*, nace precisamente de nuestro carácter de cristianos y miembros de la Iglesia católica.

2. Habéis visto, desde las primeras ideas que nos da la palabra *iglesia*, que significa *vocacion de muchos á un lugar, sociedad de los fieles*, hasta las circunstancias mas características de esta institucion, que toda ella constituye una verdadera sociedad, siendo consecuencia forzosa de este carácter la participacion comun de beneficios entre todos los miembros que la constituyen. La Iglesia, compuesta de todos los fieles esparcidos por el Universo, no por esto se diversifica, parte ó divide, sino que es

18. No me detengo, hijos mios, á explicaros más ni los objetos sobre que versa ni los fundamentos en que descansa la autoridad de la Santa Iglesia, por haberos anticipado ya en mi tercera instruccion de esta primera parte la doctrina correspondiente. Allí os expliqué los fundamentos dogmáticos de esta autoridad, el carácter histórico de esta institucion, la infalibilidad propia de este magisterio, la necesidad imprescindible y absoluta de someterse á la Iglesia para salvarse. Resumiendo pues brevemente lo que os llevo explicado, véis que hai una verdadera *Iglesia*, cuyos primeros fundadores fuéron los apóstoles, cuyo instituyente fué el mismo Jesucristo: que esta institucion es, no solamente un hecho, sino tambien un dogma de fe; y por lo mismo está consignado en el noveno artículo del Símbolo: que es un dogma de fe, porque en esta institucion figuran elementos estrictamente dogmáticos, pues creemos que su Fundador es Dios y hombre verdadero, que su autoridad es divina, que es depositaria de la verdad, regla de las costumbres, distribuidora de las gracias, condicion del merecimiento y puerta de la gloria: que su potestad lo mismo que su orígen viene de Dios y no puede venir de otra parte: que esta potestad es universal, constante y perpetua, y no puede ser desconocida sin renunciar á la filiacion católica, y por tanto á la eterna salud: que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, y como solo reune tales caractéres aquella que mira en Roma el centro de la unidad católica, no hai otra Iglesia que la romana: que siendo el objeto de su institucion propagar la fe y conservarla, sostener la esperanza con la distribucion de los Sacramentos y afirmar la caridad proveyendo al exacto cumplimiento de la Ley divina, y habiendo encaminado Jesucristo á esto su mision en la tierra, la Iglesia es la depositaria de su poder y de sus merecimientos: que estando regida constantemente por Jesucristo é iluminada siempre por el Espíritu Santo, no puede engañarse ni engañar tampoco en la doctrina de la fe y de las costumbres: que ella es por tanto la regla de nuestra fe, la intérprete de la revelacion, la maestra de la verdad y el camino único para la vida eterna.

19. ¡Qué mas pudiérais apetecer, hijos mios, para sentiros excitados vivamente á considerar la grandeza de esta institucion, á descansar tranquilos en la infalibilidad suprema de este magisterio, á colocar vuestra esperanza en vuestra íntegra sumision á este poder instituido en la tierra para abrir á los verdaderos fieles las puertas de los cielos! Sed pues unos verdaderos hijos de esta Madre Santa; sed unos discípulos aprovechados de esta Maestra divina; sed unos miembros dignos de ésta que es la Esposa de Jesucristo: guardad siempre una entera subordinacion á ella, teniendo presente que en su voz escucháis á Jesucristo, que de su mano recibís los tesoros de Cristo, que en su espíritu tenéis la vida de Cristo, y que si créeis su palabra, y veneráis su autoridad, y aprovecháis su ministerio, y cumplís su ley, la muerte misma, quitándoos de la tierra, no será capaz de apartaros de su seno: dejaréis solamente de pertenecer al número de los fieles que aun militan; pero, ya bajando al lugar de la purificacion y acabando allí de satisfacer, ya partiendo rectamente sin hacer esta posa, vendréis por último á colocaros en el escogido y predilecto cuerpo de la Iglesia triunfante.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA COMUNION DE LOS SANTOS.

Sicut enim corpus unum est, et membra habet multa, omnia autem membra corporis cum sint multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus.

Porque así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros con ser muchos, son un solo cuerpo: así tambien el *Cuerpo místico* de Cristo.

1 Cor. Cap. XII. v. 12.

1 El noveno artículo del Credo, hermanos mios, que dice: *Creo la santa Iglesia católica y la comunion de los Santos*, contiene, como véis, dos partes; una que consigna el dogma de la Iglesia en su totalidad, y otra que expresa el de la comunion de los Santos. He dedicado la precedente instruccion al primero de ellos, y ahora debo tratar del segundo para dar cabo á mi explicacion doctrinal del mencionado artículo. Hállanse reunidos en éste ambos dogmas, porque, aunque distintos entre sí, están enlazados, por explicarme de esta suerte, como el principio lo está con su inmediata consecuencia; siendo cierto que esta comun y recíproca participacion de bienes espirituales, expresada con el nombre de *comunion de los Santos*, nace precisamente de nuestro carácter de cristianos y miembros de la Iglesia católica.

2. Habéis visto, desde las primeras ideas que nos da la palabra *iglesia*, que significa *vocacion de muchos á un lugar, sociedad de los fieles*, hasta las circunstancias mas características de esta institucion, que toda ella constituye una verdadera sociedad, siendo consecuencia forzosa de este carácter la participacion comun de beneficios entre todos los miembros que la constituyen. La Iglesia, compuesta de todos los fieles esparcidos por el Universo, no por esto se diversifica, parte ó divide, sino que es

esencialmente una. Contando en su número miéntras milita en la tierra buenos y malos, trigo y zizaña, vírgenes prudentes y vírgenes nécias, no por esto pierde nunca el carácter que la consagra como una sociedad instituida divinamente, ese carácter santo que recibe de Cristo su cabeza, de los Dones del Espíritu increado, y muestra en la parte mas escogida de sus miembros, ya señalando aquellos que ciñen en la Jerusalem celestial la corona del triunfo, ya convirtiendo nuestras miradas hácia las almas de los justos que se purifican para entrar al Cielo, ya por último, haciéndonos admirar los caractéres de santidad que presentan muchos de sus hijos en la tierra. Siendo pues carácter propio de la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica, claramente se ve que no compone sino un solo todo, un todo universal y santo, y que las partes de este todo, por lei de union moral, han de participar de sus recíprocas influencias, han de tener una comunion de merecimientos y bienes, y esto es lo que hasta para reconocer que el dogma de la comunion de los Santos es una consecuencia forzosa y naturalísima del de la Santa Iglesia. Por esto nuestro manual Catecismo, preguntando: "¿Qué créeis cuando "decís, creo la comunion de los Santos? responde: "que los unos fieles tenemos parte "en los bienes de los otros, como miembros de un mismo cuerpo;" por esto entre los nombres con que la Iglesia se designa, ocupa el mas distinguido lugar el de Cuerpo místico de Cristo; y por esto el apóstol San Pablo, explicando á los fieles de Corinto los muchos y diversos Dones que reparte entre los fieles el Espíritu Santo, lo refiere todo á la unidad de este cuerpo, al beneficio comun de todos sus miembros, tomando, para darse mejor á entender, el ejemplo del cuerpo humano: porque así como este tiene muchos miembros, y todos los miembros con ser muchos, no constituyen mas que un solo cuerpo, así tambien el Cuerpo místico de Cristo: *Sicut enim corpus unum est, et membra habet multa, omnia autem membra corporis, cùm sint multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus.*

3. Siendo pues, hijos mios, de tanta mas importancia conocer este dogma cuanto que versa precisamente sobre un tesoro cuantiosísimo á cuya participacion comun somos llamados, voi á exponérosle aquí, notando con particular distincion: en primer lugar, los bienes que esta comunion proporciona; y en segundo, quiénes participan de estos beneficios.

I.

4. ¿Cuál es el valor, me diréis, de estos merecimientos particulares, ni qué importancia pueden tener ellos para nosotros, cuando contamos con todos los méritos de Jesucristo? He aquí una cuestion que no debo pasar desapercibida, pues afecta esencialmente al dogma de que os hablo: porque en efecto, si el contar con los merecimientos infinitos de Jesucristo nos eximiese de la necesidad imperiosa de buscar en favor nuestro la cooperacion de nuestros hermanos, claro es que nada importaria ó mui poco saber que existe aquella recíproca participacion. Mas, teniendo una idea exacta de ésta en sus relaciones con los otros dogmas, especialmente el de la gracia, no podrémos ménos de reconocer la suma importancia de esta comun participacion de unos miembros en los bienes de los otros. Preguntando nuestro Catecismo: "¿Pues los méritos de Jesucristo

"no nos bastan? y respondiendo á esta pregunta: "Sí; mas quiero que satisfagamos con "él nosotros," nos da ciertamente la clave fundamental de la doctrina, para dar á la cuestion presente una solucion satisfactoria. En efecto: si Jesucristo, sin embargo de ser verdadero Dios y hombre, de haber pagado superabundantemente á la justicia divina con su Sacrificio la deuda del pecado y de habernos granjeado con sus merecimientos tesoros infinitos de gracia y títulos para el Cielo, no por esto quiso eximirnos de hacer de nuestra parte lo posible, clarísimo es que valen mucho todos los bienes que nos comunican nuestros hermanos en Cristo, tanto para inclinar á este mismo Señor en favor nuestro, cuanto para darnos con la participacion ajena un merecimiento mayor á sus divinos ojos.

5. Por otra parte, seria un error el suponer que los bienes debidos á nuestros hermanos, ya se consideren éstos como órganos de la divina gracia, ya como obras de ella, ya como templos vivos del Señor por la práctica de la virtud, sean una cosa limitada en sí misma: porque, analizando la santidad y la virtud en cualquiera de sus tipos ó copias, no nos es dado deducir de aquí nada exclusivo, nada absoluto; pues en todo hallarémos un fundamento que descansa en Dios y una consecuencia que pertenece al hombre. ¿Por qué lo primero? Porque todo Don perfecto viene de Dios; porque sin Cristo nada podemos para la virtud, como él mismo lo enseñaba; porque los caractéres perfectos que distinguen á los Santos son la obra de la gracia, segun se explicaba el Apóstol, y porque de la gracia nos viene, y solo de la gracia como efecto propio y exclusivo suyo, segun la oportuna observacion de nuestro Catecismo, "el poder y querer hacer "obras ante Dios satisfactorias y meritorias." Luego la santidad, la virtud, los merecimientos del cristiano, incorporándose todos, porque sin ello no tendrian vida ni ser, en la santidad, virtud y merecimientos de Jesucristo, no son cosa imperfecta y limitada, sino rigorosamente infinita en su parte fundamental. ¿Por qué lo segundo? Porque la naturaleza debe cooperar con la gracia para el triunfo sobre el pecado, la formacion de la virtud, la adquisicion del merecimiento y la eficacia de la oracion: porque sí es cierto, como no cabe duda, que no hai virtud ni merecimiento posible sin el influjo de la gracia, no lo es ménos que esta gracia seria estéril para el hombre sin la cooperacion de la naturaleza. Esta cooperacion considerada en sí misma es limitada, es imperfecta, es precaria, contingente, accidental, y bajo este respecto nunca podria compararse con el valor intrínseco de la gracia: pero una vez verificada, una vez hecha, una vez consumada su obra sobre el hombre moral, resulta un efecto que es no solo de la gracia, no solo de la naturaleza, sino de una y otra en los términos ya dichos, y por lo mismo, el merecimiento que de aquí nace se incorpora todo en el de la gracia que nos viene de Jesucristo. Nada importa pues, hijos mios, lo que tenga de limitado en sí la cooperacion de la naturaleza, para dejar de reconocer en la esencia de la virtud y el merecimiento, un cierto infinito, una faz de lo infinito, lo infinito en su inmensa virtualidad, en su accion poderosa, en su fecundidad sublime.

6. Visto pues el valor intrínseco del merecimiento, considerado como un efecto comun de la gracia con su infinita virtud y de la naturaleza con su debida cooperacion, vengamos á considerar en qué consisten los bienes que nos proporciona la comunion de

los santos. Dejo aparte lo que podria deciros de la institucion de los Santos Sacramentos y consagracion de ministros que les administren á los fieles, para reduciros á dos puntos principales, que son: primero, el beneficio que á todos los miembros de la Iglesia resulta de los dones que Dios concede á algunos para la comun utilidad; segundo, los efectos del merecimiento de los justos en todo el cuerpo de los cristianos.

7. "Hai diversidad de dones," decia el apóstol San Pablo á los Corintios, (Ep. II, cap. XII); "mas el espíritu es uno mismo: hai tambien diversidad de ministerios; mas el "Señor es uno mismo: hai igualmente diversidad de operaciones *sobrenaturales;* mas el "mismo Dios es quien obra todas las cosas en todos. Pero los dones visibles del Espí-"ritu Santo se dan á cada uno para la utilidad. Así el uno recibe del Espíritu Santo "el don de hablar con sabiduría: otro recibe del mismo Espíritu el don de hablar con "ciencia: á uno le da el mismo Espíritu una fe ó confianza extraordinaria: al otro la "gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu: á quien el don de hacer mila-"gros, á quien el don de profecía, á quien discrecion de espíritus, á quien diversidad de "idiomas, á quien el interpretar las palabras."

8. Si pues Dios ha repartido entre algunos miembros de la Iglesia estos diversos dones, instituyendo apóstoles, estableciendo profetas, formando doctores, comunicando el poder de hacer milagros, ó la gracia de las curaciones, ó tambien el don de gobierno, como el Apóstol nota ya para concluir el capítulo citado, y en fin, cualquiera otro de los que habia mencionado ya; si esto lo hace precisamente para la utilidad, como él mismo se explica; si así como en el cuerpo humano cada miembro saca partido del otro, goza ó padece con él, así tambien en la Iglesia cada fiel saca ventaja de los otros y en consecuencia todos participan de estos diversos dones que algunos tienen; ¿no véis, hijos mios, con toda claridad el provecho infinito que la comunion de los santos acarréa para todos, por solo el bien que reciben algunos? Esta es la doctrina del mismo Apóstol en el capítulo ya citado, es la de la Iglesia. ¿Para quién sirve el doctor? para el ignorante, pues su oficio es enseñar. ¿Para quién sirve el apóstol? para el mundo ciego y corrompido, pues su oficio es evangelizar la fe, llevar la paz y repartir el bien á todos los hombres. ¿En favor de quién redunda la gracia de las curaciones? en favor de los enfermos. ¿Quién reporta el beneficio del don de lenguas? quien recibe por este medio, de los labios mismos del que le posee, las verdades, las promesas y las manifestaciones del amor divino, todo lo cual presenta en su espíritu la fe, la esperanza y la caridad. Ved, pues, hijos mios, cuanto favorecen estos dones á los miembros de la Iglesia.

9. Si de aquí pasamos á considerar el gran provecho que nos viene de la santidad y merecimiento de los justos, me basta mostraros en accion uno de esos miembros vivos, puros y santos, una alma en gracia; pues no necesito de otra cosa para dar el complemento á la idea. ¡Cuántas luces no despide sobre nosotros para darnos á conocer el verdadero Espíritu de Dios! ¡Cuánto poder no ejerce sobre las costumbres por solo la eficacia de sus ejemplos! ¡Cuánto no influye sobre la misma bondad divina en pro de la humanidad entera con todas sus oraciones! ¡Ah! esta alma personifica en la tierra la mas excelente y sublime de todas las virtudes, la caridad, fuente perenne de beneficios inmensos para todos los hombres. La caridad es sufrida, dulce y bienhechora, y por

lo mismo, las flaquezas del prójimo, las contradicciones del mundo y los ataques de las pasiones no pueden ciertamente impedir sus impulsos para conquistar el corazon con el embeleso de la virtud, enjugar las lágrimas y derramar á manos llenas todo linaje de beneficios. Ella se complace en el beneficio de los hombres tanto como compadece sus desgracias; porque tiene cerradas sus puertas á la envidia: ella trabaja con buen éxito por su mesura, su aplomo y profunda humildad, pues la precipitacion, temeridad y soberbia no ejercen sobre ella el menor influjo. No es ambiciosa, y por tanto, la carrera de los honores no debilita los impulsos de su beneficencia: no es egoista, y en consecuencia, tan olvidada de sí como pendiente de los otros, parece no sentir la vida sino para distribuirla toda en consolar, favorecer y santificar al prójimo. Todas las circunstancias la encuentran dispuesta, porque á todo se acomoda: todos los sentimientos la encuentran expansiva y dulce, porque ni la irrita la contradiccion ni la preocupa el juicio contra el concepto ajeno: no hai obstáculos capaces de detener sus impulsos, porque á todo se sobrepone y todo lo espera. Emanacion purísima de Dios, último toque de semejanza de su imágen en el hombre, noble destello de su felicidad, la caridad, efecto consiguiente á la vida de la gracia, es en la tierra una especie de paternidad comun, una fraternidad perfecta, una providencia creada, una especie de omnipotencia en la tierra para el bien. ¿Qué no harán, pues, en pro de los otros fieles estas dichosísimas almas que se hallan en la posesion de tan incomparable virtud? ¿Cuántas gracias no dispensará el Señor á todos los fieles en consideracion á la santidad habitual y merecimiento de los justos? ¿Qué disposicion tan favorable tendrá siempre la bondad infinita para escuchar la oracion de estas almas privilegiadas, ceder á sus instancias y otorgarlas los bienes que piden para nosotros? De esta suerte la vida de los justos en la tierra es una fuente perenne de beneficios para todos los cristianos: sus merecimientos se extienden á sus compañeros de virtud, y no son del todo estériles para las infelices víctimas del pecado. ¿Por qué? Porque aunque éstas desgraciadas almas no son capaces de merecimiento ninguno, estando muertas á la gracia, pueden con sobrado fundamento esperar una resurreccion moral, es decir, una conversion verdadera, por el eficaz influjo de esta oracion que todos los dias, á todas horas y en todos los instantes está subiendo de la tierra al Cielo en favor de todos los hombres. ¿Véis, hijos mios, ese Sacrificio incruento que se ofrece diariamente al Padre millares de veces en toda la tierra? Es el gran medio con que la Iglesia le satisface por todos los pecados del mundo, le recompensa por todos los beneficios que nos dispensa, y le dispone para otorgarnos otros nuevos. ¿Véis este culto católico, esta institucion sublime de la oracion pública, que parece haber arrasado todos los muros de separacion, ó recogido en un punto los espacios todos, para unir al Cielo con la tierra? Es la accion de esta comunion católica en favor de ella misma, de la madre en favor de los hijos, de unos miembros del cuerpo en beneficio de los otros. ¿Véis ese cuadro tan misterioso como activo de la inocencia conservada ó recobrada, las virtudes heróicas, las austeridades tremendas, las penitencias sangrientísimas, la oracion en cierto modo perpetua de todas las almas justas? No lo véis, porque todo pasa en el retiro de los claustros, en los retretes de la oracion y en las reservas misteriosas de la piedad; pero sabed que por ellas vivimos, por ellas alentamos aun

la esperanza, por ellas no ha cesado la mano armada de la Justicia Eterna á la ingrata humanidad por justo castigo, de la superficie de la tierra; por ellas hai nuevas conversiones todos los dias y no paran los beneficios del Señor.

10. Y si esto sucede aquí en la tierra, donde todo está bajo el influjo del peligro, donde nadie puede lisonjearse de su fuerza, y bogando todos en el piélago borrascoso, pueden sufrir el último naufragio; ¿qué diremos de los felices moradores de la eterna Jerusalen? Ellos, hijos mios, son hermanos nuestros en Adan segun la carne, y miembros del Cuerpo místico de Cristo; ellos, aunque ya salieron de esta vida y gozan en la otra la recompensa de sus virtudes, no por esto dejan de estar unidos con nosotros por el vínculo estrechísimo de la caridad. Esta virtud, superior á todas las otras, y que sobrevive al hombre, es en aquella patria dichosa el carácter distintivo de sus ciudadanos: allí vive en su mas alta perfeccion, vive constantemente, vive sin obstáculo y vive por la eternidad. Ella obra en favor nuestro desde el Cielo con mayor intensidad y mas eficacia que en la tierra, y aquellos merecimientos ya recompensados son tambien nuestros por la comunion en que nos hallamos todos los miembros de la Santa Iglesia católica. En efecto, hijos mios: el dogma de la Comunion de los santos, gran consecuencia del de la Iglesia católica, nos enseña, no solo que á todos los fieles pertenece el fruto de todos los sacramentos, con los cuales están unidos y enlazados en Cristo como unas sagradas ligaduras, y señaladamente con el Bautismo, que es como la puerta por donde entramos en la Iglesia, y despues de éste por la participacion de la Eucaristía, que á todos se nos distribuye; no solamente por la eficacia del Sacrificio que se ofrece todos los dias en los altares; no solamente porque la oracion comun y pública de la Santa Iglesia redunda por ley de institucion en provecho de toda la comunidad católica; no solamente porque las oraciones y ruegos de las almas justas, ya en la tierra, ya en el Purgatorio, ya en el Cielo, contribuyen al bien de todos los cristianos; sino tambien porque hai entre todos éstos una verdadera participacion de merecimientos: porque en fuerza de esta comunion católica, en que todos vivimos componiendo un solo cuerpo cuya cabeza es nuestro Señor Jesucristo, los merecimientos de cada uno son tambien de los otros por el carácter propio de la caridad: la cual, segun la bella observacion del Apóstol, nunca busca sus propias cosas: *non quærit quæ sua sunt*. A esta participacion comun de merecimientos aludia sin duda el Salmista cuando decia dirigiéndose al Señor: "Yo soi participante de todos los que te temen," segun lo explicaba San Agustin comentando el Salmo CXVIII, y tambien el Apóstol, como le habéis visto en las palabras de mi texto, empleando al propósito el símil tan propio del cuerpo humano. Pero me he extendido ya demasiado, y por lo mismo paso á mi segundo punto.

II.

11. ¿Quiénes son, me diréis, los que participan de estos beneficios, y en qué grado corresponden á cada uno? Esto, hijos mios, equivale á determinar con exactitud la extension de esta sociedad y los requisitos que demanda la participacion recíproca de merecimientos entre todos los miembros que la constituyen: último punto de vista bajo

que me propongo considerar la materia, y con lo cual daré su debido complemento á la explicacion de este dogma.

12. Habéis visto quiénes componen esta sociedad, hasta donde se extiende, y cómo los fieles de la tierra, las almas que se purifican en el Purgatorio y los escogidos que ya reinan con Cristo en el Cielo, no componen mas que una sola Iglesia, una sola comunion. Sin detenerme pues en estos antecedentes, voi á explicaros quiénes participan de estos merecimientos, y cuándo las oraciones, virtudes y buenas obras de unos favorecen á los demas miembros.

13. Comencemos por notar cómo las infelices víctimas de su impenitencia, los réprobos que ya sufren en los infiernos el digno castigo de sus crímenes por haber muerto en pecado mortal, no forman ya parte de la Iglesia, no son ya miembros suyos, y por lo mismo nada tienen que ver aquí. Trátase pues de lo que importa esta comunion de merecimientos en los miembros de las tres Iglesias, militante, paciente y triunfante. Esta última, hijos mios, colocada ya en la plenitud de la gloria, no ha menester sin duda ni de las oraciones, ni de los merecimientos de las otras dos; pero recibe los tributos de amor, de admiracion y de gozo que atrae necesariamente hácia ellos, de parte de todos sus hermanos, el mismo sentimiento de su propia grandeza. Ellos, con el hecho de haber militado primero en la tierra, dado tal vez el paso de purificacion por el fuego del Purgatorio, y entrado por último á la patria celestial, aparecen al frente de toda la Iglesia con la gala propia de sus virtudes y el esplendor que les comunica la Divinidad y ellos reflejan á la tierra: ellos con su santidad atraen nuestra veneracion y reciben nuestros ruegos, y son propuestos á Dios como unos poderosos motivos que inclinan su misericordia y bondad hácia nosotros; y estos diversos tributos que se refieren á su gloria, son, hijos mios, para toda la Iglesia triunfante las consecuencias precisas de sus relaciones con la paciente y militante.

14. Hablando de aquella, es decir, de la que forman las almas de los justos que deben alguna pena, y por lo cual bajan al Purgatorio ántes de subir al Cielo, ella, hijos mios, es un centro, digámoslo así, de accion para la caridad ya triunfante y la caridad que aun milita: las favorece sin duda la primera, como intercesion y ruego, y mui mucho tambien la segunda por su oracion y merecimientos. El Santo Sacrificio de la Misa, que se ofrece no solo por los vivos sino tambien por los difuntos, las oraciones públicas de la Iglesia, que claman á Dios porque lleguen á su eterno descanso aquellas almas de sus escogidos, las oraciones privadas y obras de penitencia, mortificacion y virtud que ofrecen los fieles, y las indulgencias que ganan y aplican por ellas: todo esto manifiesta claramente que aquellas almas, cuyo conjunto forma la Iglesia paciente, participan en su totalidad de todas estas oraciones y merecimientos, y cuál es el efecto de esta participacion. Vengamos pues á la Iglesia militante.

15. Hasta aquí, amados hijos, no hemos tenido que hacer excepcion de ningun género: porque las dos Iglesias, triunfante y paciente, son perfectamente dignas del bien que reciben en fuerza de la comunion en que se hallan las tres Iglesias, y porque aun la de la tierra, donde andan confundidos los buenos con los malos, participa universalmente de la intercesion de los bienaventurados; siendo cierto que por ésta puede un fiel,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no solo conservarse en la gracia que tiene, sino adquirir la que necesita para salir de su pecado. En este sentido aun los malos y mas perdidos pecadores pueden gozar ciertamente del grandísimo beneficio de la comunion de los santos, no porque merezcan ellos ni por sí, ni por causa de los buenos, sino porque Dios nuestro Señor, considerando los merecimientos de éstos y movido por sus fervientes ruegos, puede y suele dar á los otros gracia para convertirse y despues para perseverar, como lo tengo explicado con mas detenimiento en mi primera parte. Mas, tratándose ya de participacion de merecimientos, no sucede lo mismo, y esto nos lo enseña perfectamente bien nuestro manual catecismo en una de sus luminosas respuestas. "¿Qué daños hace en el alma, pregunta, el pecado "mortal? Quítale la caridad, responde, y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y "condénala al infierno." Faltando la caridad, hijos mios, todo falta, nada queda, y el hombre, aun cuando verificase los mayores prodigios, hablase todas las lenguas, conociese aun la de los ángeles, hiciese milagros hasta el de trasladar los montes, no seria mas, para valerme de la frase del Apóstol, que un metal cuando suena ó una campana que retiñe; en suma, no seria nada. Esto supuesto, ¿podrá tener ningun merecimiento quien se encuentra en tan infeliz estado? Una alma sin Dios ¿podrá recibir de parte alguna el elemento de la vida? Una alma sin gracia, ¿podrá satisfacer ó merecer, cuando puntualmente nos viene de la gracia el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias? No, hijos mios: una alma en pecado no es capaz de nada de esto, y en consecuencia debemos creer y entender que para participar de los merecimientos de nuestros hermanos, debemos hallarnos en estado de gracia; porque "los miembros muertos, "esto es: los hombres enredados en malidades y enagenados de la gracia de Dios, aun-"que por otra parte reciban algun provecho, como acabáis de ver, de esta comunion, "en fuerza de los ruegos y oraciones de los justos y de la intercesion de los santos, para "alcanzar la gracia de salir de la culpa, no por esto participan de virtud ni merecimien-"to, pues como están muertos, ya no son capaces de recibir el vivificante jugo del Es-"píritu." Es decir, hijos mios, los malos pueden convertirse por las oraciones de los buenos y la intercesion de los santos; pero nunca jamas, miéntras no se conviertan, participar de los merecimientos y bienes intrínsecos consiguientes á la comunion de los santos.

16. Hai, empero, ciertas gracias que pueden recibir los malos, y este es un punto que debo explicaros para la mejor inteligencia de esta doctrina. ¿Cuáles son estas gracias? Ciertos dones que no santifican ni ameritan al que les recibe, y sí favorecen á los otros, y por lo mismo se llaman *gratis-datas*, esto es: graciosamente dadas, á diferencia, de otras que santifican y dignifican al que las recibe, haciéndole agradable y acepto al Señor, por lo cual se llaman *gratum-facientes*. Estas se animan de la caridad, viven, crecen y fructifican en el que está en gracia; mas aquellas no exigen tal requisito, y pueden subsistir por lo mismo aun en los que están en pecado mortal. Tal es por ejemplo, la ciencia, la profecía, el don de lenguas y aun el de milagros. Don de ciencia tenia Salomon, y no le perdió con su pecado; don de profecía tuvo Caifás, cuando aconsejaba la muerte de Jesucristo; don de lenguas supone el Apóstol en el que no tiene la caridad, y por esto le compara ó con el bronce que suena, ó con la campana

que retiñe. Comparacion magnífica es ésta, y mui propia para conocer las gracias *gratis-datas*, ya en sí mismas, ya en el vário sistema de sus relaciones. ¿Qué es una campana? Un cuerpo sonoro, pero inerte, inanimado. Recibe un golpe y suena; pero no es ella quien se golpéa: de la misma manera el sabio ilustra; pero no es él quien se ha dado á sí mismo la sabiduría. El sonido de la campana es escuchado de todo un pueblo; pero ella no oye: así tambien la ciencia del sabio, y las lenguas que habla, y los sucesos que anuncia el profeta, miéntras sirven á otros, pueden no aprovecharle á él. ¿Ya entendéis pues, cómo hai ciertas gracias que pueden recibir los malos sin hacerse buenos, y solo para bien de otros? ¿Ya comprendéis cómo, sin embargo de tales gracias, pueden no ser gratos á Dios, ni participar de los bienes y merecimientos de los demás como miembros de un mismo cuerpo? Sin embargo, es necesario fijarse mucho en las ideas, para no incurrir en graves equivocaciones y aun errores. En primer lugar: aunque las gracias *gratis-datas* no producen el efecto de santificar al que las recibe, ni aun exigen que éste sea precisamente justo y esté exento de pecado para que se le comuniquen, no por esto hemos de decir que son malos aquellos á quienes Dios las concede, no; al contrario, aunque absolutamente hablando es mui posible que Dios conceda tales gracias á los malos, y aun se han dado muchos casos de esta naturaleza; lo comun ha sido que las otorgue á personas virtuosas y santas. Os he hablado ya de la vida de los profetas, edificante, virtuosísima, verdaderamente santa: os he hablado de la de los apóstoles; no ha mucho habéis oido cómo el Espíritu increado bajó á ellos, les confirmó en la gracia, y en seguida les dió sus Dones, entre los cuales entraban las gracias *gratis-datas;* y es mui sabido de todos aquellos medianamente versados en la vida de los Santos, que la mayor parte de éstos han sido favorecidos de Dios con la comunicacion de esta clase de gracias. En segundo lugar: aunque éstas no producen por sí la santificacion, pueden servir aun al mismo que las recibe, supuesto que sea malo y pecador, para convertirse á Dios. En tercer lugar: esta clase de gracias han sido y son comunicadas, no solo para el bien de aquellos que están en la comunion católica, sino aun tambien para llamar á la fé á los infieles, para convertir á los herejes, para traer de nuevo á la religion á los apóstatas, para volver á la unidad católica á los cismáticos. Así, por ejemplo, los profetas, anunciando todos los acontecimientos relativos á la Venida de nuestro Señor Jesucristo, á su vida, mision, &c., prepararon con esto el triunfo de la religion aun entre los no creyentes; pues una de las cosas que prueban su Divinidad, es el cumplimiento de las profecías. Del mismo modo los apóstoles, ya con el don de lenguas, que obró el maravilloso prodigio de hacerles entender á un mismo tiempo de todo un auditorio compuesto de diferentes naciones, ya con el Don de ciencia que ejercia gran predominio en el entendimiento de todos, ya con el de milagros con que acreditaban la divinidad de su mision, convirtieron á muchos. Pero la accion ordinaria, comun y constante de estas gracias se obra comunmente en el cuerpo de los fieles, y si ellas traen utilidad aun á los que no lo son, como acabáis de ver, ¿cuánta mayor no traerán á los que lo son, aunque tengan la desgracia de estar en pecado! Y si aun estos aprovechan, ¿cuántos aumentos de virtud y santidad no producirán en los justos?

17. Pero lo que principalmente constituye la ventaja y provecho de la comunion

de los santos, es, como ya varias veces lo he dicho, la participacion recíproca de merecimientos que tienen los fieles como miembros de un mismo cuerpo; y como para gozar de este inmenso beneficio es necesario estar en gracia, claro es que no entran en esta participacion aquellos que están ligados con el reato de la culpa mortal. Mas los otros, hijos mios, aquellas almas dichosas que viven libres de este inmenso mal, ya porque hayan conservado siempre la gracia de su bautismo, ya porque habiéndola perdido, la hubiesen recobrado, éstos están en comunion de merecimientos con todos sus hermanos y á su vez les participan de los suyos.

18. Todo pues, hijos mios, tiene su primera, profundísima é infinita base nada ménos que en la gracia de Dios; pues con ella entramos en su reino, que es la Iglesia; con ella militamos en el mundo contra los enemigos de nuestra alma y podemos triunfar de sus ataques; con ella nos purificamos de la culpa, nos renovamos en Cristo y podemos encumbrar nuestro vuelo hasta las alturas de la santidad; con ella nos hacemos desde luego socios vivos y participantes de los merecimientos de todos los miembros justos de la Iglesia católica y adquirimos tambien por nuestra parte bienes de que todos ellos participan, y sin ella nada podemos recibir ni tenemos que comunicar; con ella todo y sin ella nada; con ella el bien, y sin ella el mal; con ella la virtud, y sin ella el vicio; con ella la vida, y sin ella la muerte; con ella la perdurable dicha, y sin ella la eterna desgracia; con ella los medios y por consiguiente el fin, y sin ella el extravío y en consecuencia la desesperacion. El supremo bien para nosotros, es pues, hijos mios, alcanzar este inapreciable tesoro, y el bien consiguiente, conservarle, fecundarle de continuo y no perderle jamas, pues esta es la perseverancia final, y en consecuencia la vida eterna. Buscad pues ansiosos y conservad á toda costa esta gracia que santifica y salva. No codiciéis las gracias *gratis-datas*, esas gracias excepcionales que vienen al hombre y subsisten en él á pesar de su pecado, sino las gracias *gratum-facientes*, es decir: las que nos hacen gratos á los ojos de Dios, las que nos convierten por medio de la penitencia, nos hacen perseverar en el camino de la justicia, nos habilitan para participar de los merecimientos de todos nuestros hermanos, dan valor y estimacion á nuestras obras, nos constituyen miembros vivos del Cuerpo místico de Jesucristo, nos estrechan dignamente con todos los justos de la tierra, con las benditas almas del Purgatorio y con los miembros augustos y celestiales de la Iglesia triunfante. Sí, amados hijos: no nos importa que la fama de nuestra ciencia, dilatándose hasta los términos del Universo, atraiga hácia nosotros á las reinas de Sabá; no necesitamos leer en el porvenir ó dominar la naturaleza con un poder sobrenatural: lo que necesitamos es adquirir la bienaventuranza y los medios de ella, valorizar con la gracia nuestras propias obras, ser aptos para recibir los beneficios de esta comunion santa, ser templos vivos del Espíritu de Dios, hacer con merecimiento la travesía de esta vida mortal, para recibir en la otra la corona magnífica de la recompensa.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL PERDON DE LOS PECADOS

Accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata, remittuntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt.

Recibid al Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados, á aquellos á quienes los perdonáreis; y quedan retenidos á los que se los retuviéreis.

Joann. Cap. XX, vv. 22 y 23.

1. En el noveno artículo del Credo, amados hijos, donde se nos enseña el dogma de la Santa Iglesia católica y la comunion de los Santos, habéis visto que Jesucristo Señor nuestro fundó en la tierra, en fuerza del omnímodo poder que le fué concedido por el Padre, una institucion firmísima, perpetua, santa, inmensa, un verdadero reino, en el cual habian de figurar como miembros cuantos renaciesen del Espíritu Santo y la agua, esto es; cuantos hubiesen recibido el Santo Bautismo: que todos estos miembros, estrechamente unidos con la profesion de una misma fe, la expectativa de unas mismas promesas, la participacion de unos mismos sacramentos, los vínculos de una misma ley, la sujecion á unos mismos pastores, &c., compondrian con Jesucristo, como su cabeza, un solo cuerpo, un cuerpo místico, un cuerpo santo: que por consecuencia de esta union hai una participacion recíproca de merecimientos entre todos los miembros vivos de este cuerpo, una relacion de sociedad superior al tiempo y á la muerte, y en consecuencia, que los justos que ya reinan en el Cielo, las almas que se purifican para entrar en él, y todos los viadores cristianos que militamos en la tierra, componemos una sola sociedad, una sola comunion, una sola Iglesia: que habiendo estado primero en la tierra tanto las almas del Purgatorio cuanto las de aquellos que ya gozan la bienaventuranza, la Iglesia militante, la Iglesia de la tierra es la Iglesia fundamental, es la sociedad en que se adquieren las virtudes, en que se ameritan las acciones, en que se preparan las recompensas y asegura la gloria.

2. Para un destino tan elevado y feliz era indispensable que la Iglesia poseyese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los medios que conducen á la consecucion de nuestro último fin, todos los recursos intelectuales y morales que ha menester el hombre para amar y servir á Dios en esta vida, pues que de aquí pende el verle y gozarle en la otra. El primero de estos medios, tan indispensable que sin él nada se conseguiria, es el santo Bautismo, en que se nos da ser de gracia y la vida de cristianos: por él entramos á la Iglesia de Dios, nos constituimos miembros del Cuerpo místico de Cristo, nos renovamos en su espíritu y adquirimos los derechos á su reino eterno. Conservar esta primera gracia, permanecer de continuo hasta la muerte misma en este estado de regeneracion original seria lo que bastase para llenar todas las condiciones que Dios ha puesto al otorgamiento de su gloria; pero siendo muí pocos los que permanecen en tan dichoso estado, y sucediendo por lo comun que al dar los primeros pasos en la vida, ya cuando el hombre se halla en el uso de su razon, desde aquella altura, se contamina, peca, y en consecuencia pierde la caridad y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y se hace reo de pena eterna; todos los beneficios de la redencion, todos los merecimientos de Cristo vendrian á esterilizarse sin duda, si fuera del Bautismo no hubiese quedado mas recurso para volver á la gracia. Mas Jesucristo vida nuestra, que se propuso salvarnos á toda costa, no se limitó á instituir el Bautismo para la remision del pecado original y cualquiera otro que haya cuando se confiera, sino que abasteció á su Iglesia de todas las gracias necesarias y la otorgó el poder competente para perdonar al hombre cada vez que, arrepintiéndose sinceramente de sus pecados, quisiese reconciliarse con su Dios. "Recibid al Espíritu Santo," dijo á sus apóstoles despues de resucitado: "los pecados "de aquellos á quienes los perdonareis, quedan perdonados, y los de aquellos á quienes "los retuviéreis quedan retenidos: *Accipite Spiritum Sanctum quorum remiseritis peccata remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.*

3. Por esto, hijos mios, el Símbolo, despues de inculcar el dogma de la Iglesia y la comunion de los Santos, consagra un artículo, y es el décimo, al dogma consolador del perdon de los pecados. Tal es la doctrina que me propongo daros en la instruccion presente; mas á fin de hacerlo con el debido método y manifestaros lo que debéis creer y entender sobre este dogma, voi á considerarle: primero, en Jesucristo verdadero Dios y hombre; segundo, en la Iglesia; y por último, en los fieles cristianos.

I.

4. El perdon de los pecados, hijos mios, ó para mejor decir, el poder para otorgarle, reside originaria y esencialmente en Dios: porque solo Dios, y nadie fuera de Dios, puede perdonar los pecados. ¿Qué cosa es el pecado? Todo pensamiento, palabra ó accion contra la Ley de Dios. ¿Qué daños hace el pecado? Destruye la alianza entre el hombre y Dios. ¿Qué se necesita para volver á esta alianza? Que desaparezca en su causa, que es el pecado. ¿Cómo puede desaparecer el pecado una vez cometido? Tan solamente por el perdon. ¿Quién es el único capaz de perdonar? El ofendido. ¿Quién es el ofendido? Dios. Luego Dios es el único en quien reside el poder de perdonar los pecados. Esto, hijos mios, es tan claro, que no exige detenidas explicaciones, pues todo el mundo ve la exactitud de tal consecuencia. Si Pedro, por ejemplo, ha robado cien

pesos á Juan; ¿quién es el deudor? Pedro. ¿Quién es el acreedor? Juan. ¿Qué se necesita para que desaparezca la deuda? perdon ó pago. ¿Quién es el único que tiene derecho aquí de perdonar? Juan: porque es el robado. Esto supuesto, así como tambien que el hombre por sí no es capaz de satisfacer á Dios por el pecado, pues puntualmente por esto padeció Jesucristo, ya véis cómo solo Dios puede perdonar los pecados. He aquí por qué, ántes que Jesucristo Señor nuestro concediese á su Iglesia esta facultad, ninguno de los hombres, ninguno de los ángeles, ninguno de los seres criados la habia llegado á tener. Por esto inculcaba el Señor al antiguo pueblo, que nadie fuera de él perdonaba los pecados; que semejante poder es propio y exclusivo suyo: "Yo soi, "decia, por la boca de Isaías (43), yo mismo soi el que borro sus maldades "por mí:" y por esto aun hoi dia, en que recibimos tan gran beneficio por el ministerio de la Iglesia, siempre creemos y confesamos que el poder es todo y solo de Dios, y la Iglesia le tiene delegado y comunicado por Su Majestad. Cuando Jesucristo Señor nuestro quiso dar á los judíos, escandalizados porque habia perdonado sus pecados al paralítico, una prueba de que lo hacia como Dios, verificó el milagro de su curacion física: "Porque sepáis, dijo, que el Hijo del hombre tiene potestad en la "tierra de perdonar pecados, dice al paralítico: "levántate toma tu cama y véte á tu "casa. Y levantóse el *paralítico*, y fuese á su casa." Ved pues, hijos mios, en primer lugar, cómo el poder de perdonar los pecados reside esencialmente en Dios; y en segundo, cómo le ejerció Jesucristo á su propio nombre. Mas detengámonos un poco todavía para considerar este Divino poder en sus relaciones con el Mesías. Siendo éste Dios y hombre verdadero, clarísimo es que en cuanto Dios tiene esencialmente por su naturaleza, el poder de perdonar los pecados; por esto decia: "Mi Padre y yo somos "una misma cosa," y por esto en aquella fervorosa oracion que le dirigió y leemos en el capítulo XVII de San Juan, dijo á su Eterno Padre: (v. 10) "Todas mis cosas son "tuyas, como las tuyas son mias." Mas, este poder de Cristo para perdonar los pecados, le tiene tambien, hijos mios, como hombre, no porque la naturaleza humana por sí sola sea capaz de esto, sino por la union hipostática de la Santa Humanidad de Jesucristo con su Divinidad en la Persona única del Verbo. Estas dos naturalezas se unieron de tal suerte desde la Encarnacion, que no pudieron ya desde entónces ni podrán jamas separarse. Por esto, siempre que se dice *Cristo*, se dice Dios y hombre verdadero; y cuanto se predica de Cristo, se predica de él como Dios y hombre verdadero; y así como, sin embargo de que Dios no puede padecer ni morir, se dice con tanta verdad que Dios padeció y murió, así tambien, sin embargo de que el poder de perdonar los pecados es propio de solo Dios, puede y debe decirse de Cristo como hombre verdadero. Puntualmente así lo inculcó él mismo en el pasaje de San Juan que acabo de referiros; pues hablando de su poder para perdonar los pecados, no quiso nombrarse por entónces Hijo de Dios, sino el Hijo del hombre: "el Hijo del hombre, dice, tiene potes- "tad en la tierra de perdonar los pecados." Por esto nuestro manual Catecismo señala el perdon ó libertad del pecado como uno de los objetos de la Encarnacion del Verbo. En efecto, hijos mios, tomando el Verbo la humanidad para sí con el objeto de sacrificarla en las aras de la Justicia Eterna, ganó con ella, por lei de la union hipostática,

un derecho pleno de perdonarnos nuestras culpas, no solo como Dios, sino tambien como hombre, ó para mejor decir: como Dios hombre; pues haciéndose hombre, fué ya nuestro Redentor. Tiene pues Jesucristo tal poder como Salvador; pues habiendo merecido infinitamente por su Sacrificio, fué nuestro Soberano para perdonarnos y para juzgarnos: adquirió este derecho con su Sangre, y para ejercerle, vino á la tierra, como leemos en San Matéo (I, 21). Por esto el Bautista le muestra como el Cordero de Dios que viene á borrar los pecados del mundo, como leemos en San Juan (I, 29); por esto, muriendo sobre la Cruz, dejó clavada en ella la cédula de nuestros pecados, como se explicaba el Apóstol en su Epístola á los Colosenses (II, 14): por esto quiere que sus apóstoles, vayan por todo el Universo, anuncien donde quiera la remision de los pecados, que él mismo concede, como lo refiere San Lúcas (XXIV, 47). Así es como fué cumplido á la letra, segun la oportuna observacion de San Pedro, cuanto los profetas habian predicho; conviene á saber: que cuantos creyesen en el Mesías, recibirian en su Nombre la remision de sus pecados; y así es cómo con las llagas de Cristo se abrieron al género humano, conforme al oráculo de Isaías, (XII, 3), las fuentes del Salvador, de donde ha manado esa agua saludable de la gracia, que habia de purificar al mundo por los méritos de su Sangre. Ved pues, hijos mios, cómo Jesucristo perdona los pecados como verdadero Dios y hombre, por su propia autoridad y no por delegacion: en consecuencia, para que los hombres pudiesen ejercer tan alta potestad, era necesario que como Dios y hombre se las comunicase. Lo verificó así en efecto, para que estas fuentes de salud, abiertas constantemente á la humanidad, la salvasen por la eficacia infinita de la gracia que en ellas se contiene. ¿A quién delegó esta facultad, y de qué modo? He aquí lo que paso á manifestaros en mi segundo punto.

II.

5. Este poder de perdonar los pecados, que tiene Jesucristo Señor nuestro, hijos mios, "porque es Dios, y que adquirió por la eficacia de sus méritos porque es Salvador, le comunicó á su Iglesia porque es su Esposa, y la comunicó á los hombres, para que en su Nombre le ejerciesen, desde que dijo á los apóstoles, y en ellos á todos los obispos y sacerdotes que habian de sucederles en el ministerio: *Id: yo os envio, como mi Padre me ha enviado á mí.* Desenvolviendo el concepto que encierra esta enunciacion tan concisa, fácil me seria demostrar que en esta delegacion solemne pasó á la Iglesia católica todo el poder de Jesucristo. Es lo mismo que si les hubiera dicho: "Destruir el pecado, santificar á los pecadores, reconciliar á los hombres con Dios, hacerles entrar de nuevo por los espacios infinitos de la esperanza al reino de los cielos: he aquí la mision que he traido á la tierra desde el seno de mi Padre. Yo me vuelvo hácia él; pero esta noble mision os queda á vosotros. Id pues por todo el Universo: llevad á su término y consumacion esta grande obra: anunciad á todos los pueblos y á todas las generaciones la remision de sus pecados. Ella es el fruto de mi muerte, y en órden á vosotros, deberá ser el blanco de vuestro ministerio."

6. "Pero no necesitamos, por cierto, de una amplificacion semejante, para comprender con toda evidencia esta delegacion solemne que hizo Jesucristo á su Iglesia para perdonar los pecados. *Tú eres Pedro*, dijo al Príncipe de los apóstoles, *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Lo que atares sobre la tierra será atado en el Cielo; lo que desatares sobre la tierra será desatado en el Cielo.*[1] La misma promesa y en los propios términos hizo despues á los otros apóstoles;[2] y á fin de que nadie dudase ni del sentido de sus promesas, ni de la naturaleza del poder que ellas encerraban, lo explica él mismo á tiempo de conferirles este poder: *Recibid al Espíritu Santo*, les dice soplando sobre ellos, despues de su Resurreccion; *los pecados de aquellos á quienes se los remitiereis, serán remitidos, y los de aquellos á quienes se los retuviereis serán retenidos.*"[3]

7. "Este poder no está circunscrito á los apóstoles, sino que pasa de ellos á sus sucesores, y éstos le comunican á cuantos ministros forman y se asocian para el desempeño de esta grande obra de que están encargados. Esto es claro por sí y está igualmente consignado en las Sagradas Letras. La mision de los apóstoles tiene por objeto la organizacion de esta sociedad que llamamos Iglesia, y no debiendo ésta limitar su duracion á la vida de los apóstoles, tampoco debió acabar con ella la grande mision que habia de ejercer sobre la tierra. Fruto de la Sangre de Jesucristo y aplicable solo por la Iglesia, la remision de los pecados debia durar tanto como ella y pasar por lo mismo á sus ministros. Por otra parte, este poder sublime y consolador, comunicado á los apóstoles por Jesucristo, debia ejercerse hasta la consumacion de los siglos, como lo vemos en el Evangelio de San Matéo;[4] pero los apóstoles no habian de tener esta duracion, y por consiguiente, el poder de perdonar los pecados habia de pasar de siglo en siglo á todos sus sucesores en el ejercicio del ministerio."

8. "Tales son las verdades que debemos creer cuando se trata del perdon de los pecados. De todo lo expuesto se infiere, que este beneficio se nos concede por Dios por los méritos de nuestro Señor Jesucristo y por el ministerio de la Iglesia. Mas como ésta no ejerce en favor de sus hijos este poder consolador, sino por medio de sus ministros, esto es: de aquellos que por el Orden sacerdotal han recibido al Espíritu Santo y la facultad de remitir los pecados, ya confiriendo el Bautismo, ya concediendo la absolucion á los penitentes, ya administrando la Extrema-uncion, debemos creer con la misma fe y confesar como otras tantas instituciones de Jesucristo los sacramentos del Bautismo, que quita el pecado original ó cualquiera otro que haya; de la Penitencia, que perdona todos los pecados que tiene el que llega á confesarse con las disposiciones necesarias; de la Extrema-Uncion, que obra el mismo efecto en el enfermo que la recibe, y el del Orden sacro, que cria un ministerio para administrar estos y los otros Sacramentos."[5]

III.

9. Réstame solo, hijos mios, considerar esta potestad sublime relativamente al cuerpo de los fieles. Ella fué concedida toda en favor de nosotros gratuitamente: se funda esta concesion en los méritos de Jesucristo Señor nuestro, y nosotros la necesitamos de

1 Math. cap. XVI, v 19.—2 Math. cap. XVIII, v 18.
3 Joann. cap. XX, v 23.—4 Cap. XXVIII, v 19 y 20.
5 Lo que va entre comillas sin una cita especial está tomado de mi Exposicion de la Doctrina católica.

tal suerte, que sin ella sería imposible conseguir el último fin para que fuimos criados. Lo primero debe hacernos conocer que nuestra purificacion es obra de la gracia de todo un Dios, obra de su amor, y esta consideracion debe producir en nuestras almas el mas vivo reconocimiento de tan gran beneficio y un amor de gratitud á este buen Dios que se ha dignado concedérnosle: lo segundo debe hacernos entender cuánto ha costado á Jesucristo el alcanzarnos esta gracia; y esta consideracion debe decidirnos á una consagracion absoluta de cuanto somos á nuestro *Divino* Redentor: lo tercero nos enseña que todo será perdido para nosotros, pues habrémos de perecer sin remedio, si no aprovechamos este inmenso beneficio, convirtiéndonos de véras al Señor y permaneciendo en su gracia; y esta consideracion debe inclinar vehementemente nuestras almas á la penitencia, decidirnos á recibir con provecho este Sacramento divino y hacernos firmes y estables en los caminos del Señor.

10. ¿Será necesario, hijos mios, que me detenga yo espacio á manifestaros el carácter gratuito del perdon de los pecados? No, ciertamente. ¿Quién de todos los que viven, de los que han existido ó existirán despues, podria nunca, sin renunciar á su propia razon y al sentido comun, pensar ó decir que el hombre tiene algun derecho propio para ser perdonado? Ninguno ciertamente. Solo Dios, por un efecto de su bondad, por un movimiento libre de su amor, puede perdonar al hombre, como ya lo habéis visto, y en consecuencia, si en efecto le perdona, esto lo hace graciosamente, y no para retribuir, no para pagar, no para cumplir con deber alguno.

11. He dicho que ningun hombre tiene derecho propio para ser perdonado, á fin de separar aquí lo que toca al hombre, de lo que pertenece á Cristo. Jesucristo pagó por nosotros, pagó superabundantemente, compró nuestra libertad con su Sangre, y en este sentido el perdon que se nos concede no es una cosa enteramente gratuita; porque costosa, dolorosa, valiosísima fué la Pasion y muerte del Hombre Dios. Pero no se trata de esto aquí: se trata de solo el hombre, se trata de nosotros, hijos mios, que no hemos dado ninguna satisfaccion á la Justicia Eterna, ni la hubiéramos podido dar nunca por mucho que hiciésemos, porque el pecado causó una deuda infinita, y el hombre no era capaz de dar una satisfaccion infinita. Luego el perdon de los pecados, que para Cristo nuestro Salvador es una gracia onerosa, y tánto, que le costó la vida; para nosotros es una gracia gratuita, que nada nos ha costado y que jamas habriamos podido adquirir por merecimiento propio. Siendo una gracia, á Dios nuestro Señor debemos todos los bienes que de ella nos resultan. ¡Qué bienes son estos! "El poder y querer "hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias." Sin ella no somos capaces ni de satisfacer ni de merecer; y como sin satisfaccion ni merecimiento no hai salvacion, clarísimo es que, sin esta gracia del perdon que Dios gratuitamente nos concede, léjos de adquirir la gloria, tendriamos que bajar á sufrir en el eterno fuego del infierno la justísima pena de nuestro pecado. Mas como Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, lo dispuso todo sapientísima y amorosísimamente para tal intento, dando á su Iglesia el poder de perdonar al pecador, y no solo una vez, sino todas las veces que éste, verdaderamente arrepentido, ocurra por esta condonacion determinado á hacer obras dignas de penitencia. Todos los merecimientos de Jesucristo, hijos mios,

se nos aplican eficazmente siempre que recibimos, mediante una confesion bien hecha, la absolucion de nuestros pecados: no hai una mancha que no se lave con su Sangre; no hai herida que no se cure con este bálsamo: no tiene límites el poder que Cristo concedió á su Iglesia para perdonar los pecados, aplicando los méritos de su Pasion y muerte. El mismo dijo que en cualquiera hora que el pecador quisiese volver á la salud, seria bien recibido, quedaria sano y salvo. Preguntado por Pedro hasta cuantas veces se habia de perdonar á los pecadores, si acaso hasta siete, le respondió: "No siete, sino hasta setenta veces siete," como leemos en el capítulo décimo-octavo de San Mateo: expresion indefinida, hijos mios, y en alto grado enfática, pues dió á entender que esta potestad sublime no tiene límite ninguno.

12. ¡Cuál debe ser pues nuestro empeño en convertirnos al Señor, siendo tan grande el poder de nuestro perdon! ¿Quién seria excusable de su indiferencia en este punto, siendo tan valioso como es el Sacrificio del Redentor! ¡Cuán solícitos debemos andar para unirnos íntimamente con él, cuando todo lo hizo movido del amor infinito que tiene á los hombres! El es, hijos mios, la verdadera vida, y nosotros somos los sarmientos. ¿Qué se infiere de aquí! Oid la consecuencia que saca el mismo Jesucristo, y la doctrina que con tal motivo nos enseña: (Joann. XV. 6.) "El que no permanece en mí "será echado fuera como el sarmiento *inútil*, y se secará, y le cogerán, y le arrojarán "al fuego, y arderá. *Al contrario*, si permaneceis en mí, y mis palabras permanecen en "vosotros: pediréis lo que quisiéreis, y se os otorgará. Mi Padre queda glorificado en "que vosotros llevéis mucho fruto, y seais *verdaderos* discípulos mios."

13. ¡Qué consecuencia, hijos mios, tan exacta y terrible al mismo tiempo! Jesucristo es la vida; luego fuera de él todo es muerte: Jesucristo es la gracia; luego fuera de él todo es castigo y pena: Jesucristo es la felicidad; luego fuera de él no hai otra cosa que desdicha, miseria y perdicion. Es la vida, porque muriendo por nosotros, destruyó la muerte, y porque sanó con su Sangre preciosa las enfermedades de toda la humanidad: es la gracia, porque nos reconcilió con su Eterno Padre, pagando nuestra deuda por sí mismo: es la gloria, porque restableciendo la alianza en su calidad de Mediador, nos asoció á sí mismo, quiso que fuéramos su mismo cuerpo místico, y en consecuencia que resucitásemos como él y subiésemos al Cielo. Ahora bien: todo esto acaba con el pecado para el infeliz que le comete: pues el pecado comienza separándole de Jesucristo y haciendo que ya no permanezca en él, y esto es la muerte de la caridad. Una vez separado de él, no es ya sino un miembro gangrenado, ó como el mismo Cristo enseña, sarmiento inútil, es decir, ya no tiene vida, porque ha perdido á su Dios. Privado de estos bienes, carece de gracia, y por lo mismo será echado fuera, y allí se secará, y de allí le tomarán los ministros de la Justicia Eterna para arrojarle al fuego por toda la eternidad. He aquí las consecuencias del pecado mortal: ¡terribles, hijos mios, pues quita la caridad al alma, y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria y la condena al infierno!

14. ¡No es pues, decidme, el extremo de la locura, el colmo de la extravagancia, el mal de todos los males sentirse herido de este fatal veneno, tener á la vista el medicamento infalible que sana, vivifica y robustece, y no acudir á él para salir de tan

infeliz estado! ¡Ah! esto no es para concebirse ni ménos para explicarse, y sin embargo, es un hecho manifiesto, constante, repetido, un hecho que ha figurado en todo tiempo como la causa de todas las desgracias, y que, sin embargo de ser por sí una experiencia tan costosa, parece haber pasado desapercibido para los hombres. Yo bien concibo, hijos mios, que nuestra fragilidad y miseria, porque de todo somos capaces, nos haga caer en el pecado, y no solo en uno, sino en muchos, esto es tan posible como el contagio, como la herida de una epidemia, como uno de tantos accidentes de la vida; pero lo que no se entiende y apénas puede creerse, á pesar de ser tan manifiesto, es, que teniendo la fe de un Dios infinitamente bueno, la conciencia de estar separado de él y la facilidad para volverse á su amor, permanezca el hombre en su pecado, viva indiferente á la privacion de la vida, de la gracia y de la gloria, y no se alarme con la certidumbre infalible de su condenacion eterna.

15. Si pues la fe, amados hijos, pone á vuestra vista en ese ministerio de salud que ejercen los sacerdotes, en ese poder para perdonar los pecados que Jesucristo concedió á su Iglesia, un remedio pronto, seguro, eficaz, infalible para salir del pecado, recobrar la gracia, volver á la union con Dios, que es la vida del espíritu, utilizar los merecimientos de Cristo, valorizar con ellos los merecimientos propios y reincorporarse así en los caminos que conducen al Cielo, levantáos al punto de este sepulcro de perdicion, si habéis tenido la desgracia de caer en él sucumbiendo al pecado mortal: corred á esas piscinas sagradas, á esas fuentes del Salvador abiertas á los leprosos arrepentidos para purificarles, á los paralíticos penitentes para restituirles el movimiento, á los muertos que quieran resucitar para volverles á la vida: llevad á los piés del ministro de la reconciliacion el insoportable peso de vuestras calamidades y miserias, y puestos con la fe y la esperanza en el tribunal de la penitencia, llorad vuestros pecados, confesadlos todos humilde y dolorosamente, proponed con todo vuestro corazon sufrirlo todo ántes que consentir en un pecado, cualquiera que sea; poned en práctica todos los medios mas propios y eficaces para evitar las ocasiones de caer en él; aceptad con todo vuestro corazon la penitencia satisfactoria que os exija el sacerdote y ofreced al mismo tiempo al Señor estar llanos y conformes en recibir todos los trabajos y penalidades y la muerte misma en satisfaccion de vuestras culpas: poned vuestra vista en el Calvario, vuestro corazon en la Víctima que allí se inmola y vuestra confianza toda en la sangre que sale de esta Víctima para salvar al mundo; y con estos sentimientos recibid la sentencia de paz y de vida que os dará Jesucristo por el ministerio de sus sacerdotes. ¡Qué dicha entónces la vuestra! Perdonados, limpios, regenerados, vueltos de nuevo á la vida, robustecidos con la gracia, rehabilitados para la gloria, volveréis, hijos mios, á ser tiernos objetos de las complacencias del Señor, templos vivos del Espíritu Santo, miembros sanos del Cuerpo místico de Jesucristo: seréis fuertes contra la tentacion, terribles para el infierno, y socios futuros de los escogidos que ya viven con Cristo en la Jerusalem celestial.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMAOCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE LA MUERTE Y EL JUICIO PARTICULAR.

Statutum est omnibus hominibus semel mori: post hoc autem judicium.

Está decretado para todos los hombres el morir una sola vez, y despues el juicio.

Hebr. Cap. IX. v. 27.

1 Con el dogma del perdon de los pecados que os he explicado, hijos mios, en mi precedente instruccion, termina la doctrina de la Iglesia relativamente al conjunto de los medios que Dios nuestro Señor ha establecido en la tierra para salvar á los hombres. Desde el primer artículo del Símbolo, en que se nos da el conocimiento de Dios considerado en sí mismo y en sus relaciones con la naturaleza humana, hasta el décimo en que se nos inculca el perdon de los pecados como un dogma de la fe, una institucion de la gracia, un medio cierto, seguro y eficaz para que el hombre se libre de la pena eterna mediante su sincera conversion, á la cual está prometida la remision de toda culpa, recorremos una série de dogmas encaminados y dirigidos todos á nuestra eterna felicidad. Despues de esto no queda ya otra cosa, ni á la Iglesia que enseñarnos ni á nosotros que aprender en el órden dogmático, sino solo cuál haya de ser el término y consumacion de nuestra carrera física y moral en la tierra. Este término puede considerarse bajo dos puntos de vista, que son: el individuo y la humanidad. Cada uno de los hombres, al morir, toca el término de su carrera en el mundo; pero este suceso no altera en manera alguna la subsistencia de la humanidad: porque ella sobrevive á todos los que mueren. Mas como á toda ésta, considerada como un cuerpo, miran tambien los dogmas católicos, debe tener ella, lo mismo que el individuo, un término y consumacion universal. He aquí por qué los artículos que siguen en el Símbolo católico se refieren todos al término y consumacion de todo, esto es: á la resurreccion de la carne al último juicio y á la eternidad.

infeliz estado! ¡Ah! esto no es para concebirse ni ménos para explicarse, y sin embargo, es un hecho manifiesto, constante, repetido, un hecho que ha figurado en todo tiempo como la causa de todas las desgracias, y que, sin embargo de ser por sí una experiencia tan costosa, parece haber pasado desapercibido para los hombres. Yo bien concibo, hijos mios, que nuestra fragilidad y miseria, porque de todo somos capaces, nos haga caer en el pecado, y no solo en uno, sino en muchos, esto es tan posible como el contagio, como la herida de una epidemia, como uno de tantos accidentes de la vida; pero lo que no se entiende y apénas puede creerse, á pesar de ser tan manifiesto, es, que teniendo la fe de un Dios infinitamente bueno, la conciencia de estar separado de él y la facilidad para volverse á su amor, permanezca el hombre en su pecado, viva indiferente á la privacion de la vida, de la gracia y de la gloria, y no se alarme con la certidumbre infalible de su condenacion eterna.

15. Si pues la fe, amados hijos, pone á vuestra vista en ese ministerio de salud que ejercen los sacerdotes, en ese poder para perdonar los pecados que Jesucristo concedió á su Iglesia, un remedio pronto, seguro, eficaz, infalible para salir del pecado, recobrar la gracia, volver á la union con Dios, que es la vida del espíritu, utilizar los merecimientos de Cristo, valorizar con ellos los merecimientos propios y reincorporarse así en los caminos que conducen al Cielo, levantáos al punto de este sepulcro de perdicion, si habéis tenido la desgracia de caer en él sucumbiendo al pecado mortal: corred á esas piscinas sagradas, á esas fuentes del Salvador abiertas á los leprosos arrepentidos para purificarles, á los paralíticos penitentes para restituirles el movimiento, á los muertos que quieran resucitar para volverles á la vida: llevad á los piés del ministro de la reconciliacion el insoportable peso de vuestras calamidades y miserias, y puestos con la fe y la esperanza en el tribunal de la penitencia, llorad vuestros pecados, confesadlos todos humilde y dolorosamente, proponed con todo vuestro corazon sufrirlo todo ántes que consentir en un pecado, cualquiera que sea; poned en práctica todos los medios mas propios y eficaces para evitar las ocasiones de caer en él; aceptad con todo vuestro corazon la penitencia satisfactoria que os exija el sacerdote y ofreced al mismo tiempo al Señor estar llanos y conformes en recibir todos los trabajos y penalidades y la muerte misma en satisfaccion de vuestras culpas: poned vuestra vista en el Calvario, vuestro corazon en la Víctima que allí se inmola y vuestra confianza toda en la sangre que sale de esta Víctima para salvar al mundo; y con estos sentimientos recibid la sentencia de paz y de vida que os dará Jesucristo por el ministerio de sus sacerdotes. ¡Qué dicha entónces la vuestra! Perdonados, limpios, regenerados, vueltos de nuevo á la vida, robustecidos con la gracia, rehabilitados para la gloria, volveréis, hijos mios, á ser tiernos objetos de las complacencias del Señor, templos vivos del Espíritu Santo, miembros sanos del Cuerpo místico de Jesucristo: seréis fuertes contra la tentacion, terribles para el infierno, y socios futuros de los escogidos que ya viven con Cristo en la Jerusalem celestial.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMAOCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE LA MUERTE Y EL JUICIO PARTICULAR.

Statutum est omnibus hominibus semel mori: post hoc autem judicium.

Está decretado para todos los hombres el morir una sola vez, y despues el juicio.

Hebr. Cap. IX. v. 27.

1 Con el dogma del perdon de los pecados que os he explicado, hijos mios, en mi precedente instruccion, termina la doctrina de la Iglesia relativamente al conjunto de los medios que Dios nuestro Señor ha establecido en la tierra para salvar á los hombres. Desde el primer artículo del Símbolo, en que se nos da el conocimiento de Dios considerado en sí mismo y en sus relaciones con la naturaleza humana, hasta el décimo en que se nos inculca el perdon de los pecados como un dogma de la fe, una institucion de la gracia, un medio cierto, seguro y eficaz para que el hombre se libre de la pena eterna mediante su sincera conversion, á la cual está prometida la remision de toda culpa, recorremos una série de dogmas encaminados y dirigidos todos á nuestra eterna felicidad. Despues de esto no queda ya otra cosa, ni á la Iglesia que enseñarnos ni á nosotros que aprender en el órden dogmático, sino solo cuál haya de ser el término y consumacion de nuestra carrera física y moral en la tierra. Este término puede considerarse bajo dos puntos de vista, que son: el individuo y la humanidad. Cada uno de los hombres, al morir, toca el término de su carrera en el mundo; pero este suceso no altera en manera alguna la subsistencia de la humanidad: porque ella sobrevive á todos los que mueren. Mas como á toda ésta, considerada como un cuerpo, miran tambien los dogmas católicos, debe tener ella, lo mismo que el individuo, un término y consumacion universal. He aquí por qué los artículos que siguen en el Símbolo católico se refieren todos al término y consumacion de todo, esto es: á la resurreccion de la carne al último juicio y á la eternidad.

2. Podria yo pues pasar desde luego á explicaros el dogma de la resurreccion de la carne, que precede al juicio universal; pero aun quiero detenerme un poco, haciéndoos algunas reflexiones acerca del término del individuo ántes de manifestaros los futuros y terribles sucesos con que concluye el Símbolo de la fe. La resurreccion de todos supone, hijos mios, la muerte de cada uno; el juicio de todos supone tambien el juicio de cada uno: la muerte y el juicio particular están por lo mismo implícitamente contenidos en los dogmas de la resurreccion y el juicio universal, y unidos entre sí como la consecuencia con su principio, segun la oportuna observacion del Apóstol en estas palabras que dirigió á los Hebreos: "Está decretado para todos los hombres el morir una "sola vez, y despues el juicio:" *Statutum est omnibus hominibus semel mori; post hoc autem judicium.* Voi pues, hijos mios, á explicaros en esta instruccion los grandes conceptos que abraza esta sentencia de San Pablo, haciéndoos algunas reflexiones: en primer lugar, acerca de la muerte, considerada como el término de todo para cada individuo; y en segundo, acerca del juicio particular, considerado como una consecuencia infalible de la muerte.

I.

3. Son mui dignas de notarse, hijos mios, las palabras con que enuncia el Apóstol esta terrible verdad, que á todos nos penetra de espanto, sin que la misma frecuencia de los casos disminuya las justas alarmas consiguientes á la certidumbre de la muerte, á lo ménos para los que piensan y meditan en esta fecunda verdad: porque habla de la muerte, no como de un suceso casual, ó simplemente natural, sino como de un destino fijo y decretado por el mismo Dios. *Está decretado para todos los hombres el morir*, dice, y con solo esto da un carácter dogmático al hecho de la muerte; porque es de fe que ésta vino al mundo en consecuencia del pecado.

4. Fué criado el hombre, como bien lo sabéis, en perfeccion, justicia y santidad, colocado en un Paraíso de delicias para vivir en la mas grata y dulce intimidad con Dios, y destinado á vivir siempre. Mas este cúmulo de felicidad fué ligado á la condicion precisa de que guardase aquel precepto de no comer del árbol prohibido, y este precepto fué sancionado con la amenaza de la muerte. "Del árbol de ciencia, de bien y de mal, "dijo Dios á Adan, "no comas, porque en cualquier dia que comieres de él morirás infa- "libilmente." Desgraciadamente, hijos mios, el hombre faltó á este precepto, la serpiente sedujo á Eva y la hizo caer en la tentacion de comer la fruta; Eva sedujo á Adan con el mismo resultado, pues le hizo comer de la fruta, y por una consecuencia de aquella trasgresion, Dios nuestro Señor juzgó á los dos esposos con arreglo á su Ley, les convenció de su crímen y pronunció esta sentencia que nos explica el por qué de la muerte:—"Multiplicaré tus dolores y tus preñeces, dijo á Eva; con dolor parirás los "hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí." Y convirtiéndose inmediatamente á Adan, le dijo: "Maldita será la tierra en tu obra: con afanes "comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás "las yerbas de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á "la tierra, de la que fuiste formado, porque polvo eres y en polvo te convertirás."

5. Ved aquí, amados hijos, el orígen, el motivo y el objeto de la muerte. A ella se dirige y conspira toda esta serie de tribulaciones y de penas que abraza la sentencia del Señor: todo conduce á la muerte. El dolor es uno de sus signos precursores, y por lo mismo es un antecedente de muerte la maldicion que arroja sobre la mujer. ¡Cuántas, en efecto, perecen víctimas de los dolores de un parto! ¡cuántas otras, aunque no mueran al instante, reciben ya con sus primeros dolores una funesta virtualidad para morir! ¿Y qué importa esta maldicion de la tierra, hijos mios? Su rebeldía para secundar los deseos del hombres. Ya desde aquel momento dejó de ser ella, con todo lo que contiene, el imperio del hombre, y la naturaleza toda parece que conspira para exterminarle: las corrientes con sus avenidas le hacen perecer; el fuego voraz le consume; el rayo le mata; el aire emponzoñado le contamina y destruye; la tierra misma, vehementemente sacudida por agitaciones subterráneas sepulta en sus entrañas pueblos numerosos y opulentas ciudades; la fiera orgullosa del desierto insulta la corona del hombre y se lanza sobre él para devorarle; el campo le niega sus mieses, para que perezca de hambre; el trabajo mismo le rinde, le enferma y conduce al fin al sepulcro. Todo pues tiende á cumplir la última sentencia del Señor, la sentencia de muerte; y por esto no puso mas término aquel Juez Divino á la congojosa y atribulada carrera del hombre sobre la tierra, que su retorno á ella para convertirse en polvo.

6. Considerad ahora por una parte todos estos elementos de muerte siempre activos, siempre fecundos y que nunca cesan en su carrera de destruccion: la carne rebelada contra el espíritu, y víctima luego de todas las pasiones; la discordia encendiendo el odio, empeñando la guerra y derramando sin término la sangre; el hambre consumiendo á unos, y la gula sepultando á otros; la peste llevando por todas partes la muerte; los climas y las estaciones haciéndonos á todos tributarios del sepulcro; las generaciones desapareciendo como las hojas de los árboles: una carrera de infortunio terriblemente expresada por esta palabra de Job: el "hombre nacido de la mujer, vive poco tiem- "po y henchido siempre de miserias."

7. Todo acaba con la muerte: la vida, el tiempo, la gracia, las pasiones, los intereses, los vínculos, las conexiones, la carrera de los individuos y de los pueblos. ¡Verdad terrible que por sí sola basta para hacernos estremecer! Pero hai todavía una circunstancia que agrava extraordinariamente más nuestra condicion en este punto, y es, que á la muerte sigue inmediatamente el juicio que fija para siempre la suerte de cada uno en la eternidad. Ponderémos pues, no ménos que la muerte del cuerpo, el juicio que sufre el alma inmediatamente que se separa de él: tal es el objeto de mi segundo punto.

II.

8. La muerte, hijos mios, no es otra cosa que el acto de separarse las dos sustancias que nos constituyen, y son: el alma y el cuerpo. Verificada esta separacion, cada sustancia sigue sus condiciones propias: el alma las del espíritu, sustancia simple, indivisible, incombinable, incapaz de refundirse ó trasformarse en otra: el cuerpo la de la materia, sustancia compuesta, divisible, combinable, corruptible. Un cuerpo separado ya del alma es una simple materia inanimada, inerte: acabaron los sentidos, acabó el

movimiento, acabó la accion, acabó la vida, con lo cual se dice todo. Mas el alma no se afecta ni puede afectarse de esta destruccion del cuerpo, porque es espiritual, indestructible, y por lo mismo subsiste y no perece, como largamente os lo tengo ya explicado en otras instrucciones: el alma es inmortal. Esto supuesto, es necesario saber de qué modo sobrevive á su separacion del cuerpo, si goza ó padece, si está bien ó está mal. Pues, hijos mios, esta cuestion se resuelve toda por Dios como Supremo Juez de vivos y muertos. El cuerpo desciende al sepulcro para convertirse en polvo; pero el alma que arrastra consigo las consecuencias de su conducta durante la vida, pues á los hombres que mueren les siguen sus obras, como dice el Apocalípsis, tiene que presentarse luego en el instante mismo al Señor para ser juzgada; y lo es en efecto de una manera terrible con toda la ciencia divina, conforme á la ley eterna y en justicia rigurosa. Este juicio, que el alma de cada uno sufre al tiempo de morir, es, hijos mios, el que llamamos juicio particular: es juicio, porque concurren á formarle todos los caractéres de un juicio, que son: el Juez, el reo, las obras, la ley, la sentencia; y es particular, porque se refiere á cada uno de los que dejan de existir.

9. No esperará pues el Señor, para fijar el destino de cada uno en la eternidad, al último dia de los tiempos, en que ha de venir á juzgar á todos los hombres; sino ántes bien, ejercerá ese sublime atributo, ese poder terrible desde el momento mismo de la muerte: en un solo instante se ha de verificar todo: muerte, juicio, sentencia y ejecucion de ella.

10. Este juicio, hijos mios, es tan cierto como la muerte misma: es terrible sin duda: primeramente, por el carácter del Juez, cuya mirada penetrante registrará en un momento solo toda nuestra vida por mui larga que sea, todos los senos mas ocultos de nuestro corazon; en segundo lugar, por el carácter del acusador que será el demonio, cuyos esfuerzos nunca mas terribles que entónces, se encaminarán todos á perdernos; en tercer lugar, por la santidad de la Ley divina, que pedirá entónces venganza contra el pecado; en cuarto lugar, por el testimonio de nuestra propia conciencia, mas valioso que todos los testimonios, y que depondrá entónces contra nosotros; y por último, por la sentencia, que si será gratísima para los buenos, destrozará horriblemente el corazon de los malos. Pero hai dos circunstancias que agravan todavía mas y mas esta consideracion de suyo tan fuerte, y son: primera, la incertidumbre del dia en que se nos ha de juzgar, consiguiente preciso de la incertidumbre del dia en que hemos de morir; segunda, el carácter definitivo, absoluto é inapelable de este juicio, cuyos efectos durarán por toda la eternidad, consecuencia forzosa del hecho de que no hemos de morir mas que una vez.

11. Ha querido el Señor que sea incierta la hora de la muerte y el juicio, á fin de precavernos contra la mas terrible y funesta de todas las sorpresas. Esta es una leccion que repitió varias veces nuestro Señor Jesucristo. Preguntado una vez por sus discípulos, si en aquel tiempo restituiria el reino de Israel, les dió una respuesta de universalísima aplicacion, diciéndoles: "No toca á vosotros el saber los tiempos ó los momentos que puso el Padre en su propio poder:" respuesta, hijos mios, que sirve tanto para probar la incertidumbre del dia en que ha de venir á juzgarnos en gloria y

magestad, como para cubrir á nuestra vista el terrible instante de la muerte. Explicando una vez el reino de los cielos en una parábola de diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco necias, y diciendo cómo repentinamente se presentó el Esposo, recibió á las unas porque estaban preparadas, y cerró sus puertas á las otras porque estaban descuidadas, concluye con esta sentencia que hace estremecer: "Vigilad, "por tanto, pues no sabéis ni el dia ni la hora." Unas veces compara este suceso á la venida de un ladron, que se presenta en el peso de la noche, sorprendiendo á todos en lo mas profundo del sueño: otras veces manifiesta que ha de llegar un tiempo en que le buscarán sin poder hallarle y morirán en su pecado. Todo esto y lo mucho que la experiencia nos enseña, prueba la incertidumbre de esta hora fatal, que no tiene regla fija ninguna. Muere el niño lo mismo que el anciano: desaparece de la vista y á veces repentinamente un jóven robusto, bien formado, lleno de vigor y que prometia una larga vida, dejando todavía sobre la tierra muchos otros, ya viejos, ya débiles, ya raquíticos, ya gravemente enfermos: espiran unos burlando la ciencia de los médicos; y sobreviven otros, sentenciados por ellos á morir: todo lo cual viene á servir de prueba concluyentísima de esta importante verdad: todos hemos de morir; pero nadie sabe cuándo, ni dónde, ni cómo.

12. Pero lo que hai de mas terrible aquí, amados hijos, es la última circunstancia que nota San Pablo, conviene á saber: que "no se muere mas que una vez." Si no se muere mas que una vez, el juicio y la sentencia consiguientes á la muerte fijarán de tal suerte nuestro destino para siempre que no nos será dado esperar consuelo si somos réprobos, ni tener cambio si se nos coloca entre los escogidos. Verdad es que á mas del juicio particular de cada uno ha de haber otro universal para todos; pero éste, no siendo como no es de apelacion ó revision, sino de gloria para Dios, manifestacion pública y universal de todos y cada uno, léjos de inducir para unos esperanza ó para otros recelo de cambio, aumentará la dicha de los buenos, tanto como la pena y confusion de los malos. ¡Dichosísimo el que muere bien; desgraciadísimo sobre toda ponderacion el que muere mal: porque ni el bien del uno ha de acabar, ni el mal del otro ha de desaparecer! Un artista que se propone hacer una obra maestra de su ingenio, la prepara en su pensamiento, comblnándolo todo para su perfeccion; reune luego todos los materiales y procede á ejecutarla. Entónces sucede una de dos cosas: ó el designio quedó perfectamente realizado, ó no: en el primer caso puede complacerse el artista de haber trabajado con el mejor éxito; pero no lisonjearse de que accidentes extraños y el tiempo mismo no desmejore, gaste paulatinamente y destruya tambien lo que ha concebido y ejecutado: en el segundo pagará un triste contingente á la pena de un lance desgraciado; mas no decaerá de animo por esto, siendo cierto que puede repetir sus ensayos cuantas veces quiera hasta dar el lleno cumplido á sus deseos. Pero no sucede así con la muerte. ¡Fué buena y preciosa en verdad á los ojos del Señor? Pues á ella sigue una dicha pura que ninguna mezcla podrá contaminar, un bien sumo que ningun deseo dejará subsistir, una felicidad eterna que no está en las manos de nadie acabar. ¡Fué desgraciada empero? Pues el mal que produce es irreparable, se sufrirá por toda la eternidad sin recurso y sin remedio. ¡Terrible consecuencia...!

13. ¿Qué mas se necesita, hijos mios, para reformar nuestra conducta, enmendar nuestra vida y convertirnos verdaderamente al Señor? Si todos hemos de morir ciertísimamente, si no hai recurso alguno para eximirse de esta ley, es necesario ver con una santa indiferencia todas las cosas que pasan, no apegarse á nada de lo que el tiempo mide y la muerte destruye, considerar la vida como una peregrinacion transitoria y en cierta manera momentánea, morir enteramente para el pecado, y vivir solo para la gracia. Si á la muerte sigue infaliblemente el juicio de Dios, y este juicio decidirá para siempre de nuestra eternidad, es preciso prevenirle de continuo con el rigoroso exámen de nuestra conciencia, ponernos á cubierto de sus rigores con la sincera conversion y la santa severidad de la penitencia. Si este juicio nos amenaza tambien con el peligro de la sorpresa, porque no sabemos el dia ni la hora en que hemos de morir, necesario es que estemos preparados, como si cada dia, cada hora y cada instante hubiésemos de comparecer ante el tribunal de Dios. Si este juicio es irrevocable en su fallo, irrevocable y perpetuo en sus efectos, porque no se muere mas que una vez, debemos trabajar constantemente para que nos sea favorable, viviendo en el santo temor de Dios, aborreciendo el pecado y todo cuanto pueda apartarnos del servicio del Señor. "Acuérdate "de tus postrimerías," dice el Espíritu Santo, "y no pecarás nunca." Tened pues siempre fijos los ojos en la muerte: meditad en el juicio del Señor: bajad con la consideracion al infierno en la vida, para no bajar despues de la muerte á aumentar el número de sus víctimas: contemplad el Cielo como vuestra futura patria, para encender vuestras esperanzas de alcanzarle y avivar vuestros temores de perderle: considerás aquí como extranjeros de partida, y obrando consecuentes con tan santo pensamiento, no exhalaréis el último suspiro sino para encontraros en los brazos y gozar de la vista y amor del Supremo Dispensador de la gloria.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA RESURRECCION DE LA CARNE.

Scio enim quòd Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum: et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum:.... reposita est hæc spes mea in sinu meo.

Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia me levantaré de la tierra, me revestiré de nuevo de mis mortales despojos y veré á mi Dios en mi carne.... esta esperanza reposa en mi corazon.

Job. Cap. XIX. v. 25, 26 y 27.

1. Os he hablado en mi precedente instruccion, hijos mios, acerca de la muerte y juicio particular, que ponen término á la carrera del hombre sobre la tierra: os he explicado en qué consiste la muerte y cómo por ella se separan el cuerpo y el alma, ésta para ser juzgada segun sus obras, y aquel para bajar al sepulcro y reducirse á polvo. Estas dos condiciones tan diversas corresponden exactamente á la naturaleza de cada sustancia: porque siendo el alma inmortal, ya por su naturaleza ya por el decreto de Dios, no puede perecer, sino que sobrevive á su separacion del cuerpo, mientras éste, que es todo material, y por lo mismo perecedero, muere en la realidad, entra en corrupcion y se confunde mas ó ménos tarde con el polvo.

2. La naturaleza del alma y la del cuerpo son objetos comunes á la fe y á la razon humana; pues la primera nos obliga á creer la inmortalidad del alma juntamente con la mortalidad del cuerpo, y la segunda lo descubre con sus luces propias y lo demuestra con la última evidencia. Mas hai un punto en que la fe obra toda y sola, sin dejar á la razon otro campo que el de explotar las consecuencias del dogma. ¿Cuál? La resurreccion de la carne. En efecto, sin la luz de la fe, jamas podria el entendimiento deducir ésto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus investigaciones, pues no llega ni podria llegar hasta aquí la virtualidad de la ciencia. Pero Dios nuestro Señor, que ligó á la venida y mision del Mesías, no solo el restablecimiento de su alianza con el hombre, mas tambien la restauracion completa de la naturaleza, no limitó las esperanzas de la humanidad á la felicidad del espíritu, sino que las extendió á la resurreccion de la carne. Esta plena restauracion de todos, esta renovacion magnífica de la humanidad verificada por Cristo, ha tenido siempre tanta virtud contra las vicisitudes de la vida, los asaltos del dolor, el abandono de los hombres, y aun el horror del sepulcro, que aun ántes de nacer el Hombre-Dios, consolaba desde el fondo de un retirado porvenir á todos los justos atribulados de la Lei antigua. El mayor de todos ellos en el padecer y en la paciencia, el Santo Job, herido de mil maneras, apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, profundamente desolado y abandonado de todos, sentía un alivio tan grande con este pensamiento, que la esperanza parecia sacarle de sí mismo á la vista del Salvador y los efectos de su Venida. "Yo sé "que vive mi Redentor, decia, y que en el último dia me levantaré de la tierra, me re- "vestiré de nuevo de mis mortales despojos, y veré á mi Dios en mi carne:..... esta es- "peranza reposa en mi corazon:" *Scio enim quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum: et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum:..... reposita est hæc spes mea in sinu meo.*

3. Este es, hijos mios, el dogma que nuestra Santa Madre la Iglesia nos inculca en el undécimo artículo de su Símbolo con estas palabras: "Creo la resurreccion de la "carne:" dogma consolador para toda la humanidad, é incontrastable, pues que está fundado todo en las palabras y aun en la misma Resurreccion del Mesías, como lo explicaba tan clara y sábiamente el Apóstol. Llámase resurreccion de la carne con mui especial intento, para cerrar la puerta á todo linaje de errores y dejar expuestas á plena luz todas las verdades. El hombre es un ser compuesto de cuerpo y alma; la resurreccion supone la muerte; y como lo que muere en el hombre no es el alma sino solo el cuerpo, que es lo que se entiende por carne, lo que resucita en él es la carne, es el cuerpo, y de ninguna manera el alma. Con esta enunciacion tan precisa no pudo ya tener entrada ninguna herejía, pues ya no pudo decirse que todo muere en el hombre: porque no ha de resucitar mas que su cuerpo, ni se ha de entender, como lo inculcaban algunos herejes, que se trata de una resurreccion espiritual en cuya virtud el alma pasa de la muerte del pecado á la vida de la gracia, sino de la resurreccion del cuerpo, que es la carne, á diferencia del alma, que es el espíritu. Voi pues, hijos mios, á daros acerca de esta futura resurreccion de la carne la instruccion conveniente, aunque procurando siempre hacerlo con toda la brevedad posible. Dos cosas hai que saber principalmente para la plena inteligencia de esta doctrina, y son: primera, las pruebas dogmáticas que forman la demostracion católica de este artículo de nuestra fe; segunda, el carácter propio de la resurreccion de la carne, ó sea el modo con que ha de verificarse y los efectos de ella: tales serán, por tanto, los puntos contenidos en la instruccion presente.

I.

4. Las pruebas dogmáticas de la resurreccion de la carne, hijos mios, son tan abun-

dantes como robustas, pues las Santas Escrituras, y la Iglesia católica con su voz infalible las inculcan de una manera tan clara, que no dejan lugar ni á la confusion ni á la duda. "El Señor es el que da la muerte y la vida, el que conduce al sepulcro y li- bra de él," leemos en el capítulo II, v. 6 del primer Libro de los Reyes, y esta sentencia nos da una doble luz para percibir clara y distintamente tan importante verdad, pues además de confirmar el dogma de la resurreccion de la carne con palabras tan expresas, señala como causa única de este portento el poder de la Divinidad. Luego debemos creer que solo Dios puede resucitar los cuerpos haciéndoles volver á la vida, ya por sí mismo, ya por medio de aquellos á quienes se digne comunicar este poder. Por esta comunicacion divina Elías resucitó al hijo de la viuda de Sarepta, Eliséo al de la Sunamítide, y las cenizas de este mismo Profeta hicieron volver á la vida un muerto que ya estaba sepultado. Estos hechos constan: el primero en el capítulo XVII, v. 17 y siguientes del tercer libro de los Reyes; el segundo en el capítulo IV, v. 29, y el úl- timo en el XIII, vv. 20 y 21 del cuarto libro de los Reyes. Ved aquí magníficamente prevenido con hechos particulares bien acreditados el dogma de la universal resurrec- cion de la carne: porque si Dios nuestro Señor ha resucitado ya en otros tiempos á cier- tas personas, nada tiene de incomprensible que resucite á todos los muertos en el últi- mo dia; pues no se necesita de mas poder para lo uno que para lo otro.

5. Habéis visto ya el oráculo de Job, y cómo este personaje profetizó clara y dis- tintamente la resurreccion universal; pues habla del último dia, y este es precisamente el señalado en los decretos divinos para preparar con la resurreccion de todos los cuer- pos el juicio de todos los hombres. Oid ahora el mismo anuncio puesto por el Espíritu Santo en la boca de Ezequiel, como leemos en el Libro de éste, capítulo XXXVII, vv. 4, 5 y 6: "*Profetiza*, dijo el Señor á Ezequiel, mostrándole un campo de huesos dis- persos y disecados, "hijo del hombre, ve á profetizar sobre estos huesos. El Señor ha "dicho: "Yo os haré salir de los monumentos en que hoi estáis encerrados; yo reorga- "nizaré los nervios, las carnes, y por último, la piel con que estábais cubiertos; yo os "comunicaré mi espíritu, un espíritu de vida, y viviréis: entónces comprenderéis que "Yo soi el Señor, *á quien todo es posible.*"

6. Si del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, encontrarémos, hijos mios, inculcada la misma verdad. El mismo Jesucristo Señor nuestro tuvo cuidado de enseñarla, y no contento con esto, combatió á una secta que negaba la resurreccion de los cuerpos; esta secta era la de los Saduceos, segun leemos en el cap. XXII de San Mateo. Como ellos impugnasen entre los judíos el dogma de la vida futura y de la resurreccion de la carne, Jesucristo se las probó fundándose para esto en que Dios se llamaba el Dios de "Abraham, de Isaac y de Jacob, y en que no es Dios de los muertos, sino de los vivos."

7. En otra ocasion, hablando el mismo Divino Maestro á sus discípulos, como leo- mos en el capítulo V, vv. 25 y 29 de San Juan, les dijo: "En verdad os digo que viene "la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán los que hicieron "buenas obras, á resucitar para la vida eterna; pero los que las hicieron malas resuci- "tarán para ser condenados." Nada mas expreso, hijos mios, que estas palabras de Je- sucristo: ellas despiden una luz clarísima sobre cuanto contienen acerca de este dog-

ma los Libros del Antiguo Testamento, establecen la universalidad de la resurreccion y muestran al mismo tiempo la condicion mui diversa de las dos grandes clases comprendidas en la totalidad de los muertos; la de los buenos para la vida eterna, y la de los malos para el eterno padecer.

8. Esta misma doctrina inculcó con toda la fuerza del mas estrecho raciocinio el apóstol San Pablo á los fieles de Corinto en su primera Epístola, rebatiendo ciertas vagas especies que andaban circulando contra este mismo dogma, cuya verdad infiere de la misma Resurreccion de Cristo, arguyendo ya directa ya indirectamente: "Si se "predica á Cristo resucitado de entre los muertos, les decia: ¿cómo es que algunos de "vosotros andan diciendo que no hai resurreccion de muertos? Pues si no hai resur- "reccion de muertos como ellos dicen, luego tampoco resucitó Cristo. Mas si Cristo no "resucitó, luego vana es nuestra predicacion, y vana tambien vuestra fe: á mas de es- "to somos convencidos de testigos falsos respecto á Dios: por cuanto hemos testificado "contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no ha resucitado, si los muertos "no resucitan." Para sentir toda la fuerza del raciocinio de San Pablo, conviene tener presente que aquellos de quienes habla negaron la resurreccion de los muertos, pero de ningun modo la de Jesucristo; sino ántes bien, la creian con toda su fe y confesaban con todo su corazon que Jesucristo habia resucitado. Entónces el Apóstol, partiendo de lo que ellos sabian, creian y confesaban, les arguye con toda fuerza: pues diciéndo- les que si no hai resurreccion de muertos, Cristo no habia resucitado, les obligaba es- trechamente á confesar la resurreccion de los muertos, como acabáis de ver, y por esto concluye diciendo: "Pero Cristo, hermanos mios, ha resucitado de entre los muertos y "ha venido á ser como las primicias de los difuntos." Esta misma doctrina inculcó á los Tesalonisenses, como leemos en los versículos 12 y siguientes de su primera Epístola; y en el capítulo IV del Libro de los Hechos apostólicos vemos que San Pedro y San Juan fué- ron reducidos á prision por haber predicado esta misma doctrina.

9. ¡Qué os diré de la Iglesia católica? Ella, hijos mios, habla con toda la plenitud de su autoridad en su Símbolo. El de los apóstoles dice: "Creo la resurreccion de la carne;" el de Nicéa dice: "Espero la resurreccion de los muertos y la vida del siglo "que ha de venir;" y estas enunciaciones repetidas de todos los fieles desde el principio del cristianismo hasta nuestros dias, manifiestan, como las de todos los otros artículos de la fe, lo que hai de mas firme, universal, constante y perfecto en la historia de las creencias. Ved pues, hijos mios, cómo la Sagrada Escritura y la Santa Iglesia católica, dan un testimonio el mas explícito, fuerte y autorizado que se pudiese apetecer á la verdad de la resurreccion de la carne. Pasemos al segundo punto.

II.

10. "¡Cómo ha de ser la resurreccion de la carne!" pregunta nuestro catecismo; y responde: "Tornándose á juntar estos propios cuerpos nuestros con nuestras almas á vi- "da inmortal y eterna." Oid ahora, hijos mios, la explicacion que muchas veces oisteis de sus mismos labios á mi venerable, sabio y mui ilustre Predecesor. "Todos des-

pertarémos y nos levantarémos, dice;[1] todos resucitarémos. Nuestro cuerpo con- vertido en polvo, y del cual nadie podrá decir dónde está, volverá á verse afirmado y sostenido con sus huesos y nervios, y rodeado de su piel y de su carne: estos mismos huesos y estos mismos nervios, esta misma piél y esta misma carne que ahora tene- mos.[2] Dios no tendrá que dar á los muertos otros cuerpos quedando los primeros he- chos polvo: porque si otros fueran nuestros cuerpos, otros fuéramos nosotros y no los mismos que ahora somos; ni tendriamos las relaciones que ahora ténemos de padres, hijos y hermanos, porque estas relaciones de familia y parentesco están en la carne y en la sangre. Dios no tendrá que dar á los muertos otros cuerpos, quedando los pri- meros hechos polvo por la muerte: porque la muerte será el último enemigo destruido por el Redentor;[3] y la muerte no fuera destruida si Dios tuviera que dar á los muer- tos otros cuerpos, quedando los primeros hechos polvo por la muerte: porque eso es la muerte, quedar el cuerpo sin el alma para corromperse y convertirse en polvo. Cuando resucitemos se cumplirá esta palabra de la Escritura: "Aniquilada ha sido la muerte en la victoria, pudiéndosele preguntar: ¡la victoria tuya, dónde está, oh muerte! *Absorta est mors in victoria. ¿Ubi est mors victoria tua?* Y si Dios tuviera que dar á los muer- tos otros cuerpos, quedando los primeros hechos polvo por la muerte, ella podia res- ponder: "Aquí está mi victoria: el Omnipotente ha tenido que criar otros cuerpos, que- dando los primeros hechos polvo por mi poder;" esta es mi victoria." No tendrá Dios pues que dar á los muertos otros cuerpos, sino que resucitarémos en estos propios cuer- pos nuestros, tornándose á juntar con nuestras almas á vida inmortal y eterna. San Pablo decia: "Gemimos dentro de nosotros esperando la perfecta adopcion de hijos de Dios con la redencion de nuestro cuerpo."[4] Es decir: nuestras almas están ya redimi- das; nuestros cuerpos todavía no. Y claro es que ninguna seria la redencion de nuestros cuerpos, si ellos quedaran para siempre convertidos en polvo. Resucitarémos pues en es- tos propios cuerpos nuestros. ¡Y por qué otros cuerpos habian de ser glorificados y premiados con la vida eterna en la bienaventuranza, y no los que participaron de los tormentos de la Cruz por medio de la penitencia? ¿Podria esto caber en la justicia per- fecta de Dios? Resucitarémos pues en estos propios cuerpos nuestros, y resucitarémos en un momento, en un abrir y cerrar de ojos. Pero muchas cosas ha de hacer Dios en ese abrir y cerrar de ojos: pondrá en movimiento á los huesos secos de todos los muer- tos, y se oirá un grande estrépito, y se acercarán huesos á huesos, cada cual á su co- yuntura, y Dios sobre los huesos pondrá nervios, y sobre los nervios hará crecer carnes, y por encima de las carnes estenderá piel; sin tener alma todavía los cuerpos: mas en ese momento, formados ya los cuerpos con sus huesos, con sus nervios, con sus carnes y su piel, volverán las almas de cada uno de ellos, cada alma á su cuerpo, y entrarán, y los cuerpos revivirán, y se levantarán sobre sus piés como un ejército en extremo gran- de, para comparecer todos los hombres ante el Señor, y que cada uno reciba segun lo que ha hecho ó bueno ó malo en el propio cuerpo.[5] Todo esto, y de una manera dis- tinta lo vió en espíritu el grande profeta Ezequiel.[6] Así en el dia del glorioso adveni-

1 Pastoral del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano G. de Portugal sobre el Credo, cap. XLVII.
2 1 Cor. cap. 15, v. 26.—3 1 Cor. cap. 15, v 35.—4 Rom. cap. 8, v 23.—5 II Cor. cap. 5, v 10.
—6 Ezechiel, cap. 37, vv 5, 18. Isaiæ, cap. 35, v 8. Apoc. cap. 21, v 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento del Señor será la muerte aniquilada, será arrojada para siempre, no será ya mas: *Præcipitabit mortem in sempiternum, et mors ultra non erit.*"

11. "Mas aun no está explicado todo lo que se ha de ver en la resurreccion de los muertos. He aquí un misterio: todos resucitarémos, mas no todos serémos trasformados. La resurreccion será gloriosa para los que se salven. En ellos se verá un feliz cambiamiento. Todos resucitarémos incorruptibles: mas los escogidos resucitarán incorruptibles para ser glorificados; y los réprobos resucitarán incorruptibles para ser atormentados. *Ecce mysterium vobis dico: omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.* Nosotros sí serémos trasformados, *et nos immutabimur*, decia San Pablo. Se contaba y contaba á los fieles á quienes escribia en el número de los escogidos. Así me cuento yo fiado en la misericordia de Dios, y os cuento á vosotros á quienes me dirijo, hermanos, y digo con San Pablo: *et nos immutabimur;* nosotros sí serémos trasformados: hará el Señor la redencion de nuestros cuerpos, y perfeccionará en nosotros la adopcion de hijos de Dios: nos llamará del fondo de los sepulcros, y nosotros despertarémos del sueño de la muerte, y oirémos la voz del Hijo de Dios,[1] y le responderémos,[2] y nos dirá: acabad de despertar los que estáis en el polvo, venid á la inmortalidad y cantad alabanzas á Dios: levantáos, salid, descubrios,[3] y nos alargará su mano omnipotente para que nos levantémos, y nos levantarémos llenos de gloria:[4] nuestros cuerpos, sepultados en corrupcion, se levantarán incorruptibles con una incorruptibilidad dichosa: nuestros cuerpos, sepultados en flaqueza, se levantarán en vigor: nuestros cuerpos, puestos en la tierra como cuerpos animales, se levantarán como cuerpos espirituales:[5] y el Señor hará caer sobre nosotros su rocío de luz, rocío de luz divina:[6] y nuestros cuerpos serán hechos cuerpos celestiales, cuerpos de luz y claridad conformes al cuerpo glorioso del Señor.[7] Y como él es el Hijo natural de Dios engendrado en resplandores santos, haciendo á nuestros cuerpos, cuerpos de luz y claridad, perfeccionará nuestra adopcion de hijos de Dios. En nuestra vida mortal con la gracia de la justificacion nos da un rigoroso derecho á tener parte en la herencia que le corresponde como á Hijo natural de Dios, en el cual rigoroso derecho consiste la gracia de adopcion: despues de resucitados, con su luz y claridad y resplandores santos nos comunicará mas su cualidad de Hijo de Dios: perfeccionará nuestra adopcion de hijos de Dios."

12. "Dará tambien á nuestros cuerpos, á cada uno en particular, una singular y propia hermosura, segun los diferentes dotes que hubiere puesto en nuestras almas bienaventuradas.[8] Así como una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la claridad de las estrellas, y aun hai diferencia de estrella á estrella en la claridad, así sucederá tambien en la resurreccion y redencion de nuestros cuerpos, cuando se perfeccione nuestra adopcion de hijos de Dios: dará el Señor á nuestros cuerpos, á cada uno en particular, diferente hermosura y diferente claridad."[9]

13. "Y seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en los aires."[10] ¡Oh!

1 I Cor. cap. 15, vv 51 y 52. Joann. cap. 5, v 25. Cap. 5, vv 28 y 29. Daniel cap. 12, v. 8. I Cor. cap. 15, vv 51 y 52.—2 Job. cap. 24, v 15.—3 Isaiæ. cap. 26, v 19. cap. 49, v 9.—4 Job. cap. 24, v 15. Isaiæ. cap. 66, v 14.—5 I Cor. cap. 15, vv 41 y 48.—6 Isaiæ. cap. 26, v 19.—7 Philipp. cap. 3, v 21.
8 I Thess. cap. 4, v 16. Isaiæ. cap. 23, v 21. Ephes. cap. 1, v 7. cap. 2, v 7. Rom. cap. 9, v 23.—9 Apoc. cap. 15, v 3. Rom. cap. 8, vv 18, 19, 23 y 24. Apoc. cap. 7, v 12.—10 Matth. cap. 13, v 49. cap. 25, vv 31, 32 y 33. Daniel. cap. 7, v 10. Apoc. cap. 10, v 2. cap. 19, v 20. Isaiæ. cap. 13, v 8.

¡Qué espectáculo! Todos los santos y todos los justos con sus cuerpos resplandecientes, unos como el sol, claros otros como la luna, brillantes otros como las estrellas, y todos con la belleza singular que hará diferente al uno respecto del otro en belleza y claridad, ¡qué espectáculo! y millares de millares de ángeles resplandeciendo tambien con la luz admirable que les es propia, y el Verbo de Dios nuestro Señor Jesucristo, brillando con sus resplandores divinos infinitamente más; ¡qué espectáculo tan magnífico! ¡Entónces veremos cuánta es la grandeza del Señor para honrar á sus siervos! ¡cuán grandes las riquezas de su bondad sobre los dichosos que preparé para su gloria, y la abundancia de sus gracias para sus escogidos! ¡y cuán incomprensibles los tesoros de la sabiduría y ciencia del Señor!"

14. "Todos resucitarémos, dijimos, mas no todos serémos trasformados. Todos resucitarémos incorruptibles; mas los escogidos con una incorruptibilidad dichosa para ser glorificados: y los réprobos con una incorruptibilidad infeliz para ser atormentados. Quiere decir esto: los cuerpos de los miserables que murieron en sus pecados, no serán cuerpos de luz y claridad como los cuerpos de los justos y los de todos los que arrepentidos de sus pecados con un verdadero espíritu de penitencia murieron con una muerte preciosa á los ojos del Señor: los cuerpos de los miserables que murieron en sus pecados serán incorruptibles, pero ni tendrán calor de vida, ni buen olor, ni belleza, ni aire de magestad: porque sus almas salieron de este mundo sin la luz y claridad de la fe viva y sin el calor divino del amor puro: y no tuvieron la fragancia de la castidad, ni la magestad de la liberalidad, ni la tranquilidad de la paciencia, ni la santidad de la templanza, ni lo grande y elevado y celestial de la humildad. Los cuerpos de los miserables que murieron en sus pecados resucitarán con toda la fealdad que haga manifiesta la depravacion de sus almas: éstos con la lepra de su avaricia: aquellos con los tumores de su soberbia: los otros con las llagas de su lujuria: con el encendimiento de su ira: con lo pálido ó cárdeno de su envidia: con la pesadez de su gula: con la opacidad horrenda de su incredulidad: y todos despidiendo una insufrible hedionda; no obstante su incorruptibilidad, porque fermentaron en ellos hasta su muerte los malos pensamientos, los odios, las enemistades, las venganzas, las inmundicias de la carne, las blasfemias, y todas las abominaciones de la maldad. Se mirarán unos á otros como estúpidos,[1] y gritarán á los montes diciendo: caed sobre nosotros y cubridnos; no queremos ser vistos:[2] y estarán sobrecogidos de un terror sumo, y se consumirán de temor y sobresalto por las cosas que seguirán;[3] y querrán hundirse en las profundidades de la tierra por causa de la presencia formidable del Señor, y de la gloria terrible de su Omnipotencia y Magestad.[4] Pero de cerca el Señor derramará su ira sobre ellos y completará en ellos todo su furor."[5]

15. Ved pues, hijos mios, cómo la resurreccion de la carne es un dogma de nuestra fe, un objeto de nuestra esperanza y un motivo nuevo para unirnos y estrecharnos á Dios con el vínculo de la caridad. Es un dogma de nuestra fe, pues le hallamos inculcado en las Sagradas Letras, enseñado por la Santa Iglesia católica. Es un

1 Isaiæ. cap. 23, v 8.—2 Luc. cap. 23, v 30.—3 Luc. cap. 21, v 26.
4 Isaiæ. cap. 2 v 19. II Thess. cap. 1, v 9. Paráfrasis.

objeto de nuestra esperanza, pues que promete la gloria no solamente al alma sino tambien al cuerpo, siendo así que los cuerpos de los justos han de resucitar para gozar eternamente de la gloria. Es un estímulo para la caridad, pues no hai ciertamente palabras para encarecer el amor de un Dios, que en su plan y designios de hacernos felices no ha olvidado ni lo mas bajo y humilde de nuestro ser, que es el cuerpo, sino ántes bien, ha querido destinarle al goce de la nueva vida y reflejar tambien hácia él los esplendores de su gloria. Habéis visto cómo esta futura resurreccion ha de ser universal, aunque con destino mui diverso en los escogidos y en los réprobos. Los cuerpos de los primeros resucitarán perfectos y hermosos sin lesion alguna: los mártires resucitarán con todos sus miembros íntegros, conservando sus cicatrices como perdurables monumentos de su triunfo y esmaltes riquísimos que realzarán su hermosura: serán favorecidos los cuerpos de los justos con los inefables dotes de la gloria, que son: la *impasibilidad*, esto es: la incapacidad de padecer ni sentir cosa que moleste ó disguste; la *claridad*, que les hará resplandecientes como soles, como se explicaba el mismo Jesucristo; la *agilidad*, ó sea la exencion de estos obstáculos que el peso, la gravedad y la inercia ponen á nuestro cuerpo en esta vida mortal, para moverse al arbitrio del alma; y por último, la *sutileza*, "por la cual, dice el Catecismo romano, estará el cuerpo sujeto en todo al imperio del alma, y la servirá y estará pronto á su arbitrio." Mas los cuerpos de los malos, aunque resucitarán íntegros y para nunca mas morir, no tendrán nada de lo que significa goce y hermosura, y sí todo lo que repugna y aparta, y causa dolor y perpetúa el tormento.

16. ¿Y será necesario, hijos mios, que me detenga yo á explicaros los importantes frutos que debéis sacar de esta doctrina? ¿Deberé exhortaros aquí á dar á Dios humildes, rendidas y amorosas gracias por habernos revelado una verdad oculta por tantos siglos al entendimiento de los sabios? ¿Se necesita mas que esto para moveros, inclinaros y decidiros á vivir de modo que resucitéis, no para la pena eterna, sino para la felicidad suma y perdurable vida? No, hijos mios: esto habla mui alto para no ser escuchado, está mui de manifiesto para que escape á la vista, versa sobre el mas grande interes para que exonse la indiferencia. No, amados hijos, no: que no sea perdida para vosotros una doctrina tan consoladora y al mismo tiempo tan terrible. Castigad aquí vuestra carne, para prepararla un delicioso porvenir: amad las santas austeridades de la penitencia, pues que os brindan con una recompensa tan magnífica. De esta suerte un dogma que tanto fecunda la esperanza, quitará de vuestro pecho la zozobra del sepulcro y aliviará vuestro corazon del sobresalto de la muerte, seguros, como debéis estarlo, de que, si moris en la gracia del que resucitó por nosotros, resucitaréis como él para la gloria, y con vuestro mismo cuerpo resplandeceréis con superiores luces á los astros en los espacios infinitos de la eternidad.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUADRAGESIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

Hic Jesus, qui assumptus est á vobis in cœlum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cœlum.

Este Jesus, que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá, como lo habéis visto ir al cielo.

Act. Cap. I. v. II.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, el dogma católico de la universal resurreccion de la carne, de este acontecimiento cuya sublimidad excede á toda ponderacion, de esta maravilla en que Jesucristo, haciendo en un momento salir del sepulcro y venir á su presencia el incontable y pasmoso número de las generaciones, hará resplandecer con divina luz toda la gloria de su triunfo sobre la muerte, debo tratar ya del grande objeto de esta resurreccion, que es juzgar á todos los hombres, para que todos, así malos como buenos, lleven en su cuerpo y en su alma ya el castigo ya el premio por toda la eternidad. En efecto, la resurreccion de la carne será el inmediato antecedente del Juicio universal, así como éste la gran consumacion de todo el pensamiento de Dios acerca de los hombres, de todos los misterios de la religion, de la marcha de la humanidad, el último asunto y definitivo término de la historia, el suceso que hará espirar el curso de los siglos ante la inmóvil eternidad.

2. Si Jesucristo Señor nuestro vino por la primera vez al mundo con el carácter de Redentor, pues como bien sabéis, para redimirnos del pecado con su Pasion y muerte y abrirnos con sus merecimientos infinitos las puertas del Cielo, se hizo hombre y vivió entre nosotros, como dice el Evangelista; si subió á sentarse á la diestra de su Padre, despues de su Resurreccion gloriosa, para poner á su Santísima Humanidad en plenísima posesion de la gloria, y allí se nos presenta con el carácter inefablemente dulce y consolador de Patrono cerca de su Eterno Padre, á fin de alcanzarnos de su bondad y misericordia todo linaje de beneficios; un dia llegará en que venga otra vez al mundo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

objeto de nuestra esperanza, pues que promete la gloria no solamente al alma sino tambien al cuerpo, siendo así que los cuerpos de los justos han de resucitar para gozar eternamente de la gloria. Es un estímulo para la caridad, pues no hai ciertamente palabras para encarecer el amor de un Dios, que en su plan y designios de hacernos felices no ha olvidado ni lo mas bajo y humilde de nuestro ser, que es el cuerpo, sino ántes bien, ha querido destinarle al goce de la nueva vida y reflejar tambien hácia él los esplendores de su gloria. Habéis visto cómo esta futura resurreccion ha de ser universal, aunque con destino mui diverso en los escogidos y en los réprobos. Los cuerpos de los primeros resucitarán perfectos y hermosos sin lesion alguna: los mártires resucitarán con todos sus miembros íntegros, conservando sus cicatrices como perdurables monumentos de su triunfo y esmaltes riquísimos que realzarán su hermosura: serán favorecidos los cuerpos de los justos con los inefables dotes de la gloria, que son: la *impasibilidad*, esto es: la incapacidad de padecer ni sentir cosa que moleste ó disguste; la *claridad*, que les hará resplandecientes como soles, como se explicaba el mismo Jesucristo; la *agilidad*, ó sea la exencion de estos obstáculos que el peso, la gravedad y la inercia ponen á nuestro cuerpo en esta vida mortal, para moverse al arbitrio del alma; y por último, la *sutileza*, "por la cual, dice el Catecismo romano, estará el cuerpo sujeto en todo al imperio del alma, y la servirá y estará pronto á su arbitrio." Mas los cuerpos de los malos, aunque resucitarán íntegros y para nunca mas morir, no tendrán nada de lo que significa goce y hermosura, y sí todo lo que repugna y aparta, y causa dolor y perpetúa el tormento.

16. ¿Y será necesario, hijos mios, que me detenga yo á explicaros los importantes frutos que debéis sacar de esta doctrina? ¿Deberé exhortaros aquí á dar á Dios humildes, rendidas y amorosas gracias por habernos revelado una verdad oculta por tantos siglos al entendimiento de los sabios? ¿Se necesita mas que esto para moveros, inclinaros y decidiros á vivir de modo que resucitéis, no para la pena eterna, sino para la felicidad suma y perdurable vida? No, hijos mios: esto habla mui alto para no ser escuchado, está mui de manifiesto para que escape á la vista, versa sobre el mas grande interes para que exonse la indiferencia. No, amados hijos, no: que no sea perdida para vosotros una doctrina tan consoladora y al mismo tiempo tan terrible. Castigad aquí vuestra carne, para prepararla un delicioso porvenir: amad las santas austeridades de la penitencia, pues que os brindan con una recompensa tan magnífica. De esta suerte un dogma que tanto fecunda la esperanza, quitará de vuestro pecho la zozobra del sepulcro y aliviará vuestro corazon del sobresalto de la muerte, seguros, como debéis estarlo, de que, si moris en la gracia del que resucitó por nosotros, resucitaréis como él para la gloria, y con vuestro mismo cuerpo resplandeceréis con superiores luces á los astros en los espacios infinitos de la eternidad.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUADRAGESIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

Hic Jesus, qui assumptus est á vobis in cœlum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cœlum.

Este Jesus, que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá, como lo habéis visto ir al cielo.

Act. Cap. I. v. II.

1 Despues de haberos explicado, amados hijos, el dogma católico de la universal resurreccion de la carne, de este acontecimiento cuya sublimidad excede á toda ponderacion, de esta maravilla en que Jesucristo, haciendo en un momento salir del sepulcro y venir á su presencia el incontable y pasmoso número de las generaciones, hará resplandecer con divina luz toda la gloria de su triunfo sobre la muerte, debo tratar ya del grande objeto de esta resurreccion, que es juzgar á todos los hombres, para que todos, así malos como buenos, lleven en su cuerpo y en su alma ya el castigo ya el premio por toda la eternidad. En efecto, la resurreccion de la carne será el inmediato antecedente del Juicio universal, así como éste la gran consumacion de todo el pensamiento de Dios acerca de los hombres, de todos los misterios de la religion, de la marcha de la humanidad, el último asunto y definitivo término de la historia, el suceso que hará espirar el curso de los siglos ante la inmóvil eternidad.

2. Si Jesucristo Señor nuestro vino por la primera vez al mundo con el carácter de Redentor, pues como bien sabéis, para redimirnos del pecado con su Pasion y muerte y abrirnos con sus merecimientos infinitos las puertas del Cielo, se hizo hombre y vivió entre nosotros, como dice el Evangelista; si subió á sentarse á la diestra de su Padre, despues de su Resurreccion gloriosa, para poner á su Santísima Humanidad en plenísima posesion de la gloria, y allí se nos presenta con el carácter inefablemente dulce y consolador de Patrono cerca de su Eterno Padre, á fin de alcanzarnos de su bondad y misericordia todo linaje de beneficios; un dia llegará en que venga otra vez al mundo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no ya para redimirle, pues esta obra quedó consumada con su muerte en una Cruz, no ya para interceder por el hombre, pues habrá pasado entónces el tiempo aceptable y de propiciacion; sino con el tremendo carácter de Juez de vivos y muertos, para juzgarnos á todos, hacer la terrible separacion de las ovejas y los cabritos, llevar á las primeras, como el gran cuerpo de sus escogidos, á la vida de su gloria, y precipitar á los segundos, como el inmenso pueblo de los precitos y réprobos, al fuego inextinguible del infierno, donde arderán por toda la eternidad.

3. No hai duda que el poder de juzgar pertenece á Dios, como el atributo de la justicia, y en consecuencia corresponde á cada una de las Tres Divinas Personas; pero por lei de atribucion especial ha de ser ejercido por Jesucristo, y no solo en cuanto Dios, sino tambien en cuanto hombre; pues como el mismo Divino Maestro lo enseñó, y leemos en el capítulo V de San Juan: "Así como el Padre tiene vida en sí mismo, "así dió al Hijo tener vida en sí mismo, y le dió poder de juzgar, por ser Hijo del hom"bre." Nada en efecto mas conveniente que el que Cristo Señor nuestro juzgue por sí mismo á los hombres; pues de esta manera su juicio pronunciado por sus mismos labios, no solo será entendido de la mente, sino que afectará tambien todos los sentidos del cuerpo, y por otra parte será íntegramente obsequiada la razon y la justicia: porque el Hombre-Dios compró, por explicarme de esta suerte, con el hecho misericordioso de redimirnos, el derecho de juzgarnos á todos: á los que injustamente le sacrificaron haciéndole pasar por una carrera de tormentos hasta darle muerte en una Cruz; á los dichosos que supieron aprovechar el tesoro de sus gracias para ganar una sentencia favorable; y á los otros que, ó despreciaron su redencion permaneciendo en la infidelidad, ó vilipendiaron su Nombre y su Lei crucificándole de nuevo con el pecado mortal. He aquí por qué la razon, la justicia, la misma Sabiduría infinita de Dios exigian imperiosísimamente un juicio definitivo y último para toda la humanidad, un juicio en que todos compareciesen á dar cuenta de sus acciones, un juicio, por último, verificado nada ménos que por el mismo Salvador del mundo. A este juicio, hijos mios, aludieron los ángeles que aparecieron á los apóstoles á la sazon que éstos tenian puestos los ojos en el cielo, siguiendo la gloriosa Ascension de Jesucristo despues de resucitado. Manifestáronles que de aquel mismo modo, es decir: con aquella Majestad sublime, con aquella dignidad inefable, con aquel divino poder, con aquella resplandeciente gloria con que le acababan de ver alzarse de la tierra y subir al Cielo, así tambien habia de venir otra vez á la tierra, sin duda alguna para juzgar á los hombres. "Este Jesus, les dije"ron, que de vuestra vista se ha subido al Cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al "Cielo:" *Hic Jesus, qui assumptus est à vobis in cælum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cælum.* He aquí por qué la Santa Iglesia, queriendo celebrar de algun modo las dos venidas de nuestro Señor Jesucristo, apénas consigna el dogma de su Ascension á los cielos, cuando inculca el de su Advenimiento segundo á juzgar á los hombres, diciendo: "Desde allí" (esto es, desde el Cielo, donde está sentado á la diestra de Dios Padre), "ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos."

4. Ya os he dicho que hai un juicio particular que sufre cada uno de los que mueren, en el acto mismo de morir, y un juicio universal para todos los hombres: que el uno

es tan de fe como el otro, y que ambos tienen un fundamento igualmente sólido, pues el juicio particular pone un dignísimo término á la carrera del individuo, y el otro consuma la marcha de toda la especie humana. Habiendo pues dedicado parte de mi penúltima instruccion al juicio particular, voi á daros en ésta la doctrina de la Santa Iglesia respecto del Juicio universal. Para metodizar esta enseñanza, me propongo, hijos mios, comenzar exponiendo las pruebas dogmáticas de la segunda Venida de Jesucristo á juzgar á los vivos y á los muertos; pasaré de aquí á indicaros brevemente las señales que han de preceder á este último juicio, y para concluir, pondré á vuestra vista el cuadro importante, sublime y terribilísimo de este misterioso acontecimiento.

I.

5. "En las obras de Dios, hijos mios, brilla la Sabiduría eterna en los caractéres indelebles de una perfeccion infinita, y no podria faltar el juicio universal en el término de los siglos, sin que el desenlace de esta grande obra de la creacion y de este misterio augusto de la redencion se echara ménos igualmente en las consecuencias finales de los dogmas y en las deducciones mas precisas y netas de la misma filosofía. Las relaciones de Dios con la naturaleza humana parecian exigirlo así, y esa vasta carrera de felicidad, de vicisitudes, de miserias y de consuelos, que llena la historia vária de la Esperanza, y que se deriva respectivamente de la gracia primitiva, del pecado original y de la Redencion, no quedaria consumada, por cierto, si un Juicio universal no viniese á resolver de un golpe tantos problemas misteriosos que en el órden dogmático y moral mantienen como en una especie de expectativa á la razon y la fe."

6. "Bien está que cada uno corra su suerte al morir; pero entre tanto las generaciones se multiplican, los crímenes progresan, las virtudes se afirman entre las persecuciones y la oscuridad, los hombres han descendido al sepulcro haciendo flotar sobre él una niebla impenetrable que substrae á la vista de los que quedan el secreto principio de sus acciones, y entre tanto la filosofía, siempre osada y siempre orgullosa, en vez de respetar el misterio de las tumbas, proclama el materialismo sobre las cenizas de los muertos, y limitando sus miradas al aparente desórden del mundo transitorio, muestra los infortunios de la virtud y los favores del vicio, para levantar su voz altanera contra el poder, la bondad, la sabiduría, la providencia, la misericordia, la justicia y hasta la existencia misma del Ser Supremo. Dios debe pues á todos estos grandes atributos, á los intereses eternos de su grandeza y de su gloria, á su mismo Ser perfectísimo, ese espectáculo universal en que, rompiéndose para siempre los velos del corazon, pueda ser leida la verdadera historia de cada conducta, y apreciado en su justo valor el mérito relativo de todas las acciones, y hecha patente la Justicia del Eterno á los cielos y la tierra."

7. "Por otra parte, en las obras de Dios nada hai incompleto, y sus miradas, lo mismo que sus brazos, tienen sometidas desde las mas imperceptibles entidades hasta las obras mas inmensas de la Creacion. No debe pues faltar esta circunstancia en el infalible proceder de la justicia divina, como no ha faltado tampoco ni en las obras de su poder, ni en los altos designios de su misericordia. Brilló el poder de Dios en la

creacion del hombre así respecto de su cuerpo como respecto de su alma, brilló la misericordia en la redencion así respecto de su cuerpo como de su alma; brillará tambien su justicia así respecto del cuerpo como del alma. ¿Y sucederia esto último sin la resurreccion de la carne y el Juicio final? Ya os he dicho que el juicio particular fija irrevocablemente la suerte del alma; mas no toca para nada el cuerpo del hombre, pues un mismo depósito y en un mismo estado conserva las cenizas de los justos y las de los pecadores. Este depósito pues debe ser transitorio, porque de otra manera ni cuerian sobre todo el hombre las consecuencias de su conducta, ni habria la debida proporcion entre su suerte y sus merecimientos. Un hombre que se abandona á los placeres, sacrifica en obsequio de la carne y de la sangre los caros intereses del espíritu: ¿cómo pues esta carne y esta sangre habian de obtener la doble ventaja de goces en la vida é impunidad en la muerte? Un hombre que se somete á todas las pruebas de la Ley eterna, inmola su cuerpo en las aras de la virtud: ¿cómo pues este cuerpo habia de sufrir la doble pena de la austeridad en la vida y la aniquilacion en la muerte? No: el cuerpo debe participar del goce ó de la pena que se haya merecido el hombre, y debe reunirse con su alma para mostrar la persona tal como hizo la travesía por la vida, esto es: en el sistema completo de su conducta física, intelectual y moral. He aquí como la misma razon natural milita en favor del dogma que os explico."

8. "Pero si la razon tiene por sí misma tanta luz para deducir la necesidad de este juicio, que la reconocieron los mismos gentiles; [1] la fe nada deja que desear en este punto. Los profetas nos anuncian los preparativos de este dia terrible, y los evangelistas llevan su exactitud hasta los últimos pormenores de este gran cuadro que ha de presentar el mundo en el último de sus dias."

9. "En el capítulo II, versículo 10 del primer Libro de los Reyes encontramos estas palabras: "El Señor juzgará toda la tierra, y dará el imperio de ella á su Rei, y ensalzará la gloria y el poder de su Cristo." Aunque esta profecía se refiere en primer lugar á Samuel, que fué juez de toda la la Tierra Santa gobernando en nombre de Dios á todo Israel, á Saul, á quien despues dió el Señor el imperio de su pueblo, y finalmente á David, á quien ungió por rei de Israel; tambien se refiere al reino del Mesías. Isaías anuncia terminantemente este último suceso del mundo en términos claros á par que sublimes en diferentes lugares de su célebre profecía: ya pinta el terror de los hombres á la vista formidable del Señor y de la gloria de su Magestad cuando se levantará para castigar la tierra; [2] ya describe los caractéres de ese dia del Señor con los terribles epítetos de horroroso, lleno de indignacion, de ira y de furor, para convertir en un desierto la tierra, y borrar de ella á los pecadores: ya muestra la espantosa confusion de los malvados y la universal resurreccion de la carne; [3] ya se detiene á describir la sucesiva consuncion de la naturaleza misma, y concluye haciéndonos escuchar el sonido crítico de aquella trompeta misteriosa que ha de anunciar el último dia de los tiempos; [4] ya, finalmente, nos hace oir la suprema, la irresistible voz del Eterno cuando ejecutará los decretos de su justicia: "Hará el Señor que se oiga su magestuosa voz, y que

1 Vease á San Justino de Monarch. Dei, á Eusebio de Præcept. Evang., lib. XI, cap. 33, lib XXII, cap. 6, y á Teodoreto Sermo. de fide et judicio.
2 Isaiæ. cap. II, v 19.—3 Cap. XXVI, vv 11 et 19.—4 Isaiæ. cap. XXVII, vv 10 et seq.

"se conozca su terrible brazo en medio de su ira amenazadora y de su fuego devorador, lo arrasará todo con tempestades y pedriscos." [1]

10. "¡Ay! exclama lleno de terror el profeta Jeremías, que aquel dia es grande, ni "hai otro que se le parezca...." El profeta Daniel anuncia este mismo dia y pinta los diez reinados que han de preceder al reinado del Anti-Cristo, y por consiguiente al dia del Señor. Sofonías, en el capítulo I traza algunos de los caractéres de ese mismo dia consagrado al juicio del Señor. "He aquí, dice Malaquías en el capítulo IV, que llegará un dia semejante á un horno encendido, y todos los soberbios, y todos los impíos "serán como estopa, y aquel dia que debe venir, los abrasará, dice el Señor de los ejércitos, sin dejar de ellos raiz ni renuevo."

11. Si de aquí pasamos, hijos mios, á las pruebas que nos ministra la lectura del Nuevo Testamento, las hallarémos tales y tan abundantes, que nada dejan que apetecer. Grato fuera para mí recorrerlas todas; pero cediendo á la necesidad imperiosa de ser muí breve, me limitaré á una muí explícita que nos dió el mismo Jesucristo, no solo anunciando su segunda Venida, sino pormenorizando tambien las circunstancias del juicio. Oid las palabras del Divino Maestro, tales como las refiere San Mateo en el capítulo XXVI, versículos 31 y siguientes de su Evangelio: "Cuando venga el Hijo del hombre, decia Jesucristo, con toda su magestad y acompañado de todos sus ángeles, sentarse ha entónces en el Trono de su gloria: y hará comparecer delante de él á todas las naciones, y separará á los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; poniendo las ovejas á la derecha y los cabritos á la izquierda. Entónces el rei dirá á los que estarán á su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino celestial que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino, y me hospedasteis: estando desnudo, me cubristeis: enfermo, me visitasteis: encarcelado, vinisteis á verme y á consolarme." A lo cual los justos le responderán, diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer: sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos peregrino, y te hospedámos; desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á visitarte?" Y el Rei en respuesta les dirá: "En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis mas pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis." Al mismo tiempo dirá á los que estarán á la izquierda: "Apartáos de mí, malditos, id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles ó ministros: porque tuve hambre, y no me disteis de comer: sed, y no me disteis de beber: era peregrino, y no me recogisteis: desnudo, y no me vestisteis: enfermo y encarcelado, y no me visitasteis." A lo que replicarán tambien los malos. "¡Señor! ¿Cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y dejamos de asistirte?" Entónces les responderá: "Os digo en verdad, siempre que dejasteis de hacerlo con estos mis pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo. "Y en consecuencia, irán éstos al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna."

12. Ved aquí una manifestacion directa, clara, terminante, precisa y la mas autorizada que imaginarse puede. Sin traer por lo mismo á continuacion lo que sobre este

1 Cap XXX, v 30

mismo dogma enseñaban los apóstoles, especialmente San Pedro y San Pablo, y sin trasladar aquí la sublime profecía y misterioso cuadro del último juicio á que dedica el apóstol San Juan los capítulos XX y XXI del Apocalipsis, ni ocuparme tampoco en ampliar la prueba que se funda en la autoridad de la Iglesia, pues vale por todas el artículo de su Símbolo, paso á deciros algo acerca de las señales que han de preceder al Juicio universal. Tal es el objeto del segundo punto.

II.

13. Ya os tengo dicho, hijos mios, que nadie sabe cuándo ha de ser juzgado, pues la incertidumbre de la muerte trasciende al juicio por lei de consecuencia; y ahora debo añadir que esta incertidumbre no se reduce únicamente al juicio particular, sino que se extiende tambien al Juicio universal. Puntualmente á éste se referian los discípulos del Señor cuando le preguntaban sobre el tiempo en que habia de restituir el reino de Israel, y por tanto Jesucristo cuando les respondió: "No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y los momentos que tiene el Padre reservados á su poder soberano." De este juicio habló tambien cuando dijo, segun leemos en el capítulo XIII, v. 32 de San Márcos: "En cuanto al dia, ó á la hora, nadie sabe nada." Hai pues una verdadera incertidumbre dispuesta por Dios con divino acuerdo acerca del tiempo fijo en que se ha de verificar el Juicio universal; pues como acabáis de ver, á ninguno es dado conocerlo y nadie absolutamente lo sabe. Pero no por esto quiso el Señor dejarnos tan desprovistos de luz, que fuésemos las víctimas de una sorpresa momentánea; pues al paso que nos oculta con impenetrable velo la noticia del tiempo, nos anticipa con singular providencia las señales del juicio, y esto, dice San Gregorio, "á fin de preveuirnos de manera que las cosas que han de venir nos perturben tanto ménos cuanto mas anticipadamente se sepan, siendo cierto que hieren ménos los dardos que se preven, y que nosotros podrémos sobrellevar mejor las calamidades del mundo, si nos fortalecemos contra ellas con el escudo fuerte de un conocimiento anticipado." Ha de haber pues, hijos mios, señales prenunciativas del gran dia del Señor, entre las cuales figuran principalmente cinco, y son: primera, la conversion del pueblo judío; segunda, la venida del Anti-Cristo; tercera, la presencia de Elías y Enoc predicando contra él; cuarta, la apostasía de muchos; y por último, la caida del imperio romano.

14. "El Evangelio, destinado como el sol, para dar la vuelta al mundo, debe ser predicado á todas las naciones ántes que todas ellas sean juzgadas. Nada mas natural: el Evangelio es la Lei de plenitud, es la Lei dictada para toda la humanidad redimida, es un código que ha de ser completamente promulgado para que sirva despues al juicio final de todos: he aquí por qué se considera como una señal de la proximidad del juicio la predicacion universal del Evangelio. En el capítulo XXIV de San Mateo dice Jesucristo, despues de haber pintado otras señales de la proximidad del Juicio, como batallas, rumores de guerras, combates de nacion á nacion, de reino á reino, pestes, hambres, terremotos, persecuciones de los justos, traiciones, ódios recíprocos, aparicion de falsos profetas, inundacion de los vicios, resfriamiento de la caridad, &c., dice en el versículo 14: "Entretanto se predicará este Evangelio del reino *de Dios* en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones: y entónces vendrá el fin."

15. "La segunda señal que ha de preceder al Juicio, es la conversion del pueblo judío. Oigamos lo que nos dice á este propósito el apóstol San Pablo en los versículos 23 y siguientes, capítulo XI de su Epístola á los Romanos: "Todavía ellos mismos, dice, si no permanecieren en la incredulidad, serán otra vez unidos á su tronco: pues poderoso es Dios para ingerirlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado del acebuche, que es tu tronco natural, é ingerto contra natura en la oliva castiza, ¿con cuánta mayor razon serán ingertas en su propio tronco las ramas naturales del mismo olivo? Por tanto, no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (á fin de que no tengáis sentimientos presuntuosos de vosotros mismos), y es, que una parte de Israel ha caido en la obcecacion, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado á la Iglesia, entónces salvarse ha todo Israel, segun está escrito: "Saldrá de Sion el Libertador ó Salvador, que desterrará de Jacob la impiedad. Y entónces tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos: en habiendo yo borrado sus pecados." Es verdad que en órden al Evangelio son enemigos de Dios por ocasion de vosotros; mas con respecto á la eleccion de Dios, son mui amados por causa de sus padres los patriarcas. Pues los dones y vocacion de Dios son inmutables. Pues así como en otro tiempo vosotros no creíais en Dios, y al presente habéis alcanzado misericordia por ocasion de la incredulidad de los judíos; así tambien los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar á la misericordia que vosotros habéis alcanzado, á fin de que á su tiempo consigan tambien ellos misericordia." No puede apetecerse ni una autoridad mas irrecusable que la del apóstol San Pablo, ni un oráculo mas claro que el de sus palabras. Está visto, pues, que la conversion de todo el pueblo judío es una de las señales que habrán de preceder al último Juicio."

16. "La tercera señal es el Anti-Cristo. Está predicho que ántes de la segunda Venida de Jesucristo á juzgar á todos los hombres, se presentará en el mundo cierto hombre particular malo, con todo género y en el último grado de maldad, y se levantará diciendo que él es el Mesías y mostrándose como Dios. Este hombre será el Anti-Cristo. El apóstol San Pablo, deseando precaver á los fieles de Tesalónica (Ep. II, cap. II, versículos 3 y 4) contra todo linaje de seduccion, dice así: "No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera: porque no vendrá este dia sin que primero haya acontecido la apostasía casi general de los fieles, aparecido el hombre del pecado, el hijo de la perdicion, el cual se opondrá á Dios, y se alzará contra todo lo que se dice Dios, ó se adora, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios." Este sagrado texto prueba dos cosas: la primera es, que este hombre de pecado, llamado Anti-Cristo, ha de aparecer infaliblemente; la segunda, que esta aparicion ha de preceder á la Venida de Jesucristo. De una y otra resulta claramente demostrado, que la aparicion de aquel será una de las señales próximas del último Juicio. Este hombre tirano y cruel ejercerá tan atroces persecuciones, y será una prueba tan terrible, que los mismos escogidos sucumbirian si el tiempo no se abreviase en favor de ellos."

17. "La quinta señal de las que han de preceder á este dia, será la venida de Elías

y Henoch á predicar contra el Anti-Cristo para la conversion de los judíos y aun de los demas hombres. Este concepto se funda en algunos textos de la Escritura Sagrada y en el juicio que acerca de ellos han formado los Padres de la Iglesia. "He aquí, dice el Señor por los labios de Malaquías, que yo os enviaré al Profeta Elías, ántes que venga el dia grande y tremendo del Señor." Segun la tradicion de los Padres, observa el sabio Amat, Elías no solamente convertirá á los judíos, sino que tambien hará reflorecer en la Iglesia su antigua piedad y vivo esplendor. En el versículo 3, capítulo XI del Apocalipsis, se leen estas palabras, aludiendo á los tiempos inmediatos al Juicio: "Entretanto yo daré órden á dos testigos mios, y harán oficio de profetas, cubiertos de sacos, por espacio de mil doscientos y setenta dias." Estos dos testigos, segun los intérpretes, son Elías y Henoch."

18. "Enumérase tambien entre las señales próximas al Juicio, la caida del imperio romano, como habéis oido. Mas como esto no está fundado en el texto de la Santa Escritura, y por otra parte lo que os he dicho basta para que os forméis una idea de lo único que nos es dado saber acerca del dia en que vendrá el Señor á juzgar á todos los hombres, no creo necesario detenerme en este punto.

19. Por último, fuera de lo ya dicho, habrá una señal que en sí contenga muchas otras. ¿Cuál? Un trastorno general de la naturaleza, que pondrá el terror en el corazon de todos los nacidos, que llenará de espanto á todo el Universo. Estas señales están predichas por el mismo Jesucristo de una manera muí clara: "Veránse, dice, fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor y sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el Universo: porque las virtudes ó esferas celestes estarán bamboleando; y entónces será cuando verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad." (Luc. XXI, 25, 26, 27.)

20. ¡Qué cuadro tan espantoso, hermanos mios! ¡El alma se siente profundamente sobrecogida de terror, cuando á la luz de la fe contempla este sublime anuncio del mismo Jesucristo, tan breve y sencillo por las palabras de que se sirve, como profundamente insondable, inmenso é inefablemente augusto en su comprension! Esta perspectiva profética de aquel Juicio ha hecho estremecer á los mismos Santos á pesar de sus grandes virtudes é incomparables penitencias. ¿Qué más podria yo deciros? Nada: toda la elocuencia humana seria impotente, no lo dudéis, para pintar con tan suprema energía esas últimas convulsiones del agonizante Universo, pendiente de un último acto de la voluntad suprema para desaparecer. Mas, no basta considerar los signos que han de preceder á la segunda Venida del Señor; es necesario meditar en el grande objeto á que todo se encamina, es decir: el acto mismo del juicio. Tal es mi último punto.

III.

21. Sin pretender pues, hijos mios, bosquejar ese cuadro pintado con suprema energía por el sublime pincel de los Profetas, esa Venida del Hijo de Dios que pondrá en agitacion á todo el Universo; esos cielos que se abrirán para dar paso á la procesion inmensa que ha de servir al Supremo Juez de comitiva entónces; esos coros de Angeles,

Arcángeles, Querubines, Serafines, Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades, que han de venir á escuchar los últimos gemidos de la naturaleza, y á presenciar el glorioso triunfo de la justicia eterna de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crímen, á la luz moribunda del Universo abrazado: esos astros innumerables, inmensos, hermosísimos, que giran por el espacio, repentinamente desprovistos de la fuerza que los sostiene, chocar unos con otros para despedazarse: esos mares saliendo de su centro, desbordándose sobre los valles: todas las montañas desapareciendo como un vapor al contacto de la ira celestial: ese sonido con que el Angel dará la señal á todos los sepulcros para que vuelvan sus víctimas: esas agitaciones subterráneas precedentes á la resurreccion de la carne: esos descarnados huesos de todas las generaciones dividiéndose en tantas porciones cuantos son los individuos: estas porciones reuniéndose, consolidándose hasta restituir íntegramente el cuerpo: esos siglos apiñados al pié del trono de Jesucristo, llevándole como tributos naciones, pueblos, familias, acontecimientos, recuerdos, crímenes, virtudes, &c., &c.....: sin tocar, digo, nada de esto, porque ni el tiempo lo permite, ni la imaginacion puede bastar, ni la lengua es suficiente á tal pintura, reduciré, hijos mios, el tercero y último punto de esta instruccion á presentaros la forma de este juicio, es decir: todo aquello que le constituye tal, su accion y sus resultados.

22. Este último juicio ha de tener sin duda una forma ostensible: "conviene á saber: estará compuesto de todas las partes constitutivas de un juicio. ¿Cuáles son éstas partes? primera, el Juez revestido de un poder suficiente para conocer y juzgar; segunda, el reo, es decir, el que ha de ser juzgado; tercera, la discusion, ó sea el exámen del hecho en sus relaciones con el derecho; cuarta, la sentencia; quinta, la publicidad. Todas estas cosas figurarán en este gran proceso de toda la humanidad. El Juez será nuestro Señor Jesucristo Dios y hombre verdadero, el cual ha de venir con gran gloria y majestad á juzgarnos y á dar á cada uno conforme á sus obras. Ya habéis oido la prueba de esta asercion en el versículo 30, capítulo XXIV de San Matéo.

23. "Llegado este Juez, citará á los reos, es decir: á todos los hombres que han existido desde el principio del mundo, que existen y que existirán hasta el último dia. ¡Cómo se hará esta citacion? En la forma de este juicio todo tiene dimensiones colosales y en cierto modo infinitas. "Enviará á sus ángeles, dice el sagrado texto, que á voz de trompeta sonora congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro: (Math. XXIV, v. 31) hará comparecer delante de él á todas las naciones, y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Al sonido de la trompeta se conmoverán las entrañas de la tierra, se removerán las cenizas olvidadas de todas las generaciones, se abrirán los sepulcros, y los difuntos saldrán de aquel reposo en que habian estado por tantos siglos, para comparecer ante el supremo Juez de vivos y muertos.

24. ¿Y qué sucederá entónces? Pesará el severísimo Juez en la balanza de su justicia las obras buenas y malas de todos y cada uno de los hombres, sin que haya menester de desplegar sus libros para hacer el mas escrupuloso exámen: porque lo verá todo con suma claridad y lo juzgará con rectitud en aquella mente del Verbo Eterno, del Hijo de

Dios, de Dios mismo, con aquella inteligencia infinita mas veloz que la saeta, mas penetrante que el rayo de luz, mas clara que el sol, con aquella vista que abraza toda la inmensidad del espacio, que ve la duracion de los siglos perderse como un punto en el seno de la eternidad. De esta suerte su juicio será tal, tan justo, tan incontestable, que tendrá un eco en la conciencia de la humanidad entera, y los mismos réprobos no tendrán que oponer á la rectitud purísima de aquel Supremo Juez. Calificado ya el merecimiento de todos y cada uno de los hombres, Jesucristo abrirá sus labios para pronunciar la sentencia definitiva, la sentencia última que ha de resumir todas las sentencias parciales, todas las sentencias particulares que allá en el fondo de su mente habrá pronunciado aquel severísimo Juez acerca de la cualidad y medida del premio ó de la pena que cada uno merece, como enseña Santo Tomás. No habrá mas que dos sentencias: una para el pueblo de los escogidos, otra para la raza de los réprobos; una para los fieles amigos de Dios, otra para los rebeldes contra la Ley; una para los inocentes y penitentes, otra para los que no conservaron su inocencia, ni la restauraron con la penitencia, ni la sostuvieron con la perseverancia; una para las ovejas, que estarán á su derecha, como lo acabáis de oir, otra para los cabritos, que estarán á su izquierda: en suma; una para los buenos, otra para los malos. Convirtiéndose á los primeros, dirá: "Venid, benditos de "mi Padre, á tomar posesion del reino que os está preparado desde el principio del mun"do." En estas palabras se ve la predestinacion, la fecundidad de la gracia, la cooperacion de la naturaleza y la recompensa de la virtud. Razonará el Juez su sentencia, no para justificarse, que de ello no necesita, sino para exaltar las elevadas virtudes de sus escogidos. ¿Por qué una sentencia tan favorable? Jesucristo nos lo dice: "Porque "yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber," &c., como ya lo habéis oido. Estas cualidades son el resúmen mas bien razonado de las leyes y de la virtud. Jesucristo personifica en sí á toda la humanidad, con la que nos ligan los vínculos del amor, confirmando de esta suerte lo que habia dicho, cuando respondiendo á la insidiosa pregunta de aquel doctor de la Ley que le tentaba inquiriendo cuál era el mas grande precepto, le citó el que nos obliga á amar á Dios sobre todas las cosas, diciéndole que éste es el primero y mas grande precepto; y añadiendo: "amarás á tu próji"mo como á tí mismo" dijo que este segundo es semejante al primero, es decir, igualmente divino y en alto grado obligatorio.

25. Por una razon contraria, hijos mios, será enteramente opuesta la sentencia de los malos: lanzará sobre la izquierda una mirada de indignacion y abrirá los labios para decirles: "Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, destinado para el demonio y sus "ángeles." Dirá, y quedará fija para siempre la eternidad de cada uno."

26. Os he dicho igualmente que este Juicio tendrá una completa publicidad, y acaso esta es una de las circunstancias que tiene de mas terrible. La conciencia de cada uno se hará manifiesta á todos los hombres. "¡Qué confusion será, exclama un célebre orador, aparecer á la faz del Universo arrastrando el cuerpo como un hediondo é inmundo cadáver, objeto de horror á los ojos de todos, y marcado visiblemente con el sello del infierno! Y esto no es mas que un débil preludio de las humillaciones que van á seguírsele. Dios va á ejecutar las amenazas hechas por la boca de sus profetas.

"Creiste, hombre perverso, dice, que yo seria semejante á tí, y que disimularia tus iniquidades; mas yo las manifestaré en el gran dia, y te llenaré de la confusion que mereces: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.*[1] Yo mostraré tu desnudez á todas naciones, y tu ignominia á todos los pueblos: *Ostendam.... nuditatem tuam et.... ignominiam tuam.*[2] Pondré tus crímenes y abominaciones sobre tu cabeza; los grabaré sobre tu frente y sobre tus miembros; te cubriré enteramente de la inmundicia de tus mas secretos desórdenes: *Viæ tuæ ponam super te, et abominationes tuæ in medio tui erunt.*[3] Yo te entregaré en ese estado á la afrenta ó irrision de todas las criaturas, y conocerás, en el exceso de tu confusion, que soi el Dios á quien no se desprecia impunemente. *Et contumelia te afficiam*[4] *et scietis quia ego Dominus.*"[5]

27. "Ved al Dios justo y terrible, rasgando el velo que cubria ese corazon corrompido, registrando con su mano poderosa el fondo de ese abismo de iniquidad y sacando de sus profundidades multitud de horribles monstruos, es decir: de desórdenes y crímenes, cuya vista llenará de espanto al mismo pecador: *Illic reptilia quorum non est numerus.*"[6]

28. "Allí aparecerán tantos pensamientos malos, tantas imaginaciones infames, tantos execrables deseos, tantas vergonzozas miradas, tantos discursos criminales, tantas acciones que cometidas en las tinieblas, casi sin interrupcion por muchos años, completaron la carrera de una vida mundana y desarreglada. Allí se reproducirán las envidias, los odios, los celos, las venganzas, las traiciones, las negras maquinaciones, las mentiras, las atroces calumnias, los deseos malos y las conjuraciones homicidas. Allí se mostrarán los pecados de la infancia, los de la primera juventud, los de la edad madura y los de una desarreglada vejez; los pecados de cada dia, de cada hora, de cada instante; los pecados personales y los extraños de que se fué ocasion, instrumento ó causa; los pecados ignorados, los olvidados, los que uno mismo se disimulaba, y aquellos de que hacia alarde; pecados de toda especie, de todos los sentidos, de todos los miembros del cuerpo, de todas las facultades y de todas las potencias del alma; pecados enormes, pecados que no se pueden numerar: todos saldrán y se reproducirán á un mismo tiempo, sin que de esta multitud innumerable se escape uno solo á las miradas del Universo; sin que una sola de sus circunstancias, aun las mas humillantes y vergonzosas para el pecador, se disfrace ó se disminuya: *Imponam tibi omnia scelera tua, et non parcet oculus meus, nec misebor.*"[7] *

29. Tal es, amados hijos la doctrina de la Santa Iglesia sobre la segunda Venida de Jesucristo al mundo para juzgar á todos los hombres que han existido, existen y existirán hasta entónces, y dar á cada uno conforme á sus obras; á los buenos vida y gloria perdurable porque guardaron sus santos mandamientos, y á los malos pena y

1 Psalm. XLIX, v 21.
2 Nah. III, v 5.
3 Ezech. VII, v 4.
4 Nah. III, v 6.
5 Ezech. VII, v 4.
6 Psalm. CIII, v 26.
7 Ezech. cap. VII, vv 8 et 9.

* Todo lo que se ha puesto entre comillas en esta instruccion sin una cita especial, está tomado en extracto de mi obra intitulada: *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion.* Lib. XII, art. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte eterna porque no los guardaron. Este dogma, como todos los que abraza la fe católica, está fundado en la autoridad de las Santas Escrituras y en la voz infalible de la Iglesia; fué inculcado y ponderado por los Santos Padres, y ha sido constantemente profesado por todo el pueblo fiel. Este gran dia, el último de todos, porque ha de cerrar para siempre el curso de los siglos, aunque incierto, porque nadie lo sabe, no por esto vendrá tan inopinadamente que cause una sorpresa universal; pues el mismo Jesucristo nos dejó instrucciones muy vivas y en alto grado elocuentes acerca de los signos que le han de anunciar anticipadamente y preparar como por grados su terrible llegada. ¡Terrible sí, porque nada será comparable al espanto y horror de que se penetrarán todos los hombres al acercarse el Soberano Juez! En él se fijará el destino de todos los hombres, y en consecuencia, de cada uno de nosotros para la eternidad. ¡Dichosos mil veces nosotros, si obtenemos una sentencia de vida! ¡Infelices, si el Señor nos lanza de sí, arrojándonos al fuego eterno!

30. Preparáos pues, hermanos carísimos, preparáos un fallo favorable, teniendo siempre fijo en la mente y el corazon ese último juicio. Juzgáos á vosotros y castigáos aquí: porque este es el medio único de no ser juzgados para la pena eterna, como lo enseña el Apóstol. Decid al Señor, no solo con las palabras, sino con toda la intensidad de los afectos y con la justicia de las obras: ¡Señor y Dios nuestro, Soberano y Eterno Juez! Ejerced aquí en la tierra vuestra justicia con nosotros, castigadnos aquí, hacednos pasar por el fuego de la tribulacion, heridnos aquí con la cuchilla para la penitencia y expiacion, no te detengas de castigar nuestras culpas miéntras permanezcamos en este valle de lágrimas; pero en el gran dia de vuestro Juicio, perdonadnos, absolvednos, dadnos un fallo de misericordia, ponednos á vuestra diestra en el dichoso número de los escogidos que han de componer la sublime comitiva de vuestra Persona, cuando ya juzgado el mundo, volvéis á los cielos á reinar en medio de todos los justos por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUADRAGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL INFIERNO.

Discédite à me, maledícti, in ignem ætérnum, qui parátus est diábolo et ángelis ejus.

Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles.

Matth. Cap. XXV, v. 41.

1 El dogma del juicio, así particular como universal, es, hijos mios, el de un Dios justo y remunerador: porque trata de aquel acto en que llamando el Señor á su Tribunal divino á cada uno de los que mueren y despues á toda la humanidad, juzga las obras de todos los hombres conforme á su Ley soberana, para dar á los buenos el galardon que tiene prometido á la fidelidad en cumplir sus preceptos, ó imponer á los malos, por el abuso de su libertad y la perversidad de su conducta, el condigno castigo. Habéis oido en mi precedente instruccion la doctrina del Juicio universal en todas sus partes principales, desde los preparativos y llamamiento á todos los hombres hasta la sentencia, término esencial de todo juicio y procedimiento con que habrá de cerrar el suyo el Hijo de Dios en aquel dia tremendo. Habéis escuchado esta sentencia, toda de bendicion y ventura para los buenos, toda de maldicion y desgracia para los malos. He aquí por qué nuestro Símbolo católico, despues de todo, habla de la vida eterna en el duodécimo artículo, y con éste pone fin á sus enunciaciones dogmáticas. Esta vida eterna es la de los bienaventurados, porque solo ésta puede llamarse vida, siendo cierto que vivir es no solo durar, no solo existir, sino propiamente hablando, estar bien y ser feliz. Por esta razon, aunque los condenados existen por toda la eternidad, figuran como muertos á los ojos de Dios y de la fe, y á su modo de existir, á esa existencia toda y sola para el dolor, se la llama *muerte eterna*. Podria yo pues dar por

muerte eterna porque no los guardaron. Este dogma, como todos los que abraza la fe católica, está fundado en la autoridad de las Santas Escrituras y en la voz infalible de la Iglesia; fué inculcado y ponderado por los Santos Padres, y ha sido constantemente profesado por todo el pueblo fiel. Este gran dia, el último de todos, porque ha de cerrar para siempre el curso de los siglos, aunque incierto, porque nadie lo sabe, no por esto vendrá tan inopinadamente que cause una sorpresa universal; pues el mismo Jesucristo nos dejó instrucciones muy vivas y en alto grado elocuentes acerca de los signos que le han de anunciar anticipadamente y preparar como por grados su terrible llegada. ¡Terrible sí, porque nada será comparable al espanto y horror de que se penetrarán todos los hombres al acercarse el Soberano Juez! En él se fijará el destino de todos los hombres, y en consecuencia, de cada uno de nosotros para la eternidad. ¡Dichosos mil veces nosotros, si obtenemos una sentencia de vida! ¡Infelices, si el Señor nos lanza de sí, arrojándonos al fuego eterno!

30. Preparáos pues, hermanos carísimos, preparáos un fallo favorable, teniendo siempre fijo en la mente y el corazon ese último juicio. Juzgáos á vosotros y castigáos aquí: porque este es el medio único de no ser juzgados para la pena eterna, como lo enseña el Apóstol. Decid al Señor, no solo con las palabras, sino con toda la intensidad de los afectos y con la justicia de las obras: ¡Señor y Dios nuestro, Soberano y Eterno Juez! Ejerced aquí en la tierra vuestra justicia con nosotros, castigadnos aquí, hacednos pasar por el fuego de la tribulacion, heridnos aquí con la cuchilla para la penitencia y expiacion, no te detengas de castigar nuestras culpas miéntras permanezcamos en este valle de lágrimas; pero en el gran dia de vuestro Juicio, perdonadnos, absolvednos, dadnos un fallo de misericordia, ponednos á vuestra diestra en el dichoso número de los escogidos que han de componer la sublime comitiva de vuestra Persona, cuando ya juzgado el mundo, volvéis á los cielos á reinar en medio de todos los justos por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUADRAGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL INFIERNO.

Discédite à me, maledícti, in ignem ætérnum, qui parátus est diábolo et ángelis ejus.

Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles.

Matth. Cap. XXV, v. 41.

1 El dogma del juicio, así particular como universal, es, hijos mios, el de un Dios justo y remunerador: porque trata de aquel acto en que llamando el Señor á su Tribunal divino á cada uno de los que mueren y despues á toda la humanidad, juzga las obras de todos los hombres conforme á su Ley soberana, para dar á los buenos el galardon que tiene prometido á la fidelidad en cumplir sus preceptos, ó imponer á los malos, por el abuso de su libertad y la perversidad de su conducta, el condigno castigo. Habéis oido en mi precedente instruccion la doctrina del Juicio universal en todas sus partes principales, desde los preparativos y llamamiento á todos los hombres hasta la sentencia, término esencial de todo juicio y procedimiento con que habrá de cerrar el suyo el Hijo de Dios en aquel dia tremendo. Habéis escuchado esta sentencia, toda de bendicion y ventura para los buenos, toda de maldicion y desgracia para los malos. He aquí por qué nuestro Símbolo católico, despues de todo, habla de la vida eterna en el duodécimo artículo, y con éste pone fin á sus enunciaciones dogmáticas. Esta vida eterna es la de los bienaventurados, porque solo ésta puede llamarse vida, siendo cierto que vivir es no solo durar, no solo existir, sino propiamente hablando, estar bien y ser feliz. Por esta razon, aunque los condenados existen por toda la eternidad, figuran como muertos á los ojos de Dios y de la fe, y á su modo de existir, á esa existencia toda y sola para el dolor, se la llama *muerte eterna*. Podria yo pues dar por

bastante cuanto he dicho acerca del infierno al explicaros la primera parte del quinto artículo del Credo, y lo que no ha mucho habéis oido acerca de los réprobos en el Juicio universal, y pasar desde luego á presentaros, como el mas bello término de mis instrucciones pastorales sobre el Símbolo, el cuadro de la eternidad feliz, en que los escogidos gozan para siempre la dicha perdurable que les estaba prometida. Pero creo que una verdad tan espantosa como la suerte de los réprobos debe ser mui entendida y profundamente meditada, pues apénas habrá pensamiento mas eficaz para retraer al hombre del pecado, convertirle á la gracia por la penitencia y afirmarle en la práctica de la virtud, que la consideracion del infierno. Toda ella, por mucho que progrese y profundice, se halla contenida en la sentencia que Jesucristo pronuncia contra los malos: porque siendo el padecer un hecho de justicia y fundándose la justicia de una pena en el justo fallo del juez, desde luego se ve que la sentencia debe contener de algun modo todo el castigo. Así sucede aquí, y por esto Jesucristo, despues de haber llamado á sus escogidos para darles el galardon como los benditos de su Padre, se convierte á los réprobos y les dice: "Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué destinado para "el diablo y sus ángeles:" *Discedite á me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus.*

2. Vói pues, hijos mios, á hablaros aquí de la suerte de estos infelices, explanando brevemente las palabras de nuestro Señor Jesucristo que acabáis de oir. Ellas nos prueban en primer lugar la verdad del dogma; en segundo nos manifiestan el carácter del castigo, que es la privacion de Dios y el tormento del fuego; y por último, determinan la duracion de la pena, añadiendo á la palabra *fuego* el adjetivo *eterno*. No destinaré, sin embargo, una parte separada en esta instruccion para probar el dogma: pues debiendo confirmar con la autoridad de la Santa Escritura y de la Santa Iglesia, no ménos que con la tradicion y creencia universal, así el carácter como la duracion de la pena, claro es que con hablar de estas dos cosas, queda plenamente probado el dogma. Esto supuesto, digo que los que mueren en pecado mortal serán privados de Dios, como lo explican estas palabras: "Apartáos de mí, malditos," y este será mi primer punto: que además han de sufrir pena de sentido, como lo manifiesta la palabra *fuego*, y este será mi segundo punto; y por último, que la privacion de Dios y el sufrimiento de la pena de sentido han de durar por toda la eternidad, como lo muestra la palabra *eterno*, y este será mi tercer punto.

I.

3. Para encontrar los verdaderos principios en que se funda, hijos mios, el dogma de la privacion eterna de un Dios, conviene retroceder un poco á ciertas verdades que ya quedan explicadas, y aun fijar la atencion en aquella que sirve de fundamento á todo el órden moral, y es el último fin para que fué criado el hombre. Este fin, como bien lo sabéis, consiste todo y solo en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente. Obra maestra de la Omnipotencia y del amor, el hombre no fué hecho á la imágen y semejanza de Dios, sino precisamente porque fué criado para amarle y gozarle. Amar á Dios, gozar de Dios, es estar unido con Dios: estar unido con Dios es tener sometido

á su entendimiento el nuestro, á su voluntad la nuestra, á su libertad la nuestra. Ahora bien: hai dos vidas; la del tiempo y la de la eternidad, y entre ambas média una diferencia inmensa. En efecto: la union con Dios en el entendimiento será en la otra vida el verle cara á cara, como se explica el Apóstol; pero aquí no le podemos ver, sino en enigma y tras los velos de la fe: gozar de Dios en la otra vida, será vivir con él, vivir siempre, vivir todo, vivir sin obstáculo y sin temor de perderle; pero en esta vida, es vivir de su gracia y esperar su gloria, por lo cual la voluntad en la tierra se une á Dios con la esperanza, miéntras en el Cielo ya le goza: la libertad humana en la vida eterna no puede sufrir el menor extravío, no puede decidirse por el mal, no puede apartarse nunca del camino que le traza la libertad infinita de su Divino Autor; pero acá en la tierra esta libertad está rodeada de peligros, atraida por la lei del espíritu y la lei de la carne, puede decidirse por el bien ó practicar el mal, estar con Dios ó estar contra Dios. Siendo pues así el carácter de nuestra libertad moral durante la vida, es claro que la consecucion de nuestro fin último es, no un suceso necesario, sino un efecto contingente y libre, y por tanto, que unos lograrán el fin último y otros le perderán para siempre, siendo así que todo pende del uso que hayamos hecho de nuestra libertad moral. He aquí por qué, no queriendo el Señor dejarnos envueltos en las tinieblas de la duda y abandonados al capricho de los sentimientos, fijó desde luego las condiciones que exige para dispensar al hombre su gloria, como requisitos esencialísimos y medios necesarios y absolutos para conseguir el último fin. Estos medios son: amar y servir á Dios en esta vida, pues el que no ama y sirve á Dios en esta vida, tampoco le ha de ver y gozar en la otra. Se sirve á Dios en esta vida con obras de fe, esperanza y caridad: luego el que no cree, no se ha de salvar, sino que se ha de condenar, como el mismo Jesucristo lo dijo, segun leemos en San Marcos: "El que no creyere se conde-"nará:" luego el que no espera las promesas de Dios, no puede disfrutarlas, pues insulta ó su verdad, ó su poder, ó su misericordia; y en consecuencia le desconoce, le aparta de sí con su voluntad, le hace un agravio infinito: el que no ama á Dios en esta vida, muere siempre enemigo suyo, y mal podria entrar en el goce de su amor despues de la muerte. Por esto Jesucristo Señor nuestro vino á reducir todas las condiciones dichas al cumplimiento de la Lei, formando con ésta la caridad y reconociendo en ella un título para el Cielo. "Si me amáis, decia, guardad mis mandamientos:" por lo cual dice nuestro manual Catecismo, respondiendo á esta pregunta: "¿quién tiene mayor ca-"ridad?" "el que mejor guarda los mandamientos:" y en otra ocasion dijo el mismo Divino Maestro: "Si quieres entrar á la vida eterna, guarda los mandamientos." Luego no guardar los mandamientos es lo mismo que estar fuera de Jesucristo porque no se le ama, fuera de Jesucristo porque no se le ha de gozar. Por esto, simbolizando en un sarmiento inútil al hombre en pecado, dijo: "Será echado fuera, así como el sarmiento, "y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá." He aquí lo que sirvió de fundamento á nuestro Catecismo para esa luminosa respuesta en que pinta los horrores del pecado con solo enumerar sus efectos. "¿Qué daños hace en el alma, pregun-"ta, el pecado mortal?" y responde: "quítale la caridad y á Dios que es vida suya, la "gracia y la gloria, y condénala al infierno."

4. Ved pues, hijos mios, cómo la privacion eterna de Dios es una consecuencia precisa del pecado: porque si el pecado le quita al alma la caridad, y á Dios que es vida suya, una alma que al salir del cuerpo lleva la contaminacion de la culpa mortal, no puede nunca, no, ver á su Dios; pues no reunirá la eternidad lo que separó el tiempo. Por esto, hijos mios, la primera pena que enuncia Jesucristo siempre que habla del castigo de los réprobos, es la de daño, conviene á saber: la de estar separado de él para siempre, y no verle jamas: ved, si no, todas esas parábolas del reino de los cielos, ved cómo se habla en ellas acerca de los desgraciados réprobos. Figurándole unas veces bajo la imágen de una administracion, y representando al réprobo en aquel siervo infiel que con la vana confianza de la tardanza de su amo empieza á maltratar á los siervos y abandonarse á la gula, dice: "Vendrá el Señor de aquel siervo el dia que no espera, y á la hora que no sabe, y le apartará, y pondrá su parte con los desleales (Luc. XII, 46). Representando otras veces este mismo reino en un sembrado donde la zizaña se habia mezclado con el trigo, como sucede en el mundo, en que buenos y malos están reunidos, dice: que el dia de la siega, esto es, el dia del juicio, dirá á los segadores: "cóged primeramente la zizaña, y atadla en manojos para quemarla." Cuando compara su reino á una red que echada en la mar junta todo género de peces, dice, que cuando está llena, la sacan á la orilla, y sentados allí, escogen los buenos.... y echan fuera á los malos, "así será en la consumacion del siglo, concluye: saldrán los ángeles, y apartarán á los malos de entre los justos."

5. Considerad ahora cómo, siendo el primer procedimiento de la Justicia Divina el apartar para siempre de Dios á los réprobos, la primera y mas terrible de todas las penas es incontestablemente la de la pena de daño: porque así como de la union con Dios nos viene todo linaje de beneficios, así tambien del apartamiento suyo se sigue toda suerte de males. ¡Cuál mayor para el entendimiento que el renunciar á la esperanza de contemplar en Dios á la verdad en su fuente y perfeccion infinita? ¡cuál mayor para la voluntad que no poder amar, y sí aborrecer por ley de tormento, á este Ser hermosísimo, á esta fuente infinita de gracia, á esta perfeccion esencialísima, tesoro inmenso donde está cuanto es bueno, grato, dulce, delicioso y feliz? ¡Ah! con razon se ha visto siempre la pena de daño como el mas terrible é insoportable de todos los tormentos.

II.

6. Pero no nos detengamos aquí: porque el réprobo no está reducido á esta privacion de Dios, pena que rinde y avasalla y en cierto modo aniquila toda la fuerza del pensamiento; pues por ley de forzosa consecuencia, ya de la privacion de Dios, ya del pecado mismo, tiene que sufrir en el sentido todo linaje de tormentos: tormentos en el cuerpo, tormentos en el alma, tormentos en todo, tormentos con todo, tormentos siempre, tormentos sin cesar. En efecto, hijos mios, si en Dios está todo el bien, fuera de Dios está todo el mal: si el que muere en Dios ha de gozar el primero, el que muere en el odio de Dios ha de sufrir todo el segundo: porque ¿dónde concebís que pudiera estar un mal si no le sufrieran los réprobos? El mal, hijos mios, no es un ente de razon, el mal no es una figura de la fantasía, el mal no es una simple idea: el mal es el padecer, es el sufrir, el estar atormentado; y por lo mismo la existencia del mal se manifiesta por el sufrimiento: luego todos los males estarán en los réprobos indispensablemente. Por otra parte, no hai mal sin objeto, no hai mal sin razon suficiente. ¡Y cuál sería, os pregunto, ya el objeto ya la razon del mal allá en la eternidad, si no fuese para castigar á los réprobos? ¡Qué harian los males tirados allá en el espacio, por decirlo así, como seres perdidos, cuando acabó la vida del tiempo y no ha de haber ya vida de prueba, vida de merecimiento, vida de gracia y de misericordia? Nada, hijos mios, absolutamente nada. Luego el mal estará en los réprobos, y todo mal, así como en los escogidos estará todo bien.... Pero no nos limitemos á estas reflexiones, aunque fundadas en razones incontestables: vengamos á la Santa Escritura, y tomemos en sus divinas páginas algunas de las pruebas de estas penas de sentido, que con ser universales é infinitas, claro es que son imponderables y aun incomprensibles.

7. "¡Gran Dios! exclamaba el Profeta Rei, ¡quién es capaz de conocer todo el poder de vuestra cólera? ¡Quién es dueño de calcular, en el terror que inspiran vuestras venganzas, todos sus espantosos efectos! En efecto, nada sería parte á concebir todos los castigos que Dios tiene reservados para los réprobos. Tertuliano les llama el *tesoro de la cólera del Omnipotente*. Las penas del infierno son, como al principio os decia, lo infinito en el dolor, lo sumo en el padecer, lo eterno en el morir: expresiones meramente abstractas que nos colocan en la puerta del abismo, pero que no nos dan toda la luz que fuera necesaria para recorrer el cuadro y calcular sus tormentos.

8. "Recorriendo la Sagrada Escritura, encontramos aquí y allá rasgos como fugitivos acerca de estas penas; pero cada uno de los cuales es bastante para agobiar nuestra inteligencia y oprimir nuestro corazon. "A mí pertenece la venganza; yo juzgaré, "yo castigaré," dice el Señor. "Reportarán, dice un Profeta, todo el peso de la cólera "del Señor los que hayan pecado contra él." "Serán llenos de su furor," dice otro pro"feta. "Horrible cosa es, dice San Pablo en el versículo 31, cap. X de su Epístola á los Hebréos, caer en manos del Dios vivo. Sufrirán, dice á los de Tesalónica en su segunda Epístola, cap. I, v. 9, sufrirán la pena de una muerte eterna." "Las criaturas "todas sometidas al Creador, dice el Sabio (cap. XVI, v. 24), redoblan sus esfuerzos "para atormentar á los malvados." "El gusano que corroe sus entrañas no morirá; el "fuego que los abraza no llegará á extinguirse, dice Isaías (cap. LXVI, v. 24), y esto "mismo recuerda y repite por tres veces nuestro Señor Jesucristo segun leemos en el Evangelio de San Márcos (cap. IX, vv. 43 y siguientes)." "El fuego, exclama "el Profeta Rei, el furor de los vientos y de la tempestad serán una parte de su tor"mento." [1] "Cada uno hallará su suplicio, dice el Sabio (cap. XI, v. 17), en el fines"to objeto de su pecado." "Se espantarán con la aparicion de horribles espectros." (Sap. cap. XVI, v. 4.) "Una hediondez insufrible sucederá á los suaves perfumes." (Isaí. cap. III, v. 24)." Hiel de dragones será el vino que apague su sed." (Deut. cap. "XXXII, v. 33.) La multitud de sus tormentos, dice Job, será igual á la multitud de "sus crímenes" (cap. XX, v. 18). "Desearán morir, dice San Juan en su Apocalipsis "(cap. IX, v. 6), y la muerte huirá léjos de ellos." "Será precipitado en un estanque

1 Ignis, et sulphur, et spiritus procellarum pars calicis eorum. Ps. X, v 7.

"de fuego, dice el mismo Profeta, el que no se haya encontrado escrito en el libro de la "vida." (Cap. XX, vv. 14 y 15.)

9. "El Salmista Rei pinta el suplicio de la vista de un réprobo manifestando que á la presencia de los objetos se llenará de ira, crugirán sus dientes, bramará de rabia y se pondrá pálido, macilento, transido por la accion de todas estas pasiones. [1] Los ricos voluptuosos verán para su tormento la esterilidad de sus tesoros y la abominacion de los objetos que corrompieron su corazon: el escritor impío verá la generacion de infelices, víctimas de su pluma, agolparse á su alrededor, maldecirle, abominarle: cada uno verá allí á los cómplices de sus vicios, á las víctimas de sus escándalos lanzarse sobre él con la imprecacion en los labios y con el ímpetu feroz del aborrecimiento. ¡Qué mas podrémos decir! El profeta mismo, impaciente por explicar lo que allí se sufre, exclama con espanto, refiriéndose á los réprobos: "Serán entregados en manos de la espada;" y Ezequiel, amplificando el pensamiento de David, añade: "Ven, ó espada, á diestra "y á siniestra: persigue, hiere, junta víctimas como el segador despues de la cosecha." ¡Golpe terrible, que cayendo sobre todo el pueblo de los malvados, reunirá en aquel promontorio de víctimas al heresiarca con sus sectarios, al incrédulo con sus discípulos, al libertino con sus cómplices, al vengativo con su enemigo y á todos los pecadores con los objetos de su pecado, á fin de que el brazo del Señor, siempre levantado, paseando sobre la cabeza culpable de todos ellos su flamente espada, les persiga sin tregua, les encadene para siempre á su crímen y á su suplicio!"

10. Digamos á un orador sagrado pintar el cuadro de los tormentos que sufren los condenados: "Supongo que á todos los diferentes tormentos de que ya se ha hecho mencion, me propongo añadir cuanto el Evangelio nos dice de lágrimas, crugir de dientes, alaridos espantosos, y que tomando en mi mano el pincel de los profetas, vengo á representaros con Ezequiel é Isaías al Dios de las venganzas llevado en el trono de su cólera, recorriendo ese estanque de fuego en que nadan las víctimas de su justicia, semejante en su marcha al mugir de los mares irritados, teniendo en una mano el cáliz de su furor, cuyas heces inflamadas é inagotables vierte á grandes olas sobre la cabeza de sus enemigos, y lanzando con la otra sobre ellos sus láminas de fuego y todos los dardos de su celo y de su indignacion: digámos mejor, si abriendo súbitamente á vuestros ojos las puertas del abismo, me fuese dado mostraros á un tiempo todos los horrores, las tinieblas de una noche eterna, torrentes de humo, torbellinos de llamas, conduciéndoos á estas tristes moradas, os diria: Mirad correr esos torrentes de lágrimas, esas voces gemebundas, esos gritos, esos sollozos que aborta la desesperacion: oid ese trueno que retumba hasta las últimas profundidades del abismo: ved esos relámpagos no interrumpidos cuyos esplendores sombríos lanzan un espantoso dia que renace y huye sin cesar, y á los ministros crueles de las venganzas celestiales encarnizados sobre sus víctimas: por todas partes el espanto, el terror, la desolacion." [2]

11. Pero hai todavía una cosa que á todo sobrepuja, un carácter de este padecer que puede llamarse el infierno por esencia: ¿cuál? la eterna duracion de aquellos tor-

1 Peccator videbit et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet. Ps. CXI, v 9.
2 Cambaceres. Sermon del Infierno.

mentos. Tal es el último punto de vista bajo que me propongo considerar este espantoso y terribilísimo dogma.

III.

12. Nada mas combatido, hijos mios, no solo por aquellos que han abandonado absolutamente la religion, sino aun por muchos que afectan admitirla, que este dogma de la eternidad desgraciada; pero al mismo tiempo nada mas justo y eminentemente racional. En efecto, ya consideremos la malicia intrínseca del pecado, ya las exigencias de la justicia, ya el abandono de la gracia, ya los abusos de la libertad, veremos resplandecer la sabiduría de Dios, no ménos que los atributos y los derechos del órden divino en la eternidad de las penas: de esta suerte la misma razon natural, siguiendo las consecuencias de los primeros principios revelados, se robustece, digámoslo así, para sentir el peso de verdad y santidad que tienen los oráculos de la Santa Escritura relativamente al eterno padecer de los réprobos.

13. "La gravedad del pecado es la medida del peso y tamaño del castigo, y la duracion de aquel es la medida de la duracion de éste. Un Dios sabio y justo dispone "los premios y las penas segun la naturaleza del mérito ó del delito; penetra de una "ojeada todas las relaciones de uno y otro, y procede con la mas exacta proporcion. "Un pecado contra Dios es de una malicia infinita atendido el objeto á quien ofendió: "merecepues una pena infinita; y pues que esta pena no puede consistir en la intension "del pacer y de los tormentos, la cual es necesariamente finita, es mui justo y racional queconsista en una duracion infinita.—"Además, miéntras el pecado no se acaba, tampoco la pena debe acabarse. Luego si el pecado de los condenados no se acaba jam y jamas lo detestan, siempre debe subsistir la pena. En efecto, ¿quién en "aquellamansion de blasfemia, de desesperacion, de impenitencia la mas empedernida "é inmutable, quién borrará sus pecados, quién reformará sus costumbres, quién recobrará lapureza del alma? "Una vez cortado el árbol, dice el Espíritu Santo, donde "quiera q cayere, sea á la derecha ó á la izquierda, allí está, sin que ya crezca ni "pueda poner nuevas vicisitudes: puesta el alma del hombre una vez fuera del punto "que sept al tiempo de la eternidad, llegada al Cielo ó caida en el infierno, vive con "sus últimos sentimientos, que se eternizan con ella, y permanece inmoble en la santidad ó en injusticia, en el amor ó en el aborrecimiento de su Dios."! [1]

14. Cuanto á la justicia, ella pide una proporcion exactísima, no solo del tormento con culpa, sino tambien del castigo de los malos con el premio de los buenos. La primera una justicia conmutativa que da el tanto por tanto; la segunda es una justicia dibutiva, que pone las debidas proporciones entre la pena y el premio. Si pues Diosnestro Señor recompensa con una dicha eterna las virtudes de sus escogidos, ¿no habia de querer limitar á cierta duracion toda la pena de los réprobos? Sí ed, hijos mios, el tiempo que querais á las desgracias del réprobo, y siempre veréis , desigualdad infinita entre el premio y la pena, y aun cierta especie de igualdad en ambas por lo que va del tiempo á la eternidad. Cualquiera duracion,

1 Feller, math. philosoph. lib. IV, art. VII, § 3.

comparada con la eternidad, es ménos que una gota comparada con todos los mares y con todos los rios, ménos que un imperceptible grano de arena respecto de toda la tierra. Lo que acaba es casi como si no hubiera sido: luego si hubiese de tener término el padecer de un condenado, vendria en cierto modo á igualarse con el justo si sigue gozando. ¿Qué oponer á este argumento? Nada ciertamente. Supuesto que acabase la pena, preciso es colocarnos en uno de dos casos: ó Dios en el acto aniquilaba al alma, ó nó. Decir lo primero seria negar el dogma de la inmortalidad, pues el alma es inmortal por su naturaleza y por los decretos de Dios: luego debemos venir á lo segundo. En este caso, el alma seguiria viviendo en estado de pecado y en perpetua impunidad: porque el pecado permanece siempre miéntras la penitencia mediante la gracia no le destruya, y como mas allá de la muerte ni puede haber penitencia ni hay gracia, resultaria un monstruo, á saber: el crímen viviendo perdurablemente en la impunidad. Ahora bien: ¿hasta dónde llegaria esta impunidad? Esa alma que sobreviviese la cesacion absoluta de su tormento, quedaria exenta de toda pena, supuesto que el castigo fuese temporal: luego no solo permaneceria impune, sino que gozaria en efecto. Y esto es justo? ¿y esto es racional? ¿y esto es conciliable con la bondad de Dios? N. Luego el mismo carácter de la justicia demanda la eternidad de la pena.

15. Hai más: el castigo del réprobo es obra de él mismo, y por consiguiente una cosa justísima por parte del Señor: porque el cristiano, hijos mios, tiene dos elementos poderosos contra el mal y para el bien: la libertad y la gracia. Quien pecando no haber pecado, y tenia fuerzas sobrenaturales para ello: luego, si no obstante, resuelve á cometer el crímen, es porque quiere y á pesar de un Dios de misericordia que está siempre dispuesto á socorrerle. Dios le da gracia despues de haberle dado libertad, y dándole la gracia se lo da todo, pues todo lo podemos en aquel que nos conforta, segun la bella expresion del Apóstol. Es la gracia, como bien sabeis, "un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria:" de ella nos viene, como nos exactamente lo enseña nuestro Catecismo, "el poder y querer hacer obras ante los satisfactorias y meritorias;" y como de la satisfaccion y merecimiento pende ni ménos que librarse de la pena y conquistar la gloria, el hombre, con solo el hecho de contar con la gracia, tiene, por un efecto de la Bondad divina, el sublime poder librarse del infierno y alcanzar la vida eterna. ¿Qué se infiere de aquí? que si, no obstante, muere en pecado, es porque pervirtió su libertad, menospreció la gracia; es pues quiso, y solo porque quiso, y nada mas que porque quiso.

16. Mas no nos detengamos aquí: porque el dogma de la eternidad de las penas tiene su fundamento, no precisamente en los discursos de la razon natural, sino las Santas Escrituras, en la doctrina de los Padres y en la autoridad de la Iglesia. No me extenderé sin embargo á exponeros uno á uno todos estos argumentos, para no dar á esta instruccion mas latitud que la que permite, ya porque, para fundar creencia, basta lo que dice á este propósito la Escritura Sagrada.

17. "El profeta Isaías, en el capítulo LXVI, versículo 24, dice así: Ellos saldrán á ver los cadáveres de los que prevaricaron contra mí, cuyo gusano muere nunca, y cuyo fuego jamas se apagará." En estas palabras podemos distinguir el bien entre la intensidad y la duracion de las penas á que están sujetos aquellos desgraciados que han muerto en el odio de Dios. Este gusano que nunca ha de morir, es un tormento eterno: este fuego que no se ha de apagar nunca, es una pena terrible, un dolor inexplicable y siempre eterno. Está visto pues, que las penas de los condenados han de ser eternas. "El mismo profeta, en el capítulo XXXIII, versículo 14, pondera y encarece con el acento del terror y la admiracion lo terrible de estas penas y su duracion eterna. "¿Quién podrá, dice, morar entre los ardores sempiternos?" Daniel consigna el mismo dogma (XII, 1, 2, 3,) en estos términos: "En aquel tiempo se levantará Miguel, príncipe grande, que es el defensor de los hijos de tu pueblo; porque vendrá un tiempo cual nunca se ha visto desde que comenzaron á existir las naciones hasta aquel. Y en aquel tiempo tu pueblo será salvado; lo será todo aquel que se hallare escrito en el libro. Y la muchedumbre de aquellos que duermen ó descansan en el polvo de la tierra, despertarán: unos para la vida eterna, y otros para la ignominia, la cual tendrán siempre delante de sí. Mas los que hubieren sido sabios brillarán como la luz del firmamento: y como estrellas por toda la eternidad aquellos que hubieren enseñado á muchos la justicia." Vengamos al Nuevo Testamento."

18. "El evangelista San Lúcas nos refiere las siguientes palabras pronunciadas por el Bautista relativamente á nuestro Señor Jesucristo: "Tomará en su mano el bieldo, dice en el cap. III, versículo 17, y limpiará su era, metiendo despues el trigo en su granero, y quemando la paja en el fuego inextinguible." He aquí un emblema del juicio final, una imágen de aquella separacion terrible que hará el Supremo Juez en el dia de su justicia. Este trigo limpio y sano figura al pueblo de los escogidos, de los que guardaron la Ley del Señor, de los que, apellidados con el glorioso título de *benditos*, serán puestos á la derecha y destinados á la posesion del reino eterno: esta paja ó broza inservible representa á los miserables réprobos: este fuego á donde han de ser arrojados es el infierno, y esta calificacion de *inextinguible* aplicada al fuego, es la gran profecía de la eternidad desgraciada."

19. "Jesucristo en otro lugar presenta la pena eterna como el mas eficaz estímulo para sostener el espíritu siempre alerta contra todos sus enemigos. "Si tu mano te es ocasion de escándalo, dice, córtala: más te vale el entrar manco á la vida eterna, que tener dos manos é ir al infierno, al fuego inextinguible: en donde el gusano que les roe y muerde su conciencia, nunca muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pié te es ocasion de pecado, córtale: más te vale entrar cojo á la vida eterna, que tener dos piés y ser arrojado al infierno, al fuego inextinguible: donde el gusano que les roe nunca muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te sirve de escándalo ó tropiezo, arráncale: mas te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno: donde el gusano que les roe nunca muere, ni el fuego jamas se apaga." ¿Qué argumento pudiéramos apetecer, tratándose de una prueba dogmática, al mas autorizado, ni mas claro, ni mas concluyente, que el que nos suministran estas palabras que acabáis de escuchar? No se trata de una profecía; no se trata del oráculo de un hombre inspirado: se trata de Jesucristo mismo, del Verbo de Dios, del mismo Autor de la Ley, del mismo Dispensador de la gracia, del mismo que ha de venir

á juzgar á los hombres conforme á sus obras. Aquí vemos que todo se debe perder ántes que la gracia, que todo debe posponerse á la inviolabilidad de la Ley divina: porque nada de cuanto el espacio limita y él tiempo mide puede prevalecer contra lo que tiene su vida en la eternidad. Tres veces repite aquí Jesucristo que el gusano roedor nunca muere, y que el fuego vengador nunca se extingue, y que este gusano y este fuego es la pena de los que mueren en pecado. He aquí la eternidad de las penas del infierno enseñada claramente por el mismo Jesucristo."[1]

20. No recorreré, hijos mios, otras páginas de este Divino Libro; no mencionaré los oráculos de Pablo enseñando este dogma con toda claridad á los Tesalonicenses, de San Judas consignando estas mismas ideas en su Epístola católica, de San Juan penetrándonos de terror en su Apocalipsis con aquellos tormentos que han de sufrir los réprobos noche y dia por los siglos de los siglos. Tampoco hablaré de los Santos Padres de la Iglesia que han hecho admirar su vastísima erudicion, su genio y su elocuencia, probando, defendiendo y pintando al corazon la eternidad desgraciada: ni me detendré á exhibiros las decisiones de la Iglesia, pues el Símbolo católico lo dice todo, y en el de San Atanasio leemos estas palabras: "los que hayan hecho el mal, irán "al fuego eterno: tal es la fe católica." He dicho ya todo lo bastante para manifestar cuán sólidos, profundos, é incontrastables son los fundamentos en que descansa el dogma del infierno en su totalidad: cuanto sobre él enseña la Iglesia está fundado en la Santa Escritura, en los Padres, en la tradicion, en el magisterio apostólico y en la razon católica de todos los siglos. Pero lo que no puedo callar, es mi deseo ardentísimo de que este dogma sea para vosotros, no solamente luz de verdad, sino tambien causa de bien y estímulo poderoso de virtud. Este dogma, hijos mios, es, ha sido y nunca dejará de ser el mas á propósito para conservarnos en el santo temor de Dios: el mismo Jesucristo decia: "No temáis á aquellos que matan al cuerpo, siendo como "son incapaces de dar muerte al alma; sino ántes bien, temed á Aquel que puede pre"cipitar en los infiernos cuerpo y alma."

21. Sea pues, hijos carísimos, la meditacion del infierno el pasto diario de vuestro espíritu, la gran ciencia de vuestra felicidad. Aquí aprenderéis á despreciar todos los bienes caducos y perecederos, codiciando únicamente las dichas inmortales: aquí os haréis fuertes y mucho contra todas las debilidades de la naturaleza, contra todos los amagos del dolor, contra el espanto mismo del sepulcro. Entónces podrá predicarse de vosotros aquella felicidad que admiraba el Profeta cuando decia: "Bienaventurado "quien teme al Señor, porque es mui solícito en guardar sus mandamientos. Su descen"dencia será poderosa sobre la tierra; recibirá las bendiciones de todas las edades, y su "justicia, (es decir: su virtud, su grandeza, su felicidad, léjos de estar aprisionadas en "los linderos del tiempo,) permanecerá por los siglos de los siglos.

[1] Lo que va entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi Exposicion de la Doctrina católica.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

ULTIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA PERDURABLE.

Venite, benedicti Patris mei: possidete regnum quod paratum est vobis á constitutione mundi.

Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo.

Matth. cap. XXV. v. 34.

1 Gracias á Dios nuestro Señor, hijos mios, porque me ha concedido poner término á esta série de instrucciones pastorales sobre los fundamentos de la religion y los dogmas de nuestra fe. Este bien seria siempre mui grande por la suma importancia de un trabajo en que tanto se interesa el rebaño, siempre necesitado de luz y de fuerza para entender y practicar la palabra de Dios, como el pastor, que movido igualmente por su deber y por su amor á la grei que debe apacentar con el pasto de la palabra divina, consigue derramar entre ella los preciosos frutos del Evangelio y preparar los triunfos de la gracia: pero lo es mas que nunca en nuestros dias; en estos dias de tinieblas y de fuerza, en que el enemigo comun de nuestras almas, no satisfecho con asaltar al corazon para corromperle, trabaja por arrancar del entendimiento el inapreciable tesoro de la fe; en este tiempo en que ya estamos palpando aquella ruina profetizada por el Apóstol, cuando anunciaba una época en que los hombres no soportarian ya la sana doctrina, sino ántes bien, teniendo una comezon extremada de oir, recurririan á una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, y cerrarian sus oidos á la verdad, y los aplicarian á las fábulas. ¡Cuántas dificultades no me ha sido preciso vencer para dar lleno á mis deseos de precaveros con estas instrucciones contra los peligros inminentes que á la par están corriendo la religion y la moral entre nosotros! Mas ya, por

á juzgar á los hombres conforme á sus obras. Aquí vemos que todo se debe perder ántes que la gracia, que todo debe posponerse á la inviolabilidad de la Ley divina: porque nada de cuanto el espacio limita y él tiempo mide puede prevalecer contra lo que tiene su vida en la eternidad. Tres veces repite aquí Jesucristo que el gusano roedor nunca muere, y que el fuego vengador nunca se extingue, y que este gusano y este fuego es la pena de los que mueren en pecado. He aquí la eternidad de las penas del infierno enseñada claramente por el mismo Jesucristo."[1]

20. No recorreré, hijos mios, otras páginas de este Divino Libro; no mencionaré los oráculos de Pablo enseñando este dogma con toda claridad á los Tesalonicenses, de San Judas consignando estas mismas ideas en su Epístola católica, de San Juan penetrándonos de terror en su Apocalipsis con aquellos tormentos que han de sufrir los réprobos noche y dia por los siglos de los siglos. Tampoco hablaré de los Santos Padres de la Iglesia que han hecho admirar su vastísima erudicion, su genio y su elocuencia, probando, defendiendo y pintando al corazon la eternidad desgraciada: ni me detendré á exhibiros las decisiones de la Iglesia, pues el Símbolo católico lo dice todo, y en el de San Atanasio leemos estas palabras: "los que hayan hecho el mal, irán "al fuego eterno: tal es la fe católica." He dicho ya todo lo bastante para manifestar cuán sólidos, profundos, é incontrastables son los fundamentos en que descansa el dogma del infierno en su totalidad: cuanto sobre él enseña la Iglesia está fundado en la Santa Escritura, en los Padres, en la tradicion, en el magisterio apostólico y en la razon católica de todos los siglos. Pero lo que no puedo callar, es mi deseo ardentísimo de que este dogma sea para vosotros, no solamente luz de verdad, sino tambien causa de bien y estímulo poderoso de virtud. Este dogma, hijos mios, es, ha sido y nunca dejará de ser el mas á propósito para conservarnos en el santo temor de Dios: el mismo Jesucristo decia: "No temáis á aquellos que matan al cuerpo, siendo como "son incapaces de dar muerte al alma; sino ántes bien, temed á Aquel que puede pre"cipitar en los infiernos cuerpo y alma."

21. Sea pues, hijos carísimos, la meditacion del infierno el pasto diario de vuestro espíritu, la gran ciencia de vuestra felicidad. Aquí aprenderéis á despreciar todos los bienes caducos y perecederos, codiciando únicamente las dichas inmortales: aquí os haréis fuertes y mucho contra todas las debilidades de la naturaleza, contra todos los amagos del dolor, contra el espanto mismo del sepulcro. Entónces podrá predicarse de vosotros aquella felicidad que admiraba el Profeta cuando decia: "Bienaventurado "quien teme al Señor, porque es mui solícito en guardar sus mandamientos. Su descen"dencia será poderosa sobre la tierra; recibirá las bendiciones de todas las edades, y su "justicia, (es decir: su virtud, su grandeza, su felicidad, léjos de estar aprisionadas en "los linderos del tiempo,) permanecerá por los siglos de los siglos.

[1] Lo que va entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi Exposicion de la Doctrina católica.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

ULTIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA PERDURABLE.

Venite, benedicti Patris mei: possidete regnum quod paratum est vobis á constitutione mundi.

Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo.

Matth. cap. XXV. v. 34.

1 Gracias á Dios nuestro Señor, hijos mios, porque me ha concedido poner término á esta série de instrucciones pastorales sobre los fundamentos de la religion y los dogmas de nuestra fe. Este bien seria siempre mui grande por la suma importancia de un trabajo en que tanto se interesa el rebaño, siempre necesitado de luz y de fuerza para entender y practicar la palabra de Dios, como el pastor, que movido igualmente por su deber y por su amor á la grei que debe apacentar con el pasto de la palabra divina, consigue derramar entre ella los preciosos frutos del Evangelio y preparar los triunfos de la gracia: pero lo es mas que nunca en nuestros dias; en estos dias de tinieblas y de fuerza, en que el enemigo comun de nuestras almas, no satisfecho con asaltar al corazon para corromperle, trabaja por arrancar del entendimiento el inapreciable tesoro de la fe; en este tiempo en que ya estamos palpando aquella ruina profetizada por el Apóstol, cuando anunciaba una época en que los hombres no soportarian ya la sana doctrina, sino ántes bien, teniendo una comezon extremada de oir, recurririan á una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, y cerrarian sus oidos á la verdad, y los aplicarian á las fábulas. ¡Cuántas dificultades no me ha sido preciso vencer para dar lleno á mis deseos de precaveros con estas instrucciones contra los peligros inminentes que á la par están corriendo la religion y la moral entre nosotros! Mas ya, por

un singular beneficio de Aquel que, otorgándonos la mision de predicar el Evangelio, nos ofreció su asistencia continua y dijo que no prevalecerían contra la Iglesia las puertas del infierno, he podido llegar al término que tanto anhelaba. Voi pues, hijos mios, á cerrar este curso de instrucciones pastorales con la explicacion del mas tierno, del mas hermoso, del mas atractivo de todos los dogmas de la fe; de aquel que versa sobre la dichosa consumacion del pensamiento de Dios acerca de la humanidad, y de la carrera del hombre durante su mansion en la tierra, sobre la adquisicion del último fin para que fuimos criados, que es la bienaventuranza, la union perdurable con Dios, el verle en sí mismo, amarle y gozarle por toda la eternidad, del dogma con que termina el Símbolo católico, el dogma de la vida perdurable.

2. Con mui sabio acuerdo ha concluido la Santa Iglesia su Símbolo con el artículo sobre la vida perdurable, siendo ésta el fin de nuestra existencia y de la Ley divina, la corona de la esperanza y lo único que falta, despues de la resurreccion de la carne, para dar cabo á la dicha que todos esperamos, apoyados en la palabra infalible del Dios que la promete. Es además el complemento de los medios morales para inclinarnos á la virtud; pues como bien sabéis, toda la máquina de la perfeccion cristiana, todo el movimiento de la vida moral gira y se sostiene sobre los ejes del temor y la esperanza: si aquel se afirma y robustece con el pensamiento de las eternas penas de los réprobos, la otra nace y crece á la luz y calor de ese Astro que, atrayéndonos al cielo con la manifestacion de los supremos goces y la única felicidad, nos desprende de todas las aficiones terrenas y nos hace triunfar de nuestros enemigos con la dulce esperanza del premio. Mas á este destino feliz de infinito gozo no se llega sino con el derecho que da la sentencia del Supremo Juez de vivos y muertos, del mismo modo que al infierno y su fuego inextinguible no se baja, sino despues de un fallo de justicia. Habéis escuchado este fallo de Cristo Juez contra los réprobos en las palabras que me sirvieron de texto para mi precedente instruccion, y que en toda ella tuve cuidado de explicaros: pues así tambien los justos, ántes de subir á la Ciudad santa, oyen esta sentencia que les abre sus puertas, llamándoles á ella con todas las efusiones del amor: "Venid, benditos "de mi Padre, y tomad posesion del Reino que os está preparado desde el principio del "mundo:" *Venite, benedicti Patris mei: possidete regnum quod paratum est vobis à constitutione mundi.*

3. Este reino, hijos mios, preparado para los justos desde el principio del mundo, y que ellos entran á poseer por el derecho que les da esta sentencia de Jesucristo, es el *Reino de los cielos*, llamado con varios nombres que le representan en alguno de los atributos de su grandeza. En San Mateo, se llama como acabáis de oir y tambien *Reino de Dios:* en San Juan es llamado *Reino de Cristo* y tambien *Casa del Padre.* Los Profetas le habian dado á conocer con otros nombres, pues Ezequiel le llama *Paraiso*, é Isaías *Ciudad santa;* y en el Apocalipsis figura con el nombre de *Nueva Jerusalen.* La existencia de sus moradores se designa con los nombres de *bienaventuranza* y *vida eterna.* Pero todos estos nombres, aunque mui bien aplicados, no por esto bastan á expresar y dar íntegra y plenamente á conocer el objeto representado; porque si ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni pasó á hombre por pensamiento, como dice San Pablo, aquella vida de inefable gozo, de gloria sin fin, aquella luz en comparacion de la cual ésta de acá no es mas que tinieblas, ya comprenderéis que no hai lengua bastante ni palabra propia para expresar aquella dicha incomparable. Nuestro Símbolo católico la llama *vida perdurable;* pero esta palabra, enunciativa de una existencia que no tiene término, tampoco basta para el intento, pues los réprobos existen y nunca dejarán de existir: por lo cual ha querido significarse con estas palabras, no tanto un siempre vivir cuanto un siempre pleno y sumo gozar. Por esto mismo, aunque los réprobos viven para nunca morir, su existencia infelicísima se llama en el idioma de la doctrina *muerte eterna;* porque un existir para solo el tormento, es mas bien muerte que vida: razon bastante para comprender que la vida propiamente dicha, la vida por excelencia, la única digna de tal nombre, viene á ser la perdurable de los justos viendo en sí mismo continuamente, amando y poseyendo por siempre al Autor de la vida. Síguese de aquí lo mui necesario que es dar á conocer el carácter propio de la felicidad que disfrutan los escogidos en el Cielo. Tres cosas reunidas pueden darnos la idea mas propia que cabe de la bienaventuranza: primera, la exencion de todo mal; segunda, la comprension de todo bien; tercera, la exclusion de todo término: es decir, hijos mios, que la existencia de los justos en la tierra es: en primer lugar, una vida en que nada se padece, ni puede padecerse; en segundo lugar, una vida en que todo bien se posee y plenamente se disfruta; y por último, una vida que no ha de acabar jamás. Tales son los caractéres de la bienaventuranza, y los puntos que me propongo tratar en la instruccion presente.

I.

4. Carácter propio es de la vida humana, hijos mios, el ser de suyo transitoria y penosa, porque ni está exenta de sufrimientos, ni libre de la ley comun á todo lo que nace, que es el morir. "El hombre nacido de la mujer, dice Job, vive poco tiempo y "está henchido de miserias:" *homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.* (XIV) He aquí la gran sinópsis de la vida humana. Esto quiere decir que en ella todo se encuentra como iniciado, pero nada perfecto y cumplido: hai bien, hai mal; pero ni todo bien ni todo mal, ni solo bien ni solo mal, ni siempre bien ni siempre mal. Lugar de preparacion y de prueba, la tierra es un valle de lágrimas, porque en ella se padece mas que se goza: el mal prepondera sobre el bien, y éste no puede hallarse constantemente sin aquel. Mas al terminar el curso de la vida, entra el hombre en una plenitud ya de mal, ya de bien, pero plenitud verdadera y absoluta: si pertenece al número de los réprobos, sufrirá el mal en toda su plenitud, es decir: el mal solo, el mal todo, el mal eterno: viceversa, si pertenece al número de los escogidos, disfrutará el bien en toda su plenitud, esto es: el bien solo, el bien todo, el bien eterno. De esta suerte la vida futura y la presente tienen caractéres de una señalada oposicion, pues aquí el bien anda mezclado con el mal, miéntras allá esto será imposible: aquí tanto el bien cuanto el mal son limitados, miéntras allá carecen de todo límite, pues no le tiene ni el padecer de los condenados ni el gozar de los escogidos: aquí todo acaba, miéntras allá todo permanece por siempre. Ved pues cómo el primer carácter de oposicion entre vida y vida relativamente al goce ó la felicidad es, que en la del

tiempo el gozar está mezclado siempre con el padecer, miéntras allá el goce y la satisfaccion son puros y exentos de toda mezcla.

5. Elegid, hijos mios, cualquiera de los bienes que mas se aprecian en la tierra, y pronto quedaréis convencidos de que no es dado al hombre ponerse á salvo de la pena. Muchos podria enumerar aquí; pero yo quiero comprenderles todos en dos grandes categorías: los que acompañan á la práctica de la virtud, y los que anhela el vicio abandonando la Ley. ¿Cuál es el carácter de los primeros? el ser inseparables de la mortificacion cristiana, de la negacion de sí mismo, de la lucha con todas las pasiones, de los costosos sacrificios que demanda la conservacion de la inocencia y de las austeridades penosas á que se entrega el que la recobra despues de convertido, para no ser presa de los nuevos asaltos de sus antiguos enemigos. El contento de la virtud es la paz de la conciencia, el goce de la esperanza y una prueba incontestable de lo mui despreciables que son todos los bienes de la tierra, de cuán engañosos son siempre los deleites de los sentidos, y de que es preciso comprar la paz del alma con el sacrificio de todas las cosas terrenas.

6. Los bienes que tanto se codician en el mundo por aquellos que no buscan su verdadero y último fin, son de tal naturaleza, que considerados á plena luz, deben ser vistos mas como males que como dicha: las riquezas trabajan al opulento con la sospecha, los compromisos y aun las privaciones; y cuando el amor de ellas engendra la avaricia en el corazon, el hombre gime bajo el yugo de la mas penosa esclavitud: el anhelo por adquirir nuevos tesoros progresa con el aumento de ellos; es una sed insaciable y rabiosa, que léjos de mitigarse crece con la abundancia del agua. Las grandezas mundanas, los mentidos honores, brillantes fantasmas que hace girar el mundo en torno de la ambicion, traen consigo tal cúmulo de agitaciones y penalidades, de odiosas bajezas é inconcebibles humillaciones, que no pocas veces han sido un objeto ya de diatriba, ya de compasion aun entre los mundanos.

7. Nada os diré de los placeres de los sentidos, venenos diversos ministrados al hombre por el enemigo comun en preciosas copas coronadas de flores: al crímen sigue el remordimiento, á éste la obcecacion, y á ésta la muerte en medio de los mas agudos dolores. Las pasiones obran de diverso modo, emplean diferentes armas; pero siempre hacen pagar los placeres momentáneos con horribles tormentos á sus infelices víctimas. Ese jóven que ufano y orgulloso con la superabundancia de la vida se habia lanzado con loca temeridad en pos del deleite, vedle cuál ha quedado al fin de sus satisfacciones prolongadas y delincuentes; vedle triste, pensativo, lánguido, herido profundamente en sus sentidos y en su corazon, haciendo en la primavera de su vida un odioso remedo de la mas achacosa vejez. El hombre maduro, siempre alternando entre ilusiones y esperanzas, entre deseos vehementes y proyectos frustrados, pasa la vida entre el bien y el mal, y esto aun cuando la regularidad de su conducta le haya puesto á cubierto de los últimos estragos de las pasiones: los hombres mas bien establecidos pagan su contingente de pena, no solamente á los cuidados de la familia, sino á los peligros del establecimiento, á los sobresaltos del temor, y sobre todo, á la necesidad del trabajo. La vejez ya no puede tener ilusiones sin locura, pues cualquier linaje de bien sufre mucho

en consecuencia de los años. ¡Dichoso el anciano que siempre ha vivido en la virtud! Pero aquel que ha envejecido en el vicio, no puede sentir mas que tormentos ante la imágen importuna y cercana de la muerte. No hai medio: ó padecer con la virtud, ó sufrir por el crímen; y por consiguiente nada en lo absoluto será parte á oscurecer este primer carácter de la vida humana: la inevitable mezcla del mal con el bien.

8. Considerad ahora cuán diversa es la condicion de aquellos que, habiendo muerto en el Señor, disfrutan las delicias de la gloria. Aquel bien supremo, fuente perenne de todos los bienes, es un bien tan esencial, que no admite ni puede admitir absolutamente el mal. Por esto Jesucristo Señor nuestro contraponia siempre á los tormentos que aquí se sufren, la deliciosa, absoluta y perpetua inmunidad que allá se tiene: he aquí por qué cuando este Divino Maestro hizo aquel resúmen profético de su futuro juicio para con los predestinados en las bienaventuranzas, fué contraponiendo á los males que aquí sufren los justos, los bienes puros y sin mezcla que les reserva para la eternidad. A los pobres de espíritu les brinda con el reino de los cielos: magnífica sinópsis de la abundancia infinita; pues este reino celestial expresa la exencion de toda necesidad, el goce de todo bien. A los que hán hambre y sed de justicia, les promete la hartura que cumplidamente satisface y no sacia jamás, es decir: una superabundancia de goces de todo género; y por esto en el misterioso libro del Apocalípsis se dice que los bienaventurados no tendrán hambre ni sed nunca jamás. El hombre en la tierra se alimentará con el sudor de su rostro, y sin embargo, tendrá hambre y muchas veces no podrá satisfacerla, y otras veces le abundará el alimento, y será incapaz de tomarle porque le falte la salud; mas en el Cielo ni la abundancia de los bienes traerá la pena de la inutilidad para disfrutarles, ni sufrirá el hombre los tormentos vivos de una necesidad no satisfecha. Bienaventurados los que lloran, decia Jesucristo, porque ellos serán consolados," esto es: porque ha de llegar un dia en que nada se padezca, en que cese todo motivo de llanto, en que acabe hasta la posibilidad del dolor. Oid la sublime confirmacion de este concepto en las siguientes palabras del Apocalípsis: (XXI, 3 y 4) "Oí "una grande voz del trono que decia: Ved aquí el Tabernáculo de Dios con los hom"bres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo: y el mismo Dios en medio de ellos "será su Dios. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos: y la muerte no será "ya mas. Y no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pa"saron."

9. ¿Qué palabra humana, hijos mios, podrá expresar digna y cumplidamente cuanto enuncia esta expresion divina del primer carácter de la felicidad de los justos? Ninguna por cierto: por mucho que nos esforzásemos, quedariamos siempre mui cortos. Todo tiene aquí una énfasis sublime, dimensiones inmensas, ó mas bien, grandeza inconmensurable. Este Dios limpiando toda lágrima de los ojos de los escogidos, es la Omnipotencia misma inspirada por el amor infinito, pronunciando el *hasta aquí* del mal, del dolor, del sufrimiento y hasta del mas imperceptible padecer, y realizando aquella profecía con que fortaleció Jesucristo á sus escogidos al predecirles la carrera de sus tribulaciones, cuando dijo: "El mundo se alegrará y vosotros seréis contristados; mas "vuestra tristeza se ha de convertir en gozo." ¡Un Dios enjugando las lágrimas de to-

da la humanidad virtuosa y santa! ¡qué cuadro, católicos! ¡La imaginacion, el ingenio y la elocuencia de todos los siglos se anonadan en su presencia! "No habrá llanto," es decir: no habrá ni el mas leve motivo de disgusto en el pecho de los escogidos; el bien que ellos disfruten será incapaz de toda mezcla y confusion con el mal: no digo el padecer, no digo el dolor, pero ni aun el disgusto mas leve, ni la desazon mas transitoria, ni la queja mas imperceptible, ni el mas leve suspiro tendrá cabida en aquella predilecta morada; porque todo esto acabó, acabó todo, acabó para siempre, tornó á la nada; es poco, dejó de ser posible para los que ocupan ya un asiento en la Ciudad celestial. Sí, amados hijos: limpiará el Señor toda lágrima de todo ojo en aquella Ciudad que han de habitar para siempre sus escogidos: "la muerte no será jamás;" acabarán para siempre, huirán desde sus magníficos pórticos y resplandecientes quicios para nunca volver todo lo que es pena, disgusto y desazon, todo lo que inquieta y perturba, todo lo que atribula y amarga, todo lo que consterna, todo lo que arranca el clamor del pecho y el llanto de los ojos; porque no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor alguno, en razon de haber pasado todo: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum, et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt.*

10. Mas no basta, hijos mios, el saber que los bienaventurados están esencialmente libres de todo mal; es necesario pasar de aquí á considerar los caractéres positivos ó intrínsecos de la felicidad que disfrutan, la cual, como ya os he dicho, les otorga la posesion de todo bien: mas tal es el objeto del segundo punto.

II.

11. "Es mas fácil, dice San Agustin, enumerar los males de que habrémos de carecer en aquella dichosa vida, que los bienes y goces que hemos de disfrutar en ella." Esto nos manifiesta claramente que no es dado al entendimiento humano, por muchas y grandes excelencias que tenga, concebir, ni al idioma de los hombres, por mui abundante y perfecto que se suponga, el explicar debidamente la naturaleza de aquella dicha, de aquel modo de existir, de aquel incesante gozar, de aquel poseerlo todo y no desear nada, de aquel vivir en medio de inefables delicias, de esa bienaventuranza que un Dios glorificador tiene reservada y expresamente ha prometido á los que le amen y sirvan en la vida presente. La misma diversidad de voces y la insuficiencia de todas y cada una de las que nos servimos para dar á conocer aquella inefable ventura, segun he tenido ya ocasion de advertíroslo al principio de esta instruccion, es una prueba incontestable de lo incomprensible, de lo inexplicable de la bienaventuranza. El apóstol San Pablo, queriendo expresarnos de alguna manera, no todo, sino algo de lo que allí existe, nos cuenta como Isaías, á quien alude, ciertas expresiones enfáticas que dejan traslucir lo infinito tras los velos mismos de la reserva: "No vió el ojo, dice, ni el oido oyó, ni pasó á hombre por pensamiento aquello que Dios tiene reservado para los que le aman:" magnífica expresion de la universal impotencia que hai en todo lo criado, para dar á entender cuál sea la ventura suprema de que gozan los escogidos en la gloria. ¡Sabéis, hijos mios, todo lo que quiere decir el Apóstol con estas sublimes negaciones? Reunid en un punto allá

en vuestra imaginacion todos los cuadros mas bellos, mas grandes, mas sublimes que la naturaleza puede ofrecer á la mirada del hombre; todos los monumentos de las artes que han venido apareciendo, asombrando y desapareciendo á su turno en el dilatado curso de los siglos; animad luego estas perspectivas hermosas con la vida que las comunican el talento, el genio y el buen gusto, no ya de un observador, sino de todos cuantos han aparecido en la tierra desde el principio del mundo, dando nacimiento con esto á las ciencias, á las artes, á la cultura, &c., &c. Pues bien; he aquí lo que el ojo vió, el conjunto magnífico de toda la belleza creada en el órden físico, intelectual y moral. ¡No es cierto que la vida de un hombre, por mui larga que sea, no es capaz de recorrer esta muchedumbre inmensa de maravillas, á pesar de que todas giran en el órden de lo criado? Sin duda que sí. Considerad pues ahora todo lo que el Apóstol nos ha dado á entender acerca de la dicha de los justos, caracterizándola con esta palabra: *lo que el ojo no vió*, es decir: que todo esto no es nada comparado con aquella suprema dicha; que este sol, esta luna, estos astros inmensos é innumerables que hieren la vista de la humanidad desde las bóvedas del cielo, sin que al cabo de tantos y tantos siglos hayan sufrido el mas ligero menoscabo, vienen á ser como tinieblas en comparacion de aquel esplendor increado que inunda los espacios infinitos de la eterna patria. Esto mismo á su turno puede irse diciendo de todas las cosas que acá se manifiestan á la vista del cuerpo y á la inteligencia del alma.

12. ¿Qué no habrá escuchado el oido del hombre desde el orígen del mundo? Figuráos todos los embelesos melodiosos de la armonía, ya en la naturaleza ya en el arte; los truenos que se cruzan por las esferas, el ruido misterioso de los bosques, la voz de los mares agitados, impresiones que los hábiles maestros han calificado siempre de sublimes; los tiernos gorgéos, finísimos acentos y variados trinos de las aves, y cuanto la simple naturaleza presenta de bello en el sonido; todos los prodigios del arte de la música en su variadísima escala y en cualquiera de sus órdenes y aplicaciones. Pues yo os diré que nada de esto es ni siquiera comparable con aquellas armonías celestiales que regalan el oido de los justos en la triunfante Iglesia: porque esto precisamente quiere decir que allí se escucha *lo que el oido no oyó*, segun la expresion del Apóstol. Mas todavía, recorriendo los objetos de la vista y los sonidos del oido, andamos limitadísimos respecto de todo lo que constituye acá el dominio del hombre. Este, como bien sabéis, encumbra su rango sobre todo cuanto existe creado fuera del ángel: todo lo domina con el augusto cetro de la razon que Dios le otorgó cuando le hubo creado: el pensamiento es una especie de infinito en la tierra, es una inmensidad, es un poder superior al tiempo y al espacio; porque salva los horizontes, visita los espacios y sobrevive á la muerte. ¡Qué no abarcará pues el pensamiento humano? Todo el órden físico con la muchedumbre de sus objetos, la variedad de sus producciones, la sucesion de sus vicisitudes y la fijeza de sus leyes; todo el órden intelectual en las ciencias, en las artes, en la industria y en todo aquello que hace sentir el influjo del entendimiento humano en la tierra; todo el órden moral; la familia, el Estado, las naciones, los imperios, la historia, la política, &c., &c.: he aquí el vastísimo é indefinido imperio de la razon humana. Ahora bien: ¿véis todo esto, lo ponderáis, lo admiráis, os rendís en cierto modo

bajo su peso? Sin duda que sí. Pues yo os diré que todo esto junto no es capaz de representar lo que es en sí misma la suprema ventura de los escogidos en el Cielo; y por esto el Apóstol dice, refiriéndose á su naturaleza y carácter, *que no pasó á hombre por pensamiento lo que Dios tiene preparado á los que le aman.* (I Cor. II, 9)

13. ¿Qué hacer pues, hijos mios, para cumplir en esta parte mis deberes apostólicos de modo de haceros entender lo que creemos y confesamos acerca de la vida perdurable? No entrar en pormenores, no bosquejar cuadros, no establecer símiles; sino mas bien, elevaros á lo que hai de fundamental en la idea, deciros en qué consiste la esencia de esta felicidad suprema, y cuáles son sus naturales consecuencias. Ahora bien: esto es precisamente lo que nos inculca nuestro manual Catecismo, cuando dice que consiste la bienaventuranza "en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente."

14. Tres facultades tiene el hombre, que resumen en cierto modo su sér: el entendimiento, la voluntad y la libertad. Con el primero ve, con la segunda siente, con la tercera obra. Juzgando estas facultades, no en la carrera de sus extravíos, sino en el órden de sus naturales fines, vemos que nos trazan un camino cuyo principio está en el conocimiento y cuyo término está en la felicidad. El entendimiento busca la verdad, pero no como un objeto estéril, sino como una brecha para sus sentimientos; es decir: como un medio de amar lo que es bueno y aborrecer lo que es malo, dos sentimientos en que alterna siempre la voluntad en su accion sobre los objetos: la voluntad enfrente del bien y del mal no hace el papel de un simple testigo, sino al contrario, tiende á unirse con el primero y á retirar al segundo cuan léjos pueda. El deseo, la esperanza, el amor se refunden todos en el primer sentimiento; el disgusto, la repugnancia, la aversion y el odio se reconcentran todos en el segundo: y entónces el alma, decidiéndose, obra en uso de su libertad, y por esto he dicho que la libertad gobierna la accion. Ahora bien: el hombre ha salido todo de Dios, hace una travesía por la vida existiendo con toda su naturaleza en un órden transitorio y limitado; y no pudiendo él cambiar este órden, su vida intelectual, lo mismo que su vida física y moral, se incorporan todas en él, siendo por lo mismo limitada y transitoria la vista de su razon, pues comprende poco, retiene algo y olvida mucho; limitada y transitoria la vida de su voluntad, pues ni siempre ama el verdadero bien ni puede eximirse del mal; limitada, transitoria é imperfecta igualmente la vida de la libertad. Mas como el alma, donde tales facultades residen, es inmortal, Dios aplaza para despues de la presente vida el dar á cada una de ellas en todos sus escogidos una completa plenitud: entónces el entendimiento le ve á él tal como es, y con esto ha tocado á lo sumo en la posesion de su fin; la voluntad le ama sin obstáculo, sin reserva, sin temor; y la libertad se identifica de tal suerte con Dios, que une y estrecha, y en cierto modo identifica con él á los bienaventurados. Este es el goce pleno de Dios, goce que no tiene límites, goce que no tiene intervalos, goce que no tiene peligros, goce que no tiene trabas, goce verdadero, perfecto, sumo, infinito. He aquí la comprension de la idea que nos da del Cielo nuestro manual Catecismo. La bienaventuranza es la vista, y el amor, y el goce perfecto del mismo Dios. Mas no imaginéis por esto, hijos mios, que la idea de nuestro Catecismo sea una invencion

de un sabio y piadoso ingenio: no por cierto; sino ántes bien, debéis considerarla como un resúmen de la doctrina que sobre esto mismo nos dan las Divinas Escrituras, los Santos Padres y toda la Iglesia católica. "Esta es la vida eterna, dice Jesucristo Señor nuestro, segun leemos en el capítulo XVII, v. 3º de San Juan, esta es la vida "eterna, el que te conozcan á tí solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien habéis enviado." Apoyado en este oráculo divino, el mismo apóstol, en el capítulo III, v. 2º de su primera Epístola, decia: "Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y todavía no "aparece lo que hemos de ser; porque sabemos que cuando apareciere seremos semejantes á él, pues que le veremos tal como es en sí mismo." De estas palabras de San Juan, tan claras como terminantes, se coligen rectamente dos cosas: la primera, que los bienaventurados sufrirán una trasformacion divina que les hará semejantes al mismo Dios, es decir: que todos ellos serán como una especie de dioses en aquella celestial patria; segunda, que Dios ha de ser visto tal como es en sí mismo, en su naturaleza, en su sustancia, y no tal cual apénas podemos columbrarle acá con la doble antorcha de la razon y de la fe. Mas el apóstol San Pablo, queriendo ampliar todavía más la explicacion de aquella dicha, compara en su primera Epístola á los Corintios, capítulo XIII, v. 12º, estos dos modos tan diversos de ver á Dios: el conocimiento que de él tenemos durante nuestra vida mortal, y la vision dichosa de su naturaleza y sustancia en la vida eterna. "Ahora le vemos, dice, como al través de un espejo y en una es"pecie de enigma; mas entónces le veremos cara á cara." ¿Cuál es ahora, os pregunto yo, este ver á Dios en enigma expresado por el Apóstol? Entenderle con la luz de las semejanzas, segun lo interpreta San Agustin, y por consiguiente de un modo remotísimo, imperfectísimo y á todas luces insuficiente: porque, en efecto, las cosas superiores y excelsas, segun la oportuna observacion de San Dionisio, no pueden percibirse con la semejanza de las cosas inferiores, y esto se manifiesta desde luego. Si pues nada hai mas inferior que lo creado respecto de lo increado, lo finito respecto de lo infinito, lo limitado respecto de lo inmenso, ¿qué pueden ser todas las comparaciones imaginables, tratándose de manifestar el carácter, la hermosura, la perfeccion de una dicha que consiste nada ménos que en la vista, goce y posesion del mismo Dios? Muchas en verdad se han hecho para darnos de esto alguna idea, y aunque no puede esconderse su utilidad, porque al fin algo ayudan, siempre se manifiesta su insuficiencia, porque nunca lo dicen todo. ¿Habéis visto el aspecto que presenta el fierro hecho ascua, despues de haber absorbido el fuego en un horno encendido? ¿No véis que este metal está de tal suerte compenetrado del fuego, que parece identificado con él, parece no ser mas que fuego, y produce sus efectos, pues quema, inflama y consume cuanto toca? Pues esto puede servirnos de algun modo para entender y sentir lo que sea este unirse del alma con Dios en la otra vida, este verle en sí mismo, este amarle y poseerle, este ser como otro Dios por la vista, goce y posesion del mismo Dios. Viva en verdad es esta comparacion, y justamente recomendada por el Catecismo romano; mas á pesar de esto, siempre deja traslucir su insuficiencia: porque ninguna comparacion hai entre el cuerpo y el espíritu, ni ménos entre la union de dos cuerpos y la del Espíritu increado con el alma en aquella venturosa mansion de los escogidos. No me empeñaré por tanto en se-

guir buscando símiles para darme á entender; pues lo que llevo dicho basta para fijaros en la idea propia de esta dicha, que consiste en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.

15. Pero qué! ¿fuera de esta vista, de este amor y de este goce, no hai en el Cielo otra cosa que amar, ver y gozar! Sí, amados hijos: hai una bienaventuranza que llaman los teólogos *accesoria*, porque está adherida en todo á la esencial y principal; porque de ésta emana como una consecuencia sale de su principio, como un efecto resulta de su causa: pues claramente se ve que, siendo Dios el Sumo Bien, en él está todo lo que se llama bien, y no hai bien propiamente dicho que pueda no estar en él. Luego quien ve á Dios, que es la belleza y hermosura increada, en él ve toda hermosura creada; quien ama á Dios, en él ama todo lo que es bueno y amable; quien posee á Dios, posee todo lo que en él está, toda gloria, todo honor, toda paz, toda dicha. ¿No es cierto, hijos mios, que Dios es el dueño de todo! ¿No es cierto que Jesucristo Señor nuestro preludió el honor altísimo de los justos en el Cielo, cuando les despojó en la tierra del título de siervos para llamarles *amigos*, cuando les llamó *hermanos*, con cuyo título pareció identificarles con él en sus derechos de Hijo del Padre, por ser el hermano del hombre! ¿No es cierto que en la sentencia pronunciada en favor de ellos en el último dia de los tiempos les llama expresamente á la posesion del Reino eterno! Luego cuanto hai en este Reino, cuanto aquel derecho comprende, cuanto aquellos nombres suponen será la posesion de los bienaventurados. La honra que acá en la tierra se ama por el concepto producido en los otros con ocasion de las dotes y cualidades que distinguen á los hombres eminentes, se disfrutará tan cumplida en aquella celestial patria como mas no puede ser. Todo lo que acá en la tierra produce placer legítimo, goce honesto, satisfaccion pura, delicia santa, todo se hallará en aquella morada feliz en abundancia infinita. El cuerpo, libre ya de todos sus defectos consiguientes á la naturaleza corruptible, tendrá una vida de goces únicos y hará resplandecer sus dotes de gloria. El alma poseerá la verdad en escala infinita sin mezcla, límite ni sombra; vivirá de un amor de goce, amor sin fatiga, sin la agitacion del deseo, sin el término consiguiente á la posesion del objeto; amará poseyendo y poseerá siempre amando. Todas las galas preciosas que acá en el mundo atraen las miradas de la admiracion por su hermosura y riqueza magnífica, serán excedidas infinitamente, no hai que dudarlo, por aquellos ornatos preciadísimos de luz y de gloria de que aparecerán revestidos los moradores de la eterna Jerusalen. Todo eso que en los palacios de los grandes detiene, admira y trasporta, será nada comparado con las Moradas divinas del Rei de los reyes: el mismo palacio que forma la naturaleza entera, será ménos que un reducido aposento en comparacion de aquellos inmensos atrios de la eternidad, de aquellos recintos augustos que imprimian el amor con tal fuerza en el corazon de David, que le hacian desfallecer de ternura, morir de deseos y trasportarse de esperanza. ¡Cuán queridos, decia, son tus Tabernáculos ó Dios de las virtudes! ¡Mi alma desfallece de deseos en presencia de los átrios del Señor: mi corazon y mi carne dan saltos de júbilo hácia el Dios vivo! Contemplando la hermosura de aquellas moradas eternas, volvia este inspirado Rei una despreciativa mirada sobre los ricos palacios de los magnates de la tierra. "Prefiero, Señor, de-

"cia, ser el último de los que habitan en tu casa, mas que vivir en las opulentas mora-"das de los pecadores. Un dia pasado en tus átrios es mas que mil vivido acá en las "moradas de la tierra." (Ps. LXXXIII, vv. 10, 11.)

16. Réstame únicamente, para concluir este segundo punto, manifestaros cómo, sin que ninguno de los bienaventurados tenga mezcla de mal ni límite de bien, hai sin embargo entre ellos diversas gerarquías, y por tanto diferentes grados de gloria. No imagineis que este gozo, esta dicha tenga tal igualdad que no haya diferencia ninguna de grado en la multitud inmensa de los escogidos: pues habiendo de dar á cada uno segun la medida de sus merecimientos, y existiendo como bien sabéis un más y un ménos en los grados de las virtudes, en la hoja de servicios, digámoslo así, que presenta cada uno de los soldados de Jesucristo, preciso es convenir en que ha de haber tambien diversos grados de gloria y verdaderas gerarquías en el Cielo. "En la casa de mi Padre, decia Jesucristo, hai muchas mansiones:" y esto lo dijo sin duda, no solo para manifestar que en aquella dichosa patria hai lugar para todos los justos; sino tambien para dar á entender que, poseyendo todos en comun la vida eterna y la felicidad perfecta, tendria cada uno diferentes grados en los goces, como les habia tenido en los merecimientos. La misma razon natural nos está diciendo que, siendo Dios esencialmente justo y su justicia infinita en perfeccion, distribuirá con sabiduría, y acuerdo, y equidad infinita los bienes entre los justos. ¿No es cierto que, para conseguir la vida eterna, basta guardar los mandamientos? ¿No es cierto que muchos justos en la tierra, léjos de reducirse á cumplir exactamente la Lei, se han extendido á practicar todos los consejos de la perfeccion cristiana, en términos que su vida, sus austeridades, su abnegacion, su desprendimiento, su heroismo nos arroban, enajenan y trasportan de admiracion? ¿No es *cierto* que aun entre los mismos Santos hai una maravillosa escala donde se admira una progresion de perfecciones, virtudes y merecimientos en que parecen exceder los unos á los otros? ¿No es cierto que todas estas diferencias no tienen recompensa ninguna en la tierra, sino al contrario, se sostienen á costa de inmensos sacrificios? ¿Cómo pues imaginar que allá en el Cielo pase todo esto desapercibido á los ojos de Dios y de todos los bienaventurados? ¿Dirémos que una misma gloria disfrutan la Madre de Dios, Reina de los ángeles y de los hombres, y el último de los justos? ¿Dirémos que ninguna diferencia tienen en el gozar aquel Bautista de quien predicó Jesucristo que no habia otro mayor entre los nacidos de la mujer, y cualquiera de los bienaventurados? No por cierto. Luego la misma razon está diciendo que hai grados de gloria. Cuando Jesucristo prometió el ciento por uno al desprendimiento de todo, ¿no dió bastante luz para columbrar en la identidad de la sustancia las diferencias de los goces? Claro es que sí; pues siendo la recompensa respecto del merecimiento como ciento á uno, claro es que no recibirá lo mismo el que ha merecido como uno, que el que ha merecido como diez.

17. Pero esta consideracion, hijos mios, ni oscurece la idea fundamental, ni atenúa lo sumo del goce, ni desnaturaliza la bienaventuranza: todos los justos que se salvan la tienen, y en esto no hai diferencia; todos ven á Dios en sí mismo, le aman y gozan, y en esto no hai excepcion. Las diferencias pues, los grados de gloria no alteran la

sustancia de la felicidad; pues ningun justo sufrirá ni el menor mal, ningun justo estará privado de ningun bien, ningun justo dejará de gozar. Ved pues aquí cómo se combinan perfectamente la esencia de la bienaventuranza y los grados de gloria. Pasemos á considerar ahora el último carácter de la bienaventuranza, que consiste, como bien lo sabéis, en el perdurable goce de aquella dicha.

III.

18. Si hai, amados hijos, un carácter que ponga mas de manifiesto á la razon la diferencia que média entre los bienes de este mundo y la gloria de los escogidos, es precisamente la que de suyo presentan el tiempo y la eternidad. Difícil es y en cierto modo imposible, como lo acabo de explicar, formarnos acá en la tierra un concepto suficiente de lo que aquella dicha sea por la naturaleza de los bienes que se disfrutan y el carácter del sentimiento producido por aquel eterno goce: porque ninguna de las cosas que acá figuran como bienes, es capaz de darnos la imágen de aquella ventura que sobrepuja al pensamiento y rinde inútilmente todos los esfuerzos de la elocuencia humana. Pero tratándose de la eternidad, ella nos da ideas mas aproximadas, y esto no precisamente porque podamos concebirla de un modo pleno en su naturaleza y comprension, sino porque nos es muí fácil considerarla con solo atender al carácter propio del tiempo. Disfrútanse acá en la tierra cierto linaje de bienes, goza el hombre de algunos placeres, experimenta sentimientos de gratísima delicia; pero con todo anda unida siempre una sombra que roba parte de la luz, una idea que desconcierta, un sentimiento que parece inocular esencialmente la melancolía en todos los gustos de la vida. Todo acaba, ya en sí mismo, ya para el individuo que lo disfruta: el tiempo arrastra en su curso cuanto nace, crece y recibe ser de la mano del hombre y aun de la misma naturaleza. El nacimiento y la muerte, alternándose sin cesar, vienen á ser el verdadero carácter del movimiento físico y moral del mundo: brota un torrente, lleva sus aguas por los extendidos valles y con ellas la fertilidad y la abundancia; pero este raudal va á morir en el seno de los mares: revístense los campos de flores al despuntar la primavera, como de frutos los árboles al aparecer el otoño; mas termina la estacion florida y la estacion fecunda, y todo desaparece: cúbrense los campos de seco follaje que el viento arranca y arroja por todas partes, y esa aridez del invierno figura como el signo de la muerte en los bellos cuadros de la naturaleza. Altérnanse del mismo modo que las generaciones de las flores las familias de las aves, de los peces y de los animales que habitan la tierra: nacer y morir; he aquí el resúmen del movimiento de la vida animal. Gratos son indudablemente, y los primeros en su género, los sentimientos de la familia: porque despues de Dios, Ser por esencia, hermosura increada, poder supremo, bondad infinita, y de Jesucristo Dios y hombre, despues de este órden exclusivamente sobrenatural, nada tiene el corazon de mas expansivo y dulce que las relaciones domésticas: ámanse tiernamente los esposos con un amor tanto mas fino cuanto mas legítimo y santo; aman los padres á sus hijos con una ternura que no es posible explicar; aman los hijos á sus padres con una adhesion íntima, con una cierta quietud y desahogo que constituye su felicidad bajo el techo doméstico; ámanse los hermanos cuando la naturaleza no ha sido contrariada por las pasiones. ¡Qué cuadro el de la vida doméstica! ¡qué vínculos tan estrechos! ¡qué sentimientos tan puros! ¡qué goces tan inefables y gratos! Pero ¡ay! hijos mios; anda el tiempo, y á cada paso arranca, por explicarme de esta suerte, un pedazo del corazon: al embeleso de la union conyugal sigue la desolacion de la viudez; al gusto del amor filial sigue el desamparo de la orfandad; y apénas se animan los labios con la sonrisa del placer cuando ya se anublan los ojos con las lágrimas del dolor.

19. Arrancado de estos goces el hombre por la accion destructora del tiempo, busca un consuelo para su corazon en el seno expansivo de la amistad; pero apénas se estrechan estos nuevos lazos y se empiezan á gustar los frutos de estas conexiones, cuando el amigo desaparece de la vista del amigo por la funesta virtualidad de la muerte. Este es el destino de todo lo que está medido por el tiempo: salud, comodidades, honores, rango, influjo social, riqueza, celebridad, gloria, placeres, todo desaparece, todo acaba, todo es irresistiblemente arrastrado al sepulcro, resumidero inmenso de todas las cosas humanas; y no por otra causa el sabio Rei Salomon dió el nombre de vanidad á todas las cosas terrenas, entrando aquí hasta la sabiduría del siglo y los pensamientos del hombre: ¡¡vanidad de vanidades, y todo vanidad!!

20. ¿Dónde está pues el carácter del verdadero bien, el noble distintivo de la única felicidad! En una duracion sin término, en la emancipacion sublime del tiempo y de la muerte. La misma virtud, cuyos goces purísimos son acá en la tierra lo único donde puede sentirse un algo de la celestial ventura, está siempre inquieta, siempre turbada, siempre recelosa de este curso del tiempo; teme morir en el instante que sigue, sucumbiendo á los enemigos del alma, cediendo á la tentacion, cayendo en el pecado, perdiendo la gracia y con ella sus medios de conservacion y sus títulos para la gloria. No hai remedio: bien que acaba, goce que desaparece, dicha que termina no es verdadero bien, no es verdadera felicidad: es preciso, absolutamente necesario, que la felicidad no acabe, para que merezca este nombre, y por lo mismo he dicho que en la eternidad del goce está precisamente cifrado el principal carácter de la bienaventuranza.

21. Esto es tan cierto, que aun algunos ejemplos de la Santa Escritura dan bastante luz para conocerlo. ¿No recordáis, hijos mios, que el apóstol San Pablo fué arrebatado en espíritu hasta el tercer cielo! ¿No dió cuenta á los suyos y en ellos á todos los cristianos de aquel viaje misterioso, pasivo y estático! Sí. Luego recibió un toque de gloria; vió, y oyó, y sintió la presencia de la bienaventuranza. Y sin embargo de esto, vedle despues clamar á grito herido contra la tentacion, temer á cada paso ser víctima de ella, recelar el ser reprobado, desear ardientemente la muerte para librarse del peligro: vedle incierto, dudoso, agitado, henchido de pena y tribulacion despues de haber estado instantáneamente con su espíritu en la morada de los justos. ¿Qué faltaba pues, os pregunto, á Pablo para ser feliz! No el ver, porque vió lo que el ojo no vió; no el oir, porque oyó lo que el oido no oyó; no el sentir, porque sintió lo que no pasó á hombre por pensamiento. ¿Qué le faltaba pues! Seguir viendo, y oyendo, y gozando, y seguir sin interrupcion, sin término y por siempre; le faltó la eternidad en el goce. Luego ella es el principal carácter de la bienaventuranza, y

por esto nuestra Madre la Iglesia la llama con tanta sabiduría como propiedad *Vida perdurable*.

22. Entre los misterios de Jesucristo Señor nuestro, correspondientes á los sucesos de su vida, se cuenta y venera el de su Transfiguracion gloriosa en el Tabor entre Moysés y Elías y á la vista de Pedro, Santiago y Juan. Manifestándoseles allí con la rica vestidura de su gloria, resplandeciendo su rostro con mas claridad y hermosura que el astro de los dias, ostentando sus vestidos una blancura suprema incomparablemente mayor que la nieve, hizo aparecer momentáneamente sobre la cumbre de aquel monte una imágen de su gloria. Aquellos testigos afortunados, aquellos discípulos escogidos para presenciar el cuadro, sintieron un embeleso tan grato, un arrobamiento tal, un goce tan indefinible, como lo explican estas palabras de Pedro á Jesucristo: "Señor, bueno es que permanezcamos aquí:" *Domine, bonum est nos hic esse.* ¡Qué palabras, hermanos mios! ¿acaso no están diciendo ellas á nuestra consideracion! Aquí aprendemos perfectamente á conocer lo inefable de la bienaventuranza: porque si una instantánea y redacida manifestacion de sus esplendores arrobó tánto á los discípulos de Jesus, ¿qué será ella en su totalidad, plenitud y duracion interminable! Pero lo que llama de preferencia mi atencion, y sobre lo que deseo fijar igualmente la vuestra, es lo que Pedro quiere y pide con motivo de lo que allí siente y goza: lo que quiere, lo que desea con vehemencia, lo que pide con ardiente solicitud, es que aquello no se acabe, que no termine, que no desaparezca, sino al contrario, que se conserve, subsista y permanezca para siempre. "Señor, bueno es que permanezcamos aquí," dice: y á fin de facilitarlo todo, propone la construccion de tres tabernáculos ó piezas de habitacion; uno para Jesucristo, otro para Moysés y otro para Elías, y solo aguarda, para poner mano en la obra, el consentimiento de su Divino Maestro. "Si quieres, le dice, hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, uno para Moysés y uno para Elías. ¿Qué consecuencia inferís de todo esto, amados hijos? Que cualquiera goce, por intenso que sea, no puede constituir la felicidad si es que ha de concluir, y por lo mismo, que el carácter principal de la bienaventuranza es el gozarlo todo, pero por siempre y sin fin, gozarlo sin interrupcion, gozarlo por toda la eternidad. Pues tal es la vida de goces que Dios ha prometido á los justos en el Cielo, y por esto, volveré á repetirlo, se llama *Vida perdurable*. Ved ahora cómo este dogma, está indicado por la razon natural, confirmado por las Sagradas Letras y enseñado por la Iglesia católica.

23. Si la misma razon natural depurada en el crisol del Evangelio ha levantado el edificio de la filosofía moral sobre la base de nuestro último fin; si estudiando el cómo hemos sido hechos, infiere para qué fuímos criados; si de un entendimiento que siempre busca la verdad, y no puede hallarla toda en la presente vida, deduce que ha de haber otra vida en que la verdad se manifieste al hombre tal como es en sí misma, sin límites ni sombras; si de la libertad, que siempre busca el bien pero pocas veces le disfruta y nunca sin alternar con el sufrimiento del mal, infiere que ha de haber otra vida en que se goce el bien todo y no se sufra el mal; si admirando el contraste entre la inmensidad de nuestros deseos y de nuestro pensamiento y los límites que les ponen por todas partes el tiempo y el espacio, proclama como una consecuencia infalible, no solamente la espiritualidad, sino tambien la inmortalidad del alma; ¿no estáis viendo y palpando en cierto modo que el dogma de la eternidad está indicado por la misma razon? En efecto, hijos mios: el alma es inmortal; luego ha de vivir siempre: el vivir del alma está en el pensamiento y el sentimiento; luego nunca dejará de pensar ni sentir, luego pensará y sentirá despues de esta vida y por toda la eternidad. ¿Cómo pensará y sentirá? He aquí una cuestion que se resuelve toda por los hechos de la libertad y los derechos de la justicia. El hombre es libre y su alma inmortal: luego su conducta en el tiempo decidirá de su suerte en la eternidad. ¿Obró el bien, murió en gracia? Su futuro será pues todo felicidad. ¿Obró el mal, murió reo de pecado? Luego su futuro será una desgracia eterna. Ved pues cómo la eternidad feliz de los justos está deducida de la naturaleza é inmortalidad del alma por una parte, y del buen uso de la libertad y aplicacion de la justicia por otra.

24. ¡Pero qué necesidad tengo yo de recurrir á tan escasa luz cuando el dogma que me ocupa resplandece todo, como en el centro de un sol, en el fondo mismo de las Sagradas Letras! No ha mucho he citado varios textos de ambos Testamentos en prueba de una eternidad desgraciada. Pues bien: por una razon contraria pero estrictamente lógica, confirman ellos mismos el dogma de una eternidad feliz. Si "no ha de "morir el gusano que roe las entrañas de los réprobos, ni se ha de apagar el fuego que "les atormenta," como dice Isaías; tampoco podria cesar sin que fallase la justicia de un Dios el cumplido goce de los escogidos, la presencia de Dios que regala su vista, el amor que hace vivir su corazon, la union con él que constituye su felicidad. Si han de ser sempiternos los ardores que castiguen á los precitos, ¿cómo podrian ser temporales las delicias que recompensan á los justos? Mas para no reducirnos á la expresion de simples consecuencias, veamos terminantemente inculcado este dogma en las Sagradas Escrituras. ¿Qué leemos en el capítulo XII de la profecía de Daniel? que "la "muchedumbre de aquellos que duermen y descansan en el polvo de la tierra, despertarán: unos para la vida eterna y otros para la ignominia, la cual tendrán siempre "delante de sí." ¿Qué papel hacen los escogidos en la sencilla y sublime alegoría del Bautista, cuando figura á Jesucristo como un labrador en el acto de recoger lo que ha cosechado? El de trigo que pone en su granero. ¿Y á qué se contrapone este trigo? A la paja que arderá en el fuego inextinguible. Luego si esta paja no ha de dejar de arder, pues tanto así quiere decir fuego inextinguible; tampoco aquel trigo dejará de estar en el granero, es decir: si los réprobos nunca dejarán de arder; los justos nunca dejarán de gozar. Cuando aquel Doctor de la Lei le preguntaba á Jesucristo lo que habia de hacer para ganar la vida eterna, y el Divino Maestro satisfizo á su pregunta, ¿no inculcó este mismo Señor el dogma de la eternidad feliz? En cierta ocasion dijo á sus discípulos: "Cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre, ó esposa, hijos ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá la vida eterna." (Math. XIX, 29). Ved aquí el dogma enseñado directamente por el mismo Jesucristo. Cuando leemos en el Apocalípsis, que han de acabar todas las lágrimas y penas, el dolor y la muerte misma para los justos, ¿no vemos claramente que la bienaventuranza consiste en la perpetua cesacion de todo mal y constante goce de todo bien?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

25. Ved pues, hijos mios, lo que es aquella felicidad, por el carácter de los bienes que comunica, de los goces que dispensa, de la vida que forma: felicidad pura, que no tiene ni puede tener mezcla ninguna de mal; felicidad suma, que abraza todo linaje de bien; felicidad, por último, que no acabará nunca jamás. ¿Qué mas se necesita, decidme, para fortalecernos contra el pecado, decidirnos por la virtud y dar de mano á todos los falsos placeres de los sentidos, á todos los bienes transitorios de este mundo, que la contemplacion de esta dicha suprema que ha de recompensar en el Cielo las virtudes de los escogidos? "Si consideramos, dice San Gregorio, cuáles y cuán grandes son las cosas que nos están prometidas en los cielos, aparecen vilísimas al espíritu todas las cosas que se poseen en la tierra. La sustancia terrena, léjos de ser un subsidio, es un gravoso peso comparada con la buenaventuranza; la vida del tiempo es muerte y no vida comparada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendimiento que sea parte á comprender toda la grandeza de los goces de aquella Ciudad celestial?" "Allí, dice San Juan Crisóstomo, todo es júbilo, alegría, felicidad: allí dia sin siguiente, esplendor y luz sin sombra ni mezcla, luz nueva tan superior á la que nos ilumina, como lo es ésta misma al pálido reflejo de una lámpara nocturna; luz siempre viva, siempre benéfica y pura, cuyos rayos no son interceptados por las tinieblas ni por las nubes, ni alterados por las vicisitudes de las estaciones; luz inefable, que no se comunica sino á los que hayan sido juzgados dignos de conocerla. Allí juventud, vigor perdurable; no existe la vejez con los achaques que la acompañan, ni la mortalidad con el triste patrimonio de la corrupcion que arrastramos cerca de nosotros. Una gloria inalterable viste, penetra á todos los Santos, y lo que á todas las felicidades excede, es la dicha de gozar incesantemente de las conversaciones de Jesucristo, de la sociedad de los ángeles, de los arcángeles y de los poderes celestes."

26. Ea pues, amados hijos, cese ya de atraer vuestras miradas, empañar vuestra solicitud y dominar vuestro corazon este mundo con sus mentidos goces, sus riquezas miserables, sus engañosos placeres: que no fascinen ya vuestras miradas ni las riquezas que abandonan al hombre en el sepulcro, ni los honores que desaparecen como un relámpago, ni el poder arrastrado á la nada en la corriente de los siglos, ni los deleites que sirven solo para emponzoñar la vida, ni las comodidades temporales, buenas únicamente para hacer mas amargo el instante de la partida, ni las conexiones de la sangre, sujetas al dominio de la muerte. Buscad únicamente los bienes verdaderos y únicos, que nunca sufren el contacto del mal, que cierran el curso á los deseos del corazon porque lo encierran todo, y se gozan sin zozobra porque no acabarán jamás: anhelad por la magnificencia de los cielos, por la vista eterna de Dios, por la vida de su amor, el goce de su gloria: trabajad infatigables por permanecer en la amistad y gracia del Señor, y estad seguros de que arribaréis infaliblemente á la dichosa patria donde respiraréis á salvo del peligro de todo mal, disfrutaréis la suma de todos los bienes y permaneceréis en la vista, goce y posesion de este patrimonio infinito por toda la eternidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

CARTA PASTORAL anunciando á los fieles una série de instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana..... pág. 1

INSTRUCCIONES PRELIMINARES.

PRIMERA. —Consideraciones generales sobre la naturaleza, causa, término y último fin del hombre..... 23
II. —Sobre el nombre particular que recibimos en el Bautismo y la devocion que debemos tener al Santo de nuestro nombre..... 33
III. —Sobre la dignidad y excelencia del nombre y carácter del cristiano..... 38
IV. —Sobre las obligaciones que nos impone el carácter y título de cristianos..... 45
V. —Sobre la Santa Cruz considerada como la insignia y señal del cristiano..... 54
VI. —Sobre la obligacion que tenemos de buscar el último fin para que fuimos criados..... 65
VII. —Sobre Dios, considerado como el primer principio y al mismo tiempo el último fin del hombre..... 71
VIII. —Sobre el modo con que debemos servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra como nuestro último fin..... 77
IX. —Sobre la necesidad de saber y entender la doctrina cristiana, para practicar las obras de fe, esperanza y caridad, con que debemos servir á Dios en esta vida..... 88
X. —Sobre la verdad considerada en sí misma, en sus diferentes objetos y en sus relaciones con el entendimiento humano..... 100
XI. —Sobre los tres diversos modos con que la verdad está en el alma, segun que viene de la ciencia, del testimonio humano ó de la revelacion divina..... 113
XII. —Sobre la posibilidad de una revelacion divina..... 122
XIII. —Sobre la necesidad de una revelacion divina y la importancia que sin embargo de ella tiene la razon humana..... 134
XIV. —Sobre las Santas Escrituras consideradas como el depósito de la revelacion divina.—Autoridad del Antiguo Testamento..... 141
XV. —Sobre la autenticidad, verdad é integridad de los Libros del Nuevo Testamento 160
XVI. —La divinidad de las Santas Escrituras probada por la de nuestro Señor Jesucristo..... 171

INSTRUCCIONES SOBRE LA PRIMERA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA, LOS DOGMAS DE LA FE.

PRIMERA. —Sobre la fe considerada como doctrina, como virtud y en sus actos..... 185
II. —Sobre el Símbolo de los apóstoles, el de Nicéa y el conocido por de San Atanasio..... 198
III. —Sobre la autoridad de la Iglesia para enseñar la Doctrina..... 201
IV. —Sobre la primera palabra del Símbolo.—Consideraciones generales sobre la creencia católica..... 214
V. —Sobre la existencia de Dios..... 227
VI. —Sobre la naturaleza y perfecciones infinitas de Dios en cuanto son conocidas por la razon y por la fe..... 237

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

25. Ved pues, hijos mios, lo que es aquella felicidad, por el carácter de los bienes que comunica, de los goces que dispensa, de la vida que forma: felicidad pura, que no tiene ni puede tener mezcla ninguna de mal; felicidad suma, que abraza todo linaje de bien; felicidad, por último, que no acabará nunca jamás. ¿Qué mas se necesita, decidme, para fortalecernos contra el pecado, decidirnos por la virtud y dar de mano á todos los falsos placeres de los sentidos, á todos los bienes transitorios de este mundo, que la contemplacion de esta dicha suprema que ha de recompensar en el Cielo las virtudes de los escogidos? "Si consideramos, dice San Gregorio, cuáles y cuán grandes son las cosas que nos están prometidas en los cielos, aparecen vilísimas al espíritu todas las cosas que se poseen en la tierra. La sustancia terrena, léjos de ser un subsidio, es un gravoso peso comparada con la buenaventuranza; la vida del tiempo es muerte y no vida comparada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendimiento que sea parte á comprender toda la grandeza de los goces de aquella Ciudad celestial?" "Allí, dice San Juan Crisóstomo, todo es júbilo, alegría, felicidad: allí dia sin siguiente, esplendor y luz sin sombra ni mezcla, luz nueva tan superior á la que nos ilumina, como lo es ésta misma al pálido reflejo de una lámpara nocturna; luz siempre viva, siempre benéfica y pura, cuyos rayos no son interceptados por las tinieblas ni por las nubes, ni alterados por las vicisitudes de las estaciones; luz inefable, que no se comunica sino á los que hayan sido juzgados dignos de conocerla. Allí juventud, vigor perdurable; no existe la vejez con los achaques que la acompañan, ni la mortalidad con el triste patrimonio de la corrupcion que arrastramos cerca de nosotros. Una gloria inalterable viste, penetra á todos los Santos, y lo que á todas las felicidades excede, es la dicha de gozar incesantemente de las conversaciones de Jesucristo, de la sociedad de los ángeles, de los arcángeles y de los poderes celestes."

26. Ea pues, amados hijos, cese ya de atraer vuestras miradas, empañar vuestra solicitud y dominar vuestro corazon este mundo con sus mentidos goces, sus riquezas miserables, sus engañosos placeres: que no fascinen ya vuestras miradas ni las riquezas que abandonan al hombre en el sepulcro, ni los honores que desaparecen como un relámpago, ni el poder arrastrado á la nada en la corriente de los siglos, ni los deleites que sirven solo para emponzoñar la vida, ni las comodidades temporales, buenas únicamente para hacer mas amargo el instante de la partida, ni las conexiones de la sangre, sujetas al dominio de la muerte. Buscad únicamente los bienes verdaderos y únicos, que nunca sufren el contacto del mal, que cierran el curso á los deseos del corazon porque lo encierran todo, y se gozan sin zozobra porque no acabarán jamás: anhelad por la magnificencia de los cielos, por la vista eterna de Dios, por la vida de su amor, el goce de su gloria: trabajad infatigables por permanecer en la amistad y gracia del Señor, y estad seguros de que arribaréis infaliblemente á la dichosa patria donde respiraréis á salvo del peligro de todo mal, disfrutaréis la suma de todos los bienes y permaneceréis en la vista, goce y posesion de este patrimonio infinito por toda la eternidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

CARTA PASTORAL anunciando á los fieles una série de instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana..... pág. 1

INSTRUCCIONES PRELIMINARES.

PRIMERA. —Consideraciones generales sobre la naturaleza, causa, término y último fin del hombre..... 23
II. —Sobre el nombre particular que recibimos en el Bautismo y la devocion que debemos tener al Santo de nuestro nombre..... 33
III. —Sobre la dignidad y excelencia del nombre y carácter del cristiano..... 38
IV. —Sobre las obligaciones que nos impone el carácter y título de cristianos..... 45
V. —Sobre la Santa Cruz considerada como la insignia y señal del cristiano..... 54
VI. —Sobre la obligacion que tenemos de buscar el último fin para que fuimos criados..... 65
VII. —Sobre Dios, considerado como el primer principio y al mismo tiempo el último fin del hombre..... 71
VIII. —Sobre el modo con que debemos servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra como nuestro último fin..... 77
IX. —Sobre la necesidad de saber y entender la doctrina cristiana, para practicar las obras de fe, esperanza y caridad, con que debemos servir á Dios en esta vida..... 88
X. —Sobre la verdad considerada en sí misma, en sus diferentes objetos y en sus relaciones con el entendimiento humano..... 100
XI. —Sobre los tres diversos modos con que la verdad está en el alma, segun que viene de la ciencia, del testimonio humano ó de la revelacion divina..... 113
XII. —Sobre la posibilidad de una revelacion divina..... 122
XIII. —Sobre la necesidad de una revelacion divina y la importancia que sin embargo de ella tiene la razon humana..... 134
XIV. —Sobre las Santas Escrituras consideradas como el depósito de la revelacion divina.—Autoridad del Antiguo Testamento..... 141
XV. —Sobre la autenticidad, verdad é integridad de los Libros del Nuevo Testamento 160
XVI. —La divinidad de las Santas Escrituras probada por la de nuestro Señor Jesucristo..... 171

INSTRUCCIONES SOBRE LA PRIMERA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA, LOS DOGMAS DE LA FE.

PRIMERA. —Sobre la fe considerada como doctrina, como virtud y en sus actos..... 185
II. —Sobre el Símbolo de los apóstoles, el de Nicéa y el conocido por de San Atanasio..... 198
III. —Sobre la autoridad de la Iglesia para enseñar la Doctrina..... 201
IV. —Sobre la primera palabra del Símbolo.—Consideraciones generales sobre la creencia católica..... 214
V. —Sobre la existencia de Dios..... 227
VI. —Sobre la naturaleza y perfecciones infinitas de Dios en cuanto son conocidas por la razon y por la fe..... 237

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

VII. —Sobre el misterio altísimo de la Santísima Trinidad..... 247
VIII. —Sobre la Omnipotencia considerada en sí misma, en sus relaciones con los demas atributos de Dios, y como fuente de todo poder..... 267
IX. —Sobre la Creacion en general..... 277
X. —Sobre la creacion de los ángeles, su naturaleza, sus jerarquías y sus ministerios..... 287
XI. —Sobre la creacion del mundo físico..... 297
XII. —Sobre la creacion del hombre, su naturaleza y sus relaciones con Dios..... 303
XIII. —Sobre el pecado original considerado en su carácter, en sus trascendencias y en sus efectos.—Necesidad de un Dios Salvador..... 318
XIV. —Sobre las promesas, figuras y anuncios del Redentor..... 333
XV. —Sobre la eleccion que hizo el Señor de la Santísima Virgen María, y las gracias y privilegios con que la hubo enriquecido, para que fuese la Madre de su Hijo Unigénito..... 351
XVI. —Sobre el misterio de la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María. 367
XVII. —Sobre el misterio de la Visitacion..... 383
XVIII. —Nacimiento de S. Juan.—Cántico de Zacarías.—Nuevos testimonios de la Divinidad y Mision de nuestro Señor Jesucristo..... 393
XIX. —Sobre la revelacion que el Angel del Señor hizo á José del misterio de la Encarnacion del Verbo Divino..... 399
XX. —Sobre el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo..... 409
XXI. —Sobre la Circuncision del Señor y su Santo Nombre..... 417
XXII. —Sobre el misterio de la Epifanía..... 429
XXIII. —Sobre el misterio de la Purificacion..... 443
XXIV. —Sobre la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo..... 453
XXV. —Sobre la preparacion de nuestro Señor Jesucristo para comenzar su carrera pública..... 467
XXVI. —Sobre la vida pública de nuestro Señor Jesucristo..... 485
XXVII. —Sobre la institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía..... 501
XXVIII. —Sobre el cuarto artículo del Credo; ó sea explicacion doctrinal del sentido de cada uno de sus términos enunciativos..... 519
XXIX. —Sobre la Pasion de nuestro Señor Jesucristo considerada como un misterio... 535
XXX. —Sobre el Descenso de nuestro Jesucristo á los infiernos..... 557
XXXI. —Sobre la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo..... 566
XXXII. —Sobre la Ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos..... 581
XXXIII. —Sobre los dogmas concernientes al Espíritu Santo..... 593
XXXIV. —Sobre los Dones del Espíritu Santo..... 603
XXXV. —Sobre la Santa Iglesia católica..... 615
XXXVI. —Sobre la Comunion de los santos..... 623
XXXVII. —Sobre el perdon de los pecados..... 633
XXXVIII. —Sobre la muerte y el juicio particular..... 641
XXXIX. —Sobre la resurreccion de la carne..... 647
XL. —Sobre el Juicio universal..... 655
XLI. —Sobre el Infierno..... 667
XLII. —Sobre la Vida perdurable..... 677

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.
IFCC 636

BT21 FEVT
M8 40007
AUTOR
MUNGUIA, Clemente de Jesús, Arz. de
TITULO Michoacán, 1810-1868
Explicación pastoral de la doctri-
na cristiana; ó sea, curso ...

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS